

PLÁCIDO BRIEVA

hace toda clase de encuadernaciones, y trabaja en terciopelo y seda. Calle de Mercaderes, número 50 en Logroño.

SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1855.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

—
MDCCCLV.

SEMANARIO

PINTORRESCO

ESPAÑOL

LECTURA DE LAS FAMILIAS

ENGLISH-SPANISH

CONTEA Y EXCERPTA

Con el fin de proporcionar a los niños

1855

W. L. GILBERT

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY, ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

NEW YORK

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El Ex-monasterio de Nuestra Señora del Espino, página 2.—Parroquia de San Pablo en Zaragoza, 2.—Miranda de Ebro, 18.—Monumento de Sagunto, 63.—Estatua del difunto obispo de Cádiz, por don Leoncio Baglietto, 116.—Alicante artística y monumental. San Nicolás, 121.—El átrio de la catedral de Córdoba, (vulgo el patio de los naranjos), 137.—Fachada principal de la catedral de La Seo de Zaragoza, (indendio del chapitel de su torre), 135.—Zaragoza artística y monumental. Rual Alcázar de la Aljafería ó Galfajería, 169.—Castillo de Tiar en el campo de Salinas, después convento, y hoy casa ruinosa de la dehesa de Campoamor, 225.—Portada del N. en la parroquia de San Pablo de Zaragoza, 249.—Santuario de Nuestra Señora de Monlono en Luna, 237.—Establecimiento de aguas minerales sulfurosas, 265.—Bajo relieve de la sillería baja en el coro de la catedral de Toledo, que representa la rendición de la villa de Setenil en el reino de Granada, 275.—Sillería baja del coro de la catedral de Toledo, bajo relieve que representa la entrega de Baza, 289.—Bajo relieve que representa el asalto y entrega de Ronda, 297.—Estatua de don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, 308.—La catedral de Mondoñedo, 321.—Casas consistoriales de Burgos, 321.—El ex-monasterio de la Espina, 329, 330.—El rey se divierte, 333.—Real monasterio de San Millán de la Cogolla ó Cogulla, 337.—La granja de Somonte, (vulgo la caseta de don Ventura), 353.—Alabona, 409.

BIOGRAFIAS.

Luis XI rey de Francia, página 82.—Relación auténtica é inédita de la muerte de María Estuarda, 105.—Metastasio, 143.—Don Diego de Anafia y Maldonado, 153.—Ariosto y Tasso, 379.—Cárlas XII, 393.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Teatro antiguo, páginas 25, 30, 38.—Utilidad del estudio de las letras, 81.—El Teatro antiguo, 201.—Literatura española, 249.—Poetas famosos.—Autor ó Autora, Ebn Xudat, el Abrita, 348.—Extracto de un ensayo inédito, sobre la sátira latina, 410.

VIAJES.

Carruajes rusos, 15.—El puerto de Bahía, 17.—Una hora en una ruina, (Recuerdo de la aldea de Montfaucon, 34.—Los kalmucos delante de su tienda, 41.—La cisterna de las mil y una columnas, 41.—La Sehlita, (carruaje rústico de la Suiza), 49.—La prision de Sócrates en Atenas, 69.—California. Una visita á la ciudad de San Francisco, 74.—El Istmo de Suez y el de Panamá, 122.—Sobre el Perú, 129.—Fenómenos de la naturaleza. El Etna, 131.—El Istmo de Suez, 161.—Los Birmanes, 170.—Las excavaciones mas recientes de Pompeya, 199.—El Bambú de China, 250.—Un día de campo en la Habana; (recuerdo de un viaje), 258.—Las rocas de Brinham, (Inglaterra), 315.—Canoa de Java huyendo de un tiburón, 343.—El día del año en China, 354.—El monumento de Pedro el Grande, 383.—Los baños minerales de Ems, 387.—El Marañón, 394.—La montaña magnética de Santo Domingo, 397.—El ejército de la China, 398.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Noticias relativas al marquesado de Denia, página 11.—El Carnaval, estudio comparativo de las costumbres de la época, 51.—Cronología árabe, 59.—Los templarios, 73.—Sobre el antiguo Consejo y Cámara de Castilla,

124.—El venerable padre Cristóbal de Santo Catalina, presbítero, 377.—El gran terremoto de Lisboa en el año de 1755, 313.—Una crónica del siglo X, 353.—Cronicon escrito por Sampiro, obispo de Astorga, por los años de 1000, 353 y 361.—La Seña, 363.—Del traje bajo el punto de vista de la historia, del gusto y de las artes, 363, 371.—El grupo fosil, episodio de la conquista del Perú, 363, 373.—Ensayos hechos por los pueblos antiguos y modernos, para componer un calendario exacto, 377.—Entrega del puerto Larache á los españoles en 1610, 381.

COSTUMBRES ESTRANJERAS.

Purí y la fiesta de Roth en 1849, 383.

NOVELAS Y CUENTOS.

Una apuesta (A Fernan-Caballero), páginas 4, 13, 21, 29, 37, 59, 43, 53, 60, 70, 77, 83, 94.—Lazarina, 6, 11.—La flor preciosa, (Traducción por Fernan-Caballero), 15.—Tribulaciones de un rememero (Cuento popular por Fernan-Caballero), 20.—Lo que es un hombre de ingenio, 28.—Santa Justa y Santa Rufina (Chascarrillo), 32.—El error de un ángel, 33.—Justa y Rufina. Relación por Fernan-Caballero, 73, 83, 90, 102, 127, 133, 142.—El puente de la Abadía, 81.—La gruta del hombre muerto, 91.—Bautista Montauban (Cuento), 100, 107, 115.—La corte del Almirante, 103, 110, 118, 126, 152, 141, 149, 157, 164, 172, 182, 183.—Lágrimas del alma, 114.—Ulrico de Anduz, 166, 185, 187, 193, 206, 214.—Aventuras de un loco coronado, 188, 197, 205, 220, 229, 236, 244, 254, 263, 271, 278, 283, 294, 301, 310, 318, 323, 334, 340, 347, 358, 374.—La noche de bodas, 190.—Pobre poeta! 191.—Guacana-jari, 202, 281, 298.—Lo que se ve desde una torre cristiana, 212.—Antigüedades rancias mandadas á recoger, y que saca á luz Fernan-Caballero, 213.—La vuelta de Juan Perez, 219, 226, 233, 241.—No hay mal que por bien no venga, 235.—El fumador de Naquie, ó historia de un grano de trigo, 238, 245.—Los dos premios, 246, 250.—Los funerales de un vivo, cantados por un difunto, 252.—Los tres naranjos y algunas gotas de agua, 255.—El Barbo de Utebo (Cuento popular), 259.—Un nido vacío, 261.—Una excursion estudiantina, 267, 276, 283, 291.—Leda, 269, 273.—Azelia y los Willis. Balada, 273, 284.—Ultimo amor (fantasia), 280.—Astucia, 288.—Una punta de cigarro, 292.—Recuerdos de un viaje. Un baile, 307.—¡Vuelvo! Historia de unos amores, 322, 330.—Lelia. Balada, 341.—Un casamiento al vapor, 366.—Un paraíso contemporáneo, 369.—La corneta de llaves, 382.—El calderero de Puerta Cerrada, 413.—Ricardo Digby, leyenda americana por Nathaniel Hawthorne, 407, 412.—El ruiseñor del Harenx, 403.—Cadencia sostenida, 405.—La estrella de la mañana, 399, 401.—La corneta de llaves, 390.—La mano roja, por Nathaniel Hawthorne, 588, 593.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

La vida literaria, página 17.—De alto á bajo, 27.—Tipos españoles modernos, 74.—La calle, 42.—La bolsa y su rostro, ó tres millas al rededor del Banco de Londres, 45.—La comedia á la ventana. Dos maridos. Fantasia de una noche de verano, 68.—La paz del matrimonio (cuadro de costumbres), 227.—Los zapatos y el sombrero, 308.—Una velada en Triana, 403.—Las notabilidades, 404.

POESIAS.

El conde D. Julian, fábula, por D. Juan Eu-

genio Hartzenbusch, 8.—Junto á la cuna, (cancion de la madre) por D. Antonio Arnau, 8.—Las indirectas del Padre Cobos, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 16.—El Par, balada, por D. V. Barrantes, 16.—A mi amada ausente, sonetos, por D. Fernando Garrido, 24.—¡Dichosa tú! (A B...) por D. Antonio Arnau, 32.—Romances, por D. José Gonzalez de Tejada, 32.—Romances, por D. José Gonzalez de Tejada, 40.—Duerme, hijo mio, por Don Eduardo Gasset, 40.—La invencion del circulo, fábula, por Juan Eugenio Hartzenbusch, 48.—Para el album de la señorita Doña Carmen Baeza y Priego, por D. R. F. M., 56.—Poesia, por D. Eduardo Gasset, 64.—La cautiva, leyenda granadina del siglo XIV, por Don Emilio Lafuente Alcántara, 72, 80, 87, 93, 104, 111.—El ciervo, fábula, por D. Pascual Fernandez Baeza, 120.—La Castellana, por D. Antonio Arnau, 128.—El milano y las Palomas, por D. Pascual Fernandez Baeza, 136.—Delicias del siglo de oro, romance, por Don José Gonzalez de Tejada, 156.—Madrid en Semana Santa, romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 144.—El limon y el piloto, por don Pascual Fernandez Baeza, 144.—Calabazas á Petra, romance, por D. V. Martinez Muller, 152.—Los gorrones. El escarmiento. Fábulas por D. Cástor Aguilera, 152.—A Corina, en su dia, por M. C., 159.—A Tirsa, romances, por M. C., 159.—Club de madres Celestinas, por D. José Gonzalez de Tejada, 160.—Letrillas, por D. V. Martinez Muller, 168.—El empleo y la vejez, traducción libre de Anacreonte, por M. C., 168.—Romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 175.—El Tesoro, ó sea el Aldeano y la Fortuna, por D. Pascual Fernandez Baeza, 175.—El Tímulo, por M. C., 176.—A Ella, por D. Ramon Florentino Morata, Himno al Sol, por D. Gabriel Garcia y Tassara, 392.—Celos.—Balada, por D. Juan A. Viedma, 400.—El ruiseñor, por D. José Selgas y Carrasco, 408.—Espanto en Méjico, por D. Antonio Hurtado, 414.—Jerusalem y Cristo, por D. Timoteo Alfaro, 192.—Picaro mundo, por Fray Gerundio, 200.—La cita á la madrugada, soneto, por D. Antonio Garcia Gutierrez, 200.—Quintilla, por D. M. B. de los Herreros, 200.—Epigrama, por Don Eulogio Florentino Sanz, 200.—Oriental, por D. José Zorrilla, 208.—A un chato, por D. Eduardo Asquerino, 208.—La verbena de San Antonio, por D. V. Martinez Muller, 216.—El alma de mi alma, serenata, por D. Juan de la Rosa, 224.—Para el album de la emperatriz de los franceses, serenata, por D. José de Selgas, 224.—Un golpe en vago, por D. A. Hurtado, 232.—La union de España y Portugal, oda, por D. Juan Antonio Viedma, 239.—El Estío, por D. José Selgas y Carrasco, 248.—La paz del alma, por D. Eduardo Gasset, 248.—La Semana matrimonial, por D. José Gonzalez de Tejada, 256.—En el jardin, por G., 264.—En el album de una desconocida, por D. Francisco del Villar, 264.—Romance fúnebre, por D. José Gonzalez de Tejada, 272.—Soneto, por D. Cástor Aguilera, 272.—El Anillo de la Virgen, leyenda histórica original (siglo XIV), 279, 287, 293, 305.—A Alemania. Al autor alemán Aderling, conocido con el nombre de Jowe-Gonein, por Cárlos Rubio, 311.—Las Jamonas, canto festivo, por V. Martinez Muller, 311.—El cautivo, cancion árabe, por Julio de Eguilaz, 320.—Madrid mojado, por D. José Gonzalez de Tejada, 320.—Letrilla, por D. V. Martinez Muller, 328.—El juicio final, por Emilio Blanchet, 336, 345, 351.—Fábula, por Eduardo Gasset, 332.—La Doncella de Asmengol, por D. José S. de Viedma, 339.—Memorias del verano, por D. José Gon-

zalez de Tejada, 367.—A unas flores marchitas, recuerdos de Elisa, romance por D. F. Javier Simonet, 376.—El Ministro, fábula traducida del alemán, por D. J. E. Hartzenbusch, 376.—Las naves á pique, por D. A. Hurtado, 383.

VARIEDADES.

Gastrónomos célebres. Página, 5.—La calma campestre, 9.—El libro del paseante, 9, 33, 59.—E-plicacion de algunas frases de que usan y abusan hoy día los periódicos, 19.—La pesca de una cubeta, 53.—Las máscaras, 41.—En títulos de comedia, todo es farsa en este mundo, 54.—La carrera del asno, 57.—Apun-

tes históricos sobre los órganos, 61, 124, 151.—El mono en el aparador, 65.—Una vision de Carlos V, 67.—Ángeles del sueño, 73.—Melancolia, 83, 89.—Cuadro de naturaleza muerta, por Valsenburg, 89.—Máquina para coser, 94.—El amor como elemento del arte; considerado en la poesía lírico-irónica de los proverbiales, 97, 108, 115, 122, 154, 158, 161, 162, 170, 179, 209, 313, 358, 545.—Recuerdo del carnaval. (Fantasia), 99.—Recuerdos orientales, 159.—Organos mecánicos con cilindros. Relojes orgánicos y órganos expresivos, etc., 140, 146.—A ella, 148.—Es la civilización el origen de la inmoralidad de las sociedades modernas? 154.—Las ilusiones, 158.—El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. (Cuadro de

C. Bergmann), 161.—El amor. Diferentes maneras de considerarlo, 165.—El pueblo poeta, 193.—Mis creencias, 196.—La caja de Pandora, 208.—Orejas de Midas, 208.—La Sonata, el concierto, fantasías y caprichos, 217.—La luna de Enero, 218.—Reloj de sobremesa, en forma de florero, 235.—Exposicion universal de París. Aparador de Mr. Nahat, 503.—El Peregrino, 518. (Traducido libremente de Walter Scot).—Bellas artes, 527.—Exposicion industrial de París. Jardinería por Mr. Tahan, 532.—Costumbres y creencias religiosas, 563.—El Padrino Numen, 563, 372.—Cadenia sostenida, 578.—Fabricación de los chalets de Cachemira, 581.—A los lectores del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, 415.

TABLA DE GRABADOS.

OBJETOS DE ARTE.

Cristobal Colon delante de los Reyes Católicos á su vuelta de la conquista de América, página 1.—Sancho en la insula Barataria, 25.—La pesca en una cubeta. (Cuadro de lance en la galería de Vernon), 35.—(Estatua premiada en la exposicion de Berlin), 45.—Reclinatorio de Anacardo hecho por el tallista J. S. Frisch de Viena, 55.—La carrera del Asno, 57.—El mono en el aparador. (Pintura de lance), 63.—Cuadro de naturaleza muerta, por Valkenburg, 89.—La imagen de Jesucristo, 97.—(Estatua del obispo de Cádiz), 117.—La virgen de la bella jardinera. Cuadro en madera de Rafael, 143.—El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. (Cuadro de G. Bergmann), 161.—Estatua de don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, 508.—Estatua ecuestre de Pedro el Grande, 369.—Construccion moderna: casa del señor Isla Fernandez en la plazuela de San Martin, 395.—Sepulcro erigido en Madrid al conde de la Cortina, 401.

RETRATOS.

(Luis XI rey de Francia), 95.—(Mad. de Ponpadour), 141.—(Mirabeau), 149.—Luiza de la Valiere, 191.—Federico II, 209.—(Napoleon, primer cónsul), 245.—Federico Schiller, 217.—El duque de Choiseul, 221.—(Hernando de Céspedes), 229.—(Mad. de Ponpadour), 244.—Don Gutierrez de Cárdenas, duque de Maqueda y Comendador de Leon, 297.—La martine, 535.—El V. P. Cristobal de Santa Catalina, 577.—Don Alfonso el Sabio, 583.

DIBUJOS DE VIAJES.

(La prision de Sócrates), 69.—(Vista de Monterey en la California), 125.—(Idolo chino), 216.—Kenennborg establecimiento para

la cura de afecciones nerviosas y la hipocondria, cerca de Esstingen en Alemania, 225.—Las rocas de Brinham. (Inglaterra), 315.

VISTAS.

Ex-monasterio de Nuestra Señora del Espino, página 4.—(Retablo mayor en la iglesia parroquial de San Pablo en Zaragoza), 5.—El puerto de Bahia, 17.—(Miranda de Ebro), 21.—El puente de la Abadía, 81.—La santa capilla, 105.—El átrio de la catedral de Córdoba. (Vulgo el patio de los naranjos), 157.—Fachada principal de la catedral de La Seo de Zaragoza (Incendio del chapitel de su torre), 155.—La Santa capilla, 169.—Vista del hospital de la Princesa en el estado en que se encuentra, 177.—Convento de San Ginés en el campo de Salinas, provincia de Alicante, 201.—Lápida con una inscripcion del año 1441, en el castillo de Tiar, provincia de Alicante, 226.—Portada del N. en la parroquia de San Pablo de Zaragoza, 249.—Santuario de Nuestra Señora de Monbora en Luna, 257.—Baños de la Puda, 263.—Sillería de Toledo, 273.—Sillería baja de la catedral de Toledo.—Bajo relieve que representa la entrega de Ronda, 281.—Sillería baja de la catedral de Toledo.—Bajo relieve que representa la entrega de Baza, 289.—La catedral de Mondoñedo, 521.—Vista lateral del ex-monasterio de la Espina, 529.—Fachada del ex-monasterio de la Espina, 537.—El castillo de Orge, 361.—Alagon, 409.

GRABADOS VARIOS.

La calma campestre, página 9.—Carruajes rusos 15.—Carruajes rusos, 37.—La Schlita, (carruaje rústico de la Suiza) 49.—Ángeles del sueño, 73.—(Máquina para coser; inventada en Manchester y destinada á la exposicion de Paris), 77.—Morir es renacer 113.—La

gracia de la niñez, 124.—La Esclava, 185.—La triste nueva, 129.—Reloj de sobremesa en forma de florero, 235.—Aparador que contiene objetos espuestos por Mr. Nahat, ebanista del emperador, 503.—Banderas cristianas que se hallaron en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, 524.—(Jardinería por Mr. Tahan), 532.—Canoa de Java huyendo de un tiburón, 343.—Escudo de armas, 416.—Diez viñetas, muestras de las del Anuario del ciudadano Español, y Almanaque del año de 1836, 569.—Peligros de Madrid. Las puertas se abren con requiebros. El amor es un instrumento para los ladrones, 568.

TIPOS.

Las kalmucos delante de su tienda. (Molinos de las oraciones), página 41.—Agua de Quito. (Ecuador), 61.—(La vuelta del soldado breton), 181.—Trajes sicilianos. (Hilandería), 241.

LAMINAS DE NOVELAS.

Bautista Montauban. Página, 101.—Aventuras de un loco coronado, 188, 189, 196, 197, 205, 237, 245, 255, 260, 261, 268, 269, 276, 277, 283, 293, 301, 509, 517, 525, 535, 540, 575, 581, 589, 597.—Leda, 276.—La gruta del hombre muerto, 83.

CARICATURAS.

Distraccion de los guerreros destinados á Crimea, 176.

VIÑETAS SIN TITULO.

Páginas 29, 109, 153, 184, 192, 224, 240, 265 y 344. De Juan de Padilla.

GEOGLIFICOS.

Páginas, 16, 52, 48, 64, 80, 96, 112, 160, 168, 208, 232, 245, 256, 288, 296.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(Cristóbal Colón delante de los Reyes Católicos á su vuelta de la conquista de América).

EL EX-MONASTERIO DE NTRA. SRA. DEL ESPINO.

En el sitio que hoy ocupa el ex-monasterio que vamos a describir, estaban en tiempos antiguos la iglesia y el cementerio de un lugar llamado Montañana la Yerma, que quedó despoblado y arruinado por los moros, quienes pasaron a cuchillo a la mayor parte de sus habitantes. Los pocos que lograron ponerse en salvo, se cree que se establecieron luego en otros pueblos, porque los términos del suyo se cubrieron de maleza y de arbustos, y esceptuando algunos pastores, nadie ó casi nadie transitaba por los mismos.

En tal estado, y cuando ya no se tenía noticia de estos desastres y catástrofes, Pedro García de Arbe, y Juan Encinas, jóvenes de Santa Gadea, que guardaban las ovejas de sus padres, tratando de coger miel de una colmena que había en un roble, vieron entre él y un espino que crecía a su lado, una imagen de Nuestra Señora, que sin duda se ocultó al realizarse la invasión mencionada antes, cuyo hallazgo tuvo efecto el día de Santa María de Marzo de 1599.

Divulgado el caso, y atribuyéndose a milagro por las ideas timoratas y espíritu religioso de la época, se empezó a destruir el terreno, y sobre los vestigios y derruidos paredones de la iglesia y cementerio de Montañana se edificó a la ligera un pequeño santuario, dentro del cual se colocó la imagen de la Virgen, á la que se dió desde entonces el nombre del Espino, construyéndose en seguida una casa monástica de la orden de San Benito, que ha subsistido hasta la última esclaustración, con una nombradía extraordinaria por lo que diremos después.

Los primeros monjes que hubo en ella fueron Ruiz Martínez, Juan Pérez de Riocuras, Juan Martínez de Fontecha y Martín Martínez, clérigos de Santa Gadea, á quienes dió el hábito el abad de Obarenes, de la propia orden de San Benito, ex-monasterio situado en el lugar de su nombre, en las sierras de Pancorbo, del cual nos ocuparemos en otro artículo.

La noticia de la aparición de la Virgen del Espino se extendió por toda España, y para tributarla fervorosos y continuados cultos se fundó una cofradía, que todos hemos conocido, aunque en decadencia, en la que entraron los cabildos de Toledo, Cádiz, Zaragoza, Calahorra, la Calzada y otros, pasando de doce mil los cofrades del clero secular y muchos mas los seglares.

Los pueblos limítrofes se apresuraron á entrar también en masa, y quince de ellos iban en procesion anualmente, en día señalado, á oír misa al Espino y á implorar el auxilio y la protección divinos.

Los principales y mayores bienhechores de aquel fueron los señores Mendozas, ascendientes de los actuales condes de Orgaz, y el canónigo de Toledo D. Juan Pérez.

Los primeros, desengañados del mundo y de sus pompas, levantaron un palacio pegante al ex-monasterio con comunicación á su iglesia, á la que asistían diariamente con los monjes á sus rezos y oraciones, después de ceder sus rentas para que se dijese una misa diaria á la Virgen, y para que se cumpliesen otras cargas y obligaciones que impusieron.

Tadavía existe en el centro de la recordada iglesia el sepulcro de los señores Mendozas, que le compone una gran losa de mármol negro, leyendo perfectamente á su alrededor *Aquí yacen los muy ilustres señores D. Alvaro de Mendoza y Doña María de Rojas su mujer; falleció año de 1549; el señor D. Alvaro, año de 1556 á 11 de julio.*

El D. Juan Pérez está enterrado también en el panteón que hay en la capilla de Santa Margarita, en la que son notables y vistosos sus estucos coloreados, hecha á sus expensas, cuyo señor cedió á la comunidad un beneficio en la parroquia de los santos Cornelio y Cipriano, de comunión, y unas casas llamadas Palacios en dicho pueblo; un letrero antiguo, pero legible, dice: *Esta capilla y sepultura son de D. Juan Pérez, canónigo de Toledo y bolsero del rey.*

Los poseedores de la repetida capilla son los señores Gadeas de Briones, en la Rioja, y en la actualidad el señor Velunza, de Haro.

El ex-monasterio del Espino que tuvo abad mitrado y cuantiosas rentas, se conserva bastante bien, porque á la solidez de su fábrica reúne ventajas imponderables, atendida la escasez de posición que ocupa; pero mas que todo, porque el anciano y venerable esclaustrado Fr. Vicente Presa le habita hace sesenta años, é impide las depredaciones y robos de materiales y que se conozcan las huellas del tiempo, acudiendo presuroso á reparar los estragos que hace este.

En la guerra de la independencia y en la última civil sirvió de alojamiento á las divisiones francesas y de nuestros ejércitos y á los generales Espartero, San Miguel, Castañeda, Córdova y otros, y de almacenes y depósitos de sal, de comestibles y de efectos militares.

Su situación es despejada, saludable y amena en demasía: se descubren desde las espaciosas habitaciones galerías y pasadizos, un horizonte de muchas leguas: dista dos cortas de Miranda de Ebro, media

de Puentelarrá y un paseo de Santa Gadea; abundan la caza, la pesca y los artículos de primera necesidad; pasa tocando con las cercas del edificio la carretera de Burgos á Bilbao, y es lástima que no se aprovechen todas estas ventajas y proporciones para montar en grande un establecimiento fabril.

REMIGIO SALOMON.

PARROQUIA DE SAN PABLO EN ZARAGOZA.

El primitivo origen de esta parroquia se pierde en la oscuridad de los tiempos: únicamente se sabe de una manera auténtica que en 1259 se señalaron los límites de ella, siendo obispo de esta ciudad de Zaragoza don Arnaldo de Peralta, según resulta de la escritura de demarcación autorizada por el citado obispo. Se presume con bastante fundamento que la parroquia que nos ocupa fué en su primer origen una pequeña iglesia bajo la advocación de San Blas obispo y mártir, situada estramuros de la ciudad, en las inmediaciones del castillo de Aljafería y puerta de Sancho, y que á medida que iba aumentando el vecindario fué necesario engrandecerla, hasta que por fin, marcados sus límites en la citada época, se trasladó al sitio en que hoy se halla, habiéndose ido ampliando en proporción el aumento de población con el producto de limosnas de sus feligreses, viniendo á ser uno de los templos mas capaces de esta ciudad desde los últimos siglos. Esta parroquia pues, en medio de su bulliciosa y vasta feligresía, levanta su hermosa octógona torre adornada con ojivas y ceñida de resaltados arabescos: de las dos puertas laterales del templo, perdió la mas concurrida su antigua forma con su última restauración; la otra aun conserva sus góticas molduras y sus severas estatuas, bajo cincelados guardapolvos. El interior de este templo, aunque no contiene magnificencia, ni mucho menos la regularidad correspondiente, sin embargo presenta su desnuda arquitectura el carácter monumental y mucho misterio y respeto su opaco recinto: la nave principal, alumbrada por rasgadas ventanas y colgada de antiguas tapiernas, escede notablemente á las dos laterales, que reuniéndose en el ápside y en el trascoro, la encierran por todas partes á manera de corredor: la nave izquierda por su mayor estrechez, á causa de la aguda ojiva de su bóveda, es oscura y contiene los cuadros de cinco retablos góticos que deben mas mérito al arte que á la antigüedad. La capilla de San Miguel con su cúpula y cuadros, todo pintado por Gerónimo Secano, encierra un sepulcro donde se halla enterrado D. Diego de Monreal, obispo de Huesca, muerto en 1607, según indica su inscripción.

El retablo mayor, mas ambicioso y envanecido con sus labores de crestería sobre madera dorada, con su profusión de imágenes y disecletes, y con sus trabajadas pulseras, se gloria de haber salido de las manos de Damian Forment: pero la degeneración ya manifiesta de sus góticos detalles, el gusto y la ejecución de la obra menos digna del grande artífice, aunque no de algunos de sus discípulos mas aventajados, la rehusan el honor que se le atribuye de hermano del grande retablo del Pilar, obra del mismo: en su basamento lleva seis relieves de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; cuatro en el cuerpo principal á los lados de la efígie de San Pablo, representando acciones de su vida, y otros cuatro en el segundo cuerpo, terminando con la imagen del Crucificado: así en su disposición como en sus adornos, alejándose mas y mas de la sencillez y unidad primitiva, tiende á la multiplicidad de compartimientos, tan dominante luego en los retablos platerescos.

Esta iglesia se distingue en las procesiones por dos cosas muy notables al par que extrañas: una de ellas es, que al salir el capítulo de beneficiados con su cura presidente, maceros y demas sirvientes de la iglesia para incorporarse en las metropolitanas del Pilar ó del Aseo, se retira el citado cura con los sirvientes al llegar al antiguo arco de Toledo, y continúa el capítulo con su cruz al punto de reunión general. La otra es el famoso *gancho*, que consiste en una asta larga forrada de plata hasta su final que termina en gancho bastante grande de otro metal. Esta rara insignia ocupa su lugar delante de todas las procesiones entre las cruces parroquiales. Varias son las versiones que se quieren dar al citado *gancho*, pero entre todas la que ofrece mas verosimilitudes es la de atribuirse á que después de la traslación de la parroquia desde la antigua iglesia de San Blas al punto que hoy ocupa la actual de San Pablo, continuó la devoción de ir en procesion la parroquia todos los años el día de San Blas hasta su iglesia, situada estramuros según queda indicado, y se supone que el camino estaba lleno de malezas que obstaculaban el paso, y para facilitarlo se establecería sin duda el famoso *gancho* á fin de ir cortándolas, de lo cual proviene sin duda su origen y conservación hasta nuestros días.

GASTRÓNOMOS CÉLEBRES.

Séneca señala á Marco Apicio por el mayor gloton que hubo en el mundo; y entre las cosas que se cuentan de él, una es que sabiendo que en Africa habia higos muy sabrosos, emprendió un viaje sin mas objeto que el de comerlos, é hizo sacrificios por haber encontrado una cosa tan buena.

Aristógeno Cirenaico fué tan comedor y goloso, que hacia regar con vino las lechugas que tenia en su huerto para que creciesen mas y supiesen mejor, segun el testimonio de Suidas.

El emperador Vitelio comia tres ó cuatro veces y tomaba cosas para provocar el vómito, á fin de poder comer mas; añadiendo Suetonio que no solamente comia lo que se aderezaba en su casa, sino hasta las carnes de los sacrificios.

Aristipo Cirineo cifraba toda su felicidad en comer y beber.

Clodio Albino fué tan tragon, que en una sola cena se comió quinientos higos, diez melones ostienses, mas de veinte libras de uvas, cien zorzales ó tordos y cuatrocientas ostras.

El emperador Máximo se comia generalmente cuarenta y cinco libras de carne y se bebía una cántara de vino.

Milon Cratonense fué escesivo en el comer, y á pesar de sus grandes fuerzas y cuerpo llamaba la atencion, pues, segun dicen, cogia un buey, le mataba de un puñetazo, se le llevaba á cuestras, y se le comia en menos de veinticuatro horas, con mas veinte libras de pan y tres arrobas de vino.

Astidamas Milesio fué llamado por el rey Ariobárzanes á comer, y dándole cuanto estaba dispuesto para los demás convidados, que eran bastantes, no dejó nada.

A Cambles, rey de los sidos, se le supone tan tragon, que se asegura que una noche devoró á su mujer.

Vedio Polion echaba vivos á sus esclavos en las piscinas ó albercas para que se cebasen mejor los peces y estuviesen luego estos mas sabrosos.

Aristóteles dice que Filogeno nunca se hartaba, que un rey no podia sustentarle, que todo su cuidado era el comer, y que se lamentaba de no tener el pesuezo tan grande como el de una grulla, para recibir mayor deleite con las viandas.

Mitridates hacia aderezar ricos manjares y daba premios á los que comiesen mas, á la mira de que no fuese tan remarcable y notada su glotoneria.

El pintor Eráclides desafiaba y ganaba á todos á comer.

Horacio refiere que Publio Gatonio, pregonero de Roma, fué tan gran oficial en comer, que nunca se vió harto.

Fagotan se comió de una sentada un jabali, cien cuarteles de pan, un carnero y un cerdo, y se bebió una tinaja de vino, como lo cuenta Flavio Vopisco en la vida del emperador Aureliano.

El emperador Galva comia desenfrenadamente á cualquier hora del dia.

Gnosio ateniense fué tan gran comedor, que se mandó por público decreto que nadie comiese con él.

REMICIO SALOMON.

UNA APUESTA.

A FERNAN CABALLERO.

Uno de los momentos mas felices de mi vida ha sido aquel en que he visto la carta en que preguntaba Vd. al señor Harzenbusch quien era yo, prodigándome elogios que no merezco. Este recuerdo halagaba demasiado mi orgullo, que es mi principal debilidad, y sedujo mi corazon, como las novelas de Vd. habian seducido mi inteligencia. Privilegio es del genio el deslumbrar y seducir con una mirada. Como prueba pues de estos sentimientos, no puedo hacer mas que dedicar á Vd. esta parte de una especie de *trilogia* que hace mucho tiempo deseaba escribir, y que espero que cuando esté terminada será la mas perfecta de mis composiciones. Humilde es la ofrenda, pero la voluntad la enriquece; y el genio, por lo que tiene de divino, debe, como Dios, no mirar el don que se presenta en sus altares, sino el corazon de quien le presenta, y es enteramente de Vd. el de su admirador

PABLO GAMBARA.

Diciembre de 1834

I.

ESPOSICION.

En una sala lujosamente amueblada, en el piso principal de una casa nueva de la calle de Alcalá, la mas ancha y mas bella de Madrid,

dos jóvenes sentadas en un sofá de terciopelo blanco hablaban solas y confidencialmente á principios de diciembre de 18...

La mas jóven se llamaba Margarita Buendía, y era esposa de un agente de bolsa. Contaria de diez y ocho á diez y nueve años, y era un sueño de amor realizado, la encarnacion de una melodia amorosa de Meyerveer. El óvalo de su rostro era mas puro que el de la Venus de Milo; sus ojos azules como el cielo estaban iluminados por un rayo de pureza, semejante al primer rayo de luz de la aurora. Su nariz era griega, su frente recta, serena y despejada, y su boca rica de vida y cortada con esa delicadeza que anuncia la castidad del alma; su cabellera de un rubio oscuro, formando una trenza rodeada por una cinta de terciopelo azul, coronaba su frente como una diadema, y la daba cierto aspecto régio y majestuoso; empañaba, no obstante, su fisonomia un velo de tristeza, como el que los pintores se complacen en dar á sus retratos, que denunciaba un pensamiento fijo y melancólico.

Su compañera, Enriqueta Valdés, no era tan hermosa estéticamente considerada: sus facciones eran menos regulares; pero poseía la viveza que encanta. Esposa de un rico comerciante, habia llegado al festin de la vida con ánimo de divertirse y de mirar, segun el consejo del padre de Anita de Denclos á su hija en su lecho de muerte, mas bien la calidad de los placeres que su número. Sibarita por naturaleza, su ciencia era el placer, y todas las mañanas se decia como los trapenses á sus hermanos «morir habemos», para animarse á aprovechar el tiempo que la quedaba de vida.

Enriqueta, como todas las mujeres de vida relajada, tenia un placer secreto pero vivísimo en las faltas de sus amigas, y en este momento se entregaba á él con delicia; pues aunque Margarita permanecía pura, varias circunstancias hábilmente creadas la hacian aparecer culpable.

Explicaremos esto antes de pasar adelante. D. Juan de Aguilar, el hermano menor del poeta entonces de moda, amaba en secreto á Margarita con un amor propio de una doncella. El respeto le habia impedido siempre hacer una declaracion á su amada, cuya aureola divina temia empañar con su aliento, y ni aun á mirarla se atrevia sino á hurtadillas, por temor de que el fuego de sus miradas le delatase: sin embargo, sus amigos notaban que hablaba siempre de ella con calor, y que era decidido campeón de su virtud. Una mujer jóven y bonita que ama á su marido y le guarda fidelidad, es un fenómeno bastante raro entre nuestra juventud gangrenada de vicios para picar la curiosidad. Todos los ojos la siguen como á un jugador de manos, deseosos de sorprender su secreto, y pronto ó tarde si no se descubre se la calumnia. Todos se preguntan con ansiedad: ¿Y de N... no se dice nada? Hasta que uno inventa para decir algo. Un dia varios jóvenes, entre los cuales se encontraban D. Juan y Enrique Valdealegre, el *lion* de Madrid en aquella época, almorzaban en el café Suizo, contando la gaceta chismográfica del dia, obra ingeniosa, para la cual cada uno prestaba voluntariamente sus fuerzas. Uno de los concurrentes nombró á Margarita diciendo á Enrique: ¿Tú que no crees en la virtud de las mujeres, cómo explicas la de Margarita?

—Como me explico que después de la invencion de la pólvora no se hayan tomado muchas plazas á las cuales no se ha puesto sitio, respondió Enrique.

—Pero, replicó su interlocutor siguiendo la comparacion, muchos se le han puesto y se han retirado diciendo que es un Gibraltar, que puede destruirse, mas no tomarse.

—Entonces han sido muy necios.

—Durillo estás.

—No hay virtud sin su talon de Aquiles.

—¿Y hubieras tú descubierto el de Margarita?

—¡Bah! dijo desde Enrique arrojando una bocanada de humo, y mirándole elevarse al techo con indiferencia.

D. Juan, á quien esta conversacion hacia daño, dijo con mal humor: eso no pasa de ser una brabata, una fanfarronada petulante.

—¿Quieres converteerte de lo contrario? le preguntó Enrique picado en el orgullo, la parte mas dolorosa de su corazon.

—Con mucho gusto, replicó D. Juan.

—Pues apuesto veinte onzas á que Margarita es mia antes de dos meses.

—Apuesto treinta á que no.

—Vayan las treinta, dijo Enrique; y añadió volviéndose á sus compañeros: quedan Vds. citados para dentro de un mes á las seis de la tarde en la fonda de Lardy, á una comida que pagará el perdedor.

—Si; dijo D. Juan, añadiendo á su oido: y si ganas, quedas citado para el dia siguiente á un duelo á muerte, porque amo á esa mujer.

—Entonces, respondió Enrique sin inmutarse, pondré doble cuidado para la conquista, porque tiene para mí doble interés.

Al dia siguiente Enrique halló á Margarita en un baile, y aprovechando una ocasion, la declaró su amor, que fué desdenado con altanería. D. Juan, que sin ser visto presenciaba la escena, se rió de Enrique diciéndole: —¿No tenia yo razon? Pero Enrique le contestó: «aun que-

dan 29 días para cantar victoria»; y empezó á poner en ejecución su plan de campaña. Para esto dijo á Margarita:—Vd. me desdena porque ha necho voto de virtud ante las falsas aras de la gloria del mundo, y para Vd. lo es todo la reputacion. Pues bien; si no me ama Vd., si no satisface al menos mis deseos, su reputacion perecerá. Escoja Vd. entre una deshonra pública ó una deshonra secreta. Y como ella no hizo caso de sus amenazas, comenzó desde aquel momento á representar su papel de amante favorecido. La seguía como su sombra; la dirigía en público miradas de inteligencia y frases ininteligibles; se sentaba siempre á su lado, y la hablaba en voz baja y misteriosa de las cosas mas insignificantes, con todo lo cual la murmuracion empezó á zumbir en torno de la inocente jóven, que solo la echó de ver cuando, creciendo, estaba ya próxima á convertirse en calumnia. Margarita entonces suplicó á Enrique que la dejase tranquila, y no turbase su felicidad.

—Colme Vd. la mia, la respondió el implacable galán, y á la noche siguiente llevó al mas hablador de sus amigos á que le viese subir por el balcón á casa de Margarita, cuya doncella habia sobornado.

La murmuracion, con esta última prueba, llegó á tal punto, que el esposo de Margarita, ausente á la sazón, recibió cartas de oficiosos amigos que se la participaban, y escribió á su mujer dándole celos. Margarita suplicó de nuevo á Enrique; pero él la contestó:—Escoja Vd. entre la falta pública y la secreta. Soy inexorable. He apostado con

unos amigos á que sería Vd. mia cuando aun no la amaba. Ahora, si Vd. premia mi amor, confesaré que he perdido, porque la amo; pero si no, todo el mundo creerá que he ganado mi apuesta. En este momento Margarita, no sabiendo qué hacer, llamó á Enriqueta y la pidió consejo, descubriéndola francamente su situacion.

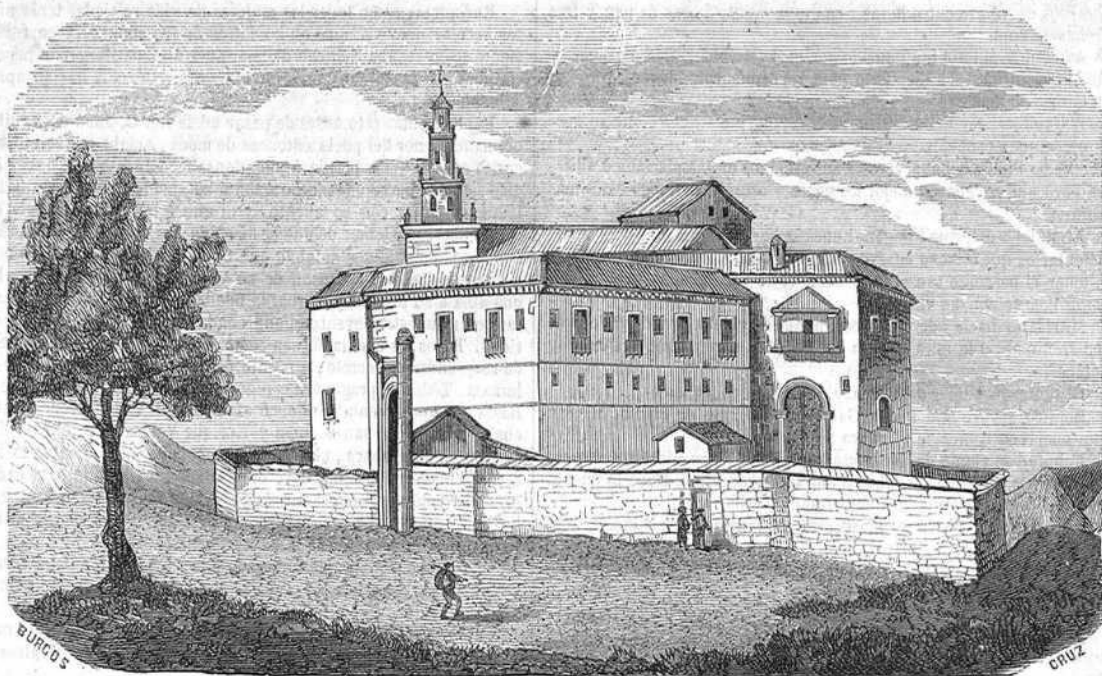
—Yo no vacilaría, respondió Enriqueta; cedería por mi esposo y por mis hijos, pues conozco bien á Enrique, y puedo asegurar que será inexorable en un asunto en que está interesada su vanidad. Eres la primera mujer que se le resiste, y por consiguiente, la primera de quien tiene deseo de triunfar. Conténtale y apela á su compasion, porque es mas fuerte que tú, y luchar con él es una locura; á menos de que consientas en tomar por amante á un espadachin que le haga arrepentir de su empresa; pero aun así tu reputacion quedará manchada, pues solo una confesion pública de tu calumniador, hecha en un momento decisivo, podrá salvarle.

—Pero, dijo Margarita, ¿y si aun despues de ceder no tiene piedad? ¿Si me tiende un lazo?

—Ahora todo está perdido y te agarras á lo que primero encuentras como el que se ahoga. Cruzarse de brazos es renunciar á la esperanza. En último resultado ¿qué pierdes?

—Mi honor y el aprecio de mi conciencia, respondió Margarita.

Enriqueta no respondió, porque estos escrúpulos la eran incomprendibles.



(Ex-Monasterio de Nuestra Señora del Espino.—Pág. 2.)

En este momento entró Doña Teresa Villar, madre de Margarita.

Doña Teresa era una viuda de 53 años, adornada con la belleza majestuosa de que se rodea el sol poniente. Sus formas eran llenas y redondas, sus ojos grandes y negros un poco salientes, iluminados por un rayo de inteligencia, y limpios como los de un niño; sus labios delgados, rojos y cortados delicadamente; su nariz recta y afilada, y en ambas mejillas un gracioso hoyuelo como en las de la reina Cristina, que parecía marcado por el dedo del amor. Cubriala un traje de raso negro. Su peinado á lo Ana de Austria dejaba descubierta su alta y limpia frente. Era en fin una mujer hermosa en el último y mas brillante período de su hermosura, que procuraba realzar sus gracias con su larga esperiencia de la coquetería.

Casada á los quince años, madre y viuda á los diez y seis, el matrimonio la habia dejado una insaciable sed de placeres, que otros cuidados habian podido apenas entibiar. Su esposo seguía una máxima falsa pero muy entendida, que un autor moderno ha sentado como axioma y base de su fisiología del matrimonio, á saber: que para conservar la virtud aparente de una mujer casada es preciso variar hasta el infinito sus placeres; así es que Doña Teresa, que llegó inocente y pura á la cámara nupcial, salió de ella corrompida como una cortesana. En el matrimonio, como en todos los estados, como en todas las acciones humanas, el pecado lleva en sí la penitencia. Siguiendo la máxima espuesta arriba, se hace del placer la idea predominante de la existencia; se en-

gendra en el alma un deseo que crece mas cuanto mas se intenta satisfacerle, como la avaricia, como la embriaguez, como todos los vicios; se destruye el pudor, el mejor guardian de la virtud de una mujer casada, y sin el cual el sentimiento del deber es un asunto de conveniencia, poco mas importante que un artículo del código de la cortesía, y el esposo que pensaba de esta manera guardar su honor, se ve mas espuesto á perderle que el que siga un camino contrario. Esta máxima es hija de un deseo vicioso, estendida por miras particulares, y verdadera á lo mas cuando la mujer que se tome por esposa sea una cortesana de cuerpo ó de alma.

Dispuesta de este modo Doña Teresa, apenas se acabó la educación de su hija, no tuvo mas freno que las apariencias y el deseo de dar buena educación á Margarita. Semejante á los contrabandistas andaluces, se entregaba á todos los excesos en sus ocultas correrías; pero en su casa tomaba el traje de la virtud y la máscara de la modestia. Ella misma no hubiese sabido explicar bien por qué obraba de esta manera, pues no creía mala su depravacion. Cedía á la costumbre, á un buen instinto mas fuerte que el cáncer de su educación depravada.

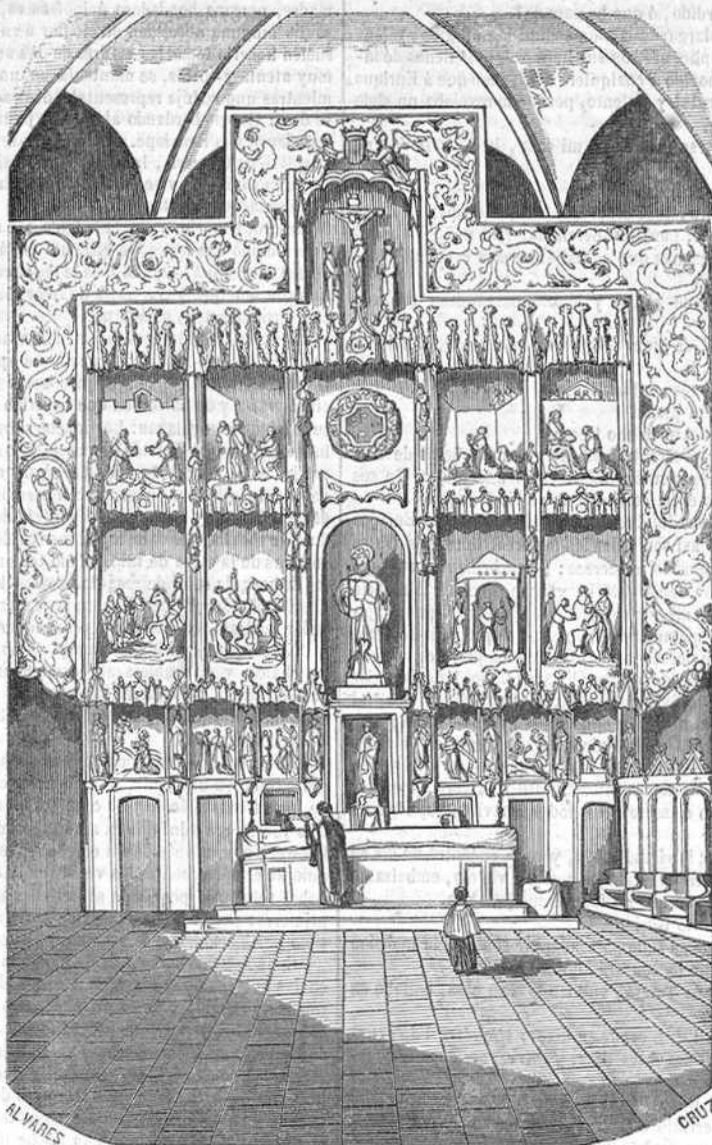
Quando Margarita se casó, Doña Teresa alcanzó mas libertad, y limitó sus precauciones á guardar las apariencias; pero no lo pudo hacer tan perfectamente que no se hablase de sus amores. Era una conquista demasiado honrosa, para que sus amantes guardasen el secreto. D. Enrique sobre todo, que enamoraba mas por vanidad que por vi-

cio, entregó su reputación á las murmuraciones de la ociosidad, suministrando mas pruebas de las que hubieran podido exigirse en juicio. Este era el amante que á la sazón tenía, y el único quizá que supo inspirarle un amor firme y sincero, á pesar del poco decoro con que la trataba y de sus infidelidades que la desgarraban el corazón, pues los hombres de esta especie son, contra lo que á primera vista parece lógico, los que mas partido alcanzan con las mujeres. No me detendré aquí á explicar esta aparente anomalía psicológica, porque ya la he explicado en otro lugar. (Véase LO QUE NOS FALTA.)

Doña Teresa venia á buscar á su hija para ir á paseo, y las tres damas salieron juntas, y se dirigieron al Prado.

El Prado, mal que pese á su nombre, recibido en otro tiempo

cuando cubría sus calles verde y alfombrado césped bordado de olorosas flores como una mullida alfombra, no es hoy sino una larga llanura enarenada, adornada con largas hileras de árboles sombríos y seis ú ocho fuentes de piedra, y cercado por palacios y edificios públicos como el Museo, uno de los mas ricos de Europa en pintura, y de los mas pobres en escultura; el Jardín Botánico, gloria de Carlos III. La platería de Martínez y la pirámide del Dos de Mayo. Teatro en otro tiempo de mil comedias de capa y espada, mas ingeniosas que las de Calderon, es hoy el escenario de nuestras ridiculas farsas de costumbres, un salon más donde la aristocracia de la sangre, del dinero ó del talento, la primera y mas olvidada de todas, se reúne á tratar sus asuntos, á razonar sobre política, á esparcir noticias que causen alte-



(Retablo mayor en la Iglesia Parroquial de San Pablo de Zaragoza.—Pág. 2.)

raciones en la Bolsa, á cuchichear de amores ó á lucir trajes y joyas, cuyo precio ha sido muchas veces la virtud.

En nuestra sociedad, idólatra del becerro de oro, han caído en descrédito las ejecutorias, porque la nobleza, olvidando que su primacía consistía en su fuerza, y que su cetro era la inteligencia, se retiró á la sombra abdicando en las ambiciones advenedizas, y fué olvidada como un astro apagado. Cállese á sí propia de su olvido. El talento se rebajó al materialismo, y se esclavizó á la plutocracia, que le monopolizó alimentándose con su sangre y olvidándole por vanidad. Al verle á sus pies le creyó pequeño y le negó su origen divino (¿creía ella acaso en la divinidad?) como los doctores del templo, que viendo niño á Jesús, no pudieron comprender que fuese un Dios. La plutocracia pues quedó

sola en el trono, y la muestra de su dominio se halla en la misma Constitución del Estado, que por prueba de capacidad exige que los representantes de la nación posean una renta crecida. Para privar con esta diosa es preciso ser de su clase, es preciso poseer riquezas. No importa cómo se han adquirido; esto no lo indaga nadie; pero importa que se posean; y como de la riqueza es un buen traje la mas pronta garantía, un buen traje es el primer requisito que se exige á los que quieren ser algo en nuestra sociedad. De aquí que el lujo sea indispensable y que á él se sacrifique la honradez, la probidad, la conciencia, la virtud. De aquí, que lógica la sociedad, no mire en nada sino la apariencia, y haga de ella la esencia de las cosas.

En el Prado ahora no pasea la elegancia sino en el salon, y aun

en este un pequeño trozo mas allá de los bancos de piedra, usurpado á los coches y caballos. En este sitio se puso en otro tiempo una verja con asientos; pero se quitó pronto, porque como los asientos eran *gratís*, los ocupaba el pueblo, mezclando así sus andrajosos vestidos con los elegantes de los nobles y banqueros, lo cual parecía indecoroso á los apóstoles de la igualdad. ¿No llamarán nuestros hijos á nuestro siglo el de las contradicciones? ¡Quién sabe! ¡quizá valdrán ellos menos que nosotros, que será bien poco valer!

En el Prado hallaron las tres damas á Enrique que paseaba con algunos de sus amigos. Acercóse á saludarlas, y aprovechando el momento en que Doña Teresa y Enriqueta miraban un caballo que de intento había encabritado el ginete para lucir su destreza, dijo á Margarita:—Hoy es el día decisivo. Mañana cumple el plazo de la apuesta. ¿Debo de decir que he perdido, ó que he ganado?

—¡Por Dios! exclamó Margarita con un acento tan afligido, y lanzándole una mirada tan suplicante con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, que hubiese conmovido á cualquiera otro, pero que á Enrique solo le produjo un deseo brutal y violento, porque le revelaba un cielo de voluptuosidad exquisita.

—Esta noche á las diez espero á V. en mi casa, la dijo; si Vd. no va, tomaré mi partido.

—Iré, dijo Margarita desesperada.

Esta escena desgarradora, mas cruel que las que diariamente arrancan lágrimas en el teatro, pasó desapercibida, y ni Doña Teresa ni Enriqueta que eran las personas que se hallaban mas cerca de Margarita, la sospecharon.

D. Enrique se separó de ellas, y siguió paseándose con sus amigos.

—Parece que tu apuesta va bien, le dijo uno de ellos, D. Martín de Aranda.

—Aun no la he ganado, respondió Enrique.

—Pues mañana cumple el plazo.

—La ganaré esta noche. Aun tengo tiempo.

—Parece imposible, dijo Torrente, otro de los compañeros de Enrique, que ese ángel de pureza sea frágil como una mujer. En sus ojos se refleja el cielo como en la corriente de un río tranquilo...

—Que oculta cieno y podredumbre en su fondo, respondió Enrique siguiendo la comparación: así son todas las mujeres, hermosos frutos cuyas entrañas corroe un gusano asqueroso; flores brillantes en cuyo perfumado cáliz un reptil ha depositado su veneno, que dan la muerte al que confiado se acerca á embriagarse con sus aromas. A una mujer verdaderamente pura la respetaría yo también, yo que nada respeto; la amaría yo, cuyo corazón desecado por el sol de los placeres no produce mas flores que el desierto de arenas abrasadas. No tendría valor para quitar su virtud á una jóven que la tuviese verdadera; pero mi larga experiencia me ha enseñado que la virtud es una ilusión; una moneda imaginaria que quizá existió alguna vez, pero que ya se ha perdido, y solo quedan las falsificaciones mas ó menos perfectas, que pasan en la sociedad por la miopía intelectual del mayor número de los hombres. Si se supiese el secreto de todas las virtudes, algunas darían asco.

—No, respondió Aranda; la virtud existe, y yo la encontré un día en mi camino, retirada y oculta en sus hojas como la violeta, embalsamó mi sueño en un día de estío en que las fuerzas me faltaban.

—¿Y dónde está? preguntó Enrique.

—Un ángel la arrancó de su tallo para adornar con ella la mansion de Dios: es una historia que os contaré algún día.

Una hora después, Doña Teresa, volviendo á su casa, hallaba en ella un anónimo que decía:

D. Enrique se burla de Vd. y vende su amor; si quiere Vd. pruebas, vaya esta noche á su casa á las diez, y entre por la puerta secreta cuya llave acompaña á esta carta.

—¡No faltaré! exclamó Doña Teresa loca de celos.

Antes de contar la terrible escena de esta noche, prólogo sangriento de un terrible drama social, vamos á echar una ojeada sobre la vida anterior de Enrique, que justificará su carácter.

(Continuuará.)

LAZARINA.

Hace algunos años, se veía en uno de los mas deliciosos teatrillos de París una actriz jóven y linda llamada Lazarina.

Lazarina tenía sin duda otro nombre (el de familia), pero no se la conocía, y á decir verdad nadie se lo había preguntado. Había hecho su estreno en el teatro, y había salido airoso. El cartel le daba en letras mayúsculas el nombre de Lazarina, y era bastante. Como esas aves que pasan y no dejan tras sí mas que el eco de una canción, las actrices brillan y desaparecen sin que las mas veces se sepa de dónde vienen y adónde van: han sido, ya no son, y negocio concluido.

En la época en que principia esta relación, Lazarina acababa de llegar á su mayor edad. Hacía ya dos ó tres años que representaba, y su reputación principiaba, en ala de los folletines, á invadir la provincia y el extranjero. Hemos dicho que Lazarina era linda; además tenía talento y agudeza, lo cual indica bastante que muchos se ocupaban de ella.

Pero Lazarina era á su manera una mujer singular: si se le conocían muchos amigos, no se le conocía un protector, y se necesitaba verdaderamente que ese milagro fuese de una autenticidad indisputable, porque sus mismas camaradas, que tenían muchos celos de ella y la detestaban un poco, contestaban que Lazarina vivía muy tranquila y retirada.

Todos los días llegaba al teatro y marchaba acompañada de su madre, persona bondadosa é inofensiva, que hablaba muy poco y no sentía ninguna necesidad de elogiar á su hija á tontas y á locas, como suelen hacerlo todas las madres de las actrices. Esa excelente mujer, muy atenta y cortés, se mantenía en un rincón detrás de bastidores, mientras que su hija representaba ó ensayaba, y pasaba la mayor parte de su tiempo bordando alguna vieja tapicería, lo cual le daba una semejanza con Penélope. A la primera seña de Lazarina, se levantaba, envolvía su tapicería, la metía en su cabán en verano y en su manguito en invierno, y se marchaba con la prontitud que le permitían sus piernas algo cortas y su estatura un poco fuerte. Pasada la puerta del teatro, Lazarina recogía la falda con mano ligera, y fuese cualquiera el tiempo que hacía, se dirigía á pie á su casa, sin que jamás la esperara ninguno á la salida ó se le reuniera en la calle. Iba siempre vestida con sencillez y con trajes de color sombrío. Su juventud y sus gracias formaban todo su adorno.

El interior de la habitación de Lazarina correspondía á su traje: era aseado, pero sin lujo. Ocupaba un aposento en una vasta casa de la calle del Sentier, cuarto piso sobre el entresuelo, compuesto de cinco piezas y un balcón en que Lazarina ponía los tiestos de flores que sus amigos le regalaban. Los muebles eran de caoba vieja, pero muy lustrosa, y las cortinas de damasco de lana. El cuarto de dormir de la actriz era el único que revelaba algun asomo de coquetería, pues se veían en él algunos cuadros con hermosos marcos, su pequeño bufete de palo de rosa y una luna de Venecia de un dibujo delicioso: el péndulo de rocalla que daba las horas era de un excelente modelo, y las cortinas de la cama de tul bordado tenían lazos y guarniciones de cintas de seda de color de rosa de un aspecto fresco y risueño.

El todo no valía cien luises; pero Lazarina se complacía en ese interior modesto, en que iba y venía como un pájaro en su jaula.

No porque Lazarina no amase, como tantas otras, los diamantes y los chales, y no hubiese aprisionado gustosa su lindo talle, flexible y bien torneado, en vestidos de moaré y raso, sino porque amaba con extremo la independencia y tenía un cierto orgullo que la hacía rehacia á las seducciones.

No se vaya á creer por este cuadro que Lazarina vivía en su aposento como en una jaula. Al contrario, nadie era de mas fácil acceso, de humor mas plácido y de carácter mas franco. Así que uno la veía tres veces, era admitido en su casa sin dificultad, y los ramilletes que la ofrecían eran puestos sin ceremonia sobre su chimenea. De consiguiente eran frecuentes las visitas en la casa de la calle del Sentier; un pobre actor mal perjeñado solía hallar allí un petimetre vestido de mil primores; pero todo se limitaba á conversaciones: la puerta estaba siempre abierta, y el corazón siempre cerrado.

Cuando Lazarina creaba un papel en una pieza nueva, se sentaban en los butacas de orquesta una ó dos docenas de jóvenes, morenos, rubios, ó calvos, y hasta un poco canos, que no apartaban la vista de ella. Estaban sentados por fila, estos á derecha, aquellos á izquierda, y todos en pie de guerra y aplaudiendo con todas sus fuerzas. Lazarina los conocía á todos de vista; pero cuando no sabía sus nombres, les daba alegremente un número de orden. Al fin de una temporada en que había alcanzado hermosos triunfos, Lazarina había llegado al número treinta y siete. Una noche que parecía triste, cosa que le sucedía rara vez, le preguntaron lo que tenía.

—No sé, respondió; pero creo que el número quince ha muerto, pues hace ocho días que no le veo.

Entre tanto Lazarina tenía preferencias; si ninguno de aquellos números la habían tocado, algunos la agradaban, estos por su aire, aquellos por su agudeza. Con esos preferidos, y no dejaba de haber siete ó ocho, era coqueta sin saberlo, pero coqueta como Celimena, y con una coquetería tanto mas peligrosa porque era natural. Cuando hablaba con uno de ellos, su boca tenía una sonrisa, y sus ojos una expresión y un brillo que la convertían en una mujer enteramente nueva. Lazarina era de esas mujeres que jamás se asemejan, que cambian bajo la mirada que las estudia. Su cara desesperaba á los pintores que habían intentado hacer su retrato. Pintábase en ella súbitamente la menor emoción, y se la veía ponerse encesa ó pálida en cinco minutos, según la naturaleza de las impresiones que recibía. Esa disposición á

mostrar todo lo que pasaba en su interior, con la inmovilidad de un lago que refleja todos los matices del cielo, irritaba á Lazarina; pero todos sus esfuerzos no habían podido vencerla. Sus facciones espresivas eran como un agua viva que riza al mejor soplo.

Entre los preferidos de Lazarina había uno á quien no podía menos de notar. ¿Por qué? No lo sabía; pero era así. Ese preferido había llevado el número ocho. Era un joven rubio, á quien llamaremos Jorge de la Moere: tenía alguna fortuna, modales muy distinguidos, y desempeñaba en no sé qué administración un empleo que le daba grande ocupación.

Hacia ya algún tiempo que de la Moere se sentaba todas las noches en la orquesta del teatro en que representaba Lazarina. Su butaca estaba alquilada de antemano, y Jorge llegaba allí así que Lazarina entraba en escena. Eso duró un mes ó seis semanas. Una noche que Lazarina había creado un papel nuevo con mucha travesura y jovialidad, de la Moere le envió al teatro un ramillete de rosas blancas y brezos rosas, acompañado de un billete firmado con su nombre. Esta cartita hablaba de su amor en términos sencillos y verdaderos.

Lazarina tomó la carta, la leyó, y guardó el ramillete.

A la mañana siguiente llegó otra carta con un nuevo ramillete. Esa vez la carta unía al nombre las señas de la casa de la Moere.

Lazarina leyó la carta, olió el ramillete, pero no respondió.

Desde ese día, todas las mañanas recibía nuevas flores. Las cartas no llegaban con tanta frecuencia, pero siempre recibía dos ó tres por semana. Diremos que los días en que Lazarina no las recibía no estaba contenta mas que á medias.

Esas cartas estaban casi siempre delicadamente pensadas y finamente escritas, y atestiguaban un amor profundo y un espíritu alerta y vivo. Lazarina las leía con singular placer. A menudo, aun volvía á leerlas por la noche, y mas de una vez las dejó olvidadas bajo su almohada. Los ramilletes, en que siempre se veían algunas ramas de brezo, eran colocados cuidadosamente en vasos que la misma Lazarina llenaba de agua. Hecho eso, se ponía en su balcón y miraba á la calle, pareciéndole que de la Moere no podía dejar de venir. Cuando un cupé daba vuelta á la esquina del baluarte y se paraba ante la puerta de la calle del Sentier, le palpitaba el corazón. De la Moere iba sin duda á apearse y subir á su casa; pero se abría la portezuela, y se apeaba sobre la acera alguna buena mujer ó algún mercader de calico.

Lazarina llevaba al teatro cuando representaba una especie de saquito labrado en que metía papeles que le servían en escena. Cada noche no dejaba de deslizar algunas briznas de brezo en ese saquito, y durante los entreactos metía allí su manita y las acariciaba con los dedos. Cuando por casualidad de la Moere no se hallaba presente cuando ella estaba en las tablas, se sentía triste; luego se ponía encesa bajo su colorete cuando él llegaba.

Algún tiempo de esa época, despues de una carta en que de la Moere se mostraba picado del silencio de Lazarina, estuvo ocho días sin escribir, aunque no cesaba de enviar ramilletes. Tampoco se dejaba ver en el teatro. Una noche (al cabo de seis meses), Lazarina, al salir de bastidores, percibió á de la Moere en un palco bajo, solo con una mujer elegante, joven y linda, á quien hablaba en voz baja. Lazarina tuvo como un deslumbramiento; pero se repuso al punto, y miró á de la Moere de frente. Esa noche representó con un talento y una gracia increíbles. Cuando llegó á su casa, lloró á lágrima viva y tuvo calentura toda la noche.

Durante tres días vivió en una agitación que le era imposible dominar: tenía la cabeza hecha un volcán y el corazón oprimido.

—¡Pero veo que le amo! dijo para sí, y se echó de nuevo á llorar.

Los celos eran como un relámpago que la hacían ver en el fondo de su corazón.

Un instante, pensó escribir á de la Moere; pero al punto renunció, no permitiéndole su orgullo natural dar ningún paso despues de lo que había visto. Su madre, que no comprendía nada de lo que pasaba en el corazón de Lazarina, la abrumaba á preguntas.

—¡No será nada! ¡no será nada! repetía Lazarina.

Pero la madre que sentía que las manos de su hija estaban ardiendo, insistía:

—¡Sin embargo debe haber alguna cosa!

—¡Pues bien: si hay alguna cosa, ya pasará! respondía Lazarina, cuyo orgullo se irritaba con la idea de dejar ver su herida.

La mañana del cuarto día tomó un cofrecito en que encerraba todas las cartas de Jorge de la Moere y las ramitas del brezo, y lo arrojó todo al fuego con resolución. Cuando la llama hubo devorado el último trozo de papel, respiró como una persona que recobra el sentido despues de un desmayo.

Se vistió, salió, y fué á pasearse á Tullerías.

Por la noche, besó á su madre en ambas mejillas, diciéndole:

—¡Bah! ya puedes dormir tranquila, pues estoy curada.

Pero Lazarina había cumplido ya veintinueve años hacia algunos

meses, y vivía en una atmósfera de fuego en que los sentimientos se exaltan como las plantas en las estufas. Una secreta inquietud la agitación y la hacía mas fácil á las emociones, sin quitarla nada de su orgullo; sentíase atraída hacia el amor por su juventud, su talento y su hermosura, y lo que ella veía del amor en los bastidores la indignaba. De consiguiente su corazón estaba como suspendido y agitado entre dos corrientes opuestas.

Una actriz muy experimentada que la comprendía á media palabra, viéndola un día sonreír á uno de sus preferidos, la cogió familiarmente por los hombros, y la dijo:

—¡Siempre coqueta! ¡y jamás enamorada!

Lazarina la miró riendo, y dijo:

—¡Eh! podría responderos como la canción: el amor ¿qué cosa es?

—¡Hum! Os haceis la fuerte, querida, pero ya lo sabreis tarde ó temprano. Con el corazón sucede como con las hojas, (que por mas que estén verdes, es preciso que caigan).

—¡Entonces, el mio caerá por sí solo sin que yo me mezcle! respondió Lazarina con cierto aircillo de desenfado.

La actriz la dió una palmadita sobre la mejilla, replicando:

—¡Hermosa mía, entonces tened cuidado que ese corazoncito tan rebelde no caiga en poder de un chanflón?

—¡Oh! exclamó Lazarina indignada.

—¡Eh! querida mía, el que aguarda demasiado no escoge.

Todos estos discursos y otros mil semejantes, mezclados con los pequeños acontecimientos de cada día, aumentaban la turbación de Lazarina, que ya no sabía qué hacer ni en qué fijarse.

Había instantes en que la idea del matrimonio entraba muy seriamente en su espíritu y parecía fijarse en él. Era joven y juiciosa, y á esa virtud que muchos habían atacado sin que ninguno hubiese podido vencerla, añadía una seducción que la hacía amar de los mismos á quienes ella rechazaba. ¿Por qué, como tantas otras que no lo merecían, no hallaría un hombre que quisiera casarse con ella? Una vez casada, tendría un apoyo, un protector, y no se vería mas entregada á esas tentaciones que, á la larga, minan las resoluciones mas fuertes y las hacen sucumbir.

El casarse es cosa que se dice pronto, pero no es fácil de hacer, especialmente en el teatro. Lazarina, que se sentía con el corazón bastante firme para consagrarse al que se diese enteramente á ella, estaba muy lejos de ser mujer capaz de tomar al primero que se presentase. Quería un hombre de bastante buena figura para poder mostrarlo á todo el mundo, y presentarse cogida de su brazo con cierto orgullo; además, necesitaba que fuese inteligente, bien educado, y en una posición de fortuna conveniente, á fin de estar segura de vivir si por casualidad llegaba á dejar el teatro; y se convendrá en que todas esas condiciones no son tan comunes que se puedan encontrar al primer golpe.

En ese intermedio, y mientras aguardaba ansiosamente el objeto de su fantasía, se casó una de sus compañeras. Ese matrimonio no era en sí bueno ni malo. Se había hecho un poco á la diablo, y se celebró casi al mismo tiempo que se anunció. El marido, que la recién casada presentó á Lazarina, tenía bastante buena figura y ganaba algún dinero en un comercio de exportación. Tal como era se le podía amar, y Lazarina suspiró un poco al verle de bracero con su amiga.

Pero ¿qué fué de ella cuando, al cabo de algunas semanas, supo que el matrimonio era un infierno en que reñían sin tregua? Había noches en que la mujer estaba cárdena y lloraba en los rinconitos: otras veces afectaba risas estrepitosas y tomaba aires de evaporada; el marido estaba pesaroso y de mal humor; volvía de todos lados unos ojazos celosos, y andaba rodando trágicamente por entre los bastidores. La actriz no podía resolverse á romper con los hábitos un poco libres de los bastidores, y el marido no tenía la filosofía de aceptar esa vida en que la Bohemia tiene tanta parte.

Un día en que la paciencia del pobre esposo había sido puesta á una prueba algo dura, Lazarina se interpuso entre él y la mujer para evitar una explosión y restablecer la paz en ese matrimonio turbado; pero no logró sino agriarlos mas uno contra otro.

—Es singular! decía Lazarina; sin embargo tienen todo lo necesario para ser felices: juventud, hermosura, bienestar! ¿Qué les falta pues?

—Querida mía, le respondió la actriz que había hablado ya á Lazarina con motivo de sus coqueterías, les falta el no ser lo que son. Si solamente nuestra camarada fuese perfumista ó mercera; si su marido fuese bonetero, gozarían de una felicidad perfecta, no menos vestía que regular. ¡Pero cómo! han casado el agua y el fuego, el mundo y el teatro! E diablo hase metido en la danza, y todo anda revuelto.

—¡Muy triste es! dijo Lazarina.

—¿Triste? No. ¿Qué dirías tú de las personas que murchasen descalzos sobre espigas y se admirasen de ver correr su sangre?

—Entonces ¿qué hacer?... ¡Todo eso es bien difícil!

—Ciertamente es mas cómodo el nacer con cincuenta mil libras de

renta... Por desgracia, querida mía, esos honores no pueden tocar á todo el mundo.

Lazarina volvió á caer en sus incertidumbres, y casi no le quedaba ya esperanza. Solo la protegía el orgullo de su corazón, y quizás también cierta indolencia que la hacía sostenerse encima de sus contrariedades como un alceón flota adormecido encima de las olas.

Cuando hubo pasado un poco el período en que Lazarina tuvo ideas de matrimonio, volvió los ojos hacia el escuadrón volante de los enamorados, que seguían tan numerosos y activos como siempre. Aquella noche desempeñaba un papel que había sido creado por una actriz famosa, y en el cual se presentaba por primera vez. Durante una escena en que no tenía nada que decir, se divirtió en contarlos, analizando con la mirada sus defectos y sus cualidades. Eran veintinueve; todos la miraban con sus anteojos y la aplaudían frenéticamente.

— ¡Pobrecillos! se dijo, é hizo un movimiento de hombros tan gracioso que la valió un murmullo de aprobación.

Luego continuó mentalmente:

— ¡El número catorce! Muy bien... bonitos guantes... suave, tan suave como un cordero... ¡pero tan tonto!... ¡El número seis!... sí... es gracioso en su decir, y luego tiene un aire tan suelto... pero es un perdido... si no acaba en Clichy, acabará mas lejos... ¡El número dos!... ¡hum! grandes bigotes!... pero no basta tener bigotes... El número diez!... ¡ah! este tiene un nombre esplendente y mucha fortuna... pero siempre se pone la corbata del mismo modo: lleva un lazo que me incomoda verlo... El número quince! ¡ah! este me escribe cartas como un colegial; cuatro planas de admiraciones!... El número siete!... es un buen mozo... muy ligero y despierto; sería imposible aburrirse con él; pero también sería imposible ser dichosa... su corazón es una piedra... El número trece!... muy gordo... El número uno!... hombre muy honrado, incapaz de engañar á su querida ni á su mujer... pero es demasiado melancólico... no es un hombre, es un suspiro... Me condenaría á tristeza perpetua... El número once!... pobre inocente! se chupa el puño del bastón como si fuese un caramelo!

Y Lazarina continuó su revista hasta llegar al último: al número veintinueve suspiró.

— ¡A fé mía, murmuró, no meteré la mano en ese costal lleno de cereos.

Y Lazarina se levantó para acabar su papel.

Un día que volvía de su ensayo, su criada la dijo que había venido á verla una señora, y que había sentido mucho no encontrarla.

— Esa señora es de Lyon, donde habeis representado este verano, añadió la criada, y me dijo que os hiciera presente que tenía mil cosas que deciros de parte de las personas que allí habeis conocido. Además tiene que pedir un favor, y volverá mañana á las doce.

— ¿Os ha dejado su nombre?

— Sí, aquí está su tarjeta; se llama Mad. de Renneville.

Lazarina tomó la tarjeta.

— ¡Renneville! exclamó; nunca he conocido á nadie de ese nombre... en fin, si viene mañana, que entre.

Al otro día á las doce en punto, Mad. de Renneville entró; Lazarina no la había visto nunca; solo notó que estaba mucho mejor vestida que lo necesario para una visita de mañana.

— Señora, la dijo, ¿en qué puedo servirlos? y le señaló un sillón. Mad. de Renneville tomó asiento.

— ¡Ah señorita! dejadme respirar un poco, os lo suplico; ya no tengo mis piernas de veinte años, y este piso cuarto es tan alto... ¿no es piso cuarto?

— Sí, en efecto; y además hay entresuelo, contestó con sequedad Lazarina.

— ¡Ah! ya estoy mejor, respondió la visitante sin cortarse, y principió á poder hablar. ¡Dios mío! ¿cómo podeis decidiros á vivir tan cerca de las chimeneas?

Lazarina miró á la visitante de cara, y sintió que se sonrojaba á pesar suyo.

— ¿Llegais de Lyon, no es cierto? la preguntó.

— No directamente. ¡Ah! qué buenos recuerdos habeis dejado allí; demasiado cortos por desgracia; todos vuestros amigos hablan de vos y esperan volveros á ver el año próximo... Lo único que les sorprende es que no esteis en el teatro francés, porque lo merecis por mil motivos, por vuestro talento, vuestra gracia y vuestra hermosura.

Lazarina no hacía un movimiento; principiaba á dudar del motivo que había inducido á la desconocida á visitarla. El corazón la daba saltos en el pecho; cuando no estaba roja de confusión, estaba pálida de ira.

La recién llegada se calló también al notar aquel silencio.

— ¿Eso es todo lo que teniais que decirme? exclamó entonces Lazarina.

— Francamente, no... y á fé mía que os diré las cosas tales como son. Hareis el favor de disimularme; es la primera vez que me dirijo con tales intenciones á una mujer bonita... Uno de mis amigos se ha

quedado encantado de vuestra persona, y desde ese momento me habla sin cesar de vos; no he visto jamás á un hombre tan enamorado; no piensa mas que en vos; y cuando he visto que no había medio de sequearle, me he decidido á venir á ver en obsequio suyo.

(Continuará.)

EL CONDE DON JULIAN.

FABULA.

De su rey vuelto enemigo,
pide con bárbaro afán
á los moros don Julian
que le venguen de Rodrigo.

Se presta el árabe á todo;
junta fuerzas, acomete,
y en el turbio Guadalete
se hunde vencido el rey godo.

Vengóse Julian al cabo;
mas fué por su loca saña
cautiva del moro España,
y en ella Julian esclavo.

No estará acaso demás
que se fije en esta idea
gente goda que desea
los triunfos de Nicolás.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

JUNTO A LA CUNA.

(CANCION DE LA MADRE.)

Descansa en la cuna que ciño de flores
tegiendo con ellas risueño dosel;
dosel que no vengzan los ciegos ardores
del sol que en tu rostro vé un sol como él...

Duerme sin cuidado,
sueña sin temor,
que mientras duermes está á tu lado
velando mi amor.

¿Quién sabe, paloma, qué senda en la vida
El cielo á tus plantas piadoso abrirá?
Tal vez entre sueños la pases mecida,
tal vez el tormento tu herencia será.

Su santa clemencia
sabré yo pedir:
mientras respiras en la inocencia
puedes sonreír.

Acaso un palacio te guarda la suerte,
con triunfos y glorias y dicha sin par:
tal vez del mendigo la vida y la muerte,
sin nombre, ni amigos, ni patria, ni hogar.

Mas en tanto, niño,
duermes junto á mí;
que con los votos de mi cariño
ruego á Dios por tí.

Acaso una espada fulmine tu mano;
acaso tus labios derramen piedad:
tal vez encadenes el fiero Oceano,
tal vez te sepulte feliz soledad.

Oh! si yo supiera
lo futuro ver!
en tu sonrisa por fin leyerá
lo que vas á ser.

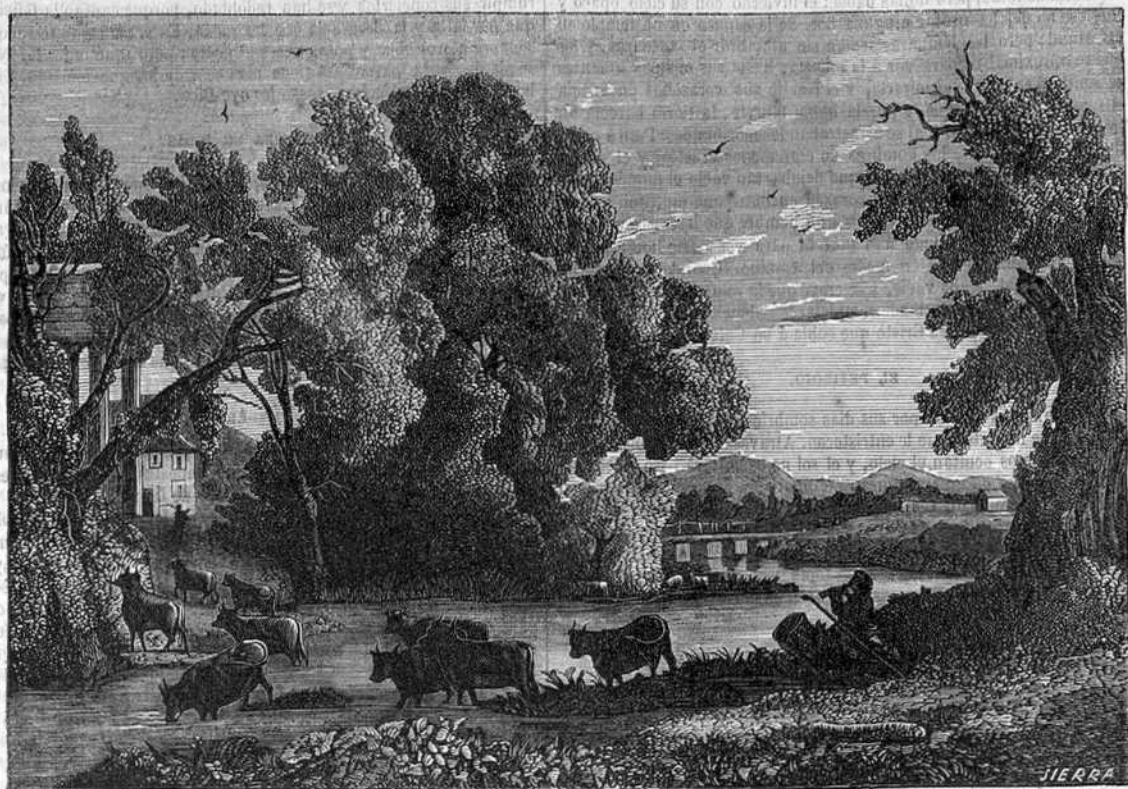
Mas ay! dulce prenda, doquier que te mire,
humilde ó glorioso, doliente ó feliz,
en tanto que amante mi pecho respire,
mi aliento y mi vida serán para tí.

Duerme sin cuidado,
sueña sin temor,
que mientras duermes está á tu lado
velando mi amor.

ANTONIO ARNAO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA CALMA CAMPESTRE.

Un cielo puro y despejado, una casita aislada, un arroyo cristalino y poco profundo que atraviesan los ganados que vuelven del pasto; un pastor sentado sobre la verde yerba y abandonando á la brisa las notas de su caramillo; á lo lejos un puente rústico, colinas sombrías en cuya pendiente hay una aldea... Tal es el cuadro sencillo que Claudio Lorrain ofrece á nuestros ojos, y que con tanta propiedad se le ha denominado la *Calma campestre*.

Delante de este conjunto de imágenes dulces y risueñas, la imaginación se encuentra transportada al mundo de la idealidad: sentimos la brisa que murmura entre el follaje y la frescura del río; oímos los mugidos de los rebaños; nos colocamos con el sentimiento en medio de esta escena agreste lejos de las agitaciones de la ciudad: por una asociación que se establece en nuestro espíritu entre ciertos aspectos y ciertos hábitos, la representación de este sitio retirado despierta en nosotros ideas de soledad y tranquilidad. La calma no existe propiamente hablando en el paisaje, sino en la impresión que produce, en la especie de arrobamiento que comunica á nuestra alma.

Existe entre nosotros y el mundo exterior una relación directa á la cual prestamos bastante atención. ¿Habeis visto el lago sujeto á las impresiones celestes, velar este sus brumas, ó barrer con su brisa hasta las menores nubes? Así el hombre refleja y se impresiona de la creación que le rodea! Él le comunica ó recibe de él su tristeza y su alegría; pero uno y otro depende del estado de su alma, fuente pura ó turbada. Lo que para uno respira la calma y la felicidad, para otro el enojo; el desierto donde el anacoreta encontraba las inspiraciones de Dios, despierta en la conciencia del criminal el terror de los remordimientos. Llevamos en nosotros mismos el verdadero sol que ilumina todo y nos hace un mundo de luz ó de tinieblas.

No se debe olvidar que la conciencia es una especie de cámara oscura, en la cual viene á calcarse el mundo que nos rodea. Para enamorarse del grande espectáculo de la naturaleza, se necesita haber conservado, si no toda la pureza primitiva del corazón, al menos la conciencia del bien y ese instinto divino, que nos hace ver en el mundo perceptible una manifestación de la inteligencia suprema y de las grandes leyes que rigen el universo.

EL LIBRO DEL PASEANTE.

LOS VAMPIROS.

El recuerdo de una ventura no es un mal que afea la vida; es un demonio encarnado que nos persigue hasta en sueños, para roer una por una todas las fibras de nuestra alma, semejante á esos monstruos traídos del Asia por la superstición, llamados vampiros, espectros feroces, que se alimentan de la sangre de aquellos á quienes han amado; manes espantosas que se nutren á espensas de los vivos. Cuando se ha reconocido á este fantasma, no se debe temblar delante de él dejándole sorber la vida, sino que así como en Oriente se abre la tumba del cadáver perseguidor y se le hiere en el pecho con el pie, es preciso abrir vuestro corazón, donde yace la muerte hambrienta que os devora, y pasar como una espada vuestro pensamiento á través de su sombra.

LA MUERTE DE LA POESÍA.

Los pueblos eran viejos: ningún sentimiento noble agitaba sus corazones; ninguna idea bella despertaba sus almas; ninguna palabra generosa resonaba en sus tribunales ni en sus plazas públicas: en vez de oradores había abogados; las costumbres se corrompían; el mundo perecía en la disolución. Se buscaba, se esperaba por todas partes no sé qué santa y celeste aparición que viniese á regenerar la tierra: en este tiempo murió la poesía, de qué enfermedad se ignora; probablemente de miseria y de frío, de la misma enfermedad que la mayor parte de sus cortosanos y sacerdotes. Cuando hubo muerto, todos se acordaron de repente de que era hermosa y había nacido reina. Se citaron sus virtudes que antes no se habían notado; se recordaron sus beneficios, en los cuales antes nadie había parado la atención; y como ya no había remedio para ella, se determinó hacerla magníficos funerales, embalsamarla para conservar muerta á la que no se había querido viva, y encerrarla como una reliquia en una caja de cristal, oro y piedras.

Y hé aquí lo que sucedió. No se pudieron hallar perfumes en ninguna parte: el cristal estaba opaco; los diamantes no tenían brillo; las perlas carecían de esmalte, y los más ricos metales se habían convertid.

en plomo. No pudiendo pues concederle otros honores, se quiso al menos coronarla de rosas; pero no las había; el invierno con su cielo opaco y lluvioso no dejaba brotar ninguna flor. Se la espuso en un templo en un ataud; pero las lámparas ardían sin alumbrar el santuario, y los que se aproximaban para ver á la muerta, hasta sus mismos amantes se sentían envejecer al mirarla, y el frío de sus corazones encanecía sus cabellos. Desde que la poesía había muerto, la tierra parecía un inmenso desierto, en el cual se arrastraban los moribundos. Pero á pesar de estar moribundos, los hombres no eran menos crueles; y el día en que se iba á enterrar á aquella que dejaba tan vacío el mundo donde había tenido tan poco lugar, el corazón encontró una multitud asquerosa que perseguía con sus insultos á un hombre que llevaban al suplicio. Todo el mundo olvidó á la muerta para ver á este hombre, y su cuerpo fué abandonado en medio del camino. Cuando la multitud volvió, el ataud estaba vacío, y se creyó que la reina había resucitado, porque á la poesía corresponde completar la redención, y el hombre que marchaba al suplicio era Cristo que subía á su Calvario.

EL PETIROJO.

No maldigais la vida por sus días sombríos: el hombre pasa mas de prisa que las nubes que le entristecen. Atravesad con el pensamiento los velos que os ocultan el cielo, y el sol no os faltará. No dejéis que pálidos vapores oscurezcan vuestra lámpara, y desarmad al invierno con vuestra serenidad. Cuando tiembla la tierra bajo su capa de hielo y la brisa pone en fuga las aves cortesanías de los días hermosos, el petirojo trata de consolar á la naturaleza de su ausencia. Olvidando su nido, y lejos muchas veces de las granjas hospitalarias, salta y canta en la nieve. Sed como él poetas, y cantad en las lágrimas: vuestro corazón sentirá menos el frío.

HOMERO.

Dícese que Homero nació en Smirna, que significa mirra. ¿Era esto un presagio de que su gloria había de embriagar las almas y su gloria enbalsamar su nombre? Homero según dicen halló su sepulcro en lo que debe su nombre á sus violetas. ¿Es un símbolo de su gloria que á pesar de su preciosidad se oculta bajo el musgo de las edades, como una violeta entre la yerba? Este hombre maravilloso que derramó por todas partes las perlas de su ingenio, debía sin duda tener tal cuna y tal tumba. Su muerte es un eco fiel de su nacimiento; pero qué desierto los separa! ¡el doloroso desierto de su vida! ¡qué torrente de miseria ha corrido entre las dos riberas perfumadas de su vida!

LOS FUNERALES.

¡Qué espectáculo tan amargo y tan solemne es la pompa de los funerales! La iglesia colgada de negro, porque un hombre menos padece la vida; las hachas que se encienden para ojos que no ven; los cánticos que resuenan en torno de aquel cuyo oído se ha cerrado; los salmos que se hacen salir de sus labios mudos; el agua que se echa sobre la planta seca como si debiera renacer; y mas lejos, en el cementerio, los homenajes que se dirigen á un viajero que ha partido ya; esos elogios que se le libran como un pagaré; las descargas de la mosquetería que parecen anunciar á otro mundo la llegada de un embajador; las flores que se dejan caer en la fosa, cuántas esperanzas, cuántos sarcasmos! Borrada esta última palabra: echar de menos es creer. No se saluda sino á quien se ve. No se dice adiós sino á quien lo oye.

EL PÁJARO DEL POETA.

¿Sabeis cuál es el pájaro del poeta? No es el águila que conduce el rayo, ni el condor amigo de las altas nubes; no es la corneja, aunque esté en duelo y viva siglos, ni el gorrion fiel á la cabaña, ni la cigüeña que se anida en las altas torres. ¡Será el ruiseñor, cuyo genio solo se despierta en las tinieblas; el cisne que canta al morir, el pavo real brillante de pederías? Tampoco. No es el gavilán cruel ni la sencilla alondra que cuenta á los corderos noticias de los cielos; es un pajarillo negro y blanco, negro como el pesar, blanco como la esperanza; un pajarillo de paso, la golondrina, que corre detrás de la primavera.

EL RUISEÑOR CIEGO.

El ruiseñor no canta sino de noche; y cuando le cogen los crueles cazadores, le sacan los ojos para que no pueda distinguir las horas y cante siempre. El entonces no puede ver las rosas, pero aspira sus perfumes, y canta para que se levante la luna y se los revele; canta para llamar la luz de las estrellas que no volverán á lucir para él. Esta es frecuentemente la suerte de los poetas; con un fin enteramente contrario, la envidia ó el desden les arroja un velo sobre los ojos; quiere ahogarse su voz, que suele así hacerse mas bella. Las flores que se les

roban se abren mas bellas en sus sueños. Se había intentado interrumpir sus conciertos y se han redoblado, porque cantan la felicidad que les falta y la desgracia que les rodea. Es verdad que se escucha siempre al ruiseñor y pocas veces al poeta; pero ¿qué importa? Nada se pierde, y la naturaleza tiene mas ecos de los que creemos. Si los hombres no les escuchan, acaso les oye Dios.

LA SOMBRA DE JUDAS.

Cuando la sombra de Judas bajó á los infiernos, los demonios se apartaron para dejarla pasar. Cuando hubo llegado á Satanás, el ángel infiel le dijo: —¿Qué vienes á hacer aquí? Si tenemos lugar para tu crimen, no tenemos tormentos para tí. Único en tu crimen, sé único también en tu castigo. Vete solo á cualquier rincón de nuestro imperio á hacerte devorar por tu conciencia. ¡Vete! no deshonres con tu vista el abismo, pues no tienes semejanza entre los condenados. De mi paricidio al tuyo media la virtud. Fui ingrato sin baja, rebelde sin cobardía. Yo no había prometido nada al Dios que me ha castigado; me levanté contra él, pero no le vendí.

LOS VERDERONES.

Algunos creen que á nuestra muerte el pensamiento vuela de nuestro cerebro como el ruiseñor de su nido, y nuestras almas se convierten en verderones que cantan en los jardines de Dios. Yo me figuro que estos pajarillos son las hojas que vienen todos los años, como las golondrinas, á visitar los lugares que han amado, á suspenderse de los árboles que las echan menos; á esparcir sobre los vivos la sombra y la frescura de su morada, y enseñarles con sus murmullos las melodías del Paraíso. Si estas esmeraldas cantoras parecen morir en el otoño, es para decirnos que la tierra no se ha hecho para nosotros, y no debemos permanecer en ella mas que un instante; pero no mueren en realidad: enviados del Señor, vuelven á sus florestas y sus bosques del cielo. Es un error de palabra el decir que mueren las hojas: se ausentan.

LA POESÍA Y LA BELLEZA.

La poesía pasa á través de nuestras borrascas como un navío que marcha á puerto desconocido; la belleza, es decir, la mujer amada, se desliza á través de nuestra noche como una barquilla iluminada que se pierde entre las brumas. La poesía y el amor son casi siempre impalpables. Ambos son inconstantes, y exigen poseer todo nuestro corazón. La poesía navega con sus nacaradas velas sin mas piloto que el viento; la belleza caprichosa se rie de vuestras persecuciones, como una flor marina que se inclina sobre las aguas, y estas imágenes no son nuevas. La Grecia las conocía, pues hizo nacer á Apolo en una isla flotante, y á Venus de la espuma de las olas.

EL OCEANO.

Se ha comparado frecuentemente y con razon la vida del hombre al Océano. Es como este misteriosa y profunda, sometida á su flujo y reflujo. Tiene como él sus tempestades y sus vientos aliseos, sus islas salvajes y sus jardines de las Hespérides, sus escollos, sus bancos de arena, sus monstruos y sus maravillas. La cuna y la tumba son sus polos. La una tiene el sentimiento de la eternidad; la otra es su símbolo. Se ha olvidado el comparar su analogía ó semejanza, que consiste en que la vida es amarga como el agua del Océano, que solo pierde su amargura al evaporarse. La vida humana es amarga como el agua de la mar, y no se endulza tampoco sino elevándose al cielo.

LOS VIDRIOS HELADOS.

Cuando veis por la mañana en vuestros cristales esos arabescos de plata, esos paisajes helados que dibuja el frío, ¿no os parece alguna vez que son vuestros sueños nocturnos, que sorprendidos por la brisa al abandonarlos para volver al cielo, se han helado al amanecer? Miradlos antes de que salga el sol, y suspiradlos cuando hayan huido, porque no volverán jamás. Que esto os enseñe, jóvenes poetas, á guardar si podeis vuestros sueños en el santuario y la noche de vuestras almas. Una vez fuera de este tabernáculo, aun los vereis un instante, tales poco mas ó menos como se os aparecieron en vuestras horas de estudio y de meditación; pero inmóviles y sin color, brillantes quizá, mas frios. Los admirareis algunos minutos; luego la luz los ahijará, y vuestras bellas imágenes se convertirán á vuestros ojos en gotas de agua que no serán lágrimas siquiera.

LA MANO DE ALEJANDRO.

La aproximación de la muerte nos hace compadecernos de las grandezas de la tierra, desilusionando hasta á los ambiciosos. Dícese que sintiéndose morir Alejandro, que cuando vivía se decretaba sa-

cruces de pueblos y marchaba con su trailla de soldados cazando por el universo cetros y coronas, decretó que se le enterrase dejando su mano fuera del sepulcro, para que todos los que pasasen pudiesen, viéndola vacía, juzgar lo que guardaba de sus conquistas, y lo que se lleva a la tumba de los tesoros del mundo. ¡Lección perdida! Nadir y Gengiskan no han pasado por allí. Un solo conquistador, el que se burla de los conquistadores, el tiempo, la ha visto y no la ha respetado. Yendo a destruir á Babel y otras torres semejantes, ha pasado por encima de ella.

LA FORMA.

¡Los sabios modernos se quejan de que seamos esclavos de la forma, y para emplear los términos de su filosofía de pacotilla, que busquemos mas lo brillante que lo sólido! Dios mío! En eso no hacemos mas que lo que siempre se ha hecho. Si Sócrates hubiese tenido las facciones de Alcibíades, quizá hubieran condenado á Aníptus. ¡En qué siglo no han enamorado las gracias del rostro y del cuerpo? ¡Preguntad al amor, el mas joven y mas antiguo de los dioses, lo que pensaría de una Psyquis que poseyera los tesoros de Corina y Saffo encerrada en el cuerpo de Esopo! No se la hubiera confiado al Céfitro, sino al huracán para que se la llevase. El amor se ocupa mas de la belleza del cuerpo que de la del alma; no para la atención en los pensamientos divinos ocultos en el libro del corazón; lo que mas le interesa es la encuadración de este libro. Examina si es dorado, si la blancura de su terciopelo corresponde á sus guardas, si contiene elegantes flores y lindos grabados. Es un niño que no lee, sino que mira las estampas.

EL NÍSPERO.

¡Cuántos hombres de genio podrían compararse al níspero, robusto, espinoso y triste, que brota casi siempre en tierras áridas, que bajo sus hojas éticas no oculta sino un fruto acre y pedregoso que nunca madura el sol! Sobre la paja de nuestros graneros es donde sus frutos se ablandan y perfuman, y aun despues es preciso para que agraden á nuestro paladar que la muerte lo haya tocado. No se hacen sabrosos sino muriendo. Lo mismo sucede á ciertos hombres. Se arraigan en la indigencia sus obras, ignoradas del sol, terminan en la oscuridad, se completan en la miseria, y la muerte las publica.

EL EPITAFIO.

En una aldea cuyo nombre no recuerdo, vi una piedra funeral que no tenía ningún nombre, sino un singular epitafio: un velo de sol. ¿Era un aviso á los vivos, ó un epigrama contra la muerte? ¿Se quería que el muerto contase en la tumba el tiempo que no había contado en la vida, ó quería él enseñar á sus hermanos que los momentos aprovechados ó perdidos conducen al mismo fin? ¡Triste filosofía para una aldea! Mas valdría creer que un ser amado dormía bajo aquella piedra que decía á los vivos: no dejes pasar una hora sin recordarle. Esto hubiera sido bello; pero no es probable. En la época en que vi esta tumba, supe que solo tenía un año de fecha. La lluvia había borrado casi las líneas del reloj. El mismo sol había hecho lo que los hombres, no le había conocido.

Noticias relativas al marquesado de Denia.

El término de Denia, ciudad antiquísima que tiene su asiento á orillas del Mediterráneo, en la falda misma del monte Mongó, corre de tramontana á Mediodía, desde la boca del río Calapatar ó Molinillo, hasta Calaleveche de Moraira, que parte él de Teulada, y en todo este pedazo de costa, que son cinco leguas, no hay otra población fuera de aquella y de la villa de Jabea.

El citado término tiene de ancho tres leguas, casi por línea recta, pasa por cerca de Teulada, Benisa y Calpe, y vuelve por la cordillera de los montes próximos hacia Poniente, hasta Orba y Murla: y desde allí, por encima del Rafol y el Sagarría, hasta el repetido río Molinillo, que divide los términos de Denia con Oliva y Pego.

En esta no grande estension de terreno hay multitud de alquerías y de casas de recreo; se cogen infinitos quintales de pasa moscatel y de planta, rico aceite, vino, algarrobos, higos, naranjas, limones, granadas, otras frutas esquisitas, buenas y sabrosas hortalizas, arroz, y algunos cereales y maiz; se hace una regular cosecha de seda; y además de la ciudad de Denia, cabeza del marquesado de su nombre, se hallan varias poblaciones, siendo las principales las que siguen:

Ondara, cuyo nombre antiguo debió de ser el de Fundaria por la fundición de hierro que allí establecieron los romanos, con motivo de lo abundante que es este mineral en sus inmediaciones.

Pertenecía á los señores Cardonas, de la casa de Aragon, señores de Guadalest y almirantes de aquel reino.

En tiempo de los moros fué lugar numeroso; en el de los romanos le habitaron sugetos muy principales. Existen varias lápidas é inscripciones incrustadas en las paredes exteriores de varios edificios modernos, y nosotros conservamos monedas y otras antiguallas encontradas en las heredades próximas al remover la tierra para las labores agrícolas.

Vergel era de los señores Vives, y luego de los marqueses de Denia. Su nombre está indicando la situación envidiable que ocupa.

Mirarrosa y Sedla ó Selva correspondían á D. Juan Duart ó de Huerte, hermano de D. Arnau Guillem de Huerte, señor del palacio de Huert y baronía de Sorapuro, en el reino de Navarra, cuyos caballeros fueron al de Valencia con el infante D. Juan, rey de Navarra y despues de Aragon.

Mirafior fué de los caballeros Perpiñanes.

Beniarbeig, Beniomar y Benicadim pertenecían á los señores Pallaces, condes de Sinarcas y vizcondes de Chelva.

Benimelich al conde de Villalonga D. Pedro Franqueza.

Rafol á los caballeros Calpenas.

Negrals á los Pascuals, caballeros de Oliva.

Pedreguer y Matoses eran de los señores Puchades, condes de Ana.

Gata fué propio de los nobles de Hajar descendientes del rey D. Jaime el Conquistador.

Pamis correspondía á los señores de Vives.

En este lindo pueblecito se cogen los mejores higos del reino de Valencia.

Sagra y Sanet pertenecían á la encomienda de Santiago.

En tiempo de los moriscos hubo además otros pueblos reducidos luego á simples alquerías, como Benisa, Deví, Atendia, Beniadla, Abiar, Albardanera, Vinals, etc.

Sin embargo de la animación que hay y del tráfico que se hace en la actualidad en el territorio que acabamos de mencionar, principalmente de agrios, de pasa y de seda, aquellos serán mayores el suspirado día en que le cruce, si no un ferro-carril, por lo menos una carretera regular, de que por desgracia se carece, que le ponga en cómodo y continuado contacto con Valencia y Alicante.

REMIGIO SALOMON.

LAZARINA.

(Conclusion.)

—¡Ah! ¡Por pura amistad! exclamó Lazarina.

—Es un joven muy distinguido, añadió la dama sin detenerse en esta interrupción; tiene un nombre magnífico, y disfruta de una fortuna inmensa: todo lo haría por vos; vuestros deseos serán los suyos; el duque de V... no tiene treinta años... es encantador.

Mad. de Renneville continuó sobre este tema con una elocuencia que el lector comprenderá sin trabajo.

Lazarina sentía lágrimas de rabia, y abría los ojos con esfuerzo para no llorar.

Cuando Mad. de Renneville concluyó de hablar, se levantó.

—No respondeis, señorita, la dijo... creo que me he explicado con claridad; mi querido duque hará cuanto os dé la gana... Ordenad, y obedecerá: ¿qué le debo decir?

—Nada... absolutamente nada, contestó Lazarina.

Y se inclinó para hacer comprender á Mad. de Renneville que la conversacion estaba terminada.

Ella tuvo tambien que levantarse.

—¡Ah señorita! dijo al retirarse, ¡qué mal haceis!... bien se conoce que sois joven!... En fin, si un día cambiárais de propósito, acordaos que me llamo Mad. Renneville, y que vivo en la calle de Teresa, núm. 19.

—¿Y Lyon? preguntó Lazarina con una sonrisa imperceptible.

Madama de Renneville se sonrojó un poco.

—Debo volver, pero mas adelante, contestó con una sonrisa.

Algunos dias despues, Lazarina se hallaba en la ópera, donde el estreno de una nueva cantatriz había llamado á todo Paris. Uno de sus amigos subió á su palco en un entreacto, y estaban hablando hacia algunos minutos, cuando mirando un poco por el teatro, el amigo detuvo los anteojos en un palco del balcon.

—¡El es! exclamó.

—¿Quién? preguntó Lazarina.

—Uno de vuestros primeros admiradores... Mirad allí, en el segundo palco descubierto contando del proscenio... un joven con corbata blanca y con bigotes... cerca de una señora que tiene un vestido de color de rosa...

—¡Ah! sí: es guapo ese joven.
—Ya lo creo! y además tiene un carácter admirable... La admiración que la tiene a V., mi querida Lazarina, podría quizás llamarse con otro nombre.

—¿Y cómo se llama él?
—El duque de V...
—El duque de V... ¿Sabe que me conoceis? preguntó con presteza la joven.

—Sí.
—¡Imbécil! murmuró en voz baja.

El duque de V... era joven, distinguido y encantador, y Lazarina comprendía que la visita de Mad. de Renneville había abierto un abismo entre ellos dos.

Toda la noche estuvo pensando en él, y le aborreció porque le había parecido bien.

Tres días después tocaron la campanilla de su casa á eso de las doce: la criada entró en el aposento de Lazarina.

—Señorita, la dijo, Mad. de Renneville está aquí y desea hablaros.
—Decid que he salido.

—¡Qué obstinado es! añadió cuando se quedó sola; podía hacerse presentar en mi casa, amarme, decirme, y me envía esa mujer abominable: ¡qué necio!

En medio de esos acontecimientos de todos los días, no faltaban cartas y ramilletes que aumentaban el estado de irritación moral en que Lazarina vivía. Para acabar de una vez, tenía á veces ideas de dejar el teatro de repente, y retirarse á una aldea donde tuviera familia y casarse con algún mozo honrado, sencillo y modesto, que la hubiera ganado la vida con su trabajo. Pero había vivido en un mundo que no le permitía esa vuelta á la oscuridad y al aislamiento. ¿Encontraría en tales condiciones un marido que estuviese al nivel de su inteligencia y de su lenguaje? Esto era dudoso cuando menos. Y además, pasados los primeros tiempos, ¿qué haría con el marido torpe y con la perspectiva de tres ó cuatro hijos?

En lo mas fuerte de sus incertidumbres, el acaso le hizo encontrar en el baile de los artistas que se da todos los años en la Opera Cómica, á un joven de buena presencia que la invitó á servirle de pareja. Lazarina baila alegremente: aquel día había recibido un magnífico ramillete de violetas de Parma modestamente cerrado con una corona de margaritas; Lazarina había llevado al baile aquel ramillete.

Después que hubo bailado, el joven la fué presentado en toda forma por un amigo común: llamábase Conrado Bernier: su familia habitaba en Lorena, y él vivía en París comiéndose algunos cuartos.

En la conversacion descubrió Lazarina que Conrado era quien le había enviado las violetas de Parma.

—Muy bien, dijo ella saludando, violetas y margaritas tendrán la honra de morir sobre mi chimenea.

Conrado no carecía de gracia; estaba muy bien educado, y su humor, así como el aire de su rostro, le habían gustado mucho á Lazarina. El joven pidió permiso para hacerla algunas visitas, y lo obtuvo.

Al otro día Conrado envió otras flores, con un billete en que la suplicaba admitiera aquel nuevo obsequio: ella aceptó riendo, y se estableció entre los dos una comunicacion frecuente de cartas y de flores.

Entre un joven de veintisiete años y una bonita joven de veintinueve no tardan en declararse los amores; tenían el ánimo muy vivo, y sus caracteres simpatizaban perfectamente. Conrado tenía además cierta propensión á la melancolía que aumentaba el encanto natural de su persona.

Lazarina, alegre por naturaleza, y mas inclinada á la risa que á los suspiros, amaba en él lo que no encontraba en ella misma. Conrado era el hombre que habría deseado tener por marido; pero desgraciadamente no se podía pensar en ello, pues había por medio una familia que hizo la señal de la cruz cuando oyó nombrar una mujer de teatro.

Debemos decir que esta convicción no asustó demasiado á Lazarina, y no fué un obstáculo muy poderoso para el pensamiento que acariciaba su ánimo. Conrado la había confesado francamente que la amaba con toda su alma.

—Tiempo tendremos de verlo, dijo ella; sois joven, yo no soy vieja; de modo que maldita la prisa que tenemos.

—¡Oh! repuso Conrado, yo no exijo repuesta hoy ni mañana; pero si algún día sentís por mí la centésima parte de lo que yo siento por vos, entonces prendéis en la cintura un ramillete de estas margaritas, y comprenderé que aceptais la oferta de mi corazón y de mi vida.

Lazarina tomó la mano de Conrado, y se la estrechó entre las suyas.

—Está convenido, dijo ella entre alegre y seria.

Conrado agradaba mucho á Lazarina; pero sin embargo, antes de hacer nada que pudiera comprometerla, quería estar segura de sí misma, y no esponerse sobre todo á llevarse un solemne chasco. Educada en cierto modo en el teatro, Lazarina tenía demasiada espe-

riencia para abandonarse á sus primeras emociones con la ingenuidad de un alma que ignora las consecuencias; pero también tenía el corazón demasiado joven para no buscar en el amor un sentimiento sincero y duradero. Y después, hallaba en la resistencia el placer de la resistencia misma. Aquel amor que inspiraba á un corazón honrado y ardiente, era como la consagración pública de su valor, y saboreaba todas las ternuras y todas las impaciencias con la secreta voluptuosidad de un alma que se conoce en estado de pagar un día todo cuanto hubiera recibido.

Por un singular efecto de su capricho, Lazarina llevaba todas las noches al teatro un ramillete de aquellas margaritas que debían ser la señal de su capitulación; la gustaba verlas, contemplarlas, y también besarlas. A veces, antes de entrar en escena, se metía dos ó tres en el pecho. Entonces sonreía á Conrado, sentado con paciencia en la orquesta, y le hacía una señal con la vista.

—¡Ah! ¡qué dichoso podría yo hacerle con solo prenderme en la cintura alguna de estas florecillas! No tengo mas que hacer un ademán, y esta noche, dentro de un instante, caerá á mis pies loco de alegría.

Pero Lazarina no hacía jamás ese ademán; la altivez de su corazón, mas bien que su coquetería, la impedía hacerlo. Dos ó tres veces estuvo para ceder á los impulsos de su juventud y de su amor; pero en el momento de prender á su talle las margaritas que tocaba con su mano, la sangre la subía al rostro y se detenía.

Un día Conrado la escribió para decirle que su valor había llegado al último extremo; que cada día la amaba mas; pero que no se sentía con fuerzas para esperar mas tiempo.

«Esta noche, añadía, estaré en mi puesto acostumbrado; si no sacais estas margaritas, mañana me marcharé... ¿No será decirme que no me amareis nunca?»

La carta iba acompañada de un ramillete de violetas de Parma rodeadas de margaritas.

Lazarina, sin que pudiera explicar por qué, se sintió herida con aquella carta: sin embargo, al llegar la noche tomó el ramillete y se fué al teatro.

Tres ó cuatro días hacia que no había visto á Conrado: al primer paso que dió en escena le distinguió en la orquesta, pero no llevaba las flores en la cintura y afectaba mirar á otro lado.

La pieza en que trabajaba Lazarina tenía tres actos. En los dos primeros conservó su indiferencia aparente y trató de fingir la mayor alegría; pero en el tercero miró á Conrado de repente: el pobre joven estaba tan pálido, que ella se sintió desfallecer; ya no faltaban mas que algunas escenas para el desenlace. Lazarina subió precipitadamente á su palco en un intervalo, tomó un ramillete de margaritas, le prendió en su talle, bajó corriendo, y con el corazón desfallecido entró en escena.

Conrado ya no estaba en su puesto.

Lazarina se puso pálida.

—Bueno, dijo para sí, volverá antes que se acabe.

Y recitaba su papel con una lentitud febril: ya no veía en el teatro mas que aquella luneta vacía.

Llegaban las últimas palabras... Por fin cayó el telón, y Lazarina no descubrió á Conrado.

Cuando estuvo en su casa, Lazarina se quejó de un fuerte dolor de cabeza, y dió las buenas noches á su madre que la instaba para que cenara.

—No, decía, quiero dormir.

Y al quedarse sola se asomó al balcón; creía que Conrado se iba á presentar en la calle.

—Estoy loca, dijo después; es un momento de ira; estoy segura de que mañana volverá... Pondré estas margaritas en un vaso sobre la chimenea y las verá al entrar.

Tomó las flores, las besó, las metió bajo su almohada, y se acostó. Al otro día se levantó con la aurora y se prendió las margaritas á la cintura.

—Le gustará mas verlas aquí, se dijo.

Y le estuvo esperando todo el día.

Llegó la noche, y Conrado no pareció. Lazarina se arrancó las flores, las arrojó al suelo, y las pisoteó.

Tres días después preguntó por Conrado al joven que se le presentó. —¡Cómo! le dijo este amigo, ¿no sabeis que Conrado se ha ido á la Lorena?

Esta vez Lazarina experimentó un dolor violento, sincero, pero no lloró.

Cuando llegó la noche leyó una á una todas las cartas de Conrado: la parecía que volvía á recorrer el sendero florido de sus sueños y de sus queridas esperanzas. Concluida la lectura, Lazarina reunió las cartas, las ató con una cinta negra, y las colocó con algunas margaritas en un cofrecillo.

Estaba en pie con los codos apoyados en el mármol de la chimenea, y se miraba en el espejo que reflejaba la tristeza y la palidez de su rostro.

Lazarina era joven y hermosa, y en aquel profundo silencio que la rodeaba escuchaba los latidos de su corazón que rebosaba vida y amor.

—¿Y para qué sirve todo esto? exclamó.

Y cerró el cofrecillo.

Se pasó un gran rato. Dos ó tres años después de esta noche, el acaso llevó á Conrado cerca de Lazarina, que no había vuelto á ver. Era en el salón de descanso de un teatro: ella corrió á él, y le tomó la mano con una ternura y un abandono que no trató de disimular.

—Sois vos, sois vos! le dijo; ¡qué alegre estoy de veros! y le arrastró á un rincón donde pudieron hablar libremente.

Lazarina contó á Conrado el episodio de las margaritas.

—¡Ah! exclamó con una sonrisa humedecida de lágrimas, ¡no sabeis cuánto daño me habeis hecho!

—¿Con que me amabais? repuso Conrado enternecido.

—Sí.

—¿Y ahora?

—¡Oh! ahora, mirad, contestó ella.

Y tocando con el dedo un pendiente, Lazarina hizo ver á Conrado dos gruesos diamantes que deslumbaban con su brillo.

—¡Ah! ¡mis pobres margaritas! exclamó Lazarina.

Y dejó á Conrado.

A. A.

CARRUAJES RUSOS.

En Rusia, además de los trineos, que son de uso diario y general durante el invierno, se usan todos los carruajes conocidos en el resto de Europa: al menos esto es lo que hemos observado en las grandes poblaciones, donde la aristocracia adopta cada vez mas las costumbres francesas. El *troshet*, como la mayor parte de los coches rusos, está formado de guarniciones, casi siempre de gran valor, y sin ningún adorno.

El teleka es un coche de viaje del que se sirven principalmente los correos, los oficiales en comisión del servicio, ó los viajeros provistos de un *padroche*, nombre que se da á una orden emanada de las autoridades competentes, y que permite acudir á las postas establecidas por el gobierno.

Estas últimas no se asemejan en nada á las de los demás pueblos europeos, y su organización es eminentemente rusa. Para establecerlas el gobierno ha hecho construir, de mudanza en mudanza de tiro, una casa de postas dirigida por un solo comisionado. Todos los señores de las cercanías están obligados á mantener á sus expensas un cierto número de caballos y de telekas proporcionado á la importancia de sus dominios, que se aprecia por el número de sus vasallos. Los emplea-



(Carruajes rusos.)

dos del gobierno enviados en comisión se sirven gratuitamente de los carruajes y de los caballos; los viajeros provistos del *padroche* pagan al postillon diez céntimos por cada cuatro leguas: pueden además habitar en las estaciones, con la condición de proporcionarse camas y comer con lo que llevan en el teleka. El emperador se limita á sostener las casas, proveerlas de luces, de combustible, y de pagar los encargados que las custodian. Los atalajes empleados en las postas son medianos, pero muy ligeros. El postillon ruso no cesa de cantar ó de azuzar á sus caballos, que suben al galope todas las cuestas recorriendo de esta manera el espacio de cinco leguas por hora. El kibitka mas que coche es un carro que se emplea para trasportes de comercio. Usan de este género de carruajes los mercaderes que, para llevar sus mercancías á las ferias establecidas en el territorio del imperio, no tienen otro medio de transporte.

UNA APUESTA.

II.

EL PRIMER AMOR.

Si es verdad que todos los hombres tienen algo de poetas, ¿en qué ocasión habrán sentido en su alma el germen de la poesía con mas fuer-

za que en la pubertad, cuando sus pasiones, en flor aun, no han recibido una gota de veneno y exhalan su rico perfume como las rosas silvestres sin que nadie se detenga para recrearse con su fragancia? Y si esto es verdad, ¿cual será el alma que dentro ya de la vida, arrastrada por corrientes impetuosas, sin horizonte, quizá sin esperanza, no gozará deteniéndose un momento, apartando los ojos del porvenir nublado y tormentoso y volviéndolos á la única época de pureza y felicidad de su vida? Cuando la suerte nos ha arrastrado lejos de los valles en que pasó nuestra infancia, si un día volvemos á pisarlos, alegres lágrimas brotan de nuestros ojos y dulce melancolía se apodera de nuestro corazón. ¿No es grato dormir el último sueño bajo el saúco que nos prestó su sombra en el primero? ¿y no será dulce también á nuestro corazón recrearse con sus primeras emociones?

Voy á describir estas emociones en una relación, que es la historia de cierto período de la vida de todos los hombres, y que no está amenizada con episodios raros y extraordinarios sucesos que piquen la curiosidad, porque el escenario en que se representa mi escena no es el mundo, sino el corazón, el verdadero escenario de los verdaderos poetas.

Figuraos un joven de diez y siete años, que acaba de salir del colegio, y á quien podemos llamar Enrique Valdealegre, que es nombre bonito, de moda, y que le hará simpatizar con todas aquellas gentes, que no son pocas, que simpatizan con las personas por los nombres de bautismo.

Su alma está bañada en poesía, parte á causa de su edad, y parte á causa de las muchas novelas de todos géneros que en las horas de estudio ha devorado en el colegio, ocultándolas entre los grandes libros de la clase, para que sus forros amarillos no le denuncien al prosaico director. Su cabeza no tiene quizá ideas fijas, pero en cambio atesora ilusiones que valen mucho mas que las ideas. La falta de ilusiones y la sobra de ideas producen la desgracia de nuestro escéptico siglo.

Nuestro joven solo piensa en gozar de la libertad, su primera amante, como de un bien que acaba de obtener, y el orbe entero le parece suyo porque ya es un hombre, mal que pese á todos los que por tener algunos años mas se creen con derecho para no hacerle caso, y se rien cuando en los cafés ó en los paseos le ven en medio de un grupo tumultuoso de jóvenes de su edad disputar con calor sobre cosas que no sabe, es verdad, pero que cree saber: y ¿quién está seguro de saber alguna cosa? Los mismos que se burlan de sus disputas pueden saber cuando mas que él no tiene razon, pero no quien la tiene: y además, si cada uno no hablase mas que de lo que sabe, el mundo se parecería á un convento de la Trapa.

Sus deseos estan reducidos á dos cosas: una mujer y unos bigotes. En cuanto á la mujer, la tiene escogida en su pensamiento; pero en cuanto á los bigotes, aunque ya ha meditado seriamente sobre la forma que les dará cuando los tenga, ni un ligero bello sombrea su labio, diariamente atormentado por el jabon y la navaja.

Pero tiene una mujer escogida, y eso ya es algo. Tiene doble edad que él: su cabello es rubio como el de un niño; sus ojos azules como el cielo; la nieve y el carmin resplandecen en sus mejillas, y ninguna flor hay tan bella como su boca. Es un sueño realizado. La Venus de Médicis animada y embellecida por las gracias. La obra maestra de la divinidad en punto á belleza. Y su corazón... ¿cómo no ha de ser bello el corazón de semejante mujer? ¿Se complacería acaso la naturaleza en deslucir sus mas bellas creaciones? Las sirenas son inverosímiles abortos de la poesía. Dios no ha creado mas que ángeles y demonios, los ángeles hermosos, los demonios feos; y el hombre que está entre ellos, que participa de ambas naturalezas, se inclina mas en su corazón á aquella especie de seres con quienes tiene mas semejanza su rostro, y esto es natural. Además, la maldad no es natural al hombre, sino aprendida en el dolor; y ¿quién ha de haber afligido á una mujer tan hermosa? ¿quién pudo ver al ángel sin adorarle de rodillas?

La casualidad que hizo que Enrique conociese á su ídolo, merece ser contada, pues aunque muy sencilla, es el punto de apoyo de nuestra narracion, y no es lógico pasar á las consecuencias sin enunciar el principio.

El Carnaval tocaba á su término, y la alegre juventud de Madrid disponia sus trajes para asistir por última vez á los bailes públicos, cuando un amigo de Enrique que se llamaba Felipe, si mal no recuerdo, le encontró en la calle y le preguntó:—¿tienes que hacer esta noche?

—No, respondió Enrique.

—Pues entonces, repuso Felipe, me acompañarás al teatro para donde he tomado billetes en el café porque son mas baratos que en el despacho. Necesitaré allí de tu amistad probablemente para un asunto.

—De amores?

—Sí.

—¿Con quién...

—Ya la verás. No puedo decirte su nombre, porque es persona de alto coturno y... adios. Iré á buscarte á tu casa.

Por la noche los dos amigos, envueltos en negros dominós, penetraron en el teatro, pasaron revista al salon que aun estaba casi vacío, pues era muy temprano, sentándose junto á una jardinera, cubierta con su careta, que Felipe dijo ser su amada, y que tenia trazas de modista ó doncella de labor.

A poco el salon comenzó á llenarse, derramándose por él las máscaras con disfraz y sin él, hablando, riendo, dando bromas pesadas, necias ó ingeniosas, procurando conocer, ocultarse ó ser conocidos y embromados, segun sus diversos caracteres, mostrando alegría, no siempre franca, renegando del ambigü y el café, buscando parejas, y procurando algunas veces acercarse á una dama, á favor de la careta, sin temor á una mamá supérflua ó á un marido impertinente.

La música sonó. Felipe y su compañera se levantaron y entraron en el círculo de los bailarines, y Enrique quedó solo en su asiento entretenido en meditar lo que harían algunas parejas que desfilaban silenciosamente hácia los solitarios asientos de la tertulia, donde á nadie podían ver ni ser vistos de nadie, si bien percibían débilmente los acordes de la orquesta, y en toda su fuerza el calor del salon que era sofocante.

Una voz delicada y rápida como el grito de un ruiseñor, voz peculiar á las jóvenes elegantes, vino á sacarle de sus meditaciones. Volvió la cabeza, y vió á la joven que antes habia descrito, sentada á su lado y con la careta en la mano, pues hace ya tiempo que las mujeres no van á los bailes de máscaras para disfrazarse, sino para que se vea cómo las sienta un traje elegido á propósito para hacer brillar sus

encantos en todo su esplendor, lo cual ha sido causa de que los bailes de máscaras esten menos concurridos y animados que hace algunos años.

Acompañábala una señora de mas edad, en quien Enrique no paró la atencion, suponiendo que seria su madre, pues aun ignoraba que era conveniente adorar el santo por la peana.

Las dos damas hablaron algunos momentos sobre cosas indiferentes; despues se levantaron, y se confundieron entre la multitud dejando solo un recuerdo en el corazón de Enrique, como la estela de aroma que al desaparecer deja el ángel en los aires.

Un momento despues vino Felipe y contó cosas maravillosas á su amigo, que no le escuchó, distraído como estaba buscando con los ojos á la que habia ya jurado reina de su corazón. Dieron muchas vueltas, y subieron hasta la tertulia, desde la cual el salon parece un jardín mágico, donde las apiñadas flores se mueven produciendo un murmullo ininteligible; pero de seguro no era esta vista la que pensaban tomar las parejas que hasta allí subian, pues se escondian en los rincones *ogni soit qui mal y pensí*.

A cosa de las cuatro de la mañana, los máscaras comenzaron á dejar los disfraces, y algunos jóvenes *alegres* y otros que imitaban perfectamente la *alegría*, entraron en el salon saltando y hablando alto porque era la hora de la embriaguez, y el hombre en general de nada está mas ufano que de sus vicios. Hay tantos que solo son viciosos por vanidad!

Por fin vino la mañana, y con ella el cansancio y el abatimiento que naturalmente siguen á las agitaciones nerviosas.

Del bien perdido, al cabo ¿que nos queda sino pena, dolor y pesadumbre?

dice melancólicamente Ercilla; y nunca se conoce tanto la verdad de estos versos como al salir de un baile de máscaras en que el cansancio del cuerpo aumenta el fastidio del alma. A cuántos hubiera sido mejor dormir en su casa y soñar la tía Marizápalos, que haber asistido al baile donde una máscara con su vocería atiplada y sus guantes blancos ha clavado en su pecho una espina que no se curará en mucho tiempo!

Enrique y su amigo salian oprimidos entre la gente que dejaba el salon, tapándose la boca con los pañuelos, cuando una voz delicada sonó detrás de Enrique, y este reconoció la voz de su desconocida.

Volvió la cabeza, y la vió efectivamente buscando una cosa en el suelo.

—Se me ha caído ahora mismo, decia.

—¿Cómo quiere encontrarlo ahora, respondió la señora que la acompañaba, una cosa tan pequeña, una pulsera...

Enrique miró tambien, y vió una pulsera de pelo junto á su pié. La cogió y la presentó ruborizándose y sin poder decir una palabra.

—Oh! muchas gracias! dijo la joven con una sonrisa cuyos encantos solamente Enrique supo apreciar, porque las cosas solo tienen el valor que convenimos darles; y subiendo á un coche, partió por la calle del Arenal, perdiéndose á poco de vista.

Enrique llegó á su casa pensando en la joven que habia pasado como un génio de amor en el sueño de aquella noche sin sueño, como llama no sé quién al baile, y que solo en su corazón habia dejado una huella, pero tan profunda, que variaba completamente la existencia de nuestro mancebo. Tanto las grandes cosas tienen débiles fundamentos!

Durmíose, y soñó que en una noche de revolucion se hallaba en la plaza de Cervantes. La luna tranquila en el cielo bañaba en su cenicienta luz la fachada de las casas, que tenían á aquella hora cierta majestad, cierta apariencia de antigüedad, que infundia respeto al corazón. Por la parte del Prado, todo estaba tranquilo y sombrío; pero por la Puerta del Sol resonaban de cuando en cuando descargas y gritos de guerra. De pronto, una mujer desgredada y llorando llegóse á Enrique y le pidió socorro. Era la joven del baile; y detrás de ella venian algunos grupos gritando, perseguidos por la tropa, y llevando en la mano hachones encendidos. Enrique cogió en sus brazos á su amada, la llevó á su casa, la cubrió con su capa y su sombrero para que nadie la conociese, entró con ella en su cuarto, y quiso cerrar la puerta; pero la llave se descorria cada vez que la echaba, como si un travieso diablillo se hubiera escondido en la cerradura entreteniendo en burlarse de Enrique, que por un empeño muy comun cuando se sueña, no queria dejar la puerta abierta, y sudaba y se angustiaba inútilmente. La voz de su criado despertándole, le sacó de tales apuros; pero todo el día estuvo soñando despierto cosas quizá mas extravagantes que cuando dormía; lo cual no es extraño, pues dormido y despierto su deseo era el mismo, y su deseo solamente era quien combinaba sus ideas.

Leyó mucho de Werter y de la nueva Eloisa, en cuyas obras encontrémas verdad que nunca, aprobándolas como quien es experimentado y tiene voto en la materia. Meditó medios de encontrar á su desconocida, de quien ni siquiera sabia el nombre; ordenó una declaracion

y algunas cartas con frases retumbantes y novelescas, y se fué á pasear al salón del Prado con un amigo suyo, confiándole sus penas y alguna parte aunque pequeña de sus esperanzas.

Por fortuna la bella incógnita estaba también en el paseo con la misma dama que la acompañaba en el baile, y Enrique y su amigo se pusieron á seguirla á respetuosa distancia, cesando casi por completo su conversacion desde aquel instante. Un caballero de negros bigotes é interesante fisonomía se acercó á hablarlas, con mucho gusto de la dama, á juzgar por la risa con que le escuchaba y respondía. Enrique estaba celoso como un tigre, y hubiera dado su vida por unos bigotes que le dieran derecho de desafiar al dandi.

Cuando las damas se retiraron, las siguió hasta su casa, que era de mediana apariencia, y esperó algunos momentos en el portal. Un balcon se abrió, y la dama se asomó desapareciendo en seguida. Dos años después Enrique hubiera visto en esta acción la señal de una correspondencia indudable; pero entonces no vió mas que una feliz casualidad, y acertó. Desde aquel día no faltó nunca al Prado, donde seguía á su amada siempre á igual distancia; no dejó de pasar á ninguna hora del día, y aún algunas veces de la noche por delante de sus balcones. Algunas veces la veía á través de los cristales, y era feliz; pero ella notó al fin sus paseos: se rió mucho al principio, luego se incomodó, y acabó por correr la cortinilla cada vez que divisaba á su galán, ánima en pena, con lo cual este se daba á todos los demonios.

—Si yo pudiera hablarla se repetía á cada momento, y culpaba al cielo y á su suerte que creía la mas desgraciada; sosteniendo sobre esto acaloradas disputas con su amigo Martín de Aranda, que nadie quería ceder la palma en punto á padecimientos, porque acababa de leer á Byron, el autor que mas impresionó á los jóvenes dotados de una imaginación un tanto viva. Felices los dos sin embargo si nunca hubieran tenido mas motivos que entonces para creerse desgraciados.

Una noche Enrique fué al teatro, y la casualidad, que es muy traviesa, hizo que á su lado se sentara su desconocida con un caballero de bastante edad. Enrique estaba en ascuas; temblaba como un azogado; y su rostro, bañado por el sudor, tenía el rojo de la amapola. Figúrate que dos ó tres veces rozaron con sus vestidos los de su amada. ¡Oh, si él hubiera podido hablarla una palabra á solas!

Al acabarse el primer acto, el anciano salió, y Enrique se halló solo con su amada, es decir, en la situación que habia deseado tanto... pero el pecho comenzó á latirle con violencia; sus ojos se turbaron, el color de su rostro pasó casi á morado, y no acertó á decir una palabra hasta después de un rato, que arrojándose á la conversacion como quien se arroja desde una torre á un abismo, osó decir con trémulo acento:

—Señorita...

La dama lo oyó perfectamente; pero hizo como si no lo oyera. Enrique, mas animado, volvió á llamar por segunda vez; pero nada. Entonces, asustado de su audacia, calló, revolviéndose dentro de sus vestidos como si tuviera frío. ¡Tenia fiebre!

Para darle el último golpe, su amigo Felipe le vió y vino á sentarse á su lado diciéndole:

—Adios Enrique! cuánto tiempo hace que no te he visto!

—Desde el Carnaval.

—Ya se ve, he estado bastante ocupado, y no he salido apenas. Esta noche he venido por una casualidad, y te he visto desde el palco de las de X.*** ¿No subes á saludarlas?

—En el otro entreteatro... ahora me es imposible.

—Si vieras cómo nos divertimos! Figúrate que un aprendiz de amante, bastante feo, pero en cambio muy tonto segun parece, ha dado en hacer el oso á Matildita, y la sigue á todas partes como un perro faldero, dando de cuando en cuando unos suspiros que dan gusto: todos nos reimos de él; cada cual dice una cosa; de modo que es casi imposible que no lo note; pero él, nada, firme que firme: ya se vé, ¿qué ha de hacer un hombre nacido para guardacanton y organillo de lamentaciones?

Mientras Felipe hablaba así, Enrique veía á la dama, que se sonreía mirándole de reojo, y su cara pasaba por todos los colores del iris, y sus labios brotaban sangre: Felipe lo notó y le preguntó:—¿qué tienes?

—Nada, respondió Enrique levantándose y disponiéndose á salir.

—Será, dijo Felipe sonriéndose maliciosamente, que habrás andado en malos pasos...

Enrique le cogió del brazo, le arrastró hasta fuera del teatro, y le gritó:—¡Eres un insolente!

—¿Qué es esto? dijo Felipe sorprendido.

—Ven á otro lado donde podamos reñir.

—No tengo inconveniente, con tal de que me digas por qué reñimos.

—Por lo que has dicho.

—¡Pero qué he dicho que pueda ofenderte? que si has andado en malos pasos?...

—¡Delante de ella!

—¿Y quién es ella?

—La que ocupaba el asiento próximo al mio.

—¿Rosario?

—¿La conoces?

—Sí: ¿no me viste saludarla?

—Entonces me presentarás á ella.

—Bien: ¡pero no vamos á reñir?

—Perdóname, Felipe; he sido injusto contigo; pero estaba acalorado...

Ambos amigos se dieron las manos y volvieron al teatro. Felipe subió á su palco, y Enrique comenzó á vagar en torno de su asiento, como las almas de los gentiles que no podían pagar al viejo Aqueronte, vagaban en torno del río infernal. No se determinaba á acercarse ni á alejarse, y en esta duda permaneció vacilante hasta que terminó la representación. Entonces, medio oculto tras de una columna del pórtico, estuvo esperando á su amada; la vió salir, la arrojó una mirada de amor que ella no vió, y se marchó á su casa esperando la nueva auro-
ra, como un valiente recluta espera el día de su primera batalla.

Efectivamente, al otro día Felipe le llevó á casa de su ángel de amor, que no era ni mas ni menos que la mujer de un corredor de bolsa. ¡Oh cómo le latía el corazón al subir los gastados escalones de la oscura y estrecha escalera! Su palidez crecía á cada paso, como si subiera las gradas de la guillotina: sus ojos destellaban un resplandor febril, y su voz se enronquecía... A haber estado solo, no hubiera pasado del primer tramo.

Rosario le recibió con cierta sonrisa burlona que no se escapó á las penetrantes miradas del mancebo, y se clavó como un dardo en lo íntimo de su corazón. A la sazón estaba sola con un tal D. Lorenzo Ramirez, tercera persona de su triángulo familiar, amigo íntimo de la casa, que la acompañaba á todos lados cuando el marido estaba ocupado en otros negocios. Era su delegado adláter, su lugarteniente y su secretario privado, y al verlos siempre juntos sonreían con malicia las gentes y los señalaban con el dedo. Ese, decían, es un buen marido, un Juan de las Viñas, un hombre que lo entiende. No parecía sino que ignoraban todos lo fácil que es á una mujer por tonta que sea engañar á su marido. Pero el de Rosario empezaba á sospechar algo: un amigo suyo, casado también y no menos desgraciado ni menos confiado que él en su casamiento, deslizo en su oído algunas palabras misteriosas, que le hicieron entrever la verdad. Corrió á su casa, y cometió la torpeza de declarar sus recelos á su esposa; que así pudo medir la magnitud del peligro y ponerse en guardia, resultando de todo que el marido quedó mas engañado que antes.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA FLOR PRECIOSA.

Traducido del poeta alemán Burger,

POR FERNAN CABALLERO.

Florece en un tranquilo valle, cuya vista halaga tan suavemente los ojos y el corazón, como los rayos del sol cuando se pone; una flor de mas precio que el oro y las perlas: por eso con razon se llama preciosa.

Bien pudiera hacerse una larga y poética reseña de sus virtudes, las que obran prodigios, así internos como externos; y al verla tan pequeña nadie diría que es mayor su virtud que la de los elixires.

Al que la abraza en su pecho lo embellece y lo asemeja al ángel, á hombre ó mujer, á joven ó anciano, le atrae el aprecio ajeno como podría hacerlo un talisman.

Al cuello erguido y á la altiva frente los inclina mi florecita; abaja suavemente los párpados sobre la mirada altiva; cubre el rostro con una rosada gasa; da dulzura á la recia voz, y al paso decidido y fuerte lo hace compasado y blando.

Aseméjase el corazón humano á la lira, cuyo destino es el canto y la armonía; pero si alguna vez el dolor ó el placer tocan sus cuerdas destemplanamente, la flor preciosa sabe templarlas y traerlas al mas suave diapason: entonces no hay un sonido destemplado que pueda herir el oído... Cuán tranquila y pacíficamente se vive entonces! ¡qué lleno de bendición baja el sueño sobre nuestro lecho! porque la presencia de la flor preciosa aleja todo cuanto hiere, todo cuanto piensa.

Nada de fabuloso cuento, aunque se haga difícil concebir semejante maravilla; y bien puede verse que cuanto he descrito es solo el reflejo de la celestial luz que derrama la dulce flor sobre grandes y sobre pequeños. Esta flor, de mas valor que oro, perlas y brillantes, yo la llamo la flor preciosa, pero por lo regular es llamada... modestia.

LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

Célebres entre agudos y entre bobos
Las indirectas son del padre Cobos;
Mas como habrá sin duda quien aprecie
Que le declare alguno lo que fueron
Las tales indirectas en su especie,
Trasládole el informe que me dieron.

Parece pues que había

En cierta población de Andalucía

Un convento ejemplar, con un prelado

Servio de Dios perfecto y acabado,

Que de ciencia y paciencia era un portento;

Por lo cual uno á uno

Dió en irle á visitar á su convento

Sin qué ni para qué, tanto importuno,

Que siempre andaba el pobre atropellado

Para cumplir las reglas de su estado.

Era portero de la casa un lego,

Catalán ó gallego,

Cobos apellidado;

Bartolomé de nombre, alto, robusto,

De resuelto genial y un poco adusto.

Llamóle el superior y dijo: Mire

Si puede hacer por indirecto modo

Que esa gente comprenda

Que de tanta visita me incomodo.

—Yo haré que se retire

La tal familia presto,

Respondió el motilon.—Sí, ponga enmienda;

Pero indirectamente, por supuesto.

Fie, padre, en el tino de Bartolo:

Para indirectas ¡oh! me pinto solo.

Viene al siguiente día,

Madrugando solícito, un molesto.

Llama, tilin, tilin... Ave María.—

Bartolo, sin abrir la portería,

Dice al madrugador: Hermano, trate

De ir á otro manantial que no se agote:

Desde hoy ningún *pegote*

Prueba de mi prior el chocolate.—

Oyendo el hombre la indirecta rara,

Volvióse atrás, ardiéndole la cara.

Llega un necio en seguida,

Y Cobos dice: Escuse la venida:

Mientras el cargo ejerza de portero,

No entra aquí ni *gandul* ni *majadero*.—

Despedido el segundo visitante,

Cata el número tres.—Coja el portante,

Prorrumpe el fiero Cobos, usuria:

No está bien entre monjes un *espía*.—

Con una añadidura semejante,

Y en tono proferida nada blando,

Bartolo á cada cual fué despachando;

Y desde entonces al prior bendito

No perturbó en su celda ni un mosquito.

Contento el padre y á la par confuso,

Al lego preguntó: ¿De qué manera

Con aquella familia se compuso,

Para que así de verme desistiera?

—Fue cosa muy sencilla,

Mi querido prior, Cobos repuso:

Cada quisque llevó su indirectilla,

Y huyó de mí la incómoda cuadrilla.

—Cuénteme las discretas espresiones

Cuya virtud á la razón los trajo.

—Les dije la verdad: sois un atajo

De tunos, de chismosos y de hambrones.

—¿A eso llama indirectas en efecto?

—Yo nunca en ellas fui mas circunspecto.

—Pues hermano, mentiras ó verdades,

Sus indirectas son atrocidades.

Dijo bien el prior: mas como hay entes

En grado escandaloso impertinentes,

Echaseles tal vez de buena gana

Cualquiera indirectilla Cobosiana.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EL PAN.

BALADA.

Señores que en el banquete

á los perros arrojaís

el pan como vil juguete;

¡no miráis

temblar la estendida mano

de ese anciano

que os pide muerto de afán:

¡pan! ¡pan! ¡pan!?

Damas que en nada hay quien tilde,

y el pan bendito rehusaís

por ser un manjar humilde;

¡no miráis

esos miles de mujeres

¡tristes seréis!

que acaso á venderse van

Por un pan?

Niños, niños, dulces prendas

que en migas desmenuzáis

el pan de vuestras meriendas;

¡no miráis

esos niños tan hermosos

que llorosos

pidiéndos pan tregua van:

¡pan! ¡pan! ¡pan!?

Decid, labriegos sencillos,

que de la choza ahuyentáis

á los tiernos pajarillos;

¡no miráis

que ese grano, que esa espiga,

que esa miga

de pan, que ellos cojerán

es su pan?

Mundo ciego, que no sabes

que lo que dejas perder

puede á un hombre, á un niño, á un ave

mantener;

reciban pan tus hermanos

de tus manos,

que las de Dios te darán

mejor pan.

V. BARRANTES.

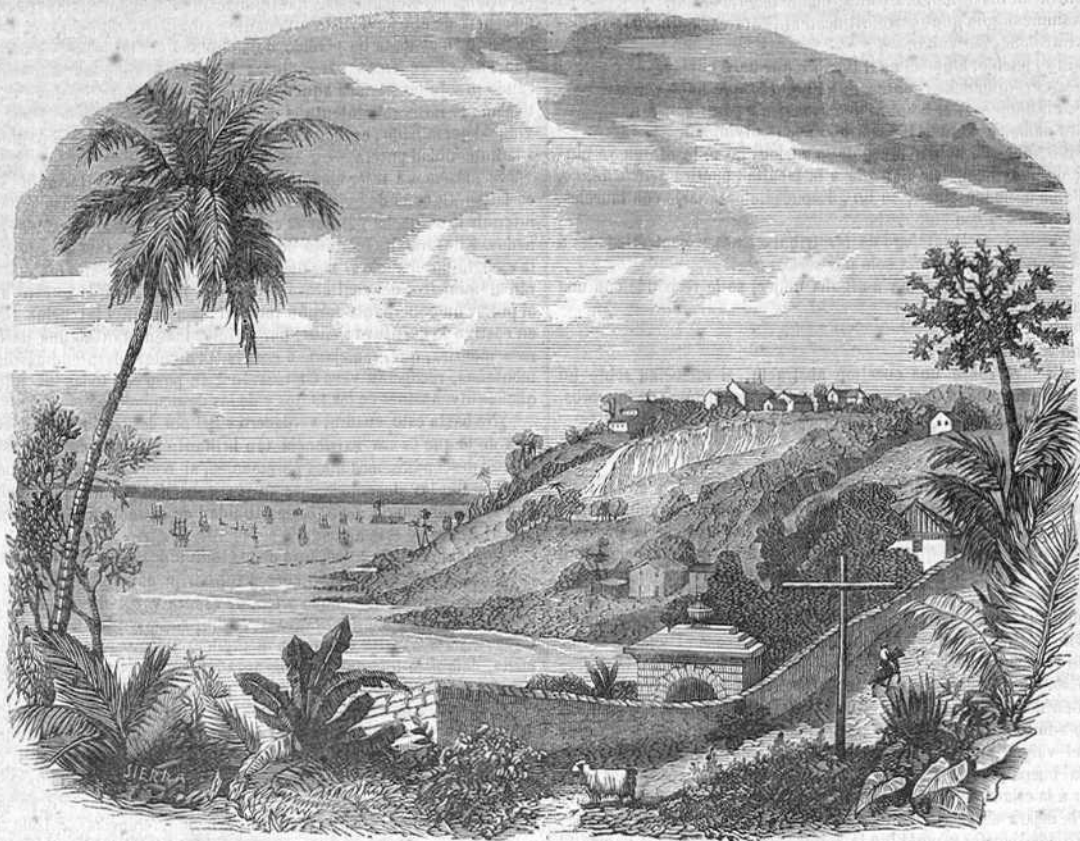
19 enero de 1833.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL PUERTO DE BAHIA.

San-Salvador da Bahía de todos os Santos, Soteropolis son los nombres oficiales de la antigua capital del Brasil; pero se la conoce mas generalmente por Bahia. Su magnifico puerto ha escitado siempre la admiracion del marino, y el hábil hidrografo francés cuyas obras gozan de justa reputacion en la América del Sud, la coloca entre los mejores puertos, describiéndole á la vez de la manera mas clara y exacta. La Bahía de todos los Santos, considerada en toda su estension, forma un golfo profundo en el continente; este golfo, que lleva el nombre de *Reconcaro*, tiene cerca de treinta leguas de circunferencia.

«Al lado oriental de la entrada principal, la tierra se eleva en forma de anfiteatro desde la costa; la ciudad de San Salvador es la ciudad de las viejas tradiciones, de curiosos recuerdos y poéticas leyendas. La entrada del puerto fué explorada tres años después del descubrimiento del Brasil, por Cristóbal Santiago.

Sus principales monumentos, entre los que descuella la antigua catedral (La Sé) construida el año de 1532, son el colegio de los jesuitas, construido con piedra mármol: la biblioteca, fundada en 1811; el palacio de los antiguos gobernadores, que ocupa hoy el presidente de la provincia; la fábrica de la moneda, construida en 1694; el teatro edificado en 1806, y el paseo público, creacion del conde de los Arcos en 1808.

La parte baja de la ciudad contiene tambien monumentos dignos de admiracion, tales como la iglesia de la Concepcion, la Bolsa, fundada en 1816, y cuyo magnifico pavimento contiene, en una especie de mosaico, la mas rica y variada coleccion de maderas indigenas. Entre los edificios religiosos descuellan, tanto por su antigüedad como por su belleza arquitectónica, los conventos de San Francisco, San Benito, el Carmen, San Pedro, *das Mercês do Desterro* y *Da Soledad*. Sobre todo es digna de admiracion la pequeña capilla de San Gonzalo, edificada en 1733 por los jesuitas, y concluida seis años antes de su estincion: á pesar del estado ruinoso en que se encuentra, es uno de los sitios mas pintorescos que encierra la ciudad de Bahia.

LA VIDA LITERARIA.

Lasciate ogni speranza
oh voi ch' entrate!

DANTE.

Quiero diseñar hoy, aunque débil é imperfectamente, las fases distintas de esta existencia afanosa y triste que se llama la vida literaria. Quiero, levantando una punta del esplendente manto que la cubre, manifestar sus miserias, hacer adivinar sus dolores, publicar sus angustias, cómicas á las veces, á las veces trágicas.

Así, cuando ante los ojos del vulgo aparezca uno de esos hombres á quienes aquel supone tan ricos de felicidad y de alegría, habrá para ellos algo mas que admiracion y aplauso; habrá un interés afectuoso, una simpatía sincera, un aprecio justo y legitimo.

No es esta ya, se dice, la época de Cervantes: el poeta ha conquistado la posicion que le era debida; el talento ha obtenido sus preeminencias; el saber sus fueros; el génio su poder; la inteligencia su predominio. Ciertamente; ese nombre que antes era poco menos que de oprobio; ese nombre que era casi una esclusion, es ahora un titulo. Pero ¿hasta esto por ventura? ¿Bastan esta reparacion y esta justicia tardías? ¿No hay nada que apeteer ya, nada que pedir, nada que reclamar? ¿Es la vida del literato tan próspera y tan holgada, que no recuerde sus pasados infortunios, sus antiguas humillaciones, sus recientes desastres? Si le preguntamos al vulgo, dirá que si; si nos lo preguntamos á nosotros mismos, diremos que no. Entre estas dos opiniones opuestas hay un medio para descubrir la verdad, y para hacerla sentir á todos y á cada uno: la pintura imparcial y exacta que me propongo hacer.

El vulgo no es el pueblo únicamente: el vulgo es la generalidad; se compone de las clases altas, de las medias, de las ínfimas; ni solo los ignorantes y los estúpidos pertenecen á él; con frecuencia lo forman personas algo inteligentes y algo ilustradas. El vulgo es pues el conjunto de los que aceptan opiniones formuladas ya y difundidas, de los que repiten lo que otros propalan sin discutir su posibilidad ni su verosimilitud; de los que acogen todas las paradojas ridiculas, todos

las axiomas triviales, todas las columnas absurdas, que ora se dirigen contra un individuo, ora contra una categoría social.

Examinemos de qué suerte califican al poeta cada una de las distintas fracciones del vulgo.

Para el pueblo, el poeta es el hombre que hace coplas.

Para el común de las gentes, es el hombre que hace versos.

Para la mujer, es el hombre que sabe decir cosas bonitas.

Para nadie, es el mortal inspirado por la divinidad.

Así, después de hablar tanto de su misión, no se le otorga ya ninguna; después de haber llamado a la facultad poética arte sublime, se la llama oficio mecánico; en fin, después de premiarle con laureles, se le premiará ya con empleos!

Larguísimo es el catálogo de las tribulaciones y contrariedades a que está condenado el poeta solo por serlo.

Si jura y protesta su amor a alguna mujer, se le responde con una sonrisa de incredulidad.

¡Poeta!

Esto es, embustero.

Si discurrir sobre una cuestión abstracta, si raciocina sobre un punto cualquiera de la doctrina política, todos se encogen de hombros, murmurando también:

¡Poeta!

Esto es, ¡loco!

Y en las diversas materias, y en los asuntos diversos, y en las tesis diferentes sujetas a la discusión general, ó se desconoce su competencia ó se niega su razón. En suma, a los poetas se les impone la poesía a perpetuidad, y júzgase que todo lo contemplan a través del engañoso y dorado prisma de la ilusión, cuando precisamente ellos son las víctimas de este erróneo sistema óptico.

Refiere uno de los biógrafos de Voltaire cierta curiosa anécdota de la que no es difícil hallar ejemplos todavía. Hallábase el célebre filósofo en su residencia de Ferney; pero hacia una vida sumamente retirada y oscura; de suerte, que no eran pocos aquellos de sus vecinos que ardían en deseos de conocerle. Entre todos distinguíase una señora, grande admiradora del poeta, y que le imaginaba como es costumbre entre el vulgo, joven, pálido, rubio, sentimental y triste. Tanto trabajó la buena provinciana por ver al héroe de sus sueños, que logró seducir a la criada de Voltaire para que la escondiese un día en el jardín, y la dejara desde allí contemplarle a su sabor mientras se paseaba. Hizose así en efecto; y ¡cuál fué la sorpresa, el disgusto de la dama, al encontrar a un hombre ya maduro, y no bello ni elegante! Poco después vino su cómplice a conducirla a un pabellón, al través de cuyas cortinas podía ver al autor de *La Henriada*, que acababa de sentarse a la mesa, y se servía un enorme plato de sopa. Entonces llegó al extremo el asombro de la admiradora, quien exclamó con un acento soberano de indignación y desprecio:

—¡Y come! ¡Y come! ¡Y come!!!

En seguida, no queriendo aguardar más, echó a correr completamente desilusionada.

Algo muy semejante sucede en el día; a la multitud le cuesta trabajo comprender que el poeta es un hombre como todos, con sus mismas pasiones, con sus mismas necesidades, con sus propias aspiraciones; y el que le llama coplero, como el que le llama poeta, sin reconocerle superioridad, le atribuye otros hábitos, otros instintos, otra naturaleza más grosera y menos delicada. —Que en esto solo se diferencian los contemporáneos de Voltaire y nuestros contemporáneos; aquellos sublimaban al génio; estos lo materializan y rebajan.

Hemos considerado una faz sola de la vida literaria: las restantes no están exentas, sino por el contrario, más llenas aun de sinsabores y pesares.

Hablemos del autor dramático. —¿Quién no conoce la existencia azarosa de ese hombre, tan pronto enaltecido por la multitud como castigado por ella misma; tan pronto coronado como escarnecido; juguete hoy de una cábala, víctima mañana del mal humor del público? Aseméjase su suerte a las olas del proceloso mar, que ya parecen tocar en la celeste bóveda, ya hundirse en lo más profundo de horribles abismos.

Afanes eternos, interminables luchas; hé aquí reasumida en breves palabras la vida entera del autor dramático. La ignorancia y la malevolencia suelen armarse para combatirle; la crítica mordaz y apasionada desahogar con él las malas pasiones de que se nutre; y la impotencia envidiosa y maligna suscitarle casi invencibles obstáculos. Así se gasta su fuerza, y su energía decae, y su génio se abate, y su fé sucumbe; y en vez de volar como el águila impávida y orgullosa por el espacio inmenso, marcha vacilante, presa de mortal desaliento.

¡Y cómo crecen, cuán se multiplican, cuánto se agravan estos percalces, si el escritor se propone atacar de frente los vicios y ridículos de la época, y pintar las costumbres en toda su desnudez y en toda su verdad! Entonces principian las aplicaciones, los ejemplos, las personalidades. —A los caracteres nobles y elevados nadie les encuentra ti-

po; en las caricaturas risibles ó grotescas todo el mundo cree descubrir los originales. Achaque es ya antiguo este, como que Moliere y Beaumarchais de él se quejaban altamente, sin que fueran capaces de remediarlo; mas nada ha perdido de su indole por la fecha; la malicia, que en vez de amenguarse, todos los días se aumenta, sigue buscando mezquino origen a aquello que lo tiene muy grande; porque tanto como es miserable intento el de mortificar y escarnecer a un individuo determinado, es digno de alta loa el querer corregir ó mejorar a la humanidad entera.

Si fuésemos a traer ejemplos, infinitos podríamos citar aquí: nunca faltan algunas de esas almas piadosas, cuya fruición más dulce es infundir la sospecha y llevar la calumnia a los corazones menos desconfiados. Ellos harán creer a la mujer a quien tal vez ama el autor, que la escogió por modelo al bosquejar una despreciable coqueta; ellos dirán al ministro, del cual acaso depende el poeta, que le retrató aquel en castigo le destituya; ellos, por último, inventarán alguna deshonrosa mentira, que, semejante a esas bolas de nieve desprendidas de las montañas, recogerán y se engrosarán a su paso con todas las mil pequeñas invenciones de los tontos y de los desocupados.

¿No basta este cuadro, verdadero y fiel por desgracia, para dar una idea de lo que es esa existencia tan brillante y tan feliz, según algunos? Si descendiésemos a los pormenores, si como en globo las hemos considerado las describiésemos en sus episodios y en sus incidentes, aun se comprendería mejor la oportunidad de la sentencia que escribimos al frente de este artículo.

No olvidemos al crítico, otro de los individuos de la familia literaria cuyo destino no es tampoco muy próspero ni envidiable. La generosidad se le representa ceñudo y feo, de áspera voz y altivos ademanes; de mirada torva y sonrisa siniestra; en fin, copia y trasunto de los *dómines* de aldea. —De modo que ni siquiera tiene la ventaja, como el poeta, de que la imagine nadie de agradable ni de simpático aspecto, y por esto mismo se abraza hacia él una prevención adversa.

Si el crítico es severo, se le llama pedante; si es blando, se le llama incapaz; si censura, se busca el secreto de su dureza; si aplaude, se atribuye a pandillaje ó a amistad. Ninguno de los dos satisface ni contenta nunca: aquel porque no elogia, este porque no elogia bastante. Y después, las interpretaciones, y las omisiones, y las reticencias, y el más y el menos, y las antipatías, y las preferencias... ¡Y de todo esto los rencores, de aquí las venganzas! ¡Infeliz del crítico si es además autor dramático! ¡El uno pagará en su día las culpas que haya cometido el otro! Es pues la vida literaria como esos lagos limpidos y serenos, cuyas aguas azuladas reflejan el espléndido sol, las rielantes estrellas, ó los verdes árboles. ¡Qué diferencia, sin embargo, entre su superficie y su fondo! —¡Profundícase un poco en él, y toda su belleza desaparecerá, y el líquido espejo revuelto y agitado, no reproducirá tampoco ninguna de las maravillas de la creación!

RAMON DE NAVARRETE.

MIRANDA DE EBRO.

Como sucede con la mayor parte de las poblaciones antiguas, la época de la fundación de la villa de Miranda de Ebro es oscura y dudosa en extremo.

Un historiador afirma que fué edificada doscientos años antes del nacimiento de Cristo; pero otros, y es lo más cierto, convienen en que si existía en tiempo de los romanos en el lugar que hoy ocupa, debió de ser poco notable, porque no se sabe el nombre con que se la distinguiera y conociese, por mas que algunos hayan conjeturado diversas deducciones a ella de ciudades mencionadas por los geógrafos.

En apoyo de lo que acabamos de espresar milita la poderosa razón de que en su suelo no se encuentran monedas, rastros, ni vestigios de la época del pueblo Rey, según sucede en Cabriana y Arce-Miraperez, que distan menos de una legua, en cualquiera de los cuales se levantaría la villa, aunque con otro nombre, en aquella remota época.

Las vicisitudes de la misma han sido bastantes, y varia su importancia y decadencia.

En el siglo VIII se despobló por efecto de las guerras y trastornos que hubo entonces, y sus pocos moradores se establecieron en la Nave de Albura, pueblo situado en la ribera meridional del Ebro, cerca de la embocadura del Orón; pero no tardó en repoblarse y engrandecerse, mayormente desde que el rey de Castilla D. Alonso VI la dió en enero de 1099 su correspondiente carta puebla; fuero que aumentó Don Sancho III el día de San Martín de 1157, y que mejoró D. Alonso VIII en diciembre de 1177; el cual, que comprendía el de Logroño, eximia a los vecinos de mortura, sayonia y vereda, de fonsado, anubia y mañeria, de los fueros malos de fonsadera, batalla, calda y pesquisa, y de los pechos de portazgo, peage, recoage, rasura, otura y montaz-

go, de entrada de merino y de sayón; además mandaba pagar dos sueldos anuales por cada casa y uno por las heredades al Señor en la Pascua de Resurrección, y veinticuatro maravedises al rey por su yantar cuando fuese á la villa, treinta si fuese con la reina, y nada al infante ó infanta, previniendo que si el yantar de aquellos costare mas de los treinta maravedises, los pagase el rey.

Con Rivavellosa, Igay, Melledes, Quintanilla, Armiñon, Ireio, Villalba, Villaseca, Castillejo, Garvaruli, Oron, Cellorigo, Bugeo, Valverde y Suzana, aldeas que la agregó el emperador D. Alonso VII en 1137: formó parte muchos años de Alava, hasta que se separó juntamente con Pancorbo y Saja de aquella hermandad, por etiquetas y disputas que se suscitaron con Salvatierra, sobre preferencia y antelación de los asentados en las juntas ó congresos de la provincia.

En el archivo del ayuntamiento, que sigue desordenadísimo desde la guerra de la independencia, se conservan bastantes privilegios, cédulas y papeles curiosos y raros, y nosotros, en los cortos ratos que nos han permitido las ocupaciones que nos rodean, hemos examinado, entre otros, los que la concedieron D. Carlos desde Valladolid en 25 de setiembre de 1424, para que los hijos de clérigos no pudiesen tener oficios, y los Reyes Católicos desde Zamora en 3 de marzo de 1476, para que ninguno otro pueblo, dentro del radio de cinco leguas, pudiese celebrar mercado, y con especialidad los del señorío, y para que sus vecinos y moradores y los que habitasen en los arrabales con casa abierta, fuesen francos, libres y quitos de pedidos y monedas, y de moneda forera, siempre que llegase el caso de hacerse el repartimiento por el reino; y la real cédula de la era 1524, año 1286, de la que consta las discusiones que había entonces entre la villa, D. Juan Alonso de Haro y Lope de Mendoza sobre varios vasallos de Rivavellosa, Bayas, Revenga y Lacorzana, que aunque eran del territorio de la cofradía del campo de Arriaga, estaban unidas á Miranda, y sin embargo las querían precisar los espresados caballeros y otros hijosdalgo ser sus contribuyentes.

El rey D. Enrique II, dió á Burgos la villa de Miranda de Ebro y sus aldeas, por haberse coronado en dicha ciudad y haber jurado á su hijo D. Juan por príncipe heredero, en cuyas cortes, como es sabido, se concedieron las alcabalas de diez uno, que se habían concedido también al rey D. Alonso su padre por el cerco de Algeciras; pero de veinte uno.

La situación de Miranda es despejada, su clima sano, aunque destemplado y frío los ocho meses del año; tiene su asiento en una hermosa, fértil y dilatada llanura; forma la cabecera de la Rioja y el último ángulo de las dos Castillas y reinos de la corona de Aragón, cuyos caminos rectos para Francia y provincias Vascongadas vienen á parar á ella como punto céntrico de todos, poniéndola en contacto diario y acelerado con la corte y capitales principales de España y del extranjero.

Por el centro de la población atraviesa con rápido curso el Ebro que la divide en dos mitades unidas por un sólido y elegantísimo puente que costó millon y medio á fines del siglo pasado, y por mucha mayor altura que la de las torres de sus tres parroquias corre el río Oroncillo ó Matapan, que riega cuantas huertas y campos se quiere, después de poner en movimiento algunos artefactos.

Los días 19, 20 y 21 de junio de 1775, fueron de sobresalto y de consternación para los mirandeses con la no vista ni pensada avenida del Ebro, el cual salió de madre diez varas en alto y de ancho en partes mas de media legua, se introdujo por las calles, templos y campiña, apenas dejó edificio sin remover, echó en tierra multitud de casas, hubo que apear mas de la mitad, y se llevó el antiquísimo puente y las casas Consistoriales, la cárcel y la carnicería que había sobre él.

El castillo pegante á la villa que sirvió de fuerte y de defensa en lo antiguo y que aun en la actualidad le guarnece media compañía de infantería, perteneció al duque de Híjar, como conde de Salinas y de Rivadeo.

El caserío es en lo general bueno, abundan y son baratos los artículos de primera necesidad; acaba de plantearse el alumbrado de reverberos; hay paseos de verano y de invierno, frondosas alamedas, fuentes, paradores bien servidos, fábricas de almibares, de curtidos y alfarerías; se celebran tres mercados semanales y tres concurridísimas ferias en primero de marzo, de mayo y de noviembre: fertilizan sus términos otros dos ríos, el Bayas y el Zadorra, y si por fortuna llega á construirse, como no podrá menos de suceder, el ferro-carril del Norte, la prosperidad y el engrandecimiento de Miranda serán inmensos.

REMICIO SALOMON.

Como es dable que algunos no sepan á qué aluden muchas frases de que usan y abusan hoy día los periódicos, nos parece útil dar una pequeña explicación del hecho á que aluden las mas usuales.

Cuando se habla de la parte débil de una persona, se suele decir que es el *talón de Aquiles*, porque Aquiles, hijo de Peleo y de Tetis, fué

sumergido al nacer por su madre en el Stix, río del infierno pagano, para hacerlo invulnerable; lo fué, menos por el talón, por el que lo tenía asido su madre. Si hubiese vivido hoy día, se hubiese calzado unas buenas botas impermeables con un buen tacón de *qué me se dá á mí*.

El tonel de las Danaídas. Eran cincuenta, todas hijas de Danaus, rey de Argos; se casaron con cincuenta primos hermanos suyos, hijos de Egipsu. Su padre les persuadió á que matasen en la noche de novios á sus maridos: todas obedecieron menos una. Están pagando su delito en el infierno, con tener que llenar de agua unas cubas; mas como estas no tienen fondo, nunca lo consiguen. Muchos sin delitos están condenados á la misma ingrata tarea.

La espada de Damocles. Damocles era un adúlador de Dionisio el tirano, y no cesaba de celebrar su felicidad. El tirano le mandó convidar á un banquete, lo hizo vestir de príncipe, y lo sentó al festín teniendo colgada sobre su cabeza una espada sujeta al techo con una crin de caballo. Damocles sintió con terror lo que es la felicidad de los que se encumbran y mandan, y suspiró por su tranquila medianía. Damocles fué muy cuerdo; lo regular es preferir el festín y abrigar en su embriaguez la espada.

El festín de Baltasar. Fué este el último rey de Babilonia. Habiéndose servido en un festín escandaloso de los vasos sagrados de oro y plata que su padre había robado en el templo de Jerusalem, vió una mano que estampó en la pared estas tres letras: *mane, thecel, phares*. Habiendo hecho llamar al profeta Daniel para que las explicase, dijo este que decían: *he contado, he pasado, he dividido*; lo que significaba que sus días eran cumplidos, que sus acciones acababan de ser pasadas, y que su reino sería dividido. Baltasar fué asesinado aquella misma noche, y su reino dividido entre medos y persas.

Tocar á los vasos sagrados trae tras sí este anatema, que resuena por los siglos como un son funesto y eterno.

La espada de Brenno. Brenno era un general de los galos, que 538 años antes de la era cristiana llegó hasta Roma, que saqueó. El tribuno Sulpicio estipuló con él que no saquearía el Capitolio, mediante mil libras de oro. Al pesarlas, pareciéndole á Brenno poco el oro, echó en la balanza su espada y forzó á los romanos á pagar ese peso mas en oro: por consiguiente la espada de Brenno significa que cuando la fuerza entra en cuestión, vence todo argumento; y está visto que la espada de Brenno será siempre el mas irresistible.

Ojos de Argos. Argos era hijo de Arestor, y tenía cien ojos: cuando dormía solo cerraba cincuenta. Juno le encargó de guardar la ninfa Jo; pero Mercurio lo durmió y lo mató. Juno lo metamorfoseó en un pavo real, conservándole sus ojos á la cola. Este Argos, en su primitivo estado, sería el mas pintiparado ministro de Hacienda ó de Gracia y Justicia que pudiese depararnos la suerte.

Briazeo ó Egeon, hijo de Titan y de la Tierra, era un gigante de extraordinaria fuerza, que tenía cien cabezas y cien brazos. Arrojava torrentes de llamas, y levantaba contra el cielo peñascos que arrancaba de su base. En la guerra que quisieron sostener los gigantes contra los dioses, Tetis ganó á Briazeo en favor de los dioses, por lo cual Júpiter le perdonó. Ojalá tengan todos los Briazeos la suerte de hallar una Tetis.

El dardo de Aquiles. Dícese que tenía la virtud de sanar, tocando suavemente las heridas que hacia; por eso se ha comparado á la lengua y aun á la libertad de imprenta; por desgracia en nuestros días se ven muchas heridas hechas por estos dardos; pero no vemos que se empleen en curarlas.

El tonel de Diógenes. Diógenes era un monedero falso, que fué echado vergonzosamente de Sinope su patria, y vino á Atenas, en donde se hizo filósofo cínicó de la escuela de Antristene. Llevaba el uniforme de su escuela, que era una asquerosa desnudez, un palo y unas alforjas con las que entró en casa de Blakon diciéndole al pisar sus alfombras: *pateo el fausto de Platon*: á lo que este filósofo le contestó: *si, pero con otra clase de fausto*; ¡fausto! fausto en todo, fausto vano, fausto orgulloso, interno, estérno, todo fausto, menos en la ley cristiana. Vivía este chocante cínicó en un tonel, y habiéndole ido á ver Alejandro el Grande, y preguntándole qué podría hacer para complacerlo, le contestó que lo que le sería mas grato sería que se desviase para que le diese el sol. Fausto, fausto!

La túnica de Dejanira. Esta, que era mujer de Hércules, fué robada por el centauro Nesso, al que Hércules tiró una flecha envenenada que lo mató. Al morir se quitó Nesso la túnica empapada en su sangre, y se la dió á Dejanira, asegurándole que llevándola su marido le sería siempre fiel. Dejanira se la envió con este objeto á su marido: él que apenas se la puso, se sintió abrasado, y fuera de sí se echó en la hoguera de un sacrificio en que pereció. Su mujer se mató de dolor. ¡Cuidado con muchas túnicas! Cuidado, pues podrán parecer sencillas y ser la de Dejanira.

El lecho de Procasto. Era este un famoso ladrón en Atica, y tan cruel que acostaba á cuantos cogía en una cama, cortando los pies á aquel que era mas largo, y estirando con cuerdas al que era mas

corto. Teseo lo hizo morir en ese mismo suplicio. Esta cama de Pro-custo es, según Alejandro Dumas, nuestra bienaventurada civilización, que tiene horror á todo lo no que está á su nivel, sea mas alto ó mas bajo que ella, y todo lo condena y persigue (1).

Sed y hambre de Tántalo. Tántalo era hijo de Júpiter y rey de Frigia; un día que fueron á visitarle los dioses, les sirvió en un festín á su propio hijo Pelop. Júpiter por lo tanto lo condenó á sed y hambre eterna, y está en el infierno en un lago de claras aguas que se retiran cuando á ellas acerca sus labios, teniendo sobre su cabeza una rama con sazónadas frutas que se eleva cuando va á asirla. La sed de Tántalo es comparable á la que tenemos por la felicidad que jamás saciarán los desterrados del Paraíso en este mundo en que no existe según la sueña el hombre.

Alas de Icaro. Huyó con su padre Dédalo de la isla de Creta, y fueron los que inventaron poner velas á los barcos. Icaro naufragó, lo que dió margen á los poetas para inventar que su padre le había fabricado unas alas que pegó á sus hombros con cera; la que derretida por el sol, se despegaron dejando caer á Icaro en el mar en que se ahogó. Esta fábula se aplica á los que vuelan sin alas propias. Si todos los Icaros de la actualidad se ahogasen, ¿donde íbamos á parar, santos cielos!

La familia de los Atrides. El hermano de este rey de Argos tuvo amores con su cuñada, que le dió dos hijos. Atrides aparentó reconciliarse con su hermano; le convidó á un banquete en el que le sirvió á sus propios hijos. Seneca, Crebillon y Voltaire han puesto en escena estos horrores. ¡Buen gusto!

La carta de Urias. Fué la que dió David al marido de su querida Betsabé para el general de sus tropas Joal mandando que lo pusiese en un puesto arriesgado á fin que sucumbiese, como sucedió.

Las predicciones de Casandra. Era esta hija de Priamo, y tenía el don de profecía. Apolo la amó; pero no habiéndole ella correspondido, para vengarse hizo que no fuesen creídas sus profecías, según sucedió en Troya. Casandras ha habido innumerables, y hay en España en la era presente.

TRIBULACIONES DE UN REMENDERO.

CUENTO POPULAR.

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

Habíase un zapatero remendon, que en punto á feo no había quien le ganase, ni en punto á mal génio había quien le igualase. Sentado ante su mesilla, en su casa puesta, calado el gorro de algodón que había sido azul y blanco, cuyos colores subiendo el blanco bajando el celeste, se habían fendido en un tinte incalificable, ó sea tinte *union sospechosa*, puesto su delantal de cuero y sus espejuelos de cuerno, era el dicho remendon el negro blanco de todos los traviesos chiquillos del barrio, los que con todas las viejas de idem, que eran sus parroquianas, habían gastado la paciencia del remendon hasta dejarlo sin ninguna.

El tío Hormazo, que era el nombre que le habían puesto, por ser su habitual amenaza á los chiquillos tirarlos un hormazo, era un hombre grave y muy rígido; convenía en que las botas debían salir á la calle, pero las mocitas no; que los zapateros debían tener compañero, pero que las mocitas recatadas no debían tener otro que el anafe, el torno de hilar, y el rosario.

Pero su hija Mariquita no era de la misma opinión que su padre, porque nunca dió orugón mas feo y rastrero vida á mas vistosa y casquivana mariposa: esta mariposa se había enamorado y entendido por señas con un teniente, el que maldita la gracia le hacía al tío Hormazo: este, por vigilar y cuidar á su hija, iba descuidando los zapatos viejos, y por atender al crédito de su hija iba perdiendo el suyo.

Una mañana estaba el tío Hormazo mas desesperado que nunca; el almidón, aunque mas podrido que nunca, se lo había comido el gato que estaba muerto de hambre; el hilo se le había enredado, y el cerote se le había perdido; ya había reñido con tres viejas, que habían prometido desacreditarlo, cuando llegó una mozueta desmenuada, la cual dijo sin preámbulo:

—Y mis zapatos?
—No están, contestó lacónicamente el tío Hormazo.
—Habrás visto viejo mas embustero! ¿no me dijo Vd. que estarían?
—Me equivocué.
—No podré ir al fandango, dijo pateando la mozuellita.
—Mejor: las mocitas pierden su estimación en los fandangos; á co-ser, á barrer; ea, anda!
—Pues he de bailar y he de cantar mientras me dé gana: ¿esta Vd.?

que yo vengo aquí por mis zapatos y no por sermones: vaya con viejo este, que no quiere que se cante y se baile y miente mas que el almanaque!

Y se fué cantando á gritos:

A la puerta de un sastre
todas son tiras,
y á la del zapatero
todas mentiras.

Tienen los zapateros
en el cogote
un letrero que dice
viva el cerote.

El tío Hormazo impaciente iba á contestarla, cuando entró un chiquillo.

—¿Qué quieres? preguntó con su vocejon y torba y desconfiada mirada el remendon.

—Preguntarle á Vd., tío Hormazo, si ha confesado?

—¿Te vas, ó te envío al demonio?

—Es que venía á enseñarle á Vd. su confesion, que es así:

yo zapatero
pecandero
embustero
me confieso á Andero,
á Pedro Botija
y á Anton Perulero.

—Bribon, tunante! si te tiro un hormazo te abro la crisma.

Pero la amenazada crisma estaba ya fuera de tiro.

No había pasado un cuarto de hora cuando se presentó otro marchante. Este no fue mal acogido, porque traía en la mano un zapato que por del ante abría una inmensa boca como un gran pez que parecía amenazar al tío Hormazo: en cuanto al talon, era una triste ruina; aquel edificio yacía por tierra.

—Déjalo ahí, dijo sin asustarse y sin condolerse el remendon, hecho á ver como un cirujano de ejército descalabros, y como un anticuario ruinas.

—Cuidado! que dice mi madre que quede bien cosido y firme!

—Pues... mire la advertencia! gruñó el tío Hormazo: ¿te se ha ingrado, metebulla, que coso yo con telarañas?

—Lo advierto, respondió el chiquillo tomando el portante porque:

Dice el remendero pobre
Tente, tente hasta que cobre.

—Por vía del demonio malo tu padre!... que si te tiro un hormazo te has de acordar de mí.

—Tío Hormazo! dijo otro muchacho presentándose con los fueros de embajador, de parte de mi abuela que por *mor* de Vd. que no le ha cosido el zapato no puede ir á misa, y que es Vd. un judío.

—Yo judío! ¡mira so insultante! vuélveme con otra insolencia, y por mí la cuenta si con el hormazo que te tire no te dejo estampados los sesos en la pared, so bribon! dile á la malhablada de tu abuela que los descalzos se van mas fácil á la gloria que los calzados.

—Entonces, tío Hormazo, ya que calza Vd. cristianos, está Vd. trabajando para el diablo; bien dice mi abuela que es Vd. un judío, y asína dice la copla:

Un remendero fue á misa
y no sabía rezar,
y andaba por los altares
zapatos que remendar?

Esta vez la horma fué por los aires; pero dió contra la puerta, cuando ya estaba el chiquillo en la acera de enfrente cantando:

zapatero, remendero
come tripas de carnero.

Pues no es este un oficio para condenar á un cristiano! exclamó desesperado el antitesis de Herodes; esto es la víctima de la tiranía muchachil, ¡ay! ¡y no la sola que bastantes hay! vamos, señor, que ni la paciencia de Job! hato de pillos!

Entonces se asomó al umbral, y subió el poyete con mucho trabajo, quedándose plantado en él, un sujeto microscópico de cinco años, que apenas hablaba claro: recobrado su equilibrio, merced á apoyar una mano en la pared, se quedó derecho, y presentando como presenta una centinela el fusil, una gran asta de buey al tío Hormazo, dijo:

Señor remendero garvoso
me quie Vd. hace unos zapatos pa este buen mozo?

(1) La chesse du chastres.

—Ah gurrapatillo! exclamó fuera de sí el remendon; tú también te metes á hacer burla? Ahora lo verás!

Pero como el enemigo era tan débil, y el tío Hormazo generoso, no acudió á su arma favorita la horma, sino que cogió una escoba de mano y se la tiró al gurrapato: este se había asustado, se había vuelto; pero no atinaba á bajarse, por lo cual el proyectil le dió con todo su ímpetu por detrás, cayendo al suelo hechos un lío el gurrapato, el asta y la escoba de mano. Al oír los poderosos berridos que daba el *porta asta* acudieron de la casa contigua su madre, su abuela, su tía, su madrina, y media docena de vecinas á cual mas compadecidas de la víctima, y á cual mas enardecida de indignación contra el Fierabrás remendero. Como un fuego graneado se lanzaron al tío Hormazo los siguientes requiebros:

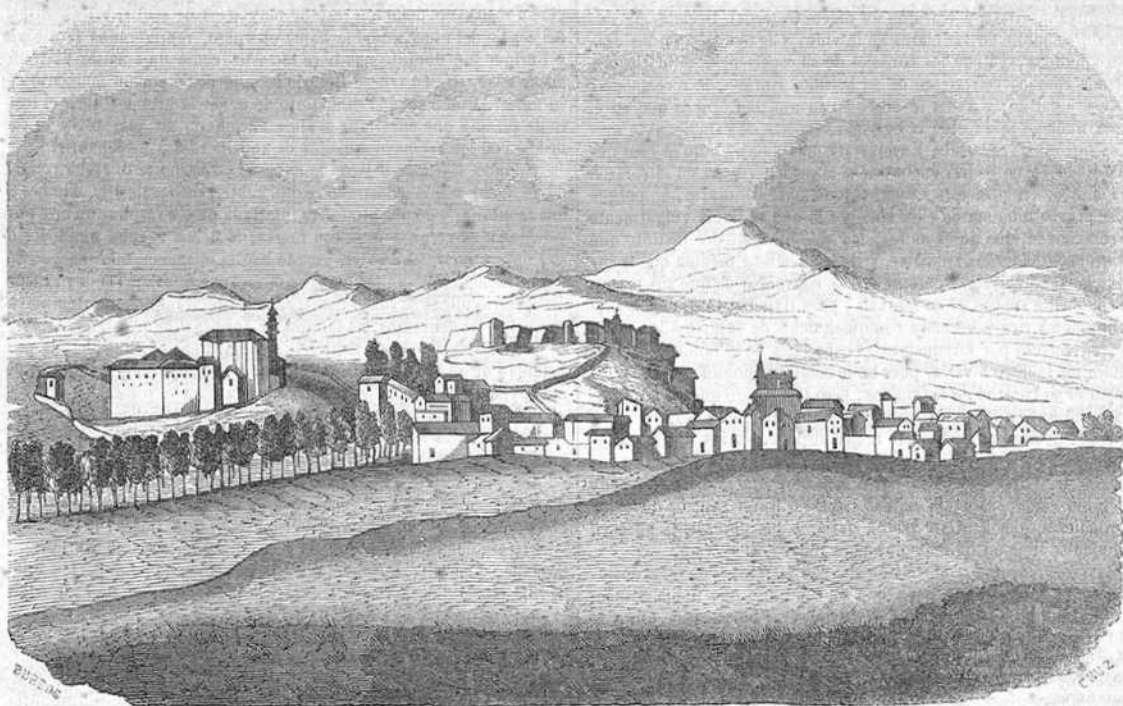
LA MADRE. ¡Hereje!
LA ABUELA. ¡Herodes!
LA TIA. ¡Alma de Cain!
LA MADRINA. ¡Sin entrañas!
LA PRIMA. ¡Desalmado!
UNA VIEJA. ¡Judío!
UNA MODISTA. ¡Neron!
LA MUJER DE UN MILICIANO. ¡Déspota!
LA MUJER DE UN MARINERO. ¡Pirata!

LA MUJER DE UN SOLDADO. ¡Moro Riff!
UNA CORSETERA FRANCESA. ¡Ogre!
UNA NEGRA MENDIGA. ¡Caravali Bozal!
UNA BEATA. ¡Impío!
UNA ANTIRUSA. ¡Cosaco!
UNA CHIQUILLA. ¡Bú!

El blanco de todas aquellas iras siguió tranquilamente uniendo sue-las y palas desunidas, sin hacer otra cosa que repetir de cuando en cuando: esta vez ha sido la escoba; la primera vez que ese escuerzo mal criado se venga haciendo burla de un hombre *respetuoso*, será un hormazo el que le enseñe crianza; estás prevenida, Juana Gañotes.

Pero no estaba el tío Hormazo al cabo de sus tribulaciones, pues en este instante vió pasar rozagante con la gorrita de cuartel terciada sobre la frente y aire jaque al asistente del teniente, que merced á la bulla y algazara que había allí armada, esperó poder pasar sin ser notado por el canchero de la pretendida de su oficial. Mas se engañó: al vigor del can, unía el remendon sus cien ojos de Argos.

Al ver el tío Hormazo aquella aparición garbosa y hostil, su temple se acabó de agriar, y se puso de concierto con el de su almidon. Le dió un puñetazo en la cabeza, con lo cual quedó el gorro de algodón terciado sobre su calva, y con el mismo aire *crane*, como dicen los franceses, que tenía la gorra de cuartel del asistente. Habiendo en conse-



(Miranda de Ebro.)

cuencia de esto quedado descubierto una de sus orejas, pudo oír perfectamente lo que al pasar sin detenerse y en voz de tenor cantaba el Mercurio, y era esto:

Arandín, arandín, arandé,
Seña Mariquita, atiéndame usted.

Y siguió su camino.

Yo también atiendo, dijo para sí el remendon, metiendo y sacando el hilo con las fuerzas de un Hércules y con los bríos de un Aquiles.

De ahí á un rato volvió á pasar el enemigo cantando en la misma voz de tenor:

Seña Mariquita la del falvalá.
Dice mi teniente que vaya usted allá.

Y pasó como quien no quiere la cosa.

—¡Habrásse tunantes! gruñó indignado el sereno remendon.

Al cabo de cinco minutos hizo el militar su tercera aparición: el remendero estrujó de coraje entre sus manos una suela vieja; entonces oyó abrirse suavemente la ventana de su habitación, y una voz de tiple le cantó:

Arandín, arandín, arandero,
Dile á tu teniente que allá iré yo luego.

Apenas concluía la voz de tiple, cuando el tío Hormazo, tirando furioso la mesa con todos sus despojos y cachivaches, teniendo en su alzada mano una horma, salió á la calle cantando con un formidable vocejón de bajo:

Arandín, arandín, arandaso,
Como te menea te tiro un hormaso. (1)

UNA APUESTA.

(Continuación.)

Desde aquel momento los amantes pusieron mas reserva en sus relaciones. D. Lorenzo, al ver á Enrique sondeó su alma de una mi-

(1) Este cuento tiene su gracia en que se cantan los trozos del arandín, con una graciosa tonada que le es propia en voz de tenor, de tiple, y vocejón de bajo.

rada, y pensó que un joven como él podía ser una buena pantalla para su amor. Comunicó su idea á Rosario, y ella la puso en ejecución con tal arte, que sin comprometerse en lo mas mínimo, sin bajar una grada del altísimo trono en que Enrique la había colocado, le descubrió un cielo de felicidad. Las mujeres saben por corazón todo el arte diplomático. La astucia y el ingenio son su naturaleza, y su educación la mentira.

Al cabo de ocho dias todo estaba arreglado entre los dos; pero sus amores no dañaban en lo mas mínimo á la moral. Eran semejantes á una cántiga de la Carolina Coronado. Enrique miraba á su amada como el cliotropo al sol, y ella se dejaba mirar, y de cuando en cuando se sonreía. Esto era todo. Enrique mismo se creía feliz con esta contemplación, con entonar diariamente en la lira de su alma el himno de los amores, y no conocía aun el objeto de sus deseos. Rosario se sonreía al verle á sus pies, devorándola con sus miradas y sin hablarla mas que por monosílabos ó rebuscados requiebros calderonianos. Para comprender todo el amor que encerraba aquel alma en capullo, era Rosario la mujer menos á propósito. Una joven inocente, en la edad en que el corazón empieza á latir, quizá lo hubiera adivinado, porque en esta edad algunas veces el alma habla al alma en un lenguaje eléctrico y misterioso que desdén la palabra vulgar. Una mujer en los últimos dias de su juventud tambien lo hubiera conocido, aunque no hubiera sabido pagarlo. Esta mujer es sin embargo la que mas conviene á un aprendiz de galán.

Ramírez mostraba á Enrique un afecto fraternal. Decíale que deasea ser su piloto en los mares de la vida, y le ayudaba en las ocasiones apuradas, ya con los consejos de su experiencia, ó ya (lo que es menos comun) con el oro de su bolsillo. Enrique le correspondía con sincero cariño, y tenía fe ciega en su amistad. Dicen que en el corazón humano solo reside el egoísmo, especie de camaleón de mas colores que el iris, pensaba Enrique algunas veces; pero la bilis negra de Rousseau no podría encontrar esta pasión villana en el corazón de mi amigo. Al principio sospechó que amaba á Rosario, no porque tuviese prueba ninguna de ello, sino por lo que se llama vulgarmente una coronazona, que no es en realidad sino un resto del instinto que tenemos como todos los animales, y que se pierde á medida que la inteligencia se desarrolla; pero pronto se convenció de que sus celos eran solamente sueños de su fantasía, pues Ramírez tenía otra querida, una dama rica y hermosa con quien debía de casarse á los pocos meses en secreto por circunstancias especiales de la familia. El mismo Ramírez le llevó á verla, pues no le ocultaba ningún secreto, y tenía para él su corazón en las manos; pero le encargó que no lo publicase, y Enrique se resolvió á callar como un confesor.

Pero el hombre propone y la mujer dispone. Varias murmuraciones habían llegado á los oídos de Rosario y turbaban la paz de su corazón con celos, por desgracia harto fundados. Es probado que nada corre tanto como una mala noticia. Rosario quiso salir de dudas, y comprendiendo que Enrique podría darle la luz necesaria, puso en juego toda su diplomacia femenina para robarle su secreto.

Una tarde Enrique la encontró sola; con los párpados rojos de llorar es decir, lo suficiente para que se conociese que había llorado, mas no tanto que perjudicase á su hermosura. Se acercó á ella y le volvió la espalda con marcado mal humor; la preguntó qué tenía, y ella no le contestó sino con un suspiro. Todas sus palabras fueron inútiles, todas sus súplicas vanas; unas y otras caían sin producir efecto como los dardos disparados contra una estatua de bronce. Por fin Enrique se cansó, tomó su sombrero, y con lágrimas en los ojos murmuró: señora, veo que estoy incomodando á Vd.; que mi amor ha sido un sueño dorado que se evapora; mia es la culpa, pues no he sabido merecer. No quiero ser importuno: y aunque mi amor vivirá en mi corazón mientras yo exista, jamás aparece á en mis labios. A los pies de V., señora.

Rosario entonces rompió su silencio y le dijo sonriendo sarcásticamente: Adios, en casa de Luisa (este era el nombre de la futura esposa de Ramírez) le esperan á Vd. sin duda alguna.

—En casa de Luisa...

—Sí, vaya Vd. allí á reírse de mi credulidad; pero no vuelva aquí en su vida.

—Rosario, está Vd. equivocada si presume...

—Yo no presumo nada; ¿ni quién ha de presumir?

—No quiero oír á Vd., porque ya sé que no han de faltarle palabras para disculparse; pero es inútil, porque esto me demostrará su ingenio y no su inocencia.

—Yo sé que Vd. es un pécado, un ingrato, que ama á Luisa...

—Yo...

—Ciertamente y hasta que la ha prometido Vd. casarse...

—Pero Rosario...

—Qué, ¿no es verdad?

—No.

—Será Ramírez; ¿no es esto?

Rosario hizo esta pregunta con fingida ironía y manifestando incredulidad, Enrique vaciló.

—¿Ve Vd., prosiguió Rosario, como ni aun es posible intentar una defensa? Yo bien sabia...

—Pero Rosario...

—Necia de mí que había puesto en Vd. mi cariño! Ingrato! Después que por él he olvidado mis deberes, que he marcado mi frente con un sello de infamia...

Y comenzó á llorar como una Magdalena.

—Pero escúchame, Rosario, exclamó Enrique llorando tambien, escúchame...

Y con mano convulsa tomaba una mano de la dama, que se sonreía interiormente de la misma escena que estaba representando, y en la cual Enrique, llevado de su amor, hacia un papel muy ridículo, el papel de amante engañado, que es muy cómico para todos los que no se hallan ó creen no hallarse en la misma situación; pero que no es sino un efecto de nuestra pobre naturaleza que no posee la doble vista, y no puede por consiguiente examinar el abismo de los corazones á través de la niebla de mentira que los encubre.

Enrique confesó de plano.

—¿Dices la verdad? exclamó Rosario fingiendo alegre delirio y estrechándole la mano.

—Lo juro.

Rosario sintió que se la partía el corazón; pero así como antes fingió su rostro un dolor que estaba muy lejos de sentir, así ahora este fiel espejo del alma, como le llama el vulgo, representaba la alegría, y Enrique fué durante una hora tan feliz como un amante platónico puede serlo. ¿Quién sabe si Rosario se enterneció por un momento con su amor? ¿Quién sabe si su instinto de mujer la hizo descubrir el tesoro de ternura que encerraba el alma virgen de su amante, y se embriagó con los aromas esquisitos de aquella rosa á medio abrir?

Cuando Enrique bajaba de la casa, su pecho se dilataba como el de un hombre que encerrado en un subterráneo sale á la cumbre de una montaña, y de una atmósfera infestada pasa á respirar un aire puro y delgado; su corazón latía con fuerza, la fiebre vagaba alrededor de su frente y exclamaba: —Soy amado con el mismo orgullo con que Colón poniendo el pie en las playas americanas se dijo: Tenia yo razón.

Rosario mientras tanto descargaba sobre Ramírez una tempestad de quejas, de denuestos, de lágrimas y suspiros: aquel oscuro Lovelace pudo disiparla con su táctica ingeniosa, que indicaba toda la profundidad de un talento político aplicado á niñerías, porque Ramírez era un Tayllorán de amor; y al cabo de una hora el iris brilló otra vez en el cielo de sus amores. Enrique pasaba por la calle y los vio sonriendo asomados al balcón. —Y yo que sospechaba!.. se dijo. Ella no le hubiera vuelto á mirar sabiendo que amaba á otra.

Dos dias después, Felipe fué á casa de Enrique y le encontró pálido y desencajado como el espectro de la muerte, con la frente apoyada en la mano y los ojos llenos de lágrimas. —¿Qué tienes? le preguntó.

—He sido engañado, engañado como un niño, exclamó Enrique sollozando, y por ella, Dios mío! por ella que yo creía un ángel, una deidad, la personificación de la pureza y la hermosura... Esto es horrible!

—¿Pero qué ha sucedido?

—Que amaba á otro... Su marido sorprendió unas cartas, y los dos se escaparon juntos huyendo de su furor... y lo mas triste es que he recibido dos desengaños en uno... el mismo golpe ha roto las dos fibras mas delicadas de mi alma... se ha escapado con don Lorenzo Ramírez, mi mejor amigo! ¿Qué me queda ya que esperar? Solo la muerte...

—Locura! Matarse por una mujer es ponerse en ridículo.

—¿Crees que me resignaré al dolor eterno por miedo del que dirán?

—No hay dolores eternos, porque todo en el mundo es perecedero. Tu herida está reciente, pero el tiempo la cerrará y sobre el sepulcro de tu primer amor crecerán frescas rosas ricas de perfume. Este desengaño te será útil, porque te hará conocer la vida.

—Ya la conozco y la desprecio.

—Porque la conoces mal. Cuando tu sangre se refresque y tus ideas alteradas hoy por el dolor recobren su curso ordinario, verás que la vida, si no es lo que te figurabas, no es tampoco una cosa despreciable. Desde luego los dolores y los placeres son obra nuestra; y solo á nosotros mismos podemos culpar si somos desgraciados. Trata de ser feliz, y lo conseguirás.

—La dicha es la ilusión, y todas mis ilusiones se han desvanecido como los fantasmas que finge la niebla.

—Te quedan los placeres humanos. Oyeme con calma, y medita mis palabras, que no son frívolos consuelos, sino el fruto del estudio que he hecho de nuestra naturaleza. La mayor parte de nuestros dolores morales provienen de la falsa idea que nos formamos de la vida en nuestros primeros años, de la fe que concedemos á los sueños de los poetas. En el amor sucede esto mas que en otra pasión alguna. En la naturaleza existen el deseo y la simpatía, y de estos dos sentimientos es hijo el amor, que la sociedad recoge como un diamante en

bruto, le pulimenta, le hermosea y le convierte en una joya. Los poetas hablan de su belleza, las recogen por la abstracción, y dan de él una idea falsa: los que creen sus palabras, buscan el amor como no existe, y al tenerle en sus manos dicen con desesperación: «¿No es mas que esto?» y le arrojan desdenosamente; pero hacen mal; porque si no es una chispa del sol, como creían, es una piedra rica y hermosa por naturaleza, mas rica y mas hermosa aun por el pulimento. No hace por sí sola la felicidad; pero puede ayudar á ella. La naturaleza humana propende á pasar repentinamente de un extremo á otro, y al hacerlo así salta por encima de la razón que está siempre en el centro. Hay un mundo para los poetas, y otro para los demás hombres: las pasiones de los primeros no son las de los segundos, y al resignarse á vivir es preciso optar por una ó por otra de estas dos existencias, so pena de tener los padecimientos de ambas, sin los placeres de ninguna de ellas.

El corazón del poeta es una lira de sonidos dulcísimos que los ángeles se paran á escuchar pero que los hombres no comprenden. Y aun cuando la mujer los comprendiera ¿cómo había de contestar, falta de una lira semejante? Cada ser busca un compañero de su especie, y el que es mas elevado que los otros no puede tener compañero. El cedro del libano vive solitario, porque ningún otro árbol llega hasta sus ramas. El sol camina solo por el espacio. La unión querida del poeta en la gloria, es su sacerdote, y arrodillarse ante otro idolo es cometer un sacrilegio que el mismo genio poético se encarga de castigar. Pero el que no es poeta y quiere tener pasiones de tal, es un loco que se ofrece al martirio por una religión que no es la suya. Si tienes en tu corazón un rayo del fuego sagrado, no ames; si no le tienes, ama como hombre con el amor de los sentidos; y para este amor ¿qué importan las cualidades morales del objeto amado? ¿qué importa que te ame ó no con tal que represente bien su papel? ¿quieres que no tenga otro amante: ¿por qué? hasta puede serle útil, porque él la enseñará á amar mejor; quieres que ningún otro hombre ocupe su pensamiento, y te enloquece la idea de que esto suceda alguna vez; pero tu amada tiene un perrito de aguas á quien quiere mas que á ti; la ves acariciarle cuando la hablas de amor, y sin embargo no tienes celos de él; crees que es mas honroso para ti ser olvidado por un perro que por otro hombre, el animal mas perfecto, la imagen de todo un Dios! Pobre loco! Abandona tus delirios, acepta el mundanal cual es, y trata de acomodarte á él lo mejor posible, porque no eres sino un diente de la inmensa rueda de la creación, y la rueda no se ha hecho para el diente, sino el diente para la rueda. Toma la copa del amor sin ver las manos que te la ofrecen en cualquier lugar que te brinden con ella, y no la pagues con tu corazón, porque es toda tu riqueza y quedarías arruinado á las primeras de cambio. Seguro de que un interés egoísta hace fingir amor á tu amada sea quien quiera, no tengas recelo en fingirle tambien, y seréis ambos felices, aunque ninguno de vosotros crea lo que el otro diga. No pares tu atención en la clase de interés que la mueve: ¿qué mas te da que sea uno ú otro, si es seguro que será un interés egoísta? Buscas el placer, le encuentras; no te canses en disecarle, es decir en destruirle, porque esto sería obrar como los niños que tienen un juguete y le rompen para sorprender el resorte que le mueve, con lo cual quedan sin juguete; y aun cuando le conservaran ya no les causaría el mismo placer que antes porque no les sorprenderían sus movimientos. Eso es tomarse trabajo para destruir su dicha, para labrar su propia desgracia.

—Pero, querido Felipe, le interrumpió Enrique, el amor es una pasión muy diferente de la lascivia que es la que tú defines.

—Es la lascivia reducida á un solo objeto.

—No; es la amistad entre dos sexos diferentes es la amistad mas perfecta, porque es de alma y cuerpo.

—Pues aun cuando sea así, ¿qué te importa que tu amiga tenga otros amigos?

—Yo la concedo todo mi corazón.

—Esa es tu locura.

—Pero yo necesito amor; tengo sed de ese deleite divino que he adivinado en sueños; siento un vacío aquí... (y se golpeaba el corazón) que no puede llenarse sino con una mujer... ¿Qué me importan todos esos amores egoístas en que el amante aprecia á su amada como el chalan al comprador á quien engaña? ¿Cómo he de encontrar la suprema felicidad, la fusión de dos almas, si desprecio á la misma mujer que estrecho contra mi corazón? Yo no soy Rousseau, y no sé enamorarme de rameras. Para seguir tu consejo es preciso que yo mate algo dentro de mí, quizá el corazón; ¿y cómo matarle sin morir de su muerte?

—Como le han matado los demás, dijo Felipe: sigue mi consejo: en cuanto llegues á tu casa arroja por la ventana todas las novelas que poseas, que no serán pocas; engólfate en el estudio de las matemáticas, aprende gimnasia, monta á caballo, tira el florete, ve á caza, toma bebidas refrescantes y frecuenta los salones: con este método hi-

giénico, te aseguro la curación pronta y radical de tu enfermedad. La última disposición sobre todo es de un efecto indudable.

De esta manera Enrique Valdealegre debió á la casualidad el primer desengaño, y á un amigo corrompido que creía hacerle un servicio quitándole la venda de los ojos, la primera lección de inmoralidad. Cuando el mundo se vé á la luz del materialismo, como Felipe se la hacía ver á su amigo, solo dos caminos se presentan en él: la desesperación que termina en el suicidio, ó la depravación de costumbres y sentimientos, armada del egoísmo y sorda á todas las quejas de los corazones que desgarran. Enrique tuvo valor para tomar esta senda, (porque mucho valor se necesita en un joven para arrancar de su corazón los sentimientos generosos), y su camino por ella es el que vamos á describir, para sacar de él la lección moral que se encuentra en el fondo de la historia de nuestro siglo.

III.

HORROR, HORROR, HORROR.

Don Enrique, reunido con algunos amigos suyos, escogidos entre los que alcanzaban una alta reputación en el vicio cortesano, que algunos de ellos apreciaban mas que sus coronas artísticas, militares ó diplomáticas, se hallaba á aquellas horas terminando una suntuosa comida, digna de las noches de Sardanápalo, excepto por lo tocante á las mujeres, pues contra la costumbre de Enrique en tales ocasiones, no había ninguna sentada á su mesa. Esta falta fué notada por don Martín de Aranda, que era uno de los convidados, y que dijo sonriendo:—Escelente cena de los dioses de Homero, y en la cual lo que mas me maravilla es que habiendo sido llamados Ceres y Baco, no se haya reservado un cubierto para Venus.

Rafael Torrente tambien observó lo mismo, diciendo que no había *entremeses*. Este olvido sin embargo era calculado, pues Enrique no había dispuesto la cena sino para patenatizar y celebrar su victoria sobre la virtud de Margarita, aunque callaba su objeto por si el arrepentimiento ó una causa estraña á su voluntad la detenia impidiéndola acudir á la cita que le había dado.

Enrique tenía en este tiempo de 20 á 22 años: era alto, delgado, pero robusto de miembros y ágil como un luchador del Circo. Su fisonomía aguileña, esencialmente española, ligeramente tostada y adornada con dos ojos negros, grandes y vivos, respiraba nobleza y valor. Negra era tambien la larga y sedosa melena naturalmente rizada, que adornaba su frente audaz. Su sonrisa tenia algo de desdenosa y su mirada mucho de irónica; pero en todo él había un no sé qué de grandeza que subyugaba. Poseía el magnetismo de los grandes hombres, de Byron, de Napoleon, que parecen predestinados para mandar, y que con la fuerza de su voluntad semiomnipotente hacen respetar y obedecer la ley de su capricho.

La orgía y los placeres desordenados respetaban al parecer aquella naturaleza privilegiada, y no dejaban su huella cenagosa sobre su frente, ni enrojecían sus ardientes ojos. Tampoco su razón daba muestras de conmoverse; pero el vicio es un cáncer que corroe lentamente las entrañas, como un gusano el mas robusto cedro: el exterior nada delata; pero viene un día en que el gusano ha serrado la ultima raíz, y el árbol cae desplomado con estruendo. Como Enrique, semejante en esto á su amigo Torrente, no podía vivir sino en los extremos, ser un héroe de la virtud ó del vicio, arrojado por las oleadas de la casualidad á las riberas de la orgía, asentó allí su trono y quiso conquistar la fama de depravado en medio de una sociedad hipócrita de vicios, en la cual el que tenia alguna virtud trataba de ocultarla como una enfermedad vergonzosa, de curarse de ella para hacerse digno de sus compañeros. Esta gloria tan buscada en nuestro siglo, exige como todas las glorias, acaso mas que ninguna otra, actividad, ingenio y valor. El calavera que se duerme sobre sus laureles, perece. Para que se hable de uno en una sociedad que lo olvida todo á los ocho días de acaecido, arrebatado por el torbellino de su vida propia, es necesario producir todas las semanas alguna obra, llevar á cabo alguna empresa notable. Enrique lo conocía, y cediendo á esta necesidad, propuso la apuesta en que Margarita debía de perder su reposo, y don Juan su corazón. Pero no era esto bastante. Faltaba á la aventura el colorido de la originalidad, mas necesario aun á las calaveradas que á las obras artísticas. Apuestas de este género se habían ganado ya por muchos calaveras. Por eso, y para que el escándalo fuese mayor, don Enrique mismo hizo á su ayuda de cámara escribir el anónimo que despertó los celos de Doña Teresa, y que si las circunstancias imprevistas no lo impedían, había de producir una escena melodramática que durante una semana fuese el pasto de la maledicencia, el tema obligado de los salones y de las gentes desocupadas.

Por desgracia, como hemos visto, las circunstancias servían maravillosamente á D. Enrique.

Sentado á la mesa con sus amigos, hablaba con el calor y la semi-

sinceridad que da la embriaguez en su primer período. Creer que da la sinceridad completa, es una vulgaridad necia. Seguía un discurso empezado mucho antes, y decía:

Mudo de amores como de camisas, y el día que no he hecho una nueva conquista, que no he ajado una virtud ó levantado del polvo á una cortesana—dos cosas igualmente difíciles y que tienen igual precio á mis ojos—le cuento por perdido. Mi amor profano ha penetrado en todos los santuarios; la lista de mis queridas es mas larga que la del mariscal de Richelieu, mas que la del caballero francés que hizo tejer dos cortinas para su cuarto del pelo de sus queridas. Yo hubiera podido tejer cuatro, y sin embargo soy desgraciado en amores. Sí, porque yo he soñado con un amor virgen y ardiente, con un cielo ideal que turba el carnal placer de mis seducciones. Sí, señores, yo siento en mí que soy algo mas que un haz de huesos atado con nervios y encerrado en un saco de piel; hay en mí algo divino que para su sustento necesita de un amor divino también, del amor que no encuentro y cuya ausencia me hace desgraciado! En cada nueva mujer espero hallarle mi deseo; pero apenas llevo á mis labios la copa de su amor, reconozco mi engaño y la arrojo con desden y desesperación.

—Y por saciar ese amor, dijo Torrente, te encenagas en el vicio, pasas la vida al sol infernal de la orgía que te abrasa hasta la médula de los huesos.

—Quiero algunas veces, respondió Enrique, abdicar el pensamiento, y busco el olvido en el fondo de la copa de los festines.

—Copa épica, mayor que la de Nemrot.

—En cuanto al amor venal, al placer, mercancía sujeta á tarifa, me disgusta; pero le busco á veces para cansar mis nervios. No sé qué filósofo, creo que es Bacon, divide las disposiciones en naturales y adquiridas, y asegura que son mas fáciles de vencer las naturales. Nadie gusta del tabaco la primera vez que fuma; la cerveza, la manzanilla, la ginebra y otros licores disgustan al principio; pero después cautivan de tal modo el paladar, que se prefieren al natural y necesario sustento. Yo quisiera vencer mi inclinación innata con otra adquirida...

—Hé aquí al vicio filósofo, exclamó Torrente.

—El vicio lo es siempre, dijo Martín de Aranda.

—Y desde luego, prosiguió ya ebrio Enrique, ¿qué diferencia hallais entre una cortesana y una virgen socia?

Una virgen social tiene todos los defectos de la naturaleza y ninguna de sus bellezas: verdadera obra de arte, su belleza es de convención: corporalmente pura, es por la inteligencia que corrompe como una Laís; en sus impuros sueños ha sonreído mil veces al amor de los sentidos: se ha mecido en ideas voluptuosas embellecidas por el deseo y la curiosidad, y quizá cuando le ofreceis el verdadero amor, hallándole menos poético que había pensado, dice maravillada:—¿Y no es mas que esto? Y este desengaño le pagais vosotros que se le habeis procurado. Vale mas habérselas con una mujer que sea un punto menos pura y que no os pida mas que lo que la podeis dar.

Estas razones fueron acogidas con una carcajada general que hizo estremecer la sala.

—Es imposible, exclamó Torrente, tener mas ingenio para probar lo improbable.

—Nada hay improbable, replicó Martín de Aranda. Yo tenía un amigo que me probaba que el sol era una ilusión óptica, que el sol no existía, al mismo tiempo que se acogía á la sombra por miedo, decía él, de coger un tabardillo.

En este momento entró un criado y habló dos ó tres palabras al oído de Enrique, que se levantó, y diciendo á sus convidados:

—Al momento vuelvo, pasó á la pieza inmediata.

En esta pieza, que era una larga y alta sala adornada á la antigua y alumbrada débilmente por una lámpara pendiente de la bóveda, le esperaba Margarita, pálida como un cadáver y con los ojos brillantes con la llama de la fiebre.

—Al fin ha venido Vd., dijo Enrique al entrar.

—Me ha dado Vd. á escoger, dijo Margarita con voz espantosamente calmada, entre una deshonra pública y una deshonra secreta. He aceptado esta última, porque soy casada, y no quiero que mi virtud dañe á mi esposo ni á mis hijos.

—Ha hecho Vd. bien, dijo secamente Enrique.

—Pero antes de asesinarme, porque esta falta me asesina, exclamó llorando la joven y arrojándose de rodillas, quiero suplicar á Vd...

—Niñerías, dijo Enrique levantándola. No puedo perder tiempo en pasos de comedia, señora; me estan esperando unos amigos.

—Es Vd. implacable!

—Como el destino.

—Pues bien, monstruo, le odio á Vd., le aborrezco; pero soy su esclava.

—Bah! frases trágicas! Me sueñan como si me dijera Vd. alma mía, ídolo mío, ó otras ternezas semejantes; porque en el caso presente todo es lo mismo.

Y acercándose á la joven la tendía los brazos, cuando la puerta se abrió, y doña Teresa apareció en el dintel.

Margarita al verla exhaló un grito, y corrió á esconderse en un gabinete oscuro antes de ser conocida.

Doña Teresa estaba furiosa; sus ojos chispeaban como los de un tigre hambriento, y su voz era ronca como el eco lejano de la tempestad.

—Traidor! exclamó, ¿es esta la fé jurada? es este el pago que me das por haber olvidado mis deberes...

—Bah! dijo con indiferencia Enrique, en la culpa va el castigo; y yo, aunque indigno, represento el brazo de la Providencia en este momento.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

A MI AMADA AUSENTE.

SONETOS.

I.

Gózase encantadora primavera
Ostentando sus mágicos colores;
Su cáliz perfumado abren las flores
Amorosas al aura lisonjera.
Enbelesan el bosque y la pradera
Pulces trinos de amantes ruseñores,
Himnos de melancólicos amores
Que ardiente alumbra el sol desde su esfera.
Todos gozan amando su ventura,
Y amor sonríe á todos placentero,
Flores, aves y prados y espesura.
Yo que su dicha envidio en vano espero
Trocar en bien mi horrible desventura,
Que de mi hermosa amada ausente muero.

II.

¿Qué extraño es que en mazmorra cavernosa
Llore el cautivo la crueldad del hado,
Soñando en la colina y verde prado
Do pasó alegre juventud dichosa?
¿Qué extraño es que en la noche tormentosa
Al mirarse en las ondas sepultado,
Recuerde el marinero acongojado
Puerto apacible y adorada hermosa?
Si yo que en la soberbia corte vivo,
Puerto de la opulencia y los amores,
Lloro como en sus hierros el cautivo,
Y recuerdo mecido en mar de flores,
El ceño adusto de mi amor esquivo,
Y de mi ausente amada los rigores?

III.

¡Oh tú, mi amor, mi gloria, mi consuelo,
Dulce esperanza que me liga al mundo,
Tú que encendiste el amor profundo
Del alma ardiente celestial anhelo!
Tú que trocaste de mi vida el duelo,
De la esperanza manantial fecundo,
Y de la tierra lodazal inmundo,
En albergue de amor digno del cielo.
¿Dónde estás que no acudes cual solías,
Al escuchar mi canto lastimero,
Balsamo siendo á las dolencias mías?
Ven que muero de amor y por ti muero:
Solo de tí, como en mejores días,
Vida, amor, esperanza y gloria espero.

FERNANDO GARRIDO.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Barbero anciano no sica barba y corta carne.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



SANCHO EN LA INSULA BARATARIA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO SESTO.

(Continuacion.)

En el artículo anterior examinamos el opuesto origen de dos escuelas crítico-literarias; la tradicion, la historia, las creencias, la fé científica, la razon en un término medio, sujeta á las reglas y al método, para la escuela clásica; y la razon pura, libre, independiente, soberana, sin mas regla ni autoridad que su propio criterio, su natural espontaneidad, para la romántica: vimos las encontradas tendencias, la distinta marcha y opuesto término de ambas, y el punto especial en que cada una se ha colocado con respecto á las cuestiones filosóficas, para juzgarlas al través de su peculiar prisma: y entrando de lleno en materia despues de tan largo exordio, asistimos al nacimiento del coro antiguo: pudimos notar en él su triple origen, ó lo que es lo mismo, la triple sávia que entra á formar esa planta especial que adorna aquel teatro. En efecto, notamos allí, y en primer término, el elemento religioso y artístico en el motivo del canto y en su expresion: el elemento aristocrático—pues ya hemos dicho y tendremos ocasion muy en breve de examinar este hecho—que la política entraba en Atenas en todas las manifestaciones esternas de su civilizacion, encerrado, oculto en el tema

mismo de los cantos, que siempre toman por base á un elevado personaje público; y el elemento democrático constantemente sostenido en los cantores, que son el pueblo reunido en asamblea, el pueblo como nacionalidad. Hecho que se esplica facilmente, porque en Grecia el arte se une á la moral, á la política, á la religion, y en todo entra, al contrario de lo que pasa en Oriente, el elemento popular, democrático: porque allí las actividades no son individuales y categóricas, determinadas y exclusivas como en la India y en el Egipto: y estas individualidades se manifiestan de mil modos y sin formar clases, tribus ni familias, se amalgaman y mezclan para el beneficio comun de la ciencia, del arte, del progreso y perfeccionamiento social.

Veamos ahora, consideremos aisladamente los tres grupos de ideas que hemos descubierto en el coro antiguo. Se nos presenta desde luego el primer elemento, que es el artístico-religioso: trasposicion que nos permitimos por exigirle así el orden y método de las ideas. El coro antiguo, considerado como elemento puramente artístico, nos ofrece cuatro cosas notables: el himno, oda, cantata, ditirambo ó poema lírico; el canto la música y el baile.

Quien haya leído los coros de las tragedias de Racin y Delavigne ya citados, y los de las óperas de Quinault y de Metastasio, convendrá con nosotros, si es que tiene el doble oído poético y musical, que considerados estos coros en el fondo, en la idea que encierran, y en la forma literaria, son sin duda alguna lo mejor, lo mas bello é interesante de estas producciones dramáticas. Ahora bien: este hecho, muy natural por cierto, que hallamos en los trágicos franceses, en las óperas *las fiestas del Amor y de Baco, Proserpina, la Gruta de Versailles*, Ar-

28 DE ENERO DE 1855.

mida de Felipe Quisnault, música de Lully, y la *Didone abbandonata*, el *Demofonte*, el *Artace*, la *Semiramide*, el *Giuseppe riconosciuto* y la *immortale Olympiade*, de Pietro Buenaventura Metastasio, música de Cimarosa y Pergolese; se halla y con antelación en la tragedia de la antigua Grecia: lo que prueba que las mismas causas producen iguales efectos, á saber: que el canto, la poesía lírica, la música, son cosas que hace el Cielo á los hombres sin distinción á buenos y malos. Aun decimos mas: hasta los modernos coros de las óperas, sean *buffas*, *serias* ó de *mezzo-carattere*, considerados como cantos líricos, como poesía de fácil y variado ritmo, tienen una gracia modesta, un atractivo especial, irresistible, un yo no sé qué que se siente y no se explica, y bajo el cual desaparece, se pierde, lo sencillo de la forma, ese descuido, ese abandono y grato *laissez-aller* de la versificación. ¿Quién en efecto no recuerda con placer los magníficos coros de *Luisa Miller*? ¿Quién no se siente poseído de cierta vaga melancolía, de cierto presagio funesto, al oír aquellas palabras del coro dirigidas á la hija del antiguo veterano Miller:

*Ti desta Luisa regina de' cori
I monti già lambe un riso di luce? etc.*

En los coros de *Agamemnon*, de las *Suplicantes*, de los *Siete gefes delante de Tebas*, de Esquilo; del *Edipo rey*, del *Edipo á Colona*; de la *Antígona*, de Sófocles; de la *Hecuba*, de *Andrómaca*, de *Ifigenia en Aulio*, de las *Troyanas*, de Eurípides; hallaremos el fuego, el entusiasmo nacional, el amor patrio, el deseo de libertad, de los cantos guerreros de Tirteo; la ternura, el sentimiento, la melancolía, la vaga tristeza, los profundos ayes, de las odas de Safo; la sencillez, la dulzura, la expansión, el amargo dolor, el continuo llanto de las elegías de Simónides; la gracia, el chiste, la ligereza y abandono, el alegre y festivo *sans-souci*, de las poesías de Anacreonte, patriarca de los amores, cantor del vino y de las muchachas; la energía, la impetuosidad, la brillantez, el esplendor, el entusiasmo divino, el sentimiento religioso, el amor patrio de las odas, himnos ó cantos de victoria, de Píndaro, aguilas de los poetas líricos griegos, como Bossuet lo es de los oradores sagrados franceses: y en fin, la fuerza de concepción, la majestad, el arrebatado, la pasión, el rumbo atrevido de los cantos líricos de la bella y desdeñosa Corina.

No somos mas que un *póvero dilettante*, un simple *amateur*, un humilde *virtuoso*, un soldado, un recluta, ó si se quiere un ranchero, de la gran familia musical, como otros se dicen soldados de la pequeña familia democrática: pero al hablar del canto, en el coro antiguo, y de la música que acompañaba á este y á los bailes, se nos ocurren tantas y tantas cosas, y tenemos tan pocos momentos para ponerlas en orden y buen método, que las iremos diciendo según y conforme se nos vayan á las mentes. Allá van pues. Una advertencia ante todo. En el segundo artículo hemos trazado el carácter general, filosófico, artístico de la música antigua: en este sexto, nos particularizaremos algún tanto concretando nuestras observaciones á puntos determinados.

No vayamos á creer que el canto del coro antiguo y la música acompañante tenían los grados de perfección musical que ahora han alcanzado. No conviene hacernos ilusiones, que estableciendo un insostenible paralelo entre la música teatral antigua y la moderna, hagan resaltar con notable perjuicio de la verdad crítica, en lo que se refiere á la primera, las grandes ventajas que la segunda la lleva. Admitamos gustos que la música, como objeto de arte, y el arte como la ciencia especulativa y la ciencia práctica, adelantan, progresan, se perfeccionan. Sin embargo, conviene no nos arrastre creer el genio tutelar del progreso, que este se verifica, no lento y mesurado, como en verdad ha lugar, sino de un modo veloz, rápido, impetuoso. No. Las ideas y los hechos, como los expedientes gubernativos, tienen sus trámites, su curso natural y trazado. Siempre resulta aquella de que *no se tomó Zamora en una hora*. Es indudable que la música, como idea, ó mas bien como expresión, ha progresado en un arte como el cristiano, en que al revés del antiguo, se supedita aquella á esta. La ópera, nacida en el siglo XVII, y en general el método de música moderna, el sistema ó escuela de instrumentación, como manifestación de un hecho, de una idea artística, tienen por representantes en este siglo y en el siguiente á Lully, á Palestrina, á Sebastian Bach, y su hermano Manuel, á Leo, á Durante, á Pórpore y otros: los obras musicales de estos celebres *maestros* son buenas, artísticamente hablando, excelentes, magníficas; pero de una bondad y excelencia relativas: su instrumentación toda clásica, muy sencilla, de fácil ejecución, versa sobre un tema modesto y requiere pocos *tutti*; se parece á la de las zarzuelas, letra de Calderón de la Barca, música de X..., que se componían en tiempo de Felipe IV, rey-poeta como David, aunque un poco mas aficionado á muchachas que este santo rey, para representarlas en su palacio del Buen-Retiro. Cuando la poesía y la música lírico-dramáticas toman raudo vuelo, y adquieren gran significación en la escena, haciendo de la ópera un género nuevo, especial, verdaderamente artístico, y dando á esta última una superioridad incontestable sobre

las demás artes; cuando este fenómeno digno de estudio en la historia del arte se verifica, corren agitados y turbulentos los días de la segunda mitad del décimo octavo siglo. Gluck, Mozart, Piccini, Pergolese, Cimarosa, Paisiello, Cherubini, Haydn, hacen que lleve este grave y filosófico siglo el risueño epíteto de siglo de oro de la música. Listz, Paganini, Beethoven, Straus, Thalberg, Weber, Rossini, Meyerbeer, Auber, Halévy, Adam, Hérold, Berlioz, Donizetti, Bellini, y otros nombres ilustres, que forman la brillante pléyade de la primera mitad del siglo actual, hacen un tanto ampuloso é hiperbólico el nombre musical dado al anterior. Bueno y muy bueno es Mozart con su *ópera fantástica D. Juan*: bueno y muy bueno es Cimarosa con su *ópera de mezzo-carattere*, *El matrimonio secreto*, y también lo es el inmortal Haydn con sus inmortales *oratorios* y Pergolese con su *Stabat Mater*, de que quizás en la Cuaresma hagamos especial estudio: pero en honor á la verdad, el siglo progresa en la música como en las demás cosas. A la par de la idea, del tema, del pensamiento musical, progresa el lenguaje que la expresa, la instrumentación, la orquesta. Bellini, Donizetti, Rossini, Mercadante, Pacini, y la pura escuela italiana, la clásica, la del sentimiento, la escuela de la melodía, de las partes concertantes, hacen mucho menos uso de los instrumentos de viento destinados á producir los grandes efectos musicales que Adam, Auber, Halévy, Meyerbeer, Thalberg, Weber, Verdi y la baja escuela italiana, y demás compositores de las escuelas francesas y alemanas; es decir, y esto se comprende fácilmente, que no está hoy la música en el mismo estado en que se hallaba cuando se cantaba en París, en la capilla real de Luis XIV el *Te Deum* de Lully el 8 de enero de 1687, y cuando el año siguiente se representaba su ópera *Armida*, letra de Quinault.

Observado esto, que la música moderna constituye un elemento especial, característico de nuestro arte, uno de los ramos en que mas se nota sus adelantos y progresos, volvamos ahora á la explicación musical del coro antiguo. La música de los griegos se encerraba toda, como parte de ejecución vocal ó instrumental, en los estrechos límites de una octava, la octava natural: claro es que recorriendo la voz tan poco espacio en el teatro, en el canto de las palabras del coro, acompañado de las flautas, de las liras, arpas, cítaras, etc., pues nótese que no empleaban en la instrumentación lírica los instrumentos de viento, debía resultar una música en extremo sencilla, grave y hasta cierto punto monótona. Esta escuela musical abrazaba únicamente dos clases de estilos, el *dórico*, severo, majestuoso, lento y acompasado; y el *colico*, patético, tierno, sentimental: el de la escuela alemana del siglo pasado y el de la moderna escuela italiana: estilos que hoy seguramente no comprenderíamos, porque nosotros sentimos con el corazón y aquellos antiguos varones sentían con la cabeza. La belleza de la música estaba en la idea.

Esta sencillez de estilos se concibe bien. Los coristas eran ancianos, cuyas pasiones se hallaban ya templadas por la edad, ó vírgenes inocentes que no habían aun saboreado la copa envenenada del placer; de donde resulta una mezcla de voces de *soprano* y *bajo profundo*, caracterizada en ambos estilos. Esta sencillez de idea musical y de vocalización artística hace que en Grecia no sea la música mas que el arte métrica, la acentuación, la prosodia de la poesía: del mismo modo que entre nosotros el fligé, el oboe, el fagot, el violoncello, son el acompañamiento, la acentuación, el ritmo del canto llano. La música en Grecia como en Roma, en el teatro como fuera de él, no fué otra cosa que el arte de acompañar, de guiar, de templar la poesía y la elocuencia.

Así lo hemos visto al hablar de las piezas escénicas conocidas en Roma bajo el nombre de mimos y de pantomimas. La música era un elemento indispensable que ayudaba á señalar, á caracterizar con mas fuerza y vigor, los diversos matices de estas acciones dramáticas de grueso calibre. Así tambien se vió frecuentemente en la antigüedad á oradores hacerse acompañar, cuando peroraban en la tribuna pública, de la música, para moderar los impetuosos arranques de su elocuencia. Los dos hermanos Gracos, oradores del partido republicano de Roma, hombres, como todos los de su linaje, bullangueros y calaveras políticos, cuando subían á la tribuna á vociferar según costumbre de la época, fenómeno que hoy tambien se verifica, mandaban se pusiese debajo un *tocador de flauta*, amaestrado al efecto, que hacia las veces de presidente de aquella asamblea en *duo*, y tenia el encargo de moderar los feroces impetus de la salvaje elocuencia del demócrata, y llamarle flautísticamente al orden con los sonidos flautados de su instrumento. Y cuenta la historia de aquellos Marats, Danton, Robespierres, etc., etc., de la república romana, que obedecían como chiquillos de escuela á la voz flautada del esclavo artista. Era pues imposible que en el coro griego las voces tuviesen la amplitud y estension que ahora desarrollan.

Eso que en nuestros días se llama *stretta*, *fiorture*, *gorg'gegi*, *volatine*, *fermata*, *lampi di gola*, y demás cosas pertenecientes á la vocalización, no existían en una música que solo contaba con la octa-

va, y por supremo elemento musical el *unísono*: lo cual daba por resultado una cierta y regular sucesión en los modos y sonidos musicales, y una molesta uniformidad en los *acordi*, que convidaba admirablemente al silencio, á la meditación y sueño musical. Esto no es extraño, si se considera que Pitágoras, uno de los grandes músicos de la Grecia, enseñó á sus discípulos á que viviesen en el retiro, en la soledad, y en particular á que hablasen muy poco; dándoles en reuacha la facultad de contemplar constantemente los astros desde lo alto de la montaña que servía de guarida á estos hombres de las selvas.

Que así como hay filosofía civilizada, hay también filosofía salvaje.

Si estuviésemos en Italia, valdría la pena de que dedicásemos alguno que otro artículo musical al examen analítico y cotejo de la música antigua y moderna: allí podríamos siquiera abrigar la esperanza de que se leyese nuestros artículos; al paso que abrigamos la esperanza de que lo que ahora decimos, y cuya inserción en el *Semanario* la debemos únicamente al celo ilustrado con que el Director de LAS NOVEDADES acoge benévolo las pequeñas elucubraciones de los jóvenes, pasará completamente desapercibido en el hermoso país de la bandurria, vihuela, guitarra, pandereta, castañuelas, gaitas, pitos y tambores, zambombas y arrabales, chicharras y muñeiras, y demás instrumentos musicales á estilo y usanza de los pastores de Belén. Nos atenderemos pues á aquello de que, *pastelero á tus pasteles*, y no nos meteremos en mas honduras por no salir con las manos en la cabeza.

Es lo cierto que, volviendo á nuestros pasteles, no cabía en la música antigua dentro de un diapasón tan corto y con una idea musical tan pobre, no cabía ni era posible cupiese, esa difícil é intrincada combinación de las voces modernas, semejante á los juegos de aguas de las fuentes de la Granja, formando *duo*, *trío*, *cuarteto*, *quinteto*, *sexteto*, etc.: mas las divisiones y subdivisiones que se hacen en esta escala general, que comprende tres largas octavas de voz, como lo han demostrado el *tenor* Duprez y la *contralto* Alboni, y como lo vemos actualmente en la célebre Gazzaniga, cuya voz da con desahogo desde el *fa* grave hasta el *re* sobre-agudo, esto es, que le falta una sola nota para alcanzar la extensión de tres octavas.

En el coro antiguo y en la parte de canto, si bien no podemos compararle con el moderno, ni en el fondo ni aun en la forma, en su conjunto y totalidad hallamos sin embargo ciertos datos, ciertos términos é incidencias musicales muy análogos á los nuestros, y que es menester tener en cuenta para apreciar este objeto de nuestro estudio bajo un punto de vista musical. Y tanto mas se hace necesario entrar en ciertos detalles, cuanto que su ignorancia, ó al menos su modo indiferente de considerarse, ha hecho que no se viese en esta parte de la tragedia antigua, y por la necesaria relación del todo á la parte, en su totalidad, todos los grandes elementos de arte que encerraba.

Ya hemos dicho que el coro antiguo se componía ordinariamente, y por punto general, de jóvenes vírgenes y de ancianos. Pero muchas veces exigía el tema de la acción que fuese compuesto de ancianos y jóvenes adultos, de ciudadanos y esclavos, de sacerdotes y soldados, etc., etc. Este coro era muy numeroso en sus primeros tiempos, según se deduce de las comedias de Aristófanes, y de los comentadores, glosadores, escoliadores y demás gente erudita, vulgo ratones de biblioteca, de estas comedias y obras del género de la antigüedad. Estos coros llegaron hasta tener cincuenta coristas de ambos sexos, número que sobrepuja al de los que toman parte en el Carlos VI de Francia—que no queremos equivocaciones—y en el *Roberto de Meyerbeer* y otras óperas guerreras. Mas tarde, y no sabemos lo que hizo de malo esta numerosa gente teatral, pues los coristas por lo visto se vuelven muy malos dentro de bastidores, se mandó terminantemente que este imponente número se pensase de tal modo, que quedase reducido á 15 personas en la tragedia y 24 en la comedia.

Este coro, que llegaba al escenario, no con el orden modesto y continente pacífico con que se presenta entre nosotros, sino con ademan y marcha guerreros, formando en pequeña columna cerrada, y caminando á paso militar al son de la flauta; este coro de tan marcial aspecto, se dividía en dos partes ó bandos. Cada uno de estos bandos obedecía á un jefe de sección ó fila llamado *corifeo*, y los dos reunidos estaban, así como el cuerpo todo, á las inmediatas órdenes de un jefe superior, cual era el *corego*. Hoy día, los *partiquinos* de ambos sexos, y lo que llamamos nosotros maestro de coros, jefe de ídem, director de baile etc., son los oficios escénicos correspondientes á lo que acabamos de enumerar en el teatro griego. Ahora bien: el *corifeo*, y rara vez el *corego*, son los que toman parte en el diálogo ó recitado de los actores, en representación del coro todo, ó los que cantan alternativamente con este y los actores. De modo, que reduciendo estos datos á términos musicales, hallamos: en el canto del *corego* y de los *corifeos* un *duo*: en el canto de estos y el coro, un *tercetto*; y en el de estos personajes y los actores un *cuarteto*; y siendo el canto de los jefes del coro, de este, y de los actores, conforme á su música, en extremo monótono y acompasado, no podía haber aquí esas diversas manifestaciones de la idea musical que se

traducen en los *allegros*, *andantes*, *cavatinas*, *romanzas*, *plegarias*, *adagios* etc. etc. etc.

Este canto, que se reducía á lo que hemos dicho, y principalmente á las *árias* coreadas, era iniciado y sostenido en la flauta, y á veces también en la lira; pero solamente en los sonidos de *prima*, *quinta* y *octava*, consonancias y armonías de suyo graves y severas, y que son, al parecer, las que mas se asemejan al tono musical ordinario de la voz humana, en la conversacion familiar ó sostenida. No pudiendo haber tampoco esos *crescendos* de voz, eso que llamamos nosotros *stretta*, y que se hallan en el registro de los puntos agudos, de los *medios-puntos*, los antiguos desecharon los cuartos de tono y medios tonos continuados, y quitaron al instrumento todo aquello que podía enervar la entereza y sonora corpulencia de la voz. Cosa que se comprende fácilmente, y que da la medida de lo sencillo y natural de la instrumentación y vocalización de la música antigua.

Estos medios tonos no son ni bastante robustos ni cómodos para la voz, y por lo tanto son incompatibles con la facilidad y sencillez ya indicadas. El diapasón musical de los griegos los desechaba. Su voz recorría únicamente los dos extremos de un dilema musical. Ó la octava de las notas graves, naturales, en el canto de los ancianos, ó la octava de las notas agudas del tiple en el de las jóvenes griegas que hacían de coristas. Lo cual daba al conjunto una armonía imponente y majestuosa, y cuya semejanza se encuentra hoy en el canto llano de nuestras iglesias. Armonía por lo demás relativa y que no sería tal para nosotros. La índole especial de la música antigua, que no era otra cosa como hemos indicado que la prosodia y ortografía de la poesía, su acentuación rítmica y formal, destinada á sostener alternativamente la voz ó impedirle que ó subiese demasiado alto ó cayese en el extremo contrario; la falta absoluta de *acordes*, en una música de espresion incidental y arbitraria, que solo tiende al placer sensual y no á la espresion del sentimiento; acordes, que por lo demás, en unidad tan pobre como la admitida en el sistema musical pitagórico, el mas extendido en Grecia, la unidad de la cuerda, eran únicamente el encadenamiento de sonidos que se sucedían en ciertas proporciones: el círculo estrecho que recorría el corto número de instrumentos cuyos sonidos sujetos al cálculo matemático del dichoso Pitágoras, se hallaban en un grado de notable inferioridad con respecto de la voz humana, que da fácilmente las notas de octava y media, mientras que los sonidos del instrumento no pasaban de una octava escasa; si bien es verdad que esto se modificó notablemente, andando el tiempo, con la sustitución del método facultativo y empírico al método musical de riguroso cálculo, lo cual dió mucha mayor extensión á la línea trazada por los sonidos; y otras causas que, como comprenderán nuestros lectores, no es del caso traer á cuento, en la hora presente, se oponían entera y radicalmente á la armonía tal cual la comprendemos ahora: porque dependiendo esta de la artística combinación de los sonidos simultáneos, escluye toda sucesión de tiempos relativos y de intervalos metódicos. Faltaba pues la verdadera armonía en la música griega, y en general en toda la antigua.

Pero sea esto lo que fuere, lo cierto es que esta música, con su reducido número de instrumentos anteriormente designados, y falta de armonía, acompañaba el canto del coro en sus odas divididas en estrofas, antistrofas y epodos, y en los demás trozos líricos de la tragedia, y en el recitado de los actores en las escenas en que estos formaban *duo* con aquel.

De todo esto resulta que en la tragedia antigua hallamos un elemento esencialmente musical, en extremo importante, y cuya fecundidad de elementos artísticos podemos calcular, y que ahora solo se halla en nuestras modernas óperas, zarzuelas, *vaudevilles*, etc.

Examinaremos en el artículo siguiente el elemento mímico ó baile, el elemento propiamente literario, y el elemento moral en el coro antiguo.

ANTONIO DE AQUINO.

DE ALTO ABAJO.

Hace pocos días fui despertado por un grito doloroso que parecía subir desde la calle. La voz estaba aun lejana, porque ninguna palabra llegaba distintamente á mi oído, y no percibía sino un rumor que parecía traducir un sentimiento.

—Quien quiera que seas, dije, que lloras y padeces, pobre criatura, consuéltele Dios.

Contento de mí después de este voto caritativo, iba á dormirme de nuevo, cuando oí por segunda vez el grito que había llamado mi atención, pero mas despierto ó menos alejado del que gritaba, comprendí perfectamente estas palabras:

—¡De alto abajo!

La voz insegura de un niño lanzaba al viento esta elocuente y laconica oración.

De alto abajo.

Es decir, trabajo y pan para el saboyano.

De alto abajo.

Es decir, alguna moneda para que el niño no sea azotado por el brutal maestro, y algunas piezas blancas para que á su vuelta las ofrezca á su familia indigente.

De alto abajo.

Sencillo acto de fé de tres sílabas, recitado cada invierno por un pueblo desgraciado á los pueblos dichosos; encantadora invocación de las palabras del Evangelio que dicen: ayúdaos unos á otros.

De alto abajo.

Gritaba el niño deteniéndose á cada momento para sorprender una señal en alguna ventana.

Las reflexiones precedentes se habían presentado á mi imaginación unas después de otras, y con ellas el deseo de corresponder á la súplica del niño.

Habiéndome puesto mi bata, abrí la ventana y llamé al saboyano, que atravesó alegremente la calle y se lanzó en mi portal.

Llamé á Catalina.

—Va á venir, la dije, un limpia-chimeneas; introdúcele.

—Un limpia-chimeneas! exclamó Catalina, que bajo el pretexto de que me ha visto nacer se permite criticar todas mis acciones; un limpia-chimeneas... pero en la nuestra arde un hermoso fuego que acabo de encender... La chimenea ha sido limpiada...

—Basta, mi buena Catalina, el limpia-chimeneas ha llamado: ábrele.

Siempre guiñando Catalina obedeció, y entró el niño trayendo de la mano respetuosamente su gorro de algodón, de un color bastante problemático.

—¿Qué chimenea necesita el señor que se limpie? me dijo, mientras Catalina parecía muy inquieta de la suerte del suelo encerado, viendo los enlodados zapatos del niño.

Yo la sonreí maliciosamente, y respondí al saboyano:

—Lo primero es preciso que te sientes aquí y te calientes; luego veremos.

El niño no se lo hizo repetir, y Catalina salió sin duda por no enfadarse, viéndole apoyar sus talones sobre el palo de una silla que le presenté. Luego estendió al fuego sus manos esmaltadas por el amoratamiento del frío á través de las líneas negras del hollín.

Durante este tiempo, le contemplé dichoso de verle esponjarse á los benéficos efectos del calor; y triste, comparando mi infancia tan alegre y feliz con la suya tan penosa, recordé involuntariamente *L'oreiller* de Mme. Desbordes Valmore, y los versos que todos hemos oído de niños, los encantadores versos del *Petit Saboyard* de Giraud.

Al cabo de algunos instantes el niño me dijo:

—Ya he entrado en calor y estoy dispuesto á servirlos, buen caballero.

En este momento Catalina entraba dirigiendo los ojos con ansiedad al palo de la silla que el niño labraba con sus zapatos.

—Catalina, la dije, tráenos dos jicaras de chocolate; y añadí volviéndome al niño.—Te convidó á desayunarte conmigo.

—Oh señor! me dijo, si el amo sabe que he subido para eso á vuestra casa, y no le traigo dinero esta noche, me pegará.

—Desayúnate en paz; ya cuidaremos de todo.

Entonces el saboyano fijó en mí sus ojos reconocidos, abrió la boca para darme gracias, y luego deteniéndose volvió á sí mismo sus miradas considerándose, me enseñó sus manos ennegrecidas y su rostro que reflejaba un espejo, y bajó la cabeza. Comprendí esta pantomima, aprobé el sentimiento que la había dictado, y tomando al niño por la mano le entré en mi tocador, de donde salió al poco tiempo lavado, peinado, perfumado, confesando en fin que nunca se había visto así y que le entristecería mucho cuando tuviera que poner su gorro en su cabeza.

—Oh! decía, yo quisiera estar siempre así; y no dejaba de mirarse en un espejo sino para volverse á otro.

Más inteligente que suelen serlo los de su clase, el pequeño desollador tenía una conversación bastante agradable: durante el almuerzo me habló de su madre y sus dos hermanas, con cuyo recuerdo parecía entristecerse.

Cuando se hubo saciado su apetito, le enseñé todo lo que en mi casa podía distraerle; se extasió delante de las caricaturas de Gavarni, y tuve el placer de oírle decir:—He desollado en casa de un caballero tan feo como este: sencillo y sincero homenaje de un niño al genio de un artista.

Hacia las once se despidió, tomando para su madre y sus hermanas un napoleón que quedó en una bolsita pendiente de su cuello, y algunas monedas para ocultar á su maestro el empleo de su mañana. Luego, habiéndome dado muchas veces las gracias, se miró al espejo por última vez, se puso su gorro, cargó con su saco, y salió.

Un instante después, alegre y contento, repetía en la calle su grito de mariposa de invierno:

—De alto abajo!

LO QUE ES UN HOMBRE DE INGENIO.

Los antiguos no le conocían: buscadle en los pergaminos y papiros, y no le encontrareis.

Es un descubrimiento moderno, una invención reciente como el daguerreotipo, la pólvora de algodón, el papel para coger moscas y otros.

No pidáis que dé fin á este ser caprichoso, pero que empezará por deciros que no existe realmente: es como el fénix, la hidra de mil cuellos, el monstruo de Andrómaca. la cabeza de Medusa y el célebre Jatur, que últimamente ha conmovido la Europa.

Dentro de un siglo, nuestros nietos, si tales abuelos merecen tenerlos, harán del hombre de ingenio una especie de misto, y le colocarán en la mitología moderna al lado del hombre de bien, del sabio modesto, del cantor que no canta en falsete, del crítico concienzudo, de la mujer fiel, del marido de frente inmaculada, y de los demás personajes más ó menos fabulosos de nuestra época.

El hombre de ingenio no existe: cuando más, se hallará el hombre que habla imitando al ingenio; pero este difiere de su prototipo como la verdad de la caricatura, el arte de la parodia.

Un antiguo error popular hizo creer que el hombre de ingenio debe nacer como el poeta: ¡qué ceguedad!

Entendámonos ante todo, á fin de evitar las equivocaciones.

El ingenio (tomando esta palabra en nuestro sentido) no es una facultad, una prerrogativa, un poder como el genio y el talento. ¡No! El ingenio, considerado en abstracto, es una enfermedad.

Si, una enfermedad que os hiere de improviso, cuando menos lo esperáis, á los veinte, á los treinta, á los cuarenta años. No guarda consideraciones al célibe ni al casado, ni á la viuda inconsolable (estilo de cementerio), ni al marido engañado siquiera.

Producto misterioso de la sociedad moderna, criptómano fatal, más frecuente que antes en las regiones del mundo galante, el ingenio ha desfigurado horriblemente el lenguaje familiar y la literatura contemporánea, como las viruelas desfiguraban en otro tiempo las facciones de las bellas italianas.

Antes se leía en las esquelas de convite, después de los preámbulos de costumbre:

«Se bailará—se tocará.»

Pero ahora el tiempo ha cambiado; los hombres han progresado y las esquelas también.—Yo he visto últimamente algunas con la cláusula:

«¡Se recreará el ingenio!»

¡Decid aun que nuestro siglo es materialista!

El hombre de ingenio de ahora es, en último resultado, el que sabe decir las mayores tonterías del mejor modo posible, y no puede existir sin el concurso del prójimo, porque su existencia resulta de dos individualidades. Si decís una palabra picante, no adelantáis nada mientras no halleis un amigo que sepa reír á tiempo; de modo que para la consideración de una buena frase se necesita al menos el concurso de dos personas.

Una para inventarla—otra para reirla.

—¿Dónde se muestra ingenio?

—En todas partes; en público y en particular.

Tienen privilegio para mostrarle en público:

Los periódicos de buen humor y los payasos del circo olímpico.

Los que le muestran en particular se dividen en categorías y subcategorías.

Hé aquí los principales:

—Los tontos.

—Los jóvenes de poca vergüenza y muchas deudas.

—Los empleados cesantes, que gozan toda su cesantía.

—Las mujeres sin corazón (N. B. La mujer que tiene mucho ingenio tiene en general poco corazón.)

—Los maridos despreocupados.

—Los seductores de moda.

Goldoni, por una de las mil escentricidades permitidas al genio, quiso fundar una nueva categoría.—Los caballeros de ingenio—pero no lo consiguió, porque en toda la categoría goldoniana el único caballero de ingenio que se conoce es Goldoni.

¿Y el pueblo? se dirá. Ciertamente el pueblo bajo de algunas partes tiene pretensiones, de ingenioso, v. g. el romano y el florentino. Nada os diré de los parisienses, porque sus títulos son incontestables. Pasan por el pueblo más ingenioso del mundo. Si no lo creéis, preguntadlos... á todos los parisienses.

UNA APUESTA.

(Continuacion.)

Doña Teresa, arrebatada de sus celos, no habló mas, y entró en el gabinete alumbrado por los débiles reflejos de la luz de la sala, para ver á su rival que se destacaba en la sombra inmóvil como una estatua.

Enrique, con el cuerpo descansado sobre el brazo que apoyaba en el respaldo de una butaca, la miraba hacer sonriendo y retorciéndose el bigote.

Al cabo de un momento, doña Teresa salió temblorosa de cólera, y arrastrando por el brazo á Margarita; pero cuando la miró el rostro á la moribunda luz de la lámpara, exhaló un grito exclamando:—Mi hijal... y enmudeció de vergüenza, de espanto y desesperacion.

—Lance trágico! exclamó Enrique riendo; esto, si no me engañó mi domine se llama anagnoris y es siempre de buen efecto en el teatro.

Doña Teresa le fulminó una mirada de odio impotente, y tomando á su hija de la mano se dispuso á salir; pero Enrique las detuvo diciendo:—Un momento, señoras.

Y abriendo la puerta del salon en que estaban sus convidados, los llamó diciendo:—Venid, señores, os he abandonado en lo mejor de la cena; pero ved aquí mi disculpa: doña Teresa y Margarita han venido á disputarse mi corazon.

Este cinismo y esta audacia habian anonadado de tal modo á las damas, que no acertaban á abrir la puerta para escaparse, y los convidados de Enrique las vieron y las insultaron con sus ébrias carcajadas.

—Don Enrique, exclamó doña Teresa, se atreve V. á esto por que somos mujeres, y no podemos vengarnos; pero yo le digo á V. que es un infame y un cobarde.

—Vedla, dijo don Enrique siempre riendo, su cólera la hace mudar mas colores que al delfin.

—Y yo aseguro á V., añadió Margarita, que me vengaré horriblemente.

Dicho esto, las dos damas salieron de la sala, y don Enrique vol-



viéndose á sus amigos que se reían con groseros chistes acerca de ellas, les dijo:—Ahora podrán Vds. asegurar á don Juan que le he ganado la apuesta.

IV.

EL ESPOSO.

Doña Teresa y Margarita salieron de casa de D. Enrique, y subieron en un coche que las esperaba á la puerta. Ni una ni otra se atrevían á hablar, sin embargo de que tenían muchas cosas que decirse, porque cierto pudor instintivo las detenía: sentían ambas sus corazones hinchados, sus pechos oprimidos y un torbellino de ideas revolviéndose zumbando en sus cabezas. Margarita se envolvió en su chal, y se arrió en un lado del coche, encogida y crugiendo los dientes con frío terciario; mientras que su madre, sentándose junto á ella, rasgó con furia nerviosa un pañuelo de blanca batista que tenía en la mano, y murmuró con desesperacion:—Yo he de hacer mi gusto, si, si!

Esta frase, apenas comprensible, cifraba un mundo de pensa-

mientos encontrados. En el castigo de su falta, se agitaba como el reo en el tormento, y blasfemaba contra la justa sentencia que la apenaba. Su empeño de permanecer en su impenitencia era el mismo que hace á los ángeles malos incorregibles, á la desesperacion del orgullo impotente. Su blasfemia era la del remordimiento.

Después ocultó el rostro entre las manos y empezó á llorar sollozando.

Así llegaron á casa de Margarita, donde el coche se detuvo, y la jóven culpable de su desgracia se despidió llorando de su madre con un largo abrazo en que sus almas se fundieron en una sola. Doña Teresa habia olvidado sus celos y que su hija era su rival: Margarita la falta de su madre.

Margarita subió á su cuarto sin oír al portero que salió de su casilla para decirle alguna cosa; halló su puerta abierta, y se dirigió á su habitación; pero en el camino encontró á su doncella que la dijo:—El señor ha venido.

—Mi esposo! exclamó Margarita asustada, retrocediendo como si hubiera visto una serpiente; pero después se dirigió á la sala, donde estaba

D. Leon, y se arrojó á sus brazos, estrechándole con delirio. D. Leon la abrazó con cierto embarazo; y observándola atentamente:—Qué pálida estás! fué lo primero que la dijo.

—Puede ser, respondió Margarita con cierta volubilidad nerviosa; la sorpresa de hallarte; no te esperaba tan pronto. ¿A qué debo esta felicidad?

D. Leon seguía mirándola atentamente.

D. Leon tendría á lo mas treinta años, y su fisonomía severa, pero tranquila, indicaba una vida pasada en la templada atmósfera de la familia, sin ser turbada por los huracanes de las pasiones. Sus ojos pardos y secos y brillantes delataban con todo un alma apasionada oculta bajo aquella cubierta de nieve. Era uno de tantos catalépticos sociales cuyo corazón vive, cuyos nervios vibran á la menor emoción, pero que con el ceño de su voluntad de hierro dominan sus emociones y encadenan sus sentimientos. Amaba á Margarita con pasión; á sus pies había ofrecido como á los de un idolo sagrado las flores de su corazón virgen, los incienso de su pureza. Firme y altivo para todos, era el esclavo de su mujer, que hubiese podido hacerle huir á sus plantas como á Hércules su querida. Para todos mas que un hombre, era para ella menos que un niño, quizá porque su alma, de hierro para la fuerza, era de cera para la debilidad, ó porque el contraste y la reacción son efectos constitucionales de la naturaleza humana, y cuanto mas elevada es un alma, tanto mas puede empequeñecerse en momentos dados, si es empequeñecerse el esclavizarse al amor.

Margarita se estremeció al pensar que su esposo pudiera ver en su frente el sello de su desgracia, no por ella, sino por él. Le había visto tan sumiso á sus caprichos, tan abatido por sus equívocos, tan delirante por sus pequeñas caricias, que decía en su interior:—Moriría de mi falta; y temblaba, porque aunque no le amaba con delirio (un amor febril logra rara vez ser dignamente correspondido á causa de su misma v. h. mencia), le profesaba cierta estimación fraternal, que es el fondo del cariño de los esposos. Ella sin embargo no había sondeado bien aquella alma enamorada, é ignoraba la reacción que podría producirle un desengaño. Llegó por desgracia suya la hora que se lo había de enseñar.

Margarita, al ver la frialdad de su esposo y el ceño que oscurecía su frente, dijo procurando ocultar su turbación:—Te han hablado mal de mi algunas cartas de tus amigos, llevados según creo, de un celo indiscreto y engañados por falsas apariencias...

—No hablemos de eso, la interrumpió D. Leon con voz helada.

Después habló de cosas indiferentes; y pocos, observando su tranquila velada, hubiesen adivinado el drama que encerraban sus corazones.

D. Leon se retiró á su cuarto prestando el cansancio del viaje, pero en realidad para entregarse mas libremente á sus pensamientos. Durante algun tiempo paseó de un lado á otro en silencio. Seria imposible describir el caos que se revolvía entonces en su imaginación calenturienta, la tempestad en que flotaba su razón como una nave desmantelada y sin lastre en un mar alborotado. Sus sospechas le hacían mas daño por su misma vaguedad, como los terrores sin nombre ni forma que nos asaltan cuando niños al atravesar las oscuras y silenciosas bóvedas de un subterráneo. No dudaba de la intención de sus amigos; pero podían engañarse. Las señales que había estudiado en el rostro de Margarita podían ser ilusorias, ó dado que fuesen ciertas, podía haberlas formado su propia inocencia alarmada por las sospechas que él la había participado en sus cartas. Buscaba excusas para su esposa, porque su amor la había colocado en una esfera tan elevada, la había rodeado de una aureola tan divina, que no podía repentinamente pasar á creerla una mujer vulgar, y aun en su misma falta quería hallar algo de romanesco, semejante á aquellos á quienes la filosofía aparta de la religión que los amantó en su infancia, que conservan la superstición largo tiempo después de su apostasía. Pero en medio de estas ideas, una fantasía horriblemente lúbrica, un capricho desconsolador surgía como en las oraciones de los padres del yermo, y le atravesaba el corazón con un dolor tan vivo que derribaba sus teorías y aletargaba su pensamiento. Entonces todo lo creía, con tal de que fuese horrible, con tal de que le atormentase, y entonces amaba mas á Margarita, la amaba como á la vida el reo que sube las gradas del cadalso; porque los celos producen cierto acúmulo de vida en el corazón que da vigor á los sentimientos; fenómeno que ha hecho creer á los observadores irreflexivos que aumentaban el amor; pero á esta crisis por la ley de las reacciones á las cuales está sujeta la parte moral como la física del hombre, y que explica muchos fenómenos de su naturaleza, sigue una atonía, una postración proporcionada, como á la excitación de los licores sigue la pesadez y el desfallecimiento. Administrados en pequeñas dosis los celos, aumentan amor, interesando en ello el orgullo; pero en grandes le convierten en pasión, y le matan cuando son ciertos.

A las tres de la mañana D. Leon entró en la alcoba de su esposa, sin saber él mismo con qué objeto.

Todo estaba silencioso. Una velada lámpara pendiente de la bóveda

iluminaba la estrecha cámara vagamente con su tibia y perezosa luz. Sobre un lecho de hierro colado, bajo y adornado con colgaduras y colcha de raso azul, dormía Margarita como un ángel en su nube. La respiración que agitaba su seno medio descubierto y sobre el cual descansaba su mano izquierda sosteniendo la colcha, era agitada. Su brazo derecho rodeaba su cabeza.

D. Leon la contempló durante algunos momentos como Oтелo á Desdemona, é impulsado por un espontáneo deseo acercó sus labios secos y ardientes á la calmada frente de su esposa, pura y despejada como el cielo en un día de primavera, mojándola con una lágrima que era todo un poema.

Margarita sin despertarse hizo un movimiento y pronunció una palabra que cayó como una avalancha en el ardiente corazón de su esposo haciéndolo palidecer. Como Parisina, se delataba en su sueño. Sus labios habían murmurado:—*Enrique!*

D. Leon, con los ojos espantados, tembloroso y conteniendo su respiración, mientras que su pecho latía con violencia, escuchó durante algunos minutos, temiendo haberse engañado, y la volvió á oír:—*Enrique, soy tuya... haz lo que quieras de mí...* Después su voz se perdió en un murmullo ininteligible.

—¿Era verdad! murmuró D. Leon con voz cavernosa.

Detúvose llevando á su pecho las manos, como si sintiera quebrarse el corazón; fijó en Margarita una mirada de mártir, y murmuró con voz de gemido:

—¡Ah! tú ignoras el mal que has causado.

En seguida se dirigió á su cuarto, cubrióse con su sombrero, se embobó en su capa, y salió de casa.

Cuando Margarita se levantó aun no había vuelto; pero la joven ignoró su salida hasta que le vio entrar. Venía pálido como un cadáver, y sus ojos brillaban con fulgor calenturiento y sombrío. Acaba de verificar sus sospechas sondeando á los criados de D. Enrique, que mediante algun dinero le confesaron que Margarita había estado la noche anterior en su casa, y que entre ella y doña Teresa había mediado una escena de celos inhumana y cínica. D. Leon, que adquirió estas noticias sin darse á conocer, ocultó el efecto que le producían como un astuto diplomático, y hasta indicó que le impulsaba á hacer aquellas indagaciones el tener parte en la apuesta de D. Enrique, volviendo luego silenciosamente á su casa. Al verle entrar Margarita se levantó y se dirigió á él con los brazos abiertos; pero él la apartó con la mano, volviendo la cabeza como César al ver á Bruto levantar contra él su puñal.

Margarita se detuvo turbada, murmurando:—¿Qué tienes?

Leon la tomó de la mano, y con un silencio temeroso la condujo asombrada por un pasillo, abrió una puerta que daba á la escalera, y deteniéndose allí la dijo:—Margarita, deploro haber sido víctima de un engaño que deshonor á los ojos de la sociedad, por mas que no esté en nosotros el evitarle y que la honradez y la virtud no sean contra él un escudo seguro. Coloqué mi amor en tí como un vaso de pureza, porque todos creían entonces que tu alma aventajaba á tu rostro en hermosura. Hoy un desengaño me ha demostrado que la piedra que compré como diamante era un vil cristal; que la que soné doncella pura era una despreciable cortesana, á quien solo la ocasión había faltado para entregarse al vicio, ó, lo que es aun mas infame, que era virtuosa por especulación y aguardaba para entregarse á los desórdenes á que el matrimonio la salvase de la responsabilidad. Mi casa es una casa honrada y no un lupanar; yo no puedo permitir que habiten ramera en ella. Vete, y olvida que me has conocido. Una mujer tan bella como tú entregándose al vicio no carece de medios de subsistencia hasta que su juventud se termina: por consiguiente no te hago falta; sin embargo, mi mayordomo te entregará el dinero que le pidas cuando lo necesites. Todo ha concluido entre los dos. Dichas estas palabras, cerró la puerta sin esperar contestación ni disculpa.

Margarita, que le había oído hablar sin comprender bien el sentido de sus palabras, que caían sin embargo como gotas de plomo ardiendo en su corazón, al percibir el ruido de la puerta que se cerraba, como la puerta de la vida, sintió un velo de sangre pasar por sus ojos: llevó sus manos al pecho como quien ha recibido una puñalada, al mismo tiempo que se contraía su rostro y sus ojos se abrían desmesuradamente como si fueran á saltar de sus órbitas: exhaló un grito de agonía, un alarido horrible, última vibración de un corazón que se quiebra, y cayó sin sentido sobre el piso de la escalera.

V.

EL DUELO.

La helada calma mostrada por D. Leon en la anterior escena, era en su mayor parte fingida: era el resultado de su conocimiento del corazón humano, al cual con ningún arma se hiere mas profunda y venenosamente que con el desprecio. Por esta razón no quería limitar

su venganza á Margarita, y salió de su casa para desafiarse á su ofensor; pero no pudo encontrarle en todo el día.

Al siguiente volvió á buscarle; pero Enrique había también salido muy temprano para batirse con D. Juan, según convinieron en el día de la apuesta. D. Leon tuvo que resignarse.

Antes de hablar del desafío, bueno será presentar al lector á D. Juan de Aguilar, que ha de representar un papel importante en nuestra historia; pero para hacer comprensible su carácter será necesaria una ligera digresión, que pueden saltar los que en una novela no buscan sino el interés dramático, el esqueleto de la acción, aunque estos no me leerán porque no escribo para ellos. Una novela es semejante á un viaje de recreo en que no se trata de llegar pronto al fin, sino de deleitarse con la belleza de los paisajes, saliéndose muchas veces del camino recto para contemplarlos mejor; y desde luego si alguna utilidad tienen estos libros, se encuentra en las digresiones. Volvamos á nuestro asunto.

La revolución española del siglo XIX, atacando aun mas á las costumbres que á la política, ha sembrado la ambición en todos los corazones; ha hecho hervir este mar antes sosegado, y le ha revuelto impulsando á la superficie el cieno y las arenas de su fondo. Desde que se ha dicho: los poderes del Estado pertenecen á todos los ciudadanos, cada uno ha querido adelantar un paso, subir un escalón de la escala social: el hijo del labrador intenta ser notario, como el hijo del notario abogado, como el hijo del abogado ministro. Hasta la opinión pública condena al que no alimenta estas ambiciones, y le declara necio en su tribunal supremo. De aquí ha nacido que en vez de ser como antes las clases del Estado distintas, cada una tenga una penumbra que la une con la anterior y que oculta la línea de su unión. De aquí nace también que la clase media, vientre de la sociedad moderna, sea una clase monstruosa y heterogénea, que empieza en el escribiente y termina en el capitalista millonario, siendo su parte pobre la mas abyecta, miserable y desmoralizada de todas las clases.

Esta clase es el foco de todas las revoluciones: mas; con ella no hay gobierno posible, pues los que la componen, desvanecidos por un falso pundonor, se desdennan de ocuparse en oficios populares; cuando menos, quieren ser artistas, y la miseria les priva del reposo desahogado de las clases superiores. Contemplad las ambiciones advenedizas de nuestro siglo; todas tienen su cuna en esta clase. De ella han salido los santos y los profetas de las nuevas sectas políticas. De ella saldrían nuevos cismáticos en todas las formas de gobierno; y mientras no se organicen nueva y desinteresadamente los estudios; mientras el principio de igualdad no destruya de todas las almas las preocupaciones de las razas, esta clase será el obstáculo necesario de la civilización, el grano venenoso que corromperá la sociedad. En esto consiste el secreto de la tranquilidad pública de Inglaterra en que esta clase es allí desconocida.

Sobre ellos pesa la sociedad como el Etna sobre el vencido Encelado, y su vida es una continuada lucha en que lleva la peor parte. Produce hombres que guiados por la ambición y alentados por deseos ardientes que les seducen bajo la forma de esperanzas doradas, se resuelve á trepar, á gatear, arañándose las manos y rasgándose los desnudos pies en la quebrada y caliza pendiente de la vida, rodando á cada instante, hasta que les dan el reposo, la fortuna ó la muerte. Aun cuando estos alcancen la fortuna la logran cuando son impotentes para gozarla; cuando tienen en el corazón heridas incurables y en el alma remordimientos eternos; cuando la juventud ha huido con sus inútiles flores y se ha llevado los alegres deseos y las ilusiones doradas. Entonces solo quedan al alma dos pasiones: la ambición, contrabalanceada por el desprecio que inspira la humanidad al que la ha disecado fibra por fibra para explotar sus cánceres y sacar partido de sus imperfecciones, y la avaricia, que es una monomanía. Estos audaces ambiciosos se subdividen en dos clases: los primeros, guiados por un sentimiento de rectitud, trabajan noblemente, atesoran ideas, labran su existencia como una tierra ingrata, y rara vez cogen otra cosecha que estériles abrojos. Los segundos tienen como *D. Bartolo*, la honradez necesaria para no ser ahogados: el código penal es su conciencia; la ley una red bastante ancha para que quien la estudia noche y día pueda escaparse salvo por entre sus nudos. El fraude les proporciona riquezas; pero es el fraude legal; y no les mueve á piedad ninguna desgracia, no les causa remordimientos ninguna acción que no pueda traducirse por una sentencia de los tribunales. Son de la misma pasta que los que nacidos en el pueblo, se levantan contra la sociedad como Luzbel contra Dios, y luchan con ella hasta perecer bajo sus golpes ó obtener un indulto, una transacción con la ley. Hácense un código de moral á su manera, una probidad, una caballerosidad, una nobleza aparte de la social, y dejan en la historia de las naciones un nombre como el de Anselmo Colet ó José María. ¿Cada uno de estos nombres no debía de ser un remordimiento para las naciones que los produjeron? ¿No representan otras tantas inteligencias privilegiadas, que colocadas en la parte superior de la sociedad la hubiesen servido de fuerzas motrices; pero que des-

preciadas y arrojadas á sus pies, la estorban en su carrera, la hacen crujir y la vuelcan quizá? Colocad á D. Domingo Badia en un ministerio, tendreis un César Borja; colocad á Talleyrand en una aldea, tendreis un Anselmo Colet.

Otras inteligencias gigantescas nacen en la base de la sociedad y mueren en el olvido como plantas sin riego ni sol. Comprendiendo la vida desde muy temprano, ó desesperanzados como los naufragos que no ven sino la inmensidad del mar en torno suyo, arrojan los remos, se cruzan de brazos, y se dejan llevar de la corriente. El fondo de su conversación es la ironía, como el fondo de su alma la desesperación envidiosa. No creen en los sentimientos de los hombres ni en las cosas. Parásitos eternos, ayudan á los ricos tontos á devorar su patrimonio; son los amigos de las fortunas ajenas, y no conocen á nadie en la desgracia. Mueren en el hospital, ó se casan con la querida de algun magnate que necesita un padre para sus hijos. La miseria es la madre de todas las vilezas.

En cuanto á las mujeres, demasiado orgullosas para unir su suerte á la de un artesano con quien puedan compartir su trabajo ó cuyos vicios mantengan como las esposas de los salvajes, pues esta es la suerte de los hijos del pueblo, careciendo de un dote que las haga aceptables á los hombres de su esfera que especulan con su corazón, colocadas en la sombra y demasiado abajo para ser vistas de las clases inferiores, rara vez salen del celibato. Sus partidos son: ó militares que no han usado su corazón, ó empleados de inferior categoría, ó cajeros, ese producto inverosímil que el comercio extrae de la sociedad. Por esto la prostitución bajo sus formas decentes es tan común entre ellas y hay tantas que vacilan entre poderse á hermanas de la Caridad y tomar un amante rico. Entre ellas es también muy frecuente, entre los veinte y los treinta años, cuando ya han juzgado la vida y el amor sin perder del todo las ilusiones, espiar el momento en que un joven empieza á sentir deseos confusamente voluptuosos, tenderle redes, y tomarle por amante. El cálculo hace entonces en sus amores lo que en los de otras mujeres el vicio; les reviste de una pureza convencional, mas asquerosa que la debilidad á quien la pasión sirve de disculpa. Para exacerbar y sostener el amor y los nacientes deseos de sus amantes, estas mujeres les conceden grado por grado todos los favores, excepto uno, y ellas mismas no sospechan la infamia del papel que representan, en el cual hasta hay algo de sacrilegio, porque no hay en la tierra nada mas sagrado que las primeras creencias de la juventud. Sin embargo, los planes que forman ellas sobre estas pasiones vírgenes, casi siempre se desmoronan como castillos de arena, porque sus amantes se desengañan pronto ó tarde, y solo las queda la vergüenza de haberse envilecido sin provecho.

Pero en esta clase monstruosa, en este caos, en este mare magnum de las inmundicias sociales, brotan alguna vez almas poéticas como flores entre cenizas y ruinas. Sostenidas por el orgullo de Rousseau, se encierran en sí mismas y se abisman en el mundo de sus sueños como los orientales en las delicias del opio. Su imaginación es su opio. Conceden poco tiempo y poca inteligencia á la vida real, en la cual entran por fuerza como el soldado en la guardia. Un espartano comparado con ellos sería sibarita, y sin embargo les abraza el pecho una sed infernal é inextinguible de placeres sensuales; pero ellos han trasladado todos sus sentidos á la cabeza. Aman con el amor que los poetas sueñan á una virgen ideal, hija de su fantasía, que solo vive para ellos y que los embriaga y anonada con placeres inesplicables. Poseen reinos no señalados en el mapa en que tienen retro y tiara, el imperio de los cuerpos y de las almas, de lo temporal y lo eterno. Sus orgías oscurecen las de Baltasar y las saturnales romanas, sus palacios á los descritos por Ariosto. Todo lo esperan del porvenir, que es su tierra de promisión; pero no ponen ningun medio para alcanzarle, no saben tampoco como le alcanzarán. Rodeados de tinieblas, ven á lo lejos abrirse radiante entre una nube oscura su celestial Eden, como veía Colon surgir de las aguas entre espesas brumas su América coronada de flores. Rujan los mares y los vientos, estalle la furiosa tormenta, ¿qué les importa? Ellos se duermen sonriendo tranquilos y dichosos con su esperanza. Por fortuna el corazón es un abismo insondable, y estos poetas ocultan sus creencias como las doncellas pudorosas el secreto de sus sueños de amor; que si no, el mundo los desdeñaría por locos.

Cuando estos jóvenes, por un acaso frecuente, hallan en el mundo el ideal de sus sueños ó dan á una mujer viva el nombre de su ángel de amor, su pasión es violenta, pero tímida. No se atreven á pedir lo que otros exigirían como un derecho; y sin embargo, toda la ternura que puede encerrar el corazón de una mujer, todos los delirios de la voluptuosidad, no bastarían á satisfacerlos. Su afecto reúne la firmeza de la amistad, la pureza del amor, y la fiebre de la pasión. Es una desgracia para quien le profesa y para quien es su objeto si pretende pagarle, porque todos sus esfuerzos serían vanos.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

Santa Justa y Santa Rufina.

CHASCARRILLO.

Había un hombre que tenía una mujer muy buena, pero por lo mismo le daba una vida de perros: cada tunda que le daba ponía á la infeliz al suplicio. Dos hermanas costureras que eran sus vecinas estaban tan compadecidas de la infeliz, que determinaron vengarla. Mire Vd., la dijeron á la pobre mujer, la primera vez que ese desalmado se emplee en Vd., encomiéndese Vd. á las santas Justa y Rufina, y verá Vd. cómo acuden en su ayuda. Convenida la mujer, la primera vez que su marido se puso á pegarla, empezó con mucha devoción á implorar á las santas, cuando cate Vd. que se abre la puerta y aparecen las dos santas. El matrimonio se quedó extático. Acercáronse con paso digno al marido, al que dieron tan tremenda paliza, que entre susto y golpes cayó al suelo, donde quedó como una rana. Cuando las santas Justa y Rufina (que no eran otras que las dos costureras vestidas como las patronas de Sevilla) se hubieran ido después de haber cumplido su misión, empezó el marido á llamar á su mujer: esta, que estaba muerta de miedo, le preguntó qué era lo que quería. —¿Darte gracias, mujer. —Gracias... ¿por qué? preguntó ella. A lo que él contestó: —Porque llamastes en tu auxilio á santa Justa y Rufina; pues si te se antoja llamar á las once mil Vírgenes, ¿qué hubiese sido de mí?!!

¡DICHOSA TÚ!

(A. B.)

¡Dichosa tú que elevas
Miradas de placer al cielo santo,
Y en tu pupila llevas
El misterioso encanto
Que puede solo disipar el llanto!

Tu plácida sonrisa,
Fresca y feliz como en jardín de flores
La matutina brisa,
No dice los dolores
De una vida sin júbilo ni amores.

Tu cariñoso acento,
Eco de la inocencia y la ternura,
No revela el tormento
De un alma sin ventura
Que en silencio sus lágrimas apura.

¿Cómo podré cantarte,
Vaso rico de amor, casta azucena,
Si solo sé admirarte
Al ver tu faz sin pena
Donde refleja el bien su luz serena?

¿Cómo hablarte mi labio,
Cuando mi pecho que en el mal suspira
No quiere hacerte agravio;
Cuando loco delira,
Y en santa envidia tu pureza admira?

¿Qué podré en mi tristeza
Sino pedir con súplica ferviente
Que esa luz de pureza
Que circunda tu frente
Siempre te inunde con su albor riente?

Vive feliz! El cielo
Siembre de gayas flores tu camino:
Sé del triste consuelo:
Sé bálsamo divino,
¡Palma gentil al pobre peregrino!

ANTONIO ARNAO.

ROMANCE.

Del mar en la fresca orilla
Estaba la hermosa Glauca,
Preparando los anzuelos
Y requiriendo las náas.

Por verla los pececillos
Sobre las ondas saltaban:
Que las mujeres hermosas
Hasta á los peces encantan.

Y mientras, cabe una encina
El pobre Anfriso lloraba,
Dando al viento entre sollozos
Estas sentidas palabras:

«Oye mi voz, Glauca mía,
Tan hermosa como ingrata,
Tan cruda como graciosa,
Tan esquivada como amada;

Oye mi voz, tú que alegras
Con tu presencia esta playa,
Dando con ella la vida,
Al mismo tiempo que matas.

Tú que con una sonrisa
Apaciguas las borrascas;
Tú que sujetas el mar
Desde una ligera barca.

¿Ves cuántos peces sencillos
Encuentras entre las mallas?
Pues por cada pez prendiste
Con tu hermosura cien almas.»

Estas razones Anfriso
Decía con voz turbada,
Y en tanto la pescadora
Se reía de sus lágrimas.

Y bulliciosa jugando
Al fiero mar se acercaba,
Bañando sus pies de jaspe
En el cristal de las aguas.

Y el pobre olvidado Anfriso
Gozábase con mirarla,
Y mas y mas en su pecho
El ciego amor penetraba.

En esto vé que saltando
La hermosa Glauca resbala,
Y que orgulloso en su seno
Oculta el mar tantas gracias.

Lánzase en él atrevido,
El tesoro le arrebató,
Y ella con una sonrisa
Su amor intrépido paga.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA PESCA EN UNA CUBETA.

(CUADRO DE LANCE, EN LA GALERÍA DE VERNON.)

Parecía natural que la sátira hubiera agotado ya sus malignas invectivas contra el pescador de caña, y cansada de herir á un enemigo indefenso, le abandonase por último, avergonzado pero incurable, en la fangosa orilla de los ríos. No: ella no ha suspendido sus ataques sino para dar uno mas cruel á su víctima; ella no habia cesado de seguirla con su mirada maliciosa; pegada á sus pasos, le espía hasta en su morada, lanzándole la última y mas envenenada de sus saetas en el momento en que el desgraciado, encadenado por la gota y los catarros á la chimenea, encorazado en impenetrables abrigos, rodeado de sus mas pérdidas cebos, redes, chistera, de un aparato completo de pesca, y creyéndose al abrigo de las miradas burlonas, se arma intrépida-mente de la caña fatal, brilla una chispa de entusiasmo en sus ya apagadas miradas, y se inclina palpitante de esperanza delante de una innoble cubeta.

El epigrama ha escedido esta vez sus límites naturales. Este viejo gotoso no es solamente un ente ridiculo: este no solamente es un pescador fanático; es un monomaniaco; su pasión ha degenerado en locura; no provoca la risa; escita compasión.

Llámase cazador al que indiferente al frío penetrante del alba, al rocío que diamantiza los campos, á las emanaciones de los bosques, posee el arte de descubrir y seguir una pista, pone todo su conato en burlar las astucias de la liebre, reduce su ambición á ver caer bajo el plomo mortífero una bestia viva. Los que no aprecian, lo mismo en la caza que en la pesca, mas que el momento de la satisfacción material; los que despojan estos placeres del mérito de las encantadoras perspectivas de la naturaleza, de las luchas de la inteligencia contra los instintos; los que se limitan á usar por costumbre una escopeta ó una caña de pescar son dignos de los envenenados ataques de la sátira.

Verdaderamente ningun pasatiempo honesto es ridiculo en sí mismo. Nuestros placeres son lo que nosotros les hacemos. Depende de nosotros elevarlos ó ridiculizarlos, espiritualizarlos hasta el ideal, ó materializarlos hasta el absurdo.

El pescador de caña no es precisamente el hombre embrutecido, viejo y raro, que ejercita de algun tiempo la fecunda y burlona imaginación de los caricaturistas: se le representa bajo diversos aspectos.

Ha sido el motivo de mas de una escena graciosa en las pinturas

antiguas de Herculano y Pompeya, en los paisajes de los mas notables maestros modernos, en las pastorales espiritualmente amaneradas del último siglo, como en las marinas de José Vernet.

EL LIBRO DEL PASEANTE.

LA HISTORIA.

Ciceron se engañó al llamar á la historia el testigo de los tiempos, porque ve pocas veces lo que cuenta, repite lo que ha oído decir. En vez de juzgar, adula á los muertos. Es una larga oración fúnebre pronunciada por cortesanos que arrojan á los ecos una multitud de nombres dignos de olvido, y se olvidan de los dignos de memoria; que enciende sus cirios en torno de catafalcos, y deja en la oscuridad los ataúdes de pino que valen muchas veces mas que los de cedro. La historia no alaba sino á los llamados *grandes*, y les reserva sus mausoleos, lágrimas y epitafios, y guarda silencio acerca de los *pequeños*, es decir, del pueblo, autor de los dramas que ve representar. No se ocupa de tales gentes. Su piedad no tiene para ellas, como nuestros cementerios, sino una fosa comun, y por todo funeral un poco de cal que las consume.

LA TUMBA DE LA PRIMAVERA.

La primavera ha llegado, me decian mis amigos, y yo no les queria creer. Dejad vuestros libros, añadian, dejad vuestros enojosos estudios y salid á encontrarla. Salí á verla, y no la hallé. Pregunté por ella á los árboles, que parecían hablar entre sí de su verdor retardado y del sol; á los pájaros que no cantaban; á las abejas que batian sus alas en torno de los cerrados capullos; á las azuladas mariposas, que jugaban lánguidamente en los verdes sembrados; á los arroyos que murmuraban con las florecillas enfermas de su margen. Los árboles, los pájaros, las abejas, los arroyos, las flores no la habian visto. Buscándola siempre llegué adonde todos llegamos, á una tumba, la de una mujer, amada

4 DE FEBRERO DE 1855.

un día, llorada largo tiempo. Yo ya sabía, murmuré alejándome, que la primavera no había venido ni vendría nunca, porque está ahí.

EL PÁJARO MÁGICO.

¿Veis esa miniatura de pájaro que se parece á un pomo de arco iris, animado por la armonía, ese ramillete de pedrerías que revolotea sobre el musgo? Es tan hermoso, que quisiérais tenerle; su mágica voz posee tanta gracia, que quisiérais oírle eternamente. ¡Tratais de cogerle! El diamante cantor vuela, y va á derramar mas lejos sus rayos melodiosos. Le tendéis un lazo: cae en él; pero no halláis lo que esperabais: deja entre vuestras manos sus brillantes colores. El ópalo prisionero se oscurece, su voz espira, su vida se estingue... Este pájaro caprichoso que muere cuando se le toca es el placer, y acaso la felicidad.

LAS HORAS.

¡Nos quejamos de la brevedad de la vida! Alargadla por la esperanza, y fortificad la esperanza por el trabajo. Inventad trabajos de los cuales podáis acordaros en un mundo mejor. No escribais solo para la tierra, sino para volver á veros en el cielo. No entregéis vuestras horas á pensamientos frívolos, que sean remordimientos para vuestras sombras; cargaos de perfumes, y no de venenos. Tratad á las horas como si fuesen otras tantas abejas invisibles que vienen de lo alto noche y día, mensajeras de todas las estaciones, á tomar su miel en vuestras almas, para subir después á destilarla en sus celestes panales. ¡Escoged bien sus flores! No las deis á picar ni la acre belladona ni la insípida valeriana, para que como la de ciertas abejas de Persia no sea amarga su miel futura.

EL CORAZON DEL HOMBRE.

Llegados á la mitad del camino de la vida, ved á lo que se han reducido vuestras amistades de infancia, vuestros amores, las afecciones mas tiernas de vuestra alma. Buscad vuestros primeros compañeros: han desaparecido: no los encontrareis sino en vuestra memoria, y aun allí no los encontrará todos. Hay nombres casi borrados, de los cuales no podeis unir las letras; rasgos que creisteis grabados en bronce, y que solo forman figuras confusas, cuyas líneas rotas no dicen nada. Nuestra calma, nuestro corazon si quereis, no es sino una tumba en que encierra el tiempo cuanto nos da á conservar, y donde los muertos se confunden y se suceden los epitafios. Hay allí una lámpara que nos permite ver algunos nombres; pero el humo vela la mitad. Cuando el humo se disipa, es que la lámpara se estingue y nos llega la vez de borrarlos de la memoria en que se han perdido nuestras reliquias.

LA MARGARITA.

La mitología nos asegura que la esposa de Almeto fué transformada en margarita, tomando la planta el nombre de aquella reina. No se dice si los dioses escogieron esta flor para encerrar el alma de Alcestes, porque margarita significa perla: es probable. Esta fábula es encantadora; pero es una fábula. Confieso que me agrada mas el nombre original que da Chancer á esta perla de nuestros prados y que le ha quedado en la lengua inglesa: *the daisy*, el ojo del día. Parece en efecto cuando se ve por la mañana abrirse esta pupila de oro, sombreada por pestañas de plata, que es el sol mismo, una abreviación de Dios que nos mira y nos dice: Caminad tranquilo, velo por vos, y os sigo con mis miradas. Cuando veo estas flores en una tumba, me parece que son los muertos divinizados, cuyas miradas se abren camino á través de las tumbas para quitarnos el miedo á la muerte.

UNA HORA EN UNA RUINA.

Recuerdo de la aldea de Montfaucon.

(FRANCO CONDADO.)

Subiendo la corriente del Doubs, á una legua de Besançon, vieja ciudad perdida al pié de las montañas del Jura, se encuentra una eminencia verdosa que se destaca de una enorme roca gris y de difícil acceso para mirar en las azuladas ondas del río bautizado por César, su fresca cintura de viñas y su diadema de almenas, porque la corona una ruina gigantesca é imponente, la del castillo de Montfaucon.

El cuerpo destinado á la habitación, habitado en otro tiempo por el señor, es el único destruido; los terratenientes de aquel poderoso señor feudal han dividido entre sí las dependencias del edificio principal, y sus descendientes ocupan todavía hoy aquella morada. Un sendero conduce después de mil vueltas y revueltas que surcan una pradera, á una aldea distante una media legua del castillo cuyo nombre lleva.

Un día que vagaba yo entre las ruinas, encontré en un soto espeso una mujer anciana que vigilaba dos cabras blancas. El aire sombrío de aquella mujer, sus ojos grises profundamente hundidos bajo párpados que parecían arrugados por las lágrimas, su exterior salvaje, todo en ella hirió mi imaginación.

Encuadrados en la ojiva de una ventana, sus negros vestidos se destacaban del cielo, y parecían una mancha lúgubre sobre aquel fondo tan azul y tan alegre. Impulsada por una curiosidad que justificaba en parte el aspecto salvaje de aquella mujer, le dirigí la palabra.

—Teneis ahí hermosas cabras, le dije acercándome á ella.

Fijó la anciana sobre mí una mirada investigadora; y tranquilizada con aquel exámen, dijo intentando sonreír:

—¡Oh! las pobres bestias se mueren de pena; estan tristes desde que ya no existe su amo.

—¿Habeis perdido á vuestro marido? le pregunté tímidamente.

—Sí, mi marido hace mucho tiempo; pero el amo de que hablo es mi hijo, mi pobre Pedro.

Apareció una lágrima en las argentadas cejas de la paisana. Atráida hacia ella por no sé qué oculta simpatía, le dije presintiendo una lúgubre historia:

—Aguardad, señora; habladme de vuestro hijo: este momento de espansion os consolará: estoy segura de ello.

—Con mucho gusto, señorita, me respondió; sois jóven, me comprendereis, y me escuchareis con bondad. ¡Hace tanto tiempo que no he encontrado á nadie á quien contar mis pesares!

Sentéme cerca de la anciana, sobre una piedra cubierta de musgo, y en seguida comenzó de esta manera:

—Tenia un hijo, señorita, un hijo, bello como el día. Me acuerdo ¡ay! de sus negros ojos, de sus largos cabellos rizados que caían sobre su cuello, y de la sonrisa que entreabría sus labios. Además tenia tanto talento, que niño y todo era un gusto oírle razonar. ¡Pobre niño! esto es lo que le ha perdido. Cuando comulgó por primera vez me lo pidió el señor cura para hacer que estudiase. La aldea estaba á mi parecer bastante lejos; pero se trataba de su felicidad, y no vacilé. Hasta que llegó á los diez y seis años permaneció Pedro con el cura; pero en esta época partió para Besançon, donde entró en el seminario. Allí estuvo cuatro años, que me parecieron siglos, porque le veia raras veces, y con mucha frecuencia hice á pié el viaje á la ciudad, sin que por premio de mis fatigas me fuese permitido abrazarle. Un día volvió Pedro. Venia pálido, fatigado, encorvada la espalda: me causó miedo. Madre, me dijo, no mas estudios, no mas libros: el aire de las montañas y tú es lo que necesito para mi felicidad. En efecto, al cabo de algunos dias habia recobrado sus bellos colores, pero no la alegre sonrisa que tanto amaba yo. Un domingo, al volver de misa, adonde la nieve me habia impedido acompañarle, me dijo Pedro que habia tomado un empleo de contador en casa de M. Duprez, un señor que posee aquí muchos bienes. Allí, me dijo mi hijo, estaré cerca de tí sin que te sea pesado; antes por el contrario podré ayudarte. Debo decir, señorita, que desde su regreso habia querido Pedro volver á entregarse á los trabajos de los campos; pero no era á propósito para ello: al poco tiempo dejaban caer sus manos los instrumentos de la labor, y pasaba horas enteras mirando las nubes ó escuchando el canto de los pájaros. Mi hijo estaba contento en su nueva situación; al menos así lo creia yo, porque ya no me hablaba entonces de volver á mi lado, y por el contrario formaba proyectos para el porvenir, que solo podian llevarse á cabo permaneciendo en casa de M. Duprez. Quería que vendiendo lo poco que aquí poseo fuese á vivir á la aldea. Apenas habian transcurrido dos años, cuando mi hijo, mas pálido, mas abatido aun que cuando dejó á Besançon, volvió á mi cabaña. No me dió explicaciones para legitimar su vuelta súbita; solo me dijo que no podia permanecer mas tiempo en casa de su principal; pero un día que le encontré llorando á lágrima viva, tanto le rogué, que me confió la causa de sus pesares. M. Duprez, el principal de Pedro, tenia una hija que se llamaba la señorita Emilia: era linda y tan buena que todos la amaban. La dicha de mi hijo consistia en servirla, en prever sus caprichos. Por la mañana ponía en su parterre las flores que ella preferia: recorria las montañas para llevarle ramilletes y muchas veces ella le estrechaba la mano afectuosamente.

Un día, olvidando mi hijo su baja condicion, quiso decir á Emilia cuánto la amaba. Aquella tarde, me dijo, me creí por un momento en el cielo. Emilia estaba cerca de mí; sus cabellos rozaban ligeramente mi frente. También yo te amo, me dijo: te amo mucho. Me embriagaba con su mirada; su cabeza se apoyaba sobre mi hombro. De repente sonó el toque de oraciones, y arrancándose de mis brazos huyó ligera como un pájaro. Al día siguiente estaba Pedro en el jardín: Emilia fué hacia él. Pedro, le dijo, es preciso separarnos: después de la confesion que ayer os hice no podemos vivir uno cerca del otro. Sí, continuó, te amo, Pedro, y no puedo ser tuya: mi familia, mi fortuna, todo me prohibe acariciar ese hermoso sueño, y Dios mismo

condena este amor; porque ayer, cuando estrechada entre tus brazos, olvidaba la tierra y el cielo, sonó el *Ave María*, y aquellos sonidos, habitualmente tan dulces, resonaron en mi corazón como la campana de los muertos.

Mi hijo no vaciló: se despidió, y partió aquella misma noche. Desde su regreso ya no le vi sonreír: distraído, solitario, complacía en conducir nuestras cabras al sitio en que ahora nos encontramos. Una tarde no volvió Pedro a su hora acostumbrada; temiendo que le hubiese sucedido alguna desgracia, le llamé con todas mis fuerzas, pero inútilmente. Corrí temerosa a estas ruinas: las cabras estaban dispersas y no encontraba a mi hijo.

—Divísele por fin bajo una bóveda, con los ojos estraviados, las manos crispadas asidas a sus cabellos. Cuando me acerqué me miró con un aire feroz: temblaba; sus dientes se chocaban violentamente: no me reconoció. Mi pobre hijo estaba loco.

Intenté hablarle de todo lo que me pareció mas á propósito para traerle á la memoria dulces recuerdos, y pronuncié el nombre de Emilia. Ven, le dije, te espera. ¡Oh! ya sé quienes es Emilia de que me hablais, replicó con una sonrisa que aterrorizaba el verla; es un demonio que ha tomado una figura de mujer que turba y agita mi sueño, que enciende y abrasa mi sangre. Yo, yo conocía otra Emilia: aquella era un ángel. ¡Te amo! me dijo... Pero aquella ha muerto, continuó: no puede ser otra cosa... el ángel que yo conocía ha desaparecido; porque si estuviese aun sobre la tierra, vendría alguna vez hacia mí.

Salió Pedro al fin del sombrío sitio adonde se había retirado, y tomándole por la mano: Partid, me dijo. Y su voz, tan dulce al hablar de Emilia, se convirtió en ronca y áspera.

—Partid, repitió, porque esta es la hora en que los demonios hieren la tierra con el pie para hacer salir de ella extrañas figuras que causan miedo.

—Pues bien, ven tú también, Pedro. ven, le dije.

—¡Oh! no; replicó en voz baja; no; es preciso que me quede; porque vendrá ella, y si no estuviese yo aquí, lloraría creyéndose olvidada; porque es muy triste ser olvidado por aquellos á quienes uno ama.

Después de un instante de silencio dijo: pero ahora que me acuerdo, no vendrá sola; aquel á quien ama ahora estará cerca de ella!... Pues bien: le aguardaré, y cuando pase le arrojaré al abismo. ¡Oh! cómo refrescarán mi corazón las lágrimas de Emilia... y Satanás reirá con aquella risa que hace estallar las añosas encinas de la selva, y el demonio de la venganza quedará al fin satisfecho.

Estas palabras me hicieron comprender la causa de la locura de mi pobre hijo. Emilia había venido sin duda á la pradera que está debajo del castillo; se apoyaba en el brazo de un bello joven, y llegada que fué á cierta distancia de la cabaña, se había vuelto bruscamente sin mirar siquiera hacia aquel lado. Indudablemente Pedro la había visto, y el infeliz estaba loco de celos.

Aparenté dejar á mi hijo, cuya exasperación aumentaba cada vez, y me oculté detrás de un viejo lienzo de pared, donde pasó la noche. Durante mucho tiempo cantó Pedro canciones muy tristes; pero al fin, agobiado de fatiga, se durmió.

—Cuando despertó estaba yo á su lado.

—Tengo hambre, me dijo. Corrí á buscarle algunas provisiones; pero solo quise comer pan y beber agua.

Pasó un mes: yo no le dejaba mas que de vez en cuando para ir á la aldea á buscar pan y para sacar agua del pozo de allá abajo. Pedro nunca salía de estas ruinas: se ocultaba bajo la bóveda negra que se abre á vuestros pies, y solo cuando un rayo de sol atravesaba las ramas de los árboles, asomaba su frente pálida, y sonreía á la luz que hacía brillar sus hermosos cabellos negros.

Un día, al regresar yo de la aldea, no encontré á mi hijo en el sitio en que ordinariamente estaba. Inclinado sobre el precipicio, miraba desde la cima de aquella torre una barca que atravesaba el Doubs. Temiendo ocasionar su caída si le hablaba, retuve un grito de espanto y permanecí detrás de él. Mis cansados ojos no pudieron distinguir á los que estaban en aquella barca; pero las palabras entrecortadas de Pedro me lo hicieron adivinar. Sí, decía, es ella, es el demonio de los ojos azules, de los blondos cabellos; sí, es su talle fino, su vestido blanco y vaporoso como la nube que pasa. Siempre aquel otro, murmuró nublado su frente; si no supiese que ha muerto, estaría celoso; pero es solo su sombra. Sí, la veo allá arriba!... en el cielo!... me aguarda... Emilia!... allá voy!... Y al decir estas palabras lanzóse Pedro al abismo, y su cuerpo rodó de roca en roca hasta los pies de la señorita Duprez que llegaba en aquel momento á la orilla.

Yo me había lanzado al través de las malezas, y vi á Emilia desmayada en brazos del bello joven que había venido con ella del castillo. M. Duprez, arrodillado junto al cuerpo de mi hijo, le miraba con dolor...

—Vos le matásteis, le dije á Emilia. ¡Maldita seas!

La cólera me dió fuerzas, y me llevé el cuerpo de mi hijo.

A los dos días, cuando el féretro de Pedro entraba en el cemente-

rio, salía una boda de la iglesia: era la de la señorita Duprez, que sonreía á su joven esposo, y ni siquiera vió los restos de aquel que había muerto por haberla amado demasiado.

Al acabar esta triste relación me tomó la anciana por la mano, y llevándome hacia una torre redonda que se destacaba de los muros:

—Mirad, me dijo: ved ahí de donde rodó: esos espinos retuvieron su sombrero de paja, esas rosas guardan las huellas de su sangre.

Al hablarme de su hijo olvidaba su dolor la pobre madre; pero cuando ya no estuvo excitada por la fiebre que la había sostenido hasta entonces, cayó en un profundo abatimiento; después, arrodillándose junto á la torre, rezó un *De profundis*, al cual respondí yo con fervor.

Salió de las ruinas con la anciana, y cuando entramos en las casuchas que rodean el castillo, los muchachos que jugaban en aquellos sitios echaron á correr dando gritos y lanzando á mi compañera groseras injurias.

—Ved, señorita, me dijo con amargura, todos me odian: razón tenía para ser desconfiada.

Separéme de mi vieja amiga y me reuní á mis padres, que ya estaban inquietos con mi ausencia.

—¿Quién es aquella mujer que permanece allá abajo cerca de las ruinas? pregunté á una paisana.

—Es Mariana Humbert, una bruja, me dijo en voz baja; busca en las ruinas los tesoros de los antiguos señores, y lo que hay de cierto en ello es que pasa en ellas toda su vida, y que frecuentemente hasta la noche pasa en ellas.

—Pero ¿por qué le llaman los muchachos mochuero y lechura?

—¡Ah! ved, señorita, ella detesta los muchachos, para vengarse de ellos porque le dicen injurias; se la llama mochuero, porque solo canta de noche y canciones tan tristes que se diría que anuncia la muerte!

—¡Pobre mujer! ¡pobre loca! dije volviéndome hacia otro lado, mas bien para ocultar una lágrima que se deslizaba sobre mi mejilla, que para mirar otra vez aun las ruinas doradas en aquel momento por la tibia luz del sol poniente.

Conozco á Emilia, que es ahora una de las mujeres mas elegantes de Besançon: todos alaban sus ricos tocados, sus cachemires y sus diamantes.

El invierno último en un baile mientras valsaba bella y descuidada é insustancial, pronuncié á su oído el nombre de Pedro Humbert: la sonrisa que vagaba por sus labios de coral no se borró; su frente coronada de magníficas camelias permaneció pura y en calma: todo lo había olvidado... á Pedro Humbert y á la maldición de María Ana.

A. F.

EL ERROR DE UN ANGEL.

Primera parte.

EL PECADO.

Resonó el Eden con cantos de alegría.—Plegando Rafael sus alas brillantes, cuya huella forma en el espacio etéreo lo que los mortales llaman arco iris, está en pie delante del trono de Dios, cuya frente circundada de un vapor de oro solo está visible para los querubines, arcángeles y serafines.—El semblante augusto del soberano Señor respira calma: escucha la relación que le hace su mensajero privilegiado de su regreso de la tierra á donde había descendido para unir á Tobias con su bella esposa, y dar la vista al anciano padre de su protegido.—Sonrió Jehovah y un dulce murmullo de cánticos celestes llenó el paraíso: los árboles de frutas de oro y de rubies agitan sus follajes de sempiterna verdura; las fuentes forman un concierto armonioso al deslizarse en sus lechos de ágata; las flores divinas exhalan sus mas suaves perfumes.—Rafael se prosterna tres veces tocando con la frente las gradas del trono de Dios; después se retira hacia atrás dejando á sus hermanos, los ángeles que continuasen sus adoraciones.

En el fondo de un valle silencioso del Eden, al pie de una montaña cubierta de laureles, rosas y cedros corre una fuente á la que hacen sombra gigantescas palmeras.—Retírase allí Rafael y sentado sobre una roca circundada de floridas violetas piensa ocultando en sus manos su frente luminosa ahora sombría.

¿Por qué el favorito de Dios ha abandonado el palacio de su señor? —¿Qué va pedir á aquella soledad?—¿Qué busca allí?—Un recuerdo de la tierra.

—Si, la celeste criatura siente cerca de los bulliciosos arroyuelos del paraíso, una fuente cerca de la cual una tarde al conducir á Tobias vió una joven que daba de beber á un rebaño de ovejas.

Lejos de asemejarse á las hermanas de los ángeles que habitan con ellos los jardines del cielo, y cuyos blancos aspectos, y débiles cuerpos, cubiertos de una larga cabellera dorada, parecen nubes tocadas por los rayos del sol poniente, Rebeca que tal era el nombre de la joven judía, llevaba sobre su frente el signo de su terrestre naturaleza.

Sus negros cabellos sujetos por listoncillos de lana blanca, caían sobre su cuello bruido, y su fina túnica dejando en descubierto sus redondeados hombros, diseñaba los contornos de su talle ligero y flexible como las sañas del arroyo de Hebron.

Inclinada hacia la pila donde bebía su rebaño no se había apercebido de la llegada de dos extranjeros y cogía agua en la mano para nundar con ella su bello semblante y su garganta desnuda.

Levantada su túnica por abajo dejaba ver su diminuto pié y su pierna fina.

Avergonzada de haber sido sorprendida de aquella manera, se había apresurado á cubrir su pecho con los pliegues de su vestido, pero era demasiado tarde. El ojo del ángel, recorriendo todos los encantos hechos para inspirar voluptuosidad, se había detenido sobre aquellas redondeadas formas: había visto palpar aquel seno turgente. Rebeca, al levantar la cabeza, había dirigido sobre él la mirada de sus ojos de gacela: sus labios purpúreos se habían abierto para dejar pasar palabras de bienvenida, y su voz armoniosa como el sonido de una lira acariciada por el viento, había completado la seducción. Sentado Rafael á la orilla de la fuente del cielo pensaba en la hija de la tierra.

Vuélvese el ángel de repente: Dios, bajo la figura de un anciano, está cerca de él.—Leyó en el corazón de su muy amado y sus divinos pies sin rozar la tierra le condujeron á la orilla del arroyo, cuyas aguas aumentaban las lágrimas de Rafael.

—Insensato, le dijo, que desprecias los bienes eternos y prefieres felicidades perecederas, mi bondad para ti no tiene límites y desde este instante eres libre: ve á la tierra objeto de tus ansias, y si consigues cautivar el corazón de la que hace que corran tus lágrimas te permito permanecer á su lado todo el tiempo que seas feliz.

—A tu regreso encontrarás tu puesto al lado de mi trono y en mi seno, Parte, pero acuérdate que no tienes rebaños ni brillantes tiendas, que eres absolutamente pobre.

Tal es mi voluntad.

Dijo y desapareció.

Tanta condescendencia conmovió á Rafael, que vaciló en usar de su libertad... pero pasa por delante de sus ojos la imagen de Rebeca, y abre sus alas. Apenas había pasado de las zonas del cielo y visto huir detrás de sí los mundos que se mueven bajo la mirada de Dios con misteriosa armonía, cuando se sintió envuelto en densas tinieblas. La noche había llegado, y á duras penas pueden distinguirse en la oscuridad las tiendas y cabañas de los pastores diseminadas en los valles abundantes.

Ciérnese Rafael durante mucho tiempo á poca distancia del sol antes de decidirse á detenerse. Todavía es tiempo de renunciar á sus locos amores. Sus alas pueden volver á conducirlo rápidamente al Eden de donde ha desertado, y desde allí vigilar á su bella Israelita sin esperar nunca la felicidad terrena de ser su esposo. Pero á la puerta de una tienda mas adornada que las otras ve aparecer una figura blanca. Es ella.

El Arcángel toca en la tierra.

Segunda parte.

ESPIACION.

Dora apenas el sol la cima de las montañas que circundan el valle donde ha descendido Rafael, cuando despertados los pastores con el alba, echan delante de sí los rebaños y los conducen al pasto.—Cien tiendas encierran los sirvientes deudos y esclavos de Gabor, padre de Rebeca, el cual vino al instante á ofrecer por sí mismo un sacrificio al Dios que dá la fecundidad á las abejas, y el sol á las mieses.

Mientras que humea el altar y todos arrodillados invocan al Ser Supremo; adelántase un extranjero. Es joven y vigoroso: brillan sus ojos, y sobre su frente resplandece un orgullo que se aviene mal con la sencillez de su vestido. Correas de cuero sujetan á sus pies su grueso calzado, sus piernas están desnudas, y su túnica corta sujeta al talle con un cordón de pelo de camello, dibuja sus elegantes formas. Parece que tendrá apenas veinte años. Es Rafael.

—¿Quién eres extranjero? le preguntó Gabor cerca de Rebeca, confusa se ruborizó reconociendo al joven que la había visto una tarde en la fuente.

—Señor, respondió el Arcángel: vengo de lejos á pedirte á tu hija Rebeca por esposa. La he visto una tarde mientras me paseaba con

Tobías; íbamos á buscar á Sarah la bella y rica viuda que Dios destinaba á mi joven amigo: la amo desde entonces, pero no tengo que ofrecerte en cambio del tesoro que vengo á pedirte, mas que mi trabajo: habla, pues, dispon de mí.

—¿Qué debo hacer? preguntó Gabor á su muy amada hija.

—Que sea durante diez años vuestro sirviente, y al cabo de este tiempo seré suya, respondió Rebeca.

Aceptó Rafael y bajo el nombre de Ben se colocó entre los numerosos esclavos de Gabor.

—¿Qué le importan diez años de sufrimientos y trabajos? ¿No ha de vivir cerca de aquella por quién daría hasta la inmortalidad? ¿No ha de verla de vez en cuando pasar por delante de él? Tal vez ella le dirigirá una sonrisa.

Trascurren los años para Ben en medio de trabajos. El primero para ir al trabajo, el último á dejar los campos; celoso infatigable, se hizo indispensable á Gabor. Amanle todos y Rebeca orgullosa con haber sabido inspirar tanta adhesión, lo muestra con orgullo á sus compañeras y parece enorgullecerse con su esclavo.

Algunos días mas, y el pobre pastor poseerá la hija de Gabor: podrá unir su esencia divina á los encantos terrestres, pero tan perfectos de su prometida. Pronto le sonreirán los hijos... ¡Ah! cuán lejos está el Eden de encerrar tanta felicidad.

Pero aquí que un día llegan á casa de Gabor pesados carros cargados de toda clase de presentes. Un anciano y un joven padre é hijo los acompañan. El padre se llama Aser, el hijo Joas; y vienen á pedir para este la mano de Rebeca.

—No puedo, dijo Gabor: porque está empeñada mi palabra. Pero Joas, deslumbrado por la belleza de Rebeca, enumera sus rebaños, cuenta los preciosos tapices que adornan sus tiendas, describe la copa de oro de que se sirve en los festines, el lecho de púrpura y de pieles de tigre sobre que se acuesta. Le obedece una población innumerable, sus órdenes son leyes y tiene lejos de su palacio habitaciones rústicas como las de Gabor. Rebeca está fascinada.

—Dejadme obrar, dijo.

En seguida salió de la tienda.

Había llegado la noche. Acostado cerca del rebaño que guardaba, puesta la cabeza sobre una piedra, reposaba Ben. Aproximóse á él la joven israelita ligera como un pájaro: el joven no despertó. Soñaba y de su boca entreabierta escapábase aun el nombre de Rebeca. Oyólo está; estremeciéndose, pero los collares y brazaletes de piedras preciosas que había aceptado de Joas, brillaban á la claridad de la luna y ni un átomo de compasión quedó en su alma; despertó á Ben llamándole y apoyando sobre la espalda del joven su graciosa mano. Entreabrió los ojos Ben y creyó que continuaba su sueño, viendo á su lado á su prometida.

—Amigo, dijo Rebeca, esta tarde ha llegado á la cabaña de mi padre un extranjero que pide mi mano. Es rico, poderoso, me hará señora de una inmensa comarca y... le amo.

Ben no responde; pero tomando á la israelita perjuró por la mano, atraviesa con ella el campo donde dormían los pastores, y después, llegado que fué á la habitación de Gabor, entra y dice mostrando á Rebeca:

—Esta mujer ya no es mi prometida: me marchó: adios, señor.

En vano quiso retenerle Gabor, en vano le ofreció por premio de sus servicios á su joven hija la hermosa doncella Dina, cuyo corazón era puro como el agua de la cristalina fuente en el mismo manantial. Salió Ben de la tienda del patriarca para nunca volver á entrar en ella. Joas se casó con Rebeca.

«¡Oh hijas de la tierra, sois todo sonrisa y todo crueldad! Vuestros labios son como la rosa de Sion, que florece en los jardines de delicias, y las palabras que de ellos se escapan son como la mirra, cuyo olor agrada y cuyo sabor es amargo. Vuestros ojos tienen miradas dulces como la miel y mortales como el hierro. Vuestros movimientos ondulantes como los de la gacela, hacen soñar amor, y vuestros cuerpos tan graciosos encierran almas perversas. Hijas de la tierra adios.» Tales fueron las palabras que pronunció Ben sentado á la orilla de la fuente donde por vez primera había visto á Rebeca. Surcan las lágrimas su curtido semblante; y retuerce dolorosamente sus miembros fatigados por el trabajo.

Pero hé aquí que su vestido de pastor se cae, su blanca túnica le envuelve: sus alas le elevan dulcemente hacia el cielo. Ya no es Ben sino Rafael.

Resuenan las arpas de oro al pié del trono del Eterno, déjanse oír los conciertos mas suaves, el cielo está de fiesta para recibir al culpable Rafael que regresa de su voluntario destierro.

Allí está otra vez en pie cerca de su divino Señor y pronto á ejecutar sus órdenes. Si alguna vez aun se estravió en el valle en que Dios le ha sorprendido pensando en Rebeca, es para llorar allí su error y para decirse una y cien veces que los únicos amores sin tristeza se encuentran en el seno de Dios.

A. F.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

D. Juan era uno de estos poetas desconocidos, muy superior á su hermano, el hijo mimado de las musas. Pobre de fortuna, sin carrera, sin el conocimiento del mundo que vale por todas las carreras, manteníase de dar lecciones de música y de escribir revistas de ópera y zarzuela. Su renta era por consiguiente muy pequeña; pero le bastaba porque no tenía vicios ni obligaciones.

En su parte física era de mediana estatura, delgado y pálido, cabellos rubios y ojos azules dulces al par que expresivos.

El sitio elegido para el desafío fué una pequeña hondonada fuera de la puerta de Alcalá.

D. Juan y sus padrinos llegaron los primeros; pero Enrique llegó con los suyos antes de las seis, que era la hora marcada. D. Juan estaba triste y silencioso: Enrique al contrario parecía contentísimo.

El desafío debía de ser á florete, y concluidas las ceremonias de costumbre, empezó el combate.

Bien pronto se echó de ver que D. Juan no conocía el manejo de las armas, y D. Enrique floretista consumado, quiso lucir con él su habilidad, con la mala intención peculiar á los hombres de destreza.

—¿A cuantos estamos? preguntó á uno de sus padrinos fingiendo no parar la atención en los golpes que le tiraba desesperadamente su contrario.

—A cinco, respondió el padrino.

—He oído contar, prosiguió Enrique, defendiéndose siempre con aparente descuido, que un reo condenado á muerte obtuvo su perdón, calando en la veleta de una torre el número nueve con las balas de su escopeta. Yo estoy condenado á muerte por mi enemigo, y solo espero obtener mi perdón grabándolo en la frente con cinco pinchazos la fecha de hoy ¿conviene Vd?



Carruajes rusos.

D. Juan no respondió; pero sus ojos centelleaban.

—Vamos, pues, dijo Enrique haciendo un movimiento como si entonces quisiera comenzar el combate, y dando dos ó tres quites clavó levemente la punta de su arma en la frente de D. Juan.

Este, al sentirse herido de un modo tan infamante, lanzó de su pecho un rugido ahogado, rechinó los dientes, y sus ojos inyectados de sangre centelleaban como los del tigre en su cuberna. Los padrinos quisieron ponerse en medio; pero él los apartó frenético, exclamando: —¡El desafío es á muerte! ¡Es preciso que muramos él ó yo.

Enrique hizo á sus padrinos un gesto de irónica piedad como diciendo. —¡Se empeña! ¿Qué le he de hacer? Y volviendo á ponerse en guardia hizo á D. Juan una segunda herida junto á la primera, diciéndole. —El número no saldrá muy perfecto porque no me precio de pendolista pero se podrá leer. Después hizo la tercera y después la cuarta, acompañando cada una de ellas con una palabra maligna; pero D. Juan ni le sintió ni le oyó: tan ciego le tenía la ira desesperada é impotente. No trataba ya de defenderse, solo trataba de herir y Enrique tenía muchas veces que retroceder un paso para no herirle con su florete en el corazón. Un hombre colocado en estas circunstancias es siempre temible, en especial para quien no quiere matarle y Enrique lo aprendió á costa suya, porque cuando iba á darle el quinto pinchazo, se sintió herido en el hombro por una estocada, sin dirección

fija asestada por don Juan, con tal violencia que el florete pasó de un lado á otro quebrándose por la mitad.

D. Enrique lanzó un juramento. Los padrinos acudieron á socorrerle.

—No está muerto! dijo uno de ellos.

—Tanto peor, respondió D. Juan, enjugándose el rostro con el pañuelo. Cuando se cure volveremos á empezar; porque es preciso que uno de los dos perezca.

Y se alejó con sus padrinos, marchando en silencio hasta Madrid. Al atravesar por la carrera de San Gerónimo tuvieron que detenerse para dejar paso á una carretela abierta que corría hacia la Puerta del Sol.

—¿Has visto á las que van dentro? dijo uno de los padrinos que ignoraba la causa del desafío, para el cual se había pretestado una disputa de juego.

—No, respondió su compañero.

—Doña Teresa y su hija.

—Te habrás engañado, porque deben de estar reñidas. He oído hablar de una escena tragi-cómica representada por ambas en casa de un amante.

—Yo también he oído hablar; pero quizá hayan hecho ya las paces, ó quizá sería todo una calumnia.

D. Juan había seguido la carretela con los ojos lanzando de su pecho un suspiro ahogado que no notaron sus amigos; pero no pronunció una palabra.

VI.

CONVENIO SOCIAL.

Doña Teresa y su hija iban á casa de D. Leon.

Al verse despedida de su casa Margarita no encontró otro asilo que acogerse que la de su madre; y yendo á ella la contó su desgracia, explicándole además como el miedo y no el vicio la habían sometido á Enrique, explicación que alivió muy poco los celos ni las penas de Doña Teresa. El amor maternal, sin embargo, sobreponiéndose á su dolor la hizo pensar que no era aquel el tiempo de las lamentaciones ni de las lágrimas, sino de poner remedio al mal y salvar por lo menos las apariencias, y corrió á buscar á D. Leon para obtener el perdón de Margarita. No hallándole en casa se vió obligada á esperar el día siguiente, y entonces se hizo acompañar de su hija á quien alentó con risueñas esperanzas. Entonces fué cuando las vieron D. Juan y sus amigos.

Llegadas á casa de D. Leon, Doña Teresa entró y Margarita quedó esperándola en el coche. Sus pensamientos daban materia para formar un tomo. Empezó por vacilar entre la esperanza y el temor, y concluyó maldiciendo á Enrique y formando planes de venganza. Es inútil que me detenga á explicar sus sentimientos porque todas las mujeres le comprenderán, porque todas ellas guardan en su alma un deseo de venganza, oculto es verdad pero no por eso menos vivo. Condenadas por la sociedad á arrastrar eternamente cadenas de oro, pero pesadas, oprimidas, burladas, desheredadas y escarnecidas por el hombre que es fuerte y que se ha reservado parte del Leon en la sociedad que ha, por decirlo así, monopolizado la vida, todas las mujeres tienen en la memoria una afrenta, en el corazón una herida que mana sangre. Aun las jóvenes que han crecido mas tranquilamente en la calmada atmósfera del hogar paterno, suelen tenerla. El desden del primer hombre que las habló de amores y que las olvidó al día siguiente basta para producirla, pues este hecho tan pequeño para los demás, ha sido para ellas un acontecimiento importante, como para el sivarita era un tormento la hoja de rosa caída en su lecho. La primera palabra de amor las hace nacer á una vida nueva, á la vida para que están destinadas, y el primer desengaño debe de herirlas por consiguiente en el centro de esta nueva vida. Este deseo de venganza, casi siempre impotente y por lo mismo mas tenaz, se modifica segun la naturaleza del corazón en que ha caído. Tal mujer guiada por él reúne todos los hilos de una red para coger á su ofensor con la habilidad y la paciencia de la araña que teje su tela, y cuando le ha aprisionado, cuando tiene la mano levantada sobre él para herirle las fuerzas la faltan, arroja el puñal y perdona. Tal otra saborea su venganza en la oscuridad con el placer de un tigre que calma su sed en sangre caliente aun. De todos modos por poseer un secreto de vida ó muerte de su ofensor, por tener un día, siquiera una hora su suerte, su vida, y su honra en sus manos, apenas habrá una mujer que no diera su parte de paraíso.

Margarita esperaba en el porvenir: su odio consolaba con risueñas promesas á su desesperación. Doña Teresa la había dicho:—El tiempo se encarga de vengarte. La vejez prematura es el horrible castigo de los que abandonan su juventud á los vicios. El vino y el amor apagan su inteligencia, secan el manantial de sus ideas, quebrantan su voluntad, y al abandonarles como sus queridas cuando han agotado sus tesoros, les dejan el insipido hastío, la desconfianza y la suspicacia ridiculas y fatigosas. Si vencen á la tisis son vencidos por la locura, y cuando el cuerpo gastado al placer que se le ha administrado en dobladas dosis para que le produzca los mismos efectos, no le puede gozar, se avisa en una calma pesada á la cual muchos prefieren la muerte, y todos los mas vivos dolores.

Pero esta venganza de la naturaleza no contentaba Margarita que no representaba en ella ningún papel. Quería ser el ángel del exterminio de su ofensor, quería verle perecer á sus golpes y sobre todo quería que llegase pronto la hora de su castigo. ¿De qué medios se valdría para conseguir sus deseos? Lo ignoraba, pero confiaba en la casualidad, la esperanza de los que no tienen ninguna.

Doña Teresa salió de casa de D. Leon al cabo de una hora y entró en el coche diciendo á su hija radiante de alegría.

—No lo hemos conseguido todo, pero á lo menos se salvan las apariencias.

—¿Qué ha sido? la preguntó Margarita.

—Después de una lucha obstinada ha consentido en que vuelvas á su casa para evitar el escándalo; delante de todos, hasta de los criados, te tratará como su mujer; aunque no te dirigirá la palabra ni te responderá aunque tú se la dirijas cuando os encontréis á solas, lo cual ambos procurareis evitar. Ni él te pedirá cuenta de tus accio-

nes ni tú se la pedirás de las suyas. Estareis en fin divorciados, pero solamente vosotros tendreis noticia de este divorcio.

—Pero eso es horriblemente vergonzoso, exclamó Margarita.

—En el punto á que han llegado las cosas es una felicidad, dijo Doña Teresa, apresúrate á gozar esta victoria que luego vendrá el perdón completo.

—¡Ser perdonada sin haber cometido culpa! murmuró Margarita derramando lágrimas.

Cuando entró en casa de D. Leon y sobre todo cuando se halló en presencia de su marido, un velo de sangre anubló su vista, se oprimió su corazón y sus piernas flaquearon. —¡Valor! la dijo al oído Doña Teresa que vió su emoción.

D. Leon estaba hablando con un amigo suyo y dirigiéndose á su esposa con la mas amable sonrisa que pudo contrahacer, la dijo. —Adios querida mía; no esperaba verte tan pronto. ¿Te has divertido mucho en el paseo?

Todas estas frases que escondían un doble sentido, estas injurias acarameladas, digásmolo así, se clavaban en el corazón de Margarita que solo pudo responder con voz moribunda. —Vengo un poco cansada... voy á acostarme.

—¿Estás enferma? Dijo D. Leon fingiendo amoroso interés, pronto, que llamen un médico...

—No es necesario, dijo Margarita retirándose.

También se retiró el amigo de D. Leon maravillado del afecto que este profesaba á su esposa.

Cuando D. Leon que le había acompañado hasta la puerta volvía á su cuarto, encontró en una sala de paso á Margarita que se le acercó llorando, con las manos juntas y diciendo con un acento que partía del fondo del alma. —¡Leon, te lo juro, no soy culpable!

Pero D. Leon pasó de largo contentándose con encogerse de hombros desdeñosamente.

Margarita entró desesperada en su cuarto y se arrojó de través sobre su lecho, llorando y sollozando.

Al cabo de una hora su doncella entró para darle una carta.

—De quién es, preguntó Margarita.

—De D. Juan de Aguilar, respondió la doncella.

La carta decía de este modo. (1)

Señora: escribo á Vd. sin saber como empezar, por que todas mis ideas se revuelven confundidas en mi cabeza débil y enferma. Presiento que mi carta es ridicula, por que no tiene objeto, por que mi deber era callar lo que voy á decir, pero mi corazón está demasiado lleno de dolor y rebosa. No tengo el valor salvaje de morir en el tormento sin quejarme, sin derramar siquiera una lágrima. En todo caso lo mejor que Vd. puede hacer es arrojar al fuego mi carta sin leerla. Esto quizá será lo mejor para los dos.

Yo amo á Vd. señora, la amo con delirio desde el momento en que la vi. Desde entonces empezó para mí una nueva vida ó por mejor decir entonces nació mi alma, pues no conservo ningún recuerdo anterior. Los tormentos y las alegrías de esta vida serán inescribibles para los que no los han sentido; para los que ignoran cuanta felicidad derrama en el corazón la vista sola del objeto amado, una mirada indiferente, el roce casual de sus vestidos. Yo vivía en Vd. como un padre en su hija. La alegría de Vd. era mi alegría; su tormento mi tormento. Hubiese dado mi vida, mi felicidad eterna por evitar á Vd. el mas ligero disgusto, y sin embargo he sido la causa de sus desgracias. Yo fui quien apostó con D. Enrique á que Vd. resistía á sus seducciones. Ignorando los medios de que pensaba valerse, quise hacer brillar acrisolada la virtud de Vd. que era mi orgullo. Ahora lo sé todo: Vd. es desgraciada y no culpable. Perdóne Vd. al que ha sido causa de su desgracia y que nunca se perdonará á sí mismo.

Me he batido con D. Enrique por vengar á Vd., por vengar mi amor y mis celos, por encontrar la muerte que es la postrera esperanza de los desgraciados, y le he herido gravemente, aunque no ha muerto. Si la ciencia le salva mi odio revivirá con él y le undirá en la tumba. Al menos nos vengaremos.

Señora, perdóneme Vd. No sé lo que he escrito. Mis frases van sin duda desordenadas como mis ideas, y quizá algunas hieran á Vd. en el corazón; porque la fiebre me devora y no puedo reflexionar el efecto de mis palabras. Perdóneme Vd. lo que la he ofendido, perdóneme Vd. si la ofendo aun. De cualquier manera que yo me dirija á Vd. mis palabras no son otra cosa que una ferviente oración. Todas ellas quieren decir: yo te amo, te amo, te amo con delirio, y el amor verdadero puede no ser aceptado; pero no ofende jamás.

Yo no pido á Vd. nada ni una palabra, de consuelo ni compasión para mis dolores: solo deseo que si necesita Vd. un brazo para herir, un esclavo á quien mandar, un hombre á quien sacrificar, se valga

(1) Súplico á la crítica que pase por alto esta carta, pues no es obra de mi imaginación. Si no la hubiese visto jamás hubiera creído que pudiera escribirse; pero la verdad es mas fuerte que todas las hipótesis, y el deber del historiador es contar los hechos aunque no los comprenda.

Vd. de mí. Yo la obedeceré ciego como un fanático la voz divina, sin preguntar si lo que hago es bueno ó malo, si marchó á la gloria ó á la vergüenza. Agradeceré hasta el mal que me venga de mano de Vd. y besaré su mano si se digna herirme.
¡Margarita por que he conocido á Vd.!

JUAN AGUILAR.

—¡Ahi! exclamó Margarita con alegría satánica al terminar esta carta, este hombre me vengará!

SEGUNDA PARTE.

DEDICADA

A DON RAMON DE NAVARRETE,

EN MEMORIA DEL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1848.

I.

EL PADRE CLEMENTE.

Después de su duelo con D. Juan de Aguilar, Enrique, á quien el estado de su herida no permitía ser trasladado á su casa, fué recogido en una humilde casita, en las afueras de la puerta de Alcalá.

Esta casa servía de retiro á un anciano esclaustrado llamado el padre Clemente, edificante tipo de la virtud cristiana, severo para sí, misericordioso para las debilidades ajenas, que consideraba el mundo como una antesala, del cielo y él trataba de aprovechar el tiempo que en él permanecía para presentarse dignamente ante su Dios.

Su aspecto imponía tal veneración que los militares que se tenían por espíritus fuertes, se veían obligados á exclamar:—A ese sacerdote se le puede besar la mano; y en el día de furor en que el pueblo entró á saco en los conventos regando las sagradas losas con la sangre de los religiosos, en el del padre Clemente no se atrevió á pasar de la puerta al verle en el dintel, y se retiró como la ola que al arrojar sobre la playa rechaza invisible el dedo de Dios hasta el centro de los mares.

La figura del padre Clemente anunciaba ya su alma pura y fuerte en la virtud. Era la misma del cardenal Cisneros, suavizada por un no sé qué de mansedumbre y humildad revelado en la mirada, que no por eso dejaba de ser magnética y persuasiva. Era la dulce é imponente mirada que Rafael ha adivinado para el Salvador. Su voz lenta y grave acariciaba á los afligidos y elevaba el alma á las regiones de lo infinito en alas de la caridad. Sus palabras mismas repetidas por el eco de otra boca no hubieran producido el efecto que en la suya, y sin embargo no estudiaba la espresion, pero partían del fondo de su alma y llevaban su fervor al alma que las recibía. Era el lenguaje del corazón al corazón que podría existir sin necesidad de los labios.

Su modesto traje negro y sus cabellos semejantes á delgados hilos de plata terminaban el conjunto de aquel hombre extraordinario, que parecían querer ocultarse sin conseguirlo, porque la virtud le rodeaba de una aureola celeste, y la virtud es siempre respetada aun por los que no la siguen, que para atreverse á ofenderla la niegan y fingen no conocerla.

Enrique había hallado en su humilde retiro un puerto seguro después de la tormenta. La mano de la caridad que vendaba las heridas de su pecho, derramaba también saludables bálsamos sobre su corazón gangrenado, y le reanimaba poco á poco como un celeste rocío. Esta curación moral era mas difícil que la física; pero ayudaba en ella al padre Clemente otra persona no menos pura y tan hermosa como debieron serlo aquellas mujeres por cuyo amor los ángeles despreciaron su paraíso. Despreciaron un cielo por otro cielo; porque ¿no es también un paraíso el amor?

Angélica, así se llamaba esta jóven, tendría diez y seis años, y era hija de unos honrados labradores de una aldea próxima á Córdoba. Durante el año del hambre su padre murió en el pueblo, y su madre la llevó á Córdoba implorando la caridad; pero al cabo de algunos días murió también desfallecida en la plaza pública, y el padre Clemente encontró á Angélica, que tendría entonces dos años, llorando sobre el cadáver de su madre. Conmovido por este horrible espectáculo la recogió y la llevó á casa de una pobre, pero honrada viuda que la educó en las prácticas de la mas severa virtud. Cuando esta señora tuvo también que abandonarla para presentarse ante Dios, el padre Clemente, esclaustrado ya, la llevó consigo y la cuidó como á una hija querida. Era la flor amada del jardinero, el árbol que daba sombra á su vejez. En todos los hombres se desarrolla cuando la vida declina, como la tarde de un hermoso día, un sentimiento de amor á la juventud á la cual parece que quisieran legar una parte de su vida con su recuerdo.

Cuando no podemos vivir en nosotros, quisiéramos vivir en nuestros sucesores, quizá sin darnos cuenta de este deseo: ta es el horror que la muerte inspira á la naturaleza.

Enrique había admirado la belleza de aquella flor silvestre, y se embriagaba con sus aromas. Con el delicado tacto del libertino, había comprendido la pureza de aquella alma sin mancha, por la cual habían pasado los pesares como las nubes por el cielo sin dejar una huella en su límpido azul; aquel corazón, que como el de Eva en su primera mañana, ignoraba aun la existencia del mal; y él, el audaz libertino que hubiera osado seducir á una reina en su trono, se sentía confuso y pequeño ante aquella fácil seducción. Las formas griegas de Angélica, su tez trasparente como el nácar, rosada como por el reflejo de una lámpara velada, sus ojos del color del cielo con destellos puros como los del záfiro, las largas trenzas de su dorada cabellera, su torneado cuello, su delgado talle, la gracia de todo su cuerpo, estaban rodeadas de una aureola tal de santidad, que le impresionaban religiosamente como las gracias de una imagen de la Virgen en su altar. Su voz de melodía, eco del arpa de los serafines, llegaba suavemente hasta el fondo de su corazón, conmoviendo todas sus fibras poéticas, como el eco de una lejana melodía escuchada en una noche serena en medio de la soledad de un lago tranquilo. No la amaba, la adoraba: y el que tantas veces se había burlado de los amores puros, aprendía de ella que el amor no es siempre un instinto brutal.

Ella le profesaba también un amor de hermana; le velaba en sus largas noches de insomnio, y procuraba calmar sus dolores que no conocía. Con el instinto innato de la mujer acariciaba aquel corazón enfermo y derramaba en él la esquisita dulzura del suyo. Al verla á la cabecera de aquel lecho, se recordaba la antigua tradicion del niño prodigando sus cuidados al león moribundo.

La curación de Enrique era sin embargo muy lenta, y sus recaídas desesperanzaban al mismo padre Clemente, que nunca había visto un corazón tan á propósito para el bien y tan canceado por el mal. Para volverle á la salud era necesario destruir de él el orgullo que le engañaba; porque Enrique, como tantos otros, fundaba su orgullo en su escepticismo y se apreciaba en proporcion de lo que despreciaba á los demás. Era necesario arrancarle la memoria y cortar de un solo golpe todos los eslabones de la cadena de su juventud.

Una mañana estaba el padre Clemente á la cabecera de Enrique en la hora en que la aurora levantándose de su lecho de sombras, anunciaba al mundo la aproximación del día. Los dos habían velado toda la noche, y conversaban Enrique con desaliento, el padre Clemente con fé y entusiasmo. Las palabras de aquel parecían las de un viejo, mientras que las de este eran propias de un jóven, porque en nuestro tiempo la juventud está mas desilusionada que la vejez, acaso porque atendido el modo con que vivimos, hemos hallado el medio de hacernos mas viejos que nuestros padres.

El padre Clemente levantándose como un águila veía la tempestad bajo de sus pies y el cielo tranquilo sobre su frente, y esperaba el momento en que la tempestad pasara en alas de los huracanes, y la tierra esponjada por ella volviera á su tranquilidad. Lleno de entusiasmo exclamaba:

La fé es el alma; la fé es el poder. Astro que se levanta entre las tinieblas de la noche del mundo, providencial meteoro, que semejante á la nube milagrosa que protegía á los israelitas en el desierto, dirige los destinos de la humanidad y la conduce á través de los siglos á la tierra de promision, al siglo de oro del cual ella cree conservar el recuerdo cuando solo posee presentimientos y esperanzas. Volved la vista atrás como el viajero que se aleja de su patria, y contemplad hasta donde alcancen vuestros ojos el camino de lo pasado. ¿Qué veis? Solamente ruinas. La muerte sigue vuestros pasos como una maldición y destruye vuestras obras; pero otro génio benéfico aun mas poderoso que ella recoge las ruinas, y con los escombros de un templo labra otro templo, siembra en la tierra las semillas de la flor tronchada por el huracán, y la tierra produce otra flor aun mas brillante y de mas balsámicos aromas. Este ángel es la fé.

¡Oh! miradlo qué bello se levanta resplandeciendo entre los coros de los serafines como el sol entre las estrellas! Su frente está coronada de espinas, su blanca túnica manchada de sangre, y en sus manos lleva la palma del martirio; pero sus ojos, cuya luz no resiste la débil pupila de los mortales, brillan con divina alegría, y sus labios sonríen con bondad á sus enemigos.

El justo llora entre cadenas. Las enfermedades han ceñido su cuerpo como un acerado cilicio; la calumnia roe su alma, y viéndose abandonado del cielo y de la tierra, está pronto á exclamar como el moribundo romano:—Oh virtud, tú no eres mas que un nombre. Pero el ángel pasa, y con sola su mirada cesan los dolores del oprimido y sus cadenas caen pulverizadas á sus pies.

Un pueblo gime bajo la planta de un tirano. La espada de la ley en manos del ciego capricho hace correr la sangre inocente en anchurosos arroyos. El temor ha helado todos los corazones. La tiranía

sola se eleva arrogante entre un círculo de huérfanos y doncellas que detienen medrosos en sus ojos las lágrimas de dolor, y esclama como el primero de los ángeles en el día de su rebelión:—¿Quién como yo?

Una voz ha respondido á la suya como al grito del águila salvaje el eco de las rocas del desierto, y la tiranía ha palidecido en su trono. ¿Quién se atreve á arrostrar su furor? La fé, el buen ángel de la humanidad.

Sí: la fé, que es la madre del valor, la madre del entusiasmo, el germen de la vida, la esencia de la virtud, el faro del porvenir. La fé, que á través de los siglos toma diversos nombres y formas llamándose unas veces Moisés, otras Juana de Arco, otras Cristóbal Colon, y que dirige á la ciega humanidad al término señalado por Dios.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

ROMANCE.

En un mirador morisco
estaba la hermosa Zaida,
el pecho en el barandal
y los ojos en la playa.
Y al ver las inquietas olas,
viva imagen de su alma,
dió al viento sentidas quejas
y al mar lágrimas amargas.
Allí vió en un día aciago
una galera cristiana,
que se llevó para siempre
su ventura y su esperanza.
Allí vió al cautivo libre
pronto á tornar á su patria,
al que trajo un corazón
y vuelve con dos á España.
A aquel que en el baño viera
en sus días de desgracia,
días de gozo y de dicha
para el pecho que le ama;
á aquel que al partir la nave
cortando del mar las aguas,
oyó un doliente suspiro
que un corazón le llevaba.

Todo esto piensa la mora
reclinada en la ventana,
qué está viviendo sin vida
á un tiempo libre y esclava.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

DUERME, HIJO MIO.

Duerme, prenda del alma,
duerme tranquilo,
tú que eres en el mundo
recien venido.

Que ya el insomnio
abrirá despiadado
tus lindos ojos.

Por tu tranquilo sueño
velan mis ansias
leyendo en ilusiones
tus esperanzas.

Adormecidas
en ese pensamiento
germen de vida.

¿Cual será de tu suerte
la cierta historia?

¡Si cual yo la deseo,
qué venturosa!...

Nada es mas grande
que el avaro cariño
que tiene un padre.

Colmara tu existencia
de las delicias
que conozco en el mundo
mas positivas.

Honra, talento,
una conciencia limpia
y un hijo bueno.

Diérate yo una esposa
como tu madre,
con un amor tan ciego,
puro y constante.

Y á mas hiciera
que como yo la quiero
tú la quisieras.

Diérate yo modestia
de pensamiento,
y lograrás con poco
satisfacerlo.

Sin tener nada
por qué causar envidia
ni causar lástima.

Que el ambicioso vive
siempre muriendo,
sin gustar en la vida
mas que recelos.

Y al fin se muere
envidiando la herencia
del que le herede.

Diérate un amor pátrio
tan esquivo,
que huyeras al ser hombre
de ser político.

Porque esa plaza
es el cáncer dañoso
que mata á España.

Diérate al fin los goces
del hombre honrado,
mantener tu familia
con tu trabajo.

Tener amigos,
llegar á ver tus nietos,
dormir tranquilo.

Cuando llegue la muerte
morir cristiano;
que digan los vecinos
á todo el barrio.

Juan aquí yace:
era un hombre excelente
que Dios le salve.

Todos nacen llorando,
llorando mueren:
¿será por lo que ganan
ó lo que pierden?

Hijo del alma,
la vida es un paréntesis
entre dos lágrimas.

EDUARDO GASSET.

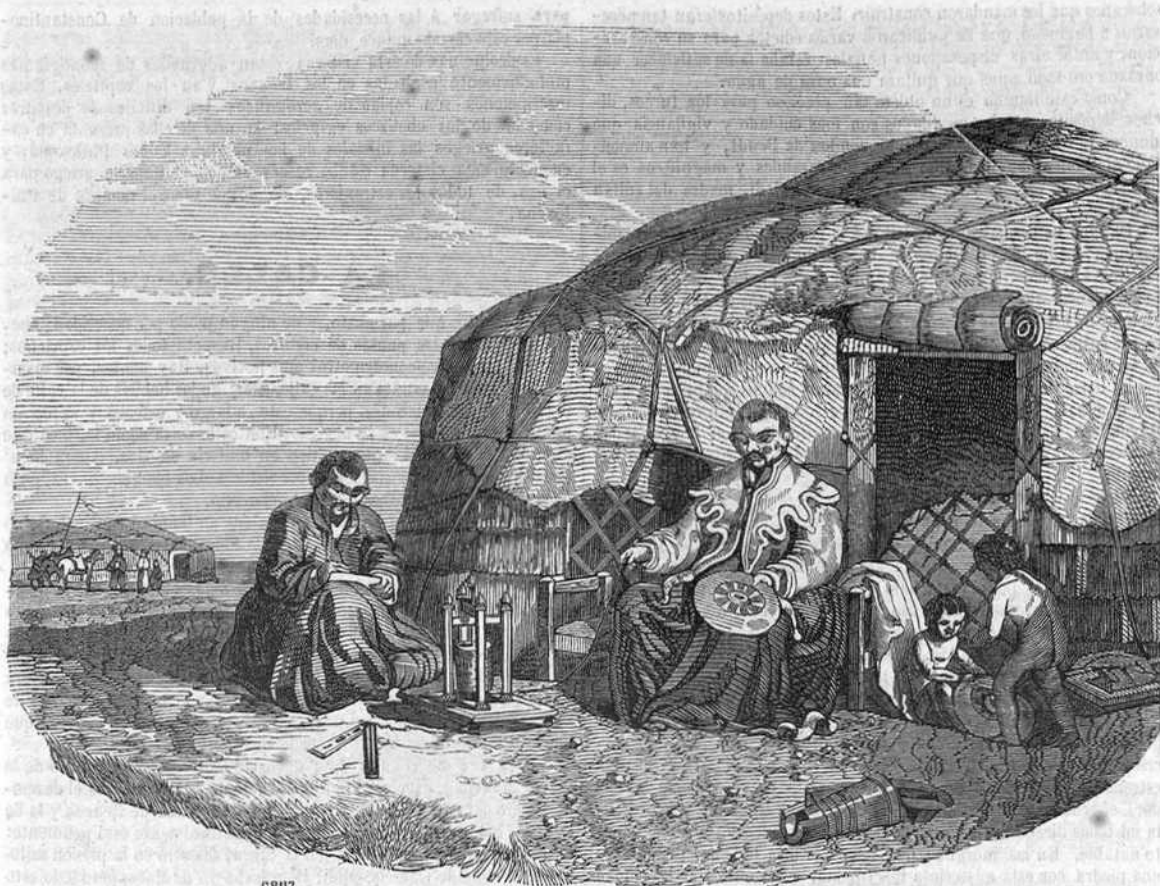
SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Pan de mi alforja como el no me falte todo me sobra.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra



CRUZ

LOS KALMUCOS DELANTE DE SU TIENDA.

(MOLINO DE LAS ORACIONES)

Los kalmucos sometidos á las leyes rusas no tienen mas que una sombra de independencia: su comité de administración, sito en Astrakan, tiene una autoridad sumamente limitada; los *prístofs*, superintendentes rusos adheridos á los campamentos en que se dividen las *oulousses* ú hordas, velan porque la soberanía real de San Petersburgo no sufra menoscabo alguno.

El territorio de la Kalmuca es de muy poca estension, y está situado en la orilla izquierda del Volga. Este río se estiende de N. á E., como el Kouma en el Mediodía y el Egorlik en el O. El número de hectáreas de tierra ocupados por los kalmucos, en el gobierno de Astrakan y en el del Cáucaso, es de 10.297,387.

La principal ocupación de los kalmucos, tribu nómada, es la cría de ganados.

La nación está dividida en tres clases: los *osos blancos* ó nobles, los *osos negros* ó villanos, y entre los dos, los sacerdotes que salen de la una y de la otra clase.

El que ve un kalmuco, ve todos. Cabellos negros reunidos en una sola mata que cae sobre la espalda, ojos oblicuos y pequeños de vista penetrante, cejas negras y ralas, nariz aplastada hacia la frente, pómulos salientes, orejas enormez, labios gruesos, barba clara, pequeños bigotes, color amarillento, estatura pequeña y esbelta; tales son los caracteres distintivos de la raza.

El alimento de los kalmucos es muy poco delicado: carne de caballo cocida, leche, té (mezclan las hojas de esta planta con cerveza, sal, y leche; esta mezcla tiene el color amarillento-rojo sucio); hé aquí toda su comida. Por todo lujo suelen añadir una especie de aguardiente que sacan de la leche de yegua ó de vaca.

Las habitaciones tienen la misma construcción que en tiempo de Herodoto; se reducen á unas tiendas de fieltro de forma circular, que llaman *keibitkeas* con un techo de figura de cono abierto en su parte superior para dar salida al humo. Dos camellos bastan para trasportar una tienda que abriga toda una familia y sus muebles, armas, odres, tapices, utensilios, provisiones, etc.

La fabricación de fieltros grises y blancos es el principal elemento de la industria kalmuca.

Los kalmucos, como la mayor parte de los pueblos pertenecientes á la raza mongola, son lamitas, es decir, que su religión es una secta del budismo. Creen en un ser supremo, que no debe representarse por imágenes ó estatuas. Los ídolos de sus divinidades secundarias están generalmente representados por figuras de mujer.

Sus sacerdotes se dividen en cuatro clases: los *backaces* ó grandes sacerdotes, los *ghelungs* ó sacerdotes ordinarios, los *guetzuls* ó diáconos, y los *maudschis* ó músicos: el jefe supremo de la secta es el *dalai-lama* del Tibet.

Los kalmucos oran en familia cantando una especie de himnos: se sirven también de una especie de rosario, ó sea un tambor cilíndrico cubierto de caracteres mitológicos que encierra los libros sagrados y al que los viajeros han puesto el nombre de *molino de las oraciones*.

LA CISTERNA DE LAS MIL Y UNA COLUMNAS.

Sobre las costas del mar Negro, en medio de las ramificaciones de los bosques del gran Balkan, se halla una región regada por frecuentes lluvias que dan origen á abundantes manantiales, que á cada paso forman pequeños depósitos por las desigualdades del terreno. En todos aquellos puntos en donde han podido reunirse muchos manantiales nacen pequeños ríos, los cuales han sido estancados después por medio de elevaciones artificiales del suelo, y estos trabajos han producido unos lagos de forma irregular, al nivel de las colinas de Constantinopla. Los emperadores griegos cuidaban de estos depósitos, llamados *hidralea*, con particular esmero: sus diques estaban cubiertos de mármol, adornados con esculturas, y contenían inscripciones de los

11 DE FEBRERO DE 1835.

soberanos que los mandaron construir. Estos depósitos eran tan necesarios á la ciudad, que se publicaron varios edictos para su conservación, y entre otras disposiciones penales estaba la de satisfacer una onza de oro todo aquel que quitara una onza de agua.

Como este líquido es un objeto tan precioso para los turcos, dichos depósitos están guardados con mas cuidado y vigilancia que nunca. Los musulmanes les dan el nombre de Beudt, y han aumentado el número de ellos. Uno de los mas grandes y magníficos es el llamado Ben-Valadí, y fué construido por Valadí, madre del sultan actual.

El agua va desde estos depósitos á la capital, distante quince millas, por medio de conductos de barro cilíndricos, unidos los unos á los otros á la manera que se acostumbra en los pueblos de Andalucía. Los barrancos que cortan el terreno están cubiertos de acueductos, y algunas de estas obras tienen grandes dimensiones, y se ven atrevidamente suspendidas sobre profundos valles: en varios puntos y siguiendo la costumbre de los árabes, están blanqueados formando desde lejos un hermoso golpe de vista, contrastando con los sombríos bosques que dominan. Uno de ellos cierra la decoración que ofrece el valle de Buyukderé, y á los ojos de los viajeros que atreviesen el Bósforo, aparece como las fortificaciones de una gran ciudad que se eleva en el horizonte.

Otros hay de construcción mas singular; son unos pilares hidráulicos aislados y colocados en largas hileras, que semejan torreones de vigía. El agua, obedeciendo á las leyes de su gravedad y expansión, sube por un lado, reposa algunos momentos en un depósito cuadrado, y baja por el otro, para repetir en un pilar próximo igual movimiento de ascenso y descenso. Este sistema que los turcos deben á los árabes, no ocasiona tantos gastos como los acueductos ordinarios, y llena el mismo objeto. De este modo el agua atraviesa los valles, las montañas y llega hasta los magníficos aljibes de la ciudad. Pero todavía en ella encuentra un terreno bastante irregular que recorrer, siete montañas que escalar y siete valles que atravesar. Habíanse construido antiguamente otros acueductos, que han sido descritos por los historiadores de Bizancio con todo el énfasis de una estremada admiración: mas solo queda, resto de su antiguo esplendor, el acueducto de Valans que corre de colina en colina y se presenta en todas direcciones, y acerca del cual se refiere un acontecimiento notable. En las murallas de Calcedonia dice haberse encontrado una piedra con esta misteriosa inscripción: «Los muros de la ciudad trasportarán el agua á Constantinopla:» este oráculo, cuyo sentido no pudo comprenderse, fué despreciado; pero al cabo de poco tiempo Calcedonia incurrió en la cólera del emperador, sus murallas fueron destruidas, y los materiales trasportados á Constantinopla, se emplearon en varios monumentos, y entre otros, en la construcción del acueducto de Valans.

Por medio de este acueducto se trasportaban las aguas á diferentes cisternas, las unas visibles, las otras subterráneas. Mas las descubiertas se encontraban sujetas á un singular inconveniente. La ciudad y alrededores de Constantinopla encerraban un prodigioso número de cigüeñas: se dice que estos animales arrebatan las serpientes, se remontan con ellas, y las dejan caer en el agua; y cuéntase que para remediar este mal se construyó por un mágico una columna sobre la que se colocaron tres cigüeñas, con cuyo talisman se consiguió espulsar aquellos animales de la ciudad, evitando el perjuicio que en las aguas causaban.

Estas cisternas fueron convertidas en jardines. En el día solo han quedado dos de ellas cubiertas: la una es la de Fexe-Baton-Serai (palacio subterráneo) que todavía está llena de agua. Una galería abovedada, sostenida por 336 columnas de mármol, conduce á este lago subterráneo. La memoria de semejante monumento estuvo perdida durante muchos años; los turcos no supieron encontrarle cuando la toma de Constantinopla; y solo se descubrió después de trescientos años de aquel acontecimiento. Parte de sus muros se hallan arruinados en el día, y la luz penetra en él de tal modo que puede examinarse en toda su extensión. En una de sus columnas se encuentra amarrado un bote, en donde pueden embarcarse los curiosos: y los turcos cuentan multitud de historias maravillosas sobre la fatal muerte de los imprudentes que han intentado hacer este viaje.

En cuanto á la segunda cisterna, hace mucho tiempo que no sirve de depósito, y se estiende por debajo de una plaza contigua al Atmeidan. Algunos armenios y judíos han establecido en ella una manufactura de sederías. Los turcos han dado á este notable subterráneo el nombre de Ben-Bir-Dereck, es decir, de las mil y una columnas: en la actualidad no tiene mas que doscientas doce, de las cuales solo se conservan los troncos con sus capiteles; los basamentos han desaparecido con la subida que en el terreno han producido los escombros.

La superficie de esta cisterna es de 20,000 piés cuadrados, y podría contener 1.237,000 piés cúbicos de agua, cantidad suficiente

para sufragar á las necesidades de la población de Constantinopla por espacio de quince días.

Las columnas de esta cisterna están adornadas de monogramas profundamente grabadas en los troncos y en los capiteles. Estas inscripciones son copias de geroglíficos tan difíciles de descifrar como las de los obeliscos egipcios; la una de ellas presenta en caracteres griegos las iniciales de las palabras Euges Philoxena; y en efecto esta cisterna estaba reservada bajo el imperio griego para el uso de todos los extranjeros, de donde tomó el nombre de Philoxena.

LA CALLE.

Hay gentes que por gusto, y de ningún modo por necesidad, apetece y buscan las puntas de cigarros. Respeto todos los caprichos; lamento este, pero conozco otros mas nocivos. Hay gentes, por ejemplo, á quienes solo agradan las callejuelas: no les hableis de la calle de Rivoli ni de los Malecones, porque esto es largo y estenso y va de un punto á otro: este no es su negocio. Una calle corta como la línea que atraviesa el H.... hé aquí su tipo en materia de vias. Ahora bien: tened buenos caballos con semejante sistema. Los tendreis tal vez, pero para perderlos en algunos meses de ejercicio.

Un veterinario amigo mio no teme (es un hombre particular), no teme digo, atribuir á la multiplicidad de todas las callejuelas del viejo Paris la multiplicidad de nuestros rocines.

Yo poseia, me decia, un buen troton: gracias á él, atropellé la puerta de muchos establecimientos respetables, una de ellas la del Crédito público. En esta ocasion dejaba el boulevard y seguia la calle de Rougemont que naturalmente va en declive; en tres tiempos fui á dar con la reja de la caja de descuento. Para evitar la desgracia, me hubiera sido necesario abreviar, volver de repente, y arruinar las piernas de mi generoso animal. Preferí pagar el daño á estropear mi caballo, que quedó embargado hasta satisfacer la noxa.

Otra vez me ví en la dura necesidad de cometer un delito de la mayor gravedad, gracias al rápido paso de mi bestia. Dejaba el desembarcadero del camino de O. E.; seguia la callejuela de Rennes y la de Regard, que es su continuación, y que naturalmente está pendiente: mi caballo en doce tiempos, como la carga, se entró en la prison militar de la calle de Cherche-Midi. Regresaba yo de Mans; pero todo esto no era presuncion suficiente para que se creyese que queria dar libertad á los detenidos, y se me declaró inocente. Si se me hubiera consultado á mí no hubiera usado de la misma indulgencia con la casualidad que ha hecho de un desembarcadero el frente de una prison. Cuestion de trote, de paso, de pendiente rápida, dirán: no señor, yo encuentro doloroso este contraste bajo el punto de vista del sentimiento.

—¡El sentimiento! Bah! ¿quereis hacernos reir? En materia de pequeñas ó grandes vias el sentimiento!

—Pero, mi buen amigo, el sentimiento es como si dijésemos la ideología del corazon, y en verdad que no está á la moda la ideología.

—¡Oh no!

—¿Y bien, entonces?

—Entonces, con perdon vuestro, nada conozco que recuerde la independencia y la libertad. Y si me es lícito expresarme así, el espacio en fin, como las avenidas de un camino de hierro; y nada sé que recuerde la nada de la dignidad humana como el muro y la entrada de una prison.

—Sea: pero volvamos á nuestro objeto; bajemos á la calle.

—Pues bien! he leído en un autor antiguo las siguientes reflexiones: «La calle es un lugar público donde nadie tiene derecho á estacionarse: id á vuestros negocios; pero si teneis que hablar, deteneos solamente en la plaza.

La calle es para los que van y vienen, y no para los noticieros.

Si os paseais, no debe aperebirse de ello el transeunte, porque debeis andar con el paso ordinario y habitual de las gentes ocupadas. Para los paseantes están los paseos.

El hombre que pasa el tiempo en la calle está tan fuera de su lugar y estorba tanto en ella, como el que lleva un paquete y trabajos científicos á un jardín.»

Mi viejo autor era un poco atrabiliario sin duda; pero sin embargo, he notado su exactitud; hay tan pocas personas que sepan andar por la calle como que sepan leer en un lugar público. ¿Habéis entrado alguna vez en algun gabinete de lectura? Todos allí deberian tener la obligacion de leer pronto: pues bien; un número de individuos casi igual al número de periódicos interesantes que hay que leer, se instala allí, apodéransese todos de su asiento, colocan sus anteojos sobre la nariz, hunden su barba en la corbata, y la corbata en el cuello de su traje, y comienzan á deletrear los periódicos políticos y literarios. Tienen para tres horas, término medio. Existe una asociacion secreta entre

todos estos individuos, y se traspasan los periódicos, y no dejan al ver 'adere lector mas que las recopilaciones semanales ó los pequeños diarios de avisos.

Fenómeno igualmente desagradable pasa en la calle. Los lavaderos y los aguadores son los principales agentes de él. Hé aquí lo que sucede con mas frecuencia cuando una calle es estrecha: el lavadero detiene su carruaje á la derecha, en el número 10 por ejemplo; el aguador deja su cuba á la izquierda en el número 5.

El lavadero y el aguador no se han entendido para ello. ¡Oh, no! El hombre de la limpieza y el auburnés tienen generalmente una delicadeza y una inocencia que no son á propósito para tramar complots. Sin embargo, no siempre les incomoda el resultado de su maniobra respectiva. Cuando un cochero novicio no se atreve á internarse en el estrecho espacio permitido á su mirada, á su destreza y á la docilidad de su caballo, es una broma; cuando aguarda un equipaje, es una diversion; cuando sobreviene un embarazo ¡oh! entonces... entonces se ve al aguador adelantar lentamente su tonel algunos pasos, creyendo como un rey que hace una concesion peligrosa; se ve al joven y la joven que se recreaban sobre los sacos de ropa sucia adelantar la cabeza y pronunciar riendo sarcásticamente un *hóe* conocido de su caballo; la bestia se mueve entre las varas; pero sin echar á andar hasta que siente el latigazo que sigue á la voz. Los caballos de Boulogne, de Sevre y las cercanías son cazurros y astutos desde el momento que entran en la ciudad enemiga.

Sin generalizar demasiado, decimos que es soberbio contemplar al carretero francés, que puede ocasionar un caos sin contravenir á las ordenanzas. Sobre su rostro rubicundo se lee: «Dios y mi derecho» escrito con litargio.

El estío proporciona tambien otro placer. El conserje y los habitantes de los pisos bajos traen ó bajan sus *poltronas* á la acera, ponen una silla delante de la poltrona, y estendidos desde la una á la otra las estiradas piernas y los piés que pasan de la acera misma. El placer de respirar es nada para ellos comparado con la felicidad que experimentan al ver las mujeres y los niños rodar del borde de la acera á la calle cuando quieren escalar la sobredicha acera, á causa del miedo á los carruajes. Recomendaremos este irritante espectáculo á los que puedan evitarlo por ser de su incumbencia. Se podrá, así lo comprendemos, mostrar cierta indulgencia respecto á los habitantes de los sótanos para que vengan á la superficie del globo á buscar algunas partículas de aire respirable.

Reasumanos. Aun no se ha comprendido lo que es la calle, ni se ha practicado. Hay menos calles que portillos, menos transeúntes que vagos, menos facilidades que obstáculos.

Pero está esto en camino de cambiar, y tal vez cambie.

¡Tal vez!... porque los hombres que pasan por la calle tienen mas bien esta palabra en su cabeza, que cinco sueldos en el bolsillo; porque en este mundo hay mas pobres ambiciosos que verdaderos judíos errantes.

LA BOLSA Y SU RASTRO.

6

tres millas alrededor del banco de Londres.

La *city* de Londres, siempre bulliciosa, siempre henchida de habitantes, sombría siempre, objeto de admiración para el curioso, de curiosidad para el viajero, de estudio para el economista, recreo de los propios, maravilla para todos, centro de actividad, núcleo del comercio y esposicion perpétua de las conquistas del hombre sobre la naturaleza; la famosa *city* de Londres, con sus calles tortuosas, sus innumerables travesías llenas de lujosas tiendas, espaciosos almacenes é inmensas fábricas, y con sus infinitos muelles, puentes, diques y estaciones de caminos de hierro, forma una circunferencia del diámetro de tres millas, en cuyo centro estan situados los dos grandes templos del materialismo moderno, el Banco y la Bolsa, y cerca de los cuales cruza de N. á S. el nebuloso y sombrío Támesis, celoso del Betis por sus ninfas, del Tajo por sus arenas de oro, y aun del mismo Manzanares por sus famosas riberas, y parece ocultar su envidia bajo el espeso velo de mil naves que en sus turbias corrientes sobrenadan.

La *city* de Londres es una poblacion incarnada en medio de una ciudad de dos millones y medio de habitantes, pero diferente de esta por su religion, sus templos, edificios, trajes, dialectos y costumbres.

La *city* es el verdadero Londres, los piés y las manos del Reino Unido, el gran taller de la poblacion, el Banco de la Europa, el mercado del universo, la moderna Babilonia, la Atenas del comercio, el Capitolio de Pluto, la Meca de la religion mercantil, la verdadera Capua del hombre de negocios, Venecia y Génova en su esplendor antiguo y mausoleo diurna de la teocracia mercantil.

Allí hay dos templos, cuyas cúpulas casi se confunden á la vista: *El Banco y la Bolsa*. El primero es de ofrenda; el segundo de expiación. En aquel, la divinidad ciega é infernal se entrega simbolizada por dos idolillos: la libra esterlina y el papel moneda. En este, recibe impasible y frio al sacrificador y á la victima. Allí hay una religion fundada por Cain, profesada por los hijos de los hombres, inmortalizada por un sectario que hizo una horrible venta al contado en la Judea, y seguida por los habitantes de la nueva tierra de Madian. Los cuadros mitológicos de esta religion representan dos grandes iniquidades de la historia del género humano, que vienen reproduciéndose en la sociedad bajo distintas formas. Hay un género que se vende que no es producto de la industria, y cuyo valor son otros treinta dineros. Todo es vender. Las máquinas, esplosiones y hundimientos que diezman al proletariado; el hambre, la desnudez y el trabajo forzado del jornalero, son la quijada de burro que usó Cain, que al cabo de tantos siglos y trasformada por el de las luces, no la conociera la misma burra que la parió.

Los edificios son otras tantas mezquitas, sinagogas ú oratorios que rodean á la gran Meca ó Capitolio, en donde reposa su merced del Señor Pluto, algo endiosado y no poco mohino de oler tanta humareda de incienso como entra por sus narices, y eso que le nacieron tragando azufre. Los fieles son verdaderos iconoclastas para el culto del becerro de oro; solo tienen un altar en forma de carpeta, y un libro de caja que hace las veces de los *Vedas*, el *Koran* y el *Talmud*.

El traje de la plutocracia es uniforme. Nada llama la atención, que debe estar siempre fija en los negocios. El habitante de la ciudad forma un tipo del cual pueden tirarse millones de ejemplares, así como el cuadro que ofrece la ciudad viene á ser como el encabeamiento del «Figaro.» Visto el día primero de un año, se puede formar idea de lo que será en un siglo.

Con algunas excepciones, el habitante diurno de la *city* es un fenómeno en el reino hominal, porque no participa del dualismo de la especie humana. En él no hay mas alma que lo que se llama *el alma del negocio*; ni mas espíritu que el mercantil. Todo lo restante se suprime por inútil ó se metaliza.

Si fuera posible inventar máquinas semejantes al hombre, susceptibles de llevar la contaduría mercantil y negociar en la Lonja, se habría dado un paso gigantesco, evitando el trabajo de materializar el espíritu.

El idioma es una especie de dialecto incomprendible á dos pasos mas allá del rastro de la Bolsa. Está compuesto de monosílabos y palabras sincopadas, sacramentales y técnicas, y la escritura de signos, abreviaciones y jeroglíficos incomprensibles á los profanos. El lenguaje de Londres necesita intérpretes en la ciudad, así como el dialecto de la *city* necesita de un diccionario en Londres.

Las costumbres alrededor del gran Santuario son de todo punto extrañas y maravillosas. El *sans facon* está á la orden del día. El verdadero hombre de negocios es *duro de gorra*, porque el ser cortés cuesta un sombrero al año. «Es preciso cuidar de los chelines, porque las bras ellas mismas se cuidan.» Además, está admitido que supla una morisqueta con los labios y una leve inclinacion de cabeza á esas eternas interpelaciones á que se llama *buena crianza*. Esto es lo único compatible con el trote mercantil ó llámese paso inglés, que va cayendo en desuso, pues hoy el *que no corre, vuela*. Pararse, en significacion mercantil, es *quedar atrás*, y por esto el habitante de la *city* va suprimiendo hasta los llamados honores de la mesa.

Es cosa de ver en los alrededores del Banco hombres encanecidos corriendo como chicos de escuela, con un zoquete de pan en la mano y un perril de gallina ó capon en la otra; á este de pié en una panadería embaulando bizcochillos, y á aquel que saca del bolsillo de los faldones cuatro tajadillas de jamon, abrigado entre dos vitelas de pan, á que llaman *sandwich*.

La lectura de los periódicos monstruos, de las gacetas mercantiles, revistas y precios corrientes de los mercados, es el único pasatiempo del verdadero creyente. En punto á historia, bástale saber que la Fenicia fué un pueblo poderoso por su comercio, que Génova y Venecia florecieron por la misma via, que se formó la *liga anseática* para la pesca del arenque, que Cristóbal Colon descubrió las Américas, que se formó la famosa compañía de las Indias Occidentales, que en la Australia y California se encuentran lágrimas de Moisés que contienen hasta ciento y treinta libras de oro, y que la picara contumacia del autócrata de las Rusias ha cerrado ciertas canalillas y obstruido en parte muchas fuentes de riquezas comerciales.

Resta hablar de cómo toma vida y animacion el rastro de la Bolsa, tan solitario y triste durante la noche, que solo deja oír el perezoso paso del hombre de policía.

Ninguna señal se advierte al amanecer de que va á trasformarse en una Babilonia aquel desierto.

Muy luego comienzan á transitar los carros de los proveedores de comestibles, y en los mas públicos parajes se ven, como en Madrid, Se-

villa y otras muchas ciudades, tiendas económicas portátiles donde el pobre jornalero abriga su estómago con apariencia de café ó aguadiente.

A cosa de las nueve de la mañana, los coches de todas clases vienen á depositar pasajeros en las inmediaciones del Banco. La arteria de la *Cheapside*, en donde solo pueden formarse tres líneas de carruajes, presenta á la vista tres inmensos trenes, que caminan á paso de tortuga, hasta que agravándose la apoplejía, es imposible el movimiento.

Otras líneas de ómnibus desembocan por las calles de *King William*, *Cornhill*, *Princes*, y *Threadneedle*, y á las diez de la mañana han depositado en la *city* cerca de 200,000 peregrinos que visitan diariamente el santuario.

A las doce del día, las calles henchidas de carros conduciendo efectos, ómnibus, cabs, hansoms, tilburys, carter, broughams, clarences, dog-carter, flys, gigs, y toda suerte de vehículos, como también las grandes masas de población que llenan las aceras, dan una idea del *Forum* de la Roma antigua, y de las inmediaciones de los anfiteatros en los días de las grandes fiestas Olímpicas.

El silbido de las locomotoras que atraviesan por encima de los edificios, encajonadas en oscuras vías, no tan nombradas pero si mas útiles que la *Apia* y *Apenina*, mézclase con el pafar de los caballos, y el rechinar de los ejes sobre que voltean millares de ruedas conduciendo los productos de las cinco partes del universo, causando un estrépito tal, que solo pueden entenderse los de garganta de metal y voz de trueno.

El horizonte se cubre por un lado con el velamen y aparejos de los mil buques abrigados en los *diques*; por otro con el humo de las chimeneas de las fábricas; aquí con el de los vapores que zarpan en los innumerables muellecitos del Tamesis, llevando pasajeros de uno á otro lado de la ciudad, y allí con la espesa niebla ó las opacas nubes, eternas habitadoras de la atmósfera de Inglaterra.

El profano es una *figura de tapiz* entre los actores de esta animada escena, ó mas bien dicho, el caballero de la *Triste figura*. Se le conoce á tiro de ballesta, y sirve en las calles de la ciudad para la realización práctica del proverbio *Al prójimo contra una esquina*. Muchas veces va adonde no quisiera ir, á fuerza de codazos y empujones, como en *carrera de baqueta* y *adivina quien le dió*.

Para él no se levanta ni una punta del velo de los misterios: y hollado, zarandeado, quebrantado y molido, aturdido por el estruendo, temeroso y harto de coces, se retira dando al diablo aquella parodia del infierno.

LAS MASCARAS.

Ahora que estamos en Carnaval y que la gente alegre no piensa en mas que en los bailes de máscaras, donde tantos gatos por liebre se encuentran en los salones y en el ambigü, vamos á hacer una breve reseña histórico-legal de esta diversion, tan extendida en nuestro país. No vamos á meternos ahora en honduras, ni por consiguiente en cuestiones de antigüedades, por averiguar cuándo se introdujeron las máscaras en España: quedese eso para los que andan á caza de añejos, por darse importancia de eruditos los unos, y por un fanatismo anticuario los otros. Bástanos para nuestro propósito saber que desde muy antiguo acostumbraron tambien nuestros mas remotos ascendientes á hacer exactamente lo mismo que hoy se hace en este particular. La historia de los *cabezotas*, de los *gigantones* y de los *mamarrachos*, como les llaman las Partidas, se pierde en la noche de los tiempos.

Viniendo pues á nuestro intento, la primera disposicion que sobre este asunto hemos encontrado, es una ley de don Carlos y de doña Juana, hecha en las Cortes celebradas en Valladolid en el año de 1325, que es ley 1.^a título 15, libro 12 de la Novísima Recopilacion. De la peticion de los procuradores, que es la 75, se desprenden naturalmente dos cosas: primera, que desde antiguo estuvo en juego en España la diversion de las máscaras; y segunda, que antes de esta ley á que nos referimos estuvieron tambien prohibidas. Para ello no hay mas que ver el principio de la citada peticion: «It. dice, que *nuevamente* se inventan en estos reinos traer máscaras con las cuales muchos hacen grandes males y con ellas se disimulan y encubren, que mande V. A. hacer pragmáticas, so grandes penas, que ninguna persona de noche ni de día traiga las dichas máscaras, salvo en algun juego público ó fiesta pública sin armas.»

El rey accedió á lo que las Cortes le proponian, mandando que no hubiese enmascarados en el reino, ni fuese ninguna persona disfrazada ni desconocida con ellos, so pena de 100 arates al que las llevase de día, si fuese persona baja, y si noble ó honrada, destierro por seis meses de la ciudad, villa ó lugar en que las llevase; siendo doblada la pena cuando la contravencion fuese de noche. La ley, como se ve, no nos dice si en la prohibicion general entraron las máscaras de juegos

públicos ó fiestas públicas, consideradas como fiestas ciudadanas, que quisieran eximir de la proscripcion general las Cortes. Pero en el silencio que sobre este particular guarda la ley, que tan clara y esplicitamente las prohibe, sin distincion ni excepcion alguna, debemos creer que condenó absolutamente todas.

El señor Jovellanos, en su *Memoria sobre la policia de los espectáculos y diversiones públicas, y su origen en España*, cree que esta ley no es aplicable á la fiesta de máscaras, sino que tenia otro objeto mas elevado, pues iba encaminada á refrenar los desmanes é insultos que á la sazón se hacian á la autoridad pública por personas asociadas para ello, que usaban algunas veces de máscaras y disfraces para conseguirlo. En su juicio, no se trató de prohibir los inocentes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados señalados por el magistrado público y protegidos y velados por él, sino de que los enmascarados vagasen libremente día y noche por las calles y plazas.

Nosotros respetamos tanto como el que mas al ilustrado escritor de que hablamos; pero no estamos conformes con la interpretacion que da á la ley. Esta habla en términos muy genéricos y [muy] terminantes; para que pueda caber duda alguna acerca de su inteligencia y sentido. Prohibe que haya enmascarados en el reino, y no exceptúa á nadie ni presenta una callejuela por donde poder hacer la deducción que hizo el señor Jovellanos.

Esta ley, como todas las que se hacen por motivos dados, cayó al cabo de tiempo en desuso, hasta que Felipe V, por decreto de 26 de enero y consiguiente bando de 3 de febrero de 1716, repetido en 12 de enero de 1717, fulminó una terrible proscripcion, no precisamente sobre las máscaras, sino sobre los bailes de máscaras. «En atencion, decia, á que de algunos años á esta parte se han introducido en esta Corte, imitando los Carnavales de otras partes, diferentes bailes con máscaras, mezclándose muchas personas disfrazadas en varios trajes, de que se han seguido innumerables ofensas á la Divina Majestad, etc.» Después de este preámbulo, que parece inspirado por algunos de los clerizontes que toda su vida dominaron á Felipe V, prohibió á todas las personas de la corte admitir en sus casas gente enmascarada para que con título de Carnaval ó de reunion bailasen, pena de mil ducados á la persona que contraviniese, además de procederse á mas severos castigos, segun la calidad de la persona. (Ley 2.^a, título 1.^o, libros citados.)

Como se ve, no se prohibió en esta ley, ni se renovó la prohibicion de andar con máscaras por las calles: así que, continuó esta costumbre en todo el tiempo que duraba el Carnaval. Viendo esto el austero monarca, quiso cerrar todas las salidas á los aficionados á las máscaras, y lo hizo de una manera que no diese lugar á interpretaciones. Por decreto de 25 de febrero de 1743 (ley 3.^a) prohibió por término general el andar de máscara en la corte ni en las casas particulares durante el Carnaval, pena de cuatro años de presidio al noble y otros tantos de galeras al plebeyo, y á unos y á otros además á treinta dias de cárcel; se declaró incurso, además de estas penas, en la de mil ducados, á cualquiera que se le justificase haber bailado ó estado en alguna casa con disfraz, sacándose la misma cantidad al dueño ó inquilino de la casa donde se hubiese bailado: si los contraventores eran mujeres, entonces se habia de sacar la multa de sus bienes; y si no los tuviesen, de los de sus maridos, pagándola por iguales partes, si ambos fuesen cómplices.

La misma multa se imponia al que alquilase casa ó cuarto donde hubiese estos bailes, aunque alegase que no sabia eran para este fin. Con tal ira se dió esta ley, que haciendo abstraccion de todo fuero, se autorizó á los alcaldes de corte para que pudiesen allanar á cualquier casa exenta para reconocer á los que estuviesen con máscaras y disfraces.

Una ley tan tirante, tan despótica, tan absurda, no podia dar mas resultado que el de aturdir momentáneamente, pero no ahogar el apego que se habia tomado á esta diversion, recibida con gusto, y abolida con general sentimiento. Así se vió que en casi todos los pueblos, á pesar de la draconiana ley que prohibia las máscaras, se repetian y se toleraban. A fines del siglo pasado y principios del actual puede decirse que solo se cumplia la ley en cuestion en Madrid; y eso que no dejaba de haber sus reuniones particulares en que se burlaba la inspeccion de la autoridad, quien por su parte no tenia mas remedio que hacer la vista gorda. La invasion francesa y el desbarajuste que es inseparable de todas las guerras, hicieron que cayesen en desuso esta ley, y volvió el reinado de la careta.

Vuelto el rey de su cautividad en Francia, publicó un decreto de fecha 22 de febrero de 1815, en el que renovó las leyes y disposiciones reales prohibitivas de máscaras, cometiendo muy especialmente su puntual observancia á los jueces encargados de su ejecucion. Aun así y con todo no se pudo hacer que desapareciese el gusto que los pueblos habian encontrado en esta diversion tan popular, que poco á poco volvió á estar tolerada.

En la segunda época constitucional, es decir, desde el 20 al 25, no se hizo innovacion alguna en la materia, permaneciendo las cosas tal y como se encontraban, es decir, formalmente prohibidas las máscaras, á pesar del sistema ámpliamente liberal que se habia establecido.

Durante la reaccion, desde 1823 hasta principio de la actual era constitucional, es decir, hasta el reinado de doña Isabel II, no hay que decir que en nada se mitigó el rigor de la legislación prohibitiva de las máscaras.

Restablecido el sistema constitucional hácia 1834 y 1835, se desarrolló una afición extraordinaria á esta diversion, tanto que en aquellos años puede fijarse la edad de oro de las máscaras. No era afición; era vértigo lo que se experimentaba; y no solo en Madrid, sino en casi

todas las provincias. Pero se tropezaba con las leyes prohibitivas, y se recurrió al expediente de pedir real licencia que relajase la dureza de la ley.

Por Real orden de 26 de diciembre de 1835 se dispuso que en lo sucesivo quedasen estas concesiones á cargo y bajo la responsabilidad de los gobernadores civiles, sin que para ello fuese preciso acudir á la autoridad superior; advirtiéndole que los mismos gobernadores podrian convenir con los empresarios agraciados alguna retribucion para los establecimientos de beneficencia y de instruccion elemental. Desde entonces nada ha vuelto á disponerse sobre el particular.

En resumen, las máscaras estan permitidas y toleradas de hecho; pero segun nuestro derecho positivo, se hallan tan prohibidas como se hallaban en 1823. No deja de ser esto un gran adelanto.



(Estátua premiada en la esposicion de Berlin.)

UNA APUESTA.

(Continuacion.)

Nuestro siglo ha renegado de este géneo tutelar, y por eso en él todo es pequeño, todo mezquino. Los hombres se aíslan, y el único lazo que los une es el hilo dorado del interés. ¿A qué sacrificio pueden ofrecerse los egoístas sectarios de esta nueva escuela? ¿Qué valor puede existir en sus corazones sibaritas? ¡Ay! Ellos mismos llevan la penitencia en el pecado: la piedad se ha helado en las almas como una fuente en el invierno; y el que muere desesperado, herido en el corazón en la batalla de la vida, vuelve en vano en torno suyo los ojos lagrimosos demandando compasion. Semejante al gladiador moribundo, solo encuentra las miradas de un pueblo egoísta que le pide que al morir conserve una postura voluptuosa, y que aplauda á su vencedor.

Pero este estado no puede durar. El astro de la fé eclipsado volverá á lucir mas refulgente en la próxima edad de la tierra, y nuestros hijos, mas dichosos y mejores que nosotros, disfrutarán de su benéfico influjo. Todos los buenos corazones tienen este presentimiento, por mas que se sonrian de él sarcásticamente las inteligencias. El mundo no ha oído aun sonar su última hora, y su aliento de vida es la fé. La juventud es su esperanza.

—La juventud! respondió Enrique con desden, fruto podrido en agraz que no madurará nunca. La juventud soy yo, la juventud son mis amigos. ¿Qué se puede esperar de nosotros? Bien dirigidos, quizá hubiésemos hecho algo, porque hubo un tiempo en que yo sentia algo aquí (y señalaba el corazón): como yo lo habrán sentido los demás jóvenes quizá; pero como yo tambien habrán sentido morir su virtud y la habrán sobrevivido. Semejantes á aquellas desventuradas mujeres cuyo fruto perece antes de nacer, los jóvenes del siglo caminan con un cadáver en sus entrañas, y este cadáver es su propio corazón.

Y al decir esto, con una expresion que manifestaba el desprecio

que hacía sí mismo sentía, se dejó caer en su lecho, sumergiéndose en sus tristes meditaciones. La voz del padre Clemente vino á sacarle de ellas.

—Se juzga Vd. demasiado severamente, le dijo, y juzga demasiado severamente á los demás. No: toda la juventud no ha asistido á las orgías en que Vd. gastaba su salud y su fortuna. Una parte de ella, á quien nadie veía porque se ocultaba en la sombra, velaba también en aquellas noches de embriaguez sobre arrugados pergaminos buscando los secretos de la ciencia; otra parte acudía al pie de los altares.

—Los necios...

—Los necios sí Vd. quiere; pero esos necios hacían algo por su país, mientras Vd. no hacía nada; y día vendrá en que, fatigados los hombres de los goces de los sentidos, volverán los ojos á los placeres de la inteligencia, los mas vivos de todos y los que no se apuran jamás. Este día comenzará de nuevo el reinado de la fé. Ese día es el que deseo ver lucir, y después moriré contento.

En este momento la puerta se abrió y entró Angélica vestida sencillamente de blanco, llevando en la mano una taza con una medicina.

—Una señora desea hablar con Vd. y le espera en la sala, dijo al padre Clemente; y acercándose luego á Enrique, le dijo con encantadora gracia infantil:—Aquí está la última toma.

El padre Clemente salió. La señora que le buscaba era Doña Damiana Vallorido, anciana rica y caritativa que consagraba sus últimos años á la caridad, y se valía del pobre esclaustrado para repartir sus limosnas.

II.

EL PRIMER SUSPIRO DE AMOR.

Cuando el padre Clemente volvió á entrar en la habitación de Enrique, encontró á Angélica con los ojos bañados en lágrimas y la frente rosada, como si recibiera el reflejo de una luz divina. Enrique incorporado en el lecho tenía asida una de las manos de la jóven, que esta se olvidaba de retirar, y leía un pequeño libro, encuadernado en tafete y adornado con preciosas láminas. Aquel libro había despertado el alma de Angélica, porque el alma de la mujer nace en brazos de su primer amor; había revelado un mundo desconocido, bello como los de los cuentos de las hadas, y había formulado la palabra de sus sueños no comprendidos.

Hermoso debe ser asistir á este misterio de la naturaleza, en que el alma, como la flor en su primera mañana, exhala su primer suspiro de aroma, en que los párpados se inclinan por vez primera para velar los ojos que destellan una nueva luz. Secreto de la naturaleza casi siempre oculto entre las sombras, no le conoce mas que el ángel de los sueños ó el genio de los amores, que deja caer en el oído de la virgen durante el silencio de la noche la primera palabra apasionada, un pensamiento de vaga voluptuosidad, melodía divina que llega al corazón sin que la perciban los sentidos, de quienes sin embargo revela confusamente la existencia. ¡En aquel momento la mujer coronada de todo su esplendor, hermoñada de toda su belleza, debe de dar envidia á los ángeles, debe de sonreírle el mismo Dios! Antes era una estatua bella, una lira muda, una lámpara apagada; ahora la estatua ha cobrado vida; un ángel ha pulsado la lira; la lámpara ha derramado su luz en la oscuridad, y la mujer ha empezado á ser desde que ha empezado á latir el amor en su corazón.

Enrique, que por vez primera asistía á este sagrado misterio de la naturaleza, sintió ante él vibrar en su alma una fibra dormida hacia mucho tiempo, y quebrantada por los tempestuosos huracanes de su vida bacanal. Miró los ojos de Angélica, y los primeros instintos de su juventud se despertaron en su corazón. Volvió á comprender el amor de su primera aurora, y por un momento, arrancando de su memoria su vida de desórdenes, volvió á sentirse puro, inocente y poeta como cuando tenía quince años: la ternura, el íntimo sentimiento de lo bello, no se había secado; habíase solo helado en su alma, y volvía á correr á la aproximación del rayo de luz celeste destellado por los azules ojos de aquella virgen. Pero esto no era mas que un relámpago, una flor que brotaba entre el cielo con el primer albor de la mañana, para morir antes de que terminara el día. Sentimiento vago, incomprensible casi para aquel libertino que afectaba no creer en los misterios del amor, y que después de pasado traduciría él mismo por un sarcasmo blasfemo.

El padre Clemente comprendió de una mirada la situación, y se acercó á ver el libro que la había originado: era un tomo inglés de los amores de los ángeles de Tomás Moore, el infiel amigo de Lord Byron que ha robado al mundo sus memorias originales.

Aquel libro de melodía, flor cristiana perfumada con aromas orientales, puede ponerse en manos de una santa sin miedo de que enrojezca su frente de rubor; pero por eso mismo producía en el alma de Angélica una emoción mas profunda. Un libro menos casto la hubiera

repugnado, y su disgusto hubiera librado á su corazón de todo peligro; pero aquel lenguaje celeste la seducía, y encontraba ecos en las mas íntimas fibras de su corazón. La serpiente no habló sin duda á Eva en el lenguaje de algunos de nuestros novelistas, que solo buscan las jóvenes porque sus padres las prohíben leerlos. La seducción es respetiva: lo que para un alma es demasiado puro, corrompe á otra mas inocente; y lo que es un incentivo para un alma corrompida, puede dejarse sin temor en manos de una virgen de corazón.

El padre Clemente tembló como la paloma que ve al milano lanzarse hacia su nido; fulminó á Enrique una severa mirada que le hizo bajar los ojos, y dijo:—Es un bello libro: lástima que el genio ponga á merced de los malos genios una lira que solo le ha sido entregada para cantar las alabanzas de Dios. Embelecando sentimientos reprobados, estos poetas trabajan en provecho del ángel de tinieblas, y conducen á las almas á la perdición por un camino de flores. Una doncella debe ignorar la existencia de estos libros.

Enrique y Angélica, que en aquel momento estaban embargados por su emoción, se sintieron confundidos por estas palabras, como nuestros primeros padres al oír la voz de Dios después de su pecado en el jardín de las flores eternas. Angélica inocente temió haber cometido una culpa, y Enrique vió la estinción de la suya. Había arrancado la corona virginal á aquella alma pura, crimen mayor que la seducción física, porque esta al menos tiene por disculpa la pasión. Su pesar fué tan profundo, que apenas se alejó Angélica, dijo:—Hoy mismo saldré de aquí.

—¡Ah! exclamó el padre Clemente enternecido, la virtud en Vd. está adormecida y no muerta; aun puede salvarse su alma y su corazón.

III.

SEDUCCION.

Aquella misma tarde Enrique y Angélica paseaban lentamente por el jardín, y se internaron en una calle de castaños en flor, cuyos troncos vertían jazmines y pasionarias. El padre Clemente, llamado por otros asuntos, y satisfecho por la determinación de Enrique, no había tenido escrúpulo en dejarlos solos. El aire estaba inmóvil y cargado de aromas. Los sentidos se abrían como las flores en aquella aura perfumada y refrescante para beber vida y vigor. El alma se adormecía en la voluptuosa languidez de los ensueños. Era la hora del amor y el cristianismo, las dos religiones de la juventud.

Todo estaba tranquilo. Sobre las lejanas torres de Madrid que á lo lejos se distinguían azuladas por la distancia como las rocas seculares de un monte lejano, brillaba aun el sol, semejante á una ascua de fuego bajo su majestuoso pabellón de púrpura y oro flotando en un piélago de luz. Algunos de sus rayos atravesaban estas régias nubes, y se perdían en el límpido azul, como las celestes aspiraciones del alma del poeta que van á perderse y confundirse en el infinito. Los pájaros revoloteaban lanzando agudos gritos en torno de los árboles donde se escondían sus nidos, y uniendo su voz de melodía á la voz de aroma de las flores y á la voz de resplandor de la luz, parecían responder con un coro armonioso á los lejanos ecos de la campana de la ermita que llamaba á la oración de la tarde.

Angélica sentía unirse su alma á este concierto de la naturaleza, estremecida por una ternura extraña semejante á la que produce en la soledad de la noche á orillas de un lago tranquilo la lejana melodía de un sueño de Rosellin. Enrique, menos poeta, la contemplaba extasiado, descubriendo en su rostro animado por los reflejos de un resplandor divino una nueva belleza, la belleza que los pintores poetas han sabido encontrar para sus vírgenes en los tormentos del martirio.

Angélica en aquel momento no era una mujer, y se temía ver su alma arrojando como un manto su carne mortal, desplegar sus alas de luz y elevarse en los aires volando á su pátrio cielo.

—¡Cuánto te amo! dijo Enrique fascinado apretándola la mano; qué hermosa eres!

—Yo también te amo, respondió Angélica sonriendo con la inocencia con que Eva debió de sonreír á Adán en la primer mañana del mundo; yo también te amo, y quisiera tenerte siempre á mi lado en una soledad como esta, rodeados como aquí de flores y de aves, ignorados del mundo y viviendo el uno para el otro como dos flores de una rama.

Enrique apenas comprendía el sentido de las palabras, halagado por la voz y devorado por sus deseos que rugían dispiertos en su corazón.

Pasó suavemente su brazo alrededor del talle de Angélica, que no opuso resistencia, la atrajo suavemente hacia su corazón, y la selló en sus labios vírgenes sus labios abrasados.

La jóven dejó escapar un ligero grito de sorpresa, palideció y le rechazó, quedando trémula y como anonadada por un momento. En seguida su rostro se coloreó de rubor, y sus ojos, que inclinó al suelo, destellaron un fuego extraño y misterioso. La niña acababa de conocer

el pudor. Aquel beso de fuego, despertando su naturaleza, la había transformado en mujer.

Enrique quiso aun acercarse á ella; pero le rechazó con un gesto y diciéndole con voz convulsa: «déjame,» huyó precipitadamente hacia la casa.

Enrique se detuvo por un momento sorprendido; pero luego, avergonzado de su arrebató y maldiciendo su torpeza, corrió detrás de Angélica para pedirle perdón. La joven se había encerrado en su cuarto. A través de la cerradura Enrique la vió arrojada á los pies de un Crucifijo anegada en lágrimas y orando con fervor.

Aquel cuadro produjo en su alma una emoción profunda. Vió desde la orilla el abismo de la seducción, y tembló; pero pronto su amor estragado impusió silencio á la conciencia con hipócritas excusas, porque no hay nadie que no sea aun mas hipócrita consigo mismo que con los demás. Empezó á trazar en su imaginación una carta de arrepentimiento, y acabó por trazar en el papel una carta de queja amorosa, un razonamiento apasionado. Por mas que se diga, la razón, durante la tempestad de las pasiones no es mas que un rey constitucional. En cambio el ingenio es en sus manos lo que una pistola en las de un niño, un arma de muerte, el poder en la locura.

Angélica entre tanto acabó de orar y meditó recogida en un rincón de su cuarto. ¿Qué poeta podrá decir lo que meditó; qué lira podrá imitar esa primera melodía del amor sensual en un alma virgen que se adormece oyéndola como el niño con la canción de su nodriza que aun no puede comprender?

En medio de su meditación, que insensiblemente se había prolongado en el silencio de la noche, la sorprendió un ruido extraño. Por la abierta ventana había penetrado en su cuarto, arrojado sin duda desde el jardín, un ramillete en cuyo centro venia una carta. Sierpe entre flores. Angélica la cogió, y leyó:

«Perdóname, Angélica, perdóname si te he ofendido; mi razón estaba ofuscada y obedecí á un ciego impulso de mi corazón. ¿Pero puede ofenderte jamás un corazón que te ama? La adoración, bajo cualquier forma que se presente, es una adoración, y yo no he hecho mas que adorarte. A haberlo pensado me hubiera contenido; pero era tal el exceso de mi exaltación, que no pude dominarme; y esto mismo abona en mi favor, porque prueba el exceso de mi cariño. ¿No debería mas bien haberme ofendido yo por tu pudor? Si hubieras participado del fuego que me abrasaba como me jurabas en aquel mismo instante, no hubieras huido de mí; como yo, hubieras cedido mal tu grado al impulso de tu corazón, y hubieras caído en mis brazos. Sé que hay muchas personas que te dirán que has obrado bien, personas que hacen consistir la virtud de la mujer en un egoísmo mercantil, y que creen que el deber de una joven consiste en hacer infeliz á su amante. Estas personas, bajo mil especiosas razones, condenan al desprecio á las jóvenes que mas generosas y mas apasionadas se entregan en brazos de sus amantes sacrificándose su porvenir, su aprecio social, todo por una caricia; que no ponen á su amor otro precio que el amor, y que cuando se ven abandonadas lloran, no el sacrificio que han hecho, sino el no poderlo hacer de nuevo.

Para seguir el camino de estas personas prudentes basta no tener corazón. ¿Temerás tú su fallo? Tú que dices que me amas? ¿No te atreverás á arrostrar la opinión pública por hacer mi felicidad? ¿Y qué te importa la opinión pública? La verdadera felicidad está en el amor, rayo de luz celeste que fecunda la tierra á través de las nubes de tempestad. El es la segunda alma de la mujer; él la purifica y hace sus labios dignos de recibir el beso de los ángeles; ese beso por el cual muchos de ellos renunciaron á su parte de Paraíso. ¿Crees que la virtud te prohíbe amar? No: la virtud te lo ordena; porque la virtud de cada criatura consiste en cumplir su misión, y la misión de la mujer es el amor. ¿Y qué mujer ama mas, la que egoísta se encierra en el círculo de las conveniencias sociales, ó la que se arroja en los brazos de su amante diciéndole: para mí en el mundo no hay mas que un fallo que yo tema, y ese es el tuyo; llévame al cielo ó al infierno; poco me importa con tal de que me lleves tú, y de que mi nombre quede en tu corazón unido al recuerdo de una hora de felicidad? La primera es una mujer de cabeza; la segunda de corazón. A la primera el engañarla y el olvidarla es un mérito; á la segunda una infamia. Si aquella merece mas en el juicio de los hombres, esta es preferible sin duda en el tribunal de Dios, y á ella es á quien ofreció perdonarla mucho por lo mucho que había amado.

Si, Angélica, si me amas, olvida las preocupaciones sociales; olvidalo todo para no acordarte sino de mi amor, para sentir en vez de pensar. El hombre y la mujer no son mas que dos ramas de un tronco: cada uno es imperfecto si vive aislado; los dos juntos no hacen mas que un ser, del cual el hombre es la cabeza, la mujer el corazón. Pero si no me amas así, si no te sientes con fuerzas para olvidarlo todo por mí; si no deseas confiarme todo entero tu destino; si te parece un sacrificio el arrostrar por mí las conveniencias sociales, olvídate del todo; nuestros corazones no podrán entenderse jamás, y yo no te miraré sino como á una bella estatua, insensible, inanimada y fría.»

Enrique había derramado su corazón en esta carta, su corazón nutrido por una moral á su manera, formada entre los vapores de la crápula, en los intermedios de la bacanal al sueño. Angélica leía con una emoción profunda, y sus ideas se confundían en el caos de sus sentimientos. Su razón de niña enamorada era impotente para contrarrestar aquel razonamiento frío y lógico: estrellábase contra él como una águila oprimida entre las aceradas mallas de su jaula. Había no obstante en su corazón alguna cosa, la conciencia quizás, que permanecía inalterable como un escollo entre las olas irritadas. Creía oír en su interior una voz que la decía: Permanece pura; no te dejes seducir por las palabras de la serpiente. No sigas el camino de aquellas que desconociendo su propio interés abandonan la religión del amor por la idolatría de los sentidos. En este terreno la última ramera de la plaza pública las vence, porque sabe mas que ellas, y su premio es solo el desprecio y el olvido, mientras que aquella que permanece en la virtud es siempre querida; ella sola puede hacer comprender al hombre que los placeres del alma vencen en delicias á los del cuerpo, y que la ternura del corazón es la perfección del sentimiento, y ella sola por consiguiente, teniendo en su alma mas sensibilidad que su amante, mas poesía, podrá aparecer á sus ojos como de una naturaleza superior, como un ángel á quien es preciso adorar de rodillas.

Su conciencia decía todo esto á Angélica; pero ella apenas lo entendía, pues la abrasaba el amor que como los licores turba la razón y adormece la memoria. Desconfiada del hombre ó la mujer que razonan amando: cuando no razonan en provecho de su pasión, no saben amar.

Angélica tomó la pluma y escribió:

«Enrique, tienes razón: he sido injusta contigo. De hoy mas me confío á tu amor, segura de que no intentará nada que pueda hacerme desgraciada ni indigna de ti. No conozco el mundo ni sus leyes; no sé cómo considera esto; pero me parece que para todo hombre que se aprecie en algo debe de ser un depósito sagrado la mujer que se confía á la salvaguardia de su honor. Faltar á esta confianza es á mi entender la mayor de las bajasas, porque es faltar á la confianza del débil que no puede pedir cuentas del perjurio que no se puede vengar.

IV.

FANTASMAGORÍA.

Mientras Angélica escribía, un suceso extraño tenía lugar en la casa: un hombre embozado en una larga capa saltó silenciosamente las tapias del jardín, se deslizó por una calle de árboles que conducía al peristilo de la casa, subió por la escalera de esta espiando los menores ruidos, llevando en cada mano una pistola armada, y reconoció una por una todas las puertas hasta llegar á la de Angélica, que abrió con una ganzúa. Todo esto sucedió tan silenciosamente, que se hubiera tomado al desconocido por una sombra.

Angélica, que tenía vuelta la espalda á la puerta, no le sintió entrar, y no quedó poco sorprendida de espanto cuando al acabar de escribir oyó detrás de sí una voz burlona y ronca que decía:—¡Muy bien, muy bien!

La joven exhaló un grito que el desconocido se apresuró á apagar cubriéndola la boca con la mano, y diciendo:

—Otra voz como esa, y Enrique muere.

La sangre de Angélica se agolpó helada en su corazón, y la voz se heló en su garganta: miró al desconocido con ojos espantados, y su sintético exámen no la tranquilizó, porque el desconocido tenía todo el aspecto de un loco. Su rostro juvenil y hermoso estaba pálido como el de un difunto; sus labios temblaban, y destellaban sus ojos una luz febril. Su voz era ronca y trémula al par, y un observador frío hubiese adivinado en él al hombre que arrastrado por una fuerza superior á una acción que le avergüenza y que le repugna, quiere embriagarse con el exceso de su propia audacia, fenómeno fácil de observar en las mujeres.

Este hombre se llamaba D. Juan Aguilar, y la fuerza que le impulsaba, Margarita Buendía; ella era la cabeza y él el brazo; ella el juez y él el verdugo. Margarita odiaba á Enrique, porque en un día de locura la arrancó su honor y le arrojó en girones al cieno de la plaza, á los sarcasmos de la multitud. La robó el amor de un esposo, y convirtió en la cárcel del tormento el antes pacífico hogar de su familia. Ella había resuelto vengarse, y para conseguirlo armaba el brazo de Aguilar, el mas apasionado de sus adoradores. La infamia de la acción á que le arrastraba á él que tenía un alma tan pura y que no esperaba otro premio que una sonrisa de sus labios adorados, mostraba á qué altura podía haberle colocado empujándole por una senda gloriosa; pero ¿que hombre hay en el mundo de quien, por espacio de un minuto, de una hora, de un día, no haya podido una mujer hacer un héroe? Hay una edad en que todos los sentimientos se cifran en el amor, y en que la mujer amada con solo su deseo nos designa el puesto social que quiere que ocupemos; y hay hombres como Aguilar, para quienes esta

edad no termina sino en la muerte. Los otros hombres, orgullosos de tener el corazón mas endurecido, se burlan de ellos llamándolos niños y locos; pero yo no puedo menos de adorar una locura que se funda en la abnegación y en la ternura.

—¿Quién es Vd.? ¿Que quiere Vd. de mí? preguntó Angélica instintivamente y con voz temblorosa, que indicaba que la misma fuerza de la emoción la impedía desmayarse.

—Nada importa quien soy yo, respondió Aguilar; aquí vengo a preguntar y no a responder, a mandar y no a obedecer. Escucha y calla.

Angélica enmudeció, y siguió un momento de horrible silencio, como el que muchas veces ocurría en el circo romano entre el mártir y la fiera hambrienta que se preparaba a devorarlo. Por fin, habló Aguilar y dijo:—Respóndeme como á Dios. ¿Amas á Enrique?

Angélica bajo los ojos ruborizada.

—No se trata aquí de niñerías, murmuró Aguilar, tanto mas grosero, cuanto mas trabajo le costaba el serlo. ¿Amas á Enrique?

—Sí, murmuró Angélica con voz conmovida y apenas perceptible.

—Si estuviera en peligro su vida, ¿sacrificarías tu honor y tu amor mismo por salvarle?

—Sí, sin vacilar; respondió Angélica con firmeza esta vez, porque la posibilidad de tal sacrificio la hacía comprender la verdadera naturaleza de su amor, todo abnegación y desinterés; pero no obstante tembló como al oír una sentencia de muerte, al oír decir á Aguilar:

—Pues ha llegado el momento de acrisolar ese amor. Enrique morirá al momento si no le sacrificas tu honor y tu amor; vivirá solo si le cedes tu vida.

Seguió á estas palabras otro intervalo de silencio y ansiedad, en que la joven sentía brotar el sudor en frias gotas por la raíz de sus cabellos; y en que su propia respiración la ahogaba. Su corazón latía como el de un pájaro en las manos de un niño. No tenía fuerzas para interrogar con la voz, y lo hacía solo con miradas sublimes de angustia que hubieran desesperado á un pintor. Por fin dijo Aguilar:

—Oye: un hombre colocado á la cabecera de Enrique espía en este momento su sueño como una venganza animada; este hombre no espera mas que una señal de este silbato (y enseñó uno de plata) para descargar un golpe mortal; pero yo permaneceré mudo si haces lo que voy á decirte.

Angélica oía sin pestañear, como si quisiera sorprender las palabras en el movimiento de los labios, y los acentos del desconocido caían uno á uno como gotas de plomo derretido en su corazón. Lo que la pasaba era tan extraordinario al par que tan horrible, que á veces se creía presa de una pesadilla. Su espalda se había helado, y sus ojos no vertían una lágrima. Aguilar continuó:

—Siéntate á esa misma mesa donde escribías tu billete perfumado de amor, y escribe lo que voy á dictarte:

La joven obedeció casi instintivamente; pero al intentar escribir, su pulso estaba tan trémulo, que la hubiera sido imposible trazar una letra.

—Serénate, la dijo Aguilar, porque es preciso que la inseguridad de la escritura no denuncie la violencia que te se ha hecho: serénate pronto, porque no tengo tiempo que perder; y si dentro de un cuarto de hora no está escrita la carta, haré la señal.

—¿Pero qué he de escribir? murmuró Angélica con voz apagada.

—Esto, sobre poco mas ó menos, respondió Aguilar presentándole un borrador.

Angélica le cogió, y vió que decía de este modo:

«Querido Enrique: Siento mucho que el capricho de mi amante me impida seguir representando con Vd. la comedia que tan felizmente había empezado, y en la que tengo el orgulloso placer de haber atontado al D. Juan de nuestro tiempo á pesar de mi corta edad. Sentiré que cause á Vd. algun disgusto mi marcha; pero en deudas de amor, aunque no sea esta la costumbre, yo prefiero siempre al primer acreedor, y mi primer amante exige que le siga. Adios, y gracias por la diversion que me ha proporcionado. No hubiera creído hallar nunca en Vd. tanta afición á las melodías platónicas.—ANGÉLICA.»

—Pero ¿qué va á creer de mí? exclamó la joven deshecha en lágrimas, que por fortuna suya había por fin encontrado su dolor.

—Que eres una mujer tan astuta como otras muchas, y que le has engañado, respondió Aguilar con la helada calma de un juez de Venecia.

—Yo no escribiré esto jamás, exclamó Angélica.

Aguilar llevó lentamente el silbato á sus labios.

—No, ¡por Dios! gritó Angélica lanzándose á detenerle: escribiré, escribiré.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA INVENCION DEL CIRCULO.

FABULA.

El caso lo casa quiere,

Dice un añejo refrán,

Cuya fecha se refiere

Al tiempo del padre Adán.

El cual, así que pensó

Casar á Cain y Abel,

Fabricarse les mandó

Casa en que vivir sin él.

Labrar su nueva morada

Fue pues á entrambos preciso:

Cain la trazó cuadrada,

Y Abel redonda la quiso.

Cuando este necesitó

Señalar el redondel,

Un par de estacas ató

A las puntas de un cordel.

Una clavó en el solar,

Y llevando otra en la mano,

Tiró, y se puso á rayar

Con ella en el piso llano.

Dando la vuelta en efecto,

Y haciendo la raya así,

Recien nacido y perfecto

Resultó el círculo allí.

Con harta razón ufano

Abel de su operacion:

«Mira, le dijo á su hermano,

¡Qué afortunada invencion!»

Cain replicó envidioso:

«No me parece maleja;

Pero no estás orgulloso

De una traza que es ya vieja.»

—«Pues nadie me la enseñó;

Es mia, segun discurro.»

—«No señor, que ya la usó

Primero que tú mi burro.

Para domarle, le eché

Al cuello un largo ramal,

Le ató á un árbol, y zurré

De firme al torpe animal.

Y corriendo él en redondo

Aquel y otro y otro día,

Un rastro dejó bien hondo

Abierto donde corría.

Aquel rastro en buen derecho

Del círculo origen es,

Por tí con las manos hecho,

Por el asno con los pies.»

Tal vez un crítico salta

Diciendo que el rasgo tal

Tiene contra sí la falta

De ser poco original.

Y buscando al pensamiento

Su principio, suele al fin

Ser hallazgo de un jumento,

Semejante al de Cain.

JUAN E. HARTZENBUSCH.

JEROGLIFICO.

1



RA.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA SCHLITA.

(CARRUAJE RÚSTICO DE LA SUIZA.)

En las asperezas de la Suiza, país delicioso, visitado por todos los viajeros de Europa, se encuentra el hermoso departamento de los Vosgos, cuya naturaleza agreste y poéticamente salvaje no ha desbastado todavía la civilización, conservando aun en el día toda la sublime belleza primitiva.

El paisaje que va al frente de estas mal trazadas líneas, representa do su esplendor una de las mas admirables perspectivas de una

naturaleza virgen en todo su esplendor y lozanía; la imaginación mas poéticamente artista no es capaz de idear un cuadro semejante. Montañas cuyas elevadísimas cumbres se pierden en las nubes, y cuyas rocas cubiertas de rica vejetación presentan obstáculos insuperables al parecer, y en las que la mano del hombre apenas ha podido, á fuerza de constancia y de trabajo, abrir algunos ásperos senderos. Uno de estos caminos llamados *voutons*, en el lenguaje del país, está traza'o

18 DE FEBRERO DE 1853.

en la misma roca; se compone de una serie de escaleras rústicas cuyos peldaños están formados por troncos de árboles y sujetos por sus estremidades á estacas fijas en el suelo.

Los habitantes del país se sirven de estas escalas, ya para acarrear la madera que necesitan para su uso, ya para la conducción de los viajeros y habitantes de los valles, que llevados de la curiosidad visitan estos frondosos bosques. La madera que se quiere bajar por esta vía la cargan sobre una especie de *trineo* ó *schlitfa*, delante de la cual se sienta el conductor, que modera la rapidez de la pendiente apoyando alternativamente sus pies en cada uno de los escalones de *vortons*.

Lo singular de este rústico carruaje y lo escarpado de las cuevas imprime una especie de terror, sobre todo en las viajeras, que temen con razón sepultarse á cada paso en los temibles derrumbaderos que ven abiertos á sus pies.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO SÉTIMO.

Al comenzar á hablar, según lo prometido en el anterior artículo, del baile ó elemento mímico, en el corogriego, nos hallamos á la verdad en extremo embarazados; porque ni somos bailarines, ni aficionados al divino arte de Terpsícore, que tan bien cultivaba el rey David cuando se hallaba delante del Arca Santa. Es tal lo angustioso de nuestra posición, tal la incertidumbre que nos aqueja, que nos vemos en el caso de decir lo que Scitales, amante de *Semirámide*, en la ópera de este nombre de Metastasio.

*Vorrei spiegar l'affanno
Nascondendo vorrei;
Y mentre i dubbi miei
Così crescendo vanno,
Tutto spiegar non oso
Tutto non so tacer: etc. etc.*

Ardua materia es por cierto hacer aquello de Fray Gerundio de Camapazas, abandonar los estudios y meterse á hablar de cosas que uno no entiende; fenómeno, por lo demás, muy común en nuestro bienaventurado país, y algo semejante á la peste: por lo tanto, y por lo que á nosotros toca, á buen entendedor media palabra. Ya que no tengamos otro mérito, tengamos siquiera el de la franqueza. La necesidad pues de cumplir lo prometido y de tratar del teatro antiguo griego con cierta extensión, dando á conocer uno por uno los grandes elementos de arte, hasta ahora no apreciados como se debía, que encerraba en su seno aquel teatro, nos obliga á desear cualquier temor, á tranquilizarnos del todo, y haciéndonos atrevidos decir como Quevedo:

No he de callar, por mas que con el dedo
Ya tocando la boca, ya la frente,
Silencio avises, ó amenazas miedo.

Sin embargo, será bueno antes de principiar santiguarnos en el nombre del Padre, del Hijo etc. como se santiguó Rubí al hablar de las mujeres calaveras, y pedir á Dios no nos deje caer en la tentación y nos libre de los malos pensamientos... porque cuando se cruzan por medio pies y piernas femeninos, con mas eso que nosotros los *culteranos* llamamos coquetería, gracia, garbo, y la gente vulgar rumbo, salero etc., nos es necesario hacer estos y otros actos semejantes de devoción, porque dice Espronceda, y con verdad,

La mujer y las flores
Son parecidas;
Mucha gala á los ojos
Y al tacto espinas.

Vamos pues al baile en el coro antiguo. Como la música, como el canto, tenía este toda la majestuosa sencillez del arte griego simbolizado en las tres gracias desnudas.

Si bien estos bailes, ó mejor dicho, danzas mímicas, juegos ó *divertimientos* coreográficos, eran en extremo difíciles en su ejecución por lo complicado de sus movimientos adaptados á la expresión de una idea, de un hecho análogo al del tema de la acción teatral, como sucede ahora en los bailables de nuestras óperas, los del Roberto ó de la Saffo, por ejemplo; ó en los bailes músicos modernos, bailes de carácter, como el de Idalia, la Vivandera, Paquita, Palmira, la Cantinera,

Zuleika, la Ondina, la Gisela y otros mil que pudiéramos citar, no llegaba ni con mucho su dificultad de ejecución ni su variedad á la de los bailes modernos. Esa infinita serie de movimientos del cuerpo humano, ora sucesivos, pero de una sucesión talmente rápida é intrincada que ni se percibe ni se comprende á primera vista, ora simultánea y de ejecución no menos difícil; esas posturas características tan vehementes y patéticas; esos ademanes tan significativos, tan variados; esas diversas situaciones que dependen del juego natural de los miembros del cuerpo humano, y que encierran una elocuencia muda de muchísimo efecto; y todas esas buenas cosas de larga enumeración, por medio de las cuales se obliga á la danza moderna á que sea la expresión, lo mas aproximada posible, de una idea dada, y que por otra parte le dan tanto interés y atractivo y le hacen ser, no ya un elemento de arte, un principio en germen, como en lo antiguo, sino un arte completo y verdaderamente tal; todo eso de que hablamos no existía ni podía existir en el teatro griego, como tampoco en el romano. No podía existir, porque el baile, sin el elemento de la música, no es nada; y ya hemos visto cuál era la índole, carácter y significación de esta música.

No vayamos pues á figurarnos que en el escenario griego se ejecutaban bailes análogos á los de nuestros teatros, por el estilo de nuestros bailes provinciales, de esos que vemos todos los días, y que tanto aplaudimos: las Caleseras jerezanas; la Flor de las macarenas; el Ole de la sal; las Mollares de Sevilla; las Majas de Triana; el Jaleo de Jerez, etc., etc.; ni que aquellas bailarinas griegas de que no nos hace la historia particular mención—al menos si la hace nosotros no lo sabemos—pudieran en algun modo compararse con las que tan dignamente honran los presentes tiempos, y entre las cuales, por lo demás, sobresalen las españolas, como en todo aquello que se refiere á la mujer: no: no nos figuremos semejante cosa. Allí no había ni manchegas, ni gallegas, ni malagueñas, ni valencianas, ni jotas, ni jaleos, ni majas, ni gitanas, ni caleseras, ni rondallas, ni macarenas, ni mollares, ni toreras, ni fandangos etc. etc.: allí tampoco podían haberse admirado bailarinas tan buenas, tan sabrosas, como, y principiando por las españolas, la Lola Montes, la Petra Cámara, la Manuela Perea, la Pepa Vargas, la Pepita Oliva etc. etc., y continuando por las extranjeras, la Cerrito, la Fuoco, la Taglioni, la Petipa, la Guy Stephani, la Priora, la Flora Fabri, la Laborde-Rie, etc., etc.

El baile antiguo se refería á solos dos términos ó modos como los estilos de su música. El modo patético, tierno, sentimental, representado en el baile de *Ariadna* y compuesto sobre el tema de las aventuras amorosas de esta princesa hija del famoso Minos rey de Creta. La buena señora tuvo, cosa común á las personas de su sexo, la debilidad de enamorarse, como dicen los románticos, de idea, de capricho, de ilusión: se enamoró del aventurero rey de Atenas, Teseo, por la grande, la suprema razón, *¿risum teneatis amici?* de que era arrogante mozo, buena, buenisima figura: única condición que, por lo visto, antes como ahora, buscaban las mujeres para enamorarse.

Mas este aventurero rey, que era también romántico puro en el modo de enamorar, hizo con esta princesa lo que el piadoso Eneas con la morena Dido: lo mismo que el gran César con la reina Cleopatra, y lo que otros muchos varones con otras muchas damas: llegar, besar el santo y marcharse. Es la única semejanza que hallamos entre el hombre y la abeja: la de sacar ambos la miel del cáliz de las flores. Teseo sacó á su enamorada de la casa paterna, ó mejor dicho, esta se marchó con él. Lo cierto es que á la caída de la tarde se metieron ambos en una bonita nave, de velas blancas como las de los gondoleros que surcan el golfo de Venecia. Sopló la poética brisa que vaga sobre los mares á la caída del sol, empujó liviana la ligera nave etc. etc., y las cosas que allí pasaron tuvieron por testigo al inmenso Océano y al azulado firmamento. Nosotros no las decimos, porque como decía el pícaro Cristóbal de Castillejo al ver la hermosura de Ana:

La lengua se me entorpece,
Y de locos aturrido,
Me retumban los oídos,
Y la lumbré se escurece
A mis ojos doloridos.

En estas y otras cosas, cuya adivinación dejamos á nuestros lectores, llegaron á una isla, la isla de Naxos. El pícaro Teseo, que ya hemos dicho iba de muy mala lé, se levantó una mañana muy temprano, montó en la nave, y continuó su viaje sin despedirse de su mujer; pues ya sabemos se habían casado durante la travesía. Y cuentan las leyendas de aquella época que Ariadna abandonada se subió á lo alto de una roca; que desde allí su femenina sombra se reflejaba en el claro azul del mar; que lloró mucho; que se arrancó no sé cuántos pelos, y... pero vamos al baile considerado como ele-

mento mímico en el coro antiguo. Las trágicas aventuras de la hija de Minos, en estremo patéticas, sentimentales, lacrimosas, dieron lugar a la composición de este baile y á otros muchos del género.

Era el otro baile el titulado la *Romaica*, no sabemos cual es la raíz mitológica de este vocablo ni á qué se refiere. Lo que sí es cierto, que todo lo que tenía el primero de tierno, de sentimental, de vaporoso y sublime, lo tenía este de sensual, voluptuoso y apegado á la tierra, y que caracterizaba su segundo estilo mímico correspondiente al segundo modo musical.

Pero no acostumbramos á hacernos ilusiones. Todo lo buenos y santos que fueran estos bailes tiernos y voluptuosos representados en el *raton urbano* y en el *raton campesino*... á los inteligentes poco porque se les indigesta, todo esto no impide que fuese triste cosa no poder contemplar á lo natural, cual Dios ó Júpiter las hizo, las bonitas caras de las bailarinas atenienses. Cubrían su encantadora faz las caretas de que hemos hablado antes. Bonitas sí, estas caretas, hechas con muchísimo arte y altamente ventajosas para las bailarinas; pero al fin caretas, y esto para las guapas y el público era un gran perjuicio.

Como los atenienses daban al arte un fin enteramente opuesto al que nosotros le damos, cual era un fin inmediato y positivo, un fin antropológico, referente únicamente al hombre, á la satisfacción de una de sus ideas ya físicas ya intelectuales, casi nunca morales, sucedía que era el fin de estos bailes mucho mas directo del que nosotros les damos, y por lo tanto no se ponían en escena sino en ciertas y determinadas circunstancias. Y la índole especial de estas mismas circunstancias indicaba cual de las dos especies de danzas era menester poner en escena. La danza voluptuosa ó alegre, la que mas se asemeja á la nuestra por la rapidez, estension y vivacidad de los movimientos del cuerpo, la danza propiamente tal, solo se ejecutaba con plausibles motivos: cuando por ejemplo una nueva feliz de grande interés para el pueblo, y esta es la cuestión, llevaba á los coristas á entregarse á la alegría que era consiguiente. Así se verifica en el *Ayas furioso* de Sófocles y en las Traquinianas del mismo: en la primera de estas dos tragedias, el coro está solo formado de hombres, de guerreros; y en la segunda solo de mujeres jóvenes. Unos y otros se entregan al inocente placer de la danza, cuando sobrecogidos de temor, de ansiedad, de incertidumbre, por las graves situaciones dramáticas en que se encuentran sus respectivos personajes, aparece en el umbral del escenario la presencia amiga del mensajero trayendo la nueva feliz que ha de calmar su dolor, y abrir su corazón á la esperanza. Esto era de muchísimo efecto, por la sencilla razón de que una de las condiciones del arte es la unidad en la incesante variedad. Las medias tintas, los claroscuros, las transiciones, lo que rompe la prolongada monotonía de la uniformidad, constituyen, bien manejados, las grandes fuentes de belleza artística: cosa que no ignoraron los griegos, quienes dejando á la actividad individual del hombre toda la latitud de acción de que es capaz, al ejercerse esta en tan ilimitada esfera, imprimieron á todos sus hechos, ya físicos, ya metafísicos, un carácter marcado de ligereza, de volubilidad, de capricho, matizando el fondo de todas sus manifestaciones con los mil fantásticos colores de su voluptuosa imaginación. Todas sus artes, la pintura, la escultura y la arquitectura, la música, el baile etc., nos revelan muy á las claras esa variedad de forma y de fondo, de idea y de acción que tan bien traduce la variedad de los hechos eternos del hombre: diremos mas, variedad racional, filosófica, necesaria, de estos hechos.

Pero de estos dos estilos de baile mímico ó teatral que ahora nos ocupan, el mas usado en la escena y que se introdujo mucho despues, es el *patético* de que ya hemos hecho mención.

Platon, Aristóteles, Plutarco, Ateneo y otros sapientísimos varones de los antiguos tiempos, que para la elaboración de estas insignificantes cosas que escribimos, nos hemos visto *velis nolis* obligados á consultar,

¡Oh fuerza de la rima á lo que obligas!

gastan mucho tiempo en hacernos grandes y pomposos elogios de esta clase de danza mímica entre los griegos sus compatriotas. No es del caso, aun cuando nos hemos propuesto tratar de este elemento escénico entre aquella gente con alguna estension, traer ahora á cuento e por b todo lo bueno que nos religen. Nosotros los modernos, que comprendemos muy bien lo que pueden dar de sí las humanas piernas, no necesitamos de pormenores que nuestra viva imaginación suple fácilmente. Será bien sin embargo que reconozcamos lo muy acertado que andaba el filósofo de Estagira al trazar el sabroso elogio de la danza patética. Esta, mejor que la primera, la danza alegre y voluptuosa, con mas precision y exactitud, ha conseguido, dice este docto maestro en artes, pintar, reproducir por los movimientos y diversas inflexiones del cuerpo, los hechos de nuestra triple actividad humana; es decir, las acciones, los sentimientos y las ideas. Es de todas las imi-

taciones la mas enérgica quizás, añade Plutarco, el mas hombre de bien de toda la antigüedad greco-latina, porque su elocuencia rápida no se halla debilitada por la palabra, y que de este modo al dejarlo entretener, lo espresa todo con mas vigor, no siendo menos propia á satisfacer el espíritu que á afectar el corazón. Por lo tanto, atentos los griegos á multiplicar los medios de seducción, no han dejado nada que hacer para perfeccionar este primer lenguaje de la naturaleza: entre ellos la música, la poesía, y la elocuencia se hallan siempre sostenidas por el juego de los actores: este juego vivo y persuasivo anima los discursos de los oradores y aun á veces de los filósofos, etc., etc.

Parece á la verdad cosa extraña que autores de tan subido precio literario hayan condescendido á tomar cartas en asunto de tan poca monta, como es la danza. Que nosotros los modernos lo hiciésemos, nosotros que solemos gastar mucho tiempo en combinar pueriles trivialidades, se concibe siquiera. Pero que Aristóteles, Platon, Plutarco, Ateneo, Eliano, Teofrasto, mas los comentadores de los trágicos griegos, hayan destinado cierto número de líneas de sus obras para trazarnos con el buen sentido que acostumbran la importancia de los movimientos del cuerpo humano en el escenario, esto á primera vista hace creer que los predichos autores, cuando escribieron se hallaban en un estado de edad próximo á la vejez; edad de quien dicen los mal intencionados que uno no goza constantemente del lleno de sus facultades intelectuales.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

EL CARNAVAL.

Estudio comparativo de costumbres de la época.

CUADRO PRIMERO.

Un gabinete elegante.—Son las doce de la mañana del tercer día de Carnaval.—El duque de X... se acaba de levantar, y toma chocolate en una mesita de té colocada junto á la chimenea.

DUQUE. (A su ayuda de cámara). Se ha levantado la señora?

AYUDA DE CÁMARA. No señor: le dura todavía la jaqueca.

DUQUE. Está buen día, José?

JOSÉ. Magnífico: vea V. E. (Levantando una cortina de terciopelo.)

DUQUE. Celebro que no se agüe nuestra mascarada.—¿Se ha enfundado la carretela azul?

JOSÉ. De arriba abajo. Nadie conocerá en el Prado que es el coche de S. E.

DUQUE. A las dos que esté enganchada, y vestidos Juan y Diego con sus trages de diablos: que vayan entonces á buscar al conde, al marqués y al general, y que los traigan aquí, que es el punto de reunión, y adonde vendrán los demás amigos á caballo.—Tú llégate á la confitería mahonesa y compra diez ó doce libras de caramelos y confites... para tirar desde el coche. No olvides que pongan entre ellos unos cuantos de pega... A quien S. Juan se la dé, S. Pedro se la bendiga.

JOSÉ. Está muy bien.

DUQUE. Al mayordomo, que hoy seremos veintidos de mesa, y al cocinero que no olvide el ojaladre de Carnaval, con sus correspondientes aditamentos.

JOSÉ. Ha concluido V. E.? (por el chocolate.)

DUQUE. Sí: puedes llevártelo todo. (Vase José con la bandeja; al mismo tiempo sale el baron.)

BARON. Buenos días, Luis.

DUQUE. Hola, Federico. ¿Dónde diantres te has metido anoche?

BARON. (Tendiéndose sobre un diván.) En la cama, querido, en la cama. Quise descansar el segundo día de Carnestolendas, como Dios descansó el sétimo de la semana.—Y tú, ¿adónde fuiste?

DUQUE. ¿Adónde habia de ir?—A Capellanes.

BARON. Un hombre casado!

DUQUE. Bah! Si porque está uno casado no fuera á pensar mas que en su mujer!...

BARON. ¿Qué dirías si la duquesa volviese la oración por pasiva?

DUQUE. Es muy diferente. Los pasatiempos de los hombres no comprometen nada...

BARON. Algunas veces su fortuna; no pocas su sosiego; bastantes su honor.

DUQUE. Tú exageras. ¿Qué importancia tiene que yo me divierta un poco con las oficiales de la modista de Matilde?

BARON. De ese modo suelen empezar enredos que el diablo sabe cómo acaban.

DUQUE. Es tan agradable olvidar uno su cadena de cuando en cuando... creerse libre, soltero... Ay! (*suspirando*) ver en fin si todavía es preferido por su mérito personal!

BARON. Fátuo!

DUQUE. Y anoche me convencí de que á pesar de mis treinta y seis años puedo inspirar una verdadera pasión. Si supieses qué aventura tan particular!

BARON. Aventuras de máscaras; de las que nos suceden á todos.

DUQUE. No, no; cuando te digo que es una verdadera novela!—Figúrate que acababa de entrar, cuando se dirige hacia mí una máscara con dominó negro y se coge sin ceremonia de mi brazo... Qué tal! qué pié! y sobre todo qué ojos!—Me habló de Matilde, de ti, de Carlos, de mil cosas; y siempre con una gracia, con un talento! Yo me permití ciertas pequeñas libertades, que ella no castigó. Por ejemplo, descubrí su brazo... el brazo mas lindo de Madrid! Ya sabes que el de mi mujer pasa por modelo: pues aquel era mucho mejor.

BARON. O al menos te lo pareció á ti.

DUQUE. Es verdad; lo ajeno, lo desconocido siempre parece mejor.—Si no hubiese sido porque había dejado á Matilde en la cama, con una jaqueca terrible, con el doctor Nuñez y sus globulitos á la cabeza, hubiera sospechado quizás...—Había una circunstancia, y era que anteayer almorzando aposté mi mujer conmigo que no la conocería si me embromaba hoy martes en el teatro Real. Figúrate tú! No conocer á mi mujer después de ocho años de matrimonio!

BARON. Hubiera sido una torpeza.—¿Y qué apostásteis?

DUQUE. Ella una botanadura para chaleco; yo una magnífica pulsera con brillantes que he visto en casa de Pizzala.

BARON. La cosa valía la pena.—Pero continúa tu relación.

DUQUE. Mi desconocida me prodigó las frases mas tiernas y los apretones de manos mas afectuosos: yo la besé la suya dos ó tres veces, y aun creo que la abracé otras tantas... aunque no quiso acceder nunca á mis proposiciones de cenar conmigo ni de quitarse la carátula.

BARON. Es que tu gloriosa conquista era una vieja.

DUQUE. ¿Vieja? ¿Con aquel brazo, con aquel tallo, con aquel cuello de cisne?—No, no; era una jóven, y una jóven encantadora.

BARON. Y en fin, ¿en qué quedásteis?

DUQUE. Quedamos en que esta noche me aguardará en el palco bajo número 7 del Teatro Real, que ella, según me dijo, tiene á su disposición.

BARON. ¿É irás?

DUQUE. ¿No he de ir?

BARON. ¿Y proseguirás esa peligrosa intriga?

DUQUE. Buen tanto había de ser sinó!

BARON. ¿Y si tu mujer lo averigua? ¿Y si va tambien al baile?

DUQUE. ¡Pobrecita! ¿Como ha de ir? ¡Dudo que se levante hoy tampoco de la cama!—El doctor Nuñez me dijo anoche que era una jaqueca nerviosa.

(*Abrese la puerta del gabinete, y aparece la duquesa en traje de mañana, muy pálida y casi vacilante.*)

DUQUESA. ¡Ah! ¡no estás solo, Luis! (*Desde el umbral.*)

DUQUE. Entra, entra, Matilde; es nuestro amigo Federico. ¿Cómo te sientes, ángel mío?

MATILDE. Algo mejor.—Buenos días, baron. (*Dándole la mano.*)

BARON. Celebro el alivio, duquesa.

MATILDE. (*Sentándose con abatimiento.*) Ahora mismo me acabo de levantar, haciendo un esfuerzo, por ver si gano esta noche una cierta apuesta...

DUQUE. Puedes hablar delante de Federico, á quien se lo he contado todo. ¿Y harás la locura de ir?

MATILDE. Veremos si puedo... pues aun me duele la cabeza horriblemente. Baron, ¿qué opina V.? ¿la ganará?

BARON. Espero que sí; porque nada es imposible para V.

MATILDE. Gracias. La pulsera es preciosa, y tengo capricho por ella.

DUQUE. La tendrás si quieres sin ir; porque sería una calaverada...

MATILDE. ¡Hola! ¿tienes miedo de quedar derrotado?

DUQUE. No, no; tu salud es lo que me interesa; y despues de haber estado en cama dia y medio... (*Bajo al baron.*) Quítaselo de la cabeza mientras yo voy adentro á afeitarme.

BARON. (*Bajo.*) ¿Temas que descubra tu intriga?

DUQUE. No; pero... En fin, quítaselo de la cabeza. (*Alto.*) Querida Matilde, son las doce y media, y á las dos es nuestra cabalgata; haz compañía á Federico mientras yo voy á prepararlo todo. Hasta despues, Federico.

BARON. Hasta despues.

DUQUE. (*Besando en la frente á su mujer.*) Cuidate por Dios, alma mia. (*Aparte.*) El brazo de la otra es mucho mejor. (*Vase.*)

MATILDE. (*Levantándose rápidamente.*) ¡Infame! Finge... como una mujer.

BARON. ¿Ha descansado V., duquesa?

MATILDE. Sí, sí. ¿Y el palco del Teatro Real?

BARON. Aquí lo tiene Vd. Bajo, número 7.

MATILDE. Gracias. Federico, Vd. me acompañará tambien, como anoche... y vive Dios que he de castigar á ese pérfido!

CUADRO SEGUNDO.

Una guardilla pobre: muebles viejos: un lecho en el fondo en el que duermen dos niños.—Juan y Maria sentados junto á una copa de barro, donde hay un poco de fuego.

MARIA. El dia está hermoso, Juan, y es el último de Carnaval.

JUAN. Será menester que nos divirtamos, Maria.

MARIA. El caso es que no tenemos un real. Como no has trabajado la semana pasada...

JUAN. ¡Está todo tan malo!

MARIA. A mí tampoco me han dado de coser en el corte.

JUAN. ¡Pero no salir de casa el último dia de Carnestolendas!

MARIA. ¡Si encontrásemos quien nos prestase un par de duros!

JUAN. El Monte de Piedad se habrá cerrado ya.

MARIA. ¿Y qué habíamos de empeñar? Allí han ido los dos cubiertos que me regaló el ama cuando nos casamos, tu reloj de plata, y mi mantilla de blondas.

JUAN. Si empeñásemos mi capa! Estamos á fines de febrero, no debe hacer ya mucho frio, y por lo tanto bien puedo pasarme sin ella...

MARIA. ¡Si tú quieres!... ¡Ay qué gusto! Iriamos primero al Prado de máscara, y por la noche al Circo de Paul... ¡Y ahora que caigo!...

¿Con qué habíamos de disfrazarnos?

JUAN. ¿Pues no hay sábanas en la cama? Tú con una y yo con otra.

¿No conservas las carátulas del año pasado?

MARIA. En el cofre estan muertas de risa. Mas si el Monte se ha cerrado...

JUAN. Mira, don Judas, el vecino del cuarto segundo, presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso, con el moderado interés de peseta por duro mensualmente. Llévale la capa, y á ver si le sacas media onza: una costó en las roperías de la calle de Atocha el invierno anterior.

MARIA. Voy corriendo. Cuidado no se despierten los chicos y tengamos zemben. (*Tomando la capa.*)

JUAN. No lo temas: no chistaré. (*Vase Maria.*) Y ahora que me acuerdo, es menester despertarlos si hemos de ponernos las sábanas; porque como no hay mas cera que la que arde, es decir, mas sábanas que las puestas... (*Va al lecho y trata de sacar las sábanas de entre los colchones: los niños se despiertan.*)

LA NIÑA. (*Llorando.*) ¿Por qué no me dejas dormir, padre?

EL NIÑO. ¡Toma! ¡es que vamos á paseo! (*Los dos saltan de la cama.*)

LA NIÑA. ¡A paseo, á paseo! (*Dando palmaditas.*)

EL NIÑO. Y yo tambien, y yo tambien.

JUAN. ¡Vaya si es diablura que se hayan alborotado! (*Aparte.*)

MARIA. (*Volviendo á salir.*) Ese don Judas es un judío.

JUAN. ¿No te ha dado la media onza?

MARIA. ¿Media onza? Dos napoleones... y gracias.

JUAN. ¡Cómo ha de ser! No perdamos tiempo, que es la una dada. (*Comienzan á disfrazarse: Maria saca las caretas del cofre.*)

EL NIÑO. Madre, ¿y yo qué me pongo?

MARIA. ¿Qué te has de poner, arrapiezo? Tú te quedas en casa.

EL NIÑO. (*Llorando.*) Yo no me quiero quedar... yo no me quiero quedar...

LA NIÑA. ¿Y yo voy, madre?

MARIA. ¿Qué has de ir tú?

LA NIÑA. (*Llorando.*) Yo quiero ir... yo quiero ir...

JUAN. Despacha, Maria, que esto es un infierno.

MARIA. Callad, criaturas, callad. (*Los niños siguen llorando.*)

JUAN. ¿Tendremos bastante con dos napoleones?

MARIA. ¿No hemos de tener?

JUAN. Porque ya ves, los billetes de la entrada al baile... y luego que algo hemos de cenar...

MARIA. Por supuesto.

JUAN. Podías haber llevado tambien tu pañuelo de seda.

MARIA. Ahora ya es tarde, porque don Judas salía igualmente de máscara.

JUAN. ¿E! Un judío?

MARIA. Poreso iba disfrazado de cristiano.

JUAN. ¿Estás ya lista?

MARIA. Sí; vamos. (*Los niños se agarran de su madre llorando siempre.*)

LOS NIÑOS. Yo quiero ir... yo quiero ir.

MARIA. Volvemos pronto. (*Soltándolos.*) Corre, Juan.

JUAN. Echa la llave, y vámonos. (*Desaparecen: los niños siguen llorando: después de algunos momentos dice:*)

EL NIÑO. Ya que nos dejan solos y encerrados, vamos á comernos la cena.

LA NIÑA. Sí, sí.

EL NIÑO. Y vamos á quemar al gato.

LA NIÑA. Sí, sí.

EL NIÑO. Para esto, hagamos una grande hoguera.

LA NIÑA. ¿Cómo?

EL NIÑO. ¡Toma! Echando la paja del jergon en la lumbre.

LA NIÑA. ¡Sí, sí! (*Ejecutan lo que dicen: á poco se levanta una viva llama, que los niños avivan continuamente. Media hora después tocan á fuego todas las campanas de Madrid.—Juan y María se divierten mucho en el Prado.*)

CUADRO TERCERO.

Son las once de la noche del mismo martes de Carnaval.—Una salita modesta en casa de un empleado.—Este, su mujer, su hijo y su hija se hallan sentados en derredor de una copa de metal.

LA MADRE. Carlitos, ¿conque tanto has embromado esta tarde?

EL HIJO. Como que nadie me ha conocido: verdad es que yo no conocia tampoco á nadie.

LA MADRE. ¿No le viste, Ruperto? (*A su marido.*) Iba hecho el mismo diablo. Figúrate que le puse mis enaguas almidonadas, mi pañuelo de crespón, y la coña con que duermo.

D. RUPERTO. Bueno estaría, Margarita.

CARLOS. Todos me preguntaban si salía del hospital. Pues aun habia otras máscaras mas ridículas.

LA MADRE. Luisita y yo le seguíamos á lo lejos, riéndonos de su facha.

LUISA. Mamá, ¿quién sería aquel morazo que nos persiguió diciéndonos que nos conocia?

DOÑA MARGARITA. ¡Toma! El mancebo de los tiroleses de enfrente.

LUISA. ¿Y aquel otro que te llamó ingrata?

DOÑA MARGARITA. (*Sorrojándose.*) A aquel no le conocí.

LUISA. ¡Vaya si son cosa divertida las máscaras! Todos le dicen á una cosas bonitas, ó la echan chicleos y requiebros. Papá, mire Vd. qué caramelo tan largo me arrojaron de un coche. ¡Tiene media vara lo menos!

D. RUPERTO. Supongo que no lo comerás.

LUISA. ¿Por qué no?

D. RUPERTO. ¡Bobal! ¿No adivinas que es de pega? Tíralo, tíralo. ¿Quién sabe si estará envenenado?

LUISA. ¿De veras? Pues toma, toma, papá.

D. RUPERTO. (*Guardándose, aparte.*) Meservirá para hacer una espresion en Oriente á Doña Paula. ¡Parece esquisito... Como que es de la Mahonesa.

DOÑA MARGARITA. Ruperto, ¿á que no sabes el empeño que tiene contigo Luisita?

D. RUPERTO. No lo acierto.

DOÑA MARGARITA. Quiere que la des licencia para ir conmigo y con su hermano esta noche al baile del Teatro Real.

D. RUPERTO. ¿Al baile del Teatro Real? ¿A ese lugar de intrigas y de perdición?

LUISA. Yendo del brazo de mamá no me perderé.

D. RUPERTO. Tú, Margarita, debias quitárselo de la cabeza en vez de... ¡Una señorita bien educada ir á las máscaras!

LUISA. ¡Son tantas las que van!

D. RUPERTO. Pues no señora, no doy permiso.

DOÑA MARGARITA. Te aseguro que á mí me gustaría dar un vistazo...

D. RUPERTO. Tú te has vuelto loca. Repito que no, y mil veces no.

CARLOS. Me parece muy bien que no vayan mamá y Luisa; pero los hombres...

D. RUPERTO. Los hombres es diferente; por eso voy yo.

CARLOS. Y yo también, si me lo permites.

D. RUPERTO. Tú no eres hombre; eres un pollo, y bastante tienes con lo que te has divertido esta tarde en el Prado.

CARLOS. ¡Papá!..

D. RUPERTO. Nada; no hay que hablarme de eso... y váyanse Vds. á acostar, que son las once y media.

LUISA. (*Refunfuñando.*) Pues, la ley del embudo...

DOÑA MARGARITA. (*Bajo á Luisa.*) No tengas cuidado: iremos. Buenas noches, Ruperto.

D. RUPERTO. Buenas noches, Margarita. Dormir bien.

LUISA. (*Besando á su padre.*) Que te diviertas, papá.

CARLOS. Buenas noches. (*Aparte yéndose.*) Yo me escaparé en cuanto él se marche.

Media hora después, Carlitos sale con dominó de su cuarto; el criado le abre la puerta de la escalera, y él taja los escalones de cuatro en cuatro.

CARLITOS. Que no le digas nada á papá, Perico.



(Reclinitorio de anacardo, hecho por el tallista J. S. Fritsch de Viena.)

PERICO. Pierda Vd. cuidado.

CARLITOS. Y que estés despierto cuando yo llame.

PERICO. Vaya Vd. tranquilo.

Doña Margarita y Luisa salen de su cuarto con capuchones negros, seguidas de la doncella.

DOÑA MARGARITA. Blasa, á las cinco estaremos de vuelta. Si viniese el amo antes, no le diga Vd. que hemos ido al baile.

BLASA. Por supuesto.

DOÑA MARGARITA. Me llevo la llave por no llamar abajo; pero esté Vd. en la antecámara para que no tiremos de la campanilla.

BLASA. No me moveré de allí en toda la noche. Que Vds. se diviertan mucho.

DOÑA MARGARITA. Vamos, Luisita.

LUISA. ¡Que felicidad! Ir á un baile de máscaras!

DOÑA MARGARITA. En la calle nos estará esperando D. Calisto con un coche.

LUISA. ¡Mamá, si sería D. Calisto el que te apretó la mano?

DOÑA MARGARITA. Silencio!

LUISA. ¡Pobre Carlitos! ¡Ya estará durmiendo! ¡Si encontrásemos en el baile á su amigo Enrique! ¡Qué guapo muchacho es, mamá!

DOÑA MARGARITA. Silencio! Lo dicho, dicho, Blasa.

Vanse Doña Margarita y Luisa. Blasa corre á su cuarto, y se viste de valenciana.

BLASA. ¡Ciel que no se marchaban nunca!.. ¡Y Fulgencio, el criado del cuarto segundo, que me estará esperando para ir juntos á Capellanes! Yo no les digo nada á los compañeros... Cuando salga cerraré la puerta quedito... y como estarán ya durmiendo, no me sentirán. Volveré á las cuatro y media para recibir á las señoras, y nadie notará mi ausencia.

(La cocinera y el criado, grotescamente disfrazados, salen de puntillas mirando al cuarto de Blasa).

PERICO. Aun tiene luz en su cuarto, Rufina.

RUFINA. ¡Estará leyendo: como la echa de tan destruida!

PERICO. ¿Que haremos?

RUFINA. Dejar la puerta entornada.

PERICO. ¡Diantre! ¿Y si entran ladrones?

RUFINA. Cerrando bien la de la calle...

PERICO. ¿Traes la llave?

RUFINA. Sí; la que me ha prestado la vecina de la guardilla.

PERICO. Pues vamos.

RUFINA. Vamos.

BLASA. (Saliedo en seguida.) ¿Quién habrá dejado abierto aquí? Sin duda la señora por si yo me dormía. Pues dejémoslo en tal estado... con eso me iré mas descansada.

CUADRO CUARTO.

La calle donde está la casa de don Ruperto: cuatro hombres en la esquina inmediata.

HOMBRE 1.º. ¿Han salido todos?

HOMBRE 2.º. Primero el amo, luego el señorito, despues la señora, y por último, uno detrás de otro los criados.

HOMBRE 3.º. ¿Entonces no hay nadie dentro?

HOMBRE 1.º. Nadie.

HOMBRE 4.º. ¿Y en el cuarto segundo?

HOMBRE 1.º. Solo una vieja enferma.

HOMBRE 2.º. Así podemos dar el golpe con seguridad.

HOMBRE 1.º. ¿Traes las ganchas?

HOMBRE 2.º. Aquí viene toda la herramienta.

HOMBRE 3.º. ¿No pasa ninguno ahora?

HOMBRE 1.º. Los municipales estan de baile tambien, y acabo de ver al sereno durmiendo en la puerta del número 8.

HOMBRE 3.º. Pues adelante!

Todos. Adelante.

Cuando don Ruperto y su familia vuelven del baile, encuentran la casa sin ropas y sin dinero.

RAMON DE NAVARRETE.

EN TÍTULOS DE COMEDIA

TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO.

Te pudiera Engañar con la verdad, carísimo lector, si imitando á El pintor de su deshonra, te ocultase la diferencia que hay entre Lo vivo y lo pintado, y sin mostrarme El vigilante no te descubriese El pró y el contra de El valle de lágrimas en que vivimos, para que cual otro San Francisco de Borja puedas conocer que En esta vida todo es verdad y todo mentira.

Aunque no soy partidario de la Misanropia ni me place hacerme El melancólico, ni tengo Los dones que se requieren para Las improvisaciones, al menos le podré decir Una de tantas verdades como salen

de La redacción de un periódico, y que si quieres penetrarte de ellas Muérete y verás.

Tres comedias en una te pondré por ejemplos, pues el Gran mercado del mundo no es sino La comedia casera representada en La Tertulia de la estufa, y cuyos primeros papeles son Los Picos de oro y La orquesta femenina. El amor y la amistad serán La primera informacion que ocupe mi pluma, porque El poder de la razón me ordena que los Afectos de amor y celos sean mas preferentes en literatura, que La política de amor, y que La civilización en lecciones.

A cada paso un peligro encuentras si te dedicas á Amar como te ha de amar; y mucho mas si eres de los que piensan Amar por burla; porque como Con amor no siempre la amistad es lo mejor, tratas de Engañar para reinar, y te encuentras que en vez de ser El enemigo engañado, se han cambiado Los engaños de un engaño y confusión de un papel, viniendo á ejercer la favorecida En mujer, venganza honrosa; y como En mujeres hay venganza y en su venganza castigo, te pones En los mayores conflictos, sin que basten á sacarte de ellos Las astucias de Lucifer. Si al contrario te decides por Amar despreciando riesgos, y te conviertes en El amante español, Los amigos enojados de semejante proceder te comparan con Los amantes de Teruel ó con Los amantes de Verona, ó con Los amantes de Cartago, porque como ellos creen que Diablos son las mujeres y Todo en amor enredo, estan por Hacer del amor venganza, olvidando que Amor es esclavitud, y que Amor es la primera obligacion; sin cuidarse tampoco de que Amor, lealtad y amistad son Los tres blasones de España, y que En vano es querer venganza cuando amor pasiones vence. Así pues, ten presente Que en riesgos luce el amor, que En el mayor imposible nadie pierde la esperanza; y que En vano el poder persigue á quien la deidad protege.

Si eres de Los lechuguinos y llevas diariamente Los guantes amarillos, y al pasar por debajo de las ventanas de Magdalena oyes decir: Qué hombre tan amable! aunque no lo han dicho por tí, como te asemejas al Pobrepretendiente en lo relativo á El amor y la amistad, te decides á declararle á La Filis de tus pensamientos Los primeros amores; y considerándote Un novio á pedir de boca te armas de La pluma prodigiosa, y en El ramillete y la carta que le diriges le protestas Quer como no es costumbre, y le pides que acuda á Las citas á media noche para que llegue á su oído El eco del Torrente amoroso que tu corazón desgarras, y puedas oír de su boca El sí de las niñas por tí tan deseado. La Magdalena que se ha educado en la Escuela de las coquetas, y que dice no haber recibido todavía La primera lección de amor, aparenta temer á La calumnia y te niega en la apariencia Las citas solicitadas. Tú insistes en La demanda y te vales de Una vieja: esta solo puede conseguir que te digan Amar por señas, que opongas Finezas contra desvíos, y que tengas Cuidado con las amigas, porque de lo contrario has de saber que Amor venga sin agravios, y sobre todo Paciencia y barajar. Como tú te has decidido á Amar por razon de estado, sufres con resignacion temiendo á Los padres de la novia y esperando Probar fortuna. Por una de aquellas Casualidades imprevisibles logras una cita á La una en La hostería de Segura; y cuando vas como otro D. Juan Tenorio hácia el sitio, te encuentras con Un tercero en discordia, que parecido á El encubierto de Valencia te proporciona Un desafío. Concertado este después de La serenata que ha de tener lugar aquella noche, media El amigo íntimo, y concluye El desafío por Un día de campo. Las causas de La Metamorfosis ocurrida, si tienes las ideas de El hombre pacífico, ya las conocerás, y por eso yo digo que Todo es farsa en este mundo.

Amigo amante y leal piensas tú encontrar en todos los que de amigos te se brindan; pero Los filósofos de Grecia te advierten que No hay amigo para amigo; y te ves precisado á estudiar el modo de sacar El engaño en la verdad, y á distinguir El amigo por fuerza de El amigo hasta la muerte. El espejo del mundo te advierte que Nadie fie en lo que ve porque le engañan sus ojos, y el proverbio te enseña que Hados y lados hacen dichosos y desdichados, para que sepas Guardar y guardarte. La vida de un jugador te pone bien en claro que De un yerro nacen mil yerroes, que El mayor monstruo del mundo es no saber pronunciar La sentencia contra sí, ni saber constituirse en El Médico de su honra, porque entonces viene uno á ser El tirano de sí propio; que El laurel de la fortuna pronto se seca; y todo viene á demostrar en último fin Lo que hay que fiar del mundo.

Figúrate, caro lector, que te conviertes en Un Ministro, y al momento dices muy ufano: ya he podido clavar La rueda de la fortuna; me voy á convertir en Un verdadero hombre de bien, y voy á dar Al César lo que es del César sin Juzgar por apariencias ni acudir jamás á Medidas extraordinarias. Pero es el caso que en El cuarto de hora te se presentan Los dos Tribunos, y te revelan Un secreto de Estado en que El honor español se halla comprometido, porque Los partidos se han poseído de El afán de figurar. Te ves en la necesidad de combatir La ambicion, porque así te dice El Diplomático que debes calificar el objeto de tus contrarios. Tú te opones á La degollacion de los ino-

centes, pero á poco se ofrecen á tu vista *Los cobradores del banco*, te aconsejan que es *La mejor razon la espada*, y que de aceptar la marcha que te se propone lograrás *El día mas feliz de la vida*. Vacilas aun, pero te se prepara *La Ponchada*, te cogen *Palabras y plumas* en un momento, te hallas acometido de *Flaquezas ministeriales*, y el resultado es arrostrar *El que dirán y el que se me da á mí*. He aquí ya vencida tu repugnancia, convertida en *D. Trifón todo por el dinero*, y cumpliéndose en ti aquel proverbio de que *Quien habló pagó*. Este era *El disfraz de El hombre de mundo* en los felices tiempos de *El primer Conde de... Flandes*.

La revolución de julio con *Pelear hasta morir* restableció *El poder de la razon* enalteciendo *La fuerza de la ley* que vestía el ropaje de *La Dama muda*: y al dejar á *La inocencia triunfante* salvó la *Mística monarquía* de las asechanzas que le preparaba la *República conyugal*, poniendo de manifiesto *Cómo luce la lealtad á vista de la traición*. Pero *El cambio de mano* que ha tenido lugar, y que causando *El asombro de la Francia* ha acreditado lo que es *El español entre todas las naciones*, concluirá con *La manzana de la discordia*, y traerá *La reconciliación de los partidos*, ocasionando *La dicha por el agravio*, y cumpliendo la máxima de que *Antes que amor es la patria*.

Si yo no conociera *Lo que va del hombre á Dios*, te respondería hoy, carísimo lector; pero como *Los enredos del diablo son muchos*, lo dejo para mas adelante, y solo te repito que *Todo es farsa en este mundo*.

MANUEL MALO DE MOLINA.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

—Escribe pues, dijo Aguilar colocándola el papel.

La joven se detuvo aun algun tiempo suplicando, llorando, arrastrándose de rodillas; pero todo fué en vano; Aguilar parecia cada vez mas exigente y mas grosero, pues queria apagar su emocion por medio de la impudencia y el cinismo, como algunos cobardes fanfarrones que cierran los ojos en el peligro y se lanzan queriendo aturdirse para no sentir el miedo.

Angélica escribió. D. Juan cogió la carta y la dijo:—Ahora sígueme.

Todas las fuerzas de Angélica se habian agotado, y obedeció sin darse cuenta de lo que hacia. Su razon se habia eclipsado, y parecia un cadáver movido por un procedimiento galvánico. Al pasar por delante del cuarto de Enrique, Aguilar deslizo la carta por debajo de la puerta, y luego tomando á Angélica en los brazos, como quien coge á un niño, atravesó el jardín, escaló otra vez la tapia, y llegó á refugiarse en un coche que le esperaba á pocos pasos.

—A galope, dijo al cochero.

—¿Adonde? preguntó este.

—A Madrid, calle de Leganitos, número...

El coche se perdió pronto entre las sombras.

Una hora después Aguilar pálido como un espectro se presentó á Margarita, que recostada en una butaca, leía un tomo de novelas francesas.

—He obedecido, dijo al entrar.

—¿Es Vd. dueño de ella?

Aguilar hizo con la cabeza una seña afirmativa.

—¿Y Enrique ha recibido la carta?

—La he echado por debajo de la puerta de su cuarto.

Margarita estrechó la mano de Aguilar, y le sonrió afectuosamente. Estó fué la única paga de aquella infamia.

En este momento una doncella apareció en la puerta del gabinete. —Tome Vd. este libro, la dijo Margarita, y encargue en la librería que no me traigan mas novelas de Soulié, porque son muy inmorales.

Margarita hablaba de buena fé. ¿Qué es la inmoralidad para el mundo?

V.

EL RETO.

Desde la mañana siguiente Enrique volvió á su antigua vida de orgia y escándalo, buscando á todo precio sensaciones fuertes, el placer coronado de espinas, las lágrimas de la alegría mezcladas en una misma copa con las lágrimas de la desesperación. Semejante á los que para olvidar pesares se embriagan y cada día necesitan doble número de vasos para embriagarse, hasta que el último les produce la muerte, así Enrique apuraba á largos tragos la copa del vicio, y muchas veces llevaba á sus labios la del crimen. Un nuevo duelo cada mañana

y un nuevo amor cada noche, le sostenían en un estado febril que no le permitía pensar, y esto era lo que él deseaba. Para la mayor parte de los hombres, este deseo, esta necesidad mas bien será incomprensible, pues no todos tienen en su alma esa parte pura, emanación inmediata de Dios, que nos une con él desde el mundo y que se llama poesía; muchos ignoran esa aspiración informada, nostalgia del ángel ó sueño del hombre, que apenas tiene traducción en el lenguaje del mundo, y que encadena lo finito á lo infinito, lo real á lo ideal. Para el que ha nacido poeta es una necesidad el creer y el amar, porque la fé y el amor constituyen su alma; y cuando el desengaño con su mano de hielo siega en flor sus ilusiones, su corazón muere de la muerte de ellas. El alma de Enrique aletargada durante tanto tiempo por la copa de la orgia, habia despertado por un momento, y habia creído ver como un prisionero descender un ángel á su calabozo en un puro rayo de sol; pero habia corrido á abrazarle; las blancas vestiduras del ángel se habian deshecho al tocarlas como las de un cadáver secular; sus alas habian caído reducidas á polvo, y solo habia abrazado como siempre el esqueleto inmundo de la realidad, que se burlaba de él con su risa desdentada. El primer momento de su dolor fué verdaderamente terrible; creyó que las fibras de su alma se rompían como las cuerdas de una lira arrojada al fuego; mordió sus labios hasta hacerlos brotar sangre, y de sus ojos corrió una lágrima de desesperación, como la que escaldó la mejilla de Luzbel el día de su caída; pero todo esto pasó en el silencio de la soledad, y hábil cómico, cuando se presentó en el escenario del mundo, su rostro habia cambiado, y nadie podia descifrar si el fuego que iluminaba sus ojos era el del deseo ó el de la fiebre, si su sonrisa era hija del placer ó del sarcasmo de la desesperación.

Mientras tanto una mirada de fuego le seguía á través de las infernales sombras de su vida como un remordimiento, como el espectro de su víctima al asesino. Unido á él como su propia sombra, siempre silencioso y siempre despierto, espiaba la hora de su desgracia para arrojarle sobre él, como las aves marinas que siguen á la nave con la esperanza de un naufragio. Una mano oculta, la mano de la venganza, semejante á un huracán, arrojaba diariamente á su camino los hermanos, los padres, los esposos de sus amantes, á quienes una voz oculta y misteriosa informaba de la seducción de sus hermanas, sus hijas y sus esposas. Enrique vencia siempre, y cada una de sus victorias arrancaba una lágrima de desesperación á Enriqueta, porque Margarita era la mano y la voz de esta misteriosa venganza; pero la fortuna y el valor no podían luchar siempre con aquel odio concentrado y oculto; aquel Napoleon de las mujeres debía tener tambien su Waterloo, y Margarita le aguardaba sonriendo: Una noche Enrique estaba solo con una bailarina del Circo (era el tiempo en que el baile del Circo hacia furor), y se divertía oyéndola chapurrar el español, con esa gracia peculiar á las hermosas cuando procuran hacerse entender en una lengua que apenas conocen. Vestida de silfide y sentada en sus rodillas, le habia cogido las manos, y suplía con los ojos lo que con los labios no acertaba á decir. Como el verano estaba ya bastante adelantado, la ventana de la habitación estaba abierta y dejaba paso al aura consoladora perfumada al paso en los jardines vecinos; pero tambien daba paso á una mirada de mártir, á la mirada de Angélica que los observaba oculta en la sombra como una melancólica estrella desde una ventana fronteriza.

Aguilar la habia enclaustrado en una humilde casa habitada por una anciana mujer de mundo, que despues de haberse casado y envidiado, dejó sus galas á la juventud con lágrimas en los ojos, como un ministro que firma el nombramiento de su sucesor, tomó la histórica capa, la característica papalina y la caja de rapé, y se hizo hermana de la Orden de los jugadores. Muchas veces la habreis encontrado en los cafés y las fondas pidiendo rom y lumbre para encender sus cigarros, recitándose versos, porque tiene sus puntas de poetisa, y es maltando su conversacion con tal cual juramento, recuerdo de su vida anterior. Esta mujer, de edad entonces de cincuenta años, tomó á su cargo guardar á Angélica, á quien quiso mas de una vez, enamorada de su belleza, y seducida por la infantil dulzura de su carácter, educar á su modo y arrojar en la vida que ella misma habia tenido, no con mala intencion, sino con el buen deseo de las cortesanas que creyendo hacerlas un bien, corrompen á sus hijas; pero Angélica no la escuchaba, y apartada del mundo y cautiva en la soledad, veía pasar lentamente las horas, y formaba su alma en el silencio del dolor. Niña poco tiempo antes, una página de un libro la enseñó el amor, un beso se le hizo sentir, y el dolor la acostumbraba á reflexionar sobre él; su sentimiento adquiría toda la fuerza de aquellos que el alma elabora lentamente en la soledad, donde el poeta escribe el Apocalipsis como San Juan, y el político un plan de un imperio universal como Campanella. ¿Acaso el mismo Cristo no formó en la soledad el sistema verdaderamente divino de su religion? La idea á que en la soledad nos unimos llega á formar parte de nuestro ser, pasa á constituir nuestra alma, y nosotros nos convertimos en su encarnación. El amor de An-

géllica por esta circunstancia debía llegar á ser profundo, inmenso como los que sueñan los poetas y no se conocen en el mundo. Angélica debía llegar á ser la encarnación de una de esas creaciones admirables de los dramas de Byron, una Myrrha ó una Adah, adornada de todas las bellezas de la mujer en el cuerpo y de todos los esplendores del ángel en el alma, la encarnación de un sueño de poeta, bello ideal de la perfección femenil.

Una cosa sola la faltaba para que su carácter acabara de desarrollarse, conocerlos celos; y la casualidad, colocando á Enrique y su amante delante de su ventana, se los hacía conocer. Con su mirada de niña curiosa y de amante ofendida, espiaba desde la oscuridad el círculo de luz en que su amado aparecía con otra mujer, y los besos de sus labios resonaban en su corazón. La última hoja de la flor de su inocencia caía abrasada, y volaba á merced del viento de la noche; el amor se descubría ante ella de su último velo, y las lágrimas que de sus ojos corrían eran ya enteramente humanas; eran las lágrimas del amor tal como nosotros le comprendemos después de la edad de las ilusiones, cuando la fuente del sentimiento mas puro que brotaba en nuestro corazón se ha envenenado con el contacto del mundo, y la primera virtud puede recibir el nombre de vicio degradante.

El aura de la noche llevaba á sus oídos las palabras de aquellos dos amantes de una hora, como los perfumes de dos flores que se fecundan en la oscuridad. Su corazón latía al sonido de aquellas frases doradas, brillantes como las gotas de licor de la orgía, y que encerraban como ellas un rayo del sol de los amores, un alma mas para gozar. En aquel momento en que se revelaban á la virgen los misterios voluptuosos de la vida, en que se formulaban sus deseos, y sus ojos adquirían una nueva luz, momento preñado de pensamientos que se sentían sin explicarse, de dolores y placeres nuevos, porque en todo dolor hay cierto género de placer, como en todo placer hay cierto género de dolor; en aquel momento Angélica, ruborizada como un capullo entreabierto y con lágrimas en los ojos, sentía formarse completamente su carácter, y asistía á la mas profunda crisis de su naturaleza. El dolor daba la última mano á la obra que había comenzado el amor, y el dolor es el mas sabio de nuestros ángeles.

De repente el rostro de Angélica palideció como el de la estatua de una tumba; sus ojos se abrieron desmesuradamente, y un grito de terror se heló en sus labios entreabiertos y descoloridos. La escena de la habitación de la bailarina había cambiado como por encanto. Un hombre pálido fulminando miradas de tigre herido, y con un par de pistolas en la mano, apareció en el dintel de la puerta, cuyas dos hojas se habían abierto con estruendo.

Era D. Leon, el esposo de Margarita, el amante de la bailarina. Esta al reconocerle lanzó un grito, y su rostro palideció bajo la cascarrilla de pintura que le adornaba, arrancándose instintivamente de los brazos de Enrique.

Hubo un momento de terrible silencio en que D. Leon y Enrique cruzaron sus miradas, deteniéndose como dos esgrimidores que han cruzado sus aceros. Por último, Enrique soltó una sonora carcajada que heló la sangre en las venas de Angélica y pasmó á la bailarina, exclamando: ¡D. Leon!

Había en el modo con que fué pronunciada esta palabra una ironía tan sangrienta, la risa nerviosa en que se envolvía era tan insultante, que D. Leon sintió toda su sangre agolpada á la cabeza como si le hubiesen escupido en el rostro. Con un movimiento convulsivo empuñó una de sus pistolas, y la levantó á la altura del pecho de Enrique, que con su risa y su mirada parecía provocarla á que disparara; pero un pensamiento generoso le detuvo, y volviendo á bajar su arma, dijo con acento que en vano procuró fingir tranquilo: Yo soy, D. Enrique, el esposo de una mujer á quien Vd. sedujo vilmente, el amante de una mujer que encuentro en los brazos de Vd.

—¿Cuando trae Vd. dos pistolas por adorno en la mano? Ese es un lujo inútil, señor, dijo Enrique siempre riendo; eso no debe llevarlo sino quien sabe usarlo.

—Dentro de poco demostraré á Vd. que las sé usar.

—Me alegraré por Vd. ¿No son de juguete?

—Vd. verá.

—¿Cuándo?

—Mañana si Vd. gusta.

—¿Dónde?

—Donde Vd. quiera.

—¿En la venta del Espíritu Santo?

—Sea en la venta del Espíritu Santo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y D. Enrique, sonriéndose siempre, hizo á D. Leon con la mano una señal de despedida.

D. Leon se detuvo aun un momento, y mirándole fijamente: Una palabra, caballero, dijo; se nos olvida arreglar las condiciones. En primer lugar, el duelo ha de ser á muerte.

Enrique se encogió de hombros diciendo: Eso es cuenta de Vd.

—No, caballero, dijo D. Leon; es cuenta de los dos. Vd. ha creído que porque conocí el manejo de las armas y yo no, va á ir á cazar-me con tanta seguridad como pudiera hacerlo con una liebre; pero se equivoca. Yo no tengo el tonto placer de dejarme matar para añadir una línea mas á las memorias de Vd. Deseo que juguemos la vida legalmente. Que las probabilidades se dividan con igualdad entre Vd. y yo; y que si Vd. vence, sea porque así lo haya dispuesto el destino.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

PARA EL ALBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA CARMEN BAEZA Y RIEGO.

Eres hermosa, cual divino arcángel
que en las regiones celestiales mora.
Como la Diosa venerada en Chipre,
tan seductora.

Son tus cabellos que envidiara Apolo,
rubia madeja que acaricia el viento;
tersa tu frente, despejada y pura,
ámbra tu aliento.

Son tus mejillas cual lozanas rosas;
tienes de nieve deslumbrante albuza,
ojos azules de mirada tierna,
limpia y pura.

Mórbidas tienes y elegantes formas,
seno turgente, colorido bello,
dientes cual perlas, cual coral los labios;
albo es tu cuello.

Es tu cintura delicado lirio,
palma que mece juguetona brisa;
tienes, hermosa, indefinible encanto,
dulce sonrisa.

Son tus palabras hechicero filtro,
hablas, é inspiras con la voz amores,
pasas, y al roce de tu leve planta
nacen las flores.

¿Quién insensible mirará el hechizo,
Cármén hermosa, que en tu ser se admira?
No cual mereces ensalzarte puede
tosca mi lira.

Eres hermosa cual divino arcángel
que en las regiones celestiales mora.
Como la Diosa venerada en Chipre,
tan seductora.

Ah! perderánse juventud, belleza,
gracias y encantos, adorable niña,
cuando el cabello de blancura el tiempo
rápido tiña.

Mas la dulzura, la virtud, talento,
prendas que tienes de valor constante,
esas del tiempo á la segur no ceden
s'empre cortante.

Esas estima sin igual el hombre,
no las que pasan cual fugaz centella.
Esas le muestran á su amada siempre,
siempre mas bella.

Dios te protege, cariñoso y tierno,
mágica y noble la virtud te inspira...
mas prendas tantas á cantar no alcanzo:
suelto la lira.

R. F. M.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Una ánima sola ni canta ni llora.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA CARRERA DEL ASNO.

La lámina que va al frente de estas líneas representando uno de los cuadros mas animados y verdaderos de la vida, es un proverbio en acción, daguerreotipado en la *Carrera del asno*, que pasamos á describir.

En vano uno de los contrincantes escita con las voces y los ademanes su cabalgadura rendida; el otro levanta las manos y lanza el grito de victoria correspondiendo á las aclamaciones de la multitud.

Un momento después, de piés cerca de su burro, se presenta á recibir la recompensa prometida. Da la vuelta al circo de los espectadores escuchando sus felicitaciones; vuelve á su casa rico y orgulloso, como un atleta de los juegos olímpicos, mientras que el pobre Aliboron, el verdadero vencedor, vuelve á su miserable pesebre á comer mezuquina ración de paja y salvado.

Triste símbolo de la mayor parte de las victorias de este mundo! ¿Quién nos ha confiscado en su provecho los laureles conquistados por otro? ¿No tienen todos un asno por medio del cual llegan á conseguir

su fin? Generales, ¡cuántos triunfos no habeis debido á los valientes soldados, capitalistas, banqueros que se han hecho millonarios utilizando en beneficio propio los cortos bienes que el pobre les confió; escritores que deben su reputación literaria explotando una idea concebida por otros ciento que le han desembarazado el camino; hombres de estado á quienes el heroísmo popular eleva al poder; artistas á quienes una feliz casualidad los conduce, como por la mano, repentinamente á la celebridad; herederos que recogen durmiendo la fortuna acumulada por la paciencia laboriosa de un pariente desconocido: cuántas gentes hacen su fortuna con las carreras del asno!

Honor al menos al que, después de la victoria, no abandona su montura!—¡Es muy comun en el hombre relegar al olvido los humildes instrumentos de su felicidad! Desde la nodriza, que alimentándole en sus primeros años, le asegura las fuerzas de que se ha aprovechado y el humilde mentor que á fuerza de paciencia y de fatiga desarrolla su inteligencia en los primeros años de la vida.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO SESTO.

(Conclusion.)

Empero, no conviene exagerar las cosas. Consideremos antes de prejuzgar la cuestión de si obraron bien ó mal estos autores destinando algunos párrafos de sus obras al apoteosis del baile, qué era en la escena trágica del teatro antiguo este elemento. No vayamos á creer que aquellos eruditos varones se asemejan á nuestros modernos eruditos á la violeta, insipientes literatos que escriben tratados sobre el modo de montar una *Victoria-Queen* ó de aplicar el cosmético al crecimiento y desarrollo del bigote.

Esta danza tan elogiada, tan sabiamente caracterizada en su modo de ser artístico, en su origen y tendencias, era esencialmente dramática: era como la música, como el baile un elemento del drama una condición, una circunstancia, sino indispensable, al menos oportuna, para la total expresión de la idea: era lo que es hoy la danza en nuestra moderna ópera, una cosa esencialmente artística, y aun mas, racional y filosófica. Se dirijía, como todos los elementos constitutivos del arte antiguo, á la expresión de una idea bajo una forma de agradable y simpático aspecto, de bonita visualidad. Esta idea no era otra que la incluida dentro de la acción dramática, el mismo tema de la acción que se iba desarrollando por sus trámites regulares á los ojos de la inteligencia de los espectadores.

Los griegos, gente como hemos indicado ya, que tenía mas de un punto de contacto con los modernos franceses por su carácter ligero, veleidoso, indiferente, toleraban rara vez el tono uniforme é igual de un hecho ó una idea. Permanecían serios, graves, cierto tiempo; mientras no se les ocurría algún chascarrillo que decir á cosa análoga: pero cuando este asomaba á la punta de su imaginación ó cuando se les venía á las mentes alguna peregrina idea que llevar á cabo, cesaba la formalidad y lo echaban todo á guasa, á culebra, como decimos nosotros los estudiantes. Hé aquí la prueba. Un día el pueblo ateniense reunido como de costumbre en la plaza pública de Atenas, murmuraba fuertemente de la vida en extremo escandalosa de Alcibiades, sobrino de Pericles, y entonces jefe real, ya que no nominal, de aquella república en que, como sucede en esta clase de gobiernos, lo son alternativamente ó los mas osados ó los mas intrigantes. Sábalo Alcibiades: corta la cola á un hermoso perro que le había costado catorce mil reales vellón, y no es cuento, la lleva á la asamblea, la enseña al público, cesan de repente los murmullos amenazadores, las recriminaciones hostiles, y no se habla ya mas que del perro de Alcibiades y de su hermosa cola cortada. Hallábase otro día este mismo pueblo en la asamblea tratando de negocios muy importantes para el estado, pero que no debía considerarlos tal para su persona el astuto griego de quien hablamos. Convenía, pues, á sus fines particulares hacer que aquella discusión se volviese *agua de borrajas*. Vá á la asamblea, se mezcla entre la muchedumbre, y en lo mejor del asunto, cuando conoció que este se hallaba en su punto decisivo, suelta un pajarillo que llevaba debajo la capa; échase todo el pueblo á reír, diríjense todas las miradas á seguir la dirección que lleva el animalito, se aplaude y comenta la originalidad del caso, se disuelve la asamblea y el asunto en cuestión está aun por discutir. Tal era la gravedad y sensatez del pueblo griego en las cosas mas formales; y tal eran tambien su veleidad é inconstancia.

Dicho se está que en un pueblo por el estilo se hacia preciso infinita variedad en el desarrollo de una idea, de un hecho continuado, cuya base no podia menos de ser la unidad de acción. Además de que por grande, por superior que fuese la natural agudeza y perspicacia de ingenio de aquel pueblo, por esquisito su gusto en materias de arte, al fin era pueblo; es decir, gran reunión de hombres donde hay de todo como en botica, bueno y malo. Una verdulera dijo cierto día con maligna sonrisa al filósofo Teofrasto, quien hallándose muy escaso de metálico, en razón á su cualidad de filósofo—cosa que á nosotros nos sucedería serlo—fué él mismo á la plaza á comprar unas verduras—sin duda debía ser discípulo de Pitágoras:—«Señor extranjero, me regateáis demasiado, no las llevareis en ese precio.» Nótese, y por eso traemos á cuento esta anécdota, que el tal extranjero era griego puro, aunque no de Atenas; que había permanecido mas de treinta años en dicha ciudad; que se picaba de hablar el griego mejor que ningún ateniense y con el mas esquisito aticismo. Una oscura mujer del pueblo, una tosca verdulera, una manola de Atenas, con su terrible palabra ¡extranjero! había dado á conocer al filósofo, al purista Teofrasto la natural perspicacia, el espontáneo desarrollo de la inteligencia del pueblo ateniense. Sin embargo, es mas que probable que

no fuesen tan abiertos de ingenio todos los habitantes de Atenas como la astuta verdulera del mercado de las legumbres.

Así pues, se hacia forzoso para que se realizasen las tendencias del arte dramático griego, tendencias artísticamente democráticas, que todas las clases sociales que caben dentro de las grandes reuniones de un pueblo, á donde acuden indistintamente todos los ciudadanos, tuviesen su respectiva y necesaria representación, y á mas de esto, su participación, en un hecho de nacionalidad individual y colectiva, cual era el teatro. Si hizo por lo tanto que apareciesen en este cierto género de elementos que por su esencia y forma apellidaríamos de brocha gorda, de gran bullo; elementos en relación directa con las facultades intelectuales de las grandes masas de individuos en que, lo mismo en el terreno artístico, que en el moral é intelectual, lo que hace efecto es lo que se presenta con grandes, aunque por lo regular vagas é inciertas proporciones. Es decir, que los griegos dotaron á su arte de una popularidad que se comprende bien en una nación tan democrática y le pusieron al alcance de las inteligencias vulgares. La música, el canto, el baile mimico y otras cosas análogas no tienen en Atenas de que hablamos otra significación que la que nosotros le hemos dado en el teatro.

Quisieron, pues, que estos modos constante y artísticamente variados de reproducirse una acción, un hecho, una idea, de cualquier carácter que fuesen, correspondiesen directamente á una necesidad, imperiosa, imprescindible de variedad que se hallaba en la índole y génio especial del pueblo griego. El objeto del arte griego, en esta parte, era digno y elevado y sobre todo patriótico. Quisieron además dar á este arte todos los requisitos indispensables en su modo de ser, para que descendiese hasta el punto determinado en que la inteligencia del pueblo, que ya hemos dicho mas abierta y despejada que la de cualquier otro, pudiese satisfactoriamente comprenderle. La evidencia de su propósito resalta en los elementos de su teatro que vamos analizando y especialmente en las *sátiras*. Estas piezas escénicas, que no hemos juzgado bastante dignas de nuestra atención para detenernos en ellas, equivalen á lo que hoy llamamos sainete, juguete, ó disparate cómico. Pertenecían al triple género trágico, cómico y satírico, y solo se representaban al terminarse la función como sucede ahora. El *Ciclope* de Eurípides es de este género. Su objeto ya lo adivinamos, es el mismo, igual al que á la presente se les da. El distraer alegremente la atención del público afectada, conmovida, dominada por los trágicos sentimientos del terror ó de la compasión: el de establecer esa variedad de afectos óideas tan necesaria al hombre, tan en armonía con su naturaleza débil y flaca, y que tan bien comprendieron los griegos. Tal era, pues, el objeto de estas *sátiras* ó dramas satíricos de donde tomaron los romanos sus famosas *Atellanas*.

Ahora se comprenderá fácilmente cuál es la importancia del elemento mimico en el teatro de Atenas, y cómo al ocuparse de este importante elemento artístico, autores tan graves como los ya citados no perdieron del todo la razón. Al contrario, creemos la conservasen en esto como en lo demás fresca y lozana. Pues esta danza, en extremo sencilla, modesta y acompañada, y lo que aun es mas, ejecutada á la clara luz del sol, *coram populo*, por hombres y mujeres disfrazados con la acostumbrada carátula, y en un todo igual á la de nuestras aldeas, no tenía los inconvenientes que tanto echan de mas en ella las meticulosas madres de familia. Y á la verdad, que la luz del gas, aunque de azulada claridad, encubre mas que la del sol. En el baile moderno sucede como en el teatro, donde como dice Alfonso Karr en su preciosa novela *Genoveva*, el sol es de aceite, los árboles de lienzo y el canto un sonsonete de coristas estúpidos ó de actores imbéciles: allí donde la reina suele ser casi siempre la que mas sueldo cobra entre las de su especie: donde aspira á ser sublime aquella que á falta de talento tiene descaro suficiente para lucir belleza de trapo y colorete; cosas que nadie viera si entre quinqués no fuera, etc., etc. En el baile y en el teatro antiguos, no había nada de todo esto. Lo que allí pasaba era, al parecer, tan sencillo como las costumbres de las lecheras suizas. Los movimientos de este baile patético, se reducían por punto general á lo siguiente. Hemos dicho que las odas ó himnos que cantaba el coro, estaban divididos en estrofas, antiestrofas y epodos, etc.

En la primera estrofa el coro ejecuta ciertos movimientos y evoluciones coreográficas yendo de derecha á izquierda: en la primera antiestrofa los ejecuta, en sentido contrario. Al mismo tiempo canta las odas y demás trozos líricos con arreglo á la música de la orquesta. Se detiene después, y vuelto hacia los espectadores, continúa sus cantos aunque con mayor variedad en el ritmo musical y poético que durante las evoluciones. Esta es la marcha general del baile escénico. Como en todo ello se deja al poeta dramático, al actor y al maestro de coros, la mas amplia libertad de adaptar el baile á las circunstancias de la acción; resulta una infinita variedad de figuras mímicas del mayor interés, pero que no podemos referir por la sencilla razón de no haberlas visto. Llegando á tal punto, lo caprichoso y arbitrario de estas figuras que ya en tiempo de Callípides, actor y bailarín muy afamado,

y que fué el Góngora del buen estilo coreográfico, Aristóteles en su *Poética* se nos queja amargamente de lo mal que en sus tiempos andaba este arte. Citaremos para concluir sus palabras. «El abuso ha llegado hoy á su colmo,» dice este docto varón «se pretende imitarlo todo con este arte, ó por mejor decir se pretende remedarlo: hoy «dia no se aplauden mas que los gestos afeminados y lascivos, los movimientos confusos y extravagantes. El actor Callipides, llamado el «Mono, ha introducido en nuestros dias, y autorizado este mal gusto «por la pernicioso superioridad de su grande habilidad en este género. «Sus sucesores con objeto de igualarle han copiado sus defectos y al «querer sobrepasarlos los han exagerado, etc., etc.»

La misma revolucion se ha introducido ahora en este punto. Hoy dia pueden considerarse como decayentes el baile inglés, el minué, y otros bailes análogos que hicieron las delicias de nuestros padres. Sin embargo, todo consiste en determinar lo que es decadencia, con respecto al baile.

Entiéndase que el baile de que nos hemos ocupado en este sétimo artículo es el baile trágico, ó propiamente tal: el llamado por los griegos *emmelia*, análogo á otro baile del mismo género y de mucha boga entre los griegos, la *gymnopédica*. En cuanto al conocido con el nombre de *cordax* y análogo tambien á otro baile, la *chíporquématica*, solo diremos acerca de él que era el baile, propia y exclusivamente de la comedia, lascivo y malo, capaz de arder en un candil y por lo tanto, mal visto por los hombres y mujeres honrados de Atenas. El erudito Ateneo, nos habla largamente sobre este baile, y nos refiere cosas tan picantes, que no hemos juzgado por conveniente ponerlas en conocimiento de nuestros lectores.

Lo que hemos dicho acerca de la primera especie de baile, del baile trágico, nos parece mas que suficiente para darles á conocer el gran mérito artístico de este singular elemento introducido en la tragedia de Atenas, para honra y prez de esta y ameno solaz de los espectadores.

ANTONIO DE AQUINO.

EL LIBRO DEL PASEANTE.

LOS DOS DESIERTOS.

¿Vale mas la superficie de la tierra que el centro? Las flores son tal vez mas hermosas que los diamantes; pero se marchitan; nuestros árboles mas ricos que las porciones de alabastro que se encuentran en las cavernas; pero el viento los abate y el rayo los despedaza. Contrayéndonos mas, ¿qué son mas que bienes que pasan y que se pierden en un dia de tempestad? El menos previsor lee la esterilidad de mañana en la fecundidad de hoy. Todo está vacío para quien ve el mundo con los ojos del pensamiento. La vida es un desierto donde ruedan en vez de arenas hombres; y de fiebre en fiebre, de tempestad en tempestad, marchamos en este desierto ruidoso y pasamos á otro que no hace ruido. La muerte no es mas que un cambio de soledad: es cambiar el desierto en que se sufre por el desierto en que se duerme.

LA ANCIANIDAD Y LA INFANCIA.

Los antiguos profesaban el mismo respeto á la ancianidad que á la infancia: lo expresaban con la misma palabra: una palabra que parece tomada de su diosa de la belleza: la palabra veneracion. ¿Quién les inspiraba esta especie de culto? ¿Era la majestad de los cabellos blancos ó la gracia de los cabellos rubios? ¿Era la debilidad del que toca á su fin ó la del que principia á marchar hacia él? Era que el corazon sintiese igual temor por dos anforas que tiemblan, una porque va á apagarse y la otra porque se enciende. Creían deber tributar el mismo homenaje á dos atletas de talla desigual, pero igualmente débiles, detenidos uno y otro sobre los dos limites de lo desconocido, cerca de la una que no es otra cosa que una tumba de donde se sale cerca de la tumba que no es mas que una cuna donde se vuelve á entrar. ¿Qué importa! Respetad al viejo porque ha visto mucho; y al niño porque há de ver mucho durante su vida.

LA FÉ.

Solo hay una sabiduría en el mundo y no consiste en duda, como dicen los sabios, sino en creer, todo es oscuridad en la duda, que es como una nube que nos oculta el cielo, que no toca á los astros, pero que los oculta. Creed: pues y comenzareis á ver. Creed en las hojas que renacen, en las flores que volverán; en las mariposas que parece no prometen insectos de los cuales se quejarán vuestras rosas. Creed que el dolor no siempre es estéril; que las afecciones son fieles algunas veces; que hay en este mundo goces que subsisten y llagas que se curan;

creed en las nieblas que se van, y que suben para dejaros ver la campiña, que bajan para refrenarla, y dejar que reaparezca el sol. Creed en la esperanza como debe creerse en Dios. La fé! la fé es el dia, pero es el fin de la noche, la luz que se aproxima al alma. La fé! la fé, nos dice San Pedro; es la estrella de la mañana que se levanta en el corazon.

CRONOLOGÍA ÁRABE (*).

La utilidad y necesidad de la cronología es asunto tan decidido y concluyente, que ni por un momento es dable dudar de su importancia. La historia sin el órden de los tiempos, como dice el padre maestro Flores, es una masa confusa que mas puede perjudicar que conducir: y la historia sin la cronología es como un palacio de gran ámbito, pero que se halla sin ventanas por donde le entre la luz (1). Y esta verdad tan reconocida por todos los historiadores y sabios, ha movido la pluma y llamado la atencion de respetables escritores de lejanos y próximos tiempos, dirigiendo siempre sus esfuerzos para establecer y fijar bases sólidas é indestructibles, que sirvieran de guía á la investigacion de las épocas y de los sucesos que se realizaron.

Los grandes acontecimientos de los pueblos antiguos sirvieron necesariamente para señalar en lo sucesivo la vida de aquellos mismos pueblos, que fueron sus autores, ó que los presenciaron; y ciertamente que no todos los que de semejantes épocas se ocuparon, han convenido en fijarlas y señalarlas el verdadero tiempo en que tuvieron origen. Otros mas entendidos que yo, incompetente por mas de un concepto para tratar esta materia en la estension de la ciencia cronológica, han demostrado completamente que no todos los escritores antiguos juzgaban con el mismo acierto acerca de los grandes acontecimientos del mundo, y de las épocas en que se consumaron; y esta contrariedad ha dado origen á debates luminosos, que han derramado la luz en donde solo habia tinieblas, y han esclarecido lo que parecia oscuro y dudoso. Contrayéndonos á lo que para mí es y debe ser conocido, y á lo que ha llamado mi atencion desde que pude iniciarme en la lengua de los árabes, es decir, reduciendo mis observaciones á la época llamada por los cronologistas *hegira*, hallo completa aplicacion de las proposiciones sentadas.

Ocurrió el gran suceso de la presentacion de Mojamet en la Arabia como pretendido apóstol de Dios, y fundador y predicador de una nueva religion, y los sabios de aquellos tiempos y de los inmediatos anduvieron discordes en señalar el dia, la hora, el momento en que se solemnizó por el nuevo pueblo musulman la aparicion de su profeta. Corrieron los años y los siglos, y con ellos se acrecentó el poder de los muzzims en diferentes regiones del globo, y nadie se cuidaba de establecer la diferencia que se guardaba por las distintas familias de cada religion en la graduacion y computacion del tiempo. Todo era pues caos y tinieblas para la cronología, hasta que al cabo de seis siglos y medio un rey se dedicó á escribir sus tablas astronómicas, armonizando las diferentes prácticas que se seguian en diversos paises y por diversas gentes; y por este y otros trabajos no menos apreciables y luminosos, la España y el mundo apellidó á aquel rey con el dictado de Sábido. Alonso el décimo pues, fué el que destrerró las tinieblas en la apreciacion de los hechos históricos de los árabes; y tras él Escaliger (2), Petavio (3), Erpenio (4), Mariana (5), Teribras (6), Flores (7), Romero de la Caballería (8), Masdeu (9), y últimamente en la nacion vecina los monjes benedictinos (10) vinieron á esclarecer la oscuridad que aun quedaba respecto á la apreciacion de las verdaderas bases que se habian de seguir para acomodar las diferentes y remotas citas que se hallaban en los historiadores de la antigüedad. Y á pesar de estas autoridades, y con todos los preceptos y ejemplos de los autores mencionados, uno de los escollos que no han podido vencer, y en el que se han estrellado la mayor parte de los escritores de nuestra historia árabe, ha sido el de buscar la correspondencia exacta de las fechas en que ocurrieron los sucesos que habian de narrar, sacados unos de las crónicas de los vencedores, y los otros de las historias de los vencidos sarracenos.

Confieso francamente que al considerar las invectivas de que ha sido objeto el erudito orientalista D. José Antonio Conde y el entendido

(*) Estas observaciones fueron presentadas á la Real Academia de la Historia en marzo de 1854.

(1) Flores, Clave historial, discurso preliminar.

(2) De emmend. temp.

(3) De doctrina temporum, lib. V.

(4) Historia sarracénica, lib. I.

(5) De Ann. Arab.

(6) Historia general de España, t. II.

(7) España Sagrada, t. II.

(8) Fanal cronológico, 1732.

(9) Historia critica de España, t. XIV.

(10) Art. de verifier les dates.

Sr. Gayangos, por haber hallado otros orientistas extranjeros diferencias en las correspondencias de las fechas, mas bien que por otras faltas que pudieran cometer, mi ánimo decayó, desconfié de poder llegar á formar un cálculo exacto de la correspondencia de la *hegira* con los años cristianos, y entré en el estudio de esta parte de la cronología con la desconfianza del que acomete una empresa en que han fracasado inteligencias mas privilegiadas, talentos mas claros, hombres mas estudiosos y entendidos que él. Prestóme ánimo un manuscrito árabe que con el epigrafe en castellano de *Calendario de agricultura árabe*, me facilitó uno de mis amigos, porque al examinarlo advertí que no se trataba en él de agricultura, sino de dar lecciones de cronología musulmana, segun mis escasos conocimientos en este idioma me indicaban. El manuscrito corroboraba las observaciones hechas por mí en el seno de las tribus del Africa, en las mezquitas y madrasas de la Argelia; y me convenció de lo que por bastante tiempo habia sido objeto de mis reflexiones, á saber: que solo una pequeña diferencia, hija de un disculpable descuido, era la que se notaba entre los sistemas de Flores y Masdeu y el de los monjes benedictinos, cuyos tres autores reasumen lo escrito por los demás que he citado y otros que he omitido como innecesarios. Rectificada esta pequeña diferencia, el cálculo es el mismo, y la igualdad se restablece entre todos los autores modernos que han seguido las huellas, ya de los historiadores españoles, ya de los cronologistas franceses. Desgraciadamente esta diferencia no la apreciaron ni Flores ni Masdeu, aunque este apuntara claramente su origen; y con su error dieron margen á que otros escritores entendidos y dignos de elogio, confiados en la autoridad de aquellos maestros, incurriesen á su vez en la misma falta, y se hiciesen acreedores á la critica de escritores extranjeros, que por cierto no tienen todos los conocimientos que se necesitan para juzgar de los hechos acaecidos en la península.

Ni el P. Mariana (1) ni el P. Flores dijeron cosa alguna acerca del modo como los árabes apreciaban sus dias lunares; y Masdeu, aunque esplicó bien (2) el primer novilunio con que dió principio la época llamada *hegira*, no se cuidó de aplicar sus observaciones al modo de regular los dias á semejanza de los meses y años. De esto se encargaron los benedictinos ó maurinos (3), y por ellos y por las observaciones prácticas tengo hoy una evidencia íntima de que los árabes cuentan sus dias desde el momento en que, desapareciendo el sol del horizonte, debe presentarse la luna; siendo por consecuencia el crepúsculo de la tarde la primera hora de su dia lunar. Esta diferencia en el modo de contarlos es la que á mi juicio produce las que se hallan entre unos y otros cronólogos; proposición que trataré de demostrar con pruebas sacadas de algunos de ellos. Y aquí debo justificar la asercion antes asentada de que procedia tal diferencia de un error disculpable.

No todos los árabes siguieron desde el principio aquel método: los astrónomos apreciaban sus dias, sus meses y sus años, desde el momento en que la luna, siguiendo su curso natural, habia de aparecer en el periodo de nueva, ó lo que es lo mismo, en el punto de su conjunción con el sol; y la generalidad de las gentes de aquella secta, ignorantes y naturalmente insuficientes para seguir unas apreciaciones que no se hallaban sujetas á bases fijas, adoptó el método que hemos relatado. Nuestros cronologistas é historiadores siguieron el método científico de los astrónomos, y cayeron en el error, porque el sistema de la generalidad era el que estaba llamado á comprobar los hechos referidos por hombres que á ella pertenecían.

Siguiendo estos principios, el primer dia de la *hegira* debió comenzar á contarse desde el crepúsculo de la tarde del dia cristiano, en cuya noche se verificó la huida de Mahoma desde la Meca á Medina Yatreb; y aquí empieza á resaltar la variedad de los dos sistemas y se halla la base de toda ella. Masdeu dice, y en esto todos los historiadores y cronólogos están conformes, que *nadie pone ya en duda que la huida de Mahoma, llamada en árabe hegira, y que calificó con este nombre la nueva era muzlimica, tuvo efecto en la noche del jueves 15 de julio del año de Cristo 622*. Añade que en aquel mismo dia se verificó el novilunio de aquel mes, que ya llevaba 24 horas de atraso con las indicaciones del calendario niceno; pero no se señala la hora fija del novilunio; y así no es difícil creer que aun los mismos astrónomos y doctos de la Arabia pudiesen señalar la presentación natural de la claridad de la luna como principio ó punto de partida de su nuevo cómputo. Segun él empezaban los mahometanos una nueva era para solemnizar el suceso que se habia realizado, y que empezó á dar el fruto apetecido; porque es necesario no perder de vista que esta resolución no se adoptó hasta once dias después de aquel suceso, retrocediendo por lo tanto del tercer mes lunar que entonces se contaba. Natural y lógico es creer que teniendo por objeto solemnizar y recordar á la posteridad el arrojé y sufrimientos del

falso profeta, este y sus sectarios buscarán el modo mas á propósito para contribuir á dar mayor fama y elevacion á aquel suceso, y del carácter especial de aquellas gentes y de su fanatismo religioso se desprende, que siendo viernes el dia lunar que anunciaba el novilunio, tuvieron un doble motivo para señalarlo como primer dia de la época que instalaban. El viernes 16 de julio de 622 empezó pues, segun el cálculo muzlimico, al anocheecer del jueves 15, y concluyó en igual hora del viernes. De modo que el primer sol que alumbró la hegira fué el de este dia. Esta misma alteracion siguen todos los demás corridos hasta el presente, y no es otra la clave, á mi entender, de la diferencia en la cronología, encontrando doble apoyo esta opinion en el órden y modo de contar las horas de plegaria ó de *ssalá*, que son cinco, á saber: el *g'ascha*, que es á las nueve de la noche; *fed'yer*, al crepúsculo del dia; *dhohor*, al medio dia; *g'assar*, á las tres de la tarde; y *mog'reb*, al crepúsculo de la tarde (1). Masdeu conoció tal variedad y la desechó, porque la creia solo apoyada en la práctica de los turcos; y el considerarlos en grande atraso le hizo despreciar lo que veia adoptado en los infieles. Confieso que yo no estoy en esa creencia; pienso, por el contrario, que se debe seguir en estos casos la práctica del tiempo en que se consulta, si cotejada y rectificada da un resultado positivo. Esta rectificación y este cotejo lo he llevado á cabo desde la primera fecha conocida como indubitada en la Argelia, que fué el dia en que la escuadra francesa se posesionó de Argel, hasta el dia fijado como primero de la hegira; y después hasta el primero del año que hoy cuentan los árabes y tuvo principio el martes 4 de octubre de 1833 (2), con la designación de 1270; y del cotejo no he conseguido hallar la mas mínima diferencia; prueba para mi evidente de que los que han adoptado como el primer dia de la hegira el viernes 16 de julio de 622, son los que van exactos con la cronología actual, y con la de los tiempos de nuestros árabes. Mariana, Flores, Masdeu, el marqués de Mondejar y otros señalaron el jueves 15 de julio, y sus tablas cronológicas y sus citas y sus reducciones solo se diferencian en un dia con la de los benedictinos, y en algunos años en dos, por efecto de contar los intercalares de distinta manera.

Sabido es que de los 44 minutos que sobran de cada lunacion astronómica comparada con la civil, formaron los astrónomos árabes al cabo de treinta años una suma de 13,840 minutos, que hacen once dias naturales, y con estos compusieron su ciclo lunar, repartiendo los once dias en otros tantos años del ciclo, llamándolos abundantes por el exceso del dia que tienen como nuestro bisiesto, y apellidándolos nosotros émbolis únicos ó intercalares. Pero para que la fatalidad precediese en todo, no se ajustaron los diversos astrónomos y cronólogos en el señalamiento uniforme de estos años: así es que por unos se señaló el año 15 del ciclo como abundante, y por otros el 16, única discordia que se nota en este punto. Consiguiente á ello, las tablas de Flores y Masdeu no concuerdan en estos años, porque el primero conceptúa intercalar el 15 del ciclo, y Masdeu con los benedictinos el 16. En estos años, contada la diferencia del dia poco mas ó menos con el que aparece desde luego atrasado en las tablas de Flores y Masdeu, resultan dos dias de atraso con el cómputo corriente; pero al año siguiente, 17 del ciclo, se restablece la que se nota desde el principio de la era muzlimica.

(Continuará.)

MANUEL MALO DE MOLINA.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

—Cabalmente, dijo D. Enrique, está Vd. formulando mis deseos. Estoy cansado de batirme sin esponderme, porque lo que me agrada en un duelo es la esposición, como lo que me agrada en el juego es la incertidumbre. Si yo supiera siempre que habia de ganar, no jugaria nunca; si yo supiera siempre que habia de vencer, no me batiria jamás. Vea Vd. pues si encuentra un medio de igualar la balanza de las probabilidades, y crea que se lo agradeceré, pues tendré á lo menos el interés del placer en un duelo que hasta ahora maldito lo que me importa, porque seguramente no creará Vd. que voy á batirme por su mujer que apenas recuerdo, ni por esa muchacha de quien no me acordaba hace una hora y á quien habré olvidado antes de cinco minutos.

La bailarina, que presenciaba esta escena de pié é inmóvil como

(1) Sobre esto y sobre el modo de hallar aritméticamente las correspondencias de la hegira, puede verse mi «Viaje á la Argelia», segunda parte.

(2) Esta memoria se escribió en febrero de 1834, y por lo tanto todos los cálculos se refieren á aquella época: hoy cuentan los árabes el año 1271 que comenzó el 23 de setiembre de 1854 y finalizará el 12 de igual mes del año corriente.

(1) De Ann. Arab.

(2) Tom. XIV, pag. 7.

(3) Art. de vérifier les dates, t. 1.

una estatua, pero que ya habia tenido tiempo de reponerse de su sorpresa, no habiendo juzgado conveniente el desmayarse, se coloreó de cólera y murmuró: Caballero...

—Pero Enrique no la hizo caso, y prosiguió diciendo: Veamos pues el medio que Vd. encuentra para igualar la suerte.

—Es muy fácil, dijo D. Leon, nuestros padrinos cargarán una sola de nuestras pistolas, las cogeremos al azar, y cada uno apoyará la suya en el corazon de su contrario.

—Eso es tan viejo como novelesco; y tiene además un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que los padrinos no cargarán las armas.

—Yo respondo de los míos.

—En ese caso nada tengo que decir.

Los dos enemigos se dieron las manos, y D. Leon se alejó satisfecho creyéndose menos ridículo batiéndose por su querida, que si se batiera por su mujer.

La bailarina que en aquel momento adoraba en Enrique, pero que se creía con derecho para darle quejas, se acercó á él diciendo con voz mas sentida que enojada: Eres indigno de...

Pero Enrique, que no se habia movido de su sillón durante toda la escena, y que seguia medio acostado en él con toda la dejadez de un perezoso en el mes de julio, la contuvo con una seña diciéndola con desden: No estoy para oír elegías. Toma por lo que te he ofendido. Y la arrojó un bolsillo lleno de oro, que cayó pesadamente sobre la alfombra.

La bailarina se retiró vivamente como si hubiera visto una vibora, y con voz indignada en que no tenia parte alguna el fingimiento exclamó: ¡Eres un infame!

Luego salió de la habitacion con toda la majestad de una reina; pero en la pieza inmediata se detuvo apoyándose en un sitial, llevó la mano al corazon, levantó al cielo una mirada de mártir, y dos lágrimas como dos diamantes corrieron por sus ardientes mejillas.

Acababa de conocer la infamia de su situacion, y por la primera vez en su vida demandaba piedad al cielo en una oracion sin palabras.

V.I.

MONÓLOGO.

Habiéndose quedado solo, Enrique se abismó en uno de esos marasmos tan frecuentes en las personas de vida agitada, en que el alma se embrutece y solo conserva sensibilidad para el dolor. Y aun el dolor que entonces se padece es un dolor especial, sin cuerpo ni forma, semejante á la enfermedad envuelta en los vapores del Támesis, el sueño aislado de los nervios cansados por los excesos. El altivo calavera se contempló en el peñascoso precipicio en que habia caído y le dió asco; su vida, que encontró espantosamente vacía, le pareció un festín en un cementerio. Se golpeó la frente y el corazon y dijo como Andrés Chenier al subir á la guillotina:

—Y sin embargo aquí y aquí latia algo! Reprimación que solia hacerse frecuentemente. Entouces aparecieron ante sus ojos los dorados sueños de su juventud, como al caer la tarde perdido en los bosques de un pais extranjero, recuerda el proscrito, al oír á lo lejos una cancion de su patria, los dulces juegos de sus primeros años, su alegre aldea y su primer amor. Recordó como veia entonces el festín de la vida á la cual aun no podia entrar, como el mendigo ve desde la calle cubierta de nieve, en una noche de enero, el festín de un banquero un dia antes de su quiebra; sus esperanzas y sus deseos que él creia promesas del porvenir. Vanidad de vanidades: exclamó, los hombres solo se diferencian de los niños en que hacen con seriedad lo que aquellos hacen riendo. La sociedad es una convencion ridicula, un pacto decobárdes que han erigido en ley los caprichos de su miedo, y que no sabiendo hacerse grandes lo han dejado todo pequeño. Cuanto mas se acerca el hombre á la naturaleza, mas grande es, porque está mas próximo de Dios. Su fuerza es su bondad, porque la debilidad es la madre de todos los vicios, y es mas feliz porque la naturaleza que aun no le ha soltado de su pecho provee á todas sus necesidades. Fruta que alcanza de los árboles, caza que sorprende en los montes y cuya piel aprovecha para vestirse en el invierno, bastan á mantener su cuerpo, y su alma dormida no conoce aun los deseos. Este es el estado de inocencia que los libros santos simbolizan en el paraíso. La mujer, es decir la debilidad, simbolizada en todas las mitologías por una mujer como el genio malo del hombre, enseña á este á pensar, y desde entonces su felicidad termina. Desde entonces la astucia reemplaza á la fuerza, la maza cede al veneno, y se desarrolla en el hombre la parte anterior á espensas de la posterior. El instinto muere, y en su tumba, como la flor de los muertos, brota la razon, que no es sino una enfermedad. Desde aquel momento el número de las necesidades se aumenta, cada invento trae una nueva, y los de las artes enseñan al

hombre un nuevo modo de ser. Los mas asquerosos instintos se revisitan de formas celestes, y en su copa de oro se bebe un licor venenoso que comunica al corazon esas necias aspiraciones que se llaman poesia y que constituyen la vida de la juventud... si al menos durase siempre...! si la razon no las marchitase después...! Son falsas, es cierto pero ¿qué importa si dan la felicidad? Por estúpida que sea una ilusion que nos hace felices, es aun mas estúpido el buscar un desengaño que nos hace desgraciados. El arte de la felicidad consiste acaso en evita los desengaños y considerar la vida como un juego de damas que jugamos con el diablo, y en el cual cada desgracia es una mala jugada nuestra ó una buena jugada suya en que solo debemos pensar para aprovecharnos después. Todas las pasiones son hijas de la imaginacion, porque nunca amamos ni aborrecemos las cosas por lo que son en sí, sino por lo que nos parecen, y los desengaños no son acaso mas verdaderos que las creencias...



Aguador de Quito (Ecuador.)

Quizá tenia razon el padre Clemente; la fé es la ciencia y la virtud, porque la fé es la felicidad.

Si yo pudiera creer! Si Angélica...

Enrique fijó los ojos en el espacio, y se abismó en una de esas vagas meditaciones, que son intraducibles al lenguaje humano.

En este momento la luna pasando por entre dos nubes de tempestad dejó caer entre las sombras un rayo de plata, como un dia feliz entre los dias negros de un desgraciado. Fué solo un largo relámpago de luz de hielo que se apagó volviendo á dejar la noche envuelta en sus sombras; pero mientras duró, Enrique creyó ver enfrente de sí un rostro cuya imagen tenia impresa en el corazon, el rostro de Angélica bañado en lágrimas, contemplándola con sus ojos de virgen enamorada...

—Ilusion...! dijo después de un momento de silencio. Angélica era un fruto podrido antes de madurar, una virtud de bisutería... Vamos al teatro.

Y levantándose como quien acaba de sacudir una cruel pesadilla, salió de la habitacion.

VII.

UN ESTUDIO DE MUJER.

Durante aquella noche, Margarita informada del duelo que su vengativa astucia había promovido, no se acostó, permaneciendo reclinada en su sillón en el mismo gabinete y en la misma postura en que algún tiempo antes la había hallado Aguilar cuando fué anunciada el rapto de Angélica. Apoyado el codo en el brazo de su sillón y el rostro en su diminuta mano de marfil, tenía fijos los ojos en el espacio como adormecidos por ese sueño peculiar á las personas carcomidas por una idea fija que las hace vivir fuera de los espacios conocidos en el cielo ó el infierno del pensamiento. Su mano izquierda caía desmayada sobre sus rodillas, sosteniendo un libro del cual no había leído una página siquiera: El quinqué, colocado sobre el velador, que la había alumbrado durante toda la noche, comenzaba á extinguirse, y á través de las colgaduras penetraban en aquel silencioso recinto los primeros albores del nuevo día puros, como las miradas de un niño que ora. Ni Margarita misma hubiese podido descifrar los pensamientos que habían agotado su alma durante la aparente paz de aquella noche sin sueño. Asomábase á su propio corazón y se retiraba helada de espanto como del borde de un profundo avismo. Si uno de esos hombres, para cuya magnética mirada el corazón no tiene misterios, la hubiese descrito lo que sentía ella le hubiera respondido de buena fé que se engañaba.

A cosa de las seis se sintieron pasos cautelosos en la habitación inmediata. La puerta se entreabrió y Enriqueta que entornó los ojos, pudo ver brillar á través de las dos hojas de porcelana, una mirada de fuego, la mirada que D. Leon, como Felipe II á la duquesa de Evoli, venía á dirigirla por última vez. Luego los pasos se alejaron y el orgullo satisfecho dibujó una sonrisa en los labios de aquella mujer cuyo corazón había empedernido la desgracia.

Entonces empezaron á correr las horas de la impaciencia y la ansiedad. Un lindo reloj colocado en una relojería de ébano embutida sobre el velador parecía andar con increíble lentitud, á Margarita que contaba los instantes por los acelerados latidos de su corazón. Marcaba esas horas de años de que hablan nuestros antiguos romances y que tanto agradaban á un historiador extranjero, que ha consagrado su pincel á uno de los mas brillantes cuadros de nuestra historia. En vano intentó leer para distraer su impaciencia: sus ojos recorrían las líneas sin comprender el sentido. Dejaba el libro á la mitad de una frase y se asomaba al balcón como si con esto hubiera querido atraer mas pronto al mensajero que había de resolver sus dudas.

Por fin al cabo de dos horas, cuando ya el día estaba bien entrado, un coche resonó sobre las piedras de la calle. Margarita corrió al balcón y le vio pararse ante su puerta. Un momento después descendió de él Aguilar.

Margarita no pudo contenerse y le llamó.

—¿Qué hay? le dijo cuando levantó la vista.

—Ha muerto, respondió Aguilar con alegría satánica.

—¿D. Leon?

—Enrique.

—¡Ah!

Esta exclamación instintiva, exhalada del corazón manifestaba, la existencia de un sentimiento nacido y desarrollado en el corazón de Margarita, sin que ella le conociese ó iluminaban sobre la naturaleza de su odio que á fuerza de absorber todos los sentimientos de su alma se había convertido en cierta especie de amor. Veía satisfecha su venganza y lloraba sobre su víctima. Este sentimiento mas fácil de comprender que de explicar, es mas frecuente de lo que pudiera creerse y su estudio constituirá una de las mas floridas ramas de la fisiología, el día en que esta ciencia, tan imperfecta aun, le recoja y le analice.

Cuando Aguilar entró pudo observar aun muestras de la emoción mal disimulada, en el rostro de Margarita; pero no las observó ó las atribuyó á otra causa. Margarita le preguntó de nuevo.

—¿Ha muerto Enrique?

—Así lo creo al menos, respondió Aguilar. Por una equivocación de hora no pude llegar al sitio del duelo hasta después que este se había concluido. Un guarda que ha sido testigo me ha contado los detalles y me ha enseñado la sangre aun caliente sobre la yerva. Los dos adversarios se saludaron gravemente y cogieron sus armas de mano de los padrinos. Enrique al tomar la suya dijo sonriéndose:

Según las caras de nuestros padrinos se creería que ellos son los que se batían y no nosotros. Esto, aunque se llame duelo, no es como los que se despiden en la iglesia y no merece la pena de poner la cara compungida, cuando no lo está el corazón. Querido enemigo mío, mientras nuestros padrinos dan la señal debíamos cantar á duo aquellos versos del adriano *Animula*.

D. Leon no respondió.

Colocados uno en frente del otro y apoyando las pistolas en los corrales, cuando los padrinos dieron la señal, ambos dispararon y Enrique cayó sobre la yerva.

—Pero está Vd. seguro de que fué Enrique?

—El guarda no pudo asegurarlo porque no lo vió sino de lejos, pues le habían mandado que se alejase; pero estoy casi seguro pues he hallado en el suelo su petaca y su pañuelo ensangrentado.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LOS ÓRGANOS.

El origen de la palabra *órgano* se remonta á la época de las primeras invenciones de las artes, denominándose así en aquellos tiempos remotos á todos los utensilios ó instrumentos fuese la que quisiera la aplicación á que estuviesen destinados, hasta que después se fué limitando su uso para los instrumentos de música en general, y en tiempo mas cercano se empleaba ya solo para designar á los de viento ó sea el conjunto de tubos cuya composición y combinación mas ó menos variada, producía un concierto ó armonía tan agradable como alcanzaba á conseguirla el genio de los diferentes artistas.

Algunos han llamado *órgano*, al concierto formado por varias personas que cantan juntas, y otros han distinguido del mismo modo la reunión de algunos tocadores de flauta; los comentaristas de la Escritura circunscribieron su aplicación á los instrumentos de viento, creyendo que cuando se dice en el Génesis que Jubal, hijo de Lamech, fué el que instituyó ó inventó los tañedores de cítara y los tocadores de *órgano*, se comprenden en la palabra cítara todos los instrumentos de cuerda, y todos los de viento en la de *órgano*; (*Synops. Crit. in Genes. c. IV. ver. 21.*) el nombre hebreo correspondiente al *órgano* de la Vulgata es *Abuba*, en la versión caldea, (*Dom Calmet Dissert. sur les Instrum. de Musiq. en el segundo volumen del Com. Litt. des Ps. p. 87.*) término equivalente á *Ambubayarum Collegia* que emplea Horacio hablando de los tocadores de flauta ó de *órganos* antiguos precedentes de Siria.

Muy frecuentemente se halla en las Santas Escrituras la palabra *organum*: al describir Job la prosperidad de los impíos dice (21 ver. 13) que tocan el tambor y el arpa, y que se regocijan con los sonidos del *órgano*; pasa en seguida á la relación de sus trabajos y espresa (50, 31) que su *órgano* se ha convertido en una voz llorosa; también se nombra al *órgano* en el Salmo 150, versículo IV, colocándolo entre los instrumentos que sirven para la alabanza de Dios. Pero eran aquellos muy diferentes de los *órganos* de nuestros días, puesto que debían ser portátiles y muy ligeros, según la espresión empleada en el Salmo 156 para marcar la tristeza de que se hallaban poseídos los hijos de Israel durante su cautividad en Babilonia: *Habíamos, dice, colgado nuestros órganos de los sauces que estan en medio de Babilonia. (In salicibus in medio ejus suspendimus organa nostra. Ps. 136, 2.)*

Dom Calmet en su disertación sobre este asunto, opina que el *órgano* de que habla la Escritura estaba formado con muchos tubos cerrados por un extremo y unidos unos á otros en dirección de su longitud, que se hacían sonar pasándolos sucesivamente por debajo del labio inferior; de la misma opinión Lucret dice en el libro IV, *unco sapie labro calamos percurrunt hiantes*: pasa y repasa por debajo del labio los tubos abiertos. El *órgano* tomado en este sentido era muy conocido de los autores profanos y con especialidad de los poetas; Virgilio atribuye su invención al Dios Pan, pero otros le suponen diferente origen, sin que esta variedad de opiniones, dice el mismo Dom Calmet, pruebe mas que la ignorancia en que se hallaban estos escritores de la verdadera historia y antigüedad de los *órganos*, que al parecer habían tomado los griegos de los orientales. El número de tubos de que se componían no era siempre el mismo: un pastor, en Virgilio eclog. II, ver. 37, dice que el suyo tenía siete de desigual tamaño; hechos con tallos de cicuta; otro, en Theocrito, Idilio, 8.º ver. 18, se alaba de tener el suyo nueve tubos; un escritor asegura que los turcos los usan en el día con catorce ó quince tubos (*Pietro della Valle, Epist. 61*). Creyóse en un principio que la variedad de tonos dependía únicamente de la diferente longitud de los tubos, después les añadieron agujeros combinados caprichosamente, así en su situación como en su número. Estos *órganos* primitivos se construían de cañas, y las del lago Orchenio en Grecia eran célebres para esta aplicación; las ventajas que se han reconocido en los metales para conservar largo tiempo la armonía y la exactitud de los tonos hizo que sustituyeran á aquellas y á todas las demás materias, para la composición de los que aun en la actualidad y entre nosotros emplean ciertos artesanos tocando muchos aires variados para dar á conocer por las calles su profesión en algunas provincias.

La flauta sencilla que todos conocemos por ser de un uso tan general, es un instrumento antiquísimo que los Hebreos tenían de diferentes clases, sencillas las unas y las otras compuestas. Saumaise refiere que las flautas de los antiguos no solían tener mas que dos ó tres agujeros, por lo que solían emplear dos á la vez, colocando una al costado derecho de la boca y la otra al izquierdo, cuya costumbre continuó hasta la invención de la flauta sencilla taladrada con muchos agujeros que producen el mismo efecto que la multiplicación de tubos y con mucha menor dificultad. Estas antiguas flautas y las de Pan de que acabamos de hablar, dieron la primera idea del órgano que ha llegado á ser con la sucesión de los tiempos y las paulatinas mejoras que ha ido recibiendo, el mas grande, mas estimado y mas armonioso de los instrumentos de música, llamado el *Rey de los instrumentos*, porque los reúne é imita á todos aun á los de cuerda, por lo cual ha sido escogido y se prefiere á los demás para colocarlo en las iglesias donde con su nobleza y superioridad aumenta la magestad del culto divino. (Gerónimo Diruta).

Lo equivoco de la denominación *órgano* tan diferentemente aplicada según las épocas, como dejamos espuesto, produce confusión en ciertos pasajes de muchos autores, los cuales por lo general han escrito sin tener la inteligencia suficiente en la materia, y han dicho en ocasiones cosas absurdas, cayendo en groseros errores: es un arte la música sobre el que se ha escrito poco, pero muy malo por lo común.

Como es sabido, los órganos se clasificaban en dos especies principales, á saber: hidráulicos y neumáticos; tanto unos como otros solo han podido tocarse auxiliados por el viento escitado en los hidráulicos por un salto ó una corriente de agua, como las que dan impulso á las máquinas empleadas por muchas industrias, con los que se movían los mecanismos que hacían trabajar á los fueles; órganos neumáticos son los actuales en cuya composición no entra para nada el agua.

El órgano neumático es el mas antiguo y su invención se atribuye á Ctésibio, célebre matemático de Alejandría en el reinado de Ptolomeo Physicon, cerca de 120 años antes de Jesucristo, á lo menos es él quien ideó un árbol sobre el cual hacia cantar gran número de pájaros, sin que del mecanismo empleado nos den ninguna noticia los autores. Tertuliano habla de un órgano en su tratado del Alma, ch. 14, cuyo invento concede á Arquímedes, pero el abad de santa Blas en su obra de Canto, etc., Música Sacra, tomo II, pág. 138, observa y demuestra que el instrumento á que se refiere Tertuliano es diferente del inventado por Ctésibio.

Vitrubio describe en el libro 10, capítulo 15 «de Architect», y es mas célebre de los órganos hidráulicos, del cual tambien se han ocupado otros muchos autores, porque considerándolo digno de estudio han querido comprender su composición y mecanismo, lo cual es muy árdua empresa en vista de la oscura y casi ininteligible explicación de Vitrubio, como probáramos citando á dos escritores igualmente recomendables por su talento y su ciencia. El padre Kircher, jesuita, en una obra titulada *Mágia Phonocámpica*, habla muy estensamente del órgano de Vitrubio y con objeto de aclarar lo que este dice, presenta unas figuras grabadas, pero tan poco parecidas á lo que aquel órgano debió ser, según la erudita y competente opinión del Benedictino don Francisco Bedos de Celles, que solo deben considerarse como muestra del talento inventivo del padre. Tambien ha tratado de explicar á Vitrubio Mr. Perrault, quien hizo construir un modelito del órgano arreglado á la idea que habia concebido, el cual se conservaba en París en la biblioteca del Rey con otros muchos de órganos antiguos y modernos; pero el padre Engranelle, cuyo parecer es de los mas entendidos y respetables, espresa que tampoco aquel sabio arquitecto habia sido mas feliz que el padre Kircher, y lo mismo creia D. Francisco Bedos. Vitrubio ya espresa terminantemente que para comprenderlo bien es necesario haber visto la máquina á que se refiere y tener conocimientos especiales, y de consiguiente los que no podemos ver la máquina debemos abstenernos de formar juicio acerca de ella: es de notar que Vitrubio no dice que ha visto el órgano y si hubiera hablado solo por relacion de otro ó por las noticias que le transmitiera una tradicion popular, habria fundamento para poner en duda que semejante instrumento haya existido.

El autor de una epístola que por mucho tiempo ha sido tenida como de san Gerónimo, y que después se ha reconocido no ser suya, habla de un órgano usado por los hebreos que se oía á la distancia de mil pasos: como desde Jerusalem al monte de las Olivas; estaba formado en él el depósito de aire con dos pieles de elefante y contenia tambien las válvulas, lo cual es bien difícil de comprender, tenia doce fueles grandes y quince cañones de cobre. No es grande la idea que demuestra de su suficiencia en la materia cuando se ocupa del órgano á que nos referimos, el mencionado autor sea quien quiera; pretende encontrar en las pieles de elefante la representación de los dos testamentos, se imagina ver figurados á los patriarcas y profetas en los quince tubos ó cañones, cree que los doce fueles significan los apóstoles; pero no debemos ocuparnos mas de este pasaje. En las ediciones antiguas de

san Gerónimo es esta epístola la 28, pero habiéndola desechado los últimos editores como apócrifa, se encuentra en la coleccion de estas con el siguiente título: *Ad Dardanum, de Instrumentis Musicis*, tomo V, pag. 191. El Abad de Santa Blas presenta unos diseños de composición arbitraria, al parecer, y de forma totalmente diferente que los encontró en dos manuscritos referentes á este órgano; uno de ellos es del siglo décimo y se conservaba en la Abadía de san Emmerand de Ratisbona y el otro en su propia Abadía del siglo trece. En vista, pues, de todo no hay tampoco gran fundamento para dar crédito á la existencia de este órgano, tal á lo menos como ha sido descrito.

Bajo el imperio de Neron, que duró desde el año 54 al 68, se presentó en Roma un órgano hidráulico de una construcción hasta entonces desconocida, según Suetonio, que cuenta haber empleado aquel príncipe parte de un día en examinarlo con la mas especial satisfacción. (*Reliquam diei partem, per Organa hydraulica, novi ignotique operis circumdavit. Suet. in Nerone.*) ¿En qué se diferenciaba esta máquina de las que antes se usaban? lo ignoramos.

Se ha pretendido que la decadencia de las bellas artes produjo la pérdida de los órganos hidráulicos cuando las naciones bárbaras arrasaron el imperio é inundaron la Europa, citando en confirmación de esta opinión á San Agustín que parece no haber conocido mas órganos que los neumáticos. (*Organa dicuntur omnia instrumenta musicorum. Non solum illud organum dicitur quod gracile est, etc. inflatur foliis, sed etiam quidquid aptatur ad cantilenam etc. corporeum est quo instrumento utitur qui cantat, organum dicitur. San Aug. in Ps 56.*) Se nos ocurre observar que si este parecer fuese exacto seria su consecuencia inmediata que en el siglo noveno se renovó la invención de los órganos hidráulicos, puesto que la historia menciona que el emperador Luis el Pio hizo construir uno en su palacio de Aix la Chapelle por un clérigo veneciano llamado Jorje; (*Hic est Georgius veneticus, qui de Patria sua ad imperatorem venit, etc. in Aquensi Palatio organum, quod Græce hydraulica vocatur, mirifica arte composuit. Eghinard, de translatione SS. Martyr. Petri etc. Marcellini, cap. 16.*) Se dice tambien que fué construido de la manera que acostumbraban á hacerlo los Griegos; (*Presbyter quidam de Venetia, qui diceret organum more grecorum posse componere. Autor vita Ludovici Pii*). De modo que puede decirse que la creencia que debería admitirse es la de que se habia perdido la costumbre en Occidente, pero conservada en el imperio griego reapareció en Europa en tiempo de los emperadores franceses. Ignoramos cuando comenzó á introducirse este órgano en las iglesias y en qué época dejó de emplearse, pero es lo cierto que en el siglo duodécimo, según Guillermo de Mallesbury habia uno en una iglesia de Inglaterra. (*Extant etiam apud illam Ecclesiam organa hydraulica, ubi mirum in modum aquæ calefactæ violentia, ventus emergens implet concavitate barbiti, etc. per multiforates transtris æneæ fistula modulatus clamores emittunt. Villet Mallesbury apud ducange, ad vocem organum*). En España tambien leemos en la Enciclopedia de Mellado existian ya en el siglo trece.

Quedan sin averiguar, por el silencio que guardan los escritores, todos los detalles de construcción y de composición de estos instrumentos, así como los medios empleados para facilitarse corrientes de agua en las iglesias, donde por lo común no se encuentran á mano los rios ó arroyos cuya velocidad ó diferencia de nivel se habian de utilizar.

MONUMENTOS DE SAGUNTO.

TEATRO.

Al ocuparnos de este célebre monumento de la antigüedad, lo hacemos verdaderamente bajo la impresión de un doloroso pesar que nos infunde ese instinto de nacional orgullo por las glorias artísticas de nuestra patria.

Cuarenta y seis años há que el viajero se detenía á contemplar estasiado el coloso de piedra que coronaba una altura frente á un pintoresco valle situado casi al oriente y al pié del castillo de la villa de Murviedro, antes Sagunto. Resto de sublime grandeza, testimonio viviente del poderío greco-romano, permanecía allí el gigante impenetrable ante la marcha de la civilización que sucediera á la barbarie ruda de la edad media, y en el cual apenas el lapso inmenso de los siglos marcara un signo de su destructora huella. Pero llegó la época azorosa de la invasión francesa, causa de tantos desastres; y en medio del atollamiento del interregno dictáronse medidas en parte indiscretas, cuyas consecuencias todavia deploramos.

Una de ellas fué la demolición de la parte mas bella del teatro saguntino: la mano imprudente de este siglo destructor osó profanar este monumento grandioso, que otras épocas menos ilustradas supieron respetar; y en efecto, con motivo, según se dijo, de la fortificación

del castillo, fué destruida toda la parte superior, que constituía el mas bello ornamento de esta atrevida obra.

Todavía pues, no obstante las mutilaciones que ha sufrido, el viajero puede contemplar esa soberbia mole, cuya fábrica de piedra apomada y argamasa marca una extensión de 560 palmos valencianos de perímetro, 352 de diámetro, y mas de 140 desde el sitio llamado la *orquesta* hasta lo mas alto del edificio, con mas 195 por ambos flancos, desde los ángulos de la grada senatorial hasta la especie de muro que ciñe el teatro.

A juzgar por los vestigios que se notan, compréndese que reunía, según observa Madoz, las cinco circunstancias ó subdivisiones de un teatro de primer orden, á saber: *orquesta*, *proscenio*, *poscenio*, *escenario* y *pulpito*: de las 51 gradas que contiene, las tres principales correspondían á la magistratura y el órden senatorio; las cuatro siguientes á las gerarquías y notabilidades en el foro, en las armas y en las letras, y las tres inmediatas á los caballeros ancianos y en casos raros á las vestales. Una ancha faja ó prescincion divide estas de las siete subsiguientes que ocupaba la bulliciosa clase de caballeros, jóvenes y célibes, de cualquiera edad que fuesen, y limitadas por otra segunda prescincion de doble anchura que las gradas comunes, sobre la que se notaban las diez últimas que pertenecían á la plebe, llamadas la *summa cavea*, el *populatum* ó sea el *tendido* moderno. El pórtico superior tenía doce puertas, que todavía pueden notarse, seis interiores de diez y medio palmos de altura por cinco de latitud, y seis restantes que miran afuera y de figura oblicua en forma de medio punto, de nueve palmos de altura y cuatro y medio de anchas.

Sobre el pórtico superior alzábanse cuatro gradas mas que pertenecían á las mujeres, las cuales asistían á los espectáculos separadas de los hombres, y todavía se pueden ver las plateas, arcos, galerías, escaleras y *vomitorium* particulares que cada órden social usaba con distincion absoluta de clases y gerarquías, las localidades diversas, como tambien dos arcos principales abiertos en los ángulos ó extremos, que debían dar ingreso á la magistratura en casos dados, cuando iban sus miembros vestidos de toga y conducidos en litéra de ceremonia y etiqueta. Este inmenso teatro, igual, según se ha dicho, á los principales de la capital del mundo, podría contener por un cálculo aproximado y término medio 10, 000 espectadores.

En cuanto á la época de su construccion, no puede fijarse puntualmente: salvando la divergencia que existe acerca de este punto, diremos que casi puede asegurarse con fundamento debe su origen á los griegos, habiendo sido restaurado y modificado por los romanos, terminada la tercera guerra púnica, y consolidado su poder en la provincia tarraconense.

No lejos de este arrogante monumento nótanse algunas ruinas del que fué Circo ó anfiteatro romano, construido en los primeros años del imperio después de la memorable batalla perdida junto á Sagunto por los hijos del gran Pompeyo. La codicia agrícola ha destruido con el azadon y el arado casi todo el recinto de venerables fragmentos que se conservaron hasta el último tercio del último siglo, reemplazando hoy vistosos jardines aquel sitio profano, donde en otros tiempos resonaba la voz de millares de espectadores que aplaudían frenéticos las luchas del pugilato y esgrima, y el rugido de las fieras hambrientas que se destrozaban, devorándose mutuamente, después que impregnaban con su sangre la arena del circo aplanado en forma elíptica.

La posicion que tiene es sumamente graciosa y pintoresca, pues ocupa casi la misma ribera del rio *Palancia*, dando vista á un risueño paisaje. Contenia 1020 palmos de longitud por 320 de anchura, iguales proporciones á las del Circo máximo de Roma. Todavía, aunque con gran trabajo, pueden notarse las jaulas ó cavernas para las fieras hácia la parte que da al rio, y el muro llamado *Spina* que recorre la extensión interna del anfiteatro; las bóvedas desplomadas de los *vomitórios*, las plateas y demás localidades y graderías que ocupaba independientemente los espectadores, según los tres órdenes senatorio, ecuestre y plebeyo, en que se subdividía la sociedad romana, los buques de las doce verjas de hierro que daban paso á los carros de triunfo y parejas de gladiadores, etc. todo ha desaparecido como un *mentis* provincial á este lema que había esculpido en el pórtico al pié de un geroglífico junto á un busto de Mercurio por una visible adulacion.

Auspice divo Cesare, opus in orbe nunquam peritulum.

De entrambos monumentos, memoria visible y testifical del poderío romano, despréndese incontestablemente un hecho, y es la grande importancia que debió merecer á los conquistadores del universo esa memorable ciudad, esa inmortal Sagunto, laureada en mil campañas y que bajó á la tumba devorada por sus mismas glorias: su existencia material no pertenece ya al mapa geográfico de la península ibérica, ni puede contemplarse esa heroica ciudad sino envuelta en los pliegues de su tónica mortuoria, luciente empero con un destello de luminoso triunfo; ningún ruido turba ese silencio de tantos siglos que ha reem-

plazado al estruendo bélico, ni otra cosa que esas ruinas venerandas revela su pasada pompa: no obstante, mas de una vez el entusiasmo patrio ha hecho surgir una creacion fantástica en nuestra mente, sombrea halagüeña, errante por el vasto campo de la imaginacion, dejando ver á través de sus velos vaporosos de púrpura neblina su frente laureada con cien trofeos; el alma ha sentido la impresion seductora de su dulce hábito... y esta embriagadora imágen no es otra cosa que la personificación de ese opulento pueblo que fué y ya no existe sino en la memoria de los hombres, cuyo nombre, esculpido en caracteres de piedra, abriéndose paso por esa tumultuosa ola de las generaciones, parece destinado indudablemente á obtener los honores de la inmortalidad, y cuyo eco, respondiendo á un recuerdo de grandeza, resuena majestuoso en nuestro oído con una cadencia sublime, con una armonía eléctrica, divina y entusiasta, como un canto de gloria.

José PASTOR DE LA ROCA.

POESIA.

Cuando el aire retumba en tu oído
y mirando en redor, con asombro
sin ver nada, repita el sonido,

Soy yo que te nombro.

Cuando á solas suspiros ó cantes
esas breves palabras, que en mucho
apreciamos los buenos amantes,

Soy yo que te escucho.

Cuando madre amorosa en tu seno,
recogiendo su blando suspiro,
guardas ¡ay! á mi Juan, mi ángel bueno,

Soy yo que te miro.

Si al llegar á tu pecho vacila,
y al mirarlo con dulce embeleso,
se dilata tu hermosa pupila,

Soy yo que te beso.

Si sus manos descansan afanoso,
al dormirlo, en tu amante regazo,
no es que busca mi niño el reposo,

Soy yo que le abrazo.

Siempre ¡ay! siempre que pienses en vano,
sin poder encontrar un consuelo,
es que no se resigna un cristiano,

Soy yo que te anhelo.

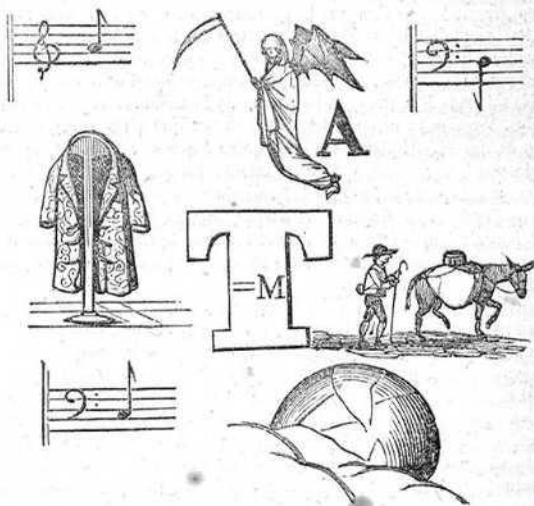
Cuando el alma de dicha y ventura,
en el mundo te ofrezca un tesoro,
rico, inmenso, que nunca se apura,

Soy yo que te adoro.

EDUARDO GASSET.

11 febrero 1835.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.
Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL MONO EN EL APARADOR.

(PINTURA DE LANCE.)

Este detalle de oficio es lo que los antiguos pintores llamaban un cuadro de naturaleza muerta. El autor de la composición ha querido darle vida, añadiendo un mono curioso que viene á examinar la vasija de la leche y el cesto de la fruta. Por un capricho de artista, que no es nuevo, ha colocado en forma de gorro un pañuelo encarnado en la cabeza del mico para darle la apariencia de una vieja.

La introducción de estas feas parodias de la raza humana en nuestras casas y nuestros cuadros es muy antigua; no parece sino que la humanidad se ha complacido en todo tiempo en contemplar su caricatura en estos grotescos cuadrumanos cuyos gestos parecen la imitación de nuestros gestos.

Antes del renacimiento la afición por los monos era tan general, que se los veía representados continuamente en las pinturas, en los utensilios, en los adornos de los edificios, y animados en casi todas las cosas nobles. Muchos navios de Dieppe estaban empleados en la trata de monos, y nosotros sabemos que en el siglo XV se pagaba de cuatro á cinco libras por cada uno, es decir, la mitad del precio de un buey en la misma época. Se les vestía casi siempre con lujo, y se les acostumbraba á prestar ciertos servicios de pajes y lacayos. Un aldeano que llevaba un canastillo de fruta á su señor encontró uno de estos extraños servidores en la escalera; no le habia encontrado nunca antes, y engañado por la elegancia del traje, le saludó con respeto. El mono se acercó, tomó la mejor fruta, y se marchó gateando. Cuando el aldeano llegó delante de su amo, este se apercibió que el canastillo estaba diezmado, y se lo hizo notar.

Monseñor perdonará, replicó sencillamente el patán, pero cuando subía encontré al señor vuestro hijo en la escalera que ha arrebatado lo mejor.

Los cuadros de naturaleza muerta pertenecen evidentemente á un orden inferior en la escala del arte. Su principal mérito consiste en una imitación hábil del objeto representado: la poesía elevada, la que espresa el sentimiento que le hace notar la falta forzosamente; y si la contemplación de estos lienzos puede escitar la curiosidad y recrear

la vista, no pueden ni hablar á la imaginación, ni conmover el corazón: así que, se ha hecho generalmente uso de estos en los accesorios de las habitaciones destinadas á las funciones gastronómicas. Ellos recuerdan lo que halaga nuestra glotonería, y despiertan la voracidad de los glotones; pero las naturalezas afectas á gustos mas delicados y racionales se disgustan con el aspecto de las legumbres, aves y pescados que parecen convertir los salones en cocinas, afeándolos con las mas groseras necesidades de la vida: así es que son preferidas generalmente en nuestros días imágenes mas poéticas y mas risueñas. Los paisajes, las flores, las escenas campestres, han reemplazado como adornos á estos cuadros de naturaleza muerta que no se encuentran ya mas que en los refectorios de los países bajos y de Inglaterra.

CRONOLOGÍA ÁRABE.

(Conclusion.)

Con tales antecedentes, y sentadas estas bases, en que me parece estriba la confusión y perturbación en las correspondencias de las fechas, voy á ocuparme de la traducción del manuscrito que las comprueba. De su texto deduciré otras reglas á mi juicio exactísimas para la reducción de los años musulmanes á los nuestros, á mas de las indicadas en mi *Viaje á la Argelia*, y me permitiré comprobar algunos de los principales sucesos de nuestra España árabe por el método que he concebido, porque ellos han dado lugar á la crítica de escritores extranjeros. Al traducir el manuscrito me propongo sacrificar algo el buen estilo y aun el lenguaje, por tal de hacer la traducción lo mas literal posible; tal vez en esto así como en su interpretación esté equivocado y me ciegue mi buen deseo. Si así fuese no se me culpe de jactancioso hallándome, como siempre lo estoy, dispuesto para admitir las correcciones que se me hagan por las personas competentes en la materia. El manuscrito, que carece de firma así como

4 DE MARZO DE 1855.

de fecha, y que no tiene mas indicacion del tiempo en que se escribiese, que los años árabes que han servido de ejemplo á un autor, ignorado y desconocido tambien, dice:

«Alabanza á Dios.—El año árabe contiene desde el principio hasta su complemento trescientos cincuenta y cuatro dias, y un quinto de día y su sexta parte (1). Si deseas la entrada de cualquier año, ciertamente reune lo que ha corrido de la egira, excepto el año á quien tú deseas buscar su semejante. Busquemos el año 1240. Quito el año que buscas y quedan 1239 años: quito de ellos 1030 y quedan 189; consérvalos y los multiplico por 131 y por ello sé los dias del año. Cuando divido el año por siete sobran cuatro y un quinto y un sexto, para que la vida superabunde en él dos veces (2). El 300 de su sexto y el 50 de su primera division hacen siete restas, quedando sobrantes cuatro después del 30, con un quinto y un sexto, siendo el menor número de estos el cinco. El sexto mes tiene 30 dias porque su quinta parte es seis y su sexta cinco y reunidos hacen 11 (3). Si multiplico el cuatro por el 50 hace un total de 120 (4): pongo sobre él el 11 mencionado y da por total 131; y esto no tan solo para el sabio sino tambien para el rústico. Bajo el cuatro y el cinco y el seis ó una linea en esta forma $4 \frac{1}{5} \frac{4}{6}$ y multiplico por los quebrados diver-

sos: así pues el 4 por el 5 hacen 20 como si repito el 5 cuatro veces: pongo sobre esto el 1 que está á la cabeza del 5 y da un total de 21: multiplico por el 6 que está después y es repetir el 21 seis veces, y el producto es 126; pongo sobre él el 4 que está encima del 6 y reunidos hacen 127: colocando sobre estos el entero 4 producen un total de 131, y esta es la extension de cuatro enteros un quinto y un sexto. Multiplico este producto por 189 años sobrantes después de rebajados 1030 de los corridos de la egira, excepto tu año, y producen 24,739: lo divido por el inmediato multiplicado por el 5 ó por los dos, ó por el seis segundo, y dan 823 y el cuatro y el sexto y quinto próximos así $823 \frac{4}{5} \frac{4}{6}$ (5). El quebrado que produce es mayor de

la mitad y por lo tanto conceptuámosle por uno, y uniéndole al producto da otro de 826: rebajemos en este dos y quedan 824; dividámosle entre siete y sobran cinco. Comencemos con él desde el primer día y tomémoslo todo entero, penetra el cálculo en el jueves, y él comienza Mojarram del año 1240. Mas si quieres pon sobre el producto de la multiplicacion 24,739 cinco mas, y producen 24,764: divídelos por siete y comienza en viernes que sigue al jueves; ó bien divide el producto de la multiplicacion sin el aumento de cinco, ni rebajes dos ya restados; comienza pues en viernes que sigue al jueves; y esta es la verdadera raíz del intervalo entre ellos (6).

«Llamase á este año árabe, y tambien año lunar, porque lo divide la luna, mas para tí el sol se presenta doce veces cada año, y cada vez es un mes. Las gentes principian el cálculo por el mes de Mojarram con 30 dias y el que le sigue con 29, y así un mes y otro, hasta concluir el duodécimo, produciendo 334 dias, que con el aumento de un quinto y un sexto consigues la exactitud. Cuando en él se completa un día se llama mes de la peregrinacion (Dul-had' yia) y tiene este año 335 dias por la proximidad, y en cuanto á la exactitud del quebrado, no inter-

rumpiéndose sino al cabo de 50 años. La comprobacion de esto está tomada de los pares, y vuelve sobre él, y así continuamente (1).

«Luego que conozcas la entrada de un año, cuenta desde él cinco dias, y en el que hace cinco comienza Mojarram del año que le sigue; y si el año es intercalar quita de él seis dias, y en el que hace seis comienza el año. La causa de esto es que cuando divido los 334 dias del año por siete sobran cuatro; cuento desde el día de la entrada del año y el que hace cinco le da principio; y como separastes dos después de la division resulta que el primer día de Mojarram del año de la egira es jueves, y entre él y el domingo hay tres dias, y así puedes siempre buscar el año que tú quieras si aumentas uno. Este uno disminuyó de los tres referidos y quedan dos dias con el que has disminuido. El aumento de los cinco lo originan los cuatro dias sobrantes después de la division por siete y el uno que se aumentó; comienza pues en día viernes; ó bien dices: entre el jueves y el domingo hay cuatro dias; aumenté uno al principio, hacen cinco, y por lo tanto comienza en viernes. El aumento de este día es para el mes de Mojarram, al cual tú lo dilatas, porque es el primero que concluye, y Dios sabe que los términos de los meses completándose al ocaso del sol dilatan siempre el término del duodécimo mes.

«Toma el fin de cualquier mes ó el principio de Mojarram, y como tiene 30 dias divídelo por siete y te sobran dos: aumenta uno y tienes tres. Como Mojarram empezó en jueves en este año sigues desde este día, y concluye sobre el domingo que es el primer día del segundo mes. Si deseas el tercer mes divide los dias de los dos meses por siete y te sobran tres; comienza desde el principio del mes hasta el fin, después divide por siete los meses que haya antes del que busques; al total aumentale uno, y concluye con el mes; y sigue así hasta el fin del año que corra» (2).

De este manuscrito, aunque anónimo y sin autoridad, deduzco consecuencias en favor de las proposiciones que antes he asentado, y sirven para comprobar la diferencia entre las tablas de Florez y Masdeu y la cronología corriente. Al decir en el manuscrito que para averiguar el día en que comenzó el año 1240 se ha de tomar el primer día todo entero, se vislumbra la variedad en el método astronómico y vulgar, variedad que tiene su comprobacion inmediata. Continuando el sistema de las tablas, se fija en miércoles 25 de agosto de 1824 el principio del año 1240, y segun la cronología de los musulmanes, y las tablas de los benedictinos, este tuvo principio al día siguiente jueves, que se contó por los árabes desde el anocheecer del miércoles. Esta misma idea se repite al decir, *Dios sabe que los términos de los meses completándose al ocaso del sol*; y por lo mismo creo fuera de duda el asentar que añadiendo un día al señalado en las tablas de Masdeu y Florez, se obtiene la mas completa exactitud en la fijacion de aquellos en que comenzaron los años árabes.

Pero aun en este cálculo es necesario tener presente, que puede hallarse otra diferencia, procedente de la diversidad que se nota entre aquellos historiadores en la regulacion del décimoquinto y décimosexto año del ciclo como intercalar. En el primero de estos dos años se notará una diferencia de dos dias, en el cómputo corriente y el de los benedictinos, con el seguido por Florez; y en el segundo ambos concuerdan en el día en que dieron principio. Estas diferencias creo que se salvan con tener cuidado de advertir si el año comprobado tiene por unidad determinativa un cinco ó un seis; si la tuviese, averiguar si corresponde á los 15 ó 16 del ciclo que sin interrupcion se renueva cada 50 años, y en este caso hacer aplicacion de las reglas establecidas.

Dedúcese tambien del manuscrito una pauta fija y segura para poder comprobar la feria ó día de la semana en que dió principio cualquier año árabe, que segun tengo entendido era la dificultad mayor que hasta ahora se ofrecia. Todos los autores que he citado han señalado reglas para saber el día del mes y el año en que aquel principiara; pero nada habian dicho sobre la feria ó día de la semana que le correspondia, habiendo surgido de aquí muchas dificultades y la mayor parte de las equivocaciones de los autores modernos. La regla que yo descubrí, y que reducida á práctica es invariable desde que principiá la egira hasta hoy, es la de contar cinco ó seis dias respectivamente, desde cualquier año cuyo principio sea indubitado. Al que principiá en domingo le sigue otro que tendrá su entrada en jueves, si no es intercalar aquel, y si lo fuere será viernes su primer día. De este modo la comprobacion puede hacerse con mas exactitud, porque fácil es conocer la letra dominical en los calendarios cristianos y Hermanaria con las ferias de los años árabes.

Conocido así el día en que empieza cualquier año, muy fácil es conocer tambien los que inician sus doce meses. Estos son de 30 y 29 dias alternativamente: los que tienen 30 dias concluyen al siguiente

(1) Parece que el autor habrá podido querer decir, que estos quinto y sexto, que indudablemente se hallan escritos con esta denominacion, deben sumarse para que hagan 11 dias en que se diferencia su año del nuestro.

(2) La palabra *كيفية* del manuscrito contiene un error en su escritura. De esta forma no se halla palabra alguna en los diccionarios; pero conceptuándola por la de *كيفية* creo que esta locucion hace relacion á la abundancia de los años intercalares, cuyo día de exceso se compone del sobrante de los dias naturales del año lunar.

(3) El principio de estas operaciones aritméticas es casi desconocido para mí, y confieso que no sé á qué se refiere el 306 de su sexto, pero no hay la menor duda de que esta palabra existe así. El 50 de su primera division se entiende el cociente de la division por siete, de los dias del año, así $334 \frac{4}{7}$. Aunque en el manuscrito no existe la palabra mes, he creído deberla aumentar, porque el sexto no tiene relacion ni aplicacion de otro modo, y esto conviene con la division del año árabe.

(4) La traduccion literal de las palabras del manuscrito es: así coloco el cuatro cada uno sobre el 50. Este es un idiotismo que he creído deber interpretar del modo que lo he hecho por su resultado aritmético.

(5) Esta operacion juzgo que será la que voy á demostrar, creyendo que la locucion *alo dividido por el inmediato multiplicado por el 5*, no puede referirse sino á la multiplicacion de cinco y seis dias de la nota 5.ª

24,739 dias	50 dias	9 dias
823	$\frac{4}{5} \frac{4}{6}$	24 horas
		216 horas
		20 cuatro quintos ó cuatro por cinco.
		$\frac{1}{6}$ partes.

(6) El resultado de estas operaciones da á conocer, que empezando el cálculo de la egira en viernes cuando no resulta quebrado alguno de la division, comienzan el año por aquel día, que es el primero de su cálculo; y el numerador del quebrado que en otro caso sobra, es el que señala la feria primera, segunda, etc., en que comenzó el año.

(1) Esta última parte hace referencia, tan confusamente como se nota, al ciclo lunar de 50 años, pero la comprobacion que anuncia no se comprende tal vez.

(2) Esta cuenta no se comprende, pues por mas que se ajusta nunca sale igual á lo que se propone explicar el autor anónimo del manuscrito.

de la semana en que empezaron, y si 29 comienzan y concluyen por un mismo día. Si pues el primero fué domingo el primer mes termina en lunes; el segundo empieza y concluye en martes; el tercero tiene como primero el miércoles y por último el jueves, y así sucesivamente.

Tales son las reglas que á mi juicio se deducen de las observaciones prácticas que he hecho de los diferentes sistemas seguidos por los cronólogos, ó de lo que dice mi manuscrito; aplicándolas veamos si sirven para aclarar algunas de las fechas dudosas. La muerte de Mojmamed se fija por los historiadores árabes en el día 28 de *Safar* del año 41 de la egira que cayó en lunes. Masden y otros la rechazan, porque según su cuenta el 28 de *Safar* correspondió al domingo 24 de mayo de 652: adelantemos un día, y tendremos la exactitud de la cita.

Abu-Bekr Alkog' dispone la muerte de Al-Jakem, hijo de Hishem en jueves 26 de Dul Had'ia de la egira 206, y Masden lo rechaza porque según su cuenta aquel día correspondió al miércoles 21 de mayo de 1822: añádase un día, recordando que el jueves 26 de los árabes comenzó al anochecer del 21 nuestro y se comprobará la exactitud de la fecha.

Según Conde, las condiciones ajustadas entre Abul Casem G' Abdel-melec y Gonzalo de Córdoba para la entrega de Granada aparecen firmadas en 21 de noviembre de 1491, que correspondía al 22 de Mojmarram de 897 de la egira. Según Masden y Florez este año comenzó en el jueves 3 de noviembre de 1491, y entonces el día 22 de su primer mes Mojmarram coincidió con el 24 de noviembre: aumentese el día que yo propongo y se conseguirá hermanar dos fechas tan conocidas é indubitadas, como que aun se encuentran en los archivos de Granada.

La entrega de esta ciudad, y por lo tanto la caída del imperio muzlimico en España, la pone el mismo historiador Conde en el día cinco de Rabi'g, primero del año 897; y Mariana dice fué en viernes 6 de enero de 1492. Según la cuenta de Masden y Florez, el primer día de Rabi'g el cual de aquel año convino con el primero de enero de 1492: por lo tanto el cinco de un mes lo fué también de otro; pero si se añade el día, según tengo dicho, conformarán las citadas de Conde y de Mariana, sin que haya motivo para dudar de ellas.

Si de estas citadas, criticadas por los extranjeros unas veces con razón y otras sin ella, pasamos á las de época mas reciente hallamos la misma diferencia. El tratado de paz ajustado entre la Sublime Puerta y el imperio francés fué firmado el 23 de Rabi'g primero de 1155. Según la cuenta de Florez, correspondía al 9 de junio de 1740, y llevando la fecha de 10 de aquel mes, resulta el aumento del día que yo hago.

La toma de Argel por los franceses fué el 3 de julio de 1830, que correspondía según la cuenta corriente de los árabes al 14 de Mojmarram de 1246. Continuadas las tablas de Florez hasta el día, el año citado debió comenzar el lunes 21 de junio de 1830, y por lo tanto el 14 de Mojmarram coincidía con el 4 de julio, consistiendo la diferencia en el día que lleva de menos su cronología.

Sin acudir á muchas mas citas corrientes, porque los almanagues de la Argelia y de Constantinopla nos ponen de manifiesto la variedad de un día entre los sistemas de que me ocupo, citaré por último un hecho reciente y conocido de todos. En la actualidad preocupa á toda la Europa la cuestion turco-rusa, llamada cuestion de Oriente. Pues bien: según los periódicos de Constantinopla y los de otras naciones, el Sultan y su divan no pudieron dar una contestacion definitiva á los representantes de las grandes potencias mediadoras hasta el 7 de julio del último año en que concluía el sagrado mes de Ramadan. En aquella noche ya les era lícito ocuparse de cosas mundanas, y en efecto el 8 de julio fué el primer día del mes musulman Schaual, según los almanagues de la Argelia, que llevan un día de adelanto con las tablas de Florez y Masden, y van conformes con la de los benedictinos.

Después de estas comprobaciones creo que queda concluyentemente apoyado el método que al principio espuse para hallar la verdadera correspondencia de los años, meses y dias corridos de la egira; pero aun conozco la imposibilidad de llegar á la exactitud en muchos casos si no se cuenta con el buen criterio del traductor y del historiador. Las expresiones de que se valen los árabes de *tantos pasados de tal mes*; ó de *tantos dias por andar* ó *tantas noches consumidas*; así como las de *Auwal Auwal Auwal* que hacen relacion á la primera, segunda ó tercera década del mes, son tan vagas é indeterminadas, que solo el buen juicio del escritor puede clasificarlas oportunamente. Por otra parte, la hora en que acontecieron ó debieron acontecer los sucesos debe tomarse muy en cuenta para el cómputo, así como no olvidar que la correspondencia cristiana se halla establecida con el día que sigue al en que comienza la egira, según hice notar al principio.

Tales son las observaciones que sobre la era de los árabes se han ocurrido á mi limitada imaginacion, observaciones que espero ver ampliadas con datos mas curiosos por otros mas entendidos en la materia.

MANUEL MALO DE MOLINA.

UNA VISION DE CARLOS V.

No entra en la simple materialidad de este siglo positivo que todo lo alambica y somete al análisis filosófico, dar crédito á esos rasgos anómicos del espíritu, aberraciones fantásticas que alteran el orden de los sentidos invirtiendo sus funciones y enrareciendo las facultades normales dejese oscuro misterio llamado alma, que vela siempre sobre la materia, tan susceptible de las sensaciones de esa máquina complicadísima y precaria, que nada sería sin la infusión de ese mismo misterio, como el árido pábulo de una lámpara sin el contacto del fuego vivo que la anima y al retirarse la estingue.

Sin embargo, á veces los límites del raciocinio no alcanzan á penetrar ciertos fenómenos sorprendentes y superiores al discernimiento de la criatura, por causas diversamente combinadas: el lapso del tiempo arroja esos desfigurados cadáveres de la fantasia que la posteridad suele regularmente escarnecer con su fria indiferencia, imprimiéndoles el tipo de una cinica y marmorea incredulidad, ó bien revistiéndoles de formas caprichosamente exageradas.

A este género pertenece la tradicion de que nos ocupamos en el presente artículo, garantizada su identidad por el testimonio de mosen Colona, en clase de confesor particular de S. M. cesárea, sulimosnero mayor y secretario privado.

Hé aquí el lance, según resulta de dicha relacion.

Aun ardía en Italia la guerra sostenida imprudentemente por el papa contra las armas imperiales. Carlos V, al tiempo de sentarse á la mesa cierta noche, recibió la desagradable nueva de que la ira de Paulo IV acababa de estrellarse en el cardinal de Santa Flor, fiel agente de la causa del César, y preso rigurosamente en el castillo de San Angelo.

S. M., aunque manifestó profundo disgusto, cenó con regular apetito, mas bien por sostener el vuelo de su amor propio á la altura de su grandeza. Tras de los postres, que fueron unas chuletas adobadas, se hizo servir por el sumiller una copa de *Lachrima Christi*, ese licor que forma la verdadera poesia de los bebedores napolitanos.

S. M. era sóbrio; no obstante, fuese por adormecer la mente para distraer el pesar, ó porque la naturaleza gastada ya por sus muchos años y achaques, se resistiese á esta clase de pequeños excesos, el hecho es que hubo de retirarse á su cámara vencido por una soñolencia y pesadez profundas.

Entonces, en medio de aquel paréntesis reactivo, tuvo un raptó extraño de facultades.

Vió un salón inmenso colgado de paños negros y alumbrado á trechos por enormes facistolos y candelabros que arrojaban una luz fatidica sobre el ambiente condensado por un humo denso: alrededor de sus paredes habia una doble hilera de estatuas ó personajes sombríos, coronados sus cabezas de pulido mármol con pirámides de azulado fuego, que difundia un hedor acre y sofocante: todos llevaban prolongadas espadas que arrojaban crines de chispas fulgurantes y unos cartelones con caracteres enormes é ilegibles por su brillo mismo.

Aquella atmósfera ahogaba; tal era la espantosa aglomeracion de gases que se exhalaban. No obstante la densidad, percibíase allá en el fondo un trono de ébano con una corona régia: sobre el dosel un gran Crucifijo de bronce, del que pendia una espada flotante que centelleaba y caía á plomo sobre aquella. Junto á las gradas habia dos monstruos de metal candente, en cuyas facciones indescribibles brillaba una espantosa é infernal sonrisa: único sarcasmo que se ponía en relativa inteligencia con aquellos rostrós de mármol, animados á veces por un implacable sarcasmo.

Y el aparato entero vacilaba en continuas oscilaciones que amenazaban echar á rodar al suelo aquella corona precaria; y al compás de su balanceo todas aquellas figuras batían palmas con sus descarnadas manos, y todo se ponía en juego hasta las mismas luminarias, cuyo fulgor tornasolado acrecia, como asimismo acrecia también y se multiplicaba prodigiosamente el número de las figuras, las cuales se precipitaban en tumulto y en actitud amenazadora hacia el trono, á cuyos pies se abrió un hondo abismo.

Pero al propio tiempo se rasgó de alto abajo una tapicería, y por la abertura asomó una mano blanca y disforme, presentando una gran cruz de plata, en cuya tersa superficie reflejaron las mil luces, produciendo un relámpago vivísimo que deslumbró.

Las figuras cejaron al punto y retrocedieron pavidas, ocupando su primitivo sitio. Pero una y otra vez arremetieron al trono, y otras tantas volvieron rechazadas por la súbita aparicion de la fulgente cruz. Y el resplandor siniestro de sus llamaradas aumentaba espantosamente, y á su luz todas las figuras hacían extraños visajes, y todo parecía arder, hasta el mismo trono, hacia la espada flotante que despedía ardientes llamaradas por la activa proyeccion de las luces, que daba la real apariencia de un voraz incendio.

Mas cuando todo iba á ser envuelto y devorado por una de aque-

llas ráfagas infernales, cuando el abismo iba á tragar sus cenizas, una aparición peregrina se improvisó de repente: multitud de ángeles de celestiales formas con la sonrisa del triunfo en los labios inundó la pieza, batiendo en deliciosa armonía sus alas de nieve. A su aspecto todo cambió en aquel recinto sombrío; las primitivas figuras se deprimían hasta incrustarse en las paredes de estuco, cuyas tapicerías se abrían pausadamente; la gran cruz de plata asomó otra vez con un brillo indecible, y el trono cesó en el balanceo, rota á sus pies la espada y apagado el fuego del abismo, que después de haber tragado los dos monstruos de la grada, iba cerrándose gradualmente, arrojando un residuo de humo denso y opaco.

Todo aquello no era mas que uno de esos golpes mágicos teatrales, que tanto sorprenden por su rapidez.

Por último, el cambio fué completo. El movimiento continuo de las alas de aquellos ángeles saturó la temperatura de la pieza, difundiendo un aroma delicioso: las figuras desaparecieron infiltrándose en las paredes; la severa figura del Cristo se dilataba marcando la clave de aquella bóveda inmensa, cuyo horizonte dilatado también hasta un extremo infinito, no tenía límites, y en reemplazo de aquel fulgor sulfuroso y fosfórico, brilló una esplendente aurora que hirió el rostro del monarca, como un rayo luminoso del sol naciente.

Carlos despertó entonces: en efecto, un rayo de sol, penetrando diagonalmente por los emplomados vidrios del artesonado, hería su rostro. Impresionado todavía, su primera mirada se dirigió en torno del ámbito del gran salón, como inquiriendo á aquellas columnas basálticas si había sido aquella realidad ó vana apariencia... solo vió un mueble lujoso que ocupaba la cámara, las ricas tapicerías asiáticas y el juego de alfombras de Persia que cubría los mosaicos del pavimento, y por último, allá en el testero del imperial retrete el busto en relieve de su misma persona, destacándose su noble talla en el medio punto de la alta clave.

Aquel accidente obró de una manera extraordinaria en el ánimo del emperador, cuyos escrúpulos debieron sugerirle una interpretación extraña, que nadie sabe. Lo cierto es que en 23 de octubre, es decir, un mes después de lo referido, en medio de un congreso de reyes y príncipes renunció el dominio de Borgoña y Bélgica en su hijo D. Felipe.

Fijo en su resolución, el César renunció asimismo en 16 de enero del año siguiente 1556 todos los dominios de España en dicho su hijo, y el imperio en su hermano D. Fernando, todo en un consejo solemne reunido en la misma sala donde tuvo la visión.

Y aquel poderoso monarca que tan grande había sido, cuyo cetro reuniera el dominio absoluto de entrambos mundos, se embarcó para España, fijo siempre en su idea de retirarse al monasterio de Gerónimos de Yuste, como lo verificó, vistiendo el hábito de la regla y haciendo una vida austera y penitente hasta su muerte acaecida en 21 de setiembre de 1558, dos años después de su renuncia y de su extraña visión.

JOSE PASTOR DE LA ROCA.

LA COMEDIA A LA VENTANA.

DOS MARIDOS.

FANTASÍA DE UNA NOCHE DE VERANO.

I.

DETRÁS DE LAS CELOSÍAS.

—¡Pobre conde! exclamaba el marqués.

—¡Pobre marqués! exclamaba el conde.

Y mirándose uno á otro con una sonrisita maligna se compadecían recíprocamente uno del destino del otro. ¡Simpatía fraternal!—¿Os he dicho sus nombres? ¡Ah no! verdad es. En ese caso he aquí sus targetas:

El marqués Felipe: Este era hermano primogénito de

El conde Pedro José.

Habítan dos casas en la misma calle, dos casas cuyas ventanas caían en frente. Cada uno de los dos hermanos poseía una cara mitad mas ó menos bella. El marqués (¡pobre marqués!) llevaba sobre la espalda cincuenta inviernos, crimen horroroso para la señora marquesa que se encontraba todavía en su vigésima primavera. En cuanto al conde (¡pobre conde!) tenía cuarenta años. Su cabellera no tenía canas como la de su hermano, pero el despiadado tribunal de su joven esposa le había declarado culpable de tres negros delitos;

1.º De tomar tabaco de polvo!

2.º De formar parte de la guardia nacional!!

3.º De acostarse con gorro de algodón!!!

Tanto el conde como el marqués parecían esencialmente predestinados.

¡Los dos hermanos no se querían mucho, cosa natural: eran hermanos! y además estaban casados! Con menos motivo se hubieran detestado. En revancha cada cual se creía adorado de... su mujer. ¿Y porque? ¿Serían crímenes sus ilusiones? Cuando los dos hermanos lanzaban las susodichas exclamaciones estaban ocultos detrás de sus propias celosías sin atreverse á sacar la punta de la nariz fuera de la ventana para ver por temor de ser vistos. Rendían, pues, homenaje al génio del carpintero que poseedor tal vez de una mujer hermosa inventó las celosías (1). ¡Ah maldito Calambourg, diablo de equivoco! Perdonádmelo, queridos lectores, porque se ha formado sin querer.

II.

LO QUE VEÍA EL MARQUÉS.

¡Pobre conde! decía pues el marqués dirigiendo una mirada escrutadora á una habitación del vecino palacio, en donde veía... veía á la señora condesa su cuñada que acariciaba amorosamente la cabeza de un oficialillo de artillería, joven hermoso, perfumado, afeitado, peinado, lleno de pomada, engalanado mas á propósito para tomar por asalto el corazón de una mujer que las murallas de una fortaleza.

III.

LO QUE VEÍA EL CONDE.

¡Pobre marqués! decía á su vez el conde porque veía... veía á la señora marquesa su cuñada que tenía delante á un joven de los grandes favoritos pintor de la nueva escuela.

IV.

¿PUES?

Pues señor, el conde compadecía al marqués y el marqués al conde; y los dos se reían y palmoteaban. Acababan de sonar las diez de la noche.

V.

LA MARQUESA Y EL OFICIAL.

—¡Leontina! murmuraba en medio de dos besos el oficialillo. ¡Leontina! llegó el momento de partir.

—¿Cómo? ¿ya quieres dejarme, Adolfo?

—¡Puede venir él!

¡Cuánto amo ese él! ¡Pobre marido! Héte aquí hecho un pronombre sin perjuicio de lo que le ha hecho su cara mitad.

—¡Oh! tranquilízame, mi querido Adolfo. Nunca entra él en mis habitaciones sin hacerse anunciar antes.

Vese el autor en la imposibilidad de estenografiar el diálogo que siguió á estas palabras.

VI.

LO QUE DECÍA EL CONDE

¡Allí! ¡allí! murmuraba entre dientes el conde. ¡Se puede ser marido hasta ese punto! Tal vez el señor marqués ronca en este momento mientras que yo estoy viendo desde aquí á la señora marquesa... Su señoría nada vió; estaban corridas las cortinas.

¡Oh! ¡oh! voy á referir esta historietita á la condesa, que no debe haberse acostado todavía y... no la molestaré.

Y el conde después de haber dado un golpecito con la mano á su peluca fué á ver á la condesa.

VII.

LA CONDESA Y EL PINTOR.

—¡Oh! ¡no tienes corazón! decía la condesa al pintor de la nueva escuela.

—¿Que dices pues? Clotilde...

—¡Si me amases, Octavio!

—¡Si te amase! ¡si te amo...! ¿y puedes dudar de ello, ángel mío? ¡Oh! dime... dime... ¿qué puedo hacer para probártelo?... ¡Habla, manda, ordena! ¡me tienes á tus pies!...

(1) *Jaloux* significa celos y también celosía, y al traducir la palabra al castellano desaparece el equivoco, cualquiera significación que se adopte.

VIII.

LO QUE DECÍA EL MARQUÉS.

El marqués miraba... miraba... De repente ya no vió nada. Una ráfaga de viento al parecer apagó la luz.

Ah! eh! ih! oh! uhl! exclamó alegremente el marqués.

Bah! y se va al teatro para ver comedias! Pues á fé que no hubiera cambiado yo mi puesto por la mejor localidad.

Repitió el marqués las cinco vocales diciendo:

—Es preciso que vaya á hacer reír un poco á mi mujer; ¡es tan buena mi querida marquesa! ¿quien sabe? ¡Acaso me estará esperando!

Y después de haber hecho que Francisco su ayuda de cámara le arreglase el nudo de la corbata, salió.

¡Cuán impertinentes son los criados! Permittedse Francisco advertir que los ojos del marqués brillaban como los de un gato en la oscuridad y sonrió con malicia. ¡Insolente!

IX.

¡OH MARIDOS! ¡OH MUJERES!

El señor conde pide permiso para presentarse á la señora condesa.

—Al instante.

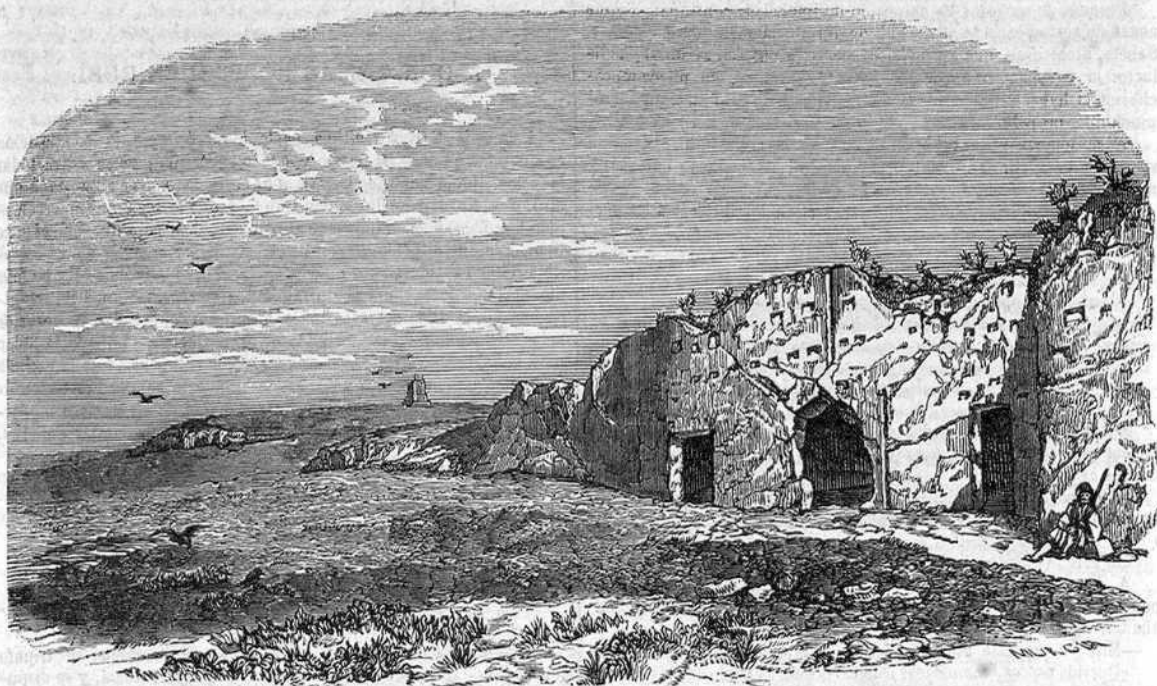
—Sale la doncella.—N. B. Había sido elegida por la misma condesa; —era su hermana de leche.

—Adolfo, pronto!

—¿Pero por dónde?

—Por la puertecita de la alcoba.

—Sale Adolfo.—Entra el conde.—Está de tan buen humor el pobre conde, que hace que se conviertan en risas las lágrimas de la condesa. Uno y otro lanzan epigramas sobre las mujeres desvergonzadas que se divierten en poner coronas sobre las frentes de sus maridos y sobre los maridos de frentes callosas que de nada se aperciben.—Y puedo decirlo en secreto queridos y púdicos lectores: la señora condesa



(La prision de Sócrates.)

hizo una infidelidad al amante—en favor del marido.—¡Circunstancia atenuante!

X.

¡OH MUJERES! ¡OH MARIDOS!

¡Señora marquesa! ¡señora marquesa!

—¿Que hay?

—¡El señor marqués!...

La marquesa se tiende sobre un sillón, tiene en una mano un abanico y en la otra un ramillete de flores. Apodérase el pintor de su paleta y sus pinceles.—El marqués entra riendo á carcajadas.—El artista como hombre prudente deja sus colores y sus pinceles, saluda respetuosamente y sale prometiendo volver al día siguiente. El marqués toma un candelabro y precede al pintor gritando á sus criados: ¡alumbrad á ese caballero! saluda y vuelve á encontrarse frente á frente con la marquesa.

Soy un joven muy discreto queridos lectores; y por lo tanto nada os diré de lo que pasó entre los dos esposos. Es sin embargo cierto que la condesa inspira horror á la marquesa porque se ha atrevido á faltar...

—Ah! es horroroso.

Habla la marquesa y asegura á su marido que verdaderamente no puede comprender cómo hay mujeres capaces de... Oh! no se atreve á concluir la frase.

XI.

¿Y DESPUÉS?

¡Es media noche! corremos el telón.

XII.

CONCLUSION.

Es probable que haya quien juzgue inmoral esta fantasía (asi al menos opina el traductor) pero á mi modo de ver tiene su moralidad y héla aquí.

Yo suplico al Todopoderoso en mis oraciones constantemente que me libre de estos males.

De las reumas y catarros.

De los órganos de la barbarie.

De los tontos y necios.

Y de la tentación de casarme. Hé aquí mi conclusion moral.

LA PRISION DE SÓCRATES EN ATENAS.

Sócrates el filósofo de la antigua Grecia, uno de los géneos mas grandes que han honrado la humanidad por su ciencia, su virtud y por los sanos principios de su filosofía; Sócrates, que creía en la existencia de un solo Dios, principio de todas las cosas; este Dios eterno é infinito había dado vida á otra porción de divinidades de la mitología griega. Los grandes principios de una escuela que propendía á la unidad, á la corrección de las costumbres de un pueblo corrompido, en medio de su grandeza, por la doctrina sensualista del politeísmo, atrajeron al lado del ilustre filósofo algunos discípulos ávidos de ciencia entre los hombres pensadores del pueblo mas culto é ilustrado de la antigüedad.

Sócrates era no solamente completo, sino complejo, es decir, que las cualidades mas contradictorias se encontraban en él. Satírico unas veces, y grave y razonador otras, claro en su lenguaje como el buen sentido, y poético como la imaginación. Estas brillantes cualidades fueron la causa de su ascendiente sobre sus contemporáneos.

Sin embargo, la sociedad de su tiempo fué ingrata con él: tal ha sido siempre la suerte de todos los reformadores; ella acusó de *Ateo* al hombre verdadero creyente de su tiempo; de corruptor de las costumbres al que trataba de purificarlas; y lanzándole en las sombrías mazmorras de Atenas, cuya lámina va al frente de estas líneas, le condenó á muerte haciéndole beber la cicuta. La defensa de Sócrates, conservada por Platon, revela toda la grandeza de su alma: hizo en ella la apología de su doctrina. Hé aquí algunos de sus párrafos:

«Comparezco ante este tribunal por la primera vez de mi vida, á la edad de setenta años; aquí el estilo, las formas, todo es nuevo para mí. Voy á hablar un lenguaje enteramente nuevo; la única gracia que os pido es, que atendais mas á mis razones que á mis palabras. Vuestro deber es *administrar justicia*, el mío decirlo la verdad.»

Después de rechazar la acusación de impiedad, continúa: «Se me acusa de corromper á la juventud, de inspirarla máximas peligrosas. Sabeis, atenienses, que yo no he hecho de la enseñanza un objeto de lucro: la envidia, por enconada que esté contra mí, no puede reprocharme el haber vendido mis lecciones: tengo de esto un testigo irrefragable, mi pobreza.»

Hace una sucinta exposición de su doctrina: «Si hablar de esta suerte es pervertir la juventud, atenienses! me confieso culpable y merezco ser castigado.»

El resto del discurso corresponde en la elevación de ideas á los párrafos que dejamos extractados.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

Margarita, que apenas podía contener su emoción, y cuyo rostro palidecía cada vez mas, recogió estas fúnebres prendas con un afán que admiró al mismo Aguilar.

—No recogería, dijo con la irónica sonrisa del dolor, no recogería un amante con mas emoción las reliquias de su amado.

Margarita no contestó.

En este momento entró un criado con una carta.

A Angélica, dijo Aguilar mientras Margarita la leía, la he hecho poner en libertad, pues su prisión no es ya inútil. Pero qué tiene Vd? añadió viendo el cambio de las facciones de su cómplice.

—Mire Vd. dijo esta presentándole la carta, Aguilar la cogió y leyó:

«Querida esposa, cuando leas esta carta habré dejado de existir porque uno de mis padrinos se ha encargado de llevarla si muero. En este momento supremo te perdono cuanto me has hecho padecer y te bendigo por los días felices que me diste en otro tiempo, que no se ha borrado nunca de mi memoria. Te amo y te he amado siempre con idolatría. Si te hubiera amado menos te hubiese perdonado antes; pero mi mismo amor me ha hecho duro contigo. Adios, y consagra alguna vez un pensamiento al hombre que te consagró toda tu vida y murió por ti suspirando tu nombre.—Leon.»

—Era él! dijo Margarita con voz ronca y ojos chispeantes.

—Eres libre... exclamó Aguilar, que en esta carta habia vislumbrado el término de su pasión.

—No, mientras viva ese hombre, dijo Margarita, la venganza primero, el amor después.

—Morirá, murmuró Aguilar con voz sorda, y ambos cambiaron una mirada que debió regosijar al ángel de las tinieblas.

VIII.

LÁGRIMAS SOLITARIAS.

Mientras tanto una escena muy diferente tenia lugar en la humilde casita situada en las afueras de la puerta de Alcalá. El padre Clemente, envejecido en pocos días por el dolor, oraba sentado en su humilde sillón, y corrían de sus ojos lágrimas semejantes á las que derramaron los de Jesús en el huerto de las Olivas. Aceptaba la copa de la amargura que Dios le enviaba; pero al tomarla de manos del ángel, su naturaleza desfallecía y demandaba perdón á Dios por su debilidad.

Todos sus esfuerzos para encontrar á Angélica habian sido vanos. En ninguna parte le habian dado una noticia que pudiera servirle de guía para descubrir su paradero.

De pronto llaman á la puerta. El anciano abre, y Angélica se precipita en sus brazos.

Después de un momento consagrado á la emoción, el padre Clemente, teniendo abrazada á aquella hija querida que lloraba en su seno, levantó los ojos al cielo, y su mirada fué una oración de gratitud. Luego preguntó á Angélica los pormenores de su rapto, sondeando su alma con su penetrante mirada. La joven no le ocultó nada, y el anciano lloró con ella.

Desde aquel día la paz volvió á reinar en su humilde morada; pero la alegría habia huido de allí para siempre. Angélica triste y soñadora pasaba los días en silencio, y el padre Clemente que la observaba, respetaba su dolor. Frecuentemente tenian ambos noticias de Enrique, cuyos días sucedían como las olas de un mar alborotado, y ambos le veían correr á su ruina sin poderlo detener. A cada noticia la joven y el anciano cambiaban una mirada sublime, y el padre Clemente solía decir: «Dios no tocó el corazón del hijo pródigo sino en los días de la adversidad... Enrique se arruinará, y entonces Dios tocará su corazón.»

TERCERA PARTE.

DEDICADA

A DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Esta es la tercera y última parte de mi *trilogía*, la composición en que mas cuidado he puesto y que mas cariño profeso entre todas las mías. Hubiera deseado hacerla mas correcta, y atar algun cabo que otro que quedan sueltos en su trama, y que si bien no importan al plan filosófico, pueden importar al plan artístico; pero Vd. sabe el poco tiempo de que dispongo para escribir, y que por carácter me es imposible releer mis borradores ni corregir pruebas; el público recibe mis producciones tales como por primera vez se representan á mi imaginación, sin la lima del arte ni la corrección del estudio. A pesar de todo, algunas han hecho fortuna; pero esto consiste en que tambien *libri habent fata*, los libros tienen su estrella. Desearia que la estrella de este libro fuera buena, y por eso le he puesto bajo la protección de mis tres ángeles; el primer novelista español de los tiempos modernos, que no se desdeñó de pasar una mirada por mis débiles ensayos, el crítico que saludó con su aplauso mis primeros versos, y el eminente poeta que me ha servido de padre, en el mundo literario, y á quien se alegra de rendir aquí un tributo de gratitud.

Su fiel amigo,

PABLO GAMBARA.

I.

LA VENGANZA.

La venganza de Margarita, desesperanzada de obtener su triunfo por medio de un duelo, abandonó la fuerza por la astucia, y se dispuso á arruinar á Enrique, pensando al mismo tiempo que este cambio de medios refinaba su obra, pues el modo menos cruel de vengarse de un hombre es herirle en el corazón con una bala ó la punta de un florete. La venganza lenta, pero segura, que camina en la sombra invisible para la ley, que semejante al Ogró de Ariosto solo atiende á tentar la piel, es decir, la apariencia, la forma, para contar sus corderos, la venganza misteriosa que se introduce en la vida íntima, como el veneno de los Borgeas se introducía en la vida animal y corroe lentamente la existencia, esta venganza que á nadie causa horror, sin embargo de ser la mas horrible, y que no deja una gota de remordimiento en el vaso del que la emplea, es la venganza peculiar de los pueblos civilizados. Margarita desprendería la piedra del monte para que tocando en la base de barro del gigante dorado le derribase, y sabia muy bien que el golpe de la caída le rompería en pedruzcos; pero su conciencia quedaria tranquila. Haria mas aun: no seria ella, sino su esclavo Aguilar, quien impulsaria la piedra. Margarita le ofreció concederle su mano el día en que Enrique estuviera arruinado, y seis meses después, á fines del verano de 184... se celebró su matrimonio. Enrique estaba pues arruinado. ¿Cómo habia logrado Aguilar su designio en tan breve espacio de tiempo? De un modo muy natural, valiéndose de las circunstancias, que son los andamios del talento y los pretestos de que se valen los necios para negarle la debida adoración.

El mayordomo de Enrique, anciano sexagenario que le habia visto nacer y le amaba como á un hijo, murió de una apoplejía, y dejó vacante su plaza: muchos pretendientes se presentaron á solicitarla; pero don Juan consiguió que se diera á un asturiano, Domingo Velasco, anciano tambien y honrado por principios; mas devorado por el cáncer de su afición á las mujeres, afición que como en todos los viejos hacia en él horribles estragos.

La última querida de Velasco era una bailarina de teatro, que ejercía además de este varios oficios, siendo el de bailarina el mas hon-

roso de todos ellos. Se llamaba Amalia, y habéis podido ver su retrato en la calle de la Montera, en los daguerreotipos espuestos como muestras por los retratistas.

Amalia supo embridar de tal manera á Velasco con su amor, que hacia de él cuanto quería, y aconsejada por don Juan, por quien había tenido un capricho, era un verdadero vampiro de su bolsillo. Pronto dieron fin las economías del pobre mayordomo, y se vió en la dura alternativa de tener que renunciar á su honradez ó á su amor. La lucha fué dolorosa y prolongada, pero venció la honradez, y el sexagenario amante se arrojó á los pies de su amada confesándole su situación con lágrimas en los ojos, pidiéndola de limosna un poco de amor, una de las inolvidables caricias cuyo recuerdo no acertaba á borrar de su imaginación. El pobre viejo, estúpido de cariño, quería ser amado por sí mismo de una mujer perdida! Sucedió lo que se debía esperar. Amalia le miró un momento en silencio sonriendo irónicamente, y viendo la figura de su Amadis sexagenario, amarillento, arrugado y lacrimoso, como la de una momia que se anima por milagro para pedir una misa, soltó una carcajada que fué á clavarle como una flecha en el corazón de Velasco.

—¿Con que estás arruinado, le dijo, y es preciso terminar la vieja novela de nuestro amor? Pobre galleguito mío, lo siento mucho, porque había llegado á quererte.

—Pero aun si tú quieres...

—Amor mío, estás loco: aunque yo quiera no puedo hacer nada por tí. Tú conoces la mezquindad de mi sueldo; para vivir necesito un amante que provea á mis necesidades. No puedes ser tú porque estás arruinado; y bien, será otro á quien buscaré como un cesante una nueva colocación.

—Mas yo cerraré los ojos... yo te permitiré otro amante, exclamó Velasco haciendo un sublime esfuerzo de abnegación egoísta, que algunas veces es egoísta la abnegación.

Amalia frunció el entrecejo, y le miró como debía de mirar Medusa, porque Velasco quedó petrificado.

—¿Por quién me toma Vd.? le dijo. ¿Cree Vd. que soy alguna mujer perdida? Cuando yo tengo un amante, le guardo fe, y lo primero que le entrego es mi corazón. Salga Vd. y no vuelva á acordarse de mí.

Y levantándose con ademán imponente, salió de la habitación, dejando á Velasco arrodillado y con los brazos extendidos sin poder articular palabra.

El sexagenario mayordomo quiso seguirla al cabo de un instante; pero una compañera de Amalia que vivía en su mismo cuarto le detuvo diciéndole:

—No entre Vd., no entre Vd. si no quiere acabar de matarla.

—Pero... murmuró Velasco.

—La pobrecilla está en su lecho medio muerta... por Vd. monstruo... por Vd. á quien amaba con pasión, y que la asesina. Vaya Vd. á buscar un médico á lo menos.

Esta escena bastó para decidir á Velasco, y el ángel del mal venció al ángel del bien en su corazón.

Entonces empezó á tomar de la caja de su amo, que no paraba nunca la atención en sus cuentas, y descansaba en él de los cuidados domésticos; pero Adelaida era insaciable. Pronto no bastaron las rentas, y hubo que acudir al préstamo; después á vender las propiedades; y á todo esto Enrique ignoraba su estado, y solo supo su ruina cuando supo que su mayordomo se había fugado á Francia con el precio de las dos últimas líneas que había vendido, que ascendería á millón y medio, y con su idolatrada Amalia, á quien amaba cada vez más.

Una mujer perdida es un ser despreciable y despreciado; no se cree en su amor, y se sabe que todos sus sentimientos son de comedia; y á pesar de esto se la ama; á pesar de esto el hombre bastante juicioso para resistir á las seducciones de una mujer virtuosa verdaderamente enamorada, cogido en las redes de la mujer de mundo, la sacrifica su salud, su vida, su reputación. ¿En qué consiste este fenómeno que todos mis lectores habrán observado? En que el amor es un arte que debe estudiar quien le quiera ejercer, y no hay en España una escuela como en la antigua Grecia para enseñar este arte á las mujeres honradas; las mujeres de mundo son las únicas que le estudian y le aprenden.

Enrique se acostó rico y amaneció pobre, mas pobre que los que nada tienen, porque tenía muchas deudas. Los acreedores se encargaron de decirle lo que era la miseria. Se le presentaron de todas clases, políticos, pero exigentes como los artículos de un código de comercio, ó groseros é insolentes, dejando un rastro en la alfombra con sus botas enlodadas, llamándole ladrón á boca llena y diciéndole que la fuga del mayordomo era solamente un convenio para robarles. Enrique procuró excusarse con los primeros y amenazó á los segundos; pero uno de estos le dijo: —A mí no me venga Vd. con roncacas, señor caballero de industria, ya sé que es Vd. maestro de armas, y que preferirá darme una estocada á pagar mi cuenta; pero yo no me convengo con eso, y no me bato con mis deudores.

Efectivamente Enrique no podía batirse hasta pagar, y no tenía dinero! Se veía pues obligado á soportar con paciencia cuantas injurias le arrojasen á la cara sin defenderse, como el soldado condenado á baquetas sufre los golpes sin oponer resistencia.

Un hombre de otro carácter se hubiera lanzado entonces en el flotante mar de la deuda sistemática, que no solo sostiene, sino que encumbra en nuestra sociedad á muchos hijos de fortuna. La deuda como principio es un elemento de prosperidad. De cada acreedor puede hacerse un esclavo, un forzado atado á su banco por el interés, que rema sin descanso para conducir al acreedor adonde quiere ir, con la esperanza de obtener así una paga inverosímil. ¿Cuántos matrimonios ventajosos, cuántos empleos importantes no han proporcionado los acreedores? Mas para llegar á este término es necesario entender la deuda, haber nacido deudor como se nace poeta ó diplomático, y Enrique no había nacido deudor: así es que determinó concluir de una vez con sus pesares levantándose la tapa de los sesos.

Pero su alma viciada por el deseo de la efímera celebridad de salón, deseó que su suicidio tuviera, como hasta entonces habían tenido todos sus actos, cierto carácter de originalidad que diese que hablar por espacio de una semana, y se hizo imprimir en papel orlado de negro esquelas que decían:

+

«D. Enrique Valdealegre, después de haber muerto civilmente perdiendo su fortuna, fallecerá el día 3 de octubre á las 8 de la mañana».

«El mismo señor D. Enrique Valdealegre su único amigo y el mayor de sus enemigos, suplica á sus acreedores se sirvan asistir á su funeral que ha de celebrarse en la parroquia de San Sebastián».

«El duelo se despide en la casa mortuoria»

Recibidas estas esquelas el día 4, y habiendo pagado al impresor el trabajo y el secreto, las puso sobres, cargó sus pistolas, y llamó á su ayuda de cámara para que las llevase á donde decían las señas que había puesto en el sobre de cada una. Pero cuando esperaba ver entrar al ayuda de cámara, la puerta del despacho se abrió y dió paso á una mujer vestida de negro y cubierta con un velo.

Apenas hubo entrado, alzó el velo, y Enrique al ver su rostro hermoso pero triste no pudo contener un grito de asombro.

—Angélica! dijo, y el mazo de esquelas fúnebres se le cayó de las manos.

—Yo soy, dijo Angélica con voz calmada, yo que vengo á buscar á Vd. cuando todos le dejan. He abandonado á los demás las horas felices; yo solo estoy al lado de Vd. en la hora de la desgracia.

—¿Qué manda el señor? preguntó el ayuda de cámara apareciendo en la puerta.

—Luego llamaré, dijo Enrique.

El ayuda de cámara desapareció cerrando la puerta.

II.

EL ANGEL DEL BIEN.

—Estrañará á Vd. mi visita, dijo Angélica, sentándose en una butaca á una señal de Enrique, que se sentó á su lado en una silla, estrañará á Vd. mi visita, y sin embargo es muy natural, porque vengo á traerle una esperanza.

—A mí murmuró Enrique sonriendo dolorosamente, tengo todas las que necesito; y echó una mirada á sus pistolas que estaban en la caja abierta sobre la mesa.

—A Vd., dijo Angélica sin alterarse. Al decir que tiene todas las que necesita, alude Vd. sin duda á sus proyectos de suicidio.

Enrique la miró asombrado.

—¿Estrañará á Vd. que sepa yo esto? prosiguió diciendo Angélica; y bien, la casualidad, ó por mejor decir la Providencia, me lo ha descubierto, y por eso he venido hoy antes de las ocho de la mañana.

—¿Pero cómo ha sabido Vd.?

—El texto de las esquelas que ha mandado Vd. imprimir, ha dado mucho que hablar en la litografía que las ha impreso, y en la cual se ha creído que se trataba de una broma. Un muchacho, de quien nadie desconfía por su corta edad, pero que como todos los muchachos observa con mas perspicacia que los hombres, oyó la conversación de Vd. con el impresor, y fué quien puso al corriente de ella á toda la familia. Yo cuido en una enfermedad que padece y que la ha postrado en el lecho á la pobre hermana de un litógrafo de esa casa, y á él es á quien se lo he oído contar. Pero dejemos esto, y vamos á lo que importa. Mi protector, el padre Clemente, conoce á Velasco y Amalia, los dos cómplices del robo que ha arruinado á Vd.; y á pesar de sus achaques ha salido detrás de ellos confiado en hacerles devolver lo robado.

—Aunque quieran no podrán; ya lo habrán comido cuando los encuentre.

—Habrán apenas llegado á París, y Amalia es rica á espensas de Vd. de modo que cubrirá lo que falte.

—¿Espera Vd. que el padre Clemente consiga?..

—Nunca le he visto proponer una cosa fuera de la justicia, ni dejar de conseguir lo que se ha propuesto.

—Pero aunque lo consiga, será tarde.

—¿Por qué?

—Yo no puedo resignarme á sufrir injurias con paciencia, á bajar los ojos delante de nadie, y mis acreedores me los hacen bajar injuriándome á cada momento.

—Y bien, todo puede remediarse.

—¿Cómo?

—Pagando á los acreedores.

—No tengo dinero.

—¿A cuánto ascienden las deudas?

—No sé... á unos cincuenta mil reales.

—Y bien: tiene Vd. el mueblaje de la casa.

—Unos mil duros.

(Continuará.)
PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

I.

Granada ilustre, que la frente hermosa al suelo inclinas abatida y triste, cual si lloraras mustia y pesada, las galas orientales, que perdiste,

Deja que ante los restos de tu gloria, risueña halague el pensamiento mío, de sus felices tiempos la memoria, la imagen de tu antiguo poderío.

Deja que evoque sombras que pasaron, y que pronuncie nombres que algun día en su suelo florido resonaron, y el eco en sus riberas repetía.

Adormidos en mágicas estancias, misteriosa mansion de los amores, envueltos en suavísimas fragancias mezcladas al aroma de tus flores,

Y al blando son del aura, que murmura vagando en tu recinto soberano, horas gozaron de sin par ventura el árabe gentil y el africano.

Si anunciaba el clarín el duro instante de desnudar la bárbara cuchilla, de noble esfuerzo y corazón constante daban sangrientas pruebas á Castilla;

Y deponiendo luego victoriosa la ruda lanza y el furor con ella, reclinaban la frente sudorosa sobre el amante seno de una bella.

Pasó su dicha, como en sueño breve que acaricia, al cruzar, la fantasía; trocó en pesares la fortuna aleva su gloria, su contento, su alegría.

Y en lugar de su cielo transparente y de sus auras puras y serenas, el huracán les dió y el sol ardiente que refleja en las líbicas arenas.

Ya solo quedan de su escelsa gloria nombres ilustres en dorados techos, y las páginas bellas de tu historia, que estan henchidas de sus altos hechos.

Bajo el dosel de la nevada sierra, reina gentil Granada parecía, ostentando á la faz de la ancha tierra de su manto imperial la gallardía.

Brillaba entonces el morisco trono en esa Alhambra solitaria y muda, hoy claro ejemplo del feroz encono del tiempo airado y de la suerte cruda.

Y en un vistoso, espléndido aposento de oro y azul labrado, cierto día, al bravo Osman, desde su blando asiento el rey Abdul-Wali así decía:

«Esa enemiga gente altiva y fiera
»con sus empresas y su audacia loca,
»molestando insolente la frontera
»mi justa saña sin cesar provoca.

»Una tregua, ha tres años, ajustada
»fué con el rey Alfonso, pero en vano;
»siempre fijas estan sobre Granada
»las ávidas miradas del cristiano.

»Probemos á Castilla, que orgullosa
»con su fuerza y poder, la paz rechaza,
»que aun subsiste lozana y vigorosa
»de Tariff y Almanzor la noble raza.

»Hasta el confin lejano de mi tierra,
»de mi reino á los últimos linderos,
»lleva el ronco clarín el son de guerra
»y apréstense á lidiar mis caballeros.

»Y al viento desplegados mis pendones,
»conozca á su pesar aquel monarca
»que no teme Walid los escuadrones,
»que Castilla en sus ámbitos abarca.»

No dijo mas: Osman, que silencioso sus palabras oyó, llevó la mano al pecho, se inclinó respetuoso, y el alcázar dejó del soberano.

Quien, según las antiguas tradiciones era severo, de marcial talante, enemigo de largas discusiones y en el hablar conciso y arrogante (1).

Convocan á los hijos del Profeta rojas hogueras en los altos montes; y la sonora voz de la trompeta, que retumba en lejanos horizontes.

El santo celo y el ardor escita clara anunciando á la morisca grey, que su valor y esfuerzo necesita el vacilante trono de su rey.

Bandas de sarracenos numerosas aparecen en valles y senderos, aguijando el caballo presurosos, y airadas empuñando los aceros.

Y con rudo ademán y con voz fiera amenazando muerte y esterminio y cautiverio y llanto, donde quiera que estendian los cristianos su dominio.

Veloz la nueva del guerrero apresto cruzó tambien los alterados mares, y errantes tribus de atezado gesto dejaron sus tostados aduares.

Y armadas acudieron á Granada, ansiosas de mostrar su frazo fuerte en la defensa de la fé sagrada, ó de hallar en la lid gloriosa muerte.

Para gozar de la mansion divina, que prometió el Korán al valeroso, donde murmura el agua cristalina en un fresco vergel, siempre frondoso.

Y donde tienen su eternal asiento, en palacios de plata, las doncellas de negros ojos y de dulce aliento, siempre amorosas, cándidas y bellas.

Que ceñirán su frente de guirnalda de blancas azucenas y alelíes, con hojas de lucientes esmeraldas y prendidas con perlas y rubies.

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

(1) Cuéntase de este rey, que oyendo en cierta ocasion á unos doctores que disputaban sobre los fundamentos de la ley, se levantó, y empuñando su alfanje, dijo: no entiendo mas reglas ni principios que la voluntad de Dios; mis argumentos estan aqui.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La muerte arrebató igualmente á todo el mundo.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



ÁNGELES DEL SUEÑO.

¿Qué funestos pensamientos del espíritu del mal podrían venir á la imaginación de estos dos niños? ¿Quien sabe! Tal vez alguna inspiración de envidia ó de orgullo; tal vez algun proyecto de mútuo engaño; la ejecución imaginaria conciertan simultáneamente.

¿Cuántas veces las tentaciones han tomado así la forma del sueño para tenderles sus lazos! La razón entorpecida se encuentra entonces sin fuerzas para discutir nuestra resolución; el acto se verifica sin que nosotros podamos tener responsabilidad; nuestros malos instintos parecen que se ensayan en los limbos del sueño, para acostumbrarnos á sus manifestaciones, ofreciendo á los ojos del alma mil imágenes insensatas ó culpables, quitándoles de este modo su primitiva repugnancia.

El alma se despierta poseída todavía de sus ensueños, procura acordarse de ellos, y se turba involuntariamente á su recuerdo. Dichosa cuando los ángeles guardianes han llegado á su tiempo para interrumpir el viaje de la imaginación á través de la extravagancia ó del mal.

Pero si su vuelo no ha sido bastante rápido, ¿Dios no ha puesto en

el mundo exterior, y hasta en nosotros mismos, guardianes cuya voz no cesa de hacerse oír? ¿Para el que mira concienzudamente el mundo que nos rodea, no encuentra sobre la cumbre de las colinas y en el fondo de los valles *consejeros* providenciales? ¿Qué destino no encierra en sí propio una lección fructífera? La vida entera es una gran cátedra que nos instruye y nos aconseja.

LOS TEMPLARIOS.

No creíamos que después que tan desdichado fin tuvieron los templarios, se hubiera acordado nadie de esta asociación religiosa mas que para referir los hechos de armas de sus adeptos, ó dar cuenta de la historia de la órden por completo. Pero hace poco tiempo llegó á nuestras manos un documento auténtico; irrecusable, que demuestra que tres siglos después de su extinción se trató de restablecer la órden precisamente allí mismo donde el Gran Maestro sufrió tan ignominiosa

11 DE MARZO DE 1853.

niosa muerte; hecho que tal vez considerarían los apologistas de los hermanos militantes como reparación y prueba de lo injusto de la sentencia que les dió el golpe de gracia. El documento á que nos referimos es una carta de Felipe III, autorizada por su secretario, y que copiamos literalmente, porque la creemos de alguna importancia en atención á que no tenemos noticias de que haga mención de ella ninguno de nuestros historiadores. Dice así:

«El rey: Don Pedro Gonzalez de Mendoza; Baylio de Lora: Don Diego Brochero me ha dado el memorial (de que aqui va copia) sobre la pretension que tienen de Francia para que se vuelva á fundar la religion de los templarios y que se dé el Maestrazgo de ella al duque de Nevers y suplicóme lo que por él vereis y aunque se atenderá al remedio de esto como cosa que tanto importa, holgaré, que con mucho secreto y sin que nadie lo entienda me aviséis de lo que acerca de ello se os ofreciere y pareciere que yo seré servido de que así lo hagáis. De Madrid á 13 de febrero de 1616.—Yo el Rey.—Antonio de Arostegui.»

CALIFORNIA.

Una visita á la ciudad de San Francisco.

I.

Esa dorada península denominada California se halla situada en la septentrional América y al N. del mar del Sud. Bellísimo y pintoresco territorio, abundante en granos y frutos. En los meses de abril, mayo y junio, sobre esa tierra de promisión cae con un generoso rocío una especie de *maná*, que tomando consistencia se endurece sobre las verdes y lozanas hojas de los cañaverales, donde se recoge, y cuyo dulce sabor gratisimo al paladar trae á la mente la divina *ambrosia*, ese poético manjar atribuido á los dioses de la mitología. Las ricas playas de aquel salutifero clima poseen perlas como las de Panamá y Golconda, en donde se encuentran los mejores diamantes del mundo; pero en cambio hallase con no vista profusion en la California el mas noble de los metales, el oro. Los primeros europeos que habitaron y poblaron dicha comarca fueron los españoles, que construyeron algunas casas y un pequeño fuerte llamado *Nuestra Señora de Loreto* (año 1730); pero hoy, sin saber por qué, se han hecho dueños de ella los anglo-americanos. Hubo un tiempo en que los ignorantes naturales de esa rica península, bien ajenos por cierto de los tesoros que henhian las entrañas de su suelo privilegiado, vivían sin casas, durmiendo en el verano al abrigo de frondosos árboles, y durante el invierno cobijados en escavaciones subterráneas... pero todo ha cambiado; existe la gran ciudad de San Francisco, objeto de nuestra visita.

II.

Desembarcamos el día 15 de julio de 1831 en aquella ciudad erigida por ensalmo, cuyas chozas se habian convertido en magníficas casas, y cuyo rápido progreso indicaba lo que habia de llegar á ser muy pronto. La porcion mas considerable de la ciudad hallábase situada en el valle; pero doquiera se edificaba con prodigiosa rapidez, aunque con preferencia ya sobre las alturas, á consecuencia de haber notado los exploradores que eran las mejores tierras para hallar oro. Entre las muchas calles que recorrimos, merece particular mención Kearneystreet por su grandor y magnifico caserio de tres y cuatro pisos. Nos alojamos en Freemont-hotel, pagando 60 duros al mes por un aposento sin amueblar casi, de unos 14 piés en cuadro, alquiler que no parecerá caro al lector cuando sepa que otros sujetos pagaban mucho mas; entre ellos conocimos á un procurador que pagaba 400 duros mensualmente en otra fonda con algunas mayores comodidades, y mejor situada para negocios. El precio minimum de cada comida era el de un duro: un panecillo solo una peseta.

Desde la cubierta del buque, al entrar en el puerto, se divisaba la parte inculca de San Francisco, que era una elevada colina sembrada de pequeñas tiendas de campaña de lona ó de cáñamo, entre las cuales descollaba una casita de piedra que es la fonda mas económica, á la que ya hemos aludido al dar cuenta de que nos hospedamos en ella durante nuestra corta residencia en dicho país.

Visitamos pues como llevamos dicho todas las calles: curioso por cierto era de ver cual divagaban presurosos en todas direcciones hombres procedentes de todos los ángulos del orbe: allí vimos los naturales del país con sombreros de anchas alas, chilenos con sus ponchos, mejicanos, chinos, con largas trenzas de pelo colgando desde la coronilla, malayos con torvo ceño, color cetrino y dientes puntiagudos, teñidos de un color negro y brillante, y muchísimos otros, largos de enumerar, de infinita diversidad de cataduras; algunos gastando tan luengas y pobladas barbas, que hubiera sido difícil

averiguar á qué naciones pertenecían, á tenerse que guiar por sus facciones ocultas entre la espesa sombra de aquellos bosques naturales de pelo, entre los que asomaban tímidamente las puntas de las narices, y dos ojos muy relumbrones. En la plaza mayor, *Portsmouth-square*, vimos cómo tremolaba al aire el pabellón de los Estados-Unidos en las casas consistoriales. Luego nos trasladamos sobre una eminencia de donde descubrimos un inmenso panorama; á nuestros piés yacia la bahía y el pueblo, con sus tiendas, casas y los flotantes mástiles de los buques anclados, ondeando los variados colores de sus banderas y oriflamos de todas las naciones conocidas: este cuadro resaltaba á los ojos sobre el fondo en último término de una elevada y ondulante línea de azuladas y vaporosas montañas. A poco de nuestra llegada y enfrente del *United-states-hotel*, como en otras calles, vimos que removían la tierra con grandes cuchillos, y luego la deshacían entre las manos: eran buscadores de oro, que empleados en esta faena ganaban sobre cinco duros diarios: después de separar la tierra y el polvo entresacaban algunas partículas de oro, que colocaban cuidadosamente en un pliego de papel blanco; otros extraían los granos del precioso metal con el auxilio de cabezas de afileres que humedecían con la lengua. Conocimos á un niño que con semejante ejercicio hubo muchos días de ganar 14 duros! ¡Buen jornal!

De dos años á esta parte, los sedientos de oro suelen dar la preferencia á la Australia, de cuya region nos ocuparemos en otro artículo, mediante Dios.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

TIPOS ESPAÑOLES MODERNOS. (1)

I.

El Pollo.

¿De qué época data el descubrimiento de este animal implume, que tan importante papel representa en el día en la sociedad moderna? ¿De dónde le viene el nombre con que se le decora, y el cual fué aceptado desde el primer momento, así por los individuos de la raza primitiva como por la generación contemporánea?

Segun las noticias y datos mas positivos, el origen del pollo humano no se pierde en la noche de los tiempos, como el origen del que no lo es. Al contrario, todo induce á creer que salió á luz allá por los años de 1843, no siendo producto de ninguna revolucion política, sino efecto sencillo y natural de un sistema de educación que no tenemos el deber de calificar.

Antes,—y este antes no representa el siglo pasado, sino un período de dos ó tres lustros anteriores al año referido de 1843,—antes, el niño era niño desde que nacía hasta que acababa su carrera. Educado en el seno de la familia muchas veces y con éxito completo,—como se dice ahora de todas las comedias que se estrenan en los teatros,—enviado algunas al Seminario de Nobles ó á la Escuela Pia, no conocía otro mundo que las paredes de su casa ó las del colegio. Algo mas tarde se le entregaba en manos de un ayo, eclesiástico casi siempre, el cual le acompañaba al Retiro ó á la Ronda los domingos, á la procesion del Corpus en su día, á andar las estaciones el Jueves y Viernes Santo, y al teatro en dos ó tres ocasiones solemnes anualmente.—Esta educación era sin duda inferior en brillante barniz á la actual; en cambio era mas sólida y conveniente. Entonces los jóvenes no lucían tanto como ahora, pero pensaban mucho mejor; no tiraban al sable y á la pistola; pero no tuteaban á sus padres; no montaban á caballo ni sabían dirigir un carruaje; pero no frecuentaban los cafés, ni los bailes de la calle de Capellanes; no entendían gran cosa el francés ni el inglés; pero no jugaban al *ecarté* ni al *bacarrá*.

Cumplidos los veinticinco años, uno era abogado, otro entraba de auxiliar sin sueldo en una secretaría, el de mas allá se dedicaba al comercio, después de haber asistido á las cátedras del Consulado; este iba á una embajada, aquel se encerraba en el claustro. Así se explica que no hubiese pollos, y que entre el niño y el hombre no existiera esa categoría intermedia que hoy existe y que ha hecho profunda sensación en el mundo moral y en el físico.

Hemos dicho arriba que el pollo no ha sido producto de ninguna revolucion, y estamos por arrepentirnos de haberlo asentado; porque el sistema social que ha engendrado esa variedad de la especie humana procede directa y legítimamente de nuestra revolucion, la cual no modificó solo las instituciones, sino que alteró las ideas y las costumbres.—Debilitóse entonces con otros principios el de la autoridad paterna, hasta ser reemplazado con no menos exageración por la ti-

(1) Bajo este epígrafe se proponen el autor del presente artículo publicar una serie de ligeras fisiologías de tipos contemporáneos: la segunda será la de *El gacetero*.

ranía filial. Antes el padre imponía sus opiniones á su familia; ahora se las deja imponer; antes era obedecido; ahora obedece; antes era dictador; ahora cuando mas es monarca constitucional. De aquí primero el aflojar la rienda á la inquieta juventud; de aquí despues el emanciparse ella de todo freno; de aquí, por último, el trastorno completo de ese orden natural que debe regir á las sociedades bien organizadas.

Descubierto el origen del pollo, busquemos la etimología de su nombre, cosa que nos será en extremo fácil.

El mismo año de 1845 que hemos citado ya, hallábase en una sociedad aristocrática; en la casa de la condesa del M..., el malogrado marqués de San..., tan célebre por sus chistes y sus graciosas ocurrencias.

—¡Cáspita! dijo á los que se agrupaban en torno suyo,—si tirasen aquí un puñado de trigo, no quedaría ni un solo grano.

—¿Por qué? preguntó cualquiera.

—¿Pues no vé Vd. esa nube de pollos que nos rodea?

La palabra hizo fortuna: aquella misma noche corrió allí como el rayo; al día siguiente la acogió Madrid entero, y despues toda España.

No pasemos adelante sin explicar en qué se diferencia la educación actual de la que hemos descrito arriba con ligeras pinceladas.—De ocho á quince años se envía ahora á los niños á uno de los infinitos colegios que en Madrid existen, y en donde, si por regla general no se los educa bien, en cambio se los educa pronto. Poco latín, mucho francés; poca historia, mucho baile; poca filosofía y mucha gimnasia; hé aquí la base de todos esos liceos en que se aprenden otras muchas cosas que no espresa el programa, como ponerse la corbata, escribir cartas amorosas, tirar al florete, jurar en todos los idiomas, y fumar.

Durante el tiempo que se emplea en tomar tan útiles lecciones, los padres no piensan en los hijos sino para llevarlos algunas temporadas á su casa, hacer que frecuenten los coliseos, é inspirarles el gusto á los placeres terrenales.

A los quince años el pollo ha terminado su educación preparatoria, y á esa edad se le lanza al mundo y se le otorga completa libertad para cuanto se le antoja.—Desde entonces, aunque vaya á la universidad, ó se halle agregado á un Ministerio, concurre sin embargo diariamente al Prado, á las sociedades y á los teatros; monta á caballo, asiste á la escuela de esgrima, y cena en el café Suizo.

El café Suizo! Hé ahí la escena de los triunfos de nuestro héroe, hé ahí su templo, hé ahí su asilo.—En él sintió crecer sus alas; en él se enteró de sus derechos naturales; en él halló sus primeros amigos y soñó sus primeros amores; porque el pollo, el legítimo, el verdadero pollo, necesita recibir la consagración de tal en casa de Matosí, aunque luego abandone por lugares mas altos al café de la calle de Alcalá. Vedle allí, sentado á una mesa, con un vaso de ponche delante, con un puro en la boca, con su naciente bigote retorcido, con su *tailma* arrastrando por el suelo; oídle hablar mal de las mujeres, bien de los caballos, poco de política, mucho del juego, y conoceréis en un momento su fisonomía física y moral.

Pero donde él brilla mas y se halla en su centro verdadero, es en los bailes y reuniones.—Ya pide un vals á esta, ya usurpa un rigodon prometido á otro; ya mendiga una vuelta de polka; ya corre á poner su napoleón en la mesa de *ecarté*.—Tan pronto disputa con un compañero sobre la elegancia de una *toilette*, como dirige un dardo agudo á tal cual marchita beldad; ahora rodeado de un numeroso auditorio refiere una anecdota chismográfica; despues vueta al *buffet* á cobrar fuerzas para resistir á sus fatigas; en una palabra, en todas partes bulle, y en todas partes se le ve, pareciendo que se reproduce y multiplica.

El pollo puede impunemente hablar mal su idioma; pero habla bien por lo comun el francés, porque ese es el estudio mas formal que ha hecho en su vida. Luégo para acabar de perfeccionarse, va los veranos á Bayona ó á los Pirineos, y hasta da su vuelta por el boulevard de los Italianos y el Palais Royal, con objeto de adquirir ese barniz parisense que tanto realce comunica á sus naturales atractivos. Aquel que ha visto Mabilly y Asnières, que ha conocido á Mogador, á la reina Pomaré y á otras elevadas ilustraciones de los bailes campestres de orillas del Sena, ese es soberano en su círculo y mira á los demás por encima del hombro.

El pollo es esencialmente filarmónico, y canta á todas horas cava-tinas italianas ó coplas de zarzuelas. En la calle, en paseo, hasta en la iglesia, tararea entre dientes alguna pieza muy conocida; lo cual no impide que se duerma en la ópera y que se aburra en los conciertos. En cuanto á la literatura, le tiene declarado odio mortal.

Apresurémonos á decir que en esta familia ornitológica existen grandes diferencias y aun contrastes. Hay pollos melancólicos y casi románticos; los hay joviales y decididos; los hay literatos y hasta políticos: sin embargo, la especie que mas abunda es la de los pollos gaitados ó *blases*, como ellos mismos dicen.

A los veinte años este pollo comienza á disgustarse profundamente de la vida, que se le aparece, no entre purpuras y aromadas rosas,

sino á través de crespones fúnebres. Entonces todo le cansa y le fastidia; es escéptico y casi ateo; habla de sus perdidas ilusiones; maldice la amistad y reniega del amor. Sus placeres únicos son la mesa y el juego: mira con horror el matrimonio, aunque se propone espigar el campo donde florece; y asegura que vería á la muerte acercarse sin miedo;—lo cual no le impide tomar todas las precauciones posibles para prolongar su dolorosa existencia. Este pollo es sin duda ninguna el mas insoportable de todos.

Hay hombres que no son pollos nunca, y hay otros que lo son siempre. Los primeros por instinto, por organización ó por cálculo, adoptan rumbo y costumbres diferentes; los segundos por carácter, por pequeñez de espíritu, ó por tontería natural, son niños eternamente.

De esta última cuestión se desprende otra muy importante.—¿En qué periodo de su vida comienza el hombre á ser pollo y cuándo deja de serlo?—Los autores contemporáneos difieren en opiniones: la nuestra es que esa época alegre y feliz dura desde el tercero hasta el quinto lustro, desde los quince á los veinticinco años.—Huid del que pretende serlo pasada aquella edad, porque ese es un pollo supuesto.

Para terminar esta pálida é imperfecta fisiología, si tal puede llamarse, digamos que los pollos están destinados á inspirar grande aversión ó profunda simpatía. Las mujeres los aman ó los odian, pero nunca muestran indiferencia hacia ellos: los ancianos son indulgentes con sus extravagancias; los hombres en general son injustos con sus flaquezas.

Hay otra especie que aborrece al pollo, que diariamente le increpa y le calumnia, que publica sin tregua sus defectos, que no consigna jamás sus buenas partes: aludimos al gacetillero, el cual ha elegido al pollo por víctima propiciatoria, y se place y huelga en inmolarse á su saña. Cada día refiere ó inventa una anecdota, una aventura grotesca, en que el pollo hace el principal papel: cada día le dirige dos ó tres saetas envenenadas; cada día le lanza un nuevo sarcasmo.

Alguna vez se ha visto al pollo irritarse y empuñar el sable ó el florete para vengar sus agravios. Estas tendencias belicosas son el último rasgo de su carácter; y si ahora, como en siglos que acaso nos parecen felices porque se hallan lejanos, se estilaran divisas y leyendas, el pollo debería escribir en su escudo:—*Cordero en paz y Leon en guerra*.

RAMON DE NAVARRETE.

JUSTA Y RUFINA. (1)

RELACION

por Fernán Caballero.

Lo bello es lo que agrada á la virtud docta y culta.
MAESTRE.

Ni los padres que forman á sus hijos segun ellos mismos, ni los preceptores que pretenden desenvolver solo las inclinaciones naturales, logran sus fines. De este conflicto eterno entre la naturaleza y la vida, se puede inferir que hay una mano poderosa y oculta que educa tanto á las naciones como á los individuos.

SCOTTSEN.
La vida presente no es sino una transición, una prueba, pero no un término.

DESNOIGESTREZ.

Las composiciones que los franceses y alemanes llaman *Nouvelles*, y que nosotros por falta de otra voz mas adecuada llamamos *Relaciones*, difieren de las novelas de costumbres (romans de mœurs) que son esencialmente análisis del corazón y estudios fisiológicos, en que se componen de hechos rápidamente ensartados en el hilo de una narración, esto es, en que son aguadas en lugar de miniaturas como las antedichas.

Las relaciones pueden en favor de su tendencia á causar efecto emanciparse con mas desenfadado que las novelas de costumbres de la estricta probabilidad sin adular su esencia ni faltar á su objeto.

No obstante, aun para la creación de las relaciones nos confesamos tímidos, como tan instintiva é indispensablemente apegados á la verdad, de la que decía Diderot que es la trinidad en las artes, dimanando de ella el bien que engendra lo bello, que es el espíritu santo. Ciertamente que en lo verdadero cabe mucho; pues así como para las cosas espirituales nos muestra aquel sublime y resplandeciente campo que ha hecho Dios, el cielo y cosas celestiales, muestra tambien inmensurables abismos de culpas y desastres que han hecho los hombres. Allí sol, luz, paz, pureza y bendiciones; aquí sangre, delitos, gemidos, y

(1) No sabemos si los lectores del SEMANARIO observarian al leer nuestra última relacion, mas largo es el tiempo que la fortuna, que en ella solo actúan hombres; en la que presentamos ahora, en contraposición de aquella, solo actúan mujeres.

blasfemias! Allí la misericordia y la compasión; aquí la crueldad, la soberbia, el odio y la venganza. Esta reflexión que hemos hecho, nos recuerda que á algunos les parece que están las nuestras demás en lo que escribimos; mas no por eso las dejaremos de hacer, puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si esta le faltase podría colocarse en la categoría de un culto y fino *Tutúli mundi*.

Háenos echado en cara también el hablar de Dios con respeto y énfasis, á lo que solo opondremos la sencilla reflexión que en parecidas circunstancias hizo un antiguo autor: como si no se pudiese decir de las buenas doctrinas, mejor que del dinero, que siempre vienen al caso! (1)

Mas Apolo suele acudir á la mayor necesidad, cuando ve á un pobre tímido novelista apurado por querer y no poder traer su prometido tributo al *Semanario*, y dispone que sea revelado á su desalentado devoto algun acontecimiento antiguo ó moderno que le sirve de báculo y es la vara de la que, regada con la tinta del autor ya que no con las aguas de Hipocrene, brotan las siguientes hojas:

La hermosa y distinguida marquesa viuda de Villamencia, sentada en el cierto de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada sobre su hija, que en medio de la habitación estaba jugando con otras criaturas de su edad. Esta niña que tenía cinco años, era el tipo de una pequeña willis, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizos sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvían tristes cuando se fijaban. No siempre es la tristeza dulce; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acongojada por la lástima.

Frete á esta niña había otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar; su rostro era basto y moreno; sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada audaz, curiosa, sostenida, y modesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dueña en cada persona y en todo objeto, no las hubiese hecho sobre manera desagradables y repulsivas.

Al lado de la marquesa estaba sentada una de esas personas de las que con tanta propiedad se ha dicho que quitan la soledad y no dan compañía, entre pesados, inoportunos, que abrumen y fatigan como el calor, y tan necias que no lo conocen! Era esta una señora, viuda desde muchos años de un administrador de loterías, el que al casarse con ella se había adjudicado á sí mismo el premio grande. Dicha señora conocía á la marquesa desde joven y la trataba, no solo con la confianza que se tomaba en todas partes sin que se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino también con cierto aire é ínfulas preceptorales.

—Válgame Dios marquesa, le dijo, siempre estás triste! si es porque se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es porque tu hijo es un ceno á oscuras, es hácia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez; si es porque estás enferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes encenques viven tanto ó mas que las robustas.

—¿Qué don de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Don dijimos? y dijimos mal, pues debimos decir *falta*; falta de educación, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y sobre todo falta de bondad! El primer deber (ya que *impulso* no sea) que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el teatro social es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera espresión, denominados hoy mundo y franqueza, conseguirán al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y discolá que la de los Hottentotes; y se habla mucho, mucho, de cultura y civilización, si, como el ciego de los colores.

La marquesa, que era una mujer fina, se contentó con responder al impertinente apóstrofe de la administradora: me duele la cabeza.

—Ya, repuso la visitadora; no es extraño con el ruido que están haciendo esas niñas!

—Pues si apenas hacen ninguno! dijo la marquesa; además, si lo hiciesen no me molestaria; la presencia de mi hija es todo mi encanto, toda mi alegría, todo mi recreo.

—Anda con Dios! repuso la viuda, en lo que concierne á tu hija; Justita es una buena niña, dócil y bien mandada; pero lo mismo tole- á esa Rufina que bien se la puede decir Rufiana, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como caridelerana; no sé cómo la puedes sufrir á tu lado ni tolerar al de tu hija.

—La he criado á mis pechos, respondió la marquesa, y quizás por eso le deba la vida, pues cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la subida de la leche me puso á morir.

—Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entonces de traer para que la criases una criatura del hospicio! dijo agriamente la áspera viuda.

—Yo así lo exigí por muchas razones, señora.

—¿Y cuáles eran estas? ¿me lo querrás decir? pues no acierto cuáles pudiesen ser.

—La primera, contestó la marquesa, fué la seguridad de que no pudiesen arrebatarle mas adelante la criatura que había alimentado á mis pechos. La segunda fué hacer una obra de caridad dando madre al pobre ser que no la tenía.

—Estos sentimentitos, dijo la ex-administradora, son muy bonitos impresos en novelas, pero en la práctica lo que dices es chachara, y no se puede uno en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

—Pero, señora, dijo la marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan agriamente compensaba los beneficios que de ella recibía y con tanta inconveniencia le reprendía la caridad que con otro ejercitaba, lo que estás diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las mas insoportables de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien tuviésemos una seguridad que de ese bien nos resultaría provecho, ¿dónde estaría el mérito que habría en hacerlo? Cada día vemos á los pobres sacar niños del hospicio, apegarse á ellos, prohibirlos y amarlos como propios; triste es decirlo, añadió la marquesa suspirando, pero el pueblo nos da continuamente ejemplos de caridad; los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que esta no consiste en dar una moneda, sino en hacer el bien sin cálculo. Qué perfectamente ha dicho Balzac que la avaricia empieza donde acaba la pobreza!

—Toma! contestó la viuda, los pobres lo hacen porque cuando son mayores los niños les ayudan con su trabajo.

—Señora, por Dios! cuando estos niños son mayores, ó salen soldados ó se casan, bien lo sabeis.

En seguida se dibujó en el rostro de la marquesa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma: No hay flor en la naturaleza material que no marchite el solano, ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral que no aje la malevolencia y la hostilidad!

—Mucho habría que decir sobre esto, repuso acerbamente su interlocutora; lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

—Podrá ser, dijo la marquesa: un autor francés ha dicho que el diablo se venga siempre de una buena acción.

—Esa muchacha, prosiguió la hostil y cansada viuda, es mala de *nativitate*; nadie la puede ver, y acabará por echar á perder á tu hija.

—El cuidado de que esto no suceda será mio, dijo la marquesa con frialdad. Señora, si os parece hablemos de otra cosa.

Ambas señoras habían callado, poco satisfechas la una de la otra, pues la una sentía su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban puestas en círculo á un juego de prendas. Rufina, que tenía don de mando, había puesto el juego diciendo:

—Ahí está Señá Mariquita Gil.

A lo que según la regla del juego contestó su vecina:

—¿Quién es Señá Mariquita Gil?

Respondiendo en seguida Rufina señalando á la viuda:

—La que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca y el dedo en la mejilla tirando su párpado hácia abajo, con lo cual quedó hecha una vision, y algo parecida á la viuda que tenía efectivamente según la voz vulgar un ojo remellado.

—¿Y no sabes tú, desvergonzada, dijo encolerizada la remellada señora que notó el insolente ademán de Rufina, no sabes tú la máxima que á este juego se adapta y añade? Pues oyela:

Tuerce la boca hasta el mal

Quien del prójimo murmura;

Es lince para mis faltas

Y topo para las suyas (1).

Cada niña debía hacer y decir otro tanto sopena de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciese lo que habían hecho las demás, amenazándola si no lo hacía con que no jugaría mas con ellas, y la niña afligida por la amenaza, se vino á refugiar con su madre, en cuya falda se echó diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños: ¡yo no quiero ponerme tan fea!

—Que concluya este juego, dijo severamente y con marcada intención la marquesa á Rufina. Niñas mías, añadió dirigiéndose á las otras,

(1) No podemos menos de citar aquí unas palabras del periódico *La Esperanza*, en su número del 6 de enero: mas valor se necesita hoy, dice, para mostrar celo por el catolicismo, que para desdenarlo y hostiliarlo haciendo ostentación de indiferencia y de impiedad.

(1) Juegos de Noche-Buena, moralizados por Alonso de Ledesma.—Madrid año 1611.

decid relaciones, que es mas bonito, y os ejercen en la pronunciaci6n.

Present6se primero Rufina erguida y haciendo quiebros, diciendo la siguiente relacion, que concluy6 con una profunda y grotesca cortesía:

Yo soy Doña Ana de Chares
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos:
todos fueron capitanes;
murieron en las milicias
donde murieron mis padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros.
Beso á Vd. las suyas, señor caballero.

Siguió á Rufina en la palestra una morenita gordilla y colorada que apenas sabia hablar, pero que no obstante recit6 haciendo de apuntador al principio una hermanita-suya algo mayor.

Aquí vengo no sé á qué
con mi barba de conejo:
¡ay! quien se comiera un viejo
que fuera de mazapan
ehe, aha.
como soy tan chiquita ya no sé mas.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relacion; pero como era tímida volvi6se á negar alzando su angustiada carita, que se habia puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su madre como para implorar su auxilio.

—¿Por qué no quieres hacer como las demás, hija mia? le preguntó su madre.

—Porque no *sabo*, no *sabo*, respondió la niña con la respiracion agitada.

—Si sabé, sostuvo Rufina.

—¿Y por qué se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere? dijo la viuda mas bien por contrariar á Rufina que no por favorecer á Justa.

—Para que sea dócil y no se particularice nunca, y menos por incomplacencia, contestó la marquesa: vamos, hija mia, di una relacion.

—Si no *sabo* relacion, repiti6 la niña haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominacion infantil de *pucheros*.

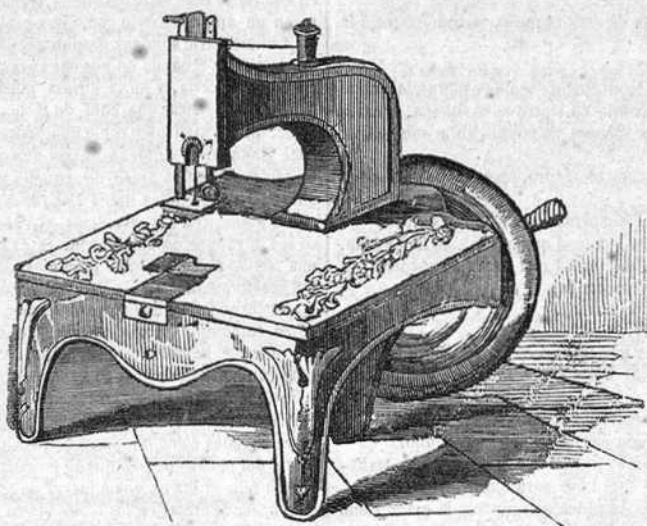
—Pues di una oracion, dijo su madre; así probarás tu buena voluntad en obedecer.

—¿La que digo cuando estoy en la cama?.. pregunto la dócil niña.

—Bueno; que sea esa, repuso su madre.

Entonces dijo la niña pronunciando graciosamente á medias las palabras:

A costarme voy
sola sin compañía



(Máquina para coser, inventada en Manchester y destinada á la esposicion de Paris.)

la Virgen María
esta junta mi cama;
me dice de quedo:
mi niña rep6sa
y no tengas miedo
de ninguna cosa.

(Continuará.)

UNA APUESTA.

(Continuacion.)

—Las alhajas...
—He vendido ya gran parte... las que me quedan solo valdrán unos quince mil reales.
—Ya solo faltan otros quince mil.
—¿Y de dónde sacarlos?
—Yo los pondré.
—Usted!
—Yo, si. Tengo mis ahorros, y además la casita de fuera de puertas que venderé.
—Pero yo no puedo consentir...
—Escúcheme Vd., dijo Angélica tomándole una mano. Hace algun tiempo, cuando conocí á Vd., era yo una niña mas bien por el alma que por el cuerpo, y concebí por Vd. un cariño... fraternal. Entonces formé sueños muy bellos para el porvenir, porque no conocía la vida;

sueños que Vd. alimentó por entretenimiento, y que luego he visto que no podian realizarse, atendiendo á la clase de ambos y al lejano puesto que ocupamos en la sociedad. Entonces pensé en ser para Vd. una hermana, una amiga, una madre, todo lo que puede haber de mas tierno en el cariño inocente. Quise poseer todos los dolores de Vd., ser la hermana de caridad que vendase las heridas de su corazon. Una persona de quien Vd. se olvidara en sus alegrías, pero que tuviera el derecho de aliviarle en sus dias tristes. ¿Se negará Vd. á mi súplica? ¿desechará Vd. mi amistad?

—Pero aunque así sea, murmuró Enrique confuso, yo no puedo recibir de Vd. esa limosna...

—Enrique!... Vd. tiene el corazon noble y se obstina en pronunciar esas frases inventadas por las almas viles... Lo que yo ofrezco á Vd. es el don de la hermana al hermano.

—Pero ese don... yo no le admitiré.

—Y bien: que no sea un don, sino un préstamo que me pagará Vd. cuando recobre sus bienes.

—No tengo seguridad de recobrarlos.

—Yo la tengo, y el acreedor es quien debe evaluar las seguridades.

—Y mientras tanto...

—Mientras tanto viviremos uno al lado del otro en dos cuartitos que buscaremos, y trabajaremos para vivir.

—¿Qué locura!

—¿Por qué? La miseria eterna puede asustar; pero la miseria de un dia, la miseria cuyo término se conoce, no debe asustar á nadie.

De esto era muy facil convencer á Enrique, que ignoraba la miseria. Nadie cree, al acabar de comer, en los padecimientos del hambre.

—Pero, dijo, la reputación de Vd. perderá.

—Mi reputación... no me interesa gran cosa. No será la esposa de nadie, y Dios verá mi corazón... El menor de los pesares que sentí al ser robada, cuando mis raptos me obligaron a escribir a Vd. una carta infame que no sé si recibió, el menor de mis dolores entonces fué el de pensar que mi reputación podría mancharse.

Enrique estuvo á punto de preguntar los pormenores de este rapto; pero le contuvo la idea de que era una novela, y esta idea le hizo desechár todos los planes de Angélica, á quien empezó á mirar como á una astuta sirena.

—¡Es imposible, dijo levantándose y mirando á sus pistolas, todo eso no son mas que delirios!

Y cogiendo las esquelas fúnebres en una mano, llevó la otra á la campanilla para llamar á su ayuda de cámara.

—Un momento, Enrique, le dijo Angélica cogiéndole la mano. ¿Va Vd. á enviar esas entregas á sus acreedores?

—Sí.

—¿Solo á sus acreedores?

—Sí.

—Pues debe Vd. desgarrar una parte de ellas.

—¿Por qué?

—Porque están pagados.

—¿Por quién?

—Por mí, que he dado este paso antes de venir, presumiendo la negativa de Vd. Aquí están los recibos.

Y sacando de su pecho algunos papeles, se los enseñó á Enrique que iba de asombro en asombro.

—Ahora, le dijo, deme Vd. una de esas esquelas, y condéneme á la miseria si quiere.

—A la miseria...

—Sin duda. He pagado esto con cuanto tenía, esperando que al volver el padre Clemente me resarciría Vd.; pero si se suicida, como la restitución de sus bienes no podrá hacerse, no podré cobrar mis réditos y quedará en la miseria...

Enrique empezó á pasearse de un lado á otro, presa de una agitación violenta. De pronto se paró.

—Puedo pagar á Vd., dijo: estos muebles, mis alhajas...

—No son de Vd., sino de los acreedores á quienes Vd. no ha pagado, y haciendo Vd. cesión de bienes, me tocará una parte muy corta.

Enrique volvió á pasearse murmurando:

—¿Ni aun tendré libertad para morir...

—¿Qué le cuesta á Vd. esperar?..

¿Creeréis, lectores, que lo que me mas trabajo costaba á Enrique era el renunciar á su proyecto de enviar á los acreedores las esquelas de defunción?

Al cabo de un rato se paró enfrente de Angélica, y midiéndola con una mirada que podía muy bien pasar por cólerica, la dijo:

—Y bien... haré lo que Vd. quiere; pagaré á mis acreedores; trabajaré; la pagaré á Vd., y entonces seré libre para morir.

—Esa promesa me basta, dijo Angélica alargándole la mano como para sellar el acto.—Cuando me haya Vd. pagado, pensará Vd. de otra manera.

En efecto, la miseria debía variar á Enrique.

En el mundo social el oro es un elemento constituyente de la sangre, un principio de vida que influye directamente en nuestras ideas, en nuestras creencias y nuestros sentimientos. Hay sentimientos, ideas y creencias peculiares al oro, á la plata y al cobre, como otros tantos fluidos galvánicos que se desprenden de estos metales; los hay también peculiares á la carencia absoluta de numerario. Todos los filósofos que han desdeñado las riquezas eran pobres, y su filosofía era hija de su pobreza; era, mas bien que convencimiento, despecho; como la zorra de la fábula ponían faltas á las uvas que no podían alcanzar. Byron, según el cuadro de la *Orgia* de Leon Gozlan, esa preciosa perla literaria de pocas líneas, pero en la cual cada línea vale un poema, graduaba sus creencias por el estado de su bolsillo; y Baile confesaba que él no creer en Dios solo es bueno hasta los cuarenta años, es decir hasta que pasa la juventud, y la pobreza es una vejez anticipada. Sería un estudio curioso, y tan grave como lo puede ser la fisonomía, el que enseñase á valorar por las ideas el capital y á conocer la fortuna, la biografía de un autor por los libros que hubiera escrito; pero los petardistas desacreditarían este estudio, como han hecho con la frenología y la fisonomía antes citada por su interés particular. No es de mi cargo, sobre todo ahora, plantear este estudio fecundo; arroje en la tierra el grano para que otros le hagan florecer, y siga mi narración ocupándome solo de la disección moral del alma de D. Enrique.

III.

DIAS DE LUTO.

Cuando se trató de pagar á los acreedores, se encontró que la venta de los muebles y alhajas producía una tercera parte menos de lo que

se esperaba, y las deudas subían una tercera parte mas de lo que se creía. Entonces Angélica se desprendió hasta de sus ropas, y los dos amigos se redujeron á una buhardilla en un barrio estraviado, sugeriéndose á un régimen dietético que hubiera parecido demasiado rígido á los padres del yerno del tiempo de San Antonio, para cubrir el déficit á fuerza de trabajo. Pero el trabajo de Angélica, que sacaba de una tienda ropa blanca para coser, apenas cubría las necesidades de la casa, pues no hay trabajo peor retribuido que el de la costurera, lo cual es una de las principales causas de la prostitución. Si se formara una estadística, se encontrarían mas mujeres de mundo salidas de las filas de las costureras que de ninguna otra clase.

Angélica, aunque sostenida por la inmensa fuerza que da la castidad en la juventud, y que el cristianismo ha simbolizado en Maria, que engendra un dios, empezó á consumirse poco á poco como una lámpara sin alimento. Privada de aire y de luz en la celda de su buhardilla, semejante á una prision, ella criada entre flores, sujeta á un trabajo constante, por el día junto á la ventana, por la noche al lado de la mesa donde cosía á la luz de una vela humeante, su rostro adquiría esa palidez peculiar á los que pasan largos años en la oscuridad; su vista se debilitaba, y sus ojos se enrojecían; seguía siendo hermosa, pero lo era de un modo diferente de antes. Su hermosura era la que soñamos en la sombra de la mujer amada á quien perdimos, cuando en las horas de la noche tranquila creemos verla descender suavemente cercada de una aureola de luz entre la sombra para sonreírnos con melancolía y besar nuestros cabellos en nuestro sueño.

La brumosa atmósfera de la miseria que rodeaba su cuarto, hacia en ella quizá mas estragos que el trabajo mismo. Ocultando en su corazón un amor inmenso como una perla oculta en su concha, no tenía para alimentarle sino sus propios sacrificios, porque Enrique ignoraba que la amaba (cuando no nos engañamos sobre nuestros sentimientos), creía aborrecerla, y no la dirigía jamás una palabra de ternura, no dejaba caer nunca una gota de rocío en aquel corazón sediento de amor, que se inclinaba como una azucena marchita por falta de riego. Este prolongado tormento servía aun para purificar, para acrisolar el virgen y romántico amor de aquella niña enseñándole á vivir de la abnegación. Angélica había llegado á cifrar su felicidad en la de Enrique, á gozar en sus sacrificios, y á servirle gota á gota para calmar su sed la sangre de su corazón. Si la caridad llega á convertirse en una pasión ardiente, ¿qué prodigios no obrará cuando se ejerce sobre un objeto amado? La esclavitud voluntaria del amante produce un placer fecundado con lágrimas de amargura, que una vez gozado, se desea como esos frutos desagradables al paladar en un principio, que después por la costumbre se echan de menos el día que faltan, y se saborean con deleite cuando se encuentran de nuevo. Angélica rodeaba á Enrique de cuidados cariñosos, le arropaba en su lecho como una enfermera, ó mas bien como una madre á su Benjamin; se acostaba sobre sus pies como un perro fiel, se alimentaba con las migajas que caían del pedazo de pan que le procuraba con su trabajo, y se consideraba feliz el día en que á fuerza de abnegación y de ingenio conseguía hacer aparecer en los labios de su amado una sonrisa triste pero menos amarga que de costumbre, semejante á un rayo de sol entre las brumosas nieblas de un día de invierno sobre las ruinas de una ciudad antigua.

Y Enrique, ciego, no pagaba tanta abnegación, tanto amor, con una palabra de dulzura. La desesperación de Manfredo gangrenaba su alma, y encerrado en su silencio sombrío como un rey destronado atado al carro del triunfo de su vencedor, dejaba caer de vez en cuando de sus labios palabras de hiel, sarcasmos dignos de Melístófeles, porque era en realidad un ángel caído que llevaba su infierno en el corazón.

Sería un estudio psicológico de sumo interés la disección de esta alma tan poética en sus primeros días, tan estragada por las pasiones y sometida á una expiación tan cruel. Apartado del círculo de la riqueza, se asemejaba á aquellos que perdiendo la vista en la edad madura, pierden con ella parte de su razón. La fiebre continua que le abrasaba le mantenía en una irritabilidad infantil semejante á la de los tísicos, en una susceptibilidad de epidermis que le exaltaba á cada momento por pequeñeces de que en otro tiempo no se hubiera ocupado. En el siglo presente en que la revolución social ha derribado tantas fortunas, en que tantas otras se han elevado por un momento hasta el cielo como las olas del mar, ¿quién no ha visto á uno de estos hijos pródigos huyendo descalzos de su palacio incendiado, rasgándose los pies en las quiebras del camino, y sin ver en el horizonte la blanca chimenea de un hogar paterno en que recogerse al fin de su jornada? Los que han visto alguno, que serán todos mis lectores con raras excepciones, se formarán una idea cabal de lo que era Enrique en esta situación, y sus recuerdos se le pintarán mejor que podrían hacerlo mis pinceles.

Abrumado por los recuerdos de sus pasadas grandezas, sediento de goces, y luchando contra la miseria que le encerraba como al león los hierros de su jaula, no recordaba á Angélica sino para maldecirla,

porque obligándole a vivir le obligaba a padecer. Cuando esta idea hija de su corazón se apoderaba de su alma ennegreciéndola como el cielo de Andalucía una nube de tempestad, tenían lugar en el interior de la humilde buhardilla escenas frenéticas que hacían derramar á Angélica lágrimas como las del ángel de la Guarda al ver al pecador reincidir en la culpa. A estas escenas seguía un arrepentimiento sincero en que Enrique se echaba en cara su injusticia, lloraba de rodillas pidiendo perdón á Angélica, y la pobre joven se veía obligada á consolarle del sentimiento que tenía de haberla ofendido. El entonces la bendecía, la llamaba su ángel bueno, se avergonzaba de vivir á su costa y se proponía trabajar. ¿Pero en qué había de trabajar? No sabía hacer nada, ó por mejor decir, no sabía utilizar para nada sus conocimientos. Sabía muchas cosas, pero no las sabía por principios; su educación enciclopédica, como lo es en general la de todos los hombres de buena sociedad, era un trabajo de filigrana hermoso y deslumbrante, pero sin solidez ni valor. Sabía decir sobre cada cosa una buena frase; pero esta ciencia de salón solo sirve para brillar en la vida semi-intima de los salones. Y luego recibía dinero por trabajar, él tan activo, él que como el emperador romano estaba acostumbrado á pasearse en el carro de la opulencia por un camino enarenado de oro. La moneda que hubiese recibido le hubiera quemado los dedos, y para él hubiera sido de hiel el pan ganado con el sudor de su frente.

Esta situación ya tan dolorosa se agravó mas de repente porque Angélica cayó enferma. La pobre joven se esforzó en ocultarlo y seguir trabajando; pero sus esfuerzos solo consiguieron agravar su enfermedad, y al fin cayó rendida en el lecho.

¿Qué iba á ser de ellos? Enrique lloró de desesperación; no tenía para dárle ni un pedazo de pan; no tenía dinero para pagar á un médico que la asistiese. ¿Y la dejaría morir de hambre y de dolor?

Al espirar una noche de invierno, en la hora en que el frío cuaja la escarcha, Enrique estaba sentado junto á la cama de Angélica que se acababa de despertar. Levantada la cortina de percal que ocultaba su lecho, este aparecía en toda su desnudez, abrigado solo por una sábana y una colcha. Enrique le había aumentado su colcha y su sábana; y después, viendo que aun tiritaba Angélica, echó sobre ella su gaban y su frac quedándose en mangas de camisa, de modo que su cuerpo estaba helado por el aire que penetraba á través de los rotos vidrios de la ventana y por debajo de la mal encajada puerta. Había nevado durante toda la noche, y por entre las vigas del techo se rezumaba el agua de la nieve, cayendo á compás y gota á gota sobre el pavimento, con un ruido semejante al de la péndola de un reloj. Una vela de sebo casi consumida colocada en una palmaria de barro sobre una mesita de pino, alumbraba esta escena de desolación. Enrique permanecía mudo contemplando á Angélica, que le miraba también y suspiraba de vez en cuando. Sus miradas contenían mas poesía de dolor que todos los poemas conocidos. Cada uno de ellos sufría por el otro, y ambos se amaban en aquel momento con una especie de amor que solo en la desesperación se conoce. Los que han sido siempre felices no saben amar; es verdad que los que han sido siempre felices no pueden saber nada.

Sobre la mesa había un periódico que Enrique miraba de cuando en cuando sonriendo sarcásticamente.

—¿Qué lees? le preguntó Angélica con una voz débil que se asemejaba al gemido de un arpa perdido en el silencio.

Enrique cogió el periódico y leyó:

«Do! le suicidio. Ayer se estrajeron del canal á la inmediación del puente del embarcadero dos cadáveres, uno de hombre y otro de mujer, ambos jóvenes, ambos esposos, y que según parece han sido impulsados á cometer este acto por la miseria. Antes de arrojarlos al canal, el esposo cosió su pantalón á la falda de la esposa, y cuando se los estrajeron, se hallaron sus cadáveres estrechamente abrazados.

—Dios los perdonará! dijo Angélica con los ojos inundados de lágrimas de caridad.

—No padecerían mas que nosotros, murmuró Enrique... y ya no padecen.

En seguida se abismó en sus meditaciones.

Angélica le contempló con ansiedad queriendo atravesar con sus miradas las sombras que cubrían su corazón, y sintió una capa de hielo estenderse por entre su piel al oírle añadir después de un largo silencio:

—Y bien mirado, de qué la sirvo?

—De qué me sirves! exclamó Angélica, á quien el temor dió fuerzas para incorporarse en el lecho. ¿De qué me sirves! Abandonarme ahora sería condenarme á morir... sería una ingratitud.

Enrique la fulminó una mirada de cólera, y murmuró rechinando los dientes:

—Es verdad!

Solo Dios puede saber lo que pasaba por él en aquel momento.

Todo volvió á quedar en silencio. Al cabo de un momento Enrique se levantó y se dirigió hacia un cofre que había junto á su cama. Le

abrió y sacó de él una cajita. En seguida tomó su sombrero, se embozó en su capa, y se dirigió á la puerta.

—¿Adónde vas? le preguntó Angélica.

—Ahora vuelvo, contestó Enrique con tono brusco.

—Pero ponte el gaban, ó al menos el frac... ya me ahogo con tanta ropa.

La desdichada estaba tiritando.

—No llevo frío, contestó Enrique, y salió cerrando la puerta.

Efectivamente, la fiebre le abrasaba. Con paso precipitado pero inseguro, descendió la escalera de su casa como el reo la de la cárcel para ir al cadalso, y comenzó á subir su calle sin embozarse y llevando en su rostro tan marcada su desesperación, que los transeúntes se le quedaban mirando. Quizá algunos le conocían del tiempo dorado de su grandeza; quizá algunos habían sido sus amigos; pero no pudieron reconocerle, y él debió de dar gracias á Dios por su ceguera, porque así su orgullo sufriría una herida menos. De este modo llegó á casa de un platero. Quería vender una cruzcita de oro, único recuerdo de su madre, y le costaba tanto dolor el venderla, como si hubiera tratado de vender la tumba y el cadáver de su madre misma.

Llegado que hubo á la tienda, se paró á la puerta como mirando las joyas de los escaparates, y exploró el interior con una palpación de corazón semejante á la que experimenta el que roba por primera vez á la vista de la habitación que va á robar. No había en la tienda sino un mancebo, que de pie detrás del mostrador limpiaba una sortija. Enrique llevó la mano al pestillo de la puerta y la retiró temblando. Un sudor de muerte bañaba su frente.

—¡Valor! Angélica se muere de hambre.

Le decía su conciencia; pero su orgullo se rebelaba y le impedía entrar.

Por fin se decidió, y cerrando los ojos con la turbación del cobarde que por el orgullo del deber se lanza á una muerte segura, alzó el picaporte y penetró en la tienda.

El mancebo apenas alzó la cabeza y le contempló con una mirada inquisitorialmente estúpida.

—¿Quiéres Vd. comprar esto? murmuró Enrique enseñando la cruz.

El mancebo la cogió, la examinó en silencio, y luego volvió la cabeza hacia el interior de la tienda y gritó:—¡Maestro!

En este momento dos damas jóvenes y hermosas que acababan de descender de un coche, penetraron en la tienda hablando y riendo como locas y dejando en pos de sí una estela de aroma aristocrático.

Una de ellas clavó por un momento sus hermosos ojos en Enrique y los apartó en seguida con distracción. El elegante, el irresistible caballero que un año antes enorgullecía á una mujer cualquiera con una sonrisa, ahora sin afeitar ni peinar, vestido con su sucia camisa, cubierta la cabeza con un sombrero viejo, demacrado por la miseria, trémulo de fiebre, no merecía una mirada.

El mancebo con la sonrisa en los labios acudió á servir á las damas, diciendo á un hombre como de treinta años que salía de la tienda limpiándose los labios con una servilleta y mascando el último bocado de su desayuno:—Ese hombre quiere vender una cruz.

Enrique se ruborizó sin atreverse á mirar á las damas, y presentó su cruz al platero, que la ensayó y la pesó con escrupulosidad.

—¿Cuánto piden? preguntó á Enrique.

—Lo que Vd. dé, dijo este.

El platero la examinó de nuevo haciendo una mueca de disgusto, y dijo:—treinta reales...

Treinta reales un poema de recuerdos! Treinta reales una cuerda de la lira del alma! Treinta reales un relicario de amor filial! ¿Pero qué hay en esto que pueda espantar? ¿Acaso los poetas no sacan todos los días su corazón á pública subasta y venden sus recuerdos, sus ilusiones, sus lágrimas, su alma entera, por unos granos de oro al *Diablo-mundo*?

Enrique recibió el dinero y salió de la tienda respirando como el náufrago que medio ahogado sale á la orilla. Se le había quitado un peso del corazón, y la felicidad de haber concluido el tormento de la venta no le permitía pensar en el recuerdo que había perdido.

Pero pronto se dispuso su alegría como la luz de una aurora boreal que vuelve á dejar su plaza á la noche. Los treinta reales que poseía no le servían de nada: ¿cómo los haría producir? Una idea vino á esperanzarle; la fortuna del juego, esa diosa que había sido para él tan amable como una querida en los salones cuando jugaba por lujo de perder, podía sonreírle aun, podía tenderle su mano para salvarle del piélago de la miseria en que se ahogaba. El sabía de muchos que no vivían sino de jugar con prudencia, y pensó en obrar como ellos.

Subió pues á la primera casa de juego que encontró, y que le había enseñado en otro tiempo uno de sus amigos.

Aun duraba la partida comenzada la noche anterior, aunque eran cerca de las diez de la mañana, pero la componían ya hombres solos: habían desaparecido esas hijas del vicio junto al tapete verde: tradicional, venden sus caricias al que juega con su madre postiza, para

distraerle del juego y hacerle perder. Es sabido que sus madres son parte en las pérdidas y no en las ganancias aunque juegan con vuestro dinero; pero le toman como el precio de sus hijas que os entregan como á los niños hambrientos un chupador de marfil.

Nadie reparó en la llegada de Enrique, ni él fijó su atención en el inmenso cuadro que la habitación le ofrecía. Aquellos hombres saboreando los terribles placeres del juego como un turco su opio, ó como un tísico el amor que le mata con su último beso, aquellos otros sumando probabilidades y sin atreverse á depositar la pieza que lustran entre sus dedos hasta estar seguros de que conocen la baraja, semejante á aquellos que tienen pretensiones de conocer el corazón de las mujeres, los que juegan inocentemente para desquitarse, y cada vez pierden mas y cuanto mas pierden mas juegan, aturridos por la embriaguez de la desesperación; y los que pretestan jugar para observar desde la sombra con sus ojos centellantes como los del tigre en acecho á los favorecidos por la fortuna, fraguando quizás en su imaginación un proyecto de robo á mano armada, todas estas figuras características, colocadas de pié en torno de la mesa donde el banquero impasible y mudo como el fabuloso destino va arrojando las cartas pausadamente después de descubrir las pintas con lentitud, en medio de un silencio sepulcral, que permitía oír el acelerado latido de los corazones; todo esto, repito, forma un grupo horrible, pero bastante notable para que un émulo de Velázquez produzca en él un cuadro como el de los *Borrachos*, un estudio en que cada pincelada valga un poema y cada rostro sea una verdadera fisiología.

Enrique miró las cartas tendidas sobre la mesa. Eran un cinco de espadas y un rey de oros. Con la predilección de todos los jugadores en agraz escogió el rey y puso á su lado medio duro.

El banquero tiró, salió el rey, y Enrique recogió su ganancia.

En seguida puso un duro y ganó tambien; puso todo su dinero y empezó á ganar doblando á cada jugada, de tal modo que al cabo de una hora poseía cerca de tres mil reales. A cada jugada apuntaba con mas fe, y el corazón le palpitaba de tal modo, que parecía próximo á salirse del pecho. Su imaginación, escitada por la calentura, le representaba otra vez las riquezas que antes había poseído, riquezas mayores aun, las de los tesoros de los cuentos orientales, agrupadas á su lado sobre el tapete...

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

II.

De la árabe ciudad turba el reposo grande alboroto y militar estruendo, y en sus cóncavos ámbitos resuenan del atabal los pavorosos ecos.

Quien, aquí ajusta á su corcel la cincha, y ufano ya con el marcial arreo, el bruto se impacienta y se alborozaba, y la rizada crin sacude inquieto. Quien, al partir dirige una mirada, mudo adiós, que quizá será el postrero, al dorado ajimez, donde una bella su llanto oculta con el blanco velo.

En confuso tropel prestos acuden á la ancha plaza, cuyo circo estenso cubren ya los apuestos escuadrones, y es para tantos el recinto estrecho. Allí de Abencerraj los nobles hijos de altivo porte y de gallardo aspecto los generosos impetus enfrenan de yeguas, que al correr burlan al viento. Allí se muestran los zegrís astutos, ricos en armas, galas y trofeos. Se ven allí los rudos Mazamudas de la tostada faz; allí los fieros Zeneles, los Gómeres valerosos y los Gazules de robustos miembros. Y allí la innumerable muchedumbre de toscas armas y de adusto ceño, que el Africa abortó, con los que moran de la Alpujarra en el agreste seno.

En un negro corcel de noble raza, pomposo con el rico paramento, que fuego alienta y que gallardo bate con pausado compás el duro suelo, luego el joven monarca se presenta y sucede al clamor mudo silencio. Blanco y azul turbante, que descubre el capote de bruñido acero, su frente ciñe y de sus hombros pende el bordado alguicel que flota al viento. Sobre la cota, de oro recamado, corto jubon de rojo terciopelo y la ancha faja su cintura ajusta do el agudo puñal lleva sugeto. Cubre el calzon con los nudosos pliegues la fuerte malla, y del cordon suspenso, al lado brilla el damasquino alfanje, cuyo puño luciente y de gran precio á su artífice dió riqueza y fama, por sus raras labores y letreros.

El valeroso Otsman, á su derecha, en un castaño de anchuroso pecho airoso se columpia; Walid siempre su gratitud le muestra y su respeto, que si hoy ocupa el esplendente trono del insigne Alhamar, tan alto puesto lo debe solo al poderoso influjo de este noble caudillo y á su esfuerzo. Su nombre en las fronteras de Castilla solo se escucha con espanto y miedo, pues la victoria vá do vá su espada, que fulminó sangrienta en mil encuentros.

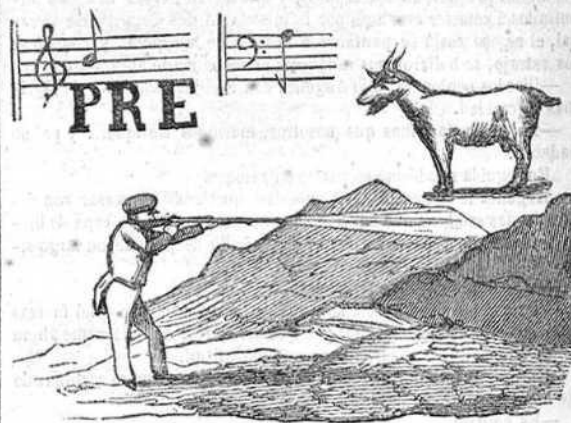
Un imberbe mancebo se divisa del rey Abdul-Walid al lado opuesto, sus armas ostentando y gentileza sobre los lomos de lozano overo. Su nombre es Ismael, que de Algeciras una lucida hueste conduciendo mandó el Wali, su padre, porque pruebe en ruda lid el temple de su acero. Noble, valiente, altivo, denodado, de la florida edad en lo mas bello, de hirviente sangre el corazón henchido, llena la mente de dorados sueños, halagan su ardorosa fantasía imágenes de gloria, y en su pecho de escelsa fama y eternal renombre siente brotar el impaciente anhelo.

Rápida una mirada el rey dirige á la ordenada hueste, y á su aspecto por sus labios cruzó leve sonrisa, triste presagio á los cristianos pueblos.

(Continuará.)

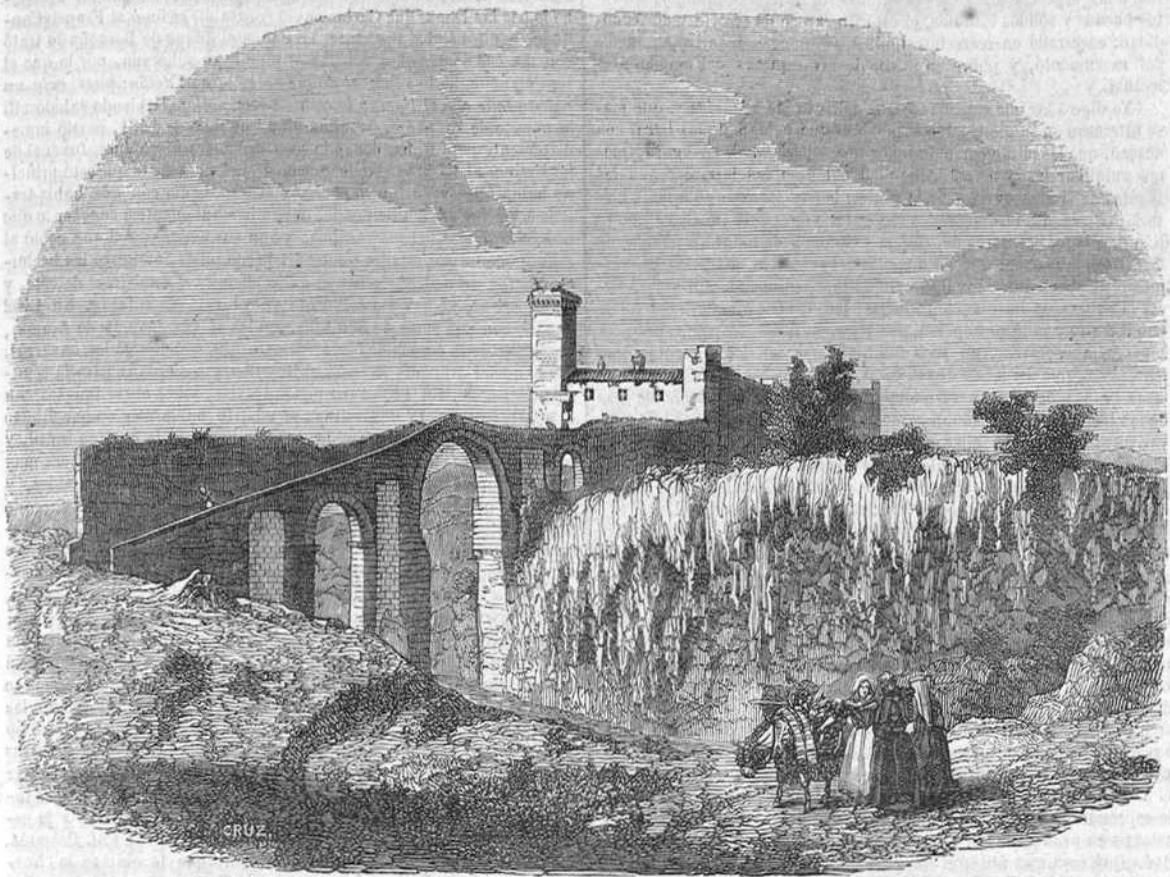
EMILIO LAFUENTE ALCANTARA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL PUENTE DE LA ABADIA.

Al N. O. de los Estados de la Iglesia, por la parte meridional, sobre la frontera que los separaba de la Toscana, y como á mitad del camino que une la pequeña ciudad de Canino al puerto d' Orbitello, corre de Norte á Sur un riachuelo llamado la Fiora; nace en el territorio de Radicofani, y desemboca en el Mediterráneo entre Civitta-Vecchia y Porto-Hersole. Este rio, encajonado entre sus pintorescas orillas, pasa por entre las ruinas de una antigua ciudad etrusca muy importante y los estensos cementerios en los que el príncipe de Canino, MM. Candelori y otros propietarios de las inmediaciones hicieron, hace unos veinte años, inmensos descubrimientos de antigüedades, vasos etruscos de todas formas y tamaños, adornados con pinturas notables; además de numerosas joyas de oro, depositadas como los vasos en las sepulturas de los habitantes de la antigua ciudad de Vulci. En este mismo territorio, á poco mas de una milla, se eleva un puente construido sobre a Fiora en el punto en que le atraviesa el camino de Canino á Orbitello. Este puente, de construcción antiquísima, de grande atrevimiento y muy bien conservado, está defendido por la parte oriental por un viejo castillo de la edad media, de donde debe proceder el nombre que lleva hoy de *ponto dell' Abadie* (puente de la Abadía). Este castillo sirve hoy de puesto de aduaneros de los Estados del Papa: contiene una capillita; encima de la puerta de esta hay incrustado un bajo relieve correspondiente á la antigua época romana.

UTILIDAD DEL ESTUDIO DE LAS LETRAS.

Las letras atestiguan el genio penetrante del hombre, y sus grandes descubrimientos y bellas creaciones le han hecho verdaderamente el rey de la naturaleza. No puede el hombre dejar de cultivarlas, sin ver caer á sus piés esas artes que dan vida á los imperios: ¿pero deben las letras servir de primer alimento á su curiosidad? ¿Es necesario confiarles el cuidado de *desarrollar sus facultades nacientes*? Yo pregunto: ¿Qué talento distinguido, qué sabio ilustre no se ha formado desde luego en su escuela? En los siglos de la civilización y de las artes, en todos los pueblos cultos, las letras han sido el fundamento

de los estudios, cuando no su objeto principal. Este honor les corresponde: órganos de *lo bello*, exentas de aridez, de formas dogmáticas, dotadas de un lenguaje flexible, insinuante, persuasivo, tienen sobre los diferentes ramos de los conocimientos humanos la inapreciable ventaja de *desenvolver á la vez el sentimiento y la inteligencia*. En sus lecciones reina cierta viveza y animación que nutre al alma, que la ejercita, que la asocia, en algun modo, á todos los movimientos y progresos del pensamiento. No: por mas que la inesperienza y el orgullo lo digan, *el estudio de los clásicos* no es un vano aprendizaje de palabras; es un estudio que pule, que adorna y estiende el espíritu del hombre, que forma su corazón y perfecciona la razón. De las obras de los clásicos corren, como de una fuente viva y abundante, los sentimientos nobles, generosos, las ideas exactas, luminosas, elementos esquisitos de una moral pura y de una sana dialéctica. La filosofía, las ciencias exactas, las naturales, no pueden sustituir nada á estas preciosas semillas, lanzadas continuamente y de una manera insensible en las almas tiernas, llenas de calor y de actividad, que se abren como por sí mismas á las emociones vivas y fuertes impresiones. Guardémonos de *destruir el orden de la naturaleza* y de violar las leyes de la inteligencia. La *memoria* y la *imaginación*, hé aqui las facultades que primero se despiertan; la *razón*, mas tardía, espera para manifestarse un punto de madurez. Se puede, por medios artificiales darle un desarrollo precoz; pero ¿se cree que esta especie de *vegetación lenta*, en medio de las mas bellas producciones del genio, no le comuniquen mas sávia y vigor? Esas imágenes y giros, esas comparaciones ingeniosas, esas pinturas fieles de las cosas humanas, la intervención de los grandes caracteres, esos discursos enérgicos y razonamientos llenos de fuego, esas mismas ficciones, ese maravilloso cuyos resortes es necesario descorrer, esos análisis delicados y repetidos que necesita el genio diferente de las lenguas, esa lucha continua con unos escritores *tan propios para inspirar el entusiasmo*, esos ensayos, esos tanteos ó pruebas de la composición, ese orden, ese encadenamiento en los pensamientos, esa elección escrupulosa de las palabras, esas graduaciones de estilo, esas reglas, esos medios y esas finezas del arte, ve aqui lo que aguija la razón, lo que la hace dócil, viva, penetrante, lo que la dispone á las operaciones difíciles, á las combinaciones vas-

tas, á las especulaciones elevadas. Sin este trabajo preliminar, sin estos buenos y sólidos estudios, el espíritu carece de resorte y de fecundidad: encerrado en estrechos límites, permanece inactivo en medio del movimiento, y pobre en medio de las riquezas del mundo intelectual.

Yo digo á los que con mas honor cultivan las ciencias y que mas se interesan en su gloria; á esos hombres que hablan de las letras con desden, que las miran como un lujo y una superfluidad, yo digo: «¿Queréis aniquilar las ciencias? Aniquilad entonces las letras; cegad las fuentes de la elocuencia y de la poesía; borrád los recuerdos de la historia; entregad á las llamas los elegantes y graciosos modelos que os han dejado los escritores de Grecia y Roma y de todos los pueblos de la Europa civilizada; que las escuelas del geómetra, del físico, del químico, se abran á una juventud sin cultura, sin gusto, sin ardor, vacía la cabeza, la imaginación muerta; ¿en dónde se hallará esa prontitud, esa fuerza de concepción, esa atención firme, ese vigor, esa perseverancia necesaria, no para familiarizarse con los elementos, sino para penetrarse del fondo de las cosas, para alcanzar, para seguir una larga cadena de ideas y razonamientos, para hacerse dueño de esas bellas teorías en que brilla el carácter de la invención, para abrir nuevas rutas y trazar en ellas surcos de luz? Destruíd la actividad del alma, la energía de la voluntad, y no queda ya, en ningún género, ni inspiración, ni creación.» La paciente calma de Newton, este primer elemento de su genio, procede del vigor del desarrollo moral.

Paso en silencio otras muchas menudencias, para volver, para insistir sobre un punto único y decisivo: *las letras hablan al corazón y á la razón; ellas abrazan al hombre todo entero.* El alumno que ha seguido gradualmente y con fruto la gramática, las humanidades, el estudio de clásicos, no solamente ha enriquecido su memoria, extendido su imaginación, esclarecido su gusto, fortificado su juicio; él ha entrado, por decirlo así, en comercio de afección con sus semejantes; sus costumbres y su carácter han recibido un sello; él ha sacado de estas mismas fuentes el amor del bien y el sentimiento de lo bello. El vicio se presenta á sus ojos con toda su deformidad, y la virtud con todos sus encantos y esplendor. No entra en el mundo á ciegas; por una suerte de experiencia anticipada conoce las pruebas y las vicisitudes; él ha visto mas de una vez un espectáculo digno de Dios mismo, según la expresión de Séneca: al hombre animoso en la adversidad. Vosotros colocáis en primera fila el estudio de las ciencias, á causa de su utilidad. ¿Qué cosa mas útil que aprender á distinguir lo honesto y á conformarse con ello? Oíd al príncipe de la elocuencia romana exclamar con un sentimiento vivo de reconocimiento por el poeta (1), que le abrió los tesoros de la antigüedad: «En el gobierno de la república, he tenido siempre delante de mí esa multitud de hombres eminentes, de quienes los escritores griegos y romanos nos han dejado vivas imágenes, no solo para atraer nuestras miradas, sino para llenarnos de emulación. Gloria eterna á las letras! ¿Qué podrá sobreponerse á una instrucción toda viva, toda en ejemplos, que penetra tanto el corazón, que inicia al jóven en las virtudes sociales, que le revela los deberes de hijo, de padre, de amigo, que le inflama por el honor, que le anima, que le exhorta á servir á la patria y á la humanidad?»

Me detengo, porque no he querido establecer ningún paralelo entre el genio de las ciencias y el de las letras. Inclinado ante *Descartes* y *Newton*, como ante *Homero* y *Demóstenes*, *Virgilio* y *Cicerón*, *Calderón* y *Cervantes*, *Corneille* y *Racine*, etc., etc., yo dejo á la razón de los sabios y hombres de letras la tarea de terminar esta larga y acalorada polémica de preeminencia que ahora se suscita, que por momentos estalla, á la cual el verdadero saber y el talento permanecen extraños, y que hasta el presente no ha servido sino para señalar la pueril vanidad de hombres medianos.

Huesca 21 de febrero de 1835.

FRANCISCO ANTONIO CALERO.

LUIS XI REY DE FRANCIA.

Luis XI, cuyos hechos han dado argumento á dramas y novelas en nuestro tiempo, nació en Burges en 5 de julio de 1423, y fué hijo de Carlos VII y de María de Sicilia. Desde sus primeros años se le vió dominado de la funesta pasión de reinar; y así es que en 1440 se hizo caudillo de la facción nombrada la *praguería* contra el rey su padre, con el cual se reconcilió algún tiempo después, y le acompañó cuando hizo levantar el sitio de Tartas en la Gascuña, y el de Dieppe que los ingleses habían puesto en 1443. Al año siguiente pasó á la Alsacia, donde tomó á Montbéliard, y derrotó 600 suizos cerca de Basilea. Retiróse luego al Delfinado, que gobernó por sí diez años de la manera mas tiránica, pues oprimió y robó al pueblo, y después se volvió á rebelar

contra su padre, uniéndose á los malcontentos. Temiendo ser aprisionado por las tropas que Carlos envió contra él, se fugó al Franco Condado, y en 1456 al Brabante, en donde el duque de Borgoña lo trató con las consideraciones debidas al hijo de su soberano, por lo que el rey dijo cuando lo supo: *el duque no conoce al delfín; pues cria un raposo que con el tiempo le comerá sus pollos.* Habiendo sabido allí la muerte de su padre, ocurrida en 22 de julio de 1461, partió inmediatamente para Rims, donde lo consagró el arzobispo Juan Juvenal de los Ursinos el 15 de agosto del mismo año. La conducta que este príncipe había observado con su padre, y el despotismo con que había tratado á los pueblos del Delfinado, daban bastante á conocer lo que podían esperar de él sus vasallos, y aun sus amigos. Así que subió al solio, gobernó sus estados como país de conquista, maltrató las hechuras del rey su padre, destituyó á los oficiales y ministros de este, y alteró cuanto se había establecido en el reinado anterior. En 1462 auxilió con una suma de 500,000 escudos al rey Juan II de Aragón, usurpador de la corona de Navarra, para que resistiese á los navarros, por lo que el aragonés le cedió el Rosellón y la Cerdeña para la seguridad del pago. En 1465 tuvo una entrevista sobre el río Bidasoa con el rey D. Enrique IV de Castilla, el cual lo había elegido por árbitro de sus diferencias con el rey de Aragón, entrevista que fue inútil, y ambos reyes se separaron descontentos el uno del otro, lo que era muy natural que sucediese siendo ambos tan iníquos y despreciables, y tan difícil que los hombres se conozcan á sí mismos. Luis había chocado al rey de Castilla por su desalio en el vestir y abandono de su persona que no podía ser mayor; y Enrique había incurrido en el desprecio del francés por su innoble fisonomía y su escaso talento. Su genio extravagante y desconfiado hizo que alejase de la corte á los grandes, quienes para vengarse, tomando por pretexto la opresión del pueblo, motivo real que nunca había faltado, formaron la liga que autorizaron con el nombre del *Bien público*. El rey, que marchaba á defender á París, encontró á los príncipes coligados cerca de Montheri, donde se dió una batalla con igual pérdida en julio de 1465. Luis previó las funestas consecuencias que podrían traerle estos desórdenes, y disolvió mañosamente la liga con el tratado de paz que concluyó en Conflans por octubre del mismo año, en virtud del cual se vió obligado á dar la Normandía á su hermano, al duque de Borgoña algunas plazas tomadas en la Picardía, al de Bretaña el condado de Etampes, y la espada de condestable á Luis de Luxemburgo conde de San Pol. Después, malcontento su hermano, le dió motivo para que le quitase la Normandía; pero salieron á su defensa el duque de Bretaña y el de Borgoña. Luis declaró la guerra al uno, y sublevó á los liegeses contra el otro, y como había quebrantado los capítulos del tratado, fué á Perona á tener una entrevista sobre este particular con el duque de Borgoña.

Apenas había llegado á aquel punto, cuando llegó á noticia de este que por instigación del rey se habían revolucionado los liegeses, habían sorprendido á Tougres, y cometido grandes desafueros. El borgoñon irritado con tal novedad, y hallándose mas fuerte que el rey, se apoderó de la persona de este, y lo puso en una prisión cerca de la misma torre en que había fallecido Carlos el Simple, y aun estuvo dudoso algún tiempo sobre tomar una venganza mas terrible. Luis, para salir de este apuro, se vió en la necesidad de firmar un tratado en que se obligaba á dar á su hermano la Champaña y la Bria, y además tuvo que acompañar al duque para someter á Lieja, que fué tomada, entregada al pillaje, y reducida á cenizas á vista del rey, que tuvo la baja de aplaudir el desastre sufrido por sus aliados, y de alabar el valor del duque. En 1469 hizo prender á Juan Balue, obispo de Angers, cardenal de santa Susana, y á su amigo Guillermo de Harancourt, obispo de Verdun, y los encerró en el fuerte de la Bastilla, mandando, para darles mayor castigo, que fuese cada uno metido en una jaula de hierro. Con la prisión de estos prelados que habían influido en las desavenencias de la familia real, Carlos de Francia se avino á aceptar la Guena en vez de la Champaña y de la Bria, lo que deseaba Luis para alejarlo de la Borgoña. Volvió á encenderse la guerra entre el rey y el duque, y como el de Bretaña favoreciese al borgoñon, Luis le hizo igualmente la guerra para separarlo de esta alianza. Mientras que en la Normandía, en la Champaña y en la Borgoña continuaban las hostilidades, el rey de Aragón Juan II se hizo dueño de Perpignan y el conde de Armañac de Lectoure por medio de una traición. Luis marchó á poner sitio á la capital del Rosellón; pero fué tan bien defendida por el anciano rey de Aragón, que los franceses se vieron obligados á levantar el sitio, si bien años después se apoderaron de ella. Los dos reyes hicieron en seguida un acomodamiento que ratificó después Luis en presencia de los embajadores del aragonés, por el cual se obligaba á devolverle el Rosellón y la Cerdeña así que hubiese percibido la suma por la cual estaban empeñados; pero al mismo tiempo el perdido monarca envió tropas al Rosellón.

Un rey como Luis no podía menos de tener enemigos públicos y secretos. En 1474 Hardi, factor de Tier, fué descuartizado por haber querido envenenar al rey, recibiendo por ello 50,000 escudos, suma

superior á las facultades de un particular, por lo que recayeron las sospechas en el duque de Borgoña, el cual, continuando la guerra con Luis, se ligó con el rey de Inglaterra Eduardo IV para destronarlo. Habiendo espirado la tregua que había entre el duque y el rey, este acometió la Picardía, mientras que aquel estaba ocupado en el sitio de Nuits. El rey Eduardo vino á Calais con poderosa armada; pero no habiéndosele podido unir el duque como le había ofrecido, hizo una tregua de nueve años con el rey de Francia.

Luego este y el duque de Borgoña hicieron un tratado por el cual se sacrificaban mutuamente sus amigos y enemigos, entre los cuales se hallaba el conde de San Pol. Este, á quien el rey odiaba por sus traiciones, se había refugiado al duque, y sin embargo lo entregó á Luis, que mandó formarle causa y fué decapitado.

Habiendo muerto el duque de Borgoña en el sitio de Nancy, y recaído el estado en su hija María, el rey de Francia, que deseaba casar con ella al delfín Carlos, procuró en vano impedir el matrimonio de esta princesa con el archiduque Maximiliano, hijo del emperador Federico III, que se verificó en Gante en 1477.

Por el mismo tiempo Jacobo de Armañac, duque de Nemours, fué decapitado el 4 de agosto por crimen de estado, y el rey cometió la crueldad de mandar que sus hijos estuviesen bajo el cadalso durante la ejecución para que cayese sobre ellos la sangre de su padre. Procedió asimismo contra la memoria del difunto duque de Borgoña, para que estando probado su delito de lesa majestad, su estado pudiese ser legítimamente confiscado y unido á la corona, y durante el proceso hizo guerra al archiduque Maximiliano.

En 1481 fue Luis atacado de una apoplejía, de que le quedó tal debilidad, que jamás pudo restablecerse completamente, y su desconfianza, sus sospechas é inquietudes crecían á medida que se disminuían sus fuerzas, temiendo que con el pretexto de su enfermedad se le quitase el entender en el gobierno. Al fin se hizo inaccesible, y en todas las ventanas del castillo de Plessis-les-Tours donde habitaba, mandó poner rejas de hierro. Allí invocaba á los santos, y hacía que le llevasen reliquias, no por efecto de piedad, sino únicamente con el objeto de conseguir su curación. Habiendo oído hablar de las virtudes y estupendos milagros de San Francisco de Paula, desde la Calabria donde estaba le llamó á Francia, para que con sus oraciones le alcanzase la salud, y le dió su mismo parque para que fundase un convento. Este santo, por cuya intercesión esperaba conseguir mas larga vida, le sirvió exhortándole á poner los medios de tranquilizar su conciencia, y falleció el 30 de agosto de 1483. Su cadáver fue sepultado en la iglesia de Nuestra Señora de Clergy que había edificado.

Luis había casado en 1456 en primeras nupcias con Margarita de Escocia, de la que no tuvo sucesión; y en segundas con Carlota de Saboya en 1451, de la que tuvo al delfín Carlos que le sucedió en la corona.

Instituyó en 1469 el orden de San Miguel, y fué el primer monarca francés que usó el tratamiento de majestad.

Fuó Luis XI un príncipe esclavo de sus pasiones en medio de las cuales no resplandecía virtud alguna, y la conducta de toda su vida justifica el juicio de los historiadores que lo pintan mal hijo, mal padre, mal esposo, mal hermano, mal súbdito, y mal rey. Era cruel, vengativo, artificioso y desconfiado, muy celoso de su autoridad, que consiguió fuese absoluta, y muy pagado de sus propios dictámenes, por lo que con nadie consultaba sus negocios. No podía tolerar á las personas de alta esfera, al mismo tiempo que exaltaba á la gente mas comun sin mérito para ello, como se vió con su barbero Oliverio Dainm, al que hizo conde de Meulant, conducta que, como á otros monarcas, le concilió un odio general. Astuto en sumo grado para ganar á los hombres de quienes necesitaba, y descubrir los secretos de sus enemigos, é inspirarles mútuas desconfianzas para desunirlos, no poseía aquella inalterable serenidad que hace que los grandes hombres sean lo mismo en la desgracia que en la prosperidad, porque cuando esta le sonreía no podía ocultar sus secretas intenciones y cometía muchos descuerdos que solo le era dado enmendar por malos y reprobados medios. Fué muy supersticioso, y por una monstruosa contradicción observaba las vanas exterioridades de la piedad al mismo tiempo que carecía de religion y de conciencia. Así es que no quiso admitir á un embajador del gran turco Bayaceto, y mandó que no pasase de Marsella, porque creía que no debía un cristiano tener trato con los enemigos de su religion. Tampoco quería jurar sobre la cruz de San Ló de Angers, porque, segun una creencia vulgar de su tiempo, los que violaban este juramento morían miserablemente; de modo que cuando se decidía á jurar sobre dicha cruz, era señal de que estaba resuelto á no faltar al juramento, de lo que en otros casos no se podía tener seguridad. Tal era el carácter de Luis XI de Francia.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

JUSTA Y RUFINA.

RELACION

por Fernán Caballero.

CAPITULO II.

Doce años después de la conversacion referida, habíanse cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas costaba ya Rufina á la marquesa de Villamencia.

¡Cuánto se envanece el mundo de sus victorias en sus contiendas con la buena fé y la bondad! Mas le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista francés: no hallo vergüenza en ser engañado por alguno, pero la tendria de desconfiar de todos.

Desde que los malos instintos de Rufina se habían desarrollado en escala mayor, y de manera que nada bastó para retenerlos, había cuidado la tierna madre de Justa de poner gran distancia entre ambas jóvenes, puesto que la marquesa procuraba principalmente en conservar la pureza del alma de su hija, no solo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia; creía que no era tal ó cual de los siete vicios capitales que debían quedar en toda mente pura en lonjananza, y como monstruos medio fantásticos, sino todos, pues todos vistos de cerca rebajan el alma de su altura, todos ajan la delicadeza del sentir, todos empañan la clara transparencia de la inocencia, todos profanan los floridos espacios de la imaginación, y todos van desprestigiando la vida real como las negras y pesadas nubes que van empañando el éter y apagando las estrellas. Así es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mío, aun poetas! echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escéptico fallo sobre lo imposible de una vida pura, abstinente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y envenenadas flores, con la que se coronan y sientan al banquete de la vida! Pero por suerte existe una inmensa reacción. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitos que van formando una aristocracia de virtud y religion, y es de esperar que no esté lejos el día en que el cinismo del vicio caiga en la abyección y en el ridículo en que ha caído ya el viejo cinismo antireligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra que no está en el diccionario, pero de la que por expresiva y adaptable no podemos menos de valernos en esta ocasión; esa palabra es *cursi*.

No podemos definir á Justa mejor que diciendo que en ella nada sorprendía, pero que todo atraía, admiraba y simpatizaba. La innata bondad y elevación de su alma la habían llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su madre lo deseaba, porque Justa tenía la primera virtud religiosa en relacion con lo humano, tenía el primer y mas puro amor de un hermoso corazón, tenía el principal distintivo de una perfecta educación, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educación sólida y cristiana, esto es, que era buena hija. Para Justa no había nada en el mundo que contralacease el amor santo hacia la madre que le dió el ser, y crió á sus pechos; ningún respeto en lo humano que sobrepusiese al que le inspiraba aquella madre, dechado de virtudes. Esta veneración, este entrañable amor, esa sumisión sin límites que tenía y en todas ocasiones demostraba Justa á su madre, hacían de ella la joven mas simpática, mas querida y mas admirada de aquella ciudad; y cuando estos sentimientos se demostraban en los mil elogios que siempre acompañaban al nombre de Justa, decían las madres á sus hijas: «no prometel el Señor á los que aman y honran á sus padres solamente la eternidad, sino que los bendice en esta, y á su bendición añade la de los hombres; debe pues ser la primera virtud y la mas adaptable á Dios, pues es la mas premiada.»

Cuán cierto es esto! Por el contrario, cuando en las familias engendra la soberbia y otros vicios el monstruo emancipación, y cuando este se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pie el respeto, la sumisión, la obediencia, y todas las virtudes filiales, ay de aquella mansion! De ella huyeron al punto el aprecio, la consideración, y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la buena fama, ese galardón que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huye la felicidad, huyen los penates que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce lo hacía! y solo queda allí en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobación de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdona nunca.

Definir los malos instintos de Rufina sería prolijo, y mas corto es decir que los tenía todos, sobresaliendo entre ellos la soberbia, la envidia y la crueldad. Era, segun la expresión de un autor francés, una

meta de espino; no se rozaba nadie con ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los animales indicaba claramente esta última perversidad, y fué lo primero que desunio á estas niñas tan diferentes. La marquesa fomentaba la bien entendida y esquisita sensibilidad de su hija, y cuando sus amigos la reconvenían por esto, y hallaban mas acertado comprimirla advirtiéndole que de esta suerte sería mas feliz, porque el que con todos lloraba se quedaba sin ojos, la marquesa daba á estos vulgares y triviales axiomas esta magnífica respuesta: preferiré que mi hija sea buena á que sea feliz (1).

Mas tarde el afán de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y su desear, y su hostil competencia con la suave y bondadosa Justa derrotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad, fué el seducir y atraer al joven marqués que era tímido y corto de luces, y de indisponerlo con su madre, la que solo pudo evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que tenia en Madrid, el que mediante á ocupar un alto puesto y por ser aun el marqués de menor edad, pudo arrancarlo á la fuerza de su casa y traerle á su lado. Este y otros disgustos habian empeorado la salud de la marquesa, la que al reanudar nuestra relacion estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una úlcera interior que la consumia y hacia necesaria una asistencia continua, á la que Justa consagraba su vida y su corazón.

Este dia la hallamos blanca cual el alabastro, como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba, acostada sobre un sofá, y mirando con una plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su madre.

—Vete á acostar, hija de mi corazón, la decia, que apenas has descansado en la pasada noche.

—No podría dormir, madre mia, contestó Justa tan de quedo cual si lo que dijese fuera un secreto y hubiese habido otras personas además de ellas en la habitación.

—Te acuerdas, Justa mia, cuando eras chica y que acostadita en tu cama no querías dormirte, sino cuando yo te decia: me complaces en dormir: cerrabas entonces tus ojitos, y un minuto después sonreías en sueños al ángel de la obediencia que venia á cubrirte con sus alas.

—Sí que recuerdo, madre mia, y la oracion que me enseñasteis para quitarme el miedo.

Verdad es que eras medrosilla y me decias cuando la noche estaba oscura: madre, cerrar la ventana que entra miedo.

—Pues aun me quedan ráfagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nombre y no es ni el *cancon* ni el *coco*, es lo que me amedrenta objeto tan indefinido, pero tan temeroso como aquellos.

—Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, sensitiva mia?

—Temo al mal de cualquiera forma que se pueda presentar, madre; temo que llegue á mis oídos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es, que siempre sigo rezando aquella oracion que paraba los latidos de mi corazón, cerraba suavemente mis ojos, y traía entonces, como ahora, sobre mis labios la sonrisa que recuerdas, dijo con tanto fervor y confianza.

A acostarme voy
Sola sin compañía.
La Virgen María
Esta junta mi cama;
Me dice de quedo:
Mi niña, reposa
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—Entonces, como eras obediente, dijo la marquesa, y ahora mas que entonces, me complaces en descansar y dormir.

—Madre, entonces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora que estas mala...

—Estoy hoy mejor.

—Entonces, madre mia, dijo aun mas de quedo Justa acercándose al oído de su madre, no tenia en que pensar.

—Ya entiendo, ya entiendo, le interrumpió su madre sonriéndose; pero ya que tú no eres presumida, quiero en esta ocasion serlo por tí y procurar que cuando venga esta noche no te halle marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de abril.

—No me quiere por mi buen parecer, madre mia.

—Lo sé; librete Dios de inspirar un amor solo debido al buen parecer, amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazón, que podria desvanecerse si desmejoraba tu hermosura una enfermedad, un

perceance, ó el tiempo; pero, hija mia, el bien parecer es, si no un mérito, una ventaja, es en don de la naturaleza, del que no se debe ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió la puerta y apareció la administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una abispa entre una rosa blanca y su rosado capullo.

—Ya ves que quedo acompañada, dijo la marquesa á su hija, vete pues á acostar, hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su madre repetidas veces cubriéndola de besos; saludó á la recién entrada, puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

—Válgame Dios, mujer! dijo la administradora sentándose cómodamente en un sillón, fuerte cosa es que sepan los amigos por fuera las novedades de tu casa, y que no los encuentres acreedores á participarte lo que todo el mundo sabe! ¿Conque se casa Justa?

—Verdad es; pero aun no he dado parte á nadie, respondió la marquesa.

—Acabo de saberlo en casa de Velez, prosiguió la viuda; buena boda hace, dijo el marido. Es Pepe Arce, hijo único de un padre millonario; ¡qué suerte han tenido esos Arces, y dónde han llegado con solo saber sumar y sobre todo multiplicar! Es, á no dudarlo, el mas rico capitalista de la ciudad; y como nada les queda que desear, añadió la mujer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la marquesa. Tanto mas, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.

—Válgame Dios! exclamó la marquesa herida tanto por la hostilidad del juicio como por la indelicadeza que habia en repetirlo, válgame Dios! cuántos y qué lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento sola y exclusivamente debido á la mutua inclinación de los jóvenes, que en nada han pensado sino en amarse y ser felices cuando este amor fué sancionado por sus padres!

—Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy dia tenemos muchas luces, y á su resplandor se calcula que es un contento: no hay mas que cálculo, nada mas.

—Repito, señora, repuso la marquesa, que ninguno hay en esto. Sabeis que D. Bruno Arce es desde muchos años amigo de la casa, y que me visita todas las roches; cuando llegó su hijo de sus viajes, lo traje á verme como era regular. Pepe siguió viniendo porque lo atraía Justa: la amó; ella le correspondió cuando se lo permití, lo que hice gustosa en vista de las excelentes prendas de Pepe; este espontáneo é inocente amor es la sencilla causa de su union, y el mundo le halla en lugar de esto, cálculo, diplomacia y miras ulteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas, no debe prejuzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

—No digo que aquí no haya malas lenguas, dijo la viuda, Jesus si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastian sin camisa y á San Bartolomé sin pellejo; yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular, añadió la entremetida viuda, que venga tu hijo á la boda de su hermana.

A la marquesa mortificó esta pregunta que con ese fin se habia hecho, y contestó con frialdad:

—No vendrá, puesto que en consideracion al estado de mi salud, esta boda se va á hacer pronto y sin ninguna clase de aparato, aunque mi pobre hijo lo ignora: yo sé que me restan pocos dias de vida, y deseo al morir dejar casada á la hija de mi alma.

—Ya, ya! si no viene el marquésito, insistió la áspera viuda, yo bien sé el por qué; pero todo el que no sepa la verdadera causa, lo estrañará. Bien te lo predije! ahora quiero prevenirte cosas que suceden, y que tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, después de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales en lugar de á Justa se halló á ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándole que era la criatura mas desgraciada bajo el despotismo de tu hija y tuyo. Hallando sus quejas incredulidad, así como sus provocaciones habian hallado desvío, humillado su amor propio; exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la impotencia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anónimo á Pepe Arce, en el que con inconcebible audacia le dice que no es él el primer amor de tu hija.

Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detrás de las puertas; y aunque tanto D. Bruno como Pepe se han reído de todo esto, yo te lo participo para que sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La marquesa se habia puesto, si es posible, aun mas pálida de lo que estaba habitualmente.

—No, no, no puedo creerlo, dijo con desfallecida voz. Señora, siempre habeis aborrecido á esa muchacha, y repetis calumnias de tal magnitud, que solo la malevolencia puede darles crédito.

(1) Sentimos no atrevernos á decir por temor de ofenderla el nombre de la santa, ilustrada y excelente madre á la que con admiración oímos esta respuesta.

—Pues aun hay mas, prosiguió la noticiera, sin cuidarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma, aun hay mas: exasperada Rufina al ver que Justa teniendo dos años menos se casa antes que ella, se ha puesto su señoría en relaciones, y se va á casar con un paseante en cortes, tabur, truan, sin oficio ni beneficio, pero con muchas trampas, bien vestido gracias á estas, al cual ha hecho creer que es hija de tu marido, y que por lo tanto tu familia nunca puede desampararla.

Al oír esta última revelacion, la marquesa cerró los ojos, y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces. Por Dios! por Dios! murmuró la enferma, que nada sepa mi hija, esa inocente! Lanzó un débil gemido, y perdió el sentido.

Al oír las voces de la viuda, Justa se habia echado un peinador blanco, y con su magnífica cabellera suelta habia acudido desolada y temblorosa y se habia arrodillado junto á su madre. Rufina compuesta y ataviada habia venido tambien, así como algunas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime marquesa, la primera

bañada en lágrimas como el amor que sufre, la segunda impassible como la impermeable indiferencia.

—Cuidala, cuidala, dijo á esta última la implacable viuda; pero híncale como Justa sin temor á ajar tus farbalaes, á ver si te deja algo en su testamento.

—Lo hará sin eso, pésele á quien le pesare, respondió Rufina con desdencio.

—Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendicion por lo que la mereces, repuso su antagonista.

Ocho dias después de la escena referida, por espresa voluntad de la marquesa, se unian sin ruido ni boato Justa y Pepe Arce.

—Aquel mismo dia, y como para acibarar la última satisfaccion que en este mundo habia de disfrutar la buena madre, desaparecia Rufina de la casa para unirse á su indigno pretendiente.

Al mes vacía la marquesa en su féretro blanca y fria como la nieve que va á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenia á favor de su falso



(La gruta del hombre muerto.)

desconsuelo que Justa le perdonase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses después el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, después de disipar la manda que dejó la marquesa á su mujer, habia desaparecido.

(Continuará.)

MELANCOLIA.

¿Sabeis que voy á hablar de *melancolía*?... ¡Cosa estraña cuando siempre está la risa en mis labios!...

Ocuparme en escribir sobre una palabra sinónima de tristeza, equivale á decir:

—Pasad por alto, lectores... no detengais vuestra importante mirada sobre mis desaliñados renglones, porque no hallareis lo que buscáis... Pasad la vista, que solo encontrareis... *tristeza*... ese sentimiento del alma que idealiza el dolor.

En vano será que clame contra ellos para que me lean... ¡Cómo lo he de conseguir, si antes de proporcionarles una distraccion que alivie su fastidio, voy á causarles con mis palabras una sensacion de hastio que aumente sus padecimientos!... No importa, sin embargo, lectores: cachaza, y continuad; que si á veces hay alegría en mi rostro y en mi pluma dolor, otras hay en mi semblante *melancolía*, pero placeres en mis escritos...

¿Conoceis á Ernesto? Es indudable que le habeis visto mas de una vez; que le habeis recordado sin disgusto aun sin quererlo vosotros mismos. No está abonado á los paseos; mas no por esto los huye: no es un modelo parisién acabado de salir del taller de sastre-ria; pero en el mismo desaliño de su traje hay cierta elegancia natural, que predispone mucho en su favor: no es un tipo de belleza, si bien no es un fenómeno de fealdad; pero la dulce espresion de sus ojos negros y la palidez de sus mejillas denotan la existencia de un alma sensible y enérgica. Es uno de esos seres que instintivamente escitan nuestras simpatías, y que parece desafiar á que se les olvide.

Pues bien, Ernesto tiene veintitres años: algunas precoces arru-

gas empiezan á delinearse en su semblante, y cualquiera que lo viese por vez primera, diría sin detenerse un momento:

—Ese hombre está gastado por los placeres.

Juicio erróneo, como todos los que no se meditan con la debida detención.

En tres meses se ha marchitado la lozana flor de su juventud. Su carácter reservado y sombrío siempre nos ha tenido con cuidado á todos sus amigos, especialmente desde que quedó huérfano, en cuya época empezó á retirarse del trato social, hasta el punto de no tener hace algún tiempo otro amigo que yo.

Multitud de veces quise leer algún misterio en sus frases sentenciosas y entrecortadas; pero jamás brotó de mis labios una palabra que pudiese ser calificada de indiscreta curiosidad.

Poco á poco han ido agravándose sus dolencias morales, calificadas con el triste nombre de *melancolía*, y hoy pesa sobre su frente una sentencia de muerte.

Su vida está contada, porque padece una aneurisma en el corazón.

Siempre sospeché que había en su alma un secreto que corroía lentamente sus entrañas, y que le ha producido su incurable enfermedad; y ya en su lecho de muerte no ha vacilado en confiarme algunas páginas escritas en su álbum de memorias.

Me ha hecho partícipe de su secreto, cuando sabe que en breve dejará de existir: es verdad, viviendo él, no debía salir de su corazón.

En estas páginas se hallan delineados algunos tristes acontecimientos de su vida... mejor dicho, sus escasas hojas escritas por su mano en el último período de su existencia, son un poema de dolor grabado con caracteres de muerte...

15 de noviembre.

Hoy he cumplido veintitres años, y ayer fué conducido á la última morada el cadáver de mi madre.

Ayer la sociedad cumplió con ella su última farsa mundanal, acompañándola al cementerio, tal vez con la sonrisa en los labios la mayor parte de los que la seguían. Pero en verdad, ¡fueron tan pocos, que perdería la comedia mucho de su efecto teatral!

¡Soy tan pobre!

En cambio la religión ha ejercido su última misión consoladora con mi madre: afortunadamente bastaba para ello el escaso ahorro que me produjo mi trabajo de algunos meses.

¡He orado por su alma, y una dulce tranquilidad ha inundado mi espíritu. Solo yo en este mundo elevaré preces al Señor por su eterno reposo.

Parecía que debía arrancarle su vida para prolongar la mía... ¡Cuánto hubiera deseado que se trocasen los papeles!

He visitado su sepulcro, y el pobre huérfano solo ha podido depositar en la tumba de su madre una oración, y una flor amarilla y ajada con el aliento quemante de sus labios...

(Continuación.)

ADAR-OIBAF.

UNA APUESTA.

(Continuación.)

Para sentir la emoción del juego es preciso jugar como Enrique, teniendo á un lado la fortuna y á otro la miseria. Poniendo en cada apuesta su vida entera, porque entre nosotros la vida es el capital, sin restarse ni un maravedí: esto es pasar del purgatorio al cielo por un puente formado de un cabello, teniendo el infierno á los pies. Quien ha sabido eado este goce salvaje, no puede encontrar otro igual, y según el temple de su alma, no vuelve á jugar mas, ó no vive sino para jugar: Enrique jadeaba y sudaba por todos sus poros. Por fin, cuando en una jugada hizo ascender su dinero á siete mil reales y los puso sobre una carta, el banquero le dijo:

—¡Copa Vd.? No hay mas en banca.

—Copa, respondió Enrique con voz ronca.

Todas las cabezas se agruparon con curiosidad á ver esta jugada en que solo Enrique y el banquero tomaban parte, y cada uno empezó á predecir la fortuna en su interior. La carta de Enrique, que era una soa y la del banquero un as, y ambas tardaron mucho en salir, mas de diez veces los jugadores dijeron con ansiedad la palabra eléctrica—ahí está, y otras tantas añadieron: «aun no» con desaliento, pero con interés creciente.

Enrique, reconcentrado en sí mismo, apenas denunciaba su emoción mas que por el temblor convulsivo que se había apoderado de sus miembros y por las miradas de fuego que fijaba en la baraja. Pasaba entonces por su imaginación como por un sombrío panorama Angélica enferma en su lecho, sin auxilio y sin pan; oía sus gritos y sus inculpaciones porque no se había retirado á tiempo; mas luego á la menor esperanza, al reflejo de una pinta que creía ver trasparentarse, esta imagen se borraba para dar lugar á otra brillante y espléndida como el iris: Angélica buena y rica en un palacio de oro y mármoles, servida por doncellas radiantes de juventud y de belleza, como una Venus en su nube de amorcillos; se veía á sí mismo como en un espejo vestido como Juan Bart de una tela de oro, adornado de pedrerías como un turco, y feliz en su riqueza física y moral por haber recobrado también su corazón.

Por fin la suerte se decidió.

—La soa! dijo uno de los puntos, divisando sus piernas con la mirada peculiar de los jugadores.

—Está el as delante, dijo el banquero con voz seca echándole sobre la mesa.

Enrique había perdido. La caída de Luzbel no fué mas dolorosa.

Empujó su dinero con un movimiento maquinal hacia el banquero, y sin haber una palabra se dirigió hacia la puerta como un cadáver galvanizado; pero á los pocos pasos sus ojos se nublaron, su razón se eclipsó, le faltaron las fuerzas, y cayó en el suelo sin sentido.

—Ha muerto! exclamaron asustados los jugadores corriendo hacia él.

—Me ha perdido! dijo el banquero acudiendo también, olvidando sobre la mesa el oro que otra mano caritativa se encargó de recoger y murmurando:—no pensé que me costaría tanto el hacer venir la suerte.

Pronto notaron sin embargo que Enrique vivía, y por el sobre de una carta que encontraron en su bolsillo supieron las señas de su casa, adonde le hicieron trasportar.

IV.

UN GOLPE MAS.

El desmayo de Enrique había sido producido por el golpe que la fortuna le asestó en el corazón, volviéndole la espalda con una cargada, como una mujer que se venga de un amante desdeñándole después de haberle arruinado; pero entró por mucho en su abatimiento la falta de fuerzas á que le había reducido la dieta de la miseria. Su constitución se resistía á esa enfermedad anónima que diezma los hijos del pueblo en cuyos cadáveres al hacer la disección se encuentran sus horribles vestigios; la hambre lenta, la hambre atrasada, producida tanto por la falta de alimento como por la mala calidad del que se tiene. Los envenenadores públicos conocidos con el nombre de tenderos al por menor, le habían vendido esta enfermedad en pequeñas dosis, á crecidos precios, y habían conseguido destemplan su estómago, que para vergüenza nuestra es la base de la vida. Además el frío que cogió aquella mañana, y que la fiebre le impidió sentir, obrando sobre su sangre hirviendo le había producido una pulmonía. Enrique no podía quejarse por falta de motivos para estar enfermo, y un sangrador vecino le explicó todos los derechos que tenía la enfermedad para apoderarse de su cuerpo como un acreedor de los bienes de su deudor. La medicina conocía su mal; pero esto no quiere decir que supiera curarle; cabalmente la medicina se manifiesta mas espléndida de ciencia en la descripción de las enfermedades cuya naturaleza y tratamiento conoce menos; ved los libros que se ocupan del cáncer y de la tisis en sus diversas especies.

Conducido á su casa, los mozos que le llevaban llamaron inútilmente á la puerta de su buhardilla: nadie respondió. Volvieron á llamar, y entonces se asomó á la puerta de otro cuarto una vecina robusta, joven y colorada como una Maritornes, aunque no igualaba á la criada de Cervantes en la gentileza del cuerpo ni la hermosura de rostro, y preguntó:—¿A quién buscan Vds.?

—Venimos, dijo un mozo, á traer á este caballero que vive aquí y se ha puesto malo.

—Ah! el señor Enrique! qué desgracia! exclamó la Maritornes viniendo á formar parte del grupo; aquí vivía, es verdad; pero el casero, como le debía 38 reales por dos meses de alquiler, le ha puesto los trastos en la escalera, y yo he tenido que recoger en mi cuarto á Angélica, que se la puede ahogar con un hilo; da compasión: y aunque soy pobre, lo que yo he dicho, mientras tenga un real le partiré con los pobres; si había de trabajar como una, trabajaré como dos, y aunque nunca la había hablado que digamos, he tenido caridad, y vamos, no la había de dejar en la calle como si fuera un perro...

—Y bien, señora, dijo el mozo interrumpiendo á la habladora vecina, ¿este hombre quedará en casa de Vd. también?

—Ay señor! yo bien quisiera, replicó la vecina, porque al fin da lástima verle, y luego que parece un buen hombre; en todo el tiempo que lleva en la casa no se le ha oído pegar á su mujer ni reñirla si quisiera... es verdad que ella es un alma de Dios, pero al fin los hombres si un día empujan el codo mas de lo regular...

—Pero le recibe Vd?...

—A eso voy: me es imposible, porque ya ven Vds., las habitaciones son tan pequeñas, y luego... ¿cómo he de habérmelas yo con dos enfermos... gracias que pueda con uno...

Todavía siguió la buena mujer charlando como una campana en día de fiesta, aunque sin que nadie la atendiese, porque Enrique tenía su débil razón flotando entre las reflexiones á que su estado le reducía como una luz combatida por los huracanes, y los mozos que le conducían hablaban entre sí como celebrando consejo.

El resultado fué la decision de que se trasladase á Enrique al hospital general; y después de haber conferenciado uno de los mozos con el celador del barrio, la comitiva se puso en marcha.

¡Qué reflexiones debían asaltar la imaginación de Enrique en aquel doloroso camino! El, poco tiempo antes tan rico, tan envidiado, reducido hoy á un lecho de limosna, sostenido por la caridad pública!

Pasó por delante de su antigua casa, la casa de sus orgías tumultuosas, donde había pagado en cada noche bacanal mas oro por el beso de una ramera que el que basta á mantener por un año á toda una familia; donde el último de sus criados, aquel cuyo nombre ignoraba el amo, tenía mas suerte de la que cabía ahora al amo mismo.

En la calle de Atocha, la escalera que servía de camilla á Enrique se detuvo para dejar paso á una elegante carretela que conducía á Margarita, á D. Juan y otros dos jóvenes.

Don Juan era ya esposo de Margarita, y seguía amándola con ese amor débil y profundo que se sabe vendido y apenas se queja, que llora sus ultrajes con lágrimas solitarias en el silencio de la noche y por el día apenas se atreve á murmurar á los pies de su idolo perdido un gemido de amargura; amor de mujer que padecen muchos hombres, porque las almas tienen su sexo y que no saben apreciar las mujeres. Muchos hay cuyas almas de acerada energía resisten á los hombres y los sucesos con el valor de los héroes, con la firmeza de los Cisneros, y sin embargo á los pies de su amada representan eternamente la fábula del Leon enamorado, dejándose arrancar las uñas y los dientes. Estos se pueden clasificar entre los predestinados por excelencia, en la larga familia de los esposos vendidos. Las mujeres abusan de su amor á causa de la natural debilidad de su sexo que se enorgullece abusando. La esclavitud del esclavo del siervo es siempre la mas dura; y de aquí podrían sacarse consecuencias políticas de maravillosa claridad, en nuestros gobiernos constitucionales, fundados en la obediencia á poderes esclavos, en un círculo de esclavitudes. Pocas son las mujeres casadas que venden á un marido de genio áspero y caprichoso; pocas las que son fieles á un hombre débil. Semejantes á los niños con quienes tienen tantos puntos de contacto, él mismo las pervierte, la libertad las desmoraliza.

Don Juan, sentado junto á Margarita, la devoraba con sus miradas febriles; pero ella en tanto hablaba y sonreía con los dos necios que la acompañaban y que en cuerpo y en alma valían mucho menos que su marido.

Enrique vió este cuadro, y la fisonomía demacrada de D. Juan le reveló los misterios de su vida conyugal, esos tormentos misteriosos que se procuran ocultar á los ojos como enfermedades degradantes y que no hay médicos que cuiden de curar. La medicina, ó por mejor decir, la cirugía social, es el código de las leyes, formulario ridiculo, para cuya formación se ha descontado el corazón olvidando las creencias, y que se asemeja á las decoraciones de carton que se usan en las fiestas públicas para cubrir el vacío de los derribos.

La carretela pasó, pero Enrique quedó profundamente absorto en sus meditaciones.

—Hé ahí, decía, una mujer que fué pura, una mujer que hubiera sido pura siempre, si yo no me hubiese interpuesto en su camino para arrancarle su reputación, el escudo de su virtud. Una apuesta de café la ha conducido á ella á la prostitución de buen tono, mas asquerosa que las de las plazas públicas, porque no tiene el hambre por disculpa, y á mí al hospital. Para ninguno de nosotros dos hay salvación posible. Ella está corrompida por la lepra del materialismo hasta la médula de los huesos; erigida en única creencia como nuestro siglo lo ha hecho, la idolatría de los sentidos, la fidelidad del matrimonio es un absurdo... y queremos que la base de la sociedad sea este absurdo, demolemos los cimientos y no queremos que se derrumbe el edificio! Yo... yo no tengo mas esperanza que la muerte... la muerte en un hospital... Seguramente hay una providencia ó el acaso es inteligente. Todo quebrantamiento del orden físico ó moral, toda rebelión contra las leyes de la naturaleza ó de la sociedad lleva dentro de sí su castigo.

Cuando llegó al hospital, fué recibido con bastante aspereza y

arrinconado en el suelo húmedo de una sala, porque, según dijeron los obregones, no había cama hecha y solo á horas fijas se entrega la ropa para las camas. Esto se hace en un lugar de caridad. Enrique pulmoniaco y hambriento permaneció mas de tres horas en el suelo como un mueble al cual no se encuentra fácil colocación. ¿Quién le hubiera conocido allí? El mismo se olvidaba de su ser; él mismo lloraba como un niño encogido bajo su capa, olvidado su orgullo y su altivez, porque solo las almas de un temple superior saben conservar en la desgracia la dignidad, el orgullo en la pobreza, ese orgullo del ángel caído pero rebelde en su infierno, que nace de la conciencia del propio valer y es la última corona del pobre.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

III.

Ceñida de gruesos muros, restos del poder romano, y reclinada en la falda de un altísimo peñasco, se alzaba fuerte y severa la antigua villa de Martos. Cedióla un alcaide moro al santo rey D. Fernando, y desde entonces tremolaban los estandartes cristianos en los altos torreones que la sirven de resguardo. Mas de una vez la morisma en ella triunfos buscando tan solo encontró su afrenta, y vió marchitos sus lauros, pues su recinto defendían los adalides bizarros que lucen de Calatrava la roja cruz en el manto, y que en cien recias batallas y en cien sangrientos asaltos dieron á Castilla gloria y al moro dieron espanto.

En honda calma y silencio duerme sosegada Martos; solo un atento vigia por el adarve cruzando, aquel profundo reposo turba con su lento paso. Cuando percibe á deshora un rumor confuso y vago, y entre las sombras distingue un hombre, que fatigado de un alazán poderoso el ijar ensangrentado, á rienda suelta corria sin respiro ni descanso. Pronto la senda arenosa cruzó como el viento rauda, y al pié del tostado muro llegó un ginete cristiano. Aviso dió el centinela; dejáronle libre el paso, y á D. Rodrigo de Rojas, el fiel alcaide de Martos, «nube de morisca gente cubre los vecinos campos,» dijo. —¿Muy lejos?—Les queda que caminar trecho largo: pues apresté el acicate y es águila mi caballo. —Ya sé que el rey de Granada, grave empresa meditando, fuerte ejército reunía: viene mal, si viene á Martos.

¡Ay de la flor galana, que al borde del torrente ostenta su frescura, su pompa y su color!
Que si iracunda crece la rápida corriente,
sus hojas no respeta, ni su gentil primor.

Sonando dicha grata, que no verá cumplida,
meada entre ilusiones su mente juvenil,
creyendo ver sembrada la senda de la vida
de rosas, que acarician las auras del abril;

Con una faz sin tacha y un alma sin mancilla,
y mas hermosa y pura que la gallarda flor,
como luciente estrella, que entre las sombras brilla,
asi brillaba en Martos, bellísima Leonor.

Y en apartada alcoba tranquila reposaba,
sin penas, sin zozobras y en honda soledad:
sin ver que en negra nube, fatídica se alzaba
sobre su blanca frente furiosa tempestad.
Há poco allí reinaba quietud y paz serena,
y ahora terror y espanto y estruendo y confusion.
¡Quién temerario espuso tan cándida azucena
al destructor aliento del áspero Aquilon?

Para su amante pecho no es el furor impío
de las airadas armas, las lides y el azar;
para la débil barca, que mece el claro río,
no son las bravas ondas del proceloso mar.

Acaso en vez de rosas, que bellas imaginas
y que ahora te presenta fantástica ilusion,
al despertar encuentres tan solo las espinas,
y oprima la tristeza tu tierno corazón.

Resonará en tu oído funesta y pavorosa
la horrenda gritería de la encendida lid;
quizá la sombra veas sangrienta y dolorosa
de aquel á quien adoras, intrépido adalid.

Y trémula murmures el nombre de Fernando,
y en vano al cielo airado suplicarás por él;
desamparada y sola le llamarás llorando,
cuando hacia ti se estiende el brazo del infiel.

Pluguiera á Dios que fuese perpétuo tu reposo,
que has de trocar en llanto y en lúgubre dolor.
El Angel, que protege su sueño venturoso,
prolongue largas horas tu lánguido estupor.

IV.

Cuando siguiendo su eternal carrera,
trepaba el sol al limpio firmamento,
flotaba la musulmánica bandera
en estenso, vistoso campamento.
Y los muros de Martos manifestan
de guerreros poblada su alta cumbre,
que á batallar intrépidos se aprestan
sin miedo á la enemiga muchedumbre.

Del apartado campo se separa
y á provocar á los cristianos viene
una turba feroz, de sangre avara,
que á ordenados combates no se aviene.

Por tres veces la bárbara cuadrilla
acometió con ardoroso anhelo;
tres veces los flecheros de Castilla
tornaron rojo el matizado suelo.

A la batalla atento, allí cercano
se encontraba el alcaide D. Rodrigo,
y al ver la inútil saña y furor vano,
tumulto y confusion del enemigo,
mandó que un escuadron se apercebiera
y siguiendo á Fernando de Padilla,
la lanza en ristre y baja la visera,
saliese de improviso de la villa.

Cien ginetes al punto se lanzaron,
y cubiertos de acero y fuerte malla,
sin piedad y sin tregua comenzaron
á hacer horrible estrago en la canalla.

Pero el rey de Granada, que á la sombra
de su espaciosa y tapizada tienda
contemplaba sentado en rica alfombra
con impacientes ojos la contienda,
al ver el esterinio y la matanza,
desórden y terror de los peones,
dispuso que á su amparo, sin tardanza
saliesen sus brillantes campeones.

Levantóse Ismael, allí presente,
y al rey se brinda á contener las iras
de la cristiana enardecida gente,
con sus bravos ginetes de Algeciras.

Sonriose Walid á la propuesta
y «ve» le dijo al fin; pero te advierto
que es la demanda por demás espuesta,
y que eres en las lides poco esperto.

«Pronto, señor, responde el mozo ufano,
buscar asilo en el rebelde muro
habeis de ver al escuadron cristiano,
en campo abierto hallándose inseguro.»

Y pidiendo su potro diligente,
veloz cabalga, aplica el acicate,
y ejemplo dando á su bizarra gente
impávido se arroja en el combate.

Los ferrados ginetes castellanos
detuvieron un punto sus corceles
al ver nuevo enemigo, y ya cercanos
los suyos reprimieron los infieles.

Sordo murmullo súbito se escucha;
un momento conmueven y se agitan
árabes y cristianos, y á la lucha
con furia sin igual se precipitan.

Viéronse en los revueltos escuadrones
las nobles frentes de sudor bañadas,
tardos y fatigados los bridones,
rotos los cascos, rojas las espadas.

Una trompeta resonó en la villa,
abandonaron la sangrienta arena,
atentos á su voz los de Castilla,
y triunfante la hueste sarracena,
y gritando «victoria» en pos se lanza;
mas un nuevo escuadron apercibido
salió con mas empeño y mas pujanza,
y el antes vencedor se vió vencido.

Rápida flecha silba, se enrojece
herido el pecho del caballo overo;
detiénese, vacila, se estremece,
y cayeron caballo y caballero.

Oprimió con su peso el bruto inerte
al gallardo Ismael, y cien espadas,
terrible amago de cercana muerte,
miró sobre su frente levantadas.

En aquel punto, presuroso viene
un castellano, que el sañudo encono
de los soldados de la cruz contiene
y que les grita con severo tono:

«Que ejerciteis es bueno los aceros
en combatir con el contrario armado;
mas siempre mengua fué de caballeros
herir al enemigo derribado.»

Generoso le ayuda y le levanta
y «en libertad estás, torna á tus reales»
dijo al moro, que al ver nobleza tanta,
y atónito al oír razones tales,
«antes» responde, «conocer querría
tu nombre, pues tu faz ya me es notoria,
y mientras dure la existencia mia,
jamás se han de borrar de mi memoria.

Soy noble; en Algeciras y en Granada
es Ismael de todos conocido,
y nunca fué mi estirpe mancillada,
la ley de gratitud dando al olvido.»

Al mancebo tendió la amiga mano
y «en todas las comarcas de Castilla
es conocido, replicó el cristiano,
el nombre de Fernando de Padilla.»

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Siempre la cabra tira al mon'e.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



CUADRO DE NATURALEZA MUERTA. POR VALKENBURG.

Dick ó Thierry Valkenburg, pintor holandés, nació en Amsterdam en 1675; estudió en el taller de Juan Weenix, donde aprendió el arte de retratar los animales con toda propiedad; se distinguió muy particularmente en la representación de la caza viva ó muerta. Ejecutaba también con singular maestría los retratos y las escenas de costumbres. Empezó un viaje á Alemania cuando no tenía todavía veintinueve años; deseaba cambiar de horizontes y variar sus estudios: habiendo llegado á Augsbourg, se dirigió á casa del barón de Knobel, que le acogió con la mayor benevolencia, le encargó su retrato, y le pidió otras obras. Terminados estos trabajos, le dió una recomendación para Luis de Bade. Este príncipe ofreció al joven artista nombrarle su pintor oficial asignándole una pensión de dos mil escudos, y admitiéndole diariamente á su mesa. Pero Valkenburg se negó á enajenar su independencia, y partió para Viena: el príncipe Adam de Lichtenstein se declaró su protector, le colmó de presentes, tratando también de tenerle en su corte.

Sus esfuerzos fueron tan vanos como los de Luis de Bade. Valkenburg prefirió volver á su patria: precedido por la fama de su nombre, se encontró sobrecargado de trabajos. Guillermo III, rey de Inglaterra, que le había llamado en Holanda al palacio campestre llamado el *Loo*, le dió cien ducados por un lienzo pintado en diez días, prometiéndole su apoyo para el porvenir: desgraciadamente la muerte le impidió cumplir su promesa.

El rey de Prusia vino á ofrecerle poco después el nombramiento de pintor de cámara, con el sueldo de mil reales, con la condición de re-

sidir en Berlin: pero Valkenburg deseaba emprender un viaje mas largo: estaba casado, y se dice que su esposa no le hacía feliz (ciertos artistas son difíciles de contentar), buscaba una ocasión de huir tan lejos de ella que no pudiese encontrarle.

Un apasionado de las bellas artes que poseía cuantiosos bienes en Surinam, que estimaba á Valkenburg y tenía una alta opinión de su mérito, viéndole desgraciado, le propuso ir al nuevo mundo á administrar sus propiedades. El artista aceptó; que el mar pusiera una raya entre él y su mujer era todo lo que él deseaba. Partió con el corazón henchido de alegría; pero no pudiendo soportar el clima ardiente de la Guayana, cayó enfermo y se vió precisado á volver á Europa.

MELANCOLIA.

(Conclusion.)

3 de diciembre.

¡Es Emilia tan bella!...
¡Qué bien cñe su tersa frente el aro de oro de su diadema condal!...
¡Con qué gracia ajusta las mórbidas formas de su flexible talle el rico jubón de seda de su vestido!...

25 DE MARZO DE 1835.

¡Con qué elegante sencillez lleva prendida en sus blondos cabellos una flor blanca... pura, como los pensamientos de una niña!...

¡Ah!... ¡Cuán pronto perderá esa pureza!...

En breve no irán los ángeles de la inocencia a velar su sueño entre las recogidas coladuras de su lecho de virgen!...

Esta noche los espíritus del mal fijarán en su ventana con infernal alegría sus desgarradas tocas virginales; y en bacanal inmundicia girarán en torno de su voluptuoso lecho nupcial!...

¡Pobre ángel mío!...

¡Cómo recuerdo, Emilia, aquellas melancólicas tardes de verano que pasamos en tu quinta de Sevilla!... Como una ilusión del placer, cruzan por mi inteligencia los suspiros que se escapaban de tus labios, cuando te contaba las romancescas tradiciones de mi país... Como una memoria de la felicidad perdida encuentro grabado en mi mente tu dulce acento, cuando al oír mis historias me llamabas sonriendo tu paje de los cabellos negros, en tanto que la brisa del Guadalquivir humedecía tu ensortijada cabellera rubia...

¡Eras tan niña entonces!...

Apenas contabas trece años.

Yo vivo de esos recuerdos, mientras que tú los olvidas completamente. Nada me importa... de cualquiera modo estas páginas nunca han de llegar á tus manos, y así no podrás burlarte de la debilidad de mi corazón...

Hace siete años que desaparecieron para siempre estos recuerdos de la primera juventud, y no tengo miedo de revelar á las blancas hojas de mi cartera lo que me hubiera hecho enrojecer de vergüenza si te lo hubiese confiado.

Llevo cerca de ocho años de amarte, Emilia...

Salimos de la perla de Andalucía, de Sevilla, con diferencia de algunas horas; pero ¡cuán distintos eran los objetos de nuestro viaje!...

Tú caminabas en una cómoda silla de posta, acompañada de tu padre que te brindaba con todos los placeres apetecibles... Eras rica, muy rica, y ansiosa de gozar los encantos del gran mundo, te dirigías á la corte, ávida tu alma de nuevas emociones. La modesta existencia del honrado comerciante ya te cansaba por su monotonía, y necesitabas espacio donde tender el atrevido vuelo de tu inteligencia.

Yo, por el contrario, viajaba en una modesta galera de lento paso, y acompañaba á mi madre enferma que iba á tomar baños, desde donde debíamos trasladarnos á Madrid. Eramos pobres, y necesitábamos viajar con economía... ¡Oh!... ¡Bien sabe Dios que solo sentía ser pobre por mi madre!...

Algunos años trascurrieron sin que volviera á verme. Yo sí devoraba tus ojos con los míos, ya desde un modesto asiento de galería en el teatro, ya á través de infinidad de personas en el paseo: pero jamás llegó mi indiscreción á presentarme delante de ti.

¿Qué temía?

¿Fue acaso que manchara los ricos adornos de tu traje mi modesta levita negra?

¿Fue quizás que desdeñaras mi presencia con un altivo gesto de insufrible orgullo?

No lo sé...

Pero yo evitaba su presencia... No podía vivir sin verla, y tal vez si sus miradas se hubieran cruzado con las mías, hubiera acudido gozoso á la consoladora idea del suicidio...

¡Yo aceptar el suicidio, cuando le he combatido tantas veces!...

No sé por qué habré notado hace unos días cierta poca firmeza en mis ideas, que me hace pensar más de una vez en la locura. Esto es horrible...

Y sin embargo, ¿quién sabe si será la tranquilidad de la existencia?... ¿Quién sabe si la demencia será el sueño de los sabios y de los poetas?...

Te olvidé por un momento, Emilia.

No recordé que estas páginas estaban exclusivamente dedicadas á la memoria de mi madre y á ti.

Hasta hace un momento había conservado la esperanza de que no realizarías tu enlace, porque yo te amaba...

¡Insensato!... ¿Que yo te adore es acaso motivo suficiente para que posea tu cariño?...

No...

Mas de una vez ha cruzado esta noche por mi mente una idea desgarradora.

Fui egoísta...

Encontré otro ser que me disputaba mi felicidad, que se levantaba de repente entre tú y yo; y me halagó el pensamiento de hacerle desaparecer de nuestro camino.

¿Qué loco he sido!...

¿Por qué he de culparle?... ¿Por qué he de aborrecerle?...

El ha nacido rico, y el esplendor es á sus ojos lo que á los míos la

memoria de mis amores... una necesidad. Tiene carruajes, palacios, humildes servidores que se disputan codiciosos una insultante sonrisa de su señor... y yo ¡triste de mí!... estoy solo, completamente solo, y por todo mueblaje tiene mi habitación un modesto lecho, dos sillas de dudoso origen, y un piano donde mi madre ensayaba en su niñez las suaves melodías que más adelante habían de despertar en mi alma la afición á la música.

¡Cuántas veces he devorado con avidez, en mis noches de delirio, aquellas notas con que mi madre me adormió en la cuna!...

¡Que hermoso es!...

Es mi rival, yo le aborrezco... Pero no... no debo aborrecerle porque ella le ama...

He ido á levantarme al concluir estas líneas, para buscar algunas gotas de agua que templen la ardiente sed de mis labios, y al hallarme frente del destañado espejo de mi habitación, no he podido menos de apartarme de él desesperado.

En mi juicio se ha formado instantáneamente un triste aunque exacto paralelo.

mi rival cuenta algunos años más que yo; pero su tez lozana y sonrosada, sus rasgados ojos garzos, su espaciosa frente adornada de negros cabellos artísticamente rizados, y su elevada y musculosa estatura, forman un horrible contraste con la figura que hace algunos instantes se retrató en el manchado cristal del espejo.

He visto mi semblante descarnado, pálido y rugoso, guardar avaro mis ojos brillantes por la fiebre, en sus profundos huecos; y mis cabellos en desorden tocar mis hombros encorvados bajo el peso de una vejez prematura.

¡Horrible comparación!

¡Yo loco, soñé que pude ser preferido á mi favorecido rival!

¡Qué bien sienta en la frente de los desposados la diadema conda!

Si Emilia me viese en este instante, junto al lado de su esposo; si comparase las coronadas sienes de él, con las mías hundidas y sin adornos... ¡oh! seguro estoy que semejante contraste había de hacer asomar á sus labios una insultante carcajada!...

Y sin embargo, hay en mí ser otra vida, que no alcanza á comprender siquiera su limitada inteligencia.

¡Ignora que si mi sombra frente no ciñe un labrado cerco de oro incrustado de pedrerías, puede Dios haberla dado una sublime inspiración, con solo un soplo de su esencia divina!...

Ya debe ser muy tarde...

Necesitan algún reposo mis miembros entumecidos por el frío; y si no puedo levantarme mañana, no habrá una flor que sirva de adorno á la sepultura de mi madre...

ADAR-OIBAF.

JUSTA Y RUFINA.

RELACION

por Fernán Caballero.

CAPÍTULO III.

Su disparatado casamiento, y las desgracias que de él dimanaron, su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habían en poco tiempo marchito el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuía poderosamente á esto, y eran los remordimientos, esos, que son en el corazón lo que las canas en la cabeza; á pesar que las tiñen el arte del sofisma, el tiempo que es la verdad, vuelve á tornarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presunción y el despecho, vuelven á nacer, y esos remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar por más que se aparente. El incontestable derecho que tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posición, ni nuestro dinero, es un torcedor, un buitre que como el de Prometeo nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nace la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demás y con nosotros mismos. Solo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse, y de conservar en las situaciones más desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Así era que cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal que á porfía cubrían de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba cuando pensaba en la familia á quien tanto debía y tan mal pago había dado, el

bien que le había hecho, sino el que pudo hacerle y no le hizo. La marquesa, pensaba, no debería nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con Jella; ni este debería haber cedido á la voluntad de su madre, á los consejos de su tío, ni á las advertencias de sus amigos; este mismo en las actuales circunstancias, disipado por el marido que la había abandonado el legado que le dejó la marquesa, no debería contentarse con pasarle una mezquina pensión como hacía, sino tenerla en el pie que había estado siempre, y otras locas exigencias, porque así discurre la ingratitud, así cegando á la justicia, falsea la razón!

Pero ni los desengaños, ni las desgracias, ni la experiencia, eran capaces de domar las violentas pasiones de aquella mujer, la que después de maldecir lo pasado, había de lanzarse al porvenir con redoblados bríos y nuevo furor.

El despecho, la ambición, la envidia, y la venganza unidos, debían engendrar un monstruo en aquella cabeza fecunda en planes satánicos; y así sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hacia ella, gratitud y amor por su difunta madre, y fingiendo haberse llamado adentro, y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena y además era débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad á esa mujer, á quien una señora como ella no debería nunca haber recibido. Cuando su marido le hacía prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondía Justa que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, el corazón á los recuerdos, y perdonar solo de boca; que también la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la miopía por lazarillo á la sana razón, sino campar por su respetó.

Cuanto se ha hablado sobre indulgencia y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha querido culpar á la religión católica por carecer de ella! y por combatir á la intolerancia se ha querido hacer mediante la tolerancia un completo tratado de paz con el condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte (esto es la culpa) como una cosa natural y sin consecuencias, merced al dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencias, la una es divina y religiosa, la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa antes de cometida, y esta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vituperata, la condena, la anatematiza antes de cometerla, y esta aparta del mal.

Así aparece claro que está de parte de la humana y filosófica la indulgencia: mas prosigamos, que el *antes* suele llevar en pos de sí el *después*.

Después de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable, no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apelación; de manera que su indulgencia se dirige ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la religión divina, si el culpable postrado y bañado de lágrimas de contrición la implora, lo levanta, le abre sus brazos, lo absuelve y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautizo con el agua de sus lágrimas; todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á la cabecera del banquete, con lo cual demuestra su rigor, no con quien la comete, sino con la culpa.

¿Cuál es pues mas indulgente, el mundo filosófico que antes de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la religión divina que después de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¿A cuántos no ha desesperado el mundo filosófico y tolerante hasta arrastrarlos al suicidio, y á cuántos no ha consolado esta religión que severa amonesta hasta hacerlos felices!

Pero aun hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse, y es esta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas posea, religión y virtud. No es por lo tanto esa dulzura inerente á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad, á cuyas flacas manos escapa la pesa de la santa justicia, y á cuyo blando corazón oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud; es á lo sumo una bella flor sin fruto, nacida espontáneamente en un hermoso corazón; y repetimos que no es virtud, pues suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores, puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, hace del perdón cosa de tan poco valor que lo da de balde, con lo que falsea el orden moral de las cosas, y por último autoriza la impunidad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente por la que podría haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no induce al mal como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla también, y así había sucedido respecto á Justa, porque era un ángel, pero un ángel niño como los que para pintarlos vió Murillo á los pies de la Virgen pura y limpia, y el que de aquel su lugar había caído á la tierra.

Ambas recién casadas estaban en cinta y aguardaban su alumbramiento por la misma época. «Ansío por salir cuanto antes de mi ociosidad», solía decir Rufina á Justa, para estar en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya, porque no quiero que otra que yo lo haga; pues ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.»

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos días de parir ella una niña, asistía á Justa que con igual felicidad dió á luz otra niña. Al día siguiente, cuando volvieron el padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco después se entregaron todos alegres y satisfechos al reposo, incluso la feliz madre, Rufina que la velaba, y que tenía en la pieza inmediata á su niña, desnudó ágilmente á ambas recién nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, diciéndole: «Serás rica, gran señora, y feliz contra la voluntad de los que me quieren á tu madre;» y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió: «Tú, si, tú, hija de orgullosos, ricos y vanos encumbrados, serás pobre y despreciada; tú, si, tú, sufrirás lo que he sufrido yo, y algo mas; tú cobrarás la deuda de agravios y desprecios que debo á tu egoísta y engreída familia.

Apenas consumó esa mujer su atentado, cuando con leve pretexto, ó sin él, suspendió la intimidad que había tenido en casa de Justa, y mas desenfadada que antes se entregó á la vida airada.

(Continuará.)

LA GRUTA DEL HOMBRE MUERTO. (1)

En 1561 el camino que conduce de Bergerac á Périgueux no era tan bueno como hoy. La espesa selva de castaños que ocupa todavía una parte de él, era de mucha mas estension, y las veredas mucho mas estrechas; en el punto en que esta se encuentra como suspendida sobre una profunda garganta, que se llamaba entonces *La Gruta del Ermitaño*, la pendiente de la montaña que desembocaba en el valle era tan áspera y tan peligrosa, que los mas atrevidos apenas osaban bajar por ella en medio del día. El 1.º de noviembre de este año, día de Todos los Santos, á las ocho de la noche hubiere pasado por impracticable el descenso; tantos eran los peligros que el rigor prematuro de la estación venia á añadir á sus dificultades naturales. El cielo oscurecido desde por la mañana por una bruma pesada y tormentosa, mezclada con nieve y granizos, llegado el sol á su ocaso, apenas se distinguían los sombríos horizontes, y como estos se confundían por sus tinieblas con las tinieblas de la tierra, los ruidos de la tierra se mezclaban también con los suyos de una manera tan horrible, que hacia erizar los cabellos de los viajeros. El huracán, que arreciaba de momento en momento, traduciéndose en gemidos como la voz de un niño que llora ó de un viejo herido de muerte que pide socorro; no se sabía de dónde provenían las mas espantosas lamentaciones, si de las nubes ó de los ecos del precipicio, mezclándose con ellas las quejas de las selvas, los mugidos partidos de los establos, el áspero choque de las hojas secas arremolinadas en torbellinos por el viento, y los restos de los árboles muertos que derribaba la tempestad; todos estos ruidos aumentaban la confusión y el espanto.

La gruta oscura de que hemos hablado antes, oponía á esto sobre uno de sus puntos un contraste chocante, una claridad fija, pero prolongada y chispeante que se destacaba de su centro como el penacho de un volcán; y de su puerta enteramente abierta salían rispeñas carcajadas capaces de alegrar la desesperación. Esta era la fragua de Santos Oudard, mariscal herrador, que había llegado á la edad de cuarenta años sin conocer un solo enemigo, y que solemnizaba alegremente el aniversario de sus días al resplandor de sus hornillos y en medio de sus obreros con la alegría que presta el vino.

Santos no había violado nunca la solemnidad de los días santos para herrar un caballo ó la rueda de un carro, á no verse obligado por algunos accidentes inesperados ocurridos á los extranjeros de viaje, y entonces no recibía retribución ninguna por su trabajo; pero su fragua no dejaba de arder noche y día en ningún tiempo en las fiestas mas solemnes, porque servía de faro, sobre todo en el mal tiempo, á los pobres pasajeros extraviados, que eran siempre bien recibidos, y por esto se llamaba entre los aldeanos de la gruta la casa de Santos Oudard, hijo de Teófilo, la posada de la Caridad. Santos entró de pronto en la cocina contigua á la fragua, donde se preparaban grandes trozos de carne de gamo y de vaca delante de un fuego claro y bien alimentado que envidiaria la fragua misma, bajo el anchuroso manto de una de

(1) *Combe* es una palabra eminentemente francesa que significa un valle estrecho y corto abierto entre dos montañas y en las que la industria de los hombres ha llegado á introducir algun cultivo. No hay una aldea en todo el reino donde esta voz no sea inteligible; pero se ha omitido en el Diccionario, porque no hay *Combe* en las Tullerías, en los Campos Elíseos y en el Luxemburgo.

esas chimeneas de los tiempos antiguos que parecen inventadas por el genio de la hospitalidad. Todo va bien, dijo dirigiéndose alegremente a una anciana que estaba sentada en un banquillo en un ángulo de la chimenea, y cuyo rostro respetable y afable á la vez resplandecía vivamente iluminado por una lámpara de cobre de tres mecheros, puesta sobre una consola de yeso historiada, pero ennegrecida por el humo y por el tiempo; he sabido que los niños están acostados, y que el lindo rebaño de jóvenes de la aldea os hace tan buena compañía como de costumbre en la velada que empieza. Dios me guarde de dejar que la turben los gritos de mis chicos, que el ruido de la vigornia ha ensordecido de manera que no pueden entenderse si no aullan como los lobos. Vengo de despacharlos á mi dormitorio, de donde sus gritos no llegarán hasta aquí y adonde tendréis la bondad, madre mía, de enviarnos el resto de esas menudencias por una de vuestras sirvientas. Conservad sin embargo algún trozo de las viandas para los pobres diablitos que el mal tiempo pudiera traerlos; y en cuanto á vuestras buenas amigas tratad de regalarlas castañas doradas bajo las brasas, bañadas profusamente con vino blanco dulce, recién sacado de la cuba, y espumoso como un encanto. Cuando no quede nada Dios proveerá. Yo no os dejaría todos esos cuidados, mi amada madre, continuó Santos enjugando una lágrima que surcaba su mejilla, si viviera todavía mi querida Escolástica; pero Dios ha querido que no quedase á mis hijos mas madre que vos, ni otra providencia visible al padre.—Todo será hecho como deseáis, mi digno Santos! dijo la buena Huberta, tan conmovida como su hijo con el recuerdo que habían evocado sus últimas palabras. Dadnos un poco de tiempo para lo que queda de vuestra fiesta, porque las horas pasan pronto. Cuando la campana de la parroquia haya tocado las primeras oraciones de los muertos, tendremos sobrado tiempo para pensar en ellos. Procurad divertirlos entre tanto, y no tengáis cuidado por vuestros huéspedes. Ya están aquí dos, Dios sea alabado, nosotros procuraremos hospedarlos lo mejor posible y que serán bastante indulgentes, para dispensar la pobreza de nuestros recursos, si nuestra acogida no corresponde á nuestra buena voluntad.—Que el Señor sea con ellos, replicó Santos saludando á los forasteros, cuya presencia no había notado hasta entonces, y que se consideren como de la familia. Contadles historias bonitas y no escaseéis las provisiones, porque en casa del obrero cada día tiene su pan.

En seguida, abrazando nuevamente á su madre, se retiró. Los dos personajes de que acababa de hablar la vieja Huberta, se habían levantado para corresponder á las atenciones de Santos, y después se volvieron á sentar inmóviles y silenciosos en el extremo opuesto del hogar. El primero tenía la traza de una persona de distinción; llevaba un corpiño negro con herretes, sobre el cual caía una ancha gorguera blanca de grandes pliegues, espesos y bien almidonados; sus piernas estaban envueltas hasta mas arriba de la rodilla, adonde llegaba su capa de paño, en unas polainas de cuero con su hebilla, y un sombrero de anchas alas adornado con su correspondiente pluma que caía hasta sus ojos. Su barba poblada y canosa anunciaba una vejez robusta, y su actitud grave y discreta le daban la apariencia de un doctor; el otro, á juzgar por su poca estatura y su pobre traje, debía ser un niño del pueblo; pero lo singular de su equipaje llamó la atención de Huberta y de las jóvenes de la gruta, que sentían no distinguir sus facciones á través de los mechones de cabellos rojos que cubrían casi enteramente su rostro.

—Nos perdonaréis, señor, no trataros como merecéis, continuó Huberta, volviendo á tomar el hilo de la conversacion y dirigiéndose al mas anciano de los forasteros, porque nuestro país pobre y poco frecuentado no tiene el honor de ser visitado con frecuencia por viajeros como vos. La casualidad tal vez os ha conducido á estos lugares.—La casualidad ó el infierno, respondió el hombre negro con voz tan bronca que su sonido sobresaltó á las jóvenes.—Eso último sucede algunas veces, repuso el enano tirándose hacia atrás con una ruidosa carejada, pero de manera que no dejó ver de su rostro mas que su enorme boca guarnecida de innumerables dientes, puntiagudos como agujas y blancos como el marfil.

Después aproximando su silla hasta los morillos de la chimenea, desplegó sobre el fuego dos manos larguissimas y descarnadas al través de las cuales se transparentaba la llama como si fueran de asta: el hombre negro prestó poca atención por entonces á esta brutal grosería.

—Mi caballo maldito, prosiguió, desbocado por el temor de la tempestad, ó empujado por un espíritu maligno, me ha llevado por espacio de tres horas de bosque en bosque y de barranco en barranco, hasta que he tomado el partido de dirigirme hacia un precipicio donde le he dejado por muerto. Creo haber caminado unas treinta leguas, dirigiéndome después á este país para mí desconocido por la luz de vuestra fragua y por la gracia de Dios.—Que su voluntad se cumpla en todas las cosas, dijo madre Huberta.—La gracia de Dios, repuso el maligno hombrucillo, no podía hacer menos en favor del muy ilustre y muy reverendo señor maestro Pancracio Chouquet, antiguo prono-

tario del convento de Virgenes del Espíritu Santo, ministro del Santo Evangelio, rector de la Universidad de Heidelberg, y doctor en cuatro facultades.

Y estas frases fueron acompañadas de una carcajada mas ruidosa que la primera.

—¿Con qué derecho, gritó el doctor apretando los dientes de rabia, un canalla de tu estofa se atreve á mezclarse para darme nombres y títulos que tal vez no tengo? ¿Dónde me habeis encontrado?—Perdonad, mi amable maestro, no os encolericéis, respondió el muchachillo pasando su mano desmesurada por la capa del viejo doctor. Os he visto en Colonia dando mi vuelta á la Europa para instruirme en las bellas letras, según los deseos de mi padre, y asistía á una de las lecciones en que traduciais á Plutarco en excelente latin, cuando os detuvisteis súbitamente, tan embarazado como si el diablo os hubiera cogido por la garganta, en el traido *De sera nummis vindicta*. Bella é importante doctrina. Es verdad que vos teniais ese día alguna cosa que ver con vuestros negocios, porque empezaba á calentár vuestra conciencia una cosa mas ardiente que la chimenea de la señora Huberta. La historia es bastante graciosa, y yo la narraría de buena gana si lo desea la amable y alegre compañía.—Y yo, dijo despechado el doctor en voz baja, si llegas á decir una palabra mas sobre el asunto, te la haré tragar con mi daga! Es admirable, añadió gruñendo, que se reciban semejantes canallas en una casa tan honrada como la vuestra! Creía que era vuestro criado, repuso la señora Huberta; yo no lo he conocido antes.

—Ni yo, ni yo, dijeron las jóvenes estrechándose unas con otras como los pajarillos sorprendidos en su nido. Yo no, decía la pequeña Cipriana escondiendo su cara entre las temblorosas rodillas de Magdalena. ¡Oh las juguetonas niñas! exclamó el viajero del calzon rojo, del rincón en que se había acurrucado para sacar con sus uñas las castañas quemando. Vereis cómo tienen la malicia de no conocerme con el traje de los días de fiesta. Madre Huberta, recordad sin embargo si ha cambiado la fisonomía del pequeño chalan de esta comarca Coñs Papelin, en otro tiempo capellan, hoy mozo de cuadra para servirlos. El honrado maestro Santos no ha puesto una herradura á sus caballerías que yo no hubiese antes limpiado, frotado, almohazado, dejado mas pulido que un espejo, y que á todas horas, por lo regular de noche, peino sus cines con mis dedos. Hé aquí por qué soy siempre bien recibido en la herrería, porque entre el palafranco y el herrador no hay nada como la mano.

Hablando de esta manera, separó á uno y otro lado los espesos bucles de su rizada cabellera, para descubrir su cara, mostrando con una risotada capaz de derribar las paredes una figura espantosamente horrible y amarilla como la cera, surcada con arrugas finisimas, viniendo á aumentar lo espantoso de su fisonomía unos ojos rojos y brillantes como ascuas. Todos hicieron un movimiento de terror. La señora Huberta conoció que le era desconocido; pero un secreto presentimiento la advirtió que no era prudente decirlo.

—Si yo nunca he apercibido este fantasma! murmuró Pancracio; por fuerza es Satanás!

—Bien pudiera suceder, contestó Colás Papelin riéndose siempre; y me admiraría como vos de la casualidad que hace que nos encontremos aquí. Quién le mandaría buscar al maestro Pancracio Chouquet en la gruta del solitario!—En la gruta del solitario! dijo Pancracio con admiración... Ah! ah! replicó aquel mordiéndose las manos... Ah! ah! repitió Colás Papelin con un sarcasmo infernal; ¿no pensáis como yo, doctor, que sería bastante curioso para nosotros, hombres de ciencia, en quienes al amor á la instrucción se une el del oro y los placeres, indagar por qué se llama así este miserable valle? La historia debe de ser curiosa, y creo que la señora Huberta, que sabe todas las historietas del país, nos la referirá entre dos tragos de vino dulce.—Me cuido muy poco de historias, buen hombre! repuso Pancracio, tratando de levantarse.—Si no es vuestro gusto, es el mio, grito Colás Papelin reteniendo con sus nervudas manos como con un anillo de hierro. Qué satisfacción tendríamos, señora Huberta, en oírlos contar eso!

—Lo habia prometido á mis niñas, respondió la vieja, y no es larga la relacion. Os diré de antemano que este país era mucho mas salvaje y mas triste que ahora, cuando vino un santo varon hace mas de cien años á fundar una ermita sobre una de las rocas salientes que caen sobre el precipicio. Se cree que era un jóven y rico caballero que se habia separado de la corte por temor de su salvacion, pero no se dió nunca á conocer mas que por el nombre de Odilon, con el cual le ha beatificado nuestro Santo Padre, esperando se le canonice.—¡Diablo! dijo Colás Papelin.—Lo que es indudable que trajo mucho dinero consigo, porque en muy poco tiempo la gruta cambió de aspecto. Hizo labrar las tierras á propósito para el cultivo, construir fábricas en las corrientes del agua, edificar un hospicio, un presbiterio, una iglesia, y sus liberalidades atrajeron á la gruta gentes de todos oficios útiles á los viajeros, cuyas familias existen todavia en una cómoda medianía y no cesan de bendecir el nombre de su bienhechor San Odilon, que las

dejó por herederas. Este valle se llama la Gruta del Solitario, porque no salía nunca de la ermita, y porque á imitación de Dios hacia beneficios á los hombres sin dejarse ver de ellos. El Señor tiene su alma en su presencia! como dice el breve —Esta historia es muy edificante, dijo el doctor Pancracio, y sin dudar de su veracidad añadiré que he oído cien otras semejantes en todos los países que he recorrido: pero me parece que el tiempo mejora: el viento ha cesado, y la lluvia no azota ya los cristales.—Verdaderamente sería un placer volver á emprender de nuevo nuestra caminata; pero es una falta de atención dejar á la señora Huberta al principio de tan linda é interesante narración.

—Esta narración está completa, replicó el doctor con impaciencia, y contiene todo lo que podíamos desear, es decir, el origen y la etimología del nombre de este valle; no falta una palabra... Falta una peripecia, el desenlace, y una lección de moralidad que no dejaríais pasar desapercibida en las aulas cuando os tomáis el trabajo de explicarnos peripatéticamente la retórica del maestro Guillermo Fichet: para prueba de lo que acabo de decir, la venerable Huberta se dispone á continuar después de haber tomado aliento.—El bienhechor Odilon, continuó, había vivido en la austeridad y la penitencia las tres cuartas partes de un siglo, cuando se presentó para asistirle en sus santas ocupaciones un joven que se hacía notar hacia algún tiempo por la devoción de sus prácticas y su asiduidad en frecuentar los sacramentos. Y que tenía tanta ciencia como un sacerdote, tanta elocuencia como un predicador, y tanta piedad aparente como un santo penitente muy asiduo en sus mortificaciones: la ermita se abrió fácilmente para recibirle. Su nombre se me ha olvidado casi completamente, aun cuando me parece haberle oído pronunciar no hace mucho.—El nombre es completamente superfluo para vuestra relación, murmuró el doctor mordiendo las uñas.—Maese Pancracio Chouquet, repite Colás Papelin con voz estridente, piensa que el nombre de ese personaje es completamente inútil á vuestra relación, mi respetable huésped. Entendeis bien, añadió gritando con todas sus fuerzas, que vuestra historia puede pasar sin el nombre de este buen apóstol, que me parece un infernal hipócrita y que tal es también la opinión de maese Pancracio, de maese Chouquet, de maese Pancracio Chouquet. ¿No os acordais, señora Huberta?—El miserable quiere hacerme morir, pensó para sí el doctor, volviéndose para tomar la puerta.—Todavía no respondió á su pensamiento el pequeño Colás Papelin que se ahogaba de risa á su oído.—Temíamos hacer mucho que el incentivo de los tesoros del bienhechor no atrajese algunos ladrones, prosiguió la buena viuda de Teófilo, que apenas había puesto atención á estas interrupciones; sabíamos nosotros muy bien que después de haber distribuido en obras pías una parte, como os he contado antes, había repartido el resto entre el cura, el monasterio dedicado á la educación de los niños, socorro de los viajeros pobres, y reparación de los estragos causados por las plagas del cielo. En toda la comarca se tomó la venida del joven ministro como un auxilio que la Providencia enviaba por su gracia para que sirviese de báculo á la vejez del solitario. Al menos, decíamos en nuestras veladas, el santo varón tendrá cerca de sí quien le cierre los ojos y llame con la última unción las bendiciones del cielo sobre su venerable cabeza.—¡Oh! qué hermoso pensamiento, buena mujer! gritó Colás Papelin sollozando; yo mismo hubiera bendecido la cabeza de ese buen anciano, si Dios me lo hubiera permitido!.. ¿Qué dice mi maestro, maese Pancracio Chouquet?

Pancracio hizo un gesto, miró nuevamente á la puerta, y no respondió. La vieja continuó: Una noche Teófilo se levantó azorado. Esto sucedía, señores, hace treinta años: era día de Todos los Santos como hoy, poco antes de los smaitines.—¿Cómo, dijo Colás Papelin, ¿creéis, mi buena madre, que habrán pasado treinta años desde ese día, treinta años justos ni mas ni menos al toque de maitines?—Precisamente, señor Papelin, repuso Huberta, puesto que era el año 1531. Preguntó á Teófilo qué le obligaba á levantarse tan temprano, pensando estuviera enfermo.—Tranquilizaos, me respondió, y nada temais; una pesadilla me ha sobrecogido ahora mismo, y es preciso que yo tenga completamente tranquilo mi corazón antes de volver á descansar, porque los sueños son algunas veces advertencias del cielo. Me parecía que asesinaban al santo anciano Odilon, y desde que me he despertado un ruido confuso de quejidos y lamentos me persigue y quiero desengañarme por mí mismo. Dichas estas palabras, corrió á la ermita acompañado de sus trabajadores que habían sufrido el mismo sobresalto, y vieron que el sueño lo había instruido demasiado bien...

—El pobre penitente estaba muerto! dijo Colás Papelin con su horrible risa: ¿maestro, entendeis?...

—Espiraba cuando llegó Teófilo; pero aun cuando había caído sin señal de vida á los ojos de su asesino, había encontrado sin embargo bastantes fuerzas para arrastrarse fuera de la celdilla, mientras que el miserable buscaba en vano los tesoros que acababa de pagar con su alma!—Y su asesino era el monstruo hipócrita y detestable que le había robado su amistad y sus oraciones bajo la máscara de la devoción! ¿Maestro, entendeis?...

Pancracio no respondió sino con un gemido sordo parecido á un rugido.

—Era él, dijo la señora Huberta. Sin embargo, la reja de la celdilla se había cerrado tras de los pasos del bien aventurado por medio de un resorte, invención de Teófilo, cuyo secreto no era conocido del asesino.—Por fin cayó en el garlito! añadió Colás Papelin con su risa infernal; algunos minutos mas, y el justo quedará vengado! ¿Maestro, ois?... No sucedió así, prosiguió Huberta levantando la cabeza. Teófilo y sus gentes no encontraron á nadie en la gruta; y como llegase á ellos un olor nauseabundo de pez y azufre, se pensó que el extranjero había contratado un pacto con el demonio para escapar del peligro en que se encontraba; lo que se encontró verosímil, porque se supo después, que había estudiado en Metz ó Strasburgo con el maldito hechicero Cornelio, de quien habreis oído hablar.—Oh! su comercio no es mejor, añadió entregándose á nuevas risas Colás Papelin. ¿Maestro, ois?... Enterado, añadió Pancracio Chouquet, devolviendo el sarcasmo con tono de calma afectada; es el lenguaje de las locas supersticiones en



(Luis XI, rey de Francia.—Véase la pág. 82.)

que el papismo ha imbuido este pueblo ignorante. Descienda sobre él algun día la luz de la verdad!

Hizo un movimiento repentino para alejarse de su vecino. Colás Papelin no le siguió; lanzó sobre él una mirada despreciativa.

Lo cierto es, añadió la vieja algo picada, que en la gruta se encontró un pedazo de papel manchado de sangre y marcado con cinco uñas negras en forma de sello real, que aseguraba un plazo de treinta años al homicida, como consta de la traducción que hizo monseñor el gran penitenciario, porque estaba escrito en caracteres diabólicos. ¿Maestro, ois? El asesino no fué jamás conocido, aunque dejó en la mano de su víctima un mechón de cabellos con su ensangrentada piel, la que nunca debe haberse cubierto de pelo. Respecto á S. Odilon, repuso Colás Papelin levantándose y haciendo rodar de un revés el sombrero empenachado del doctor...

—Maese Pancracio Chouquet tenía por un lado su cabeza calva y lisa como la palma de la mano. Midió á Colás con aire amenazador, y ganó la puerta mirando atrás para ver si le seguía el peso de cuadra; pero el hombrecillo se entretenía en golpear con una varilla de hierro los morillos de la cocina, sacando chispas que llegaban hasta la cam-

pana de la chimenea. La puerta se volvió a cerrar: todo el grupo de mujeres estaba silencioso y sin movimiento, oprimido por el peso de terror desconocido, como figuras de piedra. Colás Papelin se apercebía, y riendo á carcajadas se levantó su reverencia, componiendo su enmarañada cabellera con la graciosa coquetería de un hombre de mundo educado en los modales de la buena sociedad.

—Adios, respetable Huberta, y vosotras lindas muchachillas, dijo al dejarlas. Os doy gracias por la generosa hospitalidad que hemos recibido de vosotras; pero tengo todavía otros deberes que cumplir; voy á seguir á ese buen hombre en su camino, no se estravie.

Un instante después se oyeron rechinar los goznes de las fuertes cerraduras de las puertas.

—El diablo se ha marchado ya? gritó la blonda Julia levantando sus dedos hacia el cielo. —El diablo! dijo Anastasia cruzando sus manos en actitud de la oración; ¿pensais que fuera él?... Hay grandes probabilidades de ello, respondió gravemente la señora Huberta que no había dejado de pasar entre sus dedos las cuentas del rosario. —¿No se ha nombrado él mismo? replicó Juliana afirmativamente, Colás Papelin y el diablo son la misma persona! —Estos dos nombres son sinónimos, añadió con aire doctoral la señorita Ursula, *sobrina y ahijada* del cura. El debe ser el que, observó la pequeña Anita la hija del carpintero Roberto, asusta nuestras burras silbando en el bosque! También ha querido asustarnos á nosotras, respondió en voz baja su hermana Catalina, y el maldito del justillo rojo ha dado mas de una vuelta alrededor del arroyo de la gruta. —*Libera nos domini!* exclamó la vieja Huberta cayendo de rodillas.

Las jóvenes siguieron también su ejemplo, y no se separaron sin haber purificado la cocina de Huberta con fumigaciones de madera consagrada y aspersiones de agua bendita. Al día siguiente por la mañana los vecinos de la aldehuela acudieron á los oficios á la parroquia. Santos Oudard dejó de pronto el brazo de su madre deteniendo su pequeña tropa con un gesto y un grito, para ahorararla el feo espectáculo de que acababa de ser testigo. Era un cadáver tan horriblemente lacerado, tan deformado por las convulsiones de la agonía, tan ennegrecido por un fuego celeste ó infernal, que era difícil conocer en él la forma humana; solamente se encontraban á pocos pasos los restos de una capa negra y un sombrero con plumas. Desde este suceso la gruta del solitario tomó el nombre de la *Gruta del hombre muerto*.

MAQUINA PARA COSER (4).

En uno de nuestros últimos números verán los lectores del *Semanario* el grabado que da lugar á estas líneas. Por este sencillo aparato ha obtenido su autor, Mr. Carlos T. Indikens, manufacturero, doce privilegios de invención en diversas naciones en vista de sus grandes aplicaciones á las diferentes clases de costuras á que se puede aplicar; como son á toda clase de ropa blanca, camisas, cuellos, pañuelos, al ramo de sastrería, peletería y guantería, etc.

Los depósitos en que se venden estos aparatos están establecidos en Manchester, Londres y Dublin.

UNA APUESTA.

V.

EL HOSPITAL.

Desde que se entra en el hospital, la brumosa atmósfera que en él se respira, pesa sobre el corazón y le entristece; aquellas piedras húmedas tan frecuentemente regadas por lágrimas, aquellas escaleras sombrías, aquellas largas salas guardadas de moribundos, impresionan mas que la vista de una cárcel, mas que la de un cementerio. Los pobres suelen decir que mas quieren estar en la cárcel que en el hospital cuando han probado lo uno y lo otro. La caridad que fundó este asilo dió por terminada su obra, y se alejó. Hoy apenas se conocen sus huellas en aquel edificio sin concluir.

Aislado allí cada dolor en medio de los dolores, cada enfermo está tan solitario en su lecho entre los cien lechos que le rodean como en un desierto de la Tebaida. La compasión y la paciencia, el cariño casi maternal que necesitan todas las enfermedades, son allí desconocidos, nadie seca las lágrimas del que llora, nadie oye los gemidos del que se queja. Las medicinas que necesita el enfermo, el alimento que se le permite, se dejan al lado de su cama para que los tome cuando le plazca, y muchas veces no los toma por no poder moverse para cogerlos. Algunas veces suele recibir las visitas de los médicos y discípulos, que le contemplan como un artista una obra de arte, sin sospechar que en su pecho pueda latir un corazón. El pudor es un objeto de lujo, Vease el número 10.

y está prohibido á los pobres. Cuando hay que hacer una operación, aunque sea de las de *escoplo y martillo*, cuando se pica una quijada como un picapedrero pica una piedra, el operador se detiene de vez en cuando para explicar á los discípulos la teoría de su obra, ó escoge el modo mas doloroso y mas espuesto, para lucir su habilidad, prescindiendo siempre del paciente, á quien alguna vez se riñe porque se queja, ó se le manda ir á su cama cuando se ha concluido, ni mas ni menos que si se le acabase de rasurar y se esperase otro parroquiano.

El aire que allí se respira es tan ponzoñoso, que conserva una peste endémica en la atmósfera, una peste que ataca á todos los practicantes que entran sanos y robustos. ¿Cómo se ha de esperar curar allí á los que estén enfermos?

Y en aquel abandono, en aquella soledad de alma, en que los enfermos derraman lágrimas de envidia al ver á los que tienen parientes ó amigos que los visitan dos veces á la semana, ¿qué tristes, qué largas no deben de ser las noches cuyo fúnebre silencio interrumpen solamente los gemidos del moribundo y las quejas del delirante?

Teneis junto á vuestra cama un enfermo que llora y ronca con el estertor de la agonía. De pronto hace un movimiento convulsivo, y queda inmóvil y agarrotado: viene el practicante de guardia, le cubre con la sábana, y escribe en su libreta: —Falleció á tal hora. En seguida se va y pasáis junto al cadáver, á veces entre dos cadáveres, á quienes por la mañana se baja al depósito y de allí á la mesa de disección, donde la carne humana adquiere un precio como la de carnero ó de vaca, con la diferencia de ser algo inferior. Por tres pesetas os proporcionarán los mozos cuando queráis cadáveres escelentes.

Hermosas damas, las que leáis esta descripción, en la cual se ha endulzado la verdad, se han debilitado las tintas para que no arrojaes el libro; al descender sonriendo de vuestro elegante carruaje, para entrar en la sala del baile donde las sonrisas envidiosas de vuestras amigas, que se muerden los labios buscando inútilmente con sus miradas una falta, como un luchador que busca un claro para herir á su adversario, os declararán las reinas; si se acerca á vosotras con los pies descalzos sobre el barro una pobre tiritando de frío, murmurando una plegaria y tendiéndos la mano, pensad en ese hospital, ese asilo de caridad adonde quizá al día siguiente la llevará la miseria. Los ricos condenan á los pobres á un tormento horrible que se hereda como la lepra de generacion en generacion, y se admiran de que un día los pobres en su hambre los devoren. ¿No es insultar al pueblo el decirle todos somos hermanos ante Dios, todos lo somos ante los hombres, y construir para los unos palacios, para los otros el hospital? ¿Qué crimen han cometido esos hijos desheredados? ¿Por qué el pan de Dios no se reparte en partes iguales? En otro tiempo los pobres tenían el templo y dejaban á los ricos el mundo con la esperanza de alcanzar el cielo; pero hoy vosotros los ricos habeis enseñado á no creer al pueblo, le habeis enseñado á pensar y su pensamiento es vuestra muerte. ¿En nombre de qué principio ó de qué derecho esperais obligar á nadie á ser pobre desde que elegis los puestos de la sociedad, la desigualdad de fortuna, no tiene mas causa que nuestro capricho y no reservamos á los perjudicados ninguna compensación? ¿Esais á merced de todas las ambiciones populares, y los Riencis tendrán siempre partido porque su bandera es siempre la de la razón. Cuando citais al pueblo á la lid de la fuerza estais ciegos; el pueblo es el mas fuerte. Si hay una justicia divina, la sangre derramada en la revolucion francesa no habrá debido de caer sobre la cabeza de los verdugos, sino sobre la de los padres de las victimas, los sobrenombres del siglo de Voltaire y Luis XIV, el siglo de la corrupcion del alma y del cuerpo. Ya que seais malos, no seais necios como los niños que se ahogan con cuerdas robadas, aunque á hablar con justicia todas vuestras maldades tienen por único origen la necesidad. Son una sola necesidad verdadera bajo infinitas formas distintas.

¿Qué reflexiones debieron ocurrirse á Enrique durante la primera noche, en la cama del hospital! Un libro entero no las explicaria; pero bastará decir que esta prueba era de aquellas que mudan el carácter como una prision de diez años en la soledad. Su vida primero, después la sociedad entera, pasaron ante sus ojos y las juzgó. Recordó todo el mal que habia hecho, y lloró de arrepentimiento.

Junto á su cama tenia á un anciano octogenario y asmático que solo decia de vez en cuando como si hablase consigo mismo.

—¿Qué será de mi pobre Julian? Dios mio, protégedle.

—Es su hijo de Vd.? le preguntó Enrique.

El anciano se volvió un poco, admirado de que hubiera allí quien se ocupase de él, y respondió: —Es mi nieto; pero si yo muero quedará huérfano, porque su padre murió hace ocho años en esta misma sala.

—Han sido Vds. siempre pobres.

—Siempre. Desde que pude andar quedé huérfano, y tuve que ganar mi vida trabajando.

—Pobre anciano! Siempre desgraciado.

—Desgraciado... no tal, antes puedo decir que he sido siempre feliz. Yo no he hecho mal á nadie ni tengo ningun remordimiento. Lo que he tenido me ha bastado...

—Es pues la felicidad la virtud, pensó Enrique, y se abandonó á sus meditaciones.

VI.

CONCLUSION.

Una semana después de haber entrado Enrique en el hospital, subían por las escaleras de piedra de aquel edificio Angélica y el padre Clemente. Angélica radiaba de alegría. Su rostro pálido y flaco aun porque acababa de dejar el lecho, estaba adornado por una nueva aureola; parecía animado por una belleza nueva, la de la felicidad del alma pura y amante que se reflejaba en sus ojos. El padre Clemente tanto tiempo esperado había vuelto con mas riqueza de las que podían esperarse, porque su voz había tocado el corazón de Amalia como Cristo el de la Samaritana, y la ramera arrepentida, retirándose á un convento había dejado á Enrique todos sus bienes como una restitución. Solo el padre Clemente, el heredero de la fe apostólica que mudaba los montes de un lado á otro, podía conseguir esta conversión.

El anciano venerable y la enamorada niña, la estrella de la mañana y la de la tarde, dos almas igualmente puras y santas, subieron de prisa los gastados escalones hollados por tantas generaciones dolientes, y penetraron en la sala de Enrique.

Pero Enrique no estaba allí, otro enfermo ocupaba su lecho.

Angélica miró por todos lados y no le vió.

Con el corazón oprimido se acercó á un obregon y le preguntó: ¿Y el enfermo que estaba aquí, Enrique Valdealegre?

—Murió hace tres días, respondió el obregon.

Angélica lanzó un grito y se apoyó en el padre Clemente como una flor tronchada, pero sin poder llorar, pues aunque no perdió el sentido su vida se paralizó.

—¿Y dónde está? ¿dónde está?... preguntó con ansiedad.

—Como no le reclamaron, respondió el obregon, insensible á aquel dolor moral como un operador al dolor físico de su enfermo, como no le reclamaron, se le llevó á las salas de disección, y ya se le ha disecado.

Dicho esto, se alejó silhando una pieza de zarzuela.

—Ni aun me queda su tumba! Ni aun su tumba! ¿Qué me queda?

El padre Clemente la señaló el cielo con el dedo, y la dijo con voz imponente y profética:

—¡La esperanza!

PABLO GAMBARA.

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

V.

Al pálido reflejo
de la naciente luna,
reunidos se encontraban en
de la huerte moruna
los jefes y walis, al rey atentos.
«Inútil, les decía,
hoy ha sido la recia escaramuza;
mejor empresa el venidero día
espero de Ismael, del fuerte Muza,
de Otman y de Liáfar, encanecidos
en bélicos afanes
y preciados de expertos capitanes.
Pues no me place el ver vanos alardes
de un inútil valor, que ya Castilla
bien sabe que en mi reino no hay cobardes.
Dispondeis el asalto de la villa,
mañana, en acordado movimiento.»
A tal razonamiento,
«mañana, dijo Muza, yo te juro
que antes que su carrera el sol concluya,
ó muerto he de yacer al pie del muro,
ó la villa de Martos será tuya.»
«Mañana pues, replica el soberano,
veremos cómo cumple el africano.»

¿Qué pavoroso estrépito
por el espacio cunde?
Ya del clamor horrisono
el eco se difunde,

y por los senos cóncavos
del apartado monte
el son retumba lúgubre
del recio batallar.

Y las almenas sólidas
de aquel cristiano muro,
que de las armas árabes
fué valladar seguro,
las ponderosas máquinas
combaten y quebrantan
y ruedan y desplómanse,
al rudo golpear.

Los caballeros inclitos,
del rey Alfonso gloria,
sobre la brecha impávidos
disputan la victoria;
y si uno abate exánime
morisca cimitarra,
cien otros apresúranse
la muerte á provocar.

Los bárbaros del Africa
acuden á la empresa
cual águilas carnívoras
á desgarrar la presa,
y en su furor frenético
se acercan, se retiran,
revuélvense con impetu
y tornan á luchar.

Así las ondas móviles
del líquido elemento,
cuando en violentas ráfagas
sopla furioso el viento,
contra las rocas ásperas
se rompen espumosas,
y otras avanzan rápidas
luchando sin cesar.

Trepó á la cumbre altísima
por una estrecha escala,
Ben Muza, á quien en ánimo
ningun guerrero iguala;
y de otro lado intrépido
combate el de Algeciras,
que de la brecha el límite
se afana por salvar.

Y de él en pos agítase,
llena de furia insana,
de sus esfuerzos émula,
la juventud galana,
por cuya suerte próspera,
del Dauro en las orillas,
harán fervientes súplicas
mil labios de coral.

Elévase á las bóvedas
del azulado cielo,
cual denso manto fúnebre,
de polvo espeso velo,
y en el ardor mortífero
las armas centellean,
que agita el furor bélico
con incesante afán.

Pronto una voz fatídica
anunciará á Castilla
la dolorosa pérdida
de la preciada villa.
¡Cuántas mejillas pálidas
ha de anegar el llanto!
¡Cuánto semblante angélico
marchitará el pesar!

VI.

Fué para los cristianos campeones
adversa la fortuna en quel día:
ya sobre los ruinosos torreones
la granadina enseña se mecía.
De tantos esforzados corazones
vana fué la pujanza y valentía,
y muchos eran presa de la muerte,
dignos de larga vida y mejor suerte.

Allí cayó el alcaide D. Rodrigo sobre el escombros de la abierta brecha, y fué todo el ejército enemigo, buscando pasó por la entrada estrecha, de su constancia y su valor testigo. Su gloriosa esperanza vió deshecha Otsman allí, que al hijo mas gallardo sin vida le abatíó cristiano dardo.

El incendio, la muerte, los horrores, que arrastra en pos de sí la infausta guerra, cundieron al entrar los vencedores por cuanto á Martos en su seno encierra. Brillan siniestros, rojos resplandores, teñida en sangre muéstrase la tierra, livida alfombra son del pavimento destrozados cadáveres sin cuento,

Entre ruinas y fuego y gritería y el lúgubre clamor, que resonaba con tal estruendo y bélica armonía, que el reino del espanto semejaba, el ciego ardor de la canalla impía y sus fieros instintos refrenaba, en la mano el acero en sangre tinto, discurrendo Ismael por su recinto.

Cuando escuchó en los altos aposentos de una vecina casa ruido y gresca, y maldiciones, votos, juramentos de rudo son y de espresion grotesca, y al par sentidos ayes y lamentos. Mas la cruel y avara soldadesca el pesaroso acento no atendía, y con impuras voces confundía.

Llegó doliente y grata á sus oídos aquella dulce voz de angustia llena; penetra y por doquiera ve tendidos soldados de la hueste sarracena, las armas y turbantes esparcidos... el rostro aparta de la horrible escena; mas otra le detiene á corto trecho, que conmovió su generoso pecho.

En el manchado suelo derribado á impulso de musulínica cachilla, pálido, sudoroso, fatigado, hendida al duro golpe la rodilla, roto el arnés, doliente, ensangrentado, se arrastraba Fernando de Padilla, que dijo, al jóven moro conociendo: defiende á mi Leonor, te lo encomiendo.

Acercóse Ismael al castellano y «yo te salvaré» dice, «levanta, que el árabe, jamás torpe y villano, el lazo de amistad traidor quebranta.» «Ya, interrumpió Fernando, fuera en vano; no es mi suerte cruel lo que me espanta. ¿No escuchas el clamor de una doncella? Protégela, Ismael, mi vida es ella.»

Veloz sube Ismael y ve delante de una vil chusma de la hueste mora una mujer de celestial semblante, que arrodillada compasión implora. Su duelo á conmovérle no es bastante; en vano gime y angustiada llora, que aquellas gentes de villana raza tienen el corazón cual la coraza.

Al contemplar que cual feroces hienas, en torno á la beldad, que así clamaba, se disputaban, de piedad ajenas, la posesion de la cristiana esclava, sintió correr por las hinchadas venas ardiente fuego, abrasadora lava, y audaz corriendo de Leonor al lado, «fuera pronto de aquí,» grita indignado.

¿Quién puede conseguir del tigre hambriento que abandone la presa que codicia? Con el liviano y torpe pensamiento que aquella turba indómita acaricia, extraño fuera y singular portento que semostrara á obedecer propicia; antes su furia de venganza y muerte contra el noble caudillo se convierte.

Mas él hiere y destroza y rasga y hiende y acomete y revuélvese iracundo, y donde quiera que el alfanje tiende brota de sangre manantial fecundo. ¿Quién resiste á un acero que defiende á tierna virgen, que en dolor profundo baña en amargo llanto sus mejillas. por su honor implorando de rodillas?

Huyen; y sin sentido ya la hermosa, eran en su semblante nuevo encanto, como en el cáliz de tronchada rosa, las claras perlas, que formó su llanto. El moro, de la estancia pavorosa anhelando arrancar prodigio tanto, el suelto talle con sus brazos liga, y peso tan gentil no le fatiga.

Padilla, al contemplar, pálida y bella, llevada en brazos de Ismael cautiva su fiel Leonor, su refulgente estrella, con la que fué la suerte tan esquiva, «quizá voy á morir, dijo; mas ella, si feliz puede ser, que feliz viva, y si pronuncia el nombre de Fernando, cayó, dirás, el tuyo pronunciando.

Mi sola dicha fué, mi solo anhelo, único afán del pensamiento mio. Ahora tendré al morir para consuelo que á tu nobleza, á tu lealtad la fio. Mas si mi vida prolongase el cielo, alguna vez recordarás, confío, que aquel cristiano, que salvó tu vida, te encomendó su prenda mas querida.»

«Calma, dijo el mancebo, tu amargura y ese negro pesar que te atormenta; á fé que ha de vivir Leonor segura de todo ultraje y de villana afrenta. Quien así lo promete y te lo jura régios blasones en su escudo ostenta, y acaso llegue un tiempo que el cristiano conozca que Ismael no jura en vano.

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA IMAGEN DE JESUCRISTO.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

Profundo, aterrador, misterioso y vago como la idea de Dios, panteísta en el fondo y en la forma, el arte oriental; metódico, regular, acompasado en ambas cosas y puramente individual y humano el arte griego; habían sido los artes de la inteligencia; los artes del hombre científico, del hombre artista, del hombre social y público; artes de cabeza, de imaginación, de idea, de fantasía caprichosa; pero no artes de corazón, de sentimiento, de afecto, de vida íntima, secreta y misteriosa; artes en las cuales se verificaba aquella célebre máxima de un moralista francés, de Labruyère, que *l'esprit est souvent la dupe du cœur*.

El arte antiguo era pues incompleto, imperfecto: había constantemente prescindido de uno de los dos elementos constitutivos de nuestra individualidad. Había prescindido del corazón. Y como el amor es la más lógica, la más eficaz y á la par la más bella manifestación del corazón, había prescindido del amor, y en particular del amor á la mujer. Porque ese amor puro, sentimental y elevado de que nos habla el divino Platon, le había sucedido lo mismo, igual, que al sabio rey Alfonso X, y al místico filósofo Mallebranche, que por ausentarse demasiado de la tierra se habían perdido en el cielo. Lo primero, lo más esencial que debía hacer el arte moderno era completar el antiguo, llenar el grande, el inmenso vacío dejado por este en el mundo del sentimiento.

Parecía que sobre este arte había caído la maldición, el anatema que Dios lanzó sobre la primera mujer, sobre Eva pecadora, cuando la dijo: «Estarás sujeta al hombre y le obedecerás cuando te mande...»

La griega Elena, bella también y también culpable, había sido como la primera mujer, origen fecundo de males. El género humano había perdido su inmortalidad á causa de Eva: la Grecia había sostenido

por causa de Elena una larga guerra de diez años. La mujer debía pues al hombre una reparación, porque el equilibrio debía restablecerse en el mundo moral como se restablece en el físico. La mujer debía ser castigada, hallarse sujeta al hombre, y ser su misera esclava ya que no había sabido sostener su dignidad de reina, vendiéndola á un loco caprichoso, á una extravagante fantasía. Consumada ya la expiación durante cuatro mil años, se hacía justo y necesario que la mujer saliese de la línea de inferioridad en que se hallaba con respecto al hombre y se colocase á igual, á idéntica altura. El arte cristiano principia en el Calvario, cuando el Redentor del hombre antes de entregar su alma á Dios, se dirige á una mujer, á su propia Madre, cuya grande, cuya imponente figura en este sangriento drama de la redención humana es eminentemente simbólica, y le dice señalando á un hombre, á su discípulo: «ahí tenéis á vuestro hijo.» Este hijo era el género humano. Aquí desaparece el anatema lanzado sobre la mujer pecadora en el paraíso terrestre. Recordemos ahora que cinco siglos antes, un gran poeta dramático de la antigüedad, Esquilo, negaba públicamente á la mujer, en medio del teatro griego, á la clara luz del sol, cuanto cabe en la imaginación humana pueda negársele. La cualidad de ser madre, la virtud de crear. Esquilo decía en sus Eumérides: «La madre no es creadora del que llaman hijo suyo, sino nutriz del germen vertido en su seno, etc., etc.» Esa es la mujer antigua. Un ser despreciado, envilecido, un ser sobre cuya frente se estampaba indeleble la señal del oprobio, es el sello de la degradación y de la afrenta. La mujer es un objeto cualquiera, un juguete de bazar, un mueble de lujo. Decidme ahora: ¿qué lazo misterioso, que vínculo de pura, de noble y santa unión puede establecerse entre un amo y una esclava, entre el que manda como tirano y la que obedece como sierva? Yo os responderé: ese lazo, ese vínculo que se establecerá, será el de la pasión sensual, el del placer tirano, el de la sumisión ciega, de la obediencia pasiva. Preguntad al sultan de Constantinopla, al amo del serrallo, cuál es el amor que tiene á sus mujeres. Os contestará como hubiera podido contestaros Pedro el Cruel de Castilla y Enrique VIII de Inglaterra, señalándolos con el dedo el número de cabezas de mujeres que tapizan sangrientas las murallas de su palacio.

Este es el amor oriental, antiguo y moderno; este es el amor griego, el amor romano. Pero ya lo hemos dicho. El amor verdadero, el amor cristiano, es el producto mas natural, el sentimiento mas espontáneo, mas bello, mas grande, mas sublime del corazón del hombre, ángel caído que se acuerda del cielo, chispa destacada del hogar divino, como dice Lamartine. *Notre âme est un rayon*, etc. No existiendo este verdadero amor en el arte antiguo, no hallándolo ni en el terreno moral ó religioso, ni en el filosófico ó científico, no podía ser un arte completo, cabal, dotado de todo el lleno de condiciones que ahora tiene. Se hacia por lo tanto indispensable que á este arte siguiese otro, cual fué el cristiano, y cuya misión debía ser altamente reparadora. Como el cristianismo cumple con la misión que le trae al mundo de introducir un elemento en el arte antes desconocido, el elemento moral convertido en elemento erótico, en la parte puramente profana de arte, ó sea en la literatura, es cosa que nos toca examinar en el presente artículo.

La primera que en el orden cronológico de las literaturas aparece en el mundo moderno con elementos nuevos debidos al cristianismo, es la provenzal. Pero el arte que representa y simboliza esta literatura moderna, llena acaso el espantoso vacío que ya hemos dicho fué dejado en el terreno del sentimiento por el arte antiguo, ya oriental, ya greco-romano? No, de ningún modo. Mas bien sucede lo contrario. El arte provenzal, en su manifestación como poesía lírica, manifestación parcial, pero que domina y sobrepasa á las demás, y parece compendiarlas todas, no llena como debiera este vacío. Entre el amor griego, tal como le celebran sus poetas y poetisas, y el amor provenzal de los juglares y trovadores, no existe diferencia alguna de género ni especie, de fondo ni de forma. Siempre es el mismo amor sensual, fisiológico; producto mas ó menos intenso del organismo del hombre con sus movimientos apasionados y bruscos, sus acciones vehementes, su brio destructor, sus resultados fecundos en trágicas aventuras. Y sin embargo no es este el amor en el arte cristiano. El arte, como la ciencia, tiene su misión que cumplir en la tierra, siempre civilizadora, siempre benéfica, saludable, provechosa. Todo cuanto el hombre ejecuta, todo cuanto dimana de la triple actividad intelectual, moral y física con que Dios le ha dotado, tiende á un fin, á la idea de unidad social en el terreno de la inteligencia y del corazón; es decir, en el terreno del arte. Y el provenzal en su manifestación lírico-erótica no debía romper esa continuidad de acciones, esa idea de unidad, de progreso, salvando la distancia del tiempo y colocándose al lado del arte griego. No debía haber visto en el amor un sentimiento, ó mejor dicho, una sensación carnal, y en la mujer un medio de satisfacerla, haciendo mil pedazos la copa del festín después de saboreado el licor.

El arte provenzal pues, lejos de seguir la anchurosa senda que el cristianismo le trazara para llevar á cabo su digna misión, su misión altamente reparadora y fecunda, tomó el camino de lo pasado, quiso borrar la distancia del tiempo y colocarse al lado de artes cuyo origen, cuyas aspiraciones, cuyos elementos de fondo y de forma eran entera y radicalmente opuestos á los suyos. El arte provenzal, al vaciar el elemento erótico en el mismo molde en que el arte greco-romano lo había vaciado, desconocía sus antecedentes, su historia, su objeto distinto del de aquel arte, la transformación obrada por el cristianismo; desconocía, en una palabra, su pasado, su presente y su porvenir. Y lo desconocía renegando de ello y á sabiendas; porque el arte provenzal nace en el siglo XI en plena edad media, cuando asentadas ya hace cinco siglos las sociedades de Europa sobre sus nuevas bases, han tenido tiempo de reconstruirse, de formarse una vida propia, original, espontánea, no parecida en manera alguna á la vida de las anteriores sociedades: vida para la cual han debido recoger y recogido en efecto los nuevos elementos que en su seno introdujera el cristianismo. La crítica severa condena por lo tanto el arte provenzal: le declara culpable, digno de censura, merecedor de un grande, de un ejemplar castigo, y que no se hizo mucho tiempo esperar. Este arte murió, se sumió en profundas tinieblas después de haber exhalado efímeros, accidentales, aparentes destellos de fosfórica luz.

¿Cómo y por qué causas el arte provenzal prescinde de los nuevos elementos constitutivos que la sociedad en medio de la cual nace, crece, se desarrolla y muere, sociedad nueva también, ha traído; cómo los aleja y desecha, y aun se opone á ellos; cómo contando con sus propias fuerzas, con su inspiración subjetiva é individual, y casi siempre caprichosa y fantástica, crece á merced de circunstancias locales, de relaciones puramente accesorias é indiferentes; cómo este desarrollo precipitado, caprichoso y estravagante, hecho sin conciencia ni estudio, le lleva fatalmente, le precipita en la inmensa serie de defectos y vicios que él está destinado á combatir; cómo se pone este arte en ridículo, en incomprensible discordia con el arte que representa y simboliza la edad media, y se queda solo, aislado, en su raro modo de ser; y cómo en fin, siendo destinado á llegar hasta nosotros al través del tiempo y del espacio, como los demás artes que á manera de emanaciones y consecuencias del arte cristiano se tras-

miten envueltos en las literaturas de Europa, muere en su temprana edad, y muere por consunción, por tisis, falto de fecunda savia, de bienhechora sustancia; cómo esta serie de fenómenos, de anomalías literarias, que así podemos llamarlas, se verifican y suceden, es lo que vamos á procurar exponer.

En el mediodía de la Francia existe un país cuyas riberas bañan por un lado las aguas del Mediterráneo, que por otro separan de la Italia elevadas cadenas de montañas cubiertas de perpétua nieve, y cuyas frescas brisas unidas á las del vecino mar, templan el rigor de los rayos de un sol mas continuo, que riegan anchos rios, que amenizan extensos valles y variados collados, y que descubre por doquier lozana, rica y abundante vegetación. En este país, en que amenas vistas, pintorescos paisajes, deliciosos sitios, accidentados topográficos de todo género, cortan la uniformidad del claro horizonte; en este país, que en los siglos XII y XIII de que hablamos, se nos aparece como ahora sembrado de grandes castillos feudales, cuyas severas formas contrastan con lo apacible y risueño de otros sitios, cuyo ambiente es puro y embalsamado como el de Grecia, cuyo cielo es constantemente sereno como ese cielo que, cual brillante bóveda, se cierne sobre las playas orientales; en este país, cuyos valles están matizados de olorosas flores y cubiertas de verdor las colinas, y en que todas las manifestaciones de la vida exterior de la naturaleza toman un colorido agradable y simpático; en este delicioso país todo convida al placer, á la expansión del ánimo, á los gozos apacibles, al amor, á la esperanza. La Provenza es la Grecia de Francia, como la Italia lo es de Europa. La inmensa serie de variadas bellezas que desarrolla la naturaleza cual lujoso panorama, los ojos del hombre, hieren su mente, afectan su corazón, despiertan su admiración y entusiasmo, le arrancan á la limitada esfera de lo material y sensible, y le colocan en un mundo nuevo, ideal, en el dilatado mundo del sentimiento poético, fuente inagotable de esas grandes y sublimes concepciones á quienes damos el nombre de cantos líricos.

Hé qui pues la naturaleza sirviendo en todos tiempos y lugares de inspiradora musa al ingenio poético del hombre: héla aquí ataviada, engalanada, rica de belleza y esplendor, ponerse delante de sus ojos, y cual coqueta doncella que quiere despertar sentimientos de amor, mirarle, sonreírle, hacer alarde de sus irresistibles atractivos, de sus ingenuas gracias, y pretender igualmente despertar en su corazón sentimientos de amor, de alegría, de placer, de ventura. Y el hombre, que no es, que no podría ser insensible á las gracias de la naturaleza, que corresponde cual cortés caballero á las invitaciones de su dama, empuja la lira del amante, del trovador, la lira de la poesía erótica, y celebra estas gracias, y las ensalza al compás de melodiosos, de inspirados sonidos. Por este motivo la poesía lírica es la primera manifestación poética de la humanidad. Es la expresión natural, sincera, de su reconocimiento, de su gratitud, ofrecida en holocausto al Creador.

En el mundo antiguo la poesía lírica había sido la primera forma poética de la primera literatura que aparece, de la poesía griega. Nótese que hablamos aquí en el terreno puramente profano del arte, pues no nos es permitido ignorar que antes de la griega, mucho antes, nace la poesía hebrea, con esa forma natural y característica que acabamos de señalarle. Por lo demás, quien haya siquiera parado su atención en la literatura oriental, en las literaturas del Egipto, de la India, de la Siria, de la China y de otras regiones incluidas bajo esta zona, habrá conocido desde luego que la poesía lírica, si bien existe, pues esta poesía lírica es, entre todas las formas poéticas con que el hombre viste su creación, la mas sencilla, la mas espontánea, la que mas que otra cualquiera se halla dentro de las condiciones de su naturaleza: existe empero envuelta en una serie de formas que por punto general calificaremos de filosófico-teológicas. De modo que, y volviendo á la poesía griega, la primera forma que aparece en el terreno profano del arte es la poesía lírica. Olen, Olimpo, Eumorro, Melampo, Filamon, Tamiris, Orfeo, Museo y otros son poetas líricos. Y á la par que poetas, son músicos y cantores. Los dioses y sus símbolos y atributos, sus manifestaciones sensibles, los beneficios que dispensan al hombre, el amor de este hacia ellos, la celebración de los sagrados misterios, los placeres del campo, los gozos del amor, son el tema constante de los cantos de estos poetas, á quienes podemos llamar poetas-teólogos. También los trovadores provenzales cantan los placeres de la naturaleza, las fiestas campestres, los gozos del amor. Guillermo IX de Aquitania, Bernardo de Ventadour, Bertrand de Boon, Arnaldo de Marçail, Rambaldo de Vaquerias, Pedro Vidal, Arnaldo Daniel, Girardo Riquier, Sordello de Mantua, Causset Faydit y otros trovadores menos notables, Marcabru, Pedro de Auvergne, Guillermo de Cabestans ó Cabestany, Hugo Brunet, Cerca-Mons, Pedro de Valeyra, Pedro Roger, Guido de Oussel, Hugo de Prades, etc., templan su lira en este género especial de sentimientos lírico-eróticos. En esto hallamos sin duda ciertas semejanzas y analogías generales en la expresión abstracta de ambos artes, del griego y del proven-

zal. Pero en el fondo, en la idea, en muchas de las consecuencias que se desprenden de los principios en que estriban ambos artes, las diferencias y opiniones son con frecuencia grandes, á veces radicales. Diferencias y oposiciones que no se conciben, que no explican de un modo natural, y que constituyen el gran crimen del arte provenzal, el baldon eterno que sobre él pesa.

En esos líricos cantos de los poetas griegos del primer cielo, con razón llamados por nosotros poetas-teólogos, y fundadores de la religión y teogonía griegas, y entre la multitud de temas que sirven de inspiración á sus cantos, sobresale constantemente y como ya hemos indicado, el sentimiento religioso, el amor á la divinidad, la tendencia á representarla bajo un aspecto sensible, humano, simpático, para estrechar mas y mas los lazos misteriosos que la unen al hombre, haciéndola familiar á su inteligencia, y grata á su corazón. Los cantores mismos que se creen destinados á ejercer una misión santa, elevada, sublime, entre sus semejantes, á civilizarlos, á hacerlos buenos por medio de la poesía, — que tal es el único fin que tiene esta en la primera edad de los pueblos, — se creen y dicen hijos de los dioses, apóstoles, enviados suyos. La poesía lírica está pues basada en el sentimiento religioso. Por lo tanto es una verdad de suyo fecunda la de que el arte principia ejerciendo una misión digna, elevada, civilizadora. Y verifícase por ventura tal cosa en el arte provenzal, en ese arte que tiene por representantes á los poetas que acabamos de enumerar? Hallamos acaso en el principio de este arte y como punto de partida, como consecuencia inmediata del arte general cristiano, del cual debe considerarse una emanación, ese sentimiento religioso, profundo y sincero, esa idea constante de la divinidad, que ha de motivar y como resumir sus inspiraciones poéticas? Los poetas griegos cantan á los dioses, llevados de ese sentimiento natural que el hombre tiene de ellos, y fundados en las antiguas y primitivas tradiciones religiosas, que parecían vagar por cima de las montañas de la Tesalia, y cernirse sobre el Olimpo, el Helicon, el Parnaso, el Pindo, á la sombra de cuyas faldas entonaban sus himnos sagrados.

Mas los poetas provenzales ¿qué celebran, qué ensalzan en sus primeros cantos? ¿Dónde vemos en estos cantos ese sentimiento religioso, ese sentimiento eminentemente cristiano de la edad media, de los siglos XI, XII y XIII, que este arte atraviesa en su corta existencia, y que tambien parece cernirse, bello é ideal, sobre la cúpula de nuestras catedrales? Pero no solo este sentimiento no existe, sino que se convierte en el corazón de los poetas provenzales en un sentimiento opuesto, contrario, enemigo; en el sentimiento antireligioso, anticatólico. La suprema dignidad del Papa, elevado por el espíritu religioso de esta edad á incommensurable altura, á una altura casi divina, y puesto sobre cuanto existe sobre la tierra grande en gloria y majestad, sobre reyes y emperadores; los inmediatos representantes de esta suprema dignidad en el mundo cristiano, los obispos, príncipes de la Iglesia, tan grandes en autoridad y poder como los príncipes de la tierra; estos mismos reyes y príncipes, cuyo poder absoluto, pero fecundo, elevado, digno y altamente beneficioso para las nacionalidades europeas que entonces se constituyen, ni siquiera se pone en tela de juicio: los grandiosos resultados de ese mismo espíritu que domina estos tiempos medios y que redundan en beneficio de la humanidad, cuales son las Cruzadas; otros resultados que reconocen igual causa, y que aun cuando son menos visibles no por eso son menos importantes, menos trascendentales, menos fecundos en todo linaje de bienes, las órdenes monásticas; en una palabra, cuantos grandes hechos, cuantas elevadas ideas, constituyen la vida moral é intelectual de esta edad, cuantos elementos civilizadores encierra en su seno, cuanto bueno y provechoso lleva á efecto, aparece manchado, envilecido, por los cantos antireligiosos y antisociales de la musa lírica de los provenzales. En esta ocasión el arte se rebaja y prostituye su dignidad, lo elevado y divino de su misión, y lo sacrifica en aras de un sentimiento mezquino, de una idea pueril, de un ridiculo alarde de incredulidad religiosa y moral.

Esa es pues la grande, la inmensa diferencia, la notable oposición que queremos desde luego señalar entre el arte griego y el provenzal.

ANTONIO DE AQUINO.

RECUERDO DEL CARNAVAL.

FANTASIA.

La vida del corazón es el afecto, como la vida intelectual es el pensamiento. ¿Por qué será menos noble aquella que esta parte de nuestro ser? ¿Por qué se mirará como frívola y poco importante ocupación la de cultivar aquella planta tierna, que establece la relación del hombre al hombre y la del hombre con la mujer? No hay razón alguna filosófica que lo explique, sino una de dos reflexiones. Es la primera, la perversion del sentimiento traducido por la sensación; y es la segunda, una con-

secuencia lógica de la escuela utilitaria, que subordinando el afecto al cálculo y haciendo del primero un medio y no un fin, un elemento en lugar de un resultado, lo reduce á cómplice del placer ó del bienestar material por medio de la riqueza, y lo despoja de su nobleza innata.

El que conserve pura todavía su alma; cualquiera que analice por medio de estas reflexiones los místicos y confusos problemas de la vida íntima, encontrará en su fondo una delectación tan pura, tan noble y tan elevada, como la que pueden proporcionar los vuelos de la fantasía ó las elucubraciones del entendimiento. Quien estas líneas escribe ha meditado mucho sobre esta materia, y ha deducido que es preciso el recuerdo de aquella verdad trivial para redimir el corazón humano de su injusta esclavitud, y elevarle á su alta y verdadera esfera de acción, y que tan noble tarea conduce directamente á moralizar la sociedad actual, tocada de ateísmo práctico y afectada lamentablemente de idolatría. El literato es uno de los cómplices de la filosofía materialista que reina en el siglo presente, y tiene por lo tanto el estrecho deber de rectificar, en cuanto de él dependa, las ideas erróneas, dando á sus trabajos la tinte de la verdad moral y á sus razonamientos la inclinación al bien. Hoy día se lee mas al novelista que al filósofo, y es mas fácil obtener el favor de la publicidad una anécdota curiosa que una historia verdadera. Bien sé que si el novelista ó el literato han de conducir la sociedad á las ideas nobles y elevadas, es preciso que disfracen su intento con los atavíos de la poesía, y que seduzcan con bellos accidentes á sus lectores, no encabeizando sus trabajos, como yo lo hago, con reflexiones morales que estan dislocadas en el principio de un artículo que pretende la atención pública. Pero el autor de este humilde trabajo ni ha sido, ni es literato, ni puede engañar sus frases con las flores de su estéril fantasía. Escribe con el modesto objeto de consagrar un recuerdo grato á un objeto digno, sin lastimar de paso la susceptibilidad de nadie en punto á moral y á buenas costumbres. Sin mas preámbulos entro en mi asunto.

Los que creen que una aventura significa el escándalo ó el drama; los que buscan en la literatura un enlace de sucesos interesantes por su novedad ó por el ruido que hacen; los que desean la novedad en el escritor de costumbres y los caracteres de lo misterioso y de lo imprevisto en esta clase de escritos, pueden arrojar el periódico en que aparezcan estos desaliñados renglones, pues que no hemos tomado la pluma para referir acontecimientos, sino para retratar, si retratarlo es posible, un accidente especial del corazón humano. El contraste que resulta del choque eléctrico de dos almas, creyente la una hasta el entusiasmo, descreída la otra hasta la frialdad glacial del desencanto y de la delusión. Hé aquí nuestro objeto presentado sin atavíos y sin accidentes, como origen de profundas consideraciones sobre el estado de la sociedad, mas bien que como incentivo de una curiosidad pasajera y como objeto de una lisonjera aprobación. Pretendemos sencillamente que algunos de los que nos lean simpatizen con un corazón mortalmente herido, que solo puede resucitar al contacto de un galbanismo que nuestra alma no ha podido darle, á pesar del fuerte sacudimiento que en la suya produjo un encuentro semejante.

Figurase una elegante máscara, disfrazada de negro, de esbelto talle y fascinadora mirada, pero sobre todo de argentina y melodiosa voz. Su timbre puro y su correcta y dulce modulacion fué la cualidad preeminente que cautivó al galán de nuestra historia. El héroe es un joven de treinta y pico, de corazón entusiasta y apasionado, que ama en la mujer el tipo que ella solamente puede realizar; la sobreabundancia de vida íntima que rebosa en su pecho. Buscando por doquiera un corazón que se le entregue enteramente, ha consumido sin éxito en tan árdua tarea seis lustros de su existencia. Es una sensitiva próxima á asfixiarse antes de recorrer el período natural de su vida, por falta de una atmósfera conveniente á su delicada susceptibilidad. ¡Treinta años y con ilusiones! En efecto no es vulgar. Vedle estático y trasportado por aquella voz de sirena que le trastorna la razón y le hace sentir nuevas y variadas y encontradas impresiones. Pero por un extraño accidente esa fantástica ilusión no durará mas de una noche. Un día después aquella mujer adorable, arrastrada un instante por el fuego de una pasión que da y exige y recibe un alma, ve desaparecer su encanto, y despierta de tan embriagador ensueño para llorar amargamente la herida mortal que años antes recibiera, y de la cual la reacción de estas horas de transporte hace brotar sangre todavía. Pero no arrebatemos á la bella el dulce privilegio de retratarse, y respetando la conversación de aquella noche venturosa, porque los sentimientos tienen tambien su pudor, permitámonos transcribir las dos piezas históricas que terminan este incidente. Son dos cartas que se cruzaron entre las dos personas que fueron actores de esta escena. Hélas aquí:

APÓLOGO.

Sué que mi existencia se habia convertido en la de una mariposa de negras alas y cuerpo combustible. En una noche, para mi memoria venturosa, para mi corazón de recuerdo triste é inefable á la vez, re-

voloteaba la ligera y vaporosa crisálida en torno de una estrella de luz viva y refulgente, que por una coincidencia inexplicable despedía al tiempo mismo torrentes de claridad y un fuego abrasador, ardiendo y quemando á la par con su fantástica é inolvidable lumbré, y poniendo en riesgo las leves y sombrías pero combustibles alas de mi quimérica existencia. Sin embargo, un atractivo irresistible encadenaba al fuego la pobre mariposa. Diríase que su destino y su deseo era abrasar sus alas matizadas en aquel disco encendido, á precio de participar un átomo de su ardor. Podría creerse que dotado aquel de inteligencia y de voluntad, desdeñaba ó no quería una tan pobre víctima de su abrasadora influencia... Sin embargo, hubo un instante, uno solo, en que parecía haberse hecho una íntima fusión entre los dos seres. Su alma se había identificado: la asimilación era perfecta; la vaporosa crisálida se había abrasado hasta el corazón. El astro luminoso parecía complacerse en su victoria, aceptando aquellos restos inanimados, porque él era su alma, en retribución de la vida que les había inspirado...

Pasaron algunas horas, un día entero, largo como la angustiosa esperanza que precede á la felicidad, triste como un presentimiento de desgracia, nebuloso como la inmediatez de un eclipse. Al terminar este día la luz se fué alejando, alejando... sus pálidos resplandores me iluminaban con una siniestra frialdad, como se deja ver el sol en las regiones polares, ó bañaba con su mirada de fuego otras tierras mas felices, interponiendo entre ella y yo astros opacos. Continuaba yo sin embargo al amor de su lumbré fascinadora, como la efimera quiere prolongar su vida de un día al pálido y plateado resplandor de la luna. ¡Ay de mí! aquella tibia luz era el reflejo de una estrella esplendente que no debía volver ya sobre mi horizonte. Estaba ya sin saberlo en el crepúsculo vespertino de una noche perdurable. El astro debía sumergirse en el océano de la indiferencia, ó lucir por los antipodas habitantes de otros climas...

Un inesperado sacudimiento, una corriente antimagnética me despertó de improviso.

Pero ¡oh extraño misterio! mi corazón conserva una huella incandescente, como si la luz simbólica lo hubiese abrasado con su contacto. Las alas negras de mi pobre fantasía, impregnada de una seductora imagen, estan salpicadas como las de la mariposa, de manchas color de fuego, y casi cubiertas de la ceniza de una inmediata combustión. Mi memoria, en la cual está profundamente grabada una representación viva y animada, refleja como la fuente encantada de la fábula la figura de Narciso de gracia y hermosura, un retrato lleno de poesía y de amor, y conserva el timbre de una voz encantadora.

Tú eres la estrella luminosa ¡oh bella máscara! La crisálida soy yo. Las alas mi fantasía. El cuerpo mi corazón. La noche el 20 de febrero. El sueño fué en sus primeras horas. El despertar un día después. La huella de tu fúlgido y abrasador contacto es indeleble...

Siempre serás para mí ardiente imaginación el recuerdo vivo de una hora de felicidad inefable. Recuerda alguna vez á quien tú la primera has inspirado una idea de poesía y de sentimiento.—L.

La contestación de esta misiva fué la siguiente:

SOÑAR ES VIVIR.

Tres años había que mi vida se deslizaba en la indiferencia, como la vida de un niño... Durante aquel tiempo jamás un rayo de esperanza brilló en mi desalentada fantasía... El mundo era un yermo para mí, un desierto habitado: los hombres, seres caprichosos que se agrupan en derredor de un objeto que los deslumbra, para abandonarlo después: sus palabras engañosas, sus continuas protestas de amor, todo... todo me parecía mentira...

Herido mi corazón de un modo desgarrador, se negaba, como despechado, al bello, al divino sentimiento del amor. Había perdido por fatalidad un objeto querido, y todos los demás hombres me parecían indignos de depositar en ellos una ternura que por tanto tiempo comprimida no podía menos de desarrollarse con mayor fuerza.

Pero llegó una noche... llegó una noche en la cual yo también soñé... viendo cerca de mí un ser estremoso y entusiasta lei en su alma, que rebotaba poesía tierna y apasionada cual ninguna, y hablaba el lenguaje del corazón... pero de un corazón virgen, de un corazón que siente por la vez primera, y arrastrada por este raudal purísimo, esta pasión, esta poesía, este entusiasmo derramó en mí ser un bálsamo consolador... Me olvidé de mi indiferencia, y creí que era aquel el día de la felicidad y el de salir del estado monótono en que mi vida se deslizaba, para volver á admirar las bellezas de la naturaleza, para volver á sentir la influencia de los ardientes rayos del sol, para gozar, escuchando el sencillo canto del ave que saluda un nuevo día... ¡Con qué placer veía en torno mío reproducirse las agostadas flores de mis pasadas ilusiones...! Cuál me embriagaba el aromático ambiente de un naciente amor! Pero pasó aquella noche... Al amanecer el nuevo día recordé el abismo que había tenido á mis pies, y horrorizán-

dome de mi credulidad me estremeció la idea de las borrascas á que exponía mi pobre corazón... Volví á mí desaliento: se reprodujeron en la memoria todos los tormentos que sufre el que ama y no es correspondido... cerré los ojos espantada... al abrirlos, mi mirada volvió á ser incierta, indiferente... pero en mi memoria y en mi corazón siempre estarán presentes las primeras horas del 20 de febrero, y el poeta que á la par que inspirado, inspiró sentimientos dulces y apasionados á un corazón joven pero falto de fé.—N.

Si pudiéramos ser indiscretos, revelando la triste y fatal verdad que se oculta en las frases de la última carta, y refiriendo los accidentes de perversidad del asesino de este corazón atribulado y descreído, estamos seguros que los mas sensibles de nuestros lectores harían justicia á una desgracia, inmensa porque es irreparable, deseando como hemos deseado nosotros un momento redimir de su cautiverio de desgracia el mas bello y noble corazón que haya latido en un pecho femenino.

Es posible que muchos hombres saluden con la duda ó respondan con la burla á un asesinato tan culpable. ¡Desgraciados de los que no comprendan que hay tanta iniquidad en el que hace traición á un sentimiento noble, como en el homicida por precio ó por cálculo!

Por lo que hace á vosotros, tiernas y dulces almas para quienes es todo el afecto, poco la idea, y nada el interés, estoy seguro que advinareis el terrible misterio que distraza la segunda misiva con la delicadeza de omitir calificaciones duras al alevé autor de su desdicha. Y en cuanto á vosotras, jóvenes sensibles, recordad á propósito de esta anecdota la famosa y fatal sentencia: *No hay mujer desgraciada que no deba á un hombre su infortunio*. Al paso nosotros repetimos: no hay corazón humano que pueda ser feliz si una mano femenina no ha vertido sobre él una gota de la copa avara de su deliciosa simpatía.

L. DE T.

BAUTISTA MONTAUBAN.

CUENTO.

No abandonaré á fé mia estas montañas, dije á la posadera dirigiéndome en su compañía hacia la puerta, sin ver al bueno de M. Dubourg de que me acabais de hablar. Era uno de los mejores amigos de mi padre. Son las siete de la mañana: tres leguas se andan pronto con buen tiempo, y yo puedo disponer de un día sin perjudicar mis intereses. ¿Sería una falta imperdonable no detenerme á comer con él pasando por aquí? ¿no es verdad?—Y que no os perdonaría, respondió, pues no pasa día sin que envíe á informarse de vuestra llegada.—Y yo no me perdonaría el haber dejado pasar la ocasión de juzgar de mis predicciones. He profetizado hace cinco años que su hija Rosalia, que entonces tenía doce años, llegaría á ser una de las bellezas mas provocativas de la provincia, y deseo saber si la morenita de ojos azules me ha hecho mentiroso.—Al contrario, exclamó Mad. Gauthier. Desde Besançon á Strasburgo (para Mad. Gauthier era tanto como llegar á los antipodas) no encontrareis quien la iguale, erguida como una palmera y bella como una imagen; pero no vayais á caer en las redes, para volver aquí desesperado, como en tiempos anteriores. A pesar de vuestra gentileza, esta vez quedaríais desairado á pesar de ternezas y suspiros, porque algunos meses hace que corren voces de su casamiento.

—¡Diablo! diablo, Mad. Gauthier! me tomáis siempre por un muchacho, aunque tengo veinticuatro años, una fortuna y una posición. ¿Creeis que un abogado en el tribunal de Lons-le-Saulnier se apasiona como un legista ó como un escribiente de procurador?... Tranquilizaos, mi querida señora, y mostradme solamente el camino que debo seguir para llegar á la casa de campo de Mr. Dubourg, porque ignoraba que estuviera tan cerca de aquí.—No encontrareis ningún obstáculo en la primera mitad del camino, replicó. No os separéis del sendero abierto en las praderas á lo largo de ese arroyo sembrado de sauces; pero una vez que hayais llegado al pie de la colina que cierra el valle, os será un poco mas difícil: os encontrareis en los bosques de Chailillon que es preciso atravesar para llegar á la quinta, y como estos no son frecuentados mas que por los leñadores que han trazado en sus entradas y salidas muchos caminos que se cruzan, y en los que los habitantes de aquel país se estravian algunas veces; pero no faltan chozas y barracas á la falda del monte: no teneis mas que dar un silbido para proporcionaros un guía.

Bien penetrado de estas útiles instrucciones, saludé á mi huésped con la mano, y empecé mi marcha y avanzaba haciendo tiradas para el primer acto de mi tragedia, con la deliciosa é inmensa preocupación de un hombre que se deleita en sus versos. De esta manera me encontraba muy lejos, al cabo de una hora, del pequeño sendero bien abierto que corre en los prados á lo largo de un arroyo ornado de sauces, y fui muy dichoso para volver á encontrar mi dirección,

que la colina no la hubiese dado el capricho, á la verdad bastante extraño, de inmolarse su asiento.

Después de haber costado largo tiempo la falda del monte, como decía Mad. Gauthier, siguiendo inútilmente una espesura tan compacta, que con trabajo hubiera podido traspasar una liebre perseguida por los perros, se presentó á mi vista una casita blanca, es decir, recientemente blanqueada, situada á espaldas del monte y coronada por el follaje, y alrededor de la cual fórmasen un cuadro de empalizada de enramada muy cerrada de la que pendían por todas partes verdes pámpanos, flotantes guirnaldas de campanilla y de flores silvestres, y ramos de zarza rosa cargados de flores: di algunos pasos y llegaba á la entrada de este lindo y pequeño reducto, que no parecía á propósito para contener mas que dos ó tres personas. En la punta de un banco junto á la puerta de la casita, á la altura de un escalón ó dos por encima del hogar estaba un jóven sentado. Tuve tiempo de contemplarle á mi gusto, porque él no advertía mi presencia. Estaba probablemente demasiado preocupado para advertir mi presencia. No puedo explicar lo que en este jóven escité repentinamente mi curiosidad, mi interés, mi afección. Yo no tengo ideas romancescas; pero

el lugar, las circunstancias, la persona sobre todo escitaron en mí una multitud de ideas melancólicamente poéticas, de las que yo temía impregnar mi composición. Concluí sin embargo por tomar un placer muy vivo en esta contemplación, y saborearle en silencio. Este jóven, tan absorto en sus pensamientos que el ruido que yo hice al aproximarme á él, no había podido distraerle ni un momento, era bello como una de esas figuras con que se sueña cuando se entrega uno al reposo después de una buena acción y del sueño del hombre honrado (son los dos únicos modos de ser dichoso que conozco), me parecía delicado y aun débil y sin embargo su bello y simpático semblante que circundaba una espesa y rubia cabellera perfectamente rizada, no se oponía á la expresión de una naturaleza varonil. A través de la suave dulzura de estas facciones lánguidas se distinguían los caracteres de una meditación habitual y de una profunda resolución. Esto me admiró.

—¡Qué! decía yo para mí, ¿envidiarías con tu sencillo corazón las ventajas de que te privan las ciegas reparticiones de la fortuna? ¿Sentirías el derecho que ella te ha arrebatado de tomar una parte activa en las agitaciones de la multitud, de atraerla por el amor ó someterla por la fuerza irresistible del genio? Dios te libre, continué aproximán-



(Bautista Montauban.)

dome, porque ya le amaba. Permanece siempre benévolo y puro como ahora con tu inútil fuerza; goza de tu soledad, y deja á los ridículos tiranos del viejo mundo el absurdo imperio que ejercen hace tantos siglos.

El jóven volvió sus ojos hácia mí, y me miró de hito en hito, mientras que yo le saludaba; hizo un movimiento para levantarse, y yo se lo impedí, porque me había parecido que estaba enfermo.

—Os pido mil perdones, amigo, por haber interrumpido el curso de vuestras meditaciones; ¡las ilusiones son tan bellas á vuestra edad! ¿Podrías indicarme sin molestaros el camino del bosque que conduce á la casa de Mr. Dubourg? Esta no deba estar muy lejos de aquí. Me miró otra vez; pero su fisonomía había pasado súbitamente de la expresión de una benevolencia tímida á la de la inquietud y el espanto. Sin embargo se puso á reflexionar.

—La casa de Mr. Dubourg! respondió por último como si tratara de evocar algunos recuerdos confusos. ¿Dubourg? ¿Mr. Dubourg? ¿la casa de Mr. Dubourg?... ¡Ah! ¡ah! continuó riéndose, en otro tiempo existía una bonita casa que tenía este nombre, en la que yo he habitado cuando era niño. Por primera vez vi en ella unos ángeles que

habían tomado la figura de mujeres, flores de todas las estaciones, pájaros en sus árboles... Pero no era este mundo.

En seguida dejando caer su cabeza sobre la mano, se olvidó de que yo estaba allí. Comprendí entonces que era idiota ó inocente, según el lenguaje del país. Maravillosa sociedad la nuestra, en la que estos dos seres privilegiados, el que es inofensivo y el que vive acaso rechazado con desprecio hasta los límites de la civilización, como los pobres niños muertos sin bautismo. En el momento una puerta se abrió cerca de mí, y apareció en ella una mujer de cincuenta años, que estaba mejor vestida que lo están ordinariamente las aldeanas.

—Que es eso, Bautista! recibís á un viajero sin apresuráros á ofrecerle leche y frutas, y concederá nuestra pobre morada el honor de procurarle un poco de sombra y descanso? Ah señora! exclamó, no le riñais! no hace todavía un minuto que estoy á su lado, y su encuentro me ha conmovido de tal manera que no me se olvidará jamás.

Bautista no había oído á su madre, ensimismado de nuevo en sus meditaciones. Sus brazos estaban cruzados, su cabeza inclinada sobre el pecho, y murmurando algunas palabras que yo no pude comprender.

(Continuará.)

JUSTA Y RUFINA.

RELACION

por Fernán Caballero.

CAPÍTULO IV.

La marcha de los acontecimientos sigue su curso sin cuidarse de la senda que le trazan los cálculos de los hombres, siendo por lo regular ilógica aquella á los ojos de estos, porque así lo ha dispuesto aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres, á los que no ha dado mas luz en cuanto á lo que á él pertenece que la fe, mas guía que sus preceptos, ni mas punto de apoyo para no estraviarse que la sumisión, cuna de las inteligencias inocentes, lecho de descanso de las trabajadas. El bueno padece, el malo prospera: no hay que extrañar; Dios no hizo las felicidades terrestres ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para cada situación, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas: en aquellas se muestra mas severo maestro y señor; en estas mas dulce guía y consolador, padre siempre, siempre juez.

Así nada de extraño tiene que vejamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer que actúan en los eventos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlazamiento fatal de los negocios mercantiles, vió su millonaria casa arruinada, y murió de resultas de la pasión de ánimo que esta inmerecida é imprevisible desgracia produjo en él. Justa, fácilmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido, pues este había tenido el mérito poco común de apreciar en cuanto valía á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de corazón que en su día había de llevar al cielo pura como la gota de rocío que absorbe el sol sin salir del cáliz de la rosa en la que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivía Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distracción y su consuelo era educar á su hija Bruna, lo que hacía con el esmero, cariño y santos ejemplos con los que había sido educada ella por su madre.

La educación puede combatir y domar una mala naturaleza; trasformarla de mala en buena solo lo puede la gracia. La educación puede á no dudarlo, aun sin valerle de mas móvil que la vergüenza, esa hoja de higuera, lo solo que trajo del paraíso que perdió, hacer desaparecer los vicios groseros y humillantes; pero no hará nunca espontáneas las virtudes, que á duras penas aclimata. El herrero puede amoldar el hierro; tornarlo en oro, nunca; por lo que no vemos esas completas y radicales trasformaciones de malo á bueno sino en la vida de los santos. Así era que Bruna, que aun teniendo rectitud, buen sentido, y cierta nobleza de alma, tenía también, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoísta y áspero de su madre, había amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente dirección de Justa; á falta de dulzura, tenía una calma y dignidad que no era fácil perturbar; no era benévola, pero sostenidamente servicial cuando se la ocupaba; siempre sobre sí, ni tenía ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impelía á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en esta, mas su corona de oro, que su perfume de violeta. Así era que sentía mas orgullo que dicha en tener por madre á Justa, alrededor de la cual brillaba una aureola de respeto, de simpatías y de admiración. La fama de que gozaba su madre era una herencia de que ya disfrutaba en vida, y quería traspasar íntegra á sus hijos.

Con este bien guiado orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus padres la dejó impasible, y halló una secreta satisfacción de orgullo en trabajar oculta y por estipendio para procurar á su madre algunas de aquellas superfluidades de lujo de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenía Bruna su virtud en mucho, y le había labrado con la austeridad un atrincherado tabernáculo; y de esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas secamente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es: la mayor parte de esas personas que se creen secretarios de la rigidez, son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno al que deben su virtud. Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno; pero son pocas; y lo prueba la creación de la palabra *desenfreno*, que como baldón se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenía Rufina el atrevimiento de venir en casa de Justa, porque en aquel corazón, en el que palpitaba hiel en lugar de sangre, existía el único amor ó instinto que cabe en el del tigre, el apego á su progenitura. Justa no tenía el suficiente carácter para prohibir á esa mujer la entrada en su casa, pues no podía dejar de mirar en ella la compañera de su infancia, la niña que crió y tanto quiso su madre.

En estas visitas la suave Justa veía con extrañeza el fugitivo pero vehemente cariño que la fría y áspera Rufina demostraba á Bruna, la que repulsaba este cariño sin rebozo, tanto por causa de su carácter austero y poco expansivo, como por las noticias poco favorables que de Rufina tenía.

—No puedo sufrir á esa mujer, solía decir á su madre —No digas eso, hija mía, contestaba Justa; no se debe abrigar nunca, y en tu edad menos, sentimientos de odio ni hostiles contra nadie. La hostilidad es una mala semilla que echa profundas raíces, y ahoga en su germen los buenos y benévolos sentimientos en el corazón, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo suele acabar con las de familia; y acuérdate que dice Chateaubriand en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es mas perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos; y sobre todo, hija mía, convéncete que la benevolencia es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazón.

¡Pero qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad, la preciosa, la dulce, la aristocrática y delicada hija de Justa, infeliz víctima de los inicuos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, los que como una lepra trajo consigo al interior de la noble casa en que fué recogida y amparada! El angelito, desde pequeña siempre encerrada sola en la habitación en que poco paraba su dueña, nada había aprendido, nada había visto, nada comprendido, y caminaba como otro Gaspar Hauser hacia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una inerte hipocondría, un mustio decaimiento, reemplazaban en la pobre criatura aquella expansión, aquella alegría, aquella locuacidad y continua movilidad que tan naturales y simpáticas son á la infancia.

A los trece años una grave enfermedad que tuvo atrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistirle, á lo que esta no se pudo negar so pena de promover un escándalo.

Entonces esta buena cristiana, mientras cual Marta asistía á los males, como Magdalena levantó aquel espíritu inerte y le enseñó á creer, á amar y á esperar. Como la religión es amada de todos los que la conocen, pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es el universal é infalible consuelo de todo infortunio, el ángel doliente de alma y cuerpo recibió con lágrimas de amor, gratitud y entusiasmo aquella religión que le decía: los que lloran serán consolados.

Piedad se apegó como es de suponer con ternura á aquella buena anciana, á quien la religión que le enseñaba había atraído al lecho de dolor, del que huía la impía fiera que se había hecho cargo de ella. Así sucedía que, cuando llegaba la noche y la buena anciana se retiraba, aquel dulce corazón de la niña que con tanta ternura y expansión se había abierto al amor, sentía profundamente esta separación; además la pobre niña temía! temía á su madre, temía á la noche, temía á la soledad, á la oscuridad: entonces la buena anciana la animaba, la sosegaba, y acababa de consolarla enseñándole esta oración:

A acostarme voy
Sola sin compañía,
La Virgen María
Está junta mi cama;
Me dice de quedo:
Mi niña reposa
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerado en su alma y en su cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, el buen alimento que le suministraba, del que nunca había cuidado su verdugo, desenvolvieron su atrasada naturaleza. Había crecido; su semblante fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva savia de vida. Su razón despejada llegó á comprender cuanto sufría; pero sufrió ya con resignación y con esperanza, porque sabía que sufrir por Dios era complacerle y obligarle; sus ojos antes inertes, estúpidos, y fijos en el suelo, animados ahora con una nueva luz del entendimiento y del corazón, se levantaban hacia al cielo puro y celeste cual ellos; alzaba confiada su cabeza que ya no abrumaba su corona de espinas; sus blancas y delicadas manos se cruzaban con fervorosa devoción sobre su pecho. Oh! si entonces hubiese podido verla Justa, habría exclamado estrechándola sobre su corazón de madre: esta es mi hija!

Mas entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre la nácar y la perla!

Por entonces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á exasperar aun mas el atrabiliario (1) carácter de la fiera que la infeliz Piedad creía ser su madre. La brillante suerte que había querido proporcionar á su hija se había desvanecido; el amparo que andando el tiempo había contado hallar para sí propia, iniciando á su

(1) Esta palabra no se halla en el diccionario de la Academia, pero sí en el de D. Bartolomé Cordero.

hija en el secreto de su existencia, había fallado; por manera que de su malvada combinación solo le quedaba el placer de la venganza que en su inocente víctima ampliamente ejercía.

(Continuará.)

A MIS PADRES

los Sres. D. Antonino García y Doña Raimunda Escobar,

EN PRENDA DE CORDIAL CARÍO, SU

Ventura.

Dedicatoria.

¡Lado Dios, que al fin y postre cada cual puede dar á la estampa lo que le viene en mientes! Merced á tan suspirada ventura, saco á luz esta breve crónica, que ha estado tan guardada como recoleta novicia durante largos y no bien holgados días. Corrian malos tiempos para el pensamiento, y andaba la verdad escrita mohina asaz y asenderada en pecadoras y desatinadas manos. ¡Como que el echar á vuelo en letras de molde tal cual donaire del ingenio, era una formidable aventura, que solía costar sendas y azarosas cuitas. Ni era cosa de habérnoslas mano á mano con los guardianes de la *prévia censura* en descomunal y temeraria batalla. ¡Poder de Dios, y qué corcobos y aspavientos hubieran hecho sus honestísimas señorías con ciertos párrafos de un mal perjeñado cuento! Y cuánto que nada tiene de pecaminoso ni mal intencionado. Hay en él únicamente acentos de libertad y de amor patrio; estigmas contra una tiranía anti nacional; hay en suma un recuerdo santo para la mejor demanda de los pueblos; mas como todo ello ha sido antaño caso de Inquisición, basta y sobra para que los consabidos y susodichos hubiesen mandado tñer á rebato, y perdido del berrinche la gana de comer. Bien que para algo percibían el *por cuanto vos*. Anda más que en ello desempeñaban su cómoda aunque no recomendable faena. De saber es por otra parte que tales pesquisidores del ajeno magín, al símil de los familiares del Santo Oficio, suelen ser gentes que sueñan despiertas, aunque no tengan todo lo de Merlín. De juro hay entre ellos alguno tan exquisito de nervios, que se da al diablo con esta verídica y provechosa leyenda. ¡Y qué de reojo hubiera mirado su asustadiza y pudibunda conciencia ciertos perfiles del histórico cuadro!... ¡Oh!... Ya le veo empuñar con tosca faz y airada mano la lillería tija; y entrándose por el inocente manuscrito como por país de conquista, hacer menuda y espiatoria notomía, y volverle á mis manos á punto de no conocerle el padre que lo engendró. Y esto era regalo de Pascua. Pues si al atrabiliario señor antojábasele los dedos huéspedes, y decíame á secas y sin llover, «no há lugar,» habría importado un ardite tener mucha razón contra talsin razón, y el libro quedárase como el alma de Garibay. —Pero Dios, mejorando las horas, quiso que al traste diéramos con los follores y malandrines que á tan mal extremo traído habían las franquicias é inmunidades de este hidalgo país. Ya la mano de hierro no cautiva la fecunda péñola, y yace por tierra la compresa que cerrar intentara el paso á los raudales de la inspiración. Y los menguados que soñaban en su desvanecimiento poner coto á los vuelos del espíritu, y atajar el paso á la humanidad, de caída van molidos y maltrechos por los caminos de la vergüenza y del desengaño. Cúmpleme, por ende, quitar el polvo á mis cartapacios, y destinarlos, padres míos, el presente romance y como memoria íntima, como prenda y fianza notoria de nuestro cordial y dulcísimo caríño.

Medina de Rioseco, diciembre de 1834.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

INSÓMNIO.

La noche cubre con su manto de hielo los lejanos confines del horizonte. Un cierzo desolador ruge sobre la faz de los marchitos campos, y á su desigual impulso resbalan por el espacio informes grupos de opacas nubes, dejando apenas entre sus volubles pliegues descubrir un momento la pálida y fugitiva luz de alguna estrella perdida en la inmensidad de las sombras. Los árboles despojados del fastuoso ropaje crujen con desapacible rumor; y á su violenta oscilación las aves nocturnas guarecidas en las húmedas copas se lanzan al viento exhalando

fatídicos y estridentes graznidos. Un silencio como el de los sepulcros adormece á la inerte naturaleza; y este reposo es turbado solamente por los mugidos vagorosos del soplo boreal, y por el grito pausado y soñoliento del soldado que vela sobre las murallas de una ciudad, cuya indecisa mole se destaca apenas en el fondo tenebroso de aquel cuadro sin vida ni color. Un punto luminoso reverbera no obstante en el seno de las tinieblas, y hace que la población se asemeje á un ciclope descansando en el centro del caos, y que vela por su propia seguridad con su ojo radiante cual el foco de una hoguera inextinguible.

Si algun curioso se aproximase á indagar la causa de este efecto, hallaría que aquella ráfaga de tibia luz exhalase por cierta ventana espaciosa, cuyos adornos arquitectónicos de un gótico degenerado quiebran en caprichosos recortes la diáfana perspectiva, á través de la cual cruza de cuando en cuando una sombra, que perfila sus contornos indeterminados sobre los pintados vidrios de la bastarda ojiva. A veces su marcha es lenta y acompasada: otras es rápida y desigual, como la de los celajes que pasan por delante de la luna llevados en alas del vendabal. Ya sus perfiles se marcan enérgicamente; ya luego se presentan obtusos y desvanecidos, al modo que en la cortina fantasmagórica los espectros dibujados por la linterna de la cámara. Súbito ruedan sobre sus ligeros goznes las transparentes vidrieras, y aparece en el alfeizar una forma blanca, que exhala profundísimo suspiro, cual si fuese el fantasma evocado de la tumba, para buscar en la tierra consuelos á su infinito padecer. Y luego murmuran en el aura inquieta frases incoherentes, amargas y confusas palabras, que se pierden rápidas sin vibración y sin eco.

—¡Ay!... murmura la tristísima sombra, esta es la fiebre, este es el delirio del alma, la agonía del corazón!...

Y llevándose arrebatada sus manos á la frente, se aparta de la ventana con brusco ademán, y sus inciertos pasos la llevan á caer sobre un espacioso sillón, donde queda abismada é inerte, cual un cadáver en el sepulcro.

Todo vuelve á quedar tranquilo y silencioso en aquella opulenta estancia. Solamente el ruido del viento agitado por lo exterior y rompiéndose en los intersticios de los batientes de la galería, formaba una especie de gemido penoso y melancólico, que parece el eco de la dolorosa respiración que anhelosamente exhala de su pecho la triste dama en su hondo y amargo deliquio.

¡Oh!... Si pudiérais ver como yo su bellísima forma abandonada en el mullido asiento, como la imagen del dolor, causaríais sin duda lástima grande contemplar tan mal parada hermosura; tan pesada y abatida juventud. Frisa apenas la cuitada en los veinticinco años; el perfil de su fisonomía es limpio, severo y arrogante, como el de una estatua griega. Bajo su frente, surcada por ciertas líneas características del orgullo, brillan unos ojos de azul clarísimo, en los cuales un observador sentimental buscaría en vano la pura transparencia y viva ráfaga, que son la revelación segura de un alma angélica y elevada. Una blancura casi mate se estiende por los contornos frios de aquel misterioso semblante, al modo de un velo de encaje sobre el mármol de Garrara humanizado bajo el cincel de Berruguete. Es una belleza extraña, que reúne á la moribunda ática la energía, casi la fiereza y arrebatado de las mujeres meridionales; es una belleza, en fin; pero hay en ella algo de imponente y sombrío, que no es posible adivinar ni definir. En medio del silencio de la noche y de una profunda soledad, sumergida en la penumbra fantástica de aquella lámpara vacilante, y rodeada de admirable fausto, parece acaso una de esas magas, que en alcázares encantados esperaban antaño en letárgica molición la llegada de algun paladín á quien prender con amorosos engaños, para convertirle después en misero juguete de sus malas artes y destructoras pasiones.

Recóbrase empero paulatinamente, arroja en torno una mirada abstraída y siniestra, y levantándose con lentitud, empieza á divagar por la habitación, cual dominada por pensamiento intensísimo y exhalando sus ardientes ideas en confusas y desacompañadas palabras, que se ahogan en la flamenco tapicería del suntuoso camarín.

—¡Es imposible mas!... este suplicio va minando mi existencia, y no quiero morir con toda la amargura dentro de mi corazón. ¡Ah!... ¿por qué el hado me arroja en tan infausto camino?...

Y después de algunos instantes de pausa, torna al paroxismo de su pesar.

—Lo conozco, murmura con reconcentrada exarcebación; la úlcera abierta en mi alma ha emponzoñado todas las fuentes del sentimiento... y ya no creo, ni espero, sino en la tremenda inspiración del mal. Es preciso acabar de una vez... y pronto, pronto, por Dios!... He sufrido mucho... un año de continua lucha, de tenaces y atroces sensaciones, de formidable y hondísima tempestad me lleva al borde del abismo... y voy á precipitarme en él!... Ya no dudo ni tiemblo. Penosa, cruel ha sido mi resolución... pero irrevocable. Y vos, vos, D. Pedro Giron, el fementido amante, el doncel menguado!... ya vereis lo que es la oncesca de Mónica, la primera Rica-fembra de los reinos! Vos!... que

loco y desvanecido osásteis vender mi cariño al de otra mujer... porque se titula infanta de Castilla... porque está en la cumbre de la majestad humana!... ¡Traidor mil veces! Oh! este pensamiento subleva hasta el último aliento de mi alma, y hace estallar la sangre de mis arterias!... Pues bien, lucharemos á todo trance. ¿Qué me importa que sea hija de la gobernadora del Estado y nieta de cien reyes?... Mi corazón es mas grande que su reino; mi voluntad mas fuerte que su poder. ¡Mal nacido caballero! ¿Es ella, por ventura, mas ilustre, mas hermosa, mas apasionada que yo?... Mentira, mentira mil veces! Y sin embargo me posuisteis á ella... me humillásteis como mujer y como amante!... Ah!.. Si yo tuviera la culpa, ni á mi misma me perdonaría jamás. No, no hay piedad para nadie. Ni para ella, ni para vos, ni para mí.

Arrojando en pos con súbita transición una carcajada sonora é histérica, se desplomó sobre el descompuesto y solitario lecho. La temblorosa luz, que iluminaba débilmente la estancia, se extinguió como al soplo de un espectro, y el reló del vecino convento exhaló una nota sorda y melancólica, que el abrego sofocó entre sus voraces y estridentes alas.

(Continuará.)

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

VII.

Cuando el rey de Granada victorioso, ya satisfecha su tremenda saña, al ocultar el sol su ardiente disco, elevó de la tarde la plegaria, cesar mandó la bárbara tarea y convocar las turbas desbandadas. Algunos adalides castellanos, que en medio del tumulto y la algazara á la encumbrada cuna de la Peña trepar lograron, cuando ya ocultaban, estendidas las sombras de la noche, tanta desolacion, desdicha tanta, viendo que los cansados enemigos en las lejanas tiendas reposaban, á la villa bajaron silenciosos, y al recorrer sus calles solitarias hallaron á Fernando de Padilla en lucha estéril por mover la planta. De encontrarle con vida complacidos en los robustos brazos le levantan, y llévanle al recinto de la Peña y en escondido seno le resguardan.

Cundió por el campamento que el de Algeciras guardaba de gentileza un portento en una donosa esclava, y que de inquietudes lleno es tal su desconfianza, que de su tienda en el seno nadie penetrar alcanza.

Tales hechos referidos de uno en otro camarada, llegaron á los oídos del monarca de Granada.

Y llamando al joven moro dijo en tono severo: «muéstrame el rico tesoro que guardas con tanto esmero.»

De su semblante el color tornóse encendida grana, y dijo: es verdad, señor, que allí tengo una cristiana.

Mas por justa ley conservo tesoro que tanto estimo: «advierte que eres mi siervo y mal mi enojo reprimo.»

«En ley de guerra me fundo, mi espada la conquistó. No sé quien haya en el mundo con mas derecho que yo.»

«Mas tambien debes saber, pues tan altivo te hallo, que callar y obedecer es lo que cumple al vasallo.

Y no esperes que ahora tuerza mi voluntad soberana: mia, de grado ó por fuerza, ha de ser esa cristiana.

Con los deudos de Nazar mi destronado enemigo puedes en Guadix hallar independencia y abrigo.»

Ofendido el sarraceno con tan injusto sonrojo, volvió las espaldas, lleno de mal encubierto enojo.

A pocos instantes iba, por fiel escolta guardada, la arrebatada cautiva hácia la régia Granada.

Creiendo el rey advertido que si allí permanecía aquel mancebo atrevido recobrarla intentaría;

Que en el ejército cuenta con amigos y secuaces, y de una empresa violenta presume que son capaces.

De oscura tienda en el espacio estrecho, que á largos pasos sin cesar cruzaba, de amarga pena combatido el pecho, Ismael impaciente se agitaba: hácia aquella cristiana candorosa, que libertó su espada victoriosa, siente nacer desconocida llama, puro afecto profundo, que el lastimado corazón le inflama. Otra que se la roba la voluntad de un déspota iracundo con la convulsa mano acaricia la corva cimitarra, cual herido león, que busca en vano donde clavar la poderosa garra. Al fin tanta fatiga la torva frente á rechinar le obliga. Pero el amigo sueño su negro afán no ahuyenta, ni su intensa amargura, que entonces á su mente se presenta fantástica vision que le tortura. Creyó ver al monarca de Granada, que los impuros brazos dirigia á la cristiana amada, en tanto que una sombra rauda cruzando la region vacia, fija en él la mirada, con irritado acento repetia: «¿fé que ha de vivir Leonor segura de todo ultraje y de villana afrenta. Quien así lo promete y te lo jura régios blasones en su escudo ostenta.» Ante el fantasma horrendo, á aquella voz sonora que le espanta sudoroso despierta y se levanta; lleva la mano al corazón, sintiendo su violento latir, y ronco grito trémulo da, diciendo: «O morir ó matar! así está escrito.»

(Continuará.)

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La rosa despiende un olor suave y balsámico.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA SANTA CAPILLA.

RELACION AUTENTICA E INEDITA DE LA MUERTE DE MARÍA ESTUARDA.

Las escenas trágicas que con barto lamentable frecuencia nos presenta la historia, tienen el privilegio de fijar la atención de todo el mundo, y deben por lo mismo ser objeto de un exámen especial por parte de los que se dedican al estudio de la ciencia histórica.

Bajo este punto de vista consideramos de bastante interés el documento que insertamos á continuación, y acerca de cuya procedencia vamos á decir antes algunas palabras. Hace pocos meses ocupó el célebre historiador Mr. Mignet una de las sesiones de la Academia de Ciencias morales y políticas de Francia, en la lectura de un informe sobre la curiosa publicación titulada *Papeles de Estado, piezas y documentos inéditos ó poco conocidos, relativos á la historia de Escocia durante el siglo XVI, sacados de los archivos y bibliotecas de Francia, y publicados por Mr. A. Teulet, agregado á la sección histórica de los archivos nacionales*. La impresión de esta interesante obra ha sido costeada por la sociedad Bannatyne, fundada en Edimburgo hace mas de treinta años, y á la cual es deudora la ciencia de muchas publicaciones de interés. Mr. Teulet tuvo la atención de ofrecer á la Academia uno de los rarísimos ejemplares de esta publicación; y decimos rarísimo, porque la colección de los papeles de Es-

tado relativos á la historia de Escocia forma dos enormes volúmenes que no se espended al público, y cuya tirada de ciento diez ejemplares se destinó exclusivamente para los noventa individuos que componen la sociedad Bannatyne, y para algunas corporaciones nacionales y extranjeras que se hallan en correspondencia con ella. Los documentos y piezas que contiene esta obra abrazan los dos reinados de Jacobo V y de María Estuarda, desde el año de 1513 hasta el de 1587, y consisten en tratados, cartas particulares, despachos de reyes, de reinas y de embajadores, relaciones de sucesos de alto interés histórico, memorias sobre cuestiones importantes, instrucciones diplomáticas, negociaciones secretas, etc., etc.

«Estos volúmenes, dice Mr. Mignet en el análisis que ha presentado á la Academia, son la continuación, ó mejor dicho, el complemento de esas preciosas colecciones formadas desde hace muchos años y en los últimos tiempos, sobre la época mas agitada y decisiva de la historia de Escocia.

Por ellos puede verse con toda claridad el estado interior de aquel país, su organización política, su transformación religiosa, los designios de sus reyes, las ambiciones turbulentas de su aristocracia feudal, y el espíritu de osadía de su nuevo clero democrático. Ellos nos enseñan, bajo un punto de vista mas animado y mas curioso, las ajenas luchas que tuvieron lugar entre la Escocia y la Inglaterra, las cuales divididas por la diferencia de sus respectivas nacionalidades durante la primera mitad del siglo, se unen durante la segunda por

8 DE ABRIL DE 1855.

la conformidad de sus creencias religiosas, y representando por último en sus grandes vicisitudes y en su trágico fin la apasionada rivalidad de la católica María y la protestante Isabel; rivalidad que comienza en 1538, desde el momento en que esta sube al trono de Inglaterra, y María Estuarda como descendiente legítima de Enrique VII, toma en la corte de Enrique II las armas y el título de aquel reino, y que viene á concluir sobre el lúgubre cadalso de Fotheringay. Estos documentos, en fin, dejan percibir sucesivamente en todo su esplendor, en su decadencia y en sus últimos momentos, la antigua alianza entre la Francia y la Escocia, que venía sosteniéndose desde el siglo XIII, y que cesó juntamente con el catolicismo y la independencia de la Escocia cuando esta se hubo unido definitivamente á la Inglaterra por el territorio, después de haberse acercado á ella por el protestantismo.»

Una de las páginas mas dramáticas de la coleccion de Mr. Teulet es sin duda la que ofrecemos á nuestros lectores, y contiene: *El verdadero relato de la ejecución hecha en la persona de la reina de Escocia*, que comprende el proceso verbal ó acta de los últimos momentos de la infortunada María Estuarda, escrito en francés antiguo en el estilo que se usaba en este género de documentos.

Dice así:

«En seguida volvieron allí los condes con el señor Amias, Paulet y otras gentes, y encontraron ya preparada á la reina, la cual parecía aguardar su venida, con semblante sereno y dispuesta á llevarlo todo con gran conformidad y paciencia.

Dicese que mediaron algunos recados por parte de la reina á los condes, y tambien por parte de estos á la reina que se hallaba en su cámara, y les requería para que su cuerpo fuese enterrado con solemnidad y conforme á los ritos de la iglesia católica romana, como correspondía á su estado y jerarquía, y tambien para que á sus criados y á sus doncellas (que eran seis las que cuidaban de su persona) les fuese permitido acompañarla hasta el lugar del suplicio y verla ejecutar; así como para que se diese permiso á su capellan, que habia sido separado de ella después que se la notificó la sentencia, para venir á visitarla antes de la ejecución, y se cree fuese para que le administrase el Sacramento del altar antes de la muerte: finalmente, encargó se cuidase de que sus criados fuesen completamente pagados de lo que se les debía, y enviado cada uno de ellos á su tierra, según la condición de cada cual.

El conde de Sheresbury, como se le llama, la invitó á declarar si era consentidora de algunos otros designios ó traiciones secretamente urdidas contra la persona sagrada de S. M. ó contra el Estado público de aquel reino.

Su respuesta fué que ya habia sido interrogada acerca de lo mismo, y que en aquel momento no estaba dispuesta á contestar á semejantes cuestiones.

Pronunciadas estas y otras palabras en la cámara, se la notificó que el preboste estaba á la puerta aguardando su salida; oyendo lo cual respondió: «Vamos, pues.» Y dicho esto, se levantó y salió del aposento, acompañada de los condes y del señor Amias Paulet. En la gran sala en que fué ejecutada se hallaban muchos nobles y gentes de menor categoría, por entre los cuales atravesó, llevando cerca de su persona solo tres de sus criados y dos doncellas; la una francesa, llamada Ramete, y escocesa la otra, que tenia de nombre Ersex, y Mr. Melvin que le llevaba la cola del vestido, y de nadie mas le fué permitido ser acompañada al suplicio.

Al marchar la conducía un caballero noble del servicio del señor Amias Paulet, á quien llamó para esto la reina, como la persona destinada por especial nombramiento del señor Amias Paulet á prestar aquel servicio. Y como bajase la escalera que conduce de la gran cámara al salón, le dijo al caballero: «Os ruego que me ayudeis ahora un poco á animar á mis servidores, á quienes he mandado me conduzcan á la muerte, como el último servicio que habrán de prestarme.» Y levantándose después de estas palabras por su propio pie, entró en la sala y dijo á su mayordomo, que llevaba la cola del vestido: «Melvin, tú nos has servido muchos años, y siempre has sido fiel para nosotros; no está ahora en nuestra mano recompensar tus servicios; esto lo dejamos encargado á otros; pero haznos todavía este último favor: recomiéndame á mi hijo, y dile que muero en la fé católica; que se acuerde que descende de la raza de Enrique VII, y encárgale de nuestra parte que sea bueno con los católicos afectos á la reina.»

En la sala del referido castillo se habia levantado un cadalso hácia el medio de la estancia con bastante espacio á su alrededor, y de una altura como de dos pies y medio, cercado con una barrera, excepto por uno de los lados, en que se habian hecho dos escalones para hacerla subir al tablado, que estaba cubierto de frisa negra, así como todo el espacio comprendido entre la valla. En el centro del cadalso se habia colocado un tajo, sujeto al piso y cubierto de negro, y cerca de él un cojin de frisa negra para arrodillarse, una silla tambien cubierta del mismo color para la reina, y otras dos descubiertas para los condes. Sobre el tablado estaban solo los referidos condes y los ejecu-

tores, que permanecieron delante de la valla, y alrededor algunos hombres con alabardas para contener á la gente y con órden de no permitir á nadie cerca de la valla.

Llegó la reina al lugar del suplicio sin parecer conmovida por aquel espectáculo, y después de mirar con semblante alegre á toda la asamblea, tomó asiento en la parte de abajo, mientras sus servidores se repartían sobre el tablado. Entonces Mr. Beale subió tambien á él, y leyó en voz alta la sentencia, oyéndola la reina y todos los concurrentes. Durante todo el tiempo que duró la lectura se notó que el semblante de la reina no habia experimentado la menor alteración; de modo, que concluida aquella, y habiéndola dicho el conde de Sheresbury: *Señora, ved lo que os resta que hacer*, contestó únicamente: *Señores, cumplid vuestro deber*. Y dicho esto se levantó del asiento como para arrodillarse y rezar. El doctor Fescher, ministro protestante del templo de Peterborough, fué llamado para tener una breve plática con ella; mas la reina lo rehusó y le interrumpió desde las primeras frases, diciendo: «Señor ministro, soy católica y estoy resuelta á morir como tal, y es locura pensar en convencerme de lo contrario; á mas que vuestras oraciones no me han de servir de gran cosa.» A lo que el conde de Sheresbury le dijo: «Dúleme sobremanera veros tan entregada al papismo; pero permitid que roguemos á Dios por vos.» Y el conde de Kent añadió: «Señora, de bien poco os servirá esa imagen de Cristo que traéis ahí pintada, si no la teneis grabada todavía en vuestro corazón.» Porque la reina traía dos Crucifijos, uno de oro suspendido al cuello, y otro de mármol blanco que conservaba en la mano, y pendientes de cada lado de la cintura llevaba asimismo doce ó catorce rosarios, unos de mas valor que otros. La reina, sin escuchar las palabras de los condes, no contestó á ellas, y con gran tranquilidad se puso á decir sus oraciones particulares, volviendo la espalda al doctor Fescher, que por su parte comenzó tambien á recitar una oración compuesta por él *ad hoc*, y que iban repitiendo los circunstantes.

En este momento la reina principió á rezar igualmente en latín en alta voz, y de manera que parecia esforzarse espresamente para que se la oyese mas que al doctor, y algunas veces entremezclaba palabras en inglés. Se notó en aquella ocasion que rogaba por nuestro santo padre el Papa. Sus oraciones en latín se componian de algunos versículos de los salmos de David, como por ejemplo: *Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus. In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum, etc.*

Cuando por medio de sus oraciones queria espresar alguna pasión vehemente de su espíritu, hacia llorar y sollozar á todos los que la veían golpearse el pecho con el Crucifijo de mármol, lo que repetía á menudo.

El sentido de las oraciones del doctor era «que pluguiese á Dios, si tal era su voluntad, concederle verdadero arrepentimiento y reconocimiento de sus pecados, á fin de que pudiera morir en el verdadero temor de Dios y bendecir á S. M. la reina, cuyo reinado dilatase el cielo muchos años, para confundir los planes de sus enemigos.»

Antes de que hubiese terminado el doctor, la reina, además de las anteriores oraciones que habia dicho en latín, volvió á rezar de nuevo y mas largamente en inglés y en alta voz, á saber: por ella, para que le diese Dios su santo espíritu; por sus enemigos, para que los perdonase el Señor como ella los perdonaba; por la Inglaterra, para que Dios desviase sus iras de aquella isla; por S. M. la reina, para que la concediese el Señor su bendición á fin de que pudiese adorarlo con toda verdad; por su hijo, para que fuese el cielo misericordioso con él; y por la religion, para que Dios tuviese compasión de la pobre Iglesia afligida. En seguida, volviéndose del lado en donde estaban sus servidores, les requirió igualmente para que rogasen al Salvador la recibiesen en su santo seno, y así dió fin á sus oraciones, apareciendo llena de gran valor, y sin alteración alguna en sus movimientos y modales continuó besando repetidas veces la imagen de la Cruz.

Despojáronla en seguida de sus ropas hasta dejarla en guardapiés. Su traje era el siguiente: un vestido con mangas perdidas, de raso negro labrado; un rico velo de linon blanco estendido sobre la cabeza; un prendido tambien de linon á manera de cofia, y debajo una peluca que la sentaba muy bien. Debajo del vestido llevaba un jubon de raso negro labrado y guarnecido con seda de colores, y una falda de terciopelo negro con cola del mismo color.

Los vestidos que se la quitaron fueron puestos á un lado del tablado. El verdugo se habia metido el Crucifijo en el bolsillo de sus calzas, y una de las doncellas de la reina se ofreció á tomarlo; y como se hubiese negado á ello el ejecutor, díjole la reina: «Os lo ruego, dadle el Crucifijo; ella te dará en cambio todo el dinero que la pidas.» Pero no le fué concedido.

El guardapiés que llevaba la reina era de terciopelo encarnado y el cuerpo de raso tambien encarnado, y habiéndosele dejado con solo este guardapiés y el corpiño, una de sus doncellas la trajo un par de mangas de raso encarnado, las cuales se puso en los brazos, y de este modo fué ejecutada vestida toda de color rojo.

Como estuviese ya á punto de ser ejecutada, comenzaron sus doncellas á sollozar y llorar, lo que hubo de ofenderla mucho, y les dijo: «¿Es esta la promesa que me teneis hecha de armaros de constancia?» «Antes debíais dar gracias á Dios por la resolución que tengo, que venir á conmover mi valor. Adios, hasta que os vuelva á ver.» Y volvió de nuevo á repetirles «adios», despidiéndolas cariñosamente con la mano y mandándolas bajar del tablado. Ya dispuesta para la ejecución, ayudó el caballero, tomándola por debajo de los brazos hasta arrodillarla sobre el cogin negro que estaba colocado cerca del tajo; en seguida la señora Curle, una de sus doncellas, la vendó los ojos con un capuchon, é inmediatamente con una resolución sin ejemplo inclinó el cuello sobre el tajo, que estaba cubierto de frisa negra, diciendo y repitiendo muchas veces: *in manus tuas commendo animam meam*, y otros versículos en latín. Los ejecutores se arrodillaron y la pidieron perdón, el cual les concedió la reina diciendo: «Perdono á todo el mundo;» y antes bien dijo que se alegraba de ver tan cercano el término de todas las amarguras y aflicciones que había sufrido en su larga y dura prisión.

Perseverando siempre en sus oraciones y con el cuello pronto para recibir el golpe, había colocado las dos manos debajo de la barba, lo que visto por los ejecutores se las retiraron, para que no fuesen cortadas al mismo tiempo que la cabeza. Y después de esto el ejecutor la hirió con el hacha; pero no habiendo acertado á encontrar la juntura del cuello, la dió un gran golpe sobre el cervigullo, y lo que fué digno de tan sin igual constancia es que no se la vió mover ninguna parte de su cuerpo ni exhalar siquiera un suspiro.

El segundo golpe dió precisamente sobre el primero y la separó la cabeza del cuerpo, sin que el ejecutor retirase el hacha después de herir, temeroso de que estuviese todavía adherida á la piel. En seguida el verdugo tomó la cabeza y la levantó en alto, mostrándola al pueblo, y diciendo según costumbre: «*God save the Queen*, Dios salve á la reina Isabel;» pero al levantarla en alto cayósele de pronto de las manos, por haberla asido de la peluca. El pueblo contestó: *Amen*.

—Sí, dijo el conde de Kent en alta voz y con grande energía, *Amen*, *Amen*, y que pluguiera á Dios que todos los enemigos de la reina se viesen en aquel estado.

Lo mismo dijo el dean de Petersborough; pero al conde de Sheresbury y á otros muchos se les notó que habían derramado lágrimas.

De esta manera fué la ejecución hecha sobre la reina de Escocia en el castillo de Fotheringay, el 8 de febrero, miércoles, sobre las once de la mañana.

Después de hecha así la ejecución, tuvieronse cerradas las puertas del castillo para que nadie saliese de él hasta que fuese enviado un correo á la corte, lo que tuvo lugar á la una de aquel mismo día, conduciendo una carta y el certificado de la ejecución.

El correo fué Mr. Enrique Talbot, hijo del conde de Sheresbury.

Cuando los condes se levantaron para abandonar el tablado, se mandó despejar la sala, é inmediatamente salieron todos. En seguida el verdugo quitó las medias á la reina, que eran de seda de color bordadas con hilo de oro; las ligas eran dos preciosas bandas lisas, y los zapatos de marroquin labrado. El cadáver con la cabeza fué conducido después por las gentes del preboste á la sala de Estrados, en donde anteriormente había sido interrogada por los nobles y señores del Consejo.

En cuanto á la manera de conducirse y á la resignación con que recibió la muerte, es cosa digna de memoria, y que puede servir de materia de asombro y maravilla el que desde su llegada á la sala hasta recibir el golpe de la cuchilla no se percibió la menor mudanza en su semblante; antes bien superando el dolor con su natural constancia, conservó siempre un acento sereno y una gran tranquilidad en sus acciones. Verdadero y seguro testimonio de la magnanimidad de esta princesa, que arrebató en admiración á todos los concurrentes, bien que hubiese infinitas circunstancias que hubieran podido moverla á terror y á miedo (1).

Nada mejor que esta relación puede inspirar un horror profundo hacia sus verdugos, y una respetuosa compasión en favor de la víctima.

BAUTISTA MONTAUBAN.

CUENTO.

(Continuación.)

Seguí á la buena mujer á una pieza bastante grande y de una notable limpieza, y que según las apariencias debía de ser la mejor de la casa, obligándome á sentarme en el puesto de honor, que era una silla

con el asiento de pajas de colores, mientras despedía un enjambre de pajarillos de la montaña y de los campos, y que apenas se habían asustado con mi llegada, y que la obedecían con una presteza digna de verse; tan bien domesticados estaban. Renovó en seguida los ofrecimientos que me había hecho, y se sentó después de mi reiterada negativa, preguntándome en qué podrían serme al menos útiles los habitantes de la casa blanca del monte.

—Ya se lo dije á vuestro hijo cuando llegásteis, la repliqué, pero lo ha olvidado. El pobre niño, señora, está muy atribulado. ¿Hace mucho tiempo que se encuentra en ese estado?—No señor, respondió enjugándose una gruesa lágrima, y aun ese no es continuo. Está siempre triste, tan triste como bueno, el pobre Bautista; pero no falta ilación en sus ideas y en sus acciones, cuando de ciertas palabras que yo me guardo bien de pronunciar delante de él no le vuelven sus accesos. Había nacido tan feliz, que era la esperanza y el orgullo de mi vejez; pero el buen Dios ha trastornado mis designios sobre él...

—Las lágrimas inundaron sus descarnadas mejillas. Yo la tomé la mano pidiéndola perdón por haber renovado sus dolores.

—Os diré ya que teneis la bondad de interesaros tanto por Bautista, repuso con mas calma, que José Montauban, mi marido, era el mejor albañil del Gran-Vau. A pesar de todo nos encontrábamos muy pobres, porque era un tiempo malísimo para el trabajador, y mi familia, aunque de una condición superior á la de José, había pagado un tributo mas penoso todavía á los acontecimientos: pero esto no hace nada á nuestro propósito. No sabíamos á qué santo encomendarnos, cuando un rico y respetable particular de las inmediaciones encargó á mi marido la construcción de una casa soberbia, que vereis después de atravesar el bosque, porque según parece venís de Aval. Cuando la casa estaba concluida, mi pobre José subió él mismo como jefe de los obreros, para plantar en su cúspide según costumbre las banderolas de honor. Llegaba casi al punto, cuando un pedazo de la techumbre, que por nuestra desgracia se olvidara de fijar, se hundió con él, causándole la muerte. Mr. Dubourg, que era y es el dueño del edificio, se mostró muy sensible á tan cruel infortunio. Construyó por su cuenta esta pequeña vivienda para su hijo y para mí, en un terreno bastante fértil, señalando además una pequeña pensión á fin de subvenir á la insuficiencia de la renta y ponernos al abrigo de las necesidades; quiso además tomar á su cargo la educación de Bautista, que tenía entonces cinco ó seis años, y prevenía en su favor á todos por su talento precoz y su bonita figura. Bautista se educó en casa de Mr. Dubourg con los mismos cuidados y los mismos maestros que una hija de su bienhechor que tenía tres años menos. Permaneció en la casa diez años, y Bautista había aprovechado tan bien su tiempo, que según el parecer de las gentes mas instruidas, no le faltaba nada para trazarse un porvenir en el mundo. Mr. Dubourg se tomó el trabajo de venir en persona á anunciármelo, añadiendo con un tono serio pero cariñoso: «Comprendereis, madre Montauban, que es ya tiempo de separar á Bautista de mi Rosalía: él tiene ya diez y seis años y ella pasa de trece. Estos jóvenes se encuentran ya en la edad de los amores: aunque educados como hermanos, saben demasiado bien que no lo son, y tal vez he tardado demasiado en descubrir este lazo de su inocencia. Es preciso que volváis á encargáros de vuestro hijo, mi buena amiga, hasta tanto que yo le procure un puesto digno de sus talentos y aplicación. Es preciso que nuestros hijos se acostumbren á no verse, para que les sea menos dura esta privación cuando tengan que separarse para siempre. Yo tengo mis razones para esto, aunque nada me ha indicado que existan entre ellos otras relaciones que la de una pura y natural amistad. Bautista es un ángel de ternura y de sumisión. Decidle que yo no he dejado nunca de quererle, y hacédele entender con vuestro corazón y el talento de madre, que yo tengo algunos motivos para alejarle de mí. No os faltarán pretestos para cohonestar mi pretensión: y si lograis convencerle de que mi felicidad está interesada en ello, no dudo cual será su resolución. Sin embargo, si no hubiera otro medio, referid mis palabras, diciéndole que la reputación de las hijas es el mas precioso tesoro de los padres, y que la pública murmuración me impondría muy pronto un sacrificio mas penoso y sensible para todos, si no tomara prudentemente mis precauciones. Exigidle palabra de no volver á la quinta, Dubourg, y yo le tendré por reconocido á mis favores y no por un ingrato. Una palabra mas: como la vista de mi casa podría causarle sentimiento, que turbaria su felicidad á vuestro lado, obtener de él que no se alejara de la selva por este lado mas allá del sitio que se llama la Casa abierta, pues el bosque se prolonga de uno y otro lado en dos largas alamedas que cercan el camino de los carruajes, al sitio en que se cierra en semicírculo por la corriente del Ain. Ya sabéis que las primeras tapias de mi parque se divisan á poco de seguir esa dirección. En cuanto á su obediencia no hay cuidado; moriría primero que faltar á su palabra.»

Escuché á Mr. Dubourg sorprendida, porque jamás me había preocupado el peligro que tanto le asustaba, y sin embargo lo que acababa

(1) Le vrai rapport de l'exécution faite sur la personne de la Reine d'Ecosse, etc. Recueil de M. Teulet, t. II, p. 875 á 874.

de decirme me parecía tan razonable, que mis respuestas se limitaron á expresarle mi gratitud y deferencia.

«Comprendo, continuó levantándose, que vuestras cargas van á aumentarse á medida que las mías disminuyen; pero esto no durará mucho tiempo, porque Bautista es conocido ventajosamente de mis amigos, y espero de un día á otro la noticia de que está colocado de una manera conveniente. Recibid entre tanto de mi amistad estos cien luises de oro para proporcionarlos, en vuestro pequeño retiro, algunas comodidades á que está acostumbrado, y contad siempre conmigo.»

Hablando de este modo Mr. Dubourg dejó el bolsillo y partió, sin querer recogerle á pesar de mis instancias. Esta era precisamente la época en que Bautista venía todos los años á pasar algunos días en mi compañía: traía consigo sus libros, sus herbarios, sus utensilios científicos. Yo era muy feliz! No extrañó su mudanza acostumbrada; y aun casi creo que la deseaba esta vez lo mismo que las anteriores. Nunca había estado tan bello, tan satisfecho de vivir, aunque naturalmente inclinado á la tristeza desde niño; siguió así algunos días. Solamente me afligía que se entregase con tanto ardor al trabajo, temiendo que su salud se alterase con tan asidua ocupación. «Tienes sobrado tiempo, le dije un día, de hojear tus autores! desde hoy no nos separaremos mas hasta que no tengas ocupación, y no se encuentra fácilmente en un país en el que hay tantos hombres instruidos, sobre todo después de la revolución.» A continuación le referí lo que me había dicho Mr. Dubourg. Cuando concluí, Bautista se sonrió, recitó sus oraciones, y después de abrazarme se fué acostar muy tranquilo.

A la mañana siguiente y los días sucesivos me pareció abatido. No habló absolutamente nada: sin embargo esta conducta no me chocaba; le había visto muchas veces así.

Al cabo de una semana (hace ya cuatro años) me pareció que su razón se turbaba. Madre desgraciada! sucedió lo que yo había previsto cuando se obstinaba en sus estudios á pesar mío. Pronunciaba palabras incoherentes, sin sentido, ó que significaban cosas que no comprendía. Reía y lloraba sin motivo, no se encontraba bien sino solo, dirigía la palabra á los árboles, á los pájaros, como si pudieran entenderle: lo raro es, quién lo creería! que los pájaros le comprenden, como habeis visto, según la facilidad con que se dejan coger por él. Tal vez Dios que ha dado un instinto á estos animalillos para huir de sus enemigos, les permita reconocer el inocente que es incapaz de hacerles mal y que los quiere solamente por quererlos...

—Esta conversacion me había conmovido, y creo produciría el mismo efecto sobre vosotros, si pudiera contarla, como la he oído en su elocuente sencillez. Pasé la mano por mi frente para separar los tristes pensamientos que produjo en mi mente, y después cubrí mis ojos para ahorrarme una explicacion dolorosa y una conversacion inútil.

—He abusado demasiado de vuestra paciencia, replicó la madre de Bautista. Volvamos, os lo suplico, á lo que deseais de nosotros.—Todo lo que tenemos está á vuestro servicio.—Nada, nada, la respondí con ternura. Podriais indicarme el camino que conduce á la casa de Mr. Dubourg, porque es preciso que esta tarde esté en ella.—Bautista va á servir de guía. No pasa un día sin que vaya á la embocadura del Ain, hasta cierto punto del cual le he prohibido pasar, y esta es precisamente la hora en que va á hacer su caza. La única gracia que os pido es que no le habeis de esa casa, porque me parece que el recuerdo de su antigua morada en casa de su bienhechor perjudica á la razón de mi hijo.—¿Con qué podría yo manifestaros mi reconocimiento por el servicio que me habeis?—¡Oh! en cuanto á eso creed que tomaría por una ofensa cualquier presente! no necesitamos de nada; y al contrario, nos encontramos en estado de hacer algo por los viajeros pobres que se presentan pocas veces en estos estraviados caminos.—Me resta imponerles una condicion precisa: el único favor que os pido es que no os presteis las peticiones de este género que Bautista os haga, porque su objeto me asusta. ¿Me lo prometéis?

—No dudé. En el momento dió dos palmadas, y todos los pajarillos que había visto antes se presentaron en la puerta, gorgoteando alegremente!

—No es á vosotros todavía, continuó, qué impacientes estais! vuestros granos no estan preparados, y vuestros comederos no se han limpiado todavía. En seguida dió una tercera palmada: á esta última señal, Bautista entró, saludó, y aproximándose á su madre, se sentó sobre sus rodillas y pisó su brazo con cariño alrededor de su talle.

—¡Vedle cuán sabio y bello! dijo la madre de Bautista besándole en la frente. Ya lo veis, caballero, si yo tengo un niño amable, dulce y dócil, que será mío toda la vida como si le hubiera guardado en la cuna! ¿Creeis que yo sea digna de compasion? Sin embargo lloraba!

—Bautista, es preciso que os distraigais; hoy no habeis hecho el ejercicio acostumbrado! A pesar de lo bello de la estacion, nunca se han visto tantas mariposas en los campos! Sabeis además que tenemos dos verederos de las últimas crías que no tienen hembras, y hace tiempo que pensais reemplazar nuestro gilguero que murió de viejo.

Bautista manifestó por sus ademanes y sus gritos de alegría, que su madre había interpretado bien sus deseos.

(Continuara.)

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lirico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Un arte, que principia como lo veremos en el curso de este articulo, siendo anti-religioso y anti-social, que camina cual astro desviado de su curso, atropellando delante de sí los elementos constitutivos de toda sociedad, el principio de autoridad religiosa y el principio de autoridad civil, no podia menos de atropellar el principio restante: el de autoridad moral. Nosotros tenemos corta edad: pero no recordamos de un hombre irreligioso, ateo, que no sea tambien inmoral. Porque la inmoralidad es uno de esos crímenes ocultos, secretos, misteriosos, de los cuales dice el filósofo Montesquieu que se sustraen á todas las leyes humanas y que la religion sola puede alcanzar. *Il est des crimes qui échappent á toutes les lois humaines: la religion seule peut les atteindre.* Montesquieu, *Esprit des Loix*. El único freno de la liviandad es pues la religion. Pero nada mas distante que esta del lujurioso pensamiento de los provenzales. Espíritus triviales, velleidosos, indiferentes, satíricos, los poetas de la Provenza se acostumbraron desde un principio á pasarlo todo, lo sagrado como lo profano, al tamiz de una critica burlesca é impia. Entregados únicamente á los sensuales placeres del amor carnal, vivian estos poetas en medio de una pesada atmósfera de candentes, de abrasadores deleites, que trastornaba su mente y corrompia su corazon. Y como la divinidad ciega siempre á aquellos á quienes quiere perder, consintió que sobre los ojos de estos poetas se corriese el denso velo de la lujuria. Y así cegados, los llevó primero por el camino de sus propios vicios al crimen, al deshonor, á la infamia, y después á la desesperacion y á la muerte.

Si; los trovadores fueron los enciclopedistas, los volterrianos de la edad media. Si hay poetas en alguna literatura que cediendo á los feroces ímpetus de una pasion brutal, de un amor monstruoso, infame, sacrifiquen en las manchadas aras de este liviano sentimiento cuanto noble, elevado y puro puede tener cabida en el corazon del hombre; si hay poetas que á un beso, á un abrazo, á una caricia de su dama, á una simple mirada, pero mirada lujuriosa, lasciva, llena de funestos indicios de un pronto crimen, haya postergado cuanto existe en el cielo y en la tierra digno de nuestro respeto y acatamiento, religion, virtud, honor, etc., etc; si esos poetas se encuentran en alguna literatura, es seguramente en la provenzal.

Y la causa de esto, que para los que como nosotros nos trasladamos á la edad media y estudiamos los elementos que constituyen la vida moral é intelectual de esta edad, es un verdadero fenómeno, un inesplicable logogrifo, ¿cuál es? ¡Ah! bien fácil es adivinarla. El haber estos poetas provenzales prescindido del sentimiento religioso; el haber hecho mas, el haber profanado, hollado un sentimiento que es la base mas firme de todo arte, de toda literatura, su verdadero punto de partida, el fecundo manantial de donde esta y aquel han de sacar los elementos de su existencia: el sentimiento religioso: sentimiento por donde principiaron las literaturas antiguas, y por donde principian tambien las modernas, y en particular la española, y por donde principia y camina tambien la literatura provenzal antes de convertirse en erudita. Mientras esta literatura es popular; mientras tiene por representantes de los sentimientos é ideas nacionales á los juglares, á los sencillos cantores del sentimiento religioso, que se asienta sobre todas las concepciones humanas de la edad media, y que forma su cúpula, su corona, este sentimiento se conserva puro, y con la plenitud de caracteres, en buen hora exagerados, que nosotros le reconocemos. Tal se nos aparece en los poemas épicos de esta literatura, producto de la cristiana inspiracion popular. Pero al pasar de este terreno popular, ilimitado y fecundo, al estrecho, pobre y miserable de la erudicion; al pasar de la sencilla musa de los juglares á la de los trovadores, maliciosa y corrompida, este sentimiento se corrompe tambien y se pierde: que la cándida flor se aja y marchita al soplo emponzoñado de un viento abrasador.

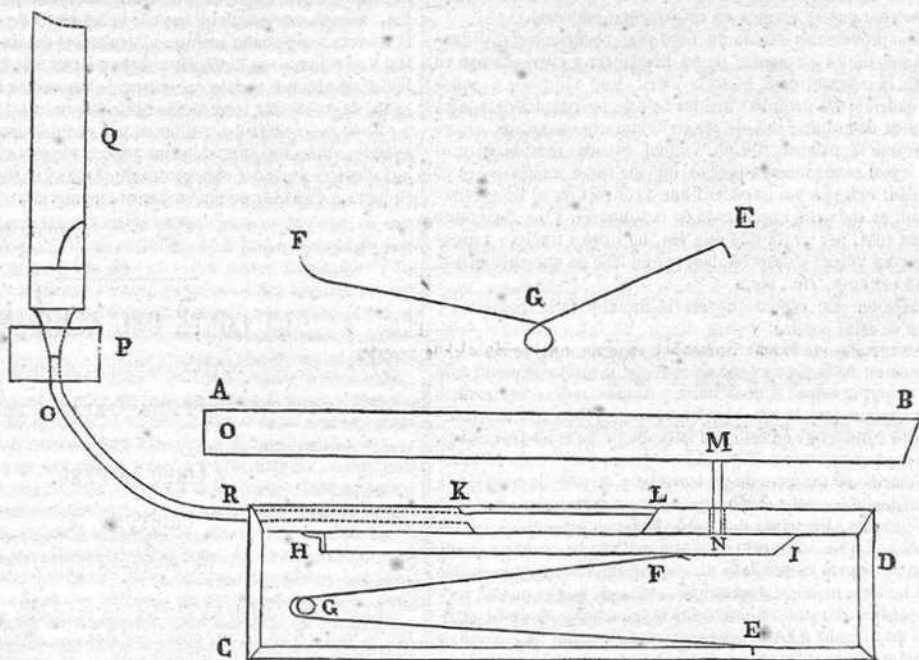
El arte antiguo en su primera faz, en el primer período de su existencia, período lleno de candor é ingenuidad, mientras se alimenta de tradiciones divinas, por decirlo así, de tradiciones que nada tienen de terrenal y humano, y mientras tiende á fines nobles y eleva-

dos, toma por base ese sentimiento religioso de que hablamos, pone en él todas sus esperanzas, y camina agrupado en torno suyo. Entonces, las consecuencias que se desprenden á manera de multiplicados arroyos de abundante manantial, de este sentimiento religioso, consecuencias de todo género y especie, morales, científicas, artísticas, y aun civiles y políticas, conservan el carácter y sello de este primer sentimiento. Así que, el amor primitivo griego, el amor de Homero revelado en sus poemas épicos en la Iliada, en el episodio de la despedida de Héctor y Andrómaca, y en la Odisea en la mutua fidelidad conyugal de Ulises y de Penélope, es un amor puro, verdadero, amor franco y leal, tierno y afectuoso como todos los primitivos sentimientos del hombre; amor que podríamos llamar cristiano. Es que mana de un sentimiento que limpia, purifica y embellece cuanto toca, el sentimiento religioso, el amor á la virtud y el temor á los justos dioses.

Mas cuando el elemento humano con todas sus consecuencias predomina sobre el elemento divino, en el segundo período de la vida de los pueblos, á este sentimiento sustituye otro con opuestos caracteres, y lo que antes era noble, elevado, sublime, se convierte ahora en material y grosero. Tallo vemos en el amor de los poetas líricos. En este segundo período el arte muda completamente de aspecto. Y lo peor es que sigue este rumbo fatal, no solo al través de la Grecia toda; sigue

también al través de la Italia, por donde pasa, y ha fatalmente de pasar antes de llegar á la Provenza de la edad media, país en el cual nunca debió penetrar, porque ahí estaba para impedirlo el cristianismo, gigante armado de pies á cabeza, parecido á los que la infantil imaginación de los poetas épicos colocaba en esta edad á la cabeza de los puentes para impedir que nadie pasara sin pagar el tributo. El haber encantado al gigante, el haberle adormecido al melodioso sonido de traidores instrumentos, para dejar el paso libre al arte antiguo, representado en su manifestación lírico-erótica, fué pues el gran crimen, el crimen nefando de los poetas provenzales. Crimen que se nos ofrece tanto mas horrible y monstruoso, cuanto que consideramos que estos poetas lo cometieron á ciencia cierta, á sabiendas, por falta de espíritu religioso, por renegar de las tendencias de su época, por no querer cumplir con la misión que les estaba encomendada. Misión que, como al pronto se adivina, era la de llevar al arte á su punto de partida, á su verdadero terreno, al terreno de los sentimientos religiosos y morales, del cual se había apartado en el segundo período ó faz de las literaturas antiguas, como acabamos de indicar.

Ese arte antiguo, al separarse de su verdadera raíz, al tomar un giro distinto del que debiera seguir, al convertir en fin su primitivo carácter en un carácter *antropológico*, se había hecho defectuosos, incompleto, bastardo. El completar aquel arte debió ser la misión es-



(Véase el artículo titulado *Apuntes históricos sobre los órganos*, pág. 62.)

pecial del arte cristiano; y hacer ver que este elemento había realmente completado aquel arte, debió ser igualmente la misión del arte provenzal, no en uno, sino en los dos modos de ser correspondientes á las dos clases de hechos é ideas que existen en toda sociedad humana: el modo vulgar, sencillo, natural, el modo del pueblo rudo é ignorante, y el modo ingenioso, erudito, propio del pueblo culto. Mas el arte provenzal fué, lo mismo que el antiguo, imperfecto, incompleto. El elemento cristiano, el elemento del sentimiento y del amor, tuvo su representación en el pueblo, en el modo de ser toscos y rudos del arte, no en su manifestación culta y erudita. No así pasa en España, y esta es la grande, la sublime gloria, la gloria incomparable del arte español. Entre nosotros la manifestación de ambos artes está basada en los mismos elementos, alimentada de iguales motivos, proseguida y finalizada por iguales medios. No hay nada popular que no sea erudito, y no hay nada erudito que no sea popular. ¡Baldón eterno pues sobre el arte provenzal! ¿Qué motivos, qué causas, qué pretextos siquiera tenía este en su manifestación poética, para establecer semejante división entre sus elementos constituyentes? ¿Qué razones existían para que los juglares fuesen unos, y otros los trovadores, para que el gran elemento cristiano se hallase en los primeros y desapareciese en los segundos? ¿Por qué en fin había de heredar el arte provenzal, erudito en lo que toca al sentimiento, al corazón humano, del arte griego, cuando nosotros desechamos esa herencia, esa transmisión de un arte á

otro? ¿Se quiere saber lo que es el amor en la manifestación erudita del arte provenzal, es decir, en la poesía de los trovadores? Pues vamos á bosquejarle á grandes rasgos.

El amor puro é ideal no se encuentra en esa literatura: en ella no se encuentra ese sentimiento racional, filosófico, cristiano, producto de una mente elevada y un corazón puro y limpio, que nos hace ver en el objeto amado, en la mujer, un ser igual á nosotros, digno de respeto y veneración, una cosa misteriosa, sagrada, á la cual no nos es lícito tocar con la mente turbada por incierta pasión y las manos manchadas por el crimen: un sentimiento que enaltece igualmente al que lo posee y á aquel sobre quien recae; que vive oculto en nuestro corazón como en un santuario, y cuando se manifiesta aparece tímido, incierto, vacilante y siempre humilde y respetuoso; un sentimiento constante, resuelto, eficaz, que ni debilita el tiempo ni amenora la distancia; un sentimiento en fin, manantial fecundo de suave, de apacible bienestar, de inefable ventura. No; no busquemos semejante amor en la literatura de los provenzales. El amor de esta literatura es un amor sensual, grosero, asqueroso, torpe; un amor frenético, impaciente y ciego, que solo escita la belleza exterior, de formar la belleza fría y matemática de la carne; amor efímero y circunstancial que solo dura lo que dura la pasión; amor de suyo infecundo y estéril, que se olvida con la misma facilidad que se adquiere; amor impudente, atrevido, temerario, que nada teme y que nada respeta; amor que considera

á la mujer, no como una compañera dada por Dios al hombre para establecer un justo, un necesario, un benéfico equilibrio entre su cabeza y su corazón, para completar su individualidad, que de otro modo permanecería aislada en la esfera de los hechos metafísicos, y haría árida, infecunda y difícil su existencia; sino que mira á la mujer como un ser despreciado y despreciable, tan solo útil en el mundo de la realidad para entretejer la fantasía del hombre, y satisfacer sus lascivos caprichos; amor en fin, que no es cristiano, que forma un anacronismo en la poesía provenzal, que nace en esta poesía, merced á causas incidentales y secundarias, como por ejemplo, la de las influencias topográficas, y á esa serie de motivos variables y circunstanciales, que envuelven en sí y como que arrastran de un modo fatal la decadencia de todo sentimiento.

Este es el amor en la literatura provenzal. Estos son los caracteres generales que le distinguen y le imprimen un giro especial. ¿Y por qué hallamos en esta poesía un amor tan extraño, una pasión tan poco revestida y engalanada con los caracteres del cristianismo, y cuya grosera sensualidad discrepa tanto de lo elevado, de lo grandioso y sublime de la idea cristiana, de lo puro y noble del sentimiento humano, envueltos en ese sentimentalismo, en ese bello ideal que se cierne cual vaporosa nube sobre el horizonte de la edad media? Por una rara serie de causas, por un anómalo conjunto de motivos de no fácil explicación, pero que se hallan frecuentemente reunidos en una edad en que se reúnen opuestos elementos sociales, en el gran trabajo de reconstrucción que se verifica en los hechos y las ideas.

Entre los provenzales existía un libro muy particular y extravagante, resumen de los elementos de su literatura, y cuyo examen en el terreno de la religión, de la filosofía y del arte, dándonos á conocer las verdaderas, las genuinas fuentes de esta poesía, nos dará también la medida de lo que debía de ser su forma. Hablamos del código de amor. Nótese la palabra *código*. Código, es una reunión de preceptos, de leyes: se manda el amor, se impone como un deber, como una necesidad: esta palabra basta. El amor convertido en obligación, en necesidad, se convirtió igualmente en costumbres: y la costumbre de hacer una cosa, por grata que esta sea, no tiene atractivo ninguno, se hace cosa vulgar y despreciable, por aquello de que «demasiada familiaridad es causa, etc., etc.»

Mandábase en este código que servía de tal para la redacción y composición de estas poesías, y para dirigir los fallos de las damas-jueces en los certámenes de amor, cosas tan peregrinas como la de que el matrimonio puede disolverse por un gracioso divorcio de amor; esto es, que la mujer, la esposa, puede lícita y honradamente enamorarse de un trovador que toca la lira bajo su ventana y le canta una canción amorosa. Nótese que en esto van siempre ganando los trovadores, que concluyen por calzarse con las damas ajenas: pues como no es fácil que un marido se enamore de un trovador y se marche con él, á la esposa únicamente incumbe el infringir las leyes conyugales, por obedecer á las de amor. Mándanse una porción de cosas por el estilo, referentes todas á este venturoso amor; á que sea generoso y espléndido, á que no repare en pelillos, ni sea escrupuloso, ni demasiado casuista en motivos morales; y ya sabemos todos lo que es en una mujer el ser espléndida en amor: el ser como la famosa Ninon de Leullos, de quien se dice dejaba á los flados el designar la casual paternidad de los hijos habidos de sus amantes, y como otras muchas célebres damas de este género aventurero. Sigue este famoso código estableciendo cosas por el estilo, como el que se puede tener un amante, aun dentro del sagrado tálamo de himeneo, por aquello de que no obsta lo cortés á lo valiente; esto es, que se puede servir, contra lo prescrito en el Evangelio, á dos amos, á Dios y al diablo; y en fin, una larga serie de cosas análogas cuya tendencia poco moral puede fácilmente calcularse. Ahora bien: un amor inmoral no es amor. ¿Qué porfía tomaste tan sin pró, siendo tan bien andante en este reino? preguntaba D. Juan Alfonso de Albuquerque, privado de D. Pedro el Cruel, á D. Alfonso Fernández Coronel, señor de la villa de Aguilar, quien por solo seguir el espíritu de rebelión de su época se había levantado y hecho armas contra el rey de Castilla. D. Juan Alfonso, contestóle el rebelde señor, *esta es Castilla que hace los hombres y los gasta*.

¿Qué razón pues, qué motivo, qué pretexto siquiera tenían los poetas provenzales, qué porfías tomaban tan sin pró estos poetas, siendo tan bien mirados, tan bien quistos por el espíritu cristiano, galante y caballeresco de su época, para levantarse contra este espíritu que á manera de égida los protegía, y hacer armas contra él? ¿Qué razón tenían para blasonar de inmoralidad, de irreligión, estampando en ese libro llamado Código de Amor leyes de galantería tan inicuas, preceptos amorosos tan destructores de todo orden religioso y moral? ¿A qué introducir con las máximas disolventes de este código, en el seno de pacíficas familias, el desorden, la desunión, la ruina y muerte, rompiendo el matrimonio, base en que se apoyan, eje en torno al cual giran, y poniendo en su lugar el negro fantasma del adulterio cuyo aspecto huyen pavorosos todos sus miembros? ¡Ah! que tal era

el destino de la Provenza, el de hacer á sus hombres y gastarlos. ¡Ah! que era cada poeta provenzal rápido, pero fatal meteo, que cruzaba el horizonte esparciendo por doquier el brillo y el espanto.

Estas son pues las famosas cosas que se hallan en el Código de Amor. Ellas forman la fuente de Hipómenes, la musa inspiradora de los cantos líricos de estos poetas. A ellas se sujetan los trovadores en sus sentimientos ó ideas. ¿Y qué otro linaje de amor podría resultar de aquí que el ya descrito anteriormente? ¿Y cuáles debieran ser las consecuencias de este amor en el terreno de los hechos y de las ideas, en el mundo moral, intelectual y físico? En las ideas, en los sentimientos, el desconcierto, la desorganización, la anarquía: porque de todas las pasiones que han establecido su morada en el corazón del hombre, la de la lujuria es la mas funesta en sus resultados: es aquella con que la divinidad ciega la mente humana, la trastorna y extravía, cuando quiere perder al desgraciado mortal. En los hechos, los amores ilícitos, el adulterio, el reinado del crimen y de la liviandad: la desunión de las familias, el desquiciamiento en todos los elementos que componen el sagrado hogar doméstico; y de aquí la corrupción de las costumbres sociales que cunde por todas partes con rapidez espantosa, fecunda en violentas, en dramáticas consecuencias. El trovador, por punto general, es un hombre lleno de vicios, un calavera de mal género, un grotesco Lovelace, un Faublas, cuya vida aventurera y romancesca, llena de agitaciones y febriles emociones, se pasa de un modo sobre manera extravagante. Durante el tiempo del frío y de la lluvia, cuando sobre la naturaleza toda se estienda pesado el manto de la tristeza y de la melancolía, el trovador desata las cuerdas de su lira y se retira á sus humildes hogares; ó con mas frecuencia á los opulentos de algun magnate que gusta de sus cantos bajo las sonoras bóvedas de su castillo feudal. Mas cuando la naturaleza muda de aspecto; y al pálido sol de la melancolía sucede el sol brillante de la esperanza, cuando canta el pájaro en la enramada y abre su cáliz la flor del valle, abandona el trovador sus penates de invierno y se lanza como la naturaleza á disfrutar de nueva y mas alegre vida.

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO II.

UN SIERVO DE DIOS.

En el mismo día de los sucesos que refiriendo vamos, con la diferencia de algunas horas, paseábase por una cámara de su palacio el vetusto y sombrío D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y esposo *ante faciem Ecclesie* de nuestra recientemente conocida la hermosa y no bien hallada condesa Doña Ana. Entre varios pergaminos que tenia en sus manos, pasaba de cuando en cuando por uno de ellos en particular profundas miradas, con evidentes señales de inquietud y desasosiego. Paseábase de nuevo, tornaba á leer, y ahogando una especie de rugido amenazador, echaba por la pieza cada vez con pasos mas presurosos y desiguales. Engolfado se hallaba el descontento pródigo en sus preocupaciones, cuando un ugió tocó á la puerta, anunciando al reverendo fray Antonio de Guevara, definidor provincial de los padres franciscanos de la Observancia, á quien mandó introducir sin demora á su presencia, saliendo además á recibirle en la antecámara con insigne deferencia y benévolo talante.

—¿Cuánta honra para quien humildemente viene á besar las manos de vuestra grandeza!... dijo el franciscano con hipócrita mansedumbre, apenas vió al magnate depararle tan distinguido recibimiento.

—Vengan siempre en buen hora á los umbrales del potentado de la tierra los representantes del poder de Dios.

—¡Siempre tan noble como buen cristiano!

—Entrad, entrad, padre, que tengo singular satisfacción en veros por aquí esta mañana.

El almirante decía estas palabras, haciendo entrar al fraile en su cámara, y volviendo despues la puerta, que se cerró suavemente tras de los dos. Señaló en seguida un espacioso sillón al recién llegado; y mientras este arrellanaba penosamente en él su espacioso volumen, D. Fadrique se colocó á su frente, y arrojando los pergaminos sobre la mesa que entre ambos mediaba:

—Sin duda, dijo, padre guardian, Dios os ha tocado en el corazón; porque no podáis llegar á mejor tiempo.

—Pues?...

—Vuestros consejos me han de ser hoy grandemente necesarios; y acudo á V. P. con decidida confianza.

—Casi me pone en cuidado!... pero sea lo que fuese, soy vuestro; y todo cuanto pueda hacer mi humildad será corta ofrenda de mi agradecimiento y del de la orden.

—Siempre lo he visto así... y ya sabéis procuro hacerme digno de vuestra bendición y de la del cielo.

—¡Os deben tanto los militantes hijos de mi gran padre!...

—Y quiero que me deban cada día mas. Desde hoy hago donación á vuestro convento de doscientas hanegas de pan mediado sobre mis estados de Villabragina.

—¡Oh magnífico y piadosísimo protector!...

—Pero del asunto en que vais á serme útil voy á informar detenidamente á V. P. Sabe bien que yo, humilde vasallo del sacratísimo emperador, soy, ó al menos há en mí creer, el sosten, la columna del trono y de la religion, tan fiera y locamente atacados por los rebeldes de la comunidad.

—Oh!... sí, sí!... esos hijos de Satanás...

—Luego me direis. Toda España sabe lo que yo y los míos hemos hecho por la causa santa. Nada empero ha sido bastante para contener y domar ese torrente popular que amaga devorarnos; y hoy, padre, hoy es el día en que casi desconfío de la salvación de los buenos.

El fraile palideció, y el almirante lanzó un gemido sordo.

—Mientras parece, continuaba este, y sin embargo nada mas cierto!... Aquí tengo los despachos que contienen tan desconsolador dictamen. Estamos en medio de un círculo de fuego, que se vá estrechando, y que sin un esfuerzo fabuloso concluirá por ahogarnos sin remisión. Mirad, mirad!—En Valladolid se asienta el gobierno rebelde; y bajo el título de *Santa Junta* domina toda aquella merindad. En Torredillas se halla la Reina Madre en manos de la insurrección. Yo bien sé que es por sí misma un elemento nulo: pero es la reina, y este nombre nos hace mucho daño en el ánimo de la plebe, que juzga solo por lo que ve, ó se la hace ver sin examen, y por su impresión. Y los comuneros tienen bastante destreza para fascinarla con la faciecia mancomunada de la reina en su acción, para autorizar la rebeldía con su nombre y carácter, para oponernos una reina viuda, hermosa, doliente y española, que no puede menos de excitar simpatías en el hidalgo, caballero y apasionado corazón de nuestros paisanos; y para sacar, en fin, de todo esto mas partido del que pudiéramos creer y esperar.

El inquieto obispo de Zamora se ha hecho dueño de la ciudad, arrojando de ella de rebato al conde de Alba; y junto considerable escuadrón, ha venido sobre nosotros y tomado á Villabragina, rompiendo al marqués de Astorga. Salamanca envía á D. Pedro Maldonado con mil peones; Leon con una gruesa banda á Gonzalo de Guzman; todas las ciudades y villas de Castilla niegan acatamiento al emperador; y hasta en las aldeas ha penetrado el contagio del levantamiento y la mala pasión. Ya veis; Ampudia, Torremormoja, tomada al descomedido conde de Salvatierra por el bueno de D. Franco de Zeamonte, están amagados de caer en manos de cinco banderas, que sobre ellas vienen de Cabezón y Cigales. A estas horas ignoro qué habrá sido de Mazariego y Monzon. Y á nuestras mismas barbas Palacios de Meneses hace cuerpo en la rebelión, y la importante atalaya de Tordehumos es el núcleo de los enemigos, que cada día nos afrentan con su audacia y descomedimiento!...

Calló el almirante para tomar aliento y dar vado á su afán. El reverendo, de palido habia dado en livido, y se mordía los labios sin compasión.

—¿Qué tenemos nosotros, prosiguió el narrador, para hacer frente á tan deshecha borrasca?... Esta villa, populosa, opulenta y de mi mando, es cierto. Pero con todo, no veo claro. Los vecinos de Medina de Rioseco están tan viciados del espíritu turbulento y mal sufrido de la comunidad, como los que andan desaforados por los campos y ciudades. Tienen los mismos intereses, franquicias y pasiones que defender. Y si aquí no ha sonado la mala hora, gracias á mi prevision de ocupar la villa, á guisa de país conquistado. Guardémonos de un azar, que ni es imposible ni dejaría de ser mortal.—Aparte de esto, á nuestro lado bullen unos cuantos señores y un montón de gente mal avenida y peor aderezada. Y tenemos que luchar contra el pueblo, contra mucha y granada parte de la nobleza, contra la reina, contra un mundo, en fin, de enemistades, aventuras y peligros. El cardenal fia de mí el desempeño de esta empresa. El César me colma de confianzas y mercedes. Y ambos me ponen á punto de salir adelante, ó perder la vida en la demanda. Ya me habeis oído. Ayudadme pues con vuestros consejos, y pedid á Dios por el reino y por el rey.

Después de esta fatídica terminación, el almirante quedó en penosa espera; á la cual el fraile no hubo de responder tan breve, que dejase pasar un intervalo de profundo silencio. La precedente

relación habia encendido en su alma los infernales odios que profesaba á los comuneros, y la sed de venganza y mortales iras que inundaban sus ojos de siniestros relámpagos, á pesar de los esfuerzos que hacia para no desmentir la mansedumbre apostólica. Logrando al fin reconcentrar sus violentas impresiones, que sabia no eran del gusto ni entraban en el sistema del almirante, repuso con voz reposada y mentida gravedad:

—Mucho me duele, poderoso señor, la pintura del estado y de la religion que habeis sido servido en confiarme. Y tanto mas, que me conozco muy pequeño para que mi voto sea de algun valer en tan enmarañados contratiempos. ¿Qué se le alcanza de los peligrosos caminos del mundo á un pobre religioso condenado á la oscuridad y al alejamiento de las vanidades?...

—Sé bien lo que vale vuestra virtud y reconocidas prendas. Jamás invoqué en vano ni el consejo del sabio, ni la oración del justo.

—Yo no soy mas que miseria é imperfección. Si alguna vez mis palabras han tenido valor, es un rasgo de la misericordia divina, que se complace en resplandecer sobre el mas indigno de sus siervos!

—¡Oh!... No sabe V. R. lo que sufro, ni las tempestades que me cercan. Si al menos pudiera contar con los míos...

—¿Cómo, señor!... El primero de los próceres de Castilla, el lugarteniente del cesáreo y católico emperador, el Moisés del estado...

—Si; el prócer que no tiene igual, el brazo del imperio... se halla quizá mas infeliz que el último de sus pecheros!

—¡Oh!... esa es una exageración de vuestra fantasía!... una de las flaquezas de la humanidad.

En otra ocasión haré por convenceros de mis tristezas. Ahora importa sobre todo acudir á los peligros del estado. Os he pedido un consejo... y ya le aguardo.

—Necesito tiempo para reflexionar.

—¿Os bastarán veinticuatro horas?

—Confío en la miseri orda de Dios.

—Hasta mañana pues.

E inclinándose el fraile profundamente, salió del aposento, echóse la capucha, y comenzó á recitar el *miserere* sorda y paulatinamente; mientras decia consigo mismo: mañana seré dueño de la conciencia de la condesa... son buenos todos los medios que conducen al fin.

(Continuará.)

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

VIII.

Todo es alegre bullicio, todo es júbilo en Granada; flores ostentan sus calles, sus ajimeces guirnalda. Ya triunfante Abul Walid viene á deponer las armas, y su pueblo alborozado por el tránsito le aclama. Otsman le acompaña y muestra su faz abatida y pálida; que algun sentimiento amargo le oprime y angustia el alma. Mas ¿qué fué de aquel mancebo cubierto de ricas galas, que al partir, tan animoso en su otero cabalgaba? Nadie lo sabe; la noche en que perdió su cristiana se alejó del campamento. Acaso piensa el monarca que dócil á su advertencia hacia Guadix caminaba; pero algunos mas sagaces murmuran en confianza, que con muchos de sus deudos se vino en pos de la esclava.

Apenas la oscura noche estendió sus negras alas, mientras los nobles solícitos acuden al régio alcázar, y al monarca felicitan por la gloriosa jornada,

cuatro ginetes armados
con sigilo cabalgaban,
entre la espesa arboleda
que cubre de sombra opaca
el lecho, por donde el Dauro
lleva su corriente mansa.
Uno, el corcel abandona,
á otro las riendas encarga,
y en blanco albornoz envuelto
sube la pendiente rápida.
Un hombre á su encuentro sale,
que le murmura en voz baja:
«ya toda la gente oculta
solo la señal aguarda.»
«Bien» contesta el embozado,
y á la senda solitaria
que al Generalife guía
desde la vecina Alhambra,
se encamina hasta ocultarse
bajo la densa enramada.

La triste Leonor en tanto
levanta sus negros ojos
hacia el cielo,
y no halla alivio á su llanto,
ni consuelo.

No calma la bella estancia
del régio Generalife
sus dolores,
ni percibe la fragancia
de las flores.

Pero en la verde espesura
de aquellos valles sombríos
quizá vela
alguno, que su ventura
solo anhela.

Apenas los atentos cortesanos,
que siempre son del vencedor amigos,
se alejaron del rey, su alfange pide,
y trocando su espléndido vestido,
del mágico palacio oculto sale
y en silencio y á pié tomó el camino
del real Generalife, donde espera
dar sus graves cuidados al olvido.
Aun largo trecho que cruzar tenía
cuando le cierra el paso de improvisó
blanco fantasma, en cuya airada mano
lanza un acero su funesto brillo,
y que le grita: «Abul-Walid, detente,
que has de pasar sobre el cadáver mio
antes que llares tuya á esa cristiana.»
Era Walid de corazón altivo
y en armas diestro: desnudó el alfange
y al contrario acomete enfurecido.
De los dos combatientes, uno á poco
el pecho traspasado, al suelo vino,
y el otro se alejaba murmurando:
«ó morir ó matar, estaba escrito.»

Numerosos brotando por doquiera
sus armados secuaces escondidos,
acometieron á la escasa guardia,
que fué impotente á contener su brío.
Y vió Leonor entrar en su aposento
al generoso moro que le dijo:
«enjuga ya tu llanto, que eres libre.
En Martos lo juré; vengo á cumplirlo.»

Conclusion.

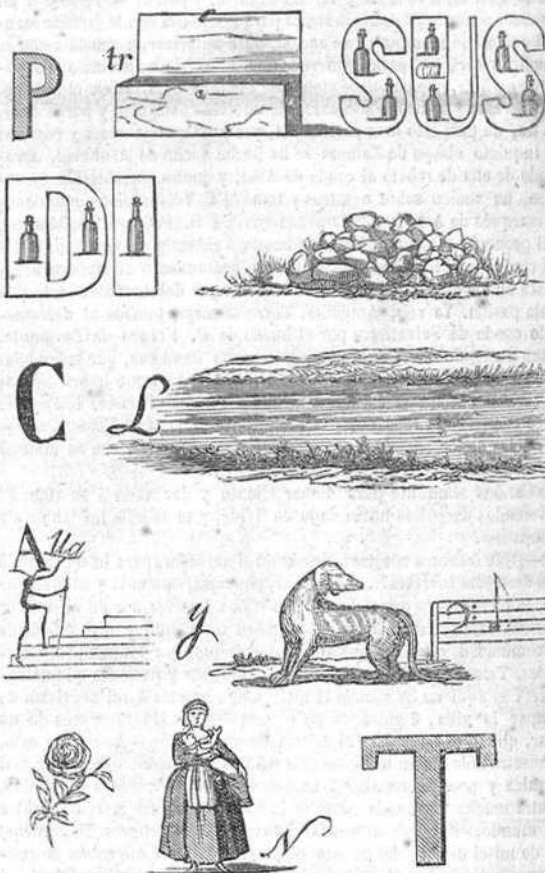
A Alcaudete conducido
fué, con diligencia suma,
el buen Fernando Padilla
después de la infausta lucha.
Mas que su grave dolencia
agudo pesar le abruma.

Una noche llega al lecho
un escudero y le anuncia
que unos caballeros árabes
por su morada preguntan.

Consolador pensamiento
al punto su mente cruza,
y que les den libre entrada
manda sin tardanza alguna.
Trocóse en intenso júbilo
de su corazón la angustia,
cuando á su Leonor contempla
tímida y bella cual nunca,
y á Ismael, que al verle dice:
«de toda villana injuria
prometi librarla; es justo
que cual lo juré, lo cumpla.
Te la devuelvo: no está
la lumbre del sol mas pura.
Para siempre de mi patria
me aleja ingrata fortuna;
quizá las futuras gentes
mi nombre de infamia cubran;
mas pensaré donde quiera
que mi estrella me conduzca,
que aquí Leonor y Fernando
con gratitud le pronuncian.»
Al terminar, por su rostro
dos lágrimas de amargura
rodaron, que sin demora
con el albornoz oculta,
y á despecho de Fernando,
que por detenerle pugna,
sale, cabalga, y á poco
perdióse en la niebla oscura.

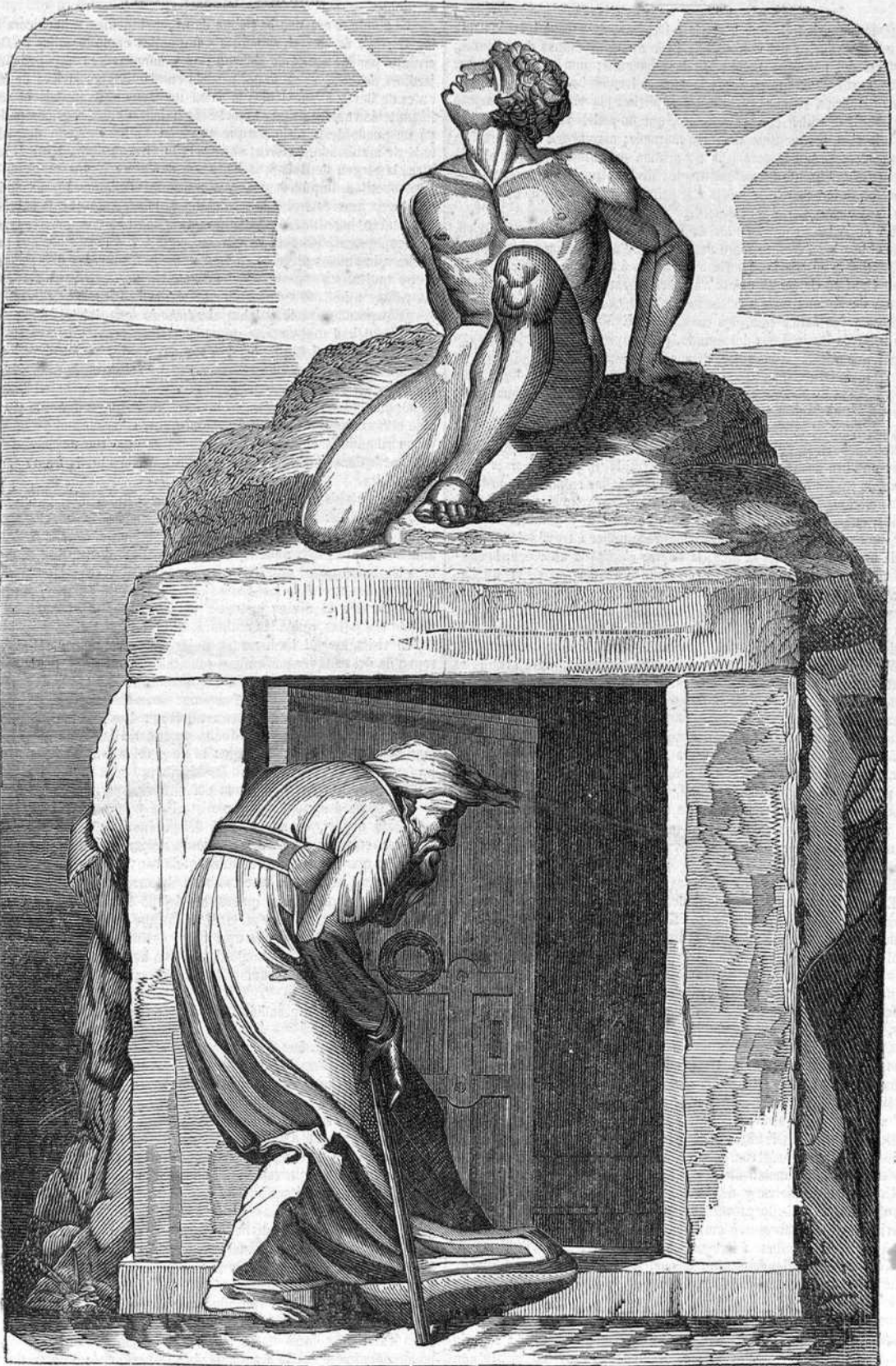
EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



MORIR ES RENACER.

15 DE ABRIL DE 1855.

LAGRIMAS DEL ALMA.

¿Quereis oír? Es una historia tristísima, de escaso interés; una página descolorida del voluminoso libro de las humanas decepciones; un verso del perpetuo poema de la amargura; una palabra de ese continuo sarcasmo que se llama la vida... La vida! el mas prolongado de los martirios, el mas cruel de los suplicios; ¡la vida! ese tormento que habeis de sufrir con resignacion, que no podeis alejar de vosotros ni acelerarle, porque tiene duracion marcada; ni romperle ni destruirle, porque destruyéndole cometeis un crimen espantoso, porque el suicidio es el quebrantamiento de una ley divina, porque la vida es una espacion dolorosísima impuesta á la primera ingratitud que el hombre y la mujer cometieron juntamente.

La mujer! el primero de los seres ingratos en el órden cronológico, como el hombre fué el primero de los homicidas; la mujer, encarnacion del hombre y su poesia, poesia voluptuosa á veces y dulcisima como la del *Cántico de los Cánticos*, á veces acerba y estridente como los poemas de Byron; novela misteriosa y acre como las de Soulié, caprichosa y fantástica como los cuentos de Hoffman; la mujer, flor la mas bella de los jardines del mundo, pero cuyo perfume lleva consigo ponzoñosos miasmas; la mujer, eterna é inconcebible contradiccion en su organismo y en su espíritu, en sus sentimientos y en sus ideas: incomprendible amalgama de debilidad y firmeza, de aspereza y suavidad, de refinado egoismo y abnegacion heroica.

Puerilidades! miserables plágios! cien veces, con diferentes formas, en todos los tonos, en prosa y en verso, desde la epopeya al epigrama, desde un libro de fisiología hasta una gaceta inspirada por el despecho, la mujer ha sido enaltecida y despreciada, colmada de ardorosas bendiciones, zaherida con abrumadores sarcasmos; dictorios ó elogios, execración ó entusiasmo, siempre verdad y justicia nunca. ¿Por qué? porque el hombre mira siempre la mujer á través de un prisma de aumento: cuando la ama, la adora; cuando la aborrece, la execra; cuando la respeta, la diviniza; cuando la desprecia, la huella. ¿Por qué casi siempre la exageracion; por qué? Ay! por que el hombre solo puede juzgarla con imparcialidad cuando la ve con indiferencia... y es la indiferencia tan costosa! se necesitan tantos dolores para adquirir! se sufre tanto antes que la sensibilidad concluya!...

Vosotros, las que me tratais, y creéis conocerme, cuán grande es vuestro error! Estravagante, acre, duro, veladoso, escéptico, ingrato, cruel, indiferente... y otros epítetos análogos, me los aplicais sin reflexion, sin piedad, y á ninguna os ocurre el propio, ninguna emplea el que verdaderamente me corresponde... ¿Por qué no me llamais *desdichado*? Esa palabra basta para comprender todas mis estravagancias, todas mis acritudes, todas mis durezas, todas mis veleidades; esa palabra explica mi escepticismo, mi ingratitud, mi crueldad; esa palabra es la clave de la indiferencia que segun desciís os mata, porque sobreviene en los instantes en que esperais mayor fogosidad, un entusiasmo delirante, los impetuosos arrebatos de una pasion volcánica.

Si no comprendéis esa palabra, os la explicaré. Escuchad.

Era una tarde de mayo: balsámicas brisas perfumaban el espacio: acercábanse los crepúsculos vespertinos: el manso murmullo de un caudaloso río, que hace adivinar el mar, como la luna hace adivinar el sol, se confundia con el susurro de una frondosa alameda; los espíritus que preceden á la noche llevaban á las flores la órden de cerrar sus cáliz; percibíase los penetrantes acentos y las dulces melodías de enamoradas avejillas que desde las ramas de las acacias, de los tilos, de las lilas, de las magnólias, de los sicomoros, se enviaban unas á otras en elocuentes trinos suavísimas protestas de su amor, ó de sus celos melancólicos querellas: y lejos, muy lejos, el confuso rumor de una ciudad populosa. No se veía una mujer, no se veía un hombre... un jóven, no, no; un niño sentado al pié de una magnólia era el único ser humano que allí se descubría.

Un niño! diez y seis años, corazon virgen, encantadoras ilusiones, sueños magníficos, poesia en el alma, experiencia del... colegio! ¿Qué hace allí solitario y melancólico? Sueña y siente...

Un grito convulsivo y desgarrador, repentino y lejano, hiere el oído del infantil soñador; levántase instintivamente como si hubieran experimentado sus fibras una conmocion eléctrica. Las fuertes pisadas de un corcel se perciben á lo lejos; aparece en el extremo de la ancha calle de magnólias donde el niño se encuentra; avanza con sorprendente velocidad, sin que los esfuerzos de su ginete puedan contenerle: desde el corcel al niño treinta pasos, desde el niño al río, veinte... cincuenta pasos para un corcel desbocado!... Con la ligereza y la seguridad del tigre que acecha, lánzase el niño al corcel cuando á su lado pasa, cuélgase del brazo izquierdo al cuello, tira violentamente con la mano derecha de una sola brida, y el fogoso animal, jadeante y enfurecido, cede al dolor que la presion de un solo befo le ocasiona, vacilan sus nerviosas piernas al apoyarse en ellas, pierde su equilibrio

y cae. Cinco pasos mas, y el ángel de la muerte sale de las corrientes del río para recibir en sus descarnados brazos al niño, al corcel y á su ginete.

El ginete... era una bellísima dama, melancólica y hechicera como las vírgenes de Rafael, vaporosa y fantástica como las hijas de Ossian errantes por las rocas de Morven; una encantadora escapada de los jardines de Armida; un ángel perdido en el universo; la Eva de Milton antes de llevar á sus lábios la fatal manzana. ¿Recordais el primer instante de vuestro primer amor? Si le habeis olvidado, os compadezco; yo no puedo describirlo porque tambien le he olvidado después de haberle maldecido. La Eva, el ángel, la encantadora, la ninfa ossiánica, la virgen de Rafael, la bellísima dama era... una mujer de groseros apetitos, impúdica y sensual; una miserable adúltera! adúltera que fingia amores en las horas del día al pobre niño que la salvará de una muerte horrible, al pobre niño que la adoraba con inefable ternura, con respetuosa y cándida veneracion, adúltera que se embriaga por las noches con cínicos placeres en los brazos de un hombre que pertenecía á otra mujer.

¡Pobre niño!

¿Comprendéis ya la palabra *desdichado* que leisteis hace poco? ¿No? Escuchad todavia.

Velados por un cortinaje de damasco verde, penetraban en una fúnebre estancia los melancólicos rayos del sol de otoño: era el último día de octubre. Enfrente del balcon, y próximo á la pared habia un lecho; en el lecho agonizaba un hombre. Sentada en el borde y estendido el brazo sobre la almohada, sostenia una hermosa mujer la cabeza del moribundo, y enjugaba de tiempo en tiempo con una mano de escultural belleza el helado sudor que brotaba de aquella frente cárdena y marchita.

La agonía de un tísico, prolongadísima y tremenda, es un espectáculo horroroso: las entrañas del espectador se hacen pedazos: aquellos gemidos imperceptibles, aquella ansiedad creciente, aquella respiracion anhelosa y desigual, aquella lividez, aquellos ojos sin brillo, aquella mirada glacial no se describen; se recuerdan, y su recuerdo aterra. La salvacion eterna de los tísicos es para mi un axioma, porque no es implacable la divina justicia: ¿si los tísicos no redimen en este mundo sus faltas, quién las redimirá, quién?...

El tísico murió! La hermosa mujer que sostenia su cabeza, fué separada del cadáver por amigas solícitas y cariñosas, que la sacaron de la estancia, la condujeron á una alcoba inmediata, la desnudaron, y la metieron en un lecho con cortinas de moiré blanco, sujetas con una corona de camelias celestes artificiales. Los grandes ojos negros soberanamente hermosos de aquella mujer derramaban abundantísimas lágrimas de amargo desconsuelo: ni un gemido, ni un sollozo... tan profundo era su dolor, que sin las lágrimas, se la hubiera creído la estatua de la amargura, labrada por un cincel divino.

Dos horas después, con voz misteriosa y serena:

—Esta noche, cuando el reló del gabinete señale la una, sal al corredor, encontrarás á Lucia, le conduciré aquí, y cuando crean esos imbéciles que reposo, estaré embriagada con las caricias de tu amor.

—Gracias, señora! la muerte acaba de arrebatarnos un amante que iba á ser vuestro marido, que os ha dejado toda su fortuna, que ha murmurado vuestro nombre al lanzar el último suspiro, ignorando tanta perdida: él os creía pura y os amaba; yo os amaba sin coger en vuestra pureza; pero este último rasgo de cinismo ha desgarrado mi corazon, y herido mortalmente mi amor. Adios, señora!

Infeliz jóven!

Si no habeis comprendido todavia la palabra *desdichado*, continuad escuchando.

Hay una atmósfera cargada de pútridos y deletéreos miasmas, donde las naturalezas mas nobles se vician, los corazones mas elevados se bastardean; donde reina constantemente el aire pestilencial y epidémico de la mas oprobiosa lisonja, de la adulacion mas abyecta; las pasiones que envilecen á la humanidad, porque la degradan, tienen allí su asiento, ejercen allí su funesto poderio; la envidia, la soberbia, los celos sin amor, la codicia, derivaciones todas del mas inicuo egoismo y los instrumentos que este simultáneamente emplea, el disimulo mas refinado, la mas rastrea intriga, la mas humillante hipocresia, el mas cobarde servilismo, la mas calculadora perfidia, son allí hechos tan generales y frecuentes, que nadie los censura, ni los estraña, ni los percibe siquiera, cuando no afectan á su persona: si interesan, se toma venganza; si no interesan, se ven con indiferencia.

En esa atmósfera, cuyo nombre habreis adivinado, encontré yo una flor pura y lozana: veintidos primavera habian pasado sobre ella, y su cáliz permanecía virginal, como en el instante de nacer. Eran bellos los colores de mi flor, pero la belleza de sus colores no podia compararse con la fragancia de sus perfumes: aquella flor virginal era el sueño de mi vida, la realidad de mis ilusiones, el término de mis esperanzas, el blanco de mis deseos; yo aspiraba sus purísimas emanaciones en mis eternas horas de amargura, y mi lacerado corazon

sentía caer sobre él un bálsamo bendito, y las úlceras se cerraban, y desaparecían los dolores, y los recelos cesaban, y la confianza renacía, cuando murmuraba con misterioso lenguaje que yo solo comprendía.

—Prefiero el lugar mas humilde de tu pobre huertecillo, á ocupar el principal en los pensiles de un rey.—Y columpiándose en su tallo, muelle y voluptuosa, se inclinaba sobre mi seno demandando un beso de ternura.

Pero ¡ay! que mi flor estaba adherida á un tronco carcomido y rodeada de viles insectos, que escupían su veneno al que intentaba cogerla, porque de ella se nutrían, porque esperaban venderla. Y se formó una horrible y asoladora tempestad; y silbaron los vientos, y cubrióse el cielo de negro y tenebroso manto, y en medio de aquellas densas tinieblas blandió una mano traidora el puñal de la calumnia, hirióme alevosamente, construyó un valladar de imposturas... y un inmundo reptil triunfó del hombre, absorbiendo la fragancia de mi flor, que débil y combatida se dejó trasplantar del huertecillo donde reinaba sola y adorada, despreciando la pobreza de su suelo...

¿No comprendéis aun la palabra *desdichado*? Sí, sí, la comprendemos. Si la comprendéis, perdonadme, compadecedme, consoladme: la perdición primero, la impureza después, el olvido luego, marchitaron mi corazón, le desgarraron, le carcomieron; llevo espinas en el alma; y algunas veces, á pesar mio, sin poder dominarme ni reprimirme, ni aun contenerme, desgarró y lacero el alma que se pone en contacto con la mía... Si en el campo del amor he recogido desengaños, ¿no es natural, aunque doloroso, que esparza al viento sospechas?

Adios, lectores!

R. DE NEGRO.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO SEGUNDO.

(Conclusión.)

Mas no suele ir solo el poeta provenzal. En torno á él caminan varios personajes de la misma profesion, aunque menos elevados en categoria; que el trovador para llevar con dignidad este título há menester ser caballero. El *cantor*, que canta sus composiciones líricas cuando aquel no tiene por conveniente verificarlo; el *jugar*, que ó bien suple al cantor ó bien dice y hace farsas y cosas picarescas, y de las cuales, y entre paréntesis, sale siempre el pudor muy mal parado, con objeto todo ello de amenizar lo sério de la cancion y servir de entreacto. Al lado de estos hállase por fin el menestral, *menestrel*, que ó canta tambien, ó que, y esto es lo mas general, acompaña el canto con su instrumento. Este suele ser á propósito para la circunstancia: guitarra, rabel, flauta, ó caramillo, laúd etc., etc. Esta pequeña compañía artística, especie de teatro ambulante que encierra en su seno los tres elementos del arte dramático á saber, poetas, actores y músicos, llegado que habia el buen tiempo, el tiempo de primavera, como hemos dicho, se ponía en marcha y tomaba la direccion de los castillos feudales, é iba recorriéndolos de este modo mientras duraban las bellas estaciones del año, las estaciones del amor, de la poesia y del placer, hasta que la caída de las hojas y los oblicuos rayos del sol de otoño les servían de señal para volver á su retiro.

Cualquiera comprenderá lo que estos varones tan poco casuistas en materias morales, cuya mision era la de cantar y celebrar el amor en teoría y en práctica, para cumplir con los fáciles preceptos del famoso Código, y cuyos 31 preceptos no hemos examinado todos porque á manera de los diez Mandamientos de la ley de Dios se encierran en dos, en amar y cortejar á todas las guapas mujeres casadas del país, con preferencia á las feas solteras, y amarse á sí mismo procurando etc., etc., cualquiera comprenderá, repetimos, lo que harían de bueno y sobre todo de moral estos varones en sus escursiones poético-galantes.

Nos asiste pues sobrada razon para decir que el poeta provenzal es un D. Juan Tenorio, un Anthony, un personaje cortado á lo Werther, á lo Childe Harold, cuya vida errante y vagabunda se pasa toda en las bruscas transiciones del dolor y del placer, de la fé y de la duda, del vicio y de la virtud. Vida lujuriosa, agitada, violenta, febril, que se consume rápida en el crimen, ó se apaga lenta y penosa en el arrepentimiento. Y la espresion de ese amor impuro que hierve cual perpetuo volcan en el corazón del trovador, y se manifiesta por síntomas no menos aciagos, ya podremos adivinar cual será. El trovador no se atiene á la parte noble y elevada de este sentimiento, á esa serie de causas morales ante todo, que siempre revela el rostro de la mujer al

través de los encantos físicos que le engalanan, y que van formando uno á uno la secreta, la misteriosa cadena, que nos une á la persona amada.

El trovador solo toma por motivo de sus cantos, solo celebra esa belleza exterior y de forma, belleza puramente accidental y pasajera, que podrá por sí misma suscitar y aun conservar una pasión, pero jamás un verdadero sentimiento de afecto, de simpatía, de amor. Belleza que sin mas condiciones será tan fatal á la que la posee como al que se deja arrastrar de un brillo fascinador; belleza que será la túnica emponzoñada de Dejanira que dió muerte á Hércules; belleza que está desterrada, proscriba del arte cristiano, y que no debiérn celebrar los poetas provenzales, como tampoco la celebraron Dante y Petrarca; belleza por fin que hace de la mujer celebrada una Aspasia, una Lais, una Friné, una Lastenia ú otra cualquier cortesana de la antigua Grecia. Y aquí se nos ocurre la siguiente observacion. Si en el arte antiguo pagano hallamos á una Fedra culpable que se enamora de Hipólito, en cuyas venas corre la sangre de aquel que está unido á ella con los vínculos del matrimonio, ¿en el arte moderno cristiano hallamos á impúdicas Mesalinas unirse en vínculos carnales, y á presencia de nuevos é imbéciles Claudios sus esposos, al hombre que bajo su ventana le canta unos versos de amor. Y hallamos tambien ¡oh dolor! que los primeros ecos de la lira profana del arte moderno sé dirigen á manchar, á envilecer un sentimiento al cual debe la vida este arte, al sentimiento religioso. Y si esta es una virtud en los provenzales; siesto constituye su mérito al cual ha de seguir una recompensa, séanos lícito deseársela cual se la deseaba el virtuoso Fabricio al ministro de Píro al oírle proclamar en la Curia Romana las máximas de Epicuro.

¡Da meliora piis errorumque hostibus illum!

El piadoso Eneas decía al lamentarse de las perfidias de los griegos:

*et crimine ab uno
Disce omnes.*

Y nosotros, que con no menos razón nos lamentamos de los crímenes morales y poéticos de los trovadores, les decimos tambien como á hombres y como á poetas: *por uno conocedlos á todos.*

Las poesías de los poetas provenzales tienden todas con extraordinaria uniformidad, aunque en mayor ó menor grado, á eso que hoy entra por mucho en la novela de costumbres y particularmente entre nuestros vecinos los franceses: á la pintura exterior del hombre ó mujer que nos ocupa. Y si es en esta, á la descripción minuciosa de esa serie de bonitos detalles, de agradables incidentes casuales que forman su belleza sensual y aparente. En cuanto á esa enumeración de virtudes, á esas prendas misteriosas del alma que constituyen la belleza de la mujer que amaba Petrarca, de seguro que no las hallaremos en las poesías de los impuros vates de Provenza.

El torneado cuello que destaca su esbeltez sobre blancas espaldas; los grandes y rasgados ojos que despiden tiernas miradas de placer ó de melancolía; la negra ó rubia cabellera que desarrolla lasciva sus sedosas trenzas; el fecundo seno que dibuja sus formas bajo el velo misterioso que le encubre; la delicada mano, de fino, de satinado cutis; el flexible talle que cede, cual rama de palmera, á las diversas y encontradas brisas de la coquetería femenina; el diminuto pié, la seductora sonrisa, el risueño decir de la mujer, joven, hermosa, llena de gracia y lozanía; hé aquí lo que uniformemente celebra el trovador de Provenza. No celebraron otra cosa los cantores de Grecia y Roma. Alceo, Anacreonte, Píndaro, y las brillantes poetisas Safo, Erinna, Mirtis, Corina, Miro, entre los griegos, y entre los romanos Catullo, Tibullo, Propertio y Ovidio, no de otro modo que este sensual grosero y hasta repugnante nos dibujan estos poetas líricos á la mujer.

¿Y saben acaso semejantes pinturas, que destilan por todas partes sucias gotas de repugnante lascivia, en una edad tan pura, tan ideal y sublime en sus sentimientos y afectos, en sus ideas y concepciones como lo es la edad media? No seguramente. Y si es cierto que las circunstancias forman á los hombres y los dominan, los poetas provenzales, el cambiarse poco después las malhadadas circunstancias que los habían dado á luz, porque la humanidad no puede caminar largo trecho en la senda del vicio, debían seguir el cambio de estas mismas circunstancias y desaparecer con ellas. Pero aun cuando esto no fuese, ese amor tan peregrino de que hablamos, debía desaparecer de la faz de la tierra, porque llevaba en sí como esas desgraciadas naturalezas que arrastran su existencia bajo el peso de una enfermedad oculta, fatales gérmenes de decadencia y muerte.

ANTONIO DE AQUINO.

BAUTISTA MONTAUBAN.

(Conclusión.)

Se fué á poner sus polainas y su gorra polaca, volvió, y abrazando de nuevo á la buena mujer, echó á correr delante de mí silbando, mientras que todos los pájaros del bosque revoloteaban cantando alre-

dador suyo. Imaginaba que si no les hubiese espantado mi presencia, se hubieran puesto sobre sus espaldas y su gorra. Después de media hora de camino atravesamos las barracas de los leñadores. Los niños acudieron á vernos pasar.

Oh! ved, gritaban, el tonto de las polainas encarnadas, el hijo de la tía Montauban, que va á cazar sin redes. ¡Buena caza, buen Batil! dadnos algun pájaro, un grajo, un oropéndola, ó uno de esos malditos pica-verdes que agujerean nuestros árboles, y aunque fuese un verdereón. —No, no, les respondí, no tendréis mas pájaros míos como antes, les respondí Bautista, y me arrepiento de los que os he dado. Vosotros los aprisionais en jaulas, en lugar de retenerlos por medio de caricias, los cortais las alas y los atormentais de mil maneras. No os daré mas pájaros. El espíritu de Dios está en la avejilla que vuela. No en el niño cruel que la oprime, que la mutila, que la mata y la come. Sois una raza maldita, y los pajarillos del cielo son mis hermanos.

Bautista volvió á emprender su carrera acompañado de las burlas de aquellos miserables, que sin duda se admiraban de encontrarle cada día mas imbécil.

¡De buena gana los hubiera castigado porque no podía dejar de amar cada vez mas al desgraciado Batil!

Cuando llegamos al sitio fijado, Bautista se detuvo como si se le opusiera una barrera insuperable, retrocedió algunos pasos, y volvió hacia el bosque llamando sus pájaros.

Oh! oh! decía él, ¿dónde estais, las bonitas, las pequeñuelas pajarillas del bosquecillo? No me amais ya, ingratas y mas veleidosas que las mujeres, si el gavilán no os ha devorado. Venid, pequeñas, venid, mis bellas; yo tengo maridos para vosotras, dos lindos verdereones de la última cria!... Tomad, continuó arrojando sobre el césped su gorrita polaca, que dejó sus largos cabellos rubios esparcirse por sus espaldas; dormid, hijas mías, sin temor de los hombres, de las redes del cazador y de las culebras, porque yo velo por vosotras como una madre por sus hijos.

Mientras que él hablaba, me había adelantado algunos pasos. Dirigía mis ojos á las azuladas y limpidas aguas con que bañan, mi querido Yuras, el pie de las nobles montañas que hacen tu gloria y donde no se encuentran muchas ciudades y habitantes! L'Ain es otro cielo cuyo purísimo azul no tiene nada que envidiar á aquel en que se mueven las esferas.

El lenguaje de Bautista me sacó de mi contemplación. Me aproximé á su toca con paso silencioso y mesurado, pero riéndome interiormente de mi credulidad. Sin embargo, los pajarillos estaban allí estrechándose unos á otros y levantando sus alas para cobijarse mejor, como la falange de tortugas que se tapaban con sus escudos. No tengo necesidad de deciros que me retiré inmediatamente para no espantarlos. —Aunque vuestra caza me parece feliz y completa, es probable que no volveréis esta mañana á la casa blanca del bosque. Vuestra madre os ha recomendado el ejercicio, y yo espero encontraros al volver. En todo caso, ya he tomado bastante bien las señas del camino para no extraviarme, y sentiría mucho deteneros aquí contra vuestra voluntad. Pero si no os vuelvo á ver, Bautista, tendría un sentimiento en separarme de vos sin dejaros algun recuerdo de mi amistad. Guardad en memoria mia este reloj de plata, si no preferís esta pieza de oro para comprar lo que necesiteis... —Un reloj!... dijo el inocente tomándose la mano, ¿creéis que el sol llegará á extinguirse hoy?... Orol! mi madre tiene todavía para nuestros pobres: ¿y de qué podría servirme en medio de mis pájaros?... ¿No tenéis nada que desear, Bautista?... Nada, porque mi padre no me ha negado nunca cosa alguna... sino un maldito cuchillo.

Esta idea me estremeció, y recordé lo que me había dicho su madre. —Dios me libre, Bautista, de daros un cuchillo! mi buena nodriza, que vive todavía, me ha repetido cien veces que este triste presente rompía los lazos de la amistad. Y además gentes como nosotros, amigo mío, no llevan consigo cuchillo. Yo no me he provisto jamás de armas del carnícoro y del asesino.

Bautista volvió á su gorilla, y se puso á hablar á sus pajarillos. Le observaba un momento antes de seguir mi marcha, cuando me oí nombrar por un grupo de ginetes que iban en la misma dirección.

—Máximo aquí! Máximo en las pintorescas orillas de L'Ain! Llegó á tiempo; los amigos del Dubourg no deben faltar á la bendición nupcial de su bella Rosalia, y ya es cerca de medio día. ¡Desgraciado! exclamé para mí, y no respondí. Bautista me ocupaba demasiado. En efecto, este dirigió hacia ellos una mirada vaga y sin expresión determinada: después le vi sonreírse y volver á sus pájaros. Llegué á creer que no había oído, ó no había comprendido, y me reuní á mis nuevos compañeros de viaje sin perderle de vista. La boda fué alegre como todas las bodas. Los hombres no estan nunca tan contentos como el día en que abdicen su libertad. Rosalia estaba encantadora, mas encantadora que nunca, pero mas pensativa de lo que suele estar comunmente una joven desposada. Su alma conservaba sin duda un vago

recuerdo de los hermosos días de la infancia en que ella debió soñar otros amores y otro esposo... En cuanto al novio, era un robusto manco dotado de una constitución vigorosa que ninguna emoción había alterado jamás; dotado de esa serenidad imperturbable que una gran fortuna y un poco de trato social dan á los tontos, hablando alto, hablando mucho, hablando de todo, riéndose de lo mismo que decía, forzando á los demás á tomar parte, á despecho suyo, en su satisfacción, gordo industrial, instruido superficialmente en física, química, jurisprudencia, política, estadística y frenología; elector y elegible por derecho de patente y de capacidad territorial; por lo demás, liberal del justo medio, clásico, filántropo, materialista, y el mejor hijo del mundo, un hombre insoportable.

—Partí tan pronto como fui dueño de mí, disimulando diestramente mi evasión por medio de los juegos y las fiestas. Deseaba volver á ver á Bautista. Cuando llegué á la entrada del bosque al sitio en que el L'Ain se sepulta en la tierra, vi algunas ligeras barquillas que recorrian el río en todas direcciones, y que no había visto por la mañana. Suponia que pertenecerian á los colonos del canton que se esforzaban por proporcionar provision de pesca para los festines de la quinta de Dubourg. De pronto las barcas se acercaron á la orilla, los aldeanos saltaron en tierra, y un grupo bastante numeroso rodeaba un bulto. No soy curioso; sin embargo, sin saber por qué corrí hacia él.

—El es, decía un viejo pescador, es el pobre inocente de las polainas encarnadas, el hijo de la Montauban, que se habrá ahogado persiguiendo alguna golondrina, sin acordarse del río: si no se ha arrojado de intento, lo que Dios le perdone! Bautista! pobre Bautista! ya no me pedirá un cuchillo el desgraciado niño. —Tal vez, dije precipitándome hacia el cadáver, no haya muerto todavía; tal vez podamos volverle á la vida!

—¡Pero cómo quereis que no esté completamente ahogado? respondió otro pescador. Uno de nuestros niños que estaba aquí le vi arrojarle en el momento en que la cabalgada de los amigos de Mr. Dubourg salía del bosque. Acudimos á los gritos del niño, y hemos tardado siete horas en encontrarle. Entonces está muerto! Qué fortuna! exclamó un lindo niño de unos diez años corriendo hacia el monte; yo sé dónde ha dejado su gorra polonesa que está llena como un nido de pajarillos verdes.

He vuelto á pasar después por el país. No he podido adquirir noticia alguna de la madre de Bautista; sin duda ha muerto ó ha vuelto á su aldea.

La casita blanca del bosque ha cambiado de forma. Es muy grande y muy ruidosa: así las aves no acuden ya á ella. El yerno de Mr. Dubourg ha establecido en ella una escuela de enseñanza mútua, en la que los niños aprenden á tenerse envidia y aborrecerse mutuamente, y después á leer y escribir, es decir, lo único que les faltaba para ser unas criaturas detestables. Es un infierno.

ESTATUA DEL DIFUNTO OBISPO DE CADIZ,

por D. Leoncio Baglietto.

El arte es el lujo del espíritu. No satisfecho este de las formas imperfectas con que la naturaleza realiza sus propios tipos, y deseando otras mas regulares y hermosas para la encarnación de las ideas y pensamientos que nacen dentro de su misterioso seno al contemplar ambos universos, el material y el inmaterial, las imagina, las crea intuitivamente, y cogiendo después el mármol ó el bronce, el lápiz ó los colores, las realiza en estos materiales dándoles fijeza y perpetuidad y haciéndolas comunicables: el hombre dedicado á este trabajo, intelectual por lo que imagina, material por lo que realiza, es el artista.

El arte es el complemento de toda civilización, la cual retrata y sintetiza. Los restos de la arquitectura y escultura egipcias nos pintan mejor que los fragmentos históricos relativos á aquella importante region, el estado social, las costumbres y las creencias religiosas de los antiguos habitantes de las orillas del Nilo.

Aunque conocemos perfectamente la historia del pueblo griego, es evidente que la admiración que hoy nos causa su rápido y maravilloso desarrollo social, no sería tan grande ni tan general sin los preciosos restos de sus monumentos artísticos, archivados muchos de ellos en nuestros museos, y al lado de los cuales todo portento de las artes modernas nos parece un deseo ineficaz, un esfuerzo impotente.

Las artes de cada época nos pintan y retratan enérgicamente las ideas dominantes en ella. Nos hablan en Egipto de la organización por castas, del predominio sacerdotal, de la aristocracia faraónica y de la esclavitud de la clase trabajadora.

En Grecia, de democracia y humanidad, de libertad, de racionalismo, de amor á lo bueno y á lo bello.

En Roma, de prepotencia militar, de fuerza colectiva centralizada, de política, espíritu de asimilación, de expansión social, de fusión de razas, de religiones y creencias racionales ó filosóficas.

En la edad media de amor, de espíritu caballeresco, de la unidad de Dios, de su encarnación en la humanidad, de la vida eterna, de sus penas y recompensas.

El arte no siempre vive y se sostiene en estas elevadas generalidades; muchas veces desciende un poco, y en vez de un tipo ideal realiza

otro real, en el cual se unieron durante su existencia grandes virtudes militares, políticas, civiles ó religiosas, y que por tanto merecen perpetuarse, presentándose á las generaciones presentes y futuras como tipo de perfección en su orden, y ejemplo de saludable imitación.

A esta clase de obras artísticas pertenece la que en este momento nos pone la pluma en la mano, ejecutada en Cádiz por el joven escultor D. Leoncio Baglietto; pero antes de hablar de la obra ni del autor, diremos algo del objeto á quien se dedica, del venerable varón



(Estátua del obispo de Cádiz.)

que ha merecido de los hombres cuya conciencia religiosa tuvo á su cuidado, este testimonio perpétuo de amor y veneración á su vasta ciencia y á su inagotable caridad cristiana.

El Excmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno nació en Cañas, villa de la alta Rioja, el 23 de julio de 1770. Sus padres, labradores, fueron don Joaquín Moreno y doña Tomasa Merino.

Estudió latín en la villa de Anquiano, situada en la falda de Sierra de Cameros altos, y filosofía con los frailes de San Francisco en Santo Domingo de la Calzada.

En 16 de febrero de 1783 tomó el hábito en Santo Domingo de Silos, hizo sus estudios teológicos en San Vicente de Salamanca y en San Pedro de Eslonza; y á poco de concluir estos, fué nombrado maestro de estudiantes de Hirache, entonces floreciente universidad del reino de Navarra.

En 1801 la religion benedictina á que perteneció, en capítulo general, le nombró abad del monasterio de San Martín y cura al mismo tiempo de la dilatada parroquia que en Madrid lleva el mismo título.

No bien tomó posesión de la abadía de San Martín, dispuso que el

coche de los superiores de la casa fuese vendido, y se dedicó á ejercer en toda su estension el ministerio que le estaba confiado. Al cesar en el cargo de abad no le quedó por producto de sus emolumentos sino la profunda gratitud de los pobres á quienes había socorrido y consolado.

En 1803 fué nombrado lector y definidor de casos de conciencia en el mismo monasterio de San Martín; pero la invasión de los franceses le obligó á retirarse á Santo Domingo de Silos. En aquella sazón vagaban fugitivos los monjes del referido convento, y Fray Domingo reunió los que pudo, y con ellos continuó en su monasterio. La protección que prestó á las guerrillas españolas de la Rioja, dió motivo á los franceses para llamarle á Burgos para residenciarle: se defendió, y salió bien.

En 1815 fué nombrado abad del monasterio de Santo Domingo de Silos. En el mismo año recibió el título de coadjutor del arzobispado de Caracas, que renunció, pero admitió luego por mandato del general de su orden.

En 1818 hallábase en el capítulo general de su orden, cuando le fueron presentadas las bulas en que el romano pontífice le nombraba obispo de Canaten (in partibus): el capítulo unánime lo aclamó general de la orden. La revolución de América impidió que fuese á tomar posesión del nuevo cargo, y se volvió á su monasterio donde residió hasta que los monjes fueron extinguidos por el gobierno constitucional del año de 1820.

En 1824 fué nombrado por el rey Fernando VII obispo de Cádiz, cuya ciudad lo recibió con demostraciones extraordinarias de júbilo. Dedicado en Cádiz don Fray Domingo de Silos al ejercicio de la caridad, sus acciones llevaban siempre el sello de la grandeza y de la abnegación.

Yacía á la sazón en el mayor abandono la fábrica de la catedral, comenzada en tiempos mejores con gran costo y que adornaban los arranques de sus esbeltas naves labores sumamente primorosas; servía de almacén de maderas y otros efectos.

En la madrugada del 6 de enero de 1832 las llamas devoraron la mayor parte de la obra. Este desgraciado suceso exaltó el ánimo del obispo, y reuniendo al punto todo el cabildo, quedó decretado no levantar mano hasta dejar concluida la catedral. Mas no eran estos ya los tiempos en que los españoles iban á desplegar su mapa en mares desconocidos; el oro de las Indias no llegaba á Cádiz, emporio un tiempo del comercio del mundo; la paz, la salud y la concordia habían desaparecido de nuestra desgraciada patria; y para mayor desventura, si se quería levantar un templo, el hacha de la revolución se preparaba con mano firme para destruir esas fábricas seculares, manifestación si de una idea que había cumplido sus días, pero que quebrantaba el pensamiento capital de la erección de la basilica. La obra se concluyó no obstante reduciendo el obispo su mesa al rango de la de un simple jornalero, no teniendo mas que una camisa, vendiendo todo lo que poseía, y dando con este modo de vida y con su caridad tan singular ejemplo, que hasta los revolucionarios mas furiosos contribuyeron con pingües donativos para la iglesia.

Entre los muchos casos que se cuentan de su evangélica sabiduría, es notable el siguiente:

Se había suicidado un protestante inglés (en Cádiz), persona de entidad, y su familia y amigos, en el conflicto de tenerlo que enterrar en un muladar, acudieron al obispo, el cual les contestó: pues bien; el asunto es muy sencillo. Enterrarlo en el cementerio, y ni vosotros me habeis dicho nada, ni yo os he dicho nada tampoco.

Influó también eficazmente en union de Quesada para que el rey Fernando no fusilase á todos los comprometidos en el asesinato del gobernador Oliver.

El día 28 de noviembre de 1838 logró al fin el venerable obispo consagrar la suntuosa basilica gaditana enriquecida después interiormente con las ofrendas que á porfía hicieron los naturales.

Ya era caballero de las órdenes de Carlos tercero é Isabel la Católica y senador del reino, cuando la reina le nombró arzobispo de Sevilla, cuya dignidad renunció inmediatamente con aplauso general.

Convidado frecuentemente para honrar con su presencia los actos religiosos de los *funcioneros* de iglesia, decía á sus amigos con este motivo: no voy por gozar del respeto que se debe á mi dignidad, ni menos porque crea que la devoción obra en los que para todo piden mi asistencia; pero á quienes nada tienen no quiero desposeer del simulacro de piedad que ambicionan. Si les quitase este, ¿qué les quedaria?

Murió Fray Domingo de Silos Moreno el 9 de marzo de 1835; y en su testamento, no teniendo bienes que dejar, dejó el epitafio que debía escribirse en su losa:

AQUÍ YACE

FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO

INDIGNO MONJE BENEDICTINO

Y MAS INDIGNO OBISPO DE CADIZ.

Inmediatamente que murió el obispo, promovió una suscripción para elevarle un monumento que recordara y perpetuara la memoria de sus altas virtudes cristianas, el Señor D. Javier de Urrutia, propietario de Cádiz, artista aficionado y alcalde constitucional entonces, á la que suscribió todo Cádiz, cada cual en proporcion de sus recursos.

El señor de Urrutia invitó entonces á un concurso de oposicion á varios artistas escultores, para que presentasen un boceto que habia de ser aprobado por la Academia de Cádiz. Verificado este, mereció la preferencia de dicha corporacion el presentado por D. Leoncio Baglietto, cuyo artista quedó encargado desde luego de la ejecucion de la estatua.

El pequeño dibujo que acompaña á este artículo, prueba demasiado la acertada eleccion de la academia gaditana: dibujo correcto, grandes y regulares proporciones, ropas bien plegadas, natural acusado con inteligencia y economía, movimiento delicado, y filosofia en el momento elegido para representar á su héroe, tales son las excelentes cualidades que ha sabido adecuar en su primera obra monumental el jóven y aventajado artista D. Leoncio Baglietto.

La estatua, de tres varas de altura, ha sido fundida en bronce en el arsenal de la Carraca por el maestro fundidor inglés Pedro Cauley, que fué el que fundió los bajos relieves de la batalla de Trafalgar, que se hallan en Londres en la plaza del mismo nombre (plaza de Trafalgar). El artista autor de la estatua, cumpliendo con el objeto principal que motivó el pensamiento de su elevacion, que fué la conclusion de la catedral, representa al obispo en el momento en que con una mano despliega á los ojos de su pueblo el plano de la catedral, y con la otra le saluda afectuosamente con su bendicion.

La obra del señor Baglietto ha de colocarse en medio de la plaza de la catedral, sobre un pedestal de siete varas y dando frente á la fachada de la iglesia.

Al terminar este artículo, no podemos menos de felicitar al señor Baglietto por el triunfo que acaba de conseguir con la ejecucion de una obra en que no ha procurado obtener utilidades, porque esto no podria ser, atendiendo á los modestos fondos destinados á retribuir su trabajo material, sus gastos y su mérito artistico. Le felicitamos por el amor al arte que revela su desprendimiento, á la par que las excelentes dotes de su estatua; y le felicitamos tambien porque esperamos, hoy que al fin se despierta el gusto de las artes, y la noble honra de alzar monumentos á nuestras olvidadas glorias, esperamos, repetimos, que el señor Baglietto nos dé en nuevas obras pruebas inequívocas de sus rápidos progresos en el difícil cuanto honroso arte de la estatua.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO III.

CONFESION SIN PENITENCIA.

Es el crepúsculo de la tarde. Su indecisa y misteriosa penumbra llena el espacioso templo de San Francisco con una media tinta vaporosa, que no permite ya perfilarse exactamente los objetos, y que condensándose en imperceptible gradacion, les presta ese colorido fantástico que tanto preocupa la imaginacion débil y apasionada. Todo yace allí en grave silencio. Reina en el santuario el reposo de la soledad. Y sin embargo, familiarizados los ojos un tanto con aquella opacidad, pudieran distinguir cierta forma cuidadosamente velada deslizarse por una de las galerías laterales de la iglesia, y dirigirse á cierto confesonario, del cual salió un religioso, que desenvolviéndose de su encienista hopalanda, dió el agua de purificacion con muestra de singular respeto á la silenciosa, y por lo visto esperada aparicion.

—Con bien os traiga Dios á su santa casa, respetable señora.

—No puede sucederme mal, cuando encuentro al amigo cortesano donde podia esperarme el austero juzgador.

—Aquí, como en todas partes, soy vuestro mas respetuoso servidor.

—Ved que acepto esa prenda.

—Espero vuestra voluntad.

—Así os quiero: pero guíadme á vuestros pies; que vais á leer, no las flaquezas de mi alma, sino las culpas de mi corazón.

El franciscano hizo brillar sus ojos con un relámpago de júbilo, que se perdió entre las crecientes sombras de la tarde; y tornó á entrar en su confesonario, ante cuya celosía se postó la dama con muestras de profunda y sombría preocupacion.

Hubo unos instantes de silencio, al cabo de los cuales la afinojada señora le dijo á su benévolo interlocutor:

—Bien os pudieran haber estrañado, padre, las misteriosas palabras que me han servido de introducción. Pero vuestra sorpresa ha de cesar á mis primeras explicaciones. No vengo aquí hoy en busca de la absolución del sacerdote; vengo en demanda de los oficios del amigo.

—Pero en tal caso, mi señora, pudierais haberme significado vuestro deseo, y en vuestra morada propia...

—En los alcázares de los señores todo son oídos, ojos y bocas. Aquí, en el lugar del sigilo y del arcano venerable, estamos libres de testigos indiscretos y de interpretaciones descomedidas.

—Admiro tan delicada prudencia; pero me duele hayais de estar de hinojos...

—Así cuadra completamente á mis intentos. Haced cuenta pues que para todo nuestro coloquio es una confesión...

—¿Sin penitencia?... repuso el reverendo con tono de paternal longanimidad.

—Un profundo y ahogado suspiro fué la única respuesta á tan inoportuna ocurrencia. El fraile debió comprender que no había estado feliz, pues en tono estudiadamente contemplativo se limitó á añadir: —«¡Bienaventurados los que padecen en el nombre del Señor!»

La condesa (pues ya el lector habrá conocido á la enlutada del templo) no oyó, ó fingió no haber oído este edificante concepto, puesto que repuesta de su amarga, si bien transitoria emoción, siguió así el hilo de sus desasosegados pensamientos.

Si yo hablase ahora con quien no conociese algunos pormenores de mi existencia y ciertos casos de familia, sería necesario tomar el discurso desde pretéritas andanzas, y renovar úlceras muy doloridas en mi corazón. Pero afortunadamente departo con el amigo y el consejero de los míos, y esto me escusa de decir más de lo que conviene á la ocasión y á mi desabrimiento. ¡Recordais, padre, algo de la historia del noble D. Pedro Giron?... ¡Oh!... No vayais, por Dios, á creer que, al tomar en boca el nombre de quien un tiempo recibiera las promesas de mi fé, sea por una flaca y desacordada reminiscencia. No. De aquellas flusas y estériles mocedades, de aquellos días de juramentos engañosos de locuras deleznables y de olvidadas esperanzas, solo me queda un recuerdo capaz de hacerme enloquecer. D. Pedro Giron, demente y ciego en sus ambiciones, imaginóse bueno para alzarse á la altura de las régias cumbres... tomó los sueños por realidad... y borró de su paves el nombre de la hija de los próceres, para escribir el de la nieta de los reyes. Y esto, á la faz de Castilla, cuando nuestro enlace era un suceso de estado, poniéndome en espectáculo ante quien se cree mas que yo!... ¡Ultraje inmenso!... ¡Inicua irrisión!... Un año ha trascurrido desde entonces... un año de amargura y de infinito dolor. Pero ha llegado mi día... voy á lanzarme contra D. Pedro Giron, y necesito un amigo en el desempeño de mi honor. Vos habeis fijado mi preferencia. Seguidme, si os atreveis.

—Soj vuestro de corazón; y me haceis honrosísima merced, respondió el fraile con magistral aplomo, y traspirando satisfacción por todos los poros de su trasparente humildad.

—Bien juzgaba de vuestro ánimo y buen talante. Ya vereis un día cómo sé agradecer.

—Apartad ofertas, que no se vienen á mi buen deseo y obligada voluntad.

—Mi proyecto es complicado y mas que medianamente peligroso: pero de tan segura eficacia como de inmensos efectos.

—No podía desmentir la bazarra de vuestro ánimo y la gala de tan consumada discreción!

—Vais á dar principio á nuestra obra, persuadiendo á D. Fadrique promueva tratos de avenencias con los rebeldes de la comunidad, por medio de nuestro enemigo Giron.

—¿Me permitireis una pregunta, para lo que puede importar?

—Adelante.

—¿Qué tiene de comun la guerra de los comuneros con vuestros arcanos y deseos?...

—¿No lo adivinais?...

—El respeto á veces corta las alas al discurso.

—Discurrid pues, mientras llega el punto de que hagais en el asunto tanto cual yo mismo pueda saber. Es tambien preciso que hagais al almirante concederme parte en el manejo de las mediaciones con el de Giron, y aun otorgarme carta para obrar de mi propia cuenta é inspiración... sin que se asombre, ¿comprendeis?... sin que le sorprenda nada de lo que pueda ver ni entender.

—¿Condesa!...

—Sé que esto va siendo grave: pero como yo he de pasar acaso por la dama de mi antiguo amante... no hay sino prepararnos en el ánimo de mi esposo contra apariencia tan fuerte.

—Ardua es la misiva, y veremos de salir al cabo... pero, mirad, señora, que vais al borde de la perdición.

—Eso precisamente halaga y estimula mi natural. Mas no es sola-

mente eso. D. Pedro Giron ha de entrar en mi alcázar, y tener conmigo entrevistas... que presenciéis vos con el recaudo conveniente, para no olvidarlas nunca.

—Acaso adivino lo demás.

—No, padre, os comprendo. Eso sería una venganza oscura, vulgar, indigna de mí.

En este punto de la importante plática se hallaban nuestros interlocutores, cuando el toque del Ave-Maria, que sonaba en el campanario del convento, atrajo á la iglesia multitud de piadosas comadres, y al coro la comunidad en masa, para la hora de la última luz. Ilumináronse los altares, llenáronse las capillas, y el órgano dió en difundir por las antes sombrías y mudas bóvedas los inspirados ecos de la poesía sin modelo ni imitación. Algunas palabras se cambiaron aun, confusamente aventuradas en el secreto del confesonario; y la condesa después de la bendición del reverendo salió por entre los fieles con reposado y severo continente, recibiendo al paso sus corteses saluciones, y desapareció por una puertecilla que conducía por una escalera espiral á las tribunas, donde desembocaba el pasadizo que ponía en comunicación el convento con su palacio, y en cuyo punto la esperaban dos dueñas y el consabido Mendaño, haciéndose lengua de la piedad y cristiano celo de su austera y melancólica señora.

CAPITULO IV.

SOLACES DE LA VIDA CONTEMPLATIVA.

Luego que Doña Ana abandonó la grada de los pecadores, arrellanóse el padre de almas en el espacioso, aunque no mullido taburete, en actitud de esperar alguna nueva hija de confesión, pero en realidad con objeto de entregarse sin temor de importunidades á reflexiones sobre cosas que tenían sus ribetes de profanas y no nada de edificantes ni meritorias. Y en verdad que al bueno de fray Antonio de Guevara no le faltan materia ni espacio para enfrascarse en hondas y fecundas meditaciones. Porque has de saber, oh lector impaciente, que el tal padre era persona de bastante cuenta, y de no escasas pretensiones, como acaso tendrás ocasión de conocer en el curso de esta feaciente y concienzuda crónica. Mozo gentil, de imaginación copiosa y felices recursos, con un corazón frío y desahogado, donde rugía el huracán de la mas liviana ambición; dotado de una gran fuerza de voluntad y de un disimulo fascinador, se había trazado su porvenir, y marchaba hacia él con planta firme, pero con la sonda en la mano y los ojos en el pié. Segundón de una casa de noble solar, aunque escaso haber, sin valor para abrirse el paso á la fortuna con la punta de la lanza, se arrojó en el claustro, como mil otros, para hacer de la religión la escuela de los goces, de la riqueza y del poder. Y ¡pardiez! que navegaba viento en popa por el mar de sus apetitos, sin contrarias corrientes ni malos pasajes, que, cual diestro y experimentado piloto, supiera ya regir, ya conllevar. Convencido de que la celda no es el estadio mas propio para adquirir prez y aumentos, habiase introducido el intrépido franciscano en la corte de los flamencos, donde haciéndose conocer por su aparatosa erudición y engañadoras apariencias, logró que fijando en él su vista el cardenal tudesco, le tantease en algunas intriguillas de menor cuantía, en las que supo desplegar tan singulares dotes, que le valieron ser comensal y corresponsal privado del tesorero ministro de la cesárea majestad. Una vez en tan fecundo terreno, y ganando mas cada día en el ánimo de su Mecenas, tuvo que representar importantes papeles en el embrollado drama de aquella corte tan hipócrita como turbulenta y envenenada. Ya comprometido seriamente en la situación de su eminencia, cuando estallaron las justas iras de los pueblos contra las iniquidades de la tiranía imperial, el adláter del detestable Adriano veía peligrar el edificio de su fortuna, si no se conseguía extinguir el fuego que por todas partes atizaba la pública y nacional vindicta. Así pues, de acuerdo con aquel, trasladóse al teatro de los sucesos, con el especioso cargo de definidor provincial de Castilla, fijando sus reales en Medina del Campo, de donde le hiciera salir, no de buen grado, la insurrección de aquella importante villa contra los opresores del país. Instalóse pues en la corte del almirante, como único punto dominado por los realistas, y porque D. Fadrique Enriquez era uno de los mas fanáticos campeones del emperador, y muy intimo del avant cardenal. Preveía además el astuto fraile que Riosco habría de ser necesariamente el cuartel general de los imperiales, y que colocado él en el centro de acción podría dominar mejor las circunstancias y tomar con ellas una importancia que le pusiera á primer término en la gracia del joven y fanatizado monarca. En suma, con las armas que le suministraba Adriano quería trabajar por su cuenta y provecho, aunque conservando siempre la previsora reserva de no dar la cara al enemigo, y continuando como instrumento clandestino de su eminencia desde el fondo de su convento, embaucando al mundo en desquite de no poder engañar á Dios.

Sabia nuestro fray Antonio algo mas de lo que la condesa imagi-

narse pudiera en el cuento de sus mocedades con el comunero Giron, puesto que había tenido decisiva parte en su rompimiento y mala ventura. Y este era precisamente uno de sus mejores servicios á los intereses del cardenal. Pues viendo antaño el flamenco las afortunadas pretensiones del D. Pedro para con la bella Doña Ana, cuando los desabrimientos de los procuradores con el emperador, y susurrándose los tratos y mescolanzas del duque en la comunidad, comprendió su eminencia lo mal que pudiera estar á sus negocios la alianza de dos casas tan principales bajo la mano de quien llevaba trazas de hacerse uno de los jefes de la causa popular. Convirtió pues en asunto de estado el impedir tan peligroso enlace, y fió al joven confidente la realización del pensamiento, sin duda porque este había sabido granjearse confianza y estima en casa del anciano padre de nuestra heroína. No hay para qué detenernos á especificar el acierto y maestría con que desempeñó su árduo negocio. Baste decir, que con diabólicas invenciones presentó al conde y su hija evidente prueba de una inteligencia amorosa, si bien clandestina, entre D. Pedro Giron y la infanta Doña Catalina, que moraba en Tordesillas al lado de su oscurificada madre; y negociando en tan oportuno trance la pretensión del almirante á la mano de la ilustre heredera de Mógica, hizo que fuese aceptada en desquite de la mudanza y desdeñando del ausente y no escuchado D. Pedro. Engañó así subir este golpe de habilidad el crédito y valer del P. Guevara para con el cardenal, y le conquistó noble lugar en la estimación del poderoso almirante. La condesa, por su lado, creyéndole ligado con los intereses de su familia, si no por sentimiento, por el cálculo de conveniencia, seguíale dispensando sus confianzas, y compartía con él sus mas áridos pensamientos, como hemos tenido ocasión de manifestar. De modo, que el afortunado definidor se veía mimado de los primeros poderosos con algunos secretos de cada cual, y con alas para volar por sí mismo á la cumbre de sus dorados ensueños. Y soñaba el humilde siervo de Dios por el pronto con el báculo episcopal, interin algún día le deparaban la suerte y su buena mano la proporcion de purificarse por el bien de la iglesia y de las almas bajo el dulce peso de la púrpura romana, que cuidaría de no aceptar hasta la primera ocasión. Pero todos estos pensamientos y algunos mas se encerraban sin esfuerzo bajo su cándido interior, y no podían ser adivinados al través de una máscara imperturbable de refinado ascetismo y de completo imperio sobre sí propio, que le conquistaba el dominio de los demás. Por estas ligeras pinceladas será fácil colegir que el fraile no daría al trezado las recientes confianzas de la condesa, y que habría de hacer porque el embozado proyecto viniese á redundar cómodamente al propósito de sus trascendentales miras y egoístas aspiraciones. No era en verdad de otro modo.

—Hé aquí, decíase discurriendo en el fondo del confesonario, hé aquí cómo no me engañó mi instinto cuando pedí al almirante un plazo para mi consejo. Los secretos de su esposa han venido á confirmar mis previsiones y darme preciosos y oportunos recursos que mi fecunda mano sabrá centuplicar. Y á propósito, la condesa me ha guardado la mitad... casi todo su arcano!... Mejor. Así puedo adivinarle y valerme de él. ¡Y creía la cuidada hacerme graves relaciones de sus desazonados amores!... Y el reverendo ahogó entre la espaciosa capucha cierta siniestra y entrecortada risa.

(Continuará)

EL CIERVO.

FABULA.

Vivia un joven ciervo en las laderas de un valle sito al fin de la montaña que, en su fragosa entraña encierra la alta corte de las fieras, do entre riscos y espesos matorrales acatan á su rey los animales. De su pais natal en verde prado, á la margen de arroyo cristalino, pastaba sin cuidado; ya con otros triscaba en la llanura, ó del bosque vecino disfrutaba tendido la frescura. Si el lobo le acechaba y perseguía, en vez de mal causábase recreo verle sfanarse en vano, y burlar su deseo, mostrando de sus piés la valentía al correr por el llano y atravesar por medio la espesura, tendiendo con orgullo y gallardía, diestro sobre la espalda su armadura.

La plácida carrera cruzaba así dichoso de la vida, de su edad en la dulce primavera, cuando llama el Leon por consejeros aquellos que en los valles diferentes, por elección legal entre sus gentes, resultaran en votos los primeros. La ambición que presenta con engaño el mando como rosa sin espina, y con falaz amaño conduce por la senda del hondo precipicio en que termina, al ciervo en la contienda electoral con decisión le arroja: en ella con ardor y confianza no perdona fatiga ni congoja para ser elegido; y la suerte, colmando su esperanza, le condujo hasta el puesto de valido. De entonces ni un momento de placer gozar pudo ni descanso. Desde los fieros tigres y las hienas al sencillo jumento, y hasta el cordero manso odian al que el monarca prefería, y todos á porfía, en medio de caricias y alabanzas de veneno y sarcasmo á la par llenas, le ponen asechanzas de que logró salvarse á duras penas. Mas del rey el favor, mudable viento, que al ciervo levantára, cambióse, y el valido de su asiento cayó entre los silbidos y algazara. Huye debajo el cielo de su patria; en los prados, entre flores, donde otro tiempo tan feliz vivía, marcha á buscar consuelo en la tierna amistad y los amores, que ciego abandonara en su manía; y en aquellos amigos que á complacer se halló siempre dispuesto, encuentra rencorosos enemigos porque darles no pudo un alto puesto. Busca en el campo alivio á su tristeza, recordando los días que pasaron en que alegre trepaba la maleza y la roca escarpada yendo en pos del bramido de su amada, que abandonó y recuerda su vileza. Se fatiga: sus fuerzas se enervaron, y hasta el arte perdió con que tendía sus astas, al cruzar la selva umbría. Para aumentar su pena, pensando el rey en nuevas elecciones, por contarle adversario en opiniones da el gobierno del valle á feroz hiena, para que lo vigile y lo persiga. El mandato ella cumple con tal celo que á espatriarse le obliga, y en el extraño suelo, adonde le llevó su aciaga suerte, lejos de cuanto amaba, halló la muerte. ¡Ay quién de tí se fia oh política, y ciego por la ambición, tomándote por guía, del campo deja el plácido sosiego!

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Petrarca en sus divinos cantos celebró á su bella y candorosa amante.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA GRACIA DE LA NIÑEZ.

ALICANTE ARTISTICA Y MONUMENTAL.

SAN NICOLAS.

Justo es consagrar hoy una página en ligeros y mal trazados rasgos á esa insigne colegiata, monumento grandioso, cuya planta magnífica se alza arrogante, dominando los demás chapiteles, edificios y cúpulas que embellecen la hermosa población alicantina, que tiene en aquella su mas primoroso ornamento.

Mas de una vez ha llamado nuestra atencion y curiosidad una gigantesca mole de piedra-sillería de severo é imponente aspecto, coronada de cúpulas y torres, y desde luego sospechamos si ocultaría en su interior alguna de esas maravillas artísticas que se perpetúan en los siglos y ven pasar junto á sí impasibles larga série de generaciones.

En efecto, constituidos en el interior, la vista pudo contemplar estasiada la arrogante cúpula de la nave, cuya linterna marca 150 palmos de altura desde la superficie del pavimento, sostenida su fábrica admirable sobre los chapiteles de sólidas columnas basadas con maestría y robustez. La parte superior, ó sea la techumbre, está formada de cascos enlazados artísticamente unos con otros, describiendo caprichosas combinaciones con los medios puntos de los arcos que sostienen y cierran la clave de la bóveda.

Todo el edificio es de sólida cantería, formando tambien vistoso aspecto las líneas blancas de las juntas que marcan los contornos de las piezas de esta masa uniforme de piedra. Una galería corrida con balconaje de hierro circunda el ámbito del templo sobre la altura de las columnas, hermosada por un segundo órden de arcos que se suceden y enlazan en el claustro y que cortan á espacios dados con su

hermosa línea la planta del interior del mismo. Siete arcos ó nichos de segundo órden se elevan sobre el altar mayor, coronados de cinco cascos de granada y una ancha faja ó prescincion de piedra que corre enlazando de uno á otro extremo.

La forma de la iglesia, y que puede reputarse tal desde el coro que corta la nave, es un semicírculo oblongo de cincuenta y cinco y media varas valencianas de longitud, con veintiocho de latitud, y la construcción del coro, tambien de cantería, lo es asimismo notable, si no por su hermosura aparente, por lo menos por la solidez de su obra. Pertenece esta al órden dórico, y en el conjunto de toda ella no brilla ese lujo de escultura plateresca que el capricho ó la escuela del cincel suele dar á otro género de creaciones arquitectónicas: el verdadero lujo de esta obra es su misma sencillez sólida y severa, y esta circunstancia agregada al sistema del plan de construcción que admiran cuantos examinan detenidamente este edificio, le da la suprema importancia de ser uno de los principales templos de España, y obra maestra en su clase.

La capilla de comunión se separa de la uniforme sencillez del templo, formando un esquisito conjunto de primorosos follajes y esculturas de piedra en relieve, que contrasta singularmente con la majestad del Sagrario, y cuyo órden no es fácil clasificar en una obra donde ha presidido el capricho del artista exaltado acaso, y aun estraviada su idea por un momento de entusiasmo místico.

Son un prodigio en el arte de talla las puertas que comunican este departamento del santuario con el claustro del jardín ó patio del edificio: en sus hojas hay esculpidos en relieve con toda perfeccion varios pasajes que representan martirios de los santos y otros cuadros alusivos al Nuevo y Viejo Testamento; hay pinturas de gran mérito, y entre ellas los cuadros que representan los catorce pasos principales de

22 DE ABRIL DE 1855.

la Pasión, y que no debieran estar espuestos á la inclemencia en los claustros exteriores del patio, pudiendo y debiendo ocupar un sitio mas digno é impropio.

Principió la obra de este templo á principios del siglo XVII, bajo la dirección del maestro Agustín Bernardino, habiéndose terminado en 1662 por Miguel Sancho Real y Pedro Quintana Berruete. Fué trazado el plano sobre el solar de una mezquita que en su origen fuera también ermita católica, donde predicó y celebró misa en 1411 san Vicente Ferrer, la cual, después de infinitas controversias, fué propuesta en colegiata á la Santa Sede en 1413 por D. Pablo de Santa María, apellidado el Burgense, y erigida tal por la bula de Clemente VIII el año 1600.

Contiene también una biblioteca pública comprensiva de unos 2,000 volúmenes, legada al pueblo por el digno prelado D. Ignacio Pérez de Sarrió, en su testamento otorgado en 1833, quien destinó también suficientes rentas para su conservación y aumento, pension decorosa para el bibliotecario, etc. Si se ha llenado la voluntad y buenos deseos del testador, dígame el lastimoso estado y abandono de ella, las sustracciones que ha sufrido, y el ningún régimen que se observa en la conservación de tan útil establecimiento.

En el pasado año 1849, hallándose el que suscribe al frente de la redacción de un periódico de aquella capital, tuvo ocasión de ocuparse mas de una vez de este asunto, y particularmente con motivo de otro artículo alusivo al edificio de que se trata; pero su voz fué desoída, y ha quedado ilusoria la intención del hombre ilustre que quiso legar una digna memoria á ese pueblo culto, cuya carrera gana tanto terreno en las vías del progreso y de la ilustración.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

EL ISTMO DE SUEZ Y EL DE PANAMA.

Ambos hasta hoy día han sido obstáculos á la gran circulación marítima: afortunadamente el primero dentro de muy poco lo hemos de ver cortado por un canal, pues se prosiguen con el mayor ahínco los trabajos en ese sentido; y, por lo que respecta al de Panamá, puede decirse que no existe á estas horas.

Hace algunos años nos hallamos en dicho territorio, del que nos ocupamos largamente en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO del año pasado, al hablar de un viaje al Ecuador que efectuamos el año 1841. «¡Cuán ajenos nos hallábamos entonces de pensar que catorce años después tomaríamos la pluma para traducir los siguientes detalles que hallamos en un periódico extranjero!... El día 28 de enero de 1855 la población del Panamá despertó conmovida: un ruido desusado, extraordinario, se había dejado oír, apoderándose súbitamente la mas ardiente curiosidad de sus habitantes, ordinariamente tan tranquilos y apáticos. Este cambio era ocasionado por el silbido de la primera locomotiva, por el sordo rezongar del primer tren, que á todo vapor salvaba por la vez primera la distancia que separa entrambos Océanos. Gracias á la doble vía férrea que ha logrado estender la industria americana desde las orillas del Chagres, sobre el grande Océano, á las playas del Pacifico, el istmo queda finalmente cortado: háse apoderado de él el génio de los caminos de hierro, efectuando la union de los dos mundos.

El ferro-carril de Panamá que pasa por encima de la cordillera por un doble plano inclinado cuyo punto culminante está 230 piés elevado sobre el nivel del mar, mide sobre unos 80 kilómetros; y habrá importado mas de 140 millones de reales, y cinco años de trabajo, ¡pero qué trabajos! Solo la perseverancia y rigida tenacidad del génio americano eran capaces de dar cima á una obra que ofrecia al parecer tan insuperables obstáculos como esta.

Se han visto precisados en muchos trechos, efecto de los accidentes del terreno, á construir calzadas de 12 y 16 metros, que unian los intervalos que separan las mil asperezas con que se halla erizado el istmo y todo aquel terreno. Y dichos trabajos se llevan á cabo bajo un sol abrasador, capaz de producir el tétanos unas veces, y otras, espuestos á lluvias impetuosas, á través de terrenos movedizos y cenagosos, cuyos miasmas deletéreos devoraban cada semana que pasaba brigadas enteras de operarios. También es cierto que apenas se había principiado á construir el camino de hierro, las cosas se habían modificado en gran manera. La bahía de Limón verbi gracia, base de uno de los dos planos inclinados, ve hoy reemplazados sus corrompidos pantanos que segun dicen ahuyentaban á los mismos animales, por una hermosa ciudad, construida de madera, pero que cuenta ya cerca de 3,000 habitantes, y que lleva por nombre el del intrépido empresario del ferro-carril: *Aspinwall-City*.

Sin duda que para alterar los movimientos mercantiles, un camino de hierro está distante de lograrlo tanto como una vía de canalización, semejante á la que está proyectada desde Alejandría á Suez, la que

establecida que sea, no podrá menos de quitarle al Cabo gran parte de su antigua clientela marítima de la India; porque para la marina la brevedad del trayecto es de menos importancia que la posibilidad de no tener que desbaratar el cargamento evitando el perder tiempo y dinero en trasbordarlo. Pero lo que es por Panamá, un canal hubiera tropezado con dificultades, segun dicen, imposibles de vencer. Además, los capitales tan exorbitantes suministrados por americanos, en el caso contrario, hubieran retrocedido ante unos gastos que segun cálculos aproximados no hubieran bajado de 600 millones de reales. ¡Quizá también sea un perjuicio bajo el punto de vista del gran comercio marítimo!... Pero sea como sea, hé ahí vencido ya un grave obstáculo que se oponía á las relaciones humanas: ahora podemos en pocas horas verificar cómodamente un trayecto que si bien de 18 á 20 leguas solo, no exigía menos de dos ó tres días de viaje incómodo y cansadísimo, ya fuese en piragua, ó bien en caballerías por los barrancos.

En fin, Panamá, camino de Eldorado, tránsito de ambos mundos, ofrece de hoy mas un trayecto directo, una multitud de viajeros y emigrados y á la gran porción de mercancías de gran precio que desde Nueva-York y de algunos puertos de Europa se dirigen al Perú, Bolivia, Chile y á la California, con los que corresponde Panamá por medio del servicio de los vapores, y aun hasta en los diferentes Archipiélagos que siembran el Océano en Filipinas y en China. Lo que es bajo este punto de vista auguramos un brillante porvenir al ferro-carril de Panamá. El puerto de esta ciudad sobre el Pacifico goza ya de alguna importancia comercial. En 1852, por ejemplo, recibía 312 entre buques de vela y de vapor, importando 144,000 toneladas, exportando en 1,212 millones de mercancías; por lo que respecta al tránsito á través del istmo de metales preciosos, ascendía al valor á 1,124 millones de reales vellón, y el número de pasajeros al de 25,690 viajeros.

Quizá no seamos temerarios al presagiar que no se han de pasar muchos años sin que el camino de hierro haya aumentado diez veces mas ese movimiento de hombres y cosas, pero con una condicion, á saber: que la compañía acceda á rebajar la tarifa de sus precios que son exorbitantes; el trayecto del istmo de Panamá, de pocas horas como llevamos dicho, cuesta nada menos que 25 duros, y el transporte de equipajes y mercancías es todavía mas caro en proporcion, y cualquiera puede conocer que no es este el mejor sistema para atraer un gran concurso comercial.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 4 abril 1855.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE.

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO TERCERO.

Nosotros, que en materias religiosas distamos tanto de la incredulidad como del fanatismo, hemos dicho que el amor puro y verdadero es el amor filosófico, racional, y por lo tanto religioso; que nunca estan reunidas en la mente del hombre la religion y la razon; que nunca tampoco puede ser un sentimiento puro cuando se halla reñido con la inteligencia. Un amor humano no es amor: es un instinto grosero y carnal, una pasión veleiciosa é inconstante que por lo regular ha menester de un crimen para satisfacerse, y que desaparece arrastrada por el huracán de otra pasión, dejando solo en pos de sí las funestas huellas del remordimiento. El amor como sentimiento, puesto, depositado en nuestra alma por la divinidad, como misterioso lazo que nos une á ella, es un amor ideal, religioso, creyente, lleno de consoladora fé y de risueña esperanza. En el amor del hombre á la mujer solo ha de haber pureza de origen, rectitud y santidad de miras. La mujer al conceder al hombre los sentimientos de afecto que brotan, siempre bellos, siempre fecundos en su alma, debería repetirse con toda la majestad que infunde su virtud, aquellas terribles palabras que los primeros ministros del cristianismo decían á los fieles al acercarse estos á la mesa santa: *Sanctus Sanctus*: las cosas santas son para los santos. Si: estas y aun mas severas palabras debiera decirle, mostrándose fuerte con su debilidad, imponente con su belleza.

Porque el hombre es quien hace culpable á la mujer; él es quien primero la halaga y después la seduce y pervierte. El es quien la ve, la persigue, la acosa por todas partes; quien cual otro caiman exhala de su pecho el hálito emponzoñado que la atolondra, la enloquece y atrae irresistiblemente á la muerte. Y por eso decimos que el hombre para

amar con digno y puro amor á la mujer há menester antes de fijarla en la tierra, elevar sus limpias miradas al cielo: há menester de engrandecer, de santificar su amor. Y para santificar este amor, para elevarlo, há tambien menester de ser virtuoso y creyente. Mas los poetas provenzales ¿tienen por ventura esa virtud, esa fé que nosotros requerimos como base de todo sentimiento noble y elevado del corazón? Hemos ya dicho terminantemente que no. Ahora nos reiteramos en ello. En efecto, veamos cuál es el espíritu religioso de estos poetas, y veámoslo con los datos que ellos mismos nos suministran.

El duque de Aquitania y conde de Poitou, Guillermo IX, famoso trovador del siglo XII, osa, y es el primero en la edad media que haya concebido semejante osadía, osa sacar la espada en medio del templo del Señor y levantarla fulminante sobre la cabeza del obispo de Poitiers, quien con acento severo le reconviene de sus iniquidades. Este nos refiere en sus poemas, en sus *tenzones* amorosas, que le había robado la mujer al conde de Châtelleraut y que se había casado públicamente con ella. Cosa anómala y singular, pero que no lo es en los trovadores, y que prueba que no se olvidan del ejemplo de Mesalina casándose con su amante á presencia del emperador Claudio. Cosa fatal, crimen escandaloso, que no se creen dispensados de llevar á cabo estos poetas, del que ni se enmiendan ni arrepienten, y que es uno de los actos usuales de su vida privada. Crimen que para ellos no es mas que el cumplimiento del primer precepto del código de amor, que dice *no ser excusa legítima contra el amor á otro el matrimonio*. Crimen que no es mas que la continuación de esa serie de aventuras inmorales cuyos actores son ellos, y cuyo teatro los castillos feudales á cuya beneficencia y protectora sombra se albergan.

La quinta canción de este poeta nos manifiesta que por algo mas que por el rapto de la mujer del conde pudiera haberle reprendido el celoso obispo de Poitiers, á quien amenazaba en lo sagrado del santuario.

Por punto general todos los trovadores son irreligiosos, porque son inmorales. Pero donde principalmente se manifiesta con su repugnante fealdad el espíritu irreligioso que se agita funesto en su mente, es en aquellos trovadores que cultivan la sátira ya de un modo directo, ya indirecto. Es decir, que ó solo son poetas satíricos, ó á este carácter añaden además otro. Pedro Marcabru, Pedro de Auvergne, Bertrand de Alamanon, Rambaldo de Orange, Gerardo de Borreil, el monje de Mont d'Or, Peiron de Roquefort, y en particular Pedro Cardenal, el mas notable de estos poetas satíricos, quienes como los demás de esta literatura florecen, ó al menos existen en el tiempo que media entre los siglos XI y XIV, ponen constantemente por blanco de sus punzantes sátiras al clero y á las órdenes monásticas, representantes de los sentimientos religiosos, ó si se quiere fanáticos de la edad media. Y como el símbolo es inseparable de la idea que representa, claro es que al atacar á aquel se ataca igualmente á esta. Y dirigen estos impuros poetas su *volterria* saña contra las ideas religiosas, y las ridiculizan y escarnecen, y las insultan con encono y amargura.

El monje de Mont d'Or establece en tono burlesco un diálogo entre las mujeres, á quienes por cierto trata con la mayor crueldad, las paredes de una iglesia y Dios. Hace que el Ser Supremo forme un *duo* familiar, un cómodo *tele-a-tele* con las tapias de una iglesia, en pleno siglo XII, cuando para rescatar del poder de los infieles los lugares que aquel habitó en la tierra se levanta toda la Europa cristiana y se arroja sobre el Asia, como un solo hombre, según la espresion de las crónicas contemporáneas ¡qué impiedad! ¡qué cinismo!

No hallaremos á buen seguro entre las poesías de Bertrand de Alamanon una que esté exenta de violentos ataques contra el papa Inocencio III, el arzobispo de Arlés y las mujeres.

Los trovadores, gente muy entendida en eso de pasarlo cómodamente, en eso de ir saboreando uno á uno los dulzores de la vida, gustaban poco de trocarlos por las incomodidades inherentes á las Cruzadas: incomodidades que solían con frecuencia tomar un nombre mas duro. Así que, al paso que todo cristiano que siente en esta edad hervir en su pecho el vivo fuego de la fé, empuña la espada y toma el hábito del cruzado, raro es el trovador que sigue tan noble y espontáneo ejemplo. Si alguno se encamina hacia Tierra Santa, va triste, místico, irritado, y va arrastrado por la fuerza fatal de las circunstancias, entre las cuales se vuelve y encara, y protesta con energía. Siempre que seguimos al trovador marchando á los Santos Lugares, impedido por ajena voluntad, nos representamos á Bertramo en el tercer acto del Roberto lanzado por las llamas del infierno y deteniéndose y encarándose con ellas.

Y llegado al suelo de Palestina cuelga la inútil espada, como los hebreos colgaron sus enmudecidas arpas á los sauces de las riberas del Jordán, rasga su vestidura sobre la cual se ostenta la cruz de la redención, y se entrega risueño á todos los placeres y liviandades que constituyen su habitual modo de vivir. Y estos poetas impíos hollan con planta indiferente, como dice Larra, los sitios que ha santificado la sangre del Salvador. La robusta voluntad del señor feudal de quien

depende; un acto de desesperación profunda que le obliga á decir como á los infelices troyanos:

Una salus victis, nullam sperare salutem.

Estas ó análogas son las causas que llevan al trovador á la cruzada. Por una de estas causas marchó á ella el trovador Peiron de Roquefort. Por haberle dado su dama, la dama de sus pensamientos, y hablamos en estilo vulgar, *sendas calabazas*.

Pero quien mas que otro cualquiera quiso hacer ostentoso alarde de su espíritu irreligioso, proclamándose con voz en grito *abigense*, es el famoso Pedro Cardenal, el *Caton* de los poetas provenzales. Y con razon decimos el *Caton* de estos poetas, porque nosotros no hacemos diferencia alguna entre este romano y Salustio. Ambos tenían la severidad draconiana en la punta de la lengua: por aquello de que *no es lo mismo predicar que dar trigo*. Este Pedro Cardenal no titubeó en habérselas directamente con el Ser Supremo y decirle con quiétoseos humos: «O llévame adonde estaba antes de haber nacido, ó si no lo me condenes.» Innumerables citas pudéramos traer en apoyo de lo que decimos acerca del espíritu irreligioso de estos poetas y de su modo de ver y tratar las cosas mas elevadas y santas. Lo espuesto basta para formarnos una idea cabal. Hombres de tan poca fé, de tan pocas creencias, de ninguna conciencia religiosa, ¿cómo habian de tenerla moral y tambien social? ¿cómo habian de considerar al amor? ¿cómo á la mujer? Ya hemos visto lo que hizo el trovador Guillermo de Aquitania con la mujer del conde Châtelleraut á quien dirigia sus trovadas amorosas. Prosigamos.

Bernardo de Ventadour, tipo perfecto de trovadores, y cuyos modestos timbres nada tienen de ducales, pues es hijo de uno de los mozos que sirven la tahona de los señores de Ventadour, paga el amor, el cariño, la protección constante y eficaz del conde su señor, que le educa á sus espensas, introduciendo en su tálamo funesto adulterio. Hace mas; y nos tiembla la pluma al referirlo: dirige su profano amor, su amor seductor, á la bella é inocente Adelaida, única hija del bondadoso conde, y hace que al soplo abrasador y emponzoñado que se exhala de su pecho, se marcheite la flor de preciosa virginidad. Mas no se contenta aun con esto la ciega, la delirante y febril pasión del trovador de Provenza. Ya casada la virtuosa Adelaida, la persigue hasta en el sagrado recinto del matrimonio; y así como le habia introducido en el casto lecho de la madre, introduce tambien el adulterio en el lecho virginal de la hija. Igual pago dió por la protección que le habia dispensado el trovador Guillermo de Cabestrans á Raimundo, conde de Rossellon. Mas su mujer Margarita tuvo pronto ocasion de arrepentirse de haber oído benigna sus primeros versos y haber implorado en su favor la cariñosa bondad de su marido. El conde Raimundo, sabedor de los ilegítimos amores que manchan su hogar doméstico, da cruel muerte al trovador, le arranca el corazón, se lo hace comer á su esposa en un festín, y se prepara luego á darle muerte: aturdida la infeliz mujer, lánzase fuera de la habitación y se arroja por una elevada ventana del castillo.

Guillermo de Aquitania, trovador ya citado, comparaba en sus canciones el amor que tenia á dos bellas damas, al que profesaba á dos pujantes caballos propios para el torneo: ya se comprende para qué quería las damas el famoso trovador. El trovador Blacas, cortado á lo Guillermo, pretendía que consiste tan solo el verdadero amor en verificar aquello de *llegar y besar el santo*. Y tenia costumbre de decir este cantor de *tenzones*, que «el que roba un sombrero ó una espada debe ser mas castigado que el que deshonor á una mujer.» Y por último, y para recorrer toda la escala de los crímenes sociales, se enamoró el trovador Cabenets de una virtuosa monja de Aix...

Estos son pues los poetas de la Provenza. Este es el *puro* amor que celebran en sus canciones. Esta es la galantería de que se dice hicieron cumplido alarde para con las damas. Si esto es amor y galantería, repitamos de nuevo las palabras del virtuoso Fabricio:

¡Da meliora piis erroremque hostibus illum!

Pero ninguna prueba mejor de lo que decimos acerca de los caracteres morales de estos poetas, que el contemplar el término que á su vida aventurera y escandalosa ponen la mayor parte de ellos. Aquella concluye en uno de los términos del siguiente dilema. O mueren de muerte trágica, ó llegan al fin de dias menos borrascosos como Bernardo de Ventadour, Armando de Marveil, Hugo Brunet, Cavenets y otros en la apacible soledad de un monasterio. Prueba tambien de lo que hemos dicho acerca de las tendencias altamente religiosas de la época que atravesaban estos poetas: tendencias que forman esas circunstancias sociales que arrastran á los hombres.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

Sobre el antiguo Consejo y Cámara de Castilla.

Muchas veces se oye decir: ¿el antiguo Consejo de Castilla para qué servía? Era ya un tribunal raquítico y sin fuerza, dependiente de la voluntad de los monarcas absolutos, habiéndose estos abrogado la parte de soberanía que sin detrimento de la del trono gozaba ó debía gozar aquella respetable asamblea de sabios y virtuosos consejeros de la corona: todo este lenguaje no es exacto. La verdadera ciencia y la sólida virtud no se doblegan siempre al capricho, al favoritismo, y mucho menos á la injusticia; pues la aureola que resplandecía sobre las sienes de aquellos sabios como virtuosos consejeros, no era tan fácil de dejarse empañar y oscurecer su brillo por innobles pasiones, cuyo negro hálito convertiría al fin de sus días en humo toda su gloria ganada entre vigiliadas, entre afanes y en el cumplimiento de sus deberes. No puede ser: hay cosas que se resisten á las deducciones de una lógica trivial, que por la corteza se empeña en esconder la esencia de las cosas mismas que ve, é ignora sus principios constitutivos. El Consejo de Castilla, como institución humana, podría en uno de los otros de sus ministros adolecer de algunas flaquezas; su vigor en parte haberse enervado; su entereza haberse hecho sospechosa, y el brillo de su radiante aureola padecido algunos ligeros y parciales eclipses, que desaparecerían y no serían duraderos, cuando las ocasiones de grande y conocido interés para la patria y para el trono reclamaban su poderosa intercesión y su voz soberana. ¿Quién puede dudar? Mas de dos veces hizo eco saludable en los augustos oídos de los monarcas. Los tiempos que pasaron y los contemporáneos á nosotros nos ofrecen ejemplos de esta verdad. ¿Quién hizo frente y oposición á las interesadas osadías y tenebrosos manejos del barón de Riperdá, primer ministro de los reyes Felipe V. y Isabel Farnesio? El Supremo Consejo de Castilla, con su presidente el obispo de Sigüenza. Y en el reinado de Carlos IV, cuando por la rápida exaltación de un favorito (1) á las mas encumbradas dignidades llegó á ser el ídolo ante quien media nación ofrecía el incienso de sus adulaciones, aun con menoscabo del decoro del trono, de cuyo cetro disponía á su arbitrio, ¿quien sino el Supremo Consejo, que presidía el benemérito conde de Montarco, supo mas de una vez cortar el vuelo á la desmesurada ambición del Favorito, que quiso sentarse, no en las gradas, sino en el trono mismo como regente del reino, hollando los derechos del príncipe de Asturias Fernando de Borbon? Y no lo habiendo conseguido, ¿no intentó tambien avocar á sí, como lo hizo el barón de Riperdá, todas las causas y pleitos fenecidos en los tribunales superiores para hacerse el árbitro regulador de todos ellos? Demos pues gracias al soberano Consejo de Castilla, que no temió las iras y el enojo del idolatrado magnate, á quien tantos y tantos doblegaban sus rodillas.

La siguiente respuesta, que en cada línea y en cada palabra se dejan ver la energía del lenguaje, la conciencia de sus convicciones, el celo patrio, el amor al trono, y el espíritu profético de aquellos consejeros encanecidos en el desempeño de sus altas y soberanas tareas judiciales, diplomáticas y políticas, á cuya inspección debían someterse los asuntos mas áridos que ocurrir pudieran en nuestra España, claramente nos dice que el Consejo de Castilla aun tenia el vigor necesario para hacer frente al despotismo y arbitrariedad de que aquella ha sido victima en muchos reinados de monarcas débiles ó sorprendidos por la astucia en su buena fé. La respuesta á que me refiero, y que se inserta abajo, debe ser de pocos conocida; hace mas de 46 años que la poseo, y que conservo como un documento histórico: ¿y no merecerá ocupar una columna del Semanario pintoresco *ad perpetuum rei memoriam*? Espero esta gracia del entendido editor del periódico semanal.

Respuesta acordada por el Real Supremo Consejo y Cámara de Castilla á S. M. D. Carlos IV, en contestación á la Real orden que le espidió en 12 del corriente mes. «Señor: Leida que fué la Real orden de V. M. en consejo pleno con asistencia de sus fiscales, no pudieron menos los ministros que le componen de prorumpir en un continuo y amargo llanto. Meditada que fué la espedita Real orden con un atento y prolijo exámen en la posada del Excmo. señor conde de Montarco su gobernador, acordó el Consejo pleno debía contestarle á S. M. en términos sucintos y análogos, manteniendo siempre el Consejo aquella dignidad y soberanía que no ignora V. M. tiene por su primitiva constitución. Cuando el Consejo pensara, Señor, tener en V. M. un asilo y refugio, cual es necesario contra el inmenso torrente de contradicciones, tiene el desconsuelo y amargura de verse abatido y ultrajado por su mismo soberano. Pero no; no puede el Consejo creer que en el heroico corazón de V. M. quepa un ultraje tal. No ignora el Consejo cuál ha sido la vil y abominable pluma, que usurpando el sagrado nombre de V. M., ha escrito ó dictado la espresada Real orden. La

sentencia dada por el Consejo en el pleito visto en 3 del corriente mes, que cita V. M., es justísima por todo estilo, y el Consejo es capaz de hacerlo palpable á V. M. por cuantos códigos de jurisprudencia existen en la nación: el que á V. M. ha pretendido hacerle ver lo contrario es un vil seductor, que fuera mejor para el bien comun se le hubiera confinado dias há en el último rincón del universo. Pero dejemos esto; pues bien conoce el Consejo no es sazón oportuna para internar en materias tales.

»Dice V. M. en su Real orden hallarse agobiado en gran manera el paternal corazón de V. M. con los continuos males que amenazan á sus amados reinos. Dice bien V. M.: males amenazan, y males quizá, Señor, que llegarán hasta el augusto trono de V. M. ¿Desde cuándo, Señor, se halla nuestra amable patria en un estado tan deplorable? Desde que V. M. ha cortado las facultades soberanas que deben residir en su Consejo. Si, gran señor, desde que el Consejo se halla desposeído de aquel poder legislativo que tiene por su primitiva erección; desde aquella época ha ido decayendo mas y mas nuestra sabia monarquía. Camina, Señor, nuestra España á su propia y total ruina. El Consejo ve con harto dolor de su corazón ante sus mismos ojos la destrucción de estos reinos, y lo que es mas (tiembra el Consejo, gran Señor, al proferirlo) la execrable aniquilación del augusto trono. Recorra V. M. si gusta la historia de los emperadores romanos, y entre ellos encontrará V. M. á un Julio César cosido á puñaladas en medio del Senado y en su mismo trono por dos viles asesinos, á quienes mas habia colmado de beneficios el heroico corazón de aquel monarca. Si, Señor, por sus mas favorecidos y ensalzados. Despierte pues V. M. de su profundo letargo en que yace sumergido tanto tiempo há: ya es hora, Señor, de que la España mire por su causa propia. Deseche V. M., le suplica el Consejo, esos viles seductores que le rodean. Restitúyale, Señor, V. M. su antiguo poder y dignidad; y de lo contrario la experiencia, fiador seguro al criterio en las opiniones encontradas, acreditará el comun sentir del Consejo; es decir, la destrucción de estos reinos, el total esterminio de su corona. No puede el Consejo prescindir de hablarle á V. M. con esta claridad, sopena de gravar eternamente la conciencia de los ancianos ministros que le componen. Si V. M. no interpone toda su autoridad y poder para atajar estos males; si V. M. no deja obrar á su Consejo como el tribunal soberano que es de la nación, bien pronto, Señor, tendremos los españoles el desconsuelo de vernos nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos hechos esclavos de nuestros únicos vicios y comarcanos.

»En cuanto á lo que V. M. dice en su Real orden, que todas las sentencias dadas por la sala de mil y quinientas antes de su ejecución, se le remitan á V. M. para ser anotadas por su secretario de Estado y del despacho universal, ha acordado el Consejo pleno, que mientras subsista tal, no debe permitir ser residenciado por un particular. El Consejo, Señor, es un soberano por constitución de la nación, y como tal, no deben sus decretos ser juzgados por un vasallo. Esto es cuanto le parece al Consejo debe contestarle á V. M. en respuesta de su Real orden; V. M. por las leyes del alto y supremo gobierno hará lo que mejor le parezca, pues siempre el Consejo ha salvado el Real y acertado parecer de V. M. Dios guarde á V. M. muchos años.»

¿Necesita comentario alguno la anterior respuesta, digna por muchos conceptos del supremo tribunal de la nación? Bien á las claras y sin rodeos y en circunstancias demasiado azarosas dicen sus autores verdades desnudas al monarca entonces de dos mundos: aquellos no desoyeron los clamores de la conciencia pública, que pedía el remedio de tantos males que aquejaban á los españoles, dignos siempre de mejor suerte; y cumplieron con un deber sagrado que hará eternos sus nombres en la triste historia de los últimos tiempos de la nación española.

T. C. DE S.

Pozan de Vero 9 de abril de 1833.

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LOS ORGANOS,

POR EL PROFESOR DE FISICA D. JUAN MIEG (1).

ARTICULO SEGUNDO.

En el número del 23 de febrero de este periódico hemos procurado dar á nuestros lectores una idea de la antigüedad de los primeros instrumentos musicales comprendidos bajo el nombre de *organos*, tomado en su mas lata acepción, indicando generalmente lo que los antiguos artistas solían llamar *organos pneumáticos* y *organos hidráulicos*. Siglos hace que ya no se construyen instrumentos de esta última clase, cuya figura se puede ver todavía en las antiguas obras de Kir-

(1) D. Manuel Godoy.

(4) Véase la lámina del número 14.

cher, de Schott, etc. No trataremos pues en lo que sigue sino de los órganos neumáticos perfeccionados, ó órganos propiamente dichos, con teclado manual, en cuyos caños ó flautas el sonido se engendra á favor de una corriente de aire producida por uno ó varios fuelles.

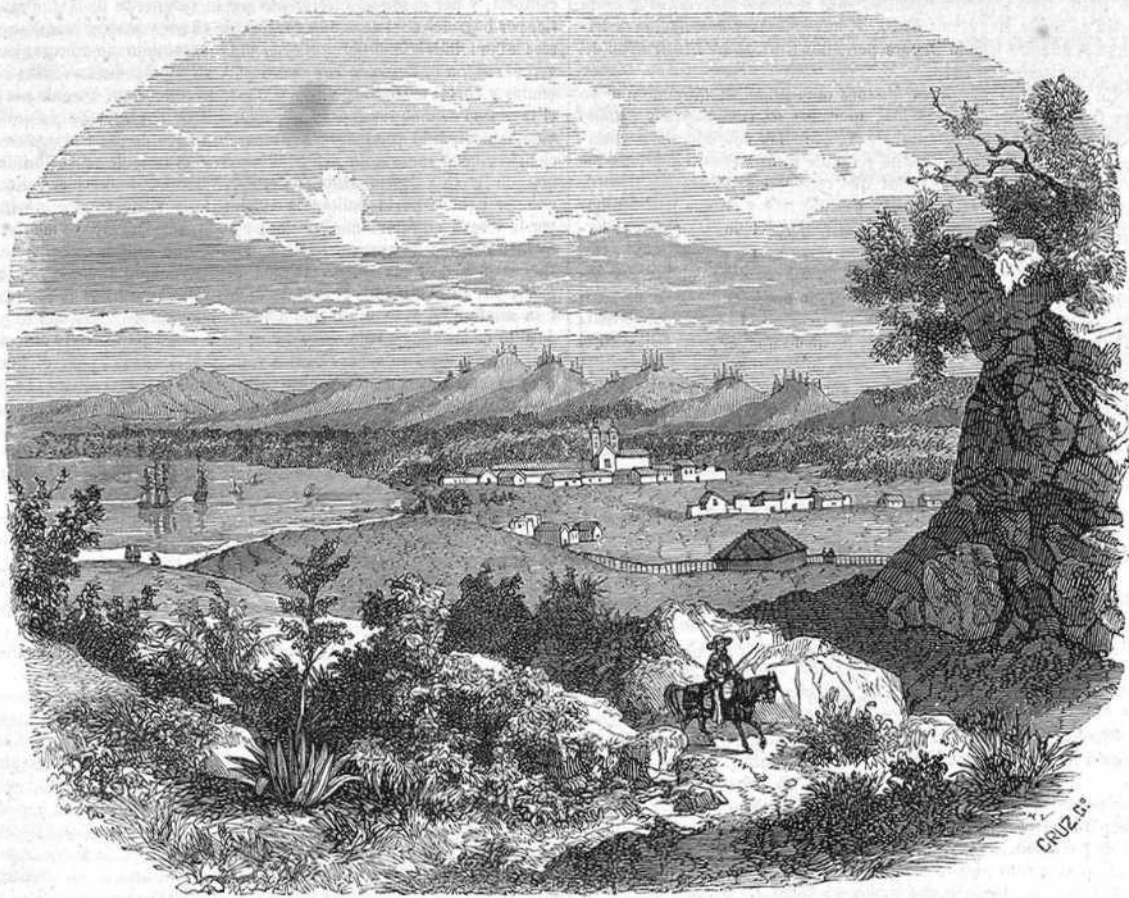
En los interesantes periódicos franceses la *Illustration* y del *Magasin pittoresque*, los redactores trataron del clave y del piano-forte, del arpa y de varios instrumentos de viento. Pero me parece que en ninguna de dichas obras hablaron del órgano, del instrumento mas antiguo y mas armonioso, del rey en fin de todos los demás instrumentos.

El mecanismo del órgano, sin ser muy complicado, es de los mas ingeniosos: pero para no multiplicar las figuras, nos limitaremos aqui dando una idea general del modo con que el movimiento de las teclas hace sonar las flautas ó caños correspondientes al sonido que el organista quiere producir.

Debajo del teclado A B del órgano se halla dispuesta en todo su ancho una caja horizontal herméticamente cerrada, que se llama artísticamente el *secreto*, y cuyo corte vertical está figurado en C D.

Esta caja es propiamente el depósito de aire en cuya capacidad interior el fuelle ó los fuelles condensan mas ó menos dicho fluido elástico. Veamos ahora el mecanismo sencillo que encierra dicha caja. La tapa ó pared superior de este depósito se halla socavada interiormente en una abertura ovalada K L, cubierta exteriormente por una tablita, y tapada interiormente mediante una válvula H I forrada con piel de gamuza ó de ante, y movable en H á favor de una visagra ó charnela del mismo material flexible. Esta válvula se halla sujeta y aplicada contra la tapa superior mediante un muelle de alambre elástico F G E, que por el extremo F se apoya en dicha válvula y por el otro E está fijo en el fondo inferior del secreto. En la tapa superior del mismo se halla taladrada una canal horizontal K R, comunicando por un lado con la abertura ovalada K L, y por el otro con un tubo mas ó menos largo R O, destinado á dirigir la corriente de aire en una especie de soquete P que sostiene las flautas Q.

Conocida ya esta disposicion, supongamos que el dedo del organista se apoye en el extremo B de la tecla BA, movable alrededor del punto A como eje. Bajando la tecla, esta empuja un corto alambre ó



(Vista de Monterey en la California.)

varilla M N que atraviesa en direccion vertical y con cierta flojedad la tapa superior del secreto, y por consiguiente hará bajar igualmente la válvula interior H I, de modo que resulte una pequeña abertura entre la válvula y la tapa superior, por donde el aire condensado en el secreto pueda escaparse, introduciéndose por la abertura K L en el tubo K R O, y en seguida en la embocadura de la flauta correspondiente para hacerla resonar. Durante todo el tiempo que el dedo se apoya en la tecla, la válvula H I mantiene abierta la abertura K L, y por consiguiente sigue sonando la flauta; pero en el mismo instante que el dedo quita la tecla, la válvula en virtud de la elasticidad de su muelle cierra dicha abertura interrumpiendo la corriente de aire, y calla la flauta á que se dirige. Ahora bien: el mecanismo que se acaba de describir respecto á una tecla única, se halla repetido tantas veces como hay teclas en un teclado de órgano, y cada uno de los tubos como K R O conduce la corriente de aire en su flauta correspondiente, cuya serie total constituye las cuatro ó cinco escalas cromáticas contenidas en toda la estension del teclado, y semejante serie de flautas ó caños es lo que se llama un *juego ó registro* de órgano.

Mediante un mecanismo ingenioso, en cuya descripcion no podemos detenernos aqui, el aire condensado en el depósito del secreto se puede al arbitrio del organista conducir en diversos juegos ó registros, á veces muy distantes del teclado, de modo que suenen simultáneamente una multitud de flautas y caños de diversa especie. Tampoco podemos describir aqui la construccion de las diversas especies de caños de órgano: de los que llaman propiamente *flautas*, en que la generacion y calidad de sonido difiere totalmente del que producen los caños llamados de *lengu-terta*, los cuales imitan mas ó menos la trompeta ó corneta, ó el clarinete, el fagot, y hasta la voz gangosa de una vieja. El lector curioso puede hallar todos los pormenores concernientes á la construccion de los órganos en una obra estensa titulada *le facteur d'Orgue par Dom Bedos*; y mejor todavia en la *Enciclopedia metódica francesa*.

El interior de un órgano grande ofrece un Dédalo complicado de tubos, palancas, válvulas, muelles, alambres, hilos, consiguiendo bajo los dedos y pies de un organista hábil imitar todos los instrumentos conocidos y hasta los efectos de una tempestad con huracan y truenos.

Los primeros órganos, muy imperfectos sin duda, se construyeron cuando el arte de la música se hallaba aun en su infancia. Según la tradición, el primer órgano fué enviado por Constantino VI (Capromino, emperador del Oriente) al rey Pepino, padre de Carlomagno, en el año de 737; pero los signos de la música y el compás no se inventaron sino en el siglo diez y seis, aunque el conocimiento de nuestra escala diatónica incompleta suba hasta en los tiempos remotos de la Grecia (*). Aquel órgano primitivo se colocó en la iglesia de San Cornille en Compiègne. En el año 811 algunos embajadores venidos de Constantinopla llevaron a Francia dos pequeños órganos, y en 822 el rey Luis (el debonario) mandó colocar en la iglesia de Aquisgran un órgano construido por un monje veneciano.

Entre los órganos modernos, se cita como uno de los mas magníficos de Europa el de Harlem, en que se cuentan 68 registros con ocho mil caños. El órgano de Friburgo, en Suiza, con 64 registros, cuatro teclados y 7,800 caños, algunos de 32 pies. El mas hermoso órgano moderno de Francia es el de Saint Denis (San Dionisio), cuatro leguas de París, establecido en 1844, cuya figura y descripción se pueden ver en la obra periódica titulada *Magasin pittoresque* del año 1845. Otro órgano magnífico, mas reciente todavía, es el de la iglesia de Santa Magdalena de París, cuyo diseño y descripción se hallan en el número 193 de la obra periódica titulada *L' Illustration* del mes de noviembre de 1846.

En Madrid no poseemos órganos muy grandes; ninguno que yo sepa tiene mas de dos teclados, ni caños de *contrá* en los pedales de 32 pies, como en la catedral de Toledo. Hay dos diferencias notables entre los órganos de España y los de otros países: en primer lugar, la mayor parte de los caños que corresponden a los registros de lengüetería (trompetas) se hallan descubiertos y en una posición horizontal, mientras que en los órganos extranjeros todos los caños se hallan siempre encerrados y en posición vertical. En segundo lugar, los órganos extranjeros son en algun modo dobles: pues delante del instrumento ó *grande juego* hay otro órgano pequeño llamado el *positivo*, con sus registros y teclado particulares. El organista se halla sentado entre ambos instrumentos, de modo que no se le ve; pero él puede sin embargo ver todo lo que pasa en el coro á favor de un espejo inclinado colocado á cierta altura por encima de su cabeza. En el órgano de la iglesia de la calle del Carmen de esta corte parece que el constructor ha querido recordar en algun modo esta disposición.

(Continuará)

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

(Continuación.)

Preciso es auxiliar á la condesa en su reneorosa conjura. No se arriesga nada... y se puede alcanzar el todo. Pues... los peligros para ella... los resultados para mí. Por ahora mi papel es corto y fácil. Dominando el frágil espíritu del almirante, le haré pensar como yo quiero que piense... y por hoy yo pienso lo mismo que piensa mi buena hija de confesion. Despues... Dios dirá! No sé... pero parece que entreveo el punto adonde camina la condesa. Cuidado no obstante! ¿Será acaso que tenga miras amorosas sobre D. Pedro Giron, y las quiera disfrazar con la máscara de esa apariencia para el disimulo de sus deseos, haciéndome instrumento de alguna liviandad?... Las mujeres son capaces de todo!... Mas no... no... Doña Ana, la conozco bien, tiene un corazón estéril... y nunca ha latido ni puede latir por nadie. Bueno será, con todo, irse con el pié sentado, no se pierda en un día la obra de toda la vida. El almirante, á lo que veo, no ha de tener parte en el asunto. Bien para mí. Con eso, como yo he de comunicar al cardenal las ventajas de su éxito para la causa del emperador... es natural que no me quede en segundo término. Tanto mas, que la condesa no puede hacer alarde de su accion por sus compromisos de mujer. A mas que, conseguido su objeto especial, lo demás ni la atañe ni la importa. Y ¿qué lograría con intentar desvirtuarme?... Mi reputacion es un invencible antemural. Y en el último caso iríamos al César, y allí... haríamos callar, si contra nos ir quisiera, á su eminencia. Oh!... yo sé ciertas particularidades que monseñor no quiere que salgan de él y de mí. En suma, otro va á dar la batalla, y yo sé el triunfador. Que me place!

(*) Se sabe que en el año 4200 Guido d' Arezzo substituyó los nombres de nuestras notas musicales á las cuatro sílabas de los griegos. Pero la última nota de nuestra escala diatónica no fué añadida sino algunos siglos mas tarde.

Mientras tan sabrosamente divagaba el reverendo por los espacios de su ambicion, no pudo percibir que el cántico canónico habia cesado, y desaparecido del coro la comunidad; que los fieles se dispersaban silenciosamente, y que la iglesia quedado habia sin mas luminarias que la temblorosa lámpara de la capilla mayor. Quien un momento despues hubiese visto al fraile atravesar el templo entre el claro oscuro de tan inciertos y tibios rayos, hubiérale creído el génio de la soledad.

CAPÍTULO V.

PAJE Y ESCUDERO.

Apenas el pálido resplandor de una fria y desapacible madrugada permitia delinearse sobre el espacio las escarchadas cumbres de la humilde cordillera que baña el Sequillo con escasos y perezosos caudales, destácase entre los fugitivos vapores columpiados por la brisa un viandante, que caballero sobre modesto jaco, llevaba á razonable brida la vuelta de Tordehumos. Por su ancho sombrero sin pluma ni escarapela, y por el sencillo ferruero que le resguarda de la intemperie, por bajo del cual asoma la contera de añosa y prolija espada, parece algun hidalguillo del contorno muy acostumbrado á cruzar esta vereda, segun el descuido con que deja á su cabalgadura avanzar por sendas y cortes escusados al término de su direccion. Ya enfrontaba el taciturno caminante al pequeño lugarillo de *Santiago de la Puebla*, y no habia tenido aun ocasion de sacar su rostro de entre el embozo, cuando vino á sacarle de sus meditaciones el trote de cierto torcillo, que con ligero y desenfadado ginele desembocaba de unas corralizas, que por aquella parte limitan la aldehuela, y viene trasversalmente por la vereda que lleva nuestro desconocido. Recogeste su montura, no bien observa la aproximacion de aquel, que no por este preparativo se cura de cortar cierta tonada medianamente sediciosa, que á media voz va modulando al compás de las sonoras pisadas de su revoltoso palafren. A lo mas animado del ritornelo cruzaba airoso por delante de su encapotado observador; pero viene á suspender su peligroso pasatiempo un acento brusco y gutural que salió para el filarmónico mancebo como del centro de la tierra.

—¡Cuidado con la música, seor niño, que suele de vez en cuando hacer cantar en la vihuela de la plaza mayor!

Con mal talante se disponia el mancebo á contestar á tan imperitine salida, segun el aire con que metia mano á la riquísima daga que orna su cinto en respunteado ceñidor de flexible cordoban, y á juzgar por la resolucion con que revolvió su tordo sobre el lenguaraz que asise entrometió en dar consejo á quien no le ha menester, haciendo mas de lo que Dios ordena en las obras de misericordia. Pero en el instante de afrontar con el imposible apostrofador, y de lanzarle un ex-abrupto de injurias, las palabras se evaporan de sus labios, despéjase su nublada faz, y prorumpiendo en una estrepitosa risa:

—¡Por cuánto, esclama, se habia de aparecer can que royerá el hueso!... ¿Adónde tan aina el bueno de Belardo Mendaya?...

—Siempre tendreis el achaque de atolondrado y parlero como un mirlo mal criado.

—¡Qué quereis!... Me crispo de gusto cuando saco de sus casillas á los abuelitos de claro-oscuro mostacho y de añeja y fabulosa catarata!... Es un vicio que adquirí en tiempos de mi pedadogo, y que ahora me sabe como jamás.

—Si... si... pero que os tiene de costar algun tropezon, que os deje estupendo y duradero cardenal.

—Lo sentiré, si ha de estar vaciado en el molde que el vuestro y el de vuestros tudesquismos señores! Bien que ese cardenal ya se va convirtiendo en verdugo.

—¡Mal calambre atenace al rapaz!... Si digo que vais derecho á la torre de Simancas!...

—Descuidad, honrado Mendaya, que yo cuidaré tengais en ella un alojamiento cómodo, por si el hospedaje no es tan breve como quisiérais. Yo soy amigo de mis amigos... eso es otra cosa; y prometo interponer mi valimiento para que veais colgar holgadamente á los ilustrísimos flamencos de *casa y corte*, siquiera en recompensa de las agudezas que ahora os hacen pasar de ceca en meca, y de las gñuflexiones y corcobos que les teneis hechos en descuento de vuestras culpas y pecados.

—¡El diablo cargue con el hablador y su ralea!...

—¡Hola, hola!... Parece que ya hemos dado en lo vivo!... Soberbio! Adelante con la música! ¡Vaya otro chiste, oh católico y bien asendereado escudero!

—¡Niño, niño!... Pero mejor será me dejeis proseguir mi camino, y que vos rogeis á Dios que os guie por donde mas convenga á la salud de vuestro cuerpo y á la de vuestra alma.

—Amen, repuso el jóven con acento burlon y picaresca sonrisa. Pero rogad á Su Eminencia que aparte al diablo de mi vereda!

—¡Hum!... prorumpió el anciano escudero ya completamente amostazado, aun habéis de hacer que riñamos de veras antes de marchar... y lo sentiría á fé de hombre de bien!

—Tengamos paz, señor Belardo, tengamos paz, que mas falta os hace á vos que á mí. ¡Qué diablo!... Para amigos es la franqueza.

—Sí, pero á veces, Elvir, pasais del fiell! Acostumbrado á vuestra santísima voluntad, por el cariño y deferencia del Sr. D. Pedro Giron, creéis que todo el reino es su casa y todo viviente su vasallo. Y esto, como veis, ni es justo ni á nada grato puede conducir. Yo no sé cómo S. E. puede sufrir vuestros arriesgados juegos y estrepitosas travesuras, ni cómo no teme que vuestro natural intrépido y caprichoso, viciado con tan holgada crianza, le proporcione algun día pesares duros y peligrosas trascendencias.

—No sabeis de la misa la media. El duque sabe bien que bajo la corteza del niño se alberga el corazón del hombre, y que este rapazuelo, que le despluma los gerifaltes y tizna lo caro de sus rodrgones, tiene bastante seso para entender lo que cumple á su señor, y no pezeoso el brazo para distinguir sus amigos de sus enemigos.

—Y á propósito, Elvir, ¿dónde pasea por la presente vuestro señor?

—Habeis de saber que en tiempos como los que corren no lo pueden preguntar todos, ni siempre.

—Mis razones tengo para ello.

—¿Mensaje tenemos en campaña?...!

—¿Dónde está vuestro duque pues?

—Mirad, misterioso señor Belardo, allí despunta por entre ligeras neblinas la atalaya de Tordehumos. Sacad conmigo vuestro bucéfalo á paso de mercader, y de aquí á media hora quizá tengáis algunas noticias de mi señor.

—Es decir...

—Que arrieméis el hierro con gentil despacho, porque mi Baronés ya se impacienta con tanta plática, y la mañana no está muy de flores para tomar la verbena.

Y diciendo y haciendo rápidamente girar sobre el cuarto trasero á su corcel, echó á media rienda por el camino arriba, siguiéndole el mal atalantado escudero, que iba por lo bajo, y al compás de penoso galope dando á Mahoma todas las ricas-fembras que desde la Iliada hasta el presente año de gracia han suspirado por garzones de ánima sentida y de gentil primavera.

(Continuará.)

JUSTA Y RUFINA.

CUENTO

por Fernán Caballero.

CAPÍTULO V.

De esta suerte pasó algun tiempo: Bruna se había casado con un primo de Justa, oficial que después de buenos servicios se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y había regresado á este pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que había heredado de su madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera, el que hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente como caballero de los antiguos españoles á su falta de bienes de fortuna, la había elegido por compañera.

Un día un alguacil del ayuntamiento entró en casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa, de letra extranjera, con sello consular, exigiendo dicho alguacil una gratificación por los muchos pasos que le había costado dar con la persona á quien venía dirigida la carta.

Bruna la abrió sorprendida. Era fechada de California, y en ella se le comunicaba que un español que había muerto allí trágicamente había declarado á última hora llamarse..., ser casado, y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecía pues de derecho el dinero que á la sazón poseía como banquero de un garito, dinero que pasaba de cien mil duros, los que quedaban depositados en el consulado.

Diffícil sería expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta! Su hija, la hija de sus entrañas, heredaba aquel caudal, y esa hija se hallaba en una posición tan modesta que rayaba en pobreza: y la odiada hija de la odiada Justa vendría por razon aparentemente natural á disfrutarlo! Antes mil veces hubiese preferido anonadar la tal herencia ocultando el aviso recibido: ¿pero cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos días anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolución tomar. Bruna su hija, pobre, y la aborrecida hija de Justa rica! Esta idea la desalentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles: al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija había ido á verla varias veces, no había conseguido ser admitida en aquella casa severa y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazada, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenía aquella fuerza de voluntad que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinación. Cual pudiera haberlo hecho un saltador, se introdujo pues un día en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazón trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer záfia y de malas costumbres, á Bruna, la mujer morigerada, grave y escrupulosa, no era suavizado en esta, como sucedía en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia: así sucedía que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que como á los perfumes los desvia un soplo, y otras que lo son tan poco, que como á los toros, solo las para la firme y punzante garrocha; á las segundas pertenecía Rufina; así fué que sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida, rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó abalanzándose á su cuello: ¡hija de mi alma!

—Señora, absteneos de estas familiaridades que me repugnan y repueba mi marido, dijo apartándose ofendida Bruna.

—No lo hará así tu marido, repuso Rufina, cuando sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

—Señora, repuso con enojo Bruna, hacedme el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pie y que me ofenden.

—No son chanzas, dijo con exaltación Rufina; no, no; escucha y te convencerás.

En seguida hizo una extensa relacion á su hija de cuanto desde su nacimiento había ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta y tan asombrada de cuanto oía, que ni aun intentó cortar aquella cínica confesion de un inaudito crimen.

—¿Qué dices, que dices pues? así terminó Rufina viendo que Bruna permanecía callada, ¿qué dices de un amor de madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¡Rechazarás aun á esta madre, que ahora se aviene á publicar la sustitucion que hizo por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecía callada.

—¿Qué dices, hija de mis entrañas? tornó á preguntar, radiante de gozosa animacion Rufina.

—Me preguntaba, respondió al fin Bruna, que cuál será el diabólico móvil que os lleva á plantear este nuevo enredo.

—Enredo? exclamó Rufina, tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

—Afortunadamente aunque pudiesen ser ciertos tan horrendos dislates, dijo Bruna, no podríais probarlos.

—¿Afortunadamente dices? ¿Pues y los cien mil duros? repuso Rufina presentando la carta del cónsul de California.

—Tiene mas valor á mis ojos, respondió Bruna separando de sí la carta sin mirarla, la aureola de virtud de mi madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

—No pensaré con ese ridículo quijotismo tu marido, dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

—Mi marido, repuso Bruna, mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa y señora Justa Villamencia, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciana.

—Mira que soy tu madre! rugió sofocada Rufina.

—Mi madre es, repuso con calor Bruna, aquella que á sus pechos me alimentó, que en su dulce regazo me crió, y la que con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á esta todo le debo. Si dable, si posible fuese que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron, nada les debería y con nada les pagaría.

—¿Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, exclamó Rufina, no es acaso acreedor, hija desnaturalizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

—Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que tenía, y de la que nunca se acordó; y si lo dejó, fué porque no pudo llevárselo.

—Mira que pierdes tu caudal, insensata! dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

—Gozará de él como es debido vuestra infeliz hija, envidiándose lo yo tan poco como le envidio su nacimiento.

—Mira, mira que eres pobre.

—Señora, contestó con intima satisfaccion Bruna, soy rica, soy poderosa!

—Mira que el marqués se va á casar, tendrá hijos, y si su mujer es

avara y discol, podrá influir con él, que es un mandria, para que suprima la mesada á su hermana en vista de tener una hija casada, y entonces tendrás que mantener á Justa, esa pobre, de sopa.

—El día que mi madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna, será el día que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

—Y á mí á mí que te he parido, me rechazas, ingrata! exclamó Rufina tan herida como humillada.

—A vos, respondió con un gesto de tedio Bruna, sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me dais, puesto que sois una impostora, os desdeno con todo mi corazón, os rechazo con toda mi voluntad, y con toda la autorización de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó con una convulsión al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

Asistid á la señora; que se vaya por un coche para conducirla á su casa; por mi tío el señor marqués que le pasa una pensión, podreis averiguar su domicilio:—y se salió del cuarto.

Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza vió á Piedad que tenía un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.—Vete! le gritó.

La pobre niña se apresuró en obedecer.

—Ella! murmuró Rufina, esa hija desnaturalizada, no quiere la herencia de su padre, porque no era marqués ni yo soy condesa; pues á fé mia que esta necia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. Yo, yo la disfrutaré; contra siete virtudes hay siete vicios; todavía estoy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. Ah! desnaturalizada! sé pobre; yo sé rica; pues si tú me desconoces, yo hago mas, te reniego; y si el caso llegase de verte morir de hambre, no te tiraré un hueso de mi mesa.

(Continuará.)

LA CASTELLANA.

¿Por qué está la castellana
mirando tan tristemente
desde la ojiva ventana
al sol que baja á Occidente?
¿Qué busca cuando allí mira?
¿Por qué con dolor suspira?

—¡Ay! espera
ver cuál torna el dulce esposo
que partiera,
que partiera como bueno
á combatir valeroso
por la cruz del Nazareno.

—
Su castillo, triste ahora,
no resuena cual solía
con la danza bullidora
ó el festín de la alegría.
Hoy en compasado acento
se oye el cantar del atento
centinela
que allá en la almenada torre
fijo vela;
ó el rechinar del rastrillo,
ó el son del agua que corre
por el foso del castillo.

—
Cuando el sol baja á los mares
ella al alfeizar se asoma,
lamentando sus pesares
cual solitaria paloma.
Y allá en la inmensa llanura
divisar se le figura
cómo llega
ráuda nave misteriosa
que navega
con las alas de los vientos;
y al verla, triste y gozosa,
la saluda en sus lamentos.

—
Y pasa la noche entera
sin notar en su martirio
que todo es vana quimera
de su amoroso delirio.

Y al ver que la clara aurora
su ilusión consoladora
desvanece,
baña el llanto su mejilla
que aparece
como en mañana de estío
blanca azucena que brilla
con las perlas del rocío.

—
¿Qué voz resuena á deshora
á las puertas del castillo?
—Es un trovador que llora
la memoria de un caudillo.
Perdido en la sombra oscura
canta trovas de amargura;
y en su canto
le escucha la castellana
con espanto:
«El era noble y guerrero:
»partió á la guerra lejana...
»¡No tornará el caballero!

—
»Caballero que á la guerra
»fuiste ganoso de gloria,
»aunque la tumba te encierra
»no morirá tu memoria.
»Ya sobre tu tumba crece
»laurel que verde florece:
»pronto en ella
»dirá el trovador errante
»su querella;
»y al hallarla en su camino
»se postrará suplicante
»el piadoso peregrino.»

—
¿Por qué al oír tal lamento
la castellana suspira?
¡Ay! Aquel sentido acento
tristeza mortal le inspira.
¿Para qué ya vivir quieres?
¡No á tu paladín esperes!
Si ese canto
te dijo su fin glorioso,
brote el llanto:
él calme tu angustia fiera;
él acompañe piadoso
la soledad que te espera.

—
Ya vuelven los caballeros:
gallardos vienen y bravos.
En pos llevan altaneros
tropa de humildes esclavos.
¡Cómo flotan sus airones!
¡Cuál relinchan sus bridones!
Ya llegaron...
A las puertas del castillo
se pararon...
¿No sales á tu ventana?
El sol da su postrer brillo...
Asómate, castellana.

—
Ya en brazos del noble esposo
la hermosa dama suspira;
mas en su afán amoroso
piensa que loca delira.
Tu desventura fué un sueño:
ya volvió, volvió tu dueño.
Su sol fuiste,
y en el combate reñido
le seguiste.
Partió ganoso de gloria,
y por fin tornó ceñido
del laurel de la victoria.

ANTONIO ARNAO.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA TRASTE NUEVA.

SOBRE EL PERÚ.

ARTICULO TRADUCIDO

Y DEDICADO AL CLARÍSIMO POETA Y ESCRITOR

D. J. Heriberto García de Quevedo.

I.

Con el título de *Mi viaje á la república del Ecuador*, tuve el honor de publicar en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO del año pasado de 1834 una reseña del que realicé en 1842: hoy, cediendo á mi afición de ocuparme de aquellas regiones, recojo los siguientes detalles, debidos á un viajero artista extranjero que estuvo en Lima en enero del presente año.—Señor D. Heriberto, siendo si no me engaño la república de Venezuela la tierra que le vió nacer, y deseando yo hacer tiempo dedicarle algun modesto trabajo literario, como testimonio de la admiración y entusiasmo que me inspira la lectura de los suyos, he creído que lo que mas podría excitar su interés sería un escrito que hablase de América. Mi artículo es al propio tiempo un *souvenir* de cuando nos encontramos reunidos en aquel almuerzo que el 46 nos dió nuestro comun amigo el simpático príncipe Adam Witold Czartorisky. En casa de el ex-presidente del Ecuador D. J. Flores tambien tuve el gusto de verle á Vd. alguna vez; ya se ve, después fui á perseguir latro-facciosos, y Vd. me habrá probablemente olvidado, lo que yo á Vd. no, porque la fama de sus escritos me lo han hecho siempre presente á mi memoria... Siempre que mi ardiente fantasía evoca las reminiscencias de mis peregrinaciones por la América septentrional y la meridional, experimento vivísimo deseo de volver á visitar aquellas zonas, para trepar sus montañas arboladas y volcánicas, desde cuyas sulfúreas cumbres se divisa el Océano, asemejándose cuando está en calma á un vasto y límpido espejo. Bajando luego á los valles cultivados para admirar las plantaciones, inmensos cafetales de ramas nudo-

sas y flexibles, pobladas de hojas de un verde oscuro y lustroso, de forma oblonga y puntiaguda, cuajadas de flores blancas como el ampo de la nieve. En esas tierras generosas se ve tambien el árbol del cacao de tronco elevado, de ramas porosas envueltas en una corteza amarilla, adornadas de grandes hojas oblongas y opuestas, algunos de cuyos retoños parecen flores de un tierno sonrosado que contrastan con el fruto largo, abarquillado y dorado, que hace plegar las ramas bajo su peso. Y en fin, esos campos enteros de la planta descubierta en Tabago en 1560, que se llamó en un principio *yerba de la reina*, segun dicen á causa de haber sido un embajador de Francisco II el primero que trasportó el *tabaco* á Europa y que lo regaló á Catalina de Médicis. De trecho en trecho y sobresaliendo entre los demás vejetales mas de cuarenta piés, recuerdo el *plátano del paraiso*, cuyas hojas ovaladas, obtusas y largas como unos siete ú ocho piés, rayadas de fibras transversales, segun la tradicion bíblica, pudieron muy bien servir de vestido á la primera mujer. Y en resolucion, reinan sobre todo aquel inmenso panorama, ora destacándose sobre el limpio azul del cielo, ora sobre el verdegay del Océano ó sobre las tostadas arenas del mar, esos dos gigantes de los trópicos, graciosos y pródigos como todo lo que es fuerte; aludo al cocotero y la palmera... Pero veo que insensiblemente me iría desviando de mi objeto, dejándome arrastrar de mis propias impresiones, en vez de dar la traduccion prometida, que versa sumariamente sobre las siguientes materias: El Perú.—Callão.—Lima.—Las peruanas.—La Alameda-nueva.—Y apuntes biográficos sobre el general D. Ramon Castilla, presidente del Perú.

II.

La gran nombradía que los antiguos viajeros han acostumbrado dar al Perú, perjudica algun tanto á la impresion que experimenta el que por vez primera llega á dicho país, del que podrá llevar una idea poco favorable quien lo visite de paso; pero el europeo que por el contrario resida en él durante algun tiempo, hallará en dicho suelo atractivos que gradualmente irán en aumento y que le harán gratísima su estancia, por lo suave del clima cuanto por las amabilísimas prendas de sus habitantes.

Cuando después de haber costado la isla de San Lorenzo me vi frente del Callao, pronto á desembarcar en tierra peruana, confieso que me sentí chasqueado al aspecto salvaje y pobre de esta pequeña ciudad y de sus cercanías. Acababa de llegar de la república del Ecuador, país de una prodigiosa vegetación, y me había figurado que el Perú lo sería mas todavía. No obstante, si bien se considera, el aspecto salvaje del puerto de Lima encierra algo grandioso por el lado del mar; con sus majestuosas fortalezas y sus casas pintorescas, asemejanse al pronto con sus pintados y cerrados balcones á otras tantas jaulas elegantes; sus numerosos buques, el gran movimiento que se advierte en la playa, el desembarcadero cubierto de mercancías, el bullicio que allí reina anunciando un gran centro comercial, me indicaban una capital opulenta y curiosa. Un ómnibus mediante cuatro pesetas os hace salvar las dos largas leguas que separan al Callao de la capital; (hoy día se ha sustituido el ómnibus por un ferrocarril que no estaba hecho cuando yo estuve, el cual se ha inaugurado bajo la presidencia del general Castilla). El camino, árido enteramente, me hizo la impresión de un mar de polvo en el que navegaba el carruaje tirado por cuatro jamegos flacos aunque vigorosos. Durante ese pequeño tránsito, solo se encuentra como á la mitad un convento arruinado por los temblores de tierra, y al lado una casucha en que se espenden licores, donde hizo alto el mayoral para que descansara el ganado, mientras el mismo se refrescaba, como decía, con una especie de agua fuerte llamada *pisco*, del nombre de un pueblo famoso por dicho producto, y aunque es detestable, allí piden *pisco* como pudieran pedir jamaica, coñac ó kirschen-wasser.

III.

Hemos llegado á una alameda compuesta de cuatro hileras de grandes y frondosos árboles que nos conducirán á Lima; alameda fresca, en que serpentean los arroyuelos en medio de jardines do abundan los naranjos y las palmeras. El ómnibus entra finalmente por un arco de triunfo en los peores barrios, y después de transitar por dos ó tres malas calles, pasa por otras mejores, dejándolos cerca de la plaza mayor, muy bella por cierto, con su pintoresca catedral y su fuente monumental de bronce. De desear sería que el palacio del general fuese de una arquitectura mas digna del Perú. Al pronto me ocasionó una impresión poco grata el triste aspecto que ofrecían las calles y la poca elegancia de las casas; hasta que llegué á descubrir que es peculiar del país el esconder todo lo que es bueno y verdaderamente hermoso bajo las formas mas sencillas y modestas, y esta particularidad se nota lo mismo en los trajes que en los monumentos y las ciudades. Las peruanas, por ejemplo, se ocultan en los pliegues del misterioso y poético *saya-y-manto*, no dejando entrever mas que uno de sus dos ojos, grandes, negros y aterciopelados; las casas no muestran en su exterior mas que paredes desnudas y ventanas cerradas; pero sus patios se hallan decorados con pinturas y flores tropicales, y el interior de las habitaciones están amuebladas con lujo, comodidad y elegancia; y hasta el teatro mismo, cuyo frontispicio presenta el aspecto de una granja, no deja de ser por dentro espacioso y bien distribuido. Tocante al clima, es inmejorable: con decir que nunca llueve, un abundante rocío que cae durante cuatro meses del año, basta para apagar el polvo y fertilizar la vegetación. El puerto del Callao, aunque es una sencilla rada, es muy segura; jamás ocurren allí tempestades. Es una temperatura excepcional, y presta á los productos vegetales del país un sabor delicioso. La chirimia, que fuera de allí solo se encuentra en el Brasil, en el sentir de cuantos la han probado, es la reina de las frutas, y el *camote* la mas agradable de las legumbres.

Algunos europeos han interpretado mal la franqueza y la hospitalidad peculiares de Lima; pero no han exagerado, por mucho que hayan dicho, la incomparable belleza de las mujeres de Guayaquil y de Perú; no es posible dejar de admirar sus ojos grandes, quizá en demasía, pero de inesplicable dulzura, intérpretes no engañosos de un corazón bueno y generoso; su boca fina y graciosa, su perfil de gran pureza, sus luengos y sedosos cabellos, su talle esbelto y agraciado, y sus pies y manos de una pequeñez capaz de desesperar á una andaluza. ¿En qué consistirán estas cualidades físicas? ¿Será solo en el clima, ó mas bien en una primitiva emigración de pura raza andaluza, perfeccionada bajo el sol de los trópicos?

Si bien es verdad que la expulsión de los españoles del Perú ha ocasionado descalabros rentísticos, contribuyendo á empobrecer el país, con todo todavía quedaron en él algunos caudales considerables, y se notan muchas damas ataviadas con joyas de un valor exorbitante. Gracias al general Castilla, existe en el barrio de San Lázaro á orillas del Rimac un magnífico paseo llamado de la Alameda Nueva, donde se reúne por las noches todo lo mas escogido de la población. Fue por cierto ruidosa la inauguración del dicho paseo. Nunca habia ostentado Lima como en aquel día tanta elegancia, fausto y riqueza reunidos. Al lado de los flamantes y delicados carruajes ingleses, notábanse aun formando singular contraste, esos grandes y ricos vehículos tan soli-

dos como antiguos. Lima podrá en adelante, gracias á su antiguo presidente, disfrutar nuevamente de su natural elegancia. El presidente Castilla, poco conocido en Europa, es hombre de una inmensa reputación en el Perú, razón por la cual vamos á dar en el capítulo siguiente algunos apuntes biográficos relativamente á la persona de este antiguo caballero.

* IV.

El general D. Ramon Castilla es una de las glorias militares del Perú. Es, por decirlo así, una de las reliquias conservadas del puñado de valientes que se sublevaron los primeros contra la dominación española, logrando aniquilarla completamente tras de probogadas y sangrientas luchas, en la gloriosa jornada de Ayacucho. Además de su brillante fama guerrera, otro título posee aun mas relevante; el de *pacificador* de la patria, después de ser su *libertador*. El es quien ha hecho entrar á su país en la senda del progreso y de la civilización.

D. Ramon Castilla nació en Japapaca, en la frontera casi de Bolivia, en 31 de agosto de 1797, de una familia distinguida por su procedencia y sus virtudes. La vida sin embargo de este héroe peruano fué azarosa, hasta el año 1816, que entró á servir en el ejército español, desde cuya época se distinguió por sus méritos y servicios, á los que únicamente debió sus rápidos ascensos. En 1822, célebre en los anales históricos de la república de la América del Sud, era capitán y se puso inmediatamente á las órdenes de San Martín, enviado por él de Chile para coadyuvar á la revolución del Perú. Terminó dicha campaña el 9 de diciembre con la victoria de Ayacucho, ganada por los ejércitos colombianos y peruanos contra las fuerzas españolas del virey Laserna. Bolívar y San Martín reconocieron á Castilla como ellos dotado de un vigoroso temple de alma; así que lo promovieron sucesivamente á los empleos de mayor, teniente coronel y general.

Los primeros pasos de una república naciente, por robusta que sea, suelen ser inciertos y vacilantes. El Perú durante largo tiempo fué presa de graves disturbios, en los cuales Castilla atestiguó energicamente su amor al orden y á la probidad política. El presidente Orbegoso lo nombró general de brigada, creyendo hacer de él un ejecutor pasivo de sus culpables proyectos, que consistían en poner á su patria á merced de Santa Cruz, presidente de Bolivia; Castilla en vista de esto se adhirió á las banderas de Salaverry, patriota ardiente que se habia alzado para defender la integridad y nacionalidad peruanas; mas por entonces fué vencida la buena causa, y fundada por el general Santa Cruz, después de la batalla de Socabaya, la confederación Peruano-Boliviana que debió ser de tan corta duración. Chile, que era fiel aliado del Perú, facilitó á los generales Gamarra y Castilla un ejército que titularon *restaurador*, y que destruyó el mal cimentado edificio erigido por Santa Cruz. En la batalla de Jungay el 20 de enero de 1839, Castilla mandaba como en todas las demás expediciones la fuerza de caballería, arma de tanta importancia en las guerras del Nuevo-Mundo. Gamarra fué electo presidente de la nueva república del Perú, y Castilla ministro de Hacienda; pero habiendo recomenzado la guerra con Bolivia, el presidente fué muerto, y Castilla hecho prisionero. Vivanco reemplazó á Gamarra, rebelándose contra su persona todos aquellos patriotas cuyo valor no habia sucumbido á sus pasajeros reveses. Castilla, que estaba ya en libertad y que vivia retirado en el pueblo de su naturaleza, fué nombrado jefe de la Milicia Nacional: comprendió oportunamente cuándo fué llegada la hora de obrar, y á la cabeza de un ejército poco numeroso y compuesto de elementos diversos atacó al jefe impuesto á su patria. Auxiliado vigorosamente por los generales Nieto é Iguain, caminó de triunfo en triunfo batiendo finalmente á Vivanco y restituyendo al Perú la paz y la libertad. Castilla fué aclamado por unanimidad presidente en 1843, desde cuya época la paz vino á ayudar al soldado valiente en otra clase de trabajos. Bajo su sabia administración todo se creó y se reorganizó rápidamente; la hacienda, empleos públicos, revisión de códigos, reformas en el ramo de guerra, en el de comercio, etc. Castilla en su febril actividad fué ayudado de todos los hombres mas ilustrados, llamó en su auxilio hasta algunos de sus mismos enemigos, acallando su resentimiento contra ellos en obsequio del bien público. Y por último, concluido el término de duración prefijado para su presidencia, resignó honrada y pacíficamente el mando como un héroe de los tiempos antiguos.

Ahora los últimos notables acontecimientos del Perú, fechados del 3 de enero, nos anuncian que acaba de ser nuevamente proclamado presidente el general Castilla: parece ser que el ex-presidente Echenique se preparaba á dar una batalla contra Castilla, cuando viéndose inesperadamente abandonado por parte de sus tropas, no tuvo otro arbitrio que regresar precipitadamente á Lima y ampararse bajo el pabellón británico, entrando aquel mismo día su adversario en dicha población en medio de las manifestaciones del mas vivo entusiasmo por parte de todos sus habitantes.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

FENOMENOS DE LA NATURALEZA.

EL ETNA.

Ante esa pompa de esplendente lumbré
Que los montes conmueve y pulveriza;
Mirad de Dios, en la potente cumbre,
Del pabellón radiante la divisa.

Notad la majestuosa pompa de que se reviste ese fenómeno grandioso que descuella como una columna flotante que vacila en el éter, llenando de pavor al mundo y de horror a los elementos; contemplad la magnificencia que despliega esa soberbia perspectiva, irguiendo en el espacio su penacho de fuego aplomado, y vomitando torrentes de escarlata, que desciende luego cual lluvia infernal, para abrasar un suelo conmovido por la oscilación del terremoto: hé ahí á través del reflejo fosfórico el monstruo invisible que ruge y se revuelve en las entrañas de las campiñas *Nicolosi*, haciéndolas estremecer en horrendo sacudimiento; observad, terminado por las elevadas montañas de la Calabria, Dinamar, Erix y el Rojo-Monte, ese risueño hemisferio de Sicilia que despliega á la faz del hombre un pabellón de estrellas incrustadas en el cristalino átom del firmamento, donde apenas vaga una nubecilla plateada con átomos de bronce y contornos de nieve que en grupos livianos se mece y balancea á merced del vapor de la atmósfera limpia como el aura que la vivifica; ved ahí sobre el solemne cuadro que diseña la mano de la omnipotencia, el globo del astro nocturno que hiende y se eleva sobre la profundidad del cénit, vertiendo torrentes de luz que inunda las montañas y valles, preparándose á recorrer el espacio de su región periódica por ese cristalino sendero marcado por el dedo de Dios con un hilo de diamantes.

Admirad y temed: no preguntéis el origen de ese coloso, cuyo aspecto os aterra en vuestra mezquina esfera; no os adelantéis á los recursos inescrutables del Todopoderoso; ni pretendáis encadenar el monstruo que conmueve los fundamentos de la tierra que tiembla y se estremece: ¿sabéis qué denota ese espantoso rumor? Es el soplo de Dios que inflama el orbe con su terrible aliento. Ved pues si cabe panorama de mayor gala y suntuosidad en la misera esfera de los mortales.

Avanza la noche; noche placida, tranquila y apacible: apenas sopla el viento, y se respira un ambiente fresco bajo esa cúpula gigante de terciopelo azul bordado de innumerables estrellas: ruge el mar no muy lejos con sus ondas transparentes ó aplomadas; las áridas ó verdes campiñas de la isla diseñan verdinegros y descoloridos matices serpenteados por cauces y plateadas vertientes; cascadas sonoras, grupos oscuros de arbolado, destacando en el vacío sus pirámides caprichosas é informes, y mas allá limitadas por el cielo puro del Norte, las rocas del archipiélago de Eolo, coronando con sus cumbres negruzcas la serie de montes que por aquella parte encadenan los límites de la Sicilia.

Precedido de pintorescos bosques que forman pintoresco anfiteatro, levántase sobre un campo de lavas y cenizas volcanizadas el cono soberbio sobre cuya cúspide vomita fuego el terrible Etna rodeado de otros volcanes secundarios. Es admirable el efecto óptico que se contempla desde el inmenso castaño (1) que domina á los demás bosques de su segunda región (2), y sobre todo es también sorprendente la gran sombra piramidal del coloso de fuego en su posición aislada, cuya extensión hacia el archipiélago agrigentino escende de cien millas, y que á medida que la luna se eleva, retráese deprimiéndose gradualmente, hasta incorporarse al cono de la montaña.

La temperatura, aun en la segunda región del Etna, es deliciosa; creierais hallaros en Florencia, Niza ó Nápoles, esos vergeles de la Italia moderna, cunas de los dioses de la antigua mitología, y otros tantos museos de primer orden para el arqueólogo, el naturalista, el filósofo y el historiador: apenas echariais de ver una ligera alteración en la escala del termómetro, aun hallándoos trasluciendo ya el segundo cuerpo de lava; pero no bien llegarais á entrar en la tercera región, el frío es bastante intenso, porque pisais un suelo de perpetua nieve que ordinariamente se prolonga siete millas desde la conocida *Casa de los extranjeros*, hasta la *Ermita de la nieve*. Desde ella hasta el pie del cráter es preciso atravesar un buen trecho de lavas cortantes y peligrosas, á veces aun ardientes por los sulfurosos vapores impetuosamente lanzados, ó bien aguzadas sus puntas bituminosas, como pirámides también cortantes en repliegues cristalizados.

Desde los bordes del cuerpo superior y que constituye la superficie del plano vertical del cono, la perspectiva es imponente y horrorosa;

es un alarde del poder supremo, y con esta palabra únicamente puede explicarse.

Observemos el cráter.

Figuraos un abismo erizado de prominencias calcinadas, presentando un plano inclinado en dirección oriental, cuya pendiente rápida pronunciada en escarpada declive, piérdese y se precipita en un fondo de fuego líquido que bulle hirviendo, arrojando de vez en cuando al aire piedras calcinadas y columnas de arenas y aguas minerales y bituminosas: ved que en ese enorme recipiente caen formando azules repliegues, torrentes de lava derretida, envuelta en nubes de humo sulfuroso, que procedente de otras bocas abiertas en los flancos interiores, se precipitan en el fondo de aquel, para aumentar su voraz consistencia.

Es inútil llevar mucho mas adelante vuestro sistema de investigación: vereis un globo escarlata que sepultado en las entrañas del abismo gira indistintamente sobre un limbo tenebroso, cuyos vapores gaseosos asfixian; vereis, ó por mejor decir, oíreis rugir en aquellas cavidades tenebrosas un monstruo encadenado que vomita llamas y metal ardiendo, y cuya furia, no pudiendo caber en aquella mazmorra infinita de azufre, escupe al cielo infernales proyectiles y sepulta los pueblos bajo su ardorosa influencia. Ved pues aquel seno aterrador, cuyo espacio escende de dos mil toesas de circunferencia, amenazando siempre conmovir los quicios de las montañas, quebrantarlas, pulverizarlas y tragarlas, para volver luego á vomitarlas en fragmentos vitrificados, ó en cenizas caldeadas por el fuego que hierve en sus entrañas.

Pero notad que de repente se improvisa una de esas aterradoras faces; el humo que condensaba el cráter ha desaparecido, y déjase ver esta en toda su terrible majestad: La transparencia de sus paredes negruzcas brilla con un tinte lívido, azulado y siniestro, merced á las llamas que flamean y lamen sus límites laterales, formando la ilusión de un pozo de oriflama con baño de cristal y plata bruñida, en cuyo fondo bulle de continuo un foco de materias inflamables é indefinibles por la profundidad, pero que tienen color de oro, visos de tornasolado fuego y hedor mineral.

Si la subida en extremo penosa ofrece riesgos considerables, el descenso todavia tiene mayores peligros que no siempre es fácil evitar. La especie de entorpecimiento físico que experimentan los sentidos y que suelen producir ordinariamente un dolor lancinante en la cabeza, efecto de los gaseosos vapores que se volatilizan á la región cerebral, el frío intenso y excesivo, el viento, cuyo ímpetu azota con crudeza glacial las partes del cuerpo expuestas á su inclemente acción, y mas que todo esa continua oscilación del terreno producida por la sorda explosión del fenómeno subterráneo, todo esto, sin contar las eventualidades de una erupción, hace peligrosísima la retirada de la cumbre del Etna. Si á esto añadís las dificultades que á cada paso os prepara un camino áspero por las cortantes lavas resbaladizas que amenazan precipitaros á un abismo, y los precipicios y breñas que os esperan, comprendéis desde luego cuán grave y precaria es la situación del hombre que se lanza intrépido y temerario á sondear los portentos de la Omnipotencia.

¡Oh vosotros, incrédulos ateos, hombres pertinaces, obcecados en una falsa y errónea filosofía! venid sin reserva, y á vista de esa incomprendible maravilla deponed el orgullo de vuestra insensatez, arrojad el velo que ofusca en vuestra mente la realidad de la esencia mística de la fé, y reconoced á pesar de vuestra impiedad los portentos de la mano pródiga del Todopoderoso iniciados en esa débil muestra de los atributos de su grandeza divina.

JOSÉ PASTOR DE LA RÓCA.

APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LOS ORGANOS,

POR EL PROFESOR DE FÍSICA D. JUAN MIEG.

ARTÍCULO SEGUNDO.

(Continuación.)

Alemania, patria de los príncipes de la música instrumental *Hayden* y *Mozart*, lo fué también de los mas célebres organistas *Bach* y *Vogler*, y estos admirables artistas en sus ratos de inspiración sabían producir efectos sorprendentes desconocidos en el día. La familia *Bach* y sus descendientes cuentan muchos organistas distinguidos, y los estudios de órgano de *Emanuel* y *Sebastian Bach* se conocen como clásicos célebres en todos los países cultos. Jamás se me olvidarán los ratos deliciosos que, siendo aun muchacho, hace mas de 60 años, pasé en algunas iglesias de Suiza, al oír un organista de la familia *Bach* tocar ciertas escenas bíblicas, tales como la creación del mundo, el paso de los israelitas por el mar Rojo, el juicio final, etc.

(1) Se ha asegurado que pueden tomar sombra al pie de este árbol cien caballos.
(2) Divídese en tres regiones el terreno que media desde *Catania* hasta la cumbre del volcan: primera, *reggione inferiort*; segunda, *reggione cultivata*; y tercera, *reggione d'inferno*.

El abad Vogler era tal vez el mas eminente organista de nuestro siglo. Fué tambien artista científico, músico y compositor profundo. Inventó un mecanismo ingenioso á propósito para dar al órgano lo que se llama *espresion*, con todos los matices del *piano*, *crescendo* y *forte*; simplificó el sistema material del instrumento de tal modo, que suprimiendo gran parte de los caños unisonos producía sin embargo mas efecto que con el número total. Esto puede parecer paradoja á muchas personas no iniciadas en los fenómenos de la acústica, y sin embargo es un hecho probado cuya confirmacion se halla tambien en un artículo curioso y auténtico que un organista benedictino del convento de San Pedro de Salzburgo (patria del célebre Mozart) mandó insertar en 1815 en un periódico alemán muy conocido. En dicho comunicado se dice, entre otros, lo siguiente:

«En julio de 1805 el abad Vogler, durante su permanencia en Salzburgo, arregló el órgano de San Pedro del convento de benedictinos conforme á su sistema de simplificación. Dicho órgano tuvo primitivamente 1505 caños, de los cuales se suprimieron 528 para servir mas tarde á la construccion de otro órgano nuevo. Los 777 caños restantes constituyeron el órgano actual de una energía superior á los mayores instrumentos de la capital de Viena. El teclado manual baja hasta el caño de 16 pies de longitud, y en el pedal compuesto de 18 teclas, se oye la flauta de 32 pies. Conforme á dicho sistema de simplificación, 480 caños serian suficientes para construir un energético órgano, y este número se halla en los instrumentos mas ordinarios.

«En un concierto público que dió el abad Vogler para beneficio de las viudas y huérfanos de nuestros guerreros muertos en el campo de batalla, á presencia de dos principes hereditarios y de un número inmenso de oyentes, tuvimos el gusto de oír aquí en Salzburgo los efectos varios de este energético órgano simplificado. Oímos una brillante sinfonia, un adagio sentimental, un lindo repique de campanas (sin campana), un delicioso concierto de flauta (sin flauta), una tremenda tempestad, y una admirable fuga sobre el aleluya de Pascua.—El artista incomparable sacó del majestuoso instrumento como por encanto sonidos y armonías inconcebibles nunca oídos. Alto arroboamiento se apoderó de todos los inteligentes en música; pero hasta los no inteligentes salieron encantados del templo en que, gracias al mágico poder del eminente artista, las horas trascurrieron como minutos.»

Los franceses tuvieron tambien algunos organistas notables. Daquin, muerto en 1772, sorprendió á menudo á sus oyentes contemporáneos con sus admirables caprichos en el órgano, imitando á veces el canto del ruiseñor con una ilusion capaz de engañar á los mas inteligentes. *Bauvarlet Charpentier* era tambien un hábil organista mas reciente, cuyo juego podia á veces recordar á los parisienses al difunto Daquin. A principios de este siglo el organista mas célebre de Paris era *Sejean*, que en la catedral de Nuestra Señora encantó muchísimas veces los oídos del hijo de mi padre con otra infinita d de apasionados. El eminente poeta abad *Delille* en su poema didáctico intitulado *Los tres reinos de la naturaleza*, al celebrar el poder de la música, dedicó á *Sejean* los hermosos versos siguientes, que me hallo incapaz de traducir de un modo tolerable.

De l'instrument sonore animant les organes,
Sejean a prèdulé: oin d'ici loin profanes!
De l'inspiration les sublimes transports
Échauffent son génie et dictent ses accords.
Sous ses habiles mains le sentiment voyage;
Chaque touche á sa voix, chaque fil son langage.
Il monte, il redescend l'échelle des tons,
Et forme, sans desordre, un dédale de sons.
Que de variété! Que de force et de grace!
Il frappe, il attendrit, il soupire, il menace.
Tel au gré de son souffle, ou terrible ou flatteur,
Le vent fracasse un chêne, ou caresse une fleur.

En un órgano de Alemania me acuerdo haber visto escrito los versos siguientes de no sé que autor.

Organa plausibili clangunt, resonantia, flatu:
Pulsa melos blandum, quod modulatur, habent.
Vos agitat multis, homines, impulsibus hostis?
Este Deo grati; reddite dulces melos.

Tambien podrian convenir para semejante instrumento los siguientes versos de nuestro célebre Iriarte:

Con su dulce espresion, grata al oído,
Mide y combina el tiempo y el sonido.

Pero basta ya de órganos propiamente dichos; pues en el artículo siguiente trataremos de algunas otras máquinas de música, que se refiere mas ó menos al órgano.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO VI.

AL QUE MADRUGA DIOS LE AYUDA.

Galopaba á su sabor el travieso pajeillo por la estrecha vereda que conduce á la fortaleza de su señor, é imitábale penosamente su inesperado compañero de caminata. Un razonable trecho dejaron atrás, sin cruzarse palabra alguna y sin mas comunicacion que la consabida tonada á que habia vuelto el jóven, y á lo cual el viejo hacia singular duo con un sordo y vergonzante murmullo de mediano descontentamiento. Pero aunque el cantor parecia tranquilamente entregado á su pasatiempo, no dejaba de preocupar su imaginacion una idea de cierta importancia. Pensaba pues que el anciano camarada era portador de algun asunto interesante y de extraña relacion con el Castellano de Tordehumos. Y tenia para ello sus antecedentes lógicos. Y discurría poco mas ó menos en estos ó semejantes términos, sin dejar por eso su estribillo, ni olvidarse de poner los talones de vez en cuando á su animosa montura.

—Este mal humorado Mendaya sabe á mi juicio mas de dos cosas que atañen á la bella esposa del famoso y vetusto almirante. El sirvió constantemente al padre de la condesa; y cuando este la hizo casar *velis nolis* con aquel acartonado señor, el escudero la acompañó al palacio del almirantazgo, donde permanece destinado esclusivamente al servicio especial y reservado de la ilustre hermosura. ¡Esto es algo!

Y para refrigerar su magin echaba al viento una copla de su picante y temeraria cancion.

Dineros pide y dineros
á España Su Magestade,
magüer que España no tiene
pan, que á la boca llevare.
¡Castellanos, Castellanos,
los hijos de buenos padres,
no finqueis en tal disfama,
guareced la libertad!»

Y estós melancólicos acentos se iban á perder por los convecinos valles, que devolvian un eco lejano é indefinible, cual si fuese el suspiro de la patria evaporándose al trono de Dios.

Por otra parte, prosiguió nuestro doncel, si mis señas no mienten, entre la condesa y mi señor deben mediar historias de lengua y no placentera relacion. Secreto hay pues en campaña. ¿Y quién sabe si será una cábala contra mi buen duque, disfrazada por sus enemigos con el ropaje de aventura... Los tiempos son para todo. Preciso es tomar con cuenta este negocio. El almirante puede muy bien querer jugar una mala pasada al antiguo amante de su esposa... ó al campeón de la comunidad. Todo puede ser. ¡Aquí de tus mañas, principe de los pajes contemporáneos! Se trata acaso de la vida y de la honra de tu señor, de tu padre. Veremos si es cierto el refran que dice «al que madruga Dios le ayuda.»

Detuvo súbitamente su caballo el jóven, y volvió su cabeza en actitud de comunicar con el escudero; mas viendo que este venia aun á considerable distancia, se recostó sobre el arzon de la silla, decidiendo á esperarle, y tornando, para hacer mas llevadero el rato, á su tantas veces interrumpido y anudado romance.

Homes buenos de Castilla
que mis trovas escuchades,
tornad por la limpia honra
que de abolengo heredasteis.
La patria yace acuitada,
los sus campos son eriales,
cual huérfana sin ventura
dia y noche plañe y plañe.
La prosapia de Pelayo
ya no rige el gobernalle
de la España, que á lanzadas
le ganó al malsin Alarbe.
Albanquete de otra guisa
no se atropan flacos canes,
cual sobre esta honrada tierra
esos vampiros de Flandes.

Plúgole un tudesco avanto
al emperador nos dare
porarbitrador del reino,
del reino sin voluntad.
Y en mal de nuestras franquezas,
y talando inmunidades,
malpara los estamentos,
y al pueblo mofa leale.
¡Por Santiago, por Santiago!...
afuera estraños linajes!...
que ni se amamantan siervos,
ni mano aleva se lame
en cuanto el Pisuerga borda,
y el Duero y el Tajo batan,
y en cuanto abarcan los riscos
de Covadonga y Sobrarbe.
¡Castellanos sin mancilla,
los hijos de añeja sangre,
hombres buenos, hombres buenos,
que mi cántiga escuchades,

no finqueis en tanta mengua,
sed lo que fuéades antes,
y el pendon morado alzando,
guaresced la libertad!

Terminar el postrer ritmo de la marcial tonada y llegar Mendaya al pajecillo fué cosa de un mismo instante. Levantó este su vista al sentir la llegada del primero, y sin darle tiempo para salir con algun ex-abrupto y procurando serenar los ojos enardecidos del entusiasmo inflamado en su alma por el canto nacional, dió principio á su proyecto de exploración, reanudando la plática con magistral desembarazo.

—Figurábame, respetable Belardo, que os había el apacible Morfeo tomado bajo su protección, según lo poco que habeis animado á vuestro rollizo Bucéfalo! ¡Vaya que, si no se me ocurre curar de vos, hubiera llegado, no solo á Tordehumos, sino hasta el fin del mundo antes que oyéseis bajar los rastrillos de la plaza, ni podido besar las manos al noble D. Pedro Giron!

—¡Qué Morfeo ni qué venablo! ¡Os parece que tengo los huesos de lana para seguir el humor á ese endiablado bicho que montais?... Bien que por lo demás no tengo prisa, y me seria punto menos que indiferente llegar á Tordehumos hora antes ú hora después.



—Vamos, vamos! no queráis parecer mas malo de lo que es regular. ¿No llevais urgencia, y tomáis una madrugada capaz de quedar al mas garrido como una estatua de sal?... Por Dios, Belardo, que no soy tan payo como me hace el sayo.

—Qué quereis! Cada uno tiene sus maneras de gobernarse.

—Pero es una manera que tiene muy poco de saludable y mucho de menguada, dejar sin qué ni para qué los abrigados linos, para salir á la delantera del sol en una mañana que no es por cierto la de san Juan! Digo y repito que esa no cuela, y que hay moros en la vega.

—Ni moros ni cristianos. Llevais traza de hacerme mensajero de alguna aventura caballeresca; y por vida de Lain Calvo...

—Que es tan cierto, como cierto es que intentais escaparos de mi con vuestro secreto. Pero vais con Dios, que no me importa ello mas que los amorios de Melisendra. Y acaso acaso sepa yo algo de ese misterio, que tan á parto pone á vuestra invulnerable discrecion.

—Ya va siendo!...

—Ah!... Ah!... ¡Qué apostais, amigo Mendaya, á que voy *circumcirca* de esa mision recóndita y peliaguda?

«Mensajero sois, amigo;
non tenedes culpa, non.» (1)

No teneis culpa, en verdad, de que yo haya adivinado mas de lo

que vos quisiérais y entenderais convenir; sino que, aparte de mis apuntes al márgen, la naturaleza me ha dotado de cierto don inquisitorial y escurridizo, que se cuela en las conciencias del prójimo como el viento por entre los briaes de la honestidad. Perded cuidado, que ya le haré yo entender á mi señor que os habeis portado como un confesor de monjas. Oh! eso es otra cosa! Comprometer yo al honrado é integérrimo Mendaya, despues de dispensarme su confianza y puridad!... Mal pecadol...

—Cuando soltais la tarabilla, todo es camino llano, y no hay poder humano para vos. Ahí vais ensartando discursos como quien no quiere la cosa, y veo vendreis á dar al fin en alguna sandez enorme, tal como la de hablar al señor duque...

—¡Oh!... si os enoja eso, no hablaré mas que un difunto. Quédesse en buen hora para entre los dos vuestra franqueza, y empalado me vea si digo esta boca es mia.

—Me poneis en camino de darme á los malos. ¿Dónde está esa franqueza y lisura de pecho, sino en vuestras locas y antojadizas mientes? ¡Poder de Dios, que al muchacho se le antojan los dedos huéspedes!...

Prorumpió el paje á esta sazón en una ruidosa carcajada, seguida de otras mas y mas retumbantes, y poniéndose las manos sobre los ijares, como quien procura no reventar con el exceso de la risa. Contemplábase absorto y cari-acontecido su interlocutor; y como el otro no daba muestras de poner cabo á tal estrépito, hubo de decirle en tono de significativo retintín:

(1) Romance antiguo.

—¡Así Dios me salve, como no teneis un adarme de seso, y como sois la criatura mas aviesa y desatentada que nació de madre. Pero, si por vuestros pocos y mal aprovechados años, creéis á mansalva hacer el bufon á costa de mis honradas canas, puede ser que deis en vago y las canas se vuelvan lanzas!

—Perdonadme, mal sufrido Belardo (y decíale esto el jovial manco entre restos mal comprimidos de maliciosa risa), perdonadme deciros que vos y nada mas teneis la culpa de mi picante salida.

—También eso!... (y apretaba los puños el amostazado escudero.)

—Eso y algo mas. Y otro día encargad á vuestra ropilla que se ponga de acuerdo con vuestras palabras, para evitar que quedeis mal en aquello del octavo mandamiento.

Y señalaba con su dedo índice cierta cartera de bordado terciopelo violeta, en cuyos ángulos exteriores se hallaba trazado en plata el escudo de la casa de Giron, que asomaba por entre la descompuesta botonadura del anciano. Este con un movimiento rápido trató de ocultarla nuevamente á la radiante mirada de su denunciador: pero solo consiguió dar á este una prueba mas de que allí se encerraba el arcano, en cuyo pos se afanaba con todas las veras de su entendimiento.

—Y todo ello se explica muy naturalmente, prosiguió el imperturbable jovenzuelo. Vuestro jubon tiene bolsillo interior, con el galope de vuestra acémila saltó de él esa bella y misteriosa cartera, y como, gracias á vuestra madrugada y apresuramiento, no curásteis de ajustarlos del todo el anteado colete, halló la fugitiva espacio por donde asomar indiscretamente, y aun de sacar á la temprana luz ciertas enmarañadas cifras que alguno sabrá bien y sabrosamente deletrear.

Mohino y cabizbajo yacía Mendaya, mientras de tal modo Elvir gozaba de su triunfo, y procuraba en su mente con feliz imaginación completar el mal habido secreto. Pero en lo mejor de sus cálculos, Mendaya, maldiciendo su descuido, se veía precisado á hacer del ladrón fiel, como suele decirse, enderezóle triste y pausadamente las palabras que vamos á repetir á los lectores de esta ignorada cuanto verídica historia.

CAPITULO VII.

CRÓNICA DE FAMILIA.

—Sé muy bien, Elvir, que teneis grande y afectuoso lugar en el ánimo del señor D. Pedro de Giron, y podré ser que hayais alguna parte en los desahogos de su pecho. Pero sois demasiado joven y sin maduro juicio, para comprender ciertas cosas de este bien llamado valle de lágrimas. Porque si pudiérais adivinar cuánto desabrimiento hay en algunas variedades de la vida, seguro estoy que habríais respetado mi secreto, y dejado libre mi camino.

—Y bien! Llevais una misiva de vuestra hermosa señora para mi arrogante señor. Esto es todo. Y por cierto que para adivinarlo no se necesita acudir á cábalas ni encantamientos. Pero ya que por lo grave tomáis el caso, cúmplame deciros que, aunque poco entrado en años, se me alcanza algo del mundo, y no dejo de dar á cada cosa su natural color. Andad, andad pues en paz; que fuera sandez atravesarme en vuestro camino, cuando puedo ir delante y por mi propio pie.

—Tanto mejor para ambos. Básteos con lo que habeis penetrado, y no queráis ir mas allá, como caballo ciego y descaminado.

—¡Pardiez!... no llevaréis á mal que yo sepa lo que cuentan mas de dos. Hablo de los desafortunados amores de mi joven señor y vuestra condesa, mal maridada con el temerario almirante, á quien su riqueza y poderío no pueden quitar de encima sus sesenta inviernos, sus arrugas y pésima condicion.

¡Malditas bodas y maldito el forzador de ajenas voluntades!...

—Callad, callad, por Cristo crucificado, que caminais sobre ascuas.

—¡Ya se ve!... interpuso su irresistible mediación el cardenal Flamenca, y el pusilánime conde no supo oponerse al capricho de tan altas potestades.

—El vulgo siempre exageró y abultó cuanto atañe á la vida de los poderosos.

—No hay exageración, ni cosa que lo valga. Decidme sinó con juramento que vuestra señora vive muy feliz bajo el árido techo de su desahogado esposo; decidme que no mira desizarse su juventud en inconsolable soledad; decidme que desde su funesto consorcio ha visto un día siquiera salir el sol sereno y benéfico, como en los tiempos que arrullaban su existencia los amantes suspiros de mi mal pagado señor!... Juradme todo esto, y entonces creeré que esa alianza tristísima no haya de ser fundamento de mala ventura y perdición.

—Ya: pero si vuestro duque también se fué á las enemistades del emperador, y dió asilo en sus estados á los procuradores mas insolentes y discolos!...

(Continuad.)

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO TERCERO.

(Conclusion.)

Voltaire, el impio, el escéptico, el inmoral Voltaire, que hubiera dignamente corrido parejas con la mayor parte de estos trovadores, concluía las cartas que dirigía á sus amigos, á los enciclopedistas Diderot, d'Alembert, Helvétius, Bonet, d'Holbach, Condorcet, la Mettrie etc., etc., con la impia frase de «pisoteemos al infame.» Este infame á quien él y sus amigos querían pisotear, era la sagrada persona de N. S. Jesucristo. Mas el impio Voltaire á los primeros síntomas de una enfermedad cualquiera llamaba al sacerdote que acudía á la par del médico. No era por cierto la doliente persona del patriarca de Ferney la que llamaba á su cabecera al sagrado ministro del Señor: no eran tampoco las doctrinas que predicaba en su tragedia *Zaire* cuando decía de esta respetabilísima clase:

*Les prêtres ne son pas ce qu'un van peuple pense:
Notre crédulité fait toute leur science:*

no: lo que obligaba al enciclopedista del siglo XVIII á suspender por un momento el habitual tejido de sus impiedades; á entrar en gracia con aquel infame de quien hablaba en sus epístolas; á postrarse, cual humilde infante, á los pies de un confesor y á romper de un golpe con todo su pasado; lo que á humillar su ciencia enciclopédica le llevaba, era la fé religiosa, las tendencias cristianas de ese mismo siglo XVIII en que vivía. Siglo que, como el nuestro, se hallaba bajo la fecunda presión de esa fé religiosa, de ese espíritu cristiano que el siglo que precede deja siempre al que sigue, cual preciosa herencia. Y el siglo XVIII, deseoso de trocarla por otra, por la duda filosófica, que tal fué el término constante de sus aspiraciones, quiso primero rebajarla, escarmentarla, vilipendiarla, para que establecido el parangón entre una y otra, le fuese disimulado el optar por esta última. Esto fué una locura, una insensatez, una maldad.

Es que nunca se rompe la cadena de las ideas morales que elaboran las generaciones que nos preceden, como tampoco se hace pedazos la cadena de las ideas científicas. Es que sigue con mas ó menos rapidez el curso de las cosas humanas, y jamás se interrumpe ni suspende. Y Voltaire y los poetas de Provenza renegaban de la fé religiosa por ira, por encono y despecho: como reniega el hombre criminal de la ley que pone un freno á sus perversas intenciones. Porque mal podía avenirse con la rigidez de los preceptos evangélicos, en el siglo XII como en el XVIII, el espíritu incrédulo de uno y la conducta relajada de los otros.

Hé aquí explicado el cambio repentino, la transición brusca que se opera en la vida de la mayor parte de los poetas provenzales; cambio, transición, que podrá ser un oscuro logogrifo, un misterioso enigma, cuya adivinación empero costará muy poco al que tenga presente el espíritu del adagio español, *el diablo harto de carne se metió fraile*.

La literatura provenzal que solo dura en su rápida existencia tres siglos, y á todo tirar, los siglos XII, XIII y XIV, se mueve infecunda en un círculo asaz estrecho, pues solo comprende tres términos: los poetas líricos, los poetas satíricos y los poetas épicos. Los primeros, será bien los dividamos en tres distintos grupos, correspondiendo cada uno de ellos á un siglo. Entrán en el grupo del siglo XII Guillermo de Aquitania, Cerca-Mons, Pedro de Vaireira y Pedro de Auvergne. En el del XIII citaremos como principales á Pedro el Viejo, Gerardo el Rojo, Bernardo de Ventadour, Guillermo de Caberstein, Pedro Vidal, Hugo Brunet, Rambaldo de Vaqueiras, Pedro Roger, Guido de Oussel y Anselmo Faydit. Hallamos por fin en el grupo perteneciente á principios del siglo XIV, á Blacas d'Aulps, padre, á Blacas d'Aulps hijo, á Cabenets, á Gerardo Riquier, á Arnaldo Daniel y á Arnaldo de Marveil. Pues tómese cualquiera, como nosotros nos le hemos tomado, el prolijo trabajo de examinar estas poesías, y descubrirá desde luego, y sin esfuerzo, y en todas ellas, esos dos caracteres que nosotros les venimos señalando desde el principio de estos artículos, á saber: el de un amor impuro, asqueroso, repugnante, nauseabundo: y el de su espíritu religioso, impio, perverso. Descubrirá además otro carácter general de que todavía no hemos hecho mención: carácter artístico muy importante para nuestra consideración crítica, porque nos resuelve el problema del brillo artificial de la literatura provenzal y de su pronta degeneración y muerte. Ya se les alcanza á nuestros lectores que queremos hablar de la uniformidad y monotonía de idea y sentimientos poéticos de dichas poesías.

El amor, tal como de antemano le hemos caracterizado, hé aquí el tema perpetuo sobre el cual tejen sus composiciones poéticas los trovadores de Provenza. Para este trabajo de elaboración mecánica se

escogen tres ó cuatro puntos que sirven de base, y después se procede á levantar el edificio. Una bella y arrogante dama, pero unida á un marido celoso por los vínculos del matrimonio; que es raro el encontrar un trovador que se enamore de una doncella, siquiera sea tan linda como la Venus de Apelo: un amor que á las primeras de cambio se muestra hosco, desdenoso, ingrato, pero que al fin hablan de su fingida dureza á compás de tiernos y melancólicos suspiros: una naturaleza risueña, pintoresca, lujosa, de donde saque fecundas, graciosas comparaciones de placer y ventura el trovador enamorado: tales son las tres cuerdas de la lira que sus dedos pulsan. Mas tarde diremos cómo y en qué progresión arrancan de su instrumento estos sonidos.

Veamos ahora las ideas culminantes en la manifestación satírica de la literatura provenzal. Bertrand de Boru, Pedro Vidal, Rambaldo de Vaqueiras, Gerardo de Borrell, Pedro Cardenal, Peiron de Roquefort, Pedro de Auvergne, el monje de Mont d'Or, Bertrand de Alamanon, Rambaldo de Orange y otros poetas satíricos que se nos ofrecen, como algunos de estos, incluidos en el primer grupo de los poetas líricos, hacen igualmente girar la saña de sus violentas y mordaces sátiras en el pequeño círculo que trazan un escaso número de ideas. Las creencias religiosas, las creencias políticas, las mujeres, el matrimonio, las cruzadas, las poesías de otros trovadores rivales suyos: hé aquí ese corto número de ideas que á manera de miras sirven á estos poetas para trazar el plan de sus ataques. Hay á veces en ellos, y particularmente en Pedro Cardenal, sentidos apóstrofes, calorosas palabras de censura, rasgos de noble y santa indignación contra los principales vicios que se destacan feos y repugnantes del fondo también vicioso de la época. La cobardía de los trovadores, sus compañeros de profesión; el escandaloso abuso que hacen del amor; el excesivo apego á la guerra de los señores feudales; la simonía que, cual inmundicia lepra, se extiende por todos los miembros de la sociedad de la edad media; la corrupción del clero y otros vicios no menos degradantes, son varias veces objeto de la desnuda sátira de los poetas de Provenza. Pero ¡ay! ¡Cuántas fases de doloroso aspecto nos presenta esta misma crítica! ¡Cuánta exageración de ideas que las hace caer en opuestos defectos!

Al vituperar la cobardía se hacen crueles, y anhelan respirar sangre y fuego como Sordello de Mantua, el Tiberio, el Neron poético de los trovadores. Al protestar contra el abuso del amor, oímos de boca de Guillermo de Poitiers y de Blacasé las palabras que hemos citado, y de boca de Anselmo Faydit, «que no hay mal en maltratar á la mujer después de haberla deshonrado.» Y hallamos que á este tenor caen los poetas satíricos en Provenza, de Escila en Caribdis. Es aquello de Horacio «tienen miedo de remontarse al cielo y se arrastran sobre la tierra.» Porque la sátira de un vicio cuya opuesta virtud no posee el que la usa, no es sátira noble, digna y decorosa. Es un arma vedada, de mala ley, un arma traidora de que no puede servir en el combate, y que se tornará contra él. El monje de Mont d'Or no podía quejarse de la corrupción del clero, cuando con su persona llevaba por todas partes un perfecto dechado de vicio é inmoralidad. Para que su punzante sátira hubiese ido á herir el blanco hacia el cual su mirada la encaminaba, era menester que otro trovador hubiese podido decir de él á sus compañeros de profesión lo que dijo á sus cortesanos el rey D. Sancho IV de Castilla, al presentarles al héroe de Tarifa: «aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca tenéis el dechado.» Mas el decir esto al buen fraile de la abadía de Mont d'Or, en Auvergne; hubiese sido una burla, un insulto, una calumnia.

Veamos en el próximo artículo los elementos que entran en la parte épica de esta literatura.

ANTONIO DE AQUINO.

JUSTA Y RUFINA.

CUENTO

por Fernán Caballero.

CAPÍTULO VI.

Algun tiempo después la infeliz Piedad se sintió indisputada con violentos dolores de estómago; se quejó á su buena vecina y maestra sin que lo supiese su madre, y esta le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena, y á los pocos días el mal se reprodujo, y la buena anciana alarmada habló sobre ello á Rufina; ésta se incomodó; le dijo que con sus mimos metía en aprensión á su hija, y le prohibió de pisar su habitación.

Entre tanto los ataques se repetían, y la pobre niña, sufriendo horrosamente, iba de mal en peor. Cuando salía su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al tra-

vés de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad. Pobre víctima! decía después á las demás vecinas, está mortal, y se morirá sin auxilio divino ni humano! Esto es una iniquidad nunca vista! Esa mujer sin entrañas no es madre ni puede serlo! Esto no se debía permitir.

—¿Y quién se mete con esa mujer que es una fiera? decía la una. Como Vd. quiere tanto á Piedad, decía la otra, puede que se alarme Vd. sin motivo; pues qué está su madre sorda y ciega? Pero Vd., tía María, siempre está sintiendo lo de todos, y le ha de suceder lo que al cura de Tribujena, que se murió de sentir penas ajenas.

—¿Cómo te hallas, hija mía? le preguntó pocos días después la buena anciana á la enferma, y la voz respondió mas ténue y mas lastimera que nunca:

—Mal; tía María, los dolores me despedazan las entrañas; me abra-so, y cuanto tomo arrojo.

—¿Y qué tomas, hija de mi alma?

—Agua.

—¿Y nada mas?

—No tengo otra cosa.

—Qué inhumanidad! qué heregía! Hija, quién pudiese entrar á asis-tirte!

—Ay sí! ay sí! y un padre, porque creo que me voy á morir. Tía María, ¿me perdonará Dios si muero sin confesión?

—Sí, hija de mi vida, si tú no has pecado; pero aunque lo hubieses hecho, hasta, cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazón, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é im-plo-rar su misericordia, para que nuestro padre nos perdone y acoja. Pero, hija, tú no estás en ese caso.

—Sí, tía María, sí; y no siento mas sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido, nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el cielo que es nuestro Criador y padre, que promete el cielo á los que lo aman, y así me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelo; pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonías los consuelos de la religión santa y dulce!

—Díselo á tu madre, alma mía.

—Se lo he dicho, y no quiere.

—Pobre, pobrecita mía! qué vida has tenido y tienes! pero re-cuerda, inocente mía, que la santa rosa ama á las espinas entre las que se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida; aquella noche no pudo dormir, y si no su persona, veló su corazón á la cabecera de la enferma. Le había prometido orar á Dios para que en caso que falleciese fuera con todos los consuelos y socorros espirituales, y así lo cumplió pasando su desvelada noche en oración.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones secuaces de la noche, pareciendo estos negros etíopes esforzándose por arrancar á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gallo había lanzado ya su animada diana á sus compañeros, aun no había descendido del campanario la santa llamada de la iglesia á sus feligreses; pero abríanse ya las puertas del santo templo. En él entró una joven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolón. La iglesia estaba aun solitaria y oscura; las lámparas de plata, continuas centinelas del tabernáculo, hacían brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubría el altar del Sagrario, y las ráfagas que alguna vez despedían de sí las santas luces como un suspiro, parecían animar los rostros de los ángeles postrados en adoración ante el santo de los santos. La débil y plácida luz del día que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pie de la iglesia, las hacía aparecer en la austera sombra del templo como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su padre.

Dios habla poderosamente al corazón y á la inteligencia del hombre, en el silencio de su templo, con estas palabras que sin pasar por el oído suenan en su corazón: Dios es universal, eterno, y sin medida; para él no hay cosa grande ni cosa pequeña; no hay pasado ni porvenir, ese compás del tiempo; no hay para él secreto, olvido, ni incertidumbre, esas impotencias del hombre. Es maestro y es padre; y si como maestro nos envía los infortunios que son lecciones, como padre une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el germen de una virtud, la ocasión de un mérito.

La joven que con paso vacilante había entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado y exhalando ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el sagrario; pero era aun tan temprano, que allí se halló sola, y poco después, no pudiendo mantenerse de rodillas, dió un débil gémido y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era esta Justa, que había pasado una noche agitada, y que cual la nave que en el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas ese puerto de refugio.

Esta señora se acercó á la caída joven, al lado de la cual se arrojó, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la mas violenta expresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion:

- ¿Que tienes, hija?
 —Creo que voy á morir, contestó la joven.
 —¿Pues cómo es que estás aqui y no en tu lecho?
 —No queria morir sola y sin los socorros de la religion.
 —¿Y no te los han proporcionado en tu casa?
 La moribunda meneó la cabeza.
 —¿Tienes madre?
 La joven hizo una señal afirmativa.
 —¿Dónde está?
 —En casa.
 —¿Y qué hacia?
 —Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.
 —Esa no es tu madre! exclamó Justa con vehemencia: ¡pobrecita! ¿qué edad tienes?
 —Diez y ocho años, contestó la interrogada.
 —¿Y de qué mueres?
 —No sé: ah! Agua, agua, por Dios agua! añadió torciendo y agitando todos sus miembros por el dolor.

(Continuará.)

EL MILANO Y LAS PALOMAS.

Escuchad mi amistoso consejo,

Decia un milano

De palomas á un bando, que el vuelo

Llevaba muy alto.

Vuestro bien me interesa en extremo,

Y veo admirado

Que os cansais en subiros al cielo,

Sin fruto volando.

Pues la nube no encierra en su seno

Semillas ni granos,

Y dejais á los hijos sin cebo,

Que esperan cuitados.

A la tierra cercanas corriendo

Inmensos espacios,

Hallareis al instante el sustento

Que abunda en los campos.

Si observais á qué altura me elevo,

Y en giros variados

Mi volar en un punto concentro,

Y de él no me aparto,

Es que miro constante y acecho

perdiz ó gazapo,

Que han de ser para mi y mis hijuelos

Dulcísimo pasto.

Las palomas, á quienes artero

Hablaba el bellaco,

Le responden: no, amigo: tu intento

Lo vemos bien claro.

Aconsejas que cerca del suelo

Unidas corramos,

Porque entonces, de arriba cayendo,

Nos echas el gancho;

Y si encima de ti nos ponemos

Huyendo del daño,

De tus garras y pico sangriento

Seguro está el bando.

Como el bando, si torpe un gobierno

Imita al milano,

Por huir de sus garras, el pueblo

Se pone mas alto.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

DELICIAS DEL SIGLO DE ORO.

Romance.

Dichosos tiempos aquellos
 de las edades doradas,
 siglos sin tuyo y sin mio,
 siglos sin toma y sin daga.

En vez de calzon los hombres,
 las hembras en vez de enaguas,
 plantábanse una corona
 y unas hojillas de parra.

No conocian caseros,
 medicina ni farmacia,
 ni sastres, ni prestamistas,
 ni escribanos ni otras gangas.

Llevaban, y sin bozales,
 por falderillos las damas
 osos, leones y tigres;
 y estrignina no se usaba.

Quería un chico á una chica
 y, sin suspiros ni cartas,
 la plantaba un *yo te adoro*
 ante el lucero del alba.

Y publicaba sus bodas
 al dulce son de la flauta;
 que por faltar gacettillas
 era la forma ordinaria.

Eran los *duelos* de entonces
 en los bosques de esmeralda;
 todo el pueblo por padrino
 y dos zampoñas por armas.

Llenos de filantropía
 los árboles y las plantas,
 dar de comer al hambriento
 siempre tuvieron por máxima.

Y, haciendo una reverencia
 á los hombres, se inclinaban
 para que del dulce fruto
 les espulgasen las ramas.

Y luego, en vez de sorbetes,
 de ponches y de Champaña,
 ofrecía el arroyuelo
 sus limpias ó turbias aguas.

Grutas oscuras y frescas
 eran entonces las casas,
 y así nadie en aquel tiempo
 se tiró por la ventana.

No habiendo ferro carriles,
 ni postas, ni aceleradas,
 nadie pensó en ver mas bosques,
 ni otro cielo, ni otras caras.

Ni se halló quien por azumbres
 linfas de azufre tragara;
 ni hubo hermosa que sus nervios
 bañase en remotas playas.

La verdad dicen que entonces
 en los labios alojaba:
 ¡buenas cosas oirian
 las inocentes zagalas!

Tal era el siglo de oro,
 de paz y de inocentadas,
 acerca de cuya dicha
 solo una duda me asalta:

¿Se conocieron las lluvias,
 el viento, la nieve cándida,
 las pulmonías, el tífus
 y las calefaturas gástricas?

Que si todo esto sufrían
 aquellas rocas humanas,
 y bajo el oro del siglo
 se escondían tales plagas;

y si andaban, como dicen,
 con la propia piel por capa,
 tomando el sol sin sombrilla
 y la lluvia sin paraguas,—
 buen provecho el verde campo
 y el arroyuelo y las auras;
 no trueco yo tantas dichas
 por las presentes desgracias.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL ATRIO DE LA CATEDRAL DE CORDOBA.

(VULGO EL PATIO DE LOS NARANJOS.)

El átrio de la iglesia catedral de Córdoba, el mismo que perteneció á este grandioso edificio siendo mezquita, es digno de atención por sus dimensiones, amenidad y magnificencia.

De 642 pies que tiene de largo todo el edificio, 216 á la parte del Septentrion ocupa el átrio, y son los mismos de que consta su anchura de Norte á Mediodía: su largo de Oriente á Poniente es de 462, ancho total de toda la fábrica. Por este átrio se entraba á las diez y nueve naves de que consta la mezquita, las cuales no estando cerradas como ahora, la grandeza del edificio sorprendia toda junta á los que entraban por la puerta principal, ahora llamada del Perdon.

Arrimado á esta puerta estaba el alminar ó torre, grande y alto edificio que labró Abde-r-ramen III; y aunque fábrica árabe, mas tenia su forma de romana que de morisca, segun la noticia que nos ha transmitido Ambrosio de Morales, que alcanzó á verla antes de su demolición, pues fué casi del todo destruida para hacer la torre nueva. Hasta que se labró esta sirvió de torre del templo cristiano. Dió trazas para elevar la nueva torre el arquitecto Hernan Ruiz, que murió en 1547, determinando demoler el alminar hasta no dejarle mas que 103 pies y aumentando esteriormente su grueso. Llevó Hernan Ruiz muy adelante la obra; pero no pudo concluirla, y se hubo de suspender cubriendo la torre con un chapitel de madera, ochavado, de figura piramidal, y forrado de hoja de lata, sobre el que habia unas gruesas bolas de cobre de las que salia la veleta. Mas habiendo sido derrocado este chapitel, y la torre tan maltratada por un terrible huracan y terremoto ocurrido el 21 de setiembre de 1589, que amenazaba ruina, acordó el cabildo repararla en 4 de marzo de 1593 conforme á la muestra y traza del maestro mayor Hernan Ruiz, y con aprobacion de Asensio de Maeda, maestro mayor de la iglesia de Sevilla. Se comenzó á demoler la torre antigua el dia 30 de noviembre de 1593 desde la mitad, y jueves 4 de febrero de 1599 se subió la primer campana, aun sin haber hecho el cuerpo destinado para colocar el reloj, y la obra se suspendió en este estado por entonces para acudir á la de la capilla mayor nueva.

La fábrica de esta torre es de sillares de piedra franca, á escepcion

del zócalo en que asienta que es de jaspe azul. Su planta es cuadrada y tiene de ancho por cada frente de su parte inferior cuarenta y dos pies. Su altura es de 532, y consta de cinco cuerpos.

Las campanas son cuatro grandes y ocho medianas, colocadas en el tercer cuerpo, y una muy pequeña en el último. La mayor, que es la de Santa Maria, pesa mas de 400 arrobas; y son todas tan sonoras y de tan agradable y armónico sonido, que con dificultad se oirá un repique mas concertado, alegre y cadencioso.

En el cuarto cuerpo está colocado el reloj y sus dos campanas. Fué construido por Manuel Garcia Pinto en 1747, y la campana de la hora es la mas antigua de todas, pues se hizo en 1493.

Sobre la cúpula se eleva la imagen dorada de San Rafael, custodio de Córdoba, que tiene en la mano un bordon del que sale una pequeña bandera que sirve de veleta en que estan estas letras: MEDICINA DEI, y en el pecho tiene una lámina de bronce en que se dice cuándo se colocó allí, que fué en 24 de mayo de 1664.

Por todos sus lados menos por el del Sur, donde desembocaban las naves del templo, ahora cerradas, está el átrio rodeado de galerías ó soportales sostenidos de columnas y postes á trechos. Algunos han creído que estos soportales existieron en tiempos de los árabes; pero nosotros juzgamos que si hubo pórticos, se limitaron al espacio que ocupa cada una de las puertas laterales, pues las cuatro primeras columnas de los soportales como se sale de la mezquita, en todo son iguales á la de esta, y las demas muy diferentes; por lo que es de creer que estos soportales se prolongaron en tiempos modernos; pero no podemos determinar la época fija en que fueron construidos, aunque conjeturamos que el de la parte de Occidente, que es el mejor y mas primorosamente labrado, fué por lo menos restaurado, en toda su estension por el obispo Don Martin de Angulo á principios del siglo XVI, pues se ven sus armas en él.

La puerta principal del edificio está frente del arco que, como dijimos, se llama de las Bendiciones, y era el que correspondia á la nave central de la mezquita en su primera planta cuando no tenia mas que once. Sobre este arco hizo el obispo Don Fray Juan de Toledo

6 DE MAYO DE 1835.

en 1833 una decoración de piedra con dos nichos en que se ve la Anunciación de Nuestra Señora, cuya imagen está á la derecha, San Gabriel á la izquierda, y en el centro un jarrón de azucenas.

Fué este átrio mejorado y adornado con dos de sus fuentes en 1890, y en 1740 se aumentó el agua de todas, y se le dió mayor peso, con lo que fué mas embellecido. Es indudable que estuvo poblado de árboles en tiempo de los árabes, pues uno de sus escritores del siglo XIII tratando de la mezquita de Córdoba dice así: «La aljama de Córdoba, restituyola Dios al Islam, fué obra de los reyes Omeyas que la hicieron á competencia de la de Damasco: se entra en ella por un átrio espacioso lleno de árboles frutales, palmas y naranjos, con copiosas fuentes de agua que corre entre flores y yerbas debajo de los planteles para recuerdo de las amenidades del Paraíso.»

No es de creer se despoblase del todo este bello parque en tiempo de los cristianos; mas ya le faltarían algunas plazas cuando á principios del siglo XVI se plantó en él cierto número de naranjos, como testifica en su obra de agricultura Gabriel Alonso de Herrera. En el día pasan de ciento las plantas que tiene entre naranjos, cipreses y palmas.

Cuánta sea la celebridad de este átrio prueba el caso que refiere Don Antonio Ponz en su viaje de España. Hallábase en la posada de un pueblo próximo á Teruel cuando vió llegar seis ó siete hombres en arrogantes caballos, vestidos, como él dice, á la última majería, con sombreros blancos y armados de espadas anchas, los cuales al entrar en la posada dijeron á una voz: *alabado sea el patio de los naranjos*, salutación estraña, que de nadie fué entendida. Don Antonio Ponz, que tuvo por bandideros á aquellos jaques, se puso en camino muy temprano para Teruel procurando alejarse de ellos; mas hallándose en esta ciudad, pasaron por delante de la casa en que estaba, y supo que eran toreros andaluces que iban á torear á Pamplona; pero aunque supo qué gente era la del saludo, no pudo resolver el enigma del patio de los naranjos hasta que vino á Andalucía.

LUIS MARIA RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lirico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO CUARTO.

Como todos sabemos, es la literatura la manifestación poética de los sentimientos é ideas del hombre. No perdamos de vista esta definición: es muy importante para resolver ciertas cuestiones literarias, y en particular eso de las literaturas populares y literaturas eruditas: ó en otros términos, la tan debatida y manoseada cuestión de los clásicos y románticos. Que los sentimientos del hombre rudo, toseco, ignorante, y sus ideas sean iguales á los sentimientos é ideas del hombre culto, instruido y hábil en la ciencia; es decir, que las manifestaciones de su actividad moral é intelectual tengan en el primero el mismo grado de desarrollo que adquieren en el segundo, esto es un absurdo, un imposible. Existe pues entre ambos tipos humanos y la clase que cada uno de estos tipos representa una línea divisoria. El terreno, el círculo social donde el uno se mueve, es radicalmente distinto del terreno y círculo social donde se agita el otro. Son dos mundos opuestos: dos elementos distintos como el agua y el aire, en medio de los cuales cada uno de ellos vive. Y esto no tiene nada de particular, nada de extraño. Las fuentes naturales, los manantiales de estos sentimientos, de estas ideas, no son, no pueden ser los mismos para ambos. Y como siempre ha habido y habrá esas dos clases de hombres de que hablamos, esas dos categorías sociales que son las únicas que nosotros reconocemos, esa aristocracia y democracia de los hechos metafísicos, siempre ha habido y habrá dos manifestaciones especiales distintas y bien marcadas de estos hechos. Siempre también ha habido y habrá dos especies de literatura, de ciencia, de arte, dos especies, en fin, de manifestaciones de la actividad moral é intelectual humanas: la de los hombres ignorantes é incultos y la de los hombres cultos y sabios.

Limitando ahora la estension de nuestro raciocinio, reconoceremos igualmente en el vasto campo de la ciencia literaria—que lo es y mucho, y pese por ello á nuestros adversarios—dos manifestaciones independientes una de otra, particulares é individuales: la manifestación espontánea, libre, franca é ingenua del pueblo, de eso que llamamos *vulgo*, y la manifestación sujeta á reglas y leyes, humilde y esclava, artificial y compuesta, que no es otra que la manifestación elevada y

científica de la gente que llamamos *sábía*. Es decir, literatura romántica, de *roman* ó *romance*, de cuento y novela, y literatura clásica de estudio y perfección, de verdad pura y abstracta. ¿Cuál de ambas manifestaciones es la mejor? Lo ignoramos completamente. De esta, como de otras muchas cuestiones científicas, puede decirse aquello de Horacio:

Grammatici certant, et adhuc sub iudice lis est.

Ambas tienen virtudes y atributos que nos las hacen igualmente recomendables. Ambas son útiles, necesarias, indispensables al arte, y contribuyen á su progreso y perfeccionamiento, cada una en su esfera y con los medios que halla á su alcance. Solo diremos, porque así cuadra á nuestro objeto, que la primera de estas dos clases de literaturas, la literatura popular, por esas mismas calidades de espontaneidad, sencillez y franqueza que nosotros los reconocemos, y creemos tiene en efecto, nos manifiesta con mas verdad y pureza los sentimientos de la humanidad. Porque el hombre natural y sencillo habla como piensa, y dice lo bueno como lo malo, y lo dice como se le viene á las mientes, como lo decía limpio y llano el Cid Campeador, sin anhelo de agradar y sin miedo de herir. En este hombre no hay duplicidad, no hay malicia; en su corazón no cabe un sentimiento falso, mentiroso, inicuo: en su mente tampoco halla cabida una idea engañadora y fraudulenta. Y consiste esto en que lo que sale del corazón del hombre que no ha aprendido á mentir—que para todo háse menester de un aprendizaje—es natural, puro y cristalino como el agua que mana de la fuente. De la abundancia del corazón habla la boca, dice oportunamente un antiguo adagio nuestro.

Este mérito de la sencillez es una propiedad de la literatura popular, que posee en alto grado la nuestra, y del que carece la erudita. Y no hay para qué negarlo: la propiedad especial de que hablamos da á la primera literatura una notable superioridad sobre la segunda. La superioridad de examinar las bases sobre las cuales descansa el edificio antes de pasar á averiguar las partes de que se compone y la armónica distribución de estas. Es la ventaja del principio sobre la consecuencia, del análisis sobre la síntesis. Es un hecho, el de sentimiento, uno, igual, permanente, originándose siempre de un mismo principio y por iguales causas, y manifestándose con casi iguales caracteres, puesto en parangón con otro hecho, que es el de la idea, misto, complejo, sujeto á accidentes y circunstancias, modificable y variable hasta lo infinito. Hé aquí cómo la literatura popular, naciendo del sentimiento, no de la idea, del corazón y no de la cabeza de un pueblo, es un hecho suyo, natural, libre y espontáneo, á la par que uno y permanente; porque es una verdad, hasta la saciedad repetida, que jamás varia ni se cambia esa serie de sentidos de un pueblo que forman su carácter moral. Podrán modificarse algun tanto, *accidentarse*, por decirlo así, y seguir como todo lo humano el lento y progresivo curso de las cosas; pero desaparecer ó sustituirse á otros, jamás. Esto está fuera de las leyes humanas. Si es cierto aquello de que *genio y figura hasta la sepultura*, no lo es menos, que en sentido opuesto, las ideas que tenemos hoy no son quizás las de ayer. Y la humanidad es el hombre.

En este sentimiento natural y perenne, toseco y rudo tal cual es, fundamos nosotros la literatura popular, el romanticismo, que colocamos en el Paraíso terrenal, en las primeras palabras de nuestro padre Adán. Y no ha de extrañarse nadie que nos riamos á carcajadas cuando se nos señala el nacimiento del romanticismo moderno en la literatura francesa, por ejemplo en Víctor Hugo: que antes de Víctor Hugo está Rabelais, y antes que Rabelais estan en el mediodía de la Francia los trovadores y en el norte los *trouvères*. Eso de *predicar* por ahí que todas las literaturas nos presentan tres épocas: la época de la literatura popular, ó sea su nacimiento: la época de la literatura erudita, ó su formación, y la época de fusión de ambas y predominio de la erudita, ó su constitución definitiva, todo eso que por ahí se dice es una solemne vulgaridad. La misma ó poco mas ó menos literatura popular, y para nosotros romántica, existe hoy en nuestra España, y en el año 33 del siglo XIX, que existía en nuestro suelo en los viejos tiempos de Fernán Gonzalez y del Cid. La diferencia está en una cosa tan solo: que ahora solemos conocer y aun designar con el dedo los autores de la literatura popular, al paso que nos son en su mayor parte desconocidos los autores de aquella antigua literatura.

Nada mas fácil que comprobar con un ejemplo esta verdad. ¿Qué representa el teatro en nuestra moderna literatura? Lo que los antiguos romances: la vida pública y privada de la sociedad bajo todas sus facies y aspectos. El teatro moderno, como el antiguo romance, son sin duda alguna de todas las manifestaciones literarias del arte, la mas sencilla y llana, la mas familiar é ingenua. Mas en la época en que se escriben los romances en España, ¿no existe también otra manifestación artística mas severa y elevada, mas artificiosa y compuesta? ¿Y cuál es esa manifestación? La manifestación erudita, la manifestación clásica greco-latina. Así que, mientras en el siglo XVI,

Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Esquilache, Llaño y otros mil poetas amenguan su elevada y á veces colosal estatura hasta reducirse á la talla común de los poetas populares; y escriben romances para el pueblo y se unen y asocian á él; mientras eso pasa por un lado, por otro Garcilaso, la Torre, Rioja, Herrera y los poetas eruditos hacen versos á veces á lo Petrarca, con frecuencia á lo Pindaro, á lo Horacio y á lo Virgilio; y fray Luis de León, tan sublime poeta como eminente prosista, al escribir en castellano sus *Nombres de Cristo*, su *Perfecta casada*, su *Exposición del libro de Job*, pide humildemente *perdon* á sus lectores de hacerlo en una lengua que no es la latina.

Hé aquí pues la manifestación clásica del arte caminando desde el principio al lado de la manifestación romántica, luchando constantemente con ella, venciendo ó siendo vencida, elevándose en el siglo XVI, aunque por distinto camino, á la misma altura en que esta última se halla. Y cuenta que este siglo XVI es entre nosotros el siglo de oro de la literatura popular. Pero ¿y á qué remontarnos hasta pasados siglos? ¿No nos ofrece el teatro moderno, como ya lo hemos apuntado, esas dos diferencias de manifestación artística que constituye las diferencias de literatura de que venimos hablando hace ya mas tiempo de lo que hubiéramos deseado? Y en el actual arte dramático español ¿qué representan ahora entre nosotros, por ejemplo en Madrid, los teatros de la Cruz, del Principe, de Variedades por un lado, y los de Union, Génio y plaza de la Cebada por otro? Al hombre de bien, al *bonus vir*; —y sin alusión— al pobre diablo en fin que vaya de buena fé, lisa y llanamente á estos teatros, ¿podrán exigírsele acaso los mismos grados de educación artística, ó mejor dicho estética, que al crítico inteligente, al sesudo Larra que sienta su altiva planta en estos últimos? No es esto decir sin embargo que los que asisten á los teatros mas puestos en arte sean todos inteligentes y Larras: que después de la muerte del sabio crítico de *Anthony*, el *Trovador* y *Los amantes de Teruel*, los virtuosos dramáticos son tan raros como á la presente los dias de bonanza. En cambio, á la limpia y pura raza de los Larras ha sucedido la bastarda y sucia de los pollos, con el apéndice generador de gallos, que á falta de inteligencia tienen osadía y balbucean disparates. Lo cual prueba, en último análisis, que si en unas cosas la humanidad progresa, en otras retrocede espantosamente.

Pero en fin, aunque el sabio no apruebe y el necio aplauda, como dice el fabulista, lo cierto es que existe grande, notable diferencia entre los teatros elegantes y los teatros rústicos: diferencia que prueba lo que decimos de las dos clases de literaturas existentes en los modernos como en los antiguos tiempos.

Establecido esto, con toda la latitud que requiere la abundancia de razones necesarias al apoyo de una idea nueva, siquiera sea esta de suyo clara y evidente, pero que tenga que luchar con otras ya acreditadas, y sobre las ruinas de estas asentar su trono, conveniente y por demasiado justo es ahora, que á la literatura provenzal y en el examen de la manifestación épica de esta literatura, apliquemos los nuevos principios que acabamos de proclamar.

Esas dos distintas y opuestas manifestaciones del sentimiento y pensamiento humanos que reconocemos en todos los pueblos y en todas las literaturas, se hallan igualmente en la provenzal. Es un hecho incontestable y cuya existencia nos parece haber explicado ya satisfactoriamente. Las dos primeras manifestaciones literarias de que hemos hecho mención en los anteriores artículos, las manifestaciones lírico-erótica y satírica pertenecen desde luego á la literatura erudita. El trovador de Provenza no es un cualquiera, un *quidam* que deseoso de vida holgada y aventurera, deseoso de *vivir sobre el país* como se dice vulgarmente, abandona sus hogares y se lanza alegre á gozar del mundo. No: en Provenza no habian aun llegado en aquella época las cosas al misero estado en que ahora las vemos. No: aun habia en aquellos hombres mas decoro, mas dignidad, mas poder que entre nosotros. Aun no se *sentaba* plaza de trovador, como ahora se sienta de escritor, de literato, de periodista, de hombre público.

Para ser verdadero trovador, es decir, para ser poeta, era preciso ser hombre instruido y culto: se necesitaba una serie de estudios formales, una educación literaria completa: el que antes de adquirir el honroso título de trovador se sentia animado del sacro fuego de la poesia, del fuego que para ellos arde en los impuros altares de la madre Venus, como dice Lucrecio, acudia presuroso á las numerosas escuelas clericales ó monacales, únicas existentes en Provenza en esta temprana edad, y cursaba sus años de carrera poética. Estudiaba lo que entonces era costumbre, la gramática, la retórica, la dialéctica, la música, la poética, la aritmética, la geometría, etc., etc., ó en términos escolásticos, el *trivium* y el *quadrivium*. Templada de este modo su musa poética al doble fuego de la inspiración y de la ciencia, desarrollado y educado su núnimo por medio de esta, se hacia mas fecundo y adquiria mayor vigor y flexibilidad. Y nada prueba tanto lo que decimos acerca de los estudios y erudición clásica de los trovadores como la metrificacion de que usan en sus poesías.

El carácter principal de esta metrificacion es la rima y sus infinitas y caprichosas combinaciones; y sabido de todos es que la rima ha pasado del latin á las literaturas modernas. Eso que dice por ahí esa insipiente turba de artificiales eruditos, de que la literatura árabe ha pasado toda entera con armas y bagajes á la provenzal, que la ha formado y educado cual si fuera un tierno infante, y le ha infundido, como suele verificarlo el que enseña en el que es enseñado, sus ideas y la forma que las viste, todo eso es un disparate, un error. A quien nos dice semejante paparrucha le contestamos con aquello de *que á otro perro con ese hueso*. De que los provenzales hayan cantado los placeres del amor y del campo y las galas de la bella naturaleza, y lo hayan cantado con frecuencia en versos octosílabos, no puede, no debe inferirse que lo han hecho á imitación de los árabes: que esto equivaldría á asentar que descienden por línea recta de la literatura árabe todas las demás literaturas de Europa. Y esto no: *esto es turco y no lo creo*.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

RECUERDOS ORIENTALES.

I.

El que haya tenido ocasion de visitar las vecinas costas africanas, desde Tánger hasta Trípoli, y especialmente los centros de población beduina que se hallan en el interior de las regencias de Marruecos y Trípoli, y en lo que hoy se llama Argelia; y antes ó despues haya observado las costumbres de los hombres que habitan en nuestros pueblos y aldeas de Andalucía y Murcia, con especialidad en las asperas de los montes y sierras, habrá notado los infinitos puntos de contacto que se hallan en las costumbres de ambos pueblos; costumbres que, aplicadas hasta á la diferencia de creencias religiosas, guardan grande armonía, si bien por esta causa han desaparecido de entre nosotros las repugnantes escenas á que da lugar la poligamia y el desenfreno de las pasiones, halagado por las funestas máximas del Koran. Sin embargo, los árabes de hoy conservan la misma urbanidad que les aconsejaban sus *Tolbas* en los tiempos que habitaban las fértiles campiñas de Andalus (1), y en su trato social ofrecen la misma sencillez, las mismas particularidades que distinguen á nuestros campesinos de los puntos que hemos referido. Parece que hasta el traje guarda completa semejanza para acercarlos mas al simil que nosotros encontramos, porque en efecto el uso de los sarauels ó calzoncillos blancos que se conserva en mucha parte de Andalucía, y en las huertas de Murcia y reino de Valencia, es el mismo de los árabes, apellidando tambien *sarauel* á esta parte de su vestido. La faja ó ceñidor con que se sujeta á la cintura este calzoncillo, es tambien prenda indispensable en el *beduino* que se dedica á la agricultura y á la guarda de ganados: la manta abigarrada de nuestros andaluces y murcianos y las de cuadros de los valencianos y alicantinos, son el *jaic* de los musulmanes; y hasta el nombre que lleva esta manta en alguna de las poblaciones de Andalucía es conservado del que tuvo el *jaic* en los mismos puntos durante la dominación sarracena: llámase en Almería y su comarca *jaldá* á una manta larga, cosida por medio y por una de sus puntas que sirve para abrigar al hombre, para cubrir con ella al caballo, y para conducir viandas ó frutos de los campos; y nosotros hemos visto que en las tribus que habitan las inmediaciones de *Máscara* y *Sidi b. el Abbas* en Argelia, que descienden con orgullo de los Gomeles y Zenetes de Granada y Almería, llaman á sus *jaiques* abigarrados *jaic-el-Juldi*. Esta denominación se encuentra en un autor árabe aplicada á los vestidos que se tejían en Almería, y que por su mucha duración se llamaban *Juldi*, que es lo mismo que eternos. La costumbre de llevar siempre la cabeza cubierta, bien con un pañuelo á guisa de turbante, bien con un gorro de lana ceñido enteramente al cráneo, en términos que esta costumbre se halla recibida como indispensable para la higiene, es derivada en nuestro juicio de la disposición musulmana que ordena llevar siempre la cabeza cubierta, ya con el *gimama* ó turbante, ya con el *schaschia* ó gorro encarnado.

Creemos que no deja de ofrecer interés la comparación de las costumbres de ambos pueblos, tal como se advierten en la actualidad, y por lo mismo vamos á presentar los puntos en que guardan mas semejanza, y que tienen relación con la urbanidad y trato social de nuestros campesinos, á quienes no dudariamos en llamar *beduinos* de nuestra patria, si esta voz fuese por todos aceptada en su verdadera significación, que no es otra que habitante de una región separada de las poblaciones; voz que equivale á la de *serrano* entre nosotros, porque se aplica al hombre que habita la sierra, separado algun tanto de los pueblos á ella cercanos.

(1) Nombre que daban á España los árabes.

Lo que mas fuertemente se halla arraigado entre nuestros labradores es la idea religiosa, por lo cual no hacen cosa que no vaya acompañada de alguna palabra ó de algun gesto que indique que aquella accion necesita de la voluntad de Dios para que sea perfecta. No se hablarán de seguro dos campesinos sin que la primera palabra de la salutación sea *Dios te guarde*, en vez de *buenos dias*, que se acostumbra entre gentes de mas cultura; así como tampoco se encontrarán dos musulmanes sin darse el consabido *Salam G'alaic* que equivale á aquella frase. No responderá un lugareño á una accion de reconocimiento por la palabra *gracias*, de las gentes acomodadas, sino que pronunciará el *Dios se lo pague*, ó *Dios se lo aumente*, locucion que traduce literalmente el *ag'tasec-al-lah* de los beduinos.

Difícil será que cualquiera persona regular, aun de poca representacion en los pueblos, deje de ser saludado á su paso por todos los que se crean inferiores á ella, sea en fortuna, sea en conocimientos, ya se emplee la palabra de vaya usted con Dios, ya se use de un signo de cortesía; y entre los árabes sucede puntualmente lo mismo, oyendo el *salam g'alaic*, ó dirigiéndose el inferior á besar la mano del superior, ó besando la frente ó la espalda de este si es persona que se halla constituida en dignidad, ó que pertenece á los hombres respetables por sus virtudes, á quienes unos apellidan *Marabus* y otros *Tolbas*, pero que ocupan el lugar de sacerdotes.

En una reunion cualquiera se presentará un campesino, y la primera palabra será la salutación con Dios para todos los circunstantes, á la cual todos responderán, interrumpiendo por un momento la conversacion; y esta costumbre es tan fielmente guardada entre los africanos, que involuntariamente se les desliza el *Salam g'alaic*, salutación en plural, y el *ua g'alaic es salam*, que es la devolucion de la misma salutación, correspondiente á nuestro *y á ti tambien*.

En medio de las conversaciones de nuestros labradores se oyen infinitas interrupciones, bien para dar gracias á Dios, bien para interponer su influjo en el resultado de las narraciones que los ocupan; y estas palabras que podremos llamar sacramentales, las oímos constantemente en boca de los adoradores del islamismo. No dirá jamás un musulmán *hoy lloverá*, si no añade *si Dios lo permite*; así como nunca dirá *disfruto de salud*, si no perfecciona la frase con el *hamdu lil-lah*, por la gracia de Dios. Al hablar de las cosechas y de los campos, nuestros labradores añaden siempre el influjo del poder de Dios en su buena ó mala calidad, en su abundancia, ó en su pérdida, y el beduino jamás dice que ha tenido una cosecha en su campo, sino que Dios le ha concedido el fruto de sus tierras. Podrá decirse que todas estas ideas hallan su fuente en nuestra sacrosanta religion, que como única verdadera contiene los principios saludables en que se han basado las demas sectas que otros pueblos profesan. Nosotros conocemos que en efecto el origen de estos pensamientos se halla con mas arraigo en el catolicismo; pero como advertimos que otros pueblos tienen costumbres diferentes, sin que hagan tanto uso del fanatismo religioso, y sin que por eso dejen de pertenecer al gremio de nuestra querida iglesia, creemos que se reflejan mas los usos de nuestros labradores en la tradicion de nuestros antepasados los árabes, tradicion que este pueblo ha conservado lo mismo al través de doce siglos.

En otros artículos continuaremos nuestras comparaciones, en las diferentes escenas de la vida social y doméstica de ambos pueblos.

MANUEL MALO DE MOLINA.

ÓRGANOS MECÁNICOS CON CILINDRO,

RELOJES ORGANIZADOS Y ÓRGANOS ESPRESIVOS, ETC. (1).

Todo lo que precede se refiere á los órganos propiamente dichos, á los órganos con teclado manual, que se tocan al modo de un piano. Pero la industria del hombre ha conseguido sustituir á las manos y pies del organista un mecanismo ingenioso movido como el de un reloj, ya sea á favor de un muelle ó de un peso, y por este medio se puede aun producir un efecto equivalente al de una orquesta entera de instrumentos de viento. Todas las personas que hayan tenido curiosidad de mirar por dentro un organillo de pajar, ó bien uno de aquellos órganos portátiles y ruidosos que con tanta frecuencia cierta raza de músicos ambulantes pasean por nuestras calles, habrán podido observar que su principal agente es un cilindro guarnecido en toda su superficie con puntas y puentes de alambre, movido á favor de una rosca y de un manubrio que mueven simultáneamente un fuelle. Las

puas de alambre, dispuestas de modo á ofrecer una fiel escritura de todos los signos musicales de la tocala, imprimen al teclado colocado encima los mismos impulsos que recibiría por los dedos de un organista. Si en vez de ser impulsados mediante un manubrio y el brazo del hombre, cilindro, fuelle y teclas se mueven á favor de un rodaje de relojería con muelle ó peso, resultan aquellas admirables máquinas llamadas vulgarmente *relojes de música*, ó mejor *relojes organizados* ó *órganos mecánicos*, pues que el reloj que las adorna lo mismo que las figuritas son un accesorio á esta clase de artefactos. En la parte del gran ducado de Baden que se llama comunmente Selva Negra, no lejos de los manantiales del Danubio, es principalmente donde se construyen todos aquellos relojes organizados, tan conocidos en el dia hasta en América, y que adornan nuestros cafés y horehaterías. Solo de unos 46 á 48 años á esta parte han recibido estas ingeniosas máquinas la perfeccion de que gozan en el dia, pues antes estaban reducidas á un juego sencillo de flautas de madera ó de estaño, ó cuando mas á dos registros que era necesario abrir y cerrar con la mano. En los relojes organizados modernos, al contrario, hay varios registros imitando diversos instrumentos de viento, que se abren y se cierran por accion de mecanismo propio. Es admirable el modo con que el arte mecánico ha llegado á perfeccionar progresivamente esta clase de industria, desde el organillo sencillo de pajar con manubrio del precio de tres duros, hasta el gigantesco Panharmonicon, que imita toda la música militar y se vendió en 150,000 francos. Entre los diversos relojes organizados modernos que desde el año 1850 adornaban los principales cafés de esta corte, se deben distinguir por la brillantez de sus voces y la perfeccion del mecanismo las obras maestras de los hermanos *Blessing* conocidas y apreciadas en toda la Europa y hasta en los Estados-Unidos de América. Tal es principalmente el órgano magnifico con sus doce registros y catorce cilindros de sinfonías, que los inteligentes filarmónicos oyeron en el año 1850 con tanto gusto en el local del teatro de Buena Vista, calle de la Luna, donde lucia algo mas que en el café nuevo (hoy del Iris) de la calle de Alcalá donde se colocó en seguida por algun tiempo. El dueño actual de este hermoso instrumento es el señor D. Francisco Orlando. La mayor parte de dichos relojes de música fueron vendidos por el relojero alemán *Hofmeyer*, que vive en la calle de la Cava Baja, y posee todavia un hermosísimo instrumento tan perfecto como el anterior y mas moderno, adornado con un cuadro de mérito, y cuyos efectos manifiesta á los aficionados con la mayor complacencia. Sin embargo, para completar la orquesta de instrumentos de viento faltan en dichas máquinas la trompeta, el bombo y platillos, que me acuerdo haber oido en algunas otras análogas de mayores dimensiones, y principalmente en el citado *Panharmonicon*, que se manifestó en Paris por primera vez en 1807 y que he vuelto á ver amplificado en 1825, cuando su constructor el ingenioso maquinista alemán *Maelzel* se lo llevó á Londres. El Panharmonicon es una máquina elegante de 14 á 15 pies de alto, vistosamente adornada con las figuras de los diversos instrumentos que componen la orquesta militar, cuyos efectos imita tocando con una precision y espresion admirables varias sinfonías de Hayden, Mozart y otros maestros famosos. Su teclado de acero de 152 teclas hace tocar 420 instrumentos imitando una orquesta de sesenta músicos. Tiene cinco rodajes, dos fuelles y once cilindros. El laborioso autor construyó sucesivamente cuatro instrumentos semejantes. El mas perfecto existe en Paris y pertenece á Mr. *Delessert*. Otro se halla en poder del principe de Leuchtemberg en Munich; el archiduque Don Carlos de Viena posee el tercero; y el cuarto fué vendido en 150,000 francos á la ciudad de New-York en los Estados-Unidos de América. El ingenioso artista *Maelzel*, muerto en 1825, está conocido por otras varias invenciones, y principalmente por el *metronomo* que anda en manos de todos los profesores de música, y un autómatas bailarín de maroma y otro autómatas jugador de ajedrez. El mismo acertó el primero con la embocadura verdadera de la trompeta por mecanismo de lengüetería, como se acordarán aun muchas personas cuando en el año 1820 el físico *Robertson* acompañado del indio (mulato parisiense) *Cosoul*, trajo á Madrid su autómatas trompeta que tuvo el honor de manifestar á presencia de la familia Real. En el número 69 del interesante periódico francés intitulado *L' Illustration* del año 1846, hallará el curioso lector un hermoso diseño de este magnifico instrumento.

El *Componium*, que en la misma época se manifestó igualmente en Paris, es otro órgano mecánico tambien de construccion alemana, bastante análogo al anterior, algo menos grande, y tocando tambien con la mayor perfeccion sinfonías y otras piezas de música de varios maestros hasta Rossini inclusivamente, haciendo oír igualmente todos los instrumentos de viento, con bombo y platillos, pero con menos estruendo que el Panharmonicon. El célebre pianista *Moscheles* escribió sus brillantes y dificultosísimas variaciones militares espresamente para esta máquina, cuyo nombre recuerda cierta charlatanería. Pretendian en efecto que el instrumento mismo era capaz de componer variaciones sobre los temas que se le propusiese: pero los inteli-

(1). La mayor parte de esta segunda parte se halla (*mutatis mutandis*) en los números 341 y 342 (año 1871) de un antiguo periódico muy conocido á la sazón con el título de *Correio de Rio de Janeiro*, á cuyos redactores yo habia comunicado dicho artículo bajo el pseudónimo de *M. Lólo*.

gentes bien sabían que todas las piezas de música que tocaba se hallaban notadas ó picadas de antemano en los cilindros, como sucede en todas las máquinas análogas. Críticos hubo que extrañaron poco el que hubiese máquinas compositoras, habiendo en el día tantos músicos meras máquinas.

El célebre artista *Blessing*, en el gran ducado de Baden, construyó también otra máquina gigantesca de música que llamó *Orquestrion*, la cual por sus dimensiones y efectos debía ser bastante semejante á las dos anteriores, y cuyo precio subió á cerca de doce mil pesos duros. Además de las muchas sinfonías y otras piezas de música que tocaba espontáneamente después de haberle dado cuerda, goza dicha máquina de la preciosa ventaja de poder ejecutar en ella á favor de un doble teclado todo lo que se quiere como en un órgano manual regular. Esta particularidad me recuerda una de las empresas mas gigantescas y mas raras de este género, que ejecutó antiguamente un organista de Arlés en la Francia meridional. Mandó construir un rodaje con unos treinta cilindros enormes que aplicó al teclado principal del órgano grande en la catedral de dicha ciudad. Se había notado en los cilindros cantidad de sinfonías, fugas, misas y otras piezas de música sagrada y profana, y el organista no tuvo otro cuidado que tirar los registros convenientes y cambiar los cilindros. Este precioso órgano, que podía ejecutar mas que dos organistas hábiles, ue destruido á principios de la horrorosa revolucion francesa del siglo anterior.

(Continuará.)
JUAN MIEG.



(Mad. de Pompadour.)

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO VII.

(Conclusion.)

—El duque obró con bidalguia y generosidad acogiendo á los buenos en la desgracia y la flaqueza. Y el cardenal, que no siente hervir en sus venas la generosidad española, se vengó mezquinamente, des-

haciendo sus esperanzas de felicidad y arrebatándole el idolo de su corazon.

—Vais demasiado lejos, y hablais con la pasion y no con la razon.

—Estoy con el dedo en la llaga. Pero no es todo el mal para mi señor. Pues por lo que hace á la cuenta pendiente con su eminencia realista, me pienso que ha de cobrar con las setenas. Y en cuanto á sus puridades con la melancólica condesa, la cartera de antes dice mas de cuanto nos conviene saber.

—Elvir, Elvir, no vayais á dar en imaginaciones temerarias sobre el recato de una dama sin ventura.

—Quédese cada una en su lugar, y dad cimas á vuestro encargo, cual cumple á un servidor canoso y bien quisto; que de lo demás Dios dirá.

Callaron ambos interlocutores, quedándose embebecidos en diferentes pensamientos. Elvir, conseguido su objeto de arrancar al escudero el secreto de su mensaje, y con él, por racional discurso, la mediación de la condesa en los intereses del duque, se prometía con este cabo caminar al lado de su señor por el arriesgado laberinto de la misteriosa aventura. Y Mundaya, preocupado con las reminiscencias de este diálogo, solamente deseaba deshacerse cuanto antes del insinuante y peligroso doncel. No obstante, ya que la suerte había depurado su encuentro, proponíase sacar partido de él, para procurarse la entrada en Tordehumos sin riesgo ni mal paso. Pues como los tiempos eran de guerra, y la villa el cuartel general del de Giron, además de su residencia ordinaria, guardábanse sus muros y portillos con celosa exactitud, y no era cosa de poco momento penetrar en aquellos reales sin ciertos pormenores que no podían cuadrar á la misteriosa misión y necesario incógnito del disfrazado escudero. Determinóse pues á valerse del pajeillo, puesto que la condesa había encomendado á su discurso el modo de introducirse en la bien guardada plaza, y cobrarse así del secreto que se dejara arrancar mal de su grado é intencion. Ocupábase en la manera de entrar al joven por el particular, y devanábale la no muy fecunda mollera, cuando aquel le vino á poner en la mas apetecible coyuntura, tornando así á la plática:

—Razon es, mi viejo camarada, que me manifeste obligado á las confidencias que os he merecido, y holgárame de una propicia y no tarda ocasion.

—El escudero vió el cielo abierto, como decirse suele, al oír este ofrecimiento, y se decidió á aprovecharle con franqueza patriarcal.

—De hombres honrados es por cierto, contestó á renglón seguido, acorrerse mutuamente; y en Dios y en mi ánima, os favorece vuestra voluntad tanto mas, cuanto pudiera bien ocurrir el ponerla á prueba antes de lo que pudierais imaginar.

—Siempre que esa prueba no se oponga á lo que todo bien nacido debe á su fé y á su señor...

—Al contrario, Elvir; pudiera redundar en su mejor servicio y aumento.

—Todo soy oidos.

—La cosa es breve y compendiosa. ¿Me proporcionais la entrada en Tordehumos, por vuestra cuenta y riesgo, hasta la persona de vuestro amo?...

—¿Para quién?...

—¿Escusada pregunta!... Para mi señora doña Ana de Cabrera, condesa de Mógica, etc., etc.

—Eso es hablar en razon.

—¿Bien caro os dáis, cuerpo de tal!...

—Yo me entiendo, y Dios me entiende. ¿Y por cuánto tiempo habeis de estar en la villa?...

—No lo sé.

—Ni yo comprendo.

—Vengo á las órdenes de don Pedro Giron.

—No hablemos mas del asunto. Corre de mi cargo el buen éxito de vuestro mensaje. ¿Os toca tan solo callar y dejarme decir!

—Esto de contado cae en un pozo.

—Tan hondo y oscuro como las calderas de Pedro Botero.

—Es negocio concluido.

—Amen.

A corto rato después llegaron nuestros dos caminantes á los muros de la villa, y tomando la derecha, se deslizaron en busca de una poterna que aun se ve hoy en la cortina mas próxima á la vetusta y amenazadora fortaleza.

CAPITULO VIII.

TOROS Y CAÑAS.

Mientras la condesa calcula los resultados de su confesion, el almirante espera la respuesta del padre definidor provincial, y este en su solitaria celda combina los sutiles hilos de la madeja de su ambicion, bueno será engañar el tiempo del modo mas sabroso y entretenido. No creemos pues haya otro mas á gusto de nuestros lectores que

ponerles de manifiesto el cuadro de las cosas que por los tiempos de nuestra crónica pasaban en la conturbada y animosa Castilla, en cuyo panorama juegan algunas figuras que tienen repartido papel en esta desbaltada narración.

Necesario ha de ser y por conveniente entendemos para el caso, tomar los sucesos desde un poquito mas arriba, aunque hayamos de echar un cuarto á espaldas en achaque de historia, sin ofensa del padre Mariana y demás, que no hay por qué mentar. Al efecto, y con permiso de quien darle pudiese, nos hemos de poner serios por unos cuantos minutos; pues de cosas vamos á tratar que mas son para sentidas con el corazón, que para celebradas con frívolo y distraído labio, y cuyo tenaz recuerdo aun nubla la frente espaciosa y altiva de las gentes en los hogares castellanos.

Logrado que hubo el emperador enajenarse las voluntades de los pueblos españoles, y cuando á fuerza de provocaciones insensatas hizo que, gastada su mesura y sufrimiento, rompiesen el freno de obediencia y de abnegación, la chispa eléctrica inflamada en Toledo y Valladolid, por el choque entre la tiranía y el patriotismo, convirtióse muy presto en intensa y poderosísima hoguera, que iluminaba con su rojo vapor, llevado por el soplo magnético del entusiasmo, hasta las mas retiradas chozas de nuestros montuosos y solitarios confines. Levantáronse pues las comunidades; el pueblo se vió sin rey, el monarca sin vasallos; el estado entregado á sí mismo; alzaronse banderas; partiéronse los campos, y echóse mano de la última razón, de la guerra. ¡Oh!... Si en este lugar fuera del momento una diversion acerca de las causas inmediatas y ocasionales de aquel grande acontecimiento, quizá hiciéramos algunas indicaciones que pudieran no ser del todo perdidas. Pero como nuestra condicion no alcanza á las alturas de la filosofía histórica, continuaremos haciendo saber que cada una de las partes beligerantes se dió buena prisa para poner de su lado la fuerza de la razón, que en tales extremos siempre está en razón directa de la razón de la fuerza.

Contaba el emperador, ó mas bien sus áulicos y allegadizos, con cierta fracción de la nobleza, una parte del clero, ó mejor la aristocracia de hisopo y de cogulla, y alguna otra gente de menor valer. No era poco. Pero eso y mucho mas nada significaba ante el aspecto airado de la nación, fuerte con sus leyes seculares, y ante la explosión del sentimiento de independencia, de honra y de dignidad, que resonaba en todos los pechos, que gritaba en todas las conciencias, que dominaba en todos los instintos. Así es que todas las ciudades alzaban formidables sus rastrillos; las villas hacían sonar el rebato á campana herida; los señores sacaban al campo sus mesnadas; los pecheros abandonaban el arado y el sayal, por empuñar la pica y vestir el arnés. Y donde antes sonaba únicamente la sencilla y melancólica tonada del labriego, perdida por verdes y sonoras vallejadas, ahora retumba el eco de la calamidad y de la destrucción, cual suele después de un tranquilo día de verano resonar la tempestad rápida y vibrante por los anchisimos senos del espacio. El emperador no vió, ó no pudo acaso ver en tan graves amagos, mas que una nube pasajera y fácil de disipar. Pero al paso que se adormía en tan necia confianza, la tormenta se fué condensando sobre el horizonte, los vapores de la pública indignación apagaron la luz de los discursos, y estallando el torbellino del descontento, en un mismo punto brilló el relámpago, crugió el trueno y ardió el rayo, para abatir á los fuertes y ensalzar á los humildes como instrumento del Señor.

Una vez recogido el guante por la nación, los flamencos se vieron precisados á comparecer en el palenque tan loca y villanamente abierto por su dañado corazón y torpísimas artes. Don Carlos, desentendiéndose por razon de estado, ó por otra cosa acaso muy conocida en el mundo, de la queja unánime de sus pueblos y de la perspectiva siniestra de la república, dejó las playas españolas, yéndose á esperar en los Países-Bajos la solución de un trance que inauguraba muy tristemente su nombre, su reinado y su dinastía. Pero antes de su partida, cual si hubiera querido poner las cosas en el peor camino posible y hacer un impracticable todo medio racional, nombró por gobernadores al arzobispo cardenal, al nunca bien loado tudesco Adriano de Utrecht, es decir, al hombre mas idóneo y especial, para hacer no una, sino unas centenas de *pópulo*, y para disparatar á todo sabor y pleno conocimiento.

Este tonsurado príncipe y unos cuantos hidalgos de su semejanza y concordancia, que olvidados del deber de buenos españoles se arrastraban vilmente por el lodo de los palácios alemanes, se dieron tan brava traza en sus deslices, torpezas y escándalos, que á poco de la partida del pupilo imperial tenían contra sí en armas la España toda, apelidando «Santiago y la comunidad» *La tierra de Campos* no fué la que menor parte tomó en esta gloriosa cuanto infuista contienda; y su aspecto á la sazón presente no era el mas á propósito para infundir en el menguado pecho de los flamencos y sus allegadizos mas esperanzas que las de quedar en un cerro alanceados como jabaliés, ó en su defecto la piqueta como porvenir lógico de todo quien vende la

patria al extranjero, y mira lo ajeno como botín de conquista. La reina madre tenia fija su estancia en Tordesillas y prestaba el apoyo de su nombre, fuese como quiera, á las quejas, aprestos y autoridad de la Santa Junta. El bravo y generoso prelado de Zamora dominaba con sus ginetes de iglesia y demás gentes de su bandera la vega que se tiende á lo largo entre los alcornoques de Zúñiga y la corriente del Sequillo hasta las cercanías de Toro. En Valladolid ardía con vehemencia la hoguera del entusiasmo popular, y era el centro de acción y de vida para el gobierno de la comunidad: así como Medina de Rioseco era el asiento y laboratorio de los farantes imperiales. Vanamente se ayuntaron en esta villa al amparo de la bandera del almirante el gobernador Adriano y los asendereados caballeros que componian su odioso cortejo. En ello mostraron bien poco seso y no gran pericia en estratégicos y marciales achaques; pues fué lo mismo que dar el zorro en la boca del arcabuz. Mas el miedo es un consejero menguado, y la villa de don Fadrique tenia fuertes y bien conservadas murallas, mientras que á campo raso andaba el diablo en Cantillana. Y si no digalo el marqués de Astorga y sus doscientas lanzas, cuando en Villabrúma se halló mas cerca de los ballesteros de Acuña que lo que conviniera á la salud de sus cuerpos y conservación de sus ropillas. Por esta y otras humoradas de los comuneros, que por lo visto no perdian ripio, se veían los flamencos y comparsa empaquetados en la villa, y ceñidos en un círculo de hierro (como hizo patente el almirante en un giro de estupor oratorio) cuyo círculo, que tenia por eslabones y argollas y candados, robustos castillos y animosos tercios con sendas ciudades, villas y lugares, ibas cerrando cotidianamente, poniendo á tan aprovechados varones en punto y extremo de darse al diablo, si con ellos se quisiera honrar. Don Pedro Giron, implacable y poderoso, sentaba sus reales en Tordehumos, sostenido en su flanco débil por la terrible falange de Acuña, y garantido á retaguardia por la escelente plaza de Zúñiga, donde mandaba por derecho de familia. La fortaleza de Torrelobaton, celeberrimo baluarte después del héroe comunero, colocada sobre el camino de Tordesillas, cerraba el acceso de los encastillados imperiales á aquella corte, que les dejaba por aquí sin esperanza de salvación. Para Galicia les tenia cortados Giron, que prolongando su ala izquierda por Cebreros y Villafrauctuosa, obraba sobre Villalpando y tomaba el Esla, el Orbigo y el Cea, con movimientos fáciles y seguros, sin perder de vista á Rioseco, ni dejar su base de operaciones. Y después, mas arriba, vigilaba aquel derrotado Leon, y hacia imposible la retirada hasta los puertos. El gobierno del emperador, en suma, no tenia mas tierra que la que pisaba, y desde la atalaya riosecana veíanse los vivaqueadores comuneros recorrer francamente las alturas de Radilla y Almenara y tremolar el morado pavés en todas las fortalezas á la redonda.

(Continuará)

JUSTA Y RUFINA.

CUENTO

por Fernán Caballero.

(Conclusion.)

La señora hizo señá á un monacillo, que se apresuró para traer de la sacristía una vasija con agua. La infeliz paciente bebió con ánsia, sostenida por la señora que la habia incorporado y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

—Quiero confesar, dijo con débil voz.

—Aun no ha venido el cura, repuso con angustia la señora, que veía ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido. Ve á avisarlo, prosiguió dirigiéndose al monacillo; y luego añadió alarmada dirigiéndose á la moribunda: ¿acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mia?

—Ah no! solo una cosa.

—¿Y qué es?

—Que no amo á mi madre.

—¿Se lo has demostrado?

—No.

—¿Le has faltado al respeto?

—No.

—¿No la quieres, acaso porque ames contra su agrado á otra persona que no deberías amar?

—Oh no! no amo mas que á Dios, y á la buena tia María que me lo hizo conocer, y á vos, señora, que me habeis compadecido y asistido, á vos, que sois tan hermosa y tan buena, á vos os amo.

La moribunda llevó á sus labios la blanca mano de Justa, que besó. —Pues entonces, dijo esta, abrazando con lágrimas de compasión y de ternura á aquella dulce y doliente criatura, te digo para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente que ansia por

su Dios, lo hallará propicio, pues es padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados; para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan tus buenas disposiciones y este agua bendita que te absuelve.

La señora persigió á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendecida.

Entonces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una espresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que lo volvió sublime como el de una de las vírgenes mártires, joyas del cristianismo que tuvieron la gloria de ayudar á cementarlo.

—Señora, dijo con apagada voz, Dios os premie la caridad que conmigo habeis ejercido! Yo tenia miedo, ahí mucho miedo! ya no lo tengo, aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frío... que se irán... y allí me dejarán sola, sola... pero vos me recordais la oracion que me enseñó mi buena maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazón á mis labios.

A acostarme voy
Sola sin compañía;
La virgen Maria
Está junta mi cama;
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emocion esta misma ingenua y santa oracion infantil que la enseñara su madre, la concluyó añadiendo:

Mi niña reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—¿Sois mi madre la Virgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

—No, no lo soy, hija mia, pero puede que la señora me haya enviado para auxiliarte.

—Sí, sí; lo sois, murmuró la agonizante; madre... madre mia... conducid mi alma á vuestro hijo, pues... en él creo... á él amo... en él espero.

—Que te ha de perdonar y salvar, amen, oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el cura, el sacristan y otras personas que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos que alzaba al altar se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacia elevarse con exaltacion hacia aquel que todo lo recompensa, hacia aquel que siendo todo amor es el sublime iman del corazón amante.

Mas su delicada organizacion moral y fisica no pudo resistir á la impresion que la desgarradora escena en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente, habia producido en ella... Se sintió indisputa, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el rey de la alegría; pero el alma de Justa estaba triste hasta morir. La imagen de aquella suave y hermosa niña que en su agonía habia visto presa de las mas crueles torturas corporales, mientras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovian en opuesta manera del modo mas violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores hacen al alma su cárcel; una de esas angustias téticas y agitadas, que hacen que el corazón, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite en el pecho ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Seria que sentia el corazón lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Haciale sentir sin espresarlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salía un entierro solo y pobre de en casa de Rufina; el cadáver no llevaba caja propia é iba en la caja comun. Las vecinas que lo miraban salir murmuraban sordamente como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

—¿Qué entierros! esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia Maria que lloraba sin consuelo: ¿ni siquiera lleva palma?

—Vosotras no las veis, contestó la anciana, pero lleva esa bendita dos; una de pureza que le ha puesto la Virgen á un lado, y otra de martirio que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

—¿Pero por qué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

—Porque con ese cadáver de virgen se entierra un negro atentado, contestó la anciana.

—¿Qué quereis decir con eso, tia Maria?

—Nada, nada, contestó esta; lo que os encargo es, que cuando acabeis el rosario, no olvideis nunca el padre nuestro por el alma sola,

pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan la oraciones, sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos, los desamparados.

EPÍLOGO.

Si encontrais en la ciudad de Z*** á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas, que viste con humilde pulcritud, encaminándose hacia la iglesia en que está el jubileo, á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas, á quien los ancianos sonríen y los pobres bendicen, esa es la empobrecida Justa Villamencia.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con direccion á la plaza una carretela descubierta en la que se rellana un mal cantante italiano con un cigarro en la boca y á su lado veis una mujer ahuecada con farbales y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una aureola de moños, flores y blondas; si veis que al pasar cerca de ellos vuelven los caballeros con disgusto la cara, los jóvenes casquivanos se rien, y que las gentes del pueblo escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular, tan infalible cuanto espontáneo, esa es la enriquecida Rufina.

Algunos años después, disipado su caudal, destruida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moría Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas hermanas de la Caridad por el modo aterrador con el que en su frenesí y en su agonía repetía: ¡Piedad! ¡Piedad!

MADRID EN SEMANA SANTA.

Romance.

No á la ciudad de los Césares,
ni á las ruinas de Sion
á entonar fuistes, amigo,
el santo «yo pecador»;
ni á las márgenes del Betis
te llevó tu devocion
á rezar con la Giralda,
veleta que anda en caló.
Sobre renglones de hierro,
y con mulas de vapor
alex-aurífero Tajo
te aproximaste veloz.

Tú, que anticuario no eres,
aunque eres pollo y leon,
nada hallarás remarcable
en pueblo tan sin valor.

Calándote pues los lentes
escucha con atencion
lo que en la Santa Semana
acá en la corte pasó.

Segun antigua costumbre
bufó mucho el aquilon,
y al escondite jugaba
entre lágrimas el sol.

Las doncellitas cesantes
desde quince á... ochenta y dos
sus ayunos demostraban
en sus caras de dolor.

Hasta el sol del quinto cielo
con sostenido y bemol
se elevaban las carracas,
instrumentos de pasion.

Llegó el domingo de Ramos,
y á Madrid entapizó
con áureas palmas trenzadas
con lacitos de color.

Dió la oliva de sus ramos
crecida contribucion,
y de barbas de romero
cada monte se afeitó.

¡Cuál las iglesias y calles
llenaba de inculto olor,
de mal tono y nada grato
á los nervios com' il faut!
Bosques de palmas andando
eran los templos de Dios,
y en cada cual de chiquillos
se escondia un escuadron.

¡Dichosos papás que luego
enlazaban con primor
aquellos ramos benditos
en los hierros del balcón!
Mezclados, martes y miércoles,
cada ciego publicó
proclamas, hojas volantes
y la Pasión del Señor.

El Jueves y el Viernes Santo
¡pásmate de admiración!
en Madrid con ser Madrid
ningun coche atropelló.

Encerradas las berlinas,
las yeguas y los landós
¡fraternidad envidiable!
cada quisque era peon.

Vistiendo luto las bellas,
con elegante fervor,
ostentaban sus hechizos
de estación en estación.

Para correr las iglesias
cada cual se engalanó,
no porque yendo de gala
nos escuche Dios mejor;

No: que sus ojos penetran
el humano corazón;
mientras los ojos del hombre
solo ven el exterior.

Solo alguno que otro pobre,
no viendo el bando creyó
que era lícito aquel día
implorar la compasión.

Por lo demás, ¡cuánto lujo!
¡qué trajes! ¡qué joyas! ¡oh!!!
¡qué opulencia hay en España...
de trapos y similor!

De plata en ricas bandejas
y en espléndido montón
deslumbraban los retratos
del francés emperador.

Filantropías señoras
hacían la *cuestación*,
y un lacayo ingerto en loro
era su guardia de honor.

Vertiendo risa llegaban
uno á uno y dos á dos
los amigos á entregarles
su igual y espontáneo don.

«Todas son recién paridas
(uno de Pinto exclamó),
pues todas tienen al lado
su fruto de bendición.»

Acabó el jueves; y el viernes
al punto que amaneció
vi en la plaza de Afligidos
aguardiente y devoción.

Oí las siete palabras;
y vi que el Hijo de Dios
mas dijo en aquellas siete
que en mil el predicador.

Fui por la tarde á la casa,
para ver la procesion,
de un hermano del amigo
del primo de tu tutor.

Con adoquines humanos
la carrera se empedró,
y hecho manojo de gente
estaba cada balcón.

Al ver la caballería,
por miedo de alguna coz,
al mar rojo parodiando
la multitud se partió.

No te diré quienes iban:
tú lo has visto como yo
viéndolo el año pasado,
y el otro y el anterior.

Mucho niño, mucho cura,
mucho cofrade y pendon,
mucho pobre bernardino,
coros y árias de fagot;

judios, desamparados,
gallegos con dominó,
sotanas, sables, tricornos,
képis, bonetes, chacós.

En fin, todos de uniforme,
porque ¡inocente afición!
en pudiendo disfrazarse
ya es feliz todo español.

Por supuesto hubo carrerras,
que en tal día es de rigor;
algun pañuelo de menos,
de mas algun pisoton.

Por un *similia similibus*
resucitó el Redentor,
andando á tiros el sábado
casi media poblacion.

Nada en la Pascua Florida
de notable sucedió,
sino algunas frioleras
que guardo para *inter nos*.

Dale pues un par de besos
á la puerta del Cambron;
consérvate bueno y manda
á tu amigo y servidor

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

EL TIMON Y EL PILOTO.

«¿No ves que arrecia el noto
Y la mar erizada se embravece?
Mira, mira, piloto,
¡Qué oscuro aspecto el horizonte ofrece!
No de vana firmeza
Hagas alarde y de valor insano:
Acude con presteza
A precaver el mal con hábil mano.
En el puerto vecino
Marcha á buscar al punto salvamento;
Y no terco el camino
Que emprendiste, prosigas contra el viento.»
Al piloto así hablaba
Un timon que el Océano espacioso
Intrépido cruzaba
Desde el Ganges al Támesis brumoso.
«Al menos, añadia,
Riza la gavia, cala arboladura,
Y tu rumbo varia:
Cede del temporal á la bravura.
¡Que crece la tormenta!
Permiteme virar, ó naufragamos.
Avisado, escarmienta,
Pues á mil buques sucumbir miramos.»
«Mi rumbo no varío,
El piloto responde con despecho:
A la mar desafío,
A la tormenta y temporal deshecho.
Si titulan prudente
Al que se dobla y cede á la violencia,
Renombre de valiente
Me dará mi obstinada resistencia.
Si vence poderosa
La tempestad, os hundireis conmigo,
Y una muerte gloriosa
Hallaré, si mi triunfo no consigo.»
Cual montes que su frente
Al cielo elevan y en la nube ocultan,
Las olas de repente
Se arrojan sobre el buque y le sepultan.
Su tenaz resistencia,
Creyendo mil un rasgo de heroismo,
Lanzan con imprudencia
Las naciones que rigen á un abismo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA VIRGEN DE LA BELLA JARDINERA.

(CUADRO EN MALERA DE RAFAEL.)

METASTASIO.

Hace algunos años que leímos en un periódico francés el episodio que vamos á poner en conocimiento de los suscritores del SEMANARIO. Nos agradó por la hermosa lección que encierra, y en uno de esos momentos en que la imaginación necesita solaz y entretenimiento, y guardando siempre la idea del articulista francés, le traducimos libremente, y ha permanecido en nuestra cartera hasta hoy que lo ofrece-

mos al digno é ilustrado Director del SEMANARIO para su insercion en dicho periódico.

I.

La época de nuestra historia es al comenzar el siglo decimoséti-mo. El lugar de la escena, una ciudad de Italia.

Son las diez de la mañana, y en la esquina de una calle que desemboca en una anchurosa y magnífica plaza, se ve un grupo de personas que insensiblemente se va aumentando. En unos rostros se ve

13 DE MAYO DE 1855.

pintada la admiración; en otros la imbecilidad del que escucha sin entender lo que oye. Solo un personaje de edad avanzada, de rostro venerable, orlado de blanquitos cabellos y mirada viva y penetrante, da á conocer su entusiasmo por medio de un monólogo bastante animado.

El objeto de este entusiasmo era un pobre niño pálido, consumido por el hambre y la miseria, y cuya figura delgada y harapienta inspiraba compasión. Improvisaba versos sobre cualquier asunto para ganar un pedazo de pan, y con frecuencia levantaba sus ojos al cielo, y las lágrimas regaban sus mejillas. Entonces estrechaba la mano de un pobre ciego á quien acompañaba, y su canto era mas tierno, mas dulce, parecido á los suspiros de un alma que se eleva hasta el cielo por medio de la oración, para depositar los tesoros de su amor ante el trono del Omnipotente.

En uno de estos momentos se encontraba el niño cuando lo hemos presentado á nuestros lectores.

El desconocido escuchaba con avidia murmurando:

—Diablo!... diablo!... esos versos son magníficos!

Ya habia sacado de su bolsillo algunas monedas y se disponia á colocarlas en la mano del niño, cuando el pequeño poeta, tomando una salvilla, recorrió la asamblea demandando alguna cosa en nombre del buen Dios, para él y su pobre padre ciego.

Entonces los curiosos se alejaron, y el chico no recibió ni un óbolo.

Solo quedó el desconocido, y le hizo señal para que se acercase.

—¿Cómo te llamas? le dijo.

—Pietro Trapassi, monseñor, para servirlos, contestó el muchacho.

—Pues bien, Pietro, si tú quieres improvisarme alguna cosa sobre el dolor de una reina abandonada por un príncipe que ella ha recibido en sus estados, te daré este puñado de monedas.

—Al instante, excelencia, replicó el niño: voy á cantaros las desgracias de Dido.

Las pardas cejas del anciano se arquearon estraordinariamente en señal de admiración.

—Oh!... oh!... exclamó estupefacto; este chico demuestra demasiada erudición para tan poca edad... Ya te escucho, Pietro.

El joven Trapassi comenzó su improvisación sobre el tema señalado; pero sus versos rebotaban tanta alma y ternura, tanta poesía y entusiasmo, que el buen anciano derramando lágrimas de alegría corrió á él, y tomándole de la mano le dijo:

—Vente conmigo... Tú serás mi hijo: yo tengo necesidad de ti. Nosotros compondremos versos reunidos, y yo espero que algun día tu nombre unido al mio le dará gloria y honra.

E impulsaba á Trapassi para que le siguiera.

El chico se resistía diciendo:

—Pero, excelencia, ¿y el pobre ciego?...

—¿Tu padre?

—Mi padre no, pero el que tengo en lugar de tal. Yo no puedo abandonar.

—Bien, hijo, muy bien, replicó el anciano enternecido. Yo cuidaré de él. En cuanto á ti, quiero que llegues á ser uno de los poetas mas célebres de Italia.

Y seguido del joven se perdió entre la multitud que llenaba la anchura plaza.

II.

Como una hora antes de la en que ocurrieron los sucesos que acabamos de referir, y por una de las principales calles de la ciudad, corría presuroso un hombre de pequeña estatura, cabello rojo, ojo vivo y sonrisa maligna.

Por su paso daba á conocer su impaciencia, hasta que entrando en una casa de buen aspecto paróse en el soportal para enjugarse el sudor que en gruesas gotas corría por su frente. Hecho esto, ascendió por una ancha y cómoda escalera, y se encontró en un vestíbulo donde esperaban multitud de personas.

Aquella casa era la del señor Gravini, uno de los jurisconsultos mas célebres de Italia en aquella época: las personas que esperaban, sus clientes; y el hombre de cabello rojo que acababa de entrar, el barbero del abogado, que atravesando impávido por entre aquella apiñada masa de litigantes, abrió la mampara de cuero de Flandes que ocultaba la puerta del despacho del señor Gravini, y se perdió tras ella.

Gravini, á pesar de la aridez de sus estudios legislativos, cultivaba las artes y hacia poesías que no obtenían gran boga entre los aficionados; mas él no se desesperaba por esto: compañía y rimaba con un infatigable ardor.

En la mañana de que vamos hablando debía hacer una defensa en el foro de mucho interés, y desde muy temprano se entregaba al desgraciado á la composición de una oda detestable. Después de dos horas de trabajo, el pobre sudaba sangre y agua para hallar un consonante, en tanto que hemos visto á sus clientes aguardando impacientes la apertura de la audiencia, de que tan poco se cuidaba el abogado.

En este momento fué cuando el barbero entreabriendo la puerta de su estudio, apareció bruscamente en el gabinete del sábio.

—Perdon, señor, dijo al entrar.

—¿Quién me interrumpe? dijo el señor Gravini con tono acre en el primer impulso de mal humor; pero reconociéndole, moderó su acento, que se hizo mas dulce. Ah! ¿eres tú, Zacharini?

—Sí, yo, excelencia!

—Vete al diablo.

—Gracias, señor.

—Déjame tranquilo, te digo. Me has hecho perder un consonante... ¡y qué consonante, amigo mio!... veamos si lo recuerdo...

....y al escuchar mi nombre, el mundo entero, henchido de entusiasmo... verdadero...

no, no, eso es muy comun... entero... entero...

—¡Por Dios, señor Gravini!... ¡Y por tan poco os dais esa pena!...

—¿Qué dices tú, desdichado?...

—La verdad, excelencia. Os dais demasiado tormento por hacer versos, cuando todos los dias delante de mi tienda un chicuelo recita millares por un carlino.

—Tú estás loco.

—No, por mi alma, señor. Y si quereis, podreis escucharle tan bien como yo.

—Ea pues! aféitame al momento y después te seguiré.

—¿Y vuestros clientes que os esperan?

—Tanto peor para mis clientes.

Algunos minutos después salía el jurisconsulto envuelto en una ancha capa por una puerta de escape seguido del barbero.

Los clientes seguían impacientándose.

Nuestros lectores han visto ya el final de esta aventura. El anciano desconocido era Gravini.

III.

El jurisconsulto cumplió su palabra.

Dió maestros á su hijo adoptivo, dirigió su educación con el mayor esmero, y no perdonó por él ningun sacrificio.

Trapassi se desarrollaba mas y mas, y sus virtudes y sus talentos se descubrían rápidamente.

Gravini estaba satisfecho de su discípulo, y le amaba con ternura. Decía algunas veces riendo: «En poesía mi mas bella obra es Metastasio.» Este era el nombre sonoro que se complacía en dar á Pietro.

—Amigo mio, díjole un día Gravini, ya estoy viejo, y yo no soy eterno. Poco tiempo me queda que vivir; escúchame pues. No tengo familia: por consiguiente te lego mi fortuna. Tú amas el trabajo, eres sábio, y tienes buen corazón. Continúa, amigo mio: sé siempre laborioso: tú tienes talento; aprovéchalo, Metastasio, y tu nombre será célebre.

Pocos dias después Gravini murió.

Trapassi lloró sobre el cadáver de su bienhechor, y siguió sus consejos. Adoptó en señal de reconocimiento el nombre de Metastasio que tanto placía al viejo abogado; y bajo este nombre hizo sus primeros ensayos dramáticos, que tuvieron un éxito prodigioso.

Sus contemporáneos le designaron con el sobrenombre del *Racine italiano*.

No tenia aun catorce años, cuando escribió su primer drama.

En medio de su fortuna, y sobre el trono de su gloria, Metastasio no olvidó jamás la oscuridad de su nacimiento y la miseria de sus primeros años. Adoraba los recuerdos de su vida pasada, y el nombre de Gravini arrancaba siempre una lágrima á sus ojos.

La carrera de Metastasio fué larga y brillante.

Murió en 1782 á la edad de ochenta y cuatro años.

La predicción de Gravini recibió su cumplimiento.

Virtud, trabajo, y perseverancia, han sido siempre la divisa de los que con fé quisieron emprender el camino de la gloria.

FRANCISCO JAVIER COBOS.

ÓRGANOS MECÁNICOS CON CILINDRO,

RELOJES ORGANIZADOS Y ÓRGANOS ESPRESIVOS, ETC.

(Conclusion.)

En el día la poderosa diosa de la moda ha desterrado de la mayor parte de nuestros cafés los armoniosos relojes de música, que ya no se oyen sino en las horchaterías; ó mas bien, los oídos del público cansados de oír repetir siempre las mismas tocatas, prefieren los sonidos

mas variados de los pianos que tocados por hábiles profesores reemplazaron aquellos ingeniosos órganos. Sin embargo, cualquier inteligente en música instrumental convendrá en que los sonidos brillantes y estrépitos del piano, tan adecuados para aires de movimiento rápido y para acompañar la voz humana, jamás podrán sustituir sino imperfectamente las voces armoniosas y melancólicas del órgano en un adagio ó en una fuga, á no ser que se acompañen los sonidos no prolongados de las cuerdas de metal con un violín, un instrumento de viento, ó con la voz; y por esta razón pueden parecer insípidas y poco armoniosas á muchos oídos tantas introducciones de sinfonías, tantos cantos deliciosos en tiempos ó aires lentos de *largo*, *grave* ó *adagio*, que nos encantan ejecutándose en la orquesta. Entre los oyentes pretendidos diletantes en música, que no desamparan los buenos pianos de nuestros cafés, se pueden notar muchos apasionados mas bien á la maravillosa destreza de los dedos de un hábil pianista, que no al mérito intrínseco de la pieza de música que ejecuta. La espresion del piano, en una palabra, nunca podrá ser comparable á la espresion de la voz ó de los instrumentos con sonidos prolongados, sostenidos, á menos que el génio feliz de algun maquinista constructor logre algun día dotar á las cuerdas metálicas del instrumento de este último grado de perfeccion. Por esta razón inventaron las *claves* y *pianos organizados*, en que las teclas al arbitrio del tocador hacen oír sucesiva ó simultáneamente sonidos de cuerdas y de flautas; instrumentos deliciosos si pudieran conservarse afinados, que se tocaron en varios cafés de París habra más de cuarenta años, y cuyo mecanismo se introdujo tambien en los relojes de música. Existe todavía un hermoso reloj de esta clase en el Real palacio de Aranjuez. Se abandonaron los pianos organizados por la imposibilidad de mantener su afinacion: el calor hace subir las voces de las flautas, al paso que hace bajar las cuerdas metálicas.

Con motivo de reemplazar en algun modo dichos instrumentos, yo habia imaginado desde el año de 1820 colocar debajo de un piano comun un pequeño organito de tres octavas de flautas de madera (tapada la primera octava, abiertas las otras dos), cuya afinacion se consigue en corto tiempo. Correspondiendo el pequeño teclado del organito á los tiple del piano, la mano derecha del músico salta fácilmente de un teclado al otro, acompañando la mano izquierda con las cuerdas bajas del piano. En el año 1824 se manifestó este conjunto de dos instrumentos á la Real familia en un concierto, y durante los años 1825 hasta 1850, muchas personas habrán visto los efectos de esta disposicion, ya sea en la deliciosa casa de recreo de Vista Alegre antes que fuese posesion real, ó ya en algunos cafés de aquella época. Aunque la afinacion de un juego de flautas de tres octavas, sustituyendo la flauta travesera comun, no exija sino muy poco tiempo, esta manobra sin embargo puede fastidiar á los aficionados al piano, y por esta razon y á falta de constructores no se hizo caso de dicha disposicion. Pero despues de la invencion de los órganos llamados *espresivos*, se resolvió de un modo satisfactorio el problema de union fraterna entre piano é instrumentos de viento. Todo el mundo conoce aquellos instrumentitos juguetes llamados vulgarmente *harmónicas*, compuestos de una serie de chapitas ó lengüetas de laton que los niños se divierten en hacer sonar con la boca. Mas de treinta años hace que se vendian en Paris primeros juguetes de esta clase, de forma circular, y no produciendo sino los tres ó cuatro sonidos del acorde perfecto. Tal era tambien la forma del nuevo *chromatometro* de bolsillo que publicó el constructor de pianos Fernandez, haciendo oír los ocho sonidos de nuestra escala diatónica, y destinado á facilitar á los aficionados el modo de afinar sus pianos. Mas tarde dieron á los armónicas de los niños la forma de un paralelogramo, y tambien de una especie de flauta ó clarinete. Tal es el origen de los órganos sin caños llamados *espresivos*.

Sustituyendo al soplo de la boca el de un fuelle, y disponiendo encima del depósito de aire una ó dos series de válvulas en guisa de teclas, se inventó en primer lugar el instrumento armonioso tan conocido con el nombre de *Acordeon*, muy adecuado para acompañar la voz, pero que muy pocas personas saben tocar de modo á ejecutar dificultades sin fastidiar á los oídos inteligentes. Dando al instrumento con mayores dimensiones la forma de un pequeño piano ó organito, con teclado regular de cuatro á cinco octavas y fuelle doble dispuesto á moverse cómodamente con los pies, resultó en fin lo que en el día se llama *órgano expresivo*, gozando de las preciosas ventajas de poder debilitar y reforzar los sonidos, de no desafinarse nunca, y de poder sustituir bajo una forma portátil muy reducida un órgano verdadero bastante voluminoso, como se puede ver efectivamente en varias iglesias, tales v. g. como en la capilla del Buen Retiro, en la de Villaviciosa de Odón, tres leguas de esta corte. Los mas pequeños de dichos instrumentos, tales como los ejecuta á precios muy equitativos el hábil constructor de pianos D. Guillermo Weis en los Basilio de la calle del Desengaño, tienen cinco octavas, imitando en lo alto flauta ó oboe, y en los bajos el fagot ó violonchelo. Pero los órganos mayores provistos de tres, ocho ó hasta doce registros, pueden imitar por su combinacion casi todos los demás instrumentos de viento; y en esta disposicion se

llama tambien *harmonium* este instrumento, que constituye por su union con un buen piano una deliciosa orquesta, la cual no exige mas que dos músicos: pero tambien se puede identificar en uno solo. En la última esposicion de productos industriales hemos tenido ocasion de ver un precioso modelo construido en Barcelona, que ofrecia la union de ambos instrumentos, verdadero piano organizado, pudiéndose tocar simultánea ó aisladamente; y en varias casas ricas de esta corte hay preciosos instrumentos de la misma clase. Por desgracia son demasiado costosos para estar al alcance de muchos músicos y aficionados. El primer instrumento de esta clase fué enviado de Viena al Real palacio de S. M. hará unos 25 años; pero desde aquella época se perfeccionaron considerablemente. En la citada fábrica de pianos y órganos del señor Weis se ejecuta y se manifiesta tambien un mecanismo sumamente ingenioso, á favor del cual cualquiera persona que sepa leer, aunque ignorante en música, consigue tocar regularmente en el órgano *espresivo* todas las piezas de canto llano que componen el servicio divino; de modo que se puede en algun modo comprar juntamente y á un precio moderado (4 á 5,000 reales) organista y órgano! Una de las principales ventajas de los órganos *espresivos* es su reducido volumen, comparado con el de un órgano propiamente dicho de efectos equivalentes. Se comprenderá fácilmente la razon de este fenómeno, sabiendo que la lengüeta mas baja no tiene tres pulgadas de largo, y hace sin embargo oír por su vibracion el último *do* del violonchelo, que en un órgano verdadero necesita una flauta ó caño de casi ocho pies tapado, ó bien de 16 pies abierto.

Otros varios instrumentos hay, cuyos sonidos, aunque bastante semejantes á los del órgano, se engendran sin embargo por un mecanismo del todo diferente. Tales son principalmente las diversas clases de *harmónicas*, bajo cuya denominacion se confunden vulgarmente muchos instrumentos distintos. En el origen se daba este nombre á un conjunto de vasos ó copas de vidrio ó cristal, afinados por medio del agua, y cuyos sonidos se producian frotando sus orillas, sea con los dedos mojados, sea con un arco de violín. Esto es precisamente lo que se llama vulgarmente un *órgano de vasos*, que se oyó aun tocar pocos años hace en las plazas públicas y en los cafés de París y otras capitales. El célebre físico Franklin perfeccionó este instrumento, ensartando una serie de campanas de vidrio en un eje horizontal movable mediante una rueda, y en esta disposicion se llama *harmónica digital de Franklin*, instrumento adecuado solo para música lenta, cuyos sonidos son muy penetrantes para los oídos de ciertas personas, y que se toca aun en los espectáculos lúgubres de fantasmagoría.

Además de esta clase de *harmónica* hay otros instrumentos de este nombre, cuyo cuerpo sonoro, en lugar de ser de vidrio, es de metal. Tales son las láminas ó lengüetas de laton, origen del órgano *espresivo* de que acabamos de tratar. Pero aun hay otro *harmónica* metálico menos conocido, que consiste en una serie circular de varitas de acero y de laton plantadas en una tabla, que se frota, sea con un arco de violín, sea con una rueda ó arco circular. En Nuremberg de Alemania se ejecutan pequeños instrumentos de esta clase de dos ó tres octavas que se pueden llevar en el bolsillo, y que se llaman *harmónicas* de acero. Producen generalmente poco efecto, sirviendo únicamente para ejecutar melodias sencillas, á menos de fijar el instrumento en una mesa y tocarle con ambas manos y dos arcos de violín, y en este caso tienen hasta tres octavas. Pero tambien hay *harmónicas* metálicas de la estension de cinco octavas y dimension de un piano regular, pudiéndose ejecutar en ellos todo lo que se quiere mediante un teclado y una rueda movable con el pie. De esta clase debia ser el hermoso instrumento llamado *Poliptecton* de M. Diez, que se manifestó en París y que mencionaron los periódicos del año 1850. Tales debian ser tambien probablemente los admirables instrumentos de M. Chladny, llamados *eufonio* y *clavicilindro*, que este célebre físico, conocido por sus descubrimientos acústicos, enseñó durante algunos años en París, pero sin descubrir su mecanismo interior.

Parece raro el que un instrumento de cuerda sea capaz de producir los efectos del órgano. Este resultado sin embargo se demostró mediante un instrumento de música muy singular, que tuvo ocasion de ver manifestar al público de París hace cerca de 45 años con el nombre de *orquestrino* ó *orfeon*. Por su forma y dimension se parecia á un piano regular con teclado de cinco octavas; pero en vez de cuerdas metálicas tenia cuerdas de tripa como el arpa, que se frotaban á favor de una especie de cuerda ó cinta sin fin movida horizontalmente por una rueda. Las voces eran susceptibles de espresion, imitando en la melodía violín ó violonchelo, pero en la armonía sostenida, las flautas demadera de un órgano. Este ingenioso instrumento se abandonó por el fastidio de su afinacion que era necesario repetir todos los días.

Concluiré este artículo, ya bastante largo, con algunos pormenores sobre un instrumento particular bien conocido en su estado de sencillez, cuyas voces no son sostenidas, y por consiguiente nada tienen comun con el órgano, pero nunca se desafinan. ¿Quién no ha oído á veces los sonidos agradables de un conjunto de láminas de cristal ó

vidrio, sostenidas en una caja por dos cintas, y que se tocan con dos mazos ó martillos de madera ó de corcho? A la verdad, bajo esta forma el instrumento ofrece pocos recursos de ejecución para los músicos, á menos de haber adquirido la destreza extraordinaria que nos manifestó á veces en su *cylocordio* el hábil profesor de música Mollberg. Pero en Francia y en Alemania se construyen estas maquinillas bajo los mismos principios que un piano, con mazos, apagadores y teclado, desde dos hasta cinco octavas, y en esta disposición se les da comunmente el nombre ridículo de *glasco-da*, que significa cuerda de vidrio. Los sonidos son muy semejantes á los que producen los muelles de relojes ó varillas de acero en forma de peines que constituyen el principal mecanismo de aquellas lindas cajas de música que en Ginebra se fabrican desde el tamaño de una peseta hasta el de un reloj de mesa, ó de un estuche bastante estrepitoso para sustituir una pequeña orquesta de baile.

Por muy justo que sea el tributo de admiración que se concede á un relojito con música del tamaño de una peseta, lo merecen mas aun algunas otras producciones mecánicas y musicales de los artistas ginebrinos. Tal es, entre otras, la preciosa cajita de oro de donde sale un lindo pajarillo cantando y ejecutando todos sus movimientos naturales, la cual se halló entre las joyas de S. M. Fernando VII, de los señores Infantes y de otras varias personas principales. El pajarillo de este lindo juguete (que tambien se construye en forma de anteojos de teatro) imita perfectamente el canto de un canario: pero siendo demasiado pequeña la cajita para contener un juego regular de organito, el artista se ha valido de otro mecanismo no menos ingenioso para surtir un efecto equivalente, á favor de una sola flautita cilíndrica recibiendo el viento de un fuelleito por su embocadura, y por el otro extremo un émbolo que sube y baja en su interior. Podemos producir un efecto semejante tocando un flacholé abierto é introduciendo el dedo en la abertura opuesta, consiguiéndose por este medio imitar el canto de varios pájaros.

JUAN MIEG.

A ELLA.

Si necesitas una flor para adornarte, te ofrecería el amor que has hecho nacer en mi alma; para tu corona nupcial, solo puedo ofrecerte una lágrima.

I.

SU MANTILLA.

Me gusta mucho vagar por las calles de la capital los días de fiesta, cuando las muchachas bonitas van á misa con sus trajes de mañana y sus mantillas españolas.

Porque de todos los adornos que se han inventado, incluso la hoja de parra de mis abuelos y el sombrero de copa nuestro, la mantilla de casco es el mas bonito.

Si yo fuera mujer, la llevaría siempre.

Y tendría los ojos negros, que son de entre los ojos los que mas valen.

Sin que por eso dejen de gustarme los azules, los pardos, los verdes y los que no se sabe de qué color son.

Con perdón de Lamartine, que solo ama heroínas de ojos de cielo.

Y á propósito de Lamartine, ¿verán Vds. que ha habido un compatriota suyo que ha puesto en duda el talento del primer poeta de la Francia?

Pues le ha habido; un señor muy difícil de contentar y muy dado á la pandilla.

Este señor se llama Gustavo Planche.

Y debe ser hombre de poco gusto...

Pero qué bonita estabas ayer, niña, con tu mantilla negra de grandes franjas de terciopelo y tu vestido con volantes morados!

¡Parecías una sonrisa de la primavera á pesar de lo oscuro y fúnebre de tu traje, y mas de una flor morada como tú se hubiera cambiado por ti.

Y yo sin ser flor, lo hubiera hecho con mucho gusto.

Porque eres una mujer adorable.

Y que me has hecho soñar contigo muchas veces.

Porque tu cara pálida y morena hace resaltar tus ojos negros y rasgados.

Y tu mantilla no tiene precio.

Como no le tienen el arte con que te la pones, y la gracia con que la llevas.

Por eso el otro día cuando te encontré en la calle oí decir á las mujeres que pasaban á tu lado que no eras bonita, lo cual me probó que debías valer mas que todas ellas, puesto que no las gustabas, y que te sucedía lo que á mi poeta querido, del que te acabo de hablar.

Los hombres en pago te encontraban lindísima, y me alegré de que así fuera, porque los hombres tenemos mejor gusto que las mujeres.

El gusto dicen que se perfecciona educándole: yo debo haber educado muy bien el mio, porque tú me gustas mucho.

Cuando te sonríes me encantas, se pliegan tus labios con una coquetería tan de buen tono y tan fina, que hasta tus coqueterías me hacen gracia.

Me la hacen en general todas las mujeres que saben coquetear, porque no todas saben; y lejos de renegar del coquetismo, le deseo en las mujeres como tú; odio sin embargo mas que á una suegra y á un dolor de muelas el que sale de los justos límites.

Porque la coquetería sin coquetería es cualquier cosa, lo cual prueba que se necesitan muchas mas cosas para ser coqueta que para no serlo.

En primer lugar, gracia; no se concibe lo uno sin lo otro.

Después buen tono, porque las mujeres desgarradas no parecen mujeres, sino etc.

Ademas es indispensable ser bonita: una mujer fea que hace coqueterías se parece á mí si me pusiera tu mantilla.

Y puesto que á mi pluma ha venido ese nombre, quiero volverte á decir que te adoro con la mantilla de casco, porque es la aureola que mas gracia te hace.

Es indispensable ademas no saber que se coquetea, pero no ignorar del todo que se va á coquetear: me explicaré, porque esto parece una contradicción y no lo es.

Debe saber la mujer que ha de coquetear lo que va á hacer, pero no debe llevar estudiadas al espejo las coqueterías.

¡Niña á los que te digan que las mujeres no han de ser coquetas (de las que te he dicho), dales calabazas y rieta de ellos.

Porque esos hombres no merecen que los miren. No se han parado á estudiar la naturaleza, madre de la poesía y del gusto, y por eso te dirigen esa frase fria y seca como un académico. Las flores coquetean vertiendo á la brisa sus perfumes, abriendo sus cálices esmaltados á las mariposas, entregando su miel á las abejas, y guardando en sus pétalos un beso del sol, un rayo de su luz para que parezca una sonrisa del cielo.

El cielo, niña, es el gran modelo de coquetismo; se despeja, y su superficie azulada hace un efecto grato, tiñe sus nubes de variados colores, se nubla, y vierte gotitas de rocío como perlas, que van á caer en las flores predilectas, que van á esmaltar la pradera de variados colores, que hacen circulitos en los arroyos y que empañan las alas de la brisa y del céfiro.

El céfiro, y la brisa su hermana, son tambien muy coquetones, juegan entre los pliegues de tu mantilla, se llevan el perfume de tus cabellos, besan sin que tú lo notes tus labios de grana, y te murmuran al oído sonidos vagos é inarticulados, pero que te hacen sonreír.

Si, niña, créeme; todo respira coquetería, porque la coquetería es la gracia, es la *sal* como se llama en mi país, en mi España querida, los arroyos, las aves, la tierra, el aire, todo, todo lo que te rodea, incluso las blondas negras de tu mantilla de casco.

Una mujer muy sosa no podría ser coqueta, y por consiguiente sería fea.

Y las feas no son mujeres.

Y no siendo mujeres, no se pueden poner tu mantilla que es el *non plus ultra* de la gracia y de la coquetería.

Tambien te he visto, niña, con el prosaico sombrero francés, y no valía lo que tus encajes.

Si fueras francesa, me gustarías mas con capota.

Porque tendrías la cara redonda, los cabellos rubios cenicientos, y los ojos azules ó muy claros.

Pero como has nacido con ojos negros, tienes que llevar mantilla negra.

Y como la mantilla es tu adorno mas bonito, y tú eres la mas bonita de las mujeres, me gustas mas con ella que con capota.

Aunque la capota sea obra de la Peral, ó una obra maestra de la Bernés.

O te la hayan traído directamente de París del *magasin de Valerie*. Muchas veces te he admirado y te he contemplado con el cabello adornado de flores y de cintas, vestida de baile, y no me has gustado tanto como la tarde que te digo; á pesar de que aquellas noches estabas colorada como las rosas de los jardines de Alejandria, y me he reído del dicho de que á las mujeres les hace mas gracia la luz artificial.

Cuando te miré, ví que esta frase era obra de los franceses, porque sus flingidas bellezas no pueden resistir la luz del sol.

Pero vosotras, compatriotas mías, y tú sobre todo, niña, eres como las flores, al sol es donde se debe mirarte; necesitas el sol para lucir tus encantos, porque eres de mis flores queridas la mas querida.

Tu recuerdo embalsama mi vida; las ilusiones que haces nacer en mí, embellecen mi existencia; la esperanza con su vívido fulgor alum-

bra mis téticas y solitarias vigiliás cuando pienso en tus hechizos.
¿Crees tú, niña, que podrá borrarse de mi alma el recuerdo que de ti ha trazado en ella mi mente con mano segura y firme?

No, encanto de mi vida, dulce amor de mis amores, á pesar de la triste frase que me ha inspirado estas líneas, mi alma vivirá unida á tu recuerdo, como el eco se une á la voz que le despierta, como dos gotas de agua se unen y no se puede volver á separarlas, sin que una se lleve parte de la otra.

Ah! vida mía, sílside de la mantilla negra! acuérdate en los azares de tu vida del pobre poeta que te ha cantado.

II.

SE CASA.

Hacia una mañana de primavera.

Como la hermosa en que te vi, niña, envuelta en los negros encajes de tu negra mantilla entre cuyos pliegues se quedó mi alma.

Estaba silencioso y sombrío acabando un canto de amor para ti, cuando vino el primer rayo de sol de la primavera á iluminar el papel sobre el que imprimía mis lágrimas y mis amores.



(Mirabeau.)

En aquel rayo de sol venia envuelto un *silfo*; era el mas poético de todos, el misterioso Trilby que posó sus alas de moaré junto á mi pluma.

Después de arrullar mi fantasía con el dulce ruido de sus hálitos y el perfume de las flores que habia hallado al paso, vertió una lágrima sobre el papel en que estaban impresas mis inspiraciones, ¡niña mía!

¡Ah, una lágrima del duende que consuela á los enamorados! alguna fatídica nueva venia á anunciarme.

Mi pobre pluma quedó inmóvil sobre el papel; mi mano trémula y vacilante no acertaba ni aun á trazar líneas que cantáran tus perfecciones, ni aun á escribir tu dulce y poético nombre.

Mis ojos no veían al benéfico mensajero que habia querido desvanecer mi ilusión antes de que una realidad sombría y fatídica lo nublara.

Horrible noticia!

¡Vas á dejar solo para siempre al que ha cantado tus encantos!

Niña airosa, de esbelto tallo, de ojos negros y serenos, de labios encendidos y voluptuosos, de andar aristocrático y encantador.

¿Qué nombre he de enseñar á las auras á pronunciar, si no tengo ni aun la esperanza de que pudiera halagarte oír el tuyo?

Si tu imagen se ha desvanecido para siempre de mi lado, ¿á quién he de pedir la sávia de la inspiración que alimentaba mi fantasía?

Morena de mis ojos, ¿en quién los fijaré ahora que puedan competir contigo y que no me dejen un vacío en el alma al hacer la comparación?

Pero los decretos del destino son inapelables. Si no olvido completo, al menos un bálsamo de resignación, me enviará el duende que tanto me ama para que tu pérdida no seque mi corazón.

El me ha dicho que guarde en mi alma tu imagen, aquella imagen que vi el día famoso de que te he hablado, cuando ibas pálida y voluptuosa con tu mantilla negra.

Ese recuerdo será mi vida, niña mía.

Y cuando mi alma suspire por un bien que la arrebataron, miraré en mi corazón y me consolaré al ver en él tu imagen hechicera.

¡Tú, niña mía, sé feliz!

AGUSTIN BONNAT.

Abril 1833.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO VIII.

(Continuación.)

La situación era cada vez mas apremiante y desesperada. La astucia del almirante habíase agitado en estériles tratos y miserables tentativas de disimulo y acomodamiento; la comunidad infatigable recibía frecuentes y considerables refuerzos, y á poco no le quedaria una almena ni una lanza al imperial pendon. Ya los capitanes de los pueblos hablaban en alta voz de irse sobre el asilo del almirante, y acabar con un buen golpe de mano la temeridad de una docena de necios y traidores, mas hábiles para arrastrarse por las antecámaras del cardenal que para dar señal de sí mismos en el campo de los valientes.

Bien lo comprendió el almirante; y por eso le hemos oido tan farto de ánimo como sobrado de apesamiento en su plática con el padre desfinidor. Y por eso tambien buscaba el ceñudo viejo un recurso supremo, punto menos de prodigioso, que de tan estremado azar le sacase, aunque hubiera de esparcir la mitad de su caudalosa fortuna. Así pues le vimos arrojar en el insondable abismo de las monásticas fauces un nuevo aluvion de mercedes, para escitar la imaginativa del reverendo provincial con el cebo de la mundana riqueza. Porque D. Fadrique era hombre que marchaba directamente á su objeto, sin curarse de nada mas y á todo coste y costa. Entregado en cuerpo y alma al mas acerbo fanatismo, era uno de aquellos hombres de tinieblas y terror, que veían en el hacha del sayon y en las hogueras de Torquemada los únicos fundamentos sólidos del cristianismo; y de aquellos que en la fundación de un convento veían el fácil lavacro de grandes desafueros de un señorío sangriento y violador. Consideraba este sombrío magnate al cardenal como el oráculo del catolicismo, y arrojóse al impulso de esta preocupacion en brazos de la causa cesárea, simbolizada en el flamenco ministro, que por su parte no descuidó hacerse con el potente apoyo y cuantioso valor del almirante de Castilla.

Ya hemos hecho ver á nuestros lectores cómo y por qué el añoso y adusto D. Fadrique contrajo matrimonio con la bella y jóven heredera de Módica. Pero lo que no saben aun es que el esposo no amaba á la esposa; comprendiendo sin duda que la temprana enredadera no habia nacido para servir de adorno á un roble carcomido y solitario. El almirante no consideró su matrimonio mas que como una negociacion de interés político; la condesa como un elemento de venganza y de terrible efecto. Así es que nada habia de comun entre ambos sino la bendición nupcial. En lo demas, tan divorciadas estaban sus almas como sus cuerpos. El esposo no habia osado desatar á la esposa el ceñidor mágico de la fábula. La virgen no habia llegado al lecho de bendición. Un sentimiento misterioso, un instinto indefinible, sombrío entre ellos, el retraimiento, después las indiferencias, por último la mútua y consentida soledad.

Nada adivinó el vulgo de tan intrincadas puridades, y veía en su almirante uno de los mortales mas felices y colmados. ¡Así piensa siempre de los poderosos la pobre imaginación humana!...

La condesa, por su parte, sabia vestir su situación con el velo de una profundísima y resignada piedad cristiana; y cuanto se aislaba de su esposo, aparentaba acercarse á Dios. Logró con tan hábil demostración que su frialdad se confundiese con la virtud, y su rara intimi-

dad fuese interpretada por abstracción de las cosas terrenales y pederas. Se pensó en fin que la devota princesa se desaharía de la criatura, para elevarse al criador.

Pero en el alma poderosa de esta mujer rugía el huracán violento y desolador. Encerrábase horas enteras en su oratorio para dar vado á tempestuosas amarguras. Y en aquel sagrado retiro sonaban mas gemidos que plegarias, mas juramentos de venganza que oraciones de caridad.

Comprendía que solo el antemural de la religion podia detener la mirada inquisitorial de los cortesanos; y á su sombra meditó, durante muchos dias de lágrimas y estrago, el plan atrevido y fiero de su desagradio y de su diabólica inspiración.

Era llegado el momento; y mujeres de tanto temple no retroceden jamás.

CAPÍTULO IX.

EL CASTELLANO DE TORDEHUMOS.

La tempestad que, tiempo hace, rugía sordamente sobre el horizonte de Castilla, estalló por fin, y sus fatídicos amagos convirtiéronse de pronto en desastrosas realidades. El alcalde Ronquillo hizo armas contra Segovia, y D. Antonio Fonseca convirtió con sus sicarios á Medina en una nueva y desventurada Troya. Los amigos indiscretos hacen mas daño que los enemigos conocidos. Esto sucedió puntualmente en tal tragedia. El incendiario de Medina y el verdugo de Simancas robaron al emperador mas voluntades y llevaron mas espadas á los comuneros que todas las sandeces flamencas y todas las bizarrías españolas. El estampido de los arcabuces del juez y las llamas de los alquitranes del capitan fueron el rebato y el pendon que levantaron á España toda contra un monarca servido por sayones y bárbaros, que, como dijo la desolada villa en sus lamentos, «mostraron mas desacato á Dios que los godos sin fé y sin razon, porque eran bárbara gente, en la destruccion de Roma.» Tremendo y generoso grito de espanto y de venganza retumbó por toda la Península al saber tamaña catástrofe. Toledo lanzó sus tercios de seguida á los campos de batalla; Madrid hizo sonar el rebato á campana y timbal; Salamanca levantó el guante de la guerra, y en todas partes á la vez se puso el enconado pleito al fallo de la fuerza.

D. Pedro Giron veía llegar el rompimiento con todas las ansias de un corazon bizarro y bueno. En la juventud predominan por lo general los arranques generosos del alma sobre los cálculos del egoismo y las cábalas de la preocupacion. En esa edad inmaculada, cuando se contempla al mundo al través de un prisma dorado y fascinador; cuando se cree á los hombres, no como son, sino cual debieran ser; cuando la existencia se desliza arrullada en un ensueño de poesía y vaga sublimidad... en esa época hechizada de la vida, repetimos, los pensamientos son altos y fecundos, el pecho respira el entusiasmo de la virtud, las pasiones nobles alzan su vuelo majestuoso y varonil, y se mira con repugnancia y con desprecio todo lo que no lleve el aroma del bien, de la bondad y de la grandeza. No hay idea elevada que no arranque aplauso, ni desgracia que deje de inspirarnos simpatías, ni buena causa que se halle sin nuestro corazon. Y fuerte la conciencia consigo misma, condena el poder de los iníquos, desafia el furor de los tiranos, y ve en el riesgo el heroísmo, y en el martirio la inmortalidad. D. Pedro Giron era joven y de alma superior. En esto se dice todo. Herida su dignidad con la humillacion de España por los estranjeros; sublevado su sentimiento por los desafueros del gobierno contra la moralidad y el honor, y arrastrado por su conciencia y carácter á dar frente á la tiranía, y á intentar la reivindicacion de los hollados fueros, tuvo la gloriosa audacia de alzar el primero su voz al César, con la verdad amarga y peligrosa que acaso nunca mas resonará en los oídos del bastardeado nieto de Doña Isabel la Católica. Indignado mayormente el entusiasta prócer de la estúpida indiferencia del principe alemán á los clamores y desventuras del reino, y de las desrazas que su inconsiderada ausencia produciendo estaba, por el mal talante y menguado seso de los consejeros y gobernadores, hédle aquí en medio de Castilla, con su bandera alzada y el palenque abierto, á guisa de fuerte y aguerrido paladin.

La corte flamenca que al golpe conoció el peso que la espada de Giron arrojar debía sobre la balanza política en favor de la comunidad, le hizo predilecto blanco de sus odios, y procuró rodearle de amargura y desaliento, para debilitar su ánimo y socavar su poderío. Hizo pues que el emperador le negase justicia en la contienda con la casa de Guzman acerca del ducado de Medina Sidonia, que D. Pedro titulaba, por razones que no hay provecho en relatar. Y aparte de este agravio al caballero, tambien le hirió en sus pasiones como hombre, arrancándole de entre las manos con una intriga satánica la suspirada posesion de Doña Ana de Mógica, por quien ardía en vehementes y bien esperanzados amores. Con la circunstancia doble de que en ello consiguieron á la par impedir la union de las dos poderosas casas de Giron

y Cabrera, que hubiese dado al D. Pedro grande acrecentamiento y mayor entidad en señorío y grandeza.

En nada tuvo el apasionado jóven los males de su fortuna material por las cábalas tudesacas. Hirióle, sí, en lo mas hondo de su alma incomprensible pérdida del idolo de sus ilusiones, del simbolo adorado de su felicidad, del sueño dulcísimo de su juventud. Y aun cuando no alcanzaba los pormenores misteriosos de tan acerba mudanza, porque los fautores de ella curaron de cerrar las vias de esclarecimiento, comprendía que solamente los enemigos de su causa eran á quienes debiera tan cobarde y miserable desquite. En los primeros instantes estuvo á punto de perder el seso. Culpaba de ingrata y fementida á la funesta hermosura que así burlaba sus amorosas ansias; mil y mil veces maldijo el instante fatal en que latió por ella su corazon, y quisiera, en el paroxismo de su enojo, arrancárselo del pecho, para pisar la imagen esculpida en él con los abrasadores perfiles del cariño, con los matices deslumbrantes de la ilusion. La reaccion, no obstante, de su apasionado sentimiento vino después en pro de la jóven, y se la presentó á la imaginacion del amante, conturbada y fácil como todas para engañarse á sí mismo como víctima de algun influjo irresistible, como prenda sacrificada á cábalas de familia ó á intereses de conveniencia. Entonces revolviase en su furia contra el conde su padre, contra el almirante su esposo, contra quien quiera hubiese tenido arte ó parte en aquella su inesperada desventura. Y ya quería citarlos á la venganza en campo público y singular; ya marchar sobre ellos con sus vasallos y valedores, arrancarles las tierras, y pasar á cuchillo sus deudos y tributarios; ya, en fin, acumulaba en su fantasia todas las borrascas de los celos y de la desesperacion. Pero se trataba de una mujer débil y de dos viejos menguados. Esta empresa era indigna de la espada de un hidalgo de Castilla.

Los desabrimientos del reino, en que tanta parte aceptaba y sostenia, distrañendo á grandes intereses su atencion, le dieron espacio para calmar aquellos impetus con la reflexion y el exámen. No pudiendo á pesar de sus intentos apurar el misterio, comprendió que el tiempo habia de traerle la clave de su enmarañada confusion. Resolvióse pues á dominar su brio, y á esperar el suceso de las cosas, que para él ya no podian ir á peor trance. Y consagróse alma y vida á la causa del pais y de la ley. Con tanto ardor como acierto dedicábase á la organizacion de las tropas de la comunidad en su apostamentamiento militar de Tordehumos, cuando una mañana le anunció su favorito Elvir á cierto escudero de la poderosa é ilustrísima casa de Enriquez. El primer movimiento del caudillo, al escuchar tan inesperado mensaje, fué mandar colgar al mensajero de una almena, y aun se dice que pronunció sobre ello algunas palabras, que el cronista afortunadamente no llegó á comprender. Su buen instinto contuvo el arranque espontáneo del resentimiento: pero no fué bastante para que dejase de responder:—Que levanten el rastrillo, y vuélvase el menguado con la gracia de la vida, por primera y última merced.

—Si se alza el rastrillo, repuso el paje con desembarazado gracejo, no podrá llevarse á punto vuestra determinada voluntad.

—¿Está el bellaco dentro de la villa!...

—Justo y puntual. Y el adolescente miraba al prócer con cierta expresion de cándida traversura!

—¿Y quién ha sido el infeliz que ha podido osar?... Y los convulsos lábios del duque no pudieron terminar el iracundo apóstrofe.

Pero Elvir, que traía prevista la escena, revistióse de humildísimo talante, y repuso con cierto aire de maliciosa confianza:

—¡Por mi culpa... por mi máxima é incommensurable culpa!

Estas palabras fueron como el dique que contiene el torrente, como el bálsamo que calma el delirio, como el viento que desvanece la tempestad. Quedóse suspenso D. Pedro; y luego, pasando del enojo á la sorpresa con rápida transicion, repuso:

—Has perdido el seso, Elvir, ó Dios deja el mio de su mano.

—Ni lo uno, ni lo otro. Jamás he estado mas cuerdo ni atinado, ó yo entiendo muy poco de lo que atañe á vuestro bien.

—Te agradezco la intencion: pero no quiero ver ni oír á ese malandrin, ni nada que provenga de su necio señor.

—Me doy el mas edificante parabien. Soy un mancebo de grandes esperanzas... y de un estupendo magin!

—Eres un niño sin juicio ni formalidad.

—Es claro como la luz. No quereis nada del señor... Que me place! Pero como en el alcázar del almirantazgo hay tambien...

—¡Cómol... exclamó el duque con un acento del alma rápido y vibrante.

—Pero, pues lo quereis, tórnese el escuderon á la condesa... y cada uno quede en su lugar.

—¡La condesa! ¿Qué?... ¿Has dicho la condesa?...

—Nada, nada. Afuera el rodrigon!...

—¿Su nombre?...

—El honrado y celebrísimo Belardo de Mendaya, escudero *in capo* y cartulario *in pectore* de la muy ilustre...

—¡Oh!... El ayo, el confidente de... Y D. Pedro se detuvo; y Elvir le concluyó la frase con Jonosa franqueza.

—De la señora Doña Ana de Cabrera, condesa de Mófica, y otras cosas más.

(Continuará.)

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO CUARTO.

(Conclusion.)

Que los poetas provenzales fuesen galantes, obsequiosos, cumplidos caballeros para con las damas—en la forma se entiende—como lo eran á la sazón todos los poetas y no poetas de Europa; que celebrasen el amor á la mujer en el arte cristiano que la había santificado y elevado á tan grande altura y en una edad como la edad media, la gloriosa edad de la caballería y en un país como el de Provenza, en que hay códigos y leyes de amor y cortes de amor y certámenes poéticos de amor y juego de amor y se hace *al amor*, como años pasados se hacía todo á la *polka*, esto de por sí nada tiene de particular, y creemos de buena fé no sea necesario acudir para explicarlo á las cortes de Bagdad ni de Córdoba. Que se hallase entre la multitud de poetas que á manera de nubes de langostas se estienden por toda la superficie del territorio provenzal durante tres siglos, alguno que otro Tirteo que cantase la gloria de los combates en que tomaban parte como el conde Guillermo IX, Bertrando de Born y Rambaldo de Vaqueiras, esto no prueba ni que todos fuesen esforzados Tirteos, ni que todos celebrasen las ingratas tareas de Marte. Hay sí cantores guerreros en Provenza: pero Dios nos tenga en su santa guarda para no cometer tan grande iniquidad que la de decir que estos valientes vates eran trovadores. No: que eran poetas populares, eran juglares. Y no es razón que por sabida se explique la diferencia. Que en Provenza en fin haya habido quien al aspecto de tan risueña y encantadora naturaleza haya sentido su corazón abrirse expansivo á la alegría, y hayan cantado y ensalzado las gracias y atractivos de la que cual dama bella y galana le mira, le halaga y sonríe, esto tampoco nada de raro, nada de estragante lleva consigo. Porque la naturaleza, madre á la vez que dama tierna y cariñosa, parece decirle, como esa madre de que nos habla Virgilio en sus Eglas:

Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem.

Y porque ha dicho con gracia y oportunidad un poeta francés

¡A tous les cœurs bien nés que la nature est chère!

Lo que pasa pues en Provenza en los siglos XI, XII y XIII, nada, absolutamente nada tiene que ver ni con la Arabia, ni con la Meca, ni con el profeta Mahoma y su tío Abú-Taleb, ni con el Moro Muzahab-Naser y su lugar-teniente Taric, ni con los califas de Córdoba y los reyes de Sevilla, Valencia y Toledo y los valles de Zaragoza, Huesca, Murcia, Málaga, etc., etc.; ni con los Ommades, Abasidas, Almorávides y Almohades; ni con el reino granadino y el rey chico; ni finalmente nada tiene que ver tampoco con el analista Albufeda, el inglés Sale, D. Antonio Conde y D. Pascual Gayangos, que han tratado de materias arábigas. Veámoslo en efecto, y con anuencia de nuestros lectores, permitámonos una ligera excursión á España para visitar un imperio y una literatura sobremediana florecientes, el imperio y literatura de los árabes españoles.

Mientras que en los siglos VIII, IX y X duermen en el pesado sueño de la nada los poetas provenzales, y no piensan como muy vulgarmente se ha dicho en venir á España á visitar las brillantes cortes de los califas españoles, para estudiar la literatura arábiga, inspirarse de ella, tomar su fondo y forma, y marcharse después á su tierra llevándose consigo, para cultivarla y estenderla allí y pasar por originales; mientras que tal cosa no pueden aun verificar, nace, crece y se desarrolla en estos siglos esa literatura arábiga tan supuestamente codiciada por ajenos poetas. De qué modo y por qué causas se forma dicha literatura en la parte meridional de nuestro suelo, y ajena completamente á lo que en las demás partes de este suelo pasa, es cosa que no nos incumbe manifestar, puesto que hacemos en este momento el oficio de críticos, no el de historiadores. Lo cierto, lo incuestionable es que esta literatura se forma y tiene todas las condiciones de tal; y se forma como no se forma ninguna de las literaturas de Europa, por una protección constante, eficaz, inmensa, á todos cuantos cultivan las letras.

Un rey imbécil, un conde gobernador de una frontera y traidor, y más que todo una malhadada serie de deplorables circunstancias que no hay para qué narrar, habían entregado á principios del siglo VIII al poder de los sectarios de Mahoma á una nación corrompida, enervada, pobre de valor y rica de disensiones intestinas. Era don Rodrigo el rey imbécil, era don Julian el conde traidor, y era en fin España la desventurada nación entregada.

Verificado el cambio de yugo por el bizarro Taric, continuaba aquella parte de nuestro suelo que había pasado á ajenas manos, dividida, fraccionada como antes, triste presa de crueles, de sangrientas guerras entre los mismos que se repartían sus despojos. Eran estos guerreros que disputaban por un cadáver, los gobernadores puestos por los vireyes de África. Y quizás el cadáver sobre el cual á manera de cuervos saciaban su voraz sed de riqueza y mando, galvanizado, reanimado al soplo vivificador de los pujantes guerreros que combatían por nuestra independencia en las breñas de Asturias, se hubiese alzado de la tierra y esterminado á su vez á las aves hambrientas que en él se saciaban, si una mano fuerte, robusta, poderosa, asiéndole de repente no le hubiese postrado de nuevo. Era esta mano la del valiente emiro Abd-el-Rahman, último vástago de la dinastía de los Ommiades de Oriente, y única de las 90 víctimas que pudo sustraerse al degüello verificado en Damasco por el sanguinario Aboul-Albas con los flustes descendientes de Moavia. Era el año 756, cuando el emiro Abd-el-Rahman fijó en el suelo de Andalucía su segura planta. Girando el esclarecido guerrero su comprensiva mirada en torno á sí, pronto descubre dislocados y dispersos los pedázos del poder musulmán en España. Y asiéndolos todos con brazo vigoroso y uniéndolos y asociándolos, los lleva á Córdoba y planta sobre ellos, más seguro que nunca, el estandarte del profeta.

Ya no es Abd-el-Rahman un oscuro guerrero, un emir proscrito: es un califa tan poderoso como los de Bagdad y Damasco. Ya se estiende su imperio y ondean sus banderas triunfantes sobre las tres cuartas partes de nuestro suelo. Ya se divisan desde lo alto de las montañas asturianas, único y supremo refugio de vencidos españoles, sus fuertes alcázares y elevadas almenas. Ya queda yaciendo de nuevo en tierra el cadáver que parecía haber cobrado nueva vida y ha de quedar en ese estado durante tres siglos aun. Hé aquí pues al caudillo árabe fundando á la par que un extenso imperio una gloriosa dinastía, la dinastía de los Beni-Omeyas, que dura lo que dura la fuerza y esplendor del califato, los siglos VIII, IX y X. Que aunque se estiende también esta dinastía hasta mediados del siglo XI, la muerte de aquel guerrero ilustre que había ganado cincuenta batallas, de aquel esclarecido ministro del imbécil Hixen II que había sostenido el ya vacilante poder del califato, de aquel en fin que mas que *hajib*, mas que ministro, había sido soberano del imperio, de Mohamed-ben-Abdallah, Almanzor, fué el último golpe, el golpe fatal dado por el destino al poder de la dinastía Ben-Omeya en el suelo español. Había acaecido esta muerte en el año 1002, y como suele acaecer la muerte de los bravos, en el campo de batalla, en la sangrienta jornada de Calatañazor, para Castilla de grata é inolvidable memoria. El siglo XI es un paréntesis en la historia del poder árabe español, como todo el siglo XVIII lo es en nuestra propia historia. ¿Qué hizo esta dinastía Ben-Omeya durante los tres gloriosos siglos del califato de Córdoba? Lo que hizo en la política, en las armas, y en otros diversos ramos, no es este lugar oportuno para manifestarlo.

Harto por desgracia, y contra toda nuestra voluntad, nos hemos alejado de nuestro primer intento. Queríamos hablar únicamente de la literatura provenzal. Pero se ha supuesto tan arbitrariamente por multitud de críticos literarios que esta literatura debe parte de su existencia á la literatura arábiga, y hemos nosotros abrigado tan tenaz empeño ó quizás tan atrevida pretensión como la de hacer ver lo contrario, que nos hemos visto obligados para ello á abandonar por un momento al curso de nuestras primitivas consideraciones para penetrar en otro terreno. En este pensamos continuar aun por breves instantes hasta tocar al término anhelado, que es el de establecer la poca ó casi ninguna posibilidad de relaciones, de semejanzas y analogías entre ambas literaturas provenzal y arábiga. Será este el objeto del siguiente artículo.

ANTONIO DE AQUINO.

CALABAZAS A PETRA.

ROMANCE.

Al pié de tu reja vengo,
pero no á cantarte coplas;
solo pretendo esta noche
cantarte la palinodia.
Un día que estaba tonto

porque comí muchas sopas
(y eso que ya en los conventos
no nos dan la *sopa boba*),
ofrecí ser novio tuyo
y tú te hiciste mi novia.
Después que caí del burro
y he mirado bien la cosa,
que no es el león he visto
tan fiero como pregonan.
Tus lábios que en otro tiempo
comparaba con las rosas,
hoy me parece que tienen
el color de una alcachofa.
Si dije que tu pescuezo
parecía el de una tórtola,
fué que estaba atortolado
y hablaba á tontas y á locas.
Hoy que está clara mi vista,
mas defectos en ti nota
que en el jaco de un gitano,
que los tienen por arrobos.
Te me hacías la beata,
cuando si en templos te embocas,
es porque sabes que el diablo
tienta á la gente devota.
Me decías que eras limpia:
no te lo niego, pichona;
por eso sin duda alguna
limpiabas tanto mi bolsa.
Me jurabas que tu cara
era natural y propia,
y he sabido que sostienes
á un perfumista tú sola.
Decías que cuando llueve
te alzas por guardar la ropa,
y es para que los curiosos
puedan observar tus corvas.
Enseñar al que no sabe
obra es de misericordia;
pero enseñar pantorrillas
eso ya no es buena obra.
Afirmabas que tu madre
era muy seria persona,
y la ví haciendo mil X
bailar anoche la jota.
Por allí se murmuraba
que ya tenía dos monas,
una tú, dentro de casa,
y dentro del cuerpo otra.
Debe ser, Petra, tu génio
igual al de una paloma;
dulce serás, cuando tantos
se van tras de ti cual moscas.
Y áspera, mas que un cepillo,
conmigo al hablar te tornas,
por ver si con el ayuno
mi apetito se desboca.
Tú creíste al engañarme
que era algún bobo de Coria,
y como gato de corte
soy licenciado en tramoyas.
Conozco que si conmigo
andas formal y juiciosa,
es porque estás ya cansada
de reír á todas horas;
que si te finges la santa
hasta lograr hacer boda,
sacarás al conseguirlo
las piernas de las alforjas.
Y si contigo me caso,
me anuncia la frenología
que no habrá freno en el mundo
que te reprima en tus bromas.
En vista pues de estas causas
y otras y otras y otras y otras,
busca otro novio mas tonto,
que yo tengo muchas conchas.

V. MARTINEZ MULLER.

FABULAS.

I.

Los Gorriones.

En un campo sembrado
del mas frondoso trigo
dieron los gorriones
en regalar sus picos.
El labrador miraba
su sembrado perdido,
y por salvar las mieses
exterminarlos quiso.
Aquí la red dispone,
allí lazos, el hilo
con la lira, la trampa,
y bultos movedizos.
Cegados en la gula
(que ciegos son los vicios)
caían á bandadas
en todos los garlitos.
Así dió fin al cabo
del volador corrillo,
entre lazos y trampas,
ya muertos, ya cautivos.
¿Por qué, dime, inhumano,
clamó el mas atrevido,
tu fiera saña muestras
tan solo con los míos?
¿No comen tus gallinas
y los ánsares limpios
y las libres palomas
y perdes tu trigo?
«Las aves que tú dices,
me prestan sus servicios,
con torvo y justo ceño
el labrador le dijo.
Las unas me dan huevos,
las otras pichoncitos;
para atraer la caza
de la perdiz me sirvo.
En ti, que eres inútil,
la ociosidad castigo;
doy á los que me sirven
el premio merecido.»
*Y en nuestra pobre España,
á cuantos cocodrilos,
que el pan del pueblo comen,
dijera yo lo mismo.*

II.

El Escarniento.

Al despuntar la aurora,
un cazador astuto
puso la red traidora
do pagan aves mil caro tributo.
Al reclamo llegaban
los gilgueros sencillos,
y entre lazos quedaban
presos los inocentes pajarillos.
Ni del cautivo el llanto,
ni el ver al que caía
nuevamente, ni el canto
del que escapaba al libre le advertía.
¿Y en esto qué hay que asombre?
¿Cuándo vemos cogido
como al pájaro, al hombre
en las redes en que otros han caído!

CASTOR AGUILERA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albarran.



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE LA-SEO DE ZARAGOZA.

(INCENDIO DEL CHAPITEL DE SU TORRE.)

Habiéndose ya ocupado el SEMANARIO en la descripción del templo de La-SEO de Zaragoza, y presentado sus vistas, interior y retablo mayor en los números 26 y 27 del tomo 6.º correspondiente al año 1841, hoy solo cumple á nosotros hacer una ligera reseña de su fachada principal. Esta, que desde luego se presenta al lado de su elegante y esbelta torre, pertenece al gusto greco-romano; adornado su primer cuerpo con columnas y pilastras de orden corintio, y el segundo con tres estatuas del Salvador, San Pedro y San Pablo colocadas en sus nichos respectivos: estas esculturas son obra de Don Manuel Guiral, así como el del todo de la portada es de Don Julian Yarza, á cuyo cargo estuvo su ejecución á fines del pasado siglo. La gigantesca torre que á su lado izquierdo se ostenta, fué ideada en Roma el año 1683 por Juan Bautista Contini, y aprobado el plan por otros dos arquitectos romanos, habiendo este sufrido alguna ligera modificación al ejecutarlo en el año siguiente: fueron los artistas encargados de esta obra Pedro Cuyeu, Gaspar Serrano y Jaime Borbon, segun demuestra la inscripcion colocada entre el almohadillado del primer cuerpo: este, que termina por una fuerte balaustrada, sirve de basamento á tres cuerpos mas que de él se levantan en proporcionada disminucion: hácia la parte de la plaza y en el centro del segundo cuerpo, formado por pilastras y esquinas convexas, se ve la muestra del reloj sosteni-

da por las figuras alegóricas del Tiempo y la Vigilancia; el tercero, adornado con columnas del orden corintio, es de forma octógona, y en los frentes que corresponden á los ángulos del anterior estan colocadas sobre macizos zócalos cuatro colosales estatuas que representan la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, ejecutadas por el escultor Don Joaquin Arali, hijo de la misma Zaragoza; en los huecos de los otros cuatro frentes estan las campanas: el cuarto cuerpo sigue el órden que el tercero, si es que en lugar de estatuas contiene unos flameros al pié de sus pilastras; sobre este último cuerpo se veia no hace muchos años el lindísimo chapitel con que terminaba la torre, cuya desaparicion f é debida á uno de esos fenómenos tan comunes en el órden de la naturaleza.

Era el 7 de abril del año 1830, dia domingo llamado de Cuasimodo, en el que el Santísimo Sacramento se administra por todos los párrocos á los fieles de sus respectivas feligresías que por causa de enfermedad no les ha sido posible ir á recibirlo por sí al pié de los altares. Ya eran las siete de la mañana; las diferentes procesiones habian salido de sus parroquias, cuando una grande oscuridad anunció la proximidad de un fuerte tronador: con efecto, á muy poco rato una de las nubes mas próximas despidió una exhalacion, que dando en la cúspide del chapitel de la torre de La-SEO y resbalando á lo restante de la ar-

20 DE MAYO DE 1833.

mazon, bajó al reloj, y por las cadenas que con el cuadrante lo comunican pasó á este, y salió por el extremo de la saeta rompiendo la superficie del punto que esta marcaba que á la sazón eran las siete y media: desde este momento hasta las nueve y media estuvo humeando la parte superior del chapitel, y en aquella hora se declaró un horrible y espantoso fuego que lo devoró hasta su base, habiendo sido inútiles cuantos esfuerzos se hicieron por salvarle. El sensato pueblo de Zaragoza se hallaba contemplando mudo testigo tan fatal acontecimiento, y en su semblante se leía el disgusto que le causara y el temor al propio tiempo de que el fuego se comunicara á la armadura del grandioso templo del Salvador; pero nada le era posible remediar; tan débiles son los esfuerzos humanos cuando la Providencia ostenta como en este caso el mas pequeño átomo de su grandeza! A las once y media cayeron la bola dorada, veleta y cruz (que servían de remate) á un tejado inmediato, causando una gran brecha: sobre la una de la tarde ya se dominaba el fuego, y á poco no quedaba del chapitel otra cosa mas que la memoria de lo que fué. Las autoridades civiles y militares se presentaron inmediatamente en el sitio de la catástrofe, y á las dos se retiraban, quedando únicamente sobre la torre una porción de obreros apagando el monton de fuego allí acumulado por la combustión de tanto material.

Inmediatamente se procedió á abrir una suscripción para la reconstrucción de otro chapitel; y aunque se dijo haberse reunido una suma bastante respetable, la torre se conserva todavía en la misma forma, ó peor si se quiere, pues á tal ha llegado la incuria después de veinte años!!!

¿Es la civilización el origen de la inmoralidad de las sociedades modernas?

Agitado el hombre por el noble y genial anhelo de una perfección social que no se presenta á su vista,—y tal vez no sea dado á generación ninguna contemplar,—busca en lo porvenir ó en lo pasado la brillante realidad por que suspira: á esta causa deben atribuirse los cargos que con frecuencia suma se hacen á nuestro siglo y á su civilización. Ven hoy el cuerpo social afeado por llagas, ven dolo, maldad, vileza, en muchos hombres; ven á ocasiones alzarse edificios de grandeza y esplendor sobre los escombros de la ajena felicidad; ven crímenes y vicios, y de aquí deducen que es suma la corrupción de nuestro siglo, y lo que es peor, la juzgan debida al alto grado de cultura moral, social é intelectual que hemos alcanzado. No para aquí el error. Conociendo lo pasado por novelescas ficciones, ó forjándose de él fantásticas ideas, lo oponen á lo presente: contemplan allá la pureza, la hidalguía, el heroísmo, la excelencia del hombre bajo todas sus fases; aquí su envilecimiento bajo todas sus formas y en todos sus grados: maldicen entonces su adversa estrella que en tan aciagos tiempos les hizo abrir los ojos á la luz. Pero, si por un feliz capricho, los que así piensan hojeasen la historia y examinasen el objeto de su entusiasmo, sucediérales lo que al viajero cuando pasea sus miradas en claro día por los campos vislumbra en oscura noche. Donde imaginó lumbrosos bosquecillos,—mansion del fresco y poéticas fantasías,—halló grupos de raquíticos ó dañinos árboles; donde apacibles lagos, inmundos pantanos; donde variadas flores, silvestres yerbas.

Los pasados siglos que, á favor de la distancia,—origen para los tiempos y las cosas de ilusiones tan encantadoras como vanas,—nos parecen tan superiores al nuestro en moralidad, le son muy inferiores, como veremos, si con el auxilio de la historia á ellos nos trasladamos. ¿Qué hallaremos en las primeras centurias de nuestra era? Una sociedad que se hunde bajo el peso de su indecible corrupción, hombres presa del crimen, del crimen y del vicio, hombres que con espanto y asco pensamos eran de nuestra raza, y otros tan corrompidos y feroces, precipitándose sobre ellos para avasallarlos ó exterminarlos. Los bárbaros del Norte, destruyendo el moribundo imperio romano, me traen á la mente la imagen de inmundos buitres ensañándose en fétido cadáver.

Si echamos una ojeada á la edad media, ¿qué notaremos? Crímenes, fanatismo, rapiña, disolución de costumbres, la fuerza brutal ostentándose desnuda, despótica y odiosa. El noble, que tanto se envanece con sus blasones y en ellos se funda para considerar al plebeyo como de raza inferior, no tiene á menos apostarse en los caminos para robar al viajero, ya sea rico mercader, ya humilde peregrino cuyos labios ha santificado el sepulcro del Redentor, ya pobre ministro del altar; y harto á menudo destrozados cadáveres, cogiendo de los árboles, anuncian que la feroz codicia del noble no ha encontrado el oro apetecido. La dama feudal huye del tédio en impuros amores, y no pocas veces, en tanto que su esposo guerrea bajo el fuego del sol de Siria, manilla en brazos de melifluo trovador el tálamo conyugal. El clero, olvidando su noble ministerio de purificación y dulzura, olvidando el

inefable ejemplo del Salvador, se ampara de la sombra del altar para hollar las leyes divinas y humanas, las celdas de los conventos se convierten en antros de los vicios, y aun de crímenes espantosos. El pueblo, ignorante, desvalido, gime víctima de todas las vejaciones, y el infeliz vasallo del señor feudal, reprofanado su lecho conyugal, remancillado el objeto de su amor, se somete á una de las mayores degradaciones que pueda sufrir el hombre, por el mas inicuo é infame de los derechos, por un atroz derecho que hasta el clero reclama y del que á veces solo exime una indemnización pecuniaria. En medio de este caos de maldad y corrupción brillan á ocasiones la virtud, el heroísmo, la bondad moral; pero ¿qué son algunas estrellas en noche borrascosa? En esos ejemplos se ha fijado la poesía, y presentado casos aislados como una generalidad. Tanto valiera creer por una palmera que está el desierto poblado de ellas; por una pepita de oro hallada en el cauce de un río, imaginar que en él se atesoran riquezas.

Por el rápido bosquejo que de la edad media he trazado, fácil es sacar en consecuencia que el hombre, no por ser rudo é ignorante, no por vivir en la sencillez de una sociedad adolescente, se halla exento de inmoralidad; antes hay una casi certeza de que todo lo contrario suceda: parecese á las tierras: estas de por sí poco bueno producen, y mezclado con muchísimo malo: las selvas del nuevo mundo, al lado de magníficos y provechosos árboles, presentaban multitud de inútiles ó nocivos, y en su frondoso seno aspirábase mortal ambiente: solo el cultivo dió al hombre ó pimas cosechas, y solo entonces dilataron su pecho saludables aires. Si en apoyo de mi aserto se necesitasen mas pruebas, volvamos los ojos á las remotas islas de la Océanía, y en aquellas primitivas sociedades veremos al hombre, cruel, péfido, supersticioso, disoluto, y no presentando en cambio casi ninguna virtud: penetremos en ignoradas regiones del Africa, y nos saludará la inmundia prostitución: retrocedamos á los primeros tiempos de Méjico, cuando la existencia del nuevo mundo era aun ignorada del antiguo, y lo que D. Alberto Lista asqueó en la Torre de Nesle como uno de los mayores desafueros del romanticismo, será una realidad: la esposa del rey de Tescuco Netzahualpilli, tras la embriaguez de un efímero amor, hace perecer á sus amantes.

¿Será por ventura la moralidad griega la que humille á la nuestra? ¿Será Atenas, donde la casta esposa, confinada en el hogar doméstico, veía pagados con frío afecto su ternura, sus afanes por la educación de sus hijos y disciplina de su casa, mientras el amor, el entusiasmo, las atenciones, el predominio sobre el alma, se reservaban á las cortesanas? ¿Será Esparta, donde solo se pensaba en formar guerreros intrépidos y robustos, donde á este fin se sacrificaban los mas tiernos y dulces sentimientos, las mas nobles ocupaciones del espíritu; donde era lícito matar al recién nacido débil, y robar, con tal que se hiciese diestramente; donde se desnaturalizaba á la mujer y en pro de la patria se profanaba el matrimonio?

No al alto grado de cultura pues, á los grandes adelantos políticos y sociales de nuestro siglo, á su civilización, en fin, se debe la inmoralidad que en él se advierte. A mi ver, donde quiera que haya profundas y puras creencias religiosas, donde quiera que la adoración á Dios no consista solo en ceremonias, habrá moralidad, sea la que fuese la altura donde se encuentre el hombre en la escala de la civilización. Lucrecia, refugiándose de su desgracia en los brazos terribles de la muerte; Bruto inmortalando á sus hijos; Scévola contemplando impasible consumirse su mano en el brasero de Persena; Coriolano, abandonando la segura venganza, humillando su inmenso orgullo á ruegos de Veturia, y yendo á arrastrar en largos y dolorosos años de oscuro destierro una vida en que tanta gloria podía haber aun; Cincinato, Virgilio, Scipion y tantos otros; las matronas que enseñaban á sus hijos como sus joyas de mas valía tantos sublimes ejemplos de virtud, de equidad, de abnegación y heroísmo,—pasmo y embeleso de las edades,—brillan en siglos de escasa civilización, pero en que el culto de la patria era en el romano tan fervoroso como el de los dioses; en que nada se emprendía sin consultarlos, y en que la primera ocupación matutina era volar á los templos á elevarles preces dictadas por fe profunda. La patria y la religión! hé aquí las causas de tantas grandes cosas realizadas por Roma. Cuando solo quedó la primera, empezó á cubrirse rápidamente de manchas su brillante historia, y no fué necesario largo trascurso de tiempo para ver al pueblo-rey, al vencedor del universo, postrado por el miedo ante las aras de Calígula ó Neron dedicados!

Contemplemos ahora á la culta, á la refinada Francia, en el siglo pasado: mientras Felipe de Orleans, y en pos de él toda la nobleza, se entregaban al mas desenfadado epicurismo; mientras se lanzaban epigramas y sarcasmos á la religión entre un madrigal á disoluta dama y una libación de vino de Champagne; mientras en los dorados palacios nada había sagrado ni puro, refugiábanse la virtud y los santos goces de la familia en los pacíficos hogares de la clase media creyente y religiosa. Cuando mas tarde, á los tremendos golpes de Voltaire, los enciclopedistas y tantos otros, murió en las almas la fé en todo, y se

levantaron en su lugar las dudas ó la incredulidad,—así en derruido palacio oriental se pasean las fieras,—cuando de un lupanar subió Mme Dubarry á las gradas del trono; cuando los ministros del altar no se atrevieron á pronunciar en el púlpito el nombre de Jesucristo, y el abate de Prade calificó casi de hipótesis á nuestro Redentor en plena Sorbona; cuando al mártir de los siglos, cuando al pueblo se le presentaron como falsas y pérfidas las divinas palabras que suavizaban su jergon, templaban los hielos del invierno, y á su rabiosa desesperación sustituían la dulce conformidad, entonces la disolución fué general, indecible! Estalló la revolución; y aquella generación incrédula, para quien todo acababa en el sepulcro; aquella generación que pisoteaba los vasos del altar y destruyendo los signos sagrados en los cementerios inscribía en su frontis *Sueño eterno*, empujó en sangre el suelo francés, la juventud, la hermosura, el talento, la vejez, la inocencia, la virtud, la demencia misma, no libertaron del sable y el cañon en setiembre, y de la guillotina durante el terror: aquel pueblo de tan noble indole, roto todo dique, se hartó de sangre con un placer de tigre, con frenético apetito, y patentizó qué terribles caídas sufre el hombre, en qué espantosos abismos va á dar, cuando cegado por el orgullo, renuncia á Dios y toma por única guía á su razón. Hombres de alta inteligencia, hombres de saber, prepararon las catástrofes revolucionarias, inflamaron el corazón del pueblo ignorante, pusieron en sus manos el sable y la pica, y le lanzaron á destruir, como lanza la bomba el artillero, sin saber si su obra de esterminio excederá á sus deseos.

De aquel tremendo caos de que salieron tantas reformas; de aquella inmensa demolición en que perecieron tantos abusos; de aquella vasta purificación, no pudo salir la mejora de las costumbres: antes bien creció, si posible era, la disolución del reinado de Luis XV. Pero ¿cómo no ser así? ¿cómo podía dejar de ser carnal y corrompida la sociedad que, en vez del culto de Dios, proclamaba el de la razón, simbolizado por una mujer de mal encubiertas formas, y sustituía las imágenes de la Virgen y los santos con los bustos de Marat y Lepelletier? ¿Cómo no procuraría apurar todos los goces de la materia la generación que no creía en otra vida, y veía á la muerte hacer con rapidez y abundancia pasmosas su fúnebre cosecha?

Así pues, á la indiferencia ó incredulidad religiosas, tan funesta una como otra, y á las tinieblas en que yace por desgracia una parte de los pueblos mas favorecidos por la civilización, débese la inmoralidad que empaña la gloria conquistada en tantas vías por nuestro siglo. Ahí estan los hechos en apoyo de mis palabras: entre los seres desdichados que se abisman en el crimen ó en la prostitución, salvos muy contados casos, todos son víctimas de la mas intensa ignorancia, no poseen sanos principios religiosos, y aun algunos ni la menor idea tienen de las sagradas Escrituras. En los países donde la civilización ha derramado en las masas algunos destellos siquiera, son puras las costumbres y raro el crimen: en varios condados de Inglaterra, en algunas partes de Francia y de la union anglo-americana, en Alemania, donde las últimas clases de la sociedad poseen cierto grado de instrucción y sanas ideas religiosas, rarísimas veces tiene que ejercer su ministerio el verdugo. El hombre del pueblo, lleno de mas alta idea de si mismo, no ya víctima de las preocupaciones que con férrea mano le hundian en el fango de la abyección, ama el trabajo, porque ve en él placeres, consideraciones, un risueño porvenir. Cuando la noche interrumpe sus tareas, lejos de buscar el olvido que proporciona la embrutecedora embriaguez, lejos de correr tras groseros pasatiempos ó solicitar las caricias de inmundas mujeres, vuela á recibir las de una casta esposa, las de tiernos frutos de amor sincero y profundo, y en las aguas divinas del Evangelio corrobora el vigor, las nobles tendencias de su alma, ó se embelesa con los acentos de la poesía. ¡Espectáculo sublime, consolador! ¡santo efecto de nuestra civilización! Las comodidades, los goces materiales coronados por los del entendimiento, en las mansiones donde en otro tiempo se albergaban la ignorancia, las malas pasiones, cieno del alma! Si contempla hoy el hombre del pueblo la suntuosa morada del rico, ó el blasonado coche del noble, no aprieta su corazón la rastrera envidia; porque la mano del divino carpintero de Nazaret le muestra un mundo en que solo habrá diferencia entre el bueno y el malo, y las instituciones sociales, la experiencia diaria, proclaman la igualdad de derechos entre los hombres. Si las alas de águila del genio levantan su alma á grandes cosas, laureles, honores, le brinda la sociedad, y su frente se alza casi tan alto como la de los reyes mas ilustres. El noble no busca ya renombre en los campos de batalla solamente, ni, sumido en viciosa molición, se contenta con los blasones de sus antepasados: lánzase tras otros nuevos en los numerosos talleres de la inteligencia, rivalizando con el plebeyo á quien proclama su hermano. La aristocrática dama abandona su perfumado gabinete y esplendidos salones para visitar, los asilos de la indigencia enferma y prodigarle consuelos y beneficios, y aun á veces no asquea acercarse á la hez de su sexo con el celestial objeto de devolver á la vida moral almas c. rrompidas por el

vicio: movida de santo celo, trabaja sin cesar su ingenio en crear medios que enjuguen el mayor número de las lágrimas que hace correr la miseria.

Además de las precitadas causas de inmoralidad, puede considerarse como una de no corta importancia la literatura amena, que generalmente hablando, en poesías, en composiciones dramáticas y en novelas, manifiesta barto á menudo tendencias destructoras, tanto mas fatales cuanto que su influjo se ha de ejercer sobre la juventud de ambos sexos, fácil presa de los sofismas, sobre todo cuando toman los acentos de la pasión ó las galas de la fantasía. ¡Cuántas almas acogen con fervido entusiasmo, admiran deleitadas esas obras que introducen en ellas lastimosa confusión que les hacen á veces irreparables estragos! Así el indio acogia alborozado, embelesábase admirando á los brillantes guerreros que en las armas, objeto de curiosidad y placentero asombro, llevaban los instrumentos que habian de introducir el trastorno y el esterminio en sus apacibles y dichosos hogares.

Cuando la luz de la civilización bañe todo el cuerpo social; cuando se haya fijado en las almas sólido y sano conocimiento de la religion; cuando la literatura amena envíe constantemente á los espíritus saludable pasto, entonces,—creo yo,—la moral y la felicidad derramarán á la par sus goces sobre el universo.

El cristianismo y la civilización! hé aquí las dos lumbreras que han de guiar á la humanidad en su misterioso y angustiado paso por la tierra. Así, cual necesita esta la luz y los ardores del sol combinados, há menester aquella de los fulgores de la inteligencia y del calor de la fé que purifica y da vida al corazón. El cristianismo y la civilización —que lejos de embarazarse ó dañarse uniéndose, se robustecen mutuamente y solo entonces pueden producir todo el bien que en ellos cabe,—rigiendo el primero las almas, y los espíritus la segunda, son los que han de conducir á la humanidad á los mas brillantes destinos que Dios le haya señalado.

Tachable como sea nuestra moralidad, puede considerarse superior á la de los siglos precedentes: así lo han proclamado los insignes escritores Chateaubriand, Villemain y Guizot. Todo hijo de nuestros tiempos, al echar una ojeada á los pasados, debe llenarse de regocijo y bendecir, sin pecar de optimista, á la Providencia, que en estos le ha hecho nacer para contemplar las maravillas realizadas por el ingenio humano, los derechos de los pueblos mas respetados, la justicia desempeñando mejor su santo ministerio, el hogar doméstico mas feliz y puro y las costumbres dando con menos frecuencia ocasiones de ira al Ser Omnipotente!

Matanzas 1853.

EMILIO BLANCHET.

D. DIEGO DE ANAYA Y MALDONADO.

Hay siglos de transición que no podemos clasificar en una época perfectamente deslindada, y cuyo estudio sin embargo abunda en interesantes lecciones para el historiador y para el filósofo. La edad media termina en el reinado de los monarcas católicos, porque entonces una horda de turcos que logró consternar á la Europa prevaleciéndose de su desunion religiosa y política, esparce por todo el globo á los depositarios del antiguo saber libertad del naufragio de los bárbaros, y los españoles levantan la cruz en los minaretes de Granada y abaten para siempre el estandarte del Profeta; pero aun antes se ven los bosquejos de la civilización moderna: larga série de legisladores ha venido preparando la organización social de la monarquía castellana, y en tiempo del generoso rey D. Juan I, alcanza el elemento popular el mas alto punto de su influencia y de su poder. En estos periodos de caracteres vagos é indefinidos, en que todo se mezcla y confunde, y en que al lado de los elementos decadentes de una vida anterior fomenta la sociedad los gérmenes vivificadores de otra nueva y acaso de mas brillante porvenir, los hechos tienen gran significación, y los personajes adquieren colosales proporciones en la historia filosófica.

No fué D. Diego de Anaya y Maldonado uno de esos grandes gé-nios que con sus concepciones ó empresas caracterizan el siglo en que vivieron; pero eleva-lo á los mas altos puestos religiosos y políticos de su nación, y habiendo tomado parte en los grandes acontecimientos de la época, muestra bien en su vida las variadas fases de la sociedad que le rodeaba, y es sin duda uno de los hijos de mas renombre con que puede gloriarse Salamanca. Nacido en esta ciudad (1537) de D. Pedro Alvarez de Anaya y Doña Aldonza Maldonado, descendientes de ilustres y antiguas familias de España, se dedicó en edad temprana á las tareas literarias, y en especial al estudio de los dos derechos. Sus dotes científicas y literarias le dieron muy pronto á conocer; pero un espeso velo encubre su moralidad, y fruto de su amor con Doña Mariade Orozco, hija del desgraciado Inigo Lopez de Orozco, fueron el tan celebrado Juan y Diego Gomez de Anaya, después colegiales en el fundado por su

padre. Avergonzado quizás D. Diego de su borrascosa juventud, ó avisado mas bien con la prematura muerte de Doña Maria, abrazó el estado eclesiástico, y tal renombre adquirió por su ciencia y sus virtudes, que D. Juan I, consultados los varones mas doctos del reino, le nombró maestro de sus hijos D. Enrique, primer principe de Asturias, y D. Fernando, conocido con el renombre de infante de Antequera, y despues rey de Aragon. Bien confirmó Anaya cuán digno era de la confianza de su rey, y las grandes dotes que le adornaban para tan delicado cargo, educando en el débil y enfermizo cuerpo del principe de Asturias el alma grande y generosa de un monarca que *temió mas el odio de sus súbditos que las armas de sus enemigos*, y reprimió con mano fuerte las demasías de un clero faustoso y de una nobleza turbulenta y orgullosa, y dirigiendo los primeros pasos del integro cuanto prudente tutor de D. Juan II, del valiente conquistador de Antequera y nunca bien ponderado sucesor de D. Martin en la corona de Aragon. El rey mostró pronto su reconocimiento al maestro de los infantes, y muerto D. Juan de Castro, le colocó al frente de aquella diócesis (1384); mas tarde (1390) le promovió á la de Orense, vacante por defuncion de D. Pascual Garcia, y despues (1392) á la de Salamanca, que habia ocupado últimamente D. Carlos de Guevara.

La iglesia de Salamanca atravesó entonces una situacion embarazosa que puso á prueba las grandes dotes de su prelado. Sabidos son los conflictos que produjo en la menor edad de Enrique III la cuestion de su tutoria. Ya parecían terminados con haberse resuelto el cumplimiento escrito del testamento del rey D. Juan, sin añadir ni quitar uno solo de los tutores allí nombrados; pero discordes muy pronto en las cuestiones mas delicadas, duplicaron los males del reino. El arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, que con otros prelados y el conde de Benavente favorecia las pretensiones del rey de Portugal, quiso abandonar la tutoria; pero detenido cuando se retiraba á sus tierras, le fueron confiscados los castillos de Talavera, Uceda y Alcalá que dependian de su jurisdiccion. Clemente VII creyó ver un enorme atentado, y escomulgó al consejo de regencia y puso entredicho á los obispos de Salamanca, Palencia y Zamora, censuras que no levantó sino despues que por pretension de su legado, obispo de Albi, fueron restituidos al prelado todos sus castillos y su libertad. Agréguese á esta las grandes cuestiones religiosas que dividian la Europa.

Bonifacio VIII, olvidando la sublime mision política que la Santa Sede estaba llamada á desempeñar en Roma, y trasladándola á Aviñon, inició la decadencia moral de su poder; Gregorio IX volvió á la capital del catolicismo: ya era tarde; los italianos no podian olvidar la funesta influencia que con sus pontifices habia ejercido Francia, y á la defuncion de Gregorio, á los gritos de un *papa italiano ó la muerte*, se reunió el Sacro Colegio y elevó al napolitano Bartolomé Prignano (Urbano VI). A los pocos meses la mayor parte de los cardenales declararon forzada esta eleccion, y nombraron para el solio pontificio á Roberto de Ginebra (Clemente VII). El *gran cisma de Occidente* opone los intereses de las principales cortes europeas: Escocia, Francia y Portugal, la Saboya, la Lorena y Nápoles, haciendo oposicion á casi todo el orbe católico, se declaran por el papa de Aviñon; Enrique II consulta á sus prelados en tan delicada cuestion (1379), pero le sorprende la muerte antes de resolverse, y D. Juan I se decide por Clemente VII (1381), despues que apreciando debidamente los consejos que su padre le dió al morir, reunió en Medina del Campo un concilio, que le trasladó á Salamanca por la inseguridad que habia creado nuestra guerra con Portugal. «El concilio de Salamanca, dice un escritor contemporáneo, hace eco en toda la cristiandad, y donde no se sigue su decision se respeta por lo menos.» Pero Enrique III, deseando tranquilizar los ánimos y uniformar el gobierno de sus iglesias, congregó en Alcalá de Henares una asamblea de los prelados y doctores del reino (1399), que por unanimidad resolvieron apartarse de la obediencia á Benedicto, sucesor de Clemente, y redactaron unas constituciones para el gobierno de las iglesias de Castilla, haciendo de jurisdiccion episcopal la provision de toda clase de beneficios y dignidades eclesiásticas, la decision de los pleitos sin ulterior apelacion, la dispensa de irregularidades y otros puntos análogos, hasta que hubiese en la iglesia un solo pontifice. D. Diego con otros prelados habia trabajado mucho por apartar al monarca de la obediencia á Urbano VI; y ahora obispo ya de Salamanca, formó parte de la junta de Alcalá (1). Pero esta decision duró muy poco: el monarca de Castilla participaba como los prelados castellanos de la perplexidad de otros principes y de otras iglesias en el complicado asunto del cisma, y reunió Cortes en Valladolid (1401) que resolvieron prestar á D. Pedro de Luna (Benedicto

XIII) la obediencia negada en Alcalá, á condicion de someterse á lo que resolviera el concilio general que se convocase. Anaya asistió á aquellas Cortes, y el rey le envió cerca del papa de Aviñon, acompañado del doctor D. Alonso Rodriguez de Salamanca, jurista, y de Fr. Alonso de Argüello, religioso franciscano, con cargo de probarle que el afecto del cardenal de Frias á la corte de Roma habia preparado lo resuelto en A. calá. Triste aspecto nos ofrecen en estos siglos las naciones llamadas por la Providencia á esparcir por toda la faz del globo la semilla de la civilizacion; sofocadas bajo el peso enorme del poder pontificio, pierden en vano sus fuerzas en argucias teológicas, y reyes y prelados y magistrados y pueblos se anonadan indecisos ante autoridades opuestas; cuando en Roma los ensalzan, los anatematizan en Aviñon.

El obispo de Salamanca aun habiendo tomado una parte tan activa en las altas cuestiones religiosas y políticas que entonces se agitaban, no por eso abandonó el especial cuidado de su iglesia; queriendo que secundara individualmente el voto dado por toda la nacion en la *cuestion de Pontifices*, reunió un concilio en Salamanca, á que asistieron muchos obispos y sabios castellanos, con los embajadores del rey de Aragon, y se decidió tambien prestar obediencia á Benedicto XIII. En 1404, consintiendo su cabildo, cedió al infante D. Fernando la iglesia de S. Andrés de Medina del Campo que le habia pedido para fundar en ella un monasterio, y en 1407 dió á los religiosos trinitarios la de S. Juan el Blanco (1), permitiéndoles por primera vez establecerse en la capital de la diócesis.

Ya en 1402 era D. Diego de Anaya presidente del Consejo de Castilla y seguia la corte de Enrique III (2): conociendo Benedicto lo mucho que le interesaba el afecto del obispo presidente, le eligió (1408) para la silla de Cuenca, vacante por la muerte del obispo D. Juan: el cariño al pueblo que le vió nacer, y el interés de promover una fundacion que habia iniciado, le hicieron poner en manos del papa de Aviñon la renuncia de una promocion tan ventajosa, pero no fué aceptada.

Conocida la necesidad cada vez mas imperiosa de cortar de raíz los males del cisma, los reyes de la comunión católica promovieron la reunion de un concilio general en Constanza, ciudad que el emperador Sigismundo señaló al efecto. La reina Doña Catalina permanecia en la obediencia á Benedicto; al fin nombró por representantes de D. Juan II al obispo de Cuenca, al alcaide de los donceles, Martin Fernandez de Córdoba, y otros distinguidos varones (5) que en 1417 se presentaron en Constanza. En Peñíscola recibieron la bendiccion de Benedicto, y en Constanza fueron muy bien recibidos por el emperador y principes de su corte; pero allí como en Basilea suscitaron necias rivalidades por cuestiones de preferencia, y calentaron bien sus cabezas con miserables disputas de ritualidad (4). Solo recordando el espíritu y tendencias de aquella época puede atenuarse la desagradable impresion que nos producen tales trivialidades sostenidas con calor por hombres de grandes dotes. Cúpole sin embargo á Anaya no poca parte en los acuerdos del concilio, y la gloria de ser uno de los eminentes varones que agregados al concilio de cardenales, eligieron por jefe único de la iglesia á Othon Colonna (Martino V).

El obispo de Cuenca fué agraciado por el nuevo pontifice con el arzobispado de Sevilla, vacante por muerte de D. Sancho de Egea, y á la vuelta de Constanza recorrió la Lombardia y visitó en Bolonia el colegio fundado por D. Gil de Albornoz y Luna, cuyas constituciones imitó despues en Peñíscola, y volvió á visitar á D. Pedro de Luna, y á

(1) Esta iglesia estaba fundada en la ribera del Tormes: es tradicion que fué catedral de Salamanca en la época de la reconquista: cuando la tomaron los trinitarios, la habian abandonado sucesivamente dominicos, y empuerados por miedo á las avenidas del rio, en 1190 tuvieron que abandonarla ellos.

(2) La firma de Anaya se ve en los privilegios que en 15 de diciembre de 1396 concedió Enrique III á las ciudades Baeza, Ubeda y Andújar. (Argote de Molina, lib. 2, esp. 64.)

(3) Fueron tambien embajadores por Castilla D. Juan de Badajoz, D. Fernan Perez de Ayala, Fr. Fernando de Illescas, Fernan Martinez Dávalos, doctor en decretos y dean de Segovia, Diego Fernandez de Vall, dean de Palencia, y Juan Fernandez de Peñalor, doctor en decretos.

(4) Los embajadores de Inglaterra y Aragon sostuvieron tales luchas con los de Castilla, y á tal punto llegaron, que estos con los de Navarra y otros principes y caballeros descontentos de preferencias acaso indebidas, salieron de Constanza, y solo volvieron á ruego de los padres del concilio y decidida la cuestion á favor de Castilla. Cuenta Ruiz de Vergara como casi todos los historiadores, que pretendiendo el embajador del duque de Borgoña colocarse delante del compañero de Anaya, lo resistió Martin Fernandez con templez; pero de carácter mas irascible, el obispo de Cuenca separó por fuerza al orgulloso embajador y dijo á Martin: *Yo como clérigo he hecho lo que debí, vos, como caballero, haced lo que yo no puedo.* Amelot de la Housaye cuenta particularidades mas interesantes. «El obispo de Cuenca, dice, habiéndose trabado de palabras con el embajador inglés que le disputaba la precedencia en el concilio, llegaron ambos á vias de hecho, y copiado el obispo al inglés que era de poca estatura, por medio del cuerpo, hlevóle como un niño á la iglesia, y le arrojó dentro de una sepultura que á la sazón estaba abierta; volviendo á su puesto dijo á su colega Fernandez de Córdoba: como eclesiástico he cumplido con mi deber. Acabo de enterrar al embajador de Inglaterra; ahora haced vos lo que falta como militar y como caballero.» Entonces tomó Anaya las armas de Borgoña que tenia el embajador, y se cuenta que cuando Carlos V visitó el colegio de S. Bartolomé, viendo que el fundador tenia sus armas, se admiró; pero habiéndole narrado la causa de ello, dijo: *Con justo título se le deben y las tiene.*

(5) Las Constituciones redactadas en esta junta las trajo Anaya al cabildo de su iglesia firmadas por el arzobispo de Toledo; el ejemplar que se conserva en el archivo de la santa iglesia catedral de Salamanca se encabeza así: *Estas son las Constituciones que fueron fechas en Alcalá de Henares, en el año MCCXCIX, las cuales ordenó el rey D. Enrique con consejo de los prelados de su reino, é traxolas el obispo D. Diego á Salamanca, é presentolas en el cabildo, en las cuales se contiene que se tirasen é tiraron de la obediencia del Papa Benedicto XIII, á fueron presentadas Martes á cuatro días de Febrero en el dicho Cabildo.*

ruegos del rey de Aragón y del legado de Martino V, le suplicó que se sometiera á los acuerdos de Constanza; pero á nada accedió su corazón, mas duro, como dice un historiador, que la roca en que habitaba.

Tiempo es ya de que digamos algo del gran pensamiento que iba realizando Anaya en Salamanca, de la fundación del tan celebrado colegio de San Bartolomé. Siendo obispo de Salamanca había dado principio á tan importante empresa, y en adelante siempre fué el objeto predilecto de su celo: en 1401 escogió algunos estudiantes pobres y virtuosos, así cursantes como graduados, y dándoles las casas que junto al palacio episcopal tenía, les proveyó de sustento, y nombró rector de este humilde seminario al licenciado Pedro Nuñez; en 1408 les dió unas constituciones, las perfeccionó mas tarde (1407), é interesado doblemente en el fomento de su fundación, siendo obispo de Cuenca, encargó al canónigo Pedro Bernal la adquisición de un sitio mas espacioso que el entonces ocupado por los colegiales, y compró junto á la iglesia catedral unas casas (1), con cuyo derribo dejó espacio para su colegio (1413). Terminado el concilio de Constanza, volvió D. Diego de Anaya á Salamanca, y como si estuviese concluida ya, la obra de fábrica, escogió quince colegiales y dos capellanes, y con ellos él y sus dos hijos que hasta entonces habían vivido á su lado, vistieron el manto y beca que se han usado hasta la supresión del colegio: Un numeroso concurso, compuesto particularmente de los doctores de la universidad y de todo lo mas selecto y brillante de la sociedad salmantina poblaba la capilla el día primero que en ella se celebró (27 de diciembre); la fiesta terminó con un elocuente discurso pronunciado por el fundador, y la historia ha confirmado ya las gratas esperanzas que concibió de su instituto. Cuéntase que Anaya solía repetir cuando inspeccionaba los trabajos del edificio: *hago un colegio para defensa de la fé*, y un tiempo fué en que desempeñados los principales cargos políticos y eclesiásticos por sus discípulos, se vulgarizó la frase *todo el mundo está lleno de Bartolomitos*.

El rey D. Juan II nombró por sus embajadores cerca del de Francia al arzobispo de Sevilla y al conde de Benavente D. Rodrigo Pimentel; D. Diego adquirió entonces mucho renombre en el extranjero; había llegado al apogeo de su gloria, y era llegada la hora en que saborease la adversa fortuna. El gran maestre de Santiago, favorito del rey, miraba con recelo crecer en proporciones la colosal figura del fundador; quería también la sede de Sevilla para su hermano uterino D. Juan de Cerezuela, entonces obispo de Osma y tan memorable en la batalla de Sierra Elvira, y aprovechó la ausencia de Anaya para derrocar su influjo. Martino V escuchó la calumnia de que el arzobispo de Sevilla favorecía las pretensiones del antipapa de Peñíscola: D. Álvaro de Luna la apoyó, y el cabildo catedral de Salamanca, disgustado desde que su antiguo obispo quiso imponerle una disciplina severa, la sostuvo con pasión: Anaya fué privado del arzobispado (1420) quedándole solo el grado episcopal, con título de arzobispo de Tarsis y 20,000 florines de pension en las rentas de su iglesia, y Fr. Lope de Olmedo, general de la orden Gerónima y muy favorecido por la corte pontificia, fué nombrado para administrar la vacante. El fundador salmantino se retiró á San Bartolomé de Lupiana; pero sus discípulos (2) combatieron sin tregua la imputación que se le dirigía: representaron al rey, lograron que remitiera los informes muy recomendados á la Santa Sede, y encargado de la averiguación del asunto el primado de Toledo, D. Sancho de Rojas, fué declarado inocente Anaya y repuesto en su silla (5 de enero de 1423). Mas Cerezuela estaba ya al frente de la metrópoli, y Luna seguía en el favor; por manera que hasta que fué promovido aquel á la silla primada (1434), no tuvo efecto cumplido la reparación; tres años quedaron á Anaya para reformar su iglesia, visitar la diócesis, mejorar su fundación y proteger á sus parientes: en Cantillana, pueblo de su arzobispado, le atacó la enfermedad de que murió en breve (1437). Su cadáver fué trasladado á la preciosa capilla de San Bartolomé, que con este objeto había erigido (1422) en el claustro de la antigua iglesia catedral de Salamanca, y colocado en el magnífico sepulcro que aun se conserva en su centro cercado con una elegante verja (3), en que se lee una inscripción de caracteres góticos (4). El testamento de D. Diego de Anaya se ha conservado: despues de varios legados instituye por heredero universal á su colegio, usando de la facultad apostólica que le concedió Benedicto XIII. para testar de cuanto adquiriese en las preclaras y de otros bienes cuasi castrales que había ganado en servi-

cio de sus reyes: la mas rica joya de esta herencia fué su librería abundante en manuscritos originales (1). Es cierto que una espesa nube empaña la juventud de Anaya; pero virtuoso y activo ya en otra edad, obtuvo por su religiosidad y saber los mas altos puestos de la nación, y supo desempeñarlos con lucidez, merecer la confianza de sus monarcas, y probar hasta en otras naciones la justicia de su renombre.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO IX.

(Continuación.)

—Venga, Elvir, venga... pues no sé qué presente el corazón. Pero cómo soy tan débil y tan insensato?... No... no... Elvir, que parta, y lleve á su desleal señora el peso de mi odio y de mi desprecio.

El pajeillo, que no había esperado la segunda orden para irse como una flecha en busca del mensajero, mal pudiera escuchar esta nueva resolución del duque, quien clavado quedóse en el umbral de la cámara, preocupado de fuertes y encontradas imaginaciones. Aun se hallaba luchando con ellas, apoyada la frente sobre las jambas de la puerta, cuando en los vestíbulos empezaron á sonar confusamente pasos, que aclarándose cada vez mas, dejaron pronto percibir la llegada de dos personas á la estancia ducal.

—¡Ellos son! murmuró D. Pedro, que saliera de su distracción al choque desigual de las pisadas. ¡Mejor! Así sabremos á qué atenernos, y llegaremos hasta el fin.

Y se fué á sentar con la majestad de un príncipe en sendo sitio de brocado toledano, cuando ya Elvir en el alfeizar de la entrada alzaba su voz, anunciando:

—El honrado Belardo de Mendaya demanda audiencia de vuestra señoría ducal.

Un ademán imponente fué tan solo el asentimiento del de Giron.

CAPÍTULO X.

HORAS DE TEMPESTAD.

No hay para qué referir la escena entre el caudillo de Tordehumos y el mensajero que vimos entrar á besarle los pies. Hay mucha distancia entre los interlocutores, para que pudiera allí pasar nada que escudiese los perfiles de la etiqueta y la circunspección aristocrática. D. Pedro era muy dueño de sí en semejantes casos para venderse á la malicia de un criado, y el escudero sabía bastante de camarería, para guardarse de salir á terreno resbaladizo.

Los guardas de la villa vieron salir con la mayor indiferencia del mundo al buen hidalgo del magro palafren, á media hora poco mas ó menos de haber entrado en ella por gracia é influjo del bullicioso Elvir, favorito del duque, y diablo suelto de todas sus gentes y servidores.

El día se pasó, como los anteriores, en órdenes, conferencias, aprestos y revistas. D. Pedro recibió sin descanso capitanes y correos, avisos y refuerzos. Estuvo activo y hábil como de costumbre. Solamente ciertos curiosos le notaron algun momento de melancólica distracción y cierto ardor desusado en sus ojos, que contrastaba mas por el semicírculo morado sobre que se destacaba en espacioso y trasparente globo. Pero le achacaban á la continuada vigilia, á los cuidados del gobierno, ó cuando mucho á puridades juveniles de que no libertan la púrpura ni el arnés.

Llegó presto la noche, como sucede en las tardes enojadas del invierno; echáronse los peines, salieron las rondas, veláronse los muros, y sonó por fin la queda de timbales y clarines, y el centinela del castillo exhaló el primer grito de vigilia militar.

Todo yacía en completa calma, después que el aliento de la noche fué extinguiendo uno por uno los últimos y perezosos ruidos de una población que sucumbe al belfeo de las tinieblas y de las fatigas. Si desde las solitarias y angostas calles de la villa le place al curioso seguirnos hasta el cerro donde se asienta la fortaleza, y trepando por su escalpada vertiente, penetra en su recinto por una triple arcada y ágría es-

(1) Seiscientos florines de oro de Aragón costaron estas casas, propiedad de la catedral de Salamanca ó del convento de San Pedro de Cardena.

(2) Figuraron al frente en esta interesante empresa el Dr. Juan de Mella, que después fué cardenal, el doctor Alonso de Paladina, mas tarde obispo de Ciudad-Rodrigo, y el doctor Juan Rodríguez de Toro, que no aceptó el obispado de Coria que le ofrecía D. Álvaro de Luna porque desistiera de esta causa.

(3) Los discípulos de la escuela especial de arquitectura que en 1833 hicieron una expedición artística á Salamanca, copiaron este sepulcro y muchos detalles del interior de la capilla.

(4) Aquí yace el Rmo. é Illmo. é muy magnífico Sr. D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla, fundador del insigne colegio de San Bartolomé. Falleció año de 1437.

(1) Entre las preciosidades manuscritas de esta biblioteca, figuraban los escritos originales del Tostado, cuyo salvamento milagroso de un naufragio es bien conocido; sin embargo, hoy ignoramos el paradero de estos papeles: nuestros disturbios han sido menos generosos que las olas del mar.

cañera de caracol; si no ha por molestia deslizarse á lo largo de un murallón que corta la plaza de armas; y si tiene ánimo para entrar por un postigo y dejarse llevar por la mano á través de espaciosas cuadras y pasadizos, no desiertos de ballestas y ojos vigilantes, le conduciremos á la cámara del gobernador de la plaza, donde ya entramos antes con el buen escudero de Mendaya, y verá y oirá lo que nosotros vamos á ver y oír. En ella pues, á la macilenta luz de una lámpara de bronce suspendida del elíptico cascarón, hallará á nuestro antiguo conocido D. Pedro Giron, aunque no de tan buen talante como pudieran desear sus bien-querientes.

Sentado el infanzon delante de un macizo escritorio, y haciendo del siniestro brazo un ángulo de resistencia para su pálida y ardorosa frente, contemplaba con árida turbación un pergamino blanquísimo y perfumado que su diestra tenía estendido sobre la oscura planicie de nogal. La variada y siempre profunda expresión de su fisonomía móvil y sentida daba á conocer desde luego que en su alma batalla tenían trabada recios y encontrados impulsos. Ya se oprimía convulsivamente las palpitantes sienes, cual si quisiese arrancar de allí una idea de tormento mortal; bien quedábase abatido y empañados los ojos por húmeda nube de tierno y delicado pesar, y también brillando súbito en ellos un rayo magnífico de viril resolución, se levantaba calmado y altivo con la sonrisa del desden en los labios y la dignidad de un juez. Mas pronto su boca tornaba á agitarse, su semblante á oscurecerse, cruzaba el aposento á pasos sin compás ni dirección, y volvía á caer sobre el billete, lanzando un gemido desgarrador y tristísimo.

Y reinaba nuevamente el silencio tan fatídico y tenebroso como el que reina en los intervalos de la tempestad.

Una campana monótona y confusa rompíole ahora con su misterioso diapasón.

—¡Las siete!... prorrumpió el castellano, saliendo de un caos de confusión y de fiebre. ¡Las ocho!... Una hora resta nada más... pero una hora de martirio y de duda y de tribulación!... Esta es su carta... sí... Ella ha trazado estos caracteres, que acaso epuelven una nueva alevosía. Sobre esta superficie ha posado aquella mano que yo tanto acaricié... mientras me clavaba un puñal en las entrañas con desleal y páfida ingratitud!... ¿Y yo he de volver á verla!... ¡Yo concederé mi presencia á quien me ha llenado para siempre de amargura!... Confúndame Dios!

«Si estimais la paz de vuestro espíritu, y si en algo tiene un caballero la vindicación de una dama, á las ocho de la presente noche hallareis en el santuario del castillo viejo quien ruegue por vuestra ventura á la madre de los acuitados.»

»FLOR DEL MAR.»

¡Flor del mar!... Nombre adorado que encierra un tesoro de recuerdos... una vida de ilusión y de inefable encanto. ¡Flor del mar!... Ese era su nombre... el nombre de amor y de inocencia... el nombre inspirado y dulcísimo que el amante dió á la amada en el misterio de sus corazones, en la poesía de su felicidad. Oh!... este nombre elocuente, este símbolo divino de ternura y de bendición, me hiere con magnético influjo, y despierta en mí el mal apagado incendio de aquel prepotente y tempestuoso amor... Si, la veré, sabré sus males ó sus bienes, la diré cuántas lágrimas han vertido mis ojos, cuántos ayes exhalado mi alma, sin luz y sin consuelo.

Pero ella ha pisado sus juramentos, ella es mi infierno sobre la tierra... no es digna de piedad y cortesía.

¡Qué digo!... Perdóneme la sombra de mis abuelos. Llevo en mis venas la sangre de los héroes de La Vanda, soy español... y el fuero de mi casa y de mi tierra es el respeto y el amparo á la mujer.—Y luego ¿dónde está la prueba de su imputada traición? ¡Nécio de mí! ¿No es la esposa del almirante?... ¿Y yo qué? ¿No han ido otras bellezas al tálamo como la víctima al altar?... ¿Quién sabe si es mas infeliz que yo?... Corren unos tiempos en que el fuero de la paternidad puede cuanto quiere... y acaso mas. Aun cuando solo por apurar la incertidumbre y despejar el enigma, debo y quiero presentarme como quien soy. Quizá voy á parecer débil... mas si no, pasará por cobarde. Jamás, pardiez.

Un golpe violento dado por el duque sobre un timbre hizo que una nota aguda y percutiente acompañara la terminación de la frase. No se había extinguido el eco, y ya Elvir estaba en presencia de su desvelado dueño.

—Las sillas sobre Boreas y Azor, y á caballo dentro de quince minutos!

—¿Solos?—se limitó á contestar el adolescente.

—Con nuestro brazo y buena voluntad.

El continente del duque no daba lugar á diálogos mayores.

Así pues Elvir salió algo mohino y ensimismado: pero cumplió al pie de la letra el mandato recibido, y antes de medio cuarto de hora ya estaba de vuelta en la cámara del duque, vestida una ligera loriga

y con el estoque á la cinta. D. Pedro por su parte no había perdido el tiempo, echándose una malla finísima, cubierta con un colete de ante acuchillado de escarlata, calzado de flexibles botas con espaciosos pabellon y doradas espuelas. amen de una luenga espada de combate, y cierto sombrero á la chamberga, bajo cuyas alas pudiera su rostro escaparse á la mirada de algun curioso ó otra cosa peor.

—Boreas y Azor esperan en el zaguan del homenaje.

—Al pórtico de Santa Cristina.

Y echó el paje delante, y el caballero le siguió por una salida reservada que caía sobre la poterna, por donde aquella mañana vieron entrar á Elvir y á su compañero de camino.

Pocos instantes después el porton gemía sobre sus goznes, y dió paso á dos ginetes embozados en anchos ferrerueros y que casi no se destacaban sobre el fondo de la oscuridad. Bajaron despacio la pendiente del cerro, y apenas en camino llano:

—Al santuario del Castillo-viejo! dijo el que llevaba la delantera.

Y partió como el aliento de la tempestad.

El otro embozado aflojó la brida de su corcel, quien sin mas impulso lanzó en pos del primero como la flecha tras la paloma.

A poco se perdieron en la oscuridad, y el porton de la fortaleza se cerró con pausado y melancólico sonido.

(Continuará.)

LAS ILUSIONES.

Entre lo que mas me atormenta en este pícaro mundo he contado siempre la manera que yo tengo de ver todo lo que me rodea y cuantos acontecimientos de la vida humana llegan á mi noticia: por un fenómeno que no puedo explicar, pero cuya existencia conozco, yo todo lo veo de distinto modo que los demás. No sé si en esto gano ó pierdo; pero es lo cierto que me sucede así, y la consecuencia lógica de semejante causa es que casi siempre me encuentro en la mas completa contradicción con todo lo que veo y oigo, y con cuantos hombres me hablan. No obstante el respeto que rindo á las mayorías, me hallo condensado á vivir en perpétua minoría, puesto que poquitas veces estoy de acuerdo con lo que dicen los mas. Por lo anteriormente espuesto no estrañarán mis lectores que combata hoy lo que la generalidad afirma sobre cierta opinion tan autorizada ya, que apenas encontraré quien se ponga de mi lado en una cuestion que cuenta con el apoyo casi unánime de las personas de todas las edades y condiciones.

En todas partes y de todos lados sale un constante clamor contra lo que ha dado en llamarse *materialismo grosero de nuestro siglo*, y no hay ya paciencia suficiente para sufrir un día y otro día, un año y otro año, las declamaciones de los hipócritas, los sarcasmos de los impíos y la charlatanería de los indiferentes, que se empeñan en sostener con la mayor formalidad que está próximo, muy próximo, un cataclismo social venido sobre la humanidad tan solo por el *materialismo* que todo lo ha invadido y domina.

Y yo, que como he dicho al principio de este artículo, se me antoja ver casi todas las cosas de diferente manera que los demás, me río á carcajada tendida un día y otro de las vanas declamaciones de los hipócritas, de los sarcasmos de los impíos y de la charlatanería de los indiferentes, porque creo de todas veras que jamás ha existido un siglo de mas ilusiones que este, ni nunca la humanidad se ha pasado mas por los inmensos espacios de la imaginación que en la presente época.

Si algun filósofo, aunque sea *in fieri*, tiene el mal gusto de leer estas líneas, creará cuando menos que yo me voy á engolfar en ese intrincado laberinto de las diferentes escuelas filosóficas, cuyos autores y discípulos se han roto los cascos años y mas años con el fin de averiguar la verdadera relacion que existe entre la *materia* y el *espíritu*, pasando de aqui luego á investigaciones sobre el *ser* y el *conocer* que son capaces de volver tarumba hasta al mismo Krause, no obstante su especial organismo para tan profundos estudios; pero yo, que nada tengo de filósofo, y que no me he propuesto averiguar la razon y el por qué suceden las cosas, sino combatir una opinion muy general, pero muy errónea á mi modo de ver, dejo para alguna otra ocasion mas oportuna eso de remontarme á la alta esfera de la filosofía, para buscar la explicación de tal fenómeno, y á mi manera y como Dios me dé á entender probaré, contra lo que todos dicen, que nuestro siglo es el de mas ilusiones que han visto los nacidos, por mas que quiera sostenerse lo opuesto.

Como la tesis que me propongo sostener se funda en la narración de hechos contemporáneos que prueben hasta la evidencia que cuanto se declama contra lo que se llama *materialismo* es falso, porque jamás la humanidad ha conocido una generacion que se alimente mas de ilusiones que la actual, no creo necesario hacer ninguna es-

cursion al campo de la historia antigua, donde de seguro hallaría datos y sucesos con que apoyar, no solo mi opinion, sino tambien la contraria, puesto que una de las grandes ventajas que yo siempre he encontrado en el estudio de la historia es que en ella hay armas para combatir en todos los terrenos, y argumentos que usar en pro y en contra de cuanto se quiera sostener.

Entrando pues aqui, como se dice ahora, en el fondo de la cuestion, presentaré algunos ejemplos que prueben completamente cuanto dejo dicho.

Mis lectores conocerán de seguro una porcion de esos hombres que siendo las mas completas *nulidades* llegan á hacerse la *ilusion* de que tienen una gran importancia en el mundo, y que cuando menos son los señalados por el dedo de la Providencia para arreglar los destinos de la humanidad, y redimir la de los muchos pecados, y tonterias que continuamente comete. Inútil será que un alma caritativa trate de sacarles del error en que se encuentran poniéndoles de manifiesto su insignificancia, y lo mucho que de ellos se rien los demás: encaramados nuestros héroes en lo mas alto y encumbrado del mundo de las *ilusiones*, desprecian á todos los que se les ponen á su paso, marchan de frente hácia su fin con la cabeza erguida, dirigen una mirada de superioridad á cuantos los rodean, califican á la humanidad entera de estúpida é ignorante, y siguen con la *ilusion* de que solo ellos, y nadie mas que ellos, son el origen y la fuente de todo bien para el género humano.

Otros se hacen la *ilusion* de que no son pobres; y aunque la pobreza es una de las verdades que admiten poca duda, el que llega á hacerse la *ilusion* de ser rico, no hay fuerzas humanas que le convengan de lo contrario. El dia que estrena un frac ó una corbata iguales á la que sabe que compró el duque de Medinaceli, por ejemplo, ya se hace la *ilusion* que es tan duque como dicho señor; y si por casualidad le encuentra en la calle, en el paseo ó en el teatro, le mira como de igual á igual, se arrellana en su butaca, y en aquellos momentos hasta se hace la *ilusion* que le espera en la calle un magnífico carruaje, tirado por dos briosos caballos, y servido de lacayos con galoneada librea, y un palacio, con ayudas de cámara, uñeres, y mil y mil servidores á quienes mandar.

El que llega á hacerse la *ilusion* de que es orador, pierde el trabajo cualquiera que tome á su cargo el convencerle de que sus discursos estan llenos de sandeces, que no hay plan ni método en ellos, que las citas históricas que hace son inconvenientes, que dice palabras inoportunas, que cuantos le oyen se rien de él; por último, que Dios no le llama por el camino de los Demóstenes, Cicerones y Mirabeaux: hablará, y hablará siempre que se le presente ocasion; entrará en sociedades de minas, ferro-carriles y seguros por pronunciar un discurso; asistirá á reuniones electorales y de milicia, y hasta se hará diputado para hablar en pro ó en contra de cualquier cosa que se discuta, puesto que para él que se hace la *ilusion* de que es un gran orador, la cuestion es hablar. Al que se hace la *ilusion* de que es poeta y literato, y estos son los mas temibles, se cansará inútilmente el que quiera sacarle de su error. Sus versos son los mas selectos que se han hecho desde Homero acá: sus comedias van á producir una revolucion en nuestro teatro (aunque sea de silbidos), sus trabajos en prosa son lo mejor que se ha escrito. Y es imposible libertarse de oírle recitar los diez y siete últimos cantos de los cincuenta y cuatro y medio de un poema que ha compuesto titulado *el juicio final*, en que se imita el sonido de la trompeta, los alaridos de los condenados y las blasfemias de los diablos. Y no hay medio de no escuchar los tres primeros actos de los quince de que consta un horripilante drama con su prólogo, advertencia, intróito y epílogo, titulado *el cólera morbo*, en que se morirá hasta la poblacion donde se represente. Y finalmente, hay que elogiar unas seguidillas á las narices de cierta *ribeleadora* polkaute en Capella nes, que arden (las seguidillas por supuesto, no las narices) en un candil.

En cuanto á ese mundo de *ilusiones* en que viven los enamorados (por mas desengaños que sufran), las feas (aun mirándose mucho al espejo), las jamonas casquivanas (no obstante las traiciones de que sean victimas), los almiarados viejos (sin embargo de los chascos que se suelen llevar), esa multitud de conquistadores pollos (á pesar de las calabazas, *coups de pied*, y alguna otra caricia por el estilo que puedan recibir), los aficionados á la politica (aunque cada dia presencien una traicion), y finalmente los mineros (que suelen ver explotar... su bolsillo), es imposible decir una sola palabra que no sepa ya todo el mundo que los haya contemplado respirando en la embriagadora atmósfera de las *ilusiones*, creyéndose dos líneas distantes, á lo mas, de la suprema felicidad.

Por último, lectores, tales son y tantas las *ilusiones* que todos nos formamos en la vida, no obstante que dicen que estamos *materializados*, que para enumerarlas sería preciso escribir una obra mas larga que la necesaria para referir todos nuestros desaciertos políticos; pero acabaré aquí diciéndoos que vosotros en este instante os esta

haciendo la *ilusion* de que habeis leído un artículo, lo cual no os extrañará si os confiesa que tambien se la hace de que le ha escrito,

EL BARON DE ILLESCAS.

A CORINA.

En su día.

Corred, versillos míos,
corred en rápido vuelo,
y á mi gentil Corina
felicidad muy tiernos:

A la sin par zagala
que en los márgenes bellos
del Betis, siempre claro,
es de gracias modelo.

Llegad muy respetosos
á ofrecerla el incienso
de mi grata memoria,
de mi fino recuerdo.

Decidla, si afligida
la encontráreis sintiendo
de sobresalto llena
la ausencia de Fileno,

Que sus pesares temple,
que ausencia de un momento,
por breve no merece
anublar su contento;

Que su graciosa imagen
ocupa siempre el pecho
de aquel que por su dicha
hace votos al cielo;

Porque viva felice
sin penas y sin duelos,
cercada de placeres,
colmada de contentos.

Por último, decidle
con el suave acento
que cautiva las almas
sin inspirar recelos,

Que el tiempo no malogre,
que aproveche su tiempo
que es precioso, y no torne
hácia atrás ni un momento.

A TIRSA.

ROMANCE.

¿Por qué, Tirsa, tal desvío
á par del halago tierno?

¿Por qué tus ojos me dicen
lo que me calla tu acento?

¡Nunca por mi mal vinieras
á causar tantos desvelos
desde la ciudad de Alcides
donde fué tu sol primero!

Pues á la vez que tus gracias
han turbado mi sosiego,
no me es dado averiguar
si eres sensible á mi afecto.

La pasión que me inspiraste
mis tristes labios dijeron,
cuando humilde, respetoso,
te espliqué mi amor sincero.

No del rayo el fiero golpe
sigue tan veloz al trueno,
como al mirarte impasible
quedé absorto y sin aliento.

¡Qué indiferente me escuchas!
y no dando ni un acento
por respuesta á mi plegaria,
me dejas frío como el hielo.

Desesperado te escribo
un papel lleno de fuego,
sentido cual yo lo estaba,
sincero cual es mi afecto.

Cuatro vueltas ha descrito
después Febo al hemisferio,
y no á contestarme tú
has consagrado un momento.

Hazlo de cualquiera suerte
para calmar mi tormento;
moriré de amor si me amas;
si no me amas, de despecho.

M. C.

CLUB DE MADRES CELESTINAS.

Juntas estaban un día
en casa de Satanás
todas las viejas del mundo,
mas amargas que el agraz.
Sentóse en medio una dueña
con mas años que el andar,
per omnia secula humano
y ejemplo de eternidad;
y, juntando las narices
con la barba para hablar,
mostró una sima en la boca
que trascendía á alquitrán.
Sepades, dijo, vosotras,
las que venís á escuchar,
que si hoy orejon parezco
fui ayer hembra mortal;
que este melon, que atrevido
memento diciendo está,
llevó madejas de oro,
y en cada hebra un galán;
que estos lábios berengenas
fueron ayer de coral,
y era *et cetera* de mármol
lo que hoy es pasa no mas;
y que de tan nobles partes
y de tanta cualidad
al mirarme enamoróse
un gallardo hijo de Adán.
Me casé; y antes de un año,
por su bien ó por su mal,
llegué un bosque de tinteros
en su cabeza á plantar.
Con el sudor de su frente
ganó mi marido el pan:
ahora estará en el infierno,
¡guárdele Dios por allá!
A una doncellita errante
comencé luego á adiestrar
en curar bolsas hidrópicas
por no estar nunca de mas;
pero un maldonado *guro*
llegónos á avizorar,
á ella la valió el calcorro,
y á mí me perdió la edad.
Sacóme el sastre de culpas
del *banasto* á pasear,
poniéndome una camisa
que no se ha roto jamás.
Y despues de esto, temiendo
que el frio me hiciese mal,
me vistió un manto de plumas;
¡pague Dios su caridad!
Dijo la vieja, y callóse;
aplaudieron las demás;
y entre toses y moquitas
se marcharon á acostar.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

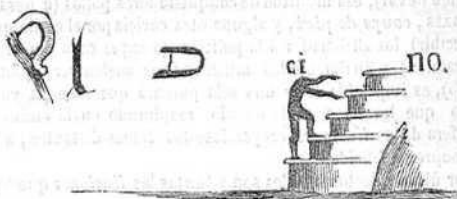
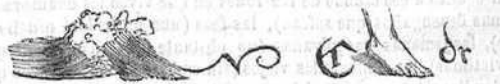
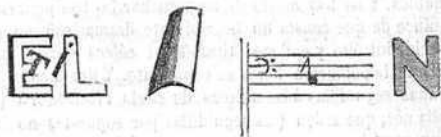
LETRILLA.

Que Camila encantadora
Diga al novio que le adora,
Quizás;
Que no adore mas Camila
Un pañuelo de Manila,
Jamás.
Que entienda bien Don Macario
Las cuentas de su rosario,
Quizás;

Mas que al manejar mis rentas
Traiga corrientes las cuentas,
Jamás.
Que ante los hombres Clotilde
Baje los ojos humilde,
Quizás;
Crear que de esto se infiere
Que la niña no los quiere,
Jamás.
Que taberneros oscuros
Fumen excelentes puros,
Quizás;
Mas lograr que los indinos
Nos vendan puros sus vinos,
Jamás.
Que exista algun comerciante
Que no sea petulante,
Quizás;
Que haya uno aqui ó en Malta
Que nos dé el peso sin falta,
Jamás.
Que haya jóvenes coquetas
Sin saber hacer calcetas,
Quizás;
Mas ver una solamente
Sin bailar perfectamente,
Jamás.
Que las criadas á gritos
Brinden por los señoritos,
Quizás;
Pero que las habladoras
Traten bien á las señoras,
Jamás.
Que cure un médico honrado
Gratis á un necesitado,
Quizás;
Pero creer que lo haga
Con el amor que al que paga,
Jamás.
Que las muchachas mejores
Se parezcan á las flores,
Quizás;
Negar que las mas divinas
Suelen clavar mas espinas,
Jamás.

V. MARTINEZ MULLER.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL EMPERADOR CARLOS V EN EL MONASTERIO DE YUSTE.

(CUADRO DE G. BERGMANN.)

G. Bergmann ha tomado por asunto de su cuadro la vida silenciosa á la que se había entregado Carlos V en el monasterio de Yuste. Sabido es que una anécdota refiere que el emperador, viendo frustrado su empeño dirigido á que cierto número de relojes anduviese con la mas cabal precision y puntualidad, exclamó: «¡Tanto me esforcé en sujetar á los hombres á una marcha uniforme, y hé aquí que ni aun me es dado fijar la de dos relojes!» Esta idea parece preocupar al soberano, sentado en su humilde aposento, asunto que el artista ha interpretado admirablemente con su excelente pincel. Hallaba Carlos V en traje negro y actitud de un hombre de ánimo abatido, sentado en un sillón de color de violeta, dejando caer la mano izquierda, mientras que en la derecha tiene una caja de reloj. La mirada que lanza de su rostro de perfecto parecido es vaga, expresando á la vez la secreta melancolía que alimentaba en su pecho. Sobre su derecha hay una chimenea, que deposita el reflejo de su luz sobre la parte inferior del cuerpo, y en último término vése la alcoba del emperador, cuya ventanita da á la iglesia. El anacronismo que envuelven los relojes que descuellan en retaguardia, consideramos completamente justificado, si tenemos en cuenta que las obras, aun de los mas aventajados maestros, adolecen de este defecto, si cabe, en grado todavía mas chocante. Con lo que en verdad no hemos podido familiarizarnos es con la eleccion del asunto que tan honda turbacion despierta en cualquiera que lo contemple: El rey de Hannover ha re-

compensado el talento y laboriosidad del pintor, comprando á un precio muy subido el cuadro, en ocasion de hallarse espuesto en su residencia.

EL ISTMO DE SUEZ.

Artículo dedicado á mi amigo D. Pablo Ortega Rey.

En el número 16 del SEMANARIO PINTORESCO del presente año, en un artículo titulado *El istmo de Suez y el de Panamá*, nos ocupamos principalmente del ferro-carril construido en este último punto: hoy nos proponemos hacer algunas observaciones relativamente al canal que se ha proyectado abrir á través del istmo de Suez, y cuyos trabajos segun noticias se han inaugurado ya á estas horas.

La tierra baja que comprende el istmo de Suez se estiende hácia el Oriente hasta la falda de las alturas en que se hallan colocadas Jerusalem y Nazareth, y hácia el Occidente, si exceptuamos algunos montecitos, puede decirse que se estiende al través del bajo Egipto hasta dentro del desierto de Sahara: aunque la naturaleza del terreno sea poco variada, la de sus productos y vegetacion lo es mucho. Primeramente la Palestina la constituye una rica llanura donde brotan en abundancia los olivos, los naranjos, las palmeras, y las higueras

27 DE MAYO DE 1853.

de Berbería, etc. hasta Gaza, y aun hasta Cantionis. A partir de este punto, el terreno comienza á presentar montañuelas y areniscos hasta cerca de El-Ariche: allí el país viene á ser una mezcolanza de colinas y llanuras, entrecortadas de dunas que producen una escasa vegetación. El camino desaparece á menudo bajo las arenas movedizas. Desde El-Ariche, que forma límite entre Asia y Africa, hasta el Delta ya no se vuelve á encontrar terreno cultivable; en todas direcciones no se distinguen mas que areniscos y malezas. Si se recorre ese desierto, á largos intervalos se encuentran pantanos que parecen estar mas bajos que el nivel del mar; el agua llega allí por infiltración, evapórase bajo la acción ardiente del sol, dejando cubierto el suelo de cortezas salitrosas, que reflejan los rayos del sol á lo lejos. Otros pantanos hay de arenas menos húmedas en cuyo fondo crecen palmeras, las que solo se distinguen cuando se llega al borde mismo de dichos pantanos. Acercándose uno al lago Ballah, que no es otra cosa, por decirlo así, que un hundimiento causado por el mar Mediterráneo que se extiende hasta una tercera parte de la anchura del istmo enfrente de Suez, los montecillos de arena aparecen muy variados: tan lleno de accidentes está el camino, que se hace preciso á veces dar grandes rodeos á fin de hallar senderos por donde puedan transitar los camellos en que se acostumbra viajar por allí. Entre el lago de Ballah y Suez, en la travesía mas corta del istmo, encuéntrase una humillación ó depresión del terreno entrecortado de pantanos y areniscos cubiertos con capas de salitre como las anteriormente indicadas: dichos pantanos, asaz abundantes en aquel punto, son conocidos con el nombre de Lagunas Amargas: en esta depresión es en donde intentan abrir el canal de comunicación entre ambos mares, viniendo á terminar en el puerto de Suez: como la poca profundidad de las aguas de dicho puerto no permite fondear en él los buques de alto bordo, será preciso practicar el canal abundándolo hasta dentro de la misma rada en que han de anclar los barcos. Si se prosigue por el lado del Delta, entonces los areniscos desaparecen gradualmente para dejar lugar al mas fértil llano del mundo.

Varias nivelaciones se han efectuado con objeto de la abertura del istmo de Suez. La primera, que fué practicada por los ingenieros agregados á la expedición de Egipto, da por resultado en el Mediterráneo una profundidad de 10 metros mas baja que el mar Rojo. La nivelación mas recientemente verificada por los ingenieros franceses encargados de las obras públicas en Egipto, bajo la dirección de M. Linant-bey, da por resultado una diferencia muy pequeña, ó demuestra mas bien el nivel de esos dos mares. En vista de esta contradicción, es natural buscar el modo de averiguar de parte de quién está el error. Según el informe publicado sobre este asunto por el ingeniero Le Pére, en su descripción del Egipto, el declive de la inundación entre el Cairo y el Mediterráneo es de 40 pies. Suponiendo regular dicha pendiente, la altura de la inundación en el lugar donde se introduce por el antiguo canal á Abbaceh, estaría 20 pies mas bajo que en el Cairo, estando dicho punto aproximadamente á una distancia intermedia del Mediterráneo ó del lago Menzaleh que guarda casi el mismo nivel; pero la inclinación del terreno entre el Cairo y Abbaceh no es solo de 20 pies, sino de 25, mientras que lo es tan solo de cuatro en la embocadura del mar: en efecto, esa mas rápida pendiente en la parte superior del Delta está puesta en razón, porque el agua, así como el suelo que ha formado al salir del estrecho valle del Nilo, debe precipitarse con mayor rapidez á medida que se ensanche mas su desembocadura perdiendo súbitamente su acción los canales.

En la relación de que llevamos hecha mención, el nivel de la baja mar en Suez resulta ser de 14 pies, 7^o inferior á la inundación en el Cairo; luego sería de 6 á 8 grados superior á esa misma inundación á la entrada del canal en Abbaceh. No obstante, veamos siempre con presencia del informe en cuestión lo que ha demostrado el resultado de la inundación. «El dique de Ras-El-Ouad, que formaba la entrada del canal, habiendo sido roto, llegó el agua rápidamente hasta Santon Cheykh Yienady (ó Elnédi), que dista solo sobre doce leguas del fondo del golfo Arábigo.» «Sin embargo, según la nivelación, dicho punto sería tan elevado como la alta mar en Suez, es decir, muy superior á la inundación en el sitio por donde penetra en las lagunas Amargas, y como quiera que debía elevarse mas todavía quedamos persuadidos que deberán de haber alcanzado el recinto mismo de las lagunas.»

Hé aquí otra observación que acusa también una pendiente hacia Suez. «Es muy probable que la afluencia periódica de las crecidas del Nilo en el seno de las lagunas Amargas por el Ouady ha debido formar y entretener una corriente en dirección del canal, y esta plausible aserción explica las pequeñas inflexiones, para las que no se hallan por otra parte razones suficientes, atendido el estado geológico del terreno.»

Ahora bien: si la experiencia señala sobre toda la longitud una corriente poseyendo á veces estremada velocidad, resultado de una declinación considerable desde la embocadura del Ouady hacia Suez, es evidente, teniendo en cuenta la altura de la inundación sobre el pri-

mer punto, que no puede haber una pendiente contraria de 20 pies entre esos dos puntos, como indica la nivelación. Por otra parte, parece muy plausible que el desarrollo de ese declive desde la entrada del Ouady hacia Suez, con corrientes rapidísimas, deben conducir las aguas á un punto tan bajo por lo menos como hacia el Mediterráneo, donde el desarrollo es mas largo, y no tiene sino la pendiente suave de un gran río como el Nilo.

Por lo que llevamos manifestado se deduce que el error aparece existir en el primer nivelamiento, error fácil de concebirse en las circunstancias difíciles que acompañaron dicho trabajo.

Para realizar la abertura del istmo siguiendo las lagunas Amargas, Timshah y Ballah, terminando en el Mediterráneo en vez del Nilo, cerca de Bubaste, como el antiguo canal, casi no tendrían sino un canal que practicar.

En la travesía de las lagunas Amargas se trataría únicamente de colocar las aguas de un modo permanente.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre los hechos históricos que hacen referencia al antiguo canal. Se atribuye la ejecución de dicho canal á Tóris ó á Necos. Strabon cree que fué construido por Sesostris ó Sésac según la Escritura; pero M. Huet, obispo de Avranches, opina con mayor fundamento que este último no hizo sino componerle abundándole mas. Otros atribuyen dicha obra á su hijo ó nieto (probablemente todos tengan razón, porque dicho canal debe de haber necesitado frecuentes reparaciones). Según otra tradición árabe, ese canal aparece remontarse á los tiempos de Abraham: sea de ello lo que fuere, por ahies por donde debió de pasar la flota de Salomón para dirigirse desde el mar Rojo al Mediterráneo, así como Menelao después de la destrucción de Troya para ir á Ethiopia. Sin embargo, encontrándose interceptado nuevamente, Cleópatra se vió obligada á grandes espensas á mandar construir máquinas que trasportasen su flota por tierra. Mas adelante el emperador Trajano hizo también reparar ese canal, y le puso su nombre como anteriormente á él lo había hecho Ptolomeo. El califa Omar hacia la última época del reinado de Heráclio dió el encargo á Amrou, hijo de Asius, de volver á abrir el canal obstruido por los areniscos. El califa Hake y otros después lo hicieron asimismo componer.

Si se fija la consideración en esas intermitencias de navegación en los tiempos mas remotos, así como en las sucesivas reparaciones mencionadas, mirándolas como hechos importantes, y si se reflexiona en fin en el total abandono de dicho canal; si por otra parte nos atenemos á la naturaleza arenosa del desierto del istmo de Suez, á sus montes de arena movediza á merced de los impetuosos vientos, cuyo poder está perfectamente justificado por la posición que ocupa el istmo entre mares, desiertos abrasadores y terrenos alternativamente ardientes y húmedos; por último, si se repara en que las aguas del antiguo canal poseían en todo una favorable corriente en la desembocadura, que no tendría el canal de ambos mares, ¿no parece evidente que la principal dificultad que se opone á la abertura del istmo de Suez, no ha de provenir de la diferencia del nivel de los mares, cuya libre comunicación habrá podido hacer temer la sumersión de los puertos del Mediterráneo, pero si mas bien la dificultad del entretenimiento de dicho canal en medio de semejante país, en que según varios geólogos los vientos impetuosos del Este por sí solos parecen haber formado el mismo istmo acumulando las arenas de la Arabia en el brazo de mar preexistente?

A pesar de todo lo espuesto, hay que advertir que, en ciertos puntos como en las lagunas Amargas, esas capas de arena no se producen sino muy paulatinamente, y que con los poderosos auxilios con que cuenta la ciencia hoy día las dificultades podrán allanarse mucho mas fácilmente que en los tiempos pasados de la antigüedad.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 9 de mayo de 1853.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO QUINTO.

Vamos analizando en la serie de artículos que bajo el epígrafe que los encabeza nos hemos propuesto escribir, los sentimientos é ideas que forman el fondo de la literatura de los provenzales. En su día examinaremos cumplidamente la forma. Mas al hablar de estos sentimientos en una manifestación especial y determinada, nos ha sido preciso para establecer la ilación necesaria, extender el círculo de nuestras investigaciones, y pasar de lo particular á lo general, de la práctica á la teoría, del hecho á la idea que lo motiva. De aquí el haber

abierto el último artículo con la teoría general de las dos clases de literaturas que reconocemos todos: la literatura vulgar y la literatura erudita; ó de otro modo, la romántica y la clásica. Dejamos consignado en este artículo que en el arte provenzal se encuentran esas dos clases de manifestaciones en que se funda la división que hacemos de las literaturas, porque es un arte completo en sus condiciones de existencia, é indicamos que la manifestación erudita no debe á nadie el conjunto de ideas que la constituyen, sino que nace de sí misma, tiene propia existencia por esa multitud de causas que concurren en la formación de toda literatura. Causas que no es del momento enumerar una á una, que iremos esponiendo en el curso de este estudio, y algunas de las cuales, como las físicas, de clima y topografía, hemos apuntado ya. Nosotros hemos dicho: la manifestación erudita de la literatura provenzal, en los trovadores, no participa en nada de la manifestación erudita de la literatura árabe: nada ha tomado aquella de esta: solo ha tenido la última vaga y lejana noticia de la existencia de la primera: ambas se parecen, como se parecen unas á otras todas las literaturas, como un hombre se parece á otro, por ciertos rasgos generales que están en la naturaleza humana de ambos: de eso á su identidad hay larguísima distancia. ¿Es esto cierto? Tal nos parece. Veámoslo. Los que asientan que la literatura árabe-española es madre de la literatura provenzal, fundándose para ello en la sucesión del tiempo, en que la una nace antes que la otra, y que esta hereda como es natural de aquella, como dicen que heredó la romana de la griega, suponen que camina el espíritu humano como las cabras de Sancho, unas tras otras. Admitido esto, se ofrece desde luego á los críticos literarios la ocasión de remontarse hasta el Paraíso terrenal para indagar el origen de cualquiera literatura. Razon á la verdad peregrina para explicar los orígenes de las cosas.

En España, antes que la literatura española, existe en el orden cronológico la literatura hispano-romana: luego la literatura española es hija de la latina: Séneca y Calderón, Marcial y Quevedo son hermanos carnales. En el imperio musulmán español existe una literatura, por cierto muy brillante y digna de ser tenida en cuenta por nosotros sus descendientes, como existe otra literatura en el imperio musulmán de Oriente con igual carácter en los siglos VIII, IX, X y XI. ¿Pero y qué tiene que ver esto con la literatura provenzal? Nada, absolutamente nada. ¿Y por qué? ¡Ah! Esa es precisamente la cuestión. Aquí nos toca decir aquello de la Sibila de Cumas:

*Sed revocare gradum, superasque evadere ad auras
Hoc opus, hic labor est.*

En responder satisfactoriamente á esta pregunta está el *busilis*, el *quid* de la dificultad, el nudo gordiano que es preciso deshacer y no cortar. Entre mil pruebas extrínsecas, y por decirlo así objetivas y sensibles, y entre las que figuran en primer término las pruebas históricas, tema del actual y siguiente artículo, se nos ocurre una especial, sacada de la materia misma que nos ocupa, prueba intrínseca como dicen los retóricos, y que nos atreveremos á calificar de original, por no haberla ni visto ni oído en parte alguna. Quien haya analizado con algún detenimiento los elementos subjetivos que entran en la formación de la literatura árabe, y en general en todas las literaturas orientales, habrá descubierto al pronto que el sentimiento y la imaginación son las fuentes naturales y casi exclusivas de las creaciones que se manifiestan en estas literaturas.

Esas manifestaciones diversas, aunque análogas y unidas entre sí por un lazo común del entendimiento humano; esas múltiples ramificaciones que parten del tronco de nuestra alma y revelan de mil modos su existencia; eso que nosotros llamamos alternativamente inteligencia, razón, juicio, gusto, fuerza de concepción etc., etc., suele echarse de menos en las literaturas de que hablamos. Nada de particular tiene esto, si se considera que de todas las facultades de nuestra alma, la sensibilidad admite mas pronto y fácil desarrollo, y si se atiende que en los países de gran vida y vejetación, cuales son los países orientales, las cosas morales é intelectuales se desarrollan á compás de las físicas, merced á una serie de causas topográficas, que no hay para qué enumerar, y que no solo activan y aceleran este desarrollo, sino que lo precipitan y arrebatan.

Se dice, y con verdad, que tienen en Oriente los árboles y las plantas elevadísima y frágil estatura, y que el brillo de las flores es temprano y deslumbrador, aunque artificial y rápido; y se dice tambien que bajo un cielo siempre puro y un sol siempre fecundo y vivificador los hombres nacen todos poetas y todos ricos de sentimientos é imaginación. La vida de unos y otros es corta, aunque hermosa y brillante; es el tránsito del meteorito durante una noche de tempestad. Mas esa elevada y temprana estatura de los árboles y de las plantas, ese brillo artificial y rápido de las flores, ese crecer arrebatado del entendimiento humano, son señales inequívocas de debilidad é impotencia. Una elevada estatura es seguro indicio de debilidad intelectual.

Y en verdad que si. El precipitado desarrollo de la inteligencia

humana, análogo en Oriente al de los seres físicos, se convierte todo y desde luego en una fuerza especial, la fuerza del sentimiento; fuerza que fecunda la imaginación y la desarrolla á su vez, y que concentra y absorbe en sí todas las demás del hombre. Mas esta fuerza, que no es otra que la poética, comparada con la que resulta de la unión de las demás fuerzas intelectuales que acabamos de enumerar, y cuya acción apenas se nota en las literaturas orientales, mas que fuerza real y efectiva, es impotencia manifiesta, señalada debilidad. La robustez de una concepción humana, sea cual fuere, depende del justo equilibrio de las fuerzas que la producen: y por consiguiente, cuando este equilibrio está roto, todo lo que una de ellas se lleva, es en perjuicio de la otra, y nunca podrá contrarrestar la que quede en disminución á la que reciba el aumento. Nunca por lo tanto podrá influir la fuerza vencida sobre la vencedora. Esto mismo há lugar en las literaturas de Oriente. En ellas nunca se encuentra ese equilibrio necesario de las fuerzas, y si se halla con lamentable frecuencia el predominio de una sola, de la imaginación, que ya hemos dicho originada por una excrecencia de sentimiento.

Y si esto es cierto; si nosotros no nos negamos á reconocer que en el orden físico como en el moral é intelectual, un temprano é injustificado desarrollo es indicio de debilidad de existencia y presagio de muerte; si lo es tambien que las manifestaciones de semejante desarrollo, aunque ricas y esplendorosas, serán frágiles, impotentes y enfermizas, ¿cómo pretender que estas manifestaciones efímeras, cual relámpago que cruza el horizonte, ejerzan su acción, ora próxima, ora lejana, sobre otras manifestaciones del espíritu humano? ¿Cómo pretender que una fuerza intelectual sola, aislada, independiente, cual es en estas literaturas la fuerza del sentimiento individual, de la imaginación fecunda, pero libre, caprichosa, fantástica; cómo pretender que esta fuerza obre sobre ajenas mentes de un modo tan sostenido y eficaz como la fuerza, por decirlo así, resultante de la concentración en una sola de las demás fuerzas intelectuales? ¿Una literatura que nace en un suelo especial como todas las literaturas, que vive como las plantas de la sávia que este encierra en su seno, que aspira su aire y bebe su luz, y crece y se desarrolla con los rayos de su sol, ó opaco ó brillante, y que además tiene tal carácter de sucesión rápida, insegura y vacilante, que no le permite dar á sus producciones el tiempo de aclararse, de purificarse al crisol de la crítica y constituir un cuerpo de doctrina; una literatura que camina caprichosa á merced del primer viento sentimental que sopla, del primer vuelo que toma una imaginación fecunda sí, pero libre y desenfrenada; que corre ligera y esbelta como la gacela que vaga por el desierto, y se pierde en los mil enredos de un inmenso laberinto, y nunca se posa para descansar; una literatura que tan voluble y coqueta existencia atraviesa; que forma su miel de las variadas flores que ornan su pensil, ¿qué influencia puede ejercer sobre cualquier otra literatura? Ninguna. Su misma rapidez de sucesión, su misma variedad de movimientos, hará sí que cree géneros nuevos y análogos á su carácter é inclinaciones, y especialmente al desarrollo limitado que en ella adquiere la inteligencia; por ejemplo, la anécdota, el cuento, la parábola, la fábula ó apólogo etc., etc. Y la natural tendencia que tiene el hombre á servirse de ajenos como de propios elementos para su trabajo de progresión intelectual, hará tambien que procure asimilarse por medio de la imitación. Pero de esto á decir que esa literatura tiene fuerza y virtud bastante para influir sobre otra y estamparse en ella como sobre una piedra litográfica hay gran de, inmensa distancia que nosotros no queremos salvar.

Y esta es precisamente la inmensa distancia racional y filosófica que salvan los que arbitrariamente aseguran que en la literatura provenzal, como en tersa luna veneciana, se refleja limpia y hermosa la brillante imagen de la literatura de los árabes. Nosotros antes que se nos escabulliese en medio de las mil ideas que en apoyo de nuestra opinion, contraria á toda influencia y reflejo recíprocos de las literaturas, bullen en nuestra mente, hemos querido apuntar esta y dejarla terminantemente consignada. En caso de admitir influencias, cosa á la cual no nos hallamos de ningún modo inclinados, no sería seguramente la de la literatura oriental la que nosotros admitiríamos.

Pasemos ahora á las razones puramente históricas. Fijémonos, que ya es tiempo, en el imperio musulmítico español. Veamos cuál es su estado político, cuál su estado literario, cuál su estado moral, y sobre todo establezcamos fechas, deslindemos los tiempos, aclaremos las circunstancias, y procuremos indagar si existen, como se ha supuesto, entre los árabes de España y los trovadores de Provenza esa serie de relaciones íntimas y continuadas, origen de las influencias literarias de los primeros sobre los segundos. Dos fases ó periodos distintos nos ofrece la literatura árabe-española. Hállase comprendida la primera faz entre Abderraman I, preclaro fundador de la dinastía Bem-Omeya en el suelo de Andalucía, y el ilustre Almanzor, en el verdadero califa decayente imperio de Hixem III. Y corren los sucesos que abraza

este período entre los años 736 y 1002. El tiempo que media entre 1246 y 1492, es decir, entre la fundación del reino de Granada por la reunión en uno solo de los restos dispersos del imperio musulmán, y la toma de esta ciudad por los reyes católicos, constituye el segundo período de la literatura hispano-árabe, que llamaremos literatura árabe-granadina, como pudiéramos llamar a la otra literatura árabe-cordovesa.

Hixem I, Abderraman II, Abderraman III el grande, Alhaken II, y el bizarro Almanzor, descendientes todos menos el ministro de Hixem III de la gloriosa dinastía de los Omíyades de Oriente, que había dado catorce califas al imperio, son los príncipes cuya gran significación moral, religiosa, política, y literaria, y artista constituye y resume en sí la civilización hispano-musulmana.

Cómo se desarrolla esta civilización, con qué elementos y cuál es en particular el estado de las letras árabes bajo los reinados de los príncipes cuya dinastía Beni-Omeya se extiende al través de los siglos VIII, IX, X y primeros años del siglo XI, es lo que diremos después. Lo que ahora nos importa dejar sentado es, que mal podían existir esas pretendidas relaciones internacionales entre dos países asaz distantes uno de otro, y en los malos siglos de la edad media, en esos penosos y difíciles siglos que la historia ha calificado de siglos de hierro. Nosotros convenimos en que si hubiese habido en aquella época telégrafos aereo-eléctricos, podían haberse mutuamente comunicado estos pueblos sus recíprocas ideas. Mas no existiendo por desgracia tan fácil medio de comunicar simpatías y antipatías internacionales, claro es que cada uno de ambos pueblos debió permanecer tranquilo en sus hogares: y la importancia de esta observación sube de punto considerando, por medio de la historia, cuán malos eran los tiempos que a la sazón corrían para provenzales y españoles cristianos, que no hallaban a la sazón otra acogida por parte del desapiadado musulmán que la poca benévola que les hacía la cimitarra pendiente a su cintura.

Esto lo decimos nosotros por primera vez, y deseamos que se tenga muy en cuenta para lo sucesivo: resuelve de un golpe la cuestión de las influencias internacionales. Mas nos cansamos en valde, y perdemos, como decirse suele, pólvora en salvas. ¿Son coetáneas ambas literaturas en su primer período? No seguramente.

Indica Mr. Raynouard, y las palabras de este sabio crítico frances nos merecen el concepto de evangélicas, menos en lo que se refiere a nosotros los españoles, que el primer indicio científico, el primer monumento escrito de la literatura provenzal, es un poema que lleva la fecha de los primeros días del siglo XI, del año 1001. Ningún documento anterior a este poema se nos aparece en la literatura de que hablamos.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XI.

LOS MONJES DE MATAALLANA.

Bueno será que a fuer de discretos, nos abstenamos por ahora de seguir la pista a nuestros dos personajes, y que deslizándonos por los vientos, a falta de Hipógrifos y Pegasos, vayamos a dar con el cuerpo y alma de los que seguimos quisieran al fin de un solitario vallecito, en la confluencia de las vertientes de unas humildes colinas, parte de las cuales forman la cordillera de alcóres, que corta este país de E. a O. y que desciende con flexibles ondulaciones desde las elevadas campiñas de Villalva y Montealegre. Una vez asentada la planta en aquella silenciosa pradería salpicada de morales é higueras, con sendos grupos de negrillos, fresnos y otros árboles silvestres, entre cuyos confusos intervalos serpea un sasegado riachuelo, cuyo nombre de seguro no conocerían Estrabon ni Ptolomeo, besando con sus abandonadas liras cierto pórtico de góticas apariencias; una vez aquí, repetimos, nada mas fácil que sentarnos a descansar al pie de unos altos y berroqueños muros, en tanto que sonoras y no distantes campanas hacen oír el tañido de la oración por los penados del Purgatorio. El sitio tiene algo de agreste y misterioso. Las sombras de la noche le prestan con su incompleta oscuridad cierta perspectiva de vaga y poderosa impresión. Allí no se experimenta el terror del desierto, ni la pavora de

peligro. Tiene aquella soledad una influencia íntima y dulcemente severa, que infunde al par respeto y confianza, que hace una mezcla de pavor en los sentidos y de sentimiento en el ánimo. Luego esos acentos tan sentidos y profundos del acompasado bronce, que parecen evocados del fondo de las tinieblas, y que espiran en los aires como un lamento incomprensible de la soledad, contribuyen a crear en la conmovida fantasía esas imágenes de vapor y arcano, que aprendemos con los cuentos de la niñez, que nunca mas se borran del espíritu, y que al impulso del sentimiento toman múltiples formas en nuestras horas de abandono é idealidad.

A poco que el viajero sentado sobre el marchito césped se hubiera entregado a esta ó semejante contemplación, según la mas ó menos poesía de su espíritu y la mayor ó menor delicadeza de su organización para las impresiones, habría salido del arrobamiento al ruido que por una de las sendas venían haciendo los impacientes pasos de poderosa mula, en cuyos lomos caballero se contoneaba un reverendo padre de la inclita y cisterciense orden, si no miente la visual. Calado hasta las cejas el espacioso capuz, y envuelto en su ancha y lúpida hopalanda, no tardó en llegar a la maciza y terrada barrera del pórtico, anunciado por el rumor desapacible que su bestia levantaba al sentar el vigoroso callo sobre las hojas secas que entapizaban el valle cual móvil y tristísimo sudario de la naturaleza inerte y desolada. Dos ó tres palabras articuladas en determinado sitio de la puerta y con tono muy bajo y esquivo fueron la fuerza mágica que franqueó aquel encantado rastrillo, que se volvió a cerrar sin ruido ni violencia detrás del recién llegado. El observador habrá creído probablemente que esto no es de todo punto natural, y que quien así llega y se anuncia y se introduce es algo menos que dueño de aquella sombría morada y algo mas que huésped de su incógnito propietario y habitador.

Y cuando vea por distinta vereda entrar en el valle otro hijo de San Bernardo, ginele en un bien trazado morcillo, cuyas inflamadas narices y descompuesto trote anuncian que no ha caminado á espacio ni á placer, cuando le vea junto al postigo del riachuelo contener el ardiente aire de su cabalgadura; cuando le oiga murmurar iguales sonidos, y le mire representar idéntica pantomima, y le perciba entrar como el anterior... entonces podrá bien ser que nuestro caminante crea que aquel vasto edificio es un convento, y que aquellos frailes son hermanos en Cristo que acaso salieran sin el *benedicite* del intolérable prelado, y tornan sin ser vistos ni oídos a la hora del simpático y edificante *de profundis*.

Algun escorzo pudiera moverse en la mente del observador, alguna duda dejar en su conciencia contra el último ginele, la circunstancia del resuelto y airoso jaco, y una cosa á modo de prolija espada que imaginó ver asomar por bajo del espeso y flotante ropaje. Sin embargo, los tiempos corrían tan trocados y azarosos, que bien podía el monje trocar la pausada mula por el animoso corcéb y llevar consigo en vez de bendiciones para conjurar los malos, una buena pieza de Toledo, con que defender la salud del cuerpo, para no arriesgar la del alma en algún mal encuentro con diablos de carne y hueso, de espadarga y ballestón.

Aun con esta benévola interpretación hubiera podido pasar el caso por bueno y santo, si por uno de los ángulos de la cerca no desembocase otra sombra del mismo talante y monástica decoración, mas con la inocente diferencia de que al volver la brida con demasiada rapidez, murmuró un «cuerpo de Dios!» lleno de bizarro desembarazo, sin duda porque su formidable petro puso mal una mano, y le hizo rozar contra el esquinazo la siniestra rótula, que halló demasiado dura la sillería puesta en contacto de su no reducida humanidad.

Esta inacabable sarta de nocturnos viandantes era para dar fondo á la paciencia mas copiosa. Nuestro amigo, que no la tenía muy evangélica, echó al traste lo poco que restaba de ella, y pidiendo á Mariblanca su poderoso auxilio, se halló como llovida del cielo una estupenda cogulla, debida sin duda á la protección y blando pecho de la Proto-bruja de Barahona y del Naranjal. Calóse al punto aquel vestisimo receptáculo de anascote, y acercándose á la imponente puerta, se halló á tiempo de oír las misteriosas frases que domeñaban al desconocido Cerbero, pronunciadas por el prójimo del juramento, con mas entonación y menor cautela de las que parecía requerir el caso. «*Abatiré á los soberbios y ensalzare á los humildes*,» dejó articular el ahijado de la archi-maga en mediano latín, y después á poco rato y en castizo romance: «*Padilla y Giron por Castilla y Leon*.» Y el mal humorado platicante desapareció con ímpetu por bajo del cancel, sin cuidarse siquiera de volver la vista en torno de sí.

Ahora pues, nosotros tambien tomaremos el hábito de Claraval, y á la par de nuestro viajero llegaremos al dintel y pronunciaremos con voz grave y semi-tónica: «*Abatiré á los soberbios, y ensalzare á los humildes*.» Y como de la parte interna nos responde un acento pausado y confuso «*Padilla y Giron*...» concluimos la frase inmediatamente «*por Castilla y Leon*.» El postigo cede; un fraile nos pone un puñal al pecho, y busca á la luz de una linterna sorda en nuestro ca-

pisayo cierto signo que la protectora bruja venturosamente había curado de colocar en él.—Y hétenos aquí ya dentro de un anchuroso patio sombrío y silencioso, circuido de altas paredes, en una de las cuales el débil resplandor de confusa lámpara determina cierta poterna ojival, sobre la que desemboca un estrecho y dilatado pasadizo. Entraremos en él como único punto de dirección, y á su dudoso término hallaremos mezquina escalera, que ascendiendo en incómodos tramos, evacua sobre elevada meseta. Allí dos encapuchados hermanos vendan nuestros ojos, y por la mano con mil curvas y rombóides condúcennos, sin decir esta boca es mía y á su entera disposición y albedrío. Por fin arrancan la tupida venda, y encontramos ante nosotros una excelente cámara, que desde el punto dejó percibir la opulencia y refinamiento monacal. Sorprendidos del espectáculo nos acurrucamos entre un alfeizar cubierto de rica tapicería flamenco, y desde aquí observaremos lo que pasa y ha de pasar en la escena, que la suerte entrega á nuestra curiosidad, puesto que no nos tocó, ni deseamos en ella mas aventajado papel.

—¡Cómo que tardan D. Pedro Lasso, Alonso de Vera y el personero D. Pedro Giron!

Estas fueron las primeras palabras que escuchamos desde nuestro observatorio, y fueron pronunciadas por uno de los encogullados que ocupaban la estancia, y que no tenía grandes trazas de monástico y arrependido siervo.

—Aun no hace media hora que sonaron las ánimas, y no hay por qué impacientarse, caballero Avalos.

Tal fué la respuesta de un anciano religioso, que sentado tranquilamente á una maciza mesa, hojeaba unos mamotrete que por ella estaban entre otros varios esparcidos.

—Sin embargo, repuso cierto mozo de bizarro mostacho y fulminante mirada; todo puede temerse de un momento á otro en estos turbados días, reverendo y carísimo padre abad.

—Tened confianza en el Dios que protege las buenas causas, señor de Padilla, y recordad que la nuestra está escrita en el cielo y sellada con la cruz.

—No olvideis empero que estamos muy cerca del almirante, y que suelen sus corredores merodear por estos pueblos. ¡Sería donoso que nuestros amigos hubiesen venido á dar con algunos de esos bandidos con patente imperial!

Quien con tanto enfado se explicaba era sin duda el Hércules caballero del potro cuatralbo, que con tanto gracejo se daba al diablo en su arribo á las cercas del monasterio.

El almirante se dará por muy servido en que le dejemos rezar kiries y pater noster.

—Y maquinan como un energúmeno, querido Hernando, repuso el bizarro jóven, á quien con tanto miramiento habló antes el abad. No conocéis á ese viejo, con piel de cordero y corazón de tigre.

—Yo mas bien le miro como un enorme zorro, con uñas de cernícalo y plumas de avestruz.

Unisona y espontánea carcajada siguió á esta pintoresca descripción en casi todos los que allí departían variados y ardientes coloquios. El abad, no obstante, mantúvose cuando menos indiferente.

Y Padilla tampoco se manifestó susceptible á la jovialidad de sus alegres y poco aprensivos compañeros.

Aproximóse á la mesa del prelado y entabló con él particular y grave diálogo.

A su vez los mas jóvenes de aquel misterioso ayuntamiento hicieron círculo, como si estuviesen en el mas festivo y seguro estrado.

—Oyes, Guzman, decía uno de ellos con malicioso donaire, ¿sabes que si tiras por la iglesia tienes talante de episcopar?...

—¡Sándiol! ¿no ves que la espada se le está escapando por bajo de los sayales, y que aquella enlutada niña no ha nacido para velar su talle con el adusto y tenebroso monjil?

—Sí, sí... andaos con escrúpulos de beato asustadizo, amigo Montoya!... Como si no hubiera capisayos ceñidos con tahall y hopalandas que se apropinúan á los biales profanos con mas énfasis que á las gradas del fasciol!...

—¡Ya escampa, y diluvian guijarros!... Tengo de recomendaros, amados mancebos, al M. R. obispo Rojas, y al no menos edificante Fr. Antonio para la primera plaza vacante en el potro del Santo Oficio.

—¡Hola... hola!... ¿También tú sabes algun capítulo de la crónica del Venerable?

—No mucho; pero lo bastante para escribir unas endechas que le hagan conocido y honrado desde la frente hasta los pechos.

—Diz que el padrecito es travieso y quebradizo, y que no tiene todo lo de San Antonio.

—¡Bah!... En punto á tentaciones puede dar quince y raya al santo anacoreta.

—¡Pobre almirante! El siempre espiritándose en ternezas con los hijos del serafico, mientras el amado siervo... pero me olvidaba del abad, que si me oye, me echa una paulina á candelá encendida.

—En esa parte creo que el astuto coronista de las imperiales fechorías gasta la pólvora en salvas.

—Por supuesto. Doña Ana prefiere los mostachos y las botas de cuero al cerquillo y las sandalias.

—Hay quien opina no ha olvidado ciertos y muy históricos amores de sus primeras mocedades.

—¡Qué sé yo!... El frailecito es mozo de punta... y Dios nos libre...

—Cuando te digo, Montoya, que la condesa tiene mas que pensar que en los anfibios galanteos de su paternidad... Solamente una vez lo he visto: pero desde luego afirmo que hay algo extraordinario y misterioso en aquella mujer.

—Se cuentan de ella tantas y tan singulares circunstancias!...

—Hay alguien que intenta punto menos que canonizarla en vida.

—Sí... reza el calvario, y se confiesa por semana, y funda conventos á destajo... mas el hábito no hace al monje.

—Otros en cambio la miran como una especie de Sibila, como un ser incomprensible, cual sombra perdida entre una atmósfera de misterio y de vapor sombrío y desconocido.

—Ciertamente: hay en su belleza cierto sello extraño, cierto colorido que no es comun en el mundo, y que inspira un no sé qué en el alma semejante al influjo de fatídica fascinación.

—Nuestro amigo D. Pedro pudiera decirnos algo sobre el particular.

—Más acaso de lo que él hubiera podido apetecer. ¡Pobre duque!...

—Por cierto que ya es raro no se halle entre nosotros!

—En Tordehumos permanecía hoy.

—Bien: de allí á Matallana son cuatro leguas de páramo; y D. Pedro tiene buenos caballos y mejores espuelas.

—Y un génio como el relámpago.

—Debiera pues estar aquí.

—Su ausencia es una circunstancia de gravedad.

—Descuidemos. No dejará de haber á todo trance razon suya por mal ó por bien.

La puerta de la estancia se abrió rápidamente, y apareció tras el tapiz, descorrido por vigorosa mano, un caballero armado en cuyo pecho se ostenta el blasonado escudo de Giron.

Todos los circunstancias se fijaron en el recién llegado.

—¡El conde!... exclamaron Padilla y Fr. Pablo, con uniforme movimiento.

—¡El conde de Urueñal!... repitieron á coro los demás interlocutores.

Esta aparición parecía la respuesta á la profética frase que aun susurraba por las bóvedas de la celda.

—El conde!... repitió el anciano, y se adelantó con paso firme y noble continente hasta el centro de la cámara.

El reloj del monasterio marcó la media noche con lentas y pavorosas campanadas.

(Continuará.)

EL AMOR.

DIFERENTES MANERAS DE CONSIDERARLO.

Hay quien llama al amor río
que corre apaciblemente,
y hay quien le llama torrente
como los mares bravo.
Si uno demonio le nombra,
otro le llama ángel bueno;
si este lo compara al cieno,
aquel de Dios á la sombra.
Y es al fin el tierno amor,
ángel, demonio, luz, cielo,
fuente, perla, mar, consuelo,
llanto, aroma, brisa, flor.
Mukafikit khaghjojji!hmkt. --Poeta
ruso de gran nombrada.

¡Oh tú, tierno amor, niño mimado de los dioses, hijo de la reina de la hermosura, señor despótico del universo, nieto de la espuma del mar, héroe forzoso de todo poema, tema obligado de toda conversacion entre jóvenes, condicion precisa de los enredos, situaciones y desenlaces cómicos y dramáticos! ¡Oh tú, en cuyos altares está continuamente quemando incienso y depositando ricas ofrendas la mas bella mitad del género humano! perdóname si en este momento me atrevo á hablarte sin miramiento alguno, y no castigues mi osadía hiriendo mi corazón con una de esas agudas flechas con que te encuentras armado, las cuales lanzas sonriéndote como gozoso de los males que haces sentir.

Grande es tu poder, oh amor! Por tí el poeta bucólico desea pasar la vida tendido á la margen del arroyo, viendo bailar á las pastoras y pacer á los ganados; por tí, el escritor romántico, por dichoso que sea, pretende envenenarse; por tí, el filósofo mas cristiano se olvida de

moralizar; por ti, el viejo octogenario se pone peluca y murmura dulces requiebros; y lo que es mas todavía, por ti el matemático profundo se distrae de sus cálculos, siendo capaz de confundir la base de un prisma con la cúspide de una pirámide. ¡Oh dulce amor! por ti la mujer fea malgasta su vida en seis horas diarias de tocador, pretendiendo después engañarte con la hermosura del barniz que ha derramado en su rostro; por ti, la vieja repugnante finge unos negros y sedosos cabellos, una dentadura de marfil, un cuerpo esbelto y un cutis del color de la nieve con ribetes de amapola; por ti, la hermosa joven se vuelve coqueta y presuntuosa, y arruina á su familia con el afán de lucir ricos trajes; por ti, el mas eminente político desciende de su sillón ministerial para convertirse en un elegante pollo; y por ti, finalmente, el diputado á Cortes olvida sus mejores discursos, el estudiante arroja con desden los libros, el empleado mas exacto llega tarde á la oficina, el periodista escribe un artículo ministerial creyendo hacerlo de oposición, la mujer mas casta olvida sus deberes de madre y esposa; y todos, todos los miserables mortales bajo el dominio del niño alado olvidan sus diarias tareas, sienten trastornado el cerebro, y ofrecen al hombre indiferente que se rie contemplándolos, el espectáculo del ridículo por el lado mas sublime. El amor y el dinero son los únicos móviles del hombre; si bien es cierto que solamente con palancas tan poderosas podría removerse ese monstruoso pedazo de materia organizada que se llama *sociedad*.

¡Oh niño hermoso! muchas son tus malas cualidades! Tú engendras la discordia en el seno de las familias; tú enciendes la pasión de los celos, tú haces perder la paciencia y ganar una pulmonía al joven que aguarda en una noche de enero la hora de la cita; tú obligas á vivir en continua alarma al infeliz esposo; tú das valor á la mas virtuosa doncella para huir con el amante de la casa paterna; y tú, en fin, conviertes en estúpido á todo el que tiene la desgracia de caer en tu poder, pues al pintarte con la venda en los ojos han querido representar en ti el emblema de la ciega ignorancia en su grado mas heróico.

Pero ya basta, dulce Cupido; escucha á los hombres, y reflexiona sobre los diferentes juicios que han formado de ti.

Aquel joven alto y delgado, de ojos azules y larga cabellera, vestido de luto, que va fumando desdeñosamente un cigarrillo de papel, y se define á cada momento para dirigir al cielo una de sus mas expresivas miradas, es un poeta romántico que está pensando de ti lo siguiente:

«¡Amor! ¡Sentimiento sublime que eleva al hombre á la altura de la divinidad! ¡Lazo indisoluble con que se unen dos almas grandes! ¡Oh amor, guía de los hechos heróicos, tu imperio durará eternamente! El no puede morir mientras existan en el universo seres nobles.»

Aquel otro que va marchando paulatinamente, vestido con todos los colores del iris, sonriendo dulcemente, y que lleva las dos manos cruzadas sobre su abultado vientre, mientras que brilla en un ojal de su larga levita una guirnalda de variadas flores, es un poeta bucólico que va hablando de ti de esta manera:

¡Amor! ¡Dulce sentimiento que recrea el alma abatida! Él es bello como el ser que nos le inspira, caprichoso en sus gustos como un niño ruseño y juguetón, como una pastora inocente, blando y apacible como el manso rumor de la arboleda! ¡Amor! Puro y sosegado arroyo á cuya márgen descansa el hombre fatigado, volviendo á seguir después el sendero de la vida, mas alegre y mas dichoso por haber bebido de sus aguas y haber gozado del perfume y frescura que las auras esparcen por sus orillas.

Aquel jovencito, vestido con la mayor elegancia, que va aspirando grandes bocanadas de humo de un magnífico cigarro de Kentucky superior, y lleva sobre su nariz unos elegantes lentes, mientras que brilla en sus labios una sonrisa irónica, joven presumido que va mirando sin cesar sus botas charoladas y azotando su pantalón con el delgado junquillo que le sirve de bastón, en tanto que hace todo lo posible por retorcerse el bozo á que él llama bigote, ese es un escéptico que va murmurando de ti de este modo:

«¡Amor! Palabra que de nada sirve, puesto que representa lo que jamás ha existido. Felices los que como yo han tocado el desengaño de esa quimera! Dame una mujer tan ardiente como Safo, tan hermosa como Elena, tan constante como Lucrecia, y ni aun lograré conmoverme. ¿Creeis, almas cándidas, que en el mundo pueden unirse dos seres sin otros lazos mas que los de la simpatía? ¡Imbéciles! Solo un sentimiento existe que es el del egoísmo. Ese es el único vínculo con que se encuentra ligada la especie humana, vínculo que será tan duradero como el mundo.»

Aquel personaje de cincuenta años de edad, con cara de comerciante y aspecto bondadoso, que lleva en la mano un grueso bastón de caña de Indias y gasta peluca, es todo lo que se llama un hombre de mundo. ¡Él aquí lo que va diciendo de ti:

«¡Amor! Bonita palabra de la que un hombre de talento puede sacar mucho partido. El amor es sin disputa uno de los medios mejores

de hacer fortuna. ¡Amor! Dorado juguete que se arroja á los pies de algun tonto para engañarle y entretenerle y poder sacar de él el partido que se desea.»

Ya ves, oh caro amor, las diferentes opiniones que han formado de tí los hombres. Si quieres saber la mia, yo te diré que te aprecio y respeto, porque tú eres el fundamento de los planes literarios, y porque sin tí no podrían existir ni las comedias, ni los poemas, ni las novelas, ni aun siquiera las zarzuelas españolas y vaudevilles franceses ¡Oh amor! sin tí ningún país tendría literatura.

Por lo que hace el profesar tierno y sublime afecto á las lindas jóvenes, es perder el tiempo lastimosamente. Téngase siempre presente, como yo la he tenido, esta máxima de cuya veracidad no puede dudarse, puesto que es de una mujer hábil, conocedora de las flaquezas de la hermosa mitad del género humano.

«Las mujeres se sirven del amor por cálculo, como de una moneda universal para comprar el fausto, el lujo, los placeres... Pero si hay alguna vez dos seres capaces de sentir un amor verdadero, ó no se encuentran nunca, ó se encuentran en la vida colocados de dos en dos; separados para siempre cada uno por otra persona intermedia, y en su defecto por las leyes de la sociedad, que hace consistir la virtud en las apariencias; que no condena á la mujer que se vende por vanidad al hombre que compra por capricho; que absuelve las uniones culpables en que no toma parte el corazon; que no consiente jamás el lazo divino de dos almas puras, creadas para amarse, separadas por las preocupaciones del mundo.»

VICENTE RODRIGUEZ VARO.

ULRICO DE ANDUZ.

En uno de los últimos dias del mes de octubre del año pasado comí en la fonda del Luxemburgo, en Nimes, con un amigo que me contó muy estensamente las aventuras de su compatriota Ulrico de Anduz. Vínoseme aquella narración á la memoria una tarde de estas, en el boulevard Italiano, porque hacia mucho calor, y nuestros elegantes del café de Paris regaban airosamente el suelo con garrafas heladas á 20 gr. por bajo de cero.

Ni el calor ni el regado tienen que ver nada con mi cuento; pero la memoria necesita de estas tranquilas para ponerse en juego. Mi historia es histórica, contra la costumbre de las historias. ¿Qué mas quisiera yo que haberla inventado? ¡Felices los que inventan, pues de ellos es el reino de la mentira!

A la sombra de los hermosos árboles de la *Fontaine*, ese delicioso paseo que Nimes vendería á Paris en cien millones, si Paris pudiera comprárselo, en una fresca tarde, al ponerse el primer sol de junio en el horizonte del Ródano, algunas familias de ricos holgazanes bajaban libremente delante de los baños de Diana, solitaria ruina embalsamada de romanos perfumes. Dos jóvenes conversaban entre sí separados de una reunion de señoras, á la que al parecer pertenecian. Llamábase el uno Ulrico de Anduz, y el otro Durand, como casi todos los de Nimes.

Ulrico de Anduz, natural de las Cevenas, habia recibido una educación de esas que llamamos incompletas; no habia conocido nunca el colegio real, ni pagado á la universidad su infantil tributo. Educado en la mansion paterna por un profesor complaciente, recibió sus lecciones á orillas de los arroyuelos y bajo las encinas de los besques. Al cumplir los diez y seis años el joven estudiante, hizo el profesor su dimision en manos de M. Anduz padre. Aprovechó Ulrico los retazos de griego, latin y francés que su maestro le habia dejado como por descuido para entregarse á estudios solitarios que servian de embeleso á sus ocios. Leyó mucho y meditó profundamente. A los veinticuatro años de edad, dueño ya de la herencia paterna, resolvió abandonar sus montañas para conocer las ciudades, y entró por primera vez en la sociedad con un corazon nuevo, una independencia de montañés, un tesoro de pasiones vagas, una educación ruda barnizada con la lectura de los poetas, un alma generosa y noble en un cuerpo bien esculpido. Halliéndole encontrado en Nimes su maestro, le dijo: «Sois un buen mozo, hijo mio; *sed manent vestigia ruris*».

—Con que te has casado? decia Durand á Ulrico; te doy la enhorabuena...

—No; pero me casaré dentro de ocho dias; respondió Ulrico.

—Parece que has suspirado.

—¡Qué, amigo! mio es mi costumbre; yo suspiro siempre. ¿Qué quieres? un matrimonio es un negocio. Hoy hemos estado en casa del notario.

—Los preliminares del matrimonio son divertidos, ¿no es verdad?

—¿Qué preliminares?

—Hombre, el notario, las compras, los regalos, las amonestaciones... qué se yó!

—¡Ah! sí: todo eso es muy divertido: cuatro horas nos ha tenido el

notario delante de su bufete, y al fin no hemos podido firmar hoy el contrato; faltaba un documento: siempre falta un documento! El suegro es un antiguo fabricante forrado en badana como su libro de caja; hombre millonario, que mueve un pleito por veinte reales; porque la cuenta es cuenta, dice él; yo por mi parte tengo la hacienda de San Hipólito, que no está libre, según dicen de sus hipotecas legales: tres horas me han estado rompiendo con la palabra hipotecas este oído derecho que presté al notario para economizar el izquierdo. Hipotecas! Hipotecas! He enviado un correo á San Hipólito para pedir á la contaduría un certificado de descargo. Mi suegro el señor Chartoux no quiere hacer nada hasta que venga ese papel. Qué diablos! él sabe muy bien que tengo treinta mil francos de renta; y además, señor, yo no le pido nada para su hija: él es el que se obstina en quererme dar cien mil francos. Qué guarde sus cien mil francos y que me dé á Myrrha.

—Con que se llama Myrrha tu futura?

—Se llama Margarita; pero es un nombre que no se acaba nunca; se queda uno sin respiración para pronunciarlo. Yo la he bautizado con el de Myrrha, que es la Margarita de los babilonios. El diablo cargue con los suegros, las suegras y los notarios! Esas gentes derraman la nieve á cántaros sobre todas las cosas de este mundo. ¿Te figuras tú cómo estará yo delante de esa colección de momias, yo, el hombre de la pasión desinteresada, el artista, el poeta, el loco, si se quiere, que no busca en la mujer mas que á la mujer misma? Yo que no he pedido al matrimonio sino una larga cita en que poder hablar de amor con seguridad y sin ver sobre mi cabeza todas las espadas de Damocles que suspenden la intriga sobre la cabeza de los enamorados. Al lado de mi diosa, amor todo y poesía, pendiente el alma del bordado de su vestido, de los rizos de sus cabellos, alto ahí! me grita ese suegro; venga el certificado de las hipotecas legales. Es como si el polo se me viniese encima.

—Pues bien, querido Ulrico, ¿tienes mas que dar ese certificado?

—Sí: eres una pura prosa; no hay mas que darlo; eso está pronto dicho; ¿pero tú no conoces el desencanto que hay en el fondo?

—No.

—¡Tanto mejor!... ¡Oh! mirala cual pasa delante de nosotros Myrrha, cual se desliza como un rayo de sol! Qué gracioso es ese chal de tul sobre sus hombros! Qué dulce el sonido de su voz que lánguidamente derrama por los aires, para que yo la recoja en mis labios! Ah! déjame que la siga; que ponga mi planta en la huella que ha dejado la suya, que heba el aire que ha respirado su boca. Quiero besar esas ramas que tiemblan todavía con una caricia de sus dedos; quiero espirar de placer en ese rastro que va dejando en la atmósfera, y que ha embalsamado su virginal aliento! ¡Qué tarde tan deliciosa! Esas bellas ruinas, esas galerías subterráneas llenas de sombra y de agua viva, esos antiguos muros en que tiembla la yedra, esos balcones que se están mirando en la fuente, esos árboles que acompañan á los ruiseñores en su canto, todo sería incompleto y mudo, si un pensamiento de amor no vagase por esas sombras, por esas aguas, por esas ruinas, por todas partes. Si, yo he visto, yo he sentido lo mismo al contemplar ciertos hermosos cuadros, esos cuadros que no pueden mirarse sin lágrimas en los ojos, sin una sonrisa en la boca y el amor en el corazón. Vense en ellos damas hermosas paseando lánguidamente en terrados de mármol, seguidas de jóvenes caballeros; y una escalinata que baja al lago y á las góndolas, y hermosos árboles por corona redondeados en figura de parasol. Estas encantadoras escenas pasaban en el lago de Como ó sobre el Brenta, ó en Villa-Pamphili, cuando la voluptuosidad con su túnica de brocado recorría la Italia, y cuando ni una sola llama de amor descendida del sol, era perdida para la tierra. Hoy resucitan para mí aquellos muertos cuadros: mi alma se derrite de placer.

—Mira, Ulrico, coge el flanco izquierdo de tu cuadro; el suegro viene tras de nosotros... ya no es tiempo; ya le tenemos encima.

—El señor Chartoux había ya agarrado á Ulrico del brazo.

—Estais seguro, yerno, de que hay en San Hipólito una contaduría de hipotecas?

Quedóse Ulrico como si hubiera caído de las nubes, y con la punta de su bota se puso á hacer cruces en la arena. El suegro continuó: —Reflexionad, hijo mío: creo que habeis cometido una ligereza; hablando de este negocio me ha dicho una señora... Pero si no hay contaduría de hipotecas en...

—¡Bien! ¡Bien! dijo bruscamente Ulrico; esperemos la vuelta de mi correo.

—Esperemos en buen hora. Pero ya vereis: la oficina de que depende vuestra tierra está en Montpellier ó en Nîmes; si es en Nîmes, Mr. Bressau es el que tiene que despacharos; él ú otro, yo á todos los conozco. Si es en Montpellier, ¡oh! entonces...

—No le parece á usted que haríamos bien en esperar el correo?

—Enhorabuena; pero siempre es útil hablar uno de sus negocios. Vosotros los muchachos todo lo llevais de tropel; no entendéis una palabra de asuntos; mirais el matrimonio como una diversion, y yo hay nada de eso; el matrimonio no es una diversion, hijo mío. Aun-

que un hombre sea rico, vienen los muchachos y lo hacen pobre; hay que comprar un oficio de notario á éste; formar un dote á la otra... es un diablo esto de establecer los hijos...

—Todavía no estamos en ese caso, señor Chartoux...

—Lo estareis dentro de cuatro dias... ¡Si supierais cómo se pasa el tiempo! ¡Ah! á propósito, ¿habeis encontrado ese documento?... La fé de muerto de vuestro padre?...

—Pero si mi pobre padre murió en la batalla de Brienne! Eso lo sabe todo el mundo!

—Es muy posible; pero siempre se necesita el certificado. ¿Habeis escrito al ministro de la Guerra?

—Sí; diez dias hace.

—Pues debíais tener contestacion. ¿Ni conocéis á ningun oficial en la secretaría?

—No señor.

—Tanto peor: hubiera sido preciso conocer á alguno...

—Me parece que podría uno muy bien casarse sin todas esas formalidades enojosas...

—¡Vean ustedes lo que es la juventud! pero ¿cómo quereis que celebremos el contrato si nos falta un documento? ¡Vaya! hablemos en razon... Poneos en lugar del notario; apelo al señor Durand: el notario no os conoce...

—El notario me conoce; somos amigos desde la infancia.

—Distingamos: el amigo os conoce; el funcionario público no os conoce; ¿no es esto exacto?

Con este diálogo habian subido el sendero que conduce en espiral á la Torre-Magna. Ulrico no habia escuchado las últimas palabras del señor Chartoux; con sus miradas de artista habia abrazado el magnifico panorama que los moribundos rayos del sol doraban con sus horizontales reflejos. Contemplaba aquella Roma francesa nadando á sus pies en los transparentes vapores de una tarde de primavera. Resaltaba la blancura de los edificios modernos en aquellas sombrías ruinas, ennegrecidas por el volcan sarraceno; en el opuesto limite de la ciudad se levantaba en semicírculo el anfiteatro romano, ostentando sus magníficos restos en medio de las modestas fábricas que lo contemplaban retirados con un santo respeto. Ante la columnata del teatro moderno se inclinaba orgulloso al frontispicio ático de la casa-cuadrada, diamante que un emperador puso á la ciudad gala en el dedo, y que mandó tallar á semejanza de los templos de Augusto en Pola, de la fortuna civil en Roma, de Venus en Veruega. Montañas azules, onduladas como sus hermanas de Tivoli y de Albano, cerraban por la derecha el horizonte, tan fecundas en carreras monumentales, y en manantiales de maravillosas aguas, que en vez de simples acueductos debieran decorar las galerías y triunfales arcos.

Detuviéronse aquellas familias al pie de la gran ruina romana que hoy sirve de pedestal á un telégrafo llamado la Torre-Magna. Contemplaba el señor Chartoux el telégrafo, buscando muy gravemente la solución del enigma que arrojaban sus brazos convulsivos á las inteligencias del aire. Las damas estaban ocupadas en ver si descubrian las azoteas de sus casas. Durand conversaba con Myrrha sobre la fabricación de los tejidos de Nîmes. Preguntan por Ulrico de Anduz. Había desaparecido: en vano lo esperaron hasta la noche.

—Seguramente ha visto pasar su correo, dijo el señor Chartoux; y quiere sorprendernos esta noche con el certificado de la contaduría. Vámonos á casa.

Satisfizo esta explicación á todo el mundo, y ya de noche se volvieron á la ciudad.

Pasadas algunas horas, Durand, que buscaba á Ulrico, le encontró delante de las Arenas, que se paseaba melancólico.

—No me preguntes nada, dijo Ulrico. Creo que en este globo que habitamos hay lugar para todo el mundo, excepto para mí y algunos otros. ¿Has encontrado tú el tuyo, Durand?

—Hombre, yo tengo mi casa.

—Sí: tienes tu casa como el peon en el tablero; al menor movimiento caes al suelo sin que nadie te tenga lástima; es un peon, dice todo el mundo.

—Pues yo estoy contento con mi suerte: veo las cosas como realmente son. Tengo una mujer á quien amo tranquilamente, y dos niños que me divierten con sus caricias; de dia trabajo y de noche me paseo.

—Oh! pues tienes una brillante posición.

—Pero tú qué quejas tienes, Ulrico? me parece bastante buena la suerte que te ha proporcionado el destino. ¿Es culpa suya por ventura que en tu edad hayas llegado al fastidio sin atravesar el camino de los placeres? Tú me recuerdas la historia del conde Gerard...

—¿Quién es el conde Gerard?

—Es un caballero del siglo XIII que...

—Oh! deja las antigüedades modernas, amigo mío. ¿Qué te parece el señor Chartoux?

(Continuará.)

LETRILLA.

La parlanchina
Doña Serapia
Habla de todo
Sin saber nada;
Y ayer la terca
Me porfiaba
Que á la Siberia
Se va por África
Y á Barcelona
Por Salamanca.
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

Aunque es mi vista
Bastante mala,
Ni gasto lentes
Ni llevo gafas;
Y ayer creyendo
Ver á mi Juana,
Salió su tía
Que es patizamba,
Y dije tierno:
Adios, salada.
—Si tan derecho
Voy á la cama,
Me tiro un día
Por la ventana.

Un pobre viejo
Que á mí me trata,
Entre sus males
Cuenta el de asma,
Y á cada instante
Suspira y ríbia;
¡Y Doña Brígida,
Vieja cascada,
Cree que suspira
Porque la ama!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

Tiene Jacinta
Nariz de escarpi,
Boca de lobo
Y ojos de rata,
Cuerpo terrible,
Cuerpo de guardia;
¡Y porque á veces
Se pone maja,
La muy simpóna
Piensa que es guapa!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

Anda la tierra
Muy trastornada,
Las Maritornes
Se visten de amas,
Y sus señoras
Visten de infantas;
Y adora un jóven
A mi criada
¡Porque sospecha
Que es propietaria!
—Si tan derecho
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

¿Ves á dos grillos
En una jaula

Cómo se muerden
Y se maltratan?
Así las monjas
También regañan (1).
¡Y porque viven
Tan encerradas
Pepa imagina
Que son muy santas!
—Si tan derecha
Se va á la cama,
Se tira un día
Por la ventana.

V. MARTINEZ MULLER.

EL EMPLEO DE LA VEJEZ.

TRADUCCIÓN LIBRE DE ANACREONTE.

Traviesas, bulliciosas,
me gritan las muchachas:
en este limpio espejo
mira, mira tu cara.
Di: ¿no te encuentras viejo?
¡tu frente ya arrugada
del curso de los años
no da señales claras?
¿Dó estan aquellos bucles
que en ondas por la espalda
cual hebras de oro puro
graciosos fluctuaban?
Yo las respondo: hermosas,
son verdades amargas;
pero á mí ¿qué me importa
tener ó no esas galas?
Solo sé que la vida
mientras mas se adelanta,
mientras mas á su ocaso
con paso veloz marcha,
mas debe un pobre viejo
esperar su hora infesta
entre vino y mujeres,
entre fiestas y danzas.

M. C.

(1) El autor no ha estado en ningún convento, pero solo lo ha dicho una exclusiva.

JEROSLIFICO.

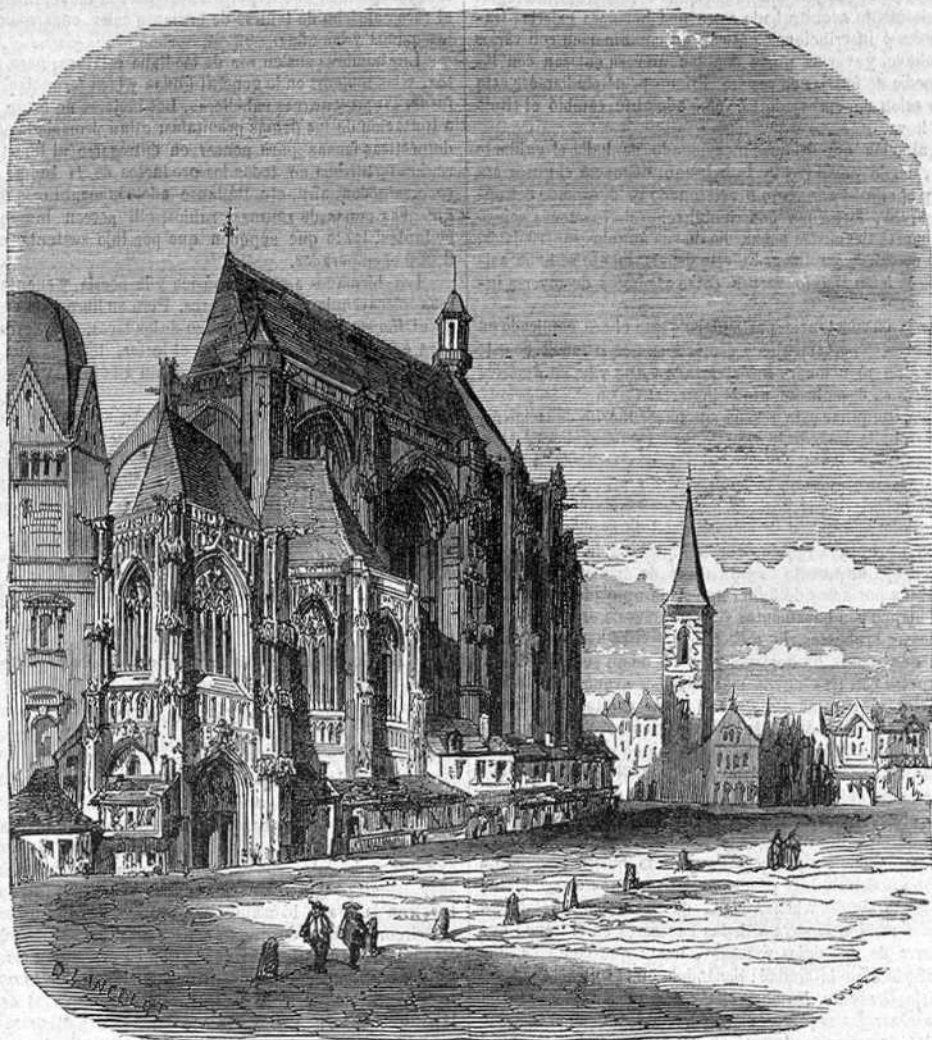


Cru



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA SANTA CAPILLA.

ZARAGOZA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL.

REAL ALCÁZAR DE LA ALJAFERÍA Ó ALFAJERÍA (1).

Al O. de la puerta titulada del Portillo de la invicta y heroica ciudad de Zaragoza, hácia la derecha del río Ebro y á la izquierda de las carreteras de Pamplona y Madrid, á distancia de unos 200 metros de la indicada puerta, con la que se une por medio de uno de sus ángulos australes, levanta su magnífica planta ese sólido paralelógramo de 140 varas de longitud por 128 de latitud con sus ángulos achaflanados y semi-oblicuos. Sobre sus bases paralelas elevanse las fachadas N. y S.; su longitud de unos 100 metros cada una: la cortina de Occidente corre la dimension de 400 palmos paralelos, y en el oblicuo restante apoya la del E. formando un ángulo de 98 grados.

En la construcción de sus cinco patios abiertos, sus átrios y patines que dan luz á los departamentos del palacio, no predomina orden ni simetría. El primero se halla á poco mas de veinte pasos de la puerta del principal, y se hallaba en su primer período recargado de follajes y cornisamentos corridos sobre una columnata de capiteles corintios, que luego fueron sustituidos por los adornos modernos calcados sobre las reglas arabescas. El vestibulo que conduce desde la puerta indicada hasta el patio, se ve cubierto de un platillo elíptico; y sobre el tímpano del arco toral que se halla al ingreso, está el escudo tallado con las armas de la corona de España. El diámetro de este patio es de 70 palmos superficiales en rectángulo.

El mas notable de los cuatro patios restantes es el llamado de Santa Isabel, de arquitectura moderna: sus ventanas rectángulas se estienden proporcionalmente sobre sus paredes de ladrillo que forman el perímetro de la galería, y hácia un lado se notan vestigios de los arcos apuntados con semicírculos recargados de arabescos y adornos de pésimo gusto. Estos restos se hallan sostenidos por dos columnas mutiladas de mármol con basamentos de escatron.

Mas adelante, precedido de hermosos vestibulos y habitaciones, despréndese un laberinto de escaleras suntuosas, mutiladas tambien en gran parte, una de las cuales conduce por una série de bovedillas que cubren su galería al departamento conocido con el nombre de salon de Santa Isabel. Inmediato á este se nota una puerta condenada, llamada en lo antiguo puerta de la Traicion, por la que cometió un esclavo africano para vengar en su mismo rey unos celos criminales, y en cuyos accesorios entre mil caprichos artísticos se lee repetidas veces este mote que nadie ha podido todavia resolver: *Tanto monta*. Sobre el fronton de dicha puerta se puede ver aun su remate intacto y que representa dos leones disputándose un rollo de papiro con unos anagramas misteriosos.

El frontispicio del salon de Santa Isabel da una idea ya de la suntuosidad de este departamento fastuoso, y que miran con religiosa veneracion los aragoneses, por las tradiciones y consejas que se refieren de él. Dos leones rapantes sostienen sobre el dintel exterior el escudo de la corona de España con sus atributos heráldicos, y á sus extremos laterales hay dos ventanas circulares de sencillo gusto, que trasmiten al salon una luz opaca y escasa, resaltando sus orlas delicadas sobre el blanco mate de la pared.

El salon recién blanqueado y limpio ofrece un aspecto grandioso con sus ricos artesonados, sus casetones y molduras y sus mil ara-

(1) Así llamaron los árabes á este edificio, cuyo nombre ha cambiado por corrupción.

bescos, decorada todo con una magnificencia verdaderamente regia. Sobre su cornisamento arquitrabado corre una hermosa galería, trazando mil labores ó inscripciones góticas en combinacion con varios adornos en relieve y varias piñas doradas que se enlazan con las molduras en medio de follajes en resalte. En un principio llamase esta hermosa pieza salon de embajadores: mas adelante cambió el título en el que hoy lleva.

Inmediato al salon que dejamos mencionado se halla el gabinete con su alcoba, donde nació Santa Isabel: aquí degenera el gusto arquitectónico, y el enmaderamiento ó artesonado se desprende del género churriguero, formando una combinacion de casetones sencillos y enlazados artísticamente por medio de sus ángulos superficiales, preñados con maestría y solidez. En este departamento se halla asimismo repetida la frase *Tanto monta* entre atributos de diversa interpretación.

Es de notar la circunstancia particular de que el oro empleado en los dorados de estos departamentos y demás que por la índole de este artículo dejamos de mencionar, fué el primero que vino de América cuando regresó de su descubrimiento el inmortal Colón.

No queremos terminar esta reseña sin hacer mérito de la iglesia ó oratorio que se halla inmediato al patio de Santa Isabel ya descrito. El fronton anterior del santuario, restaurado en varias épocas, ofrece un desorden arquitectónico. mutilados los primorosos resaltes antiguos que embellecieron la portada, y de los cuales apenas restan vestigios destrozados, en medio de una multitud de escudos y atributos heráldicos. La primitiva iglesia, que fué también mezquita árabe en su tiempo, ocupa un recinto de 26 palmos de diámetro, sostenida su hermosa bóveda por arcos de figura apuntada apoyados en columnas de mármol blanco con basamentos y alternados de entrepáños caídos de mosaicos y arabescos. La moderna iglesia se halla construida enfrente del salon regio ya bosquejado, y consta de un cuadrado de 86 palmos de diámetro con tres naves marcadas por grupos de pilastras dóricas sin zócalos ni basamentos, sobre cuyos capiteles corre una imposta ó arquitrave, y sobre este se alzan varias bóvedas angulares y rectilíneas por medio de aristas y medias cañas en sus huecos, campeando en cada uno de los nueve vértices y en medio de florones dorados, el emblema heráldico que usa la corona de Aragón. Los demás particulares no ofrecen grandes primores artísticos, y forman un desorden irregular desnudo de interés en su fondo.

Este suntuoso palacio ó alcázar, llámese como quiera, empezó á construirse el año 864, siendo el primer arquitecto que trazó su planta el rey moro de Zaragoza Aben-Allage, quien costeó su fábrica, destinándole para residencia suya y de los sucesores en el trono, que lo habitaron cerca de dos siglos y medio, hasta que don Alfonso el Batallador se apoderó de la ciudad, donándole en 1109 al abad del Cister Berengario Crasente. No obstante, por una causa desconocida habitaron el alcázar los reyes cristianos hasta los tiempos de don Fernando el Católico, que lo destinó en 19 de noviembre de 1484 para el tribunal y oficinas de la Inquisición. En 29 de diciembre del año 1705 fué desposeído el referido tribunal por orden de Felipe V, que lo fortificó y convirtió en alcázar ó fortaleza. A pesar de sus vicisitudes y deterioros, todavía encierra un tesoro de objetos preciosos para el arqueólogo y el escultor, que hallaría en él dignas creaciones que el genio pudiera copiar únicamente en la Alhambra. Fué restaurado en parte este alcázar con motivo de la visita que en 27 de julio de 1843 le hizo la reina doña Isabel II.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

LOS BIRMANES.

Esta nación solo se conoce en Europa hace unos ochenta años, asiático imperio que consiste en una península que separa el golfo de Bengala del mar de la China: tiene de estension aquel territorio 280 leguas de largo y 160 de ancho, con una poblacion que pasa de catorce millones de habitantes, distribuidos en 8,000 pueblos: quemaron la antigua capital Ava, y actualmente es *Umera-Poura*.

Poseen un gobierno despótico y puramente militar: puede llamarse con propiedad aquel un pueblo de soldados, pues además de no estar ninguno exento del servicio de las armas, miran dicha profesion como la primera y mas importante de todas.

Aquellos naturales en su figura y costumbres se asemejan á los chinos, así como en su traje, que no carece de gracia, consistiendo en una larga bata de seda rameada, cuello vuelto y mangas perdidas; se echan además sobre los hombros una capita de la misma tela, corta, ligera y flotante. Distinguese la diversidad de categorías entre las mujeres por el lujo mas ó menos ostensible de un pañuelito bordado primorosamente y con el que sujetan por debajo de la barba su peinado igual para todas, que se reduce á colocar todo el cabello en un monton sobre la parte superior de la cabeza; usan además sobre el vestido una

faldilla ajustada al cuerpo, blanca como la nieve, mientras que tienen el raro capricho de teñirse de brillante color encarnado la palma de las manos y las uñas.

Los hombres suelen ser de mediana estatura, pero ágiles y robustos, y las mujeres en lo general lindas y bien formadas, con muy profusas, largas y negras cabelleras. Las mujeres no estan allí encerradas á imitación de las demás orientales; estan demasiado ocupadas en sus domésticas faenas para pensar en entregarse al libertinaje. Es una region fertilísima en todos los productos de la India: arroz, azúcar, coco, algodón, añil, etc. Hallanse además magníficos mármoles y riquísimas minas de zafiros y rubies; allí poseen inmenso número de elefantes, tanto que suponen que por lujo sustenta en sus cuadras 6,000 el emperador.

Los birmanes aman la música y la poesia, y cuentan algunos poemas épicos religiosos muy célebres. Pero su libro mas curioso es sin duda el *Herma-Sastra*: es el código de las leyes, y encierra mucha moral: para que forme de él una idea el lector, terminaremos este artículo diminuto con la frase misma que da fin á la última página del *Herma-Sastra*. Dice así:

«Los principes y magistrados que se atreven á bollar la prosperidad de los pueblos, dejando adormecer la justicia, favoreciendo al poderoso y oprimiendo al débil, patrocinando la intriga ó la adulacion, tengan entendido que hay para ellos reservada tan formidable venganza, que no es posible la conciba el entendimiento humano, ni que la describa ninguna lengua.»

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesia lirico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO QUINTO.

(Conclusion.)

Luego es decir que principia la una, la literatura provenzal, cuando la otra, la literatura arábica, toca al cabo de su primer periodo. ¿Dónde pues se hallan esos famosos trovadores provenzales, que como se ha dicho, toman el bordon del peregrino y el laud del poeta, y se encaminan á cantar sus amores á tierras extrañas, á tierras de moros? ¡Qué! ¿estan acaso tan mal avenidos con el apacible bienestar, con la grata bienandanza que les proporcionan las prosperas circunstancias en que se halla á la sazón la tierra de Provenza? Mas no. Que en el siglo XI no existen en este pais mas trovadores que los juglares, un tanto mas distintos de aquellos de lo que vulgarmente se cree; ó lo que es lo mismo, esa raza especial de poetas populares que forman, ahora como entonces, una clase social como otra cualquiera, y que, hijos predilectos del pueblo, de eso que llamamos vulgo, amantes del suelo pátrio y fijos en él, estan destinados á cantar sus glorias y desgracias.

Y estos poetas populares, estos patrióticos cantores, á la verdad que son como aquellos sencillos pastores de quienes nos dice el ingenioso Gresse que no conocen mas tierras que las que abarca el cercano horizonte.

*Hureux qui se nourrit du lait de ses brebis;
Et qui de leur toison voit filer ses habits;
Qui ne voit d'autre mer que la Merne et la Seine
Et croit que tout finit son domaine.*

Espuesto ya suficientemente cómo la literatura arábigo-española en el primer periodo de su existencia, que es su siglo de oro, pues el segundo no es mas que un vago y pálido reflejo del primero, no tiene ni puede tener relaciones de ningún género con la literatura provenzal por medio de las que trasmite á esta su supuesta influencia, pasemos ahora á examinar si en el segundo periodo de aquella literatura se manifiesta algun sintoma, siquiera sea insignificante, de las relaciones que dicen los críticos existir entre ambas.

Hemos dicho que el segundo periodo de la literatura arábigo-española, calificado por nosotros de periodo arábigo-granadino, comienza por los años de 1246 con la fundacion del reino de Granada por Mohamed I Alhamar. Mas ¿qué se pasa entre los árabes de España en el intervalo que media entre esta época y la que ya hemos citado de 1002, en que muere el valiente sostenedor del califato cordobés, el esclarecido ministro de Hixem III? Durante estos tres siglos de intermedio, los siglos XI, XII y XIII, que son los siglos literarios de Provenza, ¿corren acaso por el suelo de Andalucía tiempos mas bonancibles para los trovadores de este pais? Y dado caso que corrieran pacíficos y venturosos esos tiempos, que el suponerlo sería una deplorable aberracion de la critica histórica, ¿hallamos por ventura en los infinitos y por decirlo así homeopáticos estados que se forman de las

fecundas ruinas del imperio cordobés en el borrascoso trascurso del siglo XI, las mismas condiciones científicas, literarias y artísticas que reconocemos en los gloriosos días de la dinastía de los Beni-Omeyyas, y cuyo resultado, como veremos, es tan fecundo para las letras árabigas? Que tales condiciones no se hallan, no hay para convenirse de ello mas que dirigir una rápida y como distraída mirada—pues de tal modo se resaltan—sobre los acontecimientos que han lugar en el suelo español en este siglo y aun en el siguiente.

Dice Montesquieu en su docto libro *El espíritu de las leyes*, por desgracia poco conocido de los políticos españoles, que á los pueblos situados bajo zonas calientes no les es posible, y nótese bien esto, otra clase de gobierno que el absoluto; y cita entre esos pueblos á guisa de ejemplo á los turcos y á los españoles. La comparación aparecerá quizás inexacta; pero nada de eso, no lo es. En el termómetro de la civilización europea, nos hallamos á igual grado; es decir á cero. Y se funda el sabio filósofo del siglo XVIII en que para contener bajo una misma dominación y dentro de los límites del respeto á la autoridad, que es un principio abstracto, á pueblos en quienes el sentimiento individual y exclusivo y una imaginación inculta y caprichosa se sobrepone á la razón colectiva, se necesita un poder fuerte y robusto, único y permanente. Así es que en todas las naciones orientales son los poderes únicos y absolutos. Existen además de esta razón que apunta el filósofo francés sinnúmero de razones, unas políticas, otras sociales, y entre las que es no poco importante la que ahora se nos ocurre.

En esos pueblos meridionales de que hablamos, es decir, en esos pueblos de naturaleza fogosa, que viven en un suelo de exuberante fecundidad y bajo un sol continuo y abrasador, ejercen tal poder sobre los individuos las influencias topográficas, que su actividad moral al desarrollarse temprana y precipitadamente, adquiere como todo lo que se desarrolla bajo tales condiciones, un carácter incierto, indeterminado é irregular á la par que inquieto y vacilante. Irregularidad, inquietud y vacilación que los hacen bullir y agitarse perpetuamente en un círculo de pequeñas y estraviadas ideas y desperdiciar su aparente fecundidad en caprichosas veleidades. Y para recoger en una todas esas actitudes individuales, infinitas y estralimitadas, y como sucede en nuestro bienaventurado país, destempladas y aviesas, se necesita una mano fuerte, poderosa, férrea. Tal lo comprendieron siempre los legisladores orientales; tal lo comprendió también Mahoma, y tal también debiéramos nosotros los españoles comprenderlo, si fuésemos nosotros capaces de comprender las cosas grandes y elevadas.

Estas reflexiones son la clave de lo que vamos á decir. Ellas nos explican satisfactoria y cumplidamente, mas que todos los hechos históricos que pudiéramos citar, cómo debilitado el poder absoluto entre los árabes españoles en manos de califas imbeciles, se sobrepusieron rápidamente á la suya todas las demás voluntades subalternas, cuyo escalafón en este imperio se extendió desde el primer *hagib* del monarca hasta el último *cadi* de provincia. Y descomposiéronse y trastornáronse todas las ruedas de aquella bien combinada máquina social, y vuélvese en todo el trascurso del siglo XI todo lo que en el vasto imperio musulmánico había *merienda de negros*, como suele decirse.

Quien recordar pueda lo que pasa en los últimos años del imperio oriental de Constantinopla; el embrutecimiento y estupidez de los emperadores; las intrigas tenebrosas de las camarillas; el subir y bajar de los poderes públicos; la salvaje tiranía de los que mandan y la ambición impaciente de los que obedecen; las envidias y odios personales antepuestos en la corte y en las provincias á los intereses del imperio; los crímenes, las traiciones, los perjuros pervirtiéndolo y corrompiéndolo todo; la lucha en fin de mil distintas y opuestas facciones, alzándose por doquier y sosteniendo entre sí por un andrango de poder guerra incesante, tenaz, encarnizada; y todas cuantas señales de vértigo y alienación mental da un pueblo que trabajado de una enfermedad interna consume y revuelve en los horribles trances de la agonía los últimos días de su existencia; quien todo esto recuerde, tendrá una idea de lo que pasa en los últimos días del imperio musulmánico español. El espacio que media entre la muerte de Almanzor en 1002 y la del Carlos II de aquel imperio que tantos tenía en la presente época, es el gran drama social que comienza en esta época y concluye en 1086 con la venida de otro nuevo Abd-el-Rhaman, del guerrero Yussuf ben Tachfin, fundador de la dinastía almohade fuera y dentro del suelo español.

Este terrible drama social en que todo es crimen menos lo que debe serlo, ya hemos dicho que es el que se verifica en todos los pueblos colocados en iguales circunstancias. Mas nosotros preguntamos ahora: ¿es este pavoroso drama que conmueve los mas hondos cimientos del imperio musulmánico español, y cuyo resultado inmediato es el de provocar su disolución instantánea y su conversión en mil y mil pequeños estados de distintas formas y denominaciones políticas que

viven en perpétua y sangrienta pugna entre sí; estados en donde la seguridad individual está tan mal parada; en que los ánimos agitados por los terribles episodios que se suceden rápidos y violentos, se hallan poco dispuestos al tranquilo y benéfico cultivo de las letras; es este drama, de suyo sombrío y aterrador, de tal naturaleza que arranque de sus risueños hogares á los trovadores de Provenza para llevarlos á un suelo extraño, ya á tomar parte en él como actores, ya á contemplar, impasibles espectadores, sus diversas peripecias? No á buen seguro. ¿Qué espectáculo ofrece al historiador el borrascoso suelo de Andalucía, adonde se supone vienen pacíficamente á trovar los poetas de Provenza en los siglos XI, XII y XIII? El espectáculo imponente de un vasto campo militar en que tienen fijas sus tiendas de campaña mil tribus, mil familias distintas, mil pueblos de una misma raza, que pelean entre sí por recoger en uno solo y á manera de licito botín los multiplicados restos de un vasto imperio. Contienda prolongada y tenaz en la cual, para colmo de ventura ó de desgracia, toman parte á veces muy activa los caudillos castellanos, y que lejos de apagar el fuego, le hace tomar nuevo incremento.

Mas nosotros suponemos que en la multitud de cortes de los pequeños y como hemos dicho homeopáticos estados á que da margen la disolución del poderoso imperio cordobés; en esas cortes de singular aparición que matizan flores de un día las diversas partes del suelo español; las cortes de Córdoba, Toledo, Badajoz, Zaragoza, Almería, Valencia, Málaga, Granada, Sevilla, etc.; nosotros suponemos que reina en ellas suma paz; que su existencia no va poco á poco apagándose á compás de borrascosos vientos que soplan entre los años 1031 y 1086, sino que se desliza serena, venturosa y fecunda en todo linaje de bienes y prosperidades; se deducirá de esto que vienen á cantar á Andalucía los trovadores de Provenza cuando se forma su literatura en este mismo siglo XI? Si alguna corte árabe visita los trovadores, no puede ser seguramente otra que la de Zaragoza, por causas que se comprenden fácilmente, consideradas las relaciones mas ó menos estrechas que pueden mediar entre los reyes moros de aquende y los condes cristianos de allende los Pirineos: relaciones en extremo efímeras y circunstanciales, que cesan tan pronto como á principios del siglo XII—1118—se apoderaa los reyes del naciente reino de Aragón de la invicta ciudad poseída por los hijos del Profeta.

Calcúlese ahora el espacio que media entre los años de 1031 y 1118, época del nacimiento y muerte de estos pequeños estados arábigo-aragoneses: calcúlese que esta época se pasa toda ella en la renida contienda que sostienen entre sí los reyezuelos árabes de Huesca, Zaragoza y Tudela con los de Aragón, Castilla, Navarra; condes de Barcelona, y da fin á los estados musulmanes; calcúlese bien todo esto, y se verá cuán poco oportuna era la ocación para favorecer el comercio literario internacional entre los pueblos de que hablamos.

Por lo demás, nosotros no nos atreveríamos á negar la venida á las cortes de los árabes españoles de la parte septentrional de la península á alguno que otro descaído poeta provenzal. Esto, ni nada de extraño tiene, ni es suficiente para constituir esa serie de condiciones de todo género que se necesitan para que un pueblo influya sobre otro de tal ó cual determinada manera. Un hecho solo aislado no hace regla ni compone papel alguno, segun el dicho vulgar, en la historia política ó literaria de un pueblo. A algo mas que á relaciones aisladas y circunstanciales debe la culta Grecia su influencia científica y literaria sobre la tosca ciudad de las siete colinas. A algo mas que á mitivas y amistosas escursiones poéticas debe la literatura provenzal su indisputable influencia sobre la italiana.

Si por punto general podemos decir que muy poco ha influido la literatura árabe en la española, sin embargo de que pisaron los hijos del desierto el suelo ibérico durante ocho siglos no interrumpidos; si podemos afirmar que esta escasa influencia literaria se circunscribe únicamente á los romances populares y no pasa de ahí, ¿con qué motivo pretenderemos afirmar que al verse rechazada por un pueblo, se acoge humilde á otro y le demanda triste hospitalidad? ¿No sube por ventura de punto esta nuestra observación al considerar que lejos de influir el trovador que abandona sus pacíficos hogares por otros que no lo son tanto, depone al penetrar en su nueva mansión la vestidura de viaje para tomar las insignias del señor hospitalario que le recibe? El trovador Gavalдан el viejo, al cobijarse bajo el techo protector del palacio del rey Alfonso VIII de Castilla, no es ya ese trovador de Provenza, irreligioso, inmoral, escéptico, que vive cual los ímpios de la Escritura Santa coronado de rosas y embriagado de placer esperando el sueño de la nada; no es ese trovador satírico, desdeñoso, procaz, que nada teme, que nada respeta, y que lo pasa todo, lo divino como lo profano, por el sucio tamiz de una critica burlesca é impía. No: es un trovador digno, respetuoso, creyente, lleno de fé y entusiasmo por la causa de la libertad y de la religión de los castellanos. Si empuña la lira, no es ya para maldecir de las cruzadas que dejan desiertas las campiñas, solas las doncellas, sin amores los castillos, como dicen los trovadores de Provenza, sino para

alentar á la cruzada española que al mando de Alfonso VIII da tan rudo golpe al poder musulmán en las cumbres de las Navas de Tolosa. Y su fé cristiana es tal, y tal el entusiasmo divino que le posee, que dejando á su esto poético tomar rauda vuelo, penetra en la nebulosa esfera del porvenir, le arranca sus secretos, y canta con profética voz el triunfo futuro de la Cruz del Redentor sobre la media luna del Profeta.

Mas no olvidemos que nos hallamos ahora, no en el siglo XI, sino á principios del XIII, en 1212. De aquí en adelante, veremos de vez en cuando en las cortes de Castilla, y principalmente en la del sábio rey Alfonso X, á alguno que otro poeta provenzal que arrebatado á sus hogares por la fuerza de circunstancias enemigas, por la cruzada contra los albigenses, pide al suelo castellano honrosa hospitalidad. Ya hemos dicho cómo no se muestra ingrato el trovador provenzal, pagando sus favores con nuevas injurias á los sentimientos religiosos de la patria que le recibe en su seno.

En el próximo artículo continuaremos el exámen histórico-crítico de las relaciones que se suponen existir entre los árabes españoles y los poetas provenzales, partiendo del siglo XII.

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XII.

EL HÁBITO NO HACE AL MONJE.

—¿Todos amigos? preguntó con acento firme, luego que se halló en medio de los misteriosos personajes.

Las capuchas todas cayeron á la vez, dejando á la luz rostros marcados y animados.

Esta fué la respuesta al apóstrofe del nuevo interlocutor. Pasó una mirada en torno, y al punto volvió á decir:

—¿Y D. Pedro Giron? ..

Ninguna boca se abrió para contestar. El anciano comprendió la fuerza de este silencio.

—Bien está, fué su única espresion de asombro y de disgusto.

—Señores, prorumpió el abad, principiemos la obra de los buenos. Cada cual ocupó á estállamada un espacio y filigranado sillón.

Tenia pues aquella asamblea un aspecto algo pavoroso é inescrutable.

La celda estensa y alumbrada por una luz de triste, melancólico é ndeciso fulgor, la severa tapicería pendiente de sus paredes, y cuyas enérgicas figuras parecían tomar movimiento á las oscilaciones del opaco resplandor; aquella cuadrangular hilera de hombres, pensativos unos, fieros otros, vivaces y sombríos alternativamente, y todos mostrando por entre los mal prendidos hábitos los robustos gavilanes de sendas espadas, el filigranado pomo del cuchillo, ó alguno que otro escamado guantelete; aquel contraste, en fin, de tal aparato de muerte con las vestimentas del sacerdocio y con la morada de la religión, circunstanciado con los accidentes de la noche, del peligro misterioso, y de la hora desusada y clandestina... todo esto, decimos, contemplado á la luz de fatídicos presentimientos, contribuía para formar un cuadro sombrío y siniestro, de impresion grave y trágico quizas.

—Amigos, prorumpió Padilla entre una muda espectacion, es llegado el punto de mostrarlos dignos de nuestros abuelos, y de salvar nuevamente en los campos de batalla la salud de nuestro país. Gastado se há la razon en vano con los hombres. Resta solamente apelar á la justicia de Dios. Oid y juzgad.

Cada uno sabeis, y todos sentís, las grandes, las nobles y justísimas causas que nos obligaron á volver por la libertad, por el honor y por la pró de nuestra patria. Conoceis la historia puntual del nuevo reinado; sabeis el desafuero de Valladolid, los atentados de Compostela, el abuso de todos los días. Habeis visto la noble advertencia de Toledo, la energía respetuosa de Castilla, la tolerancia leal del reino. A la representación justa, á la voz mesurada del estamento se ha respondido lanzando de la tierra á los procuradores; á la legítima revindicacion de sus franquezas por las ciudades se ha contestado con la picota y la cuchilla; á las protestas de Lasso con los asesinatos de Ronquillo, con el martirio de Medina; y en fin, á las leyes, á la nobleza y á la lealtad de España con el desprecio, con el ultraje, con la violacion de lo divino y lo humano.

Un rugido sordo y prolongado discurrió rápidamente por los ámbitos de la sala: animados ardian los rostros; habia miradas de arrebatadora lumbre.

La enérgica elocucion del tribuno obraba galvánicamente sobre su auditorio.

—Privados de nuestras franquicias hereditarias, postergados por extranjeros estúpidos, villanos y dilapidadores; vendidos por una corte corrompida é hipócrita, y maltratados por un príncipe que no ha respirado el aire de nuestras montañas, que no se ha sentado en nuestros hogares, ni conoce, ni ama nuestro carácter y seculares usos... pudimos haberle negado la obediencia, pudimos deponerle de un trono, legítimo y bien habido solo por el voto comun y mientras se respetan las condiciones de la república; fuero perenne, atributo propio de España reivindicado con su sangre y consagrado en sus leyes.

Peró no queríamos ir hasta la estremidad. ¡Necios de nosotros! .. La moderacion se tuvo á debilidad; el respeto por falta de justicia; la lealtad... dirélo al fin... por cobardía. ¡Cobardes, pardiés, los nietos de Viriato y de Ruiz Diaz!! los conquistadores de Granada!... los héroes del Nuevo Mundo!!! Las reclamaciones fueron desdeñadas, los consejos perdidos, los tratos de concordia y buen deseo temas de escarnio. Esto era de sobra!... y sin embargo quisimos llegar al ausente y desalumbrado emperador. La voz de España ha sonado en Flandes... Allí nos debían la última leccion... y la hemos recibido. Estamos declarados fuera de la ley!...

Sañudo trueno de ira y de dolor siguió á este final terrible. Apóstrofes violentos, amenazas desoladoras, rugidos de cólera, ademanes fieros cruzábanse, hervían y se chocaban confusos, rápidos y ardientes como las encontradas olas del mar embravecido.

Sosegada un tanto la turbacion de aquellos espíritus, Fr. Pablo levantó su voz sonora y grave con sencillo y majestuoso ademan.

—Desgraciadamente, amigos y hermanos, mi voz, que debía ser mensajera de paz y de alegría, tiene que hablaros en la amargura del alma. Peregrino por la pública salvacion, crucé los caminos, y llegué al alcázar del poderoso. Allí hice sonar mi acento, arranqué el velo á los impíos, y lloré por la suerte de mi pueblo. Pero Dios en sus altas providencias ha cerrado sus oídos, ha cegado sus ojos y ensordecido su corazón. En aquella nueva Samaria reinan solo la vanidad, la soberbia, la parte flaca y misera de la humanidad. A la luz de la verdad se oponen las tinieblas del mal espíritu; á los consejos del Evangelio las inspiraciones de los fariseos; á la ley de Dios el antojo del hombre. En vano fuera decirles la palabra del Redentor, que vino á romper las cadenas de los siervos, á destruir el imperio de la fuerza, á emancipar el género humano y establecer el reinado de la justicia, del amor y de la fraternidad en las criaturas. En vano, si. Porque suplantando la mente de Dios, ultrajando su obra, y abusando de su palabra, pretenden hacer del hermano un esclavo, de la humanidad un patrimonio de los fuertes, y del sacerdocio de masedumbre y de caridad un ministerio de opresion y de sangre. Y estos falsos apóstoles han herido nuestra cabeza y llenado de lodo nuestra vestidura; y á imitacion de los antiguos galileos han querido para nosotros una nueva y sangrienta cruz!

No pudo el anciano continuar, dominado por su profundo fervor. Sucedióle al punto en la palabra el impetuoso Sánchez Zimbrón, procurador de Ávila, y su compañero de viaje y aventura.

—¡Por la sangre de cien tudescos!... exclamó impetuosamente, abriendo su calorosa peroracion con ruda bazarria, y sin dársele grande cosa por las monásticas consideraciones.—El César no tiene de español mas que el apellido de su desgraciada madre!... Allí hemos sido recibidos, nosotros los personeros de Castilla, los enviados del reino, como enemigos de la majestad, como desapoderados y peligrosos aventureros, como gente dañada y pestilencial. Allí teneis á Vazquez de Ávila, cuyo aposentamiento fué una fortaleza, y cuyo intérprete fué un verdugo. Y merced á nuestra diligencia él salió ileso; y el padre Fr. Pablo y yo nos vimos á salvo de injurias traidoras, de riesgos y mortales casos por parte de aquella turba desenfrenada y homicida.

Los capítulos acordados por la Santa Junta en Tordesillas, y que nos fueron entregados para el rey, han sido quemados por mano del verdugo en la plaza de Alemania, y aventadas sus cenizas.

Esta es, dijeron, la única respuesta para la traicion y sus fautores. Ni tregua con ellos, ni pará ellos perdon. Pero, ¿cómo ha de ser otra cosa? ¡Allí, allí está el concusionario Jeures, el alma insaciable del águila cesárea; allí el ponzoñoso Gatinares, el comerciante de la factoría imperial; allí el siervo tonsurado, el avanto Guillermo de Crois, que trafica sobre la mitra primada en trueque su conciencia y de sus sagradas órdenes; allí, en fin, esa bandada de buitres que han hecho de España un cadáver despedazado y exangüel!... Don Carlos circuido de amigos falsos, que anteponen su provecho á la gloria del príncipe, descarriado por consejos inícuos, y viciado en una atmósfera corrompida y engañosa, no oye ni ve, no piensa ni juzga sino por los ojos y oídos de sus cortesanos, que quieren identificar con sus

crímenes la corona del César. Y lo conseguirán. Mal he dicho. Y lo han conseguido ya. El joven rey cree que cuando los pueblos se alzan contra las iniquidades de sus privados, van contra su nombre y sucesión; que los clamores que le demandan justicia y desagravio son ecos de rebeldía y de culpa; que los pechos hidalgos que quieren la libertad común, rechazan el trono y la dinastía... ¡Error enorme que ha de costar tanto de lágrimas y sangre al pueblo como al rey!...

En fin, la guerra es el resultado de nuestra misión. Nosotros llevamos palabras de concordia, y hemos oído acentos de maldición; presentamos la oliva, y se nos opuso la espada; invocamos el nombre de Dios y del pueblo, y se respondió con el del rey y el del verdugo; nosotros, sí, llevamos, pedimos y deseamos la libertad, la justicia y la paz, y traemos la servidumbre, la tiranía, la guerra. ¡Que la sangre recaiga sobre ellos... y sobre su obra de perdición!...

—¡Guerra y libertad!... gritaron á la vez con acento terrible los jefes de la comunidad, levantándose de sus asientos en actitud vehementemente al impulso de aquella sana imprecación.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!... suspiró Fr. Pablo, sumergiéndose su venerable frente en la cavidad de sus manos, y reclinándose sobre la mesa con visible muestra de resignación doliente y abatida.

—¡La guerra! continuó el conde de Urueña; ¿y en nombre de quién tremolará nuestro pendón?

—Por Castilla y la reina, contestó Padilla con ímpetu.

—Entonces, prorumpió el conde, gritemos: ¡Santiago y libertad! Un murmullo de contento acogió este significativo arranque, y hubiérase convertido en ruidosa aclamación, á no ser por el sitio y las circunstancias.

—En buen hora, interrumpió Avalos; el pueblo acepta el nombre y la alianza de la reina, y le ha dado por fianza su sangre y fortuna. ¿Qué prenda pues ofrece el trono al pueblo en arras de su fé?

—La mano de la infanta de Castilla, que ha elegido por esposo al jefe de la comunidad, á D. Pedro Giron.

Esta contestación severa y concisa del conde llenó los corazones de plácida sorpresa: hubo un instante de emoción silenciosa; pero en seguida las muestras de júbilo se tradujeron en las fisonomías, en los movimientos, en las palabras de aquellos generosos y arriesgados hombres, que jugaban allí su cabeza por el procomunal, con tanta firmeza y discreción como si se tratase de un torneo ó de una batalla de venados.

—¡Santiago y libertad!... repitieron á coro aquellos bizarros y nobles castellanos.

Cumple ahora ocuparnos en cuanto atañe á las operaciones de la guerra. Por mi parte espondría brevemente mi plan. Yo lo aventuraría todo en un día al trance de una batalla. El éxito no es dudoso. Una victoria segura daría fin al punto á tantas contiendas y disturbios.

—¡Sí, sí! exclamaron los mas jóvenes y ardientes de la asamblea.

—Cortemos de un golpe la cabeza del monstruo, y apliquemos el fuego para que no renazca de su propia sangre.

Padilla entonces, haciéndose auditorio con ademán digno de un príncipe:

—No asiento, dijo, á la opinion de vuestros esforzados pechos. Nada de batalla, nada de azar. En una causa tan grave como la que tomamos á nuestro cargo, no deben los hombres experimentados dejar nada á la ventura ni á las incalculables contingencias de la suerte. Un error, una vicisitud cualquiera pueden hacer rodar muchas cabezas; y es preciso que no hagamos nuestra tan tremenda responsabilidad. La prudencia fué siempre la cualidad privilegiada de los grandes capitanes. Y en las contiendas civiles se hace mucho, infinitamente mas necesaria... y acaso ninguna es bastante. Además, cuando no el arte y la razon de gobierno, las circunstancias del momento nos aconsejarían otro tanto. Ya no son únicamente Toledo y Segovia; no es ya Castilla tan solo quien hace frente á la tiranía. Otras ciudades y fortalezas, mas reinos y merindades de España tremolan hoy el estandarte de los buenos; y pronto, muy pronto no le quedará al emperador una aldea ni un concejo en obediencia, en monte ni en tierra llana. ¿A qué pues arriesgar con la precipitación lo que el tiempo nos dará sin peligro ni victimas, con solo saber esperar?... La semilla está arrojada, la tierra es fecunda, el fruto vendrá en su sazón. Aun cuando solo fuera por evitar la efusión de sangre española, sin mas que por economizar las vidas de los buenos hijos de Castilla, debemos esperar con el acero en la vaina que el tiempo y la justicia de Dios y la razon de los pueblos concluyan la obra empezada por nosotros, y que en breve será la de toda la monarquía.

Algunos rumores ténuos acogieron al joven; pero sus palabras graves y dotadas de cierta superioridad severa hicieron notable impresion en la asamblea.

—¿Y qué queréis, replicó el conde con ardor mal reprimido, que nos estemos mano sobre mano, hasta que todo se haga por su propia virtud?...

—¡Soberbio entretenimiento, decía despues Hernandó con una voz de estertor, mientras que los flamencos no pierden carta, y se disponen á una jugada infernal!...

—No he concluido, amigos míos, insistió el tribuno toledano con mas calma y dignidad de las que tan rudas contrariedades pudieran hacer esperar de sus ardientes mocedades; no he concluido aun. Tan lejos está de mis pensamientos esa idea de inacción, que quisiera con toda el alma que la vecina fortaleza de *Fuentempudia*, mal usurpada al bizarro conde de Salvatierra por ese menguado de D. Francés, viese ondear en su torre, de aquí á dos dias, el morado tafetan de los tercios de Simancas y de Valladolid.

Un rayo de gozo iluminó aquella misteriosa escena.

—Quisiera que el castillo de Torrelobaton, acuartelamiento realista de primera entidad y punto de grandes consideraciones militares, fuese mi primer trofeo y la primera victoria de las armas castellanas, el bautismo de sangre, en fin, para los soldados de la comunidad.

Quisiera pues que D. Pedro Giron, en tanto que yo obraba sobre Torres, cayese como una tormenta irresistible sobre la corte del almirante, sobre ese conciliábulo de ambiciosos y traidores guarecido tras de las cercas de Medina de Rioseco, y arrancase á los menguados imperiales su centro de acción, su templo de idolatría, la corte del almirante, en fin.

Quisiera, sí, estar siempre ganando terreno, y siempre con la bandera en alto y siempre con la espada en cruz... pero una batalla para lo último, cuando no queda mas que acudir al brazo de Dios.

Subyugada la asamblea por el acento ardiente y profundo del tribuno, hubiese allí dado término el encuentro de las opiniones, si el incontrastable señor de Urueña no hubiese salido aun por la tangente con decidido arranque.

—Estamos en cuestion, repuso, hasta que Dios venga á juzgar vivos y muertos: pero serán palabras al viento. Ni vos ni yo, señor de Padilla, somos bastantes para resolver el negocio. D. Pedro Giron es el caudillo de la comunidad. A él le toca el gobierno de la guerra.

Padilla recibió con noble ánimo esta picante repulsa.

—¿Y dónde está nuestro D. Pedro Giron?... saltó á este tiempo con cierto retintín uno de los circunstantes.

—¿Por qué no se halla con nosotros?... repitió uno de los oficiales de Padilla animado por la interpelación precedente.

No sabemos donde hubiera ido este peligroso diálogo con un hombre tan rudo y vehemente como el conde de Urueña, si cuando éste se disponia á lanzar sobre los del apóstrofe un ex-abrupto, Padilla no se hubiese anticipado á contestarles con benévola firmeza:

—Dice bien el conde. D. Pedro es la cabeza; nosotros somos la mano. Donde quiera que se halle, estará en servicio de la comunidad. El conde será mañana con él; y haciéndole patentes nuestros votos, resolverá lo mas conveniente á la buena causa. Velemos en tanto cada uno por todos y todos por cada cual. Preparémonos pues á la guerra como medio de conseguir la paz. Y todos á la voz del peligro levantémonos como un gigante, para dar razon cumplida de nosotros mismos. —Será así pues, repuso el de Urueña, dispada ya de su frente la tempestad por la elocuente prevision de Padilla. Yo iré mañana á mi sobrino D. Pedro, y cerca de él cumpliré con la reina, con la junta y con la procomun. El por sí hará como quien es.

—En suma, volvió á esponder Padilla á los circunstantes, hemos oído á los enviados de la junta: está arrojado el guante.

—Está sellada la alianza entre el trono y el pueblo con una prenda inviolable y sagrada, le interrumpió el conde.

—¿Que resta pues?... prosiguió el abad, saliendo de su silenciosa abstracción. Todos callaron en misteriosa expectativa. El monje concluyó: falta poner al cielo por testigo de nuestro juramento, y demandar gracia para los vencidos.

Un instante despues desfilaban paulatinamente los actores de aquella escena por los pasadizos del monasterio; y notábase que uno ó dos cuidaban de deslizar al oído de varios estas ó semejantes palabras:

«D. Pedro Giron ha faltado á la primera ocasión... ¡Diablo!!!»

CAPÍTULO XIII.

FLOR DEL MAR.

Pero D. Pedro Giron no era hombre dado á perder el tiempo. Y mientras sus amigos así se arrojaban contra la tiranía flamenca, el ausente caudillo creía labrar con los hilos de una aventura romanesca la red de perdición para la causa imperial. De otro modo, nadie hubiera tenido que preguntar por él. En esta noche suprema se jugaban en doble suerte la servidumbre y la libertad de Castilla. Allí se juraba su salvación sobre las aras de la guerra: aquí en los brazos del amor.

Porque nos hallamos en el santuario de Castillo-viejo, á media hora

del cuartel real. Se oyen á lo lejos entre la fría calma de la noche los ecos dilatados é indecisos de los vigías y atalayeros del conlín. Fuera de eso, silencio y soledad. La noche avanza en sus negras y melancólicas horas.

Media, poco más ó menos, habrá que por la vía de Tordehumos llegaron á la portería dos ginetes con los caballos cubiertos de lodo y de sudor. Apenas resonaron los últimos compases de su agitado galope en el átrio de la fuente, abrióse cierta celosía, que, guarnecida con férrea verja, registra desde una de las alas del edificio la limitada placeta. Un rayo luminoso se escapó de aquel foco, entre el cual se dibujaba la silueta de una mujer. Uno de los recién llegados arrojó su potro impetuosamente á la caída de la ventana, y murmuró en voz sorda:—*Flor del mar.*

La sombra desapareció; las celosías se cerraron, y todo volvió á quedar en tinieblas.

Nuestros viajeros echaron pié á tierra bajo el peristilo lateral del santuario, al tiempo que la puerta se abría de par en par, dejándoles ancho y espedito paso.

Halláronse en un patio cuadrilongo, cuyas paredes tapizan grandes higueras y enmarañados sarmientos. En el fondo se estiende un soportal, á cuyo extremo izquierdo se distingue la mezquina escalera para las habitaciones de aquella rural hospedería, medianamente alumbrada por empiañado farol.

Un anciano escudero recibe, birrete en mano, á los nocturnos huéspedes, y un palafrenero toma sus jadeantes corredores.

Pero el más gentil y resuelto de aquellos, sin esperar los buenos oficios del vetusto servidor, enderezó sus pasos á la gradería, haciendo resonar en el desigual empedrado sus arrogantes pisadas. Apenas ha subido el primer tramo y gira á la izquierda, para tomar el siguiente, cuando aparece á sus ojos hermosísima dama, que desde el descansillo superior le tiende la mano y deja traslucir en su rostro tierna y vehemente emoción. El caballero queda un momento absorto. Mas repeniéndose al punto mismo, ase con ardiente afán la diestra cariñosa, y cae en brazos de la conmovida beldad.

Ha transcurrido, como decíamos, media hora próximamente. Y en un camarín mantienen íntima y animada plática los bien adivinados actores de aquella súbita y misteriosa reconciliación, sentados en espacioso diván.

—Pero decidme, doña Ana, ¿por qué me habeis hecho tan infeliz?...

—¡Ah!... si supiérais, don Pedro, las lágrimas que he vertido por vos!...

—¿Dudar de mí, ingrata!... ¡abandonarme!...

—No hablemos de eso mas. Harto desventurados fuimos... dejemos cicatrizada la herida, y no renovemos el dolor. Hablemos del presente, del porvenir... de ese porvenir encantado en donde nos espera una existencia de mágica felicidad.

—Decís bien, condesa. Afuera para siempre remembranzas desoladas! Hora es de amor y de ventura. Ven, flor del mar, ven!... dime palabras dulcísimas, de aquellas que enloquecen y embriagan de ilusión. Háblame bajo... mas bajo... para que ni el viento me robe un aliento de tu labio. Yo quiero escuchar el suspiro articulado de tu alma, las armonías inefables de tu amorosa inspiración.

Y D. Pedro reclinaba su abrasada frente sobre las palmas ebúrneas de la hermosa, subyugado por la explosión de su trasporte.

—Ay!... exclamó la bien amada, no sé qué siento en mí!... Há tanto tiempo que mi corazón estaba triste, que la dicha casi no cabe en él. Es un ciego volviendo á la luz.

—Yo, yo soy el naufrago que sale del mar, el enfermo que vuelve á la vida, el réprobo que torna á su perdido Eden.

Y los amantes, engolfados en estos y otros tan sabrosos diálogos, interpolados con apacibles, si bien mesuradas caricias, entretuvieron razonable período de la velada. Y aun allí les sorprendiera la última vigilia, si la condesa no diese otro rumbo al enamorado arrobamiento. Las mujeres pierden la brújula de todo punto muy rara vez. Y la dama presente conservaba por lo común bastante dominio sobre sí y sobre la situación, para dejarse llevar por otro aire que no fuera el de su albedrío y vigilante criterio.

—¡Oh!... exclamó inesperadamente, aprovechando un prolapsus de su apasionado éstasis, ¡cuán rápido vuela el tiempo en alas del bien!!! ¡Ya las nueve!!!

—Deja, prenda querida, repone su arrebatado caballero, deja volar las horas, y pensemos solamente en hacer de cada minuto un siglo de solaz y bienandanza.

—¡Bien hacían los antiguos en pintar ciego al amor!... Mi don Pedro es una copia feliz de aquel espresivo modelo.

—Ciego, sí, ciego de cuerpo y de ánima, deslumbrado y atónito por los rayos clarísimos del sol de tu hermosura.

—Y ciego y disipado porque se olvida de él y de mí.

—¡Ángel de mis ilusiones!...

—Mira...

—¿Qué?...

—Segunda vez va dando vuelta la arena de ese cristalino reloj. Es preciso separarnos, y hay cosas que nos importan por decir aun.

—¿Me amas, no es cierto?...

—Como en la aurora de nuestra juventud.

—No quiero saber mas.

—Bien: si mi noble caballero no lleva sus amorosos pensamientos mas allá de esta apresurada confidencia...

—Es verdad!... te comprendo... perdona mi alucinamiento.

—Hablemos pues, como el caso lo demanda... y dejemos descansar un tanto el corazón.

—No hay sacrificio que me sea imposible... todo por tí y para tí.

—Tuya, D. Pedro, á vida y muerte!

—Mia!... ¡Delicia inmortal!... Pero ¿y ese enlace, doña Ana, ese nudo de abominación y desventura?...

—¿Nada te dice de eso el instinto de amante feliz?...

—Me dice... ¡qué sé yo!... lo que no me atrevo á decir. Si él no fuera quien es!...

—Por Dios, mi D. Pedro!... Nada de furia ni desafuero. Quizás nos perdiéramos... y es segura la salvación.

—No temas... mi espada poderosa no se cruzará con la de un adversario vencido por la edad y el remordimiento. ¡Pardiez!... si fuera un hombre animoso... si pudiera oponerme un pecho duro y un brazo varonil...

—Bien vengado te tienen mi desamor... y sus pesares.

—Pero te llama suya... y tiene sobre sus esposas...

—¿Los derechos de la ley?...

—Eso basta para no perdonarle jamás.

—Yo me comprometo á obtener gracia de tí.

Y doña Ana reclinándose suavemente en el hombro del agitado magnate, murmuró á su oído dos palabras de confianza dulcísima. Un ligero carmin iluminó su tersa mejilla, que escondió entre la rizada valona del amante. Este prorrumpe en un grito exhalado de lo íntimo del alma, uno de esos acentos sublimes de cordial expansión, que vibran espontáneamente las cuerdas mas delicadas y recónditas del sentimiento, y que no se formulan en palabras, porque carece la lengua de sonidos, y de idioma la humanidad, para revelar su misterioso diapason, y traducir sus inefables armonías.

—El claustro para él, continúa D. Pedro, el tálamo para los dos.

Y estrechó blandamente sobre su seno á la bellísima prometida.

—Pero la guerra, y la muerte quizás, le repone con tristeza, se interponen entre nosotros y la felicidad...

—Yo venceré; y un día serán la alfombra de tus plantas los trofeos de mi valor y de mi fortuna...

—¿Y si mueres... si tu sangre fuera el precio de la inmortalidad?... No, no, D. Pedro...

—Soy el campeón de la justicia. Dios no abandonará la causa de los buenos.

—También yo quiero los lauros para tu frente y la gloria para tu bandera... pero sin sangre, sin el riesgo de la lid.

—Las palmas de victoria crecen sobre el campo del honor.

—Consérvame tu vida; y en cambio serás por mí el héroe de la libertad.

—¡Mujer admirable y generosa... gracias por el país, y por el primer comunero de Castilla!

—Déjame obrar, y entregaré en tus manos la causa imperial. Poseo algunos secretos de la corte flamenca; varios agentes del cardinal son emisarios á mi devoción: en el consejo no hay arcanos para mí... yo marcaré á los enemigos de Castilla el instante de su ruina. Caerán; y tú solo, mi D. Pedro, recogerás el fruto debido al vencedor. ¿Qué mas?...

—Pero yo debo desenvainar la espada, y conducir los míos donde lo requiera la ocasión.

—Yo cuidaré de tí, por cariño á entrambos. Ya sabes lo importante. En lo demás me encomiendo al instinto del amante y á la discreción del hombre de estado.

—Sea así. Pero si se me presenta el trance, mi lanza es la primera que se rompe en el palenque del desagravio nacional.

—Esta llave, D. Pedro, es del postigo Zamorano. Tómala. Todas las noches, al canto del gallo, te esperará en el pabellón de la huerta Mendaya, te conducirá con seguridad y recato desde aquí hasta mi propia cámara. Es hombre fiel y discreto. Puedes confiar en él como yo misma.

—Ningun riesgo me será costoso para llegar á tus brazos.

—Y para salvar conmigo á Castilla.

—Tú serás algún día el ídolo de sus honrados pueblos, que á mi voz te saludarán como el ángel de su ventura.

—Para tí solo el aplauso y los honores. Para mí la dicha de pertenecer al salvador de la patria!

CAPITULO XIV.

CUCILLADAS EN LA CALLE.

Separándose estan con dulcísimas protestas nuestros bien hallados interlocutores, cuando algunos mosquetazos y el ruido sordo y creciente, como de un tropel de caballos, interrumpieron desagradablemente la tierna despedida. Quedáronse suspensos uno y otro, y acaso una idea suspicaz cruzó á la vez por sus imaginaciones. Pero antes de que pudiesen hacer otra cosa que clavarse una mirada absorta y perspicaz, un buen trozo de caballería llegó con estruendo y rapidez á las puertas del santuario. Formidables y reiterados golpes resuenan sobre ellas. Las mazas de armas baten sin tregua la prominente clavazón.

—¡Paso al marqués de Astorga!... gritan entre el repique de las alabas y ferrados cueros, roncás y destempladas gargantas. Y los portones retiemblan con la simultánea percusión de los desaforados ginetes.

—¡El marqués de Astorga!... exclama D. Pedro. ¿Qué quiere aquí, condesa?

Pero Doña Ana, tirando de un cordón, por toda respuesta dijo con imperiosa energía: Ahora vais á saberlo. Y encarándose á Mendaya que se presentó en la puerta un tanto azorado: Ni al rey, ni á la ley! Quien quiera que viole mi morada, tendéidle muerto en el umbral.

Toma acto continuo del brazo á D. Pedro, y colócalo consigo en el hueco de la ventana; corre el pesado tapiz, para ocultar la luz, y abre los postigos, que giran suavemente sobre los goznes.

Merced á la pálida lumbre de algunas estrellas, divisan confusamente á la portería un grupo de gente de armas con los caballos en desorden, y con zozobra ostensible en sus movimientos y ademanes. La mayor parte de los ginetes ocupan los arzones: solamente unos pocos tienen sus monturas de mano, mientras aporrean sin duelo la inflexible barrera. Algunas frases y palabras sueltas llegaban á sus oídos entre el desigual diapason de aquel estruendo.

—¡Mal rayo en el obispo y su revoltosa clerigalla!... decía un soldado poniendo á su arcabuz la mecha.

—Esto es lo que se llama ir por lana y volver sin pelo!... le replicaba otro, que descargaba sobre la puerta el pomo de su machete.

—¡Pero este portero está dado á Barrabás!

—¡Por vida del Antecristo!...

—¡Gentil despacho si nos halla aquí el marqués!

—¡Animo, camaradas! El señor almirante dará por bueno cuanto salve las cabezas de tanto buen servidor.

Una tempestad deshecha descargó sobre la portería después de tan fraternal perorata.

—Van á derribar las puertas esos miserables! dijo D. Pedro á la condesa. Déjame espantar esa bandada de grajos hambrientos, y quedaremos en paz y á salvo.

Y disponíase á salir del alfeizar con temerario ímpetu. La condesa logró detenerle, ya en medio de la estancia. El caballero se contuvo ante la consternada actitud de la jóven.

—Nos perdemos si das un paso mas!

—¡Oh!...no sabes, Doña Ana, cuán crítica y funesta es para mí la complicación de las circunstancias!

—Las puertas son seguras... mis gentes leales y resueltas. Estoy yo contigo... nuestra suerte será común...

—¡Las oncel!... ¡las once ya!... Es preciso salir á todo trance... me va en ello mas que la vida, doña Ana... me va el honor.

—¿Y el mío, D. Pedro, qué será de él?...

—Esta tardanza me asesina... ¡Desesperación!...

—Habla, D. Pedro, habla... verte así es un martirio... ¡ya lo veo! aun tienes para mi secretos!...

—No son míos, condesa.

—Pues bien: si tanto importan, si tu honra peligra por la demora... libre estás. Corre, preséntate al enemigo, publica nuestra amorosa puridad, y salva tu nombre aun á costa de mi mancilla y desventura. Aquí los vasallos de mi esposo me hallarán anegada en mi propia sangre...

—¡Por piedad, hermosa mía!...

—Parte: ¿qué tardas?... puesto que hay algo en el mundo para ti mas preciado y digno que esta mujer sin ventura.

—Oye... pues lo quieres. Soy el caudillo de la comunidad. Esta noche se falla el proceso entre el pueblo y el emperador. Mis amigos me esperan para proclamar la lid. Las doce van á dar; y el caudillo no se halla en el puesto que los valientes han confiado á su valor y lealtad.

—¡A las doce!... ¡Apenas falta media hora!

—¡Y tengo que correr tres leguas de lodazal, para llegar á punto... y esos desventurados van á ser causa de mucha perdición!...

Y mordiéndose los labios de cólera, daba vueltas á largos pasos por la alfombrada estancia.

—Parte, D. Pedro... parte. Piérdase todo, menos el país. Yo saldré contigo... esa turba de dementes reconocerá en mí á su señora... y ¡ay del que osare á mi huesped!... Vamos pues!

—No puedo aceptar ese heroico sacrificio. La salvación á tal precio no es digna de un caballero español.

—Pero... si no hay otro medio...

—Deshonra por deshonra, caiga sobre mí.

—¿Qué pesa una triste dama en la balanza de la razón de estado?...

(Continuará.)

ROMANCE.

Asomado á una ventana del alcázar de Segovia el niño infante D. Pedro del fresco del aura goza. En el pecho y en los brazos de su nodriza se apoya, que con ósculos alegres sus caricias galardona. ¡Cómo el placer se retrata en sus mejillas de rosa! que en la sonrisa de un niño refléjase su alma toda. ¡Cómo contempla inocente del campo la verde alfombra, las blancas nubes del cielo, las libres aves canoras! Mira á sus pies el Eresma que agita sus claras ondas, bruñido espejo de plata que el sol al morir colora. Y un precipicio mas cerca cubierto de negras sombras, que ha de contar á los siglos una tragedia horrorosa. El gozo que el alma siente quisiera decir su boca, y con débiles acentos piensa explicar lo que ignora. En esto cruzó volando una fugaz mariposa, llevando el luto en sus alas de Castilla á la corona. Vióla pasar el infante, tendió su mano gozosa... y el rey Enrique segundo la muerte de un hijo llora. Que en vano asíó la nodriza aquellas flotantes ropas; rodó el infante al abismo, y un ángel subió á la gloria. La que cual madre le amaba, y el triste caso vió sola, gritando, «Señor, valedme!» de la ventana se arroja. Hoy en sepulcro de mármol el muerto niño reposa, y la noble y fiel nodriza vive en la humana memoria.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

EL TESORO.

Ó SEA

EL ALDEANO Y LA FORTUNA.

Fábula.

Cantando lleno de gozo sin dejar tregua á la mano, un inocente aldeano formaba profundo pozo.

Pasó entonces la fortuna y le preguntó: ¿qué tiendes con el trabajo que emprendes, aunque sea inoportuna?

—Estoy buscando un tesoro
donde señalé el zabori.

—¿Quieres encontrarlo, di,
y al punto llenarte de oro?

Pues emplea tu azadon
con mas oportunidad:
cultiva bien tu heredad
y tendrás de oro un monton.

Que halla un tesoro el activo
entendido labrador,
cuando riega con sudor
la tierra á que da cultivo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

EL TÚMULO.

Ese túmulo triste
contempla, bella Láura:
de un alto potentado
es la última morada.

Así pasan las glorias;
así las dichas pasan:

de la cuna al sepulcro
un punto nos separa.

Cual rosa, que al sol nace
y con el sol acaba,
tal nuestra frágil vida
hacia su ocaso marcha.

Si tan corto es el plazo
que á la existencia humana
entre negros pesares
la Providencia marca,

¿Por qué en desdenes pierdes
tu mejor tiempo, Láura?
Si hoy eres fresca rosa
del céfiro halagada.

Mañana, al verte mística,
marchita y deshojada,
ese mismo airecillo
esquivará tus ansias.

M. C.

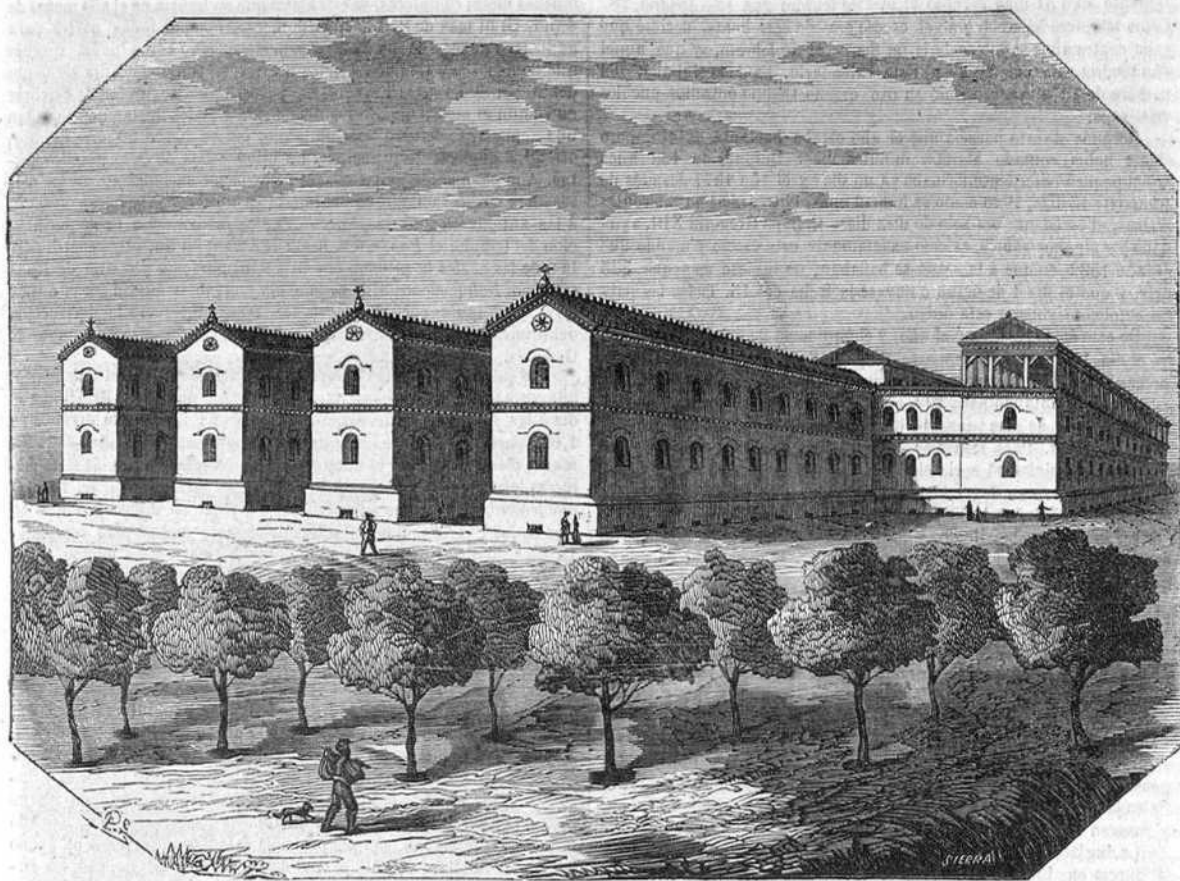
SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 20.

*Quien de vidrio tiene el tejado, no lance piedras
al de su vecino.*

CARICATURA.



(Distraccion de los guerreros destinados á Crimes.)



Vista del hospital de la Princesa en el estado en que se encuentra.

ENSAYOS HECHOS POR LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS para componer un calendario exacto.

Es interesante conocer los ensayos que los pueblos mas instruidos han hecho para rectificar el calendario.

Los antiguos egipcios, cuya ciencia fué conocida desde el tiempo de Moisés, formaban su año de 12 meses, y cada mes de 30 dias. A estos 360 dias añadian cinco complementarios, sin tener en cuenta para nada las seis horas. Principiaba su año con el dia mas largo, cuando la estrella llamada *Sirius* y tambien *Canicula*, de donde han tomado su nombre los dias caniculares, salía al mismo tiempo que el sol, anunciándoles las crecidas del Nilo, cuyas salidas de madre anuales fertilizan aquel país.

Las semanas de los egipcios eran tambien de siete dias; probablemente porque sus astrólogos designaban sin razon las siete estrellas siguientes, como siete planetas en este orden: Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna. Atribuíanse á estos planetas toda clase de influencia sobre los hombres y sobre la naturaleza, pretendiéndose entre otras cosas que cada planeta presidia á una hora del dia. Principiando por el sábado, se encuentra para Saturno la 1.^a, la 8.^a, la 15.^a y la 22.^a, razon porque se le ha llamado dia de Saturno, y entre nosotros por contraccion sábado. La 2.^a, la 9.^a, la 16.^a y la 23.^a decían que estaban colocadas bajo las influencias de Júpiter; la 3.^a, la 10.^a, la 17.^a y la 24.^a bajo la de Marte; la 4.^a, la 11.^a, la 18.^a y la primera de la mañana siguiente bajo la del Sol, de donde se le llamó dia del Sol, y entre nosotros domingo (del latin *dominica*, dia del Señor.) Si volviendo á principiar y siguiendo el mismo orden, se continúa contando, la primera hora del dia siguiente pertenecerá á la una, y efectivamente, de aqui ha tomado el nombre de lunes. Por el mismo cálculo se encontrará á Marte para la primera hora del dia siguiente, que fué llamado martes; Mercurio para la primera del dia siguiente, que se llamó miércoles; Júpiter para la de la mañana siguiente, que tambien por contraccion se ha llamado jueves; y finalmente, Venus por

el último que se ha llamado viernes. Los nombres de Marte, Saturno, etc., que aqui empleamos son los que con mucha posterioridad á los antiguos egipcios dieron los romanos á los dioses de su mitología, y por consiguiente á los planetas.

Parece que los griegos no conocieron el año regular antes del sabio Solon de Atenas (en 594 antes de Jesucristo). Solon compuso entonces su año de 12 meses, de 4 30 y de 29 dias. Interálábanse en seguida, sin regla cierta, los dias que faltaban; de suerte que habia años que solo tenían 334 dias, mientras que otros se componian de 384. Dividióse cada mes en décadas ó periodos de diez dias.

Los romanos fueron mas entendidos en esta materia. Verdades que su año habia sido muy irregular en su origen, pues principiaba el mes de marzo; pero el segundo rey de Roma, Numa Pompilio (700 años antes de Jesucristo), añadió á los 10 meses conocidos dos nuevos: enero, que se llamó así del dios Jano, y febrero, cuyo nombre se refiere á ciertas lustraciones que entonces se celebraban. Estos dos meses se colocaron luego al principio del año; después venian en el orden siguiente: marzo en honor del dios de este nombre; abril, tomado de la palabra latina *abrir*, pues en efecto se principió á abrir la tierra en este mes; mayo, en honor de la diosa Mayo, madre de Mercurio; junio, de la diosa Juno; julio, del célebre Julio César; agosto, por contraccion del nombre del emperador Augusto; setiembre, en el sétimo mes cuando principiaba el año en marzo; octubre, el octavo; noviembre el noveno y diciembre el décimo.

En tiempo de Numa eran desiguales los meses. Cuatro tenían 31 dias, siete 29, mientras que febrero solo tenia 28, lo que no componia sino un año de 335 dias. Muchas veces habia habido que intercalar los dias subsidiarios para estar conformes con la marcha del sol; pero unas veces se intercalaban muchos y otras pocos. Julio César, en su cualidad de gran pontífice, se vió en la necesidad de remediar esto, porque el año estaba en una confusion tal, que el equinocio de primavera aun no habia llegado en mayo. Asistido por algunos sabios astronómicos, consiguió restablecer el orden en los cálculos; intercaló 90 dias y mandó que en lo sucesivo se compusiese el año de 365 dias, que principiarían el 1.^o de enero, y que los meses tendrian alternati-

mente 30 ó 31 días, excepto el mes de febrero que solo tendría 28. Como entonces se creía que el esceso era de seis horas, decidió que cada cuatro años se intercalaría un día el 24 de febrero, y que aquel año tendría este mes 29 días. Este calendario, llamado Juliano, del nombre de su autor, continuó en uso mucho tiempo entre los pueblos cristianos.

Después de esto parecía que el año estaba bastante exacto; pero César había contado algunos minutos mas. Después de 128 años aquel pequeño escedente formaba ya un día, y el año 1577 después de Jesucristo 15 días. Pero como se habían omitido tres días en diferentes épocas, el escedente era solo de diez días. El papa Gregorio XIII, ayudado por algunos sabios, calculó exactamente este esceso y mandó que el año 1582, en que á la sazón se ballaban, no tuviese mas que 355 días, y que el día 4 de octubre llevase la fecha del 15. Todos los países católicos siguieron esta orden.

De este modo se ordenó el año, y el equinoccio de primavera no cayó el día 10, sino el 20 de marzo. Necesitábase sin embargo adoptar precauciones para lo sucesivo, é impedir que no se contase demasiado escedente. Adoptando para 100 años 25 días para intercalar, se hubieran tomado de mas unas 19 horas; lo que, después de 400 años, daba 76 horas. Para remediar Gregorio este inconveniente decidió que cada tres siglos no sería el año bisiesto; así, pues, los años 1700, 1800 y 1900 habían de ser años ordinarios, debiéndose hacer las intercalaciones en los años 1600 y 2000. Verdad es que á lo largo acabará por ser inexacto este cálculo, y que llegará el momento en que deje de estar en armonía con la naturaleza; pero ya se ocuparán de ello si quieren nuestros descendientes.

Cuando Gregorio XIII verificó la reforma del Calendario, se encontraban en todo su auge las querellas religiosas, y como era un Papa el que proponía la medida, los protestantes y los cismáticos en general se obstinaron en no adoptarla; quedaron pues atrasados primero en 10 días, después del año 1700, en 11, en atención á que según el calendario Juliano, había hecho este año bisiesto. Tal diferencia de cálculo causó tanta confusión en lo concerniente á las fiestas, á las ferias y á otras relaciones sociales, que por último una parte de los protestantes pensó en imitar á los católicos. En 1700 se decidieron á adoptar el Calendario Gregoriano, y después del 18 de febrero, omitieron 11 días, y pasaron inmediatamente al 1.º de marzo.

La Inglaterra no adoptó esta reforma hasta 1752; la Dinamarca y la Suecia en 1753, y en 1778 desapareció la última discordancia que existía entre las dos confesiones, sobre el día en que había de fijarse la fiesta de Pascuas. Unicamente la Rusia conservó el calendario Juliano, quedando atrasada en 12 días.

El cálculo de tiempo fué muy imperfecto entre los judíos hasta la cautividad de Babilonia. La noche estaba dividida en tres secciones; la primera desde el ponerse el sol hasta media noche, la segunda hasta el primer canto del gallo, y la tercera, que se llamaba de la mañana, hasta salir el sol. Después los romanos dividieron la noche en cuatro partes. Los judíos dividían el día en cuatro grandes secciones, cada una de las cuales contenía otras mas pequeñas que se llamaban horas, cuya duración variaba según la estación. La semana comenzaba el sábado al anochecer y concluía con el sábado. Se conocían ya 12 meses lunares que principiaban á la primera aparición de la luna nueva, celebrándose esta fiesta con sacrificios. Para restablecer la armonía con la marcha del sol, tenían que intercalar días, puesto que el año lunar solo tiene 354 días y unas 11 horas. El año principiaba con el equinoccio de primavera. Los levitas debían examinar lo primero si se podría verificar la cosecha de la cebada 16 días después; en caso contrario se intercalaba en el año un 13.º mes, y solo á la conclusión de este principiaba el año siguiente; al primer día del mes de Nisan, e 116, es decir el segundo día de Pascua, se ofrecían á Dios espigas de cebada ya madura como primicias de la cosecha, que no principiaba sino después de este acto religioso, y que por lo común concluía al cabo de siete semanas. Las principales fiestas eran: la de los días de Azy-mos, llamada también la Pascua; la de Pentecostés, llamada también la fiesta de las semanas, en conmemoración de la ley dada en el monte Sinaí; la de la luna nueva, que se celebraba el primer día del séptimo mes, por el que principiaba el año civil de los judíos; la gran fiesta de Propiciación, que era un día de ayuno; en fin, la de los Tabernáculos, destinada á dar gracias á Dios por la cosecha de los frutos y del vino.

En todo el tiempo que trascurrió entre la vuelta de la cautividad y la destrucción del segundo templo el año 70 después de Jesucristo, no se determinó el año de una manera astronómica; pero los meses y las fiestas estaban distribuidas poco mas ó menos como entre nosotros. El nuevo mes principiaba luego que dos hombres dignos de fé atestiguan haber visto el cuarto creciente; si esto sucedía el día 30 del mes no tenía mas que 29 días y se le llamaba defectuoso. Si no había este testimonio, permanecía completo el mes, y se principiaba naturalmente después del 30 al mes siguiente. Sin embargo, para no contar

muchos meses completos, se estableció que no habría en el año menos de 4 (hoy 5) ni mas de 8. Enviábanse mensajeros por todas partes para anunciar la época de las fiestas generales; pero como podía suceder que no llegasen á tiempo á ciertos lugares, se tomaba el día siguiente del 29 por el día de la luna nueva, y para tener seguridad de celebrar en comun al menos uno de los días de las grandes fiestas que duraban una semana, se habían acostumbrado, ora se diesen 30 días al mes, ora 29, á duplicar los primeros y los últimos días de estas grandes fiestas. Aun cuando los judíos conocen hoy mejor la longitud de los meses, han conservado sin embargo esta costumbre. Añadieron después á las antiguas fiestas las *Encenias* en conmemoración de la purificación del templo: el *Panin* ó la fiesta de *Aman*; en fin, otras cuatro fiestas, de las cuales la primera era en conmemoración del sitio de Jerusalén por Nabucodonosor; la segunda la toma de la ciudad por el mismo Rey, y después por el Emperador Tito; la tercera la destrucción del primero y del segundo templo; en fin, la cuarta por el asesinato de Gadolias.

Los judíos de nuestros tiempos han arreglado mejor el Calendario, aprovechándose de los conocimientos de otras naciones. Principian el día á las seis de la tarde. Cada una de sus 24 horas está dividida en 1,080 partes, y cada una de estas en 76 momentos. Los días de la semana, principiando por el domingo, están designados con las siete primeras letras de su alfabeto. A los 12 meses suelen añadir un 13, llamado *Veadar*, que tiene siempre 30 días, y que se intercala antes del mes de las Pascuas. Han de intercalarse siete meses para completar 19 años solares. Cuentan los años desde la creación del mundo.

El Calendario de los turcos se compone de un año lunar de doce meses, alternativamente de 29 y de 30 días. Le han recibido de su profeta Mahoma, quien hizo pocos cambios en el Calendario árabe tal como era en su tiempo. Los turcos principián el día á las seis de la tarde, se compone de doce horas, cuya duración varia según las estaciones, así como la de la noche. Su semana es de siete días, y el viernes, que llaman *dehuma*, es su domingo. No han intercalado jamás mes alguno, de lo que resulta que su año nuevo recorre, retrocediendo, todas las estaciones en 55 años. Sin embargo, los turcos instruidos conocen un calendario mas regular, determinan como los judíos el principio de cada mes por la aparición de la luna nueva, teniendo mucho cuidado en ello, sobre todo en la luna nueva del noveno mes, llamado *Ramadan* ó *Ramazan*, porque principia entonces entre ellos un ayuno general de 30 días, durante el cual nada, excepto los viajeros, los enfermos y las nodrizas, puede, so pena de muerte, tomar ningún refrigerio antes de ponerse el sol; pero se indemnizan por completo en los festines y en los regocijos de la fiesta del *Bairan*, en los tres primeros días del décimo mes. El pequeño *Bairan*, que se verifica el día 10 del duodécimo mes, termina la ceremonia que acompañan á la peregrinación de la Meca. La era de los turcos data desde la huida (Hegira) de Mahoma de la Meca á Medina, que tuvo lugar el 10 de julio del año 622 después de Jesucristo.

Los chinos tienen también un año lunar de 12 meses de 29 y 30 días. Intercalan siete meses en 19 años; principian á contar las lunas del día desde las once de la noche, y dividen el día y la noche en doce partes, cada una de las cuales está dividida en cuatro cuartos: tienen además un cielo de 60 meses, de suerte que no vuelve el nombre de cada mes sino cada cinco años.

Todas las naciones cristianas de Europa, excepto los rusos y los griegos, siguen hoy el Calendario Gregoriano.

La costumbre adoptada por los pueblos cristianos de datar su era desde el nacimiento de Jesucristo, nos trae como por la mano á decir alguna cosa acerca de la cronología ó del cálculo del tiempo. Como que los pueblos antiguos determinaban de una manera completamente diferente unos de otros la duración de sus años, es muy difícil verificar sus fechas, comparándolas con nuestro actual Calendario. No se puede determinar con exactitud á qué año de la creación del mundo, según las Escrituras se refiere el en que nació Jesucristo. Por lo común se cree que fué en el 4000. La fecha de los acontecimientos anteriores á Jesucristo se determina de dos maneras, ó contando los años que han pasado desde la creación, ó haciéndolos retrogradar desde el nacimiento de Jesucristo. Así, por ejemplo se dice que el diluvio se verificó en el año 1636 después de la creación, ó el 2544 antes de Jesucristo. Se menciona también en los Calendarios una era de Nabonassar: era este un rey de Babilonia, desde la fecha de cuyo reinado se principiaba á contar la era que lleva su nombre, principió el 26 de febrero (747 años antes de Jesucristo, ó 3233 después de la creación). Pero esta era, de que solo han hecho uso algunos sabios orientales, tiene poca importancia para nosotros. Lo mismo sucede con las olimpiadas de los griegos. Este pueblo celebraba cada cuatro años el 1.º de julio, cerca de Olimpia, luchas y juegos públicos en honor de los dioses. Una olimpiada es pues un período de cuatro años, y la era llamada de las olimpiadas principia con la primavera que se celebró el año 3224 del mundo, ó 776 años antes de Jesucristo.

Largo tiempo después del nacimiento de Jesucristo, los cristianos del imperio romano contaban sus años datando desde la fundación de Roma. El año 284, después de Jesucristo adoptaron una nueva era, llamada era de los mártires ó de Diocleciano, por las persecuciones que sufrieron los cristianos en tiempo de este emperador. Pero estas diferentes eras producían tantas discusiones, sobre todo cuando se trataba de celebrar la fiesta de Pascuas, que un abad de Roma, llamado Dionisio el Pequeño, propuso calcular los años desde el nacimiento de Jesucristo. En 532 se introdujo por la primera vez el uso de esta era que fué sucesivamente adoptada por otros cristianos. Debemos pues decir el buen abad no profundizó bien en sus cálculos la historia del tiempo, puesto que colocó la época del nacimiento de Jesucristo cuatro ó seis años después que realmente se verificó. Este error ha continuado por la dificultad de verificarlo.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO SESTO.

Es nuestro particular empeño manifestar, que una serie de causas subjetivas y objetivas, se oponen á la existencia del conjunto de relaciones necesarias para que un arte, una filosofía, una literatura cualquiera, influyan sobre otra, comunicándola su propia vida y forma.

Hemos apuntado entre las causas subjetivas, una muy principal estético-filosófica, sacada de la naturaleza y espíritu mismos de las literaturas orientales. Nos proponemos ampliar cumplidamente estas causas subjetivas en el exámen filosófico de los elementos que entran en la formación de la literatura hispano-arábiga. Pasando después á las causas objetivas, nos fijamos en las puramente históricas, y bajo este determinado punto de vista recorrimos todo el siglo XI. Antes de dicha época, es de todo punto inútil indagar la existencia de relaciones entre las dos literaturas de que hablamos; porque mal puede existir la comparación, cuando de los dos términos que la componen falta uno: en el caso presente el término que falta es la literatura provenzal que no existe formada en este siglo.

Explicamos igualmente en el mismo artículo y como preludio de nuestro relato histórico, confesando empero que era ajeno al curso de nuestros estudios puramente literarios, la principal causa de la decadencia del imperio cordobés, atribuyéndola nosotros á la relajación del poder central en manos de los últimos califas; entes despreciables envueltos en los ignominiosos pliegues de un doble raquitismo físico y moral. Aprovechamos, por último, tan oportuna circunstancia para citar la opinión del docto Montesquieu y la nuestra, sobre este linaje de asuntos y hacer una alusión á las cosas de nuestro país, que á parte de lo respectivo al amor considerado como elemento de arte en la literatura provenzal, lleva en sí una gran verdad que tarde ó temprano hemos de ver realizada.

Continuemos ahora, en la breve consideración histórica de los hechos que en los últimos años del siglo XI, en el trascurso del XII y primera mitad del XIII; es decir, desde el año 1086 hasta el de 1246, son insuperable obstáculo á las relaciones internacionales de que acabamos de hacer mención.

Las naciones son como los individuos. Cuando estos se hallan en su período ascendente, en el período de su juventud y virilidad, sus fuerzas morales é intelectuales se desarrollan á compás de sus fuerzas físicas. Este brillante período de la vida humana es el período de la creación, del entusiasmo, de la gloria. Todas las manifestaciones de nuestra actividad, sean cuales fueren, llevan fija é indeleble la señal de la época de nuestra existencia en que salen á luz. Señal que no es otra que ese carácter de vigor y robustez que les imprime la fuerza creadora de donde dimanar. Así se explica como en ese gran período de las naciones y de los individuos, las manifestaciones puramente ideales de la creación humana; las letras, las ciencias, las artes; y sus manifestaciones reales y sensibles; el comercio, la industria, las grandes empresas, ya pacíficas, ya guerreras; y todo cuanto denota en los pueblos grandes recursos de actividad intelectual y física, está basado sobre robustos principios, tiende á gran perfección, se lleva á cabo con abundantes medios y produce felices resultados.

El hecho pues, natural, sencillísimo, de tener consistencia y brio las creaciones del hombre en una época determinada de su vida, se reproduce, íntegro, con las mismas condiciones y circunstancias en la vida de las naciones. Cada una de ellas tiene su siglo de oro, su época famosa de virtud y de creación: y véase cuán grande, cuán opulento desarrollo toman en esta época de fecundidad todos sus hechos sociales, religiosos, morales, políticos, científicos, literarios y artísticos. Si

en la vasta llanura ideal en que, á manera de dispersos grupos de arbustos que la matizan, se nos aparecen las naciones del orbe, una de ellas se eleva á grande altura en ese feliz siglo de oro, en ese tiempo de juventud, de virilidad y acción de que hablamos; si su vasta sombra cubre á todas las demás que nacen, crecen, ó decaen y mueren á su lado; en este caso, nosotros admitimos las influencias en ciertas y determinadas cosas y en limitada esfera. Si dicha nación ha de ejercer alguna influencia sobre otra cualquiera, invocando pasados recuerdos, despertando ideas adormecidas, depositando en su seno el germen de otras nuevas, ó aguijoneando su ambición, ó de otro cualquier modo seguramente que es llegada para ella la hora de verificarlo. Pasado su siglo de Pericles, de Augusto, de Leon X, de Luis XIV, ó como se quiera, el círculo de su fecunda sombra se irá poco á poco restringiendo, los destellos de su luz se irán apagando y su elevada estatura pronto se amenguará hasta el punto de quedar de nuevo reducida á la estatura común de las demás naciones. Su influencia, legítima, incontestable á la par que rica y esplendorosa, se habrá hecho pobre, mezquina, trivial, hasta desaparecer por completo. Esa nación poderosa que habrá llenado el mundo con el ruido de su nombre; que con su sombra bienhechora habrá cubierto á multitud de naciones y las habrá hecho germinar y desarrollarse sin tocar empero á su vida propia; cumplido que haya su misión, irá rápidamente disminuyendo su grandeza y la confundirá con las medianas proporciones de los demás pueblos.

Pero tan pronto como dejen de asomar al horizonte las últimas ráfagas de su pasado esplendor, se verán aparecer fuertes y donosos, los gérmenes de otra nacionalidad; se les verá crecer gradualmente, tomar desusado desarrollo y ocupar luego en el espacio el puesto que aquella deja vacío. Tal es, y no otra, la ley histórica y filosófica del progreso de los pueblos, no simultáneo y completo, sino gradual y sucesivo.

Hé aquí como, en caso de influir, influyen unas naciones sobre otras.

Mas ya que tratamos, con algun detenimiento la difícil cuestión filosófico-literaria de las influencias, como preliminar de lo que vamos á esponder en el presente artículo, espongamos, manifestado el primero, el segundo caso en que, ó todos, ó cualquiera de los elementos que constituyen la civilización de un pueblo, aunque débil este y decayente bajo distintos puntos de vista, pueden legítimamente influir sobre otro. El segundo caso de que queremos hablar es aquel en que, habiendo habido lucha entre dos pueblos, entre dos nacionalidades, como la hubo entre Grecia y Roma, entre esta y los pueblos del Norte, el pueblo vencido ha sostenido con el vencedor larga y reñida lucha y ha visto por fin fundirse en este su nacionalidad propia. Se necesita por lo tanto para que Grecia vencida y atada al carro triunfal que conduce al capitolio, á Perseo, á Pablo Emilio y á Mumio ejerza suave, benéfica influencia, sobre la ruda Roma, que la victoria del vencedor no sea completa, radical, absoluta; sino que sea una victoria parcial, incompleta, determinada: la victoria exclusiva de la fuerza bruta, no de la fuerza de la idea, de la virtud del sentimiento. Por eso decimos que es preciso que la victoria de un pueblo sobre otro se verifique en todas las manifestaciones diversas que constituyen su nacionalidad, para que vencida esta, confiese espontánea su inferioridad, reconozca y acepte el yugo moral, el yugo de la idea que se le impone.

Esa culta y provechosa influencia que reconocemos, con ciertos límites y en determinadas esferas, es el único consuelo que otorga benéfica la Providencia, en su desgracia; á los pueblos sujetos á ajenas voluntades, para hacerles llevar menos pesada y afrentosa la cadena de la esclavitud. Les permite contemplarse, como el gran Mario, dignos, majestuosos, imponentes, en medio de sus cadenas y contemplar asimismo al vencedor, orladas las sienes con la corona de la victoria, postrarse á sus pies, pedirle los consejos de su sabiduría y el destello de luz que ilumine su opaca frente.

Una nación vencida, humillada, escarnecida, lucha durante ocho siglos con brio, con heroico esfuerzo, para borrar la ignominia que mancha su frente, para sacudir el peso de sus cadenas, para reconstituir su bella nacionalidad, ajada en su flor, hecha pedazos y repartida entre sus enemigos. Mas la lucha de la que obedece contra la que manda, de la esclava contra la señora, es frente á frente, de igual á igual. Cada una pelea á la sombra que sobre ella proyecta el estandarte de la fé que profesa; con los sentimientos que alientan su corazón; con la idea que agita su mente; con el recuerdo de su pasado; con el interés de su presente; con la gloria de su porvenir. Cada una combate por su religión, su política, su ciencia, su arte, su nacionalidad. Cada una tiene iguales esperanzas, abriga iguales ilusiones y dispone de iguales medios de realizarlas. Cada uno lucha con incerta pujanza, sostiene con denuevo el puesto que ocupa, ó se retira con honor del combate para recuperarlo luego. Cada una de estas naciones conserva intacta su nacionalidad y se separa de la contienda sin menoscabarla un quilate. Si se suspende un momento la sangrienta lid, si se

len de la palestra los combatientes, es para avistarse como leales, tratarse como buenos, socorrerse como amigos, agasajarse como compañeros y rendirse mutuamente tributos de admiración y aprecio. La pelea toma entonces mas donoso aspecto: los árabes cantan las proezas de nuestros héroes y nosotros celebramos las hazañas de sus adalides.

Y nosotros preguntamos ahora: colocadas dos naciones en semejantes circunstancias ¿puede la una influir sobre la otra? ¿en qué, cómo, cuando cabrá esa influencia? ¿no es esta la abdicación libre y espontánea de una idea, que en el terreno solo de las ideas, jamás en el de los sentimientos, admitimos nosotros las influencias, ó errónea, ó inferior á otra, ante la verdad ó superioridad de otra idea? Y cuando cada una de las partes que luchan en el terreno de los hechos y en el de las ideas, crece, está íntimamente persuadido que el lema que lleva escrito en su bandera, que la idea, que alienta su pecho y arma su brazo, es la mejor, la mas elevada y santa; ¿cómo cada una de estas partes enemigas ha de entregar á su contrario la bandera que la guía en el combate para verla humillada, arrojada por el suelo? Así explicamos nosotros cómo no ha podido haber mutua influencia entre dos nacionalidades distintas y opuestas, aun cuando por tan largos años hayan confundido su existencia bajo un impuro suelo y vivido, por decirlo así, bajo un mismo techo.

Explicada la difícil teoría de las mutuas influencias de los pueblos tal cual nosotros la comprendemos, y vistas las circunstancias en que pueden verificarse, pasemos á examinar cómo en el período histórico comprendido entre los años 1086 y 1246, las críticas, las borrascosas circunstancias por las cuales pasa la nacionalidad hispano-musulmana, lejos de ser propicias á cualquier influencia próxima ó lejana le son radicalmente contrarias.

Las naciones como los individuos tienen sus períodos de desasosiego de ánimo, de corrupción de corazón, de trastorno mental, de delirio, de locura, de vértigo. Grecia, Roma, Cartago, el imperio de Oriente, todas las naciones antiguas y modernas lo han tenido y nosotros atravesamos en este momento tan fatal período.

Después de haber largo tiempo gastado su estéril actividad en pueriles luchas intestinas, en raquíticas y extravagantes ambiciones, en crímenes, en perfidias sin fin, esos reyes de carnaval que habían sentado su trono de un día sobre el vasto cadáver del califato cordobés, cansados de blandir la inútil espada y de teñirla infecunda en sangre musulmana; cansados de sí mismos, avergonzados de ver su imagen reproducirse fea y asquerosa en sus propias obras; hartos de gozar de una libertad anárquica y monstruosa, abandonaron sus insanos proyectos, depusieron sus pequeñas ambiciones, renegaron de una libertad que en contra suya se tornaba infausta, y buscaron, anhelaron mas bien, duro, férreo yugo.

Mientras los pueblos están cegados por las pasiones que la mano de Dios ha desencadenado contra ellos, cual si fueran vientos de Eolo, se entregan, con color de buscar una libertad absolut, un círculo de acción ilimitado, á todos los errores, á todos los desaciertos, á todos los crímenes, á todos los desmanes de que es capaz un pueblo en ese período febril y calenturiento que hemos indicado. Caminan como locos, obran como mentecatos, divaga su razón extraviada, cual funesto planeta, piérdese su inteligencia en imposibles concepciones, en mentidas felicidades, en pueriles ensueños. Figúranse insensatos ser libres y felices porque sueñan serlo.

Mas cuando el dedo de la Providencia ha apartado el velo que sobre sus ojos se corria denso, cuando ha despejado la candente atmósfera que tenía trastornada su mente y corrompido su corazón, reconocen el error en que han vivido durante el período de su locura, lo confiesan humildes, y reniegan pesados de una libertad que pronto se trueca, en las naciones como en los individuos, en égida protectora de la deslealtad, de la maldad, del crimen. Si, porque la libertad política, tal como suele frecuentemente comprenderse, es tan solo anhelada con entusiasmo por el hombre criminal que busca en ella un escudo para luchar cara á cara con la ley, para vencerla y humillarla, y ostentar sobre sus ruinas su triunfante iniquidad. Solo es digno de esa libertad el pueblo virgen en las sendas del vicio; pero que ha andado largo trecho en el camino de la virtud, de la abnegación, del patriotismo. El buscar ese pueblo feliz entre las modernas naciones de Europa, es pretender ver realizadas las utopías concepciones de Platon y Aristóteles, los infantiles ensueños de Thomas Morus y Campanella.

Ya que se conocieron corrompidos, débiles, indignos de una libertad arrancada por medio del crimen, al decaimiento físico y moral de los últimos vástagos de la dinastía de los Beni-Omeyas; esos mandarines de carnaval, esos personajes de comedia que jugaban á los reyes en el suelo andaluz, se despojaron de sus mantos de escarnio y formaron con ellos un manto imperial para un nuevo califa. Hecháronlos humildes sobre los hombros de otro Abd-el-Rhaman, de otro fundador de imperios, de otro reconcentrador en una sola de mil actividades aisladas é infecundas, y llamaron para que les gobernare al rudo Yus-

suf-ben Tachfin, especie de Atila africano, que acababa de fundar en Marruecos el vasto imperio de los Almoravides.

Aquel funesto período, que en otro lugar hemos rápidamente bosquejado, y cuya ensangrentada sombra se proyecta toda entera sobre el espacio que media entre los años 1051 y 1086; cuando con el último suspiro de la oscura agonía de Hixem III coinciden los gritos de rebelión lanzados por los gobernadores de las provincias, trocándose de súbitos en reyes; cuando crece el territorio musulmán bajo los golpes fraticidas de los que mutuamente se disputan el desapacible fruto de su rebelión; cuando toma mayor incremento el fuego de la contienda por los combustibles que á ella arrojan los monarcas de Aragon y Castilla; cuando todo en fin, en nuestro suelo es lucha incesante, sangrienta, inhumana; cuando todo es traición, crimen, perfidia, ruina y muerte; aquel funesto período que ha tiempo yacía bajo la losa del sepulcro, toma de nuevo formas humanas y aparece descarnado, pavoroso, terrible, en el intervalo que separa los años de 1086 y 1146.

Duñeo Yussuf del suelo que obedece á los reyes andaluces, apenas sienta en él su firme planta, conviértelo prontamente en un vasto y bien fortificado campamento que dé frente al que en la otra mitad de la península han formado los reyes de Navarra, Castilla y Aragon, reunidos en el momento del peligro bajo comun estandarte. Entáblase la lucha entre ambos pueblos, en proporciones grandes como nunca, y pelean ambos con valor, con entusiasmo, con ira, con encono: y no se oye en las ciudades y en las aldeas mas que el estruendo de las armas, las aclamaciones de los vencedores y los gritos de desesperación de los vencidos. Y si los hay son sobremanera raros, y piérdese en el espacio los débiles ecos de la lira del poeta: son ecos de lucha, de venganza, de exterminio, de muerte. Son ecos opuestos á los de la placida lira de los provenzales que canta á la sazón venturosa y alegre, como la de los pastores de Virgilio, las delicias de amena campiña, las dulzuras del amor, la belleza de una dama, el bello decir de un caballero, y cuanto tiene la vida del hombre de gracioso, de apacible y de tierno.

Sin embargo, la lucha se agranda, la pelea se encrucece á medida que la feliz estrella musulmana arebata su decreciente resplandor á la estrella española que se oscurece por completo en Zalaca y Uclés. Y continúa tenaz é implacable la sangrienta lid: y siguen los postreros días del siglo XI tan agitados, tan borrascosos como los anteriores; tan tristemente funestos para las letras, para las ciencias y las artes: y oyes apenas entre tantos ruidos encontrados, entre tanto pavoroso estruendo, en tan terrible alarma, allá á lo lejos y como los últimos ecos de una lira que se rompe, la severa voz del filósofo Averaxes enseñando las ingeniosas teorías dialécticas del maestro de Alejandro, á pueblos que luchan enemigos con la fuerza del brazo y la lógica de las armas.

La segunda mitad del gran drama social á que ahora asistimos, en el tercer período de la vida de los árabes españoles, se estiende al través de todo el siglo siguiente, entre los años 1146 y 1246, y se manifiesta tan terrible, tan tempestuosa, tan fecunda en trágicos acontecimientos como la primera.

La dinastía de los almoravides, relámpago fugaz que cruza, ilumina y oscurece á la par el horizonte, había sucumbido á impulso de las mismas causas que dieron muerte á la preclara dinastía cordobesa.

En los países orientales está, y debe estarlo, de tal modo constituido el poder público que los rige, que sus buenas ó malas condiciones de vida están ligadas á la suerte de un solo hombre. Como la idea de gobierno es correlativa á la idea de organización social, se reproducen fieles en esta todas las fases diversas por las cuales pasa la primera. Si el poder central se mantiene fuerte, vigoroso y ordenador, la organización social, como consecuencia inmediata, se conserva firme, unida, igual, y camina sin deterioro ni menoscabo á impulsos de la mano experta que la guía. Mas cuando aquel enferma, se deleita y caduca; cuando la vigorosa mano que le tiene esido, impotente, ineficaz para sostenerle, se dobla y le deja caer por el suelo para que multitud de otras le recojan; cuando esto sucede en su pueblo, se rompe el equilibrio, se trastornan y enredan todos los elementos que forman la vida pública de las sociedades y en medio de este caos, de esta confusión, de esta anarquía de los hombres y de las cosas, de los poderes y de las instituciones, de los sentimientos y de las ideas, se elevan á la superficie de ese mar borrascoso que agita febrilmente sus entrañas, las heces sociales, lo que un pueblo encierra en su seno de mas auzar, de mas repugnante, de mas ignominioso. Esas heces sociales; esos elementos deletéreos y ponzoñosos que bullen bajo cualquier organización política; esos elementos disolventes que en lenguaje de la ciencia de gobierno se llaman hombres de revolución; cuando conocen que yace por tierra vencido y humillado el poder regulador de las naciones, aparecen, como sombras evocadas por mágico poder, sobre sus ruinas, crecen y medran poderosos y se elevan á grande altura y traquetean y atormentan á los pueblos so color de ser ellos solos la genuina expresión de su voluntad triunfante.

Esos seres audaces que imponen á los pueblos un poder tiránico y suspicaz, se divisan tranquilos en medio de la tormenta que han levantado, como los náfragos de quienes habla Virgilio *rari nantes in gurgite vasto*.

Los descendientes del esforzado Yussuf, vástagos indignos de tan ilustre raza, ramas débiles y enfermas de tan robusto tronco, vagos y pálidos reflejos de una luz, en otro tiempo tan viva, cedieron pronto al empuje del viento de tempestad que comenzaba á soplar impetuoso y se oscurecieron al aspecto de la nueva ráfaga luminosa que cruzaba el horizonte. Incapaces de llevar mas tiempo el peso del vasto imperio que habían heredado, sacudieron los hombros y dejaron rodar por el suelo. Y como siempre hay en los pueblos quien pasa la vida á caza de andrajos de poder, y esto se llama en moderno estilo, abnegación, virtud, patriotismo; como siempre hay quien lucha por asir lo que otro tiene en la mano, bajo pretexto de servir á la patria; apresuráronse á recogerlo los que conspiraban por agorrar el poder de los sucesores de Yussuf, tan luego como le vieron abandonado. Incapaces ellos mismos de sostenerle fuerte y vigoroso le dejaron á su vez caer y abalanzáronse otros para asirle de nuevo, repitieron las feroces, las

Este último, aunque brillante asilo de la morisma española; este reino de Granada que despidió antes de apagarse destellos de radiante y fecunda luz; este reducido estado que parece concentrar en sí todas las glorias y desdichas de la raza oriental, y ser el precioso resumen, la bonita síntesis de su florida nacionalidad, forma, como hemos dicho, la segunda faz ó período de la civilización árabe-española. Mas perteneciendo este lujoso período de la vida oriental á los siglos XIII, XIV y XV, cuyo tiempo corre paralelo y en desasosegado contraste con la decadencia y muerte de la literatura provenzal, no es de nuestra cuenta y riesgo continuar en el exámen de las causas históricas, que de hoy mas puedan impedir la reciprocidad de relaciones literarias entre ambos pueblos. Basta considerar que entre ellos se corre, como denso y tupido velo, la sombra que proyecta la gran nacionalidad española, casi constituida ya con los ilustres reyes de Aragón y Castilla que á manos llenas derraman imperecedera gloria sobre los indicados siglos. Ni la literatura árabe traspasa los límites del nuevo estado que forman las cien villas sobre las cuales ondea aun el estandarte del Profeta, ni los débiles ecos de la rota lira de los provenzales penetran mas allá del vecino país catalán.



(La vuelta del soldado breton.)

insensatas, y esterminadoras luchas, que concluyen con la dinastía almorávide. Yussuf había sucedido á Abd-el-Rhaman como enviado por el profeta para poner dique á los arroyos de sangre que inundaban su suelo predilecto.

Nacido en la oscuridad, educado en el olvido, entregado desde su niñez á las místicas prácticas de la religión Mohamed Al-Moumen, á semejanza de los dos ilustres guerreros que le habían precedido, en la misión de atajar los males de su patria había oído desde su apartada soledad, el crujir de las armas musulmanas bañándose en mútua sangre. Habíase lanzado de repente fuera de la gruta, y trocando el hábito de anacoreta por el traje guerrero, había acudido presuroso á la pelea y arrojado su espada en medio de los combatientes. En él comienza la dinastía de los almohades. Continúa también en él la lucha entre la cruz y la media luna, suspendida un momento por las querellas intestinas de los hijos del desierto allende los mares. Triunfante por vez postrera en Alarcos el poder musulmán, los brillantes destellos que arroja la estrella del Profeta son los rayos de luz del astro que se hunde en el Océano, de la lámpara que se sume en las tinieblas. Venido, humillado, puesto en vergonzosa fuga en Santarén y en las Navas de Tolosa, retirase prontamente á Granada á ocultar su derrota, á consolarse de sus pasadas desgracias.

Aquí nos detendremos en el exámen de los hechos históricos que si no las imposibilitan, al menos sirven de penosísimo obstáculo á las relaciones que en otras circunstancias pudieran haber dado origen á las influencias literarias que ciertos escritores apasionados, por motivos personales de todos conocidos, de cuanto á la civilización árabe se refiere, suponen haber ejercido el primero de estos pueblos sobre el segundo.

En los artículos siguientes examinaremos, bajo el punto de vista estético literario, ya que en la primera parte del artículo 3.º lo hemos hecho bajo el punto de vista propiamente filosófico, la índole, carácter y especiales tendencias de la literatura árabe en nuestro suelo, y particularmente su elemento lírico-erótico. Siendo el principal objeto de nuestros estudios considerar la naturaleza de este elemento en la literatura provenzal, haremos este examen por el método comparativo, y sentadas las premisas, deduciremos las consecuencias que venimos sosteniendo, como inconcusas verdades literarias, desde el principio de nuestra tarea.

ANTONIO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XIV.

(Continuación.)

—Solo sé que nací hidalgo, y que en las leyes de mi sangre jamás es víctima la mujer.

—¡Oh!... ¡qué idea de esperanza!...

—¿Cómo pues?...

—La ermita tiene una salida, que esos temerarios no interceptan porque no lo han menester.

—¿La de la iglesia, que desemboca sobre el camino?...

—Precisamente.

—¿Mas los caballos que tienen que cruzar por el zaguan próximo á la portería?...

—Si se hacen sentir, todo está perdido.

—Elvir y Mendaya les envolverán los cascos en pieles, y saldrán sin riesgo.

—Me place. A un lado esa dificultad.

—Golpear un timbre, presentarse Mendaya, y darle la orden y ponerla por obra el escudero, fué obra de un solo instante.

—Por la sacristía, continuó la condesa, entraremos al templo y...

—¿Y qué?... prosigue doña Ana... ¡me estrema esa turbación!...

—Acaso profanamos la casa del Altísimo... pero tendrá piedad en gracia de la buena voluntad.

—La guerra, como la necesidad, carece de ley.

—Una vez en la iglesia, obraremos como lo aconsejen las circunstancias.

Pero ganando felizmente la salida, en cinco minutos me dejás en seguro, y partes adonde te llama tu glorioso destino.

Belardo en esta sazón entró á dar por cumplidas las órdenes de su señora.

—Guiad, le dijo esta, echando á andar en su pos, asida del brazo del caballero.

Una descarga de arcabucería, y un alarido de combate resonaron en torno del santuario, y cortaron los pasos de la ilustre pareja y su taciturno doméstico.

—¡Ya es tarde!... clamó doña Ana, tomando presurosa á la entreabierta celosía.

—¡Infierno!... prorumpió D. Pedro, ahogando por respeto el resto de su militar imprecación.

Desde su recóndito mirador observaron nuestros dos personajes una escena que no podían esperar ciertamente. Un combate sustituido á una cita de amor no es peripecia que se ve todos los días.

Y un combate nada menos tenían ante sus ojos. Las cuchilladas iban y venían como si fueran regalos de Pascua. Había bote de lanza que valía un condado, y cintarazos de marca mayor.

Dos centenares de montadas lanzas venían peleando en desastrosa retirada contra un escuadrón de enlutados ginetes, que les acosaban con su irresistible empuje. Algunos corredores, que llegaron con el marqués de Astorga á la portería del santuario, hallándose con que sus batidores no habían franqueado la entrada, y que no podían guarecerse de la derrota al abrigo de aquellos muros, se apostaron en los setos y matorrales de la contigua alameda. Desde este improvisado atrinchamiento dispararon aquella rociada de mosquetería, que consternó á los fugitivos amantes. Pues viendo los irreflexivos soldados del marqués un trozo de caballería que deslizábase por el camino de Villabrágima creyeron era el enemigo, que intentaba cortarles por retaguardia, y dispararon sobre ellos una granizada, que lisiando malamente á unos, hizo volver bridas apresuradamente á otros, y desbandarse los demás. Cuando por los clamores de los heridos en su gerga tudésca conocieron la equivocación, renegaron de su atolondramiento y del mal consejo de su pavoreza.

El grueso de la gente imperial, que llegó en esto á las cercas del santuario, creyóse bien sostenido por los mosqueteros parapetados en la arboleda, y protegió por las gentes de guerra, que suponía dentro del edificio, y ordenando en lo posible sus filas, dió la cara nuevamente á los implacables guerrilleros.

Inmediatamente cayeron como un turbión sobre los desesperados realistas. Cruzábase las armas, derribábase en el choque ginetes y caballos, cruzan los golpes, y pronto amigos y adversarios pelean mezclados, confundidos en voluble y pavoroso remolino.

—¿Dónde está ese indigno ministro del Señor?... grita un guerrero,

que sale de la espesura, cabalgando en blanco palafren, y blandiendo tejante cuchilla. ¡A mí, á mí!... revoltoso Acuña!... á mí!... escándalo de la religión!

Cual una sombra traída por el viento, apareció ante el arrogante retador su probocado antagonista.

—Desde Villabrágima os vengo buscando, señor marqués!... á vos, el saltador de mis reales, á vos!... el violador de la paz! Pero teneis un jaco, que me rio yo del vendaball...

El marqués lanzó un ruido á esta punzante invectiva.

Vibró al propio tiempo su espada sobre la cabeza del animoso prelado. El golpe fué parado y devuelto con aplomo y bravura.

—Creisteis encontrarme dormido, le apostrofaba el comunero; y llegasteis como los lobeznos al redil... sin duda os daña los ojos la luz del sol.

Las espadas entretanto parecían dos serpientes de fuego en mortal y devoradora contienda.

—Os he predicado, como apóstol, la libertad y la justicia; os he perdonado como cristiano, la sin razón y el ultraje, os he llamado, como caballero, á la fé y al honor. Me habeis devuelto mancilla y amargura. Ahora empuñola espada de Gedeon y de Samuel.

La toledana hoja del marqués saltó á un grito de Acuña en tres ó cuatro pedazos, quedándose indefenso y á merced de su mala fortuna.

—Tomad otra espada, señor marqués, y aprended á respetar á los soldados de la nación.

Estas nobles y severas palabras del prelado comunero, en el instante que era dueño de la vida del desarmado enemigo, enrojecieron á este el rostro, é iluminaron los ojos de aquel.

Un grupo de combatientes se interpuso entre ambos adalides, y les apartó, mal su grado, de tan terrible duelo.

Los realistas llevaban entre tanto lo peor del trance. Acosados, divididos y mal trechos por los esforzados clérigos, que capitanea el indomable obispo, agotan los últimos alientos de su desesperación. El desaliento ha cundido en sus ánimos. Algunos fían ya su salud á la velocidad de sus caballos.

La pelea toca en el último episodio.

Una corta escuadra de jóvenes capellanes, después de haber puesto á varios tudescos que no hay por donde tomarles, aborda la posición de los mosqueteros, parapetados, en el fragoso plantío. Reciben sin gran lesión un disparo general, y saltando con brioso desembarazo los setos y matorrales, limpian en un momento de rujanas el peligroso bosquecillo.

Desde este momento los imperiales creyeron llegado su fin. Vuelven la espalda al riesgo, y echan á toda brida por barbechos y praderías, y se atorán atropelladamente en el angosto camino, cual manada de asustadizas raposas á la entrada de su madriguera.

Los comuneros se arrojan en su seguimiento, y les llevan molidos y mal andantes hasta las mismas cercas de la villa.

El reloj de la iglesia mayor vibraba una sorda y tristísima campanada.

CAPÍTULO XV.

MENSAJE REAL.

Aun no despuntaban los primeros asomos del día por las humildes colinas que corona el sombrío monte de Carvajal. El vigia de Tordehumos no había hecho la señal de la primera batida, y la fortaleza estaba silenciosa y tranquila, aunque no descuidada ni mal segura. Su castellano, encerrado en un pabellón de noche y mal recostado sobre el lecho de campaña, contaba impaciente los cuartos de velada que restan á la venida de la nueva luz; porque la cama es un potro de espinas, cuando las agitaciones del espíritu ahuyentan de los ojos la reparadora venida del sueño.

Y D. Pedro Giron no dormía, ni ha puesto nada de su parte para ello. Da por el contrario vueltas y mas vueltas sobre las blandas pieles de venado y tigre, y de vez en cuando murmura palabras vehementes, entre uno que otro mal compuesto vagido que pugna por escaparse de su pecho varonil. Hace un razonable espacio que así lucha con el angustioso pervigilio. Fatigada quizá su enagenación, ha intentado sacudir el peso de las impresiones dominantes, y ha querido apagar el fuego de su pensamiento, embotándole en una inercia, en una atónia moral y negativa, en la anonadación de todas sus facultades por un esfuerzo sobrehumano de la voluntad. Todo inútil. En medio de esa postración, en las tinieblas y vacío de ese prolapsus facticio surge bajo cualquiera forma lo mismo que se quiere olvidar; y sin quererlo, ni conocerlo, la mente se encuentra á poco víctima de la tiránica y dolorosa preocupación.

Grande sin duda es la que mortifica el espíritu de D. Pedro, y debe tener relación con asunto grave y de reciente cuanto poderoso interés. Ah!... Ya damos con el punto de nuestra indiscreta curiosidad. Sus

¡Ahí os acaban de pronunciar un nombre!... de su boca ha salido fugaz y ardorosa una palabra!—¡Flor del mar!...

Y la sigue un prolongado suspiro, que se estingue sin eco en la nocturna soledad.

Acaso no ha cerrado el convulso lábio, cuando el crudo son de una bocina le hace saltar del calenturiento y desordenado lecho; y se dirige á la mina que dá sobre la muralla del norte, y registra la avenida de la poterna, delante de la cual resuena la estrepitosa llamada.

—Ya sé quien es; prorrumpe de pronto parándose en medio de la estancia.

Repítase á este tiempo el marcial anuncio que pone en movimiento á la guarnición de la torre, y hace apuntar las ballestas por los adarbes.

—El es!... conozco la voz de su heraldo de armas, prosiguió el duque, hablando consigo mismo. ¡Calientes debe traer los aceites pardiez!...

—¡Plazo por la reina y la comunidad!... repitió ahora claramente el caballero precursor.

—¡Mensaje real!... contesta el de Giron, saliendo de su ensimismamiento.

Y dando dos pasos, corrió el pestillo á la maciza puerta, en ademán de salir del pabellón.

(Continuará.)

ULRICO DE ANDUZ.

(Continuación.)

—El señor Chartoux, me parece un hombre de bien...

—Sí, todo el mundo es hombre de bien: á lo menos así lo dicen; pero sabes que es cruel casarse, con ese hombre de bien por añadidura?

—Ya creo que tú no lo necesitas para nada.

—Pero él me necesita á mí; es una sombra que me va á seguir á todas partes... ¡y qué sombra! Tú no te puedes figurar nunca la revolución que hace en mí ese hombre, cuando le veo venir, con su casaca azul, su eterno chaleco blanco, y sobre todo con su figura que es una parodia de la figura de Myrrha. Te aseguro bajo mi palabra de honor que se me cae el alma á los pies cuando lo veo. ¿Qué será cuando ya esté casado?

—Viajarás.

—Y me seguirá. ¿No tienes tú suegro, Durand?

—Tengo dos; suegro y suegra.

—Ya lo entiendo. ¿Y qué haces con ellos?

—Hombre, amueblan la sala de baile, porque yo gusto de la sociedad.

—¡Ah! tú te resignas á todo, y yo... no me resigno á nada.

—Ya tendrás juicio con el tiempo.

—Eso quiere decir que estoy loco.

—No; pero te pareces al conde Gerard.

—Dale con el conde Gerard... Vaya, hablame algo de Myrrha. ¿Qué te parece?

—Encantadora: te lo he dicho mil veces.

—¿Y crees que me ama?

—¿Por qué no ha de amarte?

—Si te he de decir la verdad, no la encuentro muy cariñosa cuando está á mi lado.

—Eso es muy natural; una doncella es siempre tímida.

—¿La vispera de su casamiento?

—Sin duda.

—No es eso lo que se lee por todas partes en las novelas, en las comedias y en las óperas. Se ha apoderado de mi alma una idea que la atormenta de continuo; jamás hallaré una mujer que se eleve al uníson de mi amor, que me devuelva una llama tan ardiente como la mía. Destinado á atravesar la carrera de la vida con un corazón lleno de la mas impetuosa pasión, no recibiré en pago otra cosa que frías demostraciones, aconsejadas por la educación, las conveniencias y las preocupaciones sociales.

—No te quejes tan temprano, es el primer paso que das en el mundo, y declamas contra él sin conocerlo.

—Sí: he vivido hasta la edad de 24 años en mis Cevenas, y hace poco mas de uno que he entrado en la sociedad. Menos tiempo es bastante para conocerla: no, estoy seguro de que no seré feliz en ella. Todos mis días estan llenos de lágrimas; compro con horas de enojo algunos momentos de felicidad; y cuando esta felicidad llega la felicidad por que he suspirado tanto, la felicidad de estar sentado, al lado de una joven y hablarle de ella y de mi amor, nada sucede como yo me lo había figurado; ni digo lo que quería decir, ni me responden lo que yo esperaba. Acudo con tesoros de amor en mi pe-

cho, y mi pecho se oprime insensiblemente, y la voz me falta y aquel mundo de idea que yo venia á rendir á sus pies se desvanece como el humo. Suena en derredor de mí un rumor de palabras estrafías, hablanme una lengua que no entiendo. La pobre joven aprisionada en el círculo de las venalidades ordinarias, no siente un solo impulso que la eleve á aquella region ideal donde mi espíritu la llama para un casto coloquio. Sentados uno enfrente de otro, sus manos en las mias y mis ojos clavados en los suyos, ¡hay sin embargo un mundo interpuesto entre los dos!

Calló Ulrico y cogió el brazo de su amigo. Paseáronse largo rato todavía en torno del anfiteatro; no se oía mas ruido que el del viento que atormentaba las coronas de liquen y jaramago pendientes de los vomitorios, y el relinchar de los caballos colocados en fila ante las arruinadas galerías que servirían de asiento á los ediles y cónsules. El nocturno silencio que reina en torno de los monumentos antiguos es mas ruidoso que el estrépito de la borrasca entre las rocas de la mar, ó el murmurar del gentío en las plazas de una ciudad populosa. Aquellos anchurosos pórticos narran con voz solemne las lamentables historias de los pasados siglos. La noche interroga á las ruinas, y estas responden á la noche, permaneciendo mudas á las preguntas del día.

—Llama á la puerta de la conserjería, dijo Ulrico; date á conocer y entremos en el anfiteatro, que mas nos consolará el sentarnos sobre esas ruinas que sobre sitial de terciopelo.

—Abrió la reja el conserje, y entraron en las Arenas.

Vamos á sentarnos, dijo Ulrico, ante los palcos de las cortesanas: esta grada se la disputaba en otro tiempo la juventud de las Galias; hoy está abandonada y sola. ¡Qué tiempo aquel tan dichoso! Corria la vida arrebatando en su anchurosa carrera y sin dejar ni un momento á la reflexion ni á los pesares. ¡Qué pequeño es el hombre comparado con el de aquellas edades! Necesitaba entonces pedazos de montañas para que le sirvieran de cascabeles; velos de púrpura para sus parasoles; un pueblo de cortesanas para adorno de sus anfiteatros; los rugidos de todos los monstruos de Barea para servir de orquesta á sus dramas. ¡Aquello era vida! La melancolia y el fastidio son dos invenciones modernas, y en ninguna parte aparece tan clara esta novedad como en medio de estas ruinas. ¡Qué mezquinos nos hemos hecho! Tenemos teatros pequeños, pequeños retratos, comidas pequeñas y pequeños amores; sobre una uña pudiera escribirse el programa de los placeres que recibimos en la cuna. En la ciudad actual no tiene cabida la virtud ni la corrupcion; luchamos en medio de una civilización insulsa y fátua, con un código de moral que no es ni la religion ni la impiedad. Los trabajadores se dan por contentos de matar el tiempo; los ricos y los ociosos atraviesan las ciudades con la bolsa en la mano pidiendo emociones en cambio de su oro; gastan este, y no reciben nada en recompensa.

Todo está compasado en la existencia; se tiran á cordel nuestras sensaciones; un notario registra y numera nuestros goces; os regatea un padre el lecho nupcial de su hija; cotiza el éstasis, y reduce la pasión á tarifa; enciende un alguacil con papel sellado las antorchas de himeneo; se toma con seriedad este soplo epiléptico que llamamos vida, y se le divide en no sé cuántas casillas en los cartones del estado civil. ¿No te parece muy ridículo todo esto?

Sonreíase Ulrico amargamente desgranando un pedazo de cemento romano.

—Singular disposicion para el matrimonio, le dijo su amigo: miras el mundo desde la altura de 15 siglos. Y mucho habrás de achicarte para ponerte ahora á su nivel. Joven, rico, buen mozo, empleas para ser desgraciado el mismo esfuerzo que otros para llegar á ser felices. ¿Cómo se te ocurrió el enamorarte, pobre Ulrico?

—¿Qué quieres? es una fatalidad. Me encontré al paso una muchacha, y perdí la cabeza. Ahora soy cuerdo; mañana seré insensato. Me arrastra una pasión loca y... muy bien sé lo que me espera al cabo. Cuando haya consumado todos mis sacrificios, cuando esa mujer haya arrojado sobre mi cuello las hermosas cadenas de sus rubios cabellos, diré yo cruzando mis manos sobre la cabeza: ¡Con que no es mas que esto!

—Quizá.

—Sí: lo diré: estoy en este momento en mi intermitencia de razon: déjame discurrir. Es el último día de libertad que gozo. He querido subir muy alto esta noche para aprovechar el aturdimiento de mi caída y poner el anillo nupcial en el dedo de la esposa. ¡Oh! si fuese tiempo de volver atrás!

—¡El honor! ¡Ulrico, el honor!

—¡El honor! ¡pero acaso he comprometido yo á esta mujer? Ella me tiene distante como si fuese un escomulgado; la otra tarde me dió á besar la punta de su guante, y ha alborotado el mundo con esa bagatela. Cuando yo estoy rodeado de una atmósfera de amor, cuando la llama enrojece mi frente, y mis palabras caen de mis labios como centellas, su alma permanece tranquila y su rostro inmóvil y sereno.

Yo no conozco á las mujeres mas que por los libros. ¡Oh! ¡los libros las han calumniado si todas se parecen á Myrrha! ¡Mañana mismo puedo abandonarla sin haber ajado un pliegue siquiera de su virginal vestido!

—Pero tú no la abandonarás?

—Ah! ¿no estaré mañana otra vez á sus pies? Si mañana hay un baile en el castillo de Remouleus, baile hermoso, deliciosa noche! He venido aquí á recobrar fuerzas en este aire poderoso donde se ciernen tal vez heróicas sombras; no quiero sacudir en el umbral de la fiesta este polvo pegado á mis pies. Veremos mañana... Amigo mío! amigo mío! mira allí, á la derecha, hay un pórtico negro que encuadra la constelacion de Prion; baja mas la vista hácia aquel lienzo de pared hundido y cubierto de yedra: ¡distingues por aquella brecha un ángulo del palacio y un poco mas lejos un vidrio que brilla como un lucero, pues aquel es el cuarto de Myrrha, delante de la esplanada.

—Está velando la hermosa niña?

—Duerme, duerme con la tranquilidad de un ángel! Es su lámpara la que vela? Verás cómo su tez está sonrosada al levantarse. Los celos únicamente turban el sueño de las mujeres, el amor nunca.

(Continuara.)

A ELLA.

I.

A ella mis versos, mis cantos á ella dirijo tan solo, porque ardo de amor. Mi triste, doliente, y amarga querella tambien la dirijo con débil clamor.

Tambien la dirijo rendido y amante los hondos suspiros de mi corazon. Por ella mi seno, de amor palpitante, tambien le dirije su eterna pasion.

Ella es de mis sueños fantásticos de oro el ángel hermoso que viera reir, el ángel que en medio de fúlgido coro mas que otro ninguno le viera lucir.

El único norte de mi pensamiento es ella, á quien solo le sé dirigir. En ella pensando si de ella me ausento á ella estasiado mirando al venir.

Son muchas sus gracias. La mas hechicera de todas las ninfas es ella quizás. No es tanto la diosa que Chipre venera, A todas las obras de Dios deja atrás.

Si mira, y sonrie benévola, encanta; porque ella enojada no sabe mirar. Si en bailes meneas la minima planta, el alma en pos suyo se deja arrastrar.

II.

Y cuando despidas al viento de su labio de carmin el encantador acento de argentina y pura voz;

Yo la escucho entusiasmado, llena de efusion el alma; porque solo con agrado despliega el labio veloz.

¡Cuán flexible es su cintura! ¡Qué alabastrino su cuello! No hay mas perfecta hermosura en ningun ser celestial.

Ella es un ángel del cielo que existe en formas humanas por privilegio en el suelo con su brillo angelical.

Es imposible mirarla, y en especial conocerla, y prescindir de adorarla con ardiente frenesí;

Porque no ha visto como ella en sus delirios Mahoma ninguna virgen tan bella, ni tan peregrina houri.

Por eso yo triste lloro, sin atreverme á decirla: «Ay! hermosa, yo te adoro con todo mi corazon.»

Porque es grande la distancia que entre los dos puso el cielo, y conozco la importancia de tan audaz pretension.

Y cual Icaro imprudente con débil ala de cera arrebatado y demente no quiero al cielo volar;

Porque estoy bien convencido de que mis débiles alas en vuelo tan atrevido no me podrán sustentar.

Perder el bien que poseo no quiero por imprudencia; porque nada yo deseo mas que adorarla con fé.

Yo devoraré en mi seno la pena que me devora; y sin decirla que peno, en silencio penaré.

III.

Yo nada tengo que ofrecerle ¡loco! cuando ella (justo Dios) tanto merece. Tan solo un corazon... pero tampoco; porque ese corazon le pertenece.

Respeto, amor, adoracion inspira, y no se qué ofrecerle reverente, Todos los sonos de mi dulce lira, y los delirios todos de mi mente.

Por ella solo entonaré canciones, á ella solamente dedicadas, Ella me colmará de inspiraciones, que serán con placer por mí cantadas.

En ella pensaré mientras reside en este mar de lágrimas profundo. En ella pensaré, si hay otra vida, y después de este mundo, hay otro mundo.

Y si sobre mi tumba en algun día ella llegara, y derramara en ella una lágrima sola de ambrosia, ráuda surcando su mejilla bella;

No trocará mi suerte con ninguna; porque gra to me fuera al sol brillante, ó al pálido lucir de blanca luna, verla rodar por mí, por su semblante.

RAMON FLORENTINO MORETE.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA ESCLAVA.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

(Conclusion.)

—Capitan Benavides!... prosiguió recobrándose súbito á la vista de un bigotudo meznadero, que apareció en el umbral, te escucho.

Y el recién llegado le contesta con laconismo y marcialidad.—El conde de Uruña, mi señor.

—«Disponed sea recibido, cual en mi casa suele el rey».

Saluda el capitán con veterano aplomo, y queda solo al duque para vestirse una dalmática verde, recamada de platina, que ajusta bajo el tahali de su espada, cubriendo la elegante cabeza un birrete con blanca pluma de garzas imperiales. Abre en seguida el ferrado balcón de la torre, que al través de sus pintados vidrios deja penetrar la blanca luz de una mañana despejada y purpurina.

En esto ya se dejaba sentir por el interior de la fortaleza, animado movimiento, voces de mando, idas y venidas por las crujiás de los cuarteles, pasos acompasados de guardias y puestos de servicio; y sobre este sordo y confuso rumor sobresalía la voz del atalaya, que gritaba, desde lo alto de la plataforma:

—Tordehumos, alerta!... Prócer de caldera y pendon!...

Las gentes del castillo dirigidas por el activo Benavides desembozan sobre la plaza de armas, y se colocan en ordenadas filas en el trayecto, que media hasta la entrada principal de la fortaleza.

Las guardias coronan los almenares en actitud vistosa é imponente.

En este momento euanbolan el pendon de Castilla en el tope del homenaje. Los clarines y tímboles exhalan una tocata guerrera; los arcabuces atruenan el viento; las picas y partesanas brillan agitadas por los alegres soldados; y cunde por todos los ámbitos la salva leal y alvoroada.

Y responde á ella por la parte exterior de la muralla una descarga de mosquetería, y canta el heraldo infatigable:

¡Plaza, Tordehumos, á la reina y comunidad!

Bájase con estrépito lós rastrillos, échanse los puentes sobre la

profunda caba, y Benavides recibe en el pórtico al conde de Uruña, subiendo en amigable plática la angosta y curvilínea rampa, seguidos de los pajes y escuderos del Castellano.

Esperábale este rodeado en sus deudos en el ingreso de la escalera; y adelantándose al zaguan, abrazáronse cordialmente ambos caballeros dirigiéndose en esta guisa el de Giron al de Uruña:

—¡Paz y honor en mis reales al ilustre mensajero del trono y de la patria!

¡Bien venido á mi morada el campeón de la santa causa! ¡Salud á vos, conde de Uruña, prez de mi sangre y gloria de mi ley!...

Y con estas y otras bien habladas cortesías, á las cuales el conde correspondió con espresiva sinceridad, fuéronse llegando al pabellon del duque, ya dispuesto para tan altohuésped.

Despidieron su comitiva, y luego que se vieron solos, el conde apartando la etiqueta oficial:

—¡Por la sangre de mil flamencos!... dijo al duque; habeis hecho, ilustre sobrino, un gran lance, en no dejaros ver por Matayana!... Asi Dios me valga, como lo habeis puesto todo á punto de dar un estampido!... ¡Dónde, diablos, habeis andado desmemoriado y esperadísimo señor!...

Don Pedro se hallaba prevenido para este apóstrofe, y así le oyó con impasible talante. Sin embargo, á fin de que el de Uruña no se dejase llevar á mas, aprovechó un respiro, para decirle tranquilamente:

—El puesto de un general es el frente del enemigo.

El conde Y al lado de sus amigos.

Giron Allí estabais vos por los dos.

El conde Y no fué poca suerte á fé. Porque sino, por mí...

Giron ¿Qué?...

El conde Nada, nada. Pero me distes un rato, que aun me tiene de pésimo humor!

Giron ¡Y bien?... Resultados.

El conde. De todo hay en el cuento. Vengo á tí en nombre de los comunidades. Soy la voz de la guerra, que busca el aura de la libertad.

Y en seguida refirió el conde á su interlocutor la escena del monasterio, con ardiente palabra y vivísima pintura.

—¡La guerra!... prorumpió el duque, apenas el de Uruña puso fin á su discurso; ¡la guerra!... ¡Me place!... Sea pronto lo que habia de ser después!

El conde. Hasta aquí he sido el mensajero del pueblo. Cúmplame ahora ser el personero de la Magestad.

17 DE JUNIO DE 1835.

Giron. Dios sea con la reina de Castilla!

El conde. La reina á vos, D. Pedro de Giron, Grande del reino, Duque de Medina-Sidonia, Señor de pendon y caldera, primo del rey, otorga la mano y palabra de la infanta Doña Catalina, su muy querida é inclita hija, para el mejor servicio de Dios y del Estado.

Ahora, buen sobrino, abrazad en albricias á vuestro afortunado embajador.

Giron. ¡La infanta!... á mil...

El conde. La infanta, cuyos piés deberemos besar esta misma noche en el alcázar de Tordesillas. Pero; que demonio!... te has quedado como quien siente estallar un cañón!... Ansias algo mas, escrupuloso caballero!...

Giron. Yo no puedo ser esposo de la Princesa.

Dió un salto el de Urueña en el sillón, como si le hubiera picado una sierpe; y quedándose medio levantado, con las manos sobre los brazos é inclinado hácia D. Pedro, acertó á decirle con alterado acento y asombro:

—¡Estás demente... ó dejado de la mano de Dios!...

Giron. ¡Ojalá fuese uno ó otro!... así acabaremos de una vez.

El conde. Imposible!... imposible!... eso es un delirio.

Giron. No, tío; es una verdad triste, cruel... pero al fin... verdad.

El conde. ¡Por el templo de Jerusalem!... Voy á perder el juicio! D. Pedro!... ¡debo creer esas palabras?... porque dudo si sois vos ó yo quien está fuera de seso!... quien no dá razon de sí mismo.

Giron. ¿Queréis mi palabra de caballero?...

El conde. Pero sabes, infeliz!... que te pierdes... y pierdes acaso la causa de los buenos y el porvenir de la patria y la honra de tu nombre?... ¿Sabes que hasta puedes ser acusado de traicion?...

Giron. ¡Conde de Urueña!...

El conde. ¿Y bien? ¿Qué dirá un súbdito, que se revela contra su reina? ¿Qué un caballero que afronta á una dama? ¿Qué un noble que olvida sus deberes, sus tradiciones, su gloria y su posteridad? ¿Qué el comunero, que se niega al interés de la patria? ¿Qué el adalid, que sacrifica á su egoismo la ventura, el triunfo y la libertad de su pueblo?... ¡Tiembla, tiembla, D. Pedro, el juicio de los siglos, y el fallo de los buenos!

Giron. Mi sangre responderá de mi lealtad. El mártir tiene derecho al abono de su fé.

El conde. Eso es bastante para el soldado oscuro y pasivo. Pero España exige mas de tí, á quien flia su bandera, su sangre, y su destino. Y vamos, ¿qué dirás al país, á tus amigos, á la reina, á mí, á la opinion y á la fama?... Habla, D. Pedro, habla... y yo mismo, si razon te asiste, saldré á tu defensa, y por valedor de tu demanda.

Giron. Es un secreto... que bajará conmigo al sepulcro.

El conde. No acepto esa explicacion.

Giron. Es la única que puedo y debo ofrecer.

El conde. ¿Ni á mí?

Giron. Ni al confesor.

El conde. El cielo nos confunda! ¡Y qué despacho tan donoso para el mensajero de la reina de Castilla!... Vuelve en tí, D. Pedro!... considera que vas á ser la piedra de escándolo para el trono, y el vaso de perdicion para el pueblo! ¿Cómo vuelvo yo á Tordesillas? ¿Qué digo á la angustia viuda de D. Felipe?... ¿Qué contestaré á la infanta?... ¡La infanta!... ¡Pobre y delicada criatura!... ángel caído en el mundo... azucena cándida mecida por las auras de la soledad mística... perla que no há roto la concha... avecilla que no há tendido sus alas á la luz y al viento!...

Giron. Lo sé todo... pero no me pertenece ese tesoro.

El conde. Di mas bien que estás olvidado de tí.

Giron. Yo no puedo profanar á ese ángel; no puedo deshojar esa flor virgínea; no puedo manchar la perla, no puedo abrazar las plumas, y cortar el vuelo del pájaro dulcísimo... no soy digno de tan supremo bien.

El conde. Tu sangre, tu nombre...

Giron. En hora buena: pero eso no dá la ventura, cuyo divino germen reside en el corazón.

El conde. ¿Y qué?...

Giron. El mío no ha latido por la nieta de los reyes.

El conde. Pero...

Giron. Dais en mi secreto; y todo es inútil!

El conde. ¡Inferno!... Y por un devaneo andante vas á dar un espectáculo de descortesía y...

Giron. No habeis amado... y no comprendéis ese mal.

El conde. ¿Y sin amor?...

Giron. Sin amor mi enlace sería una venta innoble; sin amor mi juramento un sacrilegio; sin amor el tálamo un padron de torpeza y de martirio; sin amor nuestra vida una prision sin sol y sin ambiente. Y D. Pedro Giron es muy leal y honrado caballero, para faltar á lo mas sagrado del cielo y de la tierra.

El conde. ¿Hás visto á la infanta?

Giron. No. Criada en el convento, y ausente yo en Italia desde su tierna edad, nunca he tenido ocasion propicia...

El conde. ¡Ea, D. Pedro! Te doy tres dias para obrar y responder, harto te digo, y no eres corto de discreccion. Piensa que la reina te ha elegido esposo de la infanta... colocada en las gradas del dosel; que la comunidad cifra en ello la garantia del triunfo y del porvenir del Estado; que tu negativa sería una desercion á tu bandera; un mentís á tu sangre y una rebeldia al trono. Y recuerda, en fin, que el mensajero real ha de dar cuenta de sí, y de la honra de su señora, y de las esperanzas del país.

Y calándose con sombrío ademán el pesado capote, salió de la estancia á largos pasos, sin volver siquiera la vista atrás.

Cinco minutos despues galopaba camino de Urueña, mientras los trompeteros del castillo le hacian honor, y los mosquetes tronaban en lo alto de la plataforma.

CAPITULO XVI.

MAL AÑO POR MUCHO PAN.

Amarga cuanto embarazosa es la situacion, en que el impetuoso Prócer deja á nuestro castellano. Porque como tiene muy agudo entendimiento y experimentada perspicacia, comprendió desde luego el fatal compromiso, en que le colocaba el honorífico, pero importuno mensaje. Tan absorto le tiene el ultimatum del conde, que ni aun se le ocurrió levantarse de su sillón, para honrar su salida, ni menos prestar atencion á la embozada amenaza, que sirvió de remate al formidable discurso.

Ya estaba el conde lejos de la fortaleza, y D. Pedro empezó á salir de su preocupacion, cuando los postreros ecos de la salva se acababan de extinguir en los espacios.

—¡Ya se ha ido!... exclamó con gutural acento, y como quien sale de una pesadilla devoradora. ¡Ya se ha ido!... mas para volver. Tres dias para fallar mi suerte, para decidir la felicidad ó la desventura?... Ya está resuelto. No hay mas allá! Pero ¿y la reina?... ¿que dirá de mí?... Dijo bien el conde. Acaso voy á pasar por desleal... Yo!... el primer rico-hombre de la monarquía!... ¡Poder de Dios!... Si hubiera el conde venido ayer... si yo hubiese asistido á Matayana... ¿Y cómo á un tiempo mismo con ella y con ellos?... A las doce ambas citas!... Fui un menguado, que sucumbí á la pasion y á la flaqueza. Y un abismo llama otro abismo!... Porque hoy, despues de la escena... Oh!... no hay medio... es preciso llegar hasta el fin.

¿Y qué?... continuó afectado por una idea lisonjera, no sirvo tambien así á mi causa?... ¡Pardiez, que sí!... Ella es mía... su consorcio es... nada en suma... Ahora todo lo sé... soy feliz. Nos vengaremos de ese hombre... y esta venganza será el triunfo de la justicia nacional. A todo está pronta... Desecha en llanto, aniquilada en mis brazos de dolor ha jurado consagrarme su existencia, su honra, su virtud. Silencio... silencio... ¡imprudencia!... que nunca vuelva el ambiente á lisonjarme con el acento de esta esperanza!...

Y quedó estático bajo el influjo magnético de este recuerdo ú ilusion.

—Oh!... volvió á decirse, siento germinar en mi mente un plan soberbio... el César ahorcará á el almirante por traidor; y despues la victoria, el amor, la dicha!...

Mi enlace con la infanta es imposible... destruiria por su base este proyecto de salvacion comun... imposible. Seria un crimen; mas todavía, una demencia. Que hablen, duden y me motejen; sea en buen hora... La gloria y la ventura valen todo eso, y la veuganza mucho mas!... Despues cuando el velo se descorra... y vean mi obra... me recompensarán con una ovacion. Y la reina, su Alteza misma dirá mi abnegacion, mi gloria... y mis valientes comuneros me alzarán sobre el pavé de los hombres inmortales.

Pero el conde volverá... y la reina espera! Yo daré razon de mí á todos. ¡Elvirl!...

El pajeillo apareció como un relámpago.

—Caballos y escuderos. De aquí á una hora camino de Tordesillas. Ahora el capitán Benavides.

Y sentándose en seguida delante de la mesa, «pensemos en la guerra», dice, y firma porcion de pergaminos.

Cuando concluyó estaba ya el capitán esperando sus órdenes.

—Benavides, le dijo el de Giron, salgo por tres dias de Tordehumos. Quedas en tanto con mi voz y autoridad en estos reales.

El mesnadero hizo un saludo entre cortesano y militar.

Apenas yo salga de la fortaleza, diriges por medio de corredores estos pergaminos á Laso en Valladolid, á Guzman en Leon, á Ulloa y Sarabia que se hallan en sus campos y señoríos. Reune sobre esta plaza Villabragima y pueblos comarcanos todas las mesnadas y banderas, que tenemos por tierra de Campos. Mañana partes con un escuadron y un rey de armas á Medina de Rioseco, y á son de trompeta requiere en nombre de la reina y de la comunidad al señor almirante y vecinos

de la villa, que arrojen de sus muros á los enemigos y destruidores del reino y gente de guerra, con la protesta de que si así lo hicieren, la villa y su tierra no recibirán daño, porque está en su intencion y voluntad. Y que no haciéndolo, todo el daño que se les siguiese, sea de su culpa y cargo (1). Si no cede D. Fadrique, haces á los enemigos un alarde en señal de guerra, y dándoles por traidores, pones bajo los muros sus cabezas á pregon. No hallarás resistencia, porque los lobeznos se guardarán de salir de su madriguera, y les turban la vista de los mosquetes y partesanas. Pero si fiados en su muchedumbre, salen contra ti, cuelga media docena de tudescos delante de los postigos de la villa, y remite sus armas al cardenal. Una advertencia, capitán. No derrames sangre de españoles. Aun enemigos, son hermanos. Están, es cierto, mal aconsejados. Deber nuestro es alumbrar su mente, y traerlos al camino de la razon. Sé que los enemigos nos tratan sin piedad; que harían con nuestra sangre el brindis de la venganza Césarea. Eso es lo que hay de ellos á nosotros, lo que dista el crimen de la virtud, la tiranía de la libertad. Vé, Benavides, y muéstrate digno de ti.

El capitán obedeció puntual, llevándose los despachos, para dar cumplimiento á su belicoso cometido.

Una hora después el duque tomaba á largo trote por los páramos de Castromonte la vuelta de Tordesillas.

ULRICO DE ANDUZ.

(Continuación.)

—Tú desvarías, Ulrico; el amor y los celos son una misma cosa.
—Los celos son el amor propio ofendido; el amor es una pasión no satisfecha.

—No te entiendo.
—Mi distincion es bastante clara.
—De noche todo es para mí oscuro.
—Te la repetiré mañana al medio día.
Levantóse Durand, y alargó la mano á Ulrico.
—Te marchas, dijo este: está bien; yo me quedo.
—Hasta mañana en el baile. Yo tengo que partir para Arlés muy temprano: hasta mañana.
—O mas bien hasta esta noche, pues ya es cerca del día.

Acostóse Ulrico en la grada, con los ojos vueltos hácia la luminosa vidriera, y contempló largo rato desde lo alto de su observatorio aquella estrella que solo brillaba para él.

Lloraba el viento en los penachos de yerba que siguen las bordaduras de las cornisas; nocturnas armonías corrían á lo largo de los corredores circulares prolongándose en infinitos ecos. Cada estremecimiento del aire daba una conmoción melodiosa en aquel inmenso teclado de ruinas. La piedra, la hoja, el grano de arena, el pájaro, el insecto, todos tenían una queja que contar á la divinidad invisible de aquellos lugares. En los intervalos de silencio podía oírse el sordo trabajo del tiempo que minaba los sillares de granito y el átomo de polvo, caer sobre las hojas de yerba y tomar su asiento en el tesoro que el espirante siglo lega al siglo que va á comenzar. El alba despidió sobre el edificio su vaporoso tinte, y le dió un carácter de desolacion incomparable. Las altas murallas opuestas al horizonte de Levante conservaban la doble oscuridad de la noche y del incendio sarraceno: allí el monumento parecia despojarse de un sudario y preparar á la luz del día el espectáculo de sus grandes piedras semejantes á unas tumbas que hubiese arrancado el huracan.

En medio del circo y levantando los ojos al cielo parece aquello el cráter de un volcan agotado por las erupciones, y que no tiene ya lava que arrojar á los campos, ni humo que esparcir por los aires; pero á la salida del sol se revela la ruina en su aureola romana; inclínase el artista con respeto ante el arte poderoso que cortó sus bóvedas, que arrancó tantos trozos á la montaña, los arrojó sobre la llanura, y los hizo subir al cielo como esos manantiales de agua viva, que cayendo del reservorio natal recobran su nivel ágilmente. A tanta majestad y grandeza se une además una gracia, una suavidad de contornos, una armoniosa ondulacion en las formas, que satisfacen los ojos, como los antiguos versos arrebatan los oídos. ¿Y qué prodigioso arquitecto trazó aquella obra al pasar por la tierra de las Galias? Se ignora. Gloriosa abnegacion de artista! La gloria de la obra no pertenece mas que á Roma. Id, y mirad la rúbrica de la ciudad eterna; vedla lucir al sol bajo su airon de yedra: es la loba que latía sus gemelos.

Echó Ulrico una última mirada á su alrededor, y sonriendo con enojo dijo en voz baja á las ruinas: «Vamos á ver si ha venido en casa del escribano el certificado de hipotecas!»

III.

Al día siguiente despertaron á Ulrico muchos golpes dados violentamente á la puerta de su cuarto. Abrió el criado; y presentóse Durand.

—Te doy las gracias por tu complacencia; dijo este, alargando la mano á Ulrico; has conducido á mi mujer sana y salva. Ya me ha contado vuestro viaje; parece que no habeis volcado mas que dos veces; y en verdad que es muy poca cosa, porque segun creo tu mano

Dejaba á los caballos rienda suelta.

y luego el matrimonio te ocupaba como si fuera una calamidad. Yo sentí mucho dejarte, pues me hubiera paseado en los bosques, aunque es cosa que me fastidia. Nada hay que me canse tanto como el campo, á no ser que haya baile; entonces es diferente. Tengo por perdida la noche en que no doy veinte vueltas por la Esplanada, y juego tres partidas de ajedrez. Pero vamos; ¿cómo te hallas de matrimonio? Estás descolorido como un novio. ¿Has bailado mucho con la Myrrha de los Babilonios.

Ulrico se vistió muy despacio; tomó de la chimenea un papel arrugado, y dijo á Durand con voz concentrada: toma; ahí tienes la copia del billete que he enviado esta noche á Mr. Chartoux: léelo.

Admirable! amigo mio, exclamó Ulrico; prodigioso!... Mil ocasiones hay en que siento uno verse obligado; pero no hay una sola en que sienta haber roto sus lazos. Con verdad sea dicho; yo te veía ya ahogado en el Gardona, mucho mas desde que Mr. Isambert dejó que la cuestion de divorcio se perdiese en la cámara. Cosa es de darte por enhorabuena un abrazo.

—No, no: estoy herido en lo mas sensible de mi corazón; compadéceme.

—Vamos á dar una vuelta por las Arenas.

—¡Imposible! Mira que abatido estoy; yo, que ayer hubiera podido arrancar una encina!

—Remos á desayunarnos á la fonda; saldremos de allí fuertes como el puente de Gard, y alegres como sainetes. Vean Vds. que débil está este jóven, el luchador mas robusto de las Cevenas!... Yo no sé por qué se me viene siempre á la memoria el conde Gerardo: ¿quieres que te cuente su historia?

—Otra vez; hoy no tengo la cabeza para oír nada...

—¡Maldición!

—¿Otra vez con el drama?

Fuerza será que te desahogues.

—¡Pobre muchacha! ¡pobre Margarita! Al fin ha sufrido su suerte de mujer!

—¡Reaccion! Y mañana te casas con ella.

—¡No! ¡No!

—Pasado mañana.

—No, no, te digo, y mil veces no!... Ha faltado poco para que yo me condene alegremente al suplicio de Merencio!

—Eso está fuera del alcance de mi erudicion.

—¡Qué vida! ¡Arrastrar el cuerpo consigo, y suspirar por el alma! He hecho bien! Estoy contento.

—¡Así! ¡Bravo! No te faltaba mas que tu propia aprobacion. Vamos á almorzar.

—Pero dime, ¿dónde refugiarme ahora que la sociedad me arroja de su seno?

—La sociedad no te arroja, amigo mio; la sociedad no es monsieur Chartoux.

—Ayer mismo me dijiste que el honor no permitía un rompimiento, ¿no te acuerdas?

—Sí; queria sondearte y veo que has correspondido perfectamente á mis ideas. Nunca te hubiera yo aconsejado un paso de esta naturaleza; en punto á matrimonio, á cada uno se le debe dejar su libre albedrío; hoy rompes tú tus compromisos; yo te aplaudo, te abrazo y te digo ¡bravo!

—¡Dichoso tiempo aquel en que el hombre encontraba un asilo!...

—Vente á mi casa.

—En algun convento, en medio de los bosques, lejos de las ciudades, un monasterio aislado, como un navio en el alta mar, Roma no tiene ya Thebaida, ni la Francia tiene reclusiones.

—¡Vamos, el conde Gerardo, desde la cruz á la fecha! ¿quieres prestarme atencion.

—Habla si eso te divierte.

—Seré corto, aunque la historia original tiene cuatro tomos. El conde Gerardo era de Nevers, segun creo, ó de Tournus ó de cualquier otro pais del Norte. A los 25 años de edad ya no sabia qué hacer; porque lo habia hecho todo, y todo le habia salido mal. Frecuentaba la casa de un señor, vecino suyo; un día lo desafió en campo cerrado; el señor le hizo responder que no tenia motivo ninguno para batirse con un buen vecino, y que así no se batiría. Gerardo le robó su mujer.

(1) Palabras textuales de la Crónica de Sandoval.

Ya entonces hubo alguna razón para el desafío. Verificóse este y Gerardo mató al marido, según el juicio de Dios, que esta vez no fué muy acertado. Esta diversion no le proporcionó al conde Gerardo mas que unos quince días de emoción; volvió, pues, á sumirse otra vez en la monotonía de la probidad. Buscó en el vecindario á otros señores que matar; pero todos eran viejos, viudos y gotosos. El conde Gerardo no sabía dónde meter la cabeza... ¿Te divierte el cuento, Ulrico?

—Hasta ahora, no mucho.

—Ya verás... Es menester, por otra parte, que seamos justos. ¿Qué podía hacer un hidalgo rico en aquellos tiempos? El conde Gerardo recorrió la provincia buscando torneos; en estos pasatiempos aventurosos mató á tres caballeros é hirió á varios. Volvióse á apoderar de él el fastidio; predicábase á la sazón una cruzada y partió para la Palestina. Era el conde muy poco devoto; pero obedecía á la moda; vió á Jerusalén de cerca, rompió lanzas con los feroces musulmanes, robó Herminias y Clorindas, mató á dos príncipes sarracenos, y habiendo sido atacado de la peste, la mató también. Concluida la cruzada, volvió á sus hogares y se creyó otra vez en un vacío espantoso. Todos sus vecinos habían muerto de epidemia en la Palestina, y sus vasallos de hambre; habitaba un desierto, y era locatario de la nada. El desgraciado Gerardo se vió obligado á volver á la Tierra Santa; pero muy pronto vió que también se fastidiaba en esta cruzada, y no encontrando ya ni aun este recurso para divertirse, púsose á reflexionar por la primera vez de su vida. A la edad de 34 años todo lo había ya gastado, hasta sus corazas; una mañana se levantó de improviso el estragado conde con una idea. Jerusalén lo había inspirado; reúne todo su dinero y edifica un monasterio en el departamento de l'Ain; hácese prior, como era de razón, y envía circulares á algunos viejos caballeros amigos suyos, tan fastidiados como él para convidarlos á meterse frailes. La mitad de aquellos caballeros siguió en su caballería y la otra mitad correspondió á la invitación. Inauguróse pomposamente el monasterio; Gerardo tomó sus grados en teología y se hizo abad, todo el mundo se enclaustró y dióse á hacer penitencia. El conde vivió lleno de contento hasta los 93 años, y después de su muerte fué beatificado por el papa Paulo III. La leyenda lo pone en el número de los santos.

Aquí, aquí tienes la historia del conde Gerardo.

—Hablas con ligereza de esas cosas; sin embargo, son muy serias en el fondo á pesar del barniz de frivolidad con que las vistes. ¡Oh! el siglo no está ya por esos heroicos sacrificios; veo á Roma, pero no veo el desierto.

—¿Quieres habitar un desierto, un verdadero desierto?

—Sí.

—Vete á París. Tú no conoces esa ciudad; es la Thebaida del siglo XIX. Hay allí tanta gente, que no hay nadie. ¿A quién conoces tú allí? ni siquiera á un ser viviente; pues bien, marcha con la muchedumbre: será para tí como si vieses árboles en movimiento: no tendrás que dar ni unos buenos días. Si vas á un desierto, al mayor desierto posible, siempre ha de venir á inquietarte alguna bestia feroz ó alguna caravana que te obligará á que cantes con ella: *Dios es Dios, y Mahoma es su profeta*; ó vendrás á parar á alguna choza de árabes que te harán beber leche de capuella y te contarán un cuento á las mil y una noches, capaz de adormecerte aunque estés bailando. Páseate en el Boulevard de Gad en París; nadie te obligará á cantar, y sobre todo, nadie te dará nada. Así puedes vivir, como el conde Gerardo, hasta los cien años; verdad es que el papa no te canonizará; pero ya ves que en el año de 1839 no puede uno conseguirlo todo.

(Continuará.)

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL OSO NEGRO.

Es el día de Pascua de 1697. Por un arrabal de Stokolmo que dá al campo, sale una larga fila de trineos tirados por caballos vivos como cabras, que agitan alegremente sus plumeros con campanillas de plata. Estos trineos tienen diversas formas: imitan unos el elegante cuerpo del cisne y otros el del ciervo; muchos parecen barquillas y todos despliegan bajo un cielo gris perla ligeramente rosado hacia el horizonte y sobre una tierra unida y resbaladiza como un espejo, los mas brillantes colores. Cuéntanse á lo menos cincuenta en que van los caballeros y las damas de la corte, y mas de otros ciento cargados de criados, llevando consigo instrumentos de caza, flechas, fusiles, mazas, hachas y cuchillos. En el primer trineo, que tiene la forma de una quimera arrojando llamas por las narices y que está incrustada de oro,

de nacar y marfil, estan sentados el rey Carlos XII que cuenta á la sazón 17 años y el fiel compañero de quien no quiere nunca separarse, el amigo que está siempre á su lado, en la mesa para brindar con él cuando bebe en porciones sobrehumanas, en el consejo cuando se digna aparecer para burlarse de los venerables senadores, en la caza si es necesario perseguir con encarnizamiento durante veinte leguas alguna fiera ó luchar con ella. Reginol es el nombre de este amigo del joven rey. Su destino será de los mas extraordinarios si corresponde á sus antecedentes.

Detras del trineo del rey, se distinguía el de la condesa Aurora de Koenigsmarck, señorita de origen sueco; pero criada en la brillante corte de Alemania. Ha venido á presentar sus homenajes porque tiene el carácter aventurero, á la hermana del rey que la ha recibido con los honores debidos á su nacimiento y al interés que inspira á todo el mundo por su belleza que no será sobrepujada sino por sus gracias enteramente francesas, por su ingenio cuyo recuerdo quedará como el de las Sevigné, las Mortemart y las Geoffrin. La historia no la llamará nunca sino la bella condesa Aurora de Koenigsmarck. Su cuerpo de hada va envuelto en una pelliza de murta, tan fina, delgada que parece



musolina, y tan caliente que su rostro resplandece con su animación de la primavera. Un gorro azul fabricado en Persia coquetamente colocado sobre su cabeza termina en una espiga de plata. Diríase de ella que era una morena napolitana pintada por Rubens. Su frescura recuerda los mas suaves tonos de los frutos y las flores, sin caer en la frialdad que lleva consigo la belleza absoluta. La bondad, la altivez, la nobleza, el ingenio, la voluptuosidad, la gracia, la melancolía, se combinan en ella en tan iguales proporciones, que un grado mas de cualquiera de ellas destruiría su admirable conjunto.

Y sin embargo, esta mujer de tan cumplida belleza no se muestra nunca sin la persona sentada á su lado en el trineo que la lleva á través del espacio, y esto prueba la confianza que tiene en sus encantos porque su acompañante, es tan hermosa como ella, y tiene con ella mas de un rasgo de semejanza, lo cual no espanta á una ni á otra. Georgina obtiene muchas veces triunfos mas rápidos; pero sea que la convenga reprimirlos ó que dependan de una circunstancia casual mas bien que de un mérito real, toda desigualdad desaparece bien pronto y no se sabe á cuál de ambas dar la palma. Desde luego el paralelo se hace solo en el pensamiento, porque el elevado rango y el nombre casi soberano de la condesa Aurora de Koenigsmarck, impiden toda comparación espresa. Se las compara involuntariamente porque estan casi siempre juntas y porque la admiración y el amor verdadero tras-

pasan frecuentemente las barreras de la etiqueta. Georgina lleva un vestido igual al de la condesa á escepcion de la espiga de plata del gorro persa.

Detrás de este brillante trineo, que precede siempre el del rey, quien torna frecuentemente la cabeza por ver á la condesa, se deslizan los trineos en que van los oficiales de tierra y mar que alcanzan mas favor en la corte: Eric, Milius, Olof, Reuschild, Piper, Herman, Cristian, Andreas, Fernando, Ulrico; obtienen el favor á causa no de eminentes servicios, sino de su arte en adular los gustos del joven soberano. Comen y beben las rentas del país en partidas de placer que no acaban nunca. Ayer un baile, hoy una caza de osos, mañana habrá cualquier otra diversion. El viejo rey era avaro, el joven es pródigo, este es el uso.

El último trineo, entre los de la corte y la servidumbre que parecen guardarle es no solamente mayor que los otros, sino que va cubierto de modo que no se sabe ni se adivina lo que va dentro de él. El mismo Carlos XII le ha hecho preparar en secreto y solo él sabe lo que contiene. Vanamente los cortesanos, tan curiosos por naturaleza, se gastan en conjeturas; no penetran el pensamiento que ha te-



nido el rey, ocultando á todas las miradas este grande y silencioso trineo.

Pero id jóvenes cortesanos de un rey joven haced ejercicio por los placeres que os han enervado y que os esperan aun; el frío glacial con que luchais vá á daros nuevas fuerzas. ¡Y cómo los mismos animales que los arrastran parecen comprender la necesidad de actividad violenta de que estan sedientos sus amos! Vedlos ya en pleno campo. El horizonte se alarga y entonces los trineos en vez de seguir la misma linea se abren en abanico y cada uno como en medio de un lago ó de la mar, procura adelantarse al otro sobre una inmensa llanura brillante como un diamante engarzado en florestas cristalizadas, cuyas brillantes ramas reemplazan la luz del sol, porque no es el día ni la noche lo que se estiende por el cielo, es un alba que dura hace cuatro meses, una luz mas dulce y menos brillante que la de la luna cortada de tiempo en tiempo por misteriosas magnificencias que Dios deja caer de tiempo en tiempo de sus manos.

Esta estraña claridad llega á los polos y basta para alumbrar el vuelo del pájaro y el paso del hombre; si bien es aun muy débil para desarrollar la planta que necesita la luz del sol.

Nada se parece tanto á la luz silenciosa que vemos en sueños. Así engañado por esta claridad soñolienta el campesino de Suecia, siente durante siete ú ocho meses de semi-oscuridad, un semi-sueño que un

día exalta hasta el poder de la adivinacion al inmortal Swedemborg.

El campo se puebla entonces de soñadores que hablan durmiendo, y uno de estos fué el que arrojándose de improviso delante del trineo del rey, hizo á este con la mano seña de que deseaba hablarle.

El rey tuvo el capricho de saber qué queria este hombre dormido, y se detuvo. Notando la inmovilidad del trineo real, todos los otros se apresuraron á aproximarse, y bien pronto hubo alrededor del minero, porque era un minero de quien la historia ha conservado el nombre de Ekerot, un anfiteatro cuyos palcos eran trineos.

—Quizá es esta, se digeron los cortesanos, la sorpresa que el rey ha prometido.

El rey, importa decirlo aquí, guardaba siempre para sus compañeros algun placer que cuidaba de no escribir en el programa del día.

—No es esta la sorpresa, respondió el rey que habia oído á sus cortesanos, á su tiempo vendrá; esta lo es para mí como para vosotros, pero callemos para oír á este hombre, pues que quiere hablarme.

Lo que vino á dar este episodio una fisonomía desconocida, fué la explosion magnífica y silenciosa de una aurora boreal. El cielo se enrojeció con tales cambiantes de luz, que todo varió de aspecto en la naturaleza. Muchos círculos de un rojo vivo rodearon el horizonte de donde partian asombrosos arcos y entre ellos se cruzaban aquí ceepas y viñas vaporosas, allá linna de un dulce sonrosado. Un reflejo del mismo color inflamó todos los objetos: los cazadores, los trineos, las florestas y los lagos se tñieron de este vivo color, polvo caído de las alas de los ángeles.

El soñador abrió la boca.

—Señor, dijo, posees en el fauburgo del Norte en Stokholmo un castillo magnífico, la perla de la Suecia.

—Lo sé, respondió el rey, pues que vivo en él como vivieron mis abuelos. Si no es mas que por eso por lo que nos haces retardar la caza...

—Señor, este rico palacio y su ciudadela hacen el orgullo de tu pueblo, y la admiracion de los extranjeros.

—Pasemos! exclamó el rey con la impaciencia natural de su carácter, ¡pasemos!

—Este castillo tiene cuatro alas como el de Salomon y los techos son de cobre...

—Buen hombre, dijo Miliano, un joven dragon favorito del rey, mejor harías en decirnos cuánto pesa el oso que vamos á cazar.

—¿Y dónde le encontraremos?

—¿Y el color de su piel?

—¿Y si podemos venderle antes de haberle matado?

Esta última chanza era de un aventurero francés recién llegado á Suecia é invitado á todas las partidas de placer del rey.

Olof oyendo esta chanza que á la verdad no tenia nada de nueva, exclamó:

—¡Ah francés, amables francés, francés demasiado amable!

Pero Olof era un gigante.

Insensible á estas preguntas como lo son todos los soñadores, verdaderos sonámbulos, Ekerot continuó:

—Tu castillo está lleno de estatuas de mármol, de plata y de oro que la reina Cristina hizo traer de Roma, donde ella está ahora.

—¿Y qué hace? preguntó la condesa Aurora curiosa de saber en qué pasaba su tiempo la famosa reina que habia abdicado con asombro del mundo entero.

Y Georgina añadió: siente, como se dice, no ser reina y trata de volver al trono.

—¡Volver al trono de Suecia, exclamó Reginol con fuego, cuando está ocupado por un rey á quien no seria fácil deponer!

La condesa no fué la última en notar el leal movimiento de Reginol que añadió: la reina podria volverse atrás de su abdicacion y para subir de nuevo al trono hacerse ayudar de Dinamarca y Rusia que no conseguiria sino probar que no se reconquista tan fácilmente un pueblo como un amante, cuando se ha tenido la ridícula originalidad de abdicar.

Carlos XII estaba demasiado absorto en la contemplacion de la condesa de Koenigsmark para dirigir siquiera una sonrisa á su defensor.

—¡No tienen ojos sino para amar! murmuró con cierto pesar el joven y valiente Reginold; pero la indiferencia del rey respecto á su trono no era lo único que le desolaba en este momento. Si el rey no veia sino á la condesa de Koenigsmark, la condesa de Koenigsmark no veia sino al rey, y debe creerse que la Suecia no ocupaba sino el segundo lugar en el corazon del joven enojado.

—Si, ¿qué hace la reina Cristina? volvió á preguntar la condesa Aurora.

El soñador se pasó la mano por la frente y suspiró sin responder.

—Dinos, pues, qué hace la reina Cristina, repitió el rey.

El joven Eric añadió golpeando la espalda del soñador.

—¿Hace el amor á algun nuevo Monaldeschi?

Megret, el aventurero francés exclamó entonces: si es así yo compadrezo al que sea. Mas quisiera hallarme en la piel del oso que vamos á buscar. La reina Cristina ha descorazonado á todos los que tuvieran intención de ser galantes con la monarquía. En cuanto á mí, si una reina me dijera, «os amo.» tomaría al instante la posta.

El gigante Olof dirigió de nuevo á Megret el cumplimiento que ya antes le había dirigido.

—¡Ah francés! ¡amable francés! ¡francés demasiado amable!

—Los reyes son mucho menos terribles en sus amores, dijo á su vez la bella Georgina.

—¿Quién sabe? dijo la condesa, que esta vez miró á Reginold suavizando sus dolores.

—Menos terribles... menos terribles... murmuró Megret, eso está por demostrar. ¿Y Enrique VIII?

—Señor Megret, dijo el rey, aun no ha habido un rey en Suecia que haya cortado la cabeza á su amante.

Los ha habido, replicó Megret, que hayan amado lo suficiente para estrangular al objeto de su amor.

—Sí, los ha habido, replicó inconsideradamente el rey, echando una mirada larga y tierna á la condesa sin considerar que su respuesta, tan cómica como la pregunta, había desatado la risa en torno suyo.

Solo Reginold no reía; no cesaba de observar al rey y á la condesa cuya dama recogió así el guante de la conversación.

—Estoy segura, sin embargo, de que la reina Cristian no es mala, y que en este momento dice en Roma: si yo no hubiera hecho asesinar á Monaldeschi en las galerías de Fontaneblau hubiera acabado por perdonarle y nos amaríamos aun.

—¡Cómo! exclamó Megret ¿llamais á eso no ser mala? Tener mas de setenta años y pretender aun ser amada por Monaldeschi...

Con una sonrisa fina y un guiño digno de un gigante, Olof no dejó de decir.

—¡Ah francés, amable francés, francés demasiado amable!

—Señor, prosiguió el soñador sin haber perdido en este dédalo de palabras el hilo de su revelación; ese castillo que ha costado millones á vuestros mayores...

—Insipido hablador, le interrumpió bruscamente el rey, vuelve á tu mina ó á tu caberna. Este castillo con que nos fastidias le conozco mejor que tú, sé mejor que tú lo que ha costado, pues que mis antecesores lo han pagado; tú no has puesto nunca los pies en él y una cena espléndida nos espera en él esta noche. El soñador prosiguió imperturbable.

—Señor...

—Me cansas, en fin...

—Señor...

—Olof gritó.

(Continuará.)

LA NOCHE DE BODAS.

Á.....

La lectura de los poemas de Ossian me ha inspirado esta balada. Verdad es que el bardo escocés solo cantaba el fragor del combate ó las hazañas de algun guerrero; y yo los ecos de un amor sin fortuna...

Solo hay de comun entre ambos la melancolía del lenguaje: sin embargo, en los sonidos de su lira le hierro he procurado aprender, y en sus marciales cantos van á reflejarse mis acentos de tristeza.

Nada valen; pero si aceptas mi dedicatoria, quedará satisfecho: nadie podrá mirarlos con mas indulgencia que tú, porque tuyos son mis ayes de dolor.

FABIO.

La noche avanza.

Una oscuridad profunda reina en las playas de Morven, y el silencio de las tumbas envuelve esta parte del Norte de la Escocia.

Los patos silvestres ocultan sus cabezas bajo el ala en las riberas de los lagos: el ciervo se guarece en la espesura del bosque; el torrente solitario murmura sollozando en el seno del valle; y el cazador duerme tranquilo, soñando en el venidero día.

Menudos copos de nieve comienzan á blanquear las altas crestas de las montañas: los viejos robles gimen á impulso de los vientos que arrastran en su carrera las ramas secas; y las hojas marchitas giran en caprichosos remolinos por el prado.

Solo hay horror, lobreguez, tinieblas...

Es la media noche.

A esta hora los muertos se levantan de sus tumbas...

La oscuridad crece mas de vez, y los espíritus de las montañas vagan errantes entre las nieblas...

Una sombra indecisa se adelanta con rapidez por la margen del torrente de las aguas negras, y llega con decidido paso, venciendo cuan-

tos obstáculos encuentra en su camino, á una elevada roca cuyo pié bañan las frias olas del mar...

¿Es un fantasma del torrente?

¿Es una sombra de los muertos que viene á trazar el camino de la huesa?

¡Ah!... No... Es Cormul, el desgraciado Cormul, que va á aumentar con sus lágrimas las amargas ondas del Océano...

Cormul estaba enamorado ciegamente de Malvina, de la virgen de rostro dulce y suave.

Pero el joven de los ojos azules, valiente cazador de los bosques, era pobre, muy pobre, y á pesar de ser el amante preferido de Malvina siempre había dudado de la realización de su felicidad.

El día anterior fué designado para presentar al feroz Lamdarg los presentes de todos los que aspiraban á los amores de su hija.

Siete cestillos de boda se depositaron, representando igual número de pretendientes á la mano de Malvina, y de todos ellos el de menos valor fué el de Cormul.

Macisas ajorcas, labrados brazaletes, coronas de oro bruñido, multitud de preciosas alhajas, se veían agrupadas en los cestillos, y el anciano Lamdarg miraba codicioso aquellos regalos que se disputaban la compra de Malvina.

En todos había muchas riquezas, pero uno sobre todo llamaba mas la atención, por el número y valor de las joyas que contenía. Era el de Cael; el del extranjero advenedizo, que se había lanzado orgulloso de conseguir el triunfo á disputar á los demás jóvenes del canton la hermosura de la virgen de mirada tranquila.

Cael, sin embargo, tenía los ojos fijos y hundidos; era jorobado, sombrío, y rencoroso como los fantasmas del mal.

—Es extranjero, es extranjero y no debe entrar en competencia, exclamaron á una voz todos los jóvenes.

—Es rico, muy rico, contestó Lamdarg, y debe ser preferido.

—Padre mio, prorumpió Malvina, no le amo y será mi vida una cadena de sufrimientos.

—No importa, es muy rico, le perteneces, insistió el codicioso anciano, guardándose las riquezas de Cael.

Los demás jóvenes retiraron entre sollozos sus cestillos.

Uno; solo uno quedó sin ser reclamado: el mas pobre de todos. Contenta solamente un anillo donde no se veía adorno alguno.

Era el de Cormul...

Malvina iba á pasar á poder del extranjero Cael...

La noche empezó con sus sombrías nieblas á envolver el valle y la montaña, las ondas de los lagos y los lejanos confines del mar.

Los perros lanzaban lastimeros ahullidos que repetían los ecos lentamente, y el mochuelo dejaba oír de vez en cuando sus desacordes graznidos, balanceándose en las ramas de los sauces.

Cael se adelantó presentando con aire de triunfo á Malvina su mano enjuta y huesosa.

Malvina dió un paso atrás, y fué luego á arrojarle á los pies de su padre.

—Perdon, perdon, padre mio, exclamó.

—Nada tengo que ver ya contigo; no me perteneces, ve en paz, dijo Lamdarg encogiéndose de hombros y alejándose pausadamente.

—Ya lo oyes, Malvina, eres mia, solamente mia...

¿Te causa miedo el jorobado Cael? No importa, ya te irás acostumbrando á mi presencia... Soy rico, muy rico, y esto ha de hacer que pronto olvides mi deformidad, insistió el extranjero con una voz aguda que hacía estremecer todas las fibras del corazón.

—Adelantó con paso firme y resuelto, y Malvina tomando rápidamente el cestillo de Cormul, se alejó lanzando un grito penetrante, que fué repetido por el canto de los patos silvestres.

La noche había cerrado imponente y sombría: la estrella polar dejaba verse á intervalos con su fulgurante brillantéz cuando las densas nieblas impulsadas por el anstro la dejaban lucir en el azul oscuro del cielo: la luna esparecía una débil claridad velada por una nube de poniente que amortiguaba con su siniestra lobreguez sus plateados rayos.

Malvina caminaba ligera como un fantasma de los lagos, y tan pronto se la veía en la espesura del valle como en las desnudas rocas del torrente.

Cael pretendió seguirla, pero sus pasos fatigosos fueron haciendo cada vez mas difícil su camino, y al fin faltó de aliento cayó desfallecido sobre el húmedo y frio mazgo del bosque.

Cormul entretanto de pié sobre la desnuda roca que dominaba el mar pronunciaba algunas frases con voz melancólica.

—«Adios, Malvina... sé feliz, muy feliz, en tanto que demandó al Dios de los mares que reclama mi espíritu, largos días de felicidad para ti y para tu rico esposo Cael.»

«Para el pobre Cormul solo el abismo...»

«Las olas del Océano mugen con imponente acento reclamando una víctima... esa víctima será el desgraciado Cormul...»

«¿Qué importa su muerte á la virgen de mirada suave, si vivirá feliz al lado del rico extranjero?...»

—Los viejos árboles del valle no prestarán ya abrigo en la tormenta al desdichado Cormul; ni el cervatillo huirá medroso á ocultarse entre la maleza, de los tiros del infortunado joven de los ojos azules.»

«Las aguas del lago no calmarán su sed; ni los ecos del torrente repetirán los cantares del triste cazador.»

«Adios, Malvina...»

Cormul estendió una mirada tranquila por los lejanos horizontes; contempló un momento el valle, el lago, las ruidosas aguas del Lena, y tendiendo sus musculosos brazos, inclinó su cuerpo hacia el mar.

Un momento mas y las amargas ondas del Océano habrán envuelto en su inmenso sudario el frío cadáver de Cormul...

Pero de repente una melodía vaga y suave se eleva del fondo del valle.

¿Será el canto de la media noche que entonan los aéreos espíritus de los lagos?... No...

El último eco de la roca ha repetido tres veces con sonido desgarrador el nombre de Cormul.

El joven cazador unido solo á la tierra por la punta de sus pies, vuelve presuroso la vista, pero nada vé... Espera, y es en vano.

Suspéndese otra vez en el abismo, y percibe su nombre repetido tristemente por los picos de las rocas.

Ya no vacila... no tiene duda: es la voz de Malvina que le llama: la ha visto á su lado sosteniéndole en el camino de la vida.

—¡Malvina... Malvina!

—Si; yo soy Malvina, que viene contigo, Cormul. Te prometí ser tu desposada á morir... y aquí estoy pronta á cumplir mi juramento.

—No, no... bella virgen de mirada suave, ve en paz... soy pobre y no me pertenezco. El poderoso Cael te aguarda.

—¿Y qué importa?...

—Es rico... ese extranjero es muy rico, y su castillo de bodas ha obtenido la preferencia... Ve en paz... ya no me pertenezco.

—No, no, esclamó Malvina con acento tranquilo, he rehusado su castillo, y he aceptado la única alhaja que brillaba en el tuyo.

—El anillo nupcial de mi madre!

—Si, este anillo nupcial, único presente que acepto en el día de mis bodas, porque... estuyo Cormul.

—Si... si... Pero es imposible Malvina... tú no me pertenezco... tu padre te ha entregado á Cael.

—¡Ah!... ¿Qué importa?...

—¿Olvidas las leyes del canton?...

—¡Oh!... ¿Qué importa?...

Las olas del mar rugieron desencadenadas.

El anstro arrasaba la pradera, y los seculares robles caían tronchados á su impulso.

Malvina tuvo miedo y sus brazos rodearon el cuello de Cormul.

El mochuelo graznaba sus cantos de muerte volando medroso entre los árboles del cementerio...

Cormul y Malvina, al borde del abismo, sintieron que faltaba la tierra á sus pies, y exhalaban dos tristes ayes que concluyeron de pronunciar las embravecidas olas del Océano al sepultar á los dos amantes...

Al mismo tiempo se vió vagar una sombra por la roca de Cormul y Malvina lanzando horribles carcajadas que parecían moduladas por la tormenta al estallar el trueno.

Era Cael.

El cielo quedó despejado y sereno: la mar tranquila.

Un viento suave disipó las nieblas del valle, y las estrellas comenzaron á languidecer á la dulce claridad del crepúsculo.

Los gallos silvestres entonaron sus matutinos cantares, y los cazadores preludieron sus oraciones de la mañana.

FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

¡POBRE POETA!

¡Desdichado el que lo es de corazón! ¿Para qué describir sus amarguras si nadie ha de comprenderlas? ¿Para qué, en estilo fastidioso y zumbón tratar de merecer una emoción de lástima humillante?

Querer explicar sus momentos de sublime tortura, revelar al mundo sus exaltados arrebatos, sus fiebres abrasadoras, sus delirios y *razonada demencia*, equivaldría á pretender bosquejar la inteligencia de los ángeles con las palabras de un precito.

No se necesita hacer versos para ser poeta: muchos versificadores están bien lejos de serlo. Para ser poeta se necesita sentir y el que mas siente es el mayor de todos. ¡Triste primacía que tiene su fundamento en la borrasca del alma!

El poeta empieza á serlo antes de tener uso de razón, y lo sigue siendo despues de perderla.

Desde que se inoculan en él las primeras nociones de existencia, desde que su alma pura é inocente sabe formar dos ideas, porque de ellas ya hace brotar una quimera, una infantil creación; desde entonces siente una dicha ó un pesar sublime, con relacion á su ninguna costumbre de sentir.

Si el cielo le hizo ver la primera luz en esos países cálidos, donde la naturaleza se desarrolla con todo el lujo de su poder, se conmueve mas profundamente, sus emociones son mas vivas, y en el *no ser* de sus primeros años goza con el brillante *será* de su porvenir.

¿Veis ese niño solitario, que pasa largas horas con la sonrisa en los labios, de los cuales se escapan incoherentes palabras; ese niño que acciona, frunce el ceño, torna á sonreirse y con mirada vaga é indolente, contempla el magnífico espectáculo de un paisaje iluminado por los ardorosos rayos del sol de julio, ó bien las blancas y lejanas nieves que cubren las elevadas cimas de los montes? ¿Le veis detenerse junto á la agitada corriente de un arroyo, distraído por las ondulaciones de sus pequeñas olas que contrariadas por los ovalados guijarros, se replegan sobre si mismas, y se abren finalmente paso por entre las descarnadas raíces de un arbusto? ¿No veis cómo sigue con su mirar atento la suerte de una hoja seca arrebatada por las aguas? ¿Ved que absorto y embebido está! No le interrumpais, no; ese niño es un poeta y un poeta que saborea los únicos goces que podrá brindarle acaso su estrella en toda su vida. Es un poeta para quien no son perdidos esos mágicos fluidos que se desprenden de la flor, del bosque, de la montaña, del sol, de la nieve y de la naturaleza entera.

Si pudiérais ver con vuestros atónitos ojos el brillante panorama que constituye en aquel momento su imaginación, encontraríais mezclados y sin confundirse infinidad de objetos todos magníficos, radiantes y divinizados por el génio. Bien haya esos instantes en que se vive sin saber que se vive, porque son los únicos instantes de la vida!

Cuando jóvenes todos soñamos, casi todos somos poetas, porque todos somos puros. No ha corrompido todavía nuestra alma el inmundio légamo del vicio, y el corazón inmaculado está mas cerca de Dios.

Pero el tiempo vuela; la razón se forma y nuestros delirios mueren ó nos matan.

Si el mundo no fuera perverso, el poeta seria mas que un santo, seria un purísimo destello de la misma divinidad.

Sin embargo, pocos son aquellos cuya lira no está torpemente manchada. No les acuso á ellos, no. ¡Harto hacen los que no se desesperan!

El poeta se encuentra en el mundo como un vaso de cristal encerrado con violencia en un estuche de hierro estrecho para contenerle. El hierro no sufre nada; el cristal se hace pedazos.

Entusiasta por lo sublime, se deja arrastrar por las encantadoras formas de la belleza, y su imaginación ansiosa de concebir la perfección, acaso mas allá de lo que han determinado las leyes de la tierra, crea un alma ideal para un objeto físico; diviniza un poco de barro, se pone de hinojos ante su misma obra y cuando su éxtasis parece transportarle al cielo, un nada, un soplo del céfiro hace ondular las vestiduras del idolo y tan brillante creación desaparece; la diosa no está en su pedestal, ha descendido á mujer.

Sus amores son distintos de los de todo el mundo. Para él su amor es su vida; siente de una manera tan indefinible como tratada de definir y se espresa... como los que no aman. ¿Quién ha de comprenderle? ¿Quién ha de apreciarle en lo que vale? Solo un alma como la suya, y estas ¡son tan escasas!

Dicen que los sentimientos de los poetas son tan fugaces como vementes. ¡Camoens! ¡Garcilaso! ¡Petrarca! ¡Ovidio! ¿no os estremecéis en vuestras tumbas al escuchar semejante blasfemia? ¡Ah! bien comprendéis que no es digna de vuestro enojo. ¡Qué prosaicas deben ser las gentes que la pronuncian!

Los poetas, esos *hijos perdidos del cielo*, como los ha llamado un literato amigo mio, suelen salvarse en alas de su génio consolando sus penas con su mismo dolor; otros, mas profundamente afectados y seducidos por la halagüeña idea de abandonar tanta ayección, concluyen su vida arrastrando hasta su sepulcro, con sonrisa despreciativa el dictado de criminales que por última injuria les lanza su verdugo.

Si, su verdugo, porque mueren envenenados por la ponzoña de la sociedad, ponzoña que acaso han empezado á beberla en unos labios frescos y rosados; veneno que acaso ha empezado á infiltrarse en su alma por unas miradas dulces, amorosas, puras y angelicales; pero miradas y labios que eran ponzoña y veneno, porque las miradas engañaban y los labios mentían.

SERAFIN OLABE.

JERUSALEN Y CRISTO.

Poesía dedicada á mi apreciable y religioso amigo

EL EXCMO. SR. DUQUE DE SEDAVAL, ETC.

Via Sion lugent.
JEREMIAS.

I.

¿Por qué tan furibundo y sanguinario
Escarneciendo vas ese inocente?
Si á perecer lo llevas al Calvario,
Jerusalén, Jerusalén detente.

Nunca le hieras con tu inicua mano,
Porque es el rey de los potentes reyes,
Y á nadie hará, cual mundanal tirano
Espirar bajo el peso de sus leyes.

Si le ves tan sumiso padeciendo
Al furor de tu espíritu iracundo,
Es porque estaba escrito que muriendo
Habrás Jesús de redimir al mundo.

Victima de dolor, tierno cordero,
Va por el hombre á recibir la muerte,
Y es el hombre también el tigre fiero
Que aquella sangre tan preciosa vierte.

¿Tú eres Jerusalén la que escuchabas
La voz de las antiguas profecías?

¿Tú eres Jerusalén la que aguardabas
La aparición dichosa del Mesías?

Ya llegó... ya llegó... pueblo orgulloso,
Y lleno de furor le aprisionaste,
Porque hallarle creíste poderoso
Y entre pobreza y humildad le hallaste.

Fué vendido en la noche y azotado,
Rompió su frente la cruel espina,
Y entre dolores, con la cruz cargado
A la cumbre del Gólgota camina.

Lanzad, lanzad á la sañuda gente,
Virgenes de Sion, fieros enojos,
Y limpiando la sangre al inocente
Lágrimas rieguen vuestros tiernos ojos.

Llegan al fin y con furor maléfico
Le clavan piés y manos, y resuena
Ese golpe fatal, y ese es el grito
Que á la infeliz Jerusalén condena.

II.

Ya no se oye ese golpe furibundo,
Ya está en la cruz su cuerpo condolido,
Ya vemos ¡ay! al Redentor del mundo
Entre el cielo y la tierra suspendido.

¡Y ese es el Dios que el Universo guía!
Y ese es el alto Dios que en un momento
El Universo entero aplastaría
Desplomando sobre él el firmamento!

En vez de enviar devoradora llama
Que á la feroz Jerusalén acabe,
«Perdónala, Señor lúgubre esclama:
Ella lo que hace con Jesús no sabe.»

Muere Jesús por fin, rásgase el velo
Del templo de Sion, huye y se encierra
El astro de la luz, se enoja el cielo,
Y gime y tiembla con horror la tierra.

Y ha muerto mi Jesús! y al cabo ha muerto
Y tú, ciudad de maldiciones, fuiste
Quien le trajo á morir del santo huerto?
Jerusalén... Jerusalén, qué hiciste!

Pero aquel inocente era más que hombre
Y no pudo la muerte aprisionarle;
Su tumba abandonó, brilla su nombre,
Y acabarán los siglos sin borrarle.

Por todo el mundo se alzarán triunfante
Sobre el verde laurel del heroísmo,
Confundiendo las armas del turbante
Y el orgullo brutal del paganismo.

El es el Dios del alto firmamento,
El es el Dios que todo lo comprende,
El que agita la mar, empuja el viento,
Y las entrañas del volcán enciende.

El es el Dios cuyas augustas sienes
Están ceñidas de poder eterno;
El es el Dios de mágicos Edenes,
El es el Dios de aterrador infierno.
Tú Sion, miserable le creíste
Porque la negra ceguedad te engaña,
Y negando que es rey... pronto le hiciste
Rendir la vida á tu iracunda saña.
Mas si le hallabas cándido cordero
Cuando al Gólgota fué... pueblo maldito,
Ya la hallarás tonante y justiciero
Cuando sucumbas al furor de Tito.

III.

Jerusalén su crimen olvidaba,
Pero volaron rápidos los días
Y se cumplió por fin lo que anunciaba
La profética voz de Jeremías.

Los romanos ejércitos vinieron.
Y á la infeliz Jerusalén sitiaron;
Templos, torres, alcázares hundieron,
Hombres, mujeres, niños degollaron.

Y eres pobre Sion; la que brillaste
Cubierta de riqueza y perfecciones!
¡Y eres pobre Sion, la que te alzaste
Sobre el poder gentil de otras naciones!

¿Por qué yacen rasgadas tus palmeras?
¿Por qué yacen desiertas tus colinas?
Lánguidos tus jardines y praderas
Y todo el pueblo en silenciosas ruinas?

Porque un tiempo con bárbara fiera
Asesinaste al hijo de María,
Y asomando entre nubes la cabeza
Justa y sublime espacion te envía.

Si tus queridas arpas suspirando
De Babilonia en el ciprés colgaste,
Y tus hierros por último quebrando
A los hogares de Sion tornaste...

Nunca ya tus alegres regocijos
Romperán el silencio tan profundo
Que vela tus escombros, y tus hijos
Irán errando por el ancho mundo.

Tiernas doncellas, jóvenes, ancianos,
Pues que entre negra iniquidad nos vemos,
Cruzando penitentes nuestras manos
El corazón al paraíso alcemos.

No renoveis á Cristo su agonía
Engendrando el pecado en vuestro pecho,
No grite maldiciéndonos un día
¡Jerusalén! ¡Jerusalén, que has hecho!

TIMOTEO ALFARO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LUIA DE LA VALIERE.

EL PUEBLO POETA.

La nación española puede rivalizar en la poesía con cualquiera otra, ó por mejor decir, si se exceptúa la Grecia, ninguna otra nación de Europa ha brillado tanto como España en la poesía. Inglaterra, Francia, Italia y la Alemania han dado á luz poetas que rivalicen con los españoles; pero no pueden presentar en la competencia mas que individualidades: es decir, que lo que en otros pueblos es la excepcion, en España es la regla general.

En efecto, tiene España en la historia de su poesía nombres augustos que oponer á los mas célebres de otros países. Rioja y Garcilaso, Lope y Quevedo, Calderon y Quintana sostienen el paralelo dignamente con las reputaciones mejor adquiridas en otros países; pero lo particular es que sobre todos estos nombres, sobre todas estas capacidades hay en España una capacidad colectiva que tiene nombre tambien y un nombre por cierto glorioso, inmortal, que revela por sí solo el poder, la inspiracion y la virtud, como que se llama *el pueblo*.

El pueblo español es el primero de los poetas españoles. Iba á decir que era el primero de los poetas del mundo; pero no quiero que los franceses me llamen *gascon* ó los portugueses *paisano*.

Digo que el pueblo es el primero de los poetas españoles, porque es el que produce mejores poesías, el que hace composiciones mas sentidas, mas sentenciosas, en una palabra, mas ricas de filosofía y de inspiracion, imprimiendo en todos sus versos el sello de la espontaneidad, ó lo que es lo mismo, ocultando el esfuerzo mental ó artistico que es el escollo de los mas grandes ingenios en todo el mundo.

En Francia y en otros países el pueblo canta los versos de sus mejores poetas, y puede cualquiera satisfacer el gusto ó el capricho de saber quién es el autor de la música y de la letra que oye cantar; cosa imposible de todo punto en España donde en este particular todo es

anónimo, precisamente porque todo pertenece al pueblo. Pero por esta misma razon los cantos y cantares de España gozan una justa celebridad en todas partes.

No es mi ánimo por hoy hablar de la música española, tan variada en todos sus aires, tan amena, tan alegre y al mismo tiempo tan melancólica. La cachucha puede decirse que ha llegado á ser un canto universal; el contrabandista, el fandango y la jota aragonesa rivalizan en popularidad y mérito con la cachucha, y esto es todo lo que en elogio de nuestros aires nacionales puede decirse. Mi objeto al escribir este artículo se reduce á demostrar que el pueblo es el primero de los poetas españoles, y para probarlo recurriré á la lógica de los ejemplos que es la mas convincente.

Figúrense Vds. que hay un mozo en aquella tierra abrumado por el peso de la desgracia, lo que nunca le impide coger la guitarra cuando anochece, y entonar á la ventana de su prenda amada una rondalla. ¿Cómo pintará este hombre su situacion de un modo poético sin olvidar los galanteos debidos á la persona á quien dirige la palabra? Esta cuarteta improvisada tal vez en un caso análogo, porque nadie conoce á su autor, llena todas las exigencias:

Los ojos de mi morena
Se parecen á mis males;
Negros, como mi fortuna;
Como mis desdichas, grandes.

Este mismo ó otro individuo cualquiera tiene por ejemplo que representar en su dama uno de esos actos en que bajo una regular apariencia se encierra un amargo desengaño. En tal caso los hombres que hablan un lenguaje prosaico fulminan su queja lisa y llanamente; pero en España, en ese país donde la imaginacion encuentra la metáfora con tanta facilidad como la lengua puede espresarla, el amante dirá lamentándose estos versos sublimes:

24 DE JUNIO DE 1835.

De tu ventana á la mía
Me tirastes un limón;
La corteza cayó al suelo,
Y el agrio en mi corazón.

Supongamos que en lugar del desengaño, la mente del individuo alimenta solamente una sospecha, ya porque no ve debidamente recompensado su cariño, ya porque la imaginación del que ama verdaderamente suele ser un perpetuo laboratorio de dudas, de desconfianzas ó de quimeras. El galán entonces lanza su queja, manifiesta su incertidumbre, conservando todavía el lazo que puede estrechar sus ilusiones:

Dices que me quieres mucho,
Vida mía, tú me engañas,
Que en un corazón tan chico
No pueden caber dos almas.

Como vemos, la queja no pasa de ser una queja, y si la dama demuestra que el juicio del galán es equivocado, que su corazón no es tan pequeño como afirma el cantar, ó que si solo tiene en él un alma esta es la del que se lamenta injustamente, la puerta queda abierta á la prueba que lleva consigo la reconciliación. Pero si la sospecha pasa á ser una realidad; si la coqueta tuvo en efecto un instante de desvío que no perdona nunca el egoísmo de la pasión, en tal caso lo que era amor se vuelve desden; es inútil querer anudar las relaciones pasadas, y no queda lugar siquiera para un átomo de esperanza en el fondo del arrepentimiento, pues el amante ofendido lanzará inspirado por el desprecio que rebosa en su pecho esta fulminante despedida:

Me quisiste, me olvidaste,
Me volvistes á querer,
Zapato que yo desecho
No me le vuelvo á poner.

Y como en casos semejantes el amor propio resentido hace que el hombre supla inmediatamente la falta, que llene el vacío ocasionado por la ingratitud en su corazón, en fin, que reemplace al momento un amor á otro, nada hay más natural que esta jactanciosa vindicación, expresada en la forma ligera de la seguidilla:

Te quise, me quisiste;
Mas de allí á poco
Desnudastes un santo
Por vestir otro.
Ten entendido
Que aquel que desnudaste
Ya está vestido.

Es natural en los enamorados el descontento, como por una especie de compensación. Nada hay comparable á la felicidad del que ama y se halla correspondido, y por lo mismo, en este valle de lágrimas donde ninguna dicha es completa, el hombre que no puede dirigir convenciones al objeto de su cariño, tiene siempre algún obstáculo que vencer, alguna amargura que sufrir. La poesía del pueblo español es un gran cuadro donde están pintadas todas estas situaciones, y en este cuadro representan generalmente mal papel las madres á los ojos de los novios, por lo mismo que cumplen con su deber vigilando la honra de sus hijas. De aquí nace sin duda la mala correspondencia que en lo sucesivo tienen suegras y yernos; antipatía que se manifiesta desde el instante en que un hombre se siente atraído por el imán de una joven hermosa y rechazado por la recelosa conducta de la mamá, y no hay poeta en el mundo capaz de describir lo que en la indicada situación pasa por la mente del hombre con la animación que se refleja en este antiguo y anónimo cantar:

Si yo fuera gato negro
Y por tu ventana entrara,
A ti te hiciera *miau, miau*,
Y á tu madre la arañara.

También suele acontecer en el mundo que el hombre obtiene todas las dichas menos aquella que más pudiera halagar á su corazón. ¿Pero qué digo suele? Es muy común ver una mujer enamorada de un hombre que no piensa en ella, por la sencilla razón de que el hombre está prendado de otra que no piensa en él. Véase con que precisión y candidez se haya desenvuelto esta profunda observación en este cantar, anónimo como todos los que voy citando, y como todos suficiente á labrar la reputación de un poeta:

Una me dijo que sí,
Y otra me dijo que no.
La del sí, quería ella;
La del no quería yo.

He citado ya uno de los ejemplos con que nuestro pueblo poeta responde á un desengaño; pero es necesario tener en cuenta que el desengaño produce en el que lo recibe el efecto del dolor ó el de la indiferencia, según el temperamento del individuo, la exaltación del amor ó las esperanzas alimentadas. En el primer caso es natural que la queja envuelva algo de imprecación ó de amargo desden; en el segundo el alma no puede expresar el resentimiento que no experimenta, y si tiene un momento de desahogo es para exhalar algún epigrama dando á entender que nada es capaz de sorprender á los que conocen el mundo. Pero es preciso que cuando se habla en verso hasta el razonamiento más frío adopte un lenguaje verdaderamente poético, y nuestro pueblo ha vencido esta dificultad mejor que lo hubieran hecho todos los preceptistas diciendo:

Yo me enamoré del aire...
Del aire de una mujer.
Como la mujer es aire...
En el aire me quedé.

Otras veces el amor lucha con dificultades que se propone vencer y entonces su lenguaje es tierno, pero confiado. Seguro de la fe con que se ve correspondido, tiene cierto tono marcial, bañado siempre por un gran fondo de sentimiento, y pide un poco de constancia, dando el ejemplo. Aunque he dicho que su tono tiene algo de marcial, no se entienda por esto que su elocuencia reviste las formas de la proclama; no desafia á nadie con frases huecas; confía en el triunfo, y todo lo espera de la perseverancia y de la resignación. En una palabra, emplea este lenguaje sencillo y alentador:

Ojos de color de cielo,
Azules como los míos;
No perdais las esperanzas,
Que yo no las he perdido.

Pero cuando los temores no dejan lugar alguno á la esperanza; cuando los obstáculos son insuperables, el amor ya no canta sino que llora, y sus lágrimas revelan ese verdadero sentimiento que se comunica como la luz por el rápido oleaje de sus vibraciones. Todo hombre es poeta en tales momentos; pero poeta que no rebusca los efectos, que no emplea palabras y giros alisonantes para interesar á las almas sensibles con la relación de sus desventuras, sino poeta verdadero, poeta realmente inspirado por un sentimiento sublime que adopta esta forma tan pura como inteligible:

Tengo yo mi corazón
Como el de san Agustín,
Llorando gotas de sangre
Cuando me acuerdo de ti.

Aquí, como siempre, es digno de observarse el buen criterio del pueblo religioso que sabe, sin quebrantar el respeto debido á sus creencias, buscar en las cosas sagradas el símil de sus afectos amorosos. Uno de nuestros mejores poetas contemporáneos ha tenido este atrevido arranque de pasión en uno de sus dramas:

Porque eres tú más hermosa
Que la Virgen del Pilar.

Pero esto, con perdón sea dicho del autor, cuyo talento respetado, no es más que un arranque atrevido que dista tanto del entusiasmo como la oratoria de la elocuencia. Un hombre que en el hecho de invocar á la Virgen manifiesta tener creencias religiosas, es incapaz de elevar el objeto de su terrenal amor sobre aquellos que venera en el cielo, y por eso nuestro pueblo, midiendo la intensidad de los afectos con el compás de su lógica especial, ha producido y conservado este magnífico cantar, en cuya salvedad está para un amante cristiano la verdadera energía:

Te quiero más que á mi vida,
Mas que á mi padre y mi madre,
Y si no fuera pecado...
Mas que á la Virgen del Cármen.

En el género festivo la musa popular española es superior; pero menos delicada que en la poesía de los amores. Abunda en pensamientos agudos epigramáticos; pero es en general picante hasta el punto de que apenas me ocurre un ejemplo que citar, temiendo traspasar los límites del decoro que preside á todas las secciones de nuestra publicación. He presentado algunos modelos del talento poético del pueblo español por ofrecer, digámoslo así, un individuo de cada tipo, y en otra ocasión seguiré desenvolviendo este tema con la misma economía de ejemplos, pues si á citar fuese cantares dignos del elevado número cuya apoteosis voy haciendo, podría llenar muchos volúmenes. Baste decir que hay hombres del pueblo en España que no repiten

dos veces en su vida un mismo cantar sin que sepan ellos mismos quién los ha compuesto ni aun siquiera el cómo y cuándo ha podido enriquecer su memoria con tan precioso caudal de inspiraciones.

J. M. VILLERGA.

ULRICO DE ANDUZ.

(Continuación.)

—Eso es lo mas racional que has dicho en toda la mañana.
—Preciso es pasar por las locuras para llegar á la razon.
—En efecto, yo creo haber leído en alguna parte que el desierto está en medio del bullicio.

—Es posible que lo hayas leído; pero yo he perfeccionado la idea.
—¡Oh! una vez que no puedo vivir... Tengo tambien el recurso de retirarme á las Cevenas.

—Qué Cevenas ni qué... ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Aquel es tu país, te obligarán á ser sindico, alcalde, jurado, oficial de guardia nacional, presidente de la caja de ahorros y humanitario. En París no serás nada mas que misántropo. Pronunciarás horribles monólogos contra la sociedad; y con tal que no los imprimas, esa misma espantosa sociedad te dará por tu dinero chuletas en casa de Tortoni, vino de Johannisberg, en copas verdes, en los hermanos-provenzales; música de Meyer-Beer, de Rossini, de Auber, de Adam, en tres teatros; dramas de Hugo, de Dumas, de Scribe por todas partes. Esto le faltaba al conde Gerardo. En el estado actual de las cosas sentirás á tu alrededor tal estrépito de ruedas, de caballos, de libreas, de omnibus, de bárbaros organillos, de perros obcenos, de vendedores con carretón, que no encontrarás en el aire donde colocar una sola idea de desesperación. París es la única cartuja que la revolucion no ha destruido; ve á enclaustrarte en ella, amigo mio.

Ya lo pensaremos despacio; pero calla, que oigo á mi criado subir ca escalera; alguna visita tenemos, seguramente.

Abrió Durand la ventana y la volvió á cerrar con precipitación.

—Amigo mio, dijo en voz baja, allá bajo hay un coche y me parece que lo reconozco... es...

—Mr. Chartoux.

—Buen ánimo contra el asalto; no ablandarse. ¿Quieres que me vaya?

—No; quédate, te necesito á mi lado... Entra en ese gabinete.

—¡Firme! ¡Acuérdate del conde Gerardo!

Encerróse Durand en el gabinete. Un criado anunció á monsieur Chartoux.

Ulrico, de pié y en una agitacion borrascosa, saludó friamente á la terrible visita y le presentó un asiento.

Mr. Chartoux contestó sin hablar.

—Señor, dijo esforzándose por afirmar su voz; ¿es de letra vuestra ese billete?

Respondió Ulrico con un movimiento de cabeza afirmativo.

—¿Teneis algun motivo grave para romper de este modo un asunto concluido?

—Un motivo muy grave.

—¿Podeis manifestármelo?

—Es imposible, señor.

—¿Es cosa que toca al honor?

—No, señor.

—A la probidad.

—Menos.

—¿Habeis descubierto en mi hija alguna inclinacion secreta de que su padre no tuviera noticia?

—Vuestra hija, señor, es la mas honrada y mas pura de las mujeres.

—¿Habeis oido alguna especie que pueda hacer sospechar que mi fortuna no está sentada sobre bases bastante sólidas?

—No, no señor.

—Es que hay envidiosos que cuando uno ha ganado con el sudor de su frente una honrada fortuna, tratan de desacreditar, de calumniar...

—Crea V. firmemente que no he cedido á semejantes ideas, yo tengo mas bienes de los que se necesitan para mantener una familia con esplendor en la sociedad.

—Os parece que no es bastante esmerada la educacion de mi hija? Porque ha sido pensionista en casa de las señoras Lefevre de París, en Mompeller, y ha ganado tres premios, el de la música, el de...

—Vuestra hija es encantadora, y su educacion esquisita; seguramente hará la felicidad de su esposo.

—Pues entonces, ¿por qué no os casais con ella?

—Porque temo no hacerla feliz como merece serlo. No es vuestra hija la que me hace retroceder, sino el matrimonio.

—¿Os habré yo ofendido con alguna espresion?... Muchas veces en el campo gusto de bromear, y pudiera alguna chanza...

—Os aseguro que vuestras chanzas han sido siempre decentes conmigo.

—Entonces me vuelvo loco, y no lo entiendo.

—Con que tendré, dijo Mr. Chartoux que miraba al techo, dando vueltas al baston entre sus dedos, despues de un largo rato de silencio, tendré que volverme á mi casa sin llevar una disculpa, una razon que alegar á mi mujer?

Ulrico callaba.

—¿No podré conseguir de vos satisfaccion ninguna?

El mismo silencio.

—¿Y habré de ser un objeto de burla para todo el pueblo? ¿tendré que espatriarme?

—Todos nos espatriaremos, señor.

—Espatriaos tanto como querais; yo por mi parte quiero quedarme, exclamó Mr. Chartoux, dando un bastonazo en el suelo.

—Pues bien, quedaos.

—Cuidado que esta es mucha insolencia!

Y levantó el baston sobre la cabeza de Ulrico.

—No olvideis que estoy en mi casa; dijo este con dignidad.

—¡Vean Vds. lo que son los jóvenes del día, con sus pretensiones de ilustrados y de filósofos! ¡Unos locos que juegan con lo mas sagrado, con el honor de las mujeres, con la paz de las familias!

—Señor, dijo Ulrico, un momento, un momento solo habeis conseguido conmoverme; pero acabais de restituirme mi valor; ruegos que no añadais una sola palabra.

—¡Está bien!

Y salió Mr. Chartoux con precipitacion, pálido de cólera, y agitando su baston en señal de amenaza. A pocos momentos se oyó el ruido del carruage.

—Es digno de compasion! dijo Mr. Durand abriendo la puerta del gabinete.

—¡Mas lo soy yo! dijo Ulrico con las lágrimas en los ojos.

—¡Dios mio! ¡no vayamos ahora á entristecernos! Es forzoso tomar un partido. Ante todo dejemos esta habitacion, este cuarto, esta casa. El eco de Mr. Chartoux está incrustado hasta en sus ladrillos. Vente á la mia; pero ¿qué es eso? ¿me miras con ojos espantados?... ¿te parece extraordinario mi ofrecimiento? Cuidado que no te convenga á mi escritorio sino á mi jardin *estramuros*. Allí tendrás una biblioteca escogida, un estanque, un invernáculo, un billar, una magnífica arboleda, mi mujer y mis chiquillos.

—Una cosa hay de mas.

—Los muchachos eh? eso será sin duda, pero no tengas cuidado que yo los quitaré de en medio. Vamos, decidete; ¿vienes ó no? Aquí te va á perseguir por todas partes el espectro de Mr. Chartoux.

—Pues bien, iré contigo.

—Dame un abrazo y partamos. El criado puede quedarse aqui.

Bajaron los dos amigos; atravesaron la ciudad y se encaminaron hácia el jardin hospitalario.

Era este un retiro delicioso y próximo á la *Fontana*: todo respiraba en él una quietud opulenta. Tres hileras de silvestres tilos daban sombra á la casa sirviéndola de cortina, cuyas flotantes ramas descansaban sobre las celosías. Ulrico no pudo menos de exclamar. ¡Ah! que bien se pasa aqui la vida!

Pronto llegará mi mujer, dijo Durand, y almorzaremos delante de la pajarera; ya está la mesa puesta. Tú puedes quedarte dos ó tres dias hasta que te cures, y así que estés convaliente te marcharás á París.

—Está bien; si, partiré pasado mañana... Puedes prepararme los caballos de posta. Búscame una letra de 10,000 francos.

—Eso es muy poco. Me parece que sería prudente que así que llegases te entregaras á toda especie de desórdenes para aturdirte: necesitas una letra lo menos de 20,000 francos. Además de que es menester que juegues.

—Pero si no he jugado nunca.

—Bien; quiere decir que principiarás: el juego mata al amor. Créeme, yo no he de darte sino buenos consejos. Pero aqui tenemos ya á mi mujer; seamos graves en su presencia y respetemos el matrimonio.

Corrió Ulrico á ofrecer su mano á madama Durand para bajar del coche; sintióse algo turbado, quiso escusarse por el silencio descortés que habia guardado la noche anterior en el tilbury, y no pudo concluir la frase.

—¡Qué noche hacia tan hermosa! respondió madama Durand y entró en el salon á quitarse el chal.

¡Qué hermosa es mi mujer! dijo Durand á Ulrico: ¿no es verdad? Se diria que la he hallado en las escavaciones del *Herculano*; pues mira: estoy acostumbrado á ella, y... ¡chiton! sentémonos á la mesa.

Habíase puesto la bella Arlesiana sobre sus magníficos cabellos negros una redecilla de seda de color de fuego que caía en dos bandeletas sobre sus académicas espaldas: un árbol del Paraíso, inclinándose en frente de ella, matizaba con sus movibles y encendidos reflejos los desnudos brazos, el rostro y el seno de la admirable mujer. Temblaba Ulrico como la hoja en el árbol: acordóse de la emoción de aquel artista que descubrió la Vénus de Médicis en la escavacion de la ciudad de Adriano, y se dijo así mismo: Esto que experimento no es mas que una emoción de artista.

¡Pero ay! que su estatua tenía vida.

Levantóse Durand á los postres y dijo: He consagrado la mañana á la amistad, y tengo que emplear la tarde en los negocios: Ulrico, te dejo con madama; nos veremos á la hora de comer, ven á acompañarme hasta el portal... Vamos, francamente, ¿qué te parece mi mujer?

—Yo te felicito...

—Pero ¿has visto qué digno y reservado soy delante de ella?

—Sí.

—¿Me crees indiferente, no es verdad?... un verdadero marido de comedia... No te fíes de las apariencias... La amo con delirio. Adios.

Quedóse Ulrico en el portal como si le hubieran clavado en el suelo: después de haber permanecido mucho tiempo en la misma postura, volvió al terrado, y encontró á la Arlesiana sentada, bordando debajo de los árboles. Ni siquiera alzó la cabeza, ni manifestó el mas ligero deseo de conversacion: el tímido jóven por su parte se mantuvo siempre á cierta distancia, contentándose con contemplar como artista la mas bella ninfa que bañó nunca sus pies en el Ródano ante la ciudad-querida de Constantino.

Por la tarde, después de comer, se quedó Ulrico solo en el salon con la Arlesiana. Cruzáronse de cuando en cuando algunas frases sueltas entre ellos; la mujer no respondia nunca mas que dos ó tres palabras y sus respuestas tenían siempre un sentido profundo que sumergia á Ulrico en una larga meditacion. A media noche, sintió este una impresión enteramente nueva, al ver á la Arlesiana vestida de blanco, con una buja en la mano, atravesar el corredor y cerrar la puerta de un cuarto; abrió el jóven una ventana para respirar el fresco y la vida que caen de las estrellas y para pedir al cielo la solucion de un enigma espantoso.

El cielo no respondió nada.

Ocho dias se habian pasado, cuando Durand dijo á su amigo al partir para la ciudad. ¿Para cuándo los caballos de posta?—Estoy malo todavia, respondió Ulrico.—Cuando quieras.

—Es forzoso marchar, se decía así mismo, forzoso. Este aire abrasa; está encendido este cespéd; me queman los pies las piedras por donde paso. Es preciso salir de aquí. Está envenenado todo lo que me rodea. Vamos á ganar el puerto antes que la borrasca descargue sobre nuestras cabezas. No es esa Arlesiana la que yo temo, aunque terrible... es esta pasion vaga que truena aquí en mi alma, este demonio que desgarrá mis entrañas y que necesita un alimento...

Y al decir esto marchaba con los caballos sueltos al viento y destrozando las yerbas bajo sus pies; en su preocupacion no vió á su criado parado á la entrada de una calle de árboles, delante de él.

—¿Qué quieres? dijo Ulrico.

—Un extranjero pregunta por Vd.

—¿Su nombre?

—No lo ha dicho.

—¿Dónde está?

—En la Fontana; delante de los Baños de Diana; no he querido conducirlo aquí.

—Has hecho bien... voy al momento. En los Baños de Diana! Qué recuerdo!

Miró maquinalmente á la muda Arlesiana, que estaba sentada en un jarrón como la Polimnia del Louvre, y salió del jardín.

Desierto estaba á aquellas horas el paseo de la Fontana; oíase un confuso ruido de aguas, de ramajes y de pájaros; una calma divina reinaba en las umbras alamedas: era uno de aquellos momentos en que el hombre se reconcilia con Dios y consigo mismo al ver tanta serenidad en torno suyo.

Retrocedió Ulrico, como si hubiese visto una fantasma. Entre las ramas de dos higueras silvestres que flotaban en las paredes de la ruina romana, vió á Margarita vestida de hombre: una levita verde sujetaba estrechamente su elegante talle: una gorra de escarlata escondía sus rubios y rizados cabellos. Hizo la fantasma una seña con el dedo, y se adelantó Ulrico osadamente hacia la ruina.

—Me habeis conocido: está bien, acercaos, dijo la aparicion.

Ulrico llevaba en el rostro aquella palidez nerviosa que se apodera del mas valiente en las crisis sobrenaturales.

—No es su voz, dijo, no son sus ojos.

—Añadid, temblando, no es su sexo. Yo soy el hermano de Margarita.

(Continuara.)

MIS CREENCIAS.

Raro es el hombre que de haber pasado por todos los trámites de la vida y hallándose en sus últimos escalones conserve las creencias que un tiempo fueron su delicia. Y si á uno de esos hombres se le preguntan las causas de su incredulidad, indudablemente responderá que los desengaños. Yo que he dado en creer algunas cosas, creo que un desengaño puede proporcionar á veces un disgusto; pero seguramente me sentarán mejor veinte desengaños que un solo engaño. Trabajo tiene en mi modo de ver el que da en dudarlo todo; nada mas violento que el estado de incertidumbre.

Cuando se trata de creencias, bueno será que diga lo primero que creo en Dios; después diré que creo en otras muchas verdades, sin decir á puño cerrado, porque una de las pocas cosas que dudo es la de que pueda haber puños abiertos.

Entra en mi plan higiénico la facilidad con que me resuelvo á creerlo todo y de algunos dolores de cabeza me he librado desde que dejé de cavilar sobre estas ó las otras materias. Oyen algunos campanas y no saben donde: cuando oigo yo una campana ya sé que da en la torre. Dice un autor, de cuyo nombre no quiero acordarme, que es de vidrio la mujer, y yo creo lo que dice el tal autor; pero como no hay regla sin excepcion, creo tambien que las espaldas de la mujer de un zapatero que hay en el portal de mi casa son de piedra



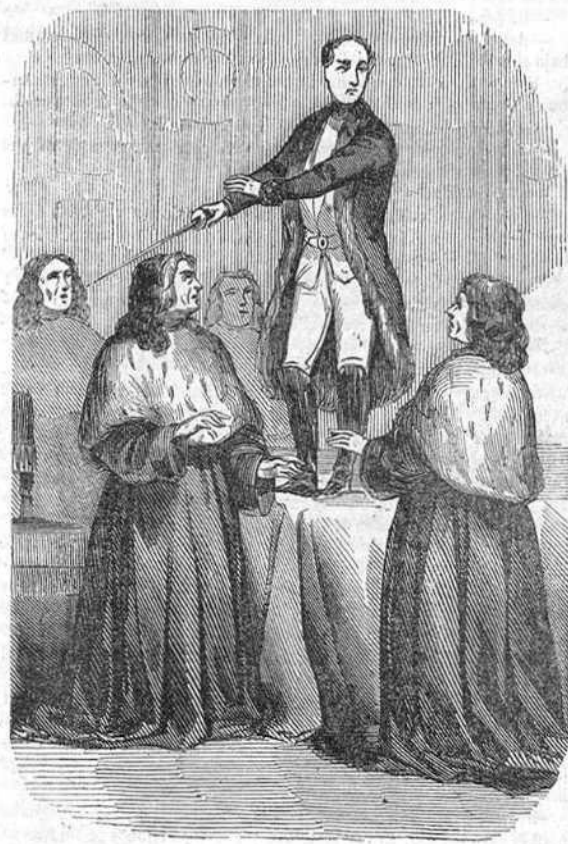
(Aventuras de un loco coronado.)

berroqueña, al menos un día á la semana, y no hay que preguntar que día es tratándose de un zapatero. Preguntan unos y corren otros cuando oyen tocar á fuego: en oyendo yo una campanada que anuncia incendio, ya sé que está ardiendo el palacio del duque de Liria.

Sin ser egoísta, creo que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, de modo que resuelvo á mi favor con admirable prontitud los mas difíciles problemas. Si se tratase por ejemplo de decidir cuál es el mejor drama que ha visto la luz pública, desde Shakespeare hasta nuestros dias, andarian los mas inteligentes alambicando escenas y conceptos para poder dar un fallo definitivo en el asunto; pero yo á primera vista sé que el drama mejor del mundo es el que se titula «Primero yo y siempre yo,» así como el peor de todos aun cuando lo hubiese escrito el mismo Calderon, seria el que se titulase, «Dar armas á su enemigo.»

Dicen que las mañanas de abril son muy dulces de dormir; ¡prosi-gue diablitos! para mí todas las mañanas, sean de abril ó diciembre, son tan dulces de dormir, que suelen dar las doce del día sin que se

hayan abierto mis párpados. Dicen también que en este pícaro mundo al que algo quiere algo le cuesta; tampoco es exacto para mí el refrán, porque cuando duermo creo que no estoy en este mundo, y sin embargo no deja de costarme algo el sueño. Me explicaré: yo soy un hombre solo, quiero decir sin familia, porque eso de decir «soy hombre solo» parece que quiere manifestar que hay quien puede ser hombre y alguna cosa más. Digo, pues, que vivo solo y que tengo para mi asistencia un muchacho lo mismo que la pólvora, el cual no diré que me sise, pero si en lugar de dormir fuese yo mismo á la compra, creo que no me costaría tan cara la fiesta. Sobre todo creo que el citado refrán es inexacto también en cuanto dice que *al que algo quiere algo le cuesta*; pues en esta vida queremos muchas cosas que no procuramos poseer porque ofrecen dificultades, de modo que aunque no las poseamos tenemos el placer de quererlas de valde, y véase cómo puede querer algo sin que cueste nada. Pero volviendo á lo de mi criado, para lo cual tengo también que hablar de mí, diré que soy aficionadísimo á la fruta, y con este motivo raro es el día en que no hay disputas en mi casa. ¿Por qué? Porque el maldito del mozo se empeña en hacerme pagar las peras á dos reales, cuando andan á diez maravedís:



(Aventuras de un loco coronado.)

grito yo, replica él y acaba la polémica diciendo mi criado que al día siguiente me las traerá mas baratas, pero llega el siguiente día y las peras siguen al mismo precio, y ¿qué tengo que hacer? tomar paciencia y pasar por lo que él dice, convencido á pesar de todos los refranes del mundo de que nunca me pondrá las peras á cuarto.

Nunca me ha dado el naipe para la política, razón por la cual nunca he querido tomar cartas en ese peligroso juego en que he descubierto muchas trampas. Por ejemplo, conozco á un portero de oficinas, rollizo, que pesa lo menos diez arrobas, el cual no ha tenido que sentir en ninguno de los arreglos hechos por el gobierno; en cambio conozco á dos empleados tan flacos que parecen esqueletos, de los cuales los unos quedan cesantes, y los otros sufren rebaja en su escalafón siempre que hay un arreglo, y todo esto en los tiempos en que tanto se declama contra los empleados gordos. De esto deduzco yo que se fastidiarán los gordos cuando se declame contra los flacos, y creo por lo tanto que debo seguir como hasta aquí en ese estado indiferente á todo extremo, con un cuerpo que no puede llamarse cuerpo, siendo in-

capaz de aumento ó disminución, y escusado creo decir que en esta parte lo que digo del cuerpo debe hacerse extensivo al alma.

Si de este modo me va bien dirán algunos que la suerte me viene como pedrada en ojo de boticario, lo cual es falso, porque conozco un boticario que se quedó tuerto á consecuencia de una pedrada, y el hombre asegura que la tal pedrada le hizo mucho mal en el ojo á pesar de ser boticario. Si me va mal podré decir con alguna verdad con un palmo de narices por la simple razón de que mis narices no tienen menos de un palmo, y entre paréntesis sea dicho, creo que mas de cuatro chatos abusan de este refrán diciendo también cuando se llevan un chasco, que se quedan con un palmo de narices, siendo así que se quedan tan chatos como estaban antes del chasco. Estos señores pueden darse la mano con los sordos, que para manifestar indiferencia á lo que de ellos se murmura, dicen: eso me entra por un oído y me sale por el otro; lo cual es evidentemente falso porque ni les entra ni les sale, y escusado es probar que no les sale, estando demostrado que no les entra.

Volviendo á los empleados de que antes hablé, debo decir que el mencionado portero es hombre según dicen de irreprochable conducta, cosa que creo aunque no pondría las manos en el fuego por él ni por nadie, porque eso de quemarse las manos no conduce á nada bueno aunque haya valido tanta celebridad á Mucio Scévola. Me contento por consiguiente con creer que el tal portero es digno del puesto que ocupa, sin negar que alguna vez haya dado justo motivo á las reprimendas de sus jefes que le achacan el defecto de meterse siempre en camisa de once varas, á lo cual contesta él con sobrada razón que lo hace porque no puede pasar por otro punto, pues no habría camisa que bien le viniera si tuviera una pulgada menos de tela de las once varas. En cuanto á los dos empleados flacos nada digo, sino que se conforman con su suerte, y creo que hacen bien, aunque jamás les hablo de estas cosas, porque dice el refrán, que no debe mentarse la soga en casa del ahorcado, precepto que no dejo de creer inútil, porque al ahorcado, una vez ahorcado, poco le puede importar que su casa se mente ó deje de mentarse la soga. Por otra parte, ¿qué fruto sacarían los flacos de ladrar contra los gordos? Algo habría que temer si fuera cierto aquello de que, perro que ladra no muerde; pero este refrán creo yo que no es mas exacto que los otros, porque en España, muerdan ó no muerdan, todos los perros ladran. De todos es plausible que siendo íntimos amigos los dos empleados flacos á que me he referido antes, ninguno se llame Pedro, es decir, que no den que hablar al mundo con su mala conducta, pues creo que cuando dos camaradas dan pábulo á la murmuración, es evidente que uno de los dos se llama Pedro, puesto que la gente para vituperarlos dice: «tan bueno es Pedro como su compañero.»

Pero no acabaría nunca si fuese á enumerar todas mis creencias; basta para que los estimables suscritores del *Semanario* tengan alguna idea de mí con lo que dejo dicho. Convengo en que soy algo raro y sobre todo original, pues hasta la presente creo que nadie me ha traducido, y no creo que llegue el caso de traducir á los hombres, si bien observo con dolor cierto afán de traducir al español hasta lo mal traducido en francés, que es cuanto se puede decir. Por mi parte tal es la predilección que doy á las cosas de España, que ni siquiera he tratado de aprender el francés; y á fé que si quisiera aprenderlo no me arredrarían las dificultades que algunos encuentran en que se escriba de un modo y se lea de otro, porque lo mismo sucede en España. En efecto; cuando yo paso por cierta calle y veo una muestra que dice: «Tienda de los dos hermanos de chocolate,» no leo esto sino que los dos hermanos y el que tal letrado escribió son tres alcornoques con forma humana. Esto se parece á un parte dado por cierto general allá en los tiempos de la guerra civil que decía: «Sufrieron una descarga los valientes que tengo el honor de mandar á quemar ropa.»—Y en este momento no porque me falte materia sino porque creo que debo concluir, suelto la pluma y digo: aquí paz y después gloria.

MANUEL JUAN DIANA.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Vertámosle un vaso de agua sobre la cabeza para castigarle por sus habladurías.

Herman, joven oficial de marina, añadió:

—Y démosle algunos bastonazos para que tenga que comer y que beber.

El señor no se alteró.

—Señor, dijo, ese soberbio castillo no existirá dentro de tres días y

«¿reis obligado vos señor, vuestro augusto abuelo y vuestra real hermana á pedir hospitalidad á algun señor de vuestra corte.

Grandes carcajadas respondieron á esta profecía.

—Vámos pues!

—Está loco!

—Mirad que profeta!

—Y qué habrá sucedido á mi castillo?

—Será quemado en una hora.

—¿Quemado?

—Val val! exclamaron los jóvenes cazadores impacientes de volver á emprender su carrera.

—Será quemado señor, lo veo en este momento tal como estará dentro de dos días á las dos de la tarde. Los techos se derrumban! ¡Veis el humo? Cubre á Stokolmo, veis las llamas? Salen rugiendo por las ventanas. Las estatuas se quiebran, el oro y la plata fundidos por el calor corren á lo largo de los muros que vacilan y se inclinan. Qué ruido! Luego... nada!

—Nada, repitió Carlos XII con acento incrédulo y espantado á la vez.

—Nada sino el cuerpo de vuestro padre Carlos XI, que reposa en la capilla del castillo en el fondo de un catafalco.

El soñador, á quien dejaron pasó los trineos, subía ya por las heladas llanuras, cuando el rey corriendo hacia él le gritó: Hechicero: no me has dicho la causa ni el autor de este espantoso incendio.

—Venid señor, y os lo diré.

Y el soñador apoyó sus labios adormecidos en el oído del rey.

¿Qué le dijo? Pero el rey estaba pálido como el hielo, como el cielo cuyo carmin boreal se había desvanecido, cuando volvió á su trineo, lo cual no le impidió decir riendo:

Teniais razon! ese soñador es un loco que merecia una correccion por sus burlescos caprichos. Es muy tarde. ¡Adelante! ¡adelante!

Íbase á partir cuando un mensajero detuvo el movimiento general. Corría para entregar al rey un pliego sellado del gobernador de Libornia, la mas bella y la mas rica provincia del reino. Sin dignarse mirar siquiera el sobre, sin abrir el sello, el rey pasó el pliego á Reginold encargado de leer toda la correspondencia. Apenas Reginold hubo recorrido las primeras líneas quiso hablar al rey: pero este le dejó con un gesto brusco y le dijo con severidad:

—Señor Reginold, conoceis nuestras convenciones que haceis mal en olvidar «no mezclar los negocios con el placer, por ligero que sea el placer, por graves que sean los negocios.»

Reginold puso tristemente el pliego en el bolsillo de su túnica.

Al entregar este despacho oficial á Carlos XII, el mensajero habia traído tambien una carta á la condesa de Koenigsmarck, quien leyéndola, ó mas bien fingiendo leerla, la habia mostrado á su dama de honor que devoró con una mirada rápida las líneas evidentemente de la mayor importancia porque su semblante se esclareció un instante y luego, aunque tambien por un solo instante, quedó sombrío.

Los caballos habian comenzado de nuevo su rápido curso, pero en el momento de la conmocion general, la dama de la condesa Aurora dirigió á esta una mirada tan imperiosa y tan espresiva que hizo asomar el rubor á su rostro y una lágrima á sus ojos. Era de presumir que esta orden muda era motivada por las noticias que la dama acababa de recibir jeran las mismas que habia recibido el rey sin tomarse el trabajo de leerlas? Esto es lo que nos ha de descubrir la historia siguiente.

El enigmático carricoche cubierto se puso tambien en marcha.

En la carrera el rey se acercó á la condesa y el caballero Megret se colocó al otro lado cerca de Georgina que comenzaba á alarmarse de su obstinacion en seguirla, en colocarse á su lado y en observarla... Tenia dudas acerca de él ¿qué sabia? ¿qué sospechaba? ¿qué queria? No manifestó sin embargo sus temores sino que por el contrario se mostró con él mas amable que solia, y los tres trineos, con igual rapidez se dirigieron hacia un lago de gran estension en que debia comenzar la salvaje caza del oso.

No se habrá olvidado quizá que Reginold estaba en el trineo real. A causa de esto pudo oír la conversacion que tuvo lugar entre el rey y la condesa Aurora.

—Confesad, la dijo el rey, que mi reino es á propósito para sorprender á los que no le han visto; ese soñador que profetiza en medio de los hielos...

—Vuestro reino me agrada mucho, respondió la condesa; no se parece á ningún otro y su originalidad no veo á mis ojos su menor mérito.

—Sois indulgente, señora.

—Digo la verdad, señor.

—No se dice nunca á los reyes, replicó bruscamente Carlos XII.

—Porque no gustan de oírlo.

—Hacen mal, debian pagarla. Pero el mal está hecho y no se deshará; es preciso que los reyes adivinen,

—Les seria facil sino tuvieran preocupaciones.

—Facil! No con las mujeres.

—Y por qué no, señor?

—Porque... porque Dios ó el diablo lo quiere así.

—¿Lo habeis probado?

—En este momento lo pruebo.

A esta última palabra de Carlos XII Georgina se apartó apenas de su conversacion con Megret y dijo por lo bajo á la condesa. Acordaos de que hablais con el rey y no con Reginold, luego añadió con la misma serenidad de voz:

—Caballero Megret, decís que hay en ese trineo cubierto cuyo misterio nos inquieta...

—Digo que veremos salir de él la sorpresa que el rey nos guarda.

—Y qué será?

—Vámos á cazar un oso ¿no es eso señorita?

—Lo presumo, caballero.

—La costumbre es que se le vaya á buscar vivo para traerle muerto.

—Sin duda! respondió riendo la bella Georgina.

—Y bien, nuestro rey es tan original que es capaz de haber metido en esa caja el oso que hemos de cazar.

—Un oso en un trineo!

—Artois hay sobre un trono... pero se los aprisiona, dijo algo mas bajo el caballero á la bella Georgina que fingió no haber oído.

Esto se decia á la derecha del trineo en que iban la condesa Aurora y Georgina, mientras que á la izquierda se hablaba de este modo.

Carlos XII decia á la condesa de Koenigsmarck.

—Si, yo me ejercito en este momento en conocer las mujeres y el primer resultado es...

—¿Cuál, señor?

—Que salvan á los hombres que no se apasionan y pierden á los que se apasionan. Alumbran ó consumen, fertilizan ó devoran. Pienso tambien, y lo siento yo que amo...

Reginold se habia inclinado con los ojos chispeantes de celos para escuchar las palabras del rey, y Georgina en el trineo opuesto escuchaba tambien con igual avidez.

—Si; yo amo... repitió el rey.

La condesa afectó estar distraída.

—Y siento que el amor me haria hacer cien veces mas locuras que el juego, la caza y todas las pasiones del hombre. No comprendo cómo una persona no se abandona en cuerpo y alma á quien la agrada, á quien la encanta, á quien la arrebatada, á quien lo es todo para ella. Cuando cazo, mato; cuando bebo, me embriago; cuando amo, me embriago tambien: yo amo en fin, exclamó el joven rey hostigando á sus caballos con toda la fuerza de la emocion que corria por sus nervios.

Pero con la misma celeridad corria el trineo de la condesa, y el de Megret no se quedaba atrás.

—Si el rey vuelve hablaros de su amor, dijo Reginold al oído de la condesa aprovechando el viento y la rapidez para no ser oído sino por ella, me precipito delante de vuestro trineo, y me hago despedazar.

Aprovechando la misma ocasion Georgina murmuró tambien al oído de la condesa.

—Obtened del rey por una mirada que os diga la palabra que desea deciros.

La condesa Aurora entre estos dos mandatos quedó pálida como la nieve que coronaba las montañas que rodeaban el lago: iba á desmayarse.

Dichosamente se habia llegado á la estremidad del lago designado para la caza del oso. El rey se detuvo y todos los trineos se detuvieron al mismo tiempo.

Los preparativos comenzaron y aunque eran muy sencillos, es preciso explicarlos. Entre dos rocas que formaban una garganta y que servian de lugar de cita á todos los osos de las cercanías, se fijaban en el suelo de trecho en trecho postes de cierta altura y en ellos y en las rocas se clavaba una red detrás de la cual se provocaba al oso asaceteándole ó fusilándole si se queria acabar mas pronto. Este modo de cazar, no carecia de peligro por mas que no tuviese tanto como el combate cuerpo á cuerpo. El oso á veces se lanzaba con tanta rabia contra la red que la destrozaba, y otras sus garras atravesaban sus mallas para desgarrar al cazador demasiado lento en retirarse. Las damas quedaron de espectadores en sus trineos, mientras que los nobles cazadores requerian sus armas, y los criados repartiéndose el trabajo, iban los unos á tender la red y los otros á escitar al oso. Todo se hizo en un momento.

Al llegar el momento decisivo, Carlos XII ordenó á sus gentes que hiciesen adelantar el trineo cubierto que desde la salida de Stokolmo escitaba la curiosidad de todos. Los criados obedecieron; el trineo se descubrió á una nueva indicacion del rey, y se vió entonces lo que encerraba y que nadie hubiera sospechado.

El oso estaba á cincuenta pasos de la red y se distinguia su enor-

me cabeza y su cuerpo gigantesco, envuelto en una piel negra y brillante por la espalda y blanca como la nieve por el vientre, contraste que le hacía mas terrible aun.

Del trineo que el rey acababa de hacer descubrir descendieron uno tras otro doce senadores, con togas rojas con vueltas de armiño, los mas venerables de los senadores suecos. Sobre su frente consagrada por la ciencia y la sabiduría, se leía la vergüenza que el rey les hacia sufrir ante toda la corte, esponiéndolos á la risa de los jóvenes. Púdose tambien reconocer en ellos á aquellos nobles senadores que habian osado dirigir al rey algunas advertencias sobre sus caprichos salvajes, Carlos XII se vengaba de ellos á su modo, modo extraño, sin ejemplo, estravagante, odioso, y que no carecia de crueldad. Puso en seguida un baston ferrado en la mano de cada senador y les dio dirigiendo la rabia del oso hacia ellos: señor, tratad ahora de hacerle advertencias como á mí.

En el mismo instante, el oso herido por detrás por una piedra que le dió en la cabeza, se lanzó ébrio de cólera contra la rei y la hizo, con un espantoso bamboleo, ir á tropezar á los senadores que no se movieron.

Escepto algunos cortesanos, toda la corte guardó silencio; Reginald se cubrió el rostro con las manos. Una cólera fria, una malicia helada, un despique siniestro, contrajeron el rostro del rey mas terrible de ver en este momento, que el oso mismo.

(Continuará.)

Las escavaciones mas recientes en Pompeya.

Difficil seria visitar á Pompeya, en cualquier tiempo que fuese, sin hallar materia nueva é interesante para hacer reflexiones, descripciones; y justamente en la reciente actualidad presenta este mundo de tesoros arqueológicos tantos descubrimientos nuevos hechos en los últimos dos años, que con placer comunicamos á nuestros lectores el contenido de una carta de Nápoles, fecha 14 de abril próximo pasado.

Las escavaciones mas considerables desde el descubrimiento de Pompeya acaecido en el año de 1721 con ocasion de abrir un pozo, fueron las de los años que siguen: en 1748 el anfiteatro, 1763 la puerta de Hércules, 1764 el teatro y el templo de Isis, 1811 la casa de Pansa, 1813 el mercado, 1818 dos templos de Mercurio y Vénus, 1823 la casa del poeta dramático, 1826 la calle de Mercurio, 1829 la de la Fortuna, 1841 la de los Comerciantes, 1843 el Cuadrivio, y 1847 la casa de Lucrecio. En 1851 principiaron las escavaciones de una gran calle, que á esta fecha se halla enteramente descubierta. Al hallar sus primeras casas, creyóse que seria la calle de los Plateros, pues se encontraron en muchas de sus tiendas una gran cantidad de artículos de oro y de joyas; pero descubrimientos posteriores no confirmaron esta suposicion. Se ha hecho el cálculo de que una tercera parte de la antigua ciudad se halla ya escavada. Ya en el año del descubrimiento de Pompeya se partió del justo principio de que era menester poner á descubierto toda la estension de las murallas de la ciudad, á fin de poder determinar de este modo hasta qué distancia debian extenderse las escavaciones para hacer descubrimientos. Estos, que entonces principiaron por la casa de campo de Arrio Diomedes, fueron recompensados; pues si bien no se hallaron aquí tantos y tan preciosos objetos del arte como en Herculano, sin embargo todo lo que se encontró estaba en un estado de mucha mejor conservacion que en aquel punto. Esta circunstancia provendrá quizás de que Pompeya no fué sepultada en una lluvia de piedras y arena, y mas tarde inundada por torrentes de lava, sino cubierta meramente de ceniza. Así es que antiguamente se sostenia con frecuencia la asercion de que la lluvia de ceniza habia sorprendido y enterrado á una gran cantidad de gentes en el teatro; pero al despejar el teatro resultó que no habia sido así, pues solo dos esqueletos se hallaron en él, y en toda la demás poblacion solo unos ciento, sin duda enfermos ó ancianos que al sobrevenir la desgracia no habian podido huir. Las calles de Pompeya, de las cuales se han descubierto mas de veinte, tienen todas una direccion recta, están empedradas de lava, y contienen cárriles; á ambos lados de las mismas hay aceras formadas de baldosas anchas, debajo de las cuales se hallan aplicados los conductos del agua. Las casas no son en lo general muy grandes, y comunmente de un piso, pero tambien se han encontrado algunas de dos y tres pisos. En las calles que se cruzan se ven frecuentemente fuentes adornadas de estatuas y otros trabajos. Las columnas de las galerías en las casas son de estuco, las paredes generalmente de lava, pulidas y adornadas de pinturas, que en su mayor parte se componen de arabescos.

Entre las habitaciones descubiertas son las siguientes las mas memorables: la posada para extranjeros; la Villa sub-urbana ó la casa

de Arrio Diomedes, que tiene tres pisos, de los cuales el mas alto se halla destruido, un termópilo (una especie de taberna, donde se vendian bebidas calientes) con una estufa, lozas de mármol, con leterros y una alacena para vasos; la casa de Cayo Salustio, una de las casas mas grandes y sobre todo provista abundantemente de adornos, delante de la cual habia estufas y escaparates para las vasijas de vino y aceite; la casa de Cayo Cejus, la de Pansa, con siete tiendas; la casa del poeta dramático, una de las mas elegantes, y situada en frente de los baños públicos; la casa de los Dioscuros; las de Fauno, de Marte y Vénus, la casa de las Bacantes, que tomaron sus nombres de las estatuas y pinturas que se hallaron en el interior; la casa con la gran fuente y una gruta llena de adornos de piedra y mosaico; la fuente está adornada de carretas ó mascarillas; la casa del emperador José, la del emperador Francisco, las del rey de Prusia y del duque de Toscana todas estas casas llamadas así porque fueron escavadas en presencia de estos principes. Memorables son las murallas dobles que á la altura de 20 á 25 pies tienen un intervalo de 25 pies, y se hallan interrumpidas en estos intervalos irregulares por torres de tres pisos. Las piedras se hallan unidas sin argamasa. La puerta de Hércules tiene tres aperturas, pasando por la del medio de 15 pies de anchura el camino de las tumbas; las otras dos puertas laterales parecen haber sido destinadas para los paseantes. En uno de los templos se encontró la estatua de Ciceron vestido de toga, en la cual se notaron aun indicios de la púrpura. El mercado se halla rodeado de pórticos por tres partes, en medio de los cuales estaban las estatuas de los ciudadanos que habian merecido bien de la patria, y aun se reconocen sus pedestales. En una de las plazas hallóse sin casco con el relieve de la destruccion de Troya, y además una gran cantidad de otros cascos de bronce y hierro, armas de todas clases, y sesenta y tres esqueletos que se creen haber sido soldados. La basilica, que está separada del templo de Vénus por una estrecha calle, se halla unida al foro por medio de una galeria de columnas; debajo del tribunal se encontró una cárcel. La mayor parte de los baños públicos tienen siete entradas, y aun existen en parte las presas y cañerías. Sobre unas 1,500 lámparas de Terrarolta y muchos utensilios de baños se hallaron aquí. El anfiteatro, situado en el centro de una gran plaza, tiene 50 filas de asientos para unos 50,000 espectadores: aquí se encontraron el esqueleto de una mujer y los de ocho leones.

El teatro, construido de mármol pario (de Paros) se halla aun conservado en casi todas sus partes; hace poco tiempo que aun se hallaron aquí muchos adornos. En el Ponderario (almotacenazgo) habia pesas y pesos, como tambien dos esqueletos de hombres montados en otros dos caballos, que aun tenían campanillas en el pescuezo. Toda la calle ancha que desde el mercado conduce á los teatros, está llena de tiendas, en las cuales, como generalmente en todas las demás habitaciones, se pueden leer los nombres y el oficio de sus antiguos dueños, y tambien los anuncios públicos. Asimismo contiene la calle recién descubierta de Stabia tiendas en ambos lados; aquí son notables las pinturas al fresco, que se distinguen por lo frescos que aun se hallan sus colores. En esta calle se espera hacer aun ricos descubrimientos, pues la mayor parte de sus casas no han sido todavia examinadas. Una casa por muchos títulos distinguida de esta calle fué limpiada en presencia de los grandes duques de Rusia en el año de 1851. Tenia un pórtico de grandes dimensiones y un empedrado de lozas de mármol, hallándose aquí una elegante mesa de igual piedra, en cuyos pies habian sido trabajados adornos que representaban frutas de las formas mas hermosas. Ninguna de las columnas que corrian en círculo estaba entera, y solamente se encontró uno de sus capiteles, que podia llamarse mas bien grotesco que clásico. El objeto redondo al lado de una de las columnas, es un pozo que está acñalado alrededor; su borde tiene indicios de haber sido muy usado. La habitacion del medio es grande y puede haber servido de Triclinio. Desde esta habitacion se pasa á otras dos mas pequeñas á la derecha é izquierda que están casi enteramente destruidas. La pared principal de la derecha contiene un nicho con gradas, pero sin estatua alguna; varios enseres de cobre de cocina y algunas insignificantes decoraciones de jardin era todo lo que se ha encontrado en una casa de tan grande circunferencia. Así que se pasa por la puerta falsa de esta casa, se ve lo mas notable que hasta aquí se ha descubierto, á saber, el tejado completo de una casa. Cuando Pompeya fué cubierta y destruida por la lluvia de ceniza, se hundieron todos los tejados; y la falta de cuidado en las primeras escavaciones nos ha dejado en una completa ignorancia con respecto á la construccion de los antiguos tejados. Aquí, pues, tenemos por primera vez un tejado completo, que se compone de unas tejas de 12 pulgadas de longitud y 2 de anchura, cubiertas de una capa de argamasa que se echaba desde el lomo del tejado para hacer á este impermeable. El tejado está aun tan conservado como si se hubiera hecho ayer, y la casa misma está cercada y permanecerá probablemente así. Los trabajadores ocupados actualmente en las escavaciones azadonan y cavan con muy poca precaucion, y un sobrestante muy poco inteligente está á su lado fumando estóicamente su pipa. Así que

se encuentra algo se echa en un cesto, que vigila un soldado. El actual gobierno de Nápoles no parece interesarse mucho por Pompeya, pues durante la dominación francesa se ha sacado á luz mas que antes y después, de este periodo.

PICARO MUNDO.

Tropieza doña Cándida
En una piedra esdrújula,
Y hasta las mismas médulas
Penétrala el dolor.
Lo ve cualquier satélite,
Y en vez de darle lástima,
Riendo como un zángano
Celebra el tropezon.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Sale á la escena un cómico:
Si es de las partes últimas
Y se equivoca el misero,
Lo cual es muy comun;
El público benévolo
De intolerante timpano,
Le abronca celebrándolo
Con risas ó rum-rum.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Entra en misa doña Ángela
Y porque ya la epístola
Se pasó, y el acólito
Ha mudado el misal:
Los viejos y los párvulos
Y hasta la gente mística,
Se rien de ella y burlanse,
Incluso el sacristan.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

De prisa va don Álvaro,
Dobla un esquina súbito,
Y las narices rómpese,
Y las estrellas vé.
Y la gente malévola
Que ha visto la catástrofe,
Con corazon diabólico
Se rie á costa de él.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

¿De qué nace esa trápala
Y bullicioso júbilo
De ese corrillo anómalo,
Y ese tenaz reir?
¡Toma! de que á don Crispulo
Llevó el sombrero el ábrego,
Y corre y va siguiéndole
En vano el infeliz.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

A la fuente solícita
Va una mozueta impávida,
Y rómpesela el cántaro,
Y afillaga el azar.
Pero la turba sórdida
De compañeras náyades,
Lo rien celebrándolo,
Y gritan «agua va.»

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Entra en el circo Olímpico;
Descúbrense don Plácido;
Tras el sombrero llévase
También el peluquín;
Y para el espectáculo,
Porque la calva incógnita
Produce silvos horribles;
Y aquello es un jollín.
Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Canta doña Escolástica
En el Museo-Lírico
Un ária de Semiramis
Que no ensayara bien.
Salta un compás y piérdese,
Y con risas irónicas
La sociedad artística
La rinde el parabien.
Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Al que es de carnes mádido
Le nombran una espátula;
Y si es obeso y tímido,
Dicen: «¡Ahí va el tonel.»
Que en este mundo picaro
Es cualidad ingénita
Reir del mal del prógimo
Burlarse siempre de él.
Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

FRAY GERUNDIO.

LA CITA A LA MADRUGADA.

SONETO.

No hay pena, no hay dolor, hermosa mía,
Que yo no arrostre por tus lindos ojos:
Eslavo viviré de tus antojos
En tanto que á mi amor tu amor sonsia.
Preso en tus dulces lazos, noche y día,
Bebiendo el néctar de tus labios rojos,
¿Cómo sentir los pérfidos abrojos
Que del mundo faláz cubren la vía?
¡Adorarte y no mas! este es mi oficio,
Y no hay afecto ni pasión profana
Que no venza mi amor en tu servicio;
Mas soy flaco mortal, hermosa Juana:
Pideme de mi sangre el sacrificio,
Y déjame dormir por la mañana.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

¿Qué anuncio para un dozavo!
—Tres reales piden por él.
—No daré yo ni un ochavo.
—¿Porqué razon?—Porque acabo
De leerlo en el cartel.

N. B. DE LOS HERREROS.

Dije ayer, viendo á mi suegro;
«De encontrarle á usted tan gordo...»
Juan me interrumpió—¡Está sordo!
Y yo proseguí; me alegro.

EULOGIO FLORENTINO SANZ.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Convento de San Gines, en el campo de Salinas, provincia de Alicante.

EL TEATRO ANTIGUO.

Son curiosas, y dan una idea de lo que fué en ciertas épocas el teatro y los representantes españoles, las siguientes reglas dictadas por el Consejo de Castilla, de acuerdo con los teólogos, para el orden de los espectáculos teatrales. Sin embargo, antes y después de dictarse estas reglas hubo gran libertad en nuestros teatros, especialmente en la representación de comedias, aunque *hiciesen tanto daño en las costumbres* como las de Lope de Vega. Hé aquí estas reglas, que pueden considerarse como una transacción del Consejo de Castilla con la opinión y la costumbre, pues aquel quería nada menos que los tales espectáculos se desterraran del reino.

I. Que las compañías fuesen seis u ocho, y que se prohibiesen las llamadas de la legua, en que andaba gente perdida en los lugares cortos.

II. Que las comedias se redujesen á materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, de hazañas valerosas, de gobiernos políticos, y que *todo esto fuese sin mezcla de amores*; que para conseguirlo se prohibiesen casi todas las que hasta entonces se habían representado, especialmente *los libros de Lope de Vega, que tanto daño habían hecho en las costumbres*.

III. Que en ningún lugar del reino se representase comedia sin que llevase licencia del comisario del Consejo.

IV. Que se moderasen los trajes de los comediantes, reformándose los guarda-infantes de las mujeres, el *degollado* de la garganta y espalda y que en las cabezas no sacasen nuevos usos ó modas, sino la compostura del pelo que se usase.

V. Que ningún hombre ni mujer pudiese sacar mas de un vestido en una comedia, si ya la misma representación no obligase á que se muden, como de labradores á otros semejantes; ni las mujeres se vistiesen de hombres; y que sacasen las basquiñas hasta los pies.

VI. Que no se cantasen jácara, ni sátiras, ni seguidillas, ni otro ningún cantar ni baile antiguo ni moderno, ni nuevamente inventado, que tuviere indecencia. desgarro, ni acción poco modesta; sino que usasen de la música grave y de los bailes de modestia, danzas de cuenta y todo con la mesura, que en teatro tan público se requería, y que

los cantares y bailes que tuviesen alguna representación, no se pudiesen decir ni hacer, sin que estuviesen pasados y registrados por el comisario del Consejo.

VII. Que ninguna mujer, aunque fuese muchacha, bailase sola en el teatro, sino en compañía de otras; y si el baile fuese de calidad, que se hubiesen de poner cerca hombres y mujeres, fuese con acción y modo muy recatado.

VIII. Que no pudiese bailar, ni cantar, ni representar mujer ninguna que no fuese casada, como se había mandado.

IX. Que los vestuarios estuviesen sin gente, ni entrasen en ellos mas que los comediantes y sus ayudantes; y que la comedia se empezase á las dos en invierno, y á las tres en el verano, porque no se saliese tarde.

X. Que asistiese un alcalde á la comedia, en la forma que se acostumbra, con asistencia tan precisa, que no faltase en ninguna, aunque se repiesen muchos días; y que las justicias contuviesen los desórdenes de los representantes, visitando sus casas, rondando sus calles, y procurando desterrar de ellas la gente ociosa que las frecuenta, *no con poco escándalo de la corte*.

Por un sugeto que escribía ó avisaba á otro de lo que pasaba en esta corte, no solo consta el tiempo fijo en que se intimaron estas leyes, sino que añade algunas nuevas circunstancias. Dice así:

«En lo que mas ahora se habla en Madrid es en las leyes que se han puesto á comedias y á comediantes. Hanse hecho á instancia de don Antonio Contreras, del Consejo real de Castilla y Cámara. En primer lugar, que no se puedan representar de aquí en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias ó vidas de santos: que farsantes ni farsantas no puedan salir al tablado con vestidos de oro ni de telas: que no pueda representar soltera, viuda ni doncella, sino que sean todas casadas: que no se puedan representar comedias nuevas, nunca vistas sino de ocho en ocho días: que los señores no puedan visitar comediantes ninguna arriba de dos veces: que no se hagan *particulares* en casa de nadie, sino es con licencia firmada del señor presidente de Castilla, y de los consejeros, etc.» Aviso primero de marzo de 1644.

GUACANAJARI.

Yo soy Guacanajari (1), descendiente de los reyes hijos del sol y de la diosa que vive debajo de las ondas del mar en cuevas de aljofares y perlas: ella amó a Vagoniona, (2) y le dió las sagradas Cibas y los Guaninos que rodean mi cuello: él enjendró mi linaje, que es el mas fuerte y el mas puro de la tierra: á su sombra nacieron todos los hombres en Cazibaxagua (3) y en Amayauna: puso á Machokael (4) de guarda en la gran boca del monte Cauta, y allí colocó el linaje de los nacidos.—Machokael quiso saber de dónde venía la luz; y durante la noche levantó sus ojos al cielo, y se apartó de su asiento: por la mañana vino el sol alumbrando el universo, y quedó convertido en piedra: entonces los hombres salieron de las cuevas de Cazibaxagua y Amayauna y se esparcieron por Hahiti y desde aquel día mi generación fué la primera, y yo soy el rey de los reyes y el señor de todo lo que baña la mar.

Mis ojos los cerró la mano del ángel de la vida, que apagó mi aliento; yo dormí en el sepulcro; sobre mi cabeza descendió un espíritu blanco como la estrella de la mañana, rodeado de azul y de oro; besó mi frente, que se había convertido en hielo, y sentí abrasado de fuego el corazón: cuando abrí los ojos, ya habían desaparecido el espíritu, los montes de Caunán, (5) la vara de la justicia, mi corona y los Guaninos de mi padre Vagoniona; y oí una voz del cielo que decía:—«Es necesario dormir para despertar el último día del mundo;» desde entonces descansó mi cabeza en la piedra funeraria, y el soplo de Dios no ha dado vida á mis huesos hasta hoy que penetra debajo la montaña, que me defiende de la inclemencia de las edades; y yo me levanto á llorar sobre mis pueblos.

Hahiti... Hahiti... escucha mi voz de lágrimas: yo soy Guacanajari, el rey de los reyes, que alcé la justicia hasta el trono de las estrellas; te infundí el amor y la verdad, y rompí la vara de la ingratitud y del engaño, para que no la soldara nunca la perversidad de los nacidos: yo soy tu padre, el que te enseñó á cultivar la tierra, á curar tus enfermedades y te defendió de los furores de la maldad y de los estragos y ruinas de tus enemigos...

¡Qué solo estoy, Dios mío!... A mi voz de luto y de tormentos nadie responde... me rodea la sombra de Vagoniona, y toda mi generación de reyes. ¡Qué negro es el recuerdo de los últimos tiempos de mi vida! Ellos vienen al través de los siglos atropellándose como una tormenta, á rebatir en mi angustiado corazón... mejor es la quietud de la muerte, que este horroroso martirio, en que el entendimiento aturrido tiene que esperar con dolor, la onda insondable de los

recuerdos amargos. Padre mío, acuesta mi frente sobre el sepulcro, que allí no me despedaza la memoria de los sucesos pasados... ¡Nadie me responde!... ¡el destino quiere que yo cante por última vez los años de mi triste vida.

Oíd fértiles colinas del Yaqui (1) cubiertas de flores, fresquitos ríos, árboles antiguos como el mundo, vosotros todos los que tenéis una alma dulce, y el sentimiento del amor, escuchad el eco de mi lira.—Yo la he cubierto de hojas de ébano negro, y he mojado sus cuerdas con las lágrimas de mi corazón, porque quiero que su sonido sea como el gemido del que llora, como el eco del ruiseñor que muere de tristeza á la sombra de la luna, como el arrullo tímido y melancólico de la tortolilla de los ojos de fuego.

¡Pasaron muchas generaciones... el ángel bueno de la paz había sembrado sus semillas sobre la tierra de mis padres; sus sepulcros estaban coronados de flores; el enemigo no venía á lanzar sus flechas contra mi trono; yo dormía tranquilo en medio de las montañas; la luna velaba mis sueños, y el silencio de la noche envolvía mi cabeza, consolando mis recuerdos.—Desde que nací, no había derramado una lágrima: mis pies pisaban sobre el oro cernido finisimamente para alumbrar mi camino. Ainaima era la madre de mis hijos, que yo amaba, como los árboles el rocío de la mañana. Tenía dos príncipes de la sangre de Vagoniona que iban á heredar las cibas de mi cuello y mi corona. Pero el génio del mal cortó el hilo de mis días felices, rompió las alas al ángel de mi destino, y sentí el presentimiento de la desgracia que no me dejaba respirar; sonó la hora de la amargura, y mi boca probó la hiel...

El sueño desapareció de mis ojos: cuanto vi á mi lado se convirtió en dolor... por tres días no salió el sol; la tierra estaba oscura; el cielo pálido como la hoja del árbol que va á caer; en el horizonte apareció una corona encendida, como la cabeza del monte Cauta, cuando vomita fuego, y el mar turbio no recostaba sus verdosas ondas sobre la arena. Aljido, levanté la frente, pedí al Señor del mundo que tendiera su piadosa mano sobre mi tierra de Hahiti.—Llamé al ruego las vírgenes, los sacerdotes, los sabios y á los que hacían justicia. Todos me rodearon temblando; los ancianos se cubrían los ojos; las vírgenes se postraron de rodillas, y el fuego de los altares apagado sobrenaturalmente no obedeció el frote de la robusta y ligera mano del sacrificador... ¡La maldición había caído sobre la raza de Vagoniona!...

La tribu de mis guerreros, numerosa y fuerte como el bosque de palmas y mirabolanos, (2) rodeó mi asiento, el ruido de su furor atronó la tierra.—El silencio de la desesperación sucedió al ímpetu terrible de la rabia: los adivinos estaban trémulos; todos fijaban en mí los ojos: levanté el brazo, y arrancando de mi cuello las sagradas Cibas, las arrojé sobre el altar del fuego sagrado: el Tzemes (3) permaneció silencioso; pero el altar resonó con doloroso gemido; los guerreros volvieron al suelo las puntas de sus armas: Los butios (4) no despertaron de su delirio santo, las vírgenes destrenzaron sus cabellos y mi pueblo lloró torrentes de lágrimas: La maldición había caído sobre Hahiti, y el tiempo de la desgracia iba á comenzar para siempre. Mas tarde vino la oscuridad; no había estrellas en el espacio: la luna estaba rodeada de sangre; no refrescaba el aire, el calor sofocaba cuanto existía: las plantas abrasadas morían para siempre... mi pueblo se retiró aturrido á llorar mi pesadumbre... y empuñé mi flecha para romper para siempre las alas de mi corazón... pero el ángel bueno detuvo mi brazo y me llevó á las orillas del mar á esperar la salida del sol.—Tenía fijos los ojos en el oriente: la mar comenzó á estrellar sus olas en los arrecifes de la playa, su espuma salpicó mi cabeza, y de mis ojos caían lágrimas de fuego.—El cielo se ennegrecía cada momento mas: de pronto las nubes abrieron en el horizonte anchísima caberna, y por ella salió el Señor del día, cubierto de rayos; de rodillas lo bendije: en mucho tiempo no separé los ojos del torrente de fuego con que vivificaba la tierra: luego los tendí en el horizonte, y vi tres (5) animales terribles y prepotentes que sobre las aguas levantaban sus tremendas cabezas tendiendo sus brazos á mi encuentro.—El terror

(1) Guacanajari. Era rey en la isla de Hahiti: de carácter dulce y hospitalario; vivía cuatro leguas de la mar en lo interior. El 21 de diciembre de 1492 envió su primera embajada á Colón, pidiéndole que fuera á visitarlo: el almirante le mandó sus capitanes y luego fue á verlo ajustando con él un tratado de comercio.

(2) Vagoniona, según la tradición haitiana era el padre de los hombres á los cuales tenía encerrados en dos cuevas, sin que vieran el sol: un día mandó al pescador Huacani, su amigo á las orillas del mar: este, curioso de ver, se detuvo en ellas, y le sorprendió la mañana convirtiéndolo en ruiseñor. Vagoniona tristecido de la desaparición de su amigo, á quien oía llorar convertido en ruiseñor por la noche, sacó de las cuevas las mujeres y los niños de tela, dejando en ellas solos á los varones. Á las madres é hijas las puso en la isla Matino, que luego se llamó Matino. Á los niños los llevó consigo: oprimidos del hambre y la sed al llegar á una ribera, comenzaron á decir *Toa, Toa*, que es como, *mamá, mamá*, y se convirtieron en ranas. Vagoniona, protegido del cielo, era el único hombre que vagaba á la luz del sol: buscando á su amigo Huacani vió en el profundo del mar una mujer muy hermosa, se arrojó por verla hasta el fondo, ella lo recibió en sus brazos, gozó con él de los placeres del amor y le dió unas cuentas de marmol negras á las que los indios llamaron Cibas; le regaló también unas tabillitas de aljofar llamadas Guaninos. Estas joyas fueron luego la señal de distinción de los reyes, y las usaron siempre como cosa sagrada, por haber pertenecido á Vagoniona padre de su linaje y su rey. Los hombres que quedaron en las cuevas como no tenían ni á su señor ni á sus mujeres, ni á sus hijos, se entristecieron y buscando un consuelo, se arrojaban por las noches en las lagunas. En una ocasión alentar en ellas, vieron de lejos ciertos animales, que en la figura parecían mujeres, y que como escudrones de hormigas subían y bajaban por los árboles Mirabolanos: cogieron algunos; pero resbalaban como culebras de agua y se les escapaban; buscaron entonces entre ellos los que tenían las manos leprosas, ásperas y llenas de callos y que por este medio las aseguraron: estos que padecían lepra, y se llamaba Caracoles, fueron á cazar aquellos animales, cogieron cuatro, quisieron usarlos como mujeres; pero los hallaron sin sexo. Llamados á consulta los viejos, les aconsejaron que buscaran al ave llamada Pico, que es el carpintero real, pájaro preciosísimo encarnado, amarillo y negro, el cual con su agudo pico señaló á los animales en forma de mujer, la parte que les faltaba, teniendo los Caracoles con sus manos ásperas, sostenidos los animales por las piernas; mientras duró la operación: los animales quedaron luego convertidos en verdaderas hembras y con ellas entendieron la raza de los hombres y mujeres que luego pobló á Hahiti.

(3) Cazibaxagua. Era la mas capoz de las cuevas. Amayauna la menor, en ellas tenía Vagoniona encerrados los hombres, las mujeres y los niños.

(4) Machokael. Era el que guardaba las cuevas y los hombres, el cual ni de noche ni de día se quitaba de su entrada.

(5) Caunana. Así se llamaba la provincia donde se encontraban las dos cuevas de donde creían los indios había salido el género humano.

(1) Yaqui: río que descubrieron los españoles á 10 leguas de la primera ciudad que fundaron y donde desembocaban multitud de arroyos: á 10 leguas de Cibos: cerca de este río, y al pie de la montaña encontraron los españoles una hermosísima laguna de 20 leguas de extensión serpenteada de arroyos y poblada de habitaciones.

(2) Mirabolanos. Llamaban los indios á unos árboles en que se habían transformado los hombres que salieron de las cuevas á mirar el sol.

(3) Tzemes: especie de divinidad de forma monstruosa que tenía cada casique, mediadora de su dios y con quien consultaban sus negocios y los accidentes naturales.

(4) Butios: los sacerdotes que practicaban abluciones y ayunos y tomaban unos breves que les producían un terrible delirio, en el cual tenían sus visiones.

(5) Los indios creyeron al ver las Caracolas sobre el mar, que fueran animales.

embargó mis sentidos; me retiré de la orilla á las entrañas del monte Cibao (1) y allí, como la paloma aturdida, del rayo, caí sin sentido.

Por la mañana me rodeaban mis guerreros: los sacerdotes predicaban el último día de Hahiti: los sabios murmuraban la oración de los muertos; las madres ocultaban entre sus manos las cabezas de sus tiernos hijos, estrechándolos contra el corazón: los ancianos de rodillas inclinaban sus arrugadas frentes.—Yo levanté mi brazo, que estaba entumecido por la desgracia para llamar mi pueblo; y estirando con furor la cuerda de mi arco de guerra, lancé mi flecha que cruzó las nubes y el Aura (2) que tocaba las estrellas, cayó á mis pies, como herida de la centella... «Hahiti, le dije, mi Dios me anuncia que viene el enemigo de la mar que aguardaron nuestros padres;» y mi voz resonó por las montañas, como el eco del trueno.

El aire se llenó con mi grito que tocó en el cielo... me rodeaban mas soldados que Mirabolano tenía la selva; (3) Caonabo, feroz como la tempestad, los mandaba: no había espacio en la llanura del Yaqui para un ejército tan grande de caciques, ¿quién hubiera sido bastante fuerte para atreverse á lidiar con la bravura de Bohechio, (4) que era duro como el Hacana: (5) con el valor de Manicate, (6) astuto como la serpiente, y con aquella raza de capitanes que iban con sus flechas á buscar las águilas cerca de las estrellas?—Yo los veía moverse como escuadrones de nubes, y su grito de guerra era á mis oídos, como el mugido del mar y el rumor espantoso del trueno que anuncia la tormenta. «Paz á mis hijos», les dije, levantándome sobre lo alto del monte Cauta (7).—«Paz á mi pueblo, paz á mis hermanos... Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; él derrama la lluvia para hacer brotar el fruto; entristece la luna para refrescar la brisa: da movimiento á las aguas del mar y por él sucede todo: su dedo señala la tristeza y la alegría, la ruina y la felicidad, la vida y la muerte; él siembra en el corazón de los reyes el odio y la amistad, la paz ó la guerra. Hasta que él no señala el día con su dedo de fuego, hijos de Hahiti, no ha llegado la hora tremenda de los combates: el Dios de Vagoniona ilumine vuestro corazón, como envuelve mi espíritu inquieto y bañado de lágrimas en dulzura y mansedumbre.—Caonabo, apacigua el furor de tus guerreros, y espárcelos por la llanura; Bohechio y Manicate, dulcifica la ira: caciques y sacerdotes, la paz sea con vosotros; vírgenes de Hahiti, mi alma no está inculcada con el amargo veneno del odio y la venganza: sedad vuestras lágrimas, que en el fondo de mi espíritu brota la paz y la esperanza como la flor de la primavera que derrama por el cielo sus perfumes.»

En aquel momento el eco del caracol retumbó en los montes, mi corazón se estremeció... los guerreros coronaron la sierra y la llanura que estaba ya tranquila, como cuando se apacigua la mar azul después de una grande tormenta, se lleno de ruido. «Rey de los reyes, gritó el cacique de Muguana; el extranjero pone la atrevida planta en las playas de Hahiti; su frente es blanca como el fruto de la seiba; lo acompañan tres caciques de Saamoto (8) y de Cuba.»—«El extranjero que viene con mis hermanos, les dije, busca la paz de mi corazón, y el alma de Guacanajari lo recibe con la dulzura de la miel.»

Y el extranjero llegó hasta mi trono: venía sereno, rodeado de sus soldados como en medio del espacio la luna: su aspecto estremeció mi espíritu.—«Saluda los hijos del cielo», me gritaron los caciques de Cubanacan (9). Yo tendí los ojos en el horizonte, y después los fijé en su frente; su color era como el de la flor del Espino (10); los ojos centelleantes; traía la cabeza coronada de agudísimas puntas, las mejillas

cubiertas de largos cabellos: envolvía sus hombros y membrudos brazos en un metal mas brillante que el oro de Cibao.—«La paz del buen ángel te acompañe, extranjero; les dije, y por su amor te ofrezco la hospitalidad de mi pueblo y del palacio de Vagoniona.»

Los hijos del cielo besaron mi frente, los estreché en mis brazos; les abrí de par en par las puertas de mi corazón; les entregué mis vírgenes, el recinto de mis tesoros y les cedi la hamaca (1) nupcial donde Vagoniona enjendró mi linaje. El extranjero cerró los ojos al sueño; después de apagar la sed con el agua fresquísima del coco y el hambre con el maíz y el Cazabe (2). Las vírgenes hermosas como las estrellas del cielo, purísimas como las gotas del rocío de la mañana sentadas en tierra, dejaron reposar silenciosas sobre su corazón las cabezas fatigadas de los hijos del cielo... El descanso se apoderó de sus espíritus, veló su sueño como guarda el ángel de la muerte la osamenta de los reyes en la puerta arenosa del sepulcro de Vagoniona.

«Guacanajari, me dijeron al salir el sol, Colon, almirante del rey de Castilla y de Leon, es nuestro capitán; él te saluda y te envia paz porque eres bueno: tu hospitalidad es dulce como la miel; y tu corazón es de ángel.»—«Estranjeros, respondí, nunca he llorado mis ojos de tristeza, ni mi alma ha sentido la amargura del remordimiento; mis pueblos viven felices: adoran el sol que les dió la vida y á Vagoniona que enjendró mi linaje. Mi hospitalidad es siempre compasiva y jamás llegó á mi puerta el que llora, sin que mi mano enjugara sus lágrimas.» De mi tesoro descolgué la cabeza (3) del Dios de la Hipocresta, con las orejas, su nariz y la lengua de oro macizo, el cinto de huesos sagrados de los peces del mar, entretregido de hojas de madre perlas, y le mandé aquel presente al jefe de los hijos del cielo.

Al día siguiente rodeado de los caciques del valle, llegué donde estaba con sus grandes barcos: descendí de mi palanquin y pisé la arena para llegar á sus tiendas vestidas de colores: de pronto la tempestad levantó las turbulentas ondas de la mar: sopló el viento del norte con el furor de la destrucción; y sus palacios de madera, que no eran lijeros como mis canoas, rechinaban espantosamente sobre las espaldas del Océano; el extranjero palideció de miedo; yo corrí á la playa; ante mis ojos se hundió en medio de montañas de espuma, uno de aquellos palacios (4) que le servían de vivienda... Le habia ofrecido mi corazón de amigo y su pena traspasó de dolor mis entrañas. Hice venir á mi pueblo á darle ayuda; saqué del fondo de las aguas sus tesoros; consolé su pena; y cuantas arenas de oro tenia en Harien, cuantas plumas preciosas las aves de las selvas, todas se las di para apaciguar su amargura y consolar su tristeza...

Colon enternecido de mi amistad, viendo correr mis lágrimas, estrechó mis manos sobre su corazón. Anudó su cuello con mis brazos; y mis guerreros se arrodillaron á besar las huellas de su planta.—«Yo habitaré á tu lado, rey Guacanajari, me dijo: seré tu hermano y te defenderé de tus enemigos, porque yo tengo en mi poder el trueno y el rayo; á mi furor se estremeció la tierra y caen destruidos á mis mandatos los árboles corpulentos.» Escucha, rey Guacanajari, «dijo; y de su lado reventó un volcan (5) de fuego terrible, su estampido resonó por el cielo y la tierra, y la palma que besaba las nubes, se derrumbó á mis pies tronchada del rayo.—Me estremecí de espanto. Mis guerreros cayeron de rodillas y mi pueblo huyó á ocultarse entre las montañas y las profundidades de las cuevas.—«Hijo del cielo, le dije, calma tu poder omnipotente y detén el furor del monstruo que vomita la centella y despedaza de una manera tan terrible mas fuerte de la tierra; yo te he dado mis tesoros y mis vírgenes.—Hijo del cielo, señor del trueno, dame tú la amistad de tu corazón.»

«Sí; contestó el extranjero: yo te la doy ante mi Dios: ella no te desampará nunca.» Mi alma se estremeció de alegría. Lancé mi flecha al aire llamando á mi pueblo; y de las montañas, y de los bosques y de las sabanas salieron los caciques, y los guerreros y los sacerdotes.—«El extranjero es hijo del cielo azul de nuestro Dios, les grité; y todos inclinaron la cabeza doblando ante él las rodillas. Yo tenía la frente serena y sonreía; pero mi espíritu estaba melancólico: cruzaban delante de mí los recuerdos del pasado, desenvueltos del velo sepulcral del olvido, y las sombras de los reyes de Hahiti me ahogaban con sus gemidos; Vagoniona y la madre de mi linaje se presentaban á mi vista

(1) Cibao. Era un país pedregoso, compuesto de montañas escarpadas que estaba á 18 leguas de la ciudad de la Isabela; en él no se encontraba mas sombra que en la union de las montañas que estaban cubiertas de pinos corpulentos y de riachuelos. Allí vieron los españoles las primeras minas de oro y dos cuevas de ámbar y de lapiz laruli.

(2) Pájaro de rapina de color negro y de la especie del águila; se mantiene de carnes de animales ó cadáveres, vive en las crestas de las montañas y vuela cerca de las nubes.

(3) Caonabo. Era un cacique dueño de las minas de Cibao donde tenía sus estancias, el cual destruyó la fortaleza que dejó Colon en la isla y mató á dos españoles; este americano fiero habia tomado la resolución de exterminarlos á todos.

(4) Bohechio. El mas poderoso de los caciques y el que vivia mas distante de la Isabela.

(5) Anacoana, hermano de Bohechio, mujer de Caonabo.

(6) Manicate, hermano de Caonabo.

(7) Cauta. Era la Peña en donde estaban las cuevas de Amayanna y Cazibajagua.

(8) Saamoto. La cuarta isla descubierta, á quien puso Colon el nombre de Isabela el 27 de octubre de 1492; después descubrió á Cuba que así la llamaban los indios de Guanahani que lo acompañaban.

(9) Cubanacan. Provincia donde los indios dijeron á Colon se encontraba el oro.

(10) Especie de cactus cuya hoja tiene cerca de una vara de largo y dos de ancho: este árbol suele tener tres varas de alto; en el remate da por flor una ramilla de tres cuartas de largo de la clase de las azucenas, las cuales a su tiempo se marchitan para dejar lugar á un fruto de color de oro y de la forma del nispero del Indostan.

(1) Hamacas. Las camas de hilos de coco y algodón que colgaban en los árboles.

(2) Yuca. Raíz de la especie de la batata, mas dura, menos dulce y que cocida es glutinosa y de buen sabor.

(3) Esta máscara y cinto de huesos de pescado y conchas de nácar fué el primer donativo que Guacanajari hizo á Colon.

(4) El naufragio de la Santa María, nave que montaba Colon en el lugar de Punta Santa, por haberse dormido el timonel, confiándole el cuidado de la carabela á un joven inexperto, que la dejó arrastrar de las corrientes, dejándola borrar en un banco de arena.

(5) La primera vez que oyeron los americanos el ruido del cañon.

como el montón de arena que deshace el furor de las tempestades... dominado por estas imágenes crueles pisé el umbral de Marien (1). ¡Qué triste y qué devorado de pesadumbre estaba mi corazón!...

Cuando entré en mi palacio, vino Ainaima pálida como la muerte á besar mi cabeza; el ardor de la fiebre me consumía: derramó sobre mi frente sus lágrimas puras como el rocío de la mañana. ¡Pobre Ainaima!... ¡Aun estremecen mi alma tus recuerdos! ¡Por qué tú fuiste para mí la estrella en medio de la tormenta! ¡pero mi espíritu estaba dominado por el ángel malo!... Recordé el momento en que nacieron mis hijos; maldije la hora primera de su existencia y la alegría que tuve al bendecir sus cabezas. — Ainaima se sentó á mi lado, como el pájaro que estremecido de miedo se salva de la garra del águila buscando un amparo en las cavidades de las rocas: sus ojos, melancólicos como la luna, estaban fijos en los míos, que tendían la mirada en el cielo de la noche sin brotar una lágrima. Mi semblante estaba arrugado por la pesadumbre: había perdido la esperanza para siempre... sentía en el corazón el frío de la muerte... recosté la cabeza sobre los hombros de la pobre y melancólica Ainaima... ¡Pobre alma del alma mía!... así me encontró la mañana.

Canuabo vino á la primera luz, sus ojos brotaban sangre: su mirada era feroz: llegó hasta mí, silencioso y sombrío como la tempestad; empuñaba el arco de guerra. «Guacanajari, me dijo: el ángel malo ha tendido sus alas sobre Hahiti: Cacique, levanta el cuerpo y tu alma, para luchar con el enemigo extranjero, que por la mar viene á sembrar de cadáveres la tierra de nuestros padres. El dios de las batallas enfurece mi corazón: guerra, Guacanajari, empuña la aguda punta para herir de muerte, y que las orillas del mar se tiñan de sangre.» «Canuabo, respondí sin aliento; el extranjero es hijo del cielo; domina el trueno y el rayo, y es nuestro amigo. Tu rey le ofreció hospitalidad y las osamentas de nuestros padres se estremecerán en el sepulcro si la traición se apodera de mis entrañas. Canuabo, aquietate tu furor, vuelve á Cazibaxagua, y apacigua los guerreros. Vuelve á Amajana y apacigua á los guerreros. Canuabo inclinó la frente; y nublado el semblante de odio y de dolor, se alejó de mi vista silencioso.

Al otro día el extranjero descendió de sus barcos: sus guerreros destimbraban como la luz sobre la planicie de las aguas, como brillaba el rayo de la luna formando escamas de oro en las noches apacibles en medio de la laguna. El extranjero clavó sobre la tierra su bandera: levantó un altar á sus dios; sus guerreros lloraban de alegría; el altar se envolvió en nubes de suavísimo olor, y el ruido del trueno saludó el sacrificio. Yo oí una armonía celestial, mas dulce que el gemido del ruiseñor y que el canto de las vírgenes de Hahiti; todos se pusieron de rodillas, y mi pueblo también bendijo al dios de los guerreros. ¡Qué maldita fué la luz de aquel día!... Junto al altar estaba una mujer mas hermosa que el sol y que la luna; sus ojos dulces, como fuego eran ardientes, y como la mirada de la paloma; su frente serena como el cielo de la tarde; su boca encarnada como la flor del mamey; los dientes como la espuma del mar; sus cabellos negros, como el ébano, caían en dos trenzas hasta besar su cuello; era esbelta como la palma de la sabana (12), y sus manos hermosas como las flores del espiño. Mi corazón se estremeció... y bendije á sus dios...

La mujer levantó los ojos: su mirada era cruel: sobre el cuello llevaba perlas, negras como la noche y como los guaninos de Vagonia. La miré con la ternura de mis entrañas... cruzó delante de mí, como las nubes de color de rosa por encima de los montes; mis ojos la siguieron hasta la orilla del mar; el extranjero, acabado el ruego, volvió á sus grandísimos barcos; yo me encerré, envenenado ya por la desgracia, á llorar mi dolor en el rincón mas oscuro de mi palacio de Marien.

Estaba ya para siempre triste mi alma: había maldecido el primer día de mi vida y el momento en que nacieron mis hijos; el aire me pesaba en el corazón... pero desde entonces aborrecí la luz que miraban mis ojos intranquilos... en todas partes me hallé solo; la noche perdí su calma para mí; el sol no tenía color, ni los campos flores: de mi espíritu se apoderó la melancolía lúgubre del sepulcro; el gemido del ave, el ruido monótono del torrente, el frío de la cueva de Cazibaxagua, era lo único que apetecía. Y yo necesitaba morir, la muerte sola podía aliviar el dolor y desesperación de mis entrañas, porque las alas de mi corazón habían caído desechas para siempre...

Así corría mi existencia... El extranjero pisaba la tierra de mis padres, penetraba en las cuevas sagradas, y en el recinto eterno del monte Cautá, donde nacieron los hombres. Mis pueblos le daban sus hijas y sus mujeres y el oro de los ríos y de cibao. Ainaima, triste como arrullo de la tórtola, se consumía de dolor, viendo el dolor de mis entrañas; dolor que la pobre desconocía, porque era buena y dulce como la miel de las abejas de Guanahí. Canuabo y los guerreros de la sierra, llenos de odio, no descendían á la llanura aguardando la hora sangrienta de los combates; y los sacerdotes y las vírgenes se escondían llorosas en las cavernas solitarias de Cazibaxagua. El silencio y la tristeza del sepulcro reinaba en Hahiti.

¡Amargos recuerdos de la vida!... ¡aun después de los siglos me despedazais el alma y me oprimís como una mano de hierro!... la imagen de la extranjera se había apoderado de mi espíritu de un modo cruel; en todas partes la veía, envuelta en los rayos del sol, en los nublados, en la pálida sombra de la tarde, en la oscuridad de la noche, en el silencio de las cuevas, en el ruido del mar, en el furor de las tempestades; ¡en todas partes sus ojos me abrasaban clavándose en mis entrañas como una flecha enredada! ¡qué grande fué mi delirio...! la vista de Ainaima me estremecía... me helaba de espanto la sonrisa virginal de sus inocentes hijos; porque yo adoraba la extranjera con el amor del delito; con el furor del crimen; con el entusiasmo omnipotente del genio, y en el seno mismo de la muerte la hubiera buscado convertido en lágrimas: la amaba mas que á mi vida, mas que al sepulcro de mis padres... que á mis hijos, que á la patria tan desventurada... con el frenesí de la locura, con la pureza de la virtud y de la inocencia, y sin embargo, mi amor era ingratitud, y horrible delito que estremecía y espantaba mi corazón...

La extranjera huía, de mis ojos, y la afligía la palidez de mi frente y el dolor de mis miradas; su espíritu era de águila y su corazón duro como la piedra que se ennegrece á las orillas del mar. Pero una noche la luna rielaba en los mares y tendía la luz sobre su frente, mas hermosa que la estrella rutilante de la mañana: la extranjera fijó sus ojos sobre mis ojos arrasados en lágrimas; me miró como la flecha, sonriendo con la tristeza amarga y desconsoladora de la desgracia; en sus cabellos negros como el ébano, tenía una flor blanca como la inocencia: de allí la desprendió su hermosísima mano; sobre ella derramó su aliento, la tocó con sus labios, y luego la dejó caer sobre la tierra. ¡Pobre flor de mi corazón!... la levanté de la arena devorado por la fiebre... la regué de lágrimas, la cubrí de mis amantes besos, y la guardé en el pecho y al calor de mis entrañas... Ella me acompañó en la soledad del sepulcro: ¡pobrecita flor!... ¡qué desgraciados fuimos los dos en los días de la vida!...

¡Qué impenetrables son los arcanos del señor Dios del mundo y de la eternidad!... ¡qué impenetrables!... su frente también había palidecido; su semblante estaba mustio como las flores marchitadas por el sol... la extranjera también era muy infeliz; en la oscuridad de la noche derramaba lágrimas que abrasaban la frescura de sus mejillas, y apagaban el brillo celestial de sus miradas... ¡ay! ¡qué recuerdos tan llenos de luto y de amargura!... La orilla del mar estaba solitaria: el sol iba á esconderse en el horizonte; sentado sobre una roca pensativo, fijó los ojos en la onda azul, que llegaba á perderse en la arena, como en el mundo los años de la vida, pensaba en la muerte... en la muerte, consuelo de los afligidos y dulcísima á mi dolor... Oí el eco de una armonía celestial... ¡creí que era la voz de mi madre que me llamaba del sepulcro; era el canto de la extranjera que lo envolvía la brisa en el perfume de las flores!... «¡Por qué te vi Guacanajari decías anegada en lágrimas... yo soy madre, ¿quieres que manche el tálamo del padre de mis hijos?... mi corazón te ama... el aire que tú respiras necesita respirarlo mi espíritu para vivir... me nutro de suspiros... ¡tú eres el suspiro mío, Guacanajari!... nacimos para derramar lágrimas y morir de angustia... te amo como al ángel de la luz... pero el arco iris nos separa, y á nuestros pies abre la mar sus abismos... te amo Guacanajari, para unirnos en el cielo por una eternidad!...

Concluyó el canto, y sentí herizarse mis cabellos: el frío de la muerte se apoderó de mi alma. Es necesario morir, dije, sin verter una lágrima, y sin apartar los ojos de las ondas del mar azul que abrían á mi vista su inmensa tumba. ¡Adios Marien! ¡adios Hahiti!... ¡adios mi pobre Ainaima!... murmuré ahogado por el dolor... y sentí una mano fría y temblorosa que descansó sobre mi cabeza: alcé los ojos cadavéricos en mi última angustia; sobre ellos cayó una lágrima de fuego que me abrasó la vida en el momento de desprenderse el alma de mis entrañas. La extranjera besó mi frente, recogió en sus labios mi último suspiro, y yo caí moribundo sobre las rocas.

JOSÉ GUÉLL Y RENTÉ.

(1) Marien. Se llamaban los estados donde residía Guacanajari á cuatro leguas de la mar.

(2) Lugar donde no crece árbol ninguno; en ellos suele encontrarse alguna palina.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

Notando que esta farsa, algo á lo Tiberio, no producía tanto efecto como él esperaba, cogió un hacha, levantó la parte inferior de la red y se lanzó al mismo campo en que el oso enfurecido rugía y enseñaba sus garras teñidas en sangre de los senadores. Carlos XII se fué derecho á él, le esperó, le provocó, le evitó tres veces antes de atacarle y en seguida levantó su hacha.

No fué bastante hábil en este momento supremo, y el hacha no hirió de lleno sino sobre el hielo cortando la mitad de una pata trasera del oso. La pata delantera larga y herizada, se apoyó sobre el hombro del rey que abrumado por este peso cayó pálido y temblando sobre sus rodillas. Acudióse á socorrerle; pero él ya se había vuelto á levantar. Después de haber echado atrás el hierro ensangrentado de su hacha, le inclinó hacia delante y le hundió en el cráneo espeso y sombrío del oso que cayó á su vez cegado por la sangre y por la muerte.

En tanto que la corte admiraba el valor verdaderamente heroico del joven rey, la dama de honor de la condesa Aurora murmuraba:



—Qué terrible sería ese hombre si aplicase su energía salvaje á hacer la guerra á los reyes vecinos suyos... Se le impedirá hacerlo. Y volviéndose á la condesa, la dijo algunas palabras que parecieron causarle tanta alegría como pesar la habían causado las anteriores.

Carlos XII durante este tiempo, había cortado una pata del oso y la había ofrecido como trofeo á la condesa, que apenas pudo con sus manos encantadoras, aceptarla y hacerla pasar en seguida á sus criados.

—A Stokolmo! exclamó en seguida el rey, á Stokolmo donde según espero cenaremos con buen apetito.

Los doce senadores humillados volvieron á ocupar su puesto entre los dos convoyes de trineos que rodaron hacia la capital de Suecia.

Reginold, que á la ida había sufrido tanto con la conversación del rey y la condesa, pareció ser más feliz á la vuelta. El rey cansado por el combate que acababa de sostener con el oso, se había adormecido, y el favorito pudo hablar á sus anchas con Aurora. Como todos los que aman, comenzó, aun antes de saber si era amado, por las salvas ordinarias de las quejas.

—La conversación del rey, la dijo, parecía agradaros mucho?

—Es verdad, no trataré de ocultarlo.

—Lo conseguiréis difícilmente.

—No pretendo probar.

—Un rey tiene tantos medios de hacerse escuchar... amar...

—Sin duda; pero tiene también tantas razones para dudar que se le ame por sí mismo!

—Están los demás más seguros?

—Al menos deben estarlo de que no es por su corona por lo que se les dice que se les ama.

—Cuando se les dice...

—Pero de qué estamos hablando? preguntó la condesa con más coquetería en la voz que en los ojos encantadores llenos de tierno interés.

—No sé... murmuró Reginold, pero creo que se trataba del rey...

—Y decíais según creo...

—Decía, prosiguió Reginold con mal humor, notando los rodeos sin número que tomaba la condesa para evitar el entrar en la vía apasionada á que él quería llevarla á fin de declararle su amor; grande imprudencia porque el rey podía no dormir y la dama de honor no perdía una palabra de la conversación; decía, prosiguió, que el rey tendría pocos ratos de ocio si amase á alguien...

—Y por qué?

—Por qué? Oh Dios mío, bien puedo decíroslo, pues aquí los secretos



de estado pertenecen á todos, excepto al rey. Desde luego, añadió con desprecio, tomáis demasiado interés por S. M. para no tener derecho á conocer cuánto le incumbe y bien, estamos en vísperas de tener guerra con los sajones.

—Guerra! exclamó la condesa.

La dama de honor se dijo: «El mensaje que ha recibido el rey es igual al que he recibido yo. Perfectamente. Veamos como nuestra condesa vá á representar su escena con ese joven á quien acaba de arrancar su secreto.»

—Sí, señorita, la guerra. Los sajones han penetrado con las armas en la mano en una provincia del rey; ocupan una parte de la Libonia y creo que el rey no vacilará en acudir en persona á la defensa de sus derechos.

—Sin duda! exclamó la condesa con el mismo entusiasmo juvenil.

—Cómo, sin duda? la dijo entre dientes Georgina, cuidad más de vos, niña, os pasáis al campo enemigo.

La condesa trató, ruborizándose, de reparar su pecado de sinceridad.

—Sin duda, repitió, pero tendrá entonces que dejar su corte, sus placeres...

A lo cual replicó Reginold.

—Tiene generales... oficiales...

—Le seguireis, no es cierto?
—En otro tiempo yo hubiera dicho mil veces sí y ma hubiera ofendido que se dudase de mi respuesta; pero ahora...

—Ahora...

—No tendria valor para dejar la Suecia, la corte...

—Segun parece amais mucho vuestra patria?

—Despues de un momento de silencio dijo Reginold.

—Y vos, señorita, quisierais que se encendiese la guerra?

—Oh, lo que es yo soy franca y os diré que no, porque si los suecos van á batirse con los sajones, yo, que aunque Sueca, estoy unida á la corte de Saxo y á la de Dinamarca, tendré que dejar la corte y no volver aqui hasta la paz.

—Dejariais á Estokolmo si hubiera guerra que no hubiera mostrado el rostro tan desenchajado si se hubiese abierto el hielo bajo su trineo.

—Ciertamente, respondió la condesa.

—Despues de todo, prosiguió Reginold, esta guerra no está aun declarada... quizá no tenga lugar... debemos esperar.

La dama de la condesa tenia todas las fuerzas de su atencion absortas en escuchar y observar.

—Si no tuviera lugar seguiriais en Suecia, en Stockholmo, en la corte.

—Así lo creo, respondió la condesa; pero eso es un sueño, porque quién impedirá al rey llevar la guerra á Libonia?

—Carlos XII no ha hecho nunca la guerra... se le pueden pintar los disgustos, las desgracias... Además se ha aficionado á los placeres y no hay sino aficionarle aun mas...

Veíase bien que al hablar así Reginold, hacia una violencia horrible á su carácter, á sus gustos caballerescos, á su lealtad, á su amistad á Carlos XII; pero amaba á la condesa y el amor tiene otros muchos crímenes que reprocharse. La condesa misma se ruborizaba de oír hablar á Reginold, cuya nobleza de alma conocia, pero le obligaba á estos tormentos obligada ella misma por Georgina que la fascinaba imperiosamente con su presencia, su mirada y su voluntad.

—Pienso, prosiguió Reginold, encenagándose mas y mas, que esta guerra no debe realizarse... no se realizará... se negociará... se establecerá la paz y vos quedareis... oh sí, quedareis siempre... siempre...

La dama de honor hizo á la condesa un guiño que queria decir—Muy bien, estoy contenta de vos; pero acabad vuestra obra.

La condesa respondió.

—De ese modo hareis cuanto dependa de vos para que Carlos XII no haga la guerra?

—Os lo juro, respondió con ardor Reginold, apoderándose á pesar de la rapidez de la carrera, la mano de la bella condesa y llevándola á sus labios. Creía que no deseaba tanto alejar la guerra sino por no separarse de él.

Habiendo llegado al fin á las puertas de palacio, los trineos se detuvieron. Carlos XII dormía tan profundamente que Reginold tuvo que despertarle.

—Qué horrible sueño he tenido! dijo á Reginold, abriendo los ojos y apeándose, tú me asesinabas.

Megret encontró una palabra mucho mas feliz al ofrecer su mano á la condesa Aurora para ayudarla á apearse.

—Señora, la dijo: hemos tenido hoy dos Auroras y nos ha quedado la mejor.

Olof fué entusiasmado de poder gritar aun.

—Ah francés! amable francés! francés demasiado amable!

—A la mesa! dijo el rey á sus jóvenes compañeros despidiéndose de las damas. A la mesa! y dirigiéndose particularmente á la condesa de Königsmark añadió:—Nunca he sido tan feliz como hoy.

En cuanto la condesa se encontró á solas con su dama de honor, la dijo:—Señora, el papel que me haceis representar me da miedo... el rey me ama.

—No sois amada de Reginold y no le amais? la respondió Georgina sonriendo.

—Oh señora ¿qué es lo que hacemos?

—No hacemos, deshacemos, dijo Georgina ó mas bien la verdadera condesa. Deshacemos un reino.

Se habrá adivinado ya que Georgina era la verdadera condesa de Königsmark disfrazada de dama de honor, y que por consiguiente la que pasaba por condesa no era mas que Georgina la dama de honor. A favor de este disfraz, la condesa sabia como criada todo lo que se escapaba á la criada como señora. Hasta aqui todo iba bien... escepto por parte del caballero Megret que la inquietaba y la inquietaba mucho.

Los resultados de esta intriga política, mezclada de aventuras de amor y guerra, debían ser incalculables, infinitos, terribles, divertidos, prodigiosos, y esto es lo que fueron.

(Continuará.)

ULRICO DE ANDUZ.

(Continuacion.)

Cambió de ademan Ulrico y se plantó con fiereza.

—Sabeis manejar una espada?

—Nunca he perdido el tiempo en esas fruslerias.

—Y tirar del gatillo á una pistola?

—Tal vez.

—Teneis valor?

—No sé, nunca he tenido ocasió de manifestarlo.

—Yo vengo á ofreceros una; ¿acceptais un combate á muerte?

—Con quién?

—Conmigo.

—Con Satanás, sí, con vos, no.

—No! ¿Con que decís que no!

—No amenaces, rapaz, si no quieres que te deshaga entre mis dedos, como la piedra al grano de trigo.

—Muy bien! ¿Sois consecuente en vuestra conducta! ¿Yo creí encontrar un hombre! Miserable!... Ha sacrificado mi hermana á la mujer de su amigo, y me rehusa una satisfacción!

Dió un salto Ulrico sobre las ruinas, y exclamó echando espuma de cólera:

—¿Qué habeis dicho? ¿Qué es lo que habeis dicho? Repetid esa última frase; no la he oído: ¿qué habeis dicho?

—La verdad, cuando tanto os habeis conmovido.

—Vais á retractar esa atroz calumnia.

—No tengo que retractar nada.

—Si os retractais, nos batiremos.

—Pues entonces me retracto.

—La hora?

—Esta tarde.

—El sitio?

—En el puente del Gard.

—Las armas?

—A vuestra eleccion.

—Los testigos?

—Yo lo seré vuestro, y vos mio: cuando se trata del honor de una mujer con dos hay demasiado.

—Hablais como un hombre.

—Ya vereis si soy niño. Esta noche á las diez delante de la gruta de los Gitanos.

—En el puente del Gard.

IV.

Cuando un incidente espantoso ha desconcertado nuestra alma, y entramos en la tranquila morada de un amigo ocultando en el corazon un pensamiento de sangre, un secreto de muerte y de venganza, nada nos entenece tanto como el ver la dichosa calma que reina en derredor de la familia; ella contempla nuestros tormentos hoy, como ayer contemplaba nuestra felicidad; engaña la fingida apariencia de quietud que presta al rostro la fortaleza del ánimo, y no divisan sus ojos la roja nube que ensangrienta el horizonte.

Comiase siempre á las cinco en casa de Durand: dió Ulrico algunos cuantos paseos en la *Fontana* para componer el semblante, y cuando conoció que se hallaba repuesto de la agitacion que habia sufrido, entró en el jardín. Halló á Durand jugando con sus niños; una dulce sonrisa brillaba en los labios de la hermosa Arlesiana; cantaban los canarios en las jaulas; un rayo de sol doraba una lozana higuera que extendía su ramaje sobre el pozo; el olor de las pámpanas embalsamaba el ambiente, y oíanse de cuando en cuando los suavísimos trinos del cantor de los bosques.

Cuando en los sueños de nuestra imaginacion nos formamos un cuadro de felicidad, parece que entrevemos siempre un modelo de este género. La felicidad consiste en cosas muy sencillas, y está casi siempre á nuestro alcance; pero el hombre desdeña todo aquello que puede conseguir fácilmente.

Sentáronse á la mesa. Ulrico estableció en su cara una sonrisa permanente. Habíase resignado á parecer contento con un valor que rayaba en heroísmo. Hemos tratado de sorprenderte agradablemente, le dijo, y por vida mia que al verte de tan buen humor me doy el parabien por haber tenido esta idea. Has de saber que mi mujer se muere por bailar como buena Arlesiana; el otro día desenterraron en las ruinas del *Podium* cuatro estatuas de mujeres danzando; con que ya ves si es pasion hereditaria! Como te veo firme en la resolucion que has tomado, no tengo inconveniente en recordarte que madama fue espresamente desde Arles al baile de M. Charleux para bailar hasta que se le rompieran los zapatos; pero ya sabes lo que sucedió, y que

se vino sin bailar un compás siquiera de galopa. Ahora bien; es menester reparar las faltas de aquella noche, y con este objeto he convidado esta mañana a los parientes y a nuestros mas íntimos amigos.

Procuró Ulrico con todas sus fuerzas sostener su sonrisa estereotipa.

—Con que esta noche... ah!

—Sí, esta misma noche. Nos reuniremos una docena de personas; ya ves que no será cosa de ahogarse. Vendrán dos hermanas y tres primas de mi mujer, criaturas hermosísimas que descienden de la familia arlesiana del emperador Gallo y que forman una preciosa colección de perfiles antiguos en ángulo recto, de lo que no se ve ya en nuestros días. Me parece que hablo como artista.

—Con que esta noche! dijo descuidadamente Ulrico, sin poder conservar por mas tiempo su engañadora sonrisa.

—Sí, esta noche, esta noche a las nueve. Yo te prestaré un vestido, no tengas cuidado por eso... Pero, acaso tenías otro proyecto?

—No... sí... sí... tenía...

—Qué proyecto tenías?

—Nada... ya te acordarás de lo que hablamos el otro día... La Thebaida... El conde Gerardo... la caravana del desierto... Dios es grande y Mahoma...

Abria madama Durand unos ojos de esfinge de una dimension piramidal.

—Hombre! dijo Durand, eso no corre prisa; la caravana puede esperar... todo vienen a ser dos dias mas o menos.

—¿Cuánto tiempo se necesita para ir a caballo al puente de Gard?

—Qué preguntas haces? pues no has estado veinte veces en el puente de Gard?

—Sí, he estado de día... pero de noche, con la claridad de la luna...

—Ya; pero la luna no se pone hasta la madrugada. Si será estrella tuya descomponer todos los bailes de la ciudad y de sus contornos?

—Con que se necesita hora y media, a caballo...?

—Vamos! ya he adivinado lo que es! tienes una cita con Myrha...

Hizole Ulrico una seña para que callase, y se quedó Durand con la boca abierta; clavó la Arlesiana en Ulrico sus hermosos ojos negros, y se levantó de la mesa. Continuaron en su conversacion los dos amigos.

Con que has vuelto a caer en el lazo! dijo Durand absorto.

—No... no precisamente... ya ves que...

—Vaya, dime...

—Ya lo sabrás mañana... Tengo motivos para...

—Y mi baile?

—Lo que es el baile puede principiarse... Yo espero, y es muy posible, volver antes de que se concluya.

—Pero, ¿cómo has tenido tiempo de renovar esas relaciones? Hace diez dias que no sales de casa... ¿Te ha escrito?

—Sí... He recibido noticias verbalmente... Creo que se hace tarde... ¿Cuánto tiempo se necesita para ir a caballo a la gruta de los Gitanos?

—Una cita en una gruta!

—No... la gruta es lo de menos... Ya verás... Me parece que es muy tarde...

—Por vida mia, que si no estás loco... Vaya! Yo no me separo de ti. Estás verde... me causas miedo; pero, ¿qué es eso? ¿a donde vas?

—Sí, sí; déjame... Ya nos volveremos a ver... Dame un abrazo...

—No; tú tienes alguna idea horrible... aquella alegría no era natural... algun pensamiento infernal abrigas en tu corazón.

—Dame un abrazo, amigo mio.

—No, yo no te dejo...

Y le quiso sujetar con las dos manos; Ulrico con sus hercúleos brazos rompió facilmente aquellas ligaduras y se lanzó como un ciervo por encima de los ballados: el hombre mas ágil no hubiera podido seguir al jóven é impetuoso montañés. Oyóse resonar en el aire un patético adios dirigido al sosegado jardín.

El criado, que habia recibido ya sus instrucciones, le esperaba en el vestíbulo de su casa.

—¿Está todo preparado? Preguntó Ulrico.

—Sí señor.

—¿El caballo?

—En la cuadra ensillado.

—¿La caja que te mandé comprar?

—Colgada de la silla y tapada.

—Haz que enganchen ahora mismo los caballos de posta a mi calesa, y vé a esperarme al patio de la fonda de Lafoux: ¿entiendes? No respondas a ninguna pregunta que te hagan, y cuenta con pagar bien. Si no he vuelto a media noche, llevas los caballos a Nimes, y mañana mismo sales para San Hipólito con esta bolsa de mil escudos que te regalo. Cuidado con hablar una sola palabra.

Dando estaban las nueve en el reloj de Remoulens, cuando llegó Ulrico al puente colgante: pero ahora en lugar de pasar por él, se lo dejó a la derecha y se internó en el sombrío bosque de encinas que se estiende a lo largo del camino que conduce al puente de Gard.

Libre ya del temor de llegar demasiado tarde a la cita, detuvo el paso a su caballo, y se abismó melancólicamente en las reflexiones que le sugerian las circunstancias de que se veia rodeado.

¡Qué mundo y qué vida! se decía a sí mismo en voz baja, como si comunicase a un amigo alguna misteriosa confianza. Dios nos ha concedido el amor; placer que mete mucho ruido y que vale mucho menos que lo que generalmente se piensa! En fin, nos contentamos con él a falta de otra cosa mejor; y entonces la fatalidad agota todas sus combinaciones para turbar nuestra pueril alegría. Las breñas de este bosque no tienen tantas espinas como nuestra existencia. Parece que en este mundo todo conspira contra el amor: semejante al jardín de las Hespérides no se puede coger una de sus manzanas sin peligro de ser devorado por el horrible dragon que las sirve de centinela. Yo hubiera podido retirarme tranquilamente de esta sencilla intriga y seguir mi rumbo por otra parte; pero, no señor; hay un hermano, y si no hubiera existido este hermano, lo hubieran inventado! El camino del placer está plagado de hermanos, de padres, de maridos, de rivales, de envidiosos armados de espadas y de pistolas. Oh voluptuosidad! Los antiguos habian representado al amor bajo la forma de un niño jugueton y travieso. ¡Qué necios fueron en estol!... Vamos a dejarnos matar.

Un listón plateado se dibujaba al través de las encinas: era el Gardona. Dobló Ulrico un promontorio de colinas a su izquierda, y descubrió el puente de Gard en la trasparente claridad de una noche de verano. Oíase sin embargo allá a lo lejos bramar sordamente el trueno bajo una nube inflamada con las exhalaciones del día. El estampido del rayo resonaba en triples ecos sobre los elevados arcos del acueducto triunfal, como las metálicas ruedas de los carros en las ovaciones de los cónsules. El cielo estaba enartelado de luminoso azul, y de borrascosas tinieblas; un sordo murmullo de druidicas hojas se prolongaba por los bosques de encinas confundiendo con las quejas nocturnas y monótonas de los grillos.

Llegó por fin Ulrico delante de la gruta de los Gitanos y habiendo llamado en voz alta a su contrario, retumbó el eco de eclipse en eclipse bajo los prolongados arcos del acueducto romano como los sonidos infinitamente variados de una orquesta. Aquel eterno monumento que ha sobrevivido a las miserias y locuras del hombre, estendia sus colosales brazos durante las sombras de la noche, para abrazar con ellos dos montañas. El bosque de encinas cubria su frente, como una inmensa corona mural concedida en señal de triunfo. El río, al estrellarse en los ángulos de aquellos sillares prodigiosos los llenaba de armonia; cualquiera hubiera creído oír al acueducto conversar magestuosamente con la noche y referirle los tiempos en que Roma se asociaba con Dios para dar cima a alguna sublime empresa.

—Qué irrisión! decía Ulrico, venir a arrastrar nuestras miserias a los pies de este gigante! hacer testigo de nuestras ridiculeces a ese inmenso monumento que ha desgastado las uñas y el diente roedor de la barbarie sarracena!

Ató el jóven el caballo a la entrada de la gruta, tomó sus armas, y siguiendo el sendero lateral que arranca en aquel punto, subió a la cumbre de la cinejada montaña, que se llama Puente de Gard.

Rápidos y violentos eran sus pasos sobre aquel ladero, que se estiende temblando en el aire como el sillón de un arquitecto italiano en la bóveda de una basílica. Aquel tercer orden de arcos lleno de las armonías del río y de las tempestades, parecia retener en sus venas el agua triunfal que atravesaba desde una montaña a otra a las órdenes de Agripa. La proximidad al cielo habia hecho olvidar al artista las fragilidades del mundo: desde lo alto de su pedestal sublime, abarcaba con su vista todos los horizontes, perdíase en las nubes como el atrevido aerostata, y creía ver la tierra debajo de sus pies. Pero aquellas decoraciones se mudaban a cada instante, y sucedía a las tinieblas una claridad livida, que permitia divisar en el llano otras líneas de acueductos, que semejabán las sombras del puente de Gard. La noche, empero, estendia otra vez su negro manto, y la vista divisaba apenas en el fondo del doble precipicio, el amarillento río, perderse en las negruscas masas de encinas; el ruido del torrente llegaba a aquellas alturas como un suspiro medio apagado que exhalara un ánima en pena perdida en los laberintos del valle.

La voz de un hombre y el galope de un caballo sacaron a Ulrico de su éxtasis, y lo restituyeron a las realidades de la vida. Dió un grito enérgico para responder al que lo llamaba; fúnebre cartel de reto que el cielo y la tierra se enviaron en aquel terrible momento!

En breve percibió Ulrico el rumor de ligeras pisadas rompiendo las malezas a lo largo del estrecho sendero; y el hermano de Margarita no tardó en hallarse frente a frente de su contrario.

—Las diez! dijo el alentado doncel.

—Está bien! respondió Ulrico. Quereis que bajemos?

—Estamos bien aqui. ¿Dónde están vuestras armas?

(Continuará.)

ORIENTAL.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,
Que tu vista encantadora,
Apetecida
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban
Mil paladines,
Azarque, en inútil queja
Tus esquivaces plañía
Llorando al pie de tu reja.
Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡qué importa que al profeta
Yo bendiga;
Y adores tú al Nazareno,
Si en blanda coyunda amiga
Un solo amor nos uniera!
Cristiana mas hehiciera
Que el ameno
Paraíso, no te cura
De las palabras del conde
Que han desear mi desventura.
Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

JOSÉ ZORRILLA.

A UN CHATO.

Cuando alguno te ofendiere,
Como careces de trompa,
No temas aunque dijere:
«Calle el feo, sino quiere
Que las narices le rompa.»
Las dudas me vuelven loco.
Aunque el mas leve deslíz
Pille tu olfato feliz,
No podrán decir tampoco
Que tienes buena nariz.
Y aunque disputes, amigo,
Con razones infelices,
No podrán, siendo testigo,
Decir al hablar contigo:
«Miren qué par de narices.»
De vicio debes quejarte.
Te envidio ¡mucho que sí!
¿Quién podrá decir de ti,
Al pasar por cualquier parte:
«Ya las narices le vi?»
Y es que tampoco dirán,
Pues decirlo no podrán
Aunque de risa las lien,
Que al ver tu cara de can
En tus narices se rien.
¡Te quejas, por vida mía,
De tu destino infeliz!
¿Qué es, cuando está fresco el día,
Lo primero que se enfria?
¡La punta de la nariz!
¿Dónde mas daño te harás,
Si algún porrazo te abruma?
En ella, por ser quizás

Lo que sobresale mas,
Salvo error de pelo ó pluma.
Y si duermes con trabajo,
Cuando el cuello te se encorve,
Tú, riéndote del orbe,
¡Zás! te vuelves boca abajo
Sin que la nariz lo estorbe.

Mas ya miro que bendices
La razon en que me fundo,
Y muy satisfecho dices:
«Para vivir en el mundo
No es necesario narices.»
Pero... á Dios, cara de gato.
¡Punto! de cansar por tí
A mis lectores no trato;
Que no me fastidia á mí
En el mundo ningun chato.

EDUARDO ASQUERINO.

LA CAJA DE PANDORA. Prometeo hizo una bella estatua que llamó Pandora; enamoróse de su obra, y para darle vida robó el fuego del cielo. Júpiter irritado dió á Pandora una caja que contenia todos los males, y mandó á Mercurio que atase á Prometeo en una peña del monte Cáucaso donde un buitre le roía las entrañas, hasta que Hércules lo mató.

OREJAS DE MIDAS. Era este rey de Frigia y la echaba de diletanti y literato. Fué elegido por árbitro en una cuestion que tuvieron Apolo y Pan sobre cuál cantaba mejor, y dió una prueba de su inteligencia y buen gusto prefiriendo los cantos de Pan á los del dios Apolo; este á su vez juzgó que le estarían bien orejas de burro, en las que se trocaron al punto las suyas. Bien hecho, señor del Parnaso, á cada cual sus atributos.

ADVERTENCIA.

El SEMANARIO publicará inmediatamente producciones de los señores Breton de los Herreros; Garcia Gutierrez; Zorrilla; Hartzenbusch; Lafuente (Fr. Gerundio); Asquerino; Selgas; Florentino Sanz; Gonzalez de Tejada; Fernan Caballero y otros escritores igualmente apreciados de los lectores habituales de nuestro periódico.

Preparamos tambien una preciosa coleccion de grabados, que comenzaremos á estampar en este mes.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



FEDERICO II.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,
CONSIDERADO
en la literatura lírico-erótica de los provenzales.

A mi caro amigo Pepito Palet y de Villaba,
ANTONIO.

ARTÍCULO SÉTIMO.

PRÓLOGO.

EL ELEMENTO RELIGIOSO EN LA LITERATURA.

Tócanos hoy, según lo indicado en el artículo anterior, cotejar los elementos constitutivos de la literatura árabe-oriental y de la literatura de Provenza, con objeto de averiguar qué puntos de analogía ó semejanza existen entre ambas. Tres caracteres generales ofrece desde luego á la consideración del crítico la literatura de Oriente: caracteres que se manifiestan tales en nuestro suelo.

Es esta literatura ante todo religiosa, creyente.

El augustó nombre de Allah, que aun resuena bajo las espléndidas bóvedas de un cielo sin nubes; que se siente rodar en ondulaciones sin fin por la inmensidad del desierto; que alienta á las caravanas en sus silenciosas peregrinaciones, y al nombre del cual encuentra el perdido viajero hospitalidad y amparo: este augustó nombre de Allah, que se oye murmurado por la brisa de la noche, por el ruido monótono de las olas del lago que mece sus aguas á compás, y se eleva, canto de melancolía, nocturna plegaria al través las esferas celestes; este augustó nombre se cierne risueño como la imagen del amor, grato como la idea de la esperanza, sobre todas las páginas de aquella literatura.

Allí no se ve como en otras literaturas, la imagen del hombre, espectro descarnado y pavoroso, cruzar por medio de todos los hechos de nuestra existencia, de los sentimientos que brotan en nuestro corazón, de las ideas que atormentan febriles nuestra mente y verter sobre ellos, la duda, la negación, el especho, la muerte. No se divisa

allí la idea humana, fría y desconsoladora, luchar altiva con la idea divina, pretender sujetarla á su humano criterio, pretender vencerla y humillarla y alzar sobre sus ruinas el pendón de una filosofía insensata.

No se vé, por fortuna, en aquella literatura que brota fecunda de un suelo vígen; en aquella civilización basada toda en continuas, en fervientes aspiraciones religiosas; en aquella ciencia que se muestra ingénua revelando por do quier la idea de un Dios creador; en aquel arte que es la purísima expresión de la belleza que mana del candoroso sentimiento del árabe; en aquella naturaleza, en fin, que por sus condiciones especiales de majestad y grandeza refleja en todos sus modos la idea de la Divinidad; no se vé en esa literatura oriental al hombre limitado en sus obras, reemplazando en el mundo de la idea y en el mundo de los hechos, lo que únicamente al soplo vivificador de la razón creadora, de la mente divina, cobra vida, aminoración, movimiento. Siéntese, por el contrario, todo lo que tiene de grato y consolador para la humanidad, ver su razón, limitada é imperfecta, enlazarse á la razón divina, perfecta é ilimitada, y ayudarse de su poder, ó para visitar las eternas escalas donde aquella asienta su trono en medio de celestial armonía, ó para recorrer la tierra donde su imagen se refleja á cada paso, donde se cuentan sus manifestaciones por el número de los seres que encierra.

Cuando el hijo del desierto se duerme al arrullo acariciador de sus auras; cuando despierta al matutino rugir del león que saluda á la aurora ó al rápido correr de la gacela que cruza la llanura; cuando mide en su lento caminar la extensión del ilimitado desierto; cuando la pena invade su corazón y le atormenta en larga melancolía; cuando el placer agita su mente, ó el amor la mece en fantásticas ilusiones; cuando llora triste porque la cadena de la vida se ha detenido un momento, porque de ella se ha destacado, hoja seca que el viento de otoño arranca del árbol, uno de los seres amados que la forman; cuando canta amoroso á la sombra de esvelta palmera que ondea sus ramas á compás de sus clamores; cuando vive feliz ó sufre resignado en el apartado silencio de su modesto aduar, el árabe, el hijo creyente de profeta, invoca á Allah, confía en Allah, eleva á Allah su ardorosa plegaria. Al invocar el nombre de Allah, cuya sombra vé sin cesar

7 DE JULIO DE 1833.

vagando majestuosa por el ámbito del desierto, siente consuelo en su dolor, alivio en su pena y aparecensele los sombríos celagos del cielo de su melancolía teñidos de brillantes colores.

Al invocar el nombre de Allah, siente el árabe agrandarse su corazón, abrirse expansiva su mente á impulso de una idea creadora y brotar fecunda manantiales de sublime, de tiernísima poesía.

El sencillo habitante de las playas orientales, al ver como hemos dicho, reflejarse en los puros celagos del cielo que contempla la imagen de la Divinidad; al oír su palabra que le trae el susurro de la brisa ó el perfume de las flores del lejano valle; al escuchar su voz murmurada por las olas del mar ó por el concierto nocturno de las esferas, ó por las voces misteriosas que se oyen durante la calma de la profunda noche; cree, espera, confía, se siente feliz, tiene fe en la dicha presente y fija su mirada en próxima, en cercana ventura. Creyéndose realmente el habitante del desierto, el viajero que cruza el espinoso valle de la vida, planta su tienda para un día tan solo y no cree vivir sino el tiempo que tarda el sol en trazar su carrera. Al terminar la jornada, el árabe cierra, como la flor, la corola de su existencia y se duerme al blando arrullo de sus auras, en brazos de la esperanza. Piloto que está seguro de arribar al puerto con tempestad ó con calma, deja la nao do voga rápida su existencia al capricho de las olas, á merced del primer viento que sopla. Mientras su corto viaje, cuando el viento ha cesado, cuando la nao se ha detenido en medio del océano, se ha inclinado sobre los remos y cantado lo triste, lo amargo, de eso que nosotros llamamos vida y que no es mas que una *cadena de males, cuyo último eslabón toca á la muerte*. Entonces ha cantado la soledad, que por doquier nos rodea en medio del mundanal tumulto; lo efímero, lo mentido de nuestra felicidad, en pos de la cual corre el hombre presuroso, siendo amarga decepción cada paso que dá en la carrera; el vacío que deja el placer, el hondo surco que en nuestro corazón traza el dolor, la duda perpétua que asalta la mente; lo sensible que es una ilusión pérdida, una esperanza largo tiempo acariciada, el eclipse del rayo de luz que alumbraba lo oscuro, lo siniestro quizás, de nuestros pensamientos. Entonces ha dicho cuán cierto es que en esta morada de pesares el dolor sucede al dolor, la aflicción á la aflicción, como el día sucede á la noche; que cada sonrisa de alegría se trueca pronto en una lágrima de tristeza; que ese fugaz instante de placer que ahora saboreamos será el dardo que luego desgarrará nuestro corazón. Ha dicho, en fin, que no es brillante claridad sino oscura sombra la luz que envuelve nuestra mente; que son falsas verdades las verdades de los hombres; que son mentidos ensueños sus aspiraciones de felicidad presente; que es su vida toda una locura, un delirio, un frenesí. Cuando ha dicho todo esto, el árabe ha cesado su canto, ha roto para siempre las cuerdas de su lira y recostándose de nuevo sobre su barquilla ha proseguido silencioso su camino.

Mas cuando se ha acercado al término de su viaje; cuando ha creído divisar á lo lejos el puerto anhelado, ha sacudido la túnica del dolor que le envolvía en negros pliegues, y nuevo cisne, ha entonado su postrer canto á la tierra, su último adiós á las orillas del lago de antes mecía su existencia. Y su último adiós á la tierra, su canto postrero, lejos de ser un adiós de amargura y de despecho, un adiós cruel dado en medio de los trances de sombría desesperación, un canto fúnebre y pavoroso, han sido un adiós lleno de sentimiento y de ternura, un canto inspirado, sublime, un canto de amor, de esperanza.

En la literatura árabe el poeta y el sacerdote se han confundido como en los antiguos tiempos.

Ambos han fijado á la par su mirada en el cielo y en la tierra: ambos han visto en el mundo un templo, en la tierra un altar y vagando por el espacio, y llenándolo todo, la sombra de grata, de adorada divinidad. Ambos han reconocido sus inmensos atributos, sus infinitas maneras de manifestarse á la mente del hombre, los beneficios que le dispensa, las gracias que le otorga benigno, y los paternales cuidados con que incesantemente le rodea. Ambos le han ofrecido por ello, en justo tributo de respetuosa admiración, en homenaje de sincera gratitud, el puro sacrificio de nuestro corazón, el pensamiento que agita la mente de la humanidad. Ambos han templado su inspiración al fuego de sagrada poesía y se han dirigido á sus semejantes para arrebatárselos á sus locos placeres, á sus ilusorias aspiraciones, á sus mentidos ensueños de felicidad presente, al estado de locura, de frenesí, en que vive y se consume. Ambos le han hecho bueno, religioso, creyente. Ambos han apagado el viento de la duda que secaba su corazón y le hacía estéril, cual flor que crece en desierto arenal. Ambos han sustituido á esas ilusiones fantásticas que acariciaba risueño, y en cuyo aéreo océano dejaba indiferente vogar caprichosa ó fatal la nao de su existencia, otras ilusiones mas bellas, mas hermosas, mas reales; á esos febriles ensueños que creaba nuestra mente en su turbulenta alegría, otros ensueños mas plácidos, mas tranquilos y serenos. Ambos en fin, y esto es lo mas importante, lo mas consolador para nosotros que vivimos, ó mejor dicho, que sentimos disiparse nuestra vida, ajarse lentamente y marchitarse infu-

cunda la flor de nuestra existencia, ambos le han mostrado una secreta ventura, una misteriosa dicha oculta en el fondo del santuario, en el apartado silencio de cristiana soledad, en medio de las sombras que pueblan fantásticas el sagrado recinto, y á donde á la opaca luz de las lámparas que cuelgan ó á los plácidos reflejos de la luna que penetra al través los pintados cristales, se dibujan por entre sus bóvedas, vagas, extrañas, simbólicas figuras. Lugar de incesante reposo donde el alma acude á olvidar sus pesares, las amarguras que la aquejan y que no menos elocuente que el aspecto de un cadáver y el silencio de la tumba, habla al corazón un misterioso lenguaje. Lugar de quietud donde el alma se pierde en estática oración, en ardiente plegaria y camina en alas de un amor que nada tiene de humano, en busca de luz y consuelo, en pos de desconocida paz, de inenarrable ventura.

¡Qué inmensa distancia, pues, entre el poeta religioso, creyente, lleno de respeto y entusiasmo hacia los objetos que todo un pueblo adora, hacia las santas ideas que forman á la vez la religión de su mente y de su corazón, y el poeta escéptico, indiferente, impío, tan solo lleno de fe en los goces materiales, en las groseras sensaciones de la vida, en el brusco tránsito del desesperado dolor á la febril alegría! ¡Qué inmensa distancia entre aquel que todo lo vé en Dios y el que todo lo considera en el hombre; que gasta todo el brillante fuego de su imaginación, toda la rica poesía de su mente, en discutir impasible sobre la dudosa existencia del primero, y en caso de existir, sobre los modos también dudosos de manifestarse, y afirma resuelto la problemática existencia del segundo, la fuerza de su poder, la grandeza de sus virtudes! ¡Qué inmensa distancia entre aquel poeta de Arabia que siente su corazón animado por el fuego de divino amor, y su mente alentada por perpétua tendencia á lo infinito, por la fe en sublimes verdades, en eternas concepciones, y este otro poeta de la moderna Europa que levanta él mismo el viento abrasador de la duda que agosta impio la flor de su existencia y le deja ya, en su temprana edad, solo, aislado, encerrado en el estrecho círculo de su personalidad, rodeado de ignominia y espanto envuelto en aterradoras tinieblas!

Si las creencias religiosas, si la fe en una sanción futura que restablezca el equilibrio moral de las acciones humanas, equilibrio en este mundo desconocido; si la esperanza de un bien vanamente anhelado, de una felicidad tan solo columbrada á lo lejos, de un consuelo que nos falta cuando sucumbimos al dolor; si la creencia en que suele merecerse nuestra imaginación de una morada menos triste que la presente, de un mar menos tormentoso que aquel sobre el cual voga nuestra existencia, de un puerto mas seguro que el que se divisa en el oscuro horizonte; si todo esto es una ilusión, una mentira, un sueño, déjasele por Dios; no desgareis atrevidos el velo que cubre sus ojos, no apartéis de su vista el dorado prisma que tanto le atrae, que tanto le halaga y entretiene: dejadle compasivos su ilusión, su mentira, su sueño: es una ilusión que le sonríe, una mentira en pos de la que camina feliz, un sueño que le mece en gratos pensamientos. Si, lo que no es posible, al desaparecer la ilusión, al despertar de su sueño, al tocar la funesta realidad se aliñe y desespere, al menos no tendréis vosotros el amargo sentir de haber anticipado su dolor con un temprano desengaño: no habéis hecho que, tocada la realidad antes de tiempo, trueque sus consentidas esperanzas en sombrío despecho y agole para siempre las fuentes de inspiración.

Es una verdad, á la par filosófica estética y literaria, que el corazón solo, que solo el sentimiento inspira la mente del hombre y la hace rica, fecunda, inagotable. Del corazón solo, como los rayos del foco de luz, como el embalsamado perfume del cáliz de las flores, como multiplicados riachuelos de copioso manantial, como natural consecuencia de inconcuso principio, del corazón solo parten los raudales de toda poesía, las fuentes de toda inspiración, los rayos de toda claridad.

Nosotros no concebimos una poesía ficticia, un arte compuesto, una inspiración fría, matemática, ratiocinadora. La poesía artificial, trabajada, resultado de penosos esfuerzos, de largas elucubraciones, no es poesía sino en la forma, en la metrificación, en el ritmo. La verdadera poesía, la que brota de un pecho fecundo, como dice Juvenal, de unos labios puros, como añade Fenélon; la verdadera creación, como la verdadera elocuencia, como el verdadero coste, no nace de la cabeza; no; no se origina de la idea que todo lo examina y deslie, que todo lo resuelve y comprueba, que ejerce sobre todo las minuciosas operaciones de la lógica severa, que exhala en fin sobre todo el frío soplo del análisis. No nace de la idea, porque la idea pura es abstracta, ratiocinadora, filosófica y como tal satisfactoria para la inteligencia, casi siempre desconsoladora para el corazón.

Si lo que constituye la verdadera inspiración, el verdadero arte, es el corazón, el sentimiento que todo lo agranda y anima, que lo eleva y purifica todo, que hace al hombre poeta y creador, nosotros preguntamos ¿de qué fecundo manantial, de qué foco de luz recibe á su vez el corazón del hombre su inspiración, su fuerza creadora, su pureza, su santidad, su hidalguía? ¿De dónde recibe ese bello conjunto, esa preciosa síntesis de dignos, de nobles y elevados sentimientos, únicos

capaces de originar la inspiración, de derramarla abundante en la apartada esfera de la mente humana? ¡Ah! fuerza es decirlo muy alto por mas que se nos tache de tímidos ó fanáticos: que resuena en nuestros oídos á cada paso, que es pueril timidez, insensata nimiedad, sentir y creer las verdades religiosas. Fuerza es decirlo en un siglo como el nuestro en que domina con tiránico poder la filosofía de allende el Rhin, esa filosofía de razon pura, de orgullosa subjetividad, de caprichosa especulación, que tiene por primer apóstol á Manuel Kant; esa filosofía singular y rara, que podrá decir mucho á la mente y tanto que llegue á confundirla, pero que á buen seguro nada dice al corazón. Fuerza es confesar en presencia de esa filosofía árida é infecunda; propiamente de razon pura y á manera de contrapeso á la absorción total que pretende hacer de nuestra alma, que, de los sentimientos religiosos del hombre, de sus creencias intuitivas, de su fé en verdades superiores altamente consoladoras, mana sobre su corazón ese otro linaje de ideas y sentimientos que tanto le purifican y enaltecen. De la religion, de la fé, de la creencia en una vida futura no tan trabajada por el dolor como la que atravesamos; de una constante aspiración á lo infinito, á lo supremo ideal, á lo sublime, á lo que puede realizar nuestros gigantescos ensueños de ventura, á lo que puede descender el velo que ahora se corre sobre nuestra inteligencia, y hacerle divisar nuevos horizontes de perpetua claridad, nuevos lugares de inalterable bienandanza, de todo esto nace, lo repetimos sin rubor, lo noble y bello que encierra nuestra alma, la grandeza y fecundidad de su inspiración.

Si es falso esto que nosotros decimos; si no es mas que una ilusión que acaricia nuestra fantasía, por lo grata, por lo poética y risueña, no intentaremos probarnos lo contrario. Nos placen sobremanera las ilusiones del corazón, porque sabemos bien que no nos engaña. Dejémoslas, por piedad, no exhaleis sobre ellas el viento de vuestra estéril negación. Si al abandonar la tierra, hemos de entrar en el mundo de la nada, queremos al menos entrar en él coronada las sienes de poética corona de visiones: menos sensible, menos penoso se nos hará el tránsito de la vida á la muerte, del ser á la nada, de la luz á las tinieblas.

Vosotros, que no habeis jamás sufrido; vosotros, cuyos ojos jamás ha escalado el llanto; vosotros, cuyas horas no ha marcado lentas y monótonas la aguja del tiempo en la esfera del dolor; cuya alma no se ha hallado una y otra vez envuelta en negro sudario de melancolía; vosotros en fin, que no habeis sentido irse poco á poco destacando de la cadena de la vida los eslabones que la forman en medio de honda tristeza, de amarga soledad, de sombría desesperación, de loco frenesí, del frenesí del dolor que rompe el alma y la desgarrará; vosotros, que no sabeis sufrir, que no habeis jamás apurado la copa de amargura, no comprendéis cómo en medio de tanta pena, de tanta aflicción, de tanto abatimiento, se arroje el corazón del hombre en pos de una idea consoladora, de una idea de esperanza. Vosotros no concebís cómo el hombre se doble al pesar y no sucumba; cómo se muestre resignado y sumiso al dolor. Vosotros no concebís esto. Cuando se turba el cielo de vuestra aparente felicidad; cuando veis las luces del festín apagarse, retirarse los convidados, cesar poco á poco el ruido de la música; cuando veis que todo vuelve al silencio, que se extingue en vuestros labios la sonrisa, que se anubla vuestra frente y se corre sobre ella, frío y pañoso, el velo de mortal palidez; cuando todo esto veis; cuando todo esto sentís, pronunciáis una palabra de muerte, una horrenda palabra, y con ella os despedís de la vida. Los ecos tristes de esa palabra glacial «suicidio» se han confundido con los que ha despertado exánime vuestro cuerpo al caer sobre las losas de la sala del festín.

Hé aquí, caro amigo, la razon por la cual si las creencias religiosas del hombre son ilusiones tuyas, mentiras y engaños, que esto no puede ser, porque Dios no es tan cruel, tan impío, que se complazca en burlarse de la sencilla humanidad y mostrarle en medio de la oscuridad de la noche de la vida, un punto brillante en el espacio, un horizonte que huya á medida que se acerque á él; hé aquí por qué si son ilusiones y mentiras, son al menos ilusiones gratas, placenteras, consoladoras, fecundas; mentiras que halagan y entretienen nuestra fantasía; flores embalsamadas que orlan las márgenes de la vía que atravesamos; ensueños que nos mecen, cual nido de alción sobre las aguas en medio de mil lujosos encantos, de mil prismáticos colores. Hé aquí porque no es oportuno, no conviene de ningún modo desengañar al hombre, si es que vive engañado, y hacerle creer que, flor del valle, cuando sopla el viento de la tempestad, la arranca al lugar do crece ó lozana, ó marchita, y agitando un momento en el espacio, la arroja luego lejos de sí y hace desaparecer para siempre. Hé aquí, en fin, porque si es de suyo ingrata la tarea de nuestra existencia; si es tan tempestuoso el mar por do vogamos antes de llegar al puerto; si tan amarga la copa de placer que acercamos á nuestros labios; si nada en la tierra nos contenta y satisface; si nada llena nuestra alma; si todo es una cadena de males, un ramillete de flores que va deshojándose á medida que sobre ellas cae nuestra lánguida mirada; hé aquí porque no conviene, ni, hacer nuestra labor aun mas ingrata, mas despreciable el tra-

bajo de la vida, mas tormentoso el océano que cruza la existencia mas pesada la cadena de nuestros males, mas lánguidas aun las flores que desaparecen á nuestra vista.

Si esto que decimos es aplicable á la vida moral, á la vida del corazón ¿no lo será tambien á la vida de la inteligencia? ¿No podremos aplicarlo á la vida literaria, á la vida del poeta? ¿No es verdad que si el corazón inspira la mente y es fuente de toda verdadera poesia, como lo reconocemos nosotros los hombres del arte cristiano, como lo reconocieron igualmente los antiguos, como lo proclamaron Horacio, Virgilio, Juvenal y los oradores y filósofos de este arte; no será verdad que, secado el corazón, agotada la fuente de los sentimientos religiosos, se agotará el manantial que desde aquel corre hacia la inteligencia? No negaremos nosotros que la duda, el escepticismo, la negación, han producido grandes poetas; que poetas y escépticos eran Goethe, Byron y Espronceda. Pero mas que poetas de sentimiento, eran poetas de idea, elevadas inteligencias, fecundos ingenios, descarriados tal vez, cual fatales planetas, tropezando por do quier en su ciego curso y esparciendo por do quier, brillantes meteoros, la luz, la claridad y el horror y el espanto. Eran poetas de idea, de razon; porque téngase presente que así como hay poetas de sentimiento hay poetas de inteligencia; como hay una verdad, un arte, una filosofía, una ciencia de corazón y otra verdad, otro arte, otra filosofía otra ciencia de cabeza. No negamos nosotros esto, no. Lo que queremos decir es la inmensa distancia que separa al uno del otro; la grande oposición que existe entre los principios de donde para ambos mana la inspiración poética; los diversos resultados que para la elevación y santidad del arte, para la satisfacción y consuelo del hombre, para su progreso y perfeccionamiento social, nacen de la idea que sale del primero, brillante y esplendorosa, ataviada y bella, cual dama que va á entrar so el yugo de himeneo, y los que parten pobres y mezquinos, casi siempre rayos de oscura luz, de la inteligencia humana, astro que vaga perdido en el espacio, planeta que brilla ó se oscurece segun de donde recibe el resplandor ó las tinieblas.

La distancia que señalamos es, incalculable, inmensa: no se borrará jamás ni se amenguará un punto por mas que á eso tiendan nuestros esfuerzos. Nace de hechos opuestos, de principios contrarios, cuya oposición y contrariedad siguiendo las leyes de la proporcion, crece y se aumenta á compás del desarrollo que adquieren.

La idea que brota de la mente como motivo de inspiración, ó que mana de un sentimiento apagado, de un corazón que hace tiempo ha cesado de latir, de un alma livida y cadáveriza, hecha cenizas por el fuego de febriles emociones, esa idea será una idea muerta tambien ó todo lo mas galvanizada por un supremo esfuerzo de nuestro ser. Será una idea de despecho, de encono, de muerte; idea que repugne y bastie, que queme y abrasa al contacto de su rápido pasar; idea pobre, mezquina, estrecha, que se fije en cosas pasajeras, en flores de un día, en un hombre, en una mujer, en un placer perdido, en una temprana ilusión arrebatada; idea limitada é infecunda que lejos de suministrar-nos fuerzas para sufrir nuestros males, lejos de procurarnos alivio, lejos de satisfacer la ansiedad constante de nuestro corazón, de llenar el vacío que en él sentimos y apagar la sed de felicidad que le atormenta; lejos de esto, le muestra imposible la horrorosa realidad de sus padecimientos, la certeza de su amargura, la inflexibilidad de su destino. Le persuade inhumana que en este mundo á un desengaño sucede fatal otro desengaño, á un pesar otro pesar, á una lágrima otra lágrima y que en vano nuestro dolorido corazón busca ansioso en mejores moradas un consuelo á su pena; que si anublado está el cielo de nuestra terrestre ventura, anublado permanecerá sin que un rayo de luz venga un solo día á iluminarle.

Semejante poesia nacida de una idea muerta, herida al aparecer en el terreno del arte de esterilidad, desarrollada en medio de oscuras y á veces ignominiosas tinieblas, producto de un sistema de creencias que apellidaremos negativas, no llenará jamás su misión. Misión altamente provechosa, altamente fecunda y civilizadora que, como es de presumir, no es otra que la de elevar y purificar los pensamientos del hombre, enaltecer y santificar sus ideas, dar á sus sentimientos mayor fuerza y desarrollo, ensanchar por decirlo así sus facultades propiamente estéticas y hacer que por la contemplación, por el estudio y cultivo de la belleza ame lo bello, lo grande, lo sublime, se apasione de cuanto noble y elevado, ora en el mundo real, ora en el mundo ideal se manifiesta á sus ojos, lo contemple con afán y cariño, lo cultive y estudie incesantemente y forme en torno á su alma tan preciosas atmósferas de belleza, que todas sus manifestaciones nos revelen la fecunda presión que sobre ella ejerce tan saludable y simpática atmósfera.

Esta es, caro amigo, esta es y no otra la misión de la belleza.

Este es el noble, bello, y tambien fecundo resultado del sentimiento religioso, considerado como elemento de arte en la literatura de los pueblos.

ANTONIO DE AQUINO.

LO QUE SE VE DESDE UNA TORRE CRISTIANA.

Gracias á ese átomo de civilización que desde la alcantarilla de Atocha nos lleva en nueve horas á Albacete, en menos de vinticuatro se presenta á los fastidiados ojos del vecino de Madrid la pintoresca Murcia, reclinada desdeñosamente en el fondo de su huerta como una odalisca reclinada en los tapices de Persia del serrallo. La transición no puede ser mas agradable, mas dulce al madrileño. De campos áridos, de flores artificiales, de aguas fétidas, de raquíticos horizontes pasa en menos de un día á ver verdaderos campos con verdadera frondosidad, verdaderas flores que turban el sentido con sus penetrantes aromas, bulliciosas y cristalinas corrientes por todas partes, ora entregadas á sí mismas con toda la rotunda poesía de la naturaleza, ora, lo que es mas frecuente, dirigidas por la mano del hombre en cauces, acequias y cañerías; y en fin, horizontes que ensanchan el alma, unidos al cielo por la copa de las gallardas palmeras.

Ciudad ignorada, ó por mejor decir desdeñada: Murcia es un nuevo goce inesperado que trae el ferro-carril á las puertas de Madrid; porque pocas personas recuerdan que era uno de los centros, mas activos de la gente morisca, y ya estamos acostumbrados á no ver maravillas de sus artes, sino en Córdoba, Sevilla y Granada; Murcia, es verdad, no la encierra de mucho ni de poco precio. El cuerno de Amaltea no vertía aquí para los árabes sino frutas y flores, y á las provincias agricultoras dieron como entendidas la preferencia; pero le queda á Murcia todavía ese indefinible tinte árabe que ningún pincel reproduce; esa poesía en el cielo, esa voluptuosidad en el ambiente, esa melancólica alegría en las casas y en las calles; y le quedan sobre todo á Murcia sus huertanos y su huerta donde se pasea todavía la sombra de D. Jaime el Conquistador; donde se oyen todavía los lastimosos gritos de los pobres jardineros, que acaso por ganar un sombrero colorado arrancó el duque de Lerma de su jardín y de sus flores.

Estas emociones á las puertas mismas de Madrid sorprenden y deleitan mas, como hemos dicho, porque cojen mas de nuevas. El que vá á Andalucía sabe que vá á la Meca meridional; antes de perderse entre las columnas de la mezquita de Córdoba, ha visto ya relucir la vencedora cimitarra de Almanzor; antes de distinguir en el horizonte como una saeta, disparada al cielo el gallardo Giraldisillo, ha leído los versículos del Alcorán estampados en el friso del Alcázar de Sevilla; y antes en fin de ver las manchas de sangre de la marmórea pila, ha contado ya las cabezas de abencerrages que cayeron en el patio de los leones de la Alhambra.

En Andalucía no sorprende nada; vá el viajero preparado á las maravillas, mientras en el jardín que baña el Segura no esperamos ciertamente hallar tan vivo el espíritu de los hombres que lo sembraron. Como que las flores al otoño se convierten en hojas secas que se lleva el aire; y los palacios y los templos, y las cortes de los califas resisten al furor de los siglos; pero estas flores moriscas deben de ser eternas, no hay duda alguna.

Cuando al anochecer de una tarde de junio sube el viajero á la torre de la catedral de Murcia, émdia digna de la Giralda, y estudia el inmenso panorama que ante sus ojos se desarrolla, no son recuerdos poéticos los que se agolpan á su mente, no, es una ilusión de tal naturaleza que suprime los siglos y las conquistas, los reyes, los pueblos y las religiones, para creer presente lo que es triste pasado. Si entonces se fija el viajero por acaso en las cruces benditas que coronan las bóvedas laterales del templo, restriégase los ojos y cree que verdaderamente sueña, porque esperaba hallar la media luna.

El horizonte arde: ráfagas de color de naranja, sudario del sol que acaba de morir, revelan al viajero que es el cielo de Africa el que le cobija. El ambiente viene impregnado en aromas salvajes ó dulcísimos; ora trae los murmullos acres del mar, ora los cantos de los jilgueros de la huerta, ora el olor de sus flores y de su bosque, ora en fin el tibio susurro de las aguas que como animadas de un espíritu inteligente se dirigen á regar lo que quiere el hombre que rieguen. El Segura, mártir de la belleza campestre, sangrado por mil partes, explotado en todas, en ninguna libre, parece un esclavo que cubre con flores sus cadenas, y resume todos los susurros de las acequias y las cañerías en un suspiro profundísimo que llena el ambiente de melancólica dulzura.

A los pies del viajero está la ciudad tendida mansamente como parda de palomas, que rendidas del calor se posarán bajo los árboles. El muelle y voluptuoso silencio de las ciudades moriscas no ha huido de Murcia todavía, que eran estas poblaciones á las castellanas por lo tocante al ruido lo que el amor mudo de los besos y las caricias al amor estrepitoso de las serenatas y de las trovas. La línea que separa al meridional del africano es en esto muy perceptible.

Fáltante á Murcia monumentos árabes, ya lo hemos dicho, pero tiene en cambio, mirada á vista de pájaro, la fisonomía mas oriental

que pueda imaginarse. Parece que la emboza una capa negra, y es el piso de sus terrados que lo hacen con una tierra oscura. Esta igualdad, que en la perspectiva pudiera ser monótona, la altera pintorescamente la pared blanca que separa unos terrados de otros. Dicho sea entre paréntesis y sin tanto así de malicia: en ninguna parte se puede cantar con mas razón que en Murcia aquella copla:

Es el amor terreno
tan poco firme,
que parece una cuerda
de volatines;
y en sus enredos
parecen los amantes
volatineros.

Gracias á los terrados, en Murcia todos los amantes parecen volatineros. A cada paso desde la indiscreta torre de la catedral se ven cuando empieza la ciudad á envolverse en sombras, misteriosos bultos de figura humana, que saltando las paredes divisorias de los terrados recorren quizás una calle entera hasta reunirse con algun otro bulto femenino, en cuya compañía se apartan luego á un rincón donde los tenga Dios de su mano, que aquí la sangre hierve.

A estos terrados es costumbre que salgan á pasear las murcianitas á la caída de la tarde, con que ya se comprende la poética perspectiva que presentarán las casas á vista de pájaro. Pónganse en esos terrados toldos de colores, siéntese esa aérea tertulia en muelles almohadones, agréguese un fumador de larga pipa, y como el atavío de las personas no lo alcanzan á distinguir los ojos, cata á Murcia la cristiana convertida en una población turca. ¿Quién creerá que en una catedral pueda pensarse tanto en Mahoma?

Y á dicha tendrá por cierto el viajero que sea un tanto fantástico no distinguir los trajes femeninos, que ellos marchitarían su ilusión instantáneamente. Intolerable y horroroso anacronismo hacen en los terrados los insulsos vestidos que cubren los pies, los prosaicos pañuelos de *varege*, y los tocados mezquinos de tul, que con insufrible monotonía gastan hoy todas las damas europeas; mas tambien para este disgusto encuentra el viajero compensación en la catedral de Murcia; pues un anteojo de larga vista le permitirá escudriñar los mas recónditos sitios de la huerta, y reconocer á su sabor aquellas verdades que serpentean entre los árboles como culebras de nieve, aquellos caminos entoldados de verdura que parecen conducir al paraíso, y aquellas *delanteras* de las casas de campo donde bailan el domingo zagalas y mancebos y trabajan entre semana todos los individuos de la familia.

En estos rostros y en estos trajes si que el viajero hallará ocasión para creerse en la mismísima Morería como dice el vulgo. Los saragüelles blancos, que moriscos y moriscas usaban la anchura faja de colores vivos, que está pidiendo á voces una cimitarra, la camisola de eclair de jubón, la manta abigarrada y con alhamares, que según las varias posturas y ocasiones era en nuestros moriscos equivalente á capa, ó tabardo, y en los viejos y graves á lobo... ¿qué mas? hasta la famosa *monteriquia* es indudablemente una degeneración de la *chia* hebrea que usaban nuestras razas proscritas, ó de la caperuza que traían en los últimos tiempos las gentes castellanas, confundidas ya con sus enemigos. ¿Y el turbante, se dirá, el turbante que es prenda típica, característica del traje moruno? El turbante está compendiado tambien en la *monteriquia*. Los especialísimos sastres de la huerta han hallado el modo de hacer mas monteras al revés de las de Sancho Panza, pues con poco paño abultan mucho, ahuecando la cabeza grandemente, y aun deben de ser mas anchas, pues con frecuencia llevan los huertanos debajo un pañuelo ceñido, y entonces la ilusión es completa, ganas dan de llamarlos Aben-zaidé, ó Rusafa, ó Abdul.

Camino del castillo de Monteagudo, que son unas ruinas inaccesibles que trascienden á árabes desde legua, aunque el nombre se lo dieron los cristianos, espanté yo cierto disanto con una pareja huertana que sin duda platicaba amores debajo de un limonero. De mediana estatura el galán, nervioso y retorcido de miembros, bronceado de rostro, pobre de barba, ardiente en el mirar, bullicioso en el sonreír, pinturero en la postura, amorosamente desmayado en los ademanes, relucía de puro limpio con su traje de fiesta. Blancos como el armijo sus saragüelles y su camisa, hacían resaltar de un modo admirable sus nervudas piernas y sus contorneados brazos. En su faja y en su manta, recién salidas de la calle de la Trapería, brillaban todos los colores del arco iris, y como la primera se acababa de estrenar, tersa y poco maleable, envolvía su cintura con verdadera profusión, desde mas abajo de las caderas hasta la tetilla. Soplaban además el levante húmedo de la huerta y llevaba para abrigarse estendida sobre los hombros la manta á modo de casulla. ¿Quién lo creería cristiano?

Ella, la huertana, aparte cierta palidez enfermiza muy comun en el país, pudiera pasar por tipo de la degenerada raza mora. No muy

alta, rehecha, de contornos redondos, abultada de pechos, cimbradora de talle, fornida de piernas y brazos, con unos ojos negros como endrinas y unas caídas de pestañas amorosas, con unos labios un tanto livianos remangados, de color quebrada, y un cuello ni largo ni corto, pero admirablemente compuesto, cubría su cabeza con un pañolón blanco, que solo se diferencia de las sábanas que usaron las moriscas en los flecos que casi arrastran. Mirada por detrás la huertana, nadie diría que aquello era un pañuelo. Completaba su atavío un vestido á media pierna que la dejaba ver desnuda, unos alpargates que son sandalias al pié de la letra, con galgas y grandes lazos hasta mas arriba del tobillo, y unas arracadas ó pendientes en verdad disformes, pues hasta los hombros le caían. Este uso es general.

Los que hayan leído cierto artículo que consagramos dias pasados á la poética historia de los *velos* y *las mantillas*, hallarán aquí un nuevo documento que apoya nuestras opiniones. El manto fué el primer grado de la degeneración de la clámide; al manto español correspondía exactamente la sábana morisca; el primero, pasando por el rebocillo, ha descendido hasta las mantillas modernas; la segunda, menos degenerada, es hoy exactamente el pañuelo-sábana de las mujeres de la huerta. Prueba por cierto esta argumentación una cosa que nos favorece muy poco, y es que la raza morisca ha degenerado menos que la castellana.

Por las veredas de la huerta bajan los domingos á Murcia un verdadero aluvión de huertanas y huertanos así vestidos, que invaden la ciudad como conquistadores. Entre semana, de lo que menos se acuerdan es de reunirse con sus semejantes. ¿Cómo será de numerosa esta población medio salvaje y medio humana que en todo el reino se le llama la Rusia, si bien se la debía de llamar la morisma?

El género de vida que traen á orilla de sus acequias, medio hombres, medio anfibios, recibiendo por adarmes los rayos de un sol ardiente á través de un toldo de verdura impenetrable, las mas veces los hace ocasionados á crueles enfermedades, y les pone como es sabido, cuando soplan ciertos vientos, un humor de todos los diablos que da mucho que hacer á los jueces de primera instancia. Matan ó asesinan por un quitame allá esas pajas, y raro es el baile de la huerta en que no intervienen unos cayados muy gruesos de madera amarilla que todos gastan. Cuando esto sucede, á imitación de sus hermanos andaluces, empiezan por deshacerse de la guitarra, como si acabada la música debiera empezar el llanto.

—¡Quita las manos! gritan al tocador, blandiendo el cayado.

El tocador recoge pausadamente las manos en los bolsillos, y la guitarra queda sobre sus piernas á merced del cayado, que no tarda en darle un beso mayúsculo que la hace callar para siempre.

Y empieza el vapuleo. Cada trancazo deshace una cabeza.

Aquí no hay por fortuna trabucos en tanta abundancia como en las huertas de la inmediata provincia de Alicante. Solo Elche y Orihuela poseen mas trabucos que los barrios madrileños de Lavapiés y Maravillas.

Con la pintoresca ermita de la Fuen-Santa se completa el cuadro de lo que se vé desde la torre de la catedral. No hay que buscar en Murcia otros espectáculos de primer orden, excepto en la misma catedral una capilla que merecía artículos aparte. Bajando luego á la población, lo que se encuentra de mas bello es un paseo titulado de Florida-blanca por la estatua del ilustre murciano que entre sus flores y sus frutales descuella. El del Malecón, que corre á la orilla del Segura mirando á poniente, es segun lo indica su nombre una simple muralla destinada á impedir que invada el rio la huerta; mas como el paseo la invade á su vez tiene magníficos puntos de vista. A la caída de la tarde en particular, cuando los pájaros despiden al sol, cuando el Segura suspende sus quejidos, y las ranas y los insectos de la noche destemplan armoniosamente la música de la naturaleza, se ven desde el Malecón dibujadas en el púrpuro cielo las gigantes palmeras de las cercanías, símbolos de la inteligencia humana que desdeña la tierra en la que solo vive su cuerpo miserable. Esta es la única hora en que deja su nido alguna lánguida murciana. El resto del dia como no sea de misa, no se vé por las calles una sola mujer. Los cafés de Murcia nada tienen de particular, y mucho de malo; pero en cambio el casino es una verdadera perla. Excepto el de Cadiz, no he visto ninguno que se le aventaje en elegancia y riqueza. Aunque algunas posadas se pavonean con el título de fondas, solo se vive confortablemente en la fonda francesa, establecida en la casa que fué Cárcel de la Inquisición. El comercio, reducido á la exportación del esparto y de las frutas, es antes pobre, que otra cosa. Indolentes, como todos los españoles, estos murcianos no han estudiado siquiera el medio de que sus esquisitas frutas duren lo suficiente, ora sea estrayéndolas al aire, ora sometiéndolas á otro procedimiento, para exportarlas al extranjero por el vecino puerto de Cartagena. ¡Ignoran quizás que los industriosos ingleses surten á todas las Américas de frutas españolas, que parecen recién cogidas del árbol?

V. BARRANTES.

ANTIGUALLAS RANCIAS

MANDADAS A RECOGER Y QUE SACA Á LUZ

Fernán Caballero.

Si existe alguien que haya leído todo lo que hemos escrito, lo que no es probable, pero tampoco es imposible, habrá notado que es nuestro anhelo, nuestro afán y nuestra especialidad el buscar orígenes y causas á las cosas, sacar consecuencias y conjeturas, y escudriñar el *porqué* de aquellas mismas. En este ramo *tememos* mucho el llegar á ser una *notabilidad*.

Este nuestro sistema es el que se practica hoy dia para escribir la historia; nosotros claro es que no nos metemos en cosas tan graves ni en tales honduras, y que con el indicado moderno sistema solo tratamos de asuntos de *academias abajo*, sacando nuestras noticias de tradiciones, romances, consejas y creencias populares. Todo el mundo ha manoseado estos datos que nos es tan grato poner en relieve sin



(Napoleon, primer cónsul.)

darles valor cual lo hacían los Indios con el oro antes que los conquistadores lo valorasen, como lo harán las futuras generaciones cuando lloren estas cosas perdidas. Nosotros tenemos el placer de haber explotado con fruto estas ricas minas; así es que hemos averiguado que el álamo blanco fué el primer árbol que hizo el Creador, que por consiguiente es el mas viejo, y que por eso está cano el Adán vegetal; igualmente hemos sabido que la serpiente andaba derecha, erguida y orgullosa con su triunfo en el paraíso, pero que habiendo la Sacra Familia en su huida á Egipto encontrado á una entre unas breñas, le quiso morder al niño Dios, y que San José indignado la dijo para pararla: «cae, soberbia, y no te vuelvas á levantar» y que desde entonces se rastrea. Sabemos tambien que los sapos y culebras existen con solo el fin de absorber en sí los venenos de la tierra (1); en fin, muchas otras cosas que hemos trascrito ya, y otras que transcribiremos, pues todo se andará si la saga no se rompe.

Pero entre estas cosas hay una que vamos á consignar ahora de miedo de morirnos del cólera, y que baje al sepulcro con nosotros, pues ya no existe apenas y con ella desaparecerá su recuerdo.

(1) Una asercion moderna añade que no pudiendo los sapos y culebras borrar á su larva se han inventado los periódicos políticos para aynarlos.

«Cuando la fé llenaba los corazones hasta hacerlos rebosar, eran traídas a miles las ofrendas y los exvotos al templo del Señor; hoy día que somos ilustrados, empléanse de otro modo el oro, las cosas selectas y las artes, pues como dice el poeta (1)

En el siglo diez y nueve
Nadie á tener fé se atreve,
Y no hay quien en milagros crea.

Bien está... nos equivocamos, mal está.

Los primeros huevos de avestruz, que en sus viajes por Africa pudieron haber los españoles, fueron depositados como una maravilla, sea como exvotos, sea como ofrendas en las iglesias, en las que sujetos con lazos de vistosas cintas colgaban ante los altares como adorno de gran valor. Aun se ven en pueblos humildes, ante un modesto altar, algunos de esos enormes huevos que parecen melones de porcelana con sus ajados y descoloridos moños. ¿Quién los trajo? ¿dónde se los halló? ¿quién los colgó en aquel lugar? Al mirarlos asaltan la mente estas preguntas, que lanzan al sentir y á la imaginación en el vasto campo de conjeturas inavergonzables, pero todas dulces, santas y románticas.

El pueblo español, que tiene una imaginación que siente, no pudo ver el objeto material sin adherirle una idea; le hizo un símbolo su ferviente corazón. La idea adaptada para los hermosos huevos de avestruz colgados ante los altares, es la siguiente: que sabiamente catificarán los santones de la *depreocupación*, de fanática ó supersticiosa, adlibitum, y que entregamos á los misioneros protestantes que nos honran, como mortífera arma contra los ignorantes y malvados papistas.

Diz que el ave que pone esos huevos que parecen de mármol no los puede sacar porque no los puede cubrir, ni su calor basta á traspasar la dura concha; pero tiene este pájaro tal fuego en su mirada encendida por el ansia de sacar á sus hijos, que mirando los huevos de continuo y sin distraerse con esa ansia, ese amor y esa consagración penetra el cascarón y saca á sus hijuelos. Así es que penden estos huevos ante los altares en que se celebra el santo sacrificio de la misa para enseñarnos que fijemos el altar con el mismo amor, con la misma ansia y sin que nada nos distraiga. ¡Oh poetas! si quereis mover el corazón, lo que es vuestra misión, aprended algo menos en las aulas y algo mas del pueblo que sencillamente cree y siente!...

*Referiremos ahora algunas etimologías de dichos y refranes que se han hecho sumamente conocidos, sin haber necesitado producir su procedencia. La primera será la del conocido dicho: *allí me las den todas*. Había una vez un tramposo que á todo el mundo debía y no pagaba á nadie. Uno de sus acreedores se fué á quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de que pagase al punto. El alguacil era muy grave, y por respuesta á la intimación recibió una bofetada. Volvióse al juzgado y le dijo al juez: Señor, cuando voy á notificar algo de parte de V. S. ¿á quién represento? A mí, contestó el juez. —Pues señor, prosiguió el alguacil señalando su carrillo, á esta cara de V. S. han dado una bofetada. Ahí me las den todas, repuso el juez.

Esta es la del otro dicho: *quien no te conozca te compre*.

Tres estudiantes pobres llegaron á un pueblo en el que había feria. ¿Cómo haríamos para divertirnos? dijo el uno al pasar por una puerta en la que estaba un borrico sacando agua de la noria. —Ya di con el medio, contestó otro de los tres; ponedme á la noria y llevaos el borrico, que vendereis en seguida en el Rastro. Como fué dicho fué hecho. Después que se hubieron alejado sus compañeros con el borrico se paró el que había quedado en su lugar... ¡Arrel gritó el hortelano que trabajaba á alguna distancia. El borrico improvisado no se movió ni sonó la esquila. El hortelano subió á la noria, y cuál sería su sorpresa al hallarse su borrico convertido en estudiante. ¿Qué es esto? exclamó: mi amo, dijo el estudiante, unas pícaras brujas me convirtieron en borrico, pero ya cumplo el tiempo de mi encantamiento y he vuelto á mi primitivo ser. El pobre hortelano se desesperó, pero que había de hacer? le quitó los arcos y le dijo que se fuese con Dios. En seguida tomó tristemente el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos que lo habían adquirido, fué su propio borrico, apenas lo vió, cuando echó á correr exclamando: *quien no te conozca, te compre*.

Otro dicho es, *yo te conocí ciruelo*.

En un pueblo quisieron tener una efígie de San Pedro y para el efecto le compraron á un hortelano un ciruelo. Cuando estuvo concluida la efígie y puesta en su lugar, fué el hortelano á verla, y notando lo pintado y dorado de su ropaje le dijo:

glorioso San Pedro
yo te conocí ciruelo,

y de tu fruta comí
los milagros que tú hagas
que me los cuelguen á mí.

El que tiene capa, escapa, proviene de cuando se hundió el puente nuevo en el Puerto de Santa María por la gran cantidad de gente que se aglomeró sobre él. El capitán general O'Rely, había prohibido para evitar desórdenes y robos, que se dejase pasar á los que llevasen capa, por lo cual ninguno con capa cayó al río.

Es muy usual el ponderar la pobreza de un individuo, diciendo que está á la *cuarta pregunta*. Deriva esta aserción de que en los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza, se acostumbra comprender este extremo en la *cuarta pregunta*, en los términos siguientes:

Cuarta: ¿si sabe el testigo y le consta que la parte que lo representa es pobre sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera, que cifra su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo?

ULRICO DE ANDUZ.

(Conclusion.)

- En mi mano.
- No habrá necesidad de cargar mas que una, no es verdad?
- Como queráis.
- Cargadla, pues.
- Es cosa que no entiendo. Vos sois militar y os corresponde de derecho.

—Dádmela.

Cargó el jovencillo una pistola, cojió la otra y en seguida metió las dos en un saco que alargó á Ulrico, diciéndole: Elegid. Metió este bruscamente la mano, y sacó una pistola.

—A dos pasos, dijo el joven; montad, que yo cuento los golpes al tercero, fuego!... Uno... dos... Aguardad... se me ocurre una idea. Una cosa no hemos previsto, y es que ni uno ni otro queremos pasar por asesinos, no es verdad? Escribiremos, pues, con lapiz en un papel nuestra reciproca conformidad á este deslío.

—Todo lo que queráis, dijo Ulrico. Escribid, que yo firmo.

Pero era el caso que ninguno de los adversarios tenía papel ni lapiz.

—Lo dejaremos para mañana, dijo Ulrico.

—No, respondió con viveza el hermano de Margarita; no, aun hoy es demasiado tarde. Mañana he de estar vivo en Tolón ó esta noche he de quedar muerto en el puente de Gard! Y al decir esto echó una mirada sobre el doble abismo que caía perpendicularmente debajo de sus pies.

—Todo puede arreglarse, dijo repentinamente, vos tenéis vuestra pistola, yo tengo la mía; guardemos nuestra suerte: estended vuestro brazo, como yo, sobre el precipicio, y tiremos del gatillo. El que tenga descargada su pistola se precipitará en el abismo, y de este modo creará que ha sido un suicidio. No es verdad?

Convenidos, dijo Ulrico; esto me acomoda tanto mas cuanto que acabo de dejar á un amigo, persuadido de que iba á suicidarme. Cuando gustéis, señor.

Los dos adversarios apoyaron sus armas sobre el tronco de una higuera salvaje que salía de la cornisa del acueducto. Al dar la señal, no se oyó mas que un tiro: la pistola de Ulrico había hecho fuego. Arrojó el mancebo la suya y se lanzó al abismo.

—Cogióle Ulrico en el aire; pero con el esfuerzo, perdió tierra y quedó suspendido sobre el horrible precipicio; pugnaba el jovencillo por desasirse de la vigorosa mano que lo sujetaba en la vacilante cornisa. Ulrico, para dar un punto de apoyo á su fuerza, abrazaba estrechamente una rama de higuera, á cada sacudimiento crugía el árbol con espantoso ruido, y caían al río trozos enormes de cornisa. Hizo por fin el atleta montañés un esfuerzo supremo; soltó el árbol en el momento mismo en que el vestido del mancebo se desgarraba ya entre sus uñas convulsivas; cogióle con ambas manos y se enderezó otra vez con su carga semejante á un Alcides en los circos olímpicos. Un espantoso trueno resonó en el acueducto, que parecía un aplauso de anfiteatro en aquella sublime escena.

—Dejadme morir, exclamó el joven, pugnando rabioso por desprenderse; ¡no me deshonreis dos veces!

—Venid, venid, exclamaba Ulrico, quiero devolver su hijo á vuestro padre.

—No, no, es inútil... yo volveré mañana solo, y me mataré en este mismo sitio.

—¡Pues bien! Me casaré con vuestra hermana.

Estenuado Ulrico por tan violentos esfuerzos, y sobre todo por el

que le costó pronunciar esta última palabra, había dejado en libertad al hermano de Margarita; alargóle una mano que este apretó cordialmente.

B-jaron silenciosos por la estrecha vereda y montaron á caballo delante de la gruta de los Gitanos.

—Al castillo de Remouens, dijo Ulrico.

—Sí; nunca es demasiado tarde para hacer una buena acción.

—Vuestra hermana estará seguramente muy afligida.

—¡Oh! Mi hermana está moribunda desde la noche del baile.

—¡Ah! Si supiérais cuanto sufrí antes de decidirme á dar aquel escándalo! ¡La muerte me hubiera sido mas agradable!

—Ya lo creo, señor.

—¡Ah! Tal vez yo no conocía bien á Margarita... La creía ligera, fría insensible, evaporada; y yo, yo tengo tanta necesidad de un alma de fuego que correspondiera á la mía!

—Sí; habíais juzgado mal de mi hermana... Si creyera que no os había de hacer feliz, yo sería el primero que se opusiera á este matrimonio; porque sois muy digno de ser feliz; Ulrico, aunque niño, me parece que he comprendido el temple de vuestra alma.

—¿No teméis que mi presencia ocasione en vuestra hermana algun movimiento de alegría peligroso en su estado de debilidad?

—Sin duda alguna... será mejor prepararla.

—¿Sabe algo de nuestro desafío?

—No; es cosa que no he comunicado á nadie. Me suponen en el teatro de Nimes.

—Bien hecho... Qué deliciosa noche! cómo calma nuestra agitación el respirar la frescura de este bosque, no es verdad?

—Yo me siento renovado en mi existencia, me parece que voy mas ligero sobre mi caballo y que acabo de salir de una enojosa pesadilla. Dadme la mano, Ulrico, mi libertador, mi hermano...

—Gracias, gracias por vuestro cariño ¡Oh, cómo me late el corazón!... Ya estamos en el puente colgante de Remouens.

—Este no es tan peligroso como el de Gard.

—Me parece que veo luces en el castillo... oídme... pasaremos el puente, y entraremos en la alameda á pié para arreglar nuestros vestidos que están horrorosamente destruidos.

Desmontáronse despues de pasar el puente, y entraron en una quinta donde repararon como mejor pudieron el desorden de sus trajes. No se había engañado Ulrico, pues se divisaban muchas luces en la casa de campo. Los dos jóvenes se acercaban con una especie de timidez.

—¿Si me engañarían mis oídos? dijo Ulrico riéndose; me parece que oigo el piano.

—Cómo! el piano á esta hora! es imposible... mi hermana no ha tocado el piano desde... á no ser que toque la *Loca* de Grisar... ó alguna otra pieza análoga á su situación... como el andante de la sinfonía en *do menor* de Beethoven...

—Voto va! dijo Ulrico, tengo yo algun duende en los oídos? Me parece que oigo una contradanza, la escocesa...

—Qué! imposible... *tara-lara-lara... tra-la-ra...* es el andante que os he dicho... la *Loca* de Grisar.

—Es increíble, mis oídos mienten...

—Ciertamente.

—Pero si están bailando... os digo que están bailando.

Enmudeció el mancebo; Ulrico atravesó el cenador y se puso á mirar por las persianas del salón.

Hizo en seguida una seña al hermano de Margarita que se acercó con la cabeza baja.

El conserje municipal tocaba un rigodon en el piano. Una carejada resonó por toda la sala. Reconoció Ulrico á la que tan destemplanadamente reía. Margarita brillando con la luz de una inalterable alegría, con un vestido blanco de batista, los cabellos trenzados con dos medallones de cristal bailaba el solo de la *Pastorella*, mientras su padre ofrecía refrescos á la tertulia.

Inclinóse Ulrico al oído del mancebo, y le dijo: ¿Queréis volver al puente de Gard?

—Ya os entiendo, respondió el hermano de Margarita, con los ojos arrasados en lágrimas; y dándole un abrazo, exclamó entre sollozos: ¡Adios! ¡Nunca nos volveremos á ver!

Ulrico corrió á la quinta, volvió á montar á caballo, y en tres botas se puso en la posada de Latoux, donde le estaban ya esperando su silla de posta, dos hombres, su criado y Durand.

—Tú aquí, Durand!

—Una hora hace.

—Y bien! ya ves que estoy bueno, que no me ha sucedido nada... y que me hallo perfectamente tranquilo.

—Oh! qué placer me causa el verte! Deja que te apriete la mano... ya me explicarás este misterio... ahó a vamos á Nimes: deja ahí tu silla de posta...

—Estoy indeciso.

—¡Oh! tú no te marchas esta noche.

—No sé qué hacer...

—Yo hubiera venido hace dos horas; pero tú has trastornado mi casa: mi mujer ha estado desmayada; es tan extraordinariamente sensible... hubo que socorrerla... por fin, qué se yo lo que ha sucedido!

Clavó Ulrico los ojos en su amigo, y parecía agitado de una convulsión nerviosa. Por fin, exclamó con voz muy alterada...

—Está resuelto: adios!

—A dónde vés?

—Dame un abrazo.

Lanzóse en la calesa y tendió los brazos á Durand que se había quedado inmóvil.

—Voy á la Thebaida de 1836... Postillon á escape, camino de Leon por Remouens.

La manzana de la discordia. En las bodas de Tetis y Peleo lanzó la Discordia sobre la mesa del festin una manzana con esta inscripción: *á la mas bella*. Como es de suponer, se armó una gran disputa sobre quien sería esta.

El pastor París fué elegido por juez en la contienda, y dió la manzana á Venus.

El cuerno de la abundancia. Saturno, el tiempo, se comía á sus hijos. Su mujer Vesta, la tierra, cuando parió á Júpiter, lo escondió y dió para que lo criase á Amalteia que cuidó de él, y lo nutrió con la leche de una cabra. Para recompensar á Amalteia y á las ninfas que habían cuidado de su infancia, Júpiter les regaló un cuerno de la cabra que lo crió, al que dió la virtud de producir cuanto se le pedía. Como en aquella época lo que deseaban los hombres eran los bienes que producía la tierra, vemos siempre pintado el cuerno de la abundancia, rebosando frutas, espigas y flores. Si fuese de invención moderna, se le vería producir monedas, cruces, bandas, y nombramientos de diputado.

La cabeza de Medusa. Medusa era hija de Ceta y del dios marino Forcus. Tuvo amores con Neptuno, y se vieron en el templo de Minervas. Esta diosa indignada de semejante sacrilegio metamorfoseó los cabellos de Medusa en serpientes y dió á su cabeza la virtud de cambiar en piedra á todos los que la mirasen. Perseo, conducido por Minerva le cortó la cabeza que Minerva puso en su escudo. De la sangre de Medusa nació el caballo Pegaso, el que con una patada que dió en tierra hizo brotar la fuente Hipocrene, que es el manantial mas inagotable de cuantos se conocen.

Lúculus, cena en casa de Lúculus. Era este un romano riquísimo y muy suntuoso y sobre todo amigo de vivir bien. Todas las noches daba espléndidos banquetes, y en una ocasión en que cenaba solo habiendo notado que había menos platos, preguntó al mayordomo la causa, á lo que este contestó que era por estar solo el señor. ¿No sabes pues, repuso su amo, que Lúculus cena en casa de Lúculus? con cuya espresion se señala el aprecio propio y la importancia que se dan ciertas gentes fantasmales y presuntuosas.

El jardín de las Hespérides. Las Hespérides eran tres hijas de Hesperus, hermano de Atlas que tornado en estrella se llama Fosforus cuando antecede á la salida del sol, y Hesperus cuando sucede á la puesta del sol. Poseían sus hijas un magnífico jardín que producía manzanas de oro, y era guardado por un dragon que mató el nunca bien ponderado Hércules.

El cinturón de Venus. Inspiraba este adorno de la diosa de la hermosura tan irresistible amor, que la diosa Juno se lo pidió prestado para agradar á su inconstante marido Júpiter.

El hilo de Ariadne. Minos III rey de Creta labró un laberinto para encerrar á un monstruo que era medio toro, medio hombre, que se mantenía de carne humana y al que todos los años se le echaban siete jóvenes que devoraba, no pudiendo ellas huir ni hallar la salida del laberinto. Tocó un año á Teseo el ser víctima del minotauro, y siendo amado de Ariadne hija de Minos, esta le dió un ovillo de hilo para que atase un cabo á la entrada del laberinto, y así pudiese volver á hallarla guiado por el hilo, y pudiese salir, lo que logró despues de haber matado al monstruo.

El sombrero de Merlin. Merlin era un inglés que en el quinto siglo hizo mucho ruido y fué reputado por un gran mágico. Decíase que había traspuesto de Irlanda á Inglaterra las grandes rocas que se levantan en Salisburg. Hizo muchas profecías: nada de extraño es que se le atribuya á su sombrero la virtud de hacerlo invisible.



LA VERBENA DE SAN ANTONIO.

A D. ANTONIO DE GONGORA.

El Manzanares.

Manzanares, que disfrutas
la fama de silencioso
¿cómo sufres en tu casa
tanta bulla y alboroto?
—No hay en la mía algazara
ni yo me altero tampoco:
es en casa de un vecino
que llama la corte, Antonio.
Reniego yo de esos hombres
tan amigos de jolgorio...
—Déjale en paz, no murmures,
porque yo murmuro poco.
—¿Y tú no vas á mezclarte
entre esa turba de locos?
—Se gastan muchos caudales
Y yo no soy caudaloso.
No me vuelvas con preguntas
que me voy quedando ronco
y se me seca el gáznate
si otra palabra respondo.

II.

La Verbena.

¿Dónde va usted niña hermosa,
con ese paso de reina?
—Voy á gozar esta noche
del fresco de la verbena.
Ya con sus toques nos llaman
las campanas de la iglesia,
quiere ver á San Antonio
que es patron de las doncellas.
—Pues aseguro que el santo
no tendrá gran clientela.
—De mozas y de galanes
poblada está la ribera.
—Aun están, niña preciosa,
mas pobladas vuestras cejas.
—Guitarras traen los unos
y las otras castañuelas.
—Las unas traen ojos negros
los otros patillas negras.
Bien resuenan las guitarras,
mozos templados las templan.
Bien las castañuelas tocan,
tales niñas las manejan.
Ya forman círculo todos
ya la danza se comienza,
ya con su voz argentina
coplas canta una morena.
—Todo es placer y bullicio,
todo confusion y gresca.
Uno pregon a este lado
de Fuenlabrada las buenas,
otro en aquel nos ofrece
aguardiente y aniseta.
Aquí San Antonios venden
acá rosas y azucenas,
allí veraniegos jarros
allá licor en botellas.
Muchachas de quince albriles
transitan por la arboleda;
almibarados mancebos
corren ardientes tras ellas.
—Casadas van con solteros
y maridos con solteras:
todos frenético gozo
en su semblante revelan.
Aquí se vé el mundo nuevo
allá se ven muchas viejas...
—Tanta apretura fatiga
tanto desórden marea.
—¿Queréis, hermosa, marcharos?
—Marchemos en hora buena.
—En aquel bosque sombrío

estareis menos estrecha.
—Vayamos, pronto, vayamos
¡Jesús y qué polvareda!

III.

Despues de la verbena.

San Antonio, que descubres
cuanto se suele perder
entre aquellas apreturas
un pañuelo se me fué.
—Yo he perdido mi dinero
por convidar á Isabel
y despues que se ha atracado
me muestra ceño y desden.
—Yo he perdido mis zapatos
por bailar con tanta fé;
hermana de las Descalzas
desde mañana he de ser.
—San Antonio, que descubres
cuanto se suele perder,
una flor que al venir traje
yo no sé donde la eché.
—Yo por subir al *tio vivo*
he perdido á mi mujer
pero siempre que se pierde
se la encuentra don Miguel.
—Yo he perdido .. la cabeza
en una riña cruel,
pero vendré á tu verbena
mientras conserve los piés.

V. MARTINEZ MULLER.

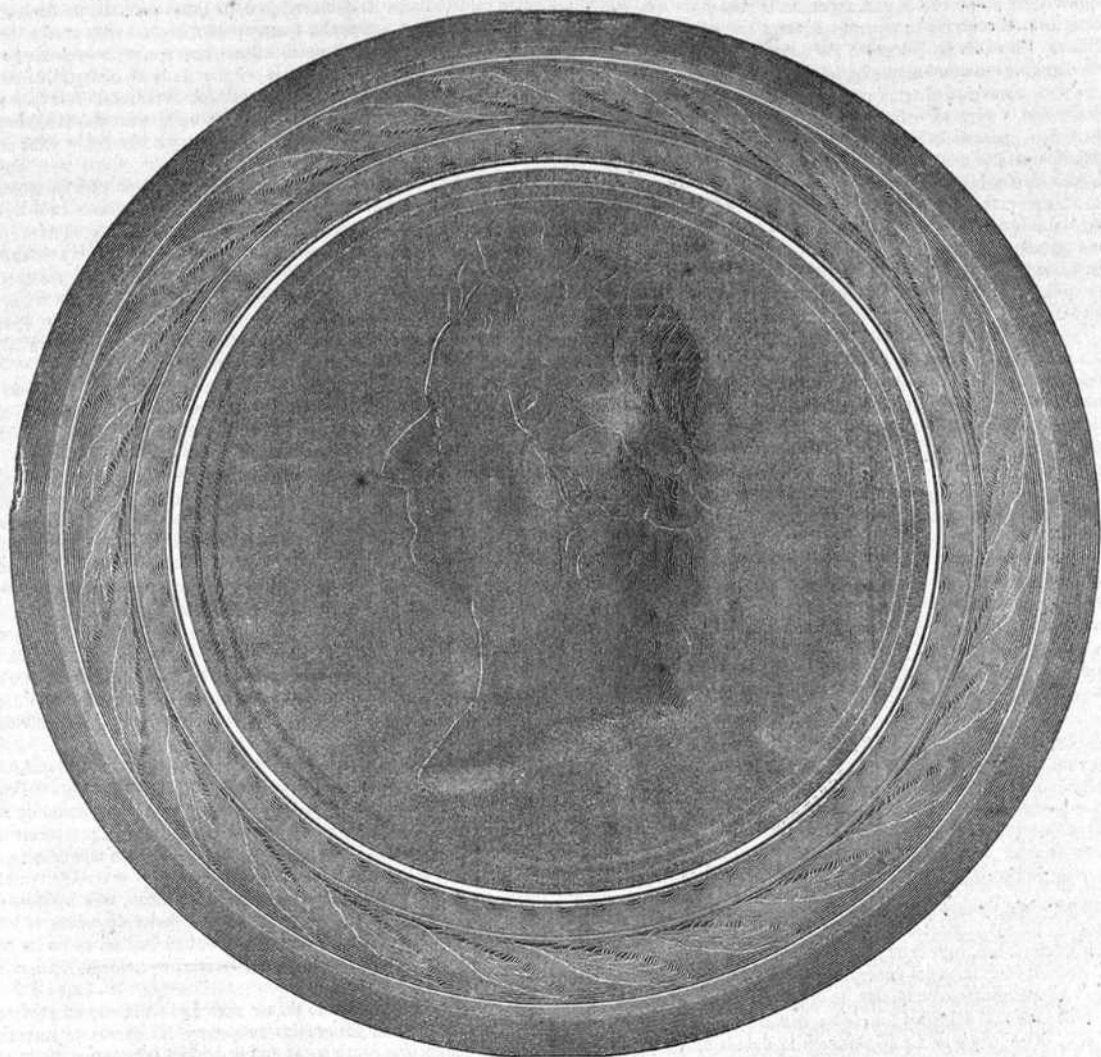
13 de junio de 1855.



(Ídolo chino.)

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



FEDERICO SCHILLER.

La Sonata.—El concierto.—Fantasías y caprichos.

Contemplando la *sonata* núm. 37 de Beethoven que pocas noches antes había tocado el excelente pianista Oscar de la Cinna en el salón del Teatro Real, y puesta la mano sobre un hermoso ejemplar de los que escribió Domenico Scarlatti para su augusta discípula la reina Bárbara, esposa de D. Fernando VI, me afligía la desconsoladora idea de que el *gusto* en materia de música, varía por lo menos cada veinte años. Hablo del gusto de la generalidad, pues para los que rinden verdadero culto á Euterpe, lo bello siempre es digno de su admiración, ya se presente bajo esta ó aquella forma.

Pasó el tiempo en que la *sonata* brillaba con todo su esplendor. Nuestros abuelos la rindieron verdadero culto, y puede decirse que el siglo XVIII fué esclavo de la sonata. El célebre Fontenelle quiso en un momento de mal humor protestar contra el ídolo y exclamó: *¿Sonate que me veux tu?*

Esta original exclamación del autor de la *Pluralité des mondes*, tan celebrada entonces como repetida posteriormente, ha sido parodiada por M^r. Fétis. El sábio director del Conservatorio de música de Bruselas ha dicho á su vez: *¿Sonate, on es-tu?*... Efectivamente, la sonata murió á *sotto voce*, sin ceremonial ni oración fúnebre.

¿Qué cosa era la sonata? preguntará quizá algún curioso lector. La sonata, cuyo nombre deriva seguramente del verbo italiano *suonare*, era y es, á pesar de que poquitas ó ninguna son las que se componen actualmente, una sinfonía en miniatura, pieza clásica bajo todos conceptos, algo pedagógica por su severidad y difícilísima en general, particularmente aquellas que están escritas para un solo instrumento.

Las sonatas para piano suelen tener un acompañamiento de violonchelo ó viola; también las hay para piano y violín, y casi todas se dividen en dos ó tres partes: un *alegro*, un *andante* y un *rondó ó presto*. Entre las tan celebradas de Sebastian Bach, se ven algunas de cuatro y hasta cinco partes. Carlos Mannel Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Clementi, Cramer y Humel han dejado magníficas sonatas para piano, y Corelli, Tartini, Locatelli, Viotti, Playel, Kreutzer y Baillot han escrito preciosísimas para violín. Con el mismo título, Francischelo y Duport compusieron obras apreciables para violonchelo, y hasta Krumpholtz ha hecho lo mismo para el arpa.

La sonata, para ser tocada con primor requiere correctísima ejecución, y un estilo particular que no poseen todos los instrumentistas del día, porque esta clase de música no admite ninguno de esos adornos, saltos y carreras con que consiguen deslumbrar muchas de las celebridades contemporáneas. En España, apenas queda ya rastro de la sonata, mientras que en algunas capitales del extranjero todavía puede pasar muy buenos ratos el aficionado á la música clásica, oyéndolas tocar á ciertas especialidades. El difunto Baillot, á quien Francia debe en parte la falange de violinistas de su brillante escuela, sabía traducir maravillosamente los bellos conceptos de Tartini y otros grandes maestros. El mismo Listz, tan incorrecto y extravagante, mientras se propone deslumbrar al vulgo con su ejecución *prestidigitadora*, sabe sin embargo tocar cuando quiere, de una manera admirable las sonatas de Beethoven.

Pero si la sonata ha muerto, ha resucitado en parte con el *concierto* (1) ó *concierto*, como decimos los españoles. Este se compone

(1) Palabra italiana que debe pronunciarse como si dijera *conchertiu*.
15 DE JULIO DE 1855.

como aquella de un *adagio*, un *alegre* y un *rondó* final, y ha llegado á adquirir tales proporciones que así como la sonata es una sinfonía en miniatura, el *concerto* se remonta á veces á la altura de la sinfonía clásica. En el día no hay entre los instrumentistas celebridad artística digna de ese nombre que no haya compuesto su *concerto*; pero esta clase de obras suelen tener poca aceptación entre los aficionados de los salones, y para ser debidamente apreciadas requieren un auditorio *ad hoc*, porque es música demasiado *séria* y las mas veces ininteligible para la generalidad de las gentes. Reservado, pues, el *concerto* para ciertas reuniones especiales, y poco menos que olvidada la sonata, gozan mas popularidad otras composiciones adoptadas por la mayor parte de los aficionados y apadrinadas por los compositores que las han propagado. A las formas severas de la *sonata* y del *concerto* han sucedido las no tan meditadas *fantasías*, *caprichos* y *motivos variados*. ¿Mas, en qué se parecen la mayor parte de las *fantasías* modernas á lo que con el mismo nombre se conocía anteriormente? En nada.

Los grandes compositores como Bach y Mozart prodigaron en sus *fantasías*, pensamientos originales y un profundo saber. Allí se ven modulaciones atrevidas, combinaciones armónicas en las que la maestría del compositor aparece sin pedantismo, pasajes en fin, donde el ingenio brota á placer. La fantasía moderna se reduce á un tema de ópera ó de baile variado y arreglado siguiendo el autor una pauta que, con raras escepciones, varia muy pocas veces. El plan es siempre el mismo; lo que mas interesa en la tal fantasía suele ser el tema que los motiva.

Las *fantasías* de Steibelt para piano han gozado con justa razon de gran reputacion, é inauguraron el camino que tantos compositores han seguido posteriormente. La que escribió sobre motivos de la *flauta encantada* de Mozart, fué muy celebrada á su aparicion. Los que ahora aprenden á tocar el piano, apenas si la conocen, ni aun de nombre.

E. V. DE M.

LA LUNA DE ENERO.

I.

Allá en el invierno de 1836, residia yo en una ciudad de provincia. cuyo nombre no tendria inconveniente en declarar si al lector pudiera interesarle. Un día... martes por cierto, que á su fatal influjo atribuyo en parte mi desdicha, tuve la de haber recibido por el correo de Madrid media docena de dramas del género fulminante, traducidos unos del francés y copiados otros con infulas de originales. A cosa de las cuatro de la tarde me senté á leerlos son ansia devoradora, si lectura puede llamarse el engullir páginas y páginas sin la debida misticacion intelectual.

Tan embelesado estaba con las maldiciones, parricidios, incestos, adulterios y otros juguetillos románticos, que ni aun vi la mano bienhechora que al anochecer dejó un velon en mi bufete; por manera que hasta el momento de dejar un drama concluido para coger otro nuevo, única tregua concedida á la lectura, no supe que á la luz del sol habia sucedido la luz artificial, accidente para mi sorprendente y misterioso. Mi rostro estaba encendido como una hoguera, hecha un ascua mi cabeza; las letras pasaban confusamente delante de mis ojos, cual procesion de fantasmas ó disciplinantes encapuzados... Iba á desfallecer, pero á despecho de mi cansada y turbia vista quise apurar las heces del último drama. Faltábanme ya muy pocos crímenes que saborear: acercábame al postrero, al indispensable suicidio del protagonista. ¡Era justo dejarlo bueno y sano, gordo y...? gordo no, que todos los héroes románticos tienen que ser encanijados y endenques; pero gordo ó flaco ¿era justo dejarle con vida al que habia envenenado á todos, desde la dama al apuntador inclusive? No, acercábase la hora de la expiación; relamíame los labios con las dulces imprecaciones finales; cuando ¡qué horror! el velon relumbró con luz mas viva en que agoté sus fuerzas, y murió, ¡murió tambien dejando impune al asesinado!

Como es de suponer, sin luz mi habitacion quedó sumergida en tinieblas, y es lástima que el lector no la haya observado á su debido tiempo. Era la habitacion de un poeta: bajo una capa de polvo bastante espesa, un anticuario que quisiera hacer excavaciones, habria descubierto infaliblemente algunos muebles y muchos libros y manuscritos ininteligibles.

Allá por lo profundo, en el silencio sepulcral de la noche, percibiase un ruido sordo y monótono: produciolo el diente roedor de los ratones que dominados de mi misma aficion, se cebaban tranquilamente en románticos fragmentos. Es de advertir que estábamos en enero y que

mi gato andaba aquellos días, ó mas bien aquellas noches, hecho un galan calderoniano. El débil reflejo de la luna que daba de lleno en la pared de enfrente, penetraba apenas por los escarchados vidrios de mi ventana. ¡La luna! ¿Qué romántico no consagra algunas horas de silenciosa conversacion á la cándida virgen de la noche? ¿Quién siente el intenso frio de enero, si la diosa de los amantes desgraciados le dirigen sus lánguidas miradas? De pechos en la ventana hallaba consuelo mi agitado espíritu en los tranquilos rayos lunares, y solaz en la frescura mi ardorosa frente.

Descollaba ante mis ojos un negro y gigantesco edificio coronado de magníficas torres y góticas agujas, las cuales suavemente iluminadas por la luna velada de transparentes nubecillas, producian sombras fantásticas y caprichosas: haciale parecer fundado sobre el abismo la obscuridad de la angosta calle que ocultaba todo el primer cuerpo, y completaban tan siniestro cuadro las lechuzas que revolando por los capiteles daban al aire su desapacible y fatidico graznido. Estaba hermosa la catedral con sus fúnebres atavíos, sublime con su negra melancolía.

¡Qué impresion me hizo aquel espectáculo! ¡qué recuerdos me excitó! Yo lo contemplaba absorto, enagenado. Flotaban en mi memoria los héroes novelescos con el séquito correspondiente de puñales y venenos: con ellos sus venganzas, con ellos sus adúlteros amores, los bardos que los contaban y en laud tristemente olvidados sobre la roca.

Engolfado en tan dulces ilusiones, no habia reparado en que la luna, sin dársele un ardite por todas ellas, besaba ya los bordes de su tumba: las torres proyectaban sobre el tejado de la iglesia sombras mas prolongadas, y dos fuertes campanadas poblaron el ámbito, haciendo estremecer el viento con retumbantes vibraciones: enmudeció luego toda la naturaleza; todo quedó en reposo; el tiempo mismo parecia haberse echado á dormir. ¡Así juzgaba yo pobre de mí, que ignoraba que no hay cabezal bastante blando ni narcótico asaz fuerte para las pasiones frenéticas que, enseñoreándose del corazon humano, traban con la razon un combate sin tregua ni reposo! ¡Ay! estaba escrito que aquella noche presenciase yo un acontecimiento para que no olvidára nunca tan recóndita verdad.

En el tejado de la catedral aparecieron dos negros bultos que lenta y cautelosamente se encaminaban á cobijarse bajo la sombra del cimborrio. Confieso mi pecado: no pude reprimir un movimiento de sorpresa y curiosidad, un grito de alegría. Iba sin duda á presenciarse una aventura novelesca: no eran aquellas las ilusiones de mis dramas, los rastros de luz de aquellos cometas fatidicos; era la realidad, la naturaleza pura, la verdad. Sentia el ruido de las tejas, veia agitarse dos negros bultos en incierto giro, y si tal vez echaba de ménos el lente para distinguirlos con claridad, ¿cómo los abandonaba, cómo los perdía de vista un solo instante para buscarlo, cuando ni siquiera me atrevia á respirar?

Las dos personas en tanto ibanse acercando á la cúpula protectora, y confundidas con sus propias sombras y las curvas de las canales, tomaban formas caprichosas que llegaron á infundirme cierto respeto. El sitio, la hora, una dosis suficiente de miedo que debo ingenuamente confesar, dábanles cierto barniz sobre natural y misterioso. De repente me estremeci al sentir en *lontananza* un grito horrible: lanzado por otro tercer personaje que apareció en la escena. No era humano precisamente aquel berrido espantoso; era el eco de la venganza; tenia algo del rugido de la tigre que vaga por el desierto buscando sus perdidos cachorros. Los bultos primeros se escondieron apresuradamente, y en la oscuridad centellaban sus ojos como una luz fósforica, como un fuego fátuo sobre las tumbas de un pueblo entero. Aquella mirada terrible, aquellos ojos ardientes, aquella luz siniestra, luminaron de repente mi memoria, encendieron mi fantasía, y no fué necesario mas para que yo supiese á qué atenerme respecto de los personajes del drama atroz que iba á representarse para un solo espectador en el magnifico teatro de los tejados de la catedral.

II.

Algunos años antes de estos acontecimientos, habia nacido un niño á quien pusieron por nombre Esquilon, por ser hijo del campanero de la catedral que murió satisfecho dejándolo en posesion de su oficio. Su morada era el campanario: si alguna vez salia él nunca de las cercanas galerías y claustros del anchuroso templo. Victor Hugo habra tenido noticia de él sin duda para crear á Quasimodo, ó tal vez yo habia tenido noticia de Quasimodo antes de reparar en Esquilon: no estoy en lo cierto; el lector resolverá la cuestion: ello es que entre los dos se observan grandes puntos de semejanza. Su aspecto era ceñudo, su condicion adusta y desabrida. Pero bajo tan broncas apariencias abrigaba un sentimiento blando y cariñoso que la ternura sabe buscarse, hospedarse en erizos con figura humana. Una gatita linda y relamida era su Esmeralda, el sér privilegiado que lograba deslumbrar su faz sombría, el único partícipe de los gorrones y ven-

cejos que cazaba el diestro campanero, enemigo más terrible que conocieron jamás los chillones pajaritos.

Un día solemne, después del toque de vísperas, desde el baluarte de la torre que caía perpendicular sobre el pórtico del templo, contemplaba Esquilón atentamente los mendigos que piden limosna. Entre ellos había una joven fresca y rolliza que alargaba también su linda mano á los devotos que entraban á la iglesia. Jamás los melancólicos é indiferentes ojos del campanero se habían fijado por tanto tiempo sobre un objeto. Desaparece súbitamente de allí, y al poco rato viósele con asombro traspasar por primera vez el dintel de la puerta y arrebatar en sus brazos á la joven penoicaute, subióla á su habitación, la dejó sentada, y se apartó con respeto mirándola con ojos abrasadores. Ella estaba trémula y sin volver en sí del natural asombro y primer sobrecogimiento.

—¿Eres moza? ¿Quieres casarte? le dijo por fin el raptor con voz agitada y balbucientes labios, procurando suavizar su acento habitualmente bronco como aquel cuyo timpano está endurecido con sonidos fuertes. Si Esquilón hubiese conocido al mundo mas cerca que de las torres de la catedral, escucharía en todo tiempo preguntas indiscretas que habrían embarazado á la misma verdad, si la verdad fuere mujer soltera. Lo cierto es que las respuestas de Rosa, que así se llamaba la doncella, de tal modo trastornaron el juicio del apasionado Esquilón, que cogiendo segunda vez á la hermosa en sus robustos brazos, sube como un relámpago al campanario, y... jamás, jamás los vecinos de aquel pueblo oímos un repique mas estrepitoso, mas prolongado, y sobre todo mas estemporáneo. A poco tiempo fueron esposos Esquilón y Rosa.

A pesar del corto conocimiento del mundo que ántes achacábamos al campanero, no dejaba este de sospechar que su esposa era demasiado linda para que en su primitiva vida abandonada hubiese carecido de apasionados. En efecto, prescindiendo de los elegantes que cuando iban á oír la magnífica orquesta de la capilla, tan caritativa, desinteresada, y abundantemente la socorrian, un flamenco sano y colorado, de su misma profesión, pensaba por la doncella en la época de la terrible interpelación del campanero. Llamábanle el Cojo, por tener una pierna que daba compasión cuando la exponía al público; pero que mas bien hecha y torneada no se presenta en la academia de San Fernando, si la quitaba ciertos trapos, cuando la noche tendía su manto encubridor. Esquilón amaba á su esposa con delirio, y tenía que ser celoso; pero demasiado bueno, como tantos otros, y poco instruido además en las arterias de los hombres, quedaba satisfecho con ponerse detrás de su mujer cuando oía misa desde las afiligranadas galerías del templo, observando el movimiento de sus ojos. Estos se fijaron un día en un sacristán que tocaba la campanilla en los oficios divinos, y la astuta Rosa procuró reprimir su estremecimiento de gozo, al conocer bajo el roquete y la ropilla al nunca olvidado Cojo, su antiguo amante.

Referir los medios de que se valió el mendigo para tan singular metamorfosis, lo que inventó para quedarse escondido tras del portal del altar mayor, la destreza con que á la noche trepaba, lleno de telarañas por las entalladuras y cornisas de las capillas y naves arribando por término de su viaje al tejado mas oculto, acechando á Rosa, y aguardando la ocasión de hablarla y echarla en cara su infidelidad, fuera tarea para mí tan grata, como al lector molesta: baste asegurar que las temerarias travesuras del Cojo fueron observadas por algunos vecinos, y aunque sacó tan solo algunas horas menos de sueño y algunos resfriados de mas, porque la esposa del campanero por imposibilidad ó por virtud, no había abandonado un instante siquiera el sagrado tálamo, no fué menester mas para que las gentes diesen en mostrarse maravilladas de que Esquilón fuese creciendo á palmas aquellos días: que no le basta á la mujer ser virtuosa para ser honrada, es preciso que no sea ligera, sobre todo cuando no puede disculpársela por inocente.

III.

Con estos antecedentes conjeturé que Rosa al fin y al cabo había sido débil, acudiendo al engañoso reclamo del amante, y que el terrible marido acababa de cogerla en fraganti.

Los bultos agrupados á la sombra, ó sean el sacristán y Rosa, pues no me cabía duda de que ellos fuesen, apenas osaban respirar, ni pestañear siquiera para no ser sentidos: era tarde: Esquilón se acercaba lentamente en sus rugidos de tigre con sus terribles ojos de gato montés. En sus miradas leía yo el feroz intento de venganza: en su paso mesurado la irrevocable y fría resolución de llevarla á cabo. Cerca estaba Esquilón de los criminales, que seguros de haber sido descubiertos, por un instinto de propia conservación, se levantaron unánimes para huir; pero él se arroja al encuentro de los fugitivos, lanza un grito furioso, y cada una de sus crispadas manos apretaba luego con desesperación á cada uno de los desdichados amantes. No pronunciaban,

no percibí al ménos una palabra. Helósele la sangre en las venas viéndoles casi al borde de la cornisa suspendida sobre un abismo. En vano desde mi ventana les llamaba con súplicas, con amenazas; el miserable sacristán impulsado por el brazo de hierro del ofendido esposo, atravesó el aire con fragor, y el estruendo de un cuerpo estrellado contra las baldosas resonó en el fondo de la lóbrega calle. Quedé mudo de horror.

Yo imaginé que la venganza del bárbaro campanero estaría satisfecha: que los lloros de la esposa ablandarían un corazón que hasta entonces idolatraba en ella; mas no fué así: aborrecíala tanto como la había amado. Continuaba la lucha sacrilega entre los esposos: lucha terrible en que las esperanzas del uno solo se cifraban en la muerte del otro. Peleaban con encarnizamiento inaudito, con desesperación; pero el combate no podía ser muy largo... ¡las fuerzas eran desiguales! ¡Ay! la pobre Rosa, agarrada con ambas manos al extremo del alero, colgada á plomo sobre el cuerpo exánime del infeliz amante, esforzándose por trepar al tejado, parecía una de esas matas secas agitadas por el viento que pendían del antiguo edificio. Esquilón inmóvil, un poco apartado contemplaba con repugnante serenidad su agonía; escuchaba con frialdad los penetrantes chillidos de la víctima; pero al fin compadecido de sus gritos y lamentos acudió á su socorro, y ella asióse á una de las piernas del campanero, sacudióse con violencia, y los dos esposos con algunas tejas fueron á parar al abismo. En aquel drama si que ni un solo actor se había salvado: en poco estuvo que el público, es decir, yo, no apelase también al noble recurso de los protagonistas.

IV.

Alarmada con mis gritos la gente de casa, subió á mi habitación y me encontró anegado en sudor de muerte, pálido y con el cabello erizado. Pude con entrecortadas razones indicarles algo de la catástrofe horrorosa que acababa de presenciarse, y bajamos á la calle con luces por ver si milagrosamente alguno de los infelices víctimas conservaba aun el aliento. Que sus almas no pereciesen ya que los cuerpos no podían salvarse. Un criado salió á toda prisa á llamar al alcalde, otro al cura y al cirujano, y los demás temblando, despavoridos nos acercamos á tres bultos que divisamos bajo las tejas que faltaban del alero, y... ¡Oh sorpresa! ¡oh vergüenza! Eran tres enormes gatos que yacían derengados: el gigante de mi casa, que dejando holgar á los ratones, se iba á picos pardos é hizo el papel de campanero; uno negro rabon y sin orejas, que desempeñó perfectamente el de sacristán, y la malhadada galita de Esquilón á quien ambos cortejaban.

Encerréme en casa y en mucho tiempo no salí temiendo la rechifla de los muchachos del pueblo en el cual llegó á cundir la noticia de mis gritos, y la venida del cura, del alcalde y cirujano á presenciar la muerte de los tres gatos mas hermosos de la vecindad.

Mas no pasé ocioso los días de encierro. Espurgué mi librería de tantas novelas, cuentos y dramas espeluznadores que habían exaltado mi imaginación y extraviado mi buen juicio, y á los cuales atribuí mas que á la incierta claridad de la luna, mas que á mi cortedad de vista y á la falta del lente, la gran parte que tuvieron en tan ridículo suceso.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

Todo el mundo sabe que un abrazo fraternal dió fin á la guerra civil en setiembre de 1839, dando á la vez nombre y fama á los campos de Vergara.

El duque de la Victoria mandando un ejército aguerrido, victorioso y constitucional á fuerza de torrentes de sangre, se presentó poco después delante de Morella.

Allí estaba Cabrera que no teniendo por conveniente fraternizar, tomó las de Villaz-Diego, atravesó la frontera, y se refugió en Francia.

El ejército de la reina fué demasiado generoso con el guerrillero del Maestrazgo, ó el general carlista se burló por última vez de los soldados victoriosos de la Constitución. De cualquier modo que fuese, este suceso dió al general Espartero el nuevo título de duque de la Victoria y de Morella.

Poco después, es decir, en setiembre de 1840, se verificó aquella gran parada, aquella revolución militar, que se llamó pronunciamiento, y que dió por resultados inmediatos un destierro y una regencia.

La guerra estaba concluida, y el general en jefe era regente del reino.

La ambición del general comenzaba á estar satisfecha. Ídolo del ejército, adorado por la milicia nacional, envidiado y temido de los ambiciosos y de los intrigantes, respetado y querido de la muchedumbre

bre, se declaraba regente del reino, y se hacia llamar Alteza en nombre de su popularidad, de su fortuna y de su gloria.

Y este hombre, mas militar que político, menos ambicioso que afortunado, mas bueno que grande, tuvo en su mano, como nadie, el destino de su patria y el porvenir de su partido.

La historia es el tribunal que juzgará á su tiempo al general Espartaco; él lo pudo todo, y la historia que lo absolverá de lo que hizo, no podrá perdonarle lo que dejó de hacer.

Asegurada la paz se empezaron á licenciar las tropas cumplidas, y los soldados de Bilbao, de Barbastró, de Pardillas, de Hernani y de Cantavieja volvieron á sus hogares nativos, donde habian perdido ya la esperanza de volverlos á ver.

Y aquí empieza esta verdadera historia.

Juan Perez habia hecho la campaña en Navarra, y despues de siete años de hambre, de sed, de desnudez y de frío, con algunas heridas por añadidura, recibió su licencia absoluta en Valencia. Habia servido de simple soldado. Era en octubre de 1840.

Cuando Juan Perez se vió en libertad de dirigir sus pasos adonde mas tuviera por conveniente, no pudo menos de reflexionar seriamente acerca del partido que debia de tomar; y el asunto era grave, porque su vida de campaña y sus costumbres militares le habian hecho olvidar la pacífica quietud de su aldea, y los años de su infancia, y su madre, única familia que habia conocido en el mundo, murió dos años despues de haber partido él para la guerra. ¿A qué volver á un sitio donde no encontraría á su madre, donde no podría vivir? Porque Juan Perez era un valiente soldado, y nada mas. Reflexionó, pues, pesó las ventajas y los inconvenientes de su posicion, y dándose una palmada en la frente, encontró la resolucion del problema. Habia decidido tomar plaza de nuevo, volver al servicio, *engancharse*.

A Juan Perez le gustaba la guerra; nada era tan seductor para él como el aguardiente del campamento; el pan del cuartel le parecia insipido; pero el cuartel era al fin una casa, el uniforme un vestido, y el ser soldado un modo de vivir, y Juan Perez no tenia otra casa, ni otro vestido, ni otro modo de vivir.

Estaba decidido y, lo que es mas, satisfecho, orgulloso de haber encontrado la manera de salir del apuro, como él decia, habia dado en el *quid*.

Pero en el momento en que se encontraba mas contento de si mismo, le dió un vuelco la sangre, sintió un golpe en el corazon, un peso en la cabeza que le hizo arrugar las cejas tan sombríamente como cuando disparaba su fusil español, y rascándose maquinalmente detrás de la oreja izquierda, se le escapó un juramento, y pronunció el nombre de una mujer.

Como si estuviera cansado, se sentó sobre el borde de la cama, único mueble que le ofrecia el estrecho recinto de su alojamiento, y entabló consigo mismo un diálogo, una discusion alborada; porque Juan Perez no queria renunciar á su feliz idea, y el mismo Juan Perez se sentia tentado de renunciar á ella; porque era el caso que habia tenido un recuerdo, y habia sentido no sé qué impulso secreto que le hacia caer en sus primeras vacilaciones, y se decia á si mismo:

—Juan, tú no tienes á nadie allí, y no debes ir.

Y se replicaba á si mismo:

—Juan, ¿quién sabe su suerte?... Tú debes ir.

—Si viviera mi madre... si Cecilia se acordara de mí... ¡Pobre Cecilia!... yo tambien la he tenido olvidada... ¿y qué demonios habia de hacer? Maldita sea la ordenanza, y el furriel... y el sargento primero, y el fusil que todo lo hace olvidar... ¡Ah! yo me vengaré... yo me desquitaré, juro á todos los santos del cielo no morder mas cartuchos; aborrezco la diana y la retreta, y todos los toques de guerrilla... ¿Pero á donde voy? ¿A qué voy? yo no tengo madre, ni hermanas, ni hermanos... ¿qué diablos he de hacer en mi aldea? No, no; me vuelvo al regimiento: así como así, yo no tengo mas familia que mi regimiento... ¡Cuánto lloró Cecilia!... ¡y qué! si te vi no me acuerdo. Este es el mundo;

El que bebe se emborracha,
El que no jura reniega,
¡Ay! al que se va lo olvidan,
Y al que se muere lo entierran.

—Pero vamos á cuentas; para todo hay lugar en este mundo, el sargento Pelao lo decia, y siempre llegaba tarde: aquí del sargento Pelao...

Tan abismado se quedó en sus reflexiones, que no sintió abrir la puerta de su alojamiento, ni vió entrar al cabo Suarez que venia á ehar con él la última copa de aguardiente, y no lo hubiera sentido á no dejar caer el cabo su mano áspera sobre la ancha espalda del licenciado.

—¿En qué diablo piensas?

—Pensaba en el sargento Pelao.

—¿Ese Caifás te ha hecho alguna de las suyas?

—No.

—Tú tienes ya la absoluta, y podemos hablar con confianza. ¿A que te ha hecho las cuentas del gran Capitan? Así engorda ese tuno, á quien pude yo atravesar en el sitio de Iran, si no hubiera sido por tí. Desengáñate, Juan, el sargento Pelao será mi perdición: á la primera que me haga, me fusilan.

—No le tengas *tirria*, los hombres son como son, y abur del alma.

—Como tú sales de su dominio me aconsejas así, pero mal rayo me abraze si se va al otro mundo sin un pase mío.

—¿Quieres darme un consejo?

—Sí.

—He pensado engancharme.

—Ahórcate primero, Juan.

—Es que yo no tengo madre.

—¿Ni hermanos?

—Ni hermanos... soy solo en el mundo.

—Ese ya es otro cantar.

—Aconséjame.

—Juan, esta vida es muy *perra*.

—Dime qué hago, y dime pronto, porque hace una hora que me parece que estoy en el infierno.

—Pues bien, no te enganches.

—¿Y á donde voy?

—A tu casa.

—Yo no tengo casa.

—¿No hay ningun rincon en el mundo que te llame?

—Ninguno.

—Espera... yo tengo mas memoria que tú, y recuerdo en este momento que en Bilbao, aquella noche tan negra y tan fria, te abrieron dos ventanas en el pecho para que respiraras con mas libertad. ¿Te acuerdas, Juan? Tú ibas á paso de ataque; yo te recogí, te di aguardiente, apreté tus heridas, y te abrigué en el vientre de un caballo moribundo. Juan, te morias á chorros, y roncabas y gemias de una manera que parecia que estabas en conversacion con todos los demonios. Yo te encomendé el alma con tres maldiciones, y tú retorciéndote como una culebra nombraste á una mujer.

—¿A Cecilia!

—Ni mas ni menos. Esta es la segunda vez que te la oigo nombrar.

Juan Perez se sonrió y suspiró al mismo tiempo.

(Continuará.)

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

CAPITULO II.

LA MESA Y LA SOBRE MESA.

En un vasto salon decorado como las habitaciones de Versalles, dorado de arriba abajo y lleno de retratos que esclarecian solemnemente ciertas bujías, hay una larga mesa á cuyo alrededor estan sentados cuarenta convidados, los mas nobles cazadores que han seguido al rey en su escursion. Todos son jóvenes y en sus ojos azules que revelan su origen septentrional brillan el valor, la resolucion; la firmeza, la audacia y el amor desenfrenado de los placeres violentos. Trages de gamuza elegantemente bordados, diseñan sus formas vigorosas y ágiles, y sus piernas encerradas en sus oscuros pantalones, se pierden en el fondo de sus botas de montar. Ninguna de las penas de la vida ha dejado aun su huella en sus frentes blancas sombreadas por cabelleras rubias y apenas algunos de ellos pueden mostrar con orgullo en sus labios frescos y rosados la dorada sombra de un bigote. Por detrás de sus sillones circulan criados en gran librea, embarazados por sus adornos prodigados sin gusto, imitacion exagerada de lujo francés.

Hace ya muchas horas que dura la cena, y la conversacion comenzada sigue en estos términos.

—Antes de ayer cazamos zorras y Carlos cazó tres.

—Es cierto Reuschil, y bebo á vuestra salud vino de Borgoña rogando á estos señores que me imiten.

—Cuarenta copas de plata se llenaron en un momento por la manos de los criados, y se vaciaron de un solo tajo por la de los dueños.

—Ayer dijo otra voz cazamos el lobo y Carlos mató diez.

—Tambien es verdad Lieven, y brindo á vuestra salud con este moscatel que llega del país del sol, que viene del medio día de Francia. Que mis compañeros correspondan á mis brindis con este gentil vino. El dorado mosto cayó chispeando en las copas que acababan de ser llenas de vino de Borgoña.

—Repítamlos! exclamó Cárlos.

—Repítamlos!

Los criados que sabían lo que esto quería decir, llenaron tres veces las copas de moscatel.

—Hoy, dijo una nueva voz tan jóven como las dos primeras, pero también tan calurosa, hemos cazado osos, y Cárlos ha muerto uno que era enorme, el mas monstruoso quizá que se haya visto en Suecia. Yo bebo á la salud de Cárlos!

—A Cárlos!

—A Cárlos!

—Repítamlos señores.

Y tres veces las copas se llenaron de aguardiente de Holanda y se vaciaron por los cuarenta cazadores.

Uno solo sin embargo, tenía aun su primer vaso de vino delante de sí, y esto parecia tanto mas extraño cuanto que su copa tallada en forma de torre era dos veces mas grande que las de sus compañeros: era Reginold, el amante de la condesa de Koenigsmarck. Su vestido enteramente negro de mangas anchas, cuyas estrechidades dejaban ver sus manos que eran muy bellas, estrecho de talle y mas largo que el de sus compañeros, anunciaba una dignidad que no era ni militar ni civil, por lo demás tenía como los otros botas, espuelas y una pequeña perilla rubia. Era severo y bello y de una calma tal en sus facciones, que acababa de probar que no se dedicaba al ejercicio de las armas á pesar de la analogia que habia entre sus compañeros y él.

Su sobriedad, desusada sin duda, á juzgar por la copa monumental que tenia delante, le atrajo estas inculpaciones de muchos puntos de la mesa.

—Reginold no bebe, es un traidor!

—Reginold no bebe, es un loco.

—Reginold no bebe, es...

—Quién ha sospechado siquiera que Reginold no bebia? preguntó con tono de incredulidad el rey.

—Ved si hemos mentido, replicó uno de los jóvenes vaciando de un solo trago la copa de Reginold.

—Es pues cierto, dijo Cárlos, que mi favorito nos juega hoy la mala partida de no beber ¿y me hace personalmente esa afrenta?

El jóven vestido de negro y de facciones tan dulces y tan fieras á la vez, era como hemos dicho el mejor amigo del rey de Suecia que acababa de hablarle con una especie de autoridad templada por una profunda afeccion. El rey añadió:

—Qué tiene, pues, mi Reginold?

Reginold sonrió gravemente, y respondió:

—Majestad, tengo mis razones.

—Aquí no hay majestad ni razon para no beber. Por lo tanto beberás.

Reginold hizo entonces como que bebia, pero en realidad no hizo mas que llevar á los labios la copa que un oficioso criado habia llenado de nuevo de aguardiente de Holanda.

Alzóse una protesta general.

—No ha bebido!

—Se burla de nosotros!

El rey añadió:

—Qué! Reginold, tú, el solo que me iguala en las fatigas de la caza; tú que velas como yo cuatro noches enteras sin cerrar los párpados; tú me abandonas hoy? Por mis abuelos, cuyos retratos nos rodean, que vas á beber con nosotros hasta la última gota de ese aguardiente.

—Dios mío! que feos son vuestros abuelos, dijo Reuschild señalando con la punta de un cuchillo, uno de los retratos colgados en las paredes. Este tiene el aire de un verdadero diablo coronado.

—Es el padre de mi abuelo, que enseñó sus cuernos á los noruegos.

—Este otro tiene facha de lobo.

—Es su hermano. Ese lobo ha comido mas de un perro danés.

—Este otro, exclamó un tercero, parece un oso.

—Es mi abuelo. Los rusos no lograron nunca su piel.

—Este otro...

Cárlos interrumpió esta aduladora enumeracion de sus antepasados, para decir alzando su copa, movimiento que imitaron sus compañeros, y bien, por la sombra de todos esos reyes de Suecia, que bebian bien aunque tan feos os parecen, ordeno á Reginold que haga lo que nosotros.

Todas las copas se vaciaron en un instante, excepto la de Reginold. Habiéndose apercibido de este acto de desobediencia, Cárlos XII lanzó con fuerza su vaso contra la pared, aplastándole como una bala y exclamando:

—¿Qué quiere decir eso?

Todos los cazadores tan enojados como el rey, miraban con la ira de la embriaguez al intrépido y rebelde Reginold que dijo con tranquilidad.

—Señor, detrás de los retratos de vuestros abuelos hay una pared.

—Quién lo duda? Vas á hacer como el soñador?

—Detrás de esa pared hay otra sala.

—Conozco mi palacio, á Dios gracias.

—Vamos es la repetición de la escena de la caza.

—En esa sala se encuentran gentes que oyen, añadió Reginold.

—Qué nos importa? Esclamó Cárlos impacientado, si escuchan que oigan! Qué quieres decir, en fin, Reginold? Habla!

—Que hubiérais hecho mejor en absteneros como yo esta noche, que en hacerme beber como vos.

—Bebe!

—Obedezco, señor.

Reginold, sin perder su calma, bebió todo el aguardiente que contenia su copa, después de murmurar con respeto. A vuestra salud.

Eso está bien, así quiero verte, así es como yo te amo, dijo Cárlos tendiendo la mano á su confidente de un extremo á otro de la mesa.

Tanto como frio era el aire exterior en aquel momento (era diciembre), tanto el aire interior era caliente y ahogaba por la multitud de personas reunidas en la misma sala por la prodigalidad de las bugias



(El duque de Choiseul.)

encendidas, y sobre todo por la inagotable variedad de los vinos y licores de toda especie, repartidos en copas inflamadas.

—Que cada uno, dijo Cárlos XII, que ya no pensaba mas que sus compañeros en las palabras casi proféticas de Reginold, que cada uno segun nuestra invariable costumbre, cuente una historia que tenga que ver con el juego, el vino ó las mujeres.

—Nada mas que eso! dijo una voz.

—Apuesto á que es el capitán Megret el que acaba de hablar.

—Sí, es el francés.

Se oyó otra voz que decia.

—Oh francés! amable francés! francés demasiado amable!

—Yo no me oculto, respondió Megret.

—Y bien, tú eres quien nos contará una historia de juego.

—Nada mas que una?

—Viva el parisiense!

—En tanto que Olof, y le concedo un gran honor, nos cuenta puesto en un pie, una historia que tenga relacion con el vino.

—Nada mas que en un pie? preguntó Olof levantándose y pudiéndose apenas sostener sobre los dos.

—Nada mas que en un pié, repitió con tono severo el rey de Suecia.
—Tanto valdría decir sobre ninguno, añadió el capitán Megret mirando con aire de compasión á Olof que trataba en vano de ponerse en equilibrio.

—Veamos tu historia, dijo impetuosamente Carlos XII, dando en la mesa un golpe con el puño cerrado.

Olof, verdadero gigante por la estatura y la fuerza, llevaba la cabeza á sus camaradas, y como todos los gigantes tenía en su fisonomía una espresion de angélica benignidad. Hubiera deshecho á su mejor amigo sin alterarse. Sus largas manos hubieran podido servir de asiento á dos hombres.

Limpio su frente del sudor que le costaba el trabajo que hacia, y dijo balanceándose:

—Había una vez una botella de rom que contenía ciento cincuenta...

—Una fulminante carcajada acogió esta salida del pobre Olof, que creía haber entrado en materia muy seriamente; por lo demás, caído sobre el capitán Megret que le replicó, fué á dar sobre Reuehild que le arrojó á su vez sobre Megret.

Repuesto después de inauditos esfuerzos, en equilibrio sobre su pierna prosiguió:

—Había una vez una botella de rom que contenía ciento cincuenta...

—¡Ah, eso es demasiado!

—¡Ved cómo vuelve á empezar!

—¡Vamos! eso es imposible!

—Se burla de nosotros.

—¿Te burlas verdaderamente de nosotros pretendiendo que tu botella contiene ciento cincuenta?

—Abajo, Olof.

—¡Silencio! que siga!

—¡No!

—¡Nosotros queremos!

—¡Nosotros no!

—Señores, dijo sobreponiéndose al tumulto el capitán Megret, nuestro camarada Olof consiente en hacer algunas concesiones... su botella no contenía mas que ciento...

Pero los cuchillos de caza habían sido ya sacados. El bravo Olof, á quien esta hostil y sangrienta diversion agradaba mucho, cogió tambien su cuchillo de caza, y apoderándose desembarazadamente de la cabeza de Megret, se disponia á quitársela como un adorno inútil, diciendo:

—¡Ah! ¿con que mi botella no contiene mas que ciento?... francés, amable francés, francés demasiado amable...

—¡Me va á degollar! exclamó Megret.

—Su corbata me estorba, gritó Olof buscando el cuello del capitán.

—¡Favor!

Ya era tiempo de detener al buen Olof en la ejecucion de su proyecto. El rey hizo una bola de miga de pan y la arrojó al gigante, á quien dió en el ojo derecho.

¡Basta! añadió, basta!

A esta voz, cuya autoridad no se desconocía ni aún en medio de los mayores escesos, Olof, á pesar de su salvaje embriaguez, se volvió á sentar tan apaciblemente como si hubiera renunciado á cortar una rebanada de jamon.

Cuando todos los cuchillos hubieron vuelto á sus bainas, Carlos XII, cuyos ojos chispeaban con luz sombría, carácter particular de su real intemperancia, dijo con voz nerviosa:—Megret, á ti te toca; esperamos tu historia.

El aventurero francés empezó así:

—Había una vez en París, en la corte de Luis XIV, de donde vengo, un ingeniero francés que perdió al juego cuanto tenía, sus capitales, sus rentas, su cabeza y no pudo salvar mas que su peluca.

—¿Cómo su peluca?... ¿Salvó su peluca habiendo perdido la cabeza? francés, tu chiste...

—Toma por tu chiste, dijo un convidado colocado á la estremidad de la mesa enviando una botella de Champaña á la cabeza de Megret. Dichosamente este la cogió al vuelo y la ofreció á Olof que la bebió de un trago; apenas se notó este incidente.

—Si señores, perdió su cabeza y salvó su peluca, os lo aseguro.

—¿Con qué?

—Con mi cabeza que he perdido y mi peluca que he conservado. Esta historia es la mía, este aventurero soy yo.

Empezóse á escuchar con mas atencion. Desgraciadamente se jugaba al carté.

—¡Un juego encantador! exclamó uno.

—Un juego sublime.

—¡Cartas!

—¡Cartas!

El narrador, que no tenía la cabeza muy segura, fué detenido súbitamente por esta tempestad de gritos:—Cartas! cartas! cartas!

Trajéronse las cartas y se comenzó á jugar.

—Prosigue, dijo el rey poniendo una de sus piernas sobre la mesa. Y todos bebían, gritaban, juraban, jugaban y escuchaban á la vez.

Megret prosiguió:

—Yo jugaba aquella noche con un baron danés.

—¡Perros daneses!

—¡Muerte á los daneses!

—¡Paz! exclamó Carlos XII dando con su bota tan fuerte golpe en la mesa, que una botella de Tokai cayó rodando hacia Olof que la cogió, la destapó y la bebió con la misma serenidad con que había bebido la de Champaña. —Prosigue Megret: ¿cómo se llama tu baron?

—Sandel; como os he dicho, me ganaba sucesivamente cuanto poseía; el dinero que tenía en el bolsillo, el que tenía depositado, mis dominios, y lo que es mas espantoso, no podía encolerizarme con mi adversario que jugaba con perfecta lealtad. Hubiera querido que hiciese trampas para tener un pretexto para ultrajarle, para arrojarle las cartas á la cara. ¡Oh felicidad! En aquel momento noté que tenía un rostro muy feo y una nariz singular, enorme; me consolé porque encontraba un magnífico pretexto. —Baron, le dije, ¡qué nariz terrible! Eso es lo que os dá la fortuna... ¿Tenía vuestro padre otra parecida? Y él respondió friamente:—Capitán, os gano mil luises. —Pero qué innoble nariz enseñáis á las gentes, baron! y vuelve á replicar:—Os gano otros mil luises, capitán. La cólera me ahogaba; esa sangre fría me desolaba. —Baron, exclamé, yo tendré vuestra nariz. —No la tendréis —La tendré. —Y bien, yo tendré vuestra peluca que es la mas bonita, la mas charra, la mas ridicula peluca que he visto; pero pagad otros mil luises que acabais de perder, capitán Megret. —Ya veis que el baron no carecía de valor.

Cuando me hubo arruinado hasta el último luis me dijo: ¿queréis que ahora hablemos un poco de mis narices? Esta ironía me hizo el efecto de un bofetón, y al momento con una impertinencia de las mas cómicas cogí su nariz que empecé á apretar; él de un revés hizo saltar mi peluca. Ya preveías las consecuencias. Fuimos al campo al momento; empezaba á amanecer. El baron era un buen tirador, me arroja un terrible golpe al pecho, le paro y antes que él cobre la guardia le paso de parte á parte. Cayó muerto. Yo no salía mejor librado, á decir verdad, porque el duelo se castigaba entonces con pena de muerte y no se perdonaba á nadie. Apenas tuve el tiempo necesario para ganar la Lorena donde un pariente me prestó mil luises para seguir mi viaje. Llegado á Alemania me embarqué en Hamburgo para Stokolmo, adonde doy gracias á Dios de haberme traído, pues encuentro un rey que me acoge tan bien...

El rey roncaba.

—Pero no habeis tenido su nariz, dijo Olof, no la habeis tenido, francés amable.

Olof despertó ecos burlones que repitieron.

—¡No habeis tenido su nariz!

—No ha tenido su nariz.

—No ha tenido la nariz del baron Sandel.

—¿Debia cortársela?

—¡Sí!

—¡Vaya!

—Os ha ganado vuestro dinero como habeis confesado y no habeis tenido su nariz. No habeis sostenido vuestra fanfarronada.

—Le he muerto.

—No habeis tenido su nariz.

—No ha tenido su nariz.

—¡Vive Dios! exclamó Megret subiendo sobre la mesa y poniendo su peluca en la punta de su espada; si no he tenido su nariz tampoco él ha tenido mi peluca y nadie la tendrá; os desafío á todos á conseguirla.

Olof trató de levantarse y ensayar.

Pero esta vez Megret al abrigo de toda sorpresa, puso su pierna en la espalda del gigante y le empujó y le dejó caer cual largo era. Todos empezaron á reír y aplaudir, lo cual despertó al rey que dijo, como si no hubiera tenido lugar la historia que él no había oído.

—Apuesto cien luises por Reginold.

—Pero, le dijeron Reginold no juega, piensa, medita.

—Es posible? Mi fiel Reginold no tiene cartas?

—No señor.

—Que haces, pues, Reginold? qué tienes? Yo no te reconozco. Si no has traído dinero hé aquí mi bolsa, toma.

Y Carlos XII envió una bolsa llena de oro á Reginold que no la tocó; todos los cortesanos se sorprendieron de esta conducta del favorito que había ya antes faltado al orden ó mas bien al desorden de la sociedad negándose á beber y que llevaba al colmo su audacia, negándose á jugar sobre todo después de la indicacion del principe.

Carlos XII, para quien todo era en el festín, un motivo de cólera y arrebató, puso la otra pierna sobre la mesa y arrellanado en su sillón, giró en torno los ojos centelleantes exclamando:

—Reginold, dime la causa de tu tristeza ó te destierro esta misma noche al fondo de la Noruega.

—Esta noche, contestó Reginold, se podrán ver cosas mas sorprendentes que mi destierro.

—Y que sucederá esta noche?

—El Báltico se tragará á Stokolmo?

Las preguntas irónicas se mezclaban con los gritos de los jugadores, los brindis y los reproches que Carlos hacia á su favorito.

—Sucedará, dijo Reginold, que podré no ir yo solo al destierro de la Noruega.

—Qué dice?

—He dicho.

—¿Quién mas que yo, dijo el rey, se atrevería á desterrar. Mi buen Reginold, creo que pierdes la razón á medida que los otros beben.

—Es posible.

—Yo solo te ordeno que juegues conmigo. Cartas á Reginold.

Reginold inclinó la cabeza en muestra de obediencia, y tomó de manos de un criado las cartas necesarias para el juego que el rey le proponía.

Sin moverse de su postura, Carlos arrojaba las cartas por encima de la mesa con los ojos medio cerrados.

—Antes de media noche, murmuró, deseo que Reuschild nos cuente la historia amorosa con que ha prometido regalarnos.

—Con mucho gusto señor, voy á pagar mi escote.

—Señores, un poco de silencio.

Reuschild comenzó.

—Un viajero, dijo á otro á quien se adelantaba. En todas las casas de Stokolmo en que encuentre una mujer ligera, pondré una cruz blanca.

—Encantador! interrumpió Megret, una historia galante de París no comenzaría de otro modo.

Reuschild continuó.

—El otro viajero llegó á su vez á Stokolmo, pero apenas entró en la ciudad huyó con terror.

—Con terror ¿Por qué?

—Si, por qué? Preguntaron todos.

—Porque tomó la ciudad por un cementerio no viendo en ella mas que cruces.

Rióse mucho de esta respuesta, pero con amargura y cólera.

—Vuestro pintor de cruces blancas ¿no hizo ninguna escepcion? preguntó el hijo de un consejero que pensaba casarse con una viuda.

—Perdonad, respondió fríamente Reuschild, hizo una, sola una, la del palacio real á causa de la hermana de S. M.

—Hizo dos por lo menos, lo sostengo contra el impertinente que se atreve á decirlo contrario; exclamó Reginold, paseando miradas de furor en torno de la mesa.

—Quisiera creerlo, dijo Reuschild mas directamente aludido que los demás; pero en fin ¿quién es la dama que quereis exceptuar?

—Si; conozcamos su escepcion.

—Seríamos felices con saberla.

—Y no la olvidaremos nunca.

Reginold los miró á todos y respondió.

—Si no hizo esta segunda escepcion debió hacerla.

—¿Pero en fin por quién?

—Por el palacio de la condesa Aurora de Koenigsmarck.

—Murmuros de incredulidad brotaron por todos lados terminando en mofas mas ó menos ofensivas para la condesa y su oficioso caballero.

—¡Dios me condene! ¡estamos en París! exclamó Megret.

—¡Oh! La condesa de Koenigsmarck exclamaba otro cubriéndose el rostro con una servilleta.

—¡La condesa Aurora, señores, se llama Aurora!

—Es celestial como su nombre.

Reginold exclamó.

—¿No es, señores mofadores, la mas hermosa mujer de Europa?

—Sin duda, sin duda, respondieron todos.

Carlos XII guardaba silencio; pero un ramalazo rojo que se extendía por sus mejillas tan pálidas desde el principio de su embriaguez indicaba que no era tan indiferente á la conversacion como hubiera podido hacer creer su obstinado silencio.

—La mas hermosa mujer de Europa, dijo Megret para si, después de su dama Georgina.

—¿No es la mejor dama de Alemania? volvió á preguntar Reginold?

—Ciertamente.

—Después de Georgina, repitió Megret.

—¿No pasa por la mujer mas amable que haya brillado en el Norte?

—Nadie dice lo contrario.

—Siempre después de Georgina.

—¿No se la considera como la mas ingeniosa de su sexo?

—Si, y mil veces si, pero...

—Siempre después de Georgina, continuó diciendo Megret.

—Pues entonces, añadió Reginold con extraña vehemencia; qué hay que decir contra ella, tan hermosa, tan ingeniosa, tan noble, tan pura?

Las risas burlonas resonaron de nuevo en los dorados ámbitos de la sala, en que acababa con la noche esta cena monstruosa.

—Mi pobre Reginold, le respondió el joven dragon Milius, es noble, encantadora, é ingeniosa tu condesa; pero representa la pureza como representa su papel de política en la corte de Suecia.

Reginold apenas pudo contenerse oyendo esta acusacion y miró á Carlos XII que continuó obstinado en su silencio.

—Su exterior tan dulce, tan modesto, tan lleno de gracias, prosiguió Milius, es una comedia.

—Pruebas, exclamó Reginold fijando siempre los ojos en el rey, pruebas!

—Vedlas, pues. La condesa lo observa todo aqui, para contarle á las cortes extranjeras que no nos aman mucho, como sabeis. Nos espian por órden del rey de Dinamarca.

—Mentira! exclamó Reginold.

—Y del rey de Polonia, añadió Milius, de quien ha sido ó es la querida.

—Defendeos, exclamó Reginold, defendeos! y se precipitó con la espada en la mano sobre el dragon que estaba armado ya.

Carlos XII hizo un movimiento que consistió en levantarse á medias sobre la mesa, en que habia acabado por acostarse, y dijo arrojando su servilleta entre los combatientes.

A la vaina los aceros! podría encerrarlos á ambos en un castillo por haber osado sacarlos en mi palacio.

—Es justo, dijo Reginold, sacando de su cinto un par de pistolas. Dió una al dragon y alejándose algunos pasos disparó la otra. La bala quemó un mechón de pelo á Milius...

Entonces el tumulto fué horrible... andábase sobre la mesa, cayeron los sillones, las botellas volaron rompiéndose con estrépito, las espadas brillaron...

—Señor, dijo al rey en voz baja un oficial, los consejeros de V. M. van á reunirse en el salon inmediato para conferenciar, segun dicen, sobre la medida que debe tomarse al momento.

—Que vengan.

—Pero señor... esta cena... este desorden...

—No importa. Señores, dijo el rey cogiendo el mantel y tirando de él con cuanto contenia, lámparas, platos y botellas, de modo que todo cayó estrepitosamente. Señores, mis consejeros reclaman esta habitacion. Dejádseta por algunas horas... os haré llamar cuando hayan salido. En cuanto á mi, les voy á presidir.

Carlos XII fué al momento obedecido: oficiales y cortesanos se retiraron á la sala inmediata, y el rey como acababa de anunciar, tomó de nuevo para presidir el consejo la postura que tenia algunos minutos antes. Se recordará que estaba acostado sobre la mesa.

El consejo fué introducido.

(Continuará.)

AL ALMA DE MI ALMA.

SERVILATA.

NOTE.

Lirio fragante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Eden soñado de los placeres,
Divino arcángel de mi ventura:
¿Si oyes mi ruego
Por qué el sosiego
Robarme quieres?

ESTROFA PRIMERA.

Me das la vida con tus amores,
Me das la muerte con tus desvíos,
Depon, hermosa, fieros rigores,
Dame tus brazos, toma los míos:
Si pude un tiempo causarte agravios,
No me castigues con tus enojos,
Deja que amante beba en tus ojos:
Sin ti la vida me da tormento,
Tú eres mi gloria, mi pensamiento:
La sola flor que creces
En mi camino:
La luz que resplandeces

En mi destino;
La estrella pura
Que Dios puso en el cielo
De mi ventura.
Tú prestas alas á mis deseos,
Continuamente tu imagen veo;
Tu vista calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA SEGUNDA.

Cuando á ti lleguen de mis pesares
Los tristes ecos en son de quejas;
Cuando yo turbe con mis cantares
Tu casto sueño, cubre tus rejas.
Si acaso llegan á tus oídos
Entre las notas del dulce canto,
Recuerdos gratos por ti queridos,
Y allá en tu lecho te arrancan llanto,
Vuelve á mis brazos, y arrepentida
De tus rigores dame la vida.

Que si conmigo dejas
De ser tirana,
Y sales á las rejas
De tu ventana,
Mi fé te jura
Ser girasol constante
De tu hermosura.

Cuando lucen serenos, libres de enojos,
Y me brindan placeres tus bellos ojos,
Su labre calma mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA TERCERA.

De tus amores la oculta historia
Guardo en la mente como un tesoro;
Tiene un infierno, tiene una gloria,
Con ella canto con ella lloro:
Tras cada letra tu imagen veo
Que me sonríe... que me rechaza...
Que se armoniza con mi deseo...
Que luego, impía, me despedaza.
Ni sé si muero, ni sé si vivo,
Pero te adoro, soy tu cautivo.
Si tú hicieres pedazos

La dicha mía,
Yo al verte en otros brazos
Me moriría:
No haga la suerte
Que por dar á otro vida
Me des la muerte.
Si es ley forzosa de nuestro sino,
Que hemos de ir juntos por un camino,
Con tu amor calma mi pena impía,
Y así serás el alma
Del alma mía.

NOTE.

Lirio fragante de esencia pura,
Perla brillante de las mujeres,
Huerto cerrado de la hermosura,
Edén soñado de los placeres.
Divino arcángel de mi ventura:
¿Si oyes mi ruego,
Por qué el sosiego
Robarme quieres?

JUAN DE LA ROSA.

Para el album de la emperatriz de los franceses.

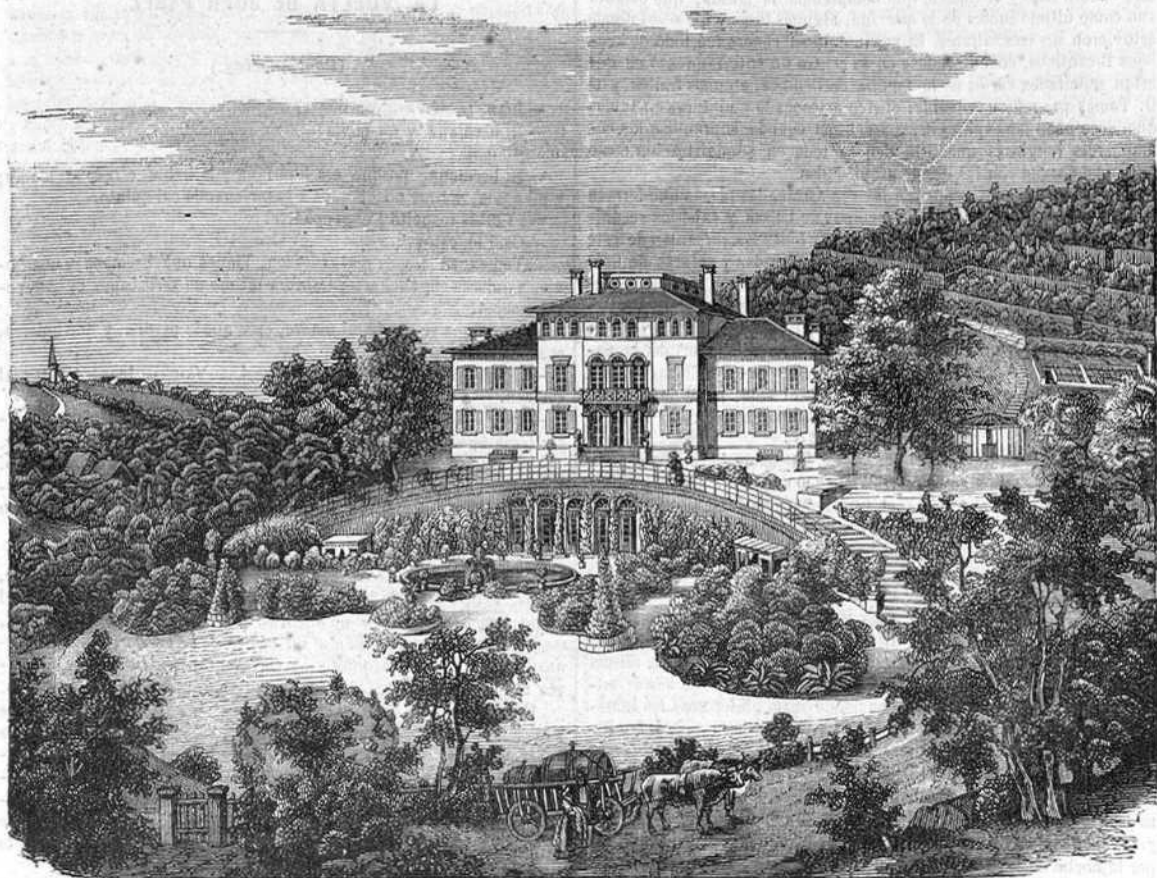
SERENATA.

Del ámbar de sus labios
El aura llena,
Murmura en las campiñas
Que baña el Sena:
«Amor consiente,
Que la imperial corona
Brille en su frente.»
Y en tanto el Manzanares
En blando giro,
Al eco que se pierde
Como un suspiro;
Lento murmura:
«Antes fué aquí la reina
De la hermosura.»

JOSÉ DE SELGAS.

Madrid, 1833.





Kennenburg, establecimiento para la cura de afecciones nerviosas y la hipocondria, cerca de Esslingen en Alemania.

CASTILLO DE TIAR EN EL CAMPO DE SALINAS,

después convento,

Y HOY CASA RUINOSA EN LA DEHESA DE CAMPO AMOR.

El castillo de Tiar se halla situado en el límite occidental de la provincia de Alicante, media legua hacia el Norte del mar Mediterráneo y cinco al Sur de Orihuela, en dicha provincia, en una esplanada en alto sobre la margen de ocaso del arroyo de San Ginés (en lo antiguo de la Greda), está fundado sobre las ruinas de la antigua Tiar, pueblo de la Contestania poblada por los greco-fenicios, según lo demuestra el célebre Lozano en su *Bastitania y Contestania en el reino de Murcia* y lo confirman otros geógrafos. Escolano supone estar sobre las ruinas de Bigastro, error conocido y manifiesto, pues á tres leguas hacia el Norte de Tiar se halla Bigastro ó Lugar-nuevo.

El castillo de que nos ocupamos es uno de los que de la edad media ha llegado al través de los tiempos hasta nosotros, si bien bastante maltratado, conservando siempre los suficientes datos y vestigios que nos manifiestan patentemente el carácter de una época en que la ley, el honor y la dama, eran las ideas que ocupaban la mente del caballero, edad que á medida que se aleja de la nuestra va adquiriendo con los mas vivos colores el sello de la poesía con que se distingue en la historia y en sus monumentos. El castillo de Tiar, pues, elevado en un desierto en el centro de una vasta posesion cubierta de pinares y en terreno montuoso y quebrado, sus dos plazas de armas en completa ruina, sus anchos y altos muros con troneras para arqueros, sus fosos interior y exterior casi cegados y puente levadizo que hoy sirve de puerta donde mismo se alzaba, contribuyen con el gusto severo de su arquitectura á caracterizar mas y probar demostrando el elocuente lenguaje de las ruinas, la grandeza y el rango de los dueños que lo edificaron.

Se ignora quién fuese el fundador de este castillo, pues aunque la lápida que acompaña, nombra á un Tomás Pedrosa, vecino de Ori-

huela, este fué, como dice en la misma, quién fundó en él el convento erigido de San Ginés, de la órden de la Merced, cediéndolo juntamente con mas de una legua en cuadro que comprende la (1) dehesa y propiedad que cedió á la cartuja de Via Celi en el reino de Valencia. El exterior que ofrece en conjunto es el de una gran torre cuadrada que por la parte de Oriente conserva mas el carácter primitivo de su construcción, que pertenece al gusto del 1200 al 1300, ó sea Bizantino; tiene este cuerpo en cuadro unas veinticuatro varas ó algo mas, y de altura como unas veinte; en el centro de dicha pared de Oriente se halla la puerta de hierro practicada en forma de arco rebajado con el dintel y dovelas de piedra, sobre la cual está el reanadro con la lápida precitada, hacia la parte de ocaso, y pegado á el anterior se halla otro cuerpo con varias piezas, y en la misma direccion un gran cuadrado cerrado de unas ocho varas por lado con grandes muros de piedra, cuya parte interior está mas honda que la superficie exterior sobre que se eleva á vara y media cerrando á Toluz, cuya parte superior está destruida y parece este cuerpo una gran cisterna: entre este y el anterior hay un espacio como de tres varas escasas, á que da paso un fuerte arco de piedra con su muro algo ruinoso, que es todo de piedra de dos cuartas en cuadro como el resto del edificio: hacia sus ángulos y dinteles de puertas en esta parte se ven fragmentos de columnas y piedras labradas desprendidas y enterradas en parte con los escombros. Lástima que el actual é ilustrado dueño de esta propiedad no conserve en mejor estado los restos de este precioso monumento, espuesto á destruirse completamente.

El claustro interior que representa la lámina es todo de piedra labrada, y los capiteles de sus columnas son Bizantinos, como tambien en el órden de arcos de la galeria alta, columnas, escudos y surtidores para las aguas lluvias: del claustro bajo dá una puerta á la izquierda de su entrada, comunicando con el oratorio, que es del mismo órden y gusto arquitectónico y del que se conserva en muy mal estado

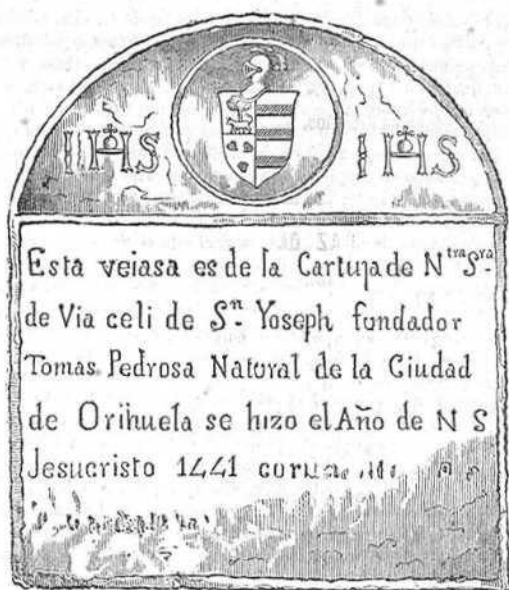
(1) Esta gran finca confina por S. con el Mediterráneo, N. con la Peña del Agui's O. con una cordillera de colinas llamadas de la Balsa, y ocaso con el mayorazgo y haciendas del señor marqués de Rafat.

solo el coro bajo y el espacio que comprendía la iglesia, que ostenta aun como último índice de lo que fué, algunas losas y los sitios donde estuvieron sus tres altares. El pavimento se conoce fué todo de azulejos Bizantinos, encontrándose en su centro un enterramiento en que estan sepultados varios de la familia de Pedrosa, algunos frailes y el D. Tomás que refiere la lápida: el rico artesanado y pinturas en tablas que decoraban las capillas desaparecieron cuando suprimidas las comunidades religiosas quedó la dehesa toda en administracion como fincas del Estado con las demás propiedades.

En el circuito que ocupaban las dos arruinadas plazas que forman otros tantos planos se descubren ruinas de balsas y cañerías reedificadas y destruidas después, hallándose en todas las cercanías de este castillo montones de escombros, vasijas fracturadas y enteras de finísimas arcillas, tejas, ladrillos, lucernas y otros objetos pertenecientes á tiempos genioses, cartagineses, romanos, árabes y posteriores, ostentando los mejores atributos anticuarios. El que llamaban arroyo de la Greda, que desemboca en el puerto de este nombre, cortaba la poblacion que allí existió y un camino romano que de Cartago Nova partía á Roma por la costa oriental de la península, pasando por este sitio, ponía al antiguo pueblo de Tiar en comunicacion con todos los demás.

A diferentes alturas en los bordes del mencionado arroyo, cuyo cauce por sitios está á corte vertical, se ven todavía las diferentes alteraciones que ha sufrido aquel terreno de puro alubion y el curso que dieron en varias épocas, desde las mas remotas hasta el día, en que á cierta distancia hacia N., hay una presa ó tajar de obra moderna, que detiene el curso de las aguas elevándolas á un nivel mas alto, que les facilita salida por un largo cauce practicado en piedra, que conduce el agua á las cercanías y contornos del castillo, donde fertiliza mas de 40 taullas de tierra plantada de frutales, que en forma de gradas escalonadas descienden hasta terminar en la misma orilla de O. del arroyo que por esta parte está poblada de adelfa silvestre, pinos y álamos blancos, haciendo mas pintorescas las inmediaciones del ruinoso castillo; en el día albergue de la pobre familia del hortelano que cultiva la huerta de esta quinta, cuyo edificio es resto de la antigua grandeza del reino de Aragon, cuando Orihuela con el reino de Valencia, estaban comprendidas en aquel. Hoy los ganados seestean á la sombra de los viejos murallones que un día fué la grata mansion de un opulento magnate; y los vellos claustros le sirven por la noche de aprisco, ¡fatal destino de las grandezas humanas! que el poder de los tiempos aniquila, destruye y nos lega erigidas en ruinas para que en tan elocuente y filosófico libro leamos el destino de la humanidad.

J. ALBACETO.



El resto de la lápida despues del año 1841 no se puede leer por estar destruida la superficie baja.

Esta lápida, que por su letra no parece del mismo tiempo de la fecha, sería puesta muy posterior, refiriéndose á la fundacion verificada en dicho año; su language es bastante corrompido quizá por el lapidario que sería valenciano, pues por dehesa dice veiasa.

Los cristos no se qué relacion tenga con el orden de la Merced: no hay mas datos.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Continuacion.)

- Juan, ¿quién era esa mujer?
—Mi hermana y mi novia.
—¿Cómo!
—Mi hermana, porque era huérfana y la había criado mi madre; y mi novia, porque nos íbamos á casar cuando cal quinto.
—¿Y estás resuelto á engancharte?
—Casi lo estoy.
—Vamos, tú tienes mal corazon. Tienes una hermana y una novia, y quieres engancharte; Cabrera mismo no sería capaz de una cosa semejante.
—Desde que se murió mi madre, creo que la perdí... y que quieres, cosas del mundo, la olvidé.
—¿Y era huérfana por segunda vez!... Vamos, Juan, tienes mal corazon.
—Es que ella habrá hecho lo mismo; y aunque era huérfana era rica: tenía un olivar de trescientos piés y una viña de cincuenta cepas.
—¡Tanto mejor! con vino y aceite no se muere nadie en el mundo. No pierdas tiempo. Lo que no sucede en un año, sucede en un minuto. Cuélgate el morral, échate á cuestras ese capote, que ha sido tu pellejo tantos años, y paso redoblado.
—Tengo miedo.
—Ya sabes que los cobardes son los que mueren primero. Con que, arriba. Vamos á echar la última copa de aguardiente ¡Y qué diablos! si no se acuerda de ti, si no encuentran á la hermana ni á la novia, mejor, cara de perro: haces un cuarto de conversion, giras suavemente sobre el talon izquierdo, y *tran, cataplan, cataplan*, te vuelves al regimiento, ó te ahorcas de un pino, que todo da lo mismo.
En el estado de incertidumbre en que se hallaba Juan Perez, le pareció la última razon del cabo incontestable, y decidió por fin, como lo decia, probar fortuna; y como era ejecutivo en todas sus determinaciones, dicho y hecho: echó á cuestras su morral, colgó de su cuello el tubo de hoja de lata que guardaba su licencia absoluta, y ambos compañeros fueron á remojar la despedida con dos copas de aguardiente, en una taberna pintada de almazaron y ócre, allá á lo último de la calle de San Vicente.
En el apretón de manos mas estrecho los sorprendió el sargento Pelao; y el cabo Suarez mirándole de soslayo, le dijo á Juan Perez á media voz y muy despacio:
—Juan, si oyes decir que han muerto al sargento Pelao, no preguntes mas.

II.

LA CAMPANA DE LA ALDEA.

Llevaba Juan Perez seis días de marcha, y había seguido constantemente el camino real. El día séptimo por la tarde lo abandonó para subir una colina suave, que se levantaba á su derecha coronada de olivos y enredada de higueras chumbas.

A pasos lentos avanzaba por la pendiente de la colina, y caminaba sin cansancio y sin afán: cada paso correspondía á un latido de su corazon; audaz, indiferente, sosegado, y, ¡ay! se acercaba á su lugar nativo despues de siete años; allí donde estaban los recuerdos de su primera edad; donde estaba la sepultura de su madre, y donde debía encontrar á Cecilia, que lloró tanto aquel día tan pronto olvidado, en que se separaron acaso para no volverse á ver mas. Allí en aquel mismo sitio que ahora pisa indiferente, debajo del olivo grande que se levanta sobre la cima del monte, hacia siete años, á la misma hora, medio oculto el sol en las sombras de la tarde, se despidió de su madre y de Cecilia, únicos amores de su vida. Allí se habían derramado sus últimas lágrimas; allí había recibido los dos últimos besos; allí de rodillas entre los brazos de su madre y de su novia, al sonido de la campana de la aldea que llegaba triste y lento como queriendo darle tambien su último adiós, había hecho su último voto y su última oracion.

Subió lentamente hasta la cima de la colina, y se detuvo. Tendió la mirada por el valle que sirve de corona á la graciosa aldea, y vió el estrecho campanario empinarse entre el caserio apiñado, como un recuerdo mas vivo entre confusas memorias que empiezan á disiparse.

El cuadro que se desenvolvía á su vista no podía serle indiferente y para contemplarle mejor se apoyó ligeramente contra el tronco del olivo grande, derramó su mirada serena, y comenzó á silbar un toque de guerrilla.

Los últimos rayos del sol poniente empezaban á desaparecer detrás de un grupo de nubes; soplaban un vientecillo frio y húmedo; Juan Perez permanecía inmóvil observando una cosa que estaba sin duda en

armonía con la vaguedad de sus pensamientos. Desde el momento que dominó la cima de la colina había visto su propia sombra proyectarse á lo lejos en dirección á la aldea, pues teniendo el sol á su espalda, le hería casi horizontalmente. La había visto crecer y extenderse, prolongarse como una línea, llegar hasta las primeras casas de la aldea, y como fatigada caer lentamente sobre los tejados del caserío, iluminados entonces por una luz semejante al reflejo de un incendio; la vió subir fatigada por la pared blanca y estrecha del campanario, y fijando su planta sobre la última cornisa, crecer y disiparse, apagando el brillo que despedía la bola de bronce sobre la que se empujaba la veta. En aquel momento se hundió el sol completamente, y Juan Perez se sintió oprimido y le estaba tentando el demonio de la superstición. Su sombra evaporada, por decirlo así, al tocar las casas de su aldea, despertaba en su corazón un triste presentimiento, y la idea de un desengaño se cebaba en él y lo mortificaba.

Algo sintió en el fondo de su alma que le hizo cambiar de parecer, y maldiciendo al cabo Suarez, dió media vuelta, y exclamó sordamente: «Me vuelvo al regimiento.»

Entonces la campana de la aldea sonó tres veces, dejando en el aire un eco trémulo que parecía un gemido; Juan Perez se erguió como si hubiera sentido el efecto de un resorte, como si su coronel le hubiera gritado: «¡Firmes!» Y llevando la mano derecha á su gorra de cuartel, descubrió la cabeza.

¡Cuántos recuerdos acudieron en tropel á su memoria! El eco de la campana había sonado en lo mas profundo de su corazón. Era una queja que quería decirle. «Te he esperado siete años, y he rezado todos los días por tí... pasa de largo por la aldea, si no encuentras en ella el amor que dejaste: vuélvete si no traes contigo el corazón que te llevaste.» Y el soldado registraba con ansia todos los rincones de su memoria; buscaba todos los detalles, todos los pormenores de aquellos días que había ido olvidando poco á poco. Veía á Cecilia con su vestido de fiesta asirle el brazo entre la multitud curiosa que lo abrumaba á preguntas; se sentía arrastrar por ella impaciente de alegría hacia el átrio de la iglesia, y allí de rodillas rezar una oración, que ella le hacía repetir palabra por palabra. Después, sin detenerse, asidos de la mano, cruzaban las dos calles de la aldea, y silenciosos llegaban al cementerio rodeado de rosales silvestres y de altos cipreses; y allí también, como en el átrio de la iglesia, de rodillas ambos sobre una sepultura adornada de siemprevivas, rezaban la oración de los difuntos por el alma de su madre; y luego aprisionado entre los brazos de Cecilia, renovaba aquel beso de despedida, mientras todos le cercan, le hablan, le preguntan y le envidian. Y en el calor de su imaginación exaltada, se distingue en aquellas noches de invierno al amor de la lumbre, rodeado de su mujer, de dos hijos únicos, que uno duerme en el seno de su madre, y otro se balancea sobre sus rodillas; contando los peligros, las fatigas y los horrores de la guerra á la vecindad que absorba le escucha.

El eco de la campana triste y dulce á la vez, grave y sencillo, se ha grabado en su corazón como una palabra santa. El amor, la amistad, la esperanza resucitan para él. Los siete años de campaña huyen de su imaginación, y su corazón salta lleno de vida y de ansiedad como antes, cuando su madre y Cecilia le acariciaban y le bendecían. Todos los vínculos que le parecían rotos se anudan; todas sus esperanzas marchitas florecen; todos sus antiguos deseos se avivan, y parece que van á cumplirse.

Erguido y con su gorra en la mano escucha por segunda vez el sonido de la campana. Entonces reza... no se le ha olvidado ni una palabra siquiera: la oración no le había desamparado, solo había dormido en el fondo de su alma: hacia siete años que no rezaba.

III.

LA APARICION.

Llovía á torrentes: era una de esas tempestades del otoño en que el cielo se deshace en agua, en viento, en relámpagos y en truenos, y era la noche oscura como boca de lobo.

Junto á la iglesia de la aldea, al pie de la torre, casi como parte de ella se dibujaba una casita blanca como la nieve, con una puerta ancha y de una sola hoja: su altura de un piso, y su única fachada consistía en dos ventanas cruzadas de listones de pino y colocadas á uno y otro lado de la puerta. Esta casa se comunicaba con la sacristía de la Iglesia, y en ella vivía la parte mas integrante del culto, el *sine qua non* de los altares, de las lámparas y de los santos: el sacristan.

La noche hemos dicho que era tempestuosa, oscura y fría. La familia del sacristan, al amor de una lumbre alimentada con sarmientos medio verdes, medio secos, se estremecía á cada relámpago y temblaba á cada trueno.

La madre del sacristan, aletargada con sus noventa años, casi dormida y casi rezaba empotrada en un sillón de baqueta tan decrepito

como ella; á sus piés sentada sobre un pedazo de estera la mujer del sacristan hilaba lentamente un lino tan rubio como el oro: y Valentin el organista, hijo único del sacristan, encorvado sobre sus rodillas, acariciaba á un niño de dos años redondo y fresco como una manzana, y levantaba de vez en cuando su cabeza con una tristeza imposible de describir, para fijar sus ojos azules mas tristes todavía sobre la fisonomía dulce y resignada de una muchacha de veintidos años, que cerca de él se apresuraba por concluir una calceta de lana.

Había una tinta de profunda melancolía en este cuadro reposado y mudo, y formaba un extraño contraste con la alegría de Mateo el sacristan, que paseándose con la movilidad de una ardilla, daba vueltas, se restregaba las manos, y hablaba, murmuraba y rezaba.

—Valentin, hoy hace dos años que te di por mujer á esa rosa de mayo que tienes junto á tí, y fuera de ese rapazuelo que tienes sobre las rodillas, maldito lo que has hecho de utilidad. Tienes abandonada tu hacienda, y pasas las horas muertas, haciendo sonar los pitos del órgano, que parecen una legión de muchachos que lloran á un tiempo.

Valentin movió la cabeza, y rompió en una tos involuntaria, seca y profunda, que hizo asomar á su frente algunas gotas de sudor.

La mujer del sacristan miró á su hijo con ansiedad, y la muchacha de veintidos años dijo, atrayendo hacia sí con una mirada la cabeza de Valentin:

—No le riña Vd., señor Mateo.

—Que no le riña, sí; déjale dormirse en las pajas, y ya verás el pan que ha de hartar á tu hijo cuando yo muera. ¿Es verdad, madre?

La anciana levantó los párpados y exclamó:

—Antes de sembrar, solo Dios sabe la mies que ha de ir á la era.

En aquel momento brilló un relámpago, y retumbó un trueno tan largo y tan profundo, que parecía una montaña reducida por un abismo sin fondo. Todos se santiguaron.

—¡Eh, cómo aprieta! exclamó el sacristan saltando de alegría. ¡Qué modo de llover! La siembra que se prepara nos va á dar una cosecha horrorosa. Levanta esa cabeza, dijo sacudiendo á Valentin; te duermes al son del agua como las viejas en el sermón.

No dormía, padre, dijo Valentin con una voz tan desmayada que casi no se percibió.

—¿Estás malo? le preguntó su madre.

—No.

—¿Estas triste, Valentin? le dijo su mujer.

—Cómo tú... como siempre.

—Tú tienes algun pesar, dijo su madre.

—¿Quién no tiene algunol...

—¿Y por qué no se lo dices á tu madre? Yo soy tú mujer... y me lo ocultas.

El organista sintió un nuevo golpe de tos, que trató de ahogar inútilmente.

—Hay pesares que no se pueden decir. Tú lo sabes, dijo fijando en su mujer una mirada de dolor inconcebible.

—¡Yo!...

—Hay y recuerdos extraños.

(Continuará.)

JOSÉ DE SELGAS.

LA PAZ DEL MATRIMONIO.

CUADRO DE COSTUMBRES.

—Pareceis feliz, Anita, siempre feliz. Jamás he visto matrimonio en que marido y mujer pareciesen mas felices.

—¡Oh, oh! Catalina, dijo riéndose la señora Huntington, en esas pocas palabras no os habeis servido mas que dos veces del verbo *parecer*. Y teneis un aire pregunton, como si quisierais saber un poco mas acerca de la vida matrimonial antes de dar el último paso. Afortunadamente no está aquí Enrique para ver la tristeza que descubro en los ojos de su novia. Podría creer que su corazón está lleno de temor en vez de palpar gozo con la aproximación de la boda.

—No os burleis de mí, Anita, sino habládme como teneis costumbre de hacerlo. Yo amo á Enrique, ya lo sabeis, y sin embargo, estoy muy inquieta. Veo tan pocos matrimonios enteramente felices, felices como yo quisiera serlo. Vos sois la que os aproximais al objeto de mis deseos. ¿No teneis alguna vez pequeñas?...
—¿Querellas? No, ahora no. Hemos tenido una, y creo que es menester necesariamente que llegue tarde ó temprano.

—¿Queréis contarme eso, Anita?

—Sí, si lo deseais, quizá pueda seros de alguna utilidad.

—Yo era una joven romántica, como lo sabeis vos, Catalina. Tenia algunas amigas, á quienes yo amaba tiernamente; pero esas amistades no me satisfacían. Mi corazón reclamaba algo mas, apenas si sa-

bia el qué, hasta el día en que amé á mi marido. En los primeros tiempos de mi matrimonio me preguntaba á menudo:

—¿Encuentro en esta vida todo lo que yo me prometía? ¿Soy tan feliz como pensaba ser?

Y mi corazón respondía siempre:

—Sí, y más todavía.

La novela matrimonial, si puedo explicarme así, nos duró largo tiempo. Yo sentía una satisfacción inexplicable cuando estábamos juntos. Me gustaba pasear sola con él. Las mejores horas eran aquellas en que charlábamos ó leíamos los dos solos. Si sentía alguna desazón hacia los mayores esfuerzos para estar alegre en presencia de mi marido. Temía mucho el quedarme estúpidamente muda á su lado, ó el no tener que hablar sino de los niños ó la cuenta de la cocina. Procuraba recordar todas las cosas amables que había leído, pensado ó oído, para repetírselas, y cuando esta materia quedaba agotada, cada uno de los dos teníamos nuestro caballito encima del cual subíamos, de suerte que si guardábamos silencio no era nunca porque no tuviéramos nada que decirnos. Así vivimos unos dos años. Yo era muy feliz. Me se figura que los que nos veían se sorprendían de vernos con tanto gusto y tanto tiempo juntos.

Hasta entonces yo no había tenido nada que sufrir. Comíamos en la fonda, yo no me ocupaba de nada; la ternura de mi marido era una panacea para los males pequeños á que nos vemos sujetos aun en medio de la felicidad. Pero esto no podía durar siempre. Sus negocios lo ocuparon cada vez mas, y yo tuve que cuidar de la casa y de un niño. Entonces se puso á prueba nuestra paciencia por la vez primera. Hasta allí nos habíamos dedicado el uno al otro; en lo sucesivo, los sinsabores de la vida absorbieron nuestra energía. Yo me apercibí la primera de este cambio. Me parecía que se cernía sobre nosotros una nube sombría. Algunas veces se apoderaba de mí la tristeza pensando que mi marido no me amaba ya tanto. Ahora, cuando vuelvo la vista atrás me se figura que aquella fué mi primera falta. Aquellas horas de tristeza disminuían mi valor. Era una injusticia que no debí cometer contra mi marido. Quedóme en la imaginación una herida dolorosa, que me afectó como si hubiese sido víctima de una grave injuria.

Tiempo hacía que mi corazón sufría esta Haga. Yo me guardaba estos disgustos; porque á la vez sentía orgullo y vergüenza de confesarlos. Esta fué mi segunda falta. No puede haber felicidad conyugal si no reina entre los esposos una absoluta confianza.

Vino una estación fría y húmeda. Yo me levanté una mañana muy irritable. Estaba constipada, con dolor de cabeza, y mi hijo me había incomodado toda la noche. Mi cocinera era una campesina ignorante, y aquella mañana hizo el almuerzo peor que nunca. El *beafoak* estaba carbonizado, los huevos duros como balas, el pan sin cocer, y el café excecable. Mi marido soportó con paciencia heroica todo hasta la llegada del café, que acabó con su paciencia. Volcó la taza, y dijo con tono semi-enfadado:

—Quisiera que lográsemos una vez un buen café. Anita, ¿por qué no lo hay aquí nunca como en casa de mi madre?

Aquella fué la gota que hizo desbordar mi vaso ya lleno. Mi mal humor estalló.

—Jamás encontráis nada bueno en casa, exclamé, y me estremeci yo misma con el sonido de mi voz. Mejor haríais en permanecer en casa de vuestra madre, si no estais contento aquí, ó dadme criados que sepan hacer algo. Yo no puedo hacerlo todo... cuidar de noche al niño, y hacer el almuerzo por la mañana.

—Yo no sabía ser tan sin razón, respondió él con aire ofendido.

Después de haber estado algunos minutos en la mesa sin pronunciar nada, se levantó, cogió el sombrero y salió.

Cuando sentí la puerta, perdí todo mi valor. Encerréme en mi cuarto, me senté en una silla, y me eché á llorar como un niño. Era la primera vez que yo respondía de aquel modo á mi marido. Me parecía que una desgracia nos amenazaba. La cabeza se me calentó de tal suerte, que di una vuelta por la habitación retorciéndome los brazos.

¡Oh! todo se acabó, pensé, ya no habrá felicidad para nosotros en este mundo. Y este pensamiento me hizo sumamente desgraciada. Un negro sudario me cubría de pies á cabeza; el porvenir no me ofrecía mas que tinieblas y desolación. En mi miseria, procuraba consolarme descargando la censura en mi marido. ¡Qué necesidad tenía de hablarme así? exclamé; bien podía haber visto que estaba mala é incapaz de sufrir nada. Fué una maldad de parte suya. Es claro que no se ocupa de mí como en otro tiempo. Y después repetirme sin cesar que su madre tenía tan buena mesa, cuando sabe que hago todo lo que puedo por tenerlo contento. ¡Oh, fué una maldad!

No tomeis un aire tan terriblemente sério, Catalina. En aquel instante se puso á llorar mi hijo, y me vi obligada acudir á él antes de acabar mi dolorosa letanía; pero bastante había avanzado por el mal camino. Comencé á calmarme con la idea de que toda la culpa era de mi marido. Yo estaba muy incomodada por haberle respondido tan

bruscamente, pero creía que él debía sentirlo como yo. Antes que mi hijo hubiese concluido de llorar, formé el propósito de no manifestarme arrepentida, antes que mi marido mostrara su arrepentimiento.

Me lavé la cara para borrar las huellas de las lágrimas, me vestí con una atención extraordinaria, y bajé á decir á la vieja Brigida que cuidara mucho de la comida. Hice aquello con la actitud de una víctima. Quería obligar á mi marido á arrepentirse de su injusticia, dándole, por toda queja, una comida tan buena como la de casa de su madre. Y para avivar sus remordimientos, le preparé yo misma una excelente taza de café, nuestra bebida favorita.

La una sonó; se abrió la puerta; oí los pasos de mi marido. ¡Silbaba! Se sentó á la mesa con la mayor calma sin dar señales de la borrasca pasada. Dirigió en torno suyo una mirada de satisfacción.

—¿Qué comida tan sazónada, Anita! exclamó.

—Celebro mucho que os parezca así, respondí yo con cara compungida.

—¡Buen asado! ¡el mejor que hemos comido en todo el año!

En una palabra, tan satisfecho estaba con la comida que yo le servía, como una tierna queja, que no se apercibió de mi mal humor. A la vez estaba yo triste y alegre, pero no abría la boca sino para responder á sus preguntas. Después de los postres, yo le serví el café. Quedóse sorprendido.

—Anita, dijo, creo que habeis tratado de probarme vuestra habilidad.

Había adivinado, pero sin sospechar mi designio. Mi primer impulso fue el de responderle francamente. «¿Es tan bueno como el de casa de vuestra madre?» Esto le hubiera dado la llave del secreto, hubiera comprendido todo, y al punto hubiéramos hecho las paces. Pero estaba avergonzada. Sorbí mi café en silencio. El momento dorado pasó, y mi buen ángel huyó. El orgullo quedó dueño del campo. Comencé á resentirme viéndolo gozar así de mi comida, y olvidando el disgusto que me había ocasionado. Como tenía mucho que hacer aquel día, no se quedó tanto tiempo como de costumbre á hablar conmigo, sino que se fué silbando mas alegremente aun que antes de comer.

Volví adonde estaba mi hijo, pensando en la conducta que debía observar. El niño dormía; la lluvia azotaba las ventanas; el viento mugía, y el mundo me parecía triste como una tumba. Me había fatigado preparando la comida; y ahora que la excitación había pasado, y que sentía la reacción, me preguntaba qué ventaja me había producido. Ni la mas pequeña. Mi marido no había observado que era objeto de reconciliación. Echéle en cara su insensibilidad. En otro tiempo, pensé yo, hubiera observado la mas ligera alteración en mi voz, la menor nube en mi alegría; hoy puedo estar realmente enfadada contra él sin que lo sospeche.

La tarde me pareció eterna. Estaba agitada é inquieta, ensayaba una y otra ocupación sin que nada me agradase; y bajé por el té, mas distante quizá del buen camino que lo había estado al mediodía. Sentéme á la mesa, triste y silenciosa. Mi marido intentó dos ó tres veces empeñar la conversación, pero sin éxito.

—Anita, dijo en fin con bondad, ¿no estais hoy buena?

—No, del todo, respondí suspirando.

—¿Qué teneis?

—Dolor de cabeza. El niño no me ha dejado dormir en casi toda la noche.

Esta era la mitad de la verdad, y me juzgué culpable parándome en este punto. Él me estimuló á que me reclinara en un canapé, y me propuso el leerme un poco.

Sentí su amabilidad; era la de los tiempos anteriores. Aunque el nuevo no tuviese mas que un día, me se figuraba una eternidad. Pero no era lo que necesitaba. Quería una explicación clara, y no que esquivase la dificultad, y resolví estar con aire mohino hasta que llegase esta explicación, hasta que conociera que después de tal desazon no podía volver á ser feliz, sino con un arrepentimiento y un perdón recíprocos. Por eso no quise oír la lectura, y dije que necesitaba acostarme. Dejélo en un sillón, con su quinqué, su libro y un buen fuego, todo como cuando era soltero; subí á mi cuarto, me metí en cama, y me dormí llorando. Os reis, Catalina, pensais que estaba loca. Teneis razón; ahora yo tambien lo creo.

—¿Y en qué paró todo esto, Anita?

—Una semana me mantuve así, cada día mas triste y disgustada. Cuando me quedaba sola, cogía el niño y lloraba como si hubiera muerto mi marido, como si no tuviera nada en el mundo mas que aquel niño. ¡Dios mío! ¡Cuán desgraciada era yo! y mi desdicha crecía todos los días. Cuantas veces veía á mi marido, descubría en su conducta algun nuevo motivo de disgusto; tan pronto tenía mucha prisa como muy poca: hablaba demasiado ó casi nada.

El soportó con paciencia mi mal humor, persuadido de que yo estaba mala. Un día vino á decirme que tenía ocho días de licencia, que había alquilado un carruaje y que debía preparar el equipaje mio

y el de mi hijo, porque íbamos á partir dentro de una hora. Debíamos ir á pasar la semana en casa de mi madre.

—Tanto vale pagar los gastos de viaje como las visitas de médico, querida Anita, dijo él. No quiero que os amortiguéis como lo haceis de algunos días á esta parte. Vamos á despedir á Brígida, á cerrar la casa, á huir de todo enojo y distraernos un poco.

Todo iba dicho con tanta bondad, que tuve deseo de arrojarle al cuello de mi marido y de llorar abundantemente pensando en mi atroz conducta; pero aun no habia llegado el momento de explicarnos. Dime, pues, priesa á preparar mis cosas. Antes de estar á la mitad de mi tarea, resolví decirle todo desde el principio hasta el fin. En el momento en que tomé esta determinación me sentí aliviada de un peso enorme; mi corazón parecia ligero como una pluma, mi voz, mi fisonomía, todo habia cambiado. Yo lo sabia, y mi marido lo notó apenas lo vi á la hora convenida.

—Y bien, Anita, creo que los preparativos de viaje os han curado. Ahora lo mismo será que nos quedemos en casa.

—Hé aquí mi historia, Catalina. El resto os pareceria muy poco interesante.

—No, no, Anita; me privaríais de lo mejor. Contadme cómo hicisteis las paces.

—Subimos al carruaje y viajamos alegremente hasta el anocheecer. El niño se durmió. La naturaleza estaba tranquila y serena; yo envidiaba aquella tranquilidad. Lágrimas de verdadero arrepentimiento brotaron de mis ojos y cayeron sobre mi hijo antes de que yo lo observase. Mi marido volvió la cabeza y las vió.

—¿Cómo, Anita! dijo con mucha sorpresa, ¿qué tenéis?

—Oh! estoy disgustada, respondi.

—¿Por qué, querida mía? ¿No sois feliz? ¿Qué os atormenta?

—Siento tanto el haber sido tan mala esta semana!

—¿Qué queréis decir? preguntó con un aire cada vez mas cortado.

—¿Cómo! ¿No lo sabeis?

Y empecé á contarle toda mi historia; cómo me habia vestido muy irritable y me habia dejado llevar de mi mal humor para responderle bruscamente, cuando me dijo que lo que se comia en nuestra casa no era tan bueno como lo de casa de su madre; cómo aquello me habia trastornado; cómo él lo habia olvidado sin procurar una reconciliación diciendo que se arrepentia; cómo habia estado ocho dias pensando en ello; cómo se habia todo aquello envenenado en mi corazón, emponzoñando todos mis gozes; que torrentes de lágrimas habia vertido en la soledad, pensando que todo se habia concluido entre nosotros y que jamás nos amaríamos ya como nos habíamos amado antes.

—Escuchóme sin decir palabra y enseguida se echó á reir.

—¿Quisiera saber, Anita, dijo él, si habeis estado mala por eso toda la semana?

—Ciertamente.

En esto paró el caballo para dar la vuelta.

—¿Qué vais á hacer? le pregunté.

—Volver á casa, si es ese todo vuestro mal.

Solté la carejada con tanto gusto como él, porque mi pecado estaba ya confesado y me sentia feliz. Pero tiré de la otra rienda y acaricié con la fusta las orejas del caballo, que partió al galope en la direccion de la morada de mi madre.

Pero entonces tomamos esta resolución, que si otra vez llegáramos uno de los dos á tener alguna queja del otro, nos pediríamos una explicación antes de que se pusiera el sol, á fin de poder retirarnos á dormir, si no en paz con todo el mundo, por lo menos en paz el uno con el otro. Desde aquella época siempre hemos guardado fielmente nuestro compromiso; jamás he pasado una semana mas desgraciada que aquella de que os acabo de hablar, y creo firmemente que no la pasaré otra vez.

Espero, Catalina, que sereis tan feliz con Enrique, como yo lo soy con mi marido. El mejor voto que puedo formar por vos es que la primera desazon que tengais con vuestro esposo sea tambien la última.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

CAPÍTULO III.

EL CONSEJO.

Quando los senadores de que se componia ordinariamente el consejo, entraron con sus frentes cavilosas en el salon que acababan de dejar los cortesanos; el primer objeto que descubrieron fué el rey acostado sobre la mesa entre los vasos, las botellas, los platos, las servilletas manchadas de vino y los frascos de aguardiente y ginebra. A pesar de la impresion dolorosa que les produjo la vista de este desorden y la de su embriagado soberano, dieron vuelta á la mesa incli-

nándose con respeto y luego se retiraron á una habitacion inmediata para esperar á que pasara el letárgico sueño del rey.

La sala del festin habia vuelto á quedar en silencio, y el gran espejo de Venecia no retrataba otro convidado que Carlos XII, cuando una puerta se abrió, una mujer entró de puntillas y la puerta volvió á cerrarse. Esta mujer, cuyo elegante porte anunciaba una dama distinguida, tenia el rostro medio cubierto por una mascarilla de terciopelo. Se acercó al rey dormido, le miró con una piedad que indicaron los movimientos de su boca, y luego le dió un ligero golpe en la espalda con su abanico. Como el rey permanecia insensible le dió otro con mas fuerza. Al tercero el rey se despertó sobresaltado y miró con el em-
brutecimiento de la embriaguez quien osaba despertarle así.

—Mi arma no es mas que un abanico y soy una mujer.

—Esa voz... la conozco, balbuceó el rey apoyándose en su brazo izquierdo... si, la conozco... sois...

—La dama de honor de la señorita Aurora de Koenigsmarck.



(Hernando de Céspedes.)

—La hermosa Georgina...

—Oh! hermosa...

—La mas hermosa para quien no ha visto á vuestra ama... Pero ¿por qué ese antifaz... esta visita á esta hora, esta sorpresa...

—Por llegar á vos sin ser reconocida.

—Pero...

—Para veros...

—¿Queréis hablarme?

—En secreto quiero hablaros de mi ama.

—¿Qué hermosa es! exclamó el rey con la pesadez del vino; qué divina es la condesa de Koenigsmarck... ¡qué frescura hay en su rostro!... ¡qué expresion en su mirada! ¡Oh cuánta simpatía inspira... cuánta ternura... cuánto amor!... Y añadió cogiendo la mano de la que creia ser Georgina. ¡Veis, la amo como amo en este momento al sueño que pesa sobre mis ojos, que me anonada, que lo agita todo dulcemente delante de mí!... La amo como á esta mesa que no dejaría por el mejor lechod del mundo... y por ser amado de ella daría todo mi reino y los dos mares que le bañan... si, los daría. ¿Por ser amado de ella qué no daría yo?

—Y bien, sois amado, dijo la enmascarada.

El rey oyendo esto, cogió con tal fuerza el brazo de la condesa que la hizo dar un grito.

—¡Soy amado de la condesa! exclamó con la risa frenética que le atacaba cuando se agitaban sus nervios, ¡soy amado de la condesa!

Y no dejaba el brazo de la condesa que le dijo:

—Pero señor, vuestra felicidad como todas las del mundo tiene su mezcla.

—¿Qué queréis decir?

—No me atrevo... sin embargo, mi conciencia... mi franqueza...

—¡Hablad, exclamó el rey á quien la fuerza de su pasión prestaba un rayo de lucidez, hablad.

—Otros que vos no han podido ver á la condesa sin sentir cierto tierno interés...

—¿Es posible?...

—Señor...

—Y bien...

—Teneis un rival.

—¡Un rival! exclamó Carlos XII, despota desenfundado en todo; ¡un rival! Esta noticia produjo en él un efecto que la condesa esperaba, aunque sin creer que fuese tan violento. Abandonó el brazo que apretaba con fuerza, y echándose hacia atrás para levantarse, apoyándose en los puños, con los ojos chispeantes y los labios espumosos, repitió: ¡Ah! ¿con qué tengo un rival? ¿y quién es? ¿Es ese que está ahí? ¿Aquel de mas allá? ¿aquel otro que está entre aquellas columnas? Y señalaba las estatuas de la habitación. Imagínese si el aguardiente produciría efecto sobre él.

—Ese rival es uno de vuestros cortesanos, le dijo por lo bajo y temblando la enmascarada.

—¿Uno de mis amigos?

—De los mas íntimos.

—¡Mientes! dijo el rey llevando la mano á la mascarilla de la condesa para arrancársela.

Creyóse esta pérdida... iba á ser vista por el rey.

Demasiado débil, sin embargo para sostenerse en un solo brazo, Carlos XII cayendo de un lado tuvo que abandonar la mascarilla para sostenerse. La máscara fué desatada solo, pero la condesa volvió á atarla al momento.

—¡El nombre de ese rival que osa aspirar al bien del rey! exclamó Carlos XII, ¡su nombre!

Colocada mas lejos del rey, cuyas uñas acababa de experimentar la condesa, respondió:

—¿Para qué querer saberlo?

—¿Para qué callarle? Exclamó el rey rechinando los dientes, es Reuschild?

—¡Oh!

—¿Es Olof?

La falsa Georgina soltó una carcajada tan fuerte á este segundo nombre que el rey continuó rápidamente.

—¿Es Milius? ¿Es Erie?

—No, no... murmuró débilmente la condesa.

—¿Es Megret? Es...

La condesa calló, de modo que Carlos XII imaginó al momento que su rival no podía ser mas que el aventurero francés, lo que era para él el asombro de los asombros, porque Megret era muy feo.

La condesa no quería dejar que se cambiase en certidumbre en el rey la suposición hija de sus celos, y añadió:

—No, no os diré su nombre.

—¿No es él?

—Sóis terrible, señor.

—¿Pero quién es entonces? exclamó el rey, á cuya imaginación vino un nombre que desechó como un mal pensamiento sin pronunciarle.

—Vos lo creéis todo cuando lo hayáis descubierto por vos mismo, dijo la condesa avisando de nuevo al rey en sus dudas.

—¡Maldición! ¡si le encuentro!... Oh, la traición tan cerca de mí, en mi palacio, en mi mesa. Quien me haya engañado morirá, os lo juro sea Renchild, sea Herman, Olof, Megret...

El rey se detuvo al nombre de Megret, al cual volvía con gran placer de la condesa, pues el aventurero francés, mas sutil y mas penetrante que los demás oficiales suecos, la daba miedo especialmente desde la última caza. Indisponiéndole con el rey, conseguía un doble objeto; pero la importaba mantenerle en duda.

El esfuerzo que acababa de hacer Carlos XII exaltándose, le dejó aun mas pesado y le hizo caer de nuevo sobre la mesa como si la pesadez del sueño después de haberle despertado un momento, le revolviese con mas imperio en el abismo de los ensueños.

—El ama ya con furor á Georgina bajo el nombre de la condesa de Koenigsmarck, dijo la condesa quitándose un momento la careta para respirar, yo le he dado celos y por consiguiente va á amarla aun mas; acabo de asegurar para siempre mi conquista. A la verdad... vale la

pena de que se me emplease para esto ese niño loco?... Está muerto y su reino pertenecerá á quien le coja. Cojasele pues.

La condesa tomó en seguida de nuevo el camino por donde había venido; dió dos golpecitos con el abanico en la puerta por donde había entrado y la puerta se abrió, apareciendo en ella un criado. La condesa salió con él y ambos cruzaron las galerías de palacio que la condesa tenía derecho de recorrer á cualquier hora, como amiga de la hermana de el rey y de hacer abrir á su dama de honor, título que había tomado con los criados que la habían dejado pasar.

Un cuarto de hora después de esta escena de que el rey no debía de acordarse mas que como de un sueño, los consejeros entraron en la sala del banquete á ver si estaba en estado de recibirlos; pero su resolución estaba tomada.

Sentáronse en silencio en los mismos asientos que poco antes ocupaban los amigos del rey, y durante media hora esperaron que les preguntase el motivo de su presencia, porque no era comun que vinieran á hablarle de asuntos de Estado en medio de sus orgías. El rey persistía en su posición horizontal. Entre los senadores estaban los doce á quienes el rey había humillado en la caza obligándoles á luchar con el oso. El letargo de Carlos se prolongaba mas allá de los límites del respeto y los consejeros se decidieron á abrir la sesión y agitar la imperiosa cuestión para que se habían reunido. La salvación de Suecia dependía de su pronta deliberación. El senador Dalberg habló el primero.

—Tres poderosos monarcas, dijo, se han coligado contra la Suecia: el rey de Polonia, el de Dinamarca y el Czar de Moscú.

El senador se detuvo interrumpido por una voz que pasando através de la cerradura de la puerta vino á añadir un escándalo á tantos escándalos. Un cortesano que imitaba perfectamente el canto del gallo había turbado al orador con algunas variaciones y las carcajadas del de la pieza vecina acompañaron esta burla.

Dalberg continuó sin conmoverse.

—Fácil es adivinar lo que quieren esos tres reyes ligados contra el nuestro, esen tres reinos contra nuestro reino.

—Quieren apoderarse de la Suecia, dijo á su vez el consejero Falkenberg.

—Y repartírsela, añadió el baron Sparre Fabricius, con indignación.

El rey que estaba acostado del lado derecho se volvió del izquierdo.

—Si, proyectan fríamente repartirse nuestra patria, de donde salió el famoso Gustavo Adolfo que tanto les hizo temblar.

Al nombre de Gustavo Adolfo todos los senadores se levantaron inclinando la cabeza.

Al mismo tiempo atravésó por la cerradura un segundo grito no menos sabiamente imitado que el primero, pero esta vez imitaba un «buzno». La partición está ya arreglada, prosiguió Falkenberg; el Czar, nuestro vecino, se apropia la Divonia, el rey de Polonia Federico Augusto la Suecia, y el rey de Dinamarca la Noruega. En otro tiempo esta brabata no hubiera hecho mas que excitar la risa de la valerosa nación sueca pero ¿quién hubiera osado hacerla en otro tiempo? En tierra y mar nuestro pabellón imponía miedo á nuestros enemigos y respeto á nuestros aliados, y ahora se nos amenaza, se nos ataca, se nos invade!

—Se nos invade! murmuraron con dolor los demás consejeros.

—Los sajones han entrado en Divonia, prosiguió Falkenberg, y la Divonia es á la Suecia, lo que la hija á la madre. Esta es la primera vez que el extranjero pone el pie en nuestro reino. Se ha envalentonado con nuestra debilidad.

—Con nuestra indiferencia, dijo Dalberg.

—Con nuestra cobardía, añadió Sparre.

—Y caerá sobre Stokolmo, clamaron muchas voces á un tiempo.

El canto del gallo y el del asno habían sido sobrado bien imitados para que el del perro no tuviera el mismo honor. La ardiente indignación del consejo fué acogida en la pieza inmediata por ladridos tan numerosos y variados que era fácil adivinar que no los producía aquel mismo pecho. Cada cortesano participaba lo que podía de aquel concierto. No se podía desear un conjunto mas ruidoso ni mas original.

En cuanto al rey, dejó de estar acostado sobre el lado izquierdo para ponerse boca arriba.

—Y cuando se piensa, prosiguió Falkenberg que se levanta enfrente de la Suecia, al otro lado del mar un hombre, cuyo robusto genio no se detiene ante ningún obstáculo, que extiende su imperio de la mar glacial al Mediterráneo, del Báltico á la China á través de las selvas que abate, que es á un tiempo, emperador, general, gran sacerdote, almirante, legislador y creador de su pueblo, porque lo ha creado todo, su capital, su armada, su religión, sus leyes y su nación; cuando se piensa que Pedro Alexiowia, á quien la posteridad llamará sin duda Pedro el Grande, está entre nuestros enemigos, es uno de los tres reyes coligados contra Suecia ¿cómo no deplorar la suerte de nuestro país espuesto á tantos golpes redoblados, á tantas desgracias ciertas?

El viejo consejero Axel que hasta entonces había escuchado en silencio, usó de la palabra para decir que importaba solo en una circunstancia tan grave recurrir á los medios de defensa oponer la fuerza á la fuerza, la armada á la armada, cañón á cañón, hombre á hombre.

—Pero quien puede hacer eso con su voluntad soberana, objeto amargamente Falkenberg ¿no es el rey?

—¡Pues que sea el rey! replicó con enojo Axel.

—El rey es muy joven, dijo un consejero con ironía.

—El rey está enfermo, dijo otro con compasión.

—¡Ved ahí al rey! dijo el enérgico Axel, que llevaba aun en el rostro la señal de las sangrientas garras del oso. Ved ahí al rey... con eso está dicho todo; ese montón de miembros enervados, crispados, fatigados por el exceso de los licores, ese es el rey que podemos oponer á tres reyes jóvenes, valientes, enérgicos, cuyas tropas pisan ya la Suecia.

Cuando de audacia en audacia, inspirados por la suprema ley del peligro, los consejeros llegan á hablar así en presencia de su dueño, están cerca de tocar á los derechos de la corona, para salvarla salvando el país.

El anciano Axel prosiguió. Si Dios no quiere que se deponga á los soberanos que él mismo ha elegido, no puede querer tampoco que los Estados perezcan, porque también son obra suya. Ved el medio que propongo para impedir que nuestra patria sea presa de esos tres buitres que se ciernen sobre sus nieves. Hemos cometido una falta quitando la regencia á la reina Eleonora de Holstein, viuda de Carlos X y madre de Carlos XI para coronar á Carlos XII, que no debía de ser rey hasta los dieziocho años. Hemos salido de la ley... volvamos á ella al momento.

—¿Quitar la corona á Carlos XII? exclamó un consejero espantado.

—Para volvérsela mas tarde; cuando comprenda los deberes que le impone. Mientras tanto pongamos el cetro y el poder en manos de su abuela Eleonora de Holstein.

—La reina viuda, respondió el baron Sparre respetuosamente, está en la extrema ancianidad, y acaso conviene el reposo á su augusta cabeza, que una corona...

Otro senador añadió.

—La reina viuda ha bajado ya dos veces del trono, hácela subir otra es aventurado y peligroso; su presencia va á atraer en torno del trono los partidarios de su modo de gobernar, que no era el mejor, pues la hemos quitado la regencia antes de tiempo.

Un tercer consejero fué mas lejos aun.

—Oponer la prudencia estéril de una mujer á la ambición hostil combinada de tres reyes jóvenes... ¡pensad lo que haceis.

Entonces estas palabras salieron como llamas de la boca de Axel.

—¿Conoceis otro medio mejor de salvar la Suecia? Proponedle, porque es preciso salvarla y salvarla pronto. La tierra tiembla bajo nuestros pies; el horizonte arde. En este momento el enemigo viola, saquea, quema nuestras ciudades, destruye nuestros navios, esas fortalezas flotantes de la Suecia, insulta su bandera, azote del leopardo, roba nuestras iglesias y nuestro erario, degüella á nuestras mujeres... y nosotros ¿qué hacemos?... ¡Nada!

—En los momentos de peligro, en la hora de agonía de las naciones, hay siempre de esos buenos viejos como Axel que se llaman ya el sabio Nestor, ya Mateo Mole, ya Axel. Dios toma su rostró sublime para inspirar á los débiles el gran impulso de la revolución contra la tiranía que se despierta ó la monarquía que se duerme.

Axel derramando lágrimas alzó al cielo sus brazos temblorosos.

Los consejeros se dejaron llevar de su ejemplo é invocaron en silencio con el pecho conmovido, el amparo de Dios, y el cuadro que produjeron fué sublime por el contraste. En torno de una mesa derribada por la orgía, augustos ancianos, padres de la patria, suplicaban al cielo con dolor que salvase la Suecia, mientras que el rey acostado sobre la mesa dormía...

De repente la habitación vecina retumbó al ruido formidable del resonante cantar de los compañeros del rey, que cansados de imitar la voz de los animales—Todo cansa, hasta lo mejor—cantaban la clásica y popular canción sueca, cuyo estribillo dice:

Nunca se bebe bastante,
Nadie bebe demasiado;
El que resiste que beba
Y curará si está malo,
Curará, curará,
Y sino se morirá.
Pero que beba
Enfermo ó sano:
¡Haced que beba!
Bibat et moriatur.

Este estribillo ronco, ébrio, ardiente, entonado con furor, fué entrecortado por esta oración cordialmente exhalada del pecho de los senadores.

—¿Quién salvará nuestra patria? Dios nuestro, ¿nos abandonará en el peligro? Perdonanos nuestras faltas, óyenos, Señor. Si tú no nos salvas, ¿quién nos salvará?

—Yo, exclamó una voz tronante como la de la trompeta del juicio, y Carlos XII se levantó sobre la mesa sacando la espada.

—¡El rey! exclamaron todos.

—¡Carlos XII se despierta!

—Dios mío, nos habrás oído?

—Sí, yo os salvaré, yo salvaré la Suecia. Son tres reyes contra nosotros; aunque sean doce! Que pasen el Báltico! que vengan! Tenemos bastante nieve para enterrar sus tres ejércitos. No nos vencerán, os lo juro sobre mi espada. Miradla, es la de Gustavo Adolfo!

La frente de Carlos, que como se sabe, era muy grande, pareció aun mayor en este momento; su infernal ardor guerrero que debía espantar á toda Europa, se revelaba en aquella huesosa cima iluminada en su base por dos ojos fijos, largos óvalos blancos, en cuyo centro destellaban dos pupilas acerdamente brillantes. Su mandíbula desmesuradamente larga, caracterizaba aun mas su fisonomía, y la extrema blancura de su piel, manifestaba que en este momento su sangre como su cólera se había retirado al corazón.

—Señores, prosiguió trasfigurándose poco á poco, aunque ya estaba enteramente despierto: sois leales servidores, sabios y valerosos consejeros, leales suecos, habeis hablado y obrado bien, no habeis temblado; mereceis ser recompensados y lo sois, pues encontráis á vuestro rey.

—Si, le encontramos!

—Viva largos años.

—Que no sea esto un sueño! osó decir Axel, incrédulo aun ó al menos dudoso de este milagro.

—No es un sueño, aunque no sé si es un milagro, exclamó Carlos XII: es una verdad. En seguida llenando de agua la copa mas grande que encontró dijo antes de beber.—A vuestra salud. He aquí el único licor que Carlos XII se condenará á beber, os lo juro, lo restante de su vida. Podedis retiraros, señores consejeros: vuestra obra de valor ha terminado, y la mia comienza ¿Cómo acabará? ¡Sábelo Dios.

Admirados y enternecidos los consejeros salieron en silencio con la frente descubierta y radiante de esperanza, como los reyes magos despues de haber visto al Salvador.

En cuanto hubieron salido, el mismo Carlos XII fué á abrir las puertas á sus alegres compañeros que entraron en tumulto; tan ébrios por lo menos como antes del consejo, no habiendo oído nada de lo que habia pasado entre el rey y los senadores. Para lo cual habia sus razones.

—Señores, les dijo el rey. Regocijaos, durante el consejo he pensado en vosotros y vuestros placeres. Empezamos á cansarnos de no encontrar ninguno nuevo... yo he descubierto uno que os agradará.

—¿Y qué placer es ese? preguntó Eric apoyándose en Olof, que se apoyó en Herman, que se apoyó en Megret.

—¡Vive Dios! eso se adivina! ese nuevo placer es un nuevo modo de beber, exclamó Olof rojo como la escarlata.

—No, un nuevo juego, interrumpió Megret, cuya embriaguez era blanca como la harina.

—Decid mas bien que es un nuevo modo de cazar osos, murmuró Reuschild.

En fin, cada compañero de Carlos XII afirmó segun sus gustos que el placer de que hablaba el rey no podia ser otro que un refinamiento de su pasión querida.

—No habeis adivinado, señores, les dijo el rey. El placer que pretendo daros á conocer es mas vivo que el juego, que la caza, que la orgía; es un placer digno de un rey y de hombres como vosotros. Este placer es la gloria.

Si los desórdenes habian fatigado y abatido á aquellos cortesanos, no habia aun degradado enteramente su carácter, y la gloria se parece demasiado á la guerra, la guerra se parece demasiado á la caza, para que no se inflamasen sobre todo en su estado á la voz del rey que les hablaba de gloria, placer efectivamente muy nuevo para ellos.

Carlos XII prosiguió con el mismo entusiasmo:

—Partiremos dentro de breves dias.

—¿Adónde? preguntaron á una voz todos los cortesanos excepto Reginald, abrumado de pesar por este acuerdo que destruía su promesa hecha á Aurora.

—Partimos á la guerra, respondió Carlos.

—¡Viva el rey! ¡viva la guerra! exclamaron todos poniendo mano á la espada despues de haber gastado algun tiempo en buscar el puño.

—Pláceme veros tan dispuestos á secundarme.

—¿Y quién nos quiere hacer la guerra, preguntó Reuschild, es Dinamarca?

—¿Es Polonia?
 —¿Es Moscovia?
 —Las tres, exclamó Carlos XII; nos echan el guante.
 —¿Le recojemos!
 —Reuschild, tú serás mi general.
 —Sí, señor.
 —Lieven, tu mandará la artillería.
 —Sí, señor.
 —Olof, los dragones seguirán tus órdenes.
 —Sí, señor.
 —Herman, tú mandarás las tropas de mar.
 —Sí, señor.
 —Megret, os he nombrado mi ingeniero, me construireis fortalezas.
 —Y os las tomaré, señor.
 —Y tú, Reginold, serás mi ayudante de campo. Escribirás mis órdenes y las llevarás á través de las balas. Es la mision mas peligrosa.
 —Y la mas honrosa, señor; os doy gracias por ella; respondió Reginold, siempre pálido y pensativo, pensando que no volveria á ver á la condesa, aunque dichoso en su dolor por la heroica determinación del rey. Sus lágrimas eran gloriosas y amargas; su valor ansiaba ya el peligro y corria á él mientras que su corazon, vencido por el amor, se unia cada vez mas á la Suecia, y carecia de fuerza para abandonarla.

(Continuará.)

UN GOLPE EN VAGO.

Ya el triunfo de vuestras armas

En tod. Cuba se sabe,

Y herido de negra envidia

Se agita Diego Velazquez.

Con mucho disgusto ha oido

Que yendo á buscar las naves

Os hayais vos apartado

De rendirle vasallaje.

Estando en esta comarca

Del rey por representante

Dicen que asaz ha sentido,

Y lo cuenta como ultraje,

Que de tantas regalías

Como en esta tierra os hacen

Hayas al César mandado

Un barco de vuestra parte

Henchido de barras de oro.

Y de vistosos plumajes.

Por esto los enemigos

Que allá en Santiago dejasteis

De vuestra honradez murmuran

Con desenfado y coraje,

Que diz que de ingratiudes

Habeis hecho siempre alarde,

Bien pudierais, buen Hernando,

Torcer el rumbo, si os place,

Para aplacar las habillitas

De esos hombres miserables

Que solo mueven las lenguas

Cuando no hay quien se las saque.

Yo bien sé que esa jornada

No os fuera del todo en valde,

Que conocer os importa

Un traidor de alto linaje,

Que con achaques de amigo

Os vendió como un alarbe.

No arrugueis, Hernan, el ceño,

Que aunque da honor al semblante,

Bien se vé que sois un mozo

Que habeis una alma de ángel.

Fuisteis incauto aquel día

Que á Santiago abandonasteis

Que allí el traidor se quedaba

Con vuestra ausencia gozándose

Al lado de Catalina,

Al lado de vuestra amante,

Y ese traidor, os lo digo

Porque vuestro enojo estalle,

Es el mismo que hoy murmura

De veros aquí tan grande.

Alzóse Hernan de la silla
 Sin dar muestra de alterarse,
 Y al licenciado Juan Diaz
 Así contestó arrogante:
 «Porque vos me lo habeis dicho,
 Y os doy las gracias, buen padre,
 Sé que el triunfo de mis armas
 En toda Cuba se sabe.

No me importa que envidioso
 Se agite Diego Velazquez,
 Ni me avergüenza que diga
 Que soyas son esas naves;
 Que si honores al rey debe
 Bueno será que los pague.

Nunca á don Diego he jurado
 Obediencia ni homenaje;
 Solo al rey lo he prometido
 Y al rey solo he de humillarme.

Por eso de los regalos
 Que en esta tierra me hacen
 Un barco henchido de oro
 Vogando va por los mares.

Desprecio los enemigos
 Que allá en Santiago me tachen,
 Que murmurar por la espalda
 Es oficio de cobardes,
 Que no merecen la honra
 De que sus lenguas les saque.

En cuanto al tenaz don Diego...
 Dejad, por Dios, que aun no es tarde
 Para probar que es de un tigre,
 Alma que juzgais de un ángel.

Por lo tanto, fraile honrado,
 Dejad que los otros hablen,
 Que es propio de hombres pequeños
 Ocuparse de los grandes.

Y volviéndole la espalda
 De la habitacion se sale
 A tratar de sus conquistas
 Con los demás capitanes.

Entonces el licenciado
 Toma papel y al instante
 De lo que ocurrido habia
 Mandó á don Diego un mensaje.

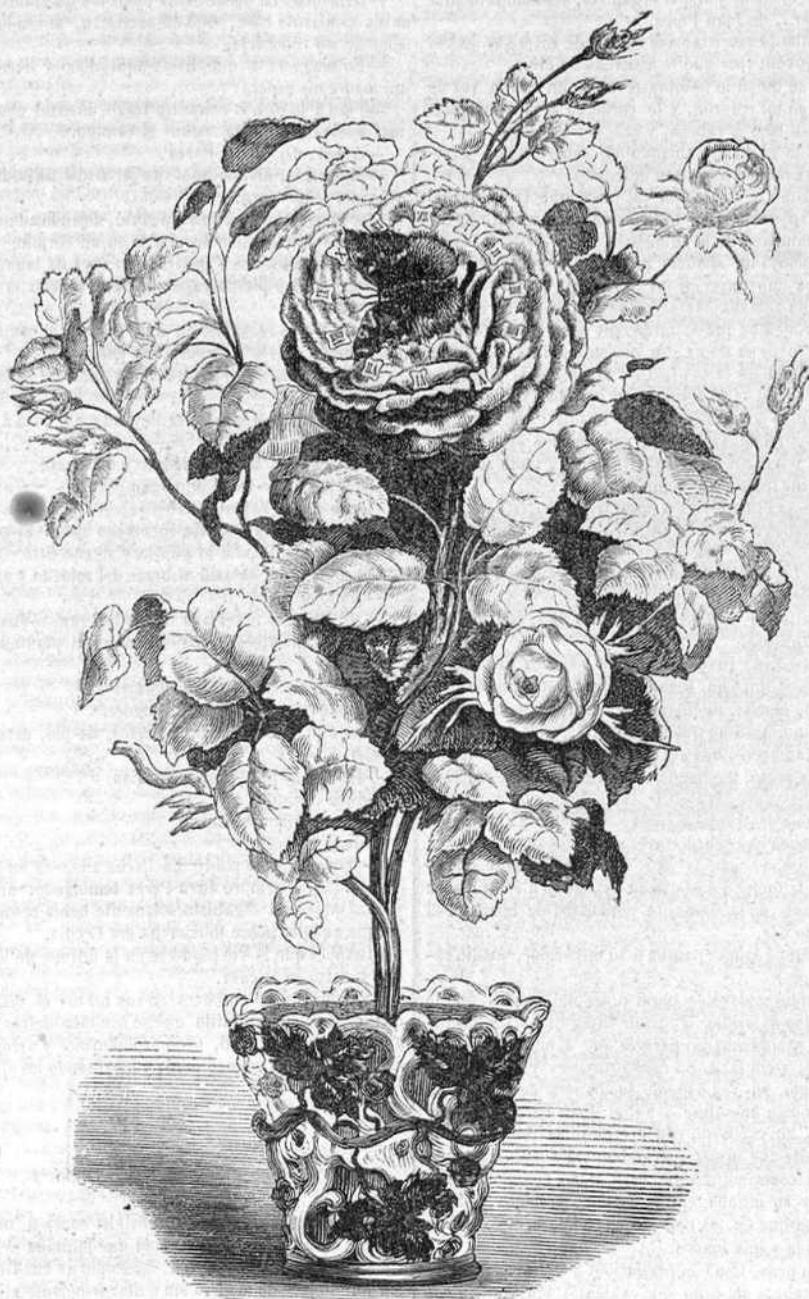
ANTONIO HURTADO.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



RELOJ DE SOBREMESA EN FORMA DE FLORERO.

Una novedad muy en voga son en París las péndolas de sobremesa que representan un grande rosal, cuya muestra la constituye una rosa doble. La manilla viene á ser la trompa de la mariposa posada en el corazon de la flor; las horas quedan indicadas con cifras romanas y los puntos de las medias horas son gotas de rocío. No se puede ver cosa mas linda y de mayor efecto, así es que estos floreros-relojes han encontrado extraordinaria aceptación, sobre todo entre las damas ¿acaso justamente por esa picarilla de mariposa?...

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Continuación.)

La mujer del sacristan miraba alternativamente á su hijo y á su nuera.

—Valentin, me vas á hacer llorar.

—A los muertos se les reza y se les llora.

—¿Quién ha muerto que necesite nuestras oraciones y nuestras lágrimas?

—En el mundo todos los dias nacen, y todos los dias mueren.

La mujer de Valentin ahogó un suspiro, y no pudo contener dos lágrimas rebeldes.

—Estais llorando los dos, dijo la madre.

Ambos trataron de ocultar inútilmente que lloraban.

El sacristan habia salido á tocar la última oracion de la noche, porque acababan de sonar las nueve en el reloj de la torre, y el niño se habia dormido sobre las rodillas de su padre.

—¡Llorar! dijo Valentin. Despues de haber llorado mucho, se siente un consuelo infinito. ¿Qué no perdonará Dios al que ha dejado en el mundo quien le llora todos los dias!

—¿De quién te acuerdas, Valentin? le preguntó su mujer con un interés lleno de angustia.

—Me acuerdo en este momento, dijo el organista, besando la mejilla de su hijo... me acuerdo... de Juan Perez.

El hulo con que hilaba la sacristana se escapó de entre sus dedos.

—¡Ah! murmuró la joven, ¡por qué te acuerdas de él!

—¡Qué sé yo!... No sé quien lo nombra cerca de mí con la voz de su alma, que lo siento en mi corazón, y lo recuerdo á cada instante. La mujer de Valentin bajó la cabeza, y casi cerró los ojos.

—Rézale, hijo mío, dijo su madre. Cuando los muertos nos persiguen con su memoria, es porque necesitan oraciones.

En aquel momento silbó el viento con tal furia, que la llama del hogar se recogió hasta apagarse y se inflamó repentinamente hasta lamer los bordes de la campana de la chimenea.

Reinaba en aquel recinto un silencio profundo, y entre el mugir del viento que se rasgaba impetuoso en los ángulos de la torre, entre el hervir de la lluvia que azotaba las tejas desnudas de la casa, y entre el gemir de los sarmientos que se retorcián, como los nervios de un epiléptico, al contacto de la llama, se oía en los intervalos que dejaban estos ruidos confundidos la tos lenta y tenaz, sorda y seca de Valentin, y el sibido apagado de su respiración pausada y difícil.

De repente brilló dentro de la casa, con la misma intensidad que en el seno de la nube, un relámpago: todos cerraron los ojos; se sintieron envueltos en una bocanada de viento y agua, y temblaron sin respirar bajo el peso de un trueno sin ejemplo.

Cuando volvieron de su espanto, se encontraron con la figura del licenciado, que se destacaba en el fondo oscuro de la puerta como una aparición.

—Con licencia, dijo el soldado, sacudiendo su gorra empapada de agua, y dando dos pasos hacia el hogar.

Nadie le contestó: estaban fijos en él todos los ojos, con una expresión de terror indescriptible.

—No hay que asustarse, dijo Juan Perez con una voz parecida al redoble de un tambor. Solo quisiera secar un poco este capote, que me pesa como un pecado mortal, mientras pasa esta legión de demonios para seguir mi camino. Aun me quedan setenta leguas de marcha.

La mujer del sacristán acercó una silla de morera con asiento de esparto, y Juan Perez se sentó, tendiendo á la vez su capote delante de la llama.

La joven se comprimía desesperadamente por sujetar los estremecimientos de una convulsión que sentía correr por todos sus miembros. Valentin, inmóvil, frío, pálido como la cera, fijos sus ojos en el soldado, casi no respiraba, y la mujer del sacristán ayudando á Juan Perez á sostener el capote delante de la llama, le perdonaba de buena fé el susto que les acababa de dar.

La anciana, indiferente á lo que pasaba á su alrededor, medio rezaba, medio dormía.

Juan Perez comprendió todos los pormenores del cuadro que le rodeaba, había reconocido al primer golpe de vista todas las fisonomías que tenía delante, y sin embargo parecía que á él no le habían conocido. Y era posible, y era fácil. Su rostro tostado y varonil, su bigote castaño y retorcido, su voz áspera, su manera de hablar, su ademán y su traje no podían descubrir á aquel Juan Perez de diez y ocho años, tan humilde, tan cariñoso, con sus mejillas rosadas y sus labios sin bozo. Solamente una mujer que lo hubiera amado con todo su corazón, lo hubiera reconocido; porque Juan Perez conservaba sus hermosos ojos negros, y su mirada era la misma; ardiente y dulce, atrevida y humilde; y porque en los ojos de un hombre, solo saben leer una mujer enamorada y una madre.

Juan Perez ahogó su pena, tomó su resolución, y exclamó poniendo una mano sobre la cabeza del niño que Valentin tenía entre sus rodillas:

—¡Hermosa criatura!

—Es nuestro hijo, balbuceó Valentin.

—Tiene dos años, dijo la sacristana.

—¡Dos años! murmuró el soldado fijando en la mujer de Valentin una mirada que la hizo desfallecer.

—¡Dos años! repitió la pobre muchacha.

El capote estaba medio seco, pero Juan Perez se lo echó encima, y se puso de pie, diciendo:

—La tempestad ha pasado, y voy á continuar mi camino.

—¡Sin descansar! dijo la mujer del sacristán con admiración.

—Cuando se coge la licencia absoluta, se corre, se vuela sin descansar, hasta que se abraza al hermano, á la hermana, á la madre, á la novia. Entonces se descansa.

La fisonomía de Valentin se había ido serenando y no notaba que en la cara de su mujer estaban pintadas todas las angustias.

—Voy á darle un abrazo á mi madre; tengo que andar todavía setenta leguas.

El sacristán, que volvía de la torre, entró en aquel momento.

—Mateo, dijo su mujer, aquí tienes un militar que va de paso y que no quiere aceptar ni nuestra cena, ni nuestra cama.

—Hace mal. La noche es de todos los demonios y yo no puedo permitir semejante cosa, dijo el sacristán, mirando de arriba abajo al soldado sin conocerle.

—No tengo na'la que hacer aquí, dijo el licenciado secamente, y mi madre me espera.

—Pero á lo menos echar un trago, insistió el sacristán; no vendrá mal á estas horas para seguir el camino.

—Amén, dijo Juan Perez.

—Muchacha, arrima aquí un jarro del tinto de cuatro años de la viña del señor cura.

La mujer de Valentin se levantó, dejando admirar por un momento un cuerpo gracioso encerrado en un corpiño de pana verde, unos contornos suavísimos á pesar de su saya de lana, un pie ligero y pequeño, y media pierna capaz de hacer olvidar la consigna al soldado mas listo.

Juan Perez reasumió en una mirada el conjunto de todos estos encantos, y volvió la cabeza á su pesar.

—¡A la salud de tu madre, buen soldado! dijo el sacristán empujando un vaso.

—Así sea, dijo Juan Perez llevándose el vaso á los labios y sin probar el vino.

—Ahora, dijo Mateo, quédate ó márchate.

—¡A la paz de Dios! dijo Juan Perez.

La mujer de Valentin había salido á la puerta de la calle en busca de aire que respirar; sentía el corazón oprimido y ella sabía por qué... Juan Perez llegó á la puerta y se encontró con ella.

La muchacha se asió al brazo del soldado y exclamó sollozando:

—¡Perdóname!

—¿Dónde está enterrada mi madre? replicó Juan Perez.

—En el cementerio, debajo de un rosál plantado por mi mano.

—Bien.

—¿Me perdonas? insistió llorando.

—Tengo que abrazar á mi madre.

Valentin, con su hijo en brazos, de pie, estaba observando esta escena.

—He rezado por ti todos los días.

—Bien hecho.

—¿Te vas para siempre?

—Para siempre.

—¡Adios! dijo la pobre muchacha anegada en lágrimas.

—¡Adios! murmuró Juan Perez temblando: adios. . mundo.

La mujer del organista solamente había reconocido á Juan Perez, porque aquella pobre muchacha era Cecilia.

Después que lo vió perderse en lo último de la calle, se enjugó los ojos y entró en la casa.

Valentin puso entonces en sus brazos el niño dormido y salió á una especie de jardinillo que se ocultaba detrás de la casa. Allí se apoyó contra la pared, tosió ásperezamente y arrojó una bocanada de sangre. Después se incorporó, y levantando los ojos al cielo, exclamó.

—¡Era él!

IV.

EL CEMENTERIO.

El cementerio de la aldea estaba como á un tiro de fusil de las últimas casas, en una hondonada que formaba el valle. Una tapia de siete pies de altura lo circueja, formando un cuadro perfecto. La punta era un enrejado de madera sin pintar semejante al rastrillo de una cárcel. Por la parte interior apenas se conocía que aquel era el asilo de los muertos; solo una cruz negra y alta levantada en medio entre cuatro cipreses, daba á aquel recinto un aspecto lúgubre. No había sepulcros; la tierra levantada á intervalos, formando surcos irregulares, indicaba el sitio de las sepulturas.

Asomaba el sol limpio como un espejo de oro. Sobre una de aquellas sepulturas se levantaba un rosál tan frondoso, que casi la cubría toda. Las gotas de agua que la lluvia había depositado sobre las hojas del rosál se destilaban una á una trazando alrededor de la sepultura un círculo de lágrimas.

El soldado estaba allí de rodillas con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos cruzados: había llorado toda la noche y se sentía sereno, porque las lágrimas son el único consuelo de los corazones afligidos.

Durante toda la noche había rezado y estaba resignado, porque la oración lleva hasta las puertas del cielo, y allí encuentra el alma siempre la esperanza ó la resignación.

Y su dolor había sido grande y profundo, porque en los misterios del corazón humano nunca es mas hermosa una esperanza que en el momento en que se va á perder para siempre.

Y Juan Perez había sonreído lleno de esperanza á todos los encan-

tos de una felicidad, que para mayor tormento había comprendido entonces en todos sus pormenores, en toda su estension.

Y nunca le había parecido Cecilia tan hermosa, porque el amor se complace en hacer mas seductora á nuestros ojos á la mujer que amamos, cuando no nos pertenece.

Y aquel niño tan hermoso que dormía en los brazos de Valentin, había derramado en el corazon de Juan Perez todo lo que los celos tienen de mas cruel y de mas doloroso.

Y no es inverosímil que el soldado, en cuyo corazon parecia haberse perdido la memoria de Cecilia, sintiera tan profundamente el dolor de haberla perdido, porque el corazon humano es un abismo en cuyo fondo se duermen las memorias mas dulces, y se despiertan todas juntas en el momento en que la realidad nos alumbra para hacer mas amargo el pesar de una ingratitud ó el tormento de un desengaño.

El amor había dormido en el alma del soldado durante los siete años de su ausencia; allí oculto había conservado toda su virginidad y toda su fuerza; y aquel reposo de siete años, aquel paréntesis abierto en la vida de un cariño tierno y verdadero, le daba ahora un poder irresistible.

(Continuará.)

JOSÉ DE SELGAS.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Es necesario convenir en que todos hacemos en el mundo un inmoderado abuso de los refranes que desde nuestros primeros años se graban en nuestra memoria. Y esto consiste en que el hombre es naturalmente inclinado á todo lo sentencioso, á todo lo que de un modo laconico ofrece el interés de un precepto moral; suministrando á veces armas para la polémica, que suelen tener las apariencias, aunque no el fondo, de la lógica, fundándose en la general aceptacion que han merecido, como si fuera matemáticamente cierto todo lo que se apoya en el comun sentir de los hombres. Yo coloco sin inconveniente ni reserva los refranes en la seccion mas falsa de este arsenal de armas de mala ley, por cuanto suelen ocultar el golpe que hierde de rechazo al que las maneja, del mismo modo que cada veneno tiene su contraveneno, que suele ser un veneno tambien.

El refran que sirve de epigrafe á este artículo es un consuelo muchas veces, pero nada mas que un triste consuelo, tan fugaz como esas ilusiones ópticas que desaparecen al mas ligero cambio de los objetos que la luz refleja y refracta. Contra la máxima que dicho refran encierra, tenemos estotra, ménos consoladora, pero mas verdadera: «Bien vengas mal si no vienes solo.» Y voy á demostrar mi proposicion para que no se crea que trato de imponer á mis lectores por apriicho lo que ellos aceptarán voluntariamente como aceptan todas las verdades elevadas al rango de los axiomas.

Es un mal por ejemplo el que le saquen á uno una muela y no tenga noticia de que de este mal haya resultado jamás algun bien. Lo mismo que digo de este mal puede decirse de todos los males físicos ó morales que el hombre experimenta en este valle de lágrimas, sacando de todos la misma consecuencia fundada en la observacion, á saber, que ningun tuerto por el hecho de perder un brazo ha recobrado el ojo que le faltaba, ningun rico ha duplicado su hacienda por perder la que tenia. El caso que la sociedad mineralizada en que vivimos puede presentar mas favorable al citado proverbio es aquel en que un jóven hereda una gran fortuna por la muerte de sus padres, pero el bien á tanta costa adquirido será siempre considerado por mi como un verdadero mal.

Lo que debería decirse es que no hay absolutos males ni absolutos bienes en el mundo, puesto que lo que para los unos es malo, para los otros es bueno, y vice-versa, sobre lo cual podríamos citar numerosos ejemplos diariamente sin mas que asistir á las operaciones de la bolsa, donde las noticias que llegan del Oriente hacen subir los fondos perjudicando á los que estan por la baja, ó bajar fastidiando á los que juegan al alza, en cuyas peripecias nunca se verifica que uno lloré sin que otro baile, ó que uno baile sin que otro lloré; y como la bolsa es la miniatura de la sociedad, no creo necesario insistir en este punto para probar que el refran en cuestion está mal formulado, pues lo que debería decir es que no hay bien ni mal para una persona que no redunde en daño ó beneficio de otra.

Paso á demostrar ahora que tenía razon el que dijo: «Bien vengas mal si vienes solo.» Pero, por ventura ¿necesita demostracion esta verdad que puede incluirse en el número de las proposiciones que los lógicos llaman evidentes? Para los que han estudiado las ciencias exactas no hay nada que no exija demostracion en el mundo. ¿Puede darse una verdad mas palpable que la de que la suma es el conjunto de los sumandos? Sin embargo, no hay matemático que la acepte sino

después de probar que la suma es la reunion de las unidades, de las decenas, de las centenas, etc., ó lo que es lo mismo, que el todo es igual al conjunto de las partes; y aunque esta desconfianza de los que se dedican á las ciencias exactas peca de exagerada, vale mas seguramente á los ojos de la inteligencia examinar las verdades antes de sancionárselas, que recibir á ciera ojos todos los disparates que de dia en dia descarga el humano charlatanismo, tales como las paradojas del doctor Gall sobre la manifestacion estérna en el cerebro de las facultades morales, intelectuales y animales; las de Lavater que explica por la fisonomía lo que Gall por el cráneo y, sobre todo, las teorías de Mesmer que han engendrado mas modernas extravagancias sobre las mesas danzantes, espíritus golpeantes y otras cosas cuyo número se eleva á la potencia del ridículo en que caen los que tales sandeces propagan.

La verdad encerrada en el refran: Bien vengas mal si vienes solo, se demuestra *a priori* y *a posteriori*. Emplearemos los dos métodos á la vez.

Cualquiera que haya querido observar las caprichosas evoluciones del destino habrá visto que el bien y el mal entran en el seno de las familias, ligámoslo así, por entregas. Desde el momento en que un hombre es afortunado en una empresa puede estar seguro de no dar un paso sin resultados favorables, y esto, lejos de extrañarme, tiene para mí la explicacion mas clara y natural. En efecto, figurémonos que un hombre se consagra á cualquier ramo del comercio: si este hombre entra en la vía de las prosperidades, su crédito lejos de disminuir aumenta de dia en dia: los que habian de asediarse como acreedores, le suplican como deudores, y no hay sacrificio que no estén dispuestos á hacer en su favor para tenerle propicio; los que antes no le hubieran prestado dinero sin llevarle un quince ó veinte por ciento, se lo prestan luego á un interés módico y sin mas garantía que su firma ó su palabra; en una palabra, los que al verle caído le hubieran dado por el pie, al verle levantado contribuyen con todas sus fuerzas á su mayor honra y provecho. Todo lo contrario se observa en el desgraciado á quien persigue la negra fortuna, y esto tiene la misma explicacion ó, si Vds. quieren, la explicacion inversa. El mismo comerciante para quien un suceso venturoso no es mas que el primer término de una serie de prosperidades, debe temer mucho dar un tropezon, porque este mal paso será para él el primer término de una serie de tropezones que no concluirán hasta que se haya roto las narices. El labrador que tiene la desgracia de perder una muela y no puede reemplazarla, pierde desde luego lo que le costó la muía: este mal produce inmediatamente otro, cual es el de abandonar la labor de sus tierras; no pudiendo labrar las tierras coge naturalmente menos grano del que esperaba, y á la fatalidad de no coger bastante grano para comer, vender y sembrar, se sigue el de tener que vender á menos precio las tierras dando al traste con toda su labranza.

No hace muchos años que en el principado de Cataluña ocurrió la sangrienta historia que voy á referir, como prueba de que el mal ejerce una funesta fuerza de atraccion tal, que cuando se presenta en una casa debe considerarse como preludio de mayores calamidades. Es el caso que un pobre labrador tenia dos hijos, uno en mantillas y otro de unos diez ó doce años de edad. Este último solia llevar todos los dias la comida para su padre al lugar en que éste cultivaba la tierra, siendo tan puntual en su comision, que nunca se habia detenido un cuarto de hora mas de lo acostumbrado. Un dia por desgracia el pobre muchacho se detuvo á la salida del pueblo á jugar un rato con sus amigos, motivo por el cual tardó demasiado en llegar adonde su padre le esperaba. Este sin ánimo de causar grave mal á su hijo le tiró á cierta distancia una piedra del tamaño de una avellana, que conforme podía no haberlo tocado, fué á darle casualmente en una sien, dejándole muerto en el acto.

Sabida la triste noticia en el pueblo, corrió la madre llorando al sitio de la catástrofe, y mientras la pobre mujer iba á derramar las lágrimas del dolor sobre el hijo á quien ya no podia tributar otro consuelo, salieron los cerdos del corral, y se comieron al niño que habia dejado solo en la cuna. Como Vds. ven, la muerte inesperada del muchacho, causada inocentemente por el padre, produjo la del niño ocasionada por el natural aturdimiento de la madre; pero no concluyó aquí la tragedia. Cuando la desventurada madre volvió á casa y supo lo ocurrido, cayó muerta repentinamente, y al saber el pobre labrador las nuevas desgracias de su casa, perdió el juicio, cediendo á esa muerte anticipada que lleva el nombre de locura. Ahora bien: si el desventurado padre, á quien tan duramente trató la fatalidad, no hubiera tenido la mala suerte de matar á su hijo mayor, no habria tenido la desdicha de perder al mas pequeño; sin la muerte de sus hijos, tampoco hubiera perdido á su mujer, y sin estas calamidades reunidas no hubiera ido á parar á un hospital de locos que es el cementerio de los que solo conocen ya la vida por las impresiones del dolor.

A este ejemplo mas que suficiente para probar que puede realmente darse la bienvenida al mal cuando viene solo, añadiré por úl-

timo otro menos triste, aunque no menos digno de referirse por su extraña originalidad. Se trata de unos cuantos muchachos que estaban á pupilo en casa de un dómíne de mi pueblo, mil veces mas miserable y cruel que el padre Cabra, tan acertadamente descrito por el célebre Quevedo. Estos muchachos habian llegado á experimentar de tal manera los rigores del sueño y del hambre, que cuando volvieron á sus casas habian perdido la facultad de comer y dormir, siendo cada uno de estos males consecuencia inmediata del otro. Sentábanse los pobres chicos á la mesa con un hambre que no veian, pero como tenian tanto sueño, se quedaban dormidos antes de llevar la cuchara á la boca, y esto sucedia siempre á las horas de comer. Llegaba la hora de acostarse, y allí tenia lugar la reciproca, se metian los pobrecitos en la cama deseando dar al cuerpo el descanso necesario, pero sentian tal desfallecimiento en el estómago, que por mas que hacian no podian pegar los ojos. Así, se dijo con razon que los discípulos de mi paisano el dómíne, cuando volvian á sus casas, no podian dormir de hambre, ni comer de sueño, cosa que en otro sentido observamos comunmente en la sociedad.

Hay literatos, pintores y sábios en el mundo que serian ricos si dieran á luz sus obras, pintasen los cuadros que han imaginado ó pudiesen en práctica alguna teoria que han concebido, y estos sujetos podrian con fundamento decir: un mal engendra otro; si nosotros realizásemos nuestros proyectos, tendríamos dinero, y si tuviésemos dinero realizaríamos nuestros proyectos; no trabajamos porque nos faltan los recursos, y nos faltan los recursos porque no trabajamos. Esto es lo que llamamos el círculo vicioso; la cuestion de si la gallina existió antes que el huevo ó el huevo antes que la gallina. Pero para mí, tratándose de los males que afligen á ciertos hombres no hay cuestion: el segundo de sus males ha de ser consecuencia inevitable del primero y el primero se agrava con el incremento del segundo, de modo que todos los desgraciados se parecen en mi concepto á aquellos infelices muchachos de quienes se decia con razon que ni el sueño los dejaba comer, ni el hambre les dejaba dormir.

J. M. VILLERGAS.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Vengan ahora los enemigos, exclamó Reuschild, y los recibiremos.
—Ya han venido, dijo Carlos XII.
—¡Han venido!
—Han descendido á la Livonia.
—Corramos, exclamaron todos precipitándose á las puertas como si se hubiera tratado de ir inmediatamente á pelear á la calle; corramos!

—Amigos míos, les dijo Carlos conteniéndoles con trabajo, comparo vuestra impaciencia; pero hay que tomar algunas medidas para asegurar el suceso. Antes de aceptar vuestros servicios debo exigirlos un juramento.

- Hablad, señor.
- Un juramento grave, solemne, irrevocable.
- Os escuchamos.
- ¿Le prestaréis?
- Sí, cualquiera que sea.
- Muera quien le quebrante.
- Muera.
- Estais decididos?
- Lo estamos.

Carlos XII dijo entonces.

—La campaña que vamos á emprender será quizá muy ruda, estremadamente larga. Para luchar con tres ejércitos es preciso tener tres veces mas valor, tres veces mas habilidad y tres veces mas disciplina que ellos. Esta rara y firme superioridad no puede encontrarse en cuerpos débiles, en almas acostumbradas á la molice. Seamos de hierro contra esas tres armadas, rompámoslas cayendo sobre ellas, rómpanse callendo sobre nosotros. Señores, sabeis por experiencia las desgracias, las debilidades, las faltas á que conduce el abuso del vino.

—Sí, señor.

—Sí, si, respondieron todos aquellos jóvenes que en aquel momento lo experimentaban.

Olof solo, aunque no menos ébrio que sus camaradas, sintió incomodado su estómago al oír maldecir el vino; se calumniaba á su amigo en su presencia.

—Y bien, jurad todos conmigo no beber.

—Lo juramos.

—No beber qué? preguntó Olof, á pesar de su profunda embriaguez; no beber ginebra, aguardiente ó champaña? Es preciso explicarlo.

El rey le sacó de dudas añadiendo.

—No beber mas que agua.

El juramento de todos ahogó el comentario quejoso de Olof que tuvo que decir con los otros. Lo juró!

—Vais á jurar además, añadió el rey, no jugar mientras dure la guerra que vamos á emprender.

—No jugar á qué?... Preguntó á su vez Megret espantado de que pudiera ocurrirse á un hombre en su cabal juicio prohibir el juego.

—Ahora te toca á ti, francés, amable francés, francés demasiado amable, le dijo Olof por lo bajo.

—Jurais, dijo el rey, no jugar como habeis jurado no beber sino agua?

—Lo juramos.

—Aun tengo que obtener un tercer juramento.

Los cortesanos, aunque dispuestos por su situacion á prestar juramentos hasta el día siguiente, manifestaron sin embargo alguna sorpresa al oír que el rey les exigía un nuevo juramento. El rey habló, pero esta vez las palabras cayeron tristes y débiles de sus labios temblorosos, sus ojos destellaron un fuego sombrío, y se conocia que al hablar quebraba algo dentro de si.

—De todas las faltas del corazon, dijo, mirando alrededor como buscando un culpable, porque sino se acordaba claramente de la visita de Georgina, la impresion de esta visita le duraba, de todas las faltas del corazon, la mas fecunda en hajeas, en traiciones, en crímenes es el amor.

Carlos XII se detuvo para poner, por decirlo así, el dedo de su duda en cada frente, olvidando sola la de Reginold que llevaba por decirlo así su condenacion escrita.

—Sí, prosiguió: el amor hace que todo se olvide, que todo se desconozca, que todo se pierda. Hace olvidar la dignidad del cetro, y pierde los estados. Rebaja al soldado y envilece al hombre haciéndole capaz de vender á su patria, á su rey, á su amigo, por la mirada de una mujer.

—Señor! exclamó Reginold espantado.

—Callate Reginold, dijo el rey; tú no conoces aun esos crímenes; tú, cuyo corazon solo se ha abierto á la amistad. Y añadió con la energia de un acento conmovido y feroz á la vez. Yo no quiero el amor en mi campo, en mi acompañamiento, conmigo, bajo mis tiendas. Juradme, pues, y este es el último juramento, que espero de vosotros, que rompereis con todas las pasiones de amor, con todas las locuras y todas las intrigas que podeis tener en Stokolmo. Aun es tiempo de renunciar á seguirme si no podeis hacerlo á ese precio. Jurais?... Yo lo juro.

—Lo juramos! exclamaron con frenesí los nuevos jefes.

Reginold tambien juró para castigarse lo mas cruelmente posible de haber faltado á la amistad del rey, y de un rey que habia estado á punto de descubrir su traicion.

En el momento mismo en que este juramento se pronunciaba, se oyó una risa burlona que parecia caer de la bóveda de la sala, de la pared en que estaba colocado el espejo de Venecia.

Aprovechando el momento en que toda la asamblea, incluso el rey, buscaba con los ojos de donde podia venir aquella risa imprudente, Reginold se retiró murmurando. Voy á arrojarle á los pies de la condesa, para confesarla que no he podido apartar al rey de la idea de la guerra. ¿Quién podia prever la trasformacion de Carlos XII? El hombre ha dejado el puesto al héroe... nos ha asombrado arrastrado por una de esas fascinaciones imprevistas que destruyen todos los cálculos. Ella me escuchará... me comprenderá... me perdonará. Además, pues que he jurado al rey no amar daré á la condesa un eterno adios... Corramos á su casa.

Megret, que se habia aprovechado igualmente para salir de la distraccion de todos, decia por su parte.—El lacayo de la bella, de la bella Georgina, lo he concertado con él—debe abrirme á las cinco de la mañana, la puerta secreta del palacio de la condesa de Koenigsmarck para ponerme en posesion del tesoro que me hará el mas feliz de los hombres. Son las cinco... Vamos!

CAPITULO IV.

EL PARAISO TERRESTRE.

Reginold dirijia sus pasos á casa de la condesa Aurora, maldiciendo la súbita determinacion del rey, y aplaudiéndole en el fondo de su corazon por haberla tomado, sintiendo que lo perdia todo al perder á la condesa, pero comprendiendo tambien que su titulo de amigo del rey le ordenaba el sacrificio de su pasion; como todos los amantes creia en la sinceridad de su resolucion, afrontaba la tormenta con las velas hinchadas por el viento de su vanidad, ya veremos si su heroismo le condujo á buen puerto.

Rumiaba las palabras mas elocuentes y las reflexiones mas graves.

preparándose á decir á la condesa de Koenigsmarck, cuánto sentía no haber podido impedir al rey que dejase á Stokolmo para ir á hacer la guerra, cuando tropezó en la oscuridad á poca distancia de la puerta de la condesa con un hombre de capa negra y sombrero calado hasta los ojos. Tropezaron tan fuertemente el uno con el otro, que los puños de sus espadas estuvieron á punto de herirles. Después de haber retrocedido algunos pasos para desenvainar, el caballero Megret dijo á Reginold con una extrañeza de que este participó.

—Pero, esto es un milagro!

—Lo mismo digo, caballero.

—Entonces, caballero, somos dos santos iguales, pues nos devolvemos milagro por milagro. Os he dejado hace un cuarto de hora en la mas gloriosa orgía que en mi vida he visto; del palacio del rey á aqui hay casi media legua, hace una niebla tan espesa que se puede escribir en ella un credo con la punta de una espada y ya os encuentro aqui!

—Tambien estais, caballero Megret.

—Esperaba esa respuesta, pero yo tenia un motivo muy poderoso para andar tan apresuradamente ese camino.

—Suponed en mí el mismo motivo y la misma agilidad.

—La misma agilidad, si, respondió Megret riendo, pero en cuanto al motivo... es imposible.

—Quiero decir, dijo Reginold, cuyos movimientos indicaban el deseo de terminar pronto la plática, que he podido tener un motivo para venir tan pronto como vos. Mi discrecion, cuyo sentido habeis interpretado mal, me obliga á dejaros pasar y á no deteneros mas... Adios.

—Gracias, señor Reginold, pero no paso. Yo soy quien está obligado á pedirlos perdon de haberos detenido cuando ibais tan deprisa... os dejo, pues, el paso libre, dándoos las buenas noches y añadiendo.—Hasta mas ver.

—Gracias caballero, pero yo no pasaré.

—No pasareis?

—No.

—Sin embargo, vos marchabais...

—Como vos.

—Pero puede uno detenerse.

—Yo me detengo.

—Ah muy bien, pero si no me equivoco, deteniéndonos ambos en un mismo punto, nos persuadiremos recíprocamente de que tendíamos al mismo objeto.

—Eso parece verosímil, caballero, repuso Reginold, muy incomodado por verse detenido á la puerta de la condesa, cuando tenia prisa de entrar.

Es necesario decir aqui, que el palacio de la condesa Aurora de Koenigsmarck y su dama Georgina, estaba entonces como lo estan aun la mayor parte de las casas de Stokolmo, rodeado de campos que le aislaban, disposicion singular á la cual esta capital debe una extension nada proporcionada á su poblacion. Desde el sitio en que se hallaban Reginold y Megret, veian á través de las ramas de los árboles un lado del palacio, pero aun no descubrian su fachada, aunque solo los separaba de ella una veintena de pasos.

—En ese caso, dijo Megret, iré á esperar un poco mas lejos á fin de no estorbaros.

—Es una cortesía que yo iba á tener con vos, respondió Reginold, queriendo á todo precio desembarazarse del caballero antes de introducirse en el palacio.

Como Megret tenia la misma intencion, replicó con vivacidad.

—Os agradezco la cortesía, pero he sido el primero en indicarla y me faltaria á mí mismo si cediera.

Megret dió algunos pasos muy contrariado á su vez por la ostension de Reginold, cuya presencia en aquel lugar comenzaba á parecerle poco natural.

Reginold le alcanzó al momento.

—Ah! querido Reginold, me espiais?

—Y vos, habeis adivinado mi intencion y querreis contrariarla sin motivo?

—Os juro que no quiero haceros sombra.

—Y yo por mi parte os aseguro que no os espío.

—Sin embargo...

—En efecto...

Megret cojió entonces del brazo á Reginold, se dirigió con paso precipitado al palacio, y deteniéndose delante de la puerta, dijo.—Es muy fastidioso representar una comedia como esta, acabemos un juego que acabaria siempre por... acabar. Abreviemos el desenlace. Yo vengo aqui, y como es poco probable que vos vengais...

—Pero al contrario, caballero, aqui vengo.

—De veras?

—Por mi honor! no quiero ser menos franco.

Megret midió con una mirada escrutadora á Reginold, que le respondió con otra altiva y casi colérica.

—Pues que así es, respondió el caballero, entremos los dos, la puerta es bastante grande.

—Los dos...

—Por Cristo! no querreis que yo os vea entrar?

—Pero perdonad, señor Megret, no os engañais?

—En qué?

—Este palacio es el de la condesa de Koenigsmarck.

—Delicioso! exclamó Megret riendo, á mi vez permitidme enseñaros, querido Reginold, pero siempre bajo secreto; que estamos en Stokolmo, capital de Suecia.

—Pensais pues, señor, dijo Reginold, desconcertado por aquel tono burlon entrar en casa de la condesa?

El caballero, afectando la misma sorpresa respondió.

—Aparentemente, caballero, y creo que vuestra intencion no sea impedirlo? ¿Pero tendré á mi vez el derecho de preguntaros si pensais entrar en casa de la condesa?

—Si, caballero, respondió Reginold.

—Vuestra respuesta me extrañaria si no llegase de Paris. Despues



de todo la dificultad no es nueva y el modo de salir de ella es conocido.

—Tengo una espada, exclamó Reginold.

—Y yo otra, pero las dejaremos en la vaina si me quereis escuchar. Espliquémonos friamente el suceso que nos ha reunido, y que debe quedar secreto entre ambos. Cada uno sabe lo bastante segun creo para desear saber mas. ¿La condesa os ha dado una cita esta mañana?

—No, caballero.

La voz de Reginold era incisiva.

—Cómo no? pues entonces...

—Entro en su casa cuando me place.

—Pero esa es una maravillosa fortuna.

—Caballero, esa espresion...

—Veamos... la retiro jamas honestamente á la condesa?

—Hay respuestas de ese género que solo se dan á Dios.

—Por qué venir pues, aqui?

Megret se sentia confundido por estas respuestas que en cualquier caso en que su cerebro estuviese menos preocupado le hubieran parecido bien claras.

Reflexionaba con todas sus fuerzas cuando Reginold le dijo:
—Pero ¿y vos, amais á la condesa?
Despedido Megret, respondió volviendo la frase de Reginold.
—Hay respuestas de ese género que no se hacen sino al diablo.
Enseguida creyendo haber sido descubierto por aquel hombre lanzado en la persecucion del mismo objeto, añadió con tono mas dulce.
—Sois jugador señor? sois jugador?
—Lo he sido, respondió Reginold, admirado de la vivacidad y estrañeza de esta pregunta.
—Quien lo ha sido, sigue siéndolo; eso es indeleble, así pues sois jugador desenfrenado?
—Desenfrenado no...
—Sí, como yo.
—Sea; pero qué relacion!...
—Vuestra presencia aquí me lo prueba.
—Creéis...
—No juguéis conmigo á quien es mas astuto, porque perdereis.
—Está tan lejos de ser esa mi intencion, que entro en esta casa...
—Perdonad, una palabra aun, dijo bruscamente Megret deteniéndole.
—Qué mas teneis que decir? dijo Reginold, dando tres golpes á la puerta.
Con aire misterioso pero de perfecta resolucion, el caballero Megret dijo:
—Consentis en que cada uno de nosotros la tenga un mes?
—Miserable!
—En ese caso espada en mano! exclamó Megret cogiendo segunda vez el brazo de Reginold que habia vuelto á llamar, porque nadie habia respondido á sus tres primeros golpes.

(Continuará.)

EL FUMADOR DE HAQUIC Ó HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

Los consumidores de haquic ó *tecuripi*, muy numerosos en Constantinopla, le fuman por lo regular en pipas tan pequeñas como dedales; algunos le toman en píldoras, pues dicen que, bajo esa forma, ese narcótico obra con mas energia sobre el sistema nervioso, determinando alucinaciones estrañas, y provocando al punto todos los escosos á que puede arrastrar el ardor de las pasiones.

El consumidor de haquic es muy aficionado á la música y las flores; su casa está llena siempre de flores naturales ó artificiales, y de jaulas con ruiseñores ú otros pajarillos vocingleros. Sus éxtasis se reducen casi siempre á lo mismo: este se ve en un trono rodeado de una corte brillante; aquel se vuelve un ave de rapiña; otro se siente dotado de un valor sobrenatural, y emprende toda clase de hazañas. Pero de todos modos, su fin es conocido; acaba por volverse tonto ó loco, y por consiguiente moralista. Entonces obtiene una posicion social, todo el mundo se honra con llevarle á comer y aun á dormir en el vestibulo de su casa, y no hay tendero, por pobre que sea, que no se apresure á regalarle sandalias y albornoces.

Ahora bien, habia en Constantina, reinando Dalybey, un famoso aficionado al haquic, que se llamaba Bakir-bu-Djalula, de oficio bordador de arreos de caballo. Su tienda, pegada al palacio antiguo de los beys, daba á la calle de los silleros, y era el punto de reunion de todos los amantes del narcótico. En su casa se juntaban algunos jóvenes, hijos de los principales de la corte, y muchas grandes cabezas que compadecian á Mahoma, porque no habia conocido las báquicas delicias que ellos disfrutaban.

Bakir-bu-Djalula tenia veinte años, una buena presencia, con rostro ovalado, hermosos ojos arqueados y de una languidez que daba á su mirada algo de vago y de estático. Sus bigotes castaño oscuro sobre un labio superior muy levantado acusaban una naturaleza altiva. Sus manos y sus piés, al aire siempre, segun la costumbre árabe, ofrecian un dibujo perfecto. Bu-Djalula pertenecía á la aristocracia del oficio, bordaba sobre tafiето. Pero lo que mas realzaba la distincion de su persona, era lo bien aliñado que iba constantemente: su traje era del mejor gusto; componiase de un calzon ancho de color de lila, con una chaquetilla y dos chalecos verde manzana de tafetan de Túnez, y sobre este un largo haik ó djerid de seda blanca con rayas del mismo color, cuya punta adornaba graciosamente su rostro, enlazada bajo su turbante de muselina blanca bordada de seda cruda. Al verle en su tienda tan bien vestido parecia hijo de un bey ó de un bejá.

En cuanto al carácter, Bu-Djalula no se parecia á nadie. Aunque estaba orgulloso de su oficio, aunque era caritativo y hacia muchas limosnas con reserva, una vez puesto el sol, se entregaba á una exis-

tencia escéntrica. Los obreros musulmanes un poco acomodados tienen generalmente una casa en la parte sosedada de la ciudad, y una tienda en el barrio del comercio. Su casa, á eso de las ocho, se volvía un lugar de diversion, donde se retiraban algunos jóvenes afamados por su talento, por su habilidad en el canto ó por su destreza en la caza. Entonces Bu-Djalula se transformaba en poeta. Su sala adornada con alfombras y tapices de colores brillantes, estaba iluminada como la mezquita principal en la noche de la natividad del profeta; por todas partes se veían ramos de flores, un negro regalaba á los convidados con gobos de flor de naranja, y la vida comenzaba. La pipa de kif (esta palabra quiere decir *bienestar del alma y de los órganos* sinónimo de haquic) pasaba de mano, y mientras cantaban los ruiseñores cada cual se entregaba á las delicias de la admiracion sobre blandos almohadones; luego venían las risas, las fanfarronadas, las expansiones amorosas... y por fin llegaba el silencio del sensualismo.

Dice un proverbio árabe, que tantas veces va el cántaro á la fuente que al cabo se rompe. La imaginacion de Bu-Djalula se embotó con tantos desórdenes hasta el estremo de que vino á quedarse medio mudo; no hablaba mas que por mosilabos; sus dedos no tocaban ya los hilillos de oro y de plata con que trazaba en el tafiето sus arabescos fantásticos. La ciudad le parecia nauseabunda, y la charla de sus camaradas habia perdido para él todos sus anteriores atractivos. Le gustaba pasearse solo sobre el llano de Mecid (al noroeste de Constantina) ó sentarse en una de esas praderillas que dominan como nidos de águilas el precipicio del Rumel; allí pasaba horas para renacer á la vida, contemplando la verde yerba y el esplendor del sol para olvidar sus alucinaciones.

Si á veces permanecía aun algunas horas en su casa, era únicamente para deleitarse en el canto de un bonito ruiseñor que habia cogido el año anterior en una de esas cazas que tanto les gustan á los fumadores de haquic. Este ruiseñor habia adquirido mucha nombradía entre los aficionados al narcótico por la suavidad de su voz. Bu-Djalula habia mandado hacer para él una jaula toda de ébano y marfil, entre cuyas rejillas chispeaban pequeños prismas de cristal. Tanto le habia llegado á querer, que le consideraba como un djinn transformado, en cuya conservacion estribaba su felicidad.

¡Dios sabe si el pobre Bu-Djalula no principiaba ya á perder el juicio.

Una mañana que seguía, envuelto en su albornoz, la calle de Ferame Burume, que desemboca en el Kantara, llegó á distraerse un poco de sus negras ideas; subió lentamente la cuesta del Mansura (al Sur de Constantina), se sentó junto á un sembrado de trigo y se durmió. Tuvo un sueño: figurósele que recogía un grano de trigo, que este grano de trigo confiado á la tierra, le producía el primer año sesenta espigas, que las sesenta espigas daban al año siguiente un sa'a (hectólitro) que á sa'a le daba al tercer año diez sa'as, y que al cabo de diez años poseía tanto trigo, que solo un rey tenia tesoros suficientes para comprarle toda la cosecha. La frescura de la tarde le despertó, y levantándose continuó su sueño mientras bajaba á la ciudad. Llevaba en la mano un grano de trigo, y metiéndoselo en la boca, dió libre curso á su imaginacion.

—Cuando mi cosecha haya llegado á tomar tales proporciones, se decía, no sabré dónde meterla; necesitaré graneros, y no sé quien me los alquilará... no sé, no sé... pero me parece que el bey no se negará á prestarme las paneras del Estado mediante una retribucion: el bey necesita crearse recursos... y me felicito de poderle hacer ese favor.

Y diciendo esto llegó al café de los Turcos, calle de los Judíos. El caid-el-djabri (intendente de subsistencias) se hallaba sentado en aquel momento á la puerta del café, y viendo pasar á Bakir-bu-Djalula, le convidó á tomar una taza de café. Bu-Djalula respondió con una sonrisa, besó al caid en el hombro y se sentó, pero no habian pasado muchos minutos cuando le preguntó si quería el bey alquilarle sus paneras para guardar el fruto de su cosecha. Tan seriamente propuso la cuestion, que el honrado funcionario no concibió la menor duda, y respondió que con muchísimo gusto se encargaria de comunicar su demanda al señor Dali-bey.

Después de esta conversacion se separaron. El caid corrió al punto al palacio, pues es de advertir que la cosecha de los dominios habia sido muy mala el año precedente, que el bey se hallaba en grandes apuros, y que en el momento en que Bu-Djalula se entregaba á sus sueños de prosperidad, un triste acontecimiento habia agravado hasta lo sumo la embarazosa posicion del soberano. Bu-Ralsid, caid de los Seguias, se habia sublevado, y para ahogar en su cuna la insurreccion que se presentaba con síntomas alarmantes, Daly-bey habia decidido marchar inmediatamente á la cabeza de su ejército sobre el teatro de la rebelion.

Al oír la proposicion que le hacian, creyó la provincia salvada. En el mundo musulman los negocios se tratan rápidamente. Temiendo que se le escapara la ocasion, Daly-Bey quiso lisonjear al rico propietario; pensó asegurarle una buena posicion en la corte, é imaginó ca-

sarle con una de sus hijas... Al otro día un criado del palacio llamaba á la puerta de Bu-Djalula, que como se sostenía únicamente con pil-doras de haquic; había perdido, por decirlo así, el hábito de las emo-ciones. Oyó las palabras del criado, se levantó y se fué tranquila-mente hacia el palacio, lo mismo que si se tratara de la cosa mas na-tural del mundo. Al verle entrar, los negros, los guardas y los criados se inclinaron respetuosamente; Bu-Djalula continuaba soñando...

Se abrió la puerta del medjess (salon del trono), y el bey, anciano de barba blanca, salió al encuentro de Bu-Djalula.

—¡Dios te guarde, hijo mío! le dijo con acento afable. Hemos pasado la mañana esperándote.

Y le ofreció uno de los almohadones de brocado en que se apoyaba.

Bu-Djalula se instaló en el sofá de su alteza, con mucho asombro de los cadis, los cadis, los muphtis y los eheikhs que llenaban el salon. Después de muchos cumplimientos, Daly-bey tocó á los asuntos de in-terés; pero le pareció poco digno principiar por el negocio de los gra-nos, y prefirió encadenar primeramente con lazos indisolubles al rico capitalista, con cuyo fin le propuso la mano de su hija segunda.

—Cuando sea mi yerno, se decía, tendré su fortuna entre mis ma-nos y podré salir en mis apuros.

Bu-Djalula se mostró muy sensible á los ofrecimientos del bey, y continuó su papel hasta el último extremo con una sangre fría imper-turbable.

Nada de desposorios; el bey quería una boda improvisada.

Inmediatamente los cadis redactaron el contrato de matrimonio; Bu-Djalula no tenía que pagar dote á su futura.

Se pasó un día; al siguiente estaban hechos los preparativos de la boda; se habían ordenado regocijos en las plazas públicas; en el bazar de Suk-el-Asr, bailes de negros; en la plaza de Sidi-Djellis, los titi-riteros de Marruecos; en Rahbet el Djemal, los barqueros aicana con sus serpientes, sus perros y sus cuchillos.

Sin embargo, todo el mundo admiraba la calma del novio; sus ojos lánguidos apenas daban la menor señal de contento. Se paseaba por toda la ciudad vestido de gala sonriendo á todos sus amigos. Cuando llegó la noche, los grandes del suakzen tuvieron la honra de asistir á las bodas de Bu-Djalula. Cada uno de ellos le besó las manos y quiso complacerle, pues agradarle á él era agradar al bey de Constantina. Por fin, á la mitad de la comida dos negras alzaron en silencio la colgadura de terciopelo, y se presentaron á la estremidad de la sala; Daly-bey se levantó, tomó á su yerno por la mano y le llevó al apo-sento de su hija.

Bu-Djalula se enlazó con la familia de su alteza por un nudo sa-grado.

Pero bien luego debía tratarse de ajustar cuentas; ¿cómo revelar la verdad al bey?... Dios es el dueño de los mundos; Dios salva á sus criaturas de todos los peligros.

Bu-Djalula creyó que á la otra mañana el bey le pediría cuenta de su fortuna; pero no sucedió así, pues Daly-bey se imaginó por su parte que, atropellando las cosas, le daría á su yerno á ocultarle una parte de la verdad. Tuvo la excelente idea de arrancarle su secreto por medio de las mujeres, y en efecto dijo á su mujer:

(Continuará)

A LA UNION DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

ODA.

A MI AMIGO VICENTE BARRANTES.

..... No es ya la tierra
ese planeta misero en que ardieron
la implacable ambición, la eterna guerra.

QUINTANA.

» ¡Siempre la voz de Marte
de polo á polo con pavor profundo
bañada en sangre escuchará la tierra?
¡Nunca habrá para el mundo
mas plácido estandarte,
ni otros acentos que esterminio y guerra?

» El pensamiento humano
que á Dios eleva su gigante vuelo
¿no quemará con su mirada ardiente
las anchas alas del orgullo vano,
cual rasga de la noche el negro velo
el sol desde el oriente?

» ¿Quién marcó esos linderos
que dividen la tierra endurecida?
La ambición, génio torpe que la cuna
meció del mundo, y cánticos guerreros
alzando en torno á la creación dormida,
en el humano seno
implacable vertió letal veneno.

» Tiro, Menfis, Atenas,
tú vetusta ciudad que el Tigris baña,
Cartago, levantada sobre arenas,
Numancia, honor de la abatida España,
¿qué de vuestro esplendor habeis leg do
al dejar de existir generaciones
perdidas entre el polvo del pasado?
¿Qué son vuestros blasones,
qué vuestras torres, qué vuestras murallas
do al compás del broquel, vuestras legiones
culto dieron al Dios de las batallas?

» Hoy miran las naciones
mudas de espanto vuestra muerta gloria,
con sangre registrada
en el severo libro de la historia;
y en lágrimas se nubla la mirada,
porque borrar quisiera el pensamiento
los altos hechos que escribió la espada,
dorado alcázar que deshace el viento
cifras que á la razón no dicen nada,
fantasmas de ambición, glorias mezquinas
que dejan al pasar solo ruinas!»

Así el bardo español, suelta y tendida
la negra cabellera,
dijo con voz sonora y conmovida,
del Tajo en la ribera
y del río las ondas espumosas
arrastraron su acento soberano
á los muros que batían orgullosas
al lanzarse bramando al Océano.

Entonces en la cumbre
que el sol baña en su lumbre,
la cabeza de lauro coronada,
se alzó el génio creador, que en la brillante
cortina de los cielos azulada
á la insensata humanidad errante
su marcha desigual tiene trazada;
y así con voz potente
al bardo dijo, y su robusto acento
por todo el continente
llevó en sus alas el sonoro viento.

» Yo sobre la alta roca
mi planta afirmo, cuando el ronco trueno
al aquilon embravecido evoca
de parda nube en el hinchado seno.
Ruge la tempestad, y alzo mi frente
hasta la nube oscura
y mi mirada ardiente
relámpagos fulgura,
sobre la voz del huracán, mi acento
robusto se levanta,
y el mar, el fuego, el viento,
vienen sumisos á besar mi planta,
porque brilla en mi frente el pensamiento,
y mi arpa solo su grandeza canta.

» El poético Oriente
mi cuna fué. Desde su infancia el mundo
mi poder adoró en esas lumberras
que pueblan el espacio trasparente
y al himno que me elevan las esferas,
uniendo sus cantares
cantó mi nombre y levantóme altares.

» Mas ¡ay! que impío y ciego
en su soberbia vana
quiso á mi altura remontarse luego
y mi esencia robarme sobre humana;

y alzóse audaz, y por mi rayo herido
sintió deshecha su arrogancia loca,
y de entonces confuso y dividido
para elevarse mi poder evoca.
Crucé luego á través de las edades
y vi al génió del hombre
alzar murallas, elevar ciudades.
Vile á los piés de un idolo sin nombre
que sus fuerzas titánicas domaba,
y en su oscuro camino,
ciego á la humanidad estraviaba.

» ¡Ay! siempre, siempre su triunfal carrera
marcó el horror, y por do quier los ojos
al fátuo brillo de candente hoguera,
vieron á la ignorancia enaltecida
recoger los despojos
de esa lucha gigante y fraticida
que en razas y naciones
tiene á la madre tierra dividida.

» Entonces del poeta
vibrar hice el laud, y allá en las cumbres
de Moncayo y Morben, y en las riberas
del Támesis, del Sena y del Danubio,
en trovas lastimeras
loré el aplauso que en la tierra hallaban
tronos, cetros, espadas y banderas.

» Hondísima amargura
hinchó mi corazón; tendí mi vuelo
á la celeste altura,
y ondas de luz clarísima y ardiente
alumbraron la mente
de la confusa humanidad, y el hombre,
la mengua sacudiendo
que en siervo del error le convertía,
al eter su mirada
alzó en celeste resplandor bañada,
y nervudo Titan, entre sus brazos
el sólio del horror hizo pedazos.

» Kant, Guttemberg, y Wat y Galileo
brotaron á este esfuerzo giganteo
destellos de mi esencia,
atletas de la humana inteligencia,
y se bañó la ciega muchedumbre
en raudales de ciencia,
en torrentes de luz y viva lumbre.

» ¡Oh! mas las tristes vallas
rastros de sangre que la edad guerrera
dejó al pasar, fortisimas murallas,
donde atizó la destruccion su hoguera,
cimientos de ese trono
do llora la ignorancia su abandono,
eternas vivirán, para que un día
aprendan los mortales
que es impio el poder, la gloria impia.

» ¡Nunca! ¡jamás! desde el Pirene helado
al Ponto, al Tíbre, al senó desgarrado
de América infeliz, llegó mi acento,
y el trono del error ya derrocado
el hombre solo adora al pensamiento,
y el mundo que por él se regenera
levanta para unir á las naciones
de paz y amor santísima bandera! »

¡Oh patria, patria mía!
dijo el bardo español, cuando su vuelo
rauda tendiendo á la region vacía
vió remontarse la deidad al cielo.

¿Será que siempre á adormecer tiranos
condenada estarás? nunca tus ojos
verán ese pendon que alzó la idea
y que orgulloso por Europa ondea?

La antigua Mantua, el vaceo generoso
juntos respondan al cantor hispano
y al son del ronco bronce pavoroso
dilatán por el suelo castellano
de una en otra ribera
himnos ardientes á la *union ibera*.

¡No más, no más! España se levanta
grande una vez, borrad esos linderos
donde torpe el error grabó su planta;
y en tanto que en Oriente
indomables falanges de guerreros
caban á la ambicion su sepultura,
sed ejemplo á los siglos venideros
de paz, de union, de fraternal ventura!

Cortés, Vasco de Gama
un mismo continente
clara cuna os prestó, la misma llama
de sol hispano ardiente
bañando en luz vuestra tostada frente
en pos de gloria, de renombre y fama
os lanzó por los mares de Occidente.

Cervantes, Camoëns, géniós rivales
porque al nacer os separó la cuna
en el aliento sobrehumano iguales
como iguales tambien en la fortuna,
un mismo monumento
unirá vuestros nombres inmortales
en la nueva región del pensamiento.

Brillante lazo los unió en la historia
y juntos en el mundo de la gloria
con el mismo laurel su frente ciñen,
rayos de un mismo sol esplendoroso,
que en el mismo color mágico tienen
de la razon el horizonte hermoso.

El carro de la guerra
con que hicieron un tiempo los tiranos
sobre sus egés retremblar la tierra
tornó enemigos los que son hermanos;
mas hoy que encadenada
por la humana razon gime Belona
la pátria de Cortés regenerada
para estrecharse con eternos lazos
al pueblo portugués tiende sus brazos.

¡Oh! cuando, cuando el suspirado día
lucirá de la union! Cuando quemadas
las alas ¡ay! de la discordia impia
de mar á mar en la comarca ibera
solo habrá una nacion, una bandera!

JUAN ANTONIO VIEDMA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILLUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



TRAJES SICILIANOS.—HILANDERA.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Conclusion.)

Así se oculta, se recoge y parece que se apaga la llama de un incendio; pero el soplo mas ligero la hace brotar de repente mas voraz y mas intensa.

Y es lo cierto además que si Juan Perez habia podido olvidar á Cecilia, nunca tuvo lugar en su corazon para otra mujer.

Y por último, el amor es vengativo y habia reunido aquel dia todas sus fuerzas para vengarse cruelmente de la indiferencia del soldado.

Hemos dicho que estaba resignado, y así era la verdad. No culpaba al cielo, ni á la tierra, ni á los hombres. Su dolor tenia una fórmula que la resignacion habia puesto en su boca:

«Soy desgraciado.»

Así lo pronunció besando por última vez la sepultura de su madre; y Cecilia, que estaba á su espalda, pálida y deshecha en llanto, cayó de rodillas junto á él y exclamó:

«Somos desgraciados.»

Juan Perez se puso de pié.

—¿A qué has venido! le dijo con tristeza.

—Todos los domingos vengo á rezar sobre esta sepultura, y hoy es domingo.

Juan Perez sacudió tristemente la cabeza.

—Juan, te creia muerto.

—Ya lo ves, contestó el soldado.

—Era sola en el mundo, continuó la jóven enjugándose las lágrimas con la punta de su delantal.

—¡Sola! murmuró Juan Perez.

—Valentin era tan bueno... me amaba casi tanto como tú...

—Esto es un castigo, Cecilia; yo perdí la fé de nuestro cariño... casi te olvidé.

—¡Ah, yo nunca! exclamó la jóven poniéndose de pié y levantando los ojos al cielo; Dios sabe que he rezado por ti todos los dias.

—Abrazame, dijo el soldado tendiéndole los brazos.

Cecilia dobló su hermosa cabeza y permaneció inmóvil.

—Abrazame, volvió á repetir Juan Perez; somos hermanos y mi madre nos ve.

Y la jóven dando un salto se colgó del cuello del soldado.

Y abrazados lloraron.

Y Juan Perez, haciendo un esfuerzo, apartó suavemente de su cuello los brazos de Cecilia, porque era imposible resistir de otro modo.

Los ojos de Cecilia no eran azules ni negros: eran de esos ojos en los que se reflejan todos los colores; ojos garzos, llenos de viveza, rasgados y suaves, en los que las lágrimas tienen una espresion irresistible; ojos cuyas largas pestañas sombrean las mejillas como un velo de castidad y de pureza.

Y en la mirada de aquellos ojos estaba suspensa toda el alma de la jóven; y su frente morena y tersa se levantaba hasta descansar sobre el hombro robusto del soldado; y el aliento de su boca encarnada como una rosa á medio abrir, y los latidos de su corazon, y el temblor de sus brazos redondos y desnudos; todo esto lo sentia el soldado dentro de su corazon, lo percibia por todo su ser, y desfallecia y se abrasaba.

Y Cecilia no tenia fuerzas para separarse de aquel hombre tan querido y tan llorado, y temblaba toda y se estremecía hasta el fondo de su alma; porque tambien, como el soldado, se sentia desfallecer y abrasar.

Y este abrazo, sin embargo, pudo verlo Dios sin enojo, y la madre de aquellos huérfanos sin pesar.

Al fin se separaron.

—Cecilia, esta vez es para siempre.

La jóven comenzó á sollozar.

—Juan, tengo que pedirte un favor, dijo con ánsia, después de algunos minutos de doloroso silencio.

Juan Perez no contestó; pero en sus ojos leyó la jóven que podia pedirlo todo.

—Cuando se ponga el sol, continuó Cecilia, nos daremos el último adios.

—Yo he presenciado muchas batallas, exclamó Juan Perez; he sentido el frio de la muerte dentro de mis huesos; he visto la eternidad delante de mis ojos mas negra que un abismo, y no he tenido miedo; pero al separarme de ti soy cobarde, quisiera morirme... Cecilia no tenemos á Dios.

—Yo tengo un hijo, prosiguió la jóven, como si no hubiera entendido lo que acababa de decir el soldado. Esta noche le darás un beso y partirás para siempre.

Juan Perez se resignó, y Cecilia se dirigió lentamente hacia la puerta del cementerio.

Así queria esta mujer inmensamente tierna enlazar en un beso su amor de mujer y su amor de madre; así queria estrechar al hombre de su cariño con el hijo de sus entrañas; queria purificar su pena y santificar su amor. Y queria además dar tiempo á una despedida, para la que necesitaba todo su valor y todas sus fuerzas.

Cuando llegó á la puerta del cementerio iba diciendo: «¡Dios mío, cuánto le quiero!...» Y al perderse detrás de la tapia, volvió Juan Pérez la cabeza, y exclamó oprimiéndose la frente con las dos manos: «¡Madre mía, por qué la he perdido!...»

V.

PARA SIEMPRE.

Era domingo, y al oscurecer se reunían en la iglesia todos los vecinos de la aldea como una gran familia á rezar el rosario, y no faltaban á esta costumbre piadosa mas que los enfermos; de manera que al toque de la campana quedaban desiertas las calles y las casas.

Juan Pérez llegó hasta la punta de la casa del sacristán sin encontrar á nadie. Aquella era también la casa de Cecilia. Empujó suavemente y penetró en la entrada. A su frente se alargaba el hogar desierto, y á su derecha vió una puerta entreabierta, y entró.

Era una pieza casi cuadrada que recibía la luz por una de las dos ventanas que decoraban la fachada de la casa. Había una mesa de pino sobre la cual descansaba un crucifijo de bronce, un arca también de pino que ocupaba el ángulo derecho. Inmediato á la ventana cuatro sillas arimadas ordenadamente á la pared, y el sillón de baqueta de la madre del sacristán colocado en medio y dando frente á la ventana. Había además en uno de los ángulos interiores sobre la pared medianera con la iglesia, una cortina blanca, detrás de la que se ocultaba la puerta angosta que ponía en comunicación la casa del sacristán con la sacristía de la iglesia.

Cuando Juan Pérez entró, Cecilia estaba de pie, y sobre una piel de cordero negra y lanuda tendida debajo de la ventana, estaba sentado el pequeño Valentín, el niño de dos años, el hijo de Cecilia, haciendo saltar entre sus dedos sonrosados una manzana tan limpia y amarilla como la cera.

Juan y Cecilia se miraron en silencio, y el niño alzó su graciosa cabeza, mirando con asombro aquel hombre, cuyo vestido veía por primera vez.

Aquellas dos almas tan enamoradas y que iban á separarse para siempre, parecían tranquilas.

Después de algunos momentos de silencio, Cecilia apartó los ojos del soldado y le dijo con tristeza:

—Juan, sientate.

—Soy ave de paso, contestó Juan Pérez. Ave sola perdida en el espacio, que no tiene donde reposar. Todo lo he perdido en el mundo... ¡Quién cerrará mis ojos!... ¡Quién irá á llorar sobre mi sepultura!... ¡Para qué nací! ¡Por qué te he vuelto á ver, Cecilia, si he de cegar para siempre!

La joven le agitó el brazo llorando. Todo el dolor de Juan Pérez lo sentía ella en su corazón: amaba al soldado con toda su alma: acaso había nacido solamente para amarle; y queriendo consolarle, cuando á ella empezaba á faltarle la resignación y el consuelo, exclamó imprudentemente.

—Juan, ¿me amas?

—Con toda mi vida... no me mires así. Siento tus ojos que se clavan en mi alma, y sube de mi corazón una cosa que me ahoga. Descansa por última vez tu cabeza sobre mis hombros.

En aquel momento se levantó suavemente la cortina blanca, y sin ser sentido apareció Valentín, pálido, con los ojos hundidos y los labios trémulos, y se quedó inmóvil, medio oculto detrás de la cortina.

Juan Pérez había rodeado con sus brazos la cintura de Cecilia, tenía clavada en ella su mirada ardiente, la devoraba, la oprimía y la pobre joven luchaba sin fuerzas.

Aquella era una escena muda, cuyo interés es imposible describir. Cecilia se deshielo de los brazos de su amante trémula, atida, desesperada, con esa desesperación que siente la mujer cuando comprendiendo su debilidad no puede dejarse vencer.

Juan Pérez bajó los ojos de pesar y de vergüenza.

—Juan, dijola joven, somos hermanos.

—Es verdad, hermanos que deben separarse para siempre; y alzando al niño en sus brazos, lo suspendió como una pluma, lo besó en la frente y lo depositó en el regazo de su madre.

—¡Adios! dijo Juan Pérez.

—Espera, murmuró Valentín adelantándose con trabajo y con una voz que parecía un estertor.

Cecilia y Juan Pérez se quedaron mudos de asombro, porque Valentín estaba livido, convulso, respiraba con angustia y se derramaba de sus ojos una luz fría, agonizante y con la boca entreabierta, los labios secos y azules, y los brazos tendidos hacia la puerta, por la cual trataba de salir Juan Pérez, parecía un cadáver que se agitaba dolorosamente por un impulso galvánico.

—Espera, continuó con voz sorda y profunda. Cecilia... no lo dejes

partir. Si yo pudiera, añadiré apoyándose sobre el respaldo del sillón me abrazaría á él para detenerlo, pero no puedo... no tengo fuerzas...

Cecilia, sin pronunciar una palabra, se acercó á su marido, y con una mirada llena de angustia quiso penetrar en el alma de Valentín, pero se espantó al contemplar de cerca aquellos ojos, aquella palidez, aquella respiración precipitada y ansiosa.

—Acércate, dijo á Juan Pérez, y tú, Cecilia. Ayudadme.. sentadme. Y rodeando el cuello de Cecilia con su brazo izquierdo, y apoyando su mano derecha sobre el hombro del soldado, se dejó escurrir hasta sentarse en el sillón.

—Ahora, dijo, me voy á vengar.

Cecilia se estremeció, y Juan Pérez dobló la cabeza.

—Todo lo sé, continuó con mas ansiedad. ¡Pobres hermanos!... Juan, ella no te ha olvidado un momento; hace dos años que sigo paso á paso su dolor... ¡Cuántas veces han caído sobre mi pecho las lágrimas que derramaba por tí!

—Yo sentía, prosiguió lentamente y poniéndose la mano sobre el corazón; yo sentía aquí agitarse el germen de una enfermedad mortal. No llores, Cecilia, dijo volviendo á su mujer sus ojos apagados. Juan Pérez vive, ha vuelto... Dios lo ha dispuesto así. Dame á mi hijo... ¡pobre hijo mío! Tú serás su padre, Juan... porque yo, dijo con esfuerzo sobrehumano, os dejo para siempre.

Cecilia arrojó un grito y cayó de rodillas delante de Valentín. Juan Pérez sollozando sostenía la cabeza del moribundo, y el niño sentado sobre las rodillas miraba con espanto lo que pasaba á su alrededor sin poderlo comprender.

Valentín conoció que llegaba el momento supremo, sentía que faltaba aire para su pecho. Tendió las manos convulsivas y crispadas buscando algo que sus ojos no alcanzaban á ver: primero encontró la mano de Cecilia, después la de Juan Pérez.

—Vosotros me lloráis toda la vida, dijo con una voz que parecía un soplo.

Cecilia se deshacía en sollozos, gruesas lágrimas caían aplomo de los ojos del licenciado sobre la cabeza de Valentín.

De repente se estremeció sobre el sillón el infeliz organista, se incorporó, paseó una mirada ciega por su alrededor, y exclamó con palabras entrecortadas:

—Dios me perdonará... porque dejo... en el mundo... quien me llore todos los días...

Entonces juntó las manos de Cecilia y de Valentín, y murmuró:

—Así... así... Ahora... estoy vengado...

Y cayó su cabeza inerte sobre el respaldo del sillón, que crujió sordamente, y á los dos extremos de su boca mal cerrada asomaron dos gotas de sangre, que se cuajaron á un tiempo.

En aquel momento se apagaba el sol completamente, y llegaba lento y triste el rumor de la gente que rezaba en la iglesia.

—¡Ha muerto! exclamó Juan Pérez.

—¡Muerto! repitió Cecilia fuera de sí.

—Este cadáver es santo.

—Es el de un mártir.

Y la infeliz viuda abrazó á un tiempo á su hijo y al cadáver.

Juan Pérez enjugó sus ojos.

—Cecilia, rezaremos por él todos los días.

—Sí, todos los días.

—¡Adios! dijo Juan Pérez entreabriendo la puerta.

—¡Adios! sollozó Cecilia.

—Para siempre...

—Para siempre...

CONCLUSION.

El cabo Suarez y el sargento Pelao se aborrecían de muerte, pero no impedía esto que visitaran juntos la taberna pintada de la calle de San Vicente, y que mano á mano bebieran aguardiente y juraran por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno.

Y esto solía suceder comunmente por la tarde, después de la lista. Y estaban á la puerta de la taberna los dos el día 20 de octubre de 1840, al caer el sol, y el cabo Suarez exclamó de repente mirando al extremo de la calle, que concluye en la muralla:

—Mi primero, aquel es Juan Pérez.

—No veo, dijo el sargento tambaleándose.

Juan Pérez era, y llegó á la puerta de la taberna.

—A tiempo, exclamó el cabo ofreciéndole un vaso de aguardiente.

Juan Pérez se dirigió al sargento.

—Mi primero... me vuelvo al regimiento.

—¿Te vas á enganchar?

—Para toda mi vida.

—¡Bravo! exclamó el sargento, á la salud del recluta, y empujó el vaso por vigésima vez.

El cabo Suarez apartó á Juan Perez á la distancia de dos pasos de la puerta de la taberna, y le dijo al oído:

- ¿Y Cecilia!
- No me la nombres mas... Todo ha muerto para mí...
- ¿Y te vuelves al regimiento?
- Para toda mi vida.
- Mejor hubieras hecho en ahorcarte.
- Tengo que vivir...
- ¿Por qué, si eres solo en el mundo?
- Porque... dijo Juan Perez, porque tengo que rezar.

El cabo Suarez soltó una carcajada, y Juan se encogió de hombros, y fué á que le dieran de alta en la compañía del sargento Pelao.

JOSÉ DE SELGAS.

Madrid julio de 1853.

EL FUMADOR DE HAQUIC O HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

(Conclusion.)

—Manda á tu hija que le pregunte donde tiene sus granos provisionalmente.

La mujer del bey se fué á su hija y la aconsejó que desplegara todos los recursos de la coquetería para obtener la revelación de un secreto que interesaba no solo á la familia, sino al Estado.

¿Es mas provechoso para el hombre el ser loco que razonable? tal es nuestra pregunta.

Bakir-bu-Djalula, arrojado de pronto fuera de su vida contemplativa, marchaba por la primera vez por el camino de la realidad; las ideas nacían con claridad de su cerebro; oía distintamente la voz del barrach (pregonero) anunciando su suplicio en la ciudad; ¿por qué no se había quedado en su tienda?

Sin embargo, se decidió á jugar el todo por el todo. En cuanto se volvió al cuarto nupcial, dió una mirada de admiración á su mujer luego se sentó á su lado, y la encontró llena de gracias. El amor había penetrado en su corazón, sentía mucho la muerte. A veinte años se olvida hasta el pensamiento de la muerte, junto á una mujer amada; un apretón de manos disipó su melancolía como por encanto.

Lella Sicambor (este era el nombre de su mujer) tomó una derbuka (tambor de cristal,) y dejando caer sus ágiles dedos sobre la piel del instrumento, marcó el compás de un canto nacional. Al preludio del canto, el marido mezcló los acentos de su voz. Una hora después la jóven esposa le preguntaba con zalameria, por qué tardaba tanto en descubrir sus tesoros, por qué hacia un misterio de una cosa tan natural, y por qué en fin, dejaba á su esposa querida en las angustias de la incertidumbre.

El príncipe de un día besó en la frente á la bella curiosa, y luego metiéndose los dedos en la boca, sacó de ella un grano de trigo, y respondió.

—[Este es mi capital! con la ayuda de Dios podemos ser los mas opulentos del mundo.

La hija del bey se puso pálida y se desmayó; ¡su marido estaba loco!...

Bu-Djalula al tomar posesion del suntuoso aposento que le habia dado el bey en su palacio, no se habia olvidado de trasladar allí la jaula de su ruiseñor favorito. Lella Sicambor no tenia mas que un defecto, pero un defecto terrible para un marido amante del reposo, era celosa. La predileccion que manifestaba Bu-Djalula por su pájaro melodioso, la habia parecido un ultraje para ella, y como la mujer es vengativa, se habia apresurado á aprovecharse de la ausencia de su marido para abrir maliciosamente la puerta de la jaula donde estaba encerrado el odioso ruiseñor. Seducido ya por la vista de los naranjos, los granados y los mirtos, cuyas ramas se mecían junto á la ventana donde estaba la jaula, el ruiseñor no titubeó en aprovecharse de la libertad que le acordaban, y de un vuelo llegó á un granado en flor, pareciendo dar gracias con sus cantos á su bella libertadora.

Sin embargo, Lella Sicambor estaba un poco inquieta por las resultas que podia tener su pequeño golpe de estado, que habia tenido lugar pocos momentos antes de la conversacion que acaba de ser relatada. Los síntomas de enagenacion mental que Bu-Djalula habia manifestado delante de ella habian aumentado la ansiedad de su alma.

En toda la noche los jóvenes esposos no pronunciaron una sola palabra; solo Bakir pudo cerrar los ojos. En cuanto el alba deslizo su luz naciente sobre el lecho nupcial, Bu-Djalula bajó á los jardines del palacio. Cerca de los bosquecillos de jazmin habia una plataforma de mármol blanco, que solo estaba abierta por el lado de Oriente; allí iba todos los dias Daly-bey á cumplir sus prácticas religiosas.

Bu-Djalula fué tambien y principiò una ardiente plegaria, supli-

cando al Altísimo que cerrara el abismo que la fatalidad habia bajo sus pasos. Antes de ponerse á rezar habia dejado sobre el mármol delante de él, el mágico grano de trigo, origen de sus visiones y causa singular de su efímera grandeza. Siguiendo el rito tradicional de los fieles oradores del profeta, se arrojaba y se levantaba alternativamente recitando los versículos del Alcoran. Acababa de prosternarse sobre el mármol por tercera vez y le besaba con fervor, cuando el ruido de las alas de un pájaro le hizo levantar los ojos de repente. ¡Grande fué su sorpresa cuando descubrió á pocos pasos de distancia á su ruiseñor favorito sobre una mata, deleitándose en comer el pobre grano de trigo. Bien que los vapores condensados por el haque en su cerebro exaltado comenzara á disiparse, Bu-Djalula consideraba siempre aquel grano de trigo como una especie de talisman, cuya pérdida debia precipitar el terrible desenlace, en el cual no podia pensar sin estremecerse de espanto. Pero ¿cómo habia podido escaparse el ruiseñor? ¿Qué fatalidad habia querido que fuera á parar justamente sobre el mármol donde Bakir habia depositado su grano de trigo? Bu-Djalula se encolerizó con esa ira frenética propia del aficionado al haque, y exclamó rabioso:

—¡Ah! miserable, ingrato, no solo me abandonas, no solo olvidas mi amor y mis cuidados, sino que te atreves á robarme mi última esperanza. ¡Te cogeré muerto ó vivo!...

Y en seguida sube á su cuarto, toma una escopeta, baja, y se precipita á buscar el desertor. El ruiseñor á la vista de su amo, desplega sus alas, suelta un grito y pasa sobre los muros del palacio en la direccion del Cudiat-Ali (Oeste de Constantina). Bu-Djalula corre á la montaña donde vegetaba un antiguo olivo medio quebrantado por los vendavales. El corazón de Bakir late violentamente al acercarse al árbol, pues apenas se atreve á esperar que en él haya detenido su vuelo el fugitivo. Se oye un ligero sibido de repente, y el pájaro se escapa del olivo, en direccion al Sur, pero su vuelo no es muy rápido, y hasta se diría que se complace en permanecer como inmóvil en el espacio, esperando á que se acerque su amo. Sin embargo, no se pone nunca á su alcance, como si conociera el peligro con que le amenaza el arma de Bu-Djalula. Todo el día Bakir corrió detrás de su presa; era entonces la época de los dias mas largos del año, y cuando vino la noche, Bu-Djalula se hallaba sin fuerzas, rendido de sed y de fatiga.

Habian llegado, en fin, á un valle delicioso, lleno de sombra y de verdura mantenida por un limpió arroyuelo. El ruiseñor, no menos cansado que su amo, cae sobre una morera que dominaba aquel oasis en miniatura.

—¡Ah! ¡picaro animal! decía Bu-Djalula apagando su sed por entre unas matas de laureles: al cabo puedo acercarme á tí... ¡tu muerte dejará satisfecha mi venganza!...

Ya su dedo se apoya en el gatillo, se acalló el cantante alado. Pero de repente oye un ruido parecido al que produciría un caballo á escape. Bu-Djalula temiendo que llegue un enemigo se oculta entre unos matorrales, con los ojos clavados en la direccion por donde se oye el ruido. Bien luego distingue un hombre alto, robusto, con los ojos ardientes y una escopeta al hombro. ¿Qué quiere en aquellos lugares solitarios. Bu-Djalula, inmóvil y contentiendo la respiración, le observa con ansiedad. Al llegar cerca de los laureles, el desconocido para el caballo, mira en torno suyo con ojos escudriñadores y trata de descubrir si habrá por aquellos sitios algun otro viajero. Seguro de que nadie presencia sus acciones, se apea al borde del arroyo. Cerca de allí habia una piedra enorme: el desconocido la levanta y la separa con una facilidad que anuncia una fuerza poco común; debajo habia un hoyo. Bu-Djalula ve que descarga después una maleta y que la deposita con cuidado en el hoyo, no hay duda, aquel hombre entierra algun tesoro.

En el momento en que se inclinaba sobre la zanja, Bu-Djalula pudo distinguir mejor sus facciones. Aquel hombre misterioso es Bu-Ra'ad, el caid de los Seguias; está delante del rebelde contra quien debia marchar en persona el bey de Constantina. Un agudo silbido del ruiseñor saca á Bu-Djalula de su asombro y le parece como un aviso de lo que debe hacer. Entonces, armándose de sangre fría, apunta al corazón á Bu-Ra'ad; sale el tiro... y el jefe árabe cae herido mortalmente, mientras el pájaro vuela con espanto.

Bu-Djalula se conmueve hasta tal punto, que se determina en él como una súbita revolucion; sus ideas se aclaran, y su razon como si despertara de un letargo profundo recobra el imperio de su inteligencia con el de sus sentidos. Lo primero que hace es prosternar el rostro en tierra para dar gracias al Altísimo, y luego corta la cabeza del caid, la envuelve en un haik y saca del hoyo la maleta. Poseedor de estos trofeos, salta sobre el caballo y galopa hacia Constantina.

La aparicion de Bu-Ra'ad en aquellos parajes le dice á Bukir que se halla sobre el territorio enemigo, y que en tanto que permanezca allí, peligra su vida. Una hora hacia que iba corriendo por montes y por valles, cuando al salir de un estrecho barranco distingue una porcion de hombres á caballo. ¡La faga es imposible! El desgraciado Bu-Djalula alza los ojos al cielo como un hombre que se prepara á su-

frir una muerte inevitable. Ya cree sentir en su pecho el frío acero del yatagan, cuando se oye el grito de ¡Bu-Djalula! ¡Bu-Djalula! repetido por cien bocas. Son los soldados del bey que le rodean y se apresuran á llevarle cerca de Daly-bey que seguía á sus ginetes á poca distancia.

Al aspecto de su yerno el príncipe de los creyentes frunce las cejas y se dispone como á dar alguna orden siniestra. Pero Bu-Djalula se apresura á sacar de entre los pliegues del haik la cabeza de Bu-Ra'ad y esclama:

—¡Oh, mi amor! tu esclavo había jurado no descansar ni comer hasta que te hubiera vengado de un súbdito traidor y rebelde; su deseo está cumplido, pues aquí tienes ¡oh, señor, la cabeza y los tesoros del caído de los Seguias!

La vista del oro y las pedrerías que saltan de la maleta á los pies del bey calman su cólera; pero su entusiasmo no conoce límites cuando ve rodar la cabeza sangrienta de Ra'ad (1).

—Dios es grande, hijo mío; él es quien te ha guiado y él es quien me ha inspirado la idea de casarte con mi hija querida.

Satisfecha la primera expansion de gozo, piden á Bu-Djalula que



(Mad. de Pompadour.)

cuenta cómo ha podido llevar á cabo un suceso tan maravilloso como la derrota del caído por un solo hombre, en el seno mismo de la poderosa tribu. Rara vez Bu-Djalula carecía de imaginación, y esta vez la esprimió sin escrúpulo para dar á su acción todos los colores del heroísmo mas brillante. Como sus pruebas estaban allí, no había que replicar nada; por eso todo el ejército estuvo unánime en proclamar á Bu-Djalula como el padre de los soldados, el emir de los guerreros, ¡el bendito de Dios!

La tribu de los Seguias se sometió, pagó una enorme contribucion y todos se volvieron á Constantina.

El sueño principiado junto á un campo de trigo se concluyó con un triunfo, cuyo recuerdo conserva el pueblo todavía.

A falta de su capital imaginario, Bu-Djalula llevó su tesoro en dinero, diamantes, collares y otras alhajas.

¿De qué sirve la sabiduría?

A. C.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Esperad al menos que se nos abra, dijo Reginold, y tendremos un criado para guardarnos las capas.

A lo cual respondió Megret con tono burlon:—Es que no se apresuran á abrir.

—No habrán oído.

Reginold volvió á llamar; pero nadie respondió tampoco esta vez.

—¿Qué significa esto?

—Significa que no quieren abríros, porque no hay sino los muertos que respondan á un estrépito semejante. Ahora ¿queréis que trate de hacerme abrir? Acaso seré mas feliz que vos.

Un fruncimiento desdenoso plegó los labios de Reginold. Estaba plenamente convencido de la inutilidad de semejante tentativa, después del mal éxito de la suya. ¿Pero por qué había de rehusar una derrota á un fátuo?

El caballero Megret no golpeó brutalmente con el llamador. Introdujo la punta de la espada entre la plancha de hierro de la cerradura, y la agitó como el badajo de una campanilla. Como pueda comprenderse, el ruido que hizo fué muy corto y parecía imposible que llegase hasta la casa á través del espacioso zaguán. En el tiempo en que tardaban en venir á abrir ó según Reginold en no venir, aplicó este su ojo al de la llave y notó con un sentimiento de sorpresa, que no se escapó á Megret, un gran trineo de viaje, acompañado de dos carricoches destinados á llevar maletas. Estos preparativos de marcha, recordando las intenciones de la condesa, de dejar la Suecia si la guerra se encendía; causaron un espantoso efecto en Reginold. Su dolor se aumentó con la humillación, pues un lacayo corrió á abrir.

—Pues que estáis convencido, dijo Megret, de que á quien se abre es á mí y no á vos, ¿tendréis la bondad de no turbar mi entrada y de dejar nuestro duelo para otro día?

No se sabe si Reginold hubiera aceptado la proposición; pero el lacayo, deteniendo á Megret en la puerta, le dijo sin ver á Reginold:

—Aun no tengo nada, señor.

—¿Cómo que no tienes nada? pero va mi vida...

—La señorita Georgina no la deja.

—¿No la deja?

—No señor: están juntas.

—¿Qué horrible contratiempo!

Reginold desde un rincón trataba de escuchar temblando de rabia.

—Pero cuando se acueste...

—Ni aun cuando se acueste.

—Y bien, en ese caso debía de haberse acudido al gran medio... porque yo no puedo esperar...

—¿El narcótico?

—Ps... exclamó Megret, sabiendo que Reginold escuchaba.

—Y cuando duerma tomaré el molde en cera... es muy arriesgado.

—Mas bajo... habla mas bajo... sí, la sacarás en cera y me la darás.

—Ah, señor, tengo escrúpulos...

—Yo tengo veinte luises en la mano.

—Contad con migo...

—Oh Georgina, exclamó Megret dando los veinte luises al lacayo que se retiró.

En seguida Reginold, que no había oído bien mas que esta exclamación, dijo:—Qué, amais á Georgina y no...

—La amo... es decir...

—Oh no temas confesármelo, caballero; nada de rivalidad entre nosotros, sino estimación, confianza.

Y Reginold estrechaba las manos de Megret.

—Ah, dijo este, ¿es, pues, otra cosa lo que venís á buscar aquí vos también?...

—Sí... caballero.

—Y bien, lo mismo yo, respondió Megret yéndose y dejando á Reginold en la misma oscuridad, la misma duda y las mismas angustias celosas de que se creía libre. Indignado al fin de verse burlado de tantos modos y por tantas personas á un tiempo, empleó el mismo medio que el caballero Megret para hacerse abrir la puerta. El lacayo corrió y abrió.

—Tengo orden, le dijo, de no dejaros entrar en el cuarto de la señora.

—¿Quién os ha dado esa orden?

—La señora.

—Es imposible; dejadme pasar.

—El Sr. Reginold no querrá, según creo, obligarme á emplear la fuerza...

—Entraré...

(1) Bu-Ra'ad quiere decir en árabe terrible como el rayo.

El lacayo dió un silbido, y una nube de criados armados apareció en lo alto de la escalera.

Bien está; no insistiré, dijo Reginold; pero como presumo que no se habrá unido á esta orden la de echarme, quedaré en este zaguán...

—Podeis hacer lo que os plazca.

—Todo lo sabré, pensó Reginold sentándose en uno de los bancos de piedra colocados á lo largo de la pared, sabré lo que quieren decir estos preparativos de fuga... Se me dirá aquí como se me hubiera dicho arriba, por qué se me niega la entrada, se me dirá en fin en qué derecho se funda el caballero Megret para ser recibido tan fácilmente en una casa en que se me recibe de un modo tan extraño... Se burla de mí quizá... ¡Oh qué idea! Pero esta orden... Debe ser una equivocación... Pero Megret ha llamado apenas cuando se le ha abierto... y su conversación en voz baja con el criado... ¿Será particular conocido de la condesa? ¿Dónde puede haberle visto?... me pierdo en conjeturas... ¿Será amado de la condesa? En ese caso tengo en mi mano una venganza terrible, con decirse todo al rey que ama apasionadamente á la condesa y que los castigará, á él con la muerte, á ella con el destierro... Pero esta venganza será infame para mí, murmuró Reginold indignado contra sí mismo.—Esperemos, añadió alzando los ojos al cielo, ¡esperar, oh Dios mío, esperar! el demonio ha creado esta palabra, esperar el mas cruel de los suplicios.

Mientras Reginold mascullaba este monólogo en el zaguán, la condesa de Keningmarck y Georgina, que ignoraba enteramente los proyectos de su señora, cambiaban entre sí palabras animadas, á las cuales la gravedad de las circunstancias daba prodigioso valor.

—Sí, señora condesa, decía Georgina, tornando á ser la verdadera Georgina, os lo repito con toda la inocencia y todo el terror de mi alma; el papel que me haceis representar me da miedo.

—¡Qué niña sois, miedo de un fantasma!

—Al contrario, es muy serio... decir al rey que le amo... á un rey...

—Y bien, ¿qué tiene eso de extraño? Luis XIV no ha oído otra cosa en toda su vida.

—Cuando no le amo...

—¿Quién os ha di ho que Luis XIV haya sido amado?

—Vos bromeais, señora condesa; pero yo, yo sufro.

—Otra cosa sería si le amárais. Oh, entonces...

—Animarle, escucharle con complacencia, con ternura... lo habeis querido... pero qué comedia!

—Pero hace falta mucho ingenio para sostenerla, y ¿á quién podía yo escoger mejor que á vos?

—Señora, no se tiene ingenio cuando hay que mentir.

—Al contrario, entonces se despliega el que se tiene.

—No se tiene ingenio, señora, os lo repito cuando hay que engañar al corazón.

—Sé que amais á ese confidente, á ese favorito de Carlos XII...

—Sí, lo sabeis, señora, y como suponeis que no sucumba al dolor si tengo aun que jugar mucho tiempo con su amor, burlarme de él cuando iguala al mío, mientras me complazco en oír los bruscos juramentos del rey?... Con dos máscaras se ahoga una... y se muere entre dos hipocresías.

—No, ni se ahoga una ni muere... usa simplemente de la coquetería.

—Vengo á suplicaros, señora condesa, y esta vez mas firmemente que nunca, que me dispenseis de este empleo superior á mis facultades, á mi corazón y á mi ingenio, cuyas fuerzas habeis exagerado comparándolas á las vuestras.

—Sois modesta, Georgina.

—Nunca fui mas sincera.

—Os conozco mejor que vos misma.

—Os engañais acerca de mi energía y de la agilidad de mi inteligencia. Cuando os ruego que no me espongaís á mentir al rey es porque conozco que no está lejos el momento en que me voy á hacer traición á mi misma delante de él, y le dejaré ver toda la falsedad de mi alma... un solo instante puede verme...

—Decid mas bien perderlo todo... replicó la condesa.

—Sí, señora, eso es, perderlo todo.

—Pero yo sería la primera que se perdiese si eso sucediera... pensadlo bien.

—Lo sé, señora; pero mi amistad, mi fidelidad, mi gratitud nada podrian impedir.

—Mi querida Georgina, sed mas dócil, sed mas buena, dijo la condesa después de un momento de silencio, pasando amigablemente su mano alrededor del cuello de su dama de honor.

—Yo quisiera serlo, señora.

—Qué; no os creéis bastante fuerte, bastante astuta para rodear de una cadena el cuello de ese oso, y de un cordón de seda el de Reginold? Pero eso es hasta divertido para una mujer...

—¡Oh señora! las palabras disfrazan muchas cosas en la conversa-

cion, pero la verdad es... que el amor del rey es tan verdadero como el de su favorito.

—¡Estais encantadora!... murmuró la condesa, estrechando aun mas á su cómplice; jamás desplegaís tanto carácter como cuando creéis carecer de él; vamos, amiga mia, no os aflijais, yo os libraré de toda contrariedad; pero concededme solo dos meses de esta coquetería que os causa tan grande, y permitidme añadir tan ridiculo espanto.

La condesa esperó una respuesta.

Georgina guardó silencio haciendo por sonreír.

—Qué, exclamó la condesa, ni dos meses que necesito para partir en tres pedazos este reino que he puesto en vuestras lindas manos creyéndolas mas dóciles, mas fieles...

—Mas fieles... lo son, señora. Oh sí, lo son, no lo dudeis, si quereis una prueba al instante mismo; pero una prueba que no hiera mas que mis intereses, pedídmela, estoy pronta á darla como habeis dado vos la vida á mi padre haciéndole descender del cadalso en que estaba ya arrodillado.

—¿Y qué prueba es esa, niña exaltada? preguntó la condesa, admirada á pesar suyo de tanta firmeza.



—Si rehoso coadyuvar mas tiempo á vuestros proyectos animando el amor del rey, puedo alejar tambien á Reginold por medio de una indiferencia afectada.

—Pero es de vuestra ayuda y no de vuestra neutralidad de lo que necesito, exclamó la condesa impacientada. Vuestros prolongados escrúpulos despiertan hartos recuerdos contra vos... y entre un enemigo y un amigo inactivo no he comprendido nunca bien la diferencia.

—Yo vuestra enemiga, señora!

—Casi, casi, una ingrata...

—Pero yo no he olvidado nada, ninguno de vuestros beneficios, señora... Oh no me llameis ingrata...

—Habeis olvidado, Georgina, que sois la hija del conde de Melander, que el conde de Melander ha conspirado contra su bienhecho, contra su señor Federico Augusto, gran Elector de Sajonia, cuando se presentó como rey de Polonia, rivalizando con el príncipe de Conti; habeis olvidado que impulsado por la Francia, por el príncipe de Conti, ó por el partido polaco que queria un príncipe de sangre francesa en el trono de Polonia, vuestro padre, el conde de Melander, ha alzado su mano contra el gran emperador Federico Augusto, y que en su mano llevaba

un puñal; todo esto fué secreto; secreto como su prision; secreto como su juicio y su sentencia en medio de la noche.

Georgina desfallecida, caída en brazos de la condesa, lloraba y suspiraba; moría de espanto recordando esta historia, su vida pero incógnitamente contada por la condesa.

—El cadalso, prosiguió esta, fué levantado en el patio de la prision durante la noche; sola vos fuisteis admitida en el calabozo de vuestro padre para darle vuestras últimas lágrimas y un último beso en cambio de su último suspiro. Os acordáis de esto? Enredor vuestro no había nadie que quisiera interesarse por el conde de Melander, conspirador, traidor y regicida; qué crimen! ¡Qué noche! No teniais mas que dos hombres delante de vos; vuestro padre y el verdugo. De pronto pensasteis en mí.

—Oh señora... señora... señora...

—El verdugo suspendió su hacha por diez minutos. Del calabozo corristeis al palacio del Elector... Os escuché, enjuagué vuestras lágrimas, noble niña! Ahogué vuestros gritos en un beso, y corrí mojada de vuestro llanto y del mío al cuarto del Elector... El Elector concedió la vida al culpable con las condiciones que yo pusiera... Esas condiciones las conocéis... las habeis olvidado.

—No, no, señora, están siempre aquí...

—Oh! las habeis olvidado... vuestro padre, el conde de Melander fué sacado de su prision, y al día siguiente se dijo que había sido decapitado durante la noche.

—¿Qué no os deberé yo durante mi vida!

—Y me prometisteis, es preciso que os lo recuerde, de consagraros, á mí durante el tiempo que fuera necesario para conseguir en interés del Elector Federico Augusto, que en mi nombre había perdonado á vuestro padre, un proyecto de los mas grandes que la política ha emprendido, la partición de un reino, la partición de la Suecia que un rey indigno de este nombre, no sabe gobernar.

—Es cierto, señora, lo he prometido...

—Puse los ojos en vos, Georgina, porque una casualidad, de que estoy orgullosa, me ha hecho casi tan bella como vos, concediéndonos casi las mismas facciones y un ingenio que el uso ha hecho quizá mas punzante en mí; pero que el empleo mas moderado, ha hecho mas original en vos. Yo proyecté, dichas de esta semejanza, haceros pasar por mí, haciéndome pasar por vos, en la corte de Suecia, para poder ver lo que vos no vieseis. Os he dejado el papel mas brillante y he tomado el mas difícil. Sois la condesa de Koenigsmarck y soy vuestra dama de honor. Todo iba bien hasta aquí. Nada se sospecha y sabemos punto por punto cuanto se hace, cuanto se piensa, cuanto se melita, cuanto se vá á hacer. Mejor aun; arreglamos aquí los sucesos á nuestro gusto, cuando estamos prevenidos y los dirigimos en el sentido de una próxima crisis. Un suceso mas grave que todos los que hasta ahora han tenido lugar se presenta: el proyecto de Carlos XII de hacer la guerra á los reyes que le atacan. Ese proyecto ha brotado como un milagro en su cerebro exaltado por la orgía. Vengo de su palacio, lo sé todo y precisamente cuando voy á contraminar ese desastroso proyecto, cuando voy á redoblar mis esfuerzos por contener al rey en la red de seda, pero inopinadamente un nuevo amor, desconocido para él que se cree bastante fuerte para vencerle, me negais vuestro apoyo... ¿Y si yo hubiera negado el mío á vuestras lágrimas cuando la hacha esperaba en el rincón del calabozo de vuestro padre?

Georgina no respondía sino por lágrimas.

—Yo había previsto vuestra defección, continuó la condesa, me he confirmado en mi idea desde que os vi prendada de ese Reginold. Hay almas que el amor eleva y fortalece, hay otras que abate y quiebra...

—Oh señora, exclamó Georgina alzando los ojos al cielo, vos no habeis amado nunca.

—Debais vos ser la última en dudar que he amado.

Esta respuesta, inspirada por el reproche, fué un rayo de luz para Georgina que comprendió por primera vez á qué título la condesa había podido alcanzar el Elector el perdón de su padre.

—Yo había previsto vuestra traición, repitió Aurora, porque en buena política todo debe preverse... y he tomado mis medidas. Concediendo la vida á vuestro padre no le he concedido la libertad, que por lo demás me hubiera sido imposible concederle, porque no se le podía hacer pasar por muerto haciéndole aparecer en medio del mundo.

Esta necesidad favorecía mis proyectos sobre vos, y me aseguraba vuestra fidelidad. De su calabozo, vuestro padre fué llevado á una fortaleza en el fondo del golfo de Botania, sin sufrir hambre ni sed, sufre allí mucho á causa del clima y de la privación absoluta de la libertad.

—Oh padre mío.

—Ese grito me acusa de cruel?

—No, señora, no... es el grito de mi ternura, es el acento irresistible de mi dolor...

—Sin ser enteramente dueña de la suerte de vuestro padre puedo

dentro de algun tiempo obtener cierto endulzamiento á su prision, luego algo mas de libertad, luego...

—Oh gracias, señora, qué reconocimiento...

—En fin, su completa libertad.

Georgina cayó bañada en lágrimas á los pies de la condesa.

—Me comprendéis, querida Georgina?

—Sí, señora.

—Queréis continuar, pues me habeis comprendido, sirviéndome como fiel amiga?

El mandato, las caricias, las adulaciones, las seducciones, las amenazas, las lágrimas se cruzaban continuamente, se las veía en los ojos y en la boca de la condesa.

—Haced de mí lo que queráis, señora.

—Dentro de un año, vuestro padre, el conde de Melander, será libre, dijo con alegría la condesa á Georgina; dentro de un año seréis quizá la esposa de Reginold, si como tengo motivo para creer, ese joven es por su nacimiento digno de vos, pues hay misterio en torno de él. Lo sabemos todo aquí excepto lo que le concierne. Oh, por qué teneis ese medallón en vuestro collar de ámbar gris? Preguntó con sorpresa la condesa á su linda dama de honor; qué extraño adorno!

—Es un amuleto, respondió Georgina. Cuando me separé de mi familia para seguirlos, mi tío materno me le ató á la estremidad de este collar.

—Qué extraño medallón... repetía la condesa, pero de repente se dejó oír en la escalera un extraño ruido de pasos y de voces seguido de estas palabras:—socorro! deteneos! socorro!

La condesa corrió á abrir la puerta para saber lo que sucedía.

Reginold con los ojos chispeantes, los cabellos erizados y la espada desnuda en la mano penetró en la habitación.

—Señora, señora, decía con voz trémula y ahogada el jefe de los criados, este caballero, á pesar de nuestra consigna, cansado de esperar en el zaguan, suponiendo que se le engañaba, suponiendo que vos y la señorita Georgina habiais partido... que el trío no servía mas que para ocultar vuestra fuga, ha querido asegurarse por sí mismo y nos ha apaleado, herido, dispersado...

—Conservad vuestro papel, dijo por lo bajo la condesa á Georgina, hablad como yo hablaría.

(Continuad.)

LOS DOS PRIMOS.

Armando de Brevannes y Jorge de Herboville eran primos; altos, bien formados, de una figura agradable: la naturaleza les había dotado igualmente de ventajas físicas; en cuanto á su educación, como hacían los mismos estudios en el mismo colegio y bajo la dirección de los mismos profesores, parecía que no debía establecerse la mas pequeña diferencia: sin embargo, la había muy inmensa, lo mismo que por parte de la fortuna.

El padre de Jorge, hijo único, varón de una familia que se había ilustrado en la carrera de las armas, había llevado la espada como sus antepasados; pero con una fortuna mas que modesta: el único legado que le fué posible dejar á su hijo era una gran cantidad de honor y una reputación sin mancha; el ministro de la Guerra agregó á esto una plaza en un colegio real. Mr. de Herboville tenía dos hermanas, con quienes la suerte se había mostrado menos rebelde con respecto á fortuna: la una, que había llegado á ser esposa de Mr. Bravannes el alcaide, era la madre de Armando; la otra, que pasó á las Guadalupe en calidad de doncella, se había casado con un rico plantador llamado Dumesnil. Esta no gozó mucho tiempo del dichoso cambio efectuado en su posición; al año de su matrimonio murió al dar á luz á una hija, que mas tarde encontraremos con el nombre de Lucía.

La diferencia que hemos señalado entre Armando y Jorge era pues la única ventaja del primero; lo contrario sucedió con respecto á la educación, ó mas bien al provecho que habían debido sacar. Jorge poseía un juicio sano, un talento lógico; sus conocimientos, aunque numerosos, no eran superficiales; todo lo que sabía lo había estudiado con profundidad y con conciencia; rara vez habiaba sin ser provocado; pero entonces se le entendía perfectamente; tan natural y agradable al mismo tiempo que sólida era su conversación, su estilo florido; templado, elocuente; era notable por su pureza y claridad; en fin, una gran modestia, que casi rayaba en timidez, coronaba este conjunto de cualidades raras y preciosas.

Armando era todo lo contrario; tenía poco talento y menos ciencia, escribía mal y no hablaba mejor, y dotado de un gran fondo de vanidad, ambicionaba todos los premios sin hacer jamás nada para obtenerlos. Con todo esto los había alcanzado y había salido del colegio con cierta reputación, como si para adquirirla fuera preciso ser el discípulo mas indolente y perezoso de su división. Es un enigma, cuya solución encontrarán nuestros lectores si quieren reflexiones, que cada día suministra una prueba del hecho que vamos á contar.

Armando recibió por vía de regalos una porción de libros, ya amenos, ya instructivos, que leía muy poco: Jorge, que los hubiera leído mucho, no recibía ni uno, y como es natural, muchas veces envidiaba la dicha de su primo. Pero de toda su biblioteca la obra que más excitaba su curiosidad era una magnífica edición de las poesías de Lamartine. Armando, que conocía esta debilidad de su primo, sacó con destreza gran partido de ella en la distribución de premios: el día del concurso se colocó al lado de Jorge, y le dijo:

—Si quieres ser buen compañero para mí, te regalaré un Lamartine.

—Habla, respondió Jorge con afeite, no puedo rehusarte nada: ¿qué exiges de mí?

—Poca cosa: baja un poco el brazo, abre tu diccionario y déjame copiar tu composición.

—¿Pero me propones una traición!

—¿Qué importa?

—¿No conoces que obrando así podemos perjudicar á nuestros camaradas? Si por casualidad fuera buena mi composición...

—Espero que sea excelente, y que se llevará el premio.

—Razon de mas sería hacer perder una plaza á aquel cuya composición siguiese á la mía.

—¿Es decir que rehusas.

—No, acepto, respondió Jorge; pero quiero, ya que cometamos un fraude, que las consecuencias caigan sobre mí solo: toma mi composición, haz de ella lo que quieras; en cuanto á mí, me retiro del concurso.

¡Pobre y honrado niño! Las poesías de Lamartine le costaron un triunfo; su corazón debió palpar con mucha fuerza cuando en el solemne momento oyó salir de boca del profesor el nombre de su primo y cuando le vió listo y alegre lanzarse hacia el estrado en medio de aplausos, mientras que el verdadero laureado permanecía confundido entre la multitud.

Esta costumbre que contrajo en el colegio la había encontrado muy favorable á su ignorancia, á su pereza, á su amor propio, porque en el mundo no hay naturalmente recursos para la ocasión, y esta no tardó en presentarse.

Ya hemos dicho que Armando tenía una gran dosis de vanidad y de ambición: no le bastaba ser rico, quería ser considerado, deseo laudable sin duda cuando se busca en la consideración el precio de sus estudios y de sus servicios. Un bonito destino, un título, una condecoración, eran el objeto de sus deseos; las circunstancias le sirvieron á su antojo: aun no tenía veinticinco años cuando fué llamado en calidad de secretario al lado de un amigo de su padre, nuevamente promovido á las funciones de ministro del Interior. Seguramente era un buen debut en la carrera administrativa, el camino se abría delante de él seguro y rápido; su porvenir dependía únicamente del celo y de la inteligencia con que desempeñase el delicado empleo que le habían confiado. Por desgracia el celo se aviene muy mal con un temperamento apático, la inteligencia con un talento mal cultivado, y Armando reconocía lo mismo que en el colegio su insuficiencia: pero no se inquietó lo mas mínimo: le era conocido el remedio.

Jorge, huérfano y pobre, arrojado, sin apoyo, sin protector en un mundo en que la intriga y la cábala constantemente alerta, impiden por todos lados el camino al mérito. Jorge, desprovisto de denuedo y aplomo, ménos ocupado en hacer valer su talento que en adquirir nuevos conocimientos, vivía con bastante estrechez del producto de algunas lecciones y de una modesta plaza de copista en casa de un literato, gran autor de compilaciones. A Jorge, pues, se dirigió Armando; de este modo se grangearon razonables apuntes y un fuerte apoyo, cuya solidez conoció por experiencia, y entró con paso resuelto en un camino que no le ofreció ya ni dificultades ni obstáculos.

De este modo Jorge trabajaba, era el secretario de hecho; Armando recogía la gloria, era el secretario oficial. El ministro no sospechaba nada de este injusto tratado, que daba al uno el trabajo y á otro la recompensa; Jorge era demasiado leal para dejar de cumplir rigurosamente lo que consideraba como un deber; jamás salió de su boca una palabra indiscreta, y cuánto sufriría su amor propio cuando algunas veces oyó prodigar á su primo los elogios que él merecía.

Armando encontró tan cómodo el procedimiento y tan satisfactorios los resultados, que su primo llegó á ser indispensable en todas las circunstancias pequeñas ó grandes, aun en aquellas que nada tenían que ver con sus funciones. De modo que se descargó enteramente del cuidado de su correspondencia, en la carta mas interesante lo mismo que en el billete mas trivial; solo una cosa le pertenecía, la firma. En fin, llegó á ser tan poderosa esta costumbre, que le fué imposible vencerla en una ocasión la mas grave, la mas importante de su vida, en la que nada en el mundo podía justificar ni aun escusar lo extraño de su proceder.

El padre de Armando desde la muerte de su cuñada mantenía correspondencia continua con M. Dumesnil, y aunque en ella se mani-

festaba los sentimientos más vivos de simpatía y cariño, no estaba desprovista de interés. M. Dumesnil sabía perfectamente que la casa Brevannes y compañía figuraban con honor entre las primeras casas de banco de París, y este por su parte no ignoraba que M. Dumesnil, aun vendiendo al mas ínfimo precio sus productos coloniales, podía realizar un capital de dos millones. El colono no tenía mas hija que Lucía, Armando era hijo único del banquero: los dos padres, salvo el examen de las cualidades morales de los jóvenes, habían concebido al mismo tiempo un proyecto de union, que fué acogido por ambos con igual alegría cuando mutuamente se lo comunicaron.

Un día M. Brevannes llamó á Armando á su gabinete y le enseñó una carta de M. Dumesnil, en la cual estando de acuerdo en las condiciones de la futura alianza, autorizaba á su sobrino para escribir directamente á Lucía hasta el momento poco distante en que él se pusiese en camino para Francia, acompañado de su hija. Inútil es decir que Armando suscribió con gusto á un negocio que tan bien cuadraba con su vanidad: ¿qué le importaba saber si la mujer que le destinaban tenía sentimientos virtuosos, talento, buen corazón? Lucía era rica; además, á juzgar por el retrato que de ella le hacían, la belleza y las gracias de la joven criolla no dejaban nada que desear, ¿á qué pedir mas? Con una mujer rica y bonita, no tiene una seguridad de marchar siempre entre envidiosos y admiradores, y de darse importancia en sus salones en medio de una porción de cortesanos y de esclavos? Solo una cosa evitaba que su alegría fuese completa, el permiso de escribir á su prima, permiso que á primera vista se podía considerar como un favor; pero en el que mirándolo mas despacio solo se veía una prueba impuesta por un padre prudente al futuro esposo de su hija, á fin de enterarse á la vez de su talento y de la delicadeza de sus sentimientos.

Veinte veces cogió Armando la pluma y otras tantas la tiró, no encontrando nada que decir ó descontento de la manera con que explicaba lo poco que se le ocurría. Ya empezaba á deliberar si le valdria mas renunciar á las ventajas que se ofrecían que cansarse en hacer una cosa superior á sus fuerzas, cuando exclamó de repente:

—¡Soy bien necio en atormentarme! ¿no tengo á Jorge que me sacará de mi apuro?

Y se apresuró á ir á confírsele á su primo, que esta vez no pudo menos de hacerle algunas objeciones.

—No te inquietes por nada, mi querido Jorge, figúrate que estás en mi lugar, representate á Lucía como un ángel de belleza y de virtud, y todo lo que escribas estará perfectamente. Únicamente me resignaré á copiar tu trabajo en estas circunstancias; conviene que las cartas esten escritas de mi mano... ¿qué quieres? todo cuesta trabajo.

Jorge se valió del medio que Armando le había indicado, y llegó á hacerse tal ilusión, que no hubiera estado mas elocuente si hubiera escrito por su propia cuenta. Esta primera carta fué seguida de muchas otras en las cuales se complacía en prodigar todos los tesoros de su talento y de su alma. Estimulado por las contestaciones de Lucía, en que se manifestaban los sentimientos mas puros de un corazón cándido y virginal, no solo daba cada vez á sus cartas un tono mas apasionado, mas persuasivo, sino que le parecía que su primo escribía muy de tarde en tarde, y no había razonamientos que dejase de emplear para demostrarle la necesidad de activar su correspondencia.

(Continuará.)

EL ESTIO.

Mayo recoge el virginal tesoro
Desciende Flora su gentil guirnalda,
Inquieto corre el manantial sonoro
Del alto monte en la tendida falda.
Tórnanse en campos de carmin y oro,
Los que fueron de rosa y esmeralda,
Y apenas riza su corriente el río
A los primeros soplos del estío.

El prado fértil, la enramada umbrosa,
El soto ameno, la foz ribera,
Con voz desalentada y cariñosa,
Despiden á la dulce primavera;
Muere en su tallo la inocente rosa,
Desfallece la altiva enredadera,
Y con amargo y triste sentimiento
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma
La casta aurora su rosada frente,
Derrama perlas y recoge aroma;
Se abre la flor que su mirada siente;
Repite sus arrullos la paloma

Bajo las ramas del laurel naciente,
Y allá por los tendidos olivares
Se escuchan melancólicos cantares.
Del aura dócil al impulso blando
La rubia miés en la llanura ondea;
Del dulce nido alrededor volando
La alondra goza y de placer gorgoea;
Las ondas de la fuente suspirando
Quiebran el rayo de la luz febea,
Y en delicados mágicos colores
El fruto asoma al respirar las flores.

Corta el blanco perfil de la majada
La noble encina que á tu edad resiste,
En su copa de fruto coronada
La vid de verde majestad se viste;
A su pié la doncella enamorada
Canta de amor, pero su canto es triste,
Que en el profundo afán que la devora
Amores canta cuando ausencias llora.

Del hondo valle en la alfombrada orilla
Manso cordero del dolor sosiega;
Se oyen los cantos de la alegre trilla,
Suenan los ecos de la tarda siega;
El sol en medio del espacio brilla,
El cielo azul su majestad despliega,
Descansan á la sombra los pastores,
Y se abrasan de sed los segadores.

Cándido como sueño de esperanza,
Puro y feliz como el amor primero,
Su luz tranquila desde Oriente lanza,
Sol de la noche, el virginal lucero,
La nube oscura á disipar alcanza,
El de la casta luna mensajero;
Tiene en su nombre, y suspirando ella
Sigue en pos enamorada y bella.

Castos y misteriosos corazones,
De fé, de amor y de esperanza llenos,
Que guardais las primeras ilusiones,
De vicio torpe y de mentira agenos;
Vosotros que en las hondas aflicciones
Mirais el triste porvenir serenos,
Venid que os da su celestial rocío
La tibia noche del ardiente estío.

José SELGAS y CARRASCO.

LA PAZ DEL ALMA.

A mi querido amigo D. José S. Ocaña.

Placeres ilusorios,
vanas quimeras,
que amargais á los hombres
la vida entera,
abridme calle
por que de seducirme
tratais en valde.

LA FAMA PÓSTUMA.

Sabes lo que desprecias
mozo arrogante,
ignoras que la vida
del hombre grande
es flor eterna
que las generaciones
cuidan y riegan.

YO.

Los que á caza de gloria
se van sin génio,
suelen tomar la ruta
que vá al infierno;
y es grande chasco
hacerse prisionero
de los contrarios.

EL PODER.

No ves ese magnate
que airado mira,
ante cuya presencia
todos se humillan,
que manda y vuela
su voz como la furia
de la tormenta.

YO.

Al que tiene en sus manos
honra y provecho,
los desagradecidos
hacen perverso
y á veces logra,
pobre y aborrecido
morir en horca.

EL DINERO.

No hay para mí imposible,
soy el rey del mundo,
por que el alma del hombre
va en mis escudos.

La especie humana
cuanto tiene y anhela
lo vende y paga.

YO.

¡Todo el oro del mundo
no puede darnos
ni el instante de vida
que despreciamos!...

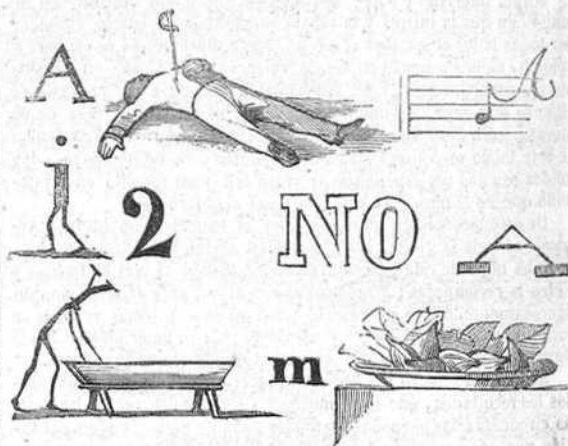
¿La dicha es cosa
que se vende, se aprecia,
ni que se compra?

Gloria, tu laurel cubra
la sien del génio,
poder guarda tus goces
al hombre escelso.

Divina gracia
conservad en mi vida
la paz del alma.

EDUARDO GASSET.

JEROGLIFICO.

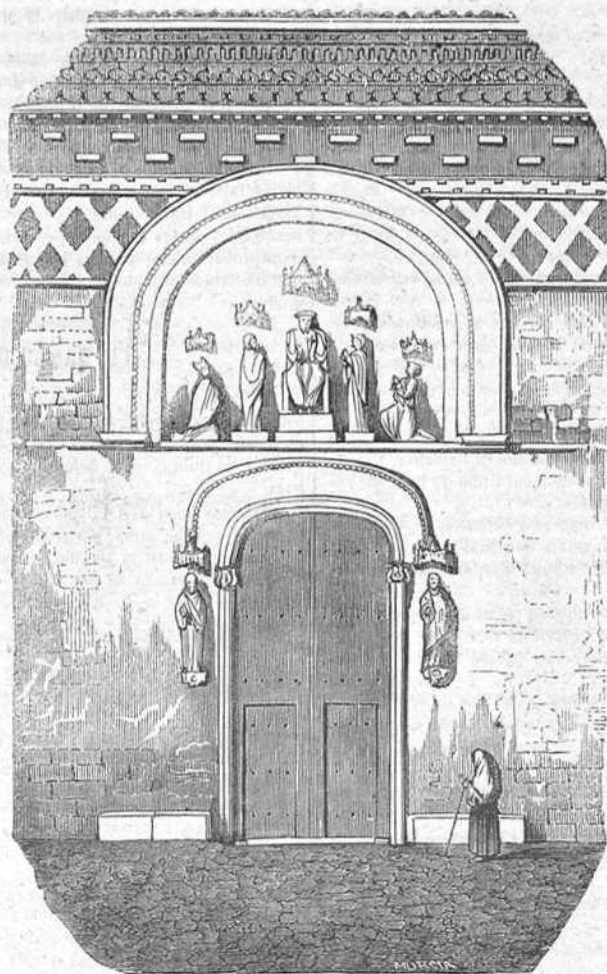


SOLUCION DEL PUBLICADO EN EL NÚMERO 29.

De árbol caído todos parten leña.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Portada del N. en la Parroquia de San Pablo de Zaragoza.

Habiendo el SEMANARIO publicado en el número 1.º del presente año, una pequeña descripción de la Parroquia de San Pablo de Zaragoza, hoy presentamos á nuestros lectores una de sus dos puertas del N. de la referida Iglesia: la caduca mano del tiempo ha sentado sobre ella el sello de la destrucción, mutilando las diversas figuritas talladas, así mismo como las repisas y doseletes que las adorna: de los cuatro ingresos ó puertas que tiene esta Iglesia, apenas se halla abierta la que nos ocupa, y la que da á la parte de O. Como se vé, pertenece al estilo gótico como todo el interior, y si bien la puerta principal que mira al S. no se halla en armonía con la presente, es por las modificaciones que ha sufrido, habiendo sido la última á fines del siglo pasado: la correspondencia entre la arquitectura interior y la de la portada que nos ocupa, hace suponer que esta sea contemporánea de la fundación del templo.

LITERATURA ESPAÑOLA.

En la obra titulada *Historia comparada de las literaturas española y francesa*, escrita en 1842 por Adolfo de Puibusque, nos ha llamado la atención, además del profundo conocimiento que de nuestros escritores tiene, lo concienzuda é imparcial que es su crítica.

Vamos á copiar literalmente varias de las notas puestas al tomo segundo, por lo interesantes que nos parecen, y porque prueban también cuán grande fué la influencia de nuestra literatura en el siglo XVII; y que si hoy la francesa nos impone la suya, no hace mas que devolvernos lo que en otro tiempo le prestamos.

Aparecen en primer lugar en dicha obra las imitaciones, ó mejor

dicho, plágios de Hardy á nuestras novelas, habiendo sacado de ellas las siguientes composiciones dramáticas.

Cornelia, en 1609.

La fuerza de la sangre, en 1612.

Felismena, en 1613.

La hermosa Egipcia, en 1613.

Lucrecia ó el adúltero castigado, en el mismo año.

Fregonda ó el amor casto, en 1621.

De Pedro Larivay, escritor menos célebre, tenemos *La Constancia*, sacada de una novela de Cervantes.

A Pichou se debe la comedia titulada: *Las locuras de Cardenio*, sacada de la novela que Cervantes escribió en el *Quijote* y la *Infel confidante*, imitada de la misma obra, y representada en 1650.

Francisco Tristan hizo representar en 1636 su tragedia titulada *Mariana*, imitada de la que escribió Calderon con el título *Del mayor monstruo los celos ó Tetrarca de Jerusalem*.

Voltaire escribió con el mismo título y el mismo asunto en 1724; y J. B. Rousseau, queriendo hacer triunfar al primero, retocó la tragedia de Tristan; la de Voltaire tuvo muy mal éxito; un año después volvió á ser resucitado este asunto por el abate Nadal.

Juan Rotrou, el protegido del cardenal Richelieu, ha dado al teatro varias piezas, de las cuales la mayor parte están tomadas del español, como se puede ver por la siguiente lista:

El muerto enamorado, 1628.

Las ocasiones perdidas, 1631. *Ocasión perdida* de Lope de Vega.

La Felice constancia, mismo año, mismo autor.

La hermosa Alfrida, 1634, mismo autor.

Las dos doncellas, 1636, imitada después por Guinault.

Hércules, 1637.

Laura perseguida, mismo año, imitada de la *Nise perseguida*, de Bermudez, y aprovechada por Houdard de Lamotte para su *Inés de Castro*.

Ha sacado además Rotrou de nuestro teatro:

Celia ó el virey de Nápoles, 1643.

Don Alvaro de Luna, 1647.

Don Bernardo de Cabrera, mismo año, de Lope de Vega.

Venceslas, 1648 de Rojas, *No hay padre siendo rey*.

Su última imitación data de 1630, año de su muerte, y es la pieza titulada *Don Lope de Cardona*, sacada de la que con igual título escribió Lope de Vega.

Entre los autores menos conocidos merecen citarse los siguientes:

El hospital de locos de Beys, imitada de la comedia de Diego de Torres titulada: *Hospital en que cura amor de amor locura*.

Beys ha dado con Guerin de Bouscal en 1636 *El amante generoso*, tomada de una novela de Cervantes.

En 1638, Guerin de Bouscal dió *Don Quijote de la Mancha*, tomada de la de Guillen de Castro, y en 1641 *El gobierno de Sancho Panza*.

La *Guivare*, de Gillet de la Tisonnerie, está imitada de una novela de Cervantes (1639).

Metel de Douville ha dado en 1641:

L'Esprit follet, imitada de *La dama duende* de Calderon.

En 1643, *Los muertos vivos*, de la de igual título de Lope de Vega, y del mismo *Amar sin saber á quien*.

El curioso impertinente y *Los inocentes culpables* escritas por Dehrosses, y representadas en 1643, están tomadas, la primera de la novela de Cervantes, y la segunda de la que Calderon tituló: *Peor está que estaba*.

Blanca de Borbon, por Regnault, imitada de una novela española y de los romances del mismo asunto.

La bella Egipcia, imitada por la segunda vez por Sallebray, y sacada de una novela de Cervantes.

Hermenegilda, por Calprenede; sacada de una novela española.

Juicio de Carlos el Temerario, por Marechal, de una novela española.

Celia ó el virey de Nápoles, por Rotrou.

En 1645, escribió Scarron el *Yodet ó el amo criado*, imitación al pie de la letra de lo que escribió con igual título Rojas.

En 1647, el *Yodet pendenciero*, tomada de una de Rojas titulada: *Donde hay agravios no hay celos*.

En 1649, tradujo del español el *Herederio ridiculo*.

En 1653, *D. Yafet de Armenia*, imitada de *Marqués de Cigarral*, de Moreto.

Y en 1663, *El guarda de si mismo*, de la de igual título de Calderon.

También no es infundada la idea de los que creen que el *viaje* de Agustín de Rojas le sirvió bastante para escribir su célebre *Roman comique*; además existen de él varias traducciones de novelas españolas.

Pierre Corneille debe á Rojas su *Beltran de Cigarral*, y quizás los *Criados* de Molière han sido vaciados en el mismo molde que el Moscon de *Las cañas se vuelven lanzas* (donde hay agravios no hay celos).

La educación de Mlle. Motteville y de la Montpensier fué española de tal modo, que en todas las obras de estas dos escritoras se ven trozos enteros de nuestras célebres comedias y de nuestras novelas de costumbres.

Deben también notarse:

Yodet astrólogo, de Douville;

El astrólogo fingido, de Calderon;

La celosa de si misma, de Douville, de la de igual título de Tirso;

Y la *Zenobia, reina de Armenia*, de Montalvan, sacada de la de Calderon.

El amor á la moda, Tomás Corneille de *El amor al uso*, de Solís.

El encanto de la voz, del mismo.

Lo que puede la aprension, de Moreto.

Los rivales, de Guinauld, reproducción de la de Rotrou.

La ingratitud generosa, de una novela de Cervantes.

El estudiante de Salamanca, imitada de la de Lope de Vega, por Tomás Corneille, Bois Robert y Scarron.

El guarda de si mismo, de Tomás Corneille, de la de igual título de Calderon; y *El carcelero de si mismo*, de Scarron.

Los golpes de la fortuna, imitada de Calderon por Quinauld y Bois Robert.

La banda y la pulsera de Lambert, imitación de la que escribió Enriquez con el título de *Lazo, Banda y Retrato*.

Magia sin magia, del mismo, de *Encanto sin encanto*, de Calderon.

El convidado de piedra, imitada de la de Tirso por Devilliers, y posteriormente por Dorimon.

El fantasma enamorado, de Guinauld, del *Galan fantasma*, de Calderon.

La escuela de los celosos, de Montfleury, del *Angel fingido*, de Lope de Vega.

Las intrigas amorosas, de Gilbert; nueva imitación de la de Lope de Vega titulada: *Amar sin saber á quien*.

El celoso invisible, de Brecourt, del *Celoso engañado*.

La dama capitán, de la de igual título, por el señor Montfleury.

El ateo fulminado, imitada de Tirso *El convidado de piedra*.

Si los datos, dice el autor de quien tomamos esta lista, no nos hubieran faltado, aun podríamos hacer una lista mucho mas larga de las imitaciones, traducciones y plágios que los escritores franceses han hecho á los poetas españoles del siglo XVII; pero basta con lo referido para probar que no siempre hemos sido nosotros los traductores, sino que ha habido para todos.

A. B. A.

EL BAMBU DE CHINA.

M. Verdier Latour acaba de publicar una noticia muy interesante sobre los usos innumerables del bambú de la China, maravilla del reino vegetal, y sobre la posibilidad de cultivarlo en Argel. En el *Zeramma* de Philippeville leemos un resumen muy exacto de este trabajo.

De todos los usos del bambú enumerados por el autor, el principal, el que debe llamar particularmente la atención, porque es para la China una industria de mucha fama y de grande importancia, es el de la fabricación de ese papel, que entre otras calidades que le distinguen, tiene la de haber sido reconocido como eminentemente propio para la impresión del grabado sobre acero.

Cuando se quiere coger el bambú para fabricar papel, los tallos cortados cerca de la raíz se combinan por su grosor y por su edad con una longitud de 50 centímetros, reunidos en atados mas ó menos voluminosos segun la profundidad del estanque, en seguida son sumergidos en el agua ó el barro, y se dejan allí cierto tiempo que varia segun la temperatura. Las demás preparaciones son semejantes á las que seguimos para la fabricación de nuestro papel; es decir: que el bambú machacado en pilas de madera se reduce á pasta y casi se liquida; luego se estiende en cuadros, y cuando se seca se pasa por rodillos que lo suavizan. Cuando el papel preparado de esta manera proviene de tallos escogidos, es fino y sedoso; pero no resistiría á la acidez de las tintas europeas si no se tomara la precaucion de encolarlo metiéndolo en una solución de alumbre y de cola de pescado.

El papel de China, propiamente dicho, es decir el que conocemos bajo esta designación, es una mezcla de pasta de bambú y de algodón de Nankin; de ahí provienen su color amarillo, su tersura y su porosidad, cualidades que lo hacen propio para el grabado en acero.

El bambú sirve tambien para la fabricación de cuerdas. Se cortan en tiras delgadas los tallos remojados en agua, y estas tiras trenzadas se convierten en cuerdas muy fuertes, muy durables y muy económicas. En los juncos se emplean muy particularmente.

La mayor parte de los utensilios agrícolas, arcaduces, mangos de instrumentos aratorios, tubos de toda especie, y los mismos arados, son tallos de bambú fácilmente adaptados á estos diversos objetos.

Después del empleo industrial, viene el terapéutico. El papel de bambú es excelente para curar llagas y heridas hechas con arma blanca. Aplícase en hojas superpuestas, simplemente mojadas, y la herida se cura como por encanto.

Imposible nos es seguir á M. Verdier-Latour en la enumeración de todos los servicios que presta el bambú en la China y los demás países que lo cultivan. Baste decir que el bambú es el vegetal por excelencia, y probablemente la China sin el bambú no hubiera podido menos de acudir á las naciones industriales que trabajan la madera y el hierro.

Diferentes ensayos para naturalizar el bambú han sido hechos en el vivero de Argel, y si no estamos mal informados, de los colonos argelinos depende el poseer este precioso producto del celeste imperio, tan útil para la satisfacción de diversas necesidades.

LOS DOS PRIMOS.

(Conclusion.)

Bien pronto la llegada de M. Dumesnil y su hija le hizo conocer que era muy inferior á la realidad, la opinion que habia formado de la belleza y las virtudes de Lucia; pero Jorge, siempre leal para abusar de la confianza de su primo, y disimulando con cuidado lo que pasaba en el fondo de su corazón, jamas dejó traslucir

ni en su lenguaje ni en sus maneras nada que no estuviese en armonía con un cariño razonablemente justificado por el parentesco.

Entre tanto Lucía, con ese tacto maravilloso que distingue á las mujeres, conoció al momento que existía gran diferencia entre los dos primos; y que esta no estaba en favor del que le destinaban por esposo. Lejos de dejarse seducir por ese lenguaje que en los salones indica talento y saber, prefería mucho al descaro de Armando el modesto silencio de Jorge, y cansada bien pronto de las frivolidades que constituían el fondo de la conversacion del primero, siempre renovaba con placer con el segundo conversaciones no menos sólidas que agradables. Lo que no podía comprender era que el hombre, cuyas cartas había admirado tanto, afectase á su lado tanta ligereza de talento y de carácter.

—Quizá, decía para sí, buscando la explicacion de esta anomalía, sabiendo que mi padre veía su correspondencia. Armando se dignaría hacer en su obsequio un despendio de talento y de buen sentido; que hoy le parece inútil con una joven ignorante y frívola.

Pero esta explicacion no bastaba á disipar las tristes prevenciones, que poco á poco se fueron apoderando del alma de la joven criolla.

En cuanto á M. Dumesnil no fué menor su desafecto á Armando; no había sido menor que el de su hija: las cualidades de Jorge no se habían escapado á su penetracion; mas de una vez sintió que la suerte no hubiera hecho de él el hijo del banquero, y de este el huérfano sin fortuna.

El padre y la hija, sin comunicarse el resultado de sus observaciones, tenían la misma idea de los dos primos, y los dos parecían haberse convenido en no acelerar la conclusion de un matrimonio, que había sido al principio el objeto de todos sus deseos.

Entretanto el ministro confió á su secretario un trabajo de la mayor importancia: se trataba de un proyecto de reorganizacion, con el cual contaba para dejar un glorioso recuerdo del tiempo que se dedicó á los negocios. Armando recibió con las notas en donde estaban consignadas las opiniones de los mejores publicistas, instrucciones verbales sobre las razones en que había de apoyarse la que había preferido el hombre de Estado. Estas notas, así como las instrucciones verbales, fueron como de ordinario puestas inmediatamente en manos de Jorge, solamente á fin de darse á los ojos de su primo cierta importancia. Armando le reprodujo los razonamientos del ministro, atribuyéndose todo el honor; de suerte que Jorge hacía pasar como perteneciente al secretario la opinion que había de prevalecer en el documento que tenía que redactar.

Pero sucedió que después de un estudio profundo, Jorge vió de repente surgir en su cabeza una idea nueva, distinta de todas las que tenía delante, y en particular de la que tenía encargo de hacer triunfar. Esta idea, largo tiempo examinada, debatida, meditada, le pareció de una justicia tan evidente, y en su aplicacion entreveía resultados tan fecundos, que no pudo resistir á la idea de esplanarla. Cada vez mas convencido, concluyó por sustituirla á la que Armando le había recomendado, y dirigió en su favor todas las conclusiones del proyecto: tenía tanto menos escrúpulo de conciencia, cuanto que creía hacer á su primo un señalado servicio.

El ministro, al enterarse del trabajo de su secretario, se sorprendió al ver truncado su plan, y sus argumentos con una lógica tan concluyente. Herido en su amor propio, se dejó llevar en un principio por un movimiento de despecho, y después de llamar á Armando á su gabinete, le dijo con un tono muy irónico que se iba á dar prisa á ofrecer al rey su dimision en favor de un secretario que tenía pretensiones de saber mas que él. Esta salida, que estaba muy lejos de esperar, aterró al desgraciado Armando, que vió de repente destruirse sus esperanzas. Se retiró sin balbucear una excusa, y corrió á pagar á Jorge con usura el responso que acababa de recibir.

—Creí hacerlo bien, respondió Jorge; ¿podía adivinar que combatía la opinion del ministro? Si no me hubieras dejado en la persuasion de que era la tuya, me hubiera ciertamente mirado bien antes de aventurarme á hacer triunfar otra; y sin embargo, añadió con conviccion, me hubiera costado trabajo; cuanto mas reflexiono, adquiero mas certidumbre de que mi sistema es el único razonable y verdadero.

—No hay nada mas verdadero y razonable que lo que quiere el ministro, respondió Armando; y la prueba es que he perdido mi porvenir, porque no tardaré en recibir la noticia oficial de mi desgracia; no quiero hacerme ilusiones.

—Vamos, querido primo, en lugar de desesperarnos, busquemos entre los dos algun medio de evitar esta desgracia.

—¡Ah! no veo ninguno, respondió Armando dejando caer la cabeza sobre el pecho con el mayor desconsuelo.

Después, levantándose de repente á los pocos minutos de silencio: —¡Ah! sí, en efecto, exclamó, veo uno... pero solo se puede emplear con tu consentimiento.

—Entonces te has salvado, le dijo Jorge con alegría; es muy justo que el que ha hecho el mal lo repare.

—Pero, replicó Armando, se trata de una cosa que valdría muy poco su resultado si tú no te encargas de hacerla... Comprenderás en efecto que tendría muy poca gracia que te acusara yo mismo...

—En efecto, le interrumpió Jorge, tienes razon; el ministro debe conocer al verdaderamente culpable, y es mejor que sea por medio de una confesion que de una denuncia.

—Esto mismo.

—Nada mas sencillo; pido una audiencia y le digo que una indisposicion te precisó á confiarme la redaccion de un asunto que no podía detenerse; que yo he cometido la falta: con esto no tienes ya que temer su enojo, que sería una injusticia cayese sobre ti.

Mientras que Jorge corría al ministerio, Armando recibía la visita de M. Dumesnil, que acosado por las instancias de M. de Brevannes, venía al fin á entenderse con su futuro yerno, y á fijar el día en que había de firmarse el contrato. M. Dumesnil, como todos los de las colonias, fumaba mucho; no podía tratar el asunto mas grave ó el mas ligero sin tener el cigarro en la boca; se podía decir que la mayor ó menor lucidez de su razon estaba en relacion con la atmósfera de humo que le rodeaba. Su primer palabra, después de los saludos de costumbre, fué pedir fuego á Armando: este colocó una bugia al lado de M. Dumesnil, y le dió el primer papel que le vino á la mano. Nuestro colono se sentó y se puso á encender el cigarro; durante esta operacion sus ojos se fijaron por un momento sobre el papel que estaba escrito.

—¡Ah, ah! dijo con aire de sorpresa.

—¿Qué es eso? preguntó Armando.

—Nada... la llama que se acercó demasiado á mi dedo.

Y M. Dumesnil, después de haber apagado el papel, le leyó rápidamente y le guardó por distraccion en el bolsillo; y en lugar de tratar el objeto de su visita se puso á hablar de cosas indiferentes, y se despidió de Armando á los pocos minutos.

Apenas había salido entró Jorge.

—¿Y bien?

—Mi querido Armando, he visto al ministro; pero crec que no hemos elegido buen medio.

—Me haces temblar.

—Por lo demás, no puedo decirte nada positivo: después de haberme escuchado con mucha atencion, el ministro me respondió con voz muy seca:

—Os doy las gracias, caballero, por esta explicacion; podeis venir á vuestro primo que hoy como con su padre y que aprovecharé la ocasion para disculparme.

Armando fué de la misma opinion; no encontró mas seguro que el laconismo de esta respuesta, y su ansiedad crecía á medida que se acercaba la hora de comer, que le pareció haber llegado ya muy pronto. Era una comida de familia, á la que asistía solo un extraño, el ministro. Armando y Jorge se quedaron igualmente sorprendidos de la acogida que les hizo cuando se presentaron en el salon: lo que se mostró de indiferente con el primero, se mostró de amable y obsequioso con el segundo. El ministro, previa una señal de asentimiento que le hizo M. de Brevannes, se volvió hacia Armando, y le dijo:

—Me apresuro, caballero, á confesaros la doble falta que cometí esta mañana; he hecho recaer sobre vos el mal humor que otro había provocado, y este mal humor mal aplicado encerraba la torpeza no menos grave de no ser fundado. Ilustrado por la reflexion, me he convencido que las conclusiones establecidas en el informe eran mas claras, mas lógicas y mas profundas que las mías; de modo que no era resentimiento, sino reconocimiento lo que debía á su autor. M. Jorge me permitirá que le manifieste aquí altamente mi gratitud; es una deuda adquirida con tanto mas placer, cuanto que me ha sido fácil reconocer por el estilo el verdadero autor de todos los trabajos que hasta ahora me ha presentado su primo.

—¡Mi hijo! exclamó á su vez M. de Brevannes echando á Armando una mirada severa; yo soy quien he exigido de mi amigo que os dé esta leccion; deseo que la aprovecheis para lo sucesivo.

Armando, colorado de vergüenza, tenía los ojos fijos en el suelo; pero su confusion fué mucho mayor cuando M. Dumesnil, sacando de su bolsillo un papel medio quemado, exclamó:

—Mi querida Lucía, la explicacion que buscábamos se ha hecho muy sencilla; de la misma mano salian los informes del secretario y las cartas amorosas del pretendiente.

Armando ensayó balbucear algunas palabras: M. Dumesnil le interrumpió enseñándole el papel.

—No hacía falta, pobre joven, conservar este borrador, escrito de mano de tu primo, y mucho menos dármele para encender el cigarro.

¿Qué sucedió? Fácilmente lo adivinarán nuestros lectores: desde el día siguiente Armando vió ocupar á Jorge su plaza de secretario, y tres semanas después se firmaba un contrato en casa de M. Dumesnil; era el de Jorge y Lucía.

En el momento en que esto escribimos, Jorge es uno de los miembros mas distinguidos del consejo de Estado: en cuanto á su primo, posee la única celebridad que fué apto para adquirir, la de sus locas prodigalidades.

LOS FUNERALES DE UN VIVO,

CANTADOS POR UN DIFUNTO.

I.

Cierto día de otoño del año 1336 los habitantes de la pequeña aldea de Cuacos, en Estremadura, se dirigían con precipitación hacia la antigua ermita de S. Cristóbal, convertida en monasterio de Gerónimos, llamado vulgarmente de Yuste, edificado precisamente á la falda del monte de Tormantos y sobre el mismo collado del Salvador.

La noche reemplazó luego al día, pero una noche lóbrega y sumamente fría: el viento norte enviaba sus glaciales ráfagas sonoras, haciendo chocar los desnudos ramages de los árboles que destacaban sus confusas y peladas formas como esqueletos en aquel horizonte diáfano y sin luz, cortado por negras montañas de irregulares cimas.

Percibíanse aun los grupos de olivares, cuyo color sombrío y aterciopelado resaltaba en manchas recargadas de tinieblas en medio de aquel cuadro de soledad y silencio selváticos.

Sin embargo, los aldeanos que permanecían al abrigo de los castaños contiguos al monasterio, porque el frío aumentaba en intensidad y el viento crudo del septentrion azotaba sus rostros y helaba el ambiente con su soplo violento.

Era bien entrada la noche. Un grupo de cuatro personajes montados en ligeras cabaigaduras, llegó á la portería, donde se apearon aquellos.

A su tránsito habia sido saludado el misterioso grupo por los buenos aldeanos que se prosternaron de rodillas con el acatamiento de un vasallo para con su soberano, y una exclamación entusiasta, pronta á estallar en la multitud, fué sofocada por un mandato lleno de severidad por parte de aquellos hombres que pasaron en medio del mas grave y solemne silencio hasta llegar al apeadero.

La escuela del monasterio anunció con su monótono tañido la llegada de la pequeña cabaigata, y aunque era contra regla, la comunidad en pleno consejo acordó dispensar por aquella vez la imprudencia de los desconocidos, y las puertas se abrieron para ellos, siendo admitidos después á la mesa del refectorio.

Pudo verse entonces la talla gigantesca de uno de aquellos hombres, cedro colosal, agoviado por el huracán de los años de una vida agitada y triunfadora. Brillaba en sus facciones una régia é imponente majestad, que formaba singular contraste con su profundo recogimiento; y su mirada afectadamente humilde, de la que irradiaba sin embargo un brillo altivo, exaltaba de vez en cuando su fulgurante pupila.

Y este hombre poderosísimo en otro tiempo y aun entonces mismo, según los estatutos del monasterio, ocupaba el asiento infimo á los pies de la mesa, como el último y mas inferior de los novicios.

Concluida la cena, el nuevo hermano se arrodilló en el suelo, besó el polvo y pronunció estas palabras, bañado en lágrimas su arrugado rostro:

«Nutus, pauper et miserrimus de ventre matris mee egres sus sum: nutus etiam venio ad te, mater omnium viventium.»

Aquel hombre era Carlos V, emperador y dueño de ambos mundos.

II.

El 29 de agosto del año siguiente, á la llegada del emperador al monasterio de Yuste, un religioso de alta estatura vestido con el hábito de la orden, se ocupaba en cavar con un pesado azadon un cuadro del jardín contiguo, cultivado todo él por los individuos de la comunidad. Aquel hombre anciano, doblegado por la fatiga de su violento trabajo, dejaba traducir un sello de gravedad imponente; su respiración era angustiosa y un copioso sudor traspiraba su majestuoso rostro de facciones páldas y venerables, en las que se notaban visibles rasgos de un hermosura viril, rebajada ahora por la edad y la penitencia. Este religioso se llamó en el siglo Carlos V.

Un lego vino á anunciarle cierta orden del superior, sobreentendida en esta lacónica frase.

—¡Ya es hora!

Terribles palabras, que arrancaron al religioso un triste gemitido, contestando con dolorosa resignación:

—Cúmplase, pues, la voluntad de Dios.

Apoyóse en el brazo del novicio, porque era mucha la postración de sus miembros, y su respiración jadeante y fatigosa; dirigióse en

seguida á su miserable celda, donde se sirvió por sí mismo un pobre desayuno, y marchando luego á la iglesia, donde se le esperaba una terrible ceremonia.

III.

Una hora después representaba el templo una de esas escenas anómalas, fúnebres y terribles, que son un fenómeno en la historia de los desvarios de los hombres poseídos de un fanatismo imprudente.

La gran nave estaba colgada de cortinajes de damasco negro, así como los altares y pilastras, revestido todo con paramentos de terciopelo negro con velos flotantes sobrepuestos en los frontones. Del arco toral de la fábrica pendía un pabellon de brocado con las armas de España y Alemania, rodeadas de águilas y leones rapantes con perfiles de granate y galoneado todo, formando medias lunas de plata con bordadura de recamado y rapacejos. Debajo del pabellon flotante y sobre gradas de mármol artificial, rodeadas de un enverjado de madera, alzabase un suntuoso catafalco revestido de bayetas y terciopelo negro, resaltando á proporcionados trechos los cuarteles y atributos heráldicos imperiales, bordado todo de realce y orlado de tibias fémures calaveras blancas. Sobre el tercero y último cuerpo del túmulo yacia el emperador, encerrado en un féretro de ébano, forrado de terciopelo negro galoneado y cubierto con el manto imperial rasgado en varias partes. Sobre el segundo cuerpo inferior yacían rotas por el asta varias banderas, y el céter y corona devorados por las rapantes águilas, formando una siniestra alegoría fúnebre, que se repetía luego con un juego doble de leones de hambrientas y espresivas garras. Mas abajo lucía un hermoso trofeo de todas armas americanas y europeas, sostenidas por parcas y estatuas alusivas, y allá en la cúpula ondeaba una bandera fúnebre, tremolando sus lúgubres pliegues sobre todo el terrible aparato.

Los claustros permanecieron cerrados y enlutados los arcos de las capillas. La oscuridad del templo prestaba nuevo realce al sombrío cuadro que presentaba el inmenso recinto: habianse cerrado las ventanas y puertas, y colocádose un biombo en el claustro principal de ingreso. Un rayo del sol naciente penetraba por una pequeña hendija de la cúpula, y los cien cirios que rodeaban el catafalco daban un imponente aspecto á aquella escena anticipada de la muerte, rodeada de soledad y tinieblas.

Habianse terminado los maitines: todavía resonaban las últimas notas lúgubres del órgano en la inmensa bóveda, y las campanas empezaron á doblar los clamores de difuntos. La ceremonia fatídica se acerca, el templo está desierto y reina allí la soledad, el silencio y un terror tan pavoroso, que hieló el alma y la pierde en un círculo de negra amargura.

Pero he aquí que un coro invisible empieza á recitar las primeras antífonas del *Requiem*: otra voz tambien invisible contesta los versículos con desfallecido acento, y esta voz sepulcral sale del mismo féretro donde yace el hombre mas poderoso del orbe, que se ha sumergido en la tumba, anticipando el instante de su nada. ¿Por qué tanta prisa?...

El coro entonó luego el terrible oficio de difuntos... La voz del soberano cada vez mas lánguida y desfallecida, continuó respondiendo durante los primeros nocturnos. Los cantores permanecían invisibles y aumentaba el natural terror el aspecto solitario del templo sumergido en tinieblas.

Al cántico de los primeros nocturnos sucedieron los responsos, las aspersiones y el incienso: fué aquella la primera vez que se dejó ver la comunidad que oficiaba, arrastrando las colas de sus prolongadas capas pluviales, ostentando el lujo de preciosos ternos de tisú y brocado negros, sus blancas albas, sus roquetes y sobrepellices de blanco lino y sus cruces, ciriales é incensarios de plata dorada, los porta-estandartes con sus insignias fúnebres, los pertigueros con sus pomos de oro, detrás las hermandades de la agonía, las cofradías de la muerte y las comisiones régias de duelo, batiendo á caja destemplada sonos y marchas fúnebres, á son de clarín y doble de campanas á clamor de *Requiem*.

Una circunstancia estraña pudo notarse entonces, y es que habia cesado de oírse la voz del monarca.

En efecto, horrorizado, aturdido y no pudiendo arrostrar el pavor de la ceremonia, habia cedido á un profundo deliquio.

Debía influir estraordinariamente esta ridícula ceremonia en el ánimo ya tan gastado y fanatizado de Carlos V, así es que un año próximamente después de la celebracion de estas preces, el 21 de setiembre del siguiente 1558, el emperador arrullado por nuevos cánticos sepulcrales, en que tambien tomó parte hasta su última hora, exhaló su postrer aliento.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

LAS TRES NARANJAS Y ALGUNAS GOTAS DE AGUA.

CUADRO ORIENTAL.

Vivia en Teheran la criatura mas mezquina y tacaña que ha nacido de mujer. Entre los fieles hijos de Ali, solo se ignora lo que debe ignorarse; del resto nadie hace caso. Hé aquí la razon de saber todos á ciencia cierta por mucho que le pesara, que Aboo-Nazib, con su andrajoso turbante y su almalafa abigarrada por las injurias de medio siglo, era el hombre de los equívocos y las rupias, y que no podía menos de atesorar medio Goleonda donde, escepto él, nadie acertará á decir. En su jardinillo de algunos piés, se criaban las mejores naranjas de toda Persia, las que en canastillos de oro esmaltados de pedrerías, eran presentadas sucesivamente y sin faltar una por sus servidores negros en la mesa del Sach poderoso, sombra de Alá en la tierra. Pero por muy largo que tuviera el brazo y grandes fuesen las riquezas que guardaban sus famosas arcas de cedro y marfil incrustadas de oro, llegó un día en que con la frente en el polvo le hicieron saber sus emisarios no contase por entonces con las dulcísimas naranjas de Aboo-Nazib, porque su huerto habia sido robado sin saberse cómo, y tan temerariamente, que era mas fácil encontrar las cabezas de los culpables, que una sola naranja en todo el árbol. S. A., con una calma que le hacia honor, continuó fumando en su pipa como si tal cosa, con grande asombro de sus visires y sátrapas.

El robo era falso.

Hallábase Aboo-Nazib á la puerta de su miserable espelunca, concluidas las abluciones de la tarde tan indignamente como de costumbre arrellanado en su estera, y entretenido en pasar las enormes agallas de un rosario turco, cuando oyó una voz que le decia: «Dame fres naranjas de tu jardin.» Volvióse lentamente, y vió cerca desí una especie de Ogro fornido y musculoso, medio desnudo y negro, y con la nariz mas desaforada y hundida que pudiera inventar el demonio de la caricatura. Ni siquiera le contestó. El otro meneó un saco que despidió un sonido metálico, Aboo-Nazib le hizo con la cabeza una señal negativa; entonces la criatura deforme lo vació ante sus ojos, é inundó la estera y los piés del absorto avaro con un turvion de preciosísimos y deslumbradores diamantes. —Todos son tuyos por las tres, le dijo, y por igual número te daré cada día otros tantos, hasta que tu árbol quede sin fruto. —Aboo-Nazib, por toda contestacion, se lanzó sobre aquel tesoro como el leon sobre la girafa sedienta, y volvió luego con las tres mas ruines naranjas que pudo encontrar.

Al día siguiente, volvió el negro con su saco, y se llevó sus tres naranjas mediante igual número de diamantes que el anterior, y así sucesivamente, hasta no quedar ya mas que tres en poder de Aboo-Nazib; pero en vez de trocárselas por su pedrería, segun lo ajustado, le mintió de esta manera: —«Necesito decirte que mi árbol no dará mas fruto el año en que deje de comerme sus tres naranjas mas bellas; si te cedo estas últimas, quedará él seco y yo arruinado, porque así está escrito: muéstrame el lugar de donde estraes tu tesoro, y son tuyas después.» —El vestigio de nariz aplastada aceptó sin vacilar, y ambos partieron hácia las fronteras de la India, llevando Aboo-Nazib por todo equipage una aguda gümia de Damasco cuidadosamente recortada.

Los primeros días de marcha comieron y bebieron de lo poco que la hospitalidad pobre y liberal de sus hermanos compartió con ellos sin interés alguno, pero muy pronto vióse el avaro de corazon seco, perdido con su guía entre un océano de arena que abrasaba sus piés y derretia su carne. En vano recurrió al negro; desde que penetraron en el desierto no hacia mas que cantar en un idioma desconocido, monótono y lúgubre, ó saltar como un mono con gentil compás de abullidos. Harto sin duda de su bizarro modo de proceder, le dijo por fin: —«Aboo-Nazib, ¿ves aquella tienda que se aparece allá?—y le señaló el Norte, —pues con solo un silvido vendrian aqui gentes que por medio de los procedimientos mas raros y caprichosos, harian saltar á un hombre honrado hasta el último equívoco, por muy guardado y por muy lejos que lo tuviera. ¡Diablo de sed!... dame una de tus naranjas.»

Aboo-Nazib llevó la mano al pomo de su puñal, pero retirándola con lentitud, entregó á su extraño compañero una de las tres, temblando como un epiléptico. El guía tornó á su danza y á sus cantares con mas brio que nunca, pero de allí á poco volvió á decir: «Aboo-Nazib, desde aqui veo la gruta misteriosa; guarda para ti la tercera de las naranjas, porque la necesitarás; pero, antes de ser el mas poderoso de los nacidos, dame la segunda, y si así no lo haces, adios.» Y dió tan prodigioso salto, que Aboo-Nazib le perdió de vista; mas hallándole en breve junto á sí, le entregó dócilmente su naranja, aunque la sed que lo devoraba le hiciese comprender era aquella fruta superior, en trance tal, á todas las riquezas del universo mundo.

«¡Héla aquí!» gritó su guía, trascurrido un buen espacio, y arrojando. se bruscamente al suelo, removió á uno y otro lado aquella laba abrasadora, sirviéndose de sus manos como el mas fino lebril de Laconia, burlado por el tejon hasta dejar ver una ancha losa negra y sin esmalte, y oprimiendo sin duda secreto resorte, la boca aun mas lóbrega de un silo profundo y temeroso. Aboo-Nazib miró á su compañero y después á la sima, pero no bien rozó en su borde la grosera punta de su babucha, cuando el rugido ronco y formidable de un tigre le hizo retroceder asombrado y marchito. «Está desencadenado, le dijo el negro con la mas fria calma, pero no le temas que yo lo apartaré de tus ojos bajando el primero; mas para que tú penetres en el recinto maravilloso, has de arrojar delante de ti un don que de tus ropas no sea, porque está escrito: «Quien sin ofrenda llegare no salga mas.»

Dicho esto, arrojó al pozo una de sus dos naranjas, y desapareció tan ligero como ella en direccion igual. El buen Aboo-Nazib no vaciló entre su puñal y su última naranja; lanzó esta como su guía, y una



(Aventuras de un loco coronado).

claridad súbita y aromática le permitió distinguir una escalera practicable y limpia, no bien lo hubo ejecutado, y por la que se dejó ir con intrépido corazon, empuñada su arma bajo los dobleces de su almalafa.

¡Oh, vista espléndida y deslumbradora! El subterráneo era basto y tendido, y por todas partes relumbraban, hacinados como miés, grandes y triangulares montones de las mas preciosas piedras. Habia oro hasta perderse de vista, plata como para marchar sobre ella; delicadas estofas de Cachemira, márfil maravilloso, sedas suavisimas y aromáticas, resplandecientes joyeles, arneses cuajados de oro y perlas blanquísimas. Allí se hallaba la bizarría europea con toda la riqueza de Oriente. Era aquel, sin género de duda, el paraiso de la codicia, y tal allí se hallaba Aboo-Nazib, que á trasportarlo entonces al de su Profeta fuera lo mismo que dejarle caer desnudo entre zarzas y ortigas. La mano pesada del negro desplomándose sobre su hombro le hizo volver un tanto en sí. —«Escucha, Aboo-Nazib, le dijo y escucha bien, porque te va mucho. Este, y mas que no has visto, es el tesoro de tu señor Aharon-Abul-Mieza, sach poderoso de la Persia. Un día llamó á su esclavo y le dijo: «Agu-a-a, mi siervo Aboo-Nazib es un perro que se atreve á recibir dos bolsas por cada fruto del árbol que pertenece á su amo. La araña que se ha hinchado en las tiendas de la viuda y el huérfano, y en cuyo aguijon hay sangre de

otras víctimas, no puede ser castigada con publicidad; podría susurrarse que sus grandes riquezas me llevaron á herir, y padecería mi gloria. Agu-a-a, tráeme su cabeza sin que nadie se aperciba.» Entonces su fiel negro vino á este lugar de él solo conocido y... No le dejó ir mas adelante Aboo-Nazib; furioso como el leopardo herido por mano inesperta, se lanzó sobre él para clavarle su puñal; pero mas ágil y robusto el negro, lo desarmó en un abrir y cerrar de ojos, y sujetándolo con su ceñidor, prosiguió con desden: «—Cuanto posee el esclavo, pertenece á su señor. Aboo-Nazib, la cueva de tu jardín está vacía, tu oro y tus piedras se hallarán aquí en breve. ¡Oh! el negro es prudente como la abeja y valeroso como el águila, por eso se rió de la traición cuando la vió esconder su arma de dos filos.»

De tan malas nuevas, indudablemente la última produciría peor efecto en el acongojado juicio del pobre avaro, que cuantas pudo oír y oyerá en los sesenta años de su dorada miseria; pero cosa rara, Aboo-Nazib aunque no tenía talento, poseía cierta cosa que á las veces lo parecía, particularmente en los trances extremos, y así fué que paseando sus ojos por todas aquellas preciosidades, aun no bastante frías para él, dijo á su verdugo: «—Valiente Agu-a-a, el gran Tipoo-Zaeb, sultán del Masur, está en guerra con el tirano de la Persia; vamos si tú quieres á encontrarle, y serán nuestras cuantas maravillas nos circundan. Hazte libre, y yo te edificaré un palacio de oro y diamantes, y te lo llenaré de las mas hermosas mujeres de tu país y de la tierra toda.»

El buen Agu-a-a, rompió en una especie de carcajada de muy mal agüero para el infeliz maniatado, haciéndole una doble fila de dientes mas blancos é incisivos que los de un chacal, y por toda respuesta, armado de una enorme cimitarra, que relumbra en su mano como por encanto, cayó sobre su víctima, dejando escapar cierto rugido salvaje muy semejante á los que poco antes dejara oír su camarada el tigre. Pero á pesar de tanta braveza y furibunda carga, el animoso Aboo-Nazib logró alzar su cuello del primer fendiente, y cuando con no menos brío fué á secundar el negro, oyó una voz que desde lo alto decía: «¡Detente, Agu-a-a!» y á poco apareció mas cerca una especie de fantasma herméticamente velada y blanca, y ante cuya aparición milagrosa se prosternó el esclavo reverente. Entonces avanzando hasta el pobre viejo, su misterioso libertador prorumpió en tales palabras: «¡Aboo-Nazib, Alá es grandel! ¿Recuerdas el día en que caminando por el desierto descendiste de tu camello para derramar algunas gotas de agua entre los labios de una pobre mujer espirante y abandonada de sus hermanos? Pues hé aquí por qué tu cabeza no caerá. Aquella anciana moribunda á quien tú salvaste con solo el agua que puede caer en el hueco de una mano, era la madre de la que hoy se sienta en el trono de tu señor, y como nunca se olvidó ésta de tu nombre, su esposo magnánimo le ha concedido pagarte su deuda. Vivirás, Aboo-Nazib, pero conociendo este lugar terrible, es la voluntad de tu amo que jamás lo abandones.»

Y así lo verificó.

Los primeros días vagó por aquellos ámbitos relucientes y solitarios, tal vez á caza de una salida, pero luego que se convenció de que el tigre de mas arriba ó bien la cimitarra del amigo negro podían darle un mal rato, ya no pensó mas que en contemplar como suyo aquel piélago maravilloso, y se halló tambien entre ellas que se supo despues por su antiguo guía y burlador el fiel Agu-a-a, pues como encargado de renovar sus provisiones, se le oyó decir veces distintas, que solo saldria de allí para habitar un mundo, cuyo cielo fuese de plata, el pavimento de oro, los árboles de esmeralda, los rios diamantes, carbunclos, jacintos y topacios las flores, de rica estofa los céspedes, lazuli las aves, zafir la raza bruta, y él su único viviente.

Téngase por averiguado que la felicidad y la avaricia no son tan antipodas como hasta aquí se ha creído.

JUAN DE SALDUBA.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

—Retiraos, dijo entonces la falsa condesa á los criados que se apresuraron á obedecer. ¿Qué motivo ha habido para esta violencia? preguntó en seguida á Reginold.

—Os lo han dicho, señora, creí que habíais partido.

—Y era esa una razon para atropellar á mis criados?

—Os pido perdon señora por una conducta tan irreflexiva... estoy avergonzado de ella... me engañaba en efecto... la pasion me ha perdido. No habeis dejado la Suecia, pero ese trineo, ese aparato de viaje...

—No os engañais, respondió la verdadera condesa, dejamos ahora mismo la Suecia donde nadie puede obligarnos á permanecer.

—Partid! exclamó Reginold entre colérico y desesperado.

—Está decidido, respondió la falsa condesa, esforzándose para continuar su penoso papel.

—Debíamos estar ya lejos de Stokolmo, dijo á su vez la falsa Georgina, y no sé cómo os sorprende una resolucion que conociais antes que nadie. Contábamos con vuestro crédito y vuestra influencia para impedir la guerra... se ha declarado...

—Y qué, ya lo sabeis!

—La señora condesa no deja nunca al tiempo el cuidado de noticiarla, los sucesos que puede saber por medios mas rápidos. ¿No es eso?

—Si, Georgina.

—Además, todo el mundo lo sabe ya.

Al salir del consejo, los senadores triunfantes han esparcido la noticia de que se iba á declarar la guerra. Han partido órdenes á todas las plazas fuertes, se vacian los arsenales, se llama á los oficiales ¿por qué hemos de permanecer aquí? Es para ser prisioneras de un rey, cuyos caprichos son tempestades?

—Yo no he tenido tiempo de obrar sobre el alma de Carlos XII, murmuró Reginold, humillado del tono irónico de la falsa Georgina. Nos ha sorprendido á todos por su metamorfosis. El fuego y el ruido de la guerra han salido de aquel cerebro como un volcan, cuya existencia no sospechábamos. Yo trataba de someter el carácter débil de un niño coronado y he hallado un Aquiles de dieziocho años, exhalando la guerra por todos sus poros, respirando venganza, quebrando resistencias, infundiendo en todos los pechos su espíritu guerrero, cambiando súbitamente un tropel de libertinos, de jugadores, de perezosos, de mofadores, en otros tantos jefes de armada, sobre los cuales puede descansar para reunir millones de hombres capaces de seguirle al fin del mundo; porque cada uno de ellos dispone por su rango, el crédito de su familia y sus grandes bienes de tres á cuatro mil paisanos capaces de ser un dia soldados y marinos indomables. ¿Qué podría yo solo contra tal milagro?

—Nada... oh! nada! respondió con tono glacial la falsa Georgina; por eso la señora condesa os escusa de haber fracasado y solo os suplica que no retardeis el momento de su partida por la inútil espresion de vuestros enojos...

—Ya veo que pesan á la señora condesa...

—Oh! no lo creais, exclamó la falsa condesa ¿quién os ha dicho eso?

—No lo oís vos misma de boca de vuestra dama de honor?

—La señora condesa olvida, interrumpió vivamente la supuesta Georgina, que estan dadas sus órdenes... que nos retardamos...

—Es verdad, dijo Georgina doblegándose á aquella voluntad de hierro y tendiendo la mano á Reginold... adios, caballero, adios. Llego de vos un recuerdo que agafaré siempre á mi memoria...

—Decid á vuestro corazon y os sigo, y parto, y me desliero con vos y dejo para siempre la Suecia y...

Un criado apareció en la puerta y dijo á la condesa que habia pasado la hora de partida.

—Os precedemos, dijo la falsa Georgina abriendo la marcha y apartándose para dejar pasar á la falsa condesa.

—Pero señora condesa, exclamó amargamente Reginold, no me escuchais... no me oís, no teneis piedad de mí... No me decís dónde os veré... Oh no, seriais tan dura para el rey... ó para el caballero Megret...

—Para el rey! ¿Qué hé hecho yo por él?

—Y qué tiene que ver con esto el caballero Megret? preguntó casi al mismo tiempo la falsa Georgina, curiosa de saber por qué este nombre se mezclaba á aquel torrente de quejas y sollozos.

El caballero Megret, no es tan desconocido aquí como fingis creer, replicó Reginold, no queriendo dejar partir á las dos fugitivas sin descansar su corazon de una última recriminacion.

—Nunca ha puesto aquí los pies, respondió la falsa Georgina.

—Sale ahora mismo de aquí, señorita.

—De aquí!

—De aquí mismo, vuestros criados lo pueden decir.

—Os chanceais.

—Ese lacayo que nos oye, ese mismo, añadió Reginold, señalando al que habia abierto las dos hojas de la puerta para abrir paso, si, ese mismo ha hablado ahora diez minutos con el caballero Megret.

—Oís esto? dijo agitada de un insoportable temor la falsa Georgina, interrogando al criado de un modo imperioso.

—Es verdad señorita, respondió éste tímidamente.

—Y qué os ha dicho? Qué quiere? Por qué le habeis recibido? Qué viene á hacer aquí? Es inaudito, en verdad, que solo la casualidad me participe esto. ¿No respondeis? ¿Qué queria?

—Corromperme, respondió sin turbarse el impertinente criado que habia servido en París, lo cual habia sido causa de que el caballero Megret le prefiriera.

—Corromperos decís... ¿con qué objeto? preguntó la falsa Georgina,

queriendo saberlo todo y temiendo que el criado en su confesión ribeteada de arrepentimiento, no revelase delante de Reginold alguna particularidad peligrosa.

—Con el objeto, señora, balbuceó, éste, de encargarme una carta de amor.

—Para quién? preguntaron á la vez la condesa, Georgina y Reginold.

—Hé ahí lo que no he podido saber, respondió el criado bajando los ojos, porque rechacé tan pronto esa proposición...

—Imbécil! murmuró interiormente la falsa Georgina.

—Me parece, pensó Reginold, que ha dado oídos mas tiempo de lo que confiesa, al caballero Megret.

—No sabré nada, pensó por su parte la falsa Georgina, el caballero Megret, estoy segura de ello, no ha querido dar una carta de amor á ese criado que mente y me hace traición y me engaña, pero que conservaré. Despedir á un traidor es privarse de los medios de desenmascararle y saberlo todo.

—Bien está, amigo mío, dijo al descarado galopin, pero hubieras debido prevenirnos un poco antes.

—Para qué, señorita? vamos á partir, me he dicho...

—Tienes razón.

En el mismo instante algunos latigazos resonaron en el zaguan; los carricoches, los trineos y todos los coches de viaje se agitaron.

—Ya! exclamó la falsa condesa, que ya!

Esta palabra causó una nueva explosión en Reginold. Cogió una de las pistolas que llevaba siempre cargadas en el cinto y dijo:

—No, no, yo no debo sobrevivir á esa prueba de afecto que se os escapa en el momento de dejar la Suecia. Quiero morir con la idea de que no os soy indiferente. Adios, partid, partid ahora.

Y armando la pistola la apoyó en su pecho.

—Que vais á hacer?

La dos damas habian lanzado el mismo grito de espanto.

—Amáis á la condesa hasta ese punto? preguntó la falsa Georgina poniendo su mano en el cañon de la pistola para retirarle.

—Lo dudais, señorita?

—Y bien, dijo ella precipitadamente, seguidme á este gabinete... No os separareis ó por lo menos dependerá de vos. Venid. Para dentro de una hora nuestra partida. Añadió volviéndose á los criados, que la señora condesa se tome el trabajo de esperar en este salon, donde la suplico que se quede.

La verdadera Georgina deslumbrada por esta vivacidad de ingenio, aunque estuviera acostumbrada á ella, permaneció en el salon para esperar á que la condesa volviese con palabras que iban sin duda á á cambiar la fisonomía de las cosas. ¿Pero cómo? Ese era su secreto.

Descendamos ahora á la ciudad, que al despertar recibe la noticia de la declaración de la guerra, la esparce de calle en calle, de barrio en barrio, de casa en casa y la borda de mil comentarios en alabanza del rey. Los pueblos estan siempre por la guerra hasta el momento en que hay que pagarla. Háblase de ir en masa á dar gracias á Carlos XII por haber comprendido tan bien los instintos del pueblo sueco, insultado por tres pueblos dignos de ejemplar castigo, y admiranse todos de que haya surgido este noble movimiento de una vida dividida entre la caza y las brutales voluptuosidades de la mesa. Los unos decian que su madre le habia amenazado con volver á ceñirse la corona, pues él se mostraba incapaz de llevarla, los otros que obraba así para no verse perseguido por la sombra de Gustavo Wasa que venia cada noche á decirle al oído. Adelante, adelante. En otros grupos habladores se aseguraba que el rey... pero ¿qué no asegura el pueblo cuando no sabe nada? A través de estos torbellinos que zumbaban como abejas en todas las esquinas hubiera podido verse pasar á Reginold marchando apresuradamente á la gran Caserna, situada al extremo de la ciudad. Cuando entró encontró á Olof ocupado en examinar los caballos y hacer que los criados limpiasen algunas piezas de coraza que aun se usaban en la guerra.

—Ya trabajando! exclamó Reginold.

—Pues que hay guerra!

—Eso se llama no perder el tiempo.

—Con semejante rey eso es lo mejor que puede hacerse. Ayer la az, hoy la guerra...

—Y mañana quizá...

—Qué preguntó Olof inclinándose para recoger, ó mejor dicho para aspirar la respuesta de Reginold.

—Nada, nada, dijo éste entre dientes... pero demos un paseo y hablaremos de algunas cosas relativas á esta guerra que vamos á hacer juntos.

—Y bien pronto.

—Y bien pronto, mi querido Olof, como decís.

Reginold que tenia su proyecto.—Y es de creer que cumplia sencillamente los de la condesa—hablando con Olof le condujo hacia el Puerto.

—Estais decidido, le dijo, á acompañar al rey á la guerra, haciéndoos acompañar de cuatro mil hombres de que disponeis por vuestras tierras y vuestras minas?

—Dispusitísimo, Reginold, y siento no tener mas que ofrecer al rey. La guerra... ah! yo quisiera hacerme acompañar por los árboles de mis florestas.

—Bello sentimientos, Olof.

—No sé si son bellos, pero los tengo.

—El rey os lo agradecerá.

—Seré entonces doblemente premiado, pues por mi cuenta tengo bastante con arrojar dinamarqueses sobre polacos, polacos sobre moscovitas y... ¿qué mas?

—Eso basta...

—Lo creéis?

—Pero el rey no pide mas.

—Entonces me contentaré con eso, pero no es Herman el que allá abajo embarca hombres y municiones en aquellos navios?

—El mismo, que toma tambien sus disposiciones para la próxima guerra.

—En efecto, el rey segun creo le ha dado el mando de la flota.

—Es un buen marino.

—Que puede ofrecer al rey dos mil marinos, por lo menos, empleados en sus astilleros y en sus navios mercantes

—Acerquémonos á él ¿quiereis, Olof?

—Acerquémonos á él. Buenos dias almirante.

—Aun no, querido Olof, respondió Herman.

—El rey casi os concedió ayer ese título.

—Que llevará cuando le haya merecido.

—Modesto sois, dijo Reginold.

—Todos somos modestos, dijo Olof ¿qué queremos? Esterminar tres armadas... Y las esterminaremos. ¿No es esto Herman?

—Cuento mas con vos que conmigo para eso, respondió Herman.

—Cada uno de vosotros tiene el derecho de no considerar sino consigo mismo en esta guerra, dijo Reginold, cuyo objeto era reunir el mayor número posible de jóvenes, y conducirlos á un mismo sitio sin afectacion. Estaba seguro de lograrlo siguiendo la direccion que los tres llevaban hacia media hora, á poca distancia del lugar en que Herman habia sido pescado, por decirlo así, encontraron á Reuschild y Lieven tomando tambien sus disposiciones, y preparando sus armas. En cuanto Reginold se acercó á ellos interesándolos en la misma conversacion, lo que no era difícil, dobló el paso de modo que todos ellos se hallaron bien pronto á la entrada de una taberna muy conocida en Stokolmo con el nombre del *Paraíso terrestre*.

—Cómo, dijo Olof, viejo santo de este paraíso. ¿Estamos aquí?

—En efecto dijeron Reuschild, Herman y Lieven, hétenos en el *Paraíso terrestre*.

—Es singular, añadió Reginold, yo me creia aun bien lejos. El encuentro es honroso. Si entramos un instante á descansar...

—Pero tres veces si! exclamó Olof, entremos.

Los tres amigos estaban ya bajo las bóvedas ardientes y ahumadas del *Paraíso terrestre*, cuyas mesas llenaban numerosos consumidores de todas edades.

—Qué desean sus señorías? Vino al momento á preguntar un mozo, en cuanto les vió tomar asiento alrededor de una mesa que habia quedado libre entre una docena de ellas ocupadas por jóvenes que fumaban, jugaban y bebían, como se juega, se bebe y se fuma en las grandes ciudades marítimas.

—Nada, respondió Reginold sacando el reloj.

—Nada! repitió Olof en el fondo de su corazon haciendo un gesto de dolor... eso es poco refrescante.

—Decíamos, pues, prosiguió Reginold, que esta guerra concebida tan espontáneamente por el rey tiene todas vuestras simpatías?

—Todas, respondió Olof.

—Cómo dudar? añadió Reuschild, nombrado el dia antes general en jefe por Carlos XII.

—Apenas podré yo contener el ardor de mis artilleros, prosiguió Lieven. Querian partir al momento...

—Como mis marinos, dijo Herman.

—Pues ya que os veo tan bien dispuestos, dijo Reginold, puedo confiaros todo el plan de Carlos XII.

Los cinco amigos se aproximaron á él.

—Si lo que debe presumir sucede, dijo Reginold sin bajar la voz, porque el ruido que en torno suyo se hacia, ahogaba su voz, si el rey, secundado por vosotros vence á los dinamarqueses y á los moscovitas, entonces...

—Y bien, entonces?... preguntó Olof.

Ya suspendida esta cuestion fué cortada por la voz de un mozo del *Paraíso terrestre* que decia: seis botellas de aguardiente, á cuyo grito respondió otro al momento.

—Hé aquí seis botellas de aguardiente.

Olof no encontró ya el hilo de su interpelación, el aguardiente el había distraído.

Aunque Reuschild también había sentido el golpe, fué bastante dueño de sí para decir.—Y bien, si somos vencedores qué sucederá?

—Sucederá, que el rey pasará de Alemania á Polonia, de Polonia á Turquía, de Turquía á Egipto.

—Ocho botellas de viejo borgoña, gritó otro mozo: ¿quién ha pedido ocho botellas de borgoña? repitió otro mozo en el fondo.

—¡Yol exclamó Olof con la frente roja, los ojos rojos, la nariz roja y los lábios secos, y que no presumía que otro que él pudiera haber pedido ocho botellas de borgoña.

(Continuará.)

LA SEMANA MATRITENSE.

Los días de la semana
juntó en su palacio el Tiempo,
para dárles varias órdenes
relativas á su arreglo.

Tú, dijo mirando al lunes,
serás el cabo de hacheros,
repartidor de ilusiones
y archivo de los recuerdos.

Pasarán muchos tus horas
en Madrid como momentos,
llorando por el domingo
y viendo función de cuernos.

En ti holgarán los periódicos,
y también los zapateros;
tendrá rebaja la cárcel,
tendrá el hospital aumento.

Entre memorias dulcísimas
de monas y bañoteos
se verá en el calendario
si están las fiestas muy lejos.

Tú, martes, cuida enseguida
de que echen muchos de menos
los cuartos que hasta el domingo
guardaba el bolsillo presos.

Haz que, por esto ayunando,
entre las tejas y el cielo
raciocinen con estacas
el sexo hermoso y el feo.

Rellena las gacelillas
de sucesos estupendos,
y habla de toros, caballos,
volapiés, picas y perros.

Tú, de trabajos rendido,
ponte, miércoles, en medio,
sin recordar lo pasado,
ni temer lo venidero.

Asoma por los balcones
los querubines del suelo
detrás de las verdes hojas
de persianas y de tiestos.

Y lleve al balcón de al lado
dulces palabras el viento,
señales á los de arriba,
suspiros á los fronteros.

Ven, jueves, contigo sueñan
los niños de los colegios,
y aunque no quieran decirlo
sueñan también los maestros.

Llama gente á los teatros
con carteles y prospectos
para ver ejecuciones
de horribles cosas en verso.

Usa entonces los billetes
que un mes antes se vendieron,
pide el autor, y contempla
si es muy rubio ó muy moreno.

Tú, viernes, vende billetes
á coces y doble precio;
que habiendo toros el lunes
fuera pecado no verlos.

Y al morir el sol reúne
en las puertas de los templos
viejas libres de pecados
que confiesan los ajenos.

Siga el sábado tus huellas
dando bailes y conciertos
en salones de dos varas
con treinta personas llenos.

Allí al compás del piano
aceche astuto himeneo,
y abunden niños de á veinte,
mamás, ternezas y gestos.

Allí todos se solacen
en tanto que á humildes lechos
el domingo que se acerca
presta agradables ensueños.

Llegaste al fin; coje sitio,
puebla calles y paseos,
pon zapateros, modistas
y sastres en movimiento.

Saca á las nobles fregonas
en escuadrones tremendos
llevando á mirar las fieras
otro escuadrón de paletos

Si, cansados y rendidos,
te piden grato refresco,
riega sus anchas gargantas
con dulce néctar manchego.

Inspira apretadas polkas,
zorricos y otros jaleos
á las ninfas de Vizcaya
y á los que miden el lienzo.

Saca familias formadas
de dos en dos con sus perros,
y al sonar las oraciones
cuida de ir las recojiendo.

Llena cafés y teatros
y salones domingueros,
rie, y no pienses en nada;
lejos los cuidados; lejos.

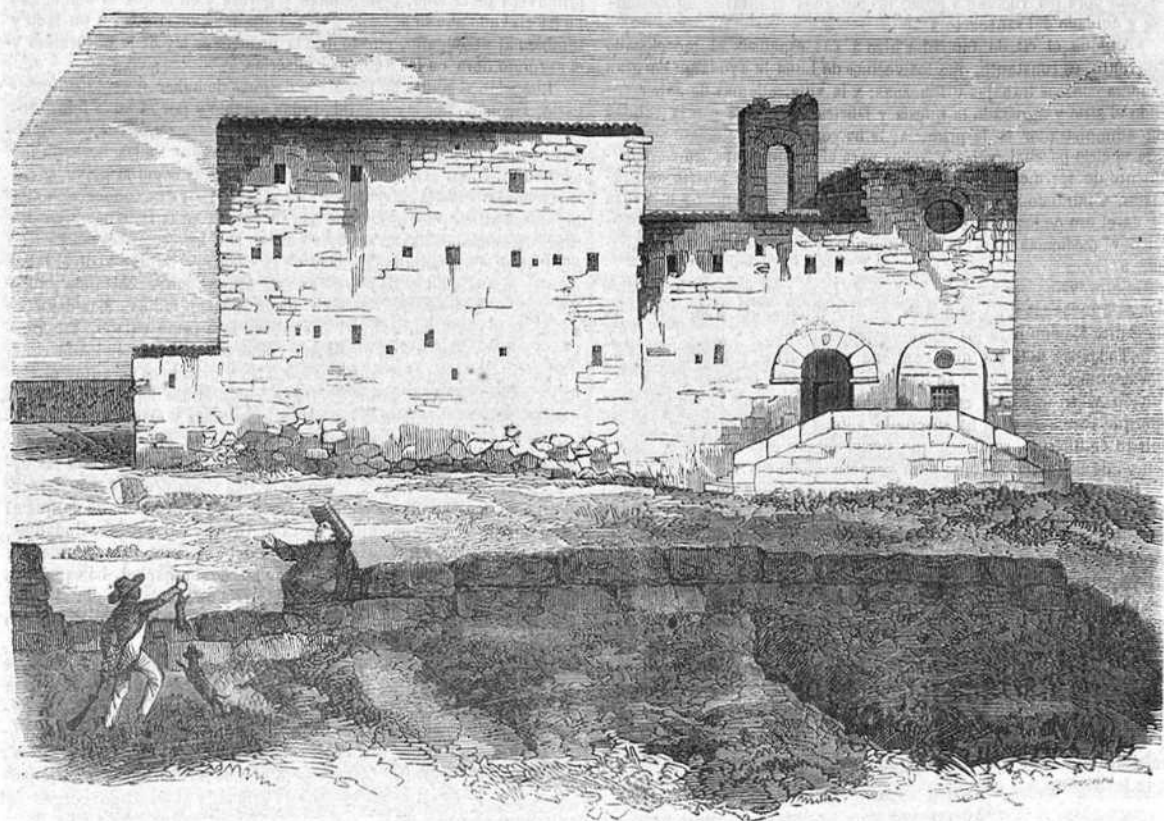
Y cuando anuncien las doce
las bocas de los serenos
dale una patada ¡oh lunes!
y torna á ocupar tu puesto.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.



Santuario de Ntra. Sra. de Montlora, en Luna.

En los términos de la antiquísima villa de Luna, en Aragón, y sobre la cumbre de una montaña llamada *Montlora* interpretado por algunos *Monte de la Aurora*, se veneraba hasta el año de 1500 una imagen de la Virgen, en una antigua ermita, de cuya construcción no hay memoria. Aragón es el país de las apariciones: dejando al buen criterio de cada uno lo que puede haber sobre el particular, solamente diremos que según la tradición, la Santa imagen aparecióse primero á un pastor, y después al reverendo capítulo de la villa de Luna.

Consérvase en el archivo de la citada villa un escrito que nos fué facilitado, del que trasladaremos parte, y dice así:

«En esta montaña, y contigua á la citada ermita, ha habido siempre y aun se conserva una casa llamada de los *Velantes*, en la cual el vicario de Luna y el Jurado mayor de Infanzones de la misma, ponían dos ermitaños para el cuidado del santuario y obsequio de la Santa Virgen, los cuales se mantenían, ya del sobrante de las limosnas que el uno de ellos recogía por la comarca para el culto de la Virgen, y ya del producto de algunos huertecillos que la villa les permitía cultivar en la montaña.

«Así se mantuvo este santuario á cuidado de la villa de Luna, como se hallan otros muchos que se encuentran en su dilatado monte, reconociéndola dueña, señora solariega y patrona de él; como parte y porción de sus términos, y recibiendo de ella su ser y los alimentos para su conservación. Por otra parte se esmeraba el reverendo capítulo de vicario y racioneros de la misma en el culto de la Imagen, principalmente en los días que previenen las tablas antiguas de su iglesia.

«La universal devoción de los pueblos circunvecinos á este santuario, y las disposiciones ventajosas del sitio, movieron el celo de D. Miguel Torrero, vecino particular de la villa, y habiendo determinado fundar un convento de religiosos recoletos del P. San Francisco, amovibles, que en lugar de los ermitaños cuidasen como capellanes de la Virgen, de su asistencia y mayor culto; solicitó y logró

que la villa de Luna condescendiera á fin tan santo y tan conforme á sus deseos, y le permitiese fundar el convento junto á dicha ermita, de modo, que la iglesia antigua sirvió igualmente á la comunidad que se estableció nuevamente, quedando ileso el patronado de la villa de Luna en la mencionada iglesia y casa que servía (y se mantiene aun) de habitación á los antiguos ermitaños.

«Se ignora que se pidiese consentimiento al reverendo capítulo de vicario y racioneros; pero es constante, que la bula pontificia, que Don Miguel Torrero impetró de la santidad de Alejandro VI, expedida en Roma á 18 de marzo de 1500, se concedió sin perjuicio de los derechos parroquiales. Por este motivo D. Miguel Torrero solamente fué patron de la nueva fábrica, y los frailes quedaron con el preciso uso espiritual de la iglesia para los fines de su instituto y de su fundación, sin que á la villa le perjudicasen el patronato de la iglesia y casa antiguas, ni la jurisdicción civil y criminal en toda la montaña, parte y porción de sus términos y menos al capítulo el dominio y uso de la iglesia, coro, altar, sacristía y campana mayor; todo lo cual ocupa como en propia iglesia siempre que como tal se sube á celebrar alguna festividad. En efecto, el vicario de Luna oficia, y tiene la presidencia en todas las funciones eclesiásticas. El capítulo ocupa el coro privativamente como cosa suya, y el ayuntamiento los bancos del presbiterio á la frente de su pueblo, sin que el patron del convento tenga lugar en ese caso, sino entre los demás religiosos.

«Con igual derecho uno y otro cuerpo poseen la casa antigua y contigua á dicha iglesia llamada de los *Velantes*, ocupándola en estas ocasiones como casa propia, y en prueba de esto se llama también casa de la Villa.

«Sin embargo de estar todo esto ejecutoriado de inmemorial, público y notorio, lo confirma el mismo fundador por dos cláusulas bien notables de su testamento, hecho en 6 de setiembre del año 1518, (ante el notario Alonso Martínez, en Zaragoza). La 1.^a dice así: Que si estos religiosos que hoy quedan en asistencia de dicho convento no conviniesen, y si otros de religion diferente; el vicario y jurado mayor de Infanzones que son y serán, y el que llevase el apellido de

«los Toreros, puedan poner otros de otra religion que mas convenga. Dice la 2.ª: que si por lo destemplado del terreno, ó falta de asistencias, ni estos, ni aquellos se pudieran mantener, los dichos patronos de esta obra pia vuelvan á poner los antiguos ermitaños en asistencia y cuidado del santuario.»

«Aunque el citado fundador hizo á sus espensas el mencionado convento, es constante, que los vecinos de Luna le ayudaron en gran manera con sus trabajos y limosnas: y la villa, ademas de haber cedido el sitio y agregado la iglesia y fábricas antiguas, con la calidad de administrador de la primicia, le ha contribuido y asiste siempre con el cirio pascual, velas y sellos para el monumento en reconocimiento de ser dicha iglesia una de las filiales de esta matriz de Santiago, y mirando á la comunidad como vecina y aun como á hija suya da el uso de los montes, y la asiste con limosnas continuas, médicos y medicinas para la manutencion y asistencia de sus individuos.»

«Se preveine por fin que el cura de Luna que reparte los Santos Oleos á todas las iglesias filiales, re, arte igualmente á Monlora el de la Santa Uncion para los religiosos precisamente.»

«Todas las noticias que contiene este escrito, son constantes en los documentos que cita: se han derivado hasta nosotros por la tradicion y los usos que relaciona son patentes á todo el mundo; pero porque acerca de ellos ha suscitado alguna duda el capricho ó el espíritu de libertad, se desea que permanezcan esta noticia en el archivo de esta villa de Luna para perpétua memoria.»

Hasta aquí el documento por el que se viene en conocimiento de la fundacion del convento, pero con respecto al santuario ya hemos dicho que se pierde en la oscuridad de los tiempos su origen: nosotros solo podemos decir que en la actualidad se conserva todavia la iglesia en muy buen estado y que es bastante el culto que se le tributa: el convento se halla muy deteriorado y en él hay un santero ó ermitaño que vive allí constantemente: la fiesta principal de Monlora es el día 4 de octubre adonde suben los de Luna en romería acudiendo tambien indistintamente de Esia, Valpalmas, Paulas y otros muchos pueblecitos comarcanos. En 1833, cuando fueron vendidos como bienes nacionales todas las fincas así rústicas como urbanas que poseian las estinguidas órdenes religiosas, la villa de Luna compró el referido convento é iglesia, siquiera porque no se perdesse el culto que les legáran sus ascendientes.

UN DIA DE CAMPO EN LA HABANA.

RECUERDO DE UN VIAJE.

A MI AMIGO EL COMANDANTE DE INFANTERÍA

D. Pedro de Prado y Torres.

Sin duda alguna que al ver el título de este artículo creará Vd., amigo mio, así como todos los que tengan la dignacion de pasar por él la vista, que voy á referir una escena de placer y de algazara; á describir uno de esos momentos de expansion y de gozo, en los que apartándonos de la uniforme severidad de las obligaciones diarias, y abandonando la monótona, cuantificada costumbre del hogar doméstico, salimos al campo para contemplar las galas de la naturaleza y admirar en tan grata contemplacion el poder y la sabiduria del Divino Criador. Y nada mas natural, dicho sea de paso, que esta creencia, tan justificada por el conocimiento que todos tenemos de lo que es un día de campo, cuyo principal objeto, como vulgarmente ha dado en decirse, es el de *echar una cana fuera*. Pero Vd. y el lector se han equivocado si esto llegaron á creer, y puesto que yo puedo haber dado motivo á esta equivocacion, preciso es que yo sea quien la deshaga. Para conseguirlo voy á poner punto en esta introduccion y á dar principio á mi relato.

Una mañana de octubre, hermosa como lo son todas en la sin par bellísima isla de Cuba, doce jóvenes bulliciosos y contentos, entre los cuales se hallaba el que estos renglones escribe, salian por la *Puerta de Tierra* con direccion á las faldas del castillo del Principe, donde agradablemente satisfechos pensaban pasar el día que con el loco entusiasmo de la juventud consagraban al placer. La vanguardia de nuestra pequeña columna la formaban ocho negros cargados con las provisiones de boca, y la retaguardia se veía compuesta por doce hijos del dios Apolo armados con sus correspondientes instrumentos, inseparables atributos de su noble profesion. Durante el camino los epigramas y los chistes, y las mas oportunas ocurrencias fueron lanzadas por aquellos jóvenes al espacio. Bello principio de un día, cuyo final debía quedar impreso para siempre en sus corazones. Prólogo risueño

de una triste historia, cuyo desenlace habia de afectar la esquisita sensibilidad de aquella juventud, tan dispuesta para gozar con el ageno goce como para padecer con el dolor extraño. Edad dichosa, esa de la primavera de la vida, todo bondad y pureza y en la que el desengaño no ha clavado aun su acerada garra. Pero dejemos la edad á un lado y tambien al desengaño, puesto que la primera es ley de la naturaleza y el segundo obra de las humanas miserias.

Llegados al punto de parada y despues de haber tomado un refrigerio, sazonado por la cordialidad mas amable y por el mas febril entusiasmo, nos dispusimos á correr en union de los músicos por aquellos campos que Dios ha sembrado de odoríferas y lindas florecillas, y los hombres han salpicado de casas tan blancas como la nieve y tan caprichosas como la juventud de la mujer. Vd., que conoce aquellos hermosos sitios y todos los que hayan estado en la Habana y en sus ratos desocupados hayan salido á pasear por las cercanías del castillo del Principe, adelantando hacia el de la Chorrera, habrán visto el brazo de mar que lamiendo los muros de este último, entra, cortando aquellos prados á internarse en ellos hasta cuatro millas. Maridage es aquel de la tierra con el agua tan majestuoso como galano, tan pintoresco como severo, tan agradable como poético, tan delicado como sublime, tan respetuoso como respetuoso y grande es su autor el Hacedor Supremo. Allí nacen y crecen confundidos formando vistosos bosquecillos el granado y la guayaba, la palmera y el limoncillo, el cocotero y la naranja, la zarzosa y el tamarindo, el anón y la guanábana, la delicada piña y el plátano sabroso; las flores todas y las esquisitas frutas que el joven suelo de la rica Cuba produce con feracidad pasmosa. Morada de contemplacion y de ventura desde la que el alma en dulce recogimiento se eleva al Criador. Bosques saludables, en los que la religion acude en auxilio del que sufre para decirle que no es en el bullicio del mundo donde ha de buscar el bálsamo que cierre sus heridas. Pero el recuerdo de aquellos sitios, que por siempre vivirá en mi alma, me ha separado del curso de mi historia, y por ello pido perdon al benévolo lector.

Puestas dos lanchas á disposicion de la alegre comitiva, en una se embarcaron primero los músicos y en la otra despues nuestros doce jóvenes, adelantando de esta manera por el río. La orquesta dejó entonces escuchar sus armoniosos ecos y á las voces de los instrumentos se unieron los débiles gemidos de las aguas causados por el choque de los remos; el susurro melodioso y blando de las hojas que, impulsadas por la brisa se mecian en las ramas, y el delicado gorgojo del pájaro de los bosques, del sinsonte cantor que sorprendido salia de su nido para protestar contra los atrevidos que fueran á turbar la calma de aquellos solitarios sitios. Sublime conjunto que henchía el corazón de un gozo celestial disponiéndole á sentir todo cuanto de bello y grande encierra la naturaleza en su eternal sabiduria.

Sentado el pié en la opuesta orilla, y mientras la hora de comer llegaba, dirigimos nuestro rumbo hacia un caserío situado en la cima de una colina que en el espacio se destacaba, como sobre las inquietas aguas se destaca la blanca vela que con tranquilidad avanza al puerto. Cereza ya de la cumbre y atraídos por el ruido de nuestras voces, que acompañadas de la orquesta tan pronto preludiaban un coro de Norma ó Belisario, como entonaban un canto de nuestra adorada patria, salieron á nuestro encuentro los dueños de aquella posesion semi-feudal, quienes nos hicieron un recibimiento sumamente obsequioso y lisonjero. Enterado el rico propietario de que nuestra intencion era la de pasar el día por aquellos deliciosos sitios, instantáneamente dió sus órdenes para que se nos sirvieran dulces y licores. Mientras estas órdenes se cumplian por sus criados, nuestros músicos hicieron sonar sus instrumentos al compás de la danza cubana, y esto fué causa para que de los inmediatos caseríos acudieran todas las jóvenes que en ellos habia, alborotadas ya por el bullicio y algazara que por el campo llevaba la entusiasmada turba.

Juventud y contento; música, mujeres y licores; nada mas podía pedirse, nada mas, de seguro, pedirían los voluptuosos orientales para creerse en el paraíso que su falso profeta les tiene prometido.

A los primeros compases de la provocativa danza, el salón estaba lleno de parejas, que ávidas de placer se dejaban arrastrar impulsadas por el acento mágico de la música. No se pasó mucho tiempo sin que los negros que habian recibido las órdenes de su señor, volviesen cargados de bandejas llenas de dulces y de copas, así como tambien de botellas que contenian riquísimos vinos de Europa, y los mas esquisitos licores de Jamaica. Ningun sitio mejor que el campo para gozar de una libertad verdadera, ni ningun elemento tampoco mas á propósito que la música y los licores para establecer una ciega confianza entre personas que se ven por primera vez.

No habia pasado todavia una hora de nuestra union con aquellas personas, desconocidas todas para nosotros, y cualquiera extraño que en aquella estancia hubiese entrado nos hubiera creído á todos conocidos muy antiguos. Tal era la franqueza que allí reinaba, tal el contento que en el semblante de todos se hallaba manifestado, tal el deseo de

continuar en aquella franqueza sin abandonar aquel gozoso contento. Sin embargo, si ese era el caso después de haber contemplado como las vaporosas hijas de la reina de las Antillas, escuchaban con el mayor agrado las palabras de amor que sus huéspedes les dirigían; si hastiado de los vinos y los licores que chispeando en las copas se cruzaban en todas direcciones; si cansado de la música, y del baile y de la alegría, y apartándose de los grupos que por todas partes se formaban se hubiera dedicado á examinar cuidadosamente á las personas que llenaban aquel salón, pronto se hubiera convencido de que no todas participaban del ciego delirio que parecía devorar á aquella juventud frenética y ardiente.

Sentada en un rincón, con el rostro pálido por los sufrimientos, agena á la mirada á lo que en su derredor pasaba, y descansando sobre su regazo el delicado cuerpo de una hermosísima niña, hubiera visto á una mujer joven y bella, muy joven y muy bella, pero cuya juventud solo se conocía por las vivísimas miradas que de vez en cuando lanzaban sus negros y rasgados ojos, y cuya belleza solo se adivinaba en aquellas partes de su rostro que no habían sido aun quemadas por el fuego de sus lágrimas. Esta mujer, cuya edad no contaba todavía veinte años, cuya hermosa rayaba mas alto que todas las que el pincel de Murillo dejó trazadas en sus lienzos, y cuyas riquezas no podrían apreciarse por las fabulosas sumas que representaban, era desgraciada y vertía lágrimas. Esta mujer era la esposa fiel, la amante y no amada compañera del hombre en cuya casa nos hallábamos. Agena como hemos dicho á todo lo que pasaba á su lado, su atención estaba concentrada en el rostro angelical de su hija, que inocente sonreía entre sus brazos. Si un momento separaba su mirada del candoroso semblante de la niña, solo era para fijarla en un retrato de familia que entre otros cuadros se veía colgado en la pared. Este retrato era el de un anciano venerable, y aquel anciano había sido el padre de la mujer que con tanto amor y fijeza le miraba.

Movido por el interés que despertó en mí la angustiosa expresión de aquel ángel de bondad y de belleza, pregunté á una joven amiga suya por la causa de aquel sufrimiento, y por ella supe que hacía dos años se había casado con un hombre que mintiendo villanamente la ofreció un corazón corrompido en cambio del inapreciable tesoro de virtud, de talento y de pureza que ella le entregaba. Supe que aquel hombre encontraba placer en atormentarla por cuantos medios están al alcance de los seres degradados y miserables; que liviano en demasía tenía condenada á su mujer á una viudez perpetua por solazarse en el fango de la prostitución mas abyecta; que padre de una criatura bellísima, flor delicada, cuya esquisita fragancia la recibiera del cielo, no había puesto ni un solo beso en la purísima frente de la hija que debiera formar toda su dicha, todo su placer y embeleso. Supe tambien, y esto con horror y hasta con ira, que aquel hombre indigno por mas de un título de poseer el amor de su esposa, había llegado adonde solo llega quien no guarda en su pecho un átomo de dignidad, de educación ni de nobleza; aquel hombre en un acceso de crueldad inaudita había osado poner su mano sobre el rostro de la que debía contemplar de rodillas y con el mas religioso respeto.

Todavía no he podido explicarme, á pesar de los días que han trascurrido, el efecto que causó en mi alma la relación de tan dolorosa historia. Mil pensamientos distintos, mil encontradas ideas se agolparon á mi cabeza revolviéndose agitadas y privándome por algun tiempo de la razón y de la calma.

Aligerado un tanto mi pecho del agudísimo dolor que le oprimía volví á contemplar el rostro de aquella pobre mártir, y al silencioso exámen que yo hacía mi corazón murmuró palabras de amor. Si, desde aquel momento identificándose con la infortunada beldad, no tuvieron ya eco en mi las voces de mis compañeros, ni los acentos de la orquesta, ni los halagos de las jóvenes, ni el hervir de los vinos, ni el chocar de las copas, ni nada de cuanto en mi derredor pasaba. Me hallaba solo, solo enfrente de la mujer que había despertado en mi corazón un sentimiento que hasta entonces no había conocido. ¿Para qué me hacía falta lo demás? El amor que aquella mujer me había inspirado lo llenaba todo. No había lugar en mi alma para otras sensaciones que no fueran las que me causaba la contemplación en que yo me encontraba tan dichoso y tan feliz. Pero ¡ah! que mi amor era una quimera, uno de esos locos ensueños que nos asaltan en la juventud; era uno de esos vaporosos castillos que nuestra imaginación construye en un momento de felicidad, y que hijos del aire una ráfaga suya los destruye, no dejando la menor huella del fantástico edificio que formara nuestra ventura. Aquella mujer ante la sociedad no era libre, era la esposa de otro hombre, y sin cometer un crimen yo no podía llegar hasta ella. Ante Dios era aquella mujer una santa, y á las santas no se las ama, se las venera.

Recobrando apenas en mi la razón su antiguo poderío, volví á dirigir mi insegura mirada por el salón, y un estremecimiento de cólera recorrió todo mi cuerpo al contemplar que mientras que aquella desdichada olvidada en un rincón lloraba lágrimas de desconsuelo por el

desamor y abandono en que su esposo la dejaba, el hombre que debía fundar toda su felicidad en labrar la de aquella mujer encantadora, ébrio por el licor y por el cansancio y con una botella en la mano, iba jadeante de un lado para otro requiebrando á las mujeres, bebiendo y dando de beber á los hombres, pero siempre sin dirigir una palabra á su esposa, pero siempre sin acordarse de la que con sus riquezas le había dado su vida y su amor.

Cuadro triste y sombrío, pero exacto, fiel, que con la mayor verdad patentiza que la felicidad conyugal no se funda principalmente en los bienes de fortuna.

Aquella mujer mandada por Dios á la tierra para dar á conocer a hombre los goces purísimos de la felicidad suprema; aquella mujer venida al mundo para hacer la dicha, la ventura de una familia entera, con una belleza sin igual, con un corazón tan noble como generoso, con un alma en la que solo tenían albergue los sentimientos mas esquisitos, y prodigamente ademans favorecida por la fortuna, se había casado con un hombre sin corazón y sin amor; con un hombre que apreciaba las virtudes de su esposa por los montones de dinero que le había llevado al matrimonio; con un hombre que al día siguiente de ser esposo dejaba en la mayor soledad á la que debía ser inseparable compañera de su vida, y esto por correr en pos de nuevas sensaciones si sensaciones puedan llamarse á los extraños sentimientos que inspiran la embriaguez, el juego y la orgía.

Poco á poco todos mis amigos fueron teniendo conocimiento de la trágica historia de aquel desdichado matrimonio, y no queriendo permanecer mas tiempo al lado de un hombre que nos era ya aborrecido, ni deseando prolongar tampoco la violenta posición en que se encontraba aquella desventurada mujer, digna de otra suerte mejor, determinamos alejarnos de allí para que la vista de una alegría que no podía sentir no aumentase mas el caudal de su desgracia.

Al despedirnos de aquella gente, que con tanta generosidad nos había franqueado las puertas de su casa, los músicos, por disposición de uno de mis amigos, tocaron un himno en honor al retrato del anciano. La hermosa, cuanto infortunada hija, al escuchar la orden y los acentos de la música, prorumpió en lágrimas de agradecimiento que sirvieron para amargar mas el estado de tristeza en que nos había puesto el conocimiento de su desventura. ¡Ay! que aquellas lágrimas vinieron á encender con nuevo y mas vivo fuego la pasión que rápidamente iba agrandándose en mi pecho.

Fuera ya de la casa y en la llanura que sirve de base á la colina, volvimos á mirar otra vez el sitio que acabábamos de abandonar, y en la puerta vimos á la pobre mártir que todavía nos saludaba con su pañuelo.

Hondamente afectados dirigimos nuestros pasos á la Habana sin acordarnos que habíamos salido de ella con objeto de divertirnos. Durante el camino comparáramos el estado de nuestra alma en aquel momento con el que tenía cuando en la mañana pasábamos por aquel mismo sitio, y de la comparación vinimos á parar á la gran verdad de todos tan conocida «que en el mundo no es feliz el que quiere, sino el que cree serlo.»

Han pasado ya muchos años desde que tuvo lugar el suceso que acabo de referir, y la imagen de aquella mujer que hoy descansa en la mansión celeste no ha desaparecido sin embargo de mi memoria. En mis ratos de tedio; en esos momentos en que el alma recogiendo en sí misma se cierra á todo sentimiento que no sea de dolor y de amargura; en esos instantes de aguda desesperación que con harta frecuencia nos proporciona la desaparición de nuestras mas queridas ilusiones, el recuerdo de aquella flor agostada en la primavera de su vida, es un lenitivo que mitiga mis dolores, un viento consolador y benéfico que batiendo sobre mis alas de ángel, refresca mi cabeza y devuelve á mi corazón la calma.

Aunque yo procurase intentarlo, jamás podrá borrarse de mi memoria el infortunado ó dichoso día en que vi resbalar las lágrimas de aquella tierna sensitiva sobre el delicado semblante de su candorosa hija.

PABLO ORTIGA REY.

EL BARBO DE UTEBO.

(CUENTO POPULAR.)

Aunque diga el vulgo vario
Que soy pescador, no es cierto;
estoy por pescar, y advierto
Soy el pez imaginario.

Varias son las tradiciones populares que en Aragón se conservan, pero una de las que mas boga han alcanzado entre el vulgo, acaecida casi en nuestros días, es sin duda alguna la del barbo de Utebo.

Este acontecimiento debió tener, á no dudarlo, alguna significación que nosotros no comprendemos, pero si es cierto que el suceso tuvo

lugar tal como lo vamos á referir, cargando con la responsabilidad de la poca exactitud que en el cuento se advierte, la crónica á que en un todo nos referimos.

Dice, pues, que allí en el año 1797 hácia fines del mes de julio, los habitantes de Utebo, pueblo distante dos leguas de la capital de Aragón, tuvieron lugar de observar un fenómeno eual nunca se había visto en toda aquella comarca. Dirigiéndose un campesino hácia el Castellar, advirtió que en el centro del río Ebro se movía un objeto que á juzgar por sus grandes dimensiones debería ser un monstruoso habitante de la región del agua; el cual tan pronto enseñaba parte de una de sus estremidades, tan pronto se sumergía en el fondo del río: pero cómo y por qué casualidad se encontraba en aquel sitio? esto era lo que despues todos se preguntaban y ninguno sabia darse razon: estas mismas consideraciones escitaron vivamente la atención del rústico, que cuanto mas le miraba, mas crecia su curiosidad y tanto mas se afirmaba, en que era un pescado de colosales proporciones. Vuelto á su casa contó su descubrimiento en la de un vecino suyo y bien pronto se divulgó la noticia por todo el pueblo: el camino del río era á muy poco una verdadera romería, pues no hubo chico ni grande que dejara de cerciorarse por sus propios ojos de aquella extraña maravilla del siglo XVIII: mas de doscientos ojos había fijos continuamente en el supuesto barbo, y en una de las veces que asomó lo que ellos creían la cabeza, oyóse un grito general de asombro: no faltó quien en lo acalorado de su imaginacion creyó ver dos grandes y rasgados ojos, quien una formidable boca, y quien pasando mas adelante unos espantosos y afilados dientes.

Deseosos los de Utebo de apresar á todo trance un objeto del cual tanta satisfacción y gloria les había de redundar, dispusieron que algunos de los mas atrevidos entraran en el río con unas barquillas, cuerdas, ganchos y todo lo demás que necesario fuese, pero si, que si quieros, ¿quién era el osado que se atrevía á acometer tan grande empresa? ¿quién se acercaba ni con mucho á tan terrible bicho? En este apuro y sin saber qué resolver, dice que dieron parte á Zaragoza para que subiera una pequeña fuerza de fusileros de Aragón (vulgarmente *Miniones*) que era lo mas florido de la juventud del país: algunos málévolo burlones quieren decir que tambien subieron una pieza de artillería, pero yo nunca lo he querido creer: lo cierto de todo es, que esparcida la noticia por la ciudad augusta y pueblos circunvecinos, bien pronto se vió el de Utebo invadido de gente que de todas partes acudia á contemplar sucesos tan extraordinario: en Zaragoza no quedaron tartanas ni calesas por alquilar; entre tanto en Utebo como la afluencia era mucha, bien pronto dieron fin los abastos y existencias de las casas, no sin gran contento de sus vecinos, así que vendieron cuanto tenían malo y bueno, lo cual no dejó de redundar en beneficio suyo.

Determinado y llegado el día que se había de verificar la pesca, ya por la mañana ambas orillas del Ebro se hallaban repletas y coronadas de gente: algunos diestros pescadores entraron en el río, en tanto que la fuerza armada quedaba á la orilla observando el menor movimiento del animal; la consigna era el hacer fuego sobre él si acaso (como era natural) se aprestaba á su propia defensa: no les fué difícil cercarlo por uno y otro lado á favor de unos barcos y amarrarlo con ciertas precauciones por medio de grandes cables ó maromas; logrado esto aumentóse la curiosidad, todos alargaban la gaita, la ansiedad era general, había un silencio solemne y si se hubiera observado tal vez se hubiese podido oír el ruido de los latidos de tantos corazones aumentándose aquellos en número por la natural impaciencia: los que tenían las cuerdas principiaron á tirar de sus extremos y no faltó mujer que le diese una pataleta ¿para que iba si había de asustarse? Pues señor tira... que tira... que tira, lo que sacaron del río con estremada algazara fué un gran MADERO, ¡já ver!!!!...

Desde aquel momento todo se convirtió en zambra y alboroto; el solemne barbo sirvió de núcleo á multitud de epigramas y los habitantes de Utebo tuvieron que sufrir con resignacion los blancos y pullas de que fueran objeto, merced á su acalorado modo de proceder y ver las cosas: no faltó hijo de su madre que parodiara esta famosa pesca á la fábula de Fedro *el monte de parto*, que á no ser así no se ballaria en mi poder en letras de molde, la cual copiada literalmente dice así:

Parturient Montes, nascitur ridiculus mus.

FÁBULA.

De parto un Monte en cierto tiempo estaba,
El «Hay de mí» en el cielo colocaba:
La novedad por todos se esparcía,
Y mil gentes curiosas á porfía
Iban á marchas dobles caminando
Hácia el preñado Monte, perdonando
Los trabajos que se hallan siempre fijos
En los viajes penosos y prolíjos:

Los sujetos visibles que allí fueron
En favor del paciente á bien tuvieron
De encargarse de todo diligentes:
Y siendo en la materia inteligentes,
Médicos, cirujanos, comadrones
Hacen venir, disponer de regiones
Estranjeras, y en partos instituidas:
Preparan además varias bebidas,
Para evitar astuta y sábiamente
Que al monte enfermo oprima el accidente,
Y cuanto el árduo caso pedir puede
Y á punto rara vez estar, sucede:
El lance llega, el lance deseado,
Y de un dolor vivísimo acosado



(Aventuras de un loco coronado.)

El paciente decae, pierde fuerza,
Se abate, desfallece, y su entereza
Se trasforma ya toda en cobardía:
Solo, «no puedo mas,» se le entendía:
Le dan valor los sábios profesores,
Y en medio de los sustos y temblores
Parió el monte, parió... (quien ha de oírlol)
Un ridículo y feo ratoncillo.
A un pueblo así de partes diferentes
A una pesca concurren varias gentes:
Previenen hierros y maromas gruesas,
Buzos, cebos y lanchas olandesas;
Y cojen en silencio... oh maravilla!
En vez de un gran Salmon, una Madisilla.

Hijos y habitantes de Utebo, si á vuestras manos por casualidad llegasen los presentes mal apergeñados borrones, no hagais á enojo que uno que lo es de la insignie villa del *Salmon*, se haya tomado el trabajo de zurcirlo; pues lo mismo podrian hacer en este caso quejarse los madrileños con el cuento de su *ballena*: reflexionad mas bien sobre la ligereza de vuestros antepasados, pues yo no tengo culpa en que tal suceso haya llegado á mis oídos, como habrá podido llegar á os vuestros, y con él quitarme un rato de ocio y llenar emborronando una página mas de nuestro SEMANARIO: entretanto disponed de quien tiene una gran satisfacción en ser paisano vuestro y estampar al final (como lo hace) sus iniciales.

J. A.

UN NIDO VACIO.

A la linda y simpática heroína de esta novela.

EL AUTOR.

I.

Bienaventurada seas alegre y hechicera Rosalía! Dios te dé ese cielo azul que tanto te agrada, esas flores perfumadas que tanto te gustan, esa paz y esa dicha que tanto deseas.

Escucha cómo trinan las aves de tu jardín, cómo se sonríen las violetas escondidas detrás de las verdes cortinas de sus hojas, cómo murmura el arroyo al pasar por debajo de las bóvedas de tilos y acacias de tu pradera.



(Aventuras de un loco coronado.)

Haga Dios, que nos dé los días serenos y las alegrías puras del alma, que Fernando te quiera siempre lo mismo.

Y que así como ninguna nube empaña el azul trasparente del cielo bajo que vives, ninguna lágrima enturbie tus ojos oscuros, ninguna pena manche las castas imágenes de tus amores.

No os extrañéis que desee tantas felicidades á la niña bonita que está enamorada y que alegre, risueña y sin cuidados recorre al lado de su amante, las perfumadas calles de su jardín, las olorosas alamedas de sus bosques.

Ámala siempre mucho, Fernando, hazla dichosa como hoy, porque te quiere con toda su alma; fija en ella tus ojos amorosos para que la niña bonita se mire en su cristal. Ya sabes que es el espejo que ella prefiere.

Pero dónde vais amantes dichosos?...

Ah! os vais á sentar á la sombra de los tilos perfumados para amaros y decíroslo, vais á esperar que las tórtolas se arrullen para miraros y sonreiros como si lo hicieran porque os ven juntos, porque os oyen soñar amores. Como si ellas no se amaran también, como si ellas no se lo dijeran mutuamente en esas notas tristes, lánguidas y enamoradas que tanto os gusta escuchar.

Hélos aquí sentados sobre el musgo y el verde césped con una bóveda de hojas por dosel, con una tierra cubierta de flores por alfombra.

Vedlos cómo se miran, cómo se aman y cómo se lo dicen, cómo

sueñan amores el mas delicioso de los sueños, y cómo Rosalía se sonríe enseñando dos líneas de nácar.

Allí estan hablando de sí mismos hace un largo rato, y por eso no se cansan de su agradable conversacion, se estan contando todas las impresiones de sus primeras miradas, todo lo que el alma siente de emociones antes de pronunciar las palabras te amo, y que producen las miradas de dos ojos simpáticos, las sonrisas de los labios que nos han agrado, y esos pequeños detalles en los que el corazón que va á enamorarse se fija con delicia por mas que pasen desapercibidas para los indiferentes.

Oid, cómo se juran amarse siempre, porque segun dicen, se quieren tanto que no pueden vivir uno sin otro, y no conciben felicidad alguna teniendo que vivir separados.

Ella abandona su blanca y perfumada mano entre las manos de su amante que palpita de emoción al estrecharla y la cubre de besos.

Rosalía apoya sus oscuros cabellos sobre los labios de Fernando y él aspira á grandes oleadas el perfume que de ellos se desprende.

Rosalía alza sus ojos y los fija en los de su amante; se miran sonriendo y como electrizados por la misma impresion, como si la misma idea se hubiera despertado al mismo tiempo en las dos cabezas, sus labios se acercan y confunden sus mútuos alientos en un delicioso y prolongado beso.

Un beso! un beso, solos y á orillas de un arroyo, sin mas testigo que el cielo y las aves, los árboles y las flores.

Si, un beso y que crimen han cometido mis amantes en besarse, qué mancha puede dejar en los labios de mi Rosalía el contacto de los de Fernando para que os parezca extraño que se besen!

Cuando se han apoyado los labios sobre los labios mas castamente? Cuando se ha verificado ese contacto menos carnalmente?

Oh! no os asustéis, porque dos jóvenes se besen, si pudiérais apreciar las sensaciones que pasaban por el alma de él cuando se ha acercado á ella, si hubiérais podido penetrar en las ideas de ella cuando ha buscado los labios de él, os sonreiríais tranquilos como me sonrío yo que lo sé.

Qué crimen hallais en el beso de una madre al hijo de sus amores? qué mal encontráis en que el hermano bese á su hermana querida?

Y por qué han de haber hecho mal Rosalía y Fernando, si han obedecido á una sensacion poderosa, si se han besado casi sin saber lo que hacian, como antes habian juntado sus manos?

Qué seducción ha habido por parte de él? qué idea premeditada por parte de ella para que así condenéis sus amores?

No hagais caso niña bonita, de los que se horrorizan ante tan casta caricia, es porque no comprenden que dos labios pueden unirse casta y puramente, es que no conciben que el alma se despierte mientras duerme el cuerpo.

Decídselo vosotras, blancas azucenas, blancas rosas del jardín, enseñadles vuestras limpidas corolas á ver si hay en ellas una mancha y luego cuando esclamen qué pura es la azucena, contarles que la brisa os ha besado, que el céfiro se ha parado en vuestros cálizos.

No, felices amantes míos, amaos como os amais ahora, vuestras almas puras son vuestra mejor defensa!

II.

Mis amantes vienen juntos por el jardín.

Rosalía se apoya muellemente en el brazo que la dá Fernando.

De vez en cuando se paran como obedeciendo á la misma idea, se miran con amor, sonríen de felicidad y vuelven á recorrer las perfumadas calles del jardín.

La madre de Rosalía sabe que Fernando ama á su hija y á pesar de eso los deja vagar juntos por el bosque.

No culpeis á la madre porque no quita el peligro quitando la ocasion; el otro dia oculta detrás de unas matas, ha sido testigo de una de esas escenas puras en que siempre se embriaga con delicia el alma de una madre; ha escuchado sin ser vista la conversacion de los dos jóvenes; ha oido los dulces sueños de oro que juntos han formado y al ver las ideas puras y castas del amante de su hija, ha sentido no poder realizar los castillos en el aire que juntos se fraguaban.

—Cuánto te amo Rosalía de mi vida, dice Fernando, mirando á su amada, cómo ocupas mi pensamiento hermosa mia, si supieras cómo conservo tu imagen grabada en mi corazón, si pudiera yo decirte cómo me amo, si mis palabras pudieran explicar los sentimientos que se desbordan de mi alma, verías, vida mia, que nunca amantes se han querido como nosotros, que nunca nacieron dos almas que se comprenderán mejor y comprenderías que Dios despues de haberme creado, te hizo á ti para complemento de mi vida y que ahora sería imposible que yo me separase de tu lado.

—Concibo muy bien Fernando tus frases, añadia la niña, porque mis ideas son las tuyas, así como nuestros sentimientos son idénticos.

—Con que tanto me amas?

—Cómo no puede amarse mas.

—Qué feliz me hacen tus palabras Rosalía, porque veo en tu amor la recompensa del mío.

Y los dos amantes seguían juntos amándose y diciéndose.

De repente se le ocurrió á Rosalía una idea que se le ha ocurrido á todas las muchachas que tienen costumbre de pasear por el campo y cogiendo una margarita silvestre hizo con ella lo que la Margarita de Goethe en el Fausto; lo que la heroína de Arsene Houssaye del mismo nombre; cogióla en sus blancas y suaves manos tan puras como los pétalos de la flor, y arrancando estos uno después de otro murmuraba: *me quiere, un poco, mucho, apasionadamente, nada*; la flor que había servido de oráculo, solo tenía 14 pétalos, así que al arrancar el último Rosalía miró alegre y contenta á su amante.

—Ya lo ves, le dijo, esta margarita á quien he interrogado me ha dicho que me amas con delirio.

—Pues esa flor debe saberlo, contestó Fernando.

Y Rosalía creyó que Fernando tenía razón, porque si no la hubiera amado, las flores que no engañan nunca á las niñas bonitas se lo hubiera dicho con la misma franqueza con que había contestado que la amaba.

De repente Fernando detuvo el paso y paró á Rosalía, esta interrogó á su amante con una mirada y él la señaló con el dedo un nido de ruiseñores escondido entre unas ramas de lilas.

La pobre madre inquieta al ver venir directamente dos personas hacia el fruto de sus amores, en vez de huir se había colocado encima de ellos y los protegía con sus alas, mientras dirigía con sus ojos inquietos y azorados una mirada á los dos amantes.

—Pobrecita, murmuró Rosalía.

—Cómo los quiere, repuso Fernando.

—Me dan lástima, dijo la niña, pobrecita pájara, se desvive por ellos, mira Fernando, cómo nos suplica con los ojos que no toquemos á sus hijos, que no le arrebatemos á sus pajaritos, vámonos, me da pena verla tan inquieta.

Y se alejaron recordando el nido de ruiseñores y formando mil comentarios agradables y risueños de este encuentro.

Al poco rato oyeron los dulces trinos, los inimitables gorgoros de un ruiseñor y Rosalía fijó sus ojos en los de Fernando.

El padre nos da las gracias, dijo éste, porque hemos respetado su tierna cría; pobres aves, qué daño hablamos de hacerles porque se aman, qué gusto habíamos de encontrar en llevarnos sus hijuelos y verlos luego moribundos llamar á sus padres y á estos inquietos rondar en torno de su prision llamándolos tristemente.

—Pobres pájaros, dejémoslos ser felices, murmuró Rosalía.

Este incidente de su paseo sirvió de materia para muchas conversaciones de los dos amantes: siempre que salían al jardín buscaban el nido y se quedaban largo rato contemplando los ruiseñores. La madre que se había acostumbrado á verlos todos los días, no huía de ellos y llevaba su confianza hasta dejar solos á sus hijos para ir á buscarlos de comer.

Cuántas mañanas sentada Rosalía sola al pie de la mata de lilas donde estaba el nido, observaba con delicia los tiernos cuidados de aquella madre que contemplaba á sus hijos como la suya la quería á ella, y sentía una emoción tiernísima en su alma.

Cuántas ideas se agolpaban á su mente al considerar los puros gozos de un amor tan desinteresado como el de una madre, y soñaba con Fernando á quien cada vez quería mas, y en quien continuamente pensaba.

Muchos días, después de largas conversaciones con su amante, cuando éste se marchaba, venía la linda Rosalía á sentarse junto á las lilas y allí, en presencia de aquellos pájaros que con tanto esmero cuidaban al hijo de sus amores, se repetía las palabras de Fernando y se olvidaba completamente de este mundo, para absorber todo su pensamiento en el que amaba.

¡Ah! el campo! el campo! la rica naturaleza pródiga en colores, en armonías y en perfumes convida á soñar en un mundo de delicias. Ya lo sabes tú, enamorada Rosalía, ya lo conoces, cuando dejas las estrechas paredes de tu cuarto, para venir á respirar el perfume del espino y de las lilas, de la madre-selva y de los tilos.

Ya lo tienes bien aprendido, hechicera heroína mía, y por eso recorres solitaria y con calma las alamedas de los bosques, donde crecen mejoranas y violetas, mentas y campanillas blancas.

Ya sabes también, que cuando el alma vive de amores no se debe ir al campo mas que con la persona amada ó sola, porque el amor que despierta en nosotros el espectáculo de la naturaleza rechaza toda clase de testigos.

Cómo os amais Rosalía.

Cómo os amais Fernando.

Nunca os separe el cielo, porque la separación es horrible para dos corazones que viven uno para otro, «la muerte es horrible solo porque es una separación eterna», dice la balada Alemana y la balada tiene razón.

Escucha Rosalía, oyes ese cántico armonioso que se desprende de esa retama en notas cristalinas como una lluvia de perlas; no te acuerdas de él? le has oído un día que ibas del brazo con Fernando, el día que descubristeis el nido de los ruiseñores, aquella mañana en que la madre os pedía que tuviera compasión de sus hijuelos, y la tuvisteis y os dió las gracias en su dulce y trinado lenguaje.

Pero mira niña, Fernando te busca, le oyes cómo te llama? Y Rosalía se levantó llena de emoción y alegría al oír la voz de su amante, y fué á buscarle para contarle los sueños que se había forjado sola.

Cómo se aman!

Dios os dé la paz y la dicha de que son dignos los que se aman.

Dios os bendiga, héroes queridos de mi historia!

III.

Qué tristes están tus ojos, Rosalía!

Qué palidez tan amarga cubre esas bellas mejillas que poco antes me complacía en admirar, cuando las comparaba á las rosas de tu jardín y á las nubes que vuelan en torno de una tranquila alborada de mayo!

Por qué te entristeces, linda heroína mía?

Tu Fernando se ha marchado hace dos meses, y no has dejado de llorarle un solo instante pobre niña!...

No te ha dicho al despedirse de ti, con los ojos arrasados de lágrimas que te amaba mas que á su vida? No te ha escrito dulces y enamoradas cartas, que te han hecho suspirar de felicidad?...

Pues entonces no llores Rosalía, porque él volverá mas enamorado que nunca, y premiará tus desvelos y afanes con un amor sin límites, mucho mas grande que el que hasta ahora has conocido, como el que soñabas lejos de él, como el que pensabas cuando le tenías á tu lado, mirándole en sus ojos y dejando tranquila y confiada tu mano entre sus manos y tu linda cabeza sobre su seno.

No me enseñes tus ventanas, Rosalía, sé lo que me quieres decir y tú también sabes que si tus golondrinas se han ido, volverán en marzo alegres y vocingleras á fabricar nuevos nidos en torno de ellas y á traerle días sin nubes, noches estrelladas, y un mundo de flores y de mariposas.

No me enseñes las rojas bayas de los agavanzos y del espino.

También en abril se cubrirán los dos de verdes tallos que darán sonrosados capullos y menudas flores, blancas como tu alma.

No me señales las hojas amarillentas que el cierzo de otoño arranca á tus pomposos tilos, mayo vendrá á cubrirlos de nuevo de doseses de esmeralda, y abrirá esas florecillas embalsamadas que perfumaban el ambiente cuando te sentabas á su sombra.

Y hace ya mucho que no bajas al jardín. Ingrata niña, has olvidado tus flores predilectas, porque ya no está él; temes no encontrar ninguna porque el otoño implacable y crudo reina absoluto en la naturaleza.

Aun hay amarantos y crisantemos, rojos aquellos y de infinitos colores estos.

Y tus ruiseñores niña? los has olvidado, los has abandonado?

Pobre Rosalía! qué taciturna recorre los sitios testigos de su felicidad pasada!

Ya no se esmalta la pradera de gotas de rocío que presentan á la vista los deslumbrantes reflejos del iris, los cambiantes de las piedras preciosas.

Ya no hay flores de perfumados pétalos en las que viene á posarse la mariposa flor alada.

Ya no tiene margaritas á quien consultar para saber si Fernando sigue fiel, el oráculo campestre ha desparecido con las apacibles noches de estío!

Y cada uno de estos objetos que sus ojos buscan y no encuentran los cubren de líquidas y transparentes lágrimas; fueron testigos de su amor!...

Pero sus pasos, por mas que su pecho lo desea, no se atreven á llegar á un sitio en que ha puesto su pensamiento.

—Si mis ruiseñores vivieran, dice Rosalía, sería yo feliz; si ahora me consolara con sus dulces gorgoros; si me recordaran aquellas deliciosas mañanas de paz y de amores que hemos pasado escuchándonos; si vinieran á alegrar mi triste soledad con sus endechas; si me repitieran aquellas frases de amor que se decían enamorados, ah mis ruiseñores, mis ruiseñores.

Y Rosalía avanzó algunos pasos, la lila estaba sin hojas, la araña había tendido su red entre las ramas desnudas.

No vayas niña, vuélvete á tu casa y sueña con Fernando, piensa en él y no te ocupes de tu nido, ponte á cantar como las heroínas de Alfonso Karr, la canción Alemana.

Kom lieber mai

Vuelve querido mayo!

Y volverá!

¡Ah! Rosalía ha dado un grito, su madre ha salido asustada y la ha

recogido en sus brazos al pie de la mata de lilas; pobre heroína mía, qué idea tan horrible ha cruzado por su mente, está sin sentido, ay, mi Rosalía nadie se explica la causa...

Mirad lectoras bonitas, pero sin que os asusteis como ella.

Ya no están los ruiseñores.

El nido está vacío!!!...

AGUSTIN BONNAT.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—¿Cómo vos! le dijo Reginold con una sonrisa cruel; ¿no juramos todos al rey ayer no beber mas que agua hasta el fin de la guerra?

—Es verdad, dijo Reuschild muy triste.

—Es verdad, murmuró Herman, que no se mostró mas resignado.

—No es sino demasiado cierto, murmuró penosamente Lieven.

—Es verdaderamente verdad? preguntó Olof.

—Vaya si es verdad.

—Yo he jurado.

—Decía, pues, prosiguió el discípulo de la condesa de Königsmarck, que si el rey vence á los reyes de Europa, estenderá sus conquistas hasta la India ó la Persia como Alejandro. En ese caso la guerra no durará menos de...

—Doce botellas de Burdeos.

Esta petición hecha por unos jóvenes que ocupaban la mesa frontiza á la de los cinco compañeros de Carlos XII acabó de enardecer la imaginación de Olof. Doce botellas de Burdeos, respondió el mozo colocado á la entrada de la bodega. Olof no oyó mas.

—¿No sabeis, dijo apostrofando á los de la mesa vecina, que no tenéis derecho de beber doce botellas de Burdeos?

—¿Por qué? ¿Cuántas tenemos derecho de beber?

—Ninguna.

—¿Quién lo ha dicho?

—El rey. ¿No sabeis que ha prohibido durante la guerra toda especie de bebida á sus oficiales?

—Pero Olof, le decía vanamente Reginold, esos señores no pertenecen á la armada. La prohibición no les alcanza.

Olof nada oía y proseguía diciendo: os prohibo en nombre del rey beber esas doce botellas de vino de Burdeos.

No se encontró otro medio de calmarle que hacerle mudar de puesto y tenerle vuelto de espaldas mientras se consumaba el sacrificio.

Reginold continuaba diciendo: en ese caso la guerra no duraría menos de... cuando Megret entró en el Paraíso terrestre.

—Llegais un poco tarde, le dijo Reginold, pero bastante á tiempo para oír la última parte de la revelación que hacía á estos señores.

—Escusadme, le dijo también en voz baja Megret, pero un suceso imprevisto...

—Esta guerra no durará menos de quince años, dijo por fin Reginold.

—¿Quince años! exclamó Olof con voz tan vibrante, que conmovió todo el paraíso.

—¿Qué, durará quince años? preguntó Megret.

—La guerra sin vino que vamos á hacer, respondió con las narices abiertas, los puños cerrados y la boca seca el desgraciado de Olof.

—Y bien, beberemos agua, infinita agua, nada mas que agua, dijo Megret, que pronunció tan francamente estas palabras, que los mozos, creyendo que aquellos señores pedían agua, trajeron todos los vasos que se hallaron á mano. Olof, verde de cólera, los quebró todos unos contra otros.

Hubo entonces un huracán de risa en el Paraíso terrestre.

Es probable que Olof, semejante á Sansón, hubiera derribado el templo sobre todos aquellos filisteos mofadores, si en el mismo instante la puerta de una pieza vecina no se hubiera abierto para dejar escapar estas palabras:—El rojo pierde.

—¿Se juega aquí? preguntó Megret con los ojos chispeantes.

—Sí, respondió Reginold.

—Y á la ruleta, respondió Megret.

—El negro gana, exclamó de nuevo la voz del banquero. Hay cien lises.

—¿Yo los pongo! exclamó Megret levantándose para correr á la sala de juego; pero Olof le detuvo por los faldones, diciéndole:—Francés, amable francés, francés demasiado amable, todos nosotros hemos jurado al rey Carlos XII no jugar durante la guerra.

—Que ha de durar quince años.

—Cómo decís, Reginold, quince años.

—¿Quince años! repitieron todos los demás, que por no ser tan ju-

gadores como Megret ni tan bebedores como Olof, no sentían menos la imprudencia que habían cometido, empeñándose así por juramento á no jugar ni beber. Daban compasión, tanta mas compasión cuanto que en torno suyo cerca y lejos se cruzaban sin cesar estas palabras.

—¡Champaña!

—¡Paso el rey!

—¡Grave, seis botellas!

—¡Al robo!

—¡Saint Parray!

—¡Sauterne!

—¡Veintuno!

—¡Cuatro y blanco!

—¡Dominó!

—¡Madera!

—¡Noventa y nueve puntos!

—¡Vuelvo el rey!

—¡Alieante!

—¡Todo al banquero!

—¡Jerez!

—¡Cien lises al número 6!

—¡Mil para la sota de copas!

Olof lloraba; Megret, á pesar de lo feo que era, estaba casi hermoso de dolor.

—¡Y tengo pena de muerte si juego!

—¡Y tengo pena de muerte si bebo!

—Ay sí, respondieron los otros.

—Y bien, la muerte y cartas, exclamó Megret, grande como un romano.

—Y bien, la muerte y vino, exclamó Olof tan grande como Megret.

El rostro de Reuschild, el de Lieven y el de Herman manifestaban con corta diferencia la misma lucha entre el deseo y el temor.

—Razonemos un poco, dijo hipócritamente Reginold, cuya astucia, ó por mejor decir, la de la condesa salía perfectamente, no hay ninguna medio de salir de una situación superior á nuestras fuerzas?

Dos voces dolientes preguntaron:—¿qué medio?

Y otras tres voces suspiraron:—Terrible juramento!

Ya echaré siempre de menos, dijo Herman, ese palacio de nuestro gracioso soberano en que éramos tratados tan familiarmente, en que era tan dulce el reposo, después de noches tan largas...

—El juego tan vivo... añadió Megret.

—El vino tan viejo, dijo Olof, caído del furor en la melancolía para volver á elevarse hasta el frenesí.

—Quince años sin poner los pies en ese palacio!

—Decididamente, exclamó Megret, he hallado un medio de beber y de jugar sin quebrantar nuestro juramento.

—Vino! vinos! traed vinos de todas clases, exclamó Olof antes de saber cuál era el medio... Ah francés, amable francés, francés amabilísimo!

—Ese medio hélé aquí.

—Oigamos.

—Hemos jurado, es cierto, no jugar, no amar, no beber durante la guerra.

—Sí... hé ahí lo que hemos hecho.

—Pero...

—Pero... repitió maquinalmente Olof, unido de alma y corazón á los lábios de Megret.

—Pero no hemos jurado seguir al rey á la guerra.

—Es verdad, repitieron los jóvenes, cuyo corazón se abría á la esperanza.

—Si no acompañásemos á Carlos XII á una campaña que amenaza ser tan larga...

—En ese caso, dijo Olof, que esperaba una conclusión, pero que no esperaba ya los vinos que había pedido con profusión, porque los tenía de sí, como también Megret las cartas y los dados.

—En ese caso, terminó Megret, nuestro juramento sería inútil, pues solo está hecho para el caso de haber guerra.

—Pero dejar al rey... dijo Reginold, eso es grave.

—Es malo, dijo dudoso Reuschild.

—Sin duda, dijo Olof teniendo en una mano una botella y en la otra una copa.

—No se trata de abandonar al rey, dijo Megret, se trata solo de decirle que se le seguirá aunque sea al fin del mundo, si consiente en alzar el interdicto que ha puesto al vino, al juego y al amor.

—Y si no quiere? preguntó Olof con doble inquietud.

—Entonces se beberá agua, agua fría, agua helada si es necesario, dijo Reginold.

—Nunca! exclamó Olof furioso de ver aparecer de nuevo la amenazante idea del agua.

—Tanto vale decir que no se seguirá al rey á la guerra, porque no cederá.

—Y bien, se renuncia... dijo lof á quien Megret habia vertido un baso de vino blanco, sabroso, limpido, perfumado, coronado de millares de perlas de plata.

—Y bien, se renuncia, repitió Megret, bajo cuya mano Reginol habia colocado diestramente un cubilete y los dados.

Olof, Megret y sus perjuros compañeros llevaban ya sus copas á los labios.

—El rey, exclamó una voz que venia de la puerta.

Quinientos ó seiscientos bebedores se levantaron espontáneamente.

El rey Cárlos XII entró en la taberna del *Paraíso terrestre*.

(Continuá.)

EN EL JARDIN.

¿Dónde se oculta, donde, árboles bellos
la angelical pastora á quien adoro,
la que tiene negrísimo cabellos
y en la boca de perlas un tesoro?

La de los ojos árabes y ardientes
como del sol la luz; como del río,
las purísimas ondas transparentes,
tristes como el dolor del dolor mío.

¿Sabeis por que no viene, hojas caídas,
que el viento orea, y con rigor se afana,
en llevar por el suelo desprendidas
á la cándida luz de la mañana?...

Los que trináis llorando de ternura
melodiosos y dulces ruseñores,
que habitáis en la sombra y la frescura
de los espesos árboles y flores.

Puras corrientes; deliciosa brisa
que el afligido corazón consuelas
con tu ruidosa y plácida sonrisa
que entre las ramas cariñosa vueles.

¿Sabeis en dónde está la flor que adoro
y en mi locura donde quiera miro,
por la que triste y solitario lloro,
del alma melancólica, suspiro?

¡Bendita luz del cielo que ilumina
la pena roedora que me mató,

¿por qué á mi corazón ¡ay! no avvicinas
el dulce amor de mi pastora ingrata?

¡Ah! no me escucha: á mi dolor no viene;
por mas que llamo en la inquietud umbria,
por mas que el aire con mis gritos llene
no me responde la pastora mia.

¡Cuánto cariño de mi amor tuviera!...
¡y qué ternuras de mi amante boca!...
por respirar su aliento, el alma diera
triste de pena y de entusiasmo loca.

No puede mas mi corazón doliente...
árboles que escucháis el dolor mío,
sombra apacible, rumbrosa fuente,
divinas flores; cristalino río:

Decidle el puro amor con que la quiero,
que su crueldad el alma me arrebató,
sino la veo, de tristeza muero;
y si la miro, su rigor me mata.

G.

EN EL ALBUM

DE UNA DESCONOCIDA.

Nunca por desdicha mia
esas bienhechoras hadas,
que eterno laurel ciñeron
al cisne inmortal de Mántua,
quisieron dar codiciosas
inspiración á mi alma.

En vano en mi loco anhelo
incienso quemé en sus aras,
fueron á mis ruegos sordas,

á mi adoración, ingratas.

—Dícenme que hermosa y pura
cual la flor de la esperanza,
vas derramando consuelos
en este valle de lágrimas,
que las mujeres te envidian
y que á los hombres encantas.

¿Cómo pues podrá mi musa,
si voz y aliento le faltan,
rendir un digno tributo
al tesoro de tus gracias?
Tal como en inculto yermo
combatida y solitaria,
vejeta mística y marchitase
la pobre y estéril planta,
sin recibir en sus tallos
ni las sonrisas del alba,
ni el rocío de los cielos,
ni los besos de las auras;
así la vida de un triste
en la soledad se acaba,
sin que esos gratos ensueños
y esas ilusiones gratas,
que son bálsamo que enjuga
en este valle las lágrimas,
vengan para su deleite
á vestirle con sus galas.

—¡Ay! si es cierto niña hermosa
que eres como la esperanza,
que amor é ilusiones deja
por donde quiera que pasa,
sobre mi pecho afligido
bálsamo de amor derrama,
que entonces lleno de vida,
de vida por tí prestada,
podré remontarme al vivo
do el génio cieme sus alas
para rendir un tributo
al tesoro de tus gracias.

FRANCISCO DEL VILLAR.

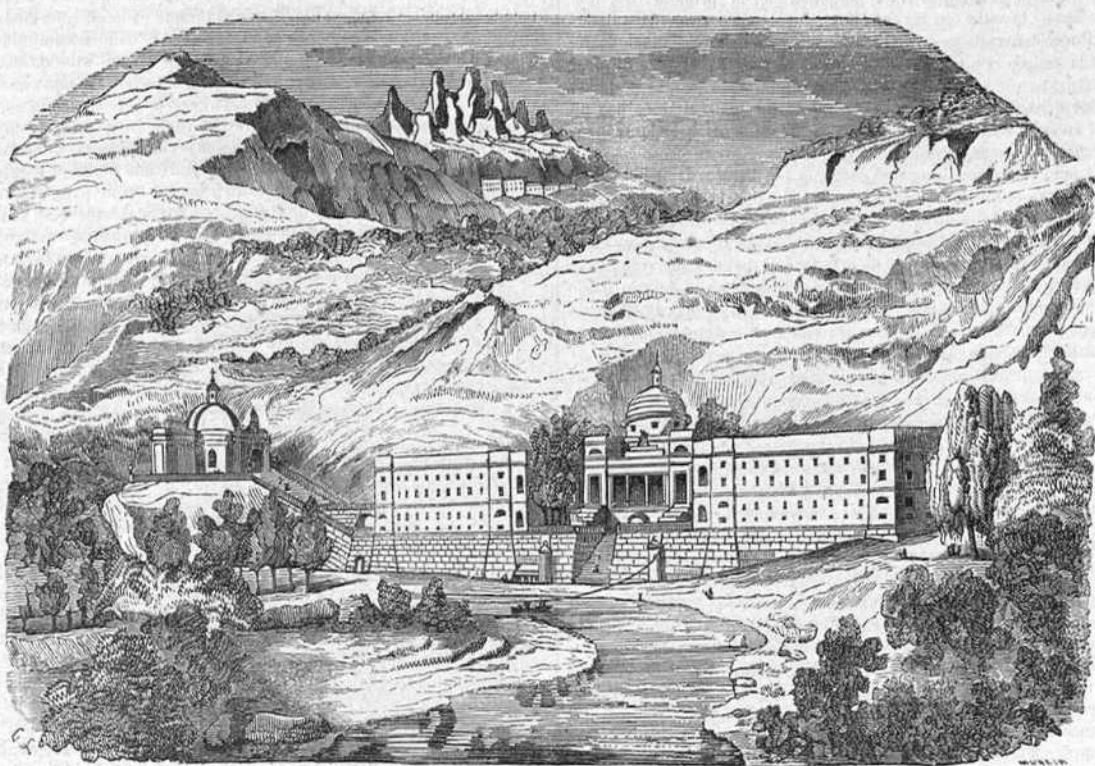
SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La muerte nivela las fortunas, y al lado del pobre, descansa en paz el poderoso.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Mad id.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albarran.



BAÑOS DE LA PUDA.

ESTABLECIMIENTO DE AGUAS MINERALES SULFUROSAS.

Es la Puda un establecimiento de aguas minerales sulfurosas de primer orden, que no conoce rival en España, ni quizá en el extranjero: ya por su pintoresca y selvática posición; ya por lo grandioso, bello y cómodo del edificio; ya en fin por la extraordinaria cantidad y abundancia de agua, por su constante y apropiada temperatura, por su rica mineralización y por la prodigiosa virtud de sus aguas.

Hállase la Puda situada en un agreste, apartado y solitario valle, al pie del poético Monserrat, á la orilla del Llobregat, á la orilla de aquel río que del pie de los Pirineos, con su tortuosa línea divide el antiguo Principado en dos partes casi iguales y desagua á cosa de una legua al poniente de Barcelona. El sordo murmurio de las caudalosas fuentes de la Puda, el ruido del Llobregat al estrellarse contra una inmensa peña que natural é invencible tajamar defiende el edificio de las fuertes avenidas, desviando el curso de las aguas que mansamente van luego después á lamer el pie de las altas y sólidas murallas en que descansa el establecimiento; el ambiente continuamente refrescado por el viento Norte á que da paso aquella garganta; el fresco vendaval que sopla desde el mediodía; los agradables y variados accidentes que ofrece el valle; forman de la Puda una pacífica mansión, una deliciosa morada en la que se siente una tranquilidad encantadora; sentimiento dulce y consolador que tanto contribuye á la curación de las enfermedades crónicas de nuestro cuerpo, cuanto á mitigar los dolores del alma. Hé aquí por qué se da siempre la Puda con pesar; hé aquí por qué en el bullicio de las ciudades se recuerdan tantas veces aquellas plácidas y harto fugaces horas, que tan agradablemente se pasaron en la Puda, ya en envidiable calma, ya en medio de una sociedad pura, franca, alegre, nueva, varia y siempre renovada, ya en fin en las romerías de la tarde, en los encantos de la música, y de tantas y tantas otras inocentes diversiones de las veladas, diversiones y romerías, que desnudas de toda ceremonia política, ofrece la parte más agradable del trato social, y engendran relaciones puras, inocentes, simpáticas é inolvidables.

Uno de los puntos mas interesantes, ya que no el único de aquel país, es la montaña de Monserrat: montaña singular en su forma; histórica por su glorioso pasado; sagrada por su actual destino: montaña que aislada y erguida en medio de la vieja Cataluña, es cual elevado y luminoso faro, distinguida de sus mas apartados extremos; montaña, desde la que se descubre el mas hermoso panorama que pueda imaginarse: montaña en cuyo centro se encuentra el devoto Santuario de la milagrosa imagen de la Virgen de Monserrat, tan memorable en toda la cristiandad: montaña en la que está situado el suntuoso monasterio que fué de PP. Benedictinos y á corta distancia el lugar en donde diez y seis siglos hace existiera un templo consagrado á Vénus.

Al caer la tarde es de ver cómo regresan de Monserrat y vuelven al establecimiento de la Puda aquellos, que viniendo de romería que en el mismo día habían salido en improvisada y bulliciosa comitiva. Otros puntos igualmente de una belleza natural y de una grandiosidad indefinible, muy parecidos á los sorprendentes y encantadores cuadros de la Suiza, ofrecen al que toma baños en la Puda variados y deliciosos paseos. De manera que la situación higiénica y geográfica de la Puda, favorece extraordinariamente á dicho establecimiento.

A siete leguas de Barcelona, en la carretera de Madrid, está situada la villa de Esparraguera: á una legua de distancia, fuera del camino real, se halla construido el establecimiento de la Puda. Muchas son las proporciones que diariamente se ofrecen para ir de Barcelona á Esparraguera y de Esparraguera á la Puda; pero interín se concluye el ferro-carril de Martorell ó del centro, el modo mas cómodo, breve y directo de hacer este viaje, es el que ofrece el carruaje del establecimiento, que sale de la calle del Hospital, tienda núm. 2, en los martes y viernes de junio y setiembre; lunes, miércoles y viernes de julio y agosto, regresando de la Puda en los siguientes é inmediatos días. Siendo la principal ventaja que este carruaje presenta, el que á pesar de ser tan numerosa la concurrencia, á pesar de que las mas veces no hay habitaciones disponibles para todos; siempre se guarda habitación para los que vienen con el espresado carruaje.

Al llegar á la Puda apéanse los huéspedes en la orilla derecha del río y sin necesidad de buscar quién les lleve el equipaje, inmediatamente se presentan los criados del establecimiento que se encargan de ello, y se presenta tambien el barquero que les pasa á la otra parte del río, en donde se halla situado el grandioso, magnífico y sorprendente

edificio, que será la honra y gloria de España, por no conocerse otro que se le asemeje, y por estar ideado y dirigido por uno de los mas sabios arquitectos españoles. En el desembarque, la primera cosa que se presenta á la vista son las caudalosas fuentes, los ricos manantiales de la Puda: manantiales que nacen á poca altura sobre el nivel del río y que la sociedad dueña de los mismos no ha querido elevar, ni tocar del mismo punto en donde nacen, para evitar todo peligro y quitar toda sospecha de adulteración. Al frente de los manantiales, hay un largo, ancho y sólido enlizado de piedra para que los bebedores puedan acercarse con mas comodidad y aseo.

Al lado del torreón que está contiguo á la fuente de bebida, hay dos escaleras tambien de piedra labrada, que por la parte interior la una, por la exterior la otra, conducen al edificio. Subiendo por la escalera exterior, que es lo que comunmente sucede, llegan los huéspedes á la plataforma ó terrapien de mas de 400 palmos de largo, cuyo terrapien rodeado del edificio y cercado por la muralla del río, ha de contener un gran jardín con varios juegos de agua, á mas de la ancha alameda y espacioso salon de que está dotado en la actualidad: alameda y salon que estando contiguos al edificio y al nivel de la entrada del establecimiento, ofrecen un paseo horizontal y cómodo á todas las personas, especialmente las que siendo de una salud delicada no pueden cual los demás alejarse del establecimiento; alameda y salon ambos muy á propósito para las cucañas, carreras, elevación de globos aerostáticos, fuegos artificiales, bailes, ilum naciones al estilo veneciano, etc., etc.: diversiones todas muy frecuentes en el establecimiento, animadas por una orquesta inesperada, que desde la galería del piso superior esparsce sus armoniosos ecos por el valle: diversiones muy concurridas, las mas veces improvisadas, y que siendo verdaderas fiestas de familia, inocentes, puras, agradables é higiénicas, procuro por mi parte secundar en lo posible, puesto que es indudable su influencia médica-físico-moral en aquella sociedad que sufre. En dicho terrapien hay la entrada del establecimiento. La parte existente, obra y perfectamente habitable del establecimiento, que tiene por base un rectángulo y de cuya estremidad inferior arranca otro edificio en forma de arco, contiene tres pisos, y un desvan superior para los enfermos menos acomodados. Cada piso consta de una sala de 60 palmos de largo por 30 de ancho; salas contiguas á la galería que domina á la alameda: salas que si bien servirán para reunion de las personas de cada piso, sirven en la actualidad para distintos objetos cual se dirá mas adelante. Consta asimismo cada uno de los tres pisos, de un hermoso, largo y ancho corredor, que contiene veinte habitaciones, con vista las diez de la izquierda á la parte del río, á la montaña las de la derecha. En el corredor de la parte curva, hay solo una línea de habitaciones, que dominando la alameda tienen tambien vista al río. Por una sola numeracion se rige el establecimiento. Las habitaciones son casi iguales, de forma cuadrada y muy capaces: solo se diferencian, en el mueblage, cómodo en todas, pero mas lujosas en unas que en otras y en el precio, por razon del mueblage mismo, por razon de estar en el primero, segundo ó tercer piso y por razon de tener vista á esta ó aquella parte.

La sala que se halla al entrar en el edificio, está actualmente destinada para uno de los comedores. La del piso primero que por medio de tres balcones comunica á la gran galería que domina la alameda, está decorada con el mayor gusto y elegancia; adornada con grandes y magníficos tocadores, con rica sillería, mullidos sofás y en el centro una caprichosa otomana de blandos orientales cogines, con un piano de fuertes, claras y armoniosas voces, que diariamente en las horas que no son de descanso, déjase sentir en todos los puntos extremos del edificio; esta sala, es la destinada para las reuniones. Juegos gimnásticos, juegos indios, juegos acrobáticos, juegos físico-recreativos, juegos químicos, vistas de fantasmagoría, conciertos vocales é instrumentales, bailes domésticos y otras y otras diversiones que la moda y el capricho puedan inventar; todas ellas se suceden con frecuencia en la sala de reunion.

Las damas se reunen tambien en el salon de recreo una hora antes de comer, y todos ó la mayor parte se reunen en dicho salon al regresar del paseo y después de la cena.

En la sala tercera, que es la correspondiente al piso superior, hay internamente un billar de grandes dimensiones, construido á la última moda con birandas metálicas. Después de bebida el agua y tomado el desayuno, después de tomado el baño, después del almuerzo, después de algun rato de descanso, allí se reunen los caballeros para jugar un chapó ó una guerra. Mientras se construye el cuerpo céntrico que contendrá la biblioteca, el café, el billar, las dependencias del establecimiento, con mas las habitaciones destinadas á S. M., las de la Junta directiva, del Médico, del Administrador, del Comisario de entradas, etc., etc., mientras que todo esto se realiza, las salas que hay en los tres pisos han de servir para los objetos esplicados.

Contiguo á la sala de cada piso se halla la escalera que conduce á

los baños. Dificilmente puede darse un establecimiento de baños como el de la Puda. Al pie de la escalera hallanse algunos retretes para las personas que deben bañarse sin ser vistas, para aquellos enfermos atacados de males repugnantes á la vista ó que padecen enfermedades contagiosas, evitan do que ni en la mesa, ni en el baño se comuniquen con los demás. Entrase luego á la sala de descanso: sala de mucho gusto y mérito artístico, cuyas molduras del techo, así como una estatua del doctor Gimbernat, siendo blancas, tomaron casi instantáneamente un hermosísimo color de plomo bronceado, prueba vulgar, pero evidente y perene de la riqueza de gases de las aguas de la Puda. En el centro de dicha sala hallase colocada una hermosa fuente de mármol. En esta sala aguardan los bañistas el turno para entrar al baño. Dá entrada esta sala de descanso á otros salones que son los destinados para baños.

El salon de la derecha que está sostenido y hermoceado por un sin número de columnas y arcos ojivales y de medio punto, es de colosales dimensiones; pues á mas de una altura proporcionada tiene mas de doscientos palmos longitudinales. Quince retretes á cada lado del corredor central, con treinta y cuatro pilas, á saber: 22 de azulejos y 12 de mármol contiene este salon de baños. En la puerta de cada retrete hay un horario que indica la hora en que el bañista ha de salir del baño: todas las pilas son muy capaces, bien amueblado el retrete.

A la izquierda de la sala de descanso, hallase una pieza en la que hay los baños de accionistas y tambien los de inspiracion. Dá esta pieza entrada al nuevo salon de baños que acaba de construirse, cuyo salon es de mayores proporciones que el gran salon de baños. En este nuevo salon se darán ya en la próxima temporada, baños de agua dulce, tan necesarios en los establecimientos minerales como modificadores de la accion fisiológica de sus aguas medicinales, baños de vapor sulfuroso y de vapor del agua comun: ya por el sistema ruso, ya por el escocés; y se está trabajando para dar baños minerales de todos chorros mejorando el sistema que hoy dia se observa, y para dar tambien baños de agua corriente. Este salon en que se podrán dar, por el vapor toda clase de baños conocidos, dará al establecimiento de la Puda una importancia que jamás ha tenido establecimiento alguno.

Sobre la enorme Peña que domina y defiende el establecimiento en la parte superior del edificio, ha de estar la capilla pública del establecimiento; pensamiento filosófico y lleno de union religiosa, que revela en su autor un conocimiento profundo del corazon humano. El retiro, la soledad, la quietud y sobre todo el monótono é imponente ruido del río al chocar contra la Peña, y la rústica perspectiva que presenta aquella nueva vista del valle, todo convida á la oracion. Interin se concluye la capilla indicada, hay una provisional que se halla dentro del pórtico que dá entrada al edificio. En una palabra, nada falta en la Puda de cuanto puede desearse en un establecimiento de baños. Por esto he dicho que el establecimiento de la Puda, por su posicion y por la grandiosidad y comodidades que ofrece, es un establecimiento de primer orden, que no conoce rival en España, ni quizá en el extranjero.

Entre los establecimientos de primer orden le colocan tambien la extraordinaria cantidad y abundancia de agua, su apreciada temperatura, su rica mineralizacion y los prodigiosos efectos que causa.

En efecto: cerca de 700 metros cúbicos, ó sean 700,000 litros, es la enorme cantidad que cada 24 horas manan las fuentes ascendentes, ó mejor dicho, la fuente ascendente de la Puda, cantidad siempre igual en todas las estaciones y en todas las épocas del año, la que no aumenta por las lluvias ni disminuye por la sequedad.

Un chorro de 24 reales fontaneros, que nace al lado de un gran torreón de piedra labrada, es la fuente que comunmente sirve para bebida. El segundo manantial que siendo de la misma procedencia nace en la misma altura y á unos 20 palmos de distancia del de bebida, es el caudaloso manantial que sin dejar notar que disminuye, sirve para dar baños. El tercer manantial tan caudaloso casi como el segundo, se pierde por innecesario, en virtud de la abundancia con que éste mana.

La determinacion de la cantidad del principio sulfuroso de las aguas minerales, habia sido considerada como la parte mas delicada y mas difícil de su análisis: pero gracias á los adelantos de la química analítica, podemos actualmente apreciar con admirable escrupulosidad y matemática exactitud, la porcion de azufre que contiene. Los repetidos ensayos que durante cinco años y en las estaciones mas estrechas llevo hechos sobre el particular, me han probado de una manera indudable la riqueza de las aguas de la Puda, siempre constante en principios sulfurosos. A no oponerse á ello la naturaleza y limitada extension de este escrito, me complaceria en demostrar los resultados de mis numerosos y repetidos ensayos: los que, si las circunstancias me favorecen, espondré en un trabajo científico y mas estenso del que publiqué en Madrid en 1847, cuya edicion hace dos años que está agotada. Mas ya que no me sea permitido descender por ahora á tal estudio, séame al menos lícito afirmar, asegurándolo bajo mi responsa-

bilidad facultativa: 1.º Que las aguas de la Puda son muy ricas en azufre y en un gas igual al que nuestro célebre Gimbernat descubrió en 1800 en las aguas de Aix-la-Chapel y reconoció después en varios manantiales sulfurosos de Alemania, Gas, al que por sus portentosas virtudes regenerativas llamó Zoógeno. 2.º Que las aguas de la Puda son en su composición muy superiores á todas las del antiguo Principado; á las tan renombradas de Ontaneda y Hemad de las montañas de Santander; á las del Molar en la provincia de Madrid; á las de Carratraca en la de Málaga y á muchas de los Pirineos: y son casi iguales ó iguales á los de Gravalos en la provincia de Logroño.

Las aguas claras, limpias, transparentes y un tanto untuosas de la Puda, llamadas así por su mal olor que es muy parecido al que despiden los huevos podridos, á pesar de las mas notables variaciones meteorológicas, tienen la temperatura constante é inalterable de 23 grados del termómetro de Reaumur ó sean 28,8 del centígrado: temperatura muy poco inferior á la mas apropiada para baños: temperatura de mucho valor, pues que la mayor parte de las aguas sulfurosas, pecan ó por demasiado frias, ó por demasiado calientes; debiendo ser calentadas mucho las frias, y enfriarse las calientes; operaciones todas, que aun cuando se tomen las mas esquisitas precauciones, hacen alterar la composición del agua, perdiendo ésta, gran parte de su virtud medicinal.

MANUEL ARNÚS.

UNA ESCURSION ESTUDIANTINA.

Corría casi la mitad de su camino el año de 1853, cuando varios estudiantes, alborozados con la llegada de las vacaciones, celebrábamos en un café uno de esos conciliábulos que son muy frecuentes en Salamanca entre los individuos de la mencionada clase y en la susodicha estacion. Este club no tenia ninguna objeto político, aunque su fin era altamente humanitario. Tratabase de saber el partido que tomaríamos al día siguiente de recibir esa licencia temporal que esperan con impaciencia los estudiantes ricos, y que tambien seria grata á los pobres si los impulsos del corazón pudieran dominar en ellos á la terrible idea de aumentar el presupuesto de gastos en casa de sus padres.

Éramos seis individuos, y todos nos hallábamos en el doloroso caso de renunciar á visitar nuestros lares, por cuya razon estábamos reunidos para deliberar acerca de nuestra posición y buscar un medio ingenioso de vencerla. Solo esperábamos para entablar la discusión á nuestro amigo Matías... que por ser el mas adelantado en ciencia y en edad de todos los miembros citados, debía naturalmente presidir aquella asamblea; pero el buen Matías tardaba demasiado, y ya estábamos á punto de diferir la sesión para otro día, cuando uno de mis camaradas dijo con una de esas exclamaciones que revelan á medias la alegría:

—«¡Ahí va D. Bruno.»

Era este D. Bruno un hombre algo misterioso que casi nadie conocía en Salamanca, donde se había avecinado poco tiempo hacia y á quien sin embargo conocíamos nosotros, porque era el amo de nuestro amigo Matías. Sabíamos que vivía solo, que no tenía parientes, que debía estar bien acomodado, puesto que vivía con cierta esplendidez, y que su natural afabilidad contrastaba extraordinariamente con su melancolía, pues nadie había sorprendido una sonrisa en sus labios. Otros hombres mas sesudos que nosotros hubieran dejado pasar silenciosamente á aquel hombre que iba sumido en una profunda meditación, devorado al parecer por un secreto pesar; pero nosotros no éramos todavía capaces de remontarnos á ciertas consideraciones, y así dimos á un mismo tiempo un grito con tanta precisión de compás y de armonía como si un director de orquesta nos hubiera dado el tiempo y el tono. Este grito, que nada tenía de subversivo, aunque no dejaba de ser alarmante, fué el siguiente:

—«¡Sr. D. Bruno!!!»

He dicho que otros hombres mas sesudos que nosotros se habrían abstenido de dar semejante grito, y debo decir tambien que cualquiera otra persona que no fuese aquella á quien se dirigía, lo hubiera despreciado; pero D. Bruno hizo un cuarto de conversacion y entró en el café, diciéndonos estas palabras con que los viejos lisonjean el amor propio de los jóvenes:

—«¿Qué me queréis, hijos míos?»

Entonces fué cuando conocimos nuestro desacato, y así debía dario á entender el carmin que empezó á colorar nuestras mejillas. Yo fui el menos tímido de todos, y me apresuré á justificar nuestra desatención, dirigiendo de este modo la palabra al interpelante:

—Dispense Vd., Sr. D. Bruno. Aquí estamos reunidos unos pobres diablos, que no sabemos cómo pasar el tiempo de las vacaciones, y donde hallaremos recursos para continuar después nuestra carrera. Es-

perábamos para tomar una resolución á Matías; pero como éste tarda en venir, hemos creído que un hombre del talento de Vd. puede darnos un consejo no menos prudente que el que nos prometíamos de la capacidad de su criado.

Pidió entonces D. Bruno café con tostadas para todos, excepto para él, que no quería faltar á su regla, ó no tenía ganas; tomó asiento entre nosotros, y con su grave afabilidad contestó en estos términos:

—Lo que Vds. desean es muy sencillo: vengan Vds. á mi casa donde participarán de mi pobre fortuna y...

No le dejamos acabar: una formal negativa, que no dejaba de revelar al mismo tiempo la gratitud, hizo conocer á D. Bruno que nunca abusaríamos de sus bondades, y entonces sin renunciar á su papel de Mentor, repuso:

—Pues bien: yo debo decir que tambien he sido pobre y estudiante como Vds. Hice mi carrera de abogado en Alcalá, donde me asocié con otros varios muchachos tan pobres como yo, y cuando llegaban las vacaciones nos íbamos á recorrer las provincias, provistos de guitarra y pandereta y otros instrumentos propios de la estudiantina, siendo tan felices en nuestras escursiones, que después de vivir cómodamente durante nuestra alegre peregrinación, volvíamos con dinero para pasar el año. Veán Vds. si son capaces de seguir nuestro ejemplo, y no tengan la menor duda acerca del resultado.

Las palabras de D. Bruno produjeron en nosotros el efecto del primer rayo de luz en el hombre á quien han hecho la operación de la catarata. Todos rascábamos un poco la guitarra; uno había que tocaba la flauta primorosamente, otro manejaba el violin lo bastante para amenizar la jota y el fandango con aquellas variaciones tan expresivas de la música andaluza y aragonesa; el único individuo de la compañía, cuya opinion ignorábamos por hallarse ausente, era Matías, el hombre mas necesario para nuestra empresa, porque tocaba la pandereta como Paganini el violin, y cantaba además con una sal extraordinaria. Convenimos, pues, en seguir el consejo de D. Bruno, á quien suplicamos nos indicase como práctico el rumbo que debíamos seguir.

—Eso es indiferente, respondió nuestro grave consejero, cuando los los hombres se hallan en la necesidad de adoptar una resolución como la que yo he propuesto, deben entregarse de lleno á la buena ventura. Nosotros al salir de Alcalá solíamos echar un puñado de arena al aire, y siempre seguíamos la dirección que nos indicaba al caer.

—¡Magnífico! dije yo; nosotros echaremos tambien la arena al aire y ella nos indicará el camino que debemos seguir; pero para no desobedecer al destino, creo que debemos seguir directamente el rumbo que la arena nos indique al bajar, hasta donde el mar detenga nuestros pasos.

La proposición fué aprobada por unanimidad. Solo nos faltaba el asentimiento de Matías para proceder á los preparativos del viaje.

—Yo creo que Matías no tendrá ningún inconveniente, dijo uno de los estudiantes.

—Lo mismo digo, repuso D. Bruno.

—Pues yo digo que Matías no puede salir de Salamanca, dijo un joven que sin ser visto se había acercado al corro.

Esta inesperada negativa nos llenó de sorpresa y de desaliento, porque el sujeto que había pronunciado aquellas terribles palabras era el mismo Matías.

—¿Por qué no? preguntó D. Bruno, bajando los ojos como dominado por el hombre á quien tenía derecho de mandar.

—Ya sabe Vd., dijo Matías, que tengo una razon poderosa para no salir de Salamanca, y espero que mis dignos camaradas respetarán esta razon sin obligarme á decirla.

—Pues yo espero que Vd. tendrá la bondad de acompañar á sus dignos camaradas, contestó D. Bruno, que no tenía la costumbre de tutear á sus criados, recordando sin duda lo que esta costumbre española había herido en algun tiempo su amor propio.

Trabóse una polémica prudente por el decoro con que el amo y el criado se trataban, y sembrada de reticencias que revelaban algun misterio. Indudablemente Matías ejercía ya algun predominio sobre D. Bruno, á quien guardaba sin embargo sin consideraciones que un criado sabe hacer compatibles con la familiaridad á que le da cierto derecho la posesion de un secreto. Nosotros, testigos mudos durante algun tiempo de aquella escena que no acertábamos á comprender, nos levantamos al fin para retirarnos, dispuestos siempre á realizar nuestro proyecto, aunque sintiendo en el alma no contar con el precioso apoyo de nuestro mas respetable camarada. D. Bruno y su criado se levantaron tambien sin darnos otro consuelo en su despedida que una vaga esperanza contenida en estas palabras del hombre cuyo consejo habíamos pedido y aprobado.

—Yo les prometo á Vds. que Matías será su compañero de viaje.

Nuestra primera diligencia fué buscar otro panderetero, que no tuvimos la dicha de encontrar, á pesar de lo cual insistimos en nuestra resolución. A los dos días teníamos preparados los instrumentos y

sacados los pasaportes, nuestro equipaje, como estudiantes pobres, consistía en un par de camisas que llevábamos en un pañuelo debajo del manto, y la cuchara de palo colocada entre la cinta del sombrero de tres picos. Rompimos la marcha echando siempre de menos á Matías, tanto por su voz y su pandereta, como por su genio apropiado para nuestra expedición, y no quisimos abandonar la población sin entonar algunos cantares de despedida ante la preciosa fachada de nuestra querida universidad. Detuvimos allí en efecto, y pronto nos vimos cercados de una muchedumbre inmensa, compuesta de estudiantes en su mayor parte, que se aglomeraron en aquel punto, tanto para decirnos «adiós» como por disfrutar de nuestra serenata. Empezamos los de las guitarras á rasgar la jota, el de la flauta y el del violín á improvisar variaciones, y todos en fin, á cantar una copla de las varias que habíamos compuesto alusivas á nuestra despedida. El



(Aventuras de un loco coronado.)

efecto era magnífico, porque á nuestras voces se unieron las de mas de tres mil estudiantes, produciendo una especie de concierto mónico, infernal, con gran satisfacción de la gente que se apiñaba en los balcones y bocas-calles, para gozar de aquel grandioso espectáculo; pero cuando nosotros y el público todo nos vimos sorprendidos y agitados como por la conmoción que produciría una descarga electro-música, fué á la conclusion del cantar. El estribillo armónico de los instrumentos fué de pronto enriquecido por una pandereta que repiqueaba, subía, bajaba, desaparecía y se presentaba de nuevo, girando como una peonza sobre un dedo índice, para repetir las mismas cadencias, las mismas evoluciones, los mismos efectos. Escusado creo decir que el hombre, el estudiante, el diablo improvisado de aquella manera en el concierto, era nuestro amigo Matías.

La serenata concluyó dejando satisfecho á todo el mundo; al público porque se había divertido de valde, y á nosotros porque los aplausos que habíamos recibido nos hacían esperar otros mas positivos. Un cuarto de hora después estábamos fuera de la ciudad, y Matías, incorporado en nuestro gremio sin darnos explicacion alguna de su conducta, fué el elegido para arrojar al aire la arena, que nos indicó el camino de Portugal.

Conservaba nuestro panderetero un resto de melancolía; pero estaba entre gente alegre, y tanto sus penas íntimas como las nuestras se desvanecieron ante las ocurrencias chistosas y las ilusiones poéticas

propias de la juventud que ve ante sus ojos el panorama de la vida errante.

La estudiantina, ó sea peregrinacion de estudiantes que van de pueblo en pueblo, no á hacer penitencia, sino á divertirse, divirtiéndose á los demás, es una de las costumbres mas características de España, costumbre que agrada siempre á los naturales y encanta á los extranjeros. Nada hay mas animado, nada mas bullicioso que esas escursiones de jóvenes, recorriendo las grandes y chicas poblaciones, atrayendo á la muchedumbre con su algazara, improvisando cantares á todo el mundo, y principalmente á las mujeres, cuya vanidad saben herir agradablemente en sus mas delicadas fibras, no conociendo el reposo ni el cansancio, en fin pidiendo y obteniendo dinero de todos los espectadores, no como limosna, sino como debida recompensa. Para esto es absolutamente preciso el antiguo traje que solo se emplea ya en las escursiones de que voy hablando, y con el cual no hay chiste picante, no hay adulacion, no hay travesura, no hay nada que no sea tolerado por el que hace la víctima, y aplaudido por la generalidad; si bien debo advertir que los estudiantes tienen bastante buen seso para contener sus bromas en los límites del decoro.

La docilidad con que la lengua castellana se presta á la improvisacion es un recurso de grandísima importancia, pues no bien se abre un balcon y se presenta una persona cualquiera, cuando ya tiene encima el cantar alusivo á sus afecciones, su vida, su fortuna y su carácter, para lo cual hay siempre algun miembro de la expedición dedicado á estas interesantes investigaciones. Además, como en este repetido ejercicio se agotaría la fecundidad del mismo Lope de Vega, los estudiantes llevan de repuesto en la memoria un millar de cantares celebrando los cabellos castaños ó rubios, los ojos negros ó azules, la tez morena ó blanca, etc. Entre estos cantares los hay para las solteras, para las casadas, para las viudas, y muchas pobres mujeres se llenan de orgullo con los piropos que ya se han gastado en otras mil de su clase y condicion.

Esta descripcion de la estudiantina en general me dispensa de hacer la de la nuestra en particular, que fué una série no interrumpida de triunfos. Comíamos y bebíamos como unos señores, íbamos por la noche al teatro donde lo habia, nos alojábamos en las mejores posadas, y después de cubrir estos gastos, tocábamos al día lo que menos á cuatro ó cinco duros por barba. Con pocos meses que la expedición hubiera durado, los siete pobres estudiantes habríamos vuelto á Salamanca hechos siete Infantes de Lara, cuando no siete sábios de Grecia, porque sabido es que el dinero tiene la virtud de hacer nobles á los plebeyos y sábios á los ignorantes.

Así, de pueblo en pueblo, atravesando unas veces por medianos caminos, otras por malos senderos, pero siempre infatigables y alegres, llegamos á Lisboa, donde el mar atajó nuestros pasos. La ciudad es grande y hermosa, tiene las irregularidades de las poblaciones antiguas unidas á las que ocasiona la desigualdad del terreno; pero hay oalles preciosas, admirables iglesias, palacios de primer orden, y en vista de todo esto, absolvimos en parte á los portugueses de las exageraciones con que hasta entonces nos habian abrumado. Porque todos mis lectores sabrán que el flaco de los portugueses es la idea equivocada que tienen de su importancia individual y colectiva, en corroboracion de lo cual citaré algunas de nuestras aventuras.

Discutíamos un día con un portugués acerca de la preponderancia de algunos pueblos, y aquel hombre creyó lisonjearnos diciendo:

—El día que la España se una á Portugal no tendremos nada que envidiar á ninguna potencia del mundo.

Hicimosle la observacion de que en tal caso seria mas lógico que Portugal se uniese á España, la parte al todo, y por única contestacion el hombre se retiró, lanzándonos una mirada de soberano desprecio.

Hablábamos otro día de la importancia marítima de las naciones, y otro portugués presentó esta singular estadística:

—La marina española no existe; la francesa empieza á tomar incremento; la rusa va siendo formidable; la inglesa... ¡uff! añadió haciendo una mueca de admiracion, la marina inglesa puede ya casi competir con la nuestra.

Pero lo que mas caracteriza á los portugueses en el deseo de abultar las cosas de su pais es el tipo de las unidades á que sujetan sus cálculos. Cuando hablan de sus escuadrones no cuentan los caballos ó los ginetes, sino los piés de los caballos, porque naturalmente les parece mas pobre hablar de ciento ó de doscientos caballos que de cuatrocientos ó ochocientos *piés de caballo*. Para el dinero tienen, ó por mejor decir, se refieren á una moneda imaginaria que llaman *rei*, en singular, y *reis* en plural, moneda cuyo valor no recuerdo, pero basta decir que es muy inferior al maravedí español y al céntimo francés. De este modo sus cuentas, sus presupuestos, presentan largas tiradas de guarismos que asustan al que no sabe que muchos millones de *reis* componen pocos miles de *reales*.

A propósito de esto, contaré el conflicto en que nos vimos al llegar

á Lisboa. Entramos en una fonda donde en celebridad de nuestra feliz empresa pedimos una comida decente, si no espléndida. Servíanos á la mesa una bellísima jóven, que hablaba perfectamente el español, y con la cual tratamos inútilmente de entablar conversacion, pues solo respondia por monosílabos á nuestras preguntas, cosa que no nos extrañó, atendiendo á la natural cortedad de las muchachas bien educadas, y sobre todo al exceso de su trabajo, porque la pobre tenia que acudir á muchas mesas á un tiempo. Pero lo que no pudo menos de extrañarnos fué la cuenta que nos presentó en un papelito al concluir, concebida sobre poco mas ó menos en estos términos:

Sopa.	500 rs.
Un pavo asado.	2,800
Tres besugos fritos.	1,200
Pan.	700
Una ensalada de berros.	400
Postres.	800
Vinos y licores.	5,600
	10 000 rs.

Al ver esta cuenta, creo que todos perdimos el color, pues aunque teníamos con que pagar, no era menos cierto que el abuso del fon-

Por fortuna la mencionada jóven oyó nuestras exclamaciones, y vino á sacarnos del error que nos atormentaba, diciéndonos en castellano lo que debíamos pagar, que todo ello subía á doce ó catorce duros, á los cuales añadió Matías otros dos para la criada; pero esta los devolvió, diciendo que no tenia costumbre de recibir tan grandes propinas.

Mucho trabajo nos costó sacar á Matías de su distraccion, mucho mas sacarle de la fonda, y esto nos hacia temer con fundamento lo que nos costaría el sacarle de la ciudad para continuar nuestra expedicion. Entramos en un café, y allí empezamos á hacer prudentes reflexiones á nuestro camarada sobre la conveniencia de volver á Salamanca, de donde faltábamos hacia ya dos meses; pero grande fué nuestra sorpresa al ver que Matías, lejos de escucharnos, se entretenia en leer un periódico portugués, ó por mejor decir, no fué esto lo que mas debía sorprendernos, sino el ver á Matías soltar el periódico de pronto, hacer un ademán de desesperacion y ocultarse el rostro entre las manos, dando un grito que mas propiamente podia llamarse rugido.

Asombrados nosotros de lo que estábamos viendo, cogimos el mencionado periódico, en el cual tuvimos el sentimiento de hallar esta triste noticia.

«Un vecino de la ciudad de Salamanca llamado D. Bruno... se arrojó días pasados al rio Tormes, desde el gran puente romano, y aunque daba señales de vida cuando lograron sacarle del agua, es de creer que haya dejado de existir. Ignórase la causa de este suicidio; solo se sabe que ha dejado por heredero de su inmensa fortuna á su criado Matías... alumno de la universidad.»

Pero todas estas sorpresas eran pequeñas para nosotros comparadas con la que nos reservaba Matías. Cuando le preguntamos si él sabia el motivo de tan infausto suceso, nos lanzó una siniestra mirada, diciendo:

—¡Vosotros sois la causa de esa catástrofe!

Y pálido como un cadáver, haciendo inútiles esfuerzos para arrojar por los ojos el dolor que le oprimia el alma, salió del café sin despedirse de nosotros, dejándonos absortos con sus palabras, que no podíamos comprender.

Pero este artículo se va prolongando mucho, y mis lectores tendrán la bondad de esperar al número inmediato para saber el fin de esta verídica historia.

J. M. VILLERGA.

LEDA.

En un cerro inmediato á la villa de Túregano se alza un tanto desmantelado el castillo del mismo nombre; el cual, por su posicion topográfica y por su arquitectura, demuestra la importancia que tuvo en la edad media. Por los años de 1337 se hallaba de alcaide de dicha fortaleza don Sebastian de Vivero, hombre grave, rígido en sus costumbres y verdaderamente militar. En su espaciosa frente se revelaba el talento de que se hallaba dotado, y en la brillantez de sus negros y rasgados ojos la perspicacia del águila y la astucia del león. Lo fino de sus modales y la soltura de sus movimientos, daban á su persona cierto aire de majestad que al contemplarla, no se podia por menos de respetarle y quererle. Armado de punta en blanco, y al frente de las numerosas lanzas que acaudillaba, los mozos fronterizos con justicia le temian como un enemigo valeroso, y esquivaban cuanto les era posible el ponersele cara á cara; y así es que ellos, para eludir todo encuentro con él, aprovechaban las noches mas oscuras para hacer sus correrías.

El alcaide don Sebastian procuraba llenar cumplidamente sus obligaciones; y una sonrisa de satisfaccion asomaba á sus labios cuando veia que todos los vasallos cumplian las que les eran respectivas; pero la mayor gloria que tuviera el noble alcaide era la de ver crecer cada dia mas hermosa á su hija Leda, único vástago y consuelo que le quedaba de su familia y única persona á quien dedicaba sus desvelos y cuidados. Leda, contando apenas siete años, ya manifestaba lo que habia de ser en adelante: en sus infantiles conversaciones con su padre, y en la oposicion decidida que mostraba á que se castigase á los vasallos, intercediendo con aquél para que perdonase las faltas que cometieran, revelaba un alma de ángel y un corazon verdaderamente castellano. La hermosura de que habia sido dotada por la naturaleza realzaba mas y mas con las prendas morales que poseia, por cuya razon, y aun en su corta edad, era sinceramente querida y respetada por los dependientes del castillo.

Como su padre no pudiera estar á su lado á todas horas, ya por hallarse en campaña, ya porque sus obligaciones se lo impidieran, la encantadora Leda pasaba un dia y otro jugando y riendo con la familiaridad de hermano con su hermano, hijo de un escudero de su padre, que



(Aventuras de un loco coronado)

disto nos arruinaba, y como era natural, empezamos á hacer estas y otras exclamaciones:

—¡Diez mil reales por una comida que no vale diez duros! ¡Esto es abominable!

—¡Vea Vd. ! ¡Cuatrocientos reales por una ensalada de berros!

—¡Pues y los vinos?

—¡Pues y el pavo? ¿Qué pavo es ese que vale dos mil ochocientos reales?

—¡Aunque fuera de oro!

—El único de nosotros que no chistaba era Matías. Preguntámosle qué tal le parecia la cuenta de la comida, y sin apartar los ojos de un punto contestó:

—No es cara.

De seguro Matías, que no habia casi comido, no habia entendido una palabra, lo que mis lectores comprenderán bien, sabiendo que el pobre se habia enamorado perdidamente de la muchacha que nos sirvió á la mesa, en lo que, á decir verdad, dió una prueba de buen gusto.

había perecido guerreando con los moros, el cual moraba en la fortaleza como un vasallo, aunque un tanto distinguido por don Sebastian, atendidos los relevantes servicios que le había prestado su leal é infortunado escudero. Guzman, igualmente niño, nada tenía que envidiar á la hija de su señor, á no ser el lustre de la cuna y lo distinguido de la posición: pero en lo demás, competía con ella en hermosura y talento; y como ella, era noble de corazón y sublime en sus pensamientos. Estos dos ángeles parecía que la Providencia les había criado el uno para el otro; y así es que en sus almas no se abrigaba mas que una misma idea, un mismo deseo, y cual los gemelos de Sian sentían á la vez ya la alegría, ya la tristeza, como si una misma sangre corriese por sus venas; siempre juntos, ora paseaban por los adarves del castillo, ora por sus contornos, y en todas partes y á todas horas, en sus labios se miraba esa angelical sonrisa que demuestra la inocencia del alma y la satisfacción de que está poseída. Ni una vez siquiera de las que salían á pasear estos dos ángeles, dejó Guzman de ofrecer á su querida compañera una prueba de su cordial cariño; pues ya con la silvestre rosa ó con la violada campanilla, tegía con afañ una corona, y con entusiasmo infantil la colocaba en las sienes de la interesante Leda: ésta del mismo modo correspondía á las deferencias de aquél prodigándole caricias y palabras de ternura.

Hallábanse una mañana sentados al pié de un bastión del castillo, contemplando Leda la bella perspectiva que ofrecía á su vista la nevada sierra de Guadarrama; y Guzman fijando sus ojos en la fortaleza; y como Leda observara que su amante estaba pensativo, le dijo:

—¿Por qué estás así? no te agrada ya mi compañía.

—¡Oh! si tu querida mial estaba mirando la grandeza del castillo y lo pequeño que yo soy.

—Yo también soy pequeña, contestó la niña, pero creceré y llegaré á ser ¡grande! sí, muy grande!

Estas palabras, dichas con aristocrático orgullo, hicieron entender á Guzman la distancia inmensa que mediaba entre él y Leda, y bajó los ojos al suelo para ocultar el llanto. Pensaba, y con razón, el angustiado niño, que siendo pobre huérfano y sin nombre, mal podría llegar á ocupar el puesto que á Leda estaba reservado. Sentía que su tierno pecho se abrasaba, y sin poderse explicar lo que era la idea de alejarse de su amada le causaba horror, y apartado de ella, la muerte creía ser el mejor consuelo que pudiera recibir. Guzman, sin comprenderlo, se hallaba apasionado de Leda, y ésta enamorada de él, y como él no sabía el motivo que ocasionaba su inquietud.

Sorprendía de la aptitud que había tomado el único objeto que ocupaba su mente, y con el fin de alejar su tristeza, le toma una mano y siente caer en la suya dos lágrimas que la quemaban cual si fueran gotas de plomo derretido: por un movimiento instintivo se abrazan uno y otro, permaneciendo inmóviles por largo rato. Leda, vertiendo lágrimas también, conoce que algo liga su alma á aquel ser que tiene en sus brazos; le estrecha mas y mas, y se confunden los latidos de sus corazones y se mezclan las lágrimas de sus ojos.

—Guzmán: dijo al fin la enamorada niña, ¿por qué lloramos? ¿Por qué nos abrazamos? Explícame en qué consiste todo esto.

—Leda, siento en el alma una cosa que me roba el sueño; que me impide pensar en otro objeto que no seas tú, y solo me considero dichoso cuando me encuentro á tu lado: yo moriría de pesar si me alejaran de tí, pues tus miradas son mi placer y tus halagos mi vida.

—Yo también sucumbiría de pena si nos separáran el uno del otro: en ninguna parte encontraría atractivo, y todo ante mi vista sería triste y melancólico.

—¡Ah! Llegar á un día en que seas grande! muy grande! y entonces... entonces te olvidarás de mí, porque seré pequeño, sí, muy pequeño.

—No, Guzman; aunque sea grande, las grandezas que yo alcance las compartiré contigo, porque siempre viviremos juntos.

Abrazáronse de nuevo los dos niños, y sus labios se dieron ardientes besos, como para ratificar los votos de eterno amor que mutuamente se habían dado.

El sol asomaba por los altos torreones del castillo, y sus abrasadores rayos dando en el bastión, incomodaban á los enamorados, por lo que resolvieron entrar en la fortaleza.

El tiempo siguió su lenta marcha, y Leda y Guzman siguieron también en sus amores; el fogoso amante contaba ya veintidós años y comprendiendo su situación de vasallo y la elevada posición de Leda, se decía así mismo: don Sebastian apenas sepa que amo á su hija, se creerá ofendido y hará me cuelguen de una torre ó me encerrará en un subterráneo donde no vuelva á ver la luz del día, ó por lo menos me arrojará del castillo con prohibición absoluta de no volver por este lugar y en diez leguas á la redonda: yo tengo una lanza, una espada y sobre todo un corazón decididamente resuelto, pero ¿de qué me pueden servir? ¡desgracia! Mi unión con Leda será imposible; porque no posco títulos, ni castillos, ni vasallos; porque no tengo padre que me sirva de apoyo; porque me faltan miles de florines con que

deslumbrar á los señores, y si es necesario hasta el mismo rey. ¡Ah! soy pequeño, tal nací y tal moriré.

Leda del mismo modo pasaba las horas enteras mirando en lontananza los grandes desastres que había de traer un amor alimentado por personas de distinta calidad: pero conocía que si era imposible llevar á cabo su enlace con Guzman, retroceder era mas imposible todavía, pues el amor que nació en su corazón cuando era niña, se había robustecido y arraigado en su alma, y por lo tanto era de todo punto imperecedero. Su padre era tan inexorable en los negocios de la milicia, como rígido en los puntos de nobleza, y la amante desconsolada teniendo en cuenta estas circunstancias, temía con fundamento la cólera del que la diera el ser.

Don Sebastian había notado en Leda cierta languidez é inquietud, y conociendo que estaba enamorada, decidió espiar sus pasos con el fin de cerciorarse y saber quién era el favorecido. El noble alcaide acostumbra á que ciegamente se ejecutasen sus órdenes, se desahuciaba al ver lo infructuoso de sus pesquisas; y como quería que la envidia se asociase casi siempre á la vejez, Celestina, dueña de Leda, invitada por don Sebastian, quedó también en el encargo de fiscalizar á su señora, y noticiarle cuanto supiere: mas si astuta y sagaz era la vieja, prevenidos y cautos eran los amantes; y si incansable en sus investigaciones era el alcaide, su hija y Guzman vivían con una precaución equisita y burlaban los pasos que por aquellos se daban.

Leda, por algunas preguntillas que la había hecho su padre, se apercibió de que se había orientado de sus amores, lo que puso en conocimiento de su amante para estar alerta y no ser descubiertos: por esta razón ya no les era fácil comunicarse con la frecuencia que lo habían hecho hasta entonces; pero como los que están enamorados y encuentran dificultades para hablarse, inventan medios supletorios para lograr sus deseos, Guzman, por medio de su citara y canciones se comunicaba con Leda y se entendían perfectamente.

Había notado don Sebastian la constancia de Guzman en cantar á cierta hora y en cierto sitio; y oyendo uno y otro día una misma canción, conoció que era una señal convenida, y el joven flarmonico el amante. No me queda duda, exclamaba el noble señor, oyendo la voz sonora de su vasallo, ese miserable ha logrado cautivar su alma y la ha robado su amor y voluntad: yo debo poner coto á la insolencia de ese imberbe; castigar su temeridad y cortar el vuelo á esa pasión amorosa que me ofende. ¿Qué se dirá en la corte si llega á saberse que un vasallo mío, hijo de un escudero, está enamorado y correspondido por mi hija?... ¡Oh baldon de mi sangre!... Debe morir, y morirá.

Calmábase poco á poco su desesperación, y como el que lucha entre ideas enteramente distintas y se convence al fin de lo estraviado de sus juicios; se resignaba á esperar algún tiempo mas, para que un hecho ó una palabra que pudiera pronunciar ú oír, le hiciera ver la realidad de sus presentimientos.

Hállabase un día don Sebastian paseando en la sala de armas del castillo, meditando como siempre en los para él problemáticos amores de su hija, cuando entró la dueña, y dirigiéndose hacia él con aire de triunfo, le dijo con alguna reserva:

—Señor, ya lo he descubierto todo.

—¿Qué me dices?

—Lo que oís: diecinueve días consecutivos he oído cantar al rapazuelo Guzman una canción amorosa; ¡pero qué canción! capaz de ablandar una piedra.

—¿Y es eso todo lo que se ha averiguado? respondió don Sebastian con indiferencia; hace algún tiempo que estoy oyendo lo mismo, y no es motivo bastante para decir sea el favorecido. Guzman, desde que tenía doce años está pulsando la citara y no es nuevo que ahora cante.

—Señor, en vuestra experiencia es extraño que se os figure negro lo que es verde.

—No eres tú poco verde, dijo don Sebastian, con la gravedad de su carácter?

—No es solo el canto señor, he visto ciertas señales de inteligencia que demuestran á las claras que es verdad cuánto os he dicho; y lo que es mas aun, anoche, á una hora bastante avanzada, el mozo subió por la escalera de caracol y no falta quién diga que escala cierta ventana del castillo.

—¿Qué es lo que escuchó vive Dios que he de hacer un ejemplar con ese infame que intenta marchitar la rosa mas pura.

La dueña había exagerado las cosas á su antojo: codiciaba el regalo que su señor la ofreciera, y con el deseo de vengarse del inocente Guzman, porque no había querido dejarse conquistar por aquella vieja detestable, supuso aunque eludiendo la responsabilidad, que escalaba la ventana de la torre donde Leda tenía su habitación.

(Continuará.)

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

CAPITULO V.

LA PROFECÍA.

El rey debió quedar satisfecho de su recepción en la alegre taberna del Paraíso terrenal, adonde había ido sin fausto para ver por sí mismo el efecto que producía en la población la declaración de guerra proclamada en el consejo y anunciada con todas las formalidades diplomáticas a las cortes extranjeras. Aclamaciones sonoras y patrióticas le acompañaron en su marcha a través de las mesas de un lado a otro de la sala. Pero tanto como aquellos bravos suecos se esforzaban en dar muestras a los ojos del rey de su fidelidad, otro tanto Olof, Megret, Reuschild, Reginold, Herman y Lieven se esforzaban en ocultarse arrojando bajo la mesa los dados, las cartas, las copas y las botellas. Ellos mismos se hubieran ocultado allí si hubieran podido hacerlo sin llamar la atención. Pasando junto a su mesa el rey hizo como que no los veía, lo que inspiró a Megret cuando hubo pasado, la idea que puso al punto en acción de levantarse y mezclarse al cortejo numeroso y animado que le seguía. Los amigos de Megret le imitaron, y bien pronto pareció que habían venido con Carlos XII a la taberna del Paraíso terrestre. A medida que se gritaba «viva el rey» se descubrían con admirable aplomo como si realmente formaran parte del acompañamiento oficial.

—¿Pero dónde estáis? preguntó el rey al volverse; no os había visto.

—Señor, respondió Megret, hemos ido siempre con vos; pero el sol no ve las estrellas.

—Francés amabilísimo, murmuró Olof, a pesar del insigne mal humor que le causaba el haber tenido la copa tan cerca de la boca sin haber bebido.

—¿Qué estáis conmigo?

—Sí, señor.

—¿Desde el palacio?

—Sí, señor, desde el palacio.

—Y bien, vosotros me volvereis a llevar.

—Vuestro bien lo exige.

—¿Cómo mi bien?

—Señor, seréis ahogado por el entusiasmo popular.

—Olof abrió la boca para repetir su cumplimiento; pero el amo del establecimiento le detuvo diciéndole:

—Ni digno señor, una palabra.

—¿Qué queréis?

—Habeis bebido...

—Que he bebido... vaya un chiste.

—Vuestra señoría al menos se ha hecho servir cierta cantidad de vinos de primera calidad y sin duda se ha olvidado de pagar al levantarse de la mesa... hé aquí la cuenta...

—¿Qué cuenta?...

—La de los vinos consumidos por vuestra señoría.

—Diez luises de oro.

—Bien poco es.

—Pero desgraciado, ni una gota de vino ha entrado en mi paladar y nunca pagaré lo que no he bebido... Diez luises de oro! mas quisiera tragármelos que dárlos.

Durante esta discusión entre Olof y el tabernero, el rey y su cortejo, siempre creciente, habían salido del Paraíso terrestre y se dirigían hacia el palacio real.

—Te digo, indigno tabernero, que nunca pagaré lo que no he bebido... Sería una vergüenza...

—Vuestra señoría quiere que vaya a buscar sobre la mesa las botellas que la presencia de S. M. le ha impedido vaciar?

—Quieres decir bajo la mesa.

—No comprendo lo que vuestra señoría...

—Pues sino comprendes déjame pasar.

—Pero señor...

—¿Quieres callarte?

—Señor hay leyes...

—Tabernero, hay bastones.

—Yo me quejaré...

—Vé a quejarte a los infiernos, dijo Olof calmado siempre, excepto cuando se trataba de vino, y cogiendo al tabernero por medio del cuerpo le levantó como hubiera podido hacerlo con una paja y le arrojó a la distancia de diez pasos dentro de la bodega, donde su caída produjo entre las botellas un espantoso ruido.

Todo el Paraíso terrestre se conmovió: los bebedores ya agitados

por la vista del rey dejaron sus puestos para ver la causa de aquella inaudita brutalidad.

Olof, a pesar de ser un gigante, hubiera corrido riesgo de seguir el mismo camino que el tabernero, si no hubiese hallado una palabra admirablemente socorrida.

—Es un dinamarqués, dijo a la multitud sublevada.

Sería preciso ignorar, lo que es imposible, el odio innato de los suecos a los Dinamarqueses y de estos a aquellos para no comprender el valor de esta escusa, sobre todo cuando Dinamarca declaraba la guerra a la Suecia.

—Sí, es un Dinamarqués! repitieron de todos lados.

—Habeis hecho bien, caballero.

—Avismar a un dinamarqués... es natural.

—Viva el general Olof.

—El dinamarqués ha llevado su merecido.

Entre los enemigos del tabernero no deben omitirse sus deudores que nunca le habían hallado tan dinamarqués.

—Bebamos con el vino de ese condenado dinamarqués a la salud del rey Carlos XII.

—Traigase el mejor burdeos de ese maldito dinamarqués.

—El champaña de ese conspirador.

—Muerte a su bodega Dinamarquesa.

Semejante decreto no podía tardar en ponerse en planta. La taberna fué entrada a saco, las copas se llenaron, se puso la mayor en manos de Olof, y se le dijo:

—A la salud del rey!

—¿Cómo no beber en tal momento a la salud del rey?

—A la salud del rey, general Olof.

Olof bebió.

—A la salud de la reina madre.

Olof bebió otra vez.

—A la gloria de la Suecia.

Olof volvió a beber.

—A la muerte de los dinamarqueses.

Olof bebió de nuevo.

—De los moscovitas.

Olof bebió.

—A vuestra salud, general.

Olof bebió.

—A la nuestra.

Olof bebió aun.

Al llegar aquí, toda la taberna, demasiado cargada de saludes, cayó ébria sobre los bancos y el pavimento; Olof un poco alegre, se dijo, dirigiéndose a la calle:

—Diablo... creo que he olvidado mi juramento.

¡No hacia mas que dudar!

Cuando Carlos XII hubo llegado a su real residencia, se encerró con Reginold; los demás confidentes se mantuvieron en otras habitaciones, suponiendo que el favorito aprovecharía esta ocasión para indicarle el designio que tenían de no acompañarle a la guerra. El solo podía hacer una declaración tan delicada al príncipe mas cólico que ocupó el trono de Suecia, y por eso esperaron con confianza el fin de esta entrevista.

El cuarto en que el rey y Reginold estaban encerrados, ocupaba la parte mas alta del palacio y desde él se descubría la rada, el mar, el horizonte. El rey dijo a Reginold que se sentase y escuchara.

Reginold obedeció.

—Hace diez años, comenzó a decir el rey, en cuyas maneras se advertía un notable cambio, mi padre el difunto Carlos XI estaba sentado junto a esta ventana, como ahora lo estamos nosotros. El invierno era rudo. El hielo se extendía hasta la Rusia, el Báltico estaba cerrado: cerrado a los navios, pero no a los intrépidos viajeros que osaban surcarle con sus trineos. El agua se había convertido en piedra y las aves en coches, como dice el pueblo. A propósito, dijo bruscamente el rey, ¿has reflexionado alguna vez en el misterio de tu nacimiento, Reginold?

Reginold, respondió ruborizándose:

—Sí, señor, muchas veces; pero las bondades de vuestro padre y las vuestras me han distraído de una pesquisa que yo era demasiado feliz para hacer con empeño; satisfecho aun mas de lo que deseaba, echaba poco de menos la ausencia de una familia. Además, debo confesarlo, la discreción de los demás me recomendaba discreción... sin embargo, señor, no hubiera dejado de preguntaros un día, que no estaba lejano, sobre las particularidades de mi nacimiento.

—¿Y cuáles son, preguntó el rey, las suposiciones que has hecho, esperando esa revelación?

Redobló el rubor de Reginold; sus párpados se inclinaron, su frente se entristeció; pero no se abrió su boca.

—¿Qué supones tú, pues? preguntó el rey con una insistencia que solo un dueño y un amigo tenían derecho a mostrar, dado que un amigo pueda alguna vez ir tan lejos.

—Señor, dijo balbuceando Reginold, me parece que vos habeis empezado la frase hablándome del difunto rey Carlos XI... soy yo un objeto bastante digno para haberos distraído hasta el punto...

Carlos XII sonrió.

Pero, prosiguió, este es el mismo asunto; yo no he cambiado de intención llegando por el recuerdo de mi padre al de tu nacimiento, y tengo curiosidad de saber lo que piensas respecto á esto.

—Señor, debo decirlo?

—Lo quiero.

—Pues que lo quereis, señor, he pensado siempre que el misterio y el honor rara vez iban juntos en el mundo, y sobre todo en la corte. He tenido lugar de observar desde que tengo uso de razón que los hijos criados en esa silenciosa oscuridad caían de muy alto para ser recogidos por sus parientes, en general no tienen nombre, porque les haría falta uno sobrado grande. Para hablar claramente...

Reginold se detuvo con los ojos llenos de lágrimas.

—Continúa, dijo el rey.

—Señor, esos hijos de la noche y el silencio, son bastardos de grandes señores, así, puer, yo soy...

El rey hizo una seña á Reginold que le impidió acabar su frase dolorosa.

(Continuará)

ROMANCE FUNEBRE.

¡Dichoso cien y cien veces,
dichoso y digno de envidia
quien por el sepulcro deja
de la tierra las delicias.

¡Dichoso! que al darle el mundo
la postrera despedida
de luto, llanto y sollozos
vestirá no pocas risas.

¡El mundo! habiendo dinero
todo lo iguala á su vista,
los que *in Dómino moriuntur*
y los que el demonio pilla.

Que el pobre, ó cae en la tierra
sin médicos ni boticas,
ó sus misterios internos
entrega á la anatomía.

Pero el rico ¡oh gloria! ¡oh gloria!
en blando colchón espira,
y su edificante muerte
nos cuentan cien gacetas.

No se trocarán sus carnes
en gusanos y cenizas,
ni exhalará olor de tumbas
hoy que progresa la química.

Ella de juegos secretos
llena sus venas marchitas,
y envuelve en plomo el cadáver
como lata de sardinas.

En tanto en salón espléndido,
sobre inclinada tarima
negro dosel le preparan
dó el oro y la plata brillan.

Allí el estuche mortuario
con áureos clavos y cintas,
y placas, bandas, espada,
sombrero y mantos encima.

En frente dos estandartes
de otras tantas cofradías,
y alrededor seis colmenas
en seis hachas amarillas.

Ya se enseña á todo el mundo
como exposición artística,
ya le contemplan tan solo
la amistad y la familia.

¡Ay de los débiles nervios
de las bellas vecinitas
si inadvertidas recorren
las fronteras cortinillas!

Aquel día en el *Diario*
con orlas y cruz de tinta
Que salió Ganando Horas
Don Tal de Tal nos avisan.

Y en elegantes tarjetas

de enlutada cartulina
seis jefes y media España
para el entierro convidan.

Llegó la hora, y la calle
pueblan carrozas vacías,
cuyas yeguas impacientes
hacen resonar las guijas;

Al lado, por vice versa,
se arrastran pobres berlinas,
con sus cabaleros-pasas
con su infamante «*SE ALQUILA*».

Ocúpanse las aceras
desde una esquina á otra esquina,
y se llenan los balcones
de caras feas y lindas.

Cuatro enterradores sucios
que visten sendas levitas
sacan el fúnebre cofre
sobre sus flacas costillas.

Y en un enlutado carro
le colocan y le fijan,
entre ángeles, calaveras,
guadañas y nubecillas.

Ponéase en marcha; abre paso
la obligada comitiva:
los ex-mendigos ó ex-pobres
que *San Bernardino* cria.

El féretro: cuatro amigos
llevan sus flotantes cintas,
que al pobre difunto sirven
de andadores ó de bridas.

Mas ¡ay! ya del cementerio
las tristes arenas pisan,
y una losa para siempre
pompas y glorias disipa.

Que por mas que en letras de oro
muestre inscripciones latinas,
ó la cubran necesidades
en forma de poesías;

Por mas que el mes de noviembre
ante ella lágrimas finja,
y la adorne con lacayos,
hachones y siemprevivias;

Por mas que aturden al muerto
con arias y cavatinas,
ó gruñan el dulce piporro
que es la orquesta mas sencilla;

Por mas que todos ensalcen
virtudes que no tenia,
y en muy pocos corazones
quede su memoria fija

¡Ay del que muere! los vivos
hablan de él por quince días,
al mes le recuerdan pocos,
al año todos le olvidan.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SONETO.

¡Pobre barquilla! entre la espesa bruma
Juguete de la mar te lleva el viento
Meciéndote en gallardo movimiento
Como al aire veloz la leve pluma.

Mas ya la tempestad tu ardor abruma,
Y el noto airado en su rugir violento
Confundirá tus bríos y tu aliento
Entre esas olas de rizada espuma.

Así en el mar de nuestra triste vida
Navega el hombre; su esplendor le halaga
Y marcha en pos de bellas ilusiones;
Mas la mente del mundo combatida,
Pugnando por vencer, al fin naufraga
Al terrible huracán de las pasiones.

CASTOR AGUILERA.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



SILLERIA DE TOLEDO.

BAJO RELIEVE

DE LA SILLERÍA BAJA EN EL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO, QUE REPRESENTA LA RENDICION DE LA VILLA DE SETENIL EN EL REINO DE GRANADA.

Uno de los monumentos artísticos e históricos de los muchos que encierra la catedral de Toledo, primada de las Españas, es sin duda la bella sillería baja en el coro. Los respaldares de dicha sillería representan las plazas fuertes tomadas á los moros por los insignes y memorables reyes Católicos D. Fernando é Isabel, sin duda para perpetuar tan grandes hechos de armas.

Esta sillería baja es de nogal y de estilo gótico; y empezó á construirse en el año 1493 bajo la dirección del artista maese Rodrigo, y se concluyó en tiempo del célebre cardenal Cisneros.

Es notable además de que constituye un poema mudo y sublime de nuestros gloriosos hechos de armas, porque dicha sillería encierra un rico y bello depósito para el curioso, y artista, en trajes, ceremonias militares y armas, en el siglo XV.

En el año de 1484 se puso sitio á la villa de Setenil por los cristianos, situada sobre un peñasco escarpado é inespugnable, porque en vano se había intentado tomarla en otras épocas anteriores. Habiendo sido de poco efecto el resultado destructor de las lombardas y otras piezas de batir, (que comenzaron á usarse en España por los reyes Católicos,) contra la dicha villa, púsose á dirigir el marqués de Cádiz por sí mismo los tiros, consiguiendo al fin aporillar las puertas y abrir una brecha tan grande que obligó á los moros á rendirse.

El dibujo que va al frente, representa el acto de hacer la entrega de la villa al rey Católico, el alcaide moro que rodilla en tierra, con sumisión y respeto quitándose el turbante le entrega las llaves. (1) A este le acompañan algunas gentes de la guarnición, y un pajeillo le está teniendo el caballo.

El rey católico se muestra á caballo con su cetro en la mano, llevando á su derecha al gran cardenal Mendoza; á su izquierda un personaje que lleva una cruz trebolada, y gran séquito de caballeros y soldados con sus lanzas levantadas.

(1) Este bajo relieve está algo deteriorado, faltándole las guardas de las llaves que entrega el moro; parte del cetro del rey Católico, las bridas, y algunas otras cosas.

AZELIA Y LAS WILLIS.

BALADA

DE S. J. NOMEELA.

A A... R...

En nuestra sociedad suele pagarse el cariño con indiferencia; las deudas del alma con ingratitud; yo nunca seguiré tan bastardo ejemplo; quiero pagar la indiferencia con cariño, la ingratitud con nuevos sacrificios, con verdaderas pruebas de amistad. Tú, que inspiraste algunos de mis cantos y fuiste el objeto de toda mi admiración, recibe con esta dedicatoria una humilde ofrenda que rindo ante las aras de tu hermosura y tu talento. Ella sea testigo del inmenso cariño que no has sabido pagar.

I.

Era al anochecer; el sol próximo á hundirse en Occidente coloraba las nubes de púrpura y de oro; la blanca luna se levantaba magestuosa y los fúlgidos luceros como brillantes perlas, comenzaban á asomar temerosas entre los pliegues del manto de la noche. Las ondas de los ríos espiraban entre la yerba murmurando, el ruiseñor cantaba en la arboleda y la brisa suspiraba dulcemente entre las flores meciendo con su soplo los ramos de los verdes arbustos.

En uno de los mas pintorescos parajes de Alemania, y al pié de una colina cubierta de frondosos endrinos y de higueras silvestres, se deslizaba por entre blancas guijas un cristalino arroyo, en cuyos lindes crecen la margarita, el lirio y el hirciso.

En su orilla, y mientras pacen los tiernos corderillos, está una hermosa joven, fijo su pensamiento en el recuerdo de su amante, del que vive apartada y al que adora.

Todos la conocen por el nombre de Azelia, y Huberto llaman á su amante.

Azelia es divina como el ángel del candor, gentil como la palmera que brota en los desiertos de la Arabia, pura como la nitida azucena: sus ojos son azules, rubio y sedoso su cabello, sus labios como los de una virgen.

Huberto se le asemeja en la nobleza de alma, pero sus ojos de fuego contrastan con la dulzura y languidez de los de Azelia, su cabellera negra cae sobre sus espaldas y su aspecto sencillo y gracioso le hacen ser el zagal mas querido de aquellos valles.

Huberto y Azelia se adoran con la pureza de los ángeles y sus pa-

2 DE SETIEMBRE DE 1855.

dres anhelan con satisfacción el momento de estrechar sus lazos para toda la vida.

Todo está ya dispuesto para sus nupcias y solo falta que torne Huberto de cumplir una penitencia que algunos años antes se había impuesto, al ver á su adorada madre á las puertas del sepulcro.

Azelia le esperaba con la mayor inquietud al pié de la colina y funestos temores la asaltaban al ver que no volvía. En esta situación se hallaba al comenzar mi relato, sin notar que la brillante luz del día iba á perderse en la oscuridad de la noche; pero el sol apagó sus rayos en los mares y Azelia despidió de su letargo, recoge su ganado y se dirige á su morada. —Para llegar á ella necesita pasar por un sombrío bosque; penetra en él y apenas dá dos pasos se detiene. —La luna se ha ocultado en un grupo de nubes y la noche está oscura.

Azelia tiene miedo; mas de una vez ha oído recordar con terror á las Willis y teme verlas aparecer. —Su imaginación las figura monstruos horribles que maltratan á las jóvenes.

Pasada la primera impresión anda maquinalmente y á cada instante acaricia á su perro y á sus traviesos corderillos. —Ni se atreve siquiera á respirar! — ¡Cuánto sufrió durante su camino!

Al fin mira una luz y distingue una espaciosa pradera; la luz es de su cabaña... Su corazón palpita de gozo, respira con fuerza y deja asomar á sus ojos algunas lágrimas de alegría... Su perro ladra, los corderillos saltan, todos se regocijan á vista de su alvergue.

II.

Llega Azelia á la puerta de su morada, llama y apenas toca con su delicada mano en la tosca madera, cuando sale á su encuentro un venerable anciano que imprime un tierno beso en su virgínea frente.

Este anciano es su padre y le nombran Huddon. Su esposa había dejado de existir poco tiempo después del nacimiento de Azelia y desde entonces todo su amor lo había depositado en su encantadora hija.

— ¡Cómo es, querida Azelia, le dice con acento cariñoso, que esta noche tardaste tanto en venir á mis brazos? ¿Te ha sucedido algo? Vienes muy agitada; las tintas de la rosa que ostentaban tus mejillas, se han trocado en la blancura de la nieve. ¿Qué tienes, ah! responde?... —Nada, padre mío, nada...

—No trates de ocultármelo. ¿Acaso ya no soy el confidente de tus secretos? —Pues bien, os contaré... la noche me cogió de improviso y estaba retirada de nuestro albergue; recogí mi ganado y llegué hasta la entrada del bosque. Allí cuánto sufrí! al mismo tiempo que penetraba en él se apoderó de mí un terror inmenso... los árboles me parecían fantasmas; mis pisadas me infundían pavor... Temí encontrar las Willis, esos espíritus que tanto temen los aldeanos, esas mujeres que matan al que cojen. que... yo no sé; lo cierto es que el nombrarlas tan solo me dá miedo. —Al fin llegué á la puerta de nuestra choza, y el resto de la emoción terrible que he pasado, es el que mirais en mi rostro... pero ya estoy tranquila.

—Hija mía ¡qué momentos mas crueles has padecido por tu ignorancia! Las Willis... si tú supieras lo que son, nada hubieras temido. — ¿Vos lo sabéis? —Si Azelia, yo lo sé, y te prometo que también lo sabrás... —Ah—padre mío, referídmelo... —Antes tomemos, si te place, un frugal refrigerio... prepara los manjares. —Bien, mas después... —Sabrás lo que deseas. —No os podeis figurar cuanto lo anhele. —Pobre hija mía; qué sustos has pasado. —Ven, déjame que te estreche en mis brazos.

Después de aquella sublime prueba del amor paternal tendió Azelia sobre una rústica mesa un nevado paño sentándose enfrente de su padre.

La campana de una ermita inmediata tocaba la hora de ánimas. Huddon y su hija dejaron sus asientos y oraron... Después de haber pagado el debido tributo á la memoria de su madre y esposa, volvieron á ocupar sus puestos y continuaron su refrigerio bajo el techo de su humilde cabaña.

III.

No bien hubieron acabado, cuando Azelia, que tenía un vivísimo deseo de escuchar de los labios de su padre la descripción de las Willis, que tanto la asustaban, le dijo:

—Si no os hallais cansado y quereis satisfacer mi curiosidad, os escucharé con el mayor placer el relato que me habeis prometido.

—Si, sí, voy al momento á complacerte: y comenzó el anciano de este modo:

—No me ha estrañado Azelia tu temor; yo también lo tenía y con mayor motivo como verás después, pero mi padre me refirió lo que

voy á contarle y se desvaneció el fantasma que había creado mi imaginación con el hombre de Willis... Si vieras cuán distinto aspecto tienen

—Decid padre, decid.

—Hay desde tiempo inmemorial en nuestro país la tradición de una danza nocturna, conocida por el baile de las Willis. —Este baile se ejecuta en la espesura de los bosques.

—Bien dicen que en los bosques habitan... aun me estremezco... Continúa, continúa...

—Las Willis son las jóvenes desposadas, que perdieron la vida antes del plazo de sus bodas y decididamente apasionadas á la danza. Estas jóvenes no pueden reposar en sus sepulcros deseosas de satisfacer la pasión á la danza que durante su vida no han podido calmar, se levantan á media noche de sus lechos mortuorios, se reúnen todas en los caminos (1) y comienzan su baile con una celeridad invisible. ¡Desventurado el joven que inocente ó ansioso de contemplarlas se atreve á internarse en los bosques, ó á acercarse á el lugar donde se hallan! No bien le ven le obligan á bailar y en vano son los ruegos, las amenazas, la fuerza en fin. Una le coje y baila abandonándole á otra, aquella le abandona á otra, y así sucesivamente hasta que todas bailan con él y estenuado del cansancio, cae muerto entre sus encantadoras verdugos.

—Que horror! y pasa de ese modo?

—Así lo cuenta la tradición, pero á vosotras no os hacen mal, os envidian y desean que las acompañeis.

—Oh!

—Usan para sus bailes los vestidos que preparaban para sus bodas, adornan su cabeza con guirnalda de flores, sus dedos están cubiertos de preciosos anillos. De sus blancas espaldas nacen diáfanas alas, con las que se ocultan como con un velo de gasa. Tienen su reina que es la primera que aparece cuando la media noche se dibuja en el cielo; después de entre la flores, y las penas de entre las plantas, van saliendo las Willis y se reúnen, y hablan en su lenguaje misterioso y admiten en su seno alguna joven desposada que quiere unirseles, concluyendo con su danza diabólica, que cesa cuando la aurora comienza á iluminar con sus rosadas luces los dilatados mares y los floridos prados. Por lo regular bailan á la melancólica claridad de la luna, con cuya luz se distinguen sus rostros blancos como la nieve, pero llenos de hermosura, de vivacidad, de juventud.

Sus piés apenas tocan el delicado césped...

—Y yo las figuraba tan horribles... no, ya no tendré miedo al pasar por el bosque... ¡Pobrecillas! me dá lástima de ellas. —¿Y se olvidan enteramente de los que amaban, de los que estaban destinados para ser sus esposos?...

—No hija, no; procuran atraerlos y... sufre la misma suerte que los demás... Parece á fuerza de bailar.

—¿Y no hay medio de sustraerse de sus redes?...

—Oh! eso... lo que es eso, es imposible... Sus gracias, su aspecto, su risa páfida, pero deslumbradora, su aire seductor son irresistibles.

—Pobrecillos!

—Esto es cuanto yo sé y también otras varias anécdotas sucedidas á algunos mozos de la aldea, en las cuales se vieron muy espuestas sus vidas y escaparon, gracias á la casualidad.

—¿Con que son las jóvenes que estaban proximas á casarse?...

—Sí.

—Entonces será Willi Ofelia, la amiga de mis primeros años. —Oh! cuánto daría por estrecharla en mis brazos.

—En muchas ocasiones he deseado ver su danzar, contemplarlas al menos, pero nunca, nunca lo he conseguido.

A esta conversación sucedió un profundo silencio. —Azelia llevó el índice de su diestra á su mejilla inclinándose graciosamente su cabeza y se puso á meditar; el anciano veló su meditación.

Al poco tiempo le dirigió la palabra para despertarla de su abs-tracción.

—¿Supongo Azelia que ya estarás tranquila?

—Sí, sí...

—Pues dispongámonos á descansar; es tarde y el lecho nos aguarda.

—Teneis razon, justo es que descansenos.

—Aun no me has dicho nada de tu adorado Huberto. —¿Qué se ha sabido de él?

—Todavía no ha vuelto de su peregrinación... esta tarde le aguardaba á la caída del sol y el choque de la brisa con el ramaje de la arboleda me parecía su paso, mas ay! en vano le descubrian mis ojos, mi imaginación era quien solo le miraba. —Mañana, si el Señor nos deja contemplar los rosados colores de la aurora, le veremos llegar á la puerta de nuestra choza.

—Mucho me alegraré de que mires colmarse tu deseo... Mas retirémonos ahora á descansar.

(1) Tradición Alemana.

Azelia besó la frente de su padre y se encaminó á una estancia vecina donde estaba su lecho.—Hudson se recostó sobre una cama que estaba cerca del hogar, y después de rezar como siempre solía se cerraron sus ojos quedándose dormido con la mayor tranquilidad. Azelia oró también y se durmió no sin haber pensado antes en su querido Huberto y mas aun (preciso es confesarlo) en la relación que de las Willis le había hecho el autor de sus días.

IV.

MEDITACION.

Es ya la media noche, dejemos reposar un instante á Hudson y á su adorable hija, entreabramos la puerta de su rústico albergue y contemplamos algunos intervalos á la naturaleza.—Oh! Qué sublime cuadro se presenta á nuestra vista. Dirijámonos una rápida ojeada á todo cuanto nos rodea. En frente de la cabaña se levanta una calle de espesos árboles que facilita entrada al bosque, en donde alternan los pobos y los sauces, los abetules y las acacias; á la siniestra se descubre, á favor de la claridad del astro silencioso de la noche, una hermosa campiña fecundizada por un manso arroyuelo en donde se retratan las estrellas. A la derecha una espaciosa llanura, á cuyo fin se eleva un escarpado monte, por donde se derrumba un mugidor torrente.—Ah! Levantemos los admirados ojos.—¿Qué mundo es aquel que camina magestuoso por la celeste bóveda, como el bajel por los tendidos mares cuando la leve brisa riza las blancas olas?—¿Qué antorchas son aquellas que bordan el azulado manto que cubre el firmamento?—Aquel mundo es la luna; la misteriosa luna, señora de la noche y cuya melancólica luz brinda dulce reposo. Esas antorchas son las fulgidas estrellas.—El azulado manto, la alfombra que los ángeles pisan cuando descienden de la celeste pumbre y con celestial melodía adormecen á los que viven bajo el amparo de la virtud. Oh! nada hay mas sublime que la plegaria de los ángeles en la callada noche!

¡Qué cuadro! ¡Qué silencio! solo lo interrumpe el ronco trueno del torrente, las hojas de los árboles que columpian las brisas, el graznido del cárabo ó el ahullido del can, que guarda los nevados corderillos del sanguinario lobo.

¡Oh! noche! oh! poética noche, cuánto te adora mi corazón; cómo se complace mi alma en tu seno de felicidad, comprende tu misterioso lenguaje y admira al Hacedor durante las silenciosas horas de tu imperio.

Al lado de las flores que brotan en la soledad del campo, ningún pesar me agita, despréndese el espíritu de su mezquina cárcel, vuela queriendo robar al cielo sus secretos, anhelando desentrañar los arcanos de la inmortalidad y goza de un inmenso placer concedido con usura á muy pocos mortales.

Ah! noche, noche, cuánto te adora mi corazón

(Continuará.)

LEDA.

(Conclusion.)

Don Sebastian despidió bruscamente á la infernal dueña, y llamando á cuatro de sus vasallos, tomó asiento en un sillón que había en el fondo de la sala. Esta era espaciosa y oscura, pues no tenía mas luces que las que entraban por la puerta y por las saeteras en forma de cruz que había en el muro que daba al campo; ni mas adornos que una lámpara de cobre pendiente del abovedado techo y algunos trofeos de armas de guerra de varias épocas.

Entraron al momento los cuatro vasallos, é inclinandose respetuosamente ante su señor; esperaron silenciosos á que éste les mandara: don Sebastian les indicó que se acercasen y con un tono solemne al par que dulce les dijo:

—Sois valientes, en mas de una ocasion lo habeis demostrado, y hoy quiero que me deis una prueba de vuestra obediencia, y de que sois dignos de llevar las lanzas de Túregano. Ya sabeis que los moros piensan dar un golpe á las comarcas vecinas, y que yo en mi calidad de alcaide de esta fortaleza, debo salir con mis vasallos á escarmentar á esos infames.

Los cuatro súbditos se inclinaron humildemente en ademán de asentimiento á lo que su señor decía, y para demostrar que estaban dispuestos á seguirle:

—Pues bien, mañana al alba, continuó don Sebastian, saldremos todos de este castillo con dicho objeto, y cuando llegue la hora de embestir al enemigo, quiero, que aprovechando la confusión del combate, asesineis á Guzman y se crea que ha perecido en el encuentro.

Los cuatro vasallos del perverso alcaide miráronse unos á otros y retrocedieron un paso, manifestando con ello la repugnancia que les causaba asesinar á un inocente; y don Sebastian apercibido del espanto que su propuesta había causado en aquellos hombres, se levantó de repente de su asiento y lleno de cólera les dijo:

—Sois unos cobardes.

—¡Señor! contestó uno de ellos.

—Silencio, miserable: mañana cuando salga con mis gentes, les haré ver vuestros cuerpos colgados en los torreones del castillo, y sabrán que de esa manera paga su señor la desobediencia y cobardía: dos caminos os quedan, ó cumplir lo que os acabo de mandar, ó servir á las aves de espantajo.

—Señor, jamás hemos desobedecido vuestras órdenes, y os aseguro que serán cumplidas.

Don Sebastian lleno de orgullo por el buen efecto que había producido en aquellos hombres su terrible amenaza, les dijo, arrojándoles un bolsón lleno de oro.

—Allá veremos: si lo cumplís, quinientos florines mas.

Al alba del día inmediato alzabase el puente levadizo del castillo de Túregano dando paso á la meznada de don Sebastian. La tibia y rosada luz de la aurora dejóse ver á poco rato en el horizonte, permitiendo distinguir, aunque vagamente, aquel escuadrón de guerreros. El silencio que reinaba en la llanura era interrumpido por el canto de las aves que empezaban sus saludos al naciente día, y por las pisadas y relinchos de los caballos que alegres y retozones, manifestaban su contento al respirar el aura de la mañana. Los guerreros marchaban formados y sin pronunciar palabra, unos deseando y otros temiendo que llegara el instante del combate, y que qué ageno iba Guzman del lance que le esperaba! Este jóven perdidamente enamorado, no se ocupaba mas que del ángel de su amor, del cual no se había podido despedir por no haber tenido ocasion propicia, cuya idea le llevaba entristecido, sin cuidarse de los enemigos que iba á combatir y sin haber notado que desde la salida del castillo, iban á su lado cuatro individuos que observaban hasta sus mas pequeños movimientos.

Seguían todos en la misma aptitud silenciosa, y empezaron á entrar por un trozo de camino cubierto de espesos árboles por ambos lados, llegando á poco á un recodo bastante pronunciado, donde se aumentaba de una manera tal la espesura del bosque que hacia impenetrable los rayos del sol. El lúgubre aspecto de aquel terreno sombrío y solitario, y su tortuosa disposicion, era el mas adecuado para una sorpresa; y como los moros para acometer á las lanzas castellanas, se valían siempre de este ó semejantes medios, don Sebastian calculó que nada tenia de particular que sucediera así, y resolvió dar á sus vasallos la voz de estar prevenidos; pero la sed de venganza que tuviera y la intranquilidad de su corazón le distrajeran un tanto; y ya se le figuraba ver en tierra el sangriento cadáver de Guzman, ya caer sobre su cabeza el justo anatema del cielo.

Embebido en estas meditaciones no cuidó de prevenirse ni prevenir á sus vasallos, y descuidados todos no se apercibieron de los enemigos que se les acercaban. De pronto se oyó una grita salvaje, y salieron por ambos lados del camino un enjambre de africanos, que echándose como leones sobre los confiados guerreros, los envolvieron y acuchillaron. Guzman se preparó á embestir á aquella turba cobarde, y se vé cercado de cuatro de sus compañeros que á izquierda y derecha le dirigian los mas terribles botes de lanza.

—Infames, dijo el valiente jóven, no os temo aunque fueseis doble número, y empezé á defenderse con bizarria devolviendo golpe por golpe.

Aterradora era aquella escena de sangre y de matanza, do los ayes de los moribundos y el choque de los alfanques con las cotas de acero, se confundían con las voces de Santiago de los castellanos y con las blasfemias mas horribles de los moros. Guzman había desmontado á uno de sus enemigos, lo que dió pábulo á que los otros tres redoblasen su furor y el valiente y arrojado jóven herido y con la lanza rota se quitaba con el escudo los certeros golpes que le dirigian: y aprovechando un instante oportuno y viendo que iba á perecer, desenvainó su espada y acometió como un tigre á aquellos traidores. Un guerrero vino en socorro del cuasi ya vencido Guzman, el cual repartiendo manifiestas en todas direcciones, dispersó á los que le acometían, librándole de la muerte con su arrojo. Mas de una hora duró aquella encarnizada lucha que sembró de cadáveres el camino: los moros, ni vencidos ni vencedores, se internaron por la espesura, batiendo palmas por la victoria, que en su sentir habían logrado.

Reconocido el campo, se encontró entre otros el cuerpo exánime de don Sebastian, con el casco y la cabeza partida en dos mitades. Guzman, herido levemente, reunió los guerreros que habían quedado, y dictando algunas disposiciones, hizo conducir el cadáver de su señor á la villa de Túregano, donde se le dió sepultura, dirigiéndose por último á la fortaleza con los restos de la hueste.

Guzman apenas hubo llegado, se dirigió á su habitación agoviado

por la fatiga de la lucha, por el pesar que le ocasionaba la muerte de su señor, y mas aun por el sentimiento que habia de experimentar Leda al saber la muerte de su padre. Pensaba igualmente en la traicion de que habia sido victima, y en quien seria aquel guerrero valiente y generoso que con peligro de su vida habia salvado la suya, pues ansiaba vivamente el conocerle para demostrarle su gratitud y reconocimiento; mas un velo cubria este hecho para el misterioso y bien pronto habia de correrse ante su vista.

Ocupado en estas reflexiones, oyó pasos acelerados que se dirigian á la puerta de la habitacion, lo que le obligó á fijar los ojos en ella, y con sorpresa vió entrar un guerrero que tomándole por la mano le intimó á que le siguiese.

—¿Quién eres? preguntó Guzman.

—Sígueme y lo sabrás despues.

Guzman escuchó aquella voz imperativa sin replicar palabra y siguió al guerrero, subiendo por una escalera de caracol y entrando por último en la habitacion de su amada. Apenas entraron, el guerrero se quitó el bruñido casco, y Guzman quedo absorto al ver el semblante de la mujer que amaba, y exclamó con un tono que demostraba su admiracion ¡Leda!

—Yo soy, Guzman, yo soy; mi padre ha muerto... lo sé; y ya no

me queda en la tierra una persona que me inspire un amor y una esperanza á no ser tú.

Un llanto desconsolador empezaron á brotar sus ojos; y aquellas lágrimas preciosas que parecian diamantes, resbalaban por la bruñida armadura y las recogia Guzman en un pañuelo.

—Por qué lloras ángel mio? ¡Ah! si has perdido á tu padre, sabes que en mí tienes un amigo... un amante... y un...

—¡Ah! lloro porque el llanto me consuela y mitiga mi dolor: en cuanto á mi futura suerte, nada debo temer porque sé lo que vales, lo que puedo esperar de ti y lo que serás en adelante: tu amor lo pago con amor; tus caricias con caricias; pero lo que no podré pagarte nunca, es el peligro en que te has visto por mi causa.

—No pienses en eso, ¡los peligros de la guerra! pero dime ¿tú con armadura?

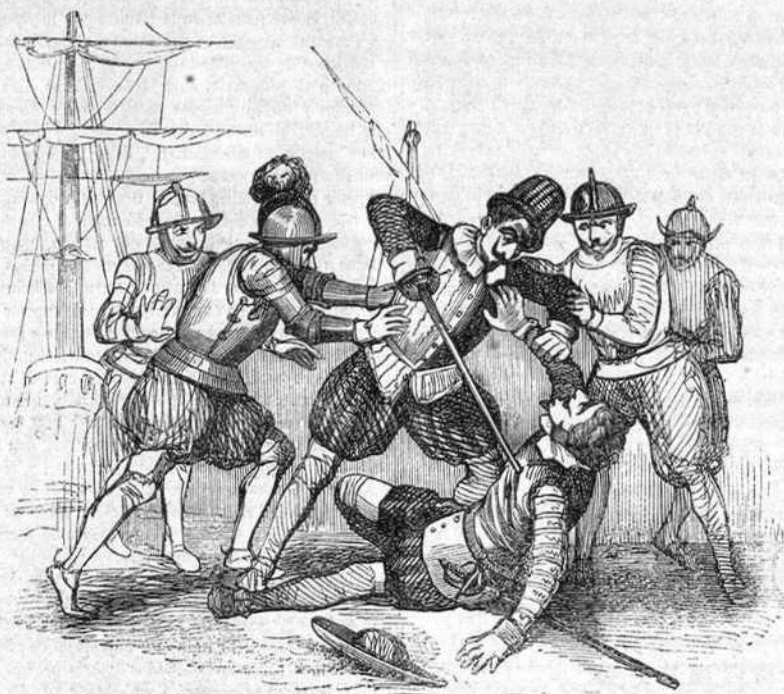
—Y orgullosa de vestirla.

—¡Ah! tú has sido mi salvador, quien me ha arrancado á los traidores, quien los ha dispersado y vencido.

—Y quien sabrá castigarles.

—Y cómo pudistes saber?...

—No ignoraba que mi padre hacia las mas vivas diligencias para averiguar nuestro secreto amor; y yo, cual una madre solícita, espiaba



á los que nos espiaban y ¡ayer! ayer supe que por orden de mi padre ibas á ser sacrificado hoy.

—¿Es posible!

—¿Cómo habia de estar yo pasiva al ver tan próxima tu muerte?

¡Ah! te amaba mi corazón, tu existencia era la mia y deliberé salvarte ó perecer contigo: si Guzman; con las lágrimas en los ojos y la angustia en el alma, busqué una armadura y una lanza, y esperé la salida de la mesnada: salió, y como un soldado caminé con ella sin perderte de vista, y cuando trataron de ofenderte dirigí mis súplicas á Dios blandí la lanza y...

—Gracias, divina Leda: antes mi dicha y mi ventura te la debía, y ahora tambien te soy deudor de la existencia: ya no tendremos que luchar con la oposicion de nadie; tu corazón es libre como el mío y solo anhelo escuchar de tus lábios una palabra solemne.

—Y cuál es?

—Me otorgarás tu mano de esposa?

—El ser á quien ofreciera en mi infancia los primeros pensamientos de mi corazón y luego mas tarde el tesoro de amor que encerraba mi pecho, merece mi mano y cuanto poseo: ahí la tienes, seré tu esposa y procuremos vivir dichosos.

Guzman tomó la blanca mano de Leda, y llevándola á sus labios imprimió en ella ardientes besos y la regó con lágrimas de gozo.

Leda en su infancia dijo á Guzman que llegaría á ser grande, muy grande! Así fué. Grande y sublime se mostró aquella jóven aristócrata,

cuando llevada en alas del verdadero amor que profesaba á su amante, se lanzó en medio de un combate horroroso para defenderle y salvarle de una muerte tan segura como cierta de gloria: no menos grande y elevada se mostró igualmente al aceptar por esposo á un vasallo de su padre, desdénando los escrúpulos de limpieza de sangre que tanto abundaban en aquella época (y que por desgracia aun existen todavía) convencida de que la nobleza del hombre la constituye la virtud y probidad, y no un pergamino mas ó menos retumbante.

A los pocos dias de la muerte de don Sebastian, se celebró modestamente la union sacramental de Leda y Guzman, los cuales desde sus mas tiernos años anunciaron haber nacido el uno para el otro; y al siguiente del en que Guzman tomó posesion de la alca' dia del castillo, fué despedida la perjudicial Celestina, y aparecieron colgadas de las almenas de la fortaleza los cuatro vasallos que intentaron asesinarle.

ANTONIO CASTILLA y OCAMPO.

UNA ESCURSION ESTUDIANTE.

(Continuacion.)

Aunque he dicho que nuestro insigne panderetero se habia enamorado de la criada de la consabida fonda (la fonda de los 10,000 reis), debo declarar que ignorábamos todavia esta circunstancia cuando

Matias se separó de nosotros diciéndonos que éramos la causa del suicidio de D. Bruno; de modo que carecíamos hasta de este preciosísimo dato para encontrar á nuestro camarada separado bruscamente de nuestra compañía. Quince dias pasamos en inútiles averiguaciones, y al fin persuadidos de que Matias había resuelto no volver á nuestro gremio, cuando no hubiera hecho alguna locura como la de su amo, decidimos regresar á nuestra predilecta ciudad de Salamanca.

Escusado me parece decir que en cada uno de los quince dias transcurridos desde la desaparición de Matias hasta aquel en que se trató de nuestro regreso, habíamos tenido quince discusiones, dirigidas todas á investigar la parte directa ó indirecta que habíamos tenido en el suicidio de D. Bruno, concluyendo siempre por lavarnos las manos acerca de aquel deplorable suceso. Sin embargo, como una acusación, por infundada que sea, marca siempre alguna huella en la imaginación suspicaz del hombre, llegamos á mirarnos mutuamente con cierto recelo, y es posible que en los tiempos del fanatismo y de la inquisición hubiéramos acabado por hacernos quemar vivos los unos á los otros. Esto no impedía que á las horas de costumbre tomásemos nuestras guitarras, flautas y violin, y fuésemos á engrosar nuestra pacotilla explotando el efecto mágico que los cantos andaluces producian en los habitantes de Lisboa. Esto era lo único que en parte podía compensar en nosotros la pérdida de Matias y la de nuestra reciproca confianza, pues vivíamos en un estado de continua alarma, sospechando los unos de los otros desde que cada uno atribuía á los demás cierta participación culpable en el suicidio de D. Bruno. Esta preocupación llegó á tomar tal cuerpo en todos nosotros, que pedimos habitaciones separadas, y aun así nos levantábamos sobresaltados, profiriendo palabras injuriosas ó demandando auxilio á la vecindad, que creyó que nos habíamos vuelto locos.

Llegó por fin la víspera del dia en que debíamos emprender la contramarcha, y convenimos en celebrar nuestra partida en la *Fonda de los diez mil reis*.

Habíamos almorzado tarde aquel dia; nuestra comida debía por lo tanto tener honores de cena, y así fué, pues eran mas de las nueve cuando nos sentamos á la mesa, y mas de las doce cuando nos levantamos, si bien debo decir que el último tercio de tiempo de nuestra estancia en la fonda no lo empleamos en comer, sino en oír una historia que nos interesó desde luego, y que quiero reproducir aquí con permiso de mis lectores.

Fué el caso que á eso de las once, cuando ya no quedaba en la fonda mas gente que nosotros y la jóven que nos habia servido, esta se acercó á nosotros, y no sin gran esfuerzo para vencer su natural rubor, nos preguntó por el compañero que nos faltaba. Dijímosla que habia desaparecido, y ella nos consoló manifestando que le habia visto atravesar varias veces por su calle, despojado del hábito estudiantil. Esto nos dió la esperanza de encontrar á Matias y el gusto de entablar conversacion con la jóven, que por su conducta nos habia llamado la atención tanto como por sus gracias personales.

—¿Sabe Vd., amiga, la dije yo, que habla Vd. el español tambien como nosotros.

—Eso no tiene nada de extraño, contestó la jóven.

—Sin embargo, los portugueses, aunque entienden generalmente el castellano, suelen tener alguna dificultad para pronunciarlo tan bien como Vd.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que yo sea portuguesa?

—¡Bravo! exclamé yo; ¿con que por lo visto es Vd. paisana nuestra?

—En Lisboa, dijo ella, soy paisana de todos Vds., porque todos los españoles somos paisanos en tierra extranjera. En España creo que ninguno de Vds. podria llamarse con propiedad paisano mio mas que Matias, y éste hasta cierto punto.

Cada palabra de la jóven era un nuevo descubrimiento para nosotros, y cada descubrimiento aumentaba en nosotros la impresion del asombro que parecia perseguirnos desde el dia que resolvimos salir de Salamanca.

—¿Es posible! dijimos á una voz todos los estudiantes.

—¿Y tan posible! contestó ella, como que el pobre Matias tardaria en reconocermelo lo que yo tardase en recordarle un hecho bastante doloroso por cierto.

Y los ojos de la jóven se humedecieron al pronunciar estas palabras.

—Pero entonces, dijo uno de mis compañeros, ¿por qué ha llevado Vd. su timidez ó su reserva hasta el punto de no darse á conocer á su paisano el dia que vino á comer con nosotros?

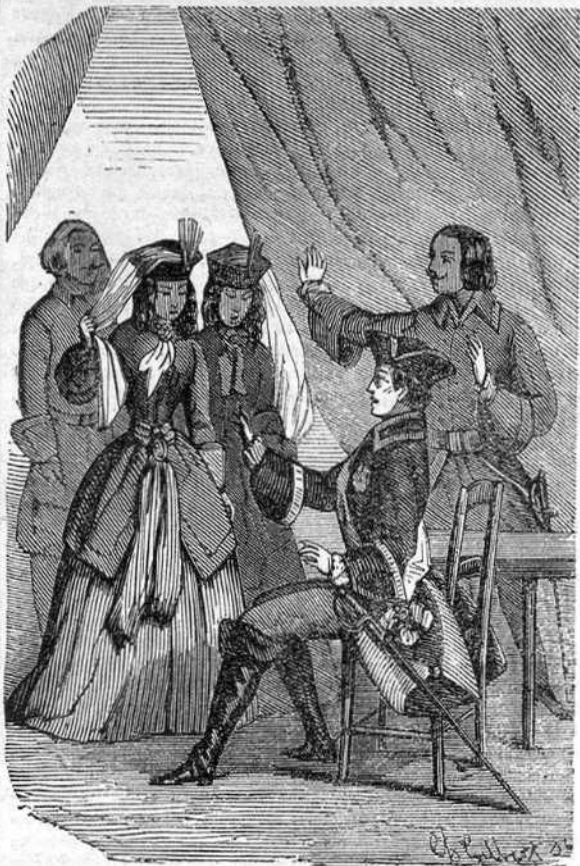
—¡Ah! respondió la jóven; ¿por qué...? ¿quién sabe si el afecto que empezó á mostrarme en sus miradas se hubiera cambiado inmediatamente en desden?

—Sin embargo, objetó mi compañero, aunque Vd. se vea en la humilde condición de criada, no por eso dejaria de ser acreedora al aprecio de todos nosotros, y principalmente de Matias, que á sus ideas

nada aristocráticas reúne la circunstancia de ser un pobre criado tambien.

—¡Calle Vd. dijo la jóven; ¿Matias, el hijo del primer propietario de Peñaranda está sirviendo?

Todos ignorábamos los antecedentes de nuestro compañero, de modo que no pudimos contestar á la pregunta; pero para consolar á la jóven, que parecia un poco afligida con la noticia, yo me apresuré á manifestarla que Matias acababa de heredar una pingüe fortuna, y ¡cosa rara! esta noticia produjo mayor desconsuelo que la anterior en la jóven, cuyo corazon se violentaba para manifestar una alegría que estaba lejos de experimentar. Digamos de una vez que aquella pobre muchacha habia empezado á sentir alguna inclinación amorosa hacia Matias, á quien osaba aspirar cuando le creyó pobre por un momento y que vió con mis palabras marchitarse en flor sus ilusiones. Resignada entonces con su suerte, se decidió á revelarnos su historia, no reparando ya en el inconveniente de recordar cuanto pudiera humillarla á los ojos de un hombre de quien parecia complacerse en separarla el abismo de la fortuna.



(Aventuras de un loco coronado.)

—Me alegro de su buena suerte, dijo: así como así ¡no hay dicha en la tierra que baste á recomensar á esa noble familia, sin cuya generosidad no hubiera podido enterarse á mí pobre madre!

Esta triste revelación nos interesó tanto en favor de la jóven, que la suplicamos nos contase su historia, á lo que ella accedió, interrumpiendo muchas veces, como era natural, sus palabras con los sollozos.

—Mi madre, dijo, era hija de una familia noble establecida en Madrid, y tanto por esta circunstancia cuanto por sus gracias naturales, fué desde luego solicitada por varios de los jóvenes que concurrían á su casa. Entre estos mi madre daba la preferencia á un abogado, contrariando los proyectos de sus padres que la destinaban á un coronel, persona recomendada á sus ojos por la triple ventaja de su graduación, sus títulos y su fortuna. Llegó un dia en que mis abuelos resolvieron despedir al abogado de su casa, y para humillarle mas dieron á su rival el encargo de desempeñar esta comision, á que él se prestó con la satisfaccion propia de un amante que aspira á la realizacion de sus ilusiones y con la altanería que suele dar la costumbre de manejar la espada. El abogado, que vió un insulto en la forma de su despedida, se esforzó en dominar el enojo que le causaba, y contestó que estaba

dispuesto á retirarse de la casa de mis abuelos, pero no á renunciar al amor de mi madre, respuesta que encendió la sangre del militar, pasando el uno y el otro á palabras mayores, y de estas á un duelo que concertaron para el día siguiente.

—¡Ya! dijo yo; ese es el desenlace de los dramas en que interviene algun militar; porque como estos señores tienen superioridad en las armas sobre los paisanos...

—Así lo creía el coronel de quien yo iba hablando, repuso la joven, y en esta confianza quiso que el duelo fuese á muerte, contra la opinión de su contrario y de los padrinos que pensaban de distinto modo; pero ignoraba el militar que su adversario tenía sobre él una inmensa superioridad en la esgrima, y por eso sin duda llevaba tan adelante sus provocaciones. Salieron al campo y empezaron el combate, resultando á poco tiempo herido el abogado en un brazo...

—¡Adios! exclamé yo; el hombre al ver su sangre se pondría furioso.

—Nada de eso, continuó la joven; el pobre se había dejado herir voluntariamente para ver si aplacaba la cólera de su rival, y así se apresuró á enseñar su herida diciendo: «Estoy vencido.» Pero el coronel no se dió por satisfecho, insistió en que el desafío debía terminar con la muerte de uno de los dos y amenazó al herido con que le mataría ignominiosamente si no tenía valor para seguir el combate.

—¿Qué terco sería el tal coronel! dijo uno de mis camaradas.

—¿Y qué prudente el abogado! repuso otro.

—Este, continuó la joven, hizo nuevas instancias para vencer la obstinación de su antagonista, repitiendo siempre que él era el ofendido, que había recibido una herida, y que sin embargo daba el duelo por terminado, mostrando á todo esto una resignación que el mundo interpreta desfavorablemente; pero cuando se persuadió de que la catástrofe era inevitable, cuando se cansó de sufrir las insolencias del hombre á quien hasta entonces había hecho el sacrificio de su honra, empuñó furioso la espada y: «Señores, dijo á los padrinos, creo que en cualquier tiempo harán Vds. constar la paciencia, la moderación con que me he conducido en este trance amargo: en cuanto á Vd., añadió dirigiéndose al coronel, encomiende su alma á Dios, porque pronto habrá Vd. dejado de existir.» Y en efecto, algunos segundos después el provocador cayó como herido por un rayo para no volver á levantarse.

Aquí nuestra compatriota hizo una pausa como para recoger el estraviado hilo de sus ideas, y prosiguió de este modo:

—El abogado tuvo que esconderse para no sufrir las consecuencias legales de aquel suceso, pero pronto fué hallado y entregado á los tribunales por las diligencias que practicaron mis abuelos. Mi padre suplico, lloró, hizo cuanto pudo para salvar al preso, y por último, para mas obligar á sus padres, le confesó que estaba en visperas de ser madre...

—Con qué, es decir, interrumpí yo, que el abogado...

—Era mi padre, repuso la joven, mi padre á quien nunca he conocido; porque salió á cumplir su condena en los presidios de Ultramar y no hemos vuelto á tener noticias de su paradero. En cuanto á mi pobre madre, la infeliz se vió lanzada de su casa, rechazada por toda la familia, y obligada, hasta que murió, á trabajar para ganar su sustento y el mío. Afortunadamente había recibido una educación conveniente; cosía y bordaba con primor, merced á lo cual mientras disfrutó de buena salud, pudo fácilmente subvenir á nuestras necesidades; pero sus parientes, ofendidos, no contentos con rechazarla, llegaron á escarnecerla, razón por la cual tuvo que abandonar la corte, y se retiró al pueblo de Peñaranda donde yo pasé mis primeros años. Allí vivimos disfrutando alguna tranquilidad, único bien que podía calmar los rigores del infortunio; pero mi madre cayó enferma cuando yo apenas tenía diez años, y no podía por consiguiente suplir su falta en el trabajo. Agotáronse todos nuestros recursos; vendimos todos los enseres de la casa, nuestra ropa, nuestras camas, todo lo vendimos, excepto esta sortija de mi padre.

Y dijo esto alargando la mano para enseñarnos aquel mudo testigo del amor que había sobrenadado en el piélago de tantas desgracias. Luego continuó:

—Al fin murió mi madre llevando á la sepultura el sentimiento de la situación en que me dejaba, y la incertidumbre de mi porvenir. Yo que había velado tanto tiempo su sueño, tuve que velar toda una noche su cadáver, y ya la autoridad iba á sacar el cuerpo de la habitación sin las formalidades de costumbre, cuando el padre de Matías se presentó diciendo que él pagaba el entierro, con lo cual se allanaron todas las dificultades. En cuanto á mí, me sería imposible decir los países que he corrido desde entonces, primero mendigando el pan de puerta en puerta, y trabajando después honradamente para ganarlo. Así la casualidad me condujo á esta tierra hace cuatro años, y en ella vivo como Vds. ven, sin conocer el amor desde que murió mi madre, sin mas esperanzas que las que una débil criatura puede fundar en un anillo, y sin otro recuerdo de gratitud que el que en mi corazón

dejó grabado el generoso padre de vuestro camarada. Pero señores, han dado ya las doce, y no pueden Vds. permanecer aquí mas tiempo.

J. M. VILLERGA.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

Después de una pausa, Carlos XII prosiguió así su relación:

—Mi padre estaba sentado junto á esta ventana hace diez ochos años, cuando vió un punto negro adelantarse desde el fondo del horizonte, empezó á mirarle por distracción deslizarse hacia Stokolmo. No era un trineo ni una barca, y sin embargo parecíase algo á una nave porque tenía en torno de un mástil, una especie de vela recogida. La curiosidad de mi padre se aumentó. Apenas habían pasado diez minutos cuando conoció que era una especie de cuna de cuero que podía navegar con la ayuda de una vela ó deslizarse como un trineo por la mar congelada, impelida por un hombre. Esta especie de viages en tales navios no son comunes. Los reyes solos los imponen en circunstancias extraordinarias á correos, cuya vuelta no siempre es cierta. ¿De dónde venía aquella extraña barca con el tiempo cruel que reinaba seis meses hacia en el Báltico? ¿Quién era el temerario marino que la tripulaba? Yo lo sabré, dijo el rey, daré orden de detener la barca y los viajeros así que lleguen á Stokolmo y no tendré mucho que esperar. Sin perder de vista la navicella el rey llevó la mano á la campanilla; pero de pronto á una distancia considerable de la rivera la barca se detiene, baja de ella un hombre que pone sobre el hielo un cofre ó una especie de cofre y con gran extrañeza de mi padre que no esperaba este desenlace, se lanza de nuevo en su barquecilla y desaparece por donde había venido. Mi padre llama al momento á sus oficiales de servicio para que vayan á buscar lo que ha sido abandonado sobre las aguas heladas por el aventurero marino. ¿Era un contrabandista? ¿sería un pirata? Pero los contrabandistas y los piratas tienen la costumbre de coger y no la de dejar... Mientras mi padre se debatía los sesos para adivinar este secreto, los oficiales volvieron con una cuna ingeniosamente hecha. Estaba forrada de calientes pieles y tan bien dispuesta que ni el aire ni el agua podrían penetrar en ella. No se había descuidado nada para que el niño encerrado en ella viviese diez ó doce horas sin peligro, porque esta cuna, querido Reginold, encerraba un niño y este niño eras tú.

—Yo!

El grito de Reginold partió del fondo de su alma.

—Mi padre quiso, prosiguió el rey, que se te confiase á las damas de mi madre para que se cuidasen de ti.

—Después de Dios, le debo la vida, murmuró piadosamente Reginold.

—Quiso que te criases conmigo y como yo, tuvimos los mismos placeres, las mismas alegrías, los mismos maestros.

—¿Tendré yo jamás bastante poder para pagar tanta generosidad?... Pero no trató nunca de saber vuestro padre cómo y por quién había yo sido abandonado?

—Solo se tuvieron sospechas.

—Ah ¿hubo sospechas?

—Tú no provenías de Suecia, tus envolturas indicaban otro origen.

—¿Un origen, repetía á media voz Reginold, tan admirado como si hubiera oído un cuento de hadas, mas admirado aun porque él era el héroe del cuento. ¿Y qué origen era ese?

—No se sabía claramente. Se dudaba si la cuna había sido hecha en Dinamarca, en Alemania ó en Rusia.

—Así, dijo Reginold, no es probable que yo sea Sueco.

—Es poco probable como dices, y por consiguiente no eres mi súbdito.

—Quiero serlo señor, toda mi vida por la fidelidad y la abnegación...

—Veremos, dijo el rey sonriendo.

Esta sonrisa heló la sangre en las venas de Reginold, que creyó ver en ella una burla. Parecióle que Carlos XII sabía que osaba amar á la misma mujer que él y que acababa de apuntar á sus oficiales de la ida de seguirle á la guerra.

—¿Dudáis de mi fidelidad, señor? exclamó.

—Dudar! respondió el rey con un tono de franqueza que le tranquilizó un poco... Pero prosigamos. Mi padre, el difunto rey Carlos XI, que no había querido que te criases con los criados de palacio, previó lo embarazosa que llegaría á ser tu posición si te criaba en el rango donde su bondad providencial te había colocado. Entre nosotros, en Suecia, sabes como yo, querido Reginold, á pesar de las leyes de igual-

dad de que tan orgullosos estamos, el nacimiento solo abre las carre-
ras y engrandece á los hombres. Tu nacimiento era desconocido. ¿Có-
mo sin excitar los celos de la nobleza, conservadora escrupulosa de sus
derechos, favorecerte tanto como á ella? Qué destino concederte en la
iglesia, las armas, ó la política, sin sublevar en seguida las reclamacio-
nes de la aristocracia? Era esponerte á sus golpes sin resultado posi-
ble para ti. Esas gentes acaban siempre por triunfar. El rey quiso en-
tonces, pues que no podías entrar en su casa á título de oficial, que
formaras parte de su familia, deseo contra el cual nadie tendría segun-
tamente el derecho de protestar. No pudiendo hacerte ni su limosnero
ni su general, ni su embajador, quiso que llegases á ser el compañero
de su hijo único, mi amigo en fin...

—Me dió, señor, el mas hermoso título creyendo rehúrmelos
todos.

—Si, amigo mio, porque este título me permite contar contigo
cuando por mi posición de rey con nadie puedo contar. Pues no tienes
ningun derecho para esperar de mí dignidades, ni rango, ni honores,
no tendrás nunca motivo para hacerme traición si te olvido.

Reginold creyó recibir un golpe en el corazón.

—Pero, prosiguió el rey, nadie sabrá concederte de mejor gana que
yo, todas las ventajas que tienes derecho de reclamar... Eres hermano
del rey, que no teme verte un día escalar su trono... Hé aquí Reginold,
añadió el rey, después de un momento de silencio, hé aquí lo que eres...

—Yo no soy nada... exclamó Reginold con voz ahogada, yo no
existo sino por vuestra familia, por vos... yo ignoraba... Ah! si yo
hubiera sabido...

—Qué hubieras hecho?

—Nada... yo...

—¿Podías probarme tu reconocimiento sin saber lo que me debías?
Reginold se había levantado.

—Yo no tengo sino un modo de probaroslo ahora...

—Vamos, Reginold, le dijo el rey conmovido y al par inquieto de
esta exaltación febril que no tenía el carácter de la noble gratitud
cuando corre sin esfuerzo... Vamos, Reginold, no exageres... el deber,
la amistad...

—No tengo mas que un modo, os digo, de probaros mi reconoci-
miento, y es el recibir la primera bala que os sea destinada y morir
á vuestros pies...

—Pero estas temblando?...

—Si, señor, si, yo tiemblo...

—Palideces...

—Si... si señor.

—Pero qué tienes que decirme? Se creeria que un pesar, un error,
una falta...

—Señor...

—Habla, abre tu corazón, como yo te he abierto el mio, como yo
he debido decirte lo que sabia de ti antes de lanzarte en los peligros
de una guerra, de la cual acaso no volveremos ni tú ni yo. Habla á tu
vez. ¿Que sabes de mí?

—Señor, no sé os ha hecho traición, no...

—Traición! exclamó el rey, y quién ha podido tener tal pensamiento?
Reginold continuó.

—Pero una larga paz ha debilitado vuestra nobleza, ha contraído
costumbres de ociosidad y placer...

—Vive dios! Yo no la hago un crimen de eso, yo que la he impelido
por ese camino de donde no he salido sino hace algunas horas.

—Vos señor, habeis tomado la heroica resolución de salir, pero ella
ha vacilado cuando os habeis mostrado tan fuerte dándola ejemplo.

—Te engañas Reginold, ó yo no comprendo...

—No me engaño, prosiguió Reginold temblando al hacer esta re-
velación de su falta, ó mas bien de los resultados de su falta; no, no
me engaño.

—Qué quieres decir entonces?

—Quiero decir señor, que los gefes nombrados por vos, los que
habeis designado para acompañaros en vuestra expedición contra Di-
namarca...

—Y bien, me seguirán...

—No, señor.

—No?

—Señor, no os hacen traición os lo repito, pero el placer, el juego,
la costumbre de reposo, el gusto del desahogo los seducen... rehu-
sándose á seguirlos, esperan que no dejareis á Stokolmo, y que torna-
reis con ellos á esa dulce existencia... la sola que conocen y com-
prenden.

—Si, añadió melancólicamente Carlos XII, y que yo les he hecho
conocer.

Reginold había descargado su corazón de un pesado fardo que le
ahogaba...

Carlos XII mas sombrío aun guardaba un silencio borrascoso.

—Lo sabias?

—Si, señor.

—Y no habias dicho nada?

—Os lo he dicho...

—Es verdad...

Ni uno ni otro estaban satisfechos de estas respuestas.

De pronto ambos sintieron venir de los lugares mas apartados del
palacio, gritos horribles que repetían: fuego! fuego!

—Oigamos, dijo el rey.

Reginold abrió una ventana y exclamó—Señor, es un incendio, un
espantoso incendio.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, segun creo.

Y los gritos repetían: fuego, fuego, fuego!

—Si, si, aquí es, ved ese humo espeso sale de una espantosa ho-
guera.

—Y en qué parte del palacio es el fuego?

—En todas partes, señor.

La campana de alarma sonó y todas las campanas de la ciudad res-
pondieron á su lúgubre llamamiento.

—Y hace un viento terrible, prosiguió el rey sin conmoverse.

—Alimenta el incendio... señor... pero llegan socorros, pónense es-
calas, hé aquí las bombas, el pueblo está ahí... Señor...

—¿Qué?

—Salvaos.

—Para qué?

—Pero el peligro... el fuego que lo va á invadir todo...

—Silencio, dijo el rey, mostrándose detrás de un cortinaje de lla-
mas al pueblo que gritaba espantado: el rey! el rey! salvad al rey!

(Continuará.)

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

I.

Corre el año veinticinco
del siglo décimo sexto,
que va contando sus dias
en el español Imperio,
por los de gloria que alcanzan
los no vencidos guerreros,
del gran César Carlos V,
á quien dan espacio estrecho
para su nombre y su gloria
de dos mundos los linderos.
Corre el año veinticinco
en el que humillar supieron
los valientes españoles
en Pavia h erro á hierro
el poder de los de Francia
que entonces probar pudieron,
que no se insulta al Leon
impugnemente y sin riesgo,
y que bajo el sol que alumbra
en el castellano suelo,
laten solo corazones
del temple de los aceros
que con el ardor se forjan
de sus esforzados pechos.
—Fatal le fué la jornada
á los franceses ejércitos,
y mas fatal á su jefe
el rey Francisco I,
que al soldado Juan de Urbieta
de los españoles tercios,
tuvo que entregar vencido
su espada de caballero:
hazña que en nuestra historia
mas de una vez grabó el tiempo
pues valiente en el combate
cual prudente en el consejo,
vale un soldado de España
por mas de un rey extranjero.

II.

Desusada animacion
en la conda Barcelona,
por todas partes se advierte
y ocupa la jente toda.—

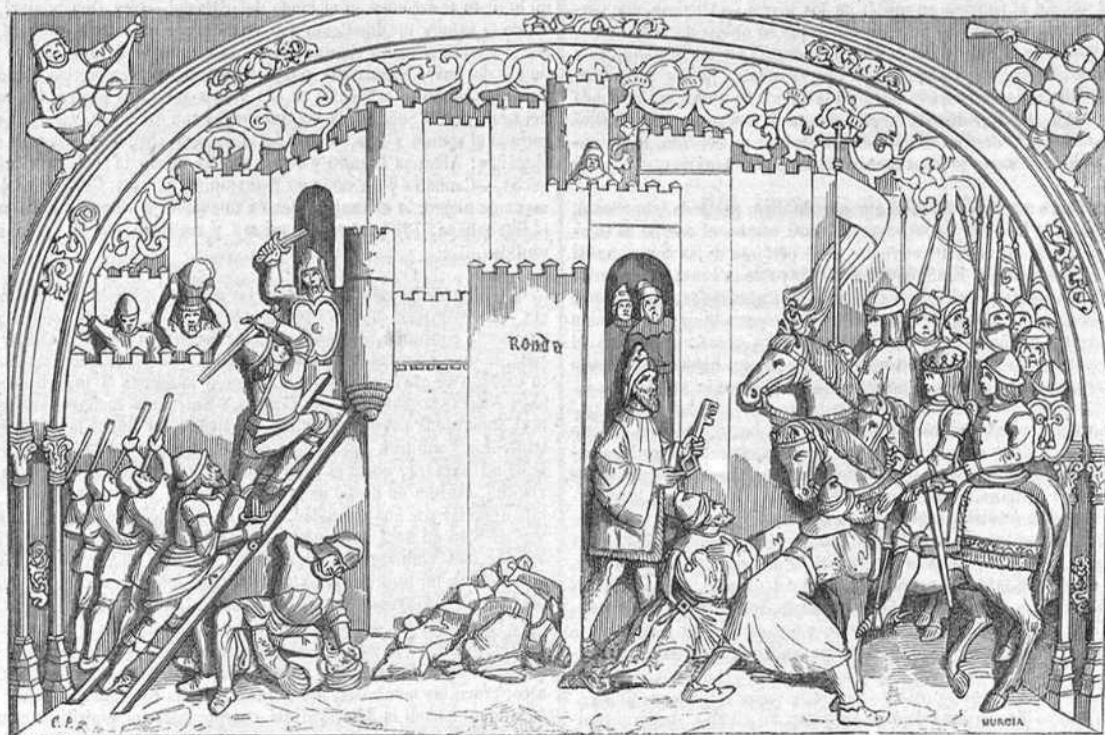
Ya empezaban del almendro
las flores blancas y rojas
á ostentar en las montañas
sus entreabiertas corolas,
y entre guijos resbalando
que musgo naciente alfombra,
murmurando los arroyos
las flores nacientes mojan;
que ya el aterido invierno
con sus hielos y sus sombras,
se retiraba vencido
á las nieves que coronan
de los altos Pirineos
las insuperables rocas.
Ya las brisas de los prados
impregnadas en aromas
que las libran á las flores
que en el monte y valle brotan,
de los árboles meciendo
van las transparentes hojas.
No empañan las pardas nubes
el puro azul que colora
el radiante firmamento;
y del sol la lumbrera roja
reflejaba de los mares
en las adormidas ondas,
que mansamente acarician
las playas de Barcelona,
como serena que arrulla
para devorar traidora
á quien aduermen tranquilo
sus cántigas seductoras.
Álzase la primavera
cua! si temiera envidiosa
las galas con que se cubre
la ciudad de las historias,
á quien Wifredo valiente
le diera las barras rojas,
para blason conquistado
con su sangre y con su gloria.
Y en verdad que está brillante
la ciudad encantadora,
que se engalana altanera
de su belleza orgullosa,
y se agita entre los murvés
que la cercan y aprisionan.
Cuelganse ricos tapices
de flamencas tegedoras,
en los ligeros balcones
que prolijamente adornan,
columnitas, hojas y arcos
de la arquitectura gótica.
A sus talladas labores
frescas guirnaldas festonan
que el ambiente suave y puro
con sus perfumes aroman;
y su modesta ventana
aun el menestral adornan
de verde laurel brillante
símbolo de la victoria,
y de enredado ciprés
con oscuras ramas cortas,
signo de que alguien padece
con tan desusada pompa.
Jimena los marinos ecos
en las playas y en las rocas,
de repetir fatigados
los gritos de los que adornan
las galeras y las barcas
que junto al puerto aprisiona
á la cadena sujeta
rechinando el ancha corva
y el ruido de las que alzan
frente de la antigua lonja

un tablado de madera
que en el revalage ahoga
el lujo de los tapices
conque le cubren y alfombran.
Rechinan de las cuneas
las ruedas en que se apoyan
los cañones de los muros
que á las playas arenosas,
bajan los fuertes soldados
entre tirantes maromas,
llevan dorado mueblage
y ricas telas gustosas
al palacio que en la rambla
edificó Tarragona
morada de su arzobispo,
y á cuya espalda se notan
de un dilatado jardín
salvando las tapias cortas
los árboles á quien mece
la brisa murmuradora;
y en las calles y en las plazas
la muchedumbre afanosa
agitase codeando
porque se empuja y se ahoga
en el bullicio incesante
que se aumenta á cada hora.
En balcones y ventanas
sus gracias encantadoras
las hijas del Llobregat
van ostentando cuidosas
de mirar ó que las miren
los galanes que enamoran.
Cruzan gallardos ginetes
que ocultan lucientes cotas
de seda con ricas túnicas
que el oro y la plata bordan,
y ondula en su martinete
con la brisa bulliciosa
ligera pluma de cisne
que en rico broche se apo ya.
Por allí cruza de pages
muchedumbre revoltosa,
que á las viejas mortifican
con sus frases zumbadoras:
aquí la gente se agrupa
y se oprime y se alborota,
paso dejando á algun tercio
de las castellanas tropas
que marchan acompasadas
al son de marciales trompas.
Tras de ellas se ven pasar,
luciendo tálares ropas,
los severos consellers
con su corte numerosa,
y el obispo y su cabildo
con vestiduras lujosas
llevando la cruz delante
ante la cual se destacan
los hombres, y las mujeres
devotamente se postran.
No faltan galanteadores
que aprovechando las horas
de confusion y tumulto
cambie una cita amorosa
á despecho de una dueña
que su vejez no perdona,
ni reñidores soldados,
ni mal avenidas mozas,
ni desenvueltos muchachos
ni viejas murmuradoras.
Todo es ruido y confusion:
gritos que gritos ahogan,
y plumas, velos y almetes,
músicas, flores y tocas.

(Continuará.)

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Sillería baja de la catedral de Toledo. — Bajo relieve que representa la entrega de Baza.

GUACANAJARÍ.

II.

AINAIMA.

¿Por qué no han de acabarse todos los recuerdos en la oscuridad del sepulcro? ¿por qué ha de vivir lo que pasó al través de los siglos que marchan sin término y como las nubes que se amontonan y caminan atropellándose, impelidas de las tempestades?... Todo deja en la tierra su memoria: ni una arena es arrastrada por los vientos; ni una flor cae del árbol donde nace; ni una onda del mar llega á la orilla en medio del flujo y del reflujo á desvanecerse misteriosamente, sin que lo disponga la voluntad de Dios, que todo lo tiene previsto y lo señala con su dedo en el libro infinito de las generaciones, de los espíritus y de las cosas; por eso los días de mi triste vida pasaron quedando señalados con lágrimas para todas las edades. ¿Qué raza de hombres verá la luz en las fértiles y risueñas colinas de Haití que no fije sus ojos apesadumbrados en las ruinosas y olvidadas piedras de mi palacio de Marien?... Tú que has levantado mi cabeza del sepulcro y haces flotar mis cabellos movidos por el aire embalsamado de la noche, que refresca mis sienes, consuela el dolor del dolor mío, que no es igual á ningún dolor del espíritu del hombre.

Yo hubiera querido acabar para siempre en la roca de la orilla del mar, ¡por qué las alas del ángel de la muerte, no quedaron tendidas sobre mí por una eternidad!... paralizada mi sangre, mis ojos se cerraron; con el último aliento, se llevó mi espíritu el ángel del sepulcro. El beso de la extranjera que abrasó mi frente, acompañaba mi alma, desprendida del cuerpo, que se tendía cual espacio azul. — ¡Dios mío! yo sentí el frío de la muerte ampararse de las arterias de mi corazón; pero aquel beso estremeció mis entrañas, y no me dejaba morir. — Tendido sobre las rocas y sin oír el ruido lúgubre de las ondas, se apoderó de mí la oscuridad de la noche, y la insensibilidad de la materia. ¿Por qué desde aquel día, las alas del ángel del sepulcro, no quedaron tendidas sobre mi frente por una eternidad?...

El silencio reinaba en las peñas y recostaba el mar su onda tranquila, en la estendida y solitaria playa: la brisa empujaba los olajes hacia oriente, la luna se escondía en el horizonte: entre la oscuridad, se levantó una sombra blanca como la espuma del mar y melancólica como la luna; paso á paso, atravesó la llanura; traía desordenados los cabellos; los ojos lánguidos y arrasados de lágrimas, ¡pobre Ainaima!... eras tú que desde la orilla oíste el sonido lastimoso del arpa; la voz de la extranjera había llegado á tu corazón, para herirlo mortalmente, como el huracán despedaza los montones de nubes, y como el rayo del sol marchita las delicadas flores del Tamarindo. — Y así como el águila guarda desde la altura el nido de sus tiernos polluelos, tú viste la boca de aquella mujer llegar hasta mi frente, y sus lágrimas que se derramaron sobre mi cabeza, cayeron gota á gota y como chispas encendidas, y amargas como la hiel y como el veneno de la serpiente, sobre tu despedazado corazón!...

La extranjera que estaba á mi lado trémula y angustiada alzó la cabeza y vió á Ainaima adelantarse; y como el temeroso pájaro de la noche, huye al ruido de la mar que azota la playa y se estrelló á estrepitosa entre las aberturas de las rocas, así saltó despavorida de piedra en piedra hasta desaparecer en la oscuridad. Ainaima llegó hasta mí, cubierta de palidez: la luna hería con moribunda luz su triste frente; su lastimoso suspiro estremeció mis entrañas heladas por la ingratitud; su mano cariñosa abrigó mi cabeza en el calor de su seno infeliz: «Guacanajari me dijo, anegada en lágrimas, Vagoriona me trajo á las orillas del mar, buscando el ángel de mi vida, abre tus ojos y mírame porque el dolor consume mis entrañas». Mis oídos escucharon sus trémulas palabras; pero mi espíritu estaba lejos del corazón; ¡a infeliz viéndome morir, despavorida, lanzó á los aires su grito, que resonó en los mares, conmoviendo las mismas rocas; lo oyeron mis guerreros y Caonabo llegó desde la orilla, me levantó en sus brazos maldiciendo el destino de los reyes de Haití, y como un cadáver me llevó por las montañas hasta los umbrales de mi palacio de Marien.

Aquella noche la borró el ángel de los días de mi existencia, porque en toda ella no tuvo calor mi sangre, ni pensamientos el alma: por la mañana abrí los ojos; la sed y la fiebre me consumían: junto á mi hamaca estaba Ainaima, la cabeza caída sobre el pecho, amarilla como

la cera: fijó en ella mis lúgubres miradas, apenas respiraba la infeliz; ni un suspiro salía de su corazón. Caonabo estaba a su lado, taciturno como el ave que se alimenta de carne, y tenía la vista colorada como la luz del sol al ponerse en medio de los mares.—Ainaima, dije tendiéndola mis brazos; y como el ruiseñor que se ahoga de sed cansado de volar, halla al huir el día la fresca corriente en las profundidades del cíbaro, así se acercó a mi voz la desgraciada... ¡pobre alma mial repeti exhalando un suspiro; mis ojos le dijeron la amargura profunda de mi dolor, dos lágrimas de fuego rodaron de los suyos melancólicos como la luna; el destino rompiendo las alas de mi corazón, había envenenado para siempre la existencia de mi pobre Ainaima.

La fiebre me consumió durante muchos días, postrado, sin aliento, tendido en la hamaca de los reyes de Haití estaba el cuerpo de Guacanajari; pero mi espíritu envuelto en el perfume de las flores, había subido a los cielos, a confundirse con el rayo de la luna; mi espíritu no estaba alentando al corazón: yo no sentí ni el dolor, ni el placer; los ojos no veían el sonreír apacible de mis tiernos hijos, que ponían sus manitas cariñosas sobre mis labios; ni los oídos escuchaban el lento y temeroso gemido de Ainaima—el espíritu había abandonado el cuerpo, porque el dios de mis abuelos había querido purificarlo.

En aquel parasismo mortal, siete veces la luna cruzó por el cielo acompañada de la estrella de oro que rutila enamorada de su luz cándida y transparente, como era el alma de Ainaima—siete veces antes de llegar la mañana, se reunieron la amargura, la tristeza y la desesperación, géneos tutelares de la espléndida noche y esparcieron su veneno, y las sombras enlutadas y el frío de la densa oscuridad por la faz de la tierra: siete veces salió el sol de la profundidad de las aguas, y mi espíritu todavía divagaba en el éter del espacio, envuelto en el canto lastimoso de la extranjera, confundido con el rayo de la luna, rodeado de las sombras de mis abuelos, y regado por las amorosas lágrimas de Vagoniona y de la diosa de los mares, padres de mi generación.

Al octavo día, la luna dejó de aparecer; mi cuerpo sintió el espíritu que había vuelto a animar el corazón; y ¡abrí los ojos!... Ainaima estaba sentada sobre el banco de oro de los reyes, el codo colocado en la rodilla, la barba sobre la mano descarnada por el sufrimiento; los labios pálidos, los ojos sin brillo y con el mirar lánguido de los últimos momentos de la vida; ambas sienes señaladas por el dolor... Ainaima no había probado el alimento, ni apagado la sed que la devoraba en los días de mi enfermedad; aquel cadáver de la mujer que idolatró mi vida era el ángel a quien Dios había encomendado mi espíritu; pero mi espíritu había desgarrado las telas de sus entrañas, ¡pobre Ainaima! mi bendición nunca se extinguirá; ella acompañará tu memoria al través de los siglos, porque la gratitud nunca acaba: vive como el día en que nació y se trasmite de generación en generación, ¡ay! la gratitud es la eternidad, donde pasea sus ojos misericordiosos el Señor del mundo.

Cuando desperté de aquel morir extraordinario, tuve miedo; probé el remordimiento, para mi desconocido hasta entonces, porque ni una sola crueldad había manchado la pureza de mis pensamientos. Ainaima estaba arrodillada a mi lado: mis dos hijos ahogaban sus infantiles gemidos, para no mas ahijir mi pesadumbre: los Butios celebraban funerariamente la última ceremonia de la vida, y levantaban la cuchilla del sacrificio preparada ya para tronchar mi cabeza (1). Caonabo, Manicote, Boechio, todos mis capitanes y los sábios y las vírgenes, rodeaban mi lecho y rogaban al Texmes de mis padres, para que llevara al dios de Haití sus quejumbrosas plegarias: el tambor sagrado resonaba estrepitosamente, en mi recinto, y el butio, jefe de los sacerdotes dividiendo la torta de Cazabe, la repartía entre los príncipes de mi sangre: Ainaima de rodillas en un rincón de mi palacio, lloraba silenciosa; el abatimiento descomponía sus huesos; su mirada era lúgubre. Volvió a sentarse en el banco de oro de los reyes, y exhalando un suspiro dejó caer sobre el pecho la cabeza.

Apenas salí del estupor de aquella fiebre, cuando vi que Caonabo fijó su torba mirada en las puertas de mi palacio: luego entreabrió los labios con la rabia de la Utia (2) gimiendo como el caiman entre los uncós del yaqui, cuando quiere devorar un hombre; los caciques se estremecieron: los ojos de Ainaima se dilataron como la pupila del

pájaro de la noche en medio de la oscuridad; su frente se cubrió de pudor, iba a caer como la flor de la yagruma, (1) cuando el jaquei (2) la entrelaza para matarla: yo encogí los miembros entre la hamaca y mi espíritu se escondió en el fondo del corazón.—«rey Guacanajari, te traigo la salud» me dijo Colon que entraba por mi puerta como el sol por la garta del monte Cautá, cuando sale cubierto de rayos de las espumas del mar. Seguía sus pasos la extranjera descolorida como la hoja que marchita el viento; en sus manos traía una piedra del color del agua, que el Señor de la luz traspasaba con sus rayos, y en ella encerrado el sonido y una esencia del cielo para apagar el ardor de mis entrañas: Ainaima la miró y dejó caer de nuevo la cabeza sobre el pecho.—Caonabo y los caciques rodearon mi hamaca: Colon me dió su mano de hierro; la extranjera llevó a mis labios el remedio dulce como la Guanabana, (3) que calmó mi sed y embargó con el sueño mis sentidos.

La furia de los celos brillaba en las miradas centellantes de Ainaima.—La extranjera fijó en ella sus ojos de águila, negros como el pensar que la consumía, sintiendo su dolor porque era buena... «Mujer del cielo, le dijo entonces Ainaima con la frialdad de la muerte, ¡ojalá que tu corazón se convierta en hiel amarga, y lo derrita la ingratitud y lo haga cenizas la maldición del Texmes.» Entre mis sueños oí sus palabras acibaradas por el odio, y me estremecí: los butios la escucharon temerosos y miraron con los ojos de través: la extranjera inmóvil frente de mi hamaca, como el espíritu de la venganza sin abandonar la víctima, sonreía en medio de la desesperación. Mi alma y su alma estaban unidas por una eternidad: sentí en mis sueños que su boca temblorosa besó mi boca enamorada: la palidez del pudor hacia languidecer sus ojos embriagados de celestial ternura, mientras envolvía su espíritu con mi espíritu un éxtasis de amor infinito; pero en mi delirio oía la voz de Ainaima que me llamaba lentamente desde el sepulcro; ¡qué lastimosos son estos recuerdos; y qué enlutados y cubiertos de lágrimas vienen a devorar mi memoria!... Después de crueles dolores, volvió la fuerza a mis miembros: la mano empuñó de nuevo el arco; crucé las montañas; me sumergí en las corrientes a luchar con el caiman; sacudí la debilidad del cuerpo; pero mi espíritu taciturno no amaba la vida, era un peso que deseaba depositar en el sepulcro: desde mi enfermedad no volví a ver a la extranjera, ni llegué a las orillas del mar: cuando las ví de nuevo, encontré surcada la tierra y domada la playa; una eminencia (4) cubierta por todos lados de máquias para lanzar el rayo. Al verme llegar allí, salió de sus barcos Colon y me dijo: «Dios te guarde rey Guacanajari, voy a partir; te dejo treinta y nueve de mis guerreros: trátalos como a hermanos; ellos te defenderán contra Caraibí, y tú serás invencible, porque los rayos de su furor despedazarán tus enemigos.» Yo bendije la palabra de sus labios, y en prueba de mi ternura y lealtad, le di un vástago de mi sangre para que lo acompañara en medio de los mares; le prometí mirar sus guerreros como a mis propios hijos y el dios de Haití me prestó aliento para sostener mi promesa hasta que bajé al sepulcro en medio de los mayores martirios; no te llevas a la extranjera porque vas a matarme, iba a decirle, cuando los ojos de aquella mujer idolatrada penetraron en mi alma como un rayo para apagar la palabra de mis labios—última mirada que ha acompañado mis huesos en la soledad del sepulcro, y que ha alumbrado la oscuridad de mi eterna noche! ¡cuando despierto para llorar los días de mi triste vida, aun te veo derramando tus rayos sobre mi frente y abrasándome con la ternura inesplicable de tu amor desesperado!...

Por fin, sus naves se alejaron de las playas de Haití, confundéndose lentamente en el horizonte, como se pierde la memoria de los hombres en el mas incansable y eterno del olvido: yo quería desde la orilla, penetrar por las nubes salvando la distancia, y con los ojos seguir hasta el infinito la sombra de aquella mujer; pero mi vista trope-

(1) Arbol corpulento, de una gran elevación, de mucha sombra, la hoja es pequeña y de un color claro, abunda en los montes y orillas de los rios: en la primavera se cubre de flores.

(2) Jaquei; bejuco que abunda en las selvas; se entrelaza a las yagrumas y cedros, hacenas y palmas: los indios lo tenían como el simbolo de la ingratitud; porque una vez que se enredaba a los árboles, era tal la fuerza de sus brisas, que acababa por secarlos.

(3) Guanabana, árbol corpulento, produce esta fruta que tiene un color verdoso, es casi del tamaño del melón; la piel es muy blanda y encierra dentro una sustancia blanca glutinosa y dulce como la azúcar.

(4) Fortaleza que construyó Colon en la orilla de la mar, con los padanos de la Santa María que se salvaron del naufragio, rodeada de un profundo foso y defendida por las bombardas; en ella dejó treinta y nueve hombres escogidos al mando de Diego Arana, a quien concedió poder absoluto. Para recompensarle en caso de muerte, señaló a Pedro Gutierrez y a Rodrigo de Escobedo. Entre aquellos soldados había sastres, zapateros y carpinteros; los dejó tambien viveres y vino y varias clases de granos para la siembra, recomendándoles de vivir bien entre si, y en buena paz con los indios. Al establecerlos en la fortaleza, llamó a Guacanajari del que se despidió diciéndole a Diego Arana que lo defendiera de sus enemigos; en cambio Guacanajari prometió al almirante que miraría a los españoles como a sus hijos, y en prueba de amistad le dió uno de sus parientes para que le acompañara en su viaje; dando a la vela el 4 de mayo.

(1) Antes de morir el rey, se verificaba esta horrible ceremonia, repartiendo entre los parientes y caciques la torta de cazabe y entonando lúgubres canciones acompañadas del sonido del tambor colocado en la sala del moribundo.

(2) Especie de ratón salvaje del tamaño del conijó, se cria en la espesura de los montes, y se alimenta de frutas y raíces, vive en las copas de los árboles; los naturales después de muertos, los secaban al calor del fuego y era carne que conservaban largo tiempo y comían con sumo placer.

zaba con el reloj del horizonte tejido de nubes espesas, y con la incierta y misteriosa sombra de la tarde que no me dejaba llegar mas allá. Mi pueblo, que había descendido de las montañas á decir adiós al extranjero, se retiraba silencioso por las orillas de la mar; yo me senté en las rocas solitario y acompañado de todos mis recuerdos, y del color eterno que sentía en las fibras del corazón y de la memoria dulce de aquella mujer que será el alma de todos mis pensamientos. «Ella volverá, decía, fijando sus ojos en el cielo, donde todos los desgraciados hallan consuelo, y los ingratos y perversos el aspecto terrible de la justicia, que misteriosamente los estremece rechazando sus delitos: así rechazó el cielo mi plegaria y bajó la cabeza, y reconcentrado en mi angustia me alejé de la playa.

Llegaba á mi palacio, cuando la noche descendía del caos impenetrable y sublime de las cosas eternas, que no sabe el espíritu ni dónde comienza ni dónde acaba; pero que tiene su principio y tendrá su fin, como todo lo que nace y muere á la luz incomprensible del sol. El cielo estaba transparente y lachonado de luceros rutilantes: parecían las estrellas copiosísima lluvia de gotas de fuego; la melancólica luna en medio del horizonte, reina del vasto mundo de las sombras, tendía su luz de plata sobre la rizada y cristalina espalda de los mares, alumbrando con faz serena las selvas vírgenes y las dilatadas sabanas; la brisa perfumada por el suavísimo olor de los árboles, de las yerbas y las flores, refrescaba el delicioso ambiente: todo era silencio: solo el canto del ruiseñor se oía á lo lejos: aquella noche era la mas hermosa y apacible de cuantas vieron mis ojos... ¡Dios mío!... ¡qué imperturbable y con que frío presencia la naturaleza el dolor y la alegría de la humanidad, sin castigar al malvado en medio de sus crímenes, deshaciendo su cuerpo en el aire como el perfume de las flores y sin defender al inocente que perece cubierto de lágrimas, sosteniendo heroicamente la virtud del alma hasta mas allá de los umbrales del sepulcro!... ¡Siempre impasible el mundo sin estremecerse nunca, y encerrando en sus entrañas de barro, las generaciones inmensas de los hombres!...

Iba á poner los pies en el umbral de mi palacio, cuando un lamento doloroso hirió mis oídos: volví los ojos, y entre los tamarindos (1) vi á Ainaima asentada sobre el sepulcro de los reyes. Dirigí á ella mis pasos: «ven Guacanajari, me dijo, con voz lastimosa y como si saliera del fondo del sepulcro; me detuve en su presencia cubierto de vergüenza; y cruzando los brazos sobre el pecho, aguardaba que su lábio acusara mi espantosa ingratitud delante de las sombras de mis abuelos: la pobre, fijó en mí sus ojos cadavéricos, donde brillaba la ternura lúgubre de la muerte, y exhalando un suspiro que desgarró mis entrañas, me tendió su temblorosa mano abrasada por la fiebre y me dijo con voz humilde y quejumbrosa entrecortada por los lamentos. «Te he aguardado; creí que no venías y que iba á descansar la cabeza sobre la piedra del sepulcro, sin decirte el último adiós de la vida; voy á morir, Guacanajari: perdona si los labios de la pobre Ainaima lastiman por última vez tu corazón; sé que eres muy infeliz, pero voy á morir, Guacanajari. Oye el último adiós de la mujer que tanto te ha querido y que va muy pronto á encerrar en la oscuridad del sepulcro el dolor de sus entrañas, para que sus lágrimas no te entristezcan mas: ¡alma del alma mía! Yo fui el suspiro de tus suspiros; mis hijos eran la luz de tus ojos; su pobre madre vá á bendecirlos por última vez, míralos Guacanajari, exclamó moribunda separando de su alrededor las verdes ramas donde descansaban ocultos aquellos dos ángeles abrumados de cansancio y entristecidos con el llanto de su desventurada madre, «cuando duerma en el sepulcro, ellos te recuerden la memoria de la mujer que tanto te ha querido; y cuando las estrellas coronen el espacio y la luna tienda su luz por el cielo bañando con su rayo melancólico estos sepulcros, enséñales á bendecir mi infeliz memoria, y tráelos á llorar sobre la tumba de su pobre madre; no enluteces ni tu cuerpo ni tu corazón, ni flores sobre el cadáver de esta infeliz; Guacanajari, al morir te perdono y te bendigo;» dijo y espiró, dejando caer la cabeza sobre el cuerpo de sus tiernos hijos. Ellos atemorizados, despertaron del sueño, madre, madre, gritaban besando sus labios fríos por el hiel de la muerte; pero Ainaima no abrió mas los ojos: los había cerrado para siempre: entre mis labios recogí su último suspiro: la empujé de lágrimas: la llamé desesperado para que viera el inmenso dolor que consumía mis entrañas. Pero su alma había bajado á dormir en la noche de la eternidad. Sus hijos me pedían á gritos á su pobre madre; los inocentes besaban mis manos y acariciaban para ablandar mi crueldad; me decían que tuviera de ellos compasión y que despertara á Ainaima de su profundo sueño... ¡ay! ¿por qué cuando padece tan fieramente el alma, no ha de tener el hombre el derecho de hacer pedazos el cuerpo, para entregarse al descanso sublime de la destrucción interminable?...

(1) Tamarindo, árbol corpulento, de hoja muy menuda y que estendiendo sus brazos formando tienda, donde se guarecen los indios de los calores.

Yo tuve entre mis brazos toda la noche el frío cadáver de la infeliz Ainaima... así me encontró el sol padre del universo, así lloraron á mi redor los brutos y los guerreros, y al caer la tarde, rodeando de flores con mis propias manos su cabeza bendecida, yo mismo la coloqué en el sepulcro sobre la piedra de los reyes; quité las cibas de mi cuello y las puse para siempre sobre su corazón, porque Dios me había presagiado, que iba á acabar con su muerte el reinado de los reyes de Hahiti.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

UNA ESCURSION ESTUDIANTE.

(Continuacion.)

En efecto, había llegado la hora en que deben cerrarse las puertas de los establecimientos públicos, y nos fué forzoso despedirnos de aquella joven á quien las penas habían realzado á nuestros ojos, porque solamente los que sufren saben tributar el doble culto del afecto y de la veneración debido á la desgracia. Preocupados con lo que habíamos oído, no pudimos advertir que una persona extraña seguía nuestros pasos desde que salimos de la fonda, como si tratase de espiarnos ó de sorprender algun secreto de Estado en nuestras palabras; pero nuestra conversacion era bien natural y sencilla.

—¡Pobre joven! decía uno.

—¡Qué trabajos habrá pasado!

—¡Cuánto habrá llorado en este mundo!

—¡Quién había de decir que conocía á nuestro desertor, Matias!

Al oír estas palabras, el hombre que seguía nuestros pasos nos interpeló fuertemente como si le interesara mucho el asunto de que se trataba, y efectivamente le interesaba mucho, porque aquel hombre bastante disfrazado para que solo por la voz pudiéramos conocerle, era Matias. Este nos había visto entrar en la casa que él rondaba de día y de noche, nos había visto salir, y estaba dispuesto á seguirnos sin hablarnos; pero no pudo llevar adelante su propósito al oír pronunciar su nombre envuelto en la historia de la joven á quien amaba, y de quien sin muestra alguna aparente era correspondido. El dolor que nos había producido la narración de nuestra paisana era mas fuerte que el resentimiento que guardábamos á Matias por su extraña separación de nuestra compañía, de modo que sin entrar en el terreno de las reconvenções, empezamos á referir á nuestro antiguo compañero todo lo que habíamos oído.

—Pero chico, le dijimos, ¿no habías tú conocido á esa muchacha?

—No hago memoria.

—Ya se vé, ¿cómo era tan joven cuando estuvo en Peñaranda!

—¡Pero es verdad que me conoce? ¿Y por qué lo ha disimulado tanto?

—Pues con nosotros ha estado bien explícita; no ha tenido reparo en decirnos que sin la generosidad de tu padre no hubiera podido celebrar el entierro de su madre.

—¡Cómo!

—Lo que oyes.

—Será... ¡ya caigo! ¿Con qué, esa pobre joven es la hija de aquella desgraciada?... Pero señor; yo vuelvo á mi tema ¿por qué no se me ha dado á conocer?

—Eso se explicaba bien, contesté yo; por lo que he colegido de algunas palabras, infiero que esa joven te ama y teme desmerecer en tu concepto, porque como la pobre no tiene padre conocido...

—¡Y qué importa! exclamó Matias fuera de sí, yo no conozco su historia que siempre ha sido un misterio en Peñaranda; pero amo á esa joven y puedo ser para ella tanto como la buena madre á quien ha perdido. Si su padre la ha abandonado...

—Eso es lo que nosotros no sabemos ni ella tampoco. Su padre se conoce que era un bravo caballero, pero tal vez moriría el pobre en Ultramar.

—¿Cómo? ¿Qué nueva historia es esa?

—Sí, chico, su padre mató á un rival en desafío, fué condenado á los presidios de Ultramar, y no han vuelto á tener mas noticias.

—Señores, dijo Matias, dando muestras de una agitación extraordinaria, ¿qué están Vds. diciéndolo por favor denme Vds. algunos detalles acerca de ese duelo.

—Y por cierto que son bien especiales, dije yo. Figúrate tú que el contrario era un coronel.

—¡Cierito! exclamó Matias.—Y decidme, ¿el duelo tuvo lugar á espada?

—Que el padre de nuestra amiga manejaba como un profesor. Tanto, que después de dejarse herir voluntariamente para desarmar la cólera de su adversario...

—Basta, dijo Matias; ¡basta, amigos míos! Yo quiero ponerlos al

corriente de lo que todavía ignorais en esa historia. Sabed que esa joven, cuyas desgracias os han interesado tanto, esa joven á quien yo amo mas que á mi vida, es hija de D. Bruno...

Esta era la gran sorpresa que nos guardaba el destino entre las muchas que experimentamos durante nuestra excursion.

—Sí, continuó Matías, es hija de D. Bruno... que ha luchado para volver á España contra todos los obstáculos con que el génio del mal puede atajar el paso á la virtud, y que por fin cuando logró volver á su patria, rico y siempre fiel al juramento prestado en las aras del amor, tuvo el desconsuelo de no hallar á la mujer á quien adoraba. Por eso estaba siempre triste y pensando en el suicidio. Yo le habia impedido varias veces ejecutar su fatal proyecto, y por eso me resistia á salir de Salamanca; pero me engañó cruelmente; me habia dado tales seguridades de que no atentaria á su existencia, que no dudé en acompañarlo.

Entonces comprendimos nosotros todos los misterios que no habíamos podido descifrar, y entre otros, la extraña acusacion que Matías nos hiciera, diciendo que éramos la causa del suicidio de don Bruno.

—Ahora, dijo Matías: es necesario que volvamos á ver á esa joven, cuyo nombre no recuerdo; tendremos el sentimiento de aumentar su dolor con la infausta noticia que todos sabemos; pero yo tendré el gusto de sacarla de la miserable situacion á que la habia condenado la suerte; le diré que deje su destino, que ella no ha nacido para servir, que es heredera de la rica fortuna de su padre, cuyo testamento en mi favor es nulo desde este instante.

Volvimos en efecto á la fonda, pero ya no nos abrieron la puerta por ser demasiado tarde. Tuvimos que retirarnos consolándonos con la esperanza de volver al dia siguiente tan pronto como nos levantásemos, pero nuestra mala fortuna derribó en un momento nuestros planes. Hallábase entonces Portugal entregado á los azares de las revoluciones políticas, y eran tan frecuentes las prisiones arbitrarias, como las agitaciones de los clubs.

Por esta fatal casualidad fuimos detenidos como sospechosos antes de llegar á nuestra casa, y encerrados cada cual en su calabozo sin permitirnos ninguna comunicacion en mas de ocho dias. Consideren mis lectores cuál seria nuestra pena, y sobre todo la de Matías, viéndonos encerrados y sin comunicacion, no por nosotros mismos, que nada podíamos temer, confiados como estábamos en nuestra inocencia, sino por la joven, cuyos trabajos se prolongaban con nuestra detencion.

Y nuestra prision llevaba trazas de ser larga por la funesta combinacion de circunstancias que contribuian á hacernos sospechosos. Sabiase que habia en Lisboa un club compuesto de extranjeros, y nosotros fuimos precisamente detenidos cerca del paraje en que aquellos celebraban sus reuniones; de modo, que aunque era notoria nuestra buena conducta, el juez tenia sus razones para no soltarnos. Sin embargo, fácil nos fué contestar á todos los cargos, desvanecer todas las sospechas y salir por fin libremente de la cárcel, despues de lo cual nuestra primera diligencia fué ir á la fonda y preguntar por nuestra paisana y amiga. Pero ¡nuevo contratiempo! Allí nos dijeron que se habia despedido dos dias antes y que ignoraban su paradero. Hicimos mil investigaciones inútiles, y por último nos resolvimos á implorar la ayuda de la policia para llenar la medida de nuestra amargura, pues al cabo de algunos dias de averiguaciones vino un comisario á decirnos que la joven á quien buscábamos habia desaparecido de Lisboa, y que segun todos los informes y señas, se habia embarcado para Inglaterra en calidad de doncella de unos señores, cuyos nombres y residencia se ignoraban completamente.

Pero tambien este artículo se va alargando demasiado. Suplico á mis lectores disimulen todavía por hoy, en la inteligencia, de que esta historia se dará por terminada infaliblemente en el número inmediato de nuestro periódico.

(Continuará.)

AZELIA Y LAS WILLIS.

BALADA

DE S. J. NOMBELA.

(Conclusion.)

V.

Quedó Azelia dormida con un profundo sueño, no sin haber dado antes lugar en su imaginacion á un tropel de ideas, entre las cuales dominaban la de su amor á Huberto y la de las Willis, cuyo retrato acababa de ver por la descripci6n de su padre; pero al cabo de un corto espacio, quedó profundamente dormida. Las ideas que durante

el insomnio habian turbado su mente, abandonada al sueño, tomaron formas y colores y como en un estenso panorama se presentaron á su vista.

Era al amanecer del dia señalado para las bodas de Azelia y de su amante; las flores abrian su pétalo dejando ver entre sus estambres algunas gotas de rocío que parecian perlas, las matinales auras mecian y besaban las ramas de los árboles, la aurora abandonaba su lecho cristalino y levantándose en su carro por el oriente inundaba con su rosada luz los montes y los prados. Las aves dejaban su nido y revolando entonaban con melodiosa voz, himnos sin fin á la precursora del dia. Los zagales de aquellas cercanías se adornaron con sus mejores trajes y envidiaban á Huberto porque iba á unirse para siempre con Azelia, la mas gentil y virtuosa joven de entre todas las que habitaban aquellos sitios. Por otra parte, las pastorcillas ya engalanadas poblaban la pradera y entretegian con suma habilidad guirnalda de artemisa, oliva y azahar sujetándolas con cintas blancas, simbolo de pureza. Con ellas pensaban festejar á los tiernos amantes. — Los caramillos de los aldeanos rivalizaban con el sonoro canto de las aves. Todo era placer, todo respiraba alegría y felicidad.

En tanto Azelia, al lado de su padre recibia sus consejos con respetuosa atencion y profundo cariño... Ya el sol doraba las rubias mienes de los otros y Huberto, con su traje de boda llegaba al lado de sus buenos amigos al sitio donde le esperaba la dicha mas inmensa que puede ambicionar el corazón... Huddon y Azelia salen á su encuentro... El padre estrecha entre sus brazos al nuevo hijo, al nuevo apoyo de su vejez. — Azelia le dirige una tierna mirada acompañada de una dulce sonrisa y abandona la estancia para salir á la pradera. — Llega al dintel de su cabaña y varios grupos de aldeanos la victorean y la saludan. Ella contesta á sus demostraciones de cariño con frases de agradecimiento, pero no se detiene, se abre paso por entre aquellos alegres grupos y corre al bosque que está frente de su vivienda.

—¿Adónde vá? ¿Adónde van? dicen las unas á las otras.

—¿Adónde vá? preguntan los aldeanos.

—¿Adónde vá? repite Huberto á Huddon.

—Todos lo ignoran, ninguno adivina su intencion.

La mayor parte creen que ha ido al cercano bosque para teger una guirnalda y mostrar á su amante su cariño. — Esta idea cunde con rapidez y sosiega los ánimos... Todos esperan... Los zagales toñen sus pastoriles instrumentos; las pastorcillas danzan... En todos los semblantes imprime su sello de felicidad... El sol marca en su ruta el medio dia... Las brisas de la tarde comienzan á salir de entre las flores... El sol hunde su frente en el ocaso... Luce el crepúsculo sus mágicos colores, sus variadas y poéticas tintas... La triste noche tiende su oscuro manto... La misteriosa luna vierte su melancólica claridad... Azelia no ha tornado... Los zagales precedidos de Huberto se internan en el bosque... Azelia no parece, el desaliento se apodera de los corazones... Vuelve otra vez la aurora, torna el sol y otro sol y otro y otro. — Azelia no ha parecido aun. Huddon yace en el lecho, abatido por su fiero dolor. Huberto llora desconsolado la pérdida de su adorada Azelia. Los pastores le acompañan en su tristeza. Las zagalas arrojan la artemisa y el laurel y solo llevan en sus manos el ciprés y la adelfa; hasta el canto de las aves es triste y melancólico. — ¿Qué habrá sido de Azelia?

—Todos lo ignoran.

Azelia habia penetrado en el bosque de las Willis á teger una corona de flores para ceñir los cabellos de su esposo; Azelia tuvo sed y acercó sus labios á el manantial de una fuente cristalina. — Aquel manantial estaba impregnado de un narcótico que adormecia primero dando despues una muerte tranquila. — Azelia quedó dormida y al despertar se halló encerrada en el capullo de una azuzena. Habia dejado de existir y como todas las jóvenes desposadas iba á ser Willi. — Solo faltaba la ceremonia acostumbrada para llamarse así, vivir con su vida, danzar con su danza y adormecerse, con su sueño.

VI.

La luna iluminaba el bosque de las Willis con una dulce claridad; el azulado manto de la noche bordado de lucientes estrellas estaba desplegado y las brisas murmuraban entre los pobos y abedules meciendo blandamente las inclinadas ramas de los sauces.

El centro del bosque formaba un espacioso círculo del cual partian ocho calles de frondosas acacias y elevados abetos. Cuatro rústicas fuentes colocadas con natural simetria murmuraban derramando sobre el mullido césped el sabroso licor de su seno y en derredor brotaban lindas y perfumadas flores.

Zela era la reina de las Willis; abre su pétalo un clavel y aparece la hermosa soberana envuelta con una mágica claridad que alumbraba de improviso aque. parage solitario.

Apenas toca con su pequeño pié en el hervoso suelo, sus palpitantes alas tiemblan y se agitan sobre sus espaldas como las hojas de los árboles cuando el céfiro las impele con su soplo. Lleva en su diestra mano una rama de florido romero: con ella toca en todos los objetos que la cercan y súbito aparece un resplandor misterioso y una Willis que se reúne á ella y forma su cohorte.

Todas se agrupan, van á empezar su danza, cuando una de ellas, la divina Ofelia, anuncia la llegada de la amiga de sus primeros años, de la gentil Azelia. Con tan dichosa nueva todas se regocijan, irradian sus semblantes de alegría... Ofelia conduce á su amiga encubierta con un velo nevado... Las Willis la rodean y envidian su hermosura. Zela toca con su florida rama á la recién llegada y de su espalda nacen rizadas alas; mas blancas que la nieve, sus piés adquieren notable ligereza... La danza va á empezar, las Willis con caprichosos giros bailan alrededor de Azelia y de su amiga que se estrechan con sin igual



(Aventuras de un loco coronado.)

ternura.—Azelia está muy triste, recuerda á Huberto y un vivo afán de contemplarle agita su alma. La amiga de su infancia la consuela y la impele á la danza... Las dos se pierden y aparecen.—En todos los semblantes está pintada la animación... De pronto cesan y se reúnen bajo las ramas de un frondoso abedul... Han escuchado rumor de gente y en sus ojos se pinta la alegría y la ansiedad del cazador que acecha al ciervo... ¿Qué grupos son aquellos que se adelantan por las calles de arbustos? ¿Quién es aquel joven de negros ojos que lleno de tristeza parece que busca el alma de su alma?—Aquellos grupos son los aldeanos, el joven es el desconsolado Huberto.

—No está... no está, dicen unos á otros.

Las Willis se ocultan con sus alas... los inocentes aldeanos penetran en su mágico recinto... Huberto inundado de pena se sienta al pié de una sonora fuente... De pronto los inexpertos aldeanos sienten que una fuerza superior oprime su cintura y sobre sus hombros un peso leve que los hace estremecerse... Quiéren huir... no pueden...

—Las Willis!!! Las Willis!!! gritan, pero nadie los oye... Huberto no ha sido visto, y entregado á su fiero dolor no se apercebe de cuanto le rodea.

La danza continúa... Las Willis arrastran á sus desventurados compañeros y los hacen bailar... apenas tocan el suelo... El cansancio

sepinta en su rostro, piden auxilio, imploran compasión, mas en vano... Un temblor frío se apodera de sus miembros... algunos caen desfallecidos... los mas fuertes van á caer...

—Aquí hay uno, aquí hay uno, gritan las Willis corriendo á Huberto.

—Que baile—sí, que baile... Huberto siente que le obligan á levantarse, quiere oponerse pero no puede... Todas á porfía se disputan la nueva presa.—Todas quieren bailar con él.

—Azelia en tanto piensa en su amado Huberto y quisiera no vivir en su ausencia.

—Zela coje en sus brazos á el amante de la apenada Willis, baila con él y ya cansada lo abandona á otra, aquella le deposita en otros brazos... Huberto grita, y sus voces llegan á los oídos de su amada... Corre á ver si se engaña... mas no, le reconoce y le contempla desfallecido del cansancio y próximo á espirar.

Quiere salvarlo, pero Huberto corre de mano en mano, las Willis voltigean á su alrededor.—Azelia las persigue, quiere arrancarlo de sus redes...

—Dejadle, grita, dejadle... No la oyen... Dejadle.—Huberto, Huberto... Azelia se desespera... corre... vuela... Huberto ya no grita... su voz se ahoga en sus lábios... Va á lanzar el último suspiro... Dejadle.—Huberto cae, las Willis lo abandonan... llega Azelia... toca su pecho... ya no late su corazón... ha espirado... Azelia no puede resistir su acerbo mal y lanza un grito desgarrador...

—Azelia... Azelia... hija mia... ¿qué tienes?... ¿qué te pasa? pregunta el viejo Huddon entrando en la morada de su hija.

Azelia se despierta.

—Ah! padre mio, padre mio, Huberto ha dejado de existir...

—Hubertol...

—Ay sí: y comienza á llorar.

Ya el sol inundaba con su fulgente luz los anchos prados. Huddon había abandonado el lecho muy temprano, y al mirar á su hija en los brazos del sueño la había dejado descansar.—A sus dolorosos gritos entró en su estancia.

—No, hija mia, no ha muerto, tú has soñado, repuso queriendo consolarla. En este instante se escucharon los armoniosos sonidos de una cítara habilmente pulsada.

—No escuchas esa música? repitió Huddon corriendo á la ventana que daba vista al campo.

Azelia reconoció á su amante... pasó los índices por sus ojos... Cubrió sus formas con sus vestidos y se encaminó con rauda paso hacia la puerta... al abrirla estrechó en sus brazos á su amante... Su esperanza se había convertido en realidad... Huddon lleno de gozo los bendijo. Azelia conoció que todo había sido una ficción, un sueño, y henchida de entusiasmo dió gracias al Altísimo.

VII.

Algunos días después, los dos amantes se juraron eterno amor ante el altar.—Con su felicidad presente había olvidado Azelia su pasado sueño, y al tornar de la iglesia dió algunos pasos hacia el bosque para tejer una guirnalda de purpúras rosas, pero de pronto se detuvo y temió.—Su esposo vió cubrirse su semblante de mortal palidez y preguntó la causa.—Azelia le contó su sueño.

La algazara de los festivos aldeanos, la danza de las aldeanas, el dulce son de los caramillos, alejaron su tristeza y la volvieron la alegría.

Azelia fué feliz, pero cuando pasaba por el bosque latía su corazón con fuerza y sus miembros temblaban, nunca podía olvidar su sueño que temía ver realizado.

S. J. NOMBELA.

Mayo de 1855.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

El incendio seguía su marcha vagabunda devorando cuanto alcanzaban sus dientes de llama. Bien pronto se coloró con todos los colores de la belleza, cuando devoraba maderas era roja como la púrpura, cuando sesterías blanca, cuando el oro verde. Las cuatro paredes se abrieron por sí mismas, y entonces el castillo pareció una inmensa caldera de cobre, en cuyo fondo hervían los despojos de muchos reinados. Todo socorro era inútil. Los hombres que corrían como demonios por los balcones en los bordes de las cornisas, en las crestas de las paredes, parecían moscas y sus esfuerzos se asemejaban á los de las moscas también. Caían abrasados ó ahogados al pié del monumento que

querían salvar. El agua lanzada contra las paredes, cuyo radiante calor mantenía la gente á mas de cuarenta pasos de distancia, se inflamaba como si cayera sobre una plancha de metal encendido. El rey, á quien el pueblo quería salvar á cualquier precio, se había visto obligado á dejar la ventana y refugiarse en el hirviente palacio.

¡Cómo llegar hasta él!

Sin embargo, dos hombres consiguieron poner una larga escala formada de muchas escalas, en una de las paredes incendiadas y después de haberse mojado, se precipitaron por ella gritando: «Viva el rey.» El primero era el caballero Megret, el segundo Olof el gigante. Había que subir ciento veinticinco escalones! Ciento veinticinco infiernos, ciento veinticinco infiernos que atravesar al bajar.

El rey, que había esperado demasiado para dejar este lugar de desastre, no había podido bajar por la gran escalera de mármol; la escalera se había hundido bajo su peso y el de Reginold y ambos se habían hallado abismados en el incendio.

En el escalon cuarenta Olof vaciló. El caballero Megret fingiendo no comprender la emoción del gigante, le dijo:

—Si os parece que subo despacio os dejaré pasar el primero.

Olof, que era valiente en el fondo de su alma, no tenía contra si en esta ascension mas que su masa corporal, y respondió:

—No, vais bien... pero esa endiablada agua que vuestro traje deja caer en mi cabeza... Ya sabéis que el agua y yo...

Un clamor espantoso resonó á sus pies. —La pared va á caer! ya cruje, ya se inclina... Bajad, bajad pronto, bajad!

«Viva el rey» exclamó otra vez el caballero Megret ascendiendo como un gato seguido de Olof que ascendía como un oso, y poniendo en fin su mano sobre el borde de la ventana.

Ambos se precipitaron en seguida en el interior del palacio.

—Señor... señor, venid, dijo Megret al rey cogiéndole y arrastrándole hacia la ventana.

Y el rey bajando el primero, fué seguido de Reginold, de Olof y de Megret. El pueblo esperaba angustiado y temblaba á la vista de aquel peligroso descenso. El viento del incendio balanceaba la escala como una cuerda, tan pronto iba á chocar contra la pared formando una curva que arrancaba un grito delirante á cinco mil personas, como parecía que la llama la empujaba y la rompía.

Durante un momento nada se vió.

El pueblo se arrodilló espantado.

—«Viva el rey» exclamó tercera vez Megret, abriéndose paso entre el humo, después de haber tocado la tierra.

—Salvado! exclamó el pueblo viendo á su rey arrancado á las llamas del mas terrible incendio que ha tenido lugar en Suecia.

—Señor ¿dónde dormireis esta noche? le preguntó Reginold delante de toda la corte, delante de todo el pueblo, delante de Eric, Herman, Olof, Lieven, Reuschild y Megret.

—A bordo del *Cárlos XI*, respondió el rey, para aprestarme para partir mañana hacia Dinamarca con mi ejército y mi armada. Mi palacio será en adelante un navio de tres puentes y 120 cañones; señores, ese no arderá.

—Señor, dijo acercándose un hombre que salía de la multitud, yo soy Ekerot, el minero que os predijo el incendio de vuestro palacio el día de la caza del oso negro; ¿os acordáis?

—Muera el hechicero! gritaron muchos.

—A la horca.

—Al agua!

—No, á las llamas!

Iban ya á arrojarle sobre él, cuando el rey dijo: —Deteneos; Ekerot, por mi voluntad soberana te nombro inspector de las ruinas de Suecia.

—Señor...

—Te hago conde.

—Señor...

—Todos tus descendientes varones serán senadores.

—Señor...

—Me predigiste el incendio de mi palacio, pero no sabías que me precedías al mismo tiempo la grandeza de Suecia.

—Señores, añadió volviéndose á Reuschild, Olof, Megret, Herman, Reginold, Eric, Lieven y toda la juventud noble de su corte, un día se os explicará este enigma.

—Por Dios! dijo Megret á Olof, está explicado. La jaula arde, es preciso, pues, que el pájaro vaya á vivir á otra parte.

—No comprendo, dijo Olof.

—Oh gigante, amabilísimo gigante, lo contrario me hubiera extrañado en vos.

Y la gran chalupa á que *Cárlos XII* acababa de pasar se alejó de la ribera, llevando á todos aquellos jóvenes que aquella misma mañana no querían dejar la Suecia y las delicias del palacio real.

El palacio real no existía.

(Continuará)

ULTIMO AMOR.

FANTASIA.

Hay en la vida de ciertos hombres una época de amargo desaliento, de dolorosísimo cansancio; indefinida é indefinible; que no pertenece ya á las juventud, que no pertenece todavía á la vejez; rayos melancólicos del sol que se pone, crepúsculos luminosos de la noche que comienza...

Epoca de reconcentraci6n y aparente inercia, en la cual cobra el alma nuevo vigor para sostener el perpetuo combate que constituye el objeto de la incesante peregrinaci6n, del inexorable destino que ha de cumplir la humanidad antes de llegar al término de su fatal carrera...

Epoca de sordo desarrollo, crisis pel grosísima y prolongada, cuya terminaci6n es muchas veces funesta; crisis que suele dar principio en una orgia y concluir en una tumba...

En esos días que nunca se acaban, en esas noches eternas, devorados por una fiebre desconocida, presa el corazon de confusos deseos, perdidas todas las ilusiones, moribundas todas las esperanzas, brota un rayo de sol, y se vivifica vuestra marchita existencia; un fluido eléctrico, abrasador y corrosivo circula por vuestras arterias; á la inercia sucede la animaci6n, al fastidio el entusiasmo; el aire se enrarece y purifica; vuestro o rímido pecho se dilata; y cae sobre vosotros con la impetuosidad y la violencia de un torrente, una lluvia miasmática que inunda y rejuvenece vuestra alma, próxima al parecer á fugarse de la mezquina cárcel donde gime.

¿Por qué este repentino cambio? ¿por qué esta metamorfosis súbita y extraña? ¿por qué se ha convertido en febril impaciencia aquella monotonía abrumadora? Ah! porque el indolente génio de la languidez y del hastío ha dejado su puesto al fogoso génio del amor y de las tempestades.

¿Ignorais acaso, que las tempestades forman la corte del amor, como las estrellas son las *cortesanas de la luna*? Si habeis amado, si ha llegado la hora del último de vuestros amores, sabreis que el amor es un ángel de sorprendente belleza que cabalga sobre las nubes, llevando en una mano el rayo y el esterminio, y en la otra el iris y la ventura.

Ultimo de los amores! Si no le habeis sentido todavía no me comprendereis. Cuando se anuncie en vuestro corazon, cuando á germinar comience, cuando en medio de la profunda obscuridad de vuestra alma surja eserrayo de luz fosforescente y sofocante, entonces descubrireis un horizonte sin límites que no habeis siquiera sospechado; entonces conoceréis la vanidad de vuestras afecciones pasadas; entonces mirareis con supremo desden las angustias que antes os parecieran horribles, y los dolores que creisteis eternos, y los goces que juzgais infinitos é inefables.

Ultimo de los amores! Desde su primer instante se distingue dando á conocer las notabilísimas diferencias que de los anteriores le separan; es una fiebre de otro género; un delirio reconcentrado, sin las dulcísimas ilusiones de los vértigos juveniles; un huracan asolador que arranca de raíz las flores del corazon, como el caballo de Atila secaba para siempre la yerba donde imprimía sus herraduras; un fuego insólito que corre por vuestras venas, sin permitir que asomen á vuestros ojos las llamas del incendio que os devora.

Ultimo de los amores! Pasion sin ilusiones, que se nutre de recelos; que vive en la desconfianza, como el ave en el aire, como el pez en el agua, como la salamandra en el fuego; que se apoya en el disimulo; que disfraza la ternura con el sarcasmo; que se complace en crear aterradores fantasmas; que trasforma los goces mas puros en los mas crueles sarcasmos.

Una mujer, purísima y seductora, prodigio de belleza y de elegancia, rival de su sexo, codicia del nuestro, realidad de cuantos celestiales ensueños pueblan el mundo ideal de los poetas, lánguida y vaporosa como las vírgenes del norte, voluptuosa y ardiente como las hadas orientales; blanca como las espumas del mar; con negra y abundante, finísima cabellera; con negros y hechiceros ojos; con mirada acariciadora y penetrante; con tez suavísima y perfumada, con el talle de una sílfide, con la frescura de una ondina, con las gracias de una encantadora.

¿La conocéis? Es el último de vuestros amores.

No, no; es el último de los míos; es ella, es el ángel de bendici6n que derrama sobre las úlceras de mi alma un bálsamo vivificador y santo; es el querube que vierte en mi corazon infinita ternura, inefable y celeste dulcedumbre.

Y sin embargo, ¿cuánta amargura en medio de tanta dicha! ¿cuántos tormentos en pos de tanta ventura! Codicia de todos los hombres, envidia de todas las mujeres, ¿dudareis que brota de su amor un ma-

nantial inagotable de los celos mas horribles, de los celos de ayer, de los celos de hoy, de los celos de mañana? ¡Ay! pobre corazón enamorado y celoso!

Los celos de ayer! ¡si supierais lo que son! Un veneno que emponzoña todos los placeres; un espejo que refleja los momentos de embriaguez de la mujer á quien amais en los brazos de otro hombre; una nube opaca y densa que se interpone entre la luz y vuestros ojos; un eco que se repite en las concavidades de vuestra alma; un fantasma sarcástico que á todas partes os sigue; una sombra insolente que surge entre dos caricias; el infierno que desencadena todas sus furias y las arroja sobre el corazón cuando acercais al cielo vuestros labios...

En esos instantes de frenético delirio, de incomparable amargura, permanecéis silencioso, meditabundo, reconcentrado todo vuestro ser en la memoria, que es el suplicio de todos los que sufren: os olvidáis de que la mujer, en cuyo seno se apoya vuestra abrasada frente, es un ángel de candor y de pureza, y con los ojos cerrados, inerte, sumergido al parecer en un éxtasis de delicias, sufrís todos los horrores del martirio.

Mientras ella juega con vuestro cabello, abandonada á las expansiones de su amor, recordáis las pérdidas de otras épocas y de otras mujeres; mientras ella se lisonja de haceros sentir dulcísimas emociones recordáis todas las anécdotas picarescas y lúbricas, todas las escenas de obscenidad y de impureza que habeis oído, ó presenciado, ó leído; mientras ella vive y siente por vosotros, vuestra imaginación exaltada recorre los anales de la liviandad y de la prostitución del mundo...

Entonces pensais.

En aquella Julia, hija de Augusto, que adornaba todas las mañanas la estatua de Marte con igual número de coronas al de los jóvenes que habian disfrutado sus favores en la noche precedente:

En aquella Mesalina, que abandonaba el lecho imperial, dejando en él una liberta para recorrer las calles y los lupanares de Roma en busca de lascivos y vigorosos mancebos:

En aquella Agripina, que apuró hasta las heces la copa del libertinaje, embriagándose con los repugnantes placeres del incesto:

En aquella Juana de Nápoles, que en union con su primer amante asesinó á su primer esposo Andrés de Hungría, inaugurando la interminable serie de sus liviandades y adulterios:

En aquella Cristina de Suecia, que recientes aun en sus megillas los besos de Monaldeschi, dictó su sentencia de muerte:

En aquella Catalina de Rusia, que mandaba deportar á la Siberia los hermosos granaderos de su guardia, que obedeciendo la consigna imperial, habian encantado á la mujer deshonrando la soberana:

En aquella...

¡Oh! perdon, ángel mio, perdon!... Perdona esos paroxismos de celosa pasión, esos vértigos horribles, ese infernal oleaje de recuerdos que me hacen olvidar tu cándida pureza.

¡Te amo tanto! Quisiera hubiesen sido míos todos los instantes de tu existencia, porque al cruzar por mi pensamiento la duda, cae sobre mi corazón una lluvia de fuego que le abrasa, y la vista se me nubla y mis sienas laten con espantosa violencia, y mis oídos zumban, y mi respiración se acorta y siento que una mortal congoja se apodera de mi alma...

Y los celos de la ausencia!... ¿Quién inventaría la ausencia? ¡Oh! No debe tener corazón quien separa á un hombre que siente su último amor de la mujer que se lo inspira, porque la ausencia y el olvido son hermanos, porque la ausencia es la muerte... ¿Qué os importa una puñalada en el corazón, si os quitan la luz de los ojos, si os quitan el aire para respirar necesario? Ven pronto, alma mia, ven, que te adora y te espera tu desconsolado amante...

¿Vinisteis al fin? Si, si, radiante de juventud y de belleza, con tu atractiva sonrisa, con tu lánguida mirada, con tu esbelto talle, con tu tez nacarada; siempre tan seductora y elegante, siempre tan hechicera y hermosa... Pero conservas la constancia?

R. DE NEGRO.

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(Continuación.)

III.

- Ya se acercan.—Allí vienen.—
- Mirad y cuanta galera.—
- A la playa.—Que me oprimen.—

- Vamos, vamos.—Fuera viejas.—
- Deslenguado.—¡Que me ahogan!—
- Conque hermosa, á la una y media.—
- Sí.—¿Qué es eso?...—Seor soldado hágase atrás que me aprieta.—
- Calla niña si hace frío.—
- Pues yo sudo.—Vaya fuera de la ciudad á estar ancho.—
- No quiero.—No haya quimeras.—
- Sois un mándria.—Lo veremos.—
- Que se matan!—Que ya llegan.—
- ¡Ay! mi toca.—¡Ay! ¡Ay! reniego de tal bulla.—Si me dieran mas oro que... ¿quién no vuelvo á meterme en otra.—¡Fuera!
- Ese caballo.—Muchacho.—
- Ya estan cerca, ya estan cerca.—
- Silencio.—Atrás.—Por aquí.—
- A la playa.—Santa Tecla!—

Y todos se precipitan

porque curiosos desean mirar al rey prisionero, que viene con las galeras, y cual pantano que rompe, el muro que le sujeta, al mirar de la muralla las puertas del mar abiertas, lanzáronse entre empujones, risas, suspiros y quejas á la playa, en confusión que un solo instante no cesa, menestrales y labriegos soldados, niñas y viejas.

Y á la verdad es fundada la impaciencia que demuestran, pues de Francisco primero ver la magestad suprema, que á España viene aunque honrada, no de grado, si de fuerza, es motivo suficiente y disculpa la presteza, conque todos hácia el mar se oprimen y se atropellan; que no es por Dios espectáculo que se ofrece con frecuencia, mirar un rey prisionero de quien mil hazañas cuentan. Los hombres anhelan verle por su fama de fiereza, las hermosas porque diz es galante con las bellas, las chicas por algarazas, y por murmurar las viejas. Mas todos pronto á saciar van su deseo, pues entran las galeras en el puerto, que guardan ó que cortejan la capitana en que viene, su magestad prisionera.— Ya ha llegado: las campanas rápidamente voltean; y al atronador ruido, conque los espacios pueblan, en estruendo indefinible confusamente se mezclan, atambores que redoblan, y trompetas que resuenan, y mosquetes que disparan, y cañones que revientan.— Pues aunque viene vencido, no cual prisionero entra, sino con todo el honor de su estirpe y sangre régia, pues siempre los españoles valientes en la pelea con enemigos vencidos de ser cortesés se precian. La muchedumbre se apiña, agrúpanse las cabezas, y en balcones y ventanas

pañuelos el aire ondea
agitados por las manos,
de lindas barcelonesas.
—Ya ha entrado dentro del puerto
la capitana galera
y el tablado que en la playa
junto al ravalaje hicieran
de estribor en el costado
la gente de mar aferra,
para que por ella baje
el rey que vencido llega,
desde el buque hasta el palacio
sin que tocar tenga en tierra.

Llegada la comitiva
del monarca á la presencia,
el esforzado Cardona
que á Barcelona gobierna,
á nombre de la ciudad
con muy corteses maneras,
que el hospedaje reciba
que le preparan le ruega.
Dióle gracias el francés,
pero al ver que se le espera
con la pompa y aparato
que cumple á su estirpe régia,
dijo al valiente guerrero
con delicadeza extrema:
«Os doy gracias y las doy
á la ilustre Barcelona,
que bien su nobleza abona
con su proceder de hoy;
pero os suplico señor
mandeis cesen los festejos
que estoy de mi Pátria lejos
y triste, Gobernador.
Que admitan el fiel tributo
de mi gratitud espero,
mas hoy vengo prisionero
y por mi honor visto luto.»

A poco rato el ruido
de atambores y trompetas,
de campanas y cañones
que por los aires resuena,
tornóse silencio mudo
porque al saber la respuesta
que el prisionero monarca
á la comitiva diera,
el pueblo entero comprende
el hondo pesar que encierra
y aunque le quieren vencido,
generoso le respeta.

Salió el monarca francés
que la comitiva cerca,
y á su lado cual su sombra
vestidas sus armas negras,
el fiero Alarcon que guarda
quizá con tosca rudeza
al prisionero monarca
que ni un solo instante deja.

No viste el francés guerrero
recamada sobrevesta
de terciopelo y de oro
ni armadura de Venecia,
ni cubre su régia frente
la coronada cimera,
con airosos pendoncillo
y el *modo, et non plus* en ella;
que solo cubre sus formas
lisa ropilla modesta
de negro color, y negros
los broches que la sujetan
á su talle airoso y fino
que admira mas de una bella.
Negro es el corto birrete,
negra la pluma que ondea
por un broche de azabache
al lado izquierdo sujeta,
y aun su rostro sombreado
por barba aunque corta espesa,
con su palidez enluta

su noble y digna presencia.
A las pláticas responde
que en vano anudar esperan
corteses los españoles
para distraer su pena,
y con sonrisa galante
que mal cubre su tristeza
á los amables saludos
de las hermosas contesta.
Así en medio del silencio
que por todas partes reina,
del rudo Alarcon seguido
y de guardia una bandera,
penetre dentro el palacio
del arzobispo.—A las puertas
queda la plebe un momento
en admiracion suspensa,
hasta que al fin deshaciéndose,
con marcha pausada y lenta,
poco á poco á sus hogares
tomó callada la vuelta;
que tal acontece siempre
después que acaban las fiestas
á que presurosa acude
la muchedumbre contenta.

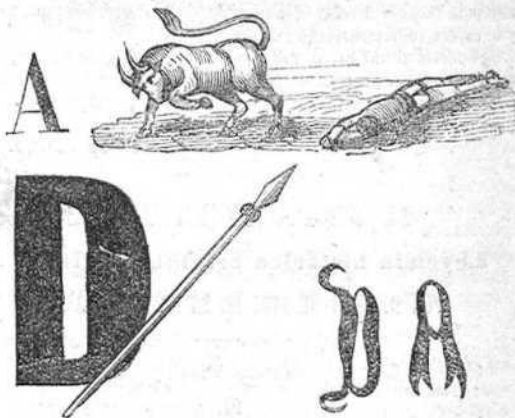
Retiráronse los nobles
y la comitiva entera,
para que descanse el rey,
ó porque triste no vea,
su vencimiento patente
al contemplarlas tan cerca;
y á poco solo se oían
los pasos del centinela,
que á la puerta del palacio
lentamente se pasea,
murmurando ulgún romance
para entretejer su vela.

(Se continuará.)

ASTUCIA.

Pasando Luis XIV revista á sus guardias francesas y suizas en una espaciosa llanura, un aldeano echó de ver que las tropas pasaban por una heredad que tenia sembrada de guisantes, destruyéndoselos todos; para lograr que prontamente y bien se le abonase el daño, comenzó á gritar: *milagro*, y no lo dejó hasta que llegó á oírlo el rey, el cual le preguntó que qué era aquello?—«Señor, respondió el astuto aldeano, yo habia sembrado en esta tierra guisantes, y veo que han nacido suizos.» Entendió el rey la *astucia*, la celebró, y mandó recompensar con suma generosidad al aldeano.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albasola.



Sillería baja de la catedral de Toledo. — Bajo relieve que representa la entrega de Baza.

SILLERÍA BAJA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

BAJO RELIEVE

que representa la entrega de Baza.

A mediados del año de 1489 Fernando el Católico llegaba con numerosas y agueridas huestes á la vista de la ciudad de Baza con objeto de sitiarla.

Baza, plaza militar, y llave de los dominios que poseían á la sazón los moros, se halla en un valle de ocho leguas de largo por tres de ancho, rodeada por la sierra de Habal-cohol, constituyendo entonces una parte de su defensa las cuevas de dicha sierra, un respetable castillo y una muralla flanqueada por grandes y robustas torres. Los arrabales, aunque escasamente fortificados con casa-muro y cercas de tapia, y además una frondosa campiña de una legua de circuito, en que abundaban las casas de campo y torres entre huertas y jardines regados por las abundantes aguas que bajaban de la sierra, eran con sus casas, acequias y árboles, obstáculos formidables para quien tratase de invadir la ciudad.

El rey moro Abú-Abd-Allah, el Zagal, había prevenido á Baza de todo lo necesario para sostener un sitio de quince meses, mandando además de la guarnición con que constaba la ciudad, tropas escogidas de Guadix en donde él se hallaba, y toda la gente de armas tomar que pudo reunir de Purchena, de las sierras de las Alpujarras y de Tabernas, que presurosos habían acudido al llamamiento por el peligro de la patria. Además salieron muchos caballeros de Granada sin que su rey Boab il el Chico lo supiera, con el objeto patriótico de defender á Baza amenazada, y por último, el príncipe Cidi Yahya con diez mil guerreros, constanding pues la guarnición de veinte mil hombres mandados por tres jefes principales, Mohamed Ben Hacem, llamado el Veterano, Abú-Áli, alcaide de la ciudad, y Hubec Adalgar teniendo autoridad sobre todos el príncipe Cidi Yahya por ser de linaje real, y merecer toda la confianza de su rey el Zagal.

El Rey Católico sentó sus reales á cierta distancia de las huertas é intimó la rendición de la plaza, prometiendo condiciones ventajosas si se sometía, ó de lo contrario no levantar el sitio hasta tomarla: pero habiéndosele contestado por los caudillos moros que ellos no tenían la ciudad para entregarla sino para defenderla, dió las órdenes oportunas para sitiarla. Fernando V quiso adelantar el campo

hasta las huertas próximas á los arrabales, protegido por la artillería y caballería. Para llevar á cabo esta difícil operación envió delante un grueso destacamento á ocupar las huertas, al encuentro del cual salió de la ciudad numerosa infantería acudida por el príncipe Cidi Yahya. Trábase la pelea; llevaban la mejor parte los moros, por conocer el laberinto de las huertas; lo cual visto por los ginetes cristianos, echando pie á tierra se incorporaron con los peones. Empeñóse de recio el combate, y divididos y subdivididos los combatientes de una y otra parte en pelotones según lo permitía el terreno, por las muchas acequias, árboles y maleza, luchaban con desesperado arrojo los cristianos para posesionarse de las huertas, y los moros para desalojarlos de ellas. Las casas se incendiaron; y propagado el incendio á los árboles, arbustos y demás plantas, presentaba un cuadro horroroso de desolación y muerte. Los caudillos cristianos quisieron salir de las huertas con sus compañías; pero les fué imposible por no conocer el terreno. Mohamet Ben Hacem y sus capitanes miraban con ansia desde los Adarbes hacia el sitio de la pelea, mientras el Rey Católico situado con sus huestes al principio de las huertas, enviaba á los suyos órdenes y socorros; pero ni de la ciudad ni del campo se podía ver á los combatientes, por causa de la espesura de los árboles y del humo del incendio. Llevaron por fin los cristianos hacia la población á los moros, y después de obligarlos á retirarse detrás de unas empalizadas junto á los arrabales, hicieron alto, y establecieron y fortificaron también con empalizadas sus estancias junto á las de los Muslimes. Así quedó asentado el campamento en aquellos antes deliciosos jardines y huertas, ganadas en doce horas de pelear sin descanso.

Al anochecer, hizo Mohamet una salida para socorrer al príncipe y arrojar de su posición á los cristianos; pero ya era tarde; la oscuridad no favorecía á sus esfuerzos, y tuvieron que retirarse aunque sin otro éxito que el no dejarlos reposar en toda la noche, por los continuos rebatos que hacían.

Conociendo el rey Fernando lo difícil que era el conservar las posiciones tomadas, y las molestias que los cristianos sufrían por las continuas salidas de los moros, aunque en pequeña escala, y solo con objeto de incomodar y tener en una continua alarma á sus enemigos, determinó habido consejo de sus capitanes el trasladar á paraje mas seguro los reales. Para ejecutar este arriesgado movimiento, por estar á la vista de los moros, reforzó el rey á la mañana siguiente las avanzadas con fuerza respetable junto á los arrabales por si intentaban alguna salida. Tomadas todas las precauciones que en tales casos convenían, empezó el grueso del ejército á retirarse con mucho orden al

16 DE SEPTIEMBRE DE 1853.

sitio en que primero se había situado el campamento, y á la caída de la tarde se abandonaron los puestos avanzados, marchando las huestes, no sin tener que hacer frente de cuando en cuando á los moros, que apercibidos, aunque tarde, de este movimiento estratégico hicieron una salida mandados por el príncipe Yahya; acometiendo varias veces á los cristianos, pero sin conseguir desordenarlos en su retirada.

Sentados los reales en sitio mas á propósito que antes, el rey Católico reunió sus capitanes, y habiéndoles manifestado lo árduo de tanta empresa, y lo difícil que sería el tomar una plaza tan bien fortificada, y abastecida de todo lo necesario para sufrir un sitio de largo tiempo, sin contar con las nuevas tropas que pudieran venir á su socorro de todas las sierras y pueblos inmediatos, acordó, previo un consejo de guerra, no continuar el sitio. Las tropas al saber semejante decisión del rey, le pidieron llenas de ardor bélico, que no se apartase de Baza hasta rendirla. El rey envió inmediatamente á Jaén un mensajero á la reina Isabel consultándole sobre el particular. La reina contestó dejando la resolución á la prudencia de Fernando, ofreciendo empero que en caso de continuar el sitio, ella procuraría de todo lo necesario al ejército sitiador hasta que se verificase la toma. En vista de lo cual el rey se decidió á acceder á los deseos de su gente, que le aplaudió su determinación.

Dadas las órdenes, dividiéronse las huestes cristianas en dos partes; una de ellas con cuatro mil caballeros y ocho mil peones, toda la artillería y engeños de batir, tomó posición á las faldas de la sierra entre esta y la ciudad; y en el punto opuesto se asentó la otra, mandada por el rey en persona, con seis mil caballos y numerosa infantería. Quedaba entre ambos campamentos un espacio de media legua que contenía las huertas, el cual se fortificó con empalizadas, trincheras y otras defensas; se talaron los árboles; se echaron por tierra varias casas que habían quedado de la refriega pasada; hasta dejar en mes y medio arrasadas las huertas, á pesar de las escaramuzas con que trataban de impedirlo los moros; y por último se cercó y aisló completamente la ciudad, abriéndose en lo llano desde uno á otro campamento por cada lado, una profunda zanja que se llenó con las aguas bajadas de la Sierra, y se coronó con una grande empalizada y quince torres erigidas de trecho en trecho. Formóse así una estensa línea que privaba á los sitiados de recibir socorros y de estender mas que á ella sus salidas.

Tomadas todas las precauciones necesarias y habiéndose puesto atalayas en las alturas, y gente de guerra en los caminos para que los guardasen, por si de fuera venía gente en socorro de la ciudad, el rey Católico se propuso esperar á que el hambre ó el temor, obligasen á los sitiados á hacer proposiciones ó rendirse. Pasaban días y meses en que las únicas acciones marciales que ocurrían, eran las frecuentes salidas de los moros, trabándose sangrientos combates y escaramuzas, y á veces entraban en los reales de los cristianos, robando y talando lo que encontraban, por los parajes débiles de su estensa línea. Aventaban mucho los moros á los cristianos en estos encuentros, ya á causa de su destreza, ya por su conocimiento práctico del terreno; por lo cual mandó el rey Fernando que se procurase evitar todo género de pelea.

La reina Isabel atendía entre tanto al mantenimiento del ejército sitiador, venciendo obstáculos insuperables y echando mano de todos los recursos posibles, hasta llegar al caso de enviar á empeñar su propia vajilla de plata y oro y todas sus joyas á las ciudades de Valencia y Barcelona, para con su producto atender á las necesidades del ejército. Gracias al cuidado de tan augusta señora, el ejército estuvo surtido de todo lo necesario, mientras en la ciudad se empezaba á padecer hambre.

Para precaver los accidentes de el invierno con sus lluvias, construyéronse casas de madera y de tapia cubiertas con teja. Reemplazáronse pues las tiendas de campaña con una población, pero no se hicieron las construcciones con la solidez exigida por el clima del país, y así, el primer temporal récio que le sobrevino derribó gran parte de ellas, causando no pocos estragos.

El mismo temporal interceptó los convoyes de provisiones enviados por la reina, y puso al ejército en una consternación general, dejándole sin manutención por todo un día.

Estos reveses de fortuna impulsaron á Fernando V á enviar un mensajero á Mohamed Ben Hacem ofreciendo para él innumerables mercedes, y para los habitantes respecto á sus personas y propiedades, si se entregaba pronto la plaza. El veterano, creyendo ser este paso síntoma de desaliento, porque tenía noticias exageradas de los desastres y falta de viveres causados por las avenidas, contestó, aunque con cortesía, negándose á todo partido.

Reanimados los moros salían casi todos los días á escaramuzear con los cristianos, perdiendo de ambas partes muy buenos caballeros, aunque sin ventajas para unos y otros.

Los apuros de los sitiados crecían diariamente, llegando hasta el punto de no poder pagar á la tropa. El alcaide de Baza Mohamed, ma-

nifestó al pueblo las necesidades de la guarnición; y donándole generosamente los hombres, sus bajillas, y las mujeres sus brazaletes, manillas y zarcillos, pudo pagar á la guarnición, y por consecuencia seguir defendiendo la ciudad. Sabido por el rey Católico este desprendimiento y tesón de los sitiados en defender la ciudad, persuadidos de que pronto se levantaría el sitio según les había manifestado su alcaide Mohamed, resolvió alejar tal esperanza. Escribió inmediatamente á la reina para que trasladase su residencia al campamento durante el invierno. A los pocos días viéronse bajar por las montañas numerosas huestes. Era Isabel la Católica, que con numerosa comitiva se dirigía á los reales cristianos, vestida con primor, montando una mula cubierta con paramentos recamados de oro y tan grandes que tocaban al suelo, trayendo á la derecha á la infanta doña Isabel su hija, y á la izquierda al gran Cardenal de España, con un lucido acompañamiento de damas, caballeros, pajes, escuderos, una respetable guardia de hidalgos armados con esplendidez y seguida de un ejército lucido y aguerrido. Difundióse la noticia de la llegada de la reina al real de los cristianos, por toda la ciudad de Baza, y en un momento viéronse coronadas de espectadores todas las azoteas, torres y demás puntos elevados. Algunos de los caudillos moros, quisieron en un primer arrebato de entusiasmo bélico, salir á atacar á la escolta de Isabel la Católica, pero el príncipe Cidi Yahya, prohibió disparar contra ella la artillería ni dirigir á su persona ataque ni insulto de ningún género. El rey Fernando acompañado de los grandes, y de todos los caballeros de su corte y del campamento, engalanados con magnificencia y seguidos de innumerables gentes salió á recibir á la reina. Reuniéronse ambos monarcas, abrazáronse, y con la mayor pompa y entusiasmo marcial entraron luego juntos en los reales.

Viendo el príncipe Cidi Yahya el empeño decidido que habían formado los cristianos de no levantar el sitio hasta rendir la ciudad, pues contaban estos con un numeroso ejército, y que los apuros de Baza crecían diariamente, creyó deber evitar mas derramamiento de sangre y no exasperar al enemigo con una inútil resistencia. Manifestó, pues, querer parlamentar, y los Reyes Católicos le enviaron á don Gutierre de Cárdenas, duque de Maqueda y comendador de Santiago, persona muy querida de los reyes por su valor y acierto en las cosas de la guerra, que con el alcaide Mohamed y el acompañamiento de entrambos se juntaron en un paraje convenido. Después de conferenciar, volvióse el veterano á la ciudad para consultar con los caudillos moros, los cuales con él acordaron que el príncipe Cidi Yahya pidiese á Fernando V licencia para enviar á Guadix un mensajero con una carta dirigida al rey Abú-Abd-Allah, el Zagal, habiéndole de la entrega de la ciudad, puesto que les parecía ser un desdoro de su buena reputación el entregar tan importante plaza sin haber sufrido ni un asalto. Dado por los Reyes Católicos la licencia pedida y el necesario salvo conducto, marchó el mensajero y presentó á Abú-Abd-Allah, que á la sazón meditaba sobre el mal estado de sus asuntos, el pliego destinado á consultarle acerca de la conducta que en su apurada situación debía seguir Baza, no pudiendo resistirse por mas tiempo si pronto no se le daban auxilios, y teniendo por otra parte seguridad de obtener ventajosas condiciones si accedía á una pronta sumisión. Reunió el Zagal á su Jeques para que le aconsejasen en tan apuradas circunstancias; pero la discordancia de pareceres no hizo mas que aumentar su perplejidad. Convencióse sin embargo de ser inevitable la pérdida de aquella ciudad, por la imposibilidad de socorrerla. Mandó pues, decir á Cidi Yahya que «obrase como mejor le pareciese.» A consecuencia de tal contestación, el príncipe, de acuerdo con los demás caudillos musulimes, capituló inmediatamente, consiguiendo que los guerreros venidos de fuera á defender á Baza, pudiesen salir libres con sus armas, caballos y demás efectos; que á los habitantes de la ciudad se les facultara para retirarse con todos sus bienes, ó para establecerse en los arrabales con la seguridad de poder observar sus ritos y costumbres, aunque jurando en este caso fidelidad á los Reyes Católicos, y pagarlos el mismo tributo que hasta entonces habían dado á sus monarcas. Se convino en entregar á Fernando é Isabel la plaza con todas sus fortalezas en el término de seis días, concediéndose este tiempo para que los moradores pusiesen á buen recaudo su hacienda; pero dándose en el interin en rehenes quince moros de las principales familias, que llevaron á los reales, el príncipe Yahya y el alcaide Mohamed, ambos en persona. Recibieronlos con el mayor agrado los Reyes Católicos, y tanto á ellos como á otros caballeros moros, los hicieron grandes obsequios y mercedes en dinero, ropas, alhajas, caballos, armas y otros objetos de gran valor. El príncipe Cidi y el alcaide, prendados del porte afectuoso, digno, elevado y generoso de tan grandes monarcas, no solo juraron no volver á sacar la espada contra ellos, sino que entraron en su servicio con otros muchos moros impulsados por tal ejemplo. Fernando é Isabel los colmaron de alabanzas y de premios.

Tal fué el resultado de este famoso sitio, á los seis meses y veinte días después que se presentaron las tropas cristianas á la vista de Baza, en que perecieron veinte mil cristianos, la mayor parte de enfer-

medades. Se rindió la ciudad de Baza en 4 de diciembre de 1489. Al siguiente día hicieron los Reyes Católicos su entrada solemne en la plaza, y sacaron de las mazmorras mas de quinientos cautivos.

En el dibujo que representamos (bajo relieve), se vé á la izquierda al ejército cristiano; en el centro á los caudillos moros, y á uno de ellos entregando la llave de la ciudad (1) al Rey Católico, y finalmente á la derecha el campamento, ingenios y lombardas para batir las murallas, y en el fondo la ciudad, incluyéndose todo en un arco carpanel.

UNA ESCURSION ESTUDIANTE.

(Conclusion.)

Convencidos de que nos sería imposible hallar á la persona á quien buscábamos, celebramos una reunión, en la cual se resolvió que Matías se embarcase para Inglaterra mientras nosotros dábamos la vuelta á Salamanca donde debíamos continuar nuestros estudios. Para esto Matías necesitaba dinero, y nosotros le dimos todo lo que teníamos, porque nada nos hacia falta para el viaje, contando como contábamos siempre con los recursos de la música estudiantina. Entregamos, pues, toda nuestra fortuna á Matías, que se encontró bastante rico para ir no digo yo á Londres, sino á Moscow, pero antes de partir le ocurrió la prudente reflexión de que no habíamos pagado al alcaide de la cárcel la comida que nos habia dado durante nuestra detención. Fuimos, pues, á ver al alcaide para retribuirle y darle las gracias por su comportamiento; pero el buen hombre se apresuró á contestar que nada teníamos que agradecerle por su conducta como alcaide, pues no habia hecho mas que cumplir con su deber, y que nada le debíamos por la comida en atención á que otra persona habia pagado por nosotros. Preguntámosle quién era aquella persona, y no quiso decirlo, protestando que habia dado palabra de no revelarlo; pero Matías, que como nosotros habia adivinado el misterio, dijo como para sacar de mentira verdad:

—Es inútil que Vd. se obstine en ocultar lo que todos sabemos: la persona que ha pagado por nosotros es una jóven.

Y dió perfectamente las señas de nuestra paisana, en vista de lo cual el alcaide confesó que efectivamente era ella, añadiendo que la última vez que estuvo pagó adelantado el gasto de dos días, asegurando que al cabo de estos dos días saldriamos á la calle. Quisimos hacer algunas preguntas, pero nos interrumpió la llegada de algunos presos, al frente de los cuales entró el juez que habia entendido en nuestra causa, el cual se llegó con la mayor amabilidad á nosotros, diciéndonos que los presos que á la sazón llegaban eran precisamente aquellos con quienes la policía nos habia confundido.

—¡Pobres! dije yo, á pesar de los perjuicios que en este qui pro quo hemos sufrido, les compadezco.

—Ya pueden Vds. compadecerlos, contestó el juez, no porque su causa sea grave, pues nada resulta contra ellos, de modo que dentro de breves días tendré el gusto de ponerlos en libertad, sino porque no tienen tan buen protector como Vds., ó por mejor decir, tan bella protectora.

—¿Qué quiere Vd. decir con eso? le preguntamos.

—Vaya, respondió el juez; Vds. han tenido una protectora muy fuerte, no por su posición, pues no tengo el gusto de conocerla, sino por su actividad, pues no ha descansado hasta acreditar con una porción de testigos que Vds. eran inocentes, de modo que ha sido forzoso absolver á Vds. de todos los cargos, no por gracia sino obrando con justicia. Pero, señores, añadió, no puedo detenerme mas, pues tengo que tomar declaración á los nuevos presos.

Despedimos al caballero juez á quien de todos modos creímos que debíamos dar las gracias, y nos dirigimos al puerto con intención de buscar el buque con que nuestro compañero Matías debia trasladarse á Inglaterra; pero no era día apropiado para embarcarse, porque el mar estaba alborotado, y lejos de darse á la vela ninguna embarcación, eran muchas las que por todos lados se dirigían al puerto huyendo del temporal.

Era aquel un cuadro desgarrador, y debo renunciar á su pintura, tanto porque con los años que desde entonces han trascurrido, he olvidado hasta sus mas interesantes detalles, cuanto por la sencilla razón de que mis lectores están hartos de saber lo que es una tempestad en el mar, aunque no sea mas que por las mil descripciones que han hecho otras plumas mas inspiradas y competentes que la mia. Por otra parte nosotros reparamos poco en la multitud de los incidentes, porque nuestra atención se fijó desde luego en una fragata que indicaba en su estado el largo combate que habia sostenido contra las

terribles olas, pues no conservaba ya nada de su arboladura. Los pocos marineros que quedaban con vida hacían prodigiosos esfuerzos por llegar al puerto en aquella nave que de vez en cuando desaparecía de nuestra vista como si el agua se la hubiera traga lo para siempre, y luego la veíamos aparecer á una considerable distancia del punto en que la habíamos creído sumergida.

En uno de estos violentos embates la desdichada fragata llegó á la boca del puerto, pero dió tan terrible sacudida contra la roca, que se hizo pedazos como un débil vaso de vidrio arrojado fuertemente contra una piedra, y poco después vimos en distintas direcciones salir á flor de agua los náfragos, cuyos lamentos hubieran debido bastar á ablandar la inelencencia de la tempestad.

Entre aquellos náfragos, sobre todo, distinguimos la cabeza de una mujer en quien todos nosotros creímos reconocer á nuestra amiga y protectora, por lo cual rogamos á un marinero que fuese á salvarla en una lancha.

—Ni aunque me dieran Vds. cien duros, dijo el marinero.—No cien duros, sino mil le daremos á Vd. con tal que la salve.

Al oír la proposición de los mil duros, desató el marinero su lancha, pero en el acto de ir á esponer su vida renunció á la ganancia, diciendo que era una locura lo que pretendíamos. Viendo esto Matías pegó un brinco y se metió en la lancha, nosotros le seguimos y empezamos á remar como unos desesperados; convencidos muy pronto de nuestra impotencia, no solo porque carecíamos del conocimiento práctico del remo, sino porque este era incapaz de contrarrestar la fuerza de las olas que jugaban con nuestra pobre embarcación, amenazando á cada instante sepultarla como á la fragata. Nosotros ni siquiera pensamos en el peligro que corríamos; todo nuestro afán estaba cifrado en dirigirnos al punto en que habíamos visto por última vez á nuestra compatriota; pero cada vez nos alejábamos mas de aquel punto. Ya no sobrenadaba alma viviente: habíamos perdido todas las esperanzas, cuando vimos á Matías arrojar al agua la mitad de su cuerpo, y de allí á poco sacar en sus brazos á una mujer, cuyas facciones estaban horriblemente desfiguradas, á pesar de lo cual dimos todos un grito de alegría exclamando: ¡Es ella! ¡Es ella!

En efecto, era nuestra pobre amiga á quien solo un breve intervalo separaba de la muerte. Colocámosla de un modo conveniente para hacerla arrojar el agua, y á poco tiempo tuvimos el gusto de ver en ella señales de vida, aunque no de recobrar tan pronto el conocimiento.

Entonces fué cuando empezamos á temblar por la suerte de nuestra pobre lancha, creyendo á cada paso perder aquel precioso depósito que el hado nos hiciera devolviéndonos una vida milagrosamente escapada del abismo. Cerca de medio día duró esta ansiedad que hubiera terminado de un modo cruel; pero cesó el temporal por fin, y nosotros haciendo un uso heroico del remo, pudimos tomar tierra, con lo que en parte se calmaron nuestras zozobras, y digo en parte, porque dudábamos haber librado de la muerte á la jóven á quien habíamos librado del furor del agua.

Por fortuna conseguimos lo uno y lo otro, pues á los pocos días, tuvimos la satisfacción de ver completamente restablecida á nuestra amiga á quien todos servimos de enfermeros, tratándola con el esmero y cuidado que pueden Vds. imaginar.

—¡Ah! decía la infeliz cuando supo lo que habíamos hecho en su obsequio. ¿Por qué se han arriesgado Vds. tanto para salvar á una desdichada mujer que hubiera encontrado en el fondo del mar el término de sus penas?

Nosotros procurábamos consolarla sin revelarle el secreto de su herencia por no alijirle con la triste aventura de la muerte de su padre, y así nos limitábamos á decir que todos los hombres tenemos obligación de esponer la vida por salvar la del prójimo, y nosotros con mas motivo en aquella ocasión, pues sabíamos lo que debíamos á sus cuidados y generosidad.

Por fin llegó el día en que nos fué preciso revelarle el fatal secreto, pues la pobre jóven hallándose restablecida del todo, manifestó que por ningún concepto seguiría abusando de lo que llamaba ella nuestras bondades, y quería buscar un acomodo, es decir, una casa en que continuar su miserable condición de sirvienta.

—Pero, señora, dijo Matías, ya que hemos llegado á este extremo será preciso decir que Vd. se halla en el caso de tomar criados y no amos.

—No sea Vd. loco, dijo ella resignada con su suerte, yo he nacido para servir y no tengo ambición de mandar.

—Vd. ha nacido para mandar y no tiene ya ninguna necesidad de servir.

—¡Hola! cualquiera diría al oír á Vd. que acabo de heredar una pingüe fortuna.

—Y diría la verdad.

—No digo yo que eso sea imposible, repuso la jóven, mis abuelos maternos eran ricos... pero nada me prometo de estos parientes. En

(1) Este bajo relieve se halla bastante estropeado como se vé en el dibujo, pues de las llaves solo quedan las guardas pegadas á las crines del caballo, faltando además varias púas y manos á los caballos.

cuan to á mi padre, mucho he esperado de él durante toda mi vida, no por su riqueza, sino por sus bondades, pero estoy segura de que ha muerto sin saber siquiera que yo existo en el mundo...

—Lo cual, añadió Matías, no puede impedir que Vd. tome posesión de los bienes que él había podido adquirir dignamente en lejanas tierras.

—¿Cómo? ¿Es cierto lo que Vd. me dice? ¿Ha conocido Vd. á mi padre? ¡Ah! no lo creo; nadie ha vuelto á saber de él desde que salió de Madrid, nadie en España, y sino, cíteme Vd. alguna persona que le haya conocido.

—¡Pobre jóven! dijo Matías; estaba sin duda decretado que Vd. no conociese á su padre, y este cruel decreto debía cumplirse; pero aun que Vd. no haya conocido á su padre, son muchas las personas que han tenido el gusto de conocerle.

—Pues bien, cíteme Vd. una sola de esas personas, y cuente si es necesario con el sacrificio de mi vida para premio de este favor, nombre Vd. esa persona, y tendré un placer en correr el mundo entero por saber algo de mi padre.

—El sacrificio de vuestra vida! exclamó Matías, ¿y quién tendría valor para aceptarlo, ni menos para exigirlo? No sería yo, seguramente, que desde el día en que tuve el placer de ver á Vd. por primera vez he mirado mi existencia como tributo indigno de ofrecerse á la noble, á la hermosa hija de D. Bruno...

—¿Qué oigo, Dios mío! ¿será posible...

—Por lo demás, continuó Matías, no necesita Vd. salir de Lisboa para encontrar personas que hayan conocido á su padre.

—Caballero, interrumpió vivamente la jóven, si yo no estuviese cierta de que tiene Vd. por temperamento y hasta por herencia la virtud de la compasión, creería que en sus palabras de Vd. no había toda la sinceridad debida á la desgracia, pero ¿es posible que no le hayan engañado á Vd. ó que no ceda su buen alma en este momento al influjo de alguna preocupación? Perdóneme Vd. mis dudas y mi franqueza. ¡He caído tantas veces en el desencanto después de concebir las más halagüeñas esperanzas, que ya mi corazón se revelaría contra la misma realidad.

—Sin embargo, dijo Matías, si Vd. tiene bastante confianza en mis compañeros y en mí para creernos en este instante incapaces de faltar á la verdad por capricho ó por cálculo; si nosotros todos aseguramos, bajo el más solemne juramento, que hay en Lisboa varias personas que han tenido la dicha de conocer á su padre de Vd...

—¡Oh! basta, señores, basta. ¿Cómo puedo yo poner en duda la buena fé de los que tan heroicamente han arriesgado su vida por salvar la mía? Hablen Vds., y digan en fin, quiénes son esas personas que han conocido á mi padre.

El lierno acento de la voz, el fuego de las miradas que no habían podido apagar las lágrimas con que la jóven realizaba la elocuencia de su deseo, nos habían conmovido demasiado para que pudiésemos guardar por más tiempo silencio ni diésemos á nadie la preferencia en el uso de la palabra; de modo que al terminar su pregunta la jóven, todos nos apresuramos á decirle que éramos nosotros las personas que tanto interés tenía en conocer.

El efecto que esta confesión tan unánime produjo en el ánimo de nuestra compatriota sería difícil de pintar. Era esa extrañeza que se acerca mucho á la incredulidad. Su mirada atónita y penetrante giró con la rapidez del rayo, como buscando la confirmación de la verdad en nuestros semblantes, y cuando se persuadió de que su deseo no sería ya burlado por una idea vana y fascinadora como otras veces, creímos que había perdido el juicio según la confusión con que amononaba sus interpelaciones, y la expresión de los afectos que cruzaban por aquel corazón que parecía deber estar ya acostumbrado al choque de las grandes emociones. Nosotros todos respondíamos con las palabras ó con los ojos cuando no podíamos hablar, porque la agitación que experimentábamos nos trababa la lengua, y no hubo detalle olvidado ni objeción que no fuese satisfecha en medio del desorden con que tuvimos que relatar á la jóven todo lo que mis lectores han podido ya ver en los anteriores capítulos de esta historia. Decir que este relato causó una grave recaída en la convaleciente protagonista, es superfluo para los que conocen esas lecciones de patología que la naturaleza enseña más elocuentemente que los libros. Diré solamente que nuestra asistencia renovó sus esfuerzos en favor de la hija de D. Bruno á quien tuvimos el gusto de ver otra vez restablecida.

Faltaba resolver una cuestión de esas con que las almas generosas prolongan las situaciones dramáticas de la vida humana. Empeñábase Matías en probar que no tenía derecho á una herencia que por todos conceptos pertenecía á la hija de D. Bruno, y obstinábase esta en renunciar á sus derechos naturales queriendo hasta en esto rendir un santo homenaje de respeto á la última voluntad de su padre. Yo conocí que aquella situación se prolongaba, porque faltaba la franqueza tanto como sobraba la generosidad, y corté un día la polémica diciendo.

—Amigos míos: esto se va haciendo interminable, debiendo ser muy breve. Todos estamos hartos de saber que Vds. se aman recíprocamente desde que se vieron en la fonda; digan Vds. de una vez lo que tantas ganas tienen de decirse, ó en otros términos, busquen Vds. un cura que los case, y así se acabarán lógicamente todas esas disputas inútiles.

Mis compañeros que eran de este mismo modo de pensar, aplaudieron la proposición; los interesados dieron una aprobación más positiva que la de las palabras, pasando á las obras, y en efecto, á los pocos días la hija de D. Bruno, cuyo nombre no he querido revelar, pudo ser designada legalmente con el título de esposa de Matías.

Con tan plausible motivo emprendimos el camino de Salamanca á donde llegamos en pocos días, llevando en nuestra compañía una bella española que ardía en deseos de conocer la última morada de su padre, pero... aquí es donde debíamos recibir la postrema de las infinitas sorpresas que el destino nos había regalado durante nuestra escursión. La primera persona que encontramos al llegar al sitio en que habíamos arrojado al viento la arena que nos indicó el camino de Portugal fué... D. Bruno, que ya estaba también restablecido, y quedó con el poderoso remedio que le llevábamos curado para siempre de su inveterada melancolía. Celebróse la boda con una comida opípara en casa de D. Bruno, á la que como era natural, acudimos todos los individuos de la expedición. Matías después que acabó su carrera se estableció en Salamanca, y aunque todo le parecía poco para ayudar y complacer a sus antiguos camaradas, nosotros no le exigimos más que un sacrificio que debía hacer todos los años. Este sacrificio era el de acompañarnos hasta las afueras de la ciudad cuando emprendíamos la estudiantina, y tirar al aire el puñado de arena que nos indicase el camino que debíamos seguir, persuadidos, ó por mejor decir, preocupados con la idea de que Matías no invocaba en vano á la suerte; y en efecto, si no siempre pudimos disfrutar las ventajas, emociones y sorpresas de nuestro primer viaje, tampoco tuvimos motivo para renegar de la fortuna.

J. M. VILLER GAS.

UNA PUNTA DE CIGARRO.

A RICARDO RIBERA.

Has querido que escribiera un cuento en media hora con el título que va al frente y que tú me has dado. Ahí le tienes; por muy grato que te sea leerle no te lo será tanto como á mí el ver tu nombre al frente de él.

Tuyo de corazón

AGUSTIN.

I.

—Y no me olvidarás nunca?

—Nunca.

—No saldrás un día nueva hija pródiga, para no volver á casa de tu amante hasta que el hastío te haya consumido y no encuentres quien te ame?

—Te he dicho muchas veces que te adoro.

—Entonces dame un abrazo.

Y nuestros dos interlocutores se abrazaron con la efusión que se abrazan dos almas unidas á dos cuerpos, uno de diez y ocho años y otro de veintitres.

El abrazo concluyó, porque todo acaba, y Juan se quedó mirando los ojos pardos, pero hermosos, de la mujer que acababa de hacer aquel juramento.

Ella no dijo una palabra, pero también le miró con una de esas miradas de que disponen las mujeres.

Como la que ha dirigido Vd. en este momento á mis líneas que preceden, señora lectora ó señorita, porque tengo el disgusto de no conocer á Vd.

—Ni yo á Vd. señor autor.

—Y lo siente Vd?

—Quizás!

—No continúe Vd. lectora, porque prefiero vivir en la dudosa y fatigante incertidumbre, á que Vd. me dé calabazas.

—Pero es que yo...

—Basta, señora.

La decía á Vd. que Antonia tenía muy bonitos ojos y que abrazaba á mi amigo Juan, que Juan era un poco loco y por consiguiente simpático, y que en el momento en que escribo estaba muy enamorado de Antonia.

Note Vd. bien que digo en el momento en que escribo, porque ya á estas fechas no sé que será de él.

—Pues cómo? tan...

—Silencio señora, la he permitido á Vd. que dirija á estas páginas miradas hasta subversivas, pero no puedo tolerar que me interrumpa.

Si señora, se ha despedido de Antonia, y en cuanto ha vuelto la esquina de la calle del Leon, ha encontrado una modistilla y la ha seguido; y Antonia está cantando tan alegre sin sospecharse las infidelidades de su amante.

—Es claro, siempre la mujer...

—No se anticipe Vd. lectora, porque acabo de oír una campanilla y he visto que Antonia se ha levantado y ha abierto á un joven que si no valia mas que el primero, tampoco no valia menos; y le ha dado un abrazo como á Juan, y le ha hecho todo ese repertorio de coquete-rias, y le ha dicho toda esa coleccion de palabras y frases galantes que Vds. dicen con tanta gracia.

—No lo creo...

—Señora, dispense Vd., que cuento una historia que ha sucedido con un amigo mio, porque Miguel del Castillo es amigo mio y me lo ha contado.

—Miguel estaba acechando la salida de Juan, y en cuanto le vió doblar la esquina, subió á ver á Antonia que le esperaba al balcon porque se habia asomado bajo pretexto de despedir á Juan.

Y mire Vd. qué coloquio tan tierno tienen los dos, parece que ella no ha roto un plato nunca, y él siendo amigo de Juan hacerle esas traiciones. Vámos, eso es horrible, no lo quiero mirar.

II.

—¿No ha entrado Vd., lectora, en alguno de esos cuartos modestos y silenciosos que no aparentan gran lujo, y que sin embargo encantan mas que si estuvieran adornados de lujosos espejos, magníficos muebles y vistosas colgaduras?

Habitaciones sencillas que respiran una modestia un poco coquetueta, en que cada objeto está en su sitio, en la que no hay una hilacha ni un papel por el suelo, ni ninguna prenda colgando del respaldo de las sillas, con el único adorno de una cómoda de caoba muy lustrosa, coronada de un espejo de marco idem, y encima de la cual luce en una jarra muy blanca un ramo.

Y qué ramo tan lindo, tan poco chillon, pero tan agradable, de los que esparcen un olor suave, pero que se siente al entrar, y cuyo perfume no se confunde con ninguno, y despierta en el alma un mundo de cosas.

—Aquel ramo podia despertar en el corazon de Antonia...

—Dispense Vd. lectora, Antonia no tenia corazon.

En el de Vd. por ejemplo, una mañana deliciosa de Retiro, porque venia de allí, un *tete á tete* amoroso y dulce, porque el día que le trajeron habian ido juntos Juan y Antonia, una emocion tiernísima, porque le habia cogido á hurtadillas del guarda, etc., etc.

Pero como acabo de tener el honor de decir á Vd., Antonia no recordaba mas sino que aquel ramo de lilas valia menos que uno de camelias, y que Juan no era tan simpático á sus ojos como Miguel.

Esto no quiere decir que odiara á Juan sino que amaba á los dos. Por mas que muchas personas no crean que se puede querer á dos á un tiempo.

—Señora, Vd. no lo dudará.

—Caballero!

—Dispense Vd. lectora, quiero decir que hoy lo creará Vd. puesto que lo está viendó en la historia que tengo el honor de contarle. No quiero decir que Vd. lo sepa por experiencia, á pesar de que ahora me ha dado Vd. derecho á sospecharlo.

—Cómo!

—Señora quien se pica... etc.

—Es Vd. un insolente.

—Dispense Vd. señora, que Juan se ha entrado con la modista en la calle de Santa Isabel. Pero ha salido á los cinco minutos harto de ella, porque no valia lo que su Antonia y se ha vuelto á su casa.

Lo cual prueba que el hombre vale mas que la mujer.

—Señor autor.

—Señora.

—¿Sabe Vd. que es Vd. muy poco galante?

—Lo que ha de saber Vd. es que á pesar de lo que acabo de decir me gustan mas las mujeres que los hombres, por luenos que estos sean.

Gracias señora, queria que se sonriera Vd. otra vez como lo ha hecho y lo he logrado, ya vé Vd. que soy feliz.

—Gracias.

—No hay de qué.

Pero Juan al encontrarse sin su Antonia no supo qué pensar, la esperó toda la noche y ella no vino, la esperó todo el día siguiente y ella no pareció, pasaron dos mas y no vino.

III.

Juan sintió mas de lo que Vd. cree la pérdida de la mujer á quien queria, y no salió de su casa en una porcion de dias.

Pero un dia se levantó resuelto á reirse y á echar penas al aire.

Para lo cual se fué á pasear la calle á una novia que habia tenido antes de conocer á Antonia.

La novia no estaba en el balcon, lo cual hizo que Juan volviera mas aburrido que cuando salió.

Casi, casi estaba furioso, la prueba es que se tiró de los cabellos y que contemplando las lilas de su amada vertió una lágrima sobre sus morados racimos.

Pero Antonia no volvió.

Juan la lloró perdida.



(Aventuras de un loco coronado.)

Y siguió viviendo solo, como un viudo que ha perdido á su esposa durante la luna de miel. Por si acaso se habia marchado con otro, (Juan no creia en la fé de las mujeres y hacia muy...

—Señor autor.

—Señora, las mujeres tienen fé y esperanza.

—Gracias caballero.

—Lo que no suelen tener es caridad.

—Señor autor.

—Señora, yo la amo á Vd. y si fuera tan dichoso que lograra ver fijarse en mí, una de las miradas que fija Vd. en mí escrito, seria el mas feliz de los hombres, porque la adoro á Vd. á pesar de su falta de fé y de que no tenga caridad.

Juan salia todos los dias á la Universidad.

Un dia, mientras él estaba fuera entró el cartero una carta, el portero la recogió; aquel dia no fué Juan á su casa, se pasó la noche de borrasca con unos amigos que acababan de graduarse.

Al volver al otro dia, el portero le dió la carta, un vago estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Juan al verla.

Subió á su cuarto y despues de vacilar un gran rato antes de abrirla temiendo enterarse de su contenido, y convencido de que seria una despedida burlona, la abrió y sus ojos se humedecieron de lágrimas, se volvió á arrancar el pelo, pateó, se puso hecho un demonio y se echó á sí mismo la culpa de todo lo que le sucedia.

IV.

Juan: si á pesar de mis locuras no has dejado de amarme, espérame esta tarde, iré á arrojarle á tus piés; si no me has de perdonar no me esperes, lo prefiero á oír de tus labios las reconvencciones que me merezco.

A pesar de todo Juan, cuanto te quiero.

ANTONIA.

V.

—Dispense Vd. lectora.

—Por qué?

—Se me ha olvidado decirle á Vd. que Juan que era muy fumador, no encendía un cigarro cuando tenía alguna pena ó le dominaba alguna idea.

—Y qué tiene que ver eso?

—Que es el resumen de toda mi historia.

—Es imposible.

—Escuche Vd. y lo verá.

Antonia que lo sabía, fué á la hora que le decía en la carta, no le encontró, pero lo halló todo en el mismo orden que lo dejó cuando se marchó, incluso su ramo de lilas que estaba seco.

Pero al fijar sus ojos por el suelo no halló nada, una sola punta de cigarro había en toda la pieza.

Pobre Juan! cómo debe haber sufrido, dijo Antonia; soy una miserable, yo tengo la culpa, no merezco que me ame ese hombre, y salió de su casa para no volver mas.

El portero que tenía costumbre de verla entrar y salir no dijo nada, y se guardó la carta para dársela á Juan.

Lo demás ya lo sabemos.

Antonia... ignora qué fué de ella, porque ni mi amigo Juan, ni Castillo me lo han sabido decir.

Solo saben que el portero la oyó decir al bajar la escalera:

Pobre Juan! cómo debe haber sufrido, no ha fumado mas que un solo un cigarro en quince días!

MORALEJA.

Lector, fuma mucho, nada hay mas horrible que ver en una pieza muy grande una punta de cigarro solitaria.

—Ah! lectora, Vd. dispense, estoy á los piés de Vd.

AGUSTIN BONNAT.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

CAPITULO VI.

LAS LINTERNAS AMARILLAS.

En el puerto de Carlserona fué donde mas de 46 naves suecas se aparearon para marchar á batir el orgullo de Dinamarca. El pretexto sobre de esta combinación era el ducado de Holstein, sobre el cual el rey de Dinamarca pretendía tener derechos que le disputaba Carlos XII, protector del duque de Holstein; la casa real por parte de los dinamarqueses era la intención de repartirse la Suecia con el rey de Polonia Federico-Augusto y el Czar de Moscovia, en quien el genio de la civilización no excluía el espíritu de conquista, que es el espíritu de robo. Desde el Carlos XI, magnífico navio, el mas formidable que había y quizá que haya de haber en Suecia, Carlos XII vió su escuadra abrir sus velas al tronar de tres mil piezas de artillería, á cuya despedida contestaban majestuosamente las baterías de los fuertes sembrados por la costa. Un viento favorable impelió en breve aquellos navios de todas formas y de todas dimensiones; bien pronto parecieron desde la orilla como una manada de cisnes emigrando hacia mas dulces mares. Todas las naves mercantes que surcaban el Báltico dejaban paso á estos dueños del mar, se apartaban con respeto y alzaban sus pabellones en lo alto de los mástiles. El horizonte no ofrecía ningún obstáculo á aquellas proas gigantescas y á aquellas velas tan numerosas que producían en el mar sombra de una legua de extensión.

Al menos así fué durante dos días. El tercero una goleta extraña á la escuadra, olvidando el universal respeto osó bogar insolentemente delante de la línea de los navios, sin mostrar siquiera su pabellón. Esta audacia fué notada y chocó aun mas cuando la goleta, de atrevimiento en atrevimiento, llegó á acercarse al Carlos XI como para mofar su forma mas marcial que lijera. El Carlos XI, molestado al fin por ella, hizo señas á una fragata para que hiciera retirarse á la goleta. La fragata se apresuró á obedecer. La goleta lo advierte, pero en vez de pedir su perdon emprende de nuevo con la fragata el juego que

ha sostenido con el navio almirante. La fragata se incomoda; pero la impertinente goleta aumenta su burla. Se mofa de la fragata, la espere, la evita, se escapa de ella, vuelve otra vez y acaba por dejarla sobre su estela burlona. Nueva orden mas imperativa del Carlos XI á un brik reconocido como el mas velero de la escuadra, de vengar sin tardanza á la fragata y de obtener, aunque sea con tres cañonazos, el primero con pólvora sola, que la goleta culpable enseñe su pabellón; echese su falda á la mar y envíe su capitán y dos oficiales á recibir su castigo al navio Almirante. Al momento el brik con todas sus velas desplegadas se arroja á perseguir á la goleta que le deja llegar hasta la distancia conveniente para poder hablar; entonces se detiene y el brik la grita:—¿De dónde venis?

Y la goleta respondió:

—Del país de la alegría.

—¿Dónde vais?

—Al país de la felicidad.

—¿Cómo os llamais?

—Las dos sirenas.

—¿Vuestra nacion?

—La mas ingeniosa del mundo después de la Suecia.

—Basta de burlas; ¿vuestro pabellón?

—¿Nuestro pabellón? ¿Queréis ver nuestro pabellón?

—Sí, al momento.

—Vedle aquí. Mirad.

Y la tripulación del brik, cuya paciencia se había apurado, vió con admiración alzarse en el aire la parte menos dudosa del vestido de una mujer, una falda bordada.

Toda la escuadra se echó á reír de esta ocurrencia; pero el capitán del brik, que tenía menos gana de broma, ordenó hacer fuego sobre la goleta. Un cañonazo resonó al momento. Dichosamente la carga era de pólvora sola, lo que había previsto la maliciosa goleta, que priviendo tambien que la bala acompañaría á la pólvora si se disparaba un segundo cañonazo desplegó algunas velas mas y desafió al brik á que la alcanzase.

El brik aceptó el desafío, pero no alcanzó sino la risa de la armada entera. El desgraciado capitán no llegó por mas que hizo á dos tiros de cañón de la goleta que conservaba izada su falda en vez de la bandera de su nacion.

—Lo que me inclina á creer, decía Megret al rey, que no reía sino á medias al ver quedar impune esta ofensa por leve que fuera, lo que me inclina á creer que esa goleta no es holandesa, es que es demasiado ingeniosa. Hubiera izado un queso de Holanda en vez de la falda pero una falda... ¡es encantador!

—Encantador, encantador... murmuraba el rey.

—Y lo que me hace creer que esa goleta no es inglesa, prosiguió Megret, es que si lo fuera nos hubiera enseñado los calzones en vez de una falda, lo grotesco sin ingenio... pero una falda es adorable...

—Adorable, adorable... murmuraba aun el rey con un despiece concentrado.

—A vuestro entender, amable francés, hubiera dicho Olof si hubiera estado allí, esa fragata debe ser francesa; pero el gigante estaba embarcado en la fragata Calmar que formaba parte de la expedición.

Dinamarquesa ó inglesa, rusa ó francesa, yo quiero, dijo el rey, cuyo descontento estalló por fin, que esa goleta sea apresada mañana por la mañana... De'adla hoy que es demasiado tarde; pero mañana... ois...

—Si señor, respondió el almirante.

—Es una vergüenza, prosiguió el rey volviéndose hacia su estado mayor que permanecía silencioso, que no haya en nuestra escuadra en que se halla representada toda la marina sueca; una nave capaz de luchar en ligereza con esa goleta, como si la ligereza no fuese una fuerza en el mar! Esta es la condenación del antiguo sistema de construcción seguido en Suecia; la lección es buena, aprovechadla todos.

El día declinaba sensiblemente, la oración y la cena acabaron de darle tiempo de estender sus sombras sobre las aguas del Báltico.

Cuando hubo acabado la oración de la tarde, Carlos XII dijo á algunos de sus compañeros íntimos que le siguieran en la visita que iba á hacer á los principales navios de su escuadra, á fin de animar los equipajes con su presencia y de disponerlos á combatir á los dinamarqueses, si como parecia probable, se hallaban al día siguiente. Este paseo del rey obtuvo el éxito esperado. Se le juró vencer ó no volver á Suecia. Había ya pasado revista á la mitad de su escuadra, cuando el viento, hasta entonces bastante fuerte, para hacer penosa la ronda naval de Carlos XII, se hizo tan impetuoso que fué imposible continuar sin grave peligro. Durante su última inspección á bordo de la fragata Calmar, el mal tiempo le detuvo y Carlos XII se resignó á esperar allí la llegada del día para volver al navio almirante. La fragata Calmar, era un refugio bastante bello para el rey. Este navio era el que le había destinado á ir á buscar á Svania 9,000 hombres. Olof, el jiga-

te Olof, uno de los comandantes de estas tropas estaba embarcado allí.

El rey se sentó sobre la cureña de un cañón, é invitó á Reginold á sentarse á su lado.

—Mañana, le dijo el rey, estaremos en las riberas de la Zelandia, delante de Copenhague, la capital de esa Dinamarca que hace causa común con nuestros enemigos, allí empezaremos el ataque. Si somos vencidos, todo se pierde y lograrán su objeto.

—Señor, no seremos vencidos, replicó Reginold, aunque no sabía mas que Carlos XII, en qué consistía una batalla y de qué dependía la victoria.

—Es preciso que los reyes de Europa hayan en verdad concebido una extraña idea de nuestra debilidad desde la muerte de mi padre, prosiguió Carlos XII, por haber considerado como cosa fácil, la partición de mis estados... Pues qué ¡no estima en nada nuestra hacienda, nuestros almacenes, nuestros arsenales, nuestra marina, nuestras tropas, nuestros medios de defensa?

Hierva la sangre en mi corazón alborotado y sube corriendo al cerebro que se abrasa cuando mide la profundidad de nuestro abatimiento desde la altura de tanta insolencia.

¡Pero paciencia! dijo el rey mordiéndose los labios y dando una puñada sobre la culata de bronce del cañón en que estaba sentado... ¡Paciencia!... solo nos separa una noche de las alegrías, de las repulcias... Era tiempo de pensar en ello, añadió el rey arrastrado de nuevo por el peso de la humillación. Todavía un mes de olvido, de ilusiones, de ceguera sobre mi situación, y los daneses y sus dignos aliados entraban en Stockolmo!... ¡yo seré quien entre en su país!... ¡Qué buen sueño he tenido después de aquel sueño de muerte!...

—Un noble sueño, señor!

—Sí, y para los dos, Reginold.

—Sí señor, para los dos.

—¿Crees que te separo de mi pensamiento en todo lo feliz que sucede?... en todo lo que conozco grande para mi porvenir, en todo lo que creo haber hecho generoso para mi gloria, para mi nombre, en?...

(Se continuará.)

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

IV.

Llegó tranquila la noche con sus balsámicas auras, que mansamente murmuraban al cruzar por la enramada ó se aduermen en los cálidos de las flores perfumadas. Brilla en el cielo sereno cuyo oscuro azul no empaña ni una nube transparente cual suelto velo de gasa, la melancólica luna que con su luz argentada recorre tranquila el cielo, mientras la ciudad descansa, entre brillantes estrellas que la cercan y acompañan como reina del espacio por su corte rodeada. Todo duerme en la ciudad; que á la vida que ostentaba antes de que en occidente su disco el sol ocultara, ha sucedido el silencio de la noche solitaria, silencio que sume en tristes meditaciones al alma, pues parece Barcelona desiertas calles y plazas, con las sombras que la envuelven y en vano la luna baña, vasta tumba en que durmióse de su agitación cansada. Sin embargo, de que aun vive alguna señal se halla,

pues se escucha repetida triste y monótona cántiga del despierto centinela que vigila en las murallas, la canción del pescador al rumor acompañada de sus remos, y á lo lejos bajo gótica ventana de algún rendido mancebo las trovas enamoradas. —Está serena la noche con sus balsámicas auras que mansamente murmuraban al cruzar por la enramada, ó se aduermen en los cálidos de las flores perfumadas. Dormida está la ciudad en el reposo embriagada; mas para quien sufre triste el peso de la desgracia, ni tiene la noche sombras que al blando sueño preparan, ni sus espíritus llevan en sus silenciosas alas de la silvestre amapola soporífera fragancia: que quien la espina punzante del dolor lleva clavada metiendo su aguda punta que el corazón le desgarga, vela mientras todos duermen en la noche solitaria, y allí comienza su vida donde la del mundo acaba. Quizá por eso en el huerto que aun del Arzobispo llaman, y que se estiende detrás del palacio que en la Rambla ocupa aunque prisionero el rey Francisco de Francia, se ve pasear un hombre que se adelanta ó que pára, y detras un bulto negro que con cautelosa marcha, en sus mas lieros pasos parece que le acompaña. Ser digerase su sombra si no se oyeran las armas qué á despecho de su dueño le crujen bajo la capa, conque su rostro y sus formas prudentemente recata. El primero sin embargo en el otro no repara, que en meditación profunda parece que sufre y calla, pues alguna vez al cielo el rostro afilado alza, y ó fué nocturno rocío ó fué solitaria lágrima, una gota transparente que por su mejilla pálida rodó perdiéndose pronto en su espesa y corta barba. ¿Quién á tales horas sufre y abismado en su desgracia ni siente la fresca brisa que por su frente resbala, ni percibe de las flores la perfumada fragancia, ni escucha rumor bullente de la cercana cascada, ni siente que tras sus pasos otros pasos adelantan? ¡Ay! que su pena ser debe muy profunda y muy amarga, porque suspiros tristes de su pecho se levantan, que al mezclarse con la brisa hace que gima angustiada

y que las flores se dob'en
á su contacto agostadas.
¡Ay! que sufrir debe muchos
padecimientos su alma,
que viste luto su cuerpo
y ahogados ayes se exhalan
de su comprimido pecho,
cual si fuerte no bastára
á contener tanta pena
en su estension limitada.
Nadie pudo á pesar de ello
esuchar el ¡ay! que lanza,
porque sin duda comprende
que si el sufrimiento habla,
pierde de su intensidad
el dolor, y aunque desgarran
nuestro pecho su agouia,
es tal su esencia, que ánsia
mas pena la pena misma,
y en su dolor se embriaga.
—Alguna vez sin embargo
escapáronse palabras
á sus lábios temblorosos
que su secreto declaran,
y la brisa al recogerlas
fué murmurando liviana,
«deshonora... «venganza... muertes...
¡Ay! mi libertad... Ay Francia»...

Mas, ¿qué ruido se percibe
tras de los muros que guardan
los límites del jardín
donde tal escena pasa,
y que se acerca creciente
á las verjas que de entrada
le sirven, con gruesos hierros
entrelazados formadas?
Es el trote acompasado
de corceles que adelantan
y á que se mezclan confusos
pasos de gente que marcha
á pié, junto los caballos
y que algunas frases cambian:
á poco, tras de las verjas
cual reflejo de las llamas
de un incendio, percibióse
claridad inesperada,
que aumenta su luz rojiza
y que se aviva ó se apaga,
cual de antorchas á que el viento
hace que intranquilas ardan.
Mas cada vez el ruido
crece, y las luces aclaran,
de los árboles la sombra
que van huyendo agrupadas,
á los sotos interiores
donde el resplandor no alcanza.
Y sin embargo, el que triste
en el jardín paseaba,
absorto en sus pensamientos
no se apercibe de nada,
al paso que el bullo negro
echando hácia atrás la capa,
dejó brillar en sus manos
fuerte espada toledana,
y al mismo tiempo hácia el otro
tanto se acerca, que alza
la cabeza sorprendido
en voz diciéndole clara.
—¿Qué es eso, buen Alarcon?
¿Por qué abandonais la estancia,
y el reposo, que requiere
la vela continuada,
conque siempre vuestro afecto
por honrarme me acompaña?
¿Anhelabais de la noche
gozar la tranquila calma
de este apacible jardín,
entre las flores que exhalan
con las brisas bulliciosas
grata esencia perfumada?

—Al acabar de decir
el monarca estas palabras,
que mal su tristeza encubren
y sus pesares recatan,
vagó por sus secos lábios
ligera risa forzada,
pues bien conoce el designio
de él que su persona guarda.
—Señor, (contestó Alarcon)
al mirar que solo estaba,
cuando entré á veros solícito,
dentro de la régia cámara,
temí si algun accidente
ó una imprevista desgracia
os hubiera, aunque á estas horas
obligado á abandonarla.
—Os doy gracias capitán,
vuestra finura estremada
comprendo bien... y mas, qué veo?
¿Por qué desnuda la espada
en vuestra diestra contemplo?
¿Qué sucede? ¿Por qué anda
mi valiente caballero
con precaucion tan estraña?
—Señor, es que parecióme
escuchar ruido de armas,
y aun el rumor sospechoso
de nocturna cavalgata,
y por costumbre no pude
dejar dormir en la vaina
á mi amada compañera;
que si yo no la sacára,
al ver cercano el peligro
se partiera avergonzada.
Yo no os diré lo que sea
que en verdad no se me alcanza
el motivo de esas luces
que junto lá verja páran.
—Decis bien, pues aseguro...
Pero ¿qué miro?... son damas
las que montan los corceles
si mi vista no me engaña.
Alarcon, me permitis
acercarme hasta la entrada?...
—Señor aquí vuestra alteza
no suplica sino manda.
(además, que muy ligerás
han de andar si acaso es trama,
para lograr arrancarte
tras el filo de mi espada)
á media voz añadió
como si ya le pesára,
tan cortés haber andado
con el cautivo monarca.

(Continuará)

JEROGLIFICO.



SOLUCION DEL PUBLICALO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

A toro muerto, grande lanzada.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACIÓN, á cargo de D. G. Alhambra.



Don Gutierre de Cárdenas, Duque de Maqueda y Comendador de León.

BAJO RELIEVE

QUE REPRESENTA

el asalto y entrega de Ronda (1).

Corría el año de 1483, y habían caído en poder de los Reyes Católicos varias plazas fuertes, villas, y lugares que poseían los moros, como Alora, Setenil, Benaméguiz, Coin, Cartama y otros en el reino de Granada.

El Rey Fernando, animado con tan prontos y felices sucesos, se propuso atacar á Málaga, habiéndose trabado una porfiada escaramuza entre las tropas ligeras del Rey Católico que para el efecto había adelantado, y los moros escogidos de la guarnición que salieron con gran ímpetu, en la que perecieron bastantes combatientes de una y otra parte.

Después de la acción el marqués de Cádiz manifestó al Rey Católico, no ser conveniente por entonces empeñarse en un sitio formal contra Málaga, por las dificultades que presentaba el sitio, y se decidió en consejo de capitanes el caer de sorpresa sobre Ronda, á causa de hallarse su alcaide Hamet, el Zegri, ausente, recorriendo y talando los estados del duque de Medinasionia, según se supo por confidencia de un moro llamado Jusuf Jerife, y encontrarse la ciudad de Ronda con escasa guarnición para resistir un ataque repentino.

La ciudad de Ronda está situada sobre una roca rodeada casi por un valle bañado por las aguas de Rioverde, en la Serranía á que dá nombre dicha ciudad, siendo entonces una de las mas importantes fortalezas fronterizas. Era además célebre tanto como depósito de los cautivos cristianos que llenaban sus mazmorras, como por los despojos y riquezas que poseía su valiente y temible alcaide el Zegri Hamet; además de tener una guarnición escogida, decidida, robusta y diestra, en el manejo de las armas, que tenía aterrados á los cristianos fronterizos.

(1) Por una equivocación material se cambiaron los títulos de los bajo relieve de Toledo que hemos dado en los últimos números; al que representaba el Asalto y entrega de Ronda, se le designó por la Entrega de Baza.

El Rey Católico conoció lo fundados que eran los consejos de sus capitanes; entre ellos el marqués de Cádiz, persona de mucha autoridad y crédito en el arte de la guerra, y además por ser Ronda una de las principales plazas fuertes y llave del reino de Granada. Se dejó para mas adelante el proyecto de sitiar á Málaga, y con mucho sigilo y rapidez; dispuesto todo lo necesario como para tal empresa convenia, se pusieron las huestes en camino, cayendo repentinamente sobre Ronda. La escasa guarnición se defendió valientemente alentados en que pronto recibirían auxilios de su alcaide Hamet. Pero los estragos de las piezas de batir llamadas lombardas, causados en sus muros, de los que habia echados por tierra tres torreones, y parte de la muralla; hicieron conocer á los moros al cuarto dia, que la plaza con sus fuertes muros y torreones, no podía resistir á tan horribles máquinas.

Hamet el Zegri, cargado de botín volvía á Ronda, fué avisado de cómo los cristianos tenían puesto sitio á la ciudad. No se atrevió á dar crédito al aviso, hasta que desembocando por una de las gargantas de la Serranía, oyó el sordo rumor de la artillería y aguijando su caballo y á su gente dió vista á la ciudad. Cuál fué su sorpresa al ver el campo cristiano que tenía puesto sitio á Ronda, y gran parte de las murallas por tierra.

Lleno de coraje quisiera acometer inmediatamente el real de los cristianos; arengó á sus valientes gomeles; pero como prudente y esforzado capitán, esperó á una hora muy avanzada de la noche, y habiéndose situado con mucho sigilo en un sitio á propósito, permaneció oculto, hasta que á la última vela, conociendo que sería la hora á propósito para estar los cristianos entregados al sueño, acometió de improviso, y con resolución desesperada al ejército cristiano, cuya mayor parte dormía, con intento de abrirse paso por entre los sitiadores, y meterse en la ciudad para defenderla; pero el campo cristiano vigilante como en tales casos requería, se puso en arma, y cargando á Hamet y su gente, le obligaron á refugiarse en la sierra.

Entonces el Zegri Hamet, hizo llamada de gentes de la Serranía por medio de hogueras en las cimas de los montes y reunidos muchos moros, que presurosos habían acudido al llamamiento, intentó de nuevo otra embestida; esta tuvo igual éxito que la primera, y lo mismo otras varias, habiendo muerto en estos combates los mas valientes caballeros moros.

El ejército cristiano, no por esto dejaba batir los muros de la ciudad, reduciendo a los sitiados a la mayor estrechez. El marqués de Cádiz se apoderó de los arrabales, y las murallas y torres estaban casi arruinadas, faltando solo la fortaleza principal que se alzaba sobre un peñón.

Los cristianos empezaron a arrojar a la ciudad balas de cáñamo con pólvora, y unidades con alquitran, y al mismo tiempo piedras de canto y pelotas de hierro fundidas en molde.

Conociendo los moros que ningún recurso de auxilio les quedaba, pues Hamet permanecía en la sierra triste espectador, sin atreverse a acometer a los cristianos por los descabros sufridos, y la falta de provisiones, habiendo muerto además la gente mora mas valerosa de la guarnición, faltándoles por último el agua, que el marqués de Cádiz hizo que sus ingenieros cegasen el caño de la fuente por medio de una contramina, trataron de rendirse a los cristianos bajo ventajosas condiciones que el Rey Católico les concedió, en atención a que era penoso el trabajo de sitio de los cristianos, faltando aun por batir la fortaleza, y que pudieran acudir a librar la ciudad los moros de la Serranía, y otras partes.

Las condiciones que el Rey Fernando otorgó a los moros de Ronda fueron: marchar con sus bienes a África ó a cualquier otro punto mahometano, y a los que quisiesen permanecer en España se les señalaban tierras en que pudieran habitar, permitiéndoles además ejercer su culto.

Se sacaron de las mazmorras donde yacían aherrojados, casi desnudos, y hambrientos, a multitud de cristianos, de todas condiciones y sexos. Fueron conducidos a Córdoba, en donde la magnánima Reina Isabel la Católica, compadecida de ellos, los hizo vestir, dándoles además dinero y vituallas para que pudieran regresar a sus casas.

Todas las cadenas que habían servido para aprisionar a estos cautivos, fueron colocadas como trofeos, por mandato de los Reyes Católicos en el exterior del convento en S. Juan de los Reyes, en la ciudad de Toledo, donde aun quedan bastantes. (1)

Sujeta la ciudad de Ronda, se entregaron en seguida a los Reyes Católicos muchos pueblos, entre ellos Cazarabonela y Marbella. Tal fue el éxito de esta jornada para honra y fama de las armas cristianas.

El adjunto dibujo representa a la izquierda uno de los asaltos que debió sufrir la ciudad en aquel memorable sitio. Los cristianos están unos escalando el muro, mientras que otros los protegen, ofendiendo a sus arcabuces a los moros que sobre los Adarbes tratan de repelerlos ya peleando con arma blanca, ya lanzando enormes piedras. Al pie del muro se ve pelear cuerpo a cuerpo un cristiano que tiene vencido a un moro, a quien amenaza con el brazo derecho, que está roto en la escultura.

A la derecha del espectador está el ejército cristiano a caballo y con la bandera ondeando bajo de la cruz. Un moro besa la mano al Rey Católico en señal de homenaje, mientras que otro saluda al mismo monarca arrodillándose y cruzando los brazos sobre el pecho, y un tercero trae en la mano la llave de la ciudad y la presenta al Rey. Forman el fondo del cuadro los muros de Ronda.

GUACANAJARÍ.

III.

CAONABO.

¡Mas triste que el último día del hombre, es el alma del infeliz que enlutado y lastimoso ha perdido para siempre la esperanza! ¡ay! con esperanza, querer es poder; y el odio mismo que duerme encerrado en el corazón y se despierta agitando el entendimiento, y que en el sueño estremece el organismo; ese odio implacable y que a todas horas es el delirio único del alma, que principia por el resentimiento, y concluye por la venganza; que es ingenioso y se atreve a las acciones mas inauditas y solo la voluntad de Dios puede oponersele, es omnipotente y terrible, porque es hijo maldito de la esperanza. ¡Ay de la criatura a quien ha de herir con su veneno, si sale de un alma inteligente y dominada por la constancia y el dolor!... pero a la aflicción lóbrega del desgraciado que llora, a las lágrimas del infeliz, que recuerda los días dichosos, lleno de angustia, huérfano, solitario y perseguido, si tiene perdida la esperanza, no lo alivian ni las sonrisas de la alegría, ni los consuelos del olvido, ni el porvenir embriagador de la eternidad; ¡a los que lloran, ay! desesperados y adormecen el eterno dolor siempre

en el alma, no los cura el bálsamo de la ciencia, ni los tranquiliza el sueño; para ellos no corre el tiempo que todo lo destruye; y sin poder acabar nunca, porque el dolor es una ponzoña que alimenta y alarga la vida, y solo tiene lenitivo en la obscuridad del sepulcro, y por eso yo deseaba morir, porque había perdido para siempre la esperanza.

En mi eterna inquietud, me consumían los recuerdos de la extranjera, y las lágrimas de Ainaima, que desde el sepulcro me llamaba; porque la voz de los que mueren se escucha en la tierra, y se vive con los muertos, y hay entre ellos y los que existen, una correspondencia que entretiene dulcemente la tristeza de los que no alimentan en el alma la cruel ingratitud. Yo la nutría, sin poderla arrancar de mis entrañas; sin embargo de conocer la impiedad con que me devoraba.

Cerrado el corazón para todo el universo; mis guerreros no oían mi voz; los sacerdotes no veían mi frente; tenía las vírgenes y los sabios alejados de mi palacio; los ojos se distraían solamente mirando el término vago del horizonte, y mi dolor se había acostumbrado a llevar el cuerpo a la orilla del mar, para contar allí las ondas que llegaban a la ribera; porque en cada monton de espuma veía un recuerdo y una lágrima de la mujer que había envenenado para siempre los días de mi triste vida.

Por la tarde llevaba a mis hijos a llorar al sepulcro de su madre y luego recostada mi cabeza sobre la piedra donde aquella infeliz dormía el sueño tranquilo de la muerte; había jurado no separarme de su cadáver hasta que el Dios de mis abuelos cortase para siempre el hilo de mi existencia. Yo no podía dominar el espíritu interminable, señor de todos mis pensamientos; pero era dueño de la osamenta y de la carne en que se encerraban, y la osamenta y la carne no debían separarse de Ainaima, hasta la hora para mí dichosa, de la destrucción.

Así pasaban los días, de mi triste vida; cuando una tarde al ponerse el sol, oí a lo lejos un rumor parecido al eco confuso del trueno. Alcé los ojos buscando en el cielo la tempestad; pero el aire era apacible, las nubes de color de rosa se deslizaban con blandura por el espacio azul y transparente; el ruido crecía así como se agranda en su furia el estrépito del torrente, que hinchado por las lluvias se precipita de las altas montañas arrastrando a la mar los árboles corpulentos; poco a poco fué presentándose a mis ojos la realidad; era el grito de millares de guerreros, embravecidos por la desesperación, y sedientos de venganza; mis cabellos se herizaron y sin creer lo que mis ojos veían, me levanté aturrido del sepulcro de Ainaima.—La llanura estaba cubierta de cáiques que se adelantaban como montones de nubes impelidas por el furor; su alarido de guerra dejó de estremecer el aire, pero el ruido de su marcha, era como la armonía de las incansables olas del mar, las filas de guerreros se espesaban como las nubes en el espacio, y la luna no había llegado a la mitad del cielo, cuando vi las altas montañas erizadas de capitanes, y preparados ya para los sangrientos combates.

¿Quién profana el silencio del sepulcro de los reyes, y viene a turbar la triste y melancólica meditación de mi alma afligida? exclamé lleno de rabia; y el eco repitió mi grito... por algunos momentos todo quedó sumergido en aterrador silencio; pero de las espesas falanges se adelantó un guerrero; era Caonabo, fiero como el caiman, y sombrío como la tormenta; Rey Guacanañari, me dijo cuando llegó a mi presencia; tu alma se ha envilecido por la ingratitud: el extranjero ha fijado para siempre su planta en la tierra de nuestros padres, y derrama en Samana (1) la sangre de nuestros hermanos.—Se apodera del oro de los rios, de las cibas, de nuestras mujeres, de nuestros hijos, insulta a nuestro dios, y profana el recinto sagrado de las cuevas de Cazibazagua; y entre tanto, que haces tú débil rey, ¿matas con pérdida ingratitud a Ainaima mas hermosa que la estrella de la mañana, dulce como la miel de Juanari y suspiro melancólico de nuestros capitanes?—Has encerrado en tu sepulcro las cibas de tu cuello, porque sin duda te presagaba el corazón la ira del dios de nuestros padres; has olvidado tu religión; no vas a ofrecer sacrificios al Temez; los Bútiós no ungen ya tu cabeza con el bálsamo sagrado, y el espíritu infernal de la ingratitud y del egoísmo, se ha apoderado de tus entrañas.—Rey Guacana-

(1) Un jefe político que por vergüenza no nombramos, mandó arrancar varias de estas cadenas hace algunos años para colocarlas en el paseo llamado de la Vega, en Toledo, camino de Madrid. Y aun nos han asegurado que se pagó al herrero que colgó dichas cadenas en el citado paseo, en hierro del mismo. ¡Qué ignominia!!!

(1) Era en la isla una gran cala donde entró Colon despues de haber salido del puerto de Haiti: mandó en un bote algunos marineros a tierra; los cuales encontraron la playa llena de indios armados de arcos y flechas; sin embargo, desembarcaron, y habiendo cambiado con los salvajes algunos objetos, volvieron a bordo trayendo a uno de ellos, al cual agasajó el almirante haciéndole varios donativos: le preguntó si aquella era la tierra de Caraiibi, enemigo de Guacanañari, pero no pudo obtener respuesta: al devolverlo a tierra, los marineros se vieron de pronto cercados de multitud de salvajes que habían permanecido ocultos detrás de las piedras y los arbustos de la orilla. El indio venido de a bordo, les decía a los soldados que no temieran; pero asustados del continente guerrero de los indios, desmayaron las espadas; y descargaron las armas hiriendo a dos de los salvajes; al momento huyeron los demás dejando los arcos y flechas; fue esta la primera sangre que se derramó en América.

jari, ó deja la vida en el sepulcro y los Butios dividirán del cuerpo tu cabeza, para que el dios la purifique, ó empuña la flecha envenenada con la ponzoña de la serpiente, para herir de muerte al enemigo y regar con su maldita sangre la sagrada piedra donde descansan los reyes y la desconsolada Ainaima. Los guerreros de Maguana, de Cibao y de Sanica afilaron sus armas, y cuando se disparan del arco, el sol no podrá pasar entre la espesa nube que formen en el aire, y sus puntas esterminadoras, herirán el corazón de los extranjeros para que la patria bendiga la mano que los esterminare.»

Cada palabra de Caonabo, abrasaba la sangre de mis venas, la tristeza hija del desaliento huyó asustada de mi corazón; la soberbia y el furor estremecieron mis entrañas, y me parecía llegar con la cabeza hasta las estrellas, tan terrible era la ira de mi alma: impío y audaz guerrero, le dije, que vienes á turbar el silencio de los sepulcros, y el dolor afanoso y cruel de mi corazón, manchando con amarga saliva la honra de tus reyes, calla y aparta los ojos de mi frente, porque tu vista profana la pureza de mis pensamientos, y no quiero que mi enlutada memoria recuerde nunca la osadía de tu lengua.—Caciques de Hahiti, á quien la diosa Vagoniana desde el silencio de las cuevas de Cacibazagua entregó á la dulce protección de mis amores; oid la voz de vuestro tierno padre.—Yo soy el rey de los reyes, que os enseñé á cultivar la tierra, á bendecir vuestro Dios, á educar vuestros hijos, á adorar la justicia odiando con eterno desprecio la ingratitud de los nacidos.—Yo soy quien venci con las armas vuestros enemigos; yo el que oí en las noches sagradas la voz del Tezmes y á quien consagraron los Butios, colocando en mi cuello los guaninos de los reyes.—Yo soy el que purifica el fuego del altar con la verdad y la rectitud, y de quien jamás salió injusticia, ni pensamiento ingrato, mentira, ni flojedad envilecedora, oid mi voz, caciques de Hahiti, á quien el furor precipita en la oscura noche de la profanación. ¿Queréis que el cielo nos acuse de haber engañado al que en medio de la tempestad buscó el abrigo en nuestros hogares? ¿Queréis que durmiendo tranquilo en vuestro seno, se levante herido por la venenosa sierpe de la traición infame?... Falanges interminables de valientes; vosotros que sois terribles como la tempestad, á quien ningún poder de los nacidos, es capaz de oponerse, giras en porción tan innumerable á herir á un puñado de hombres, que duermen sin recelo á las orillas del mar, flando en la palabra de amigo que los dios vuestro triste rey Guacanajari? ¿Queréis que el almirante oiga en medio de los mares, el grito moribundo de sus guerreros, pidiendo venganza, y que las sombras de nuestros padres, que presiden las batallas, avergonzadas se oculten entre las negras nubes, para que no las salpique la traición con su impura mancha? ¿Queréis asediar al dormido para que se despierte cobardemente asesinado por la mano generosa de los caciques de Hahiti?... Hijos de las montañas de Cibao y de las espesas selvas de Maguana; el Tezme calme el furor de vuestro corazón y os bendiga... Al concluir mis palabras, las falanges de guerreros, se deshicieron en la obscuridad, como se pierden y disipan las nubes en medio del espacio; el día amaneció sin que mis ojos vieran los caciques que las conducían, para que el sábio no pudiera llamarlos al juicio tremendo; ni el alma acusarlos delante de la cuchilla del sacrificio, y la augusta majestad de los dioses.

Al caer la tarde fui á las orillas del mar; y me acerqué al recinto donde vivía el extranjero: llamé á su puerta; Ojeda, le dije á su capitán, te juré amistad y defenderte de mis enemigos; pero tus soldados insultan mis pueblos, y profanan el altar sagrado; el grito de su venganza ha venido á turbar la meditación de mi espíritu; manda á tus guerreros que no traspiquen el umbral de la puerta de los caciques de Maguana y de Cibao, porque allí les espera la muerte. Ojeda respondió á mis palabras con la sonrisa del desprecio; volví las espaldas, con el sentimiento de la piedad, que jamás faltó á mi espíritu, ni en las horas mas desesperadas del martirio.

Pasaron muchos días, y á cada momento llegaba á mis oídos la queja desesperada de los hijos huérfanos, de las madres violadas, de las doncellas inocentes á quien el impío guerrero con pérdida fuerza, arrancaba de sus hogares; los sacerdotes lloraban la profanación de los templos y todos gemían esclavizados porque el extranjero no pedía ya; arrebatada cruel y con soberbia inaudita cuanto veían sus ojos avarientos. En el corazón de los caciques hervía la venganza y en el pueblo se levantaba la desesperación que por todas partes hacía horizonte y sin que mi mano y mi justicia pudiera remediarlo, se cumplió la voluntad de Dios, que permite que todas las cosas sucedan, aunque se oponga á ellas la débil y decidida fuerza de los hombres.

Gutierrez y Escobedo, capitanes de los extranjeros, dejando las orillas del mar, cruzaron todo Hahiti y después de matar un hombre de Sanica con las mujeres que habían arrebatado y nueve guerreros de-

fendidos con armas invencibles, invadieron las tierras del poderoso Caonabo, cacique de las minas de Cibao. Como se lanza la culebra de la yerba donde está escondida, deseoso de elavar su agudo diente, así se levantó el cacique, que oculto en los montes de Cibao espiaba los pasos del extranjero para cebar en su sangre su venganza. Mi palacio de Mavicu estaba lejos; á sus confines mi voz no llegaba y los granos de oro de sus minas lo hacían prepotente y amado: en su furor llamó los salvajes de las gantas del Yaqui, á los habitantes de Maguana presididos por Manicate, Anacoana y Boechio, y les dijo: «guerreros, llegó el día de la venganza, la hora de los combates sonó en el cielo, y la estrella de sangre se levanta mas ardiente y severa que el sol.» Como se desprende de las montañas la formidable roca, imelida por la erupción de fuego que se esconde en las entrañas de la tierra y cae con espantoso ruido destrozando á su paso cuanto encuentra, así salieron de las cuevas los hombres de las sábanas y de las espesas sierras, capitaneados por el terrible Caonabo, que arrojaba fuego de los ojos enrojecidos por la rabia: empuñaba un tronco gigante sembrado de clavos de oro y tan pesado, que donde caía todo era desolación y ruina: lo lanzaba al aire como ligera pluma y al frente de los guerreros, cubierto la cabeza de vívidos colores, pintado el cuerpo de rayas negras y amarillas, parecía el dios tremendo de las batallas; cuánto mas le valiera al extranjero el no haber nacido nunca... al llegar al frente de los guerreros, Caonabo arrojó á Gutierrez con la velocidad del rayo, el pesado árbol que empuñaba con mano destructora: el golpe terrible resonó en la coraza de hierro del guerrero que cayó sin sentido sobre la tierra, vomitando espesa sangre por la boca y los oídos. Entonces acometieron las falanges Escobedo y sus demás compañeros, sembrando de muertos la llanura; pero Caonabo, asido á Gutierrez lo ahogó entre sus brazos obligándole á dejar la vida que dentro el cuerpo se defendía, hasta que huyó horrorizado de la furia del bárbaro cacique, y le arrancó la espada que empuñaba la mano moribunda con tan fiero empuje, que parecía fundida con la misma arma; al verla en poder de Caonabo, se aumentó la audacia de los caciques; los guerreros de Colon destruían filas enteras, cada soldado peleaba contra cien legiones; pero las falanges de los hijos de Hahiti eran interminables y parecían nacer del vapor de sangre de los que morían; al fin el extranjero sucumbió, cansado de matar, para morir de sed sin sentir su desastrosa muerte. Caonabo cubierto de golpes luchaba aun, teniendo entre sus brazos á Escobedo, y mientras mayor era el dolor de sus heridas, con mas furor apretaba el cuerpo descomulgado, arrancándole con los dientes pedazos de la carne magullada; acabó el combate con el esterminio de los nueve guerreros. Cuando llegó á mis oídos la noticia de la sangrienta batalla, mi espíritu se nubló de dolor y de vergüenza; el cielo había decretado que todas las desgracias vinieran á amargarme... ¡en mal hora lució para Hahiti la luz de aquel día!... la sangre derramada por mis caciques cayó gota á gota sobre la corona de los reyes que sostenía pesadamente mi cabeza; el furor de mis guerreros me había cubierto de oprobio; yo ya no mandaba en el corazón de mis pueblos: todo me presagiaba que llegaban los últimos momentos del reinado de mi triste vida.

IV.

¿Quién se dirige al espíritu en las horas supremas y acibaradas, cuando se apaga hasta la luz de la razón y las tinieblas y la profunda oscuridad, son el mundo infinito que rodea el cuerpo y el alma? ¿Quién se dirige? ¿al Dios que dispone de las edades y señala la marcha de los astros y que dá brillo y calor á los rayos del sol en medio del caos eterno?... ¡ay! á ese se levantó mi corazón: y turbado, lleno de pesadumbre, me acojí á su sagrado templo; con mi propia mano alumbré el fuego del Tezmes; los Butios observando mi tétrico semblante, enlutaron sus cabezas postrándose afligidos delante de mi corona; el cacacol llamó al altar los sábios y á los caciques: yo me levanté de la piedra de los reyes empuñando la venerada cuchilla del sacrificio, y lleno de angustia, les dije:—«Sábios y sacerdotes que gobernáis con vuestra ancianidad los pensamientos de mi alma, y que distribuís con sabiduría la justicia sobre la tierra, os he llamado para oír vuestro consejo, para que disipéis la incertidumbre de mi espíritu, aclarando la noche donde se pierden mis ideas; ofrecí mi amparo al extranjero que habita en las orillas de la mar, le dije á Colon al abrazarlo por última vez, llamándolo tiernamente mi amigo, que guardaría á sus guerreros como á mis propios hijos. Sus guerreros temerariamente han invadido las tierras de Caonabo, han profanado su hospitalidad con ingratitud y el homicidio. Caonabo, despertando del sueño, ayudado de sus caciques los ha despedazado y ha esparcido sus osamentas por las llanuras de Maguana: juré protegerlos, Caonabo ha jurado esterminarlos; sacerdotes, sábios, guerreros de Hahiti; necesito que vuestro consejo disipe las nieblas que envuelven mi entendimiento, y si ha de salir de mis labios el grito de guerra, vuestro consejo guiará mi brazo en las batallas. La voz del Tezmes me manda empuñar la cuchilla de la justicia

para proteger al extranjero á quien mi corazón ofreció sagradamente hospitalidad...» Al concluir mis palabras, los sábios inclinaron la cabeza: el grito de guerra estremeció las paredes del templo; los caciques formaron su falange: mis ojos no podían abarcar aquella multitud de guerreros que se aprestaban al combate y que eran tan innumerables, como las arenas de la orilla del mar.

Entonces el Butio alzó la rama de ébano y los caciques se prepararon á oír; y el sacerdote rompió el silencio: «Hijos de Hahiti, les dijo estremecido por la inspiración, el Tezmes escuchó en la eterna oscuridad, la hora sangrienta del combate; las sombras de los reyes se levantan del sepulcro y empuñan la aguda flecha y el escudo redondo como el sol: entre las nubes se preparan á guiarnos, no hay mayor gloria que morir por la patria, las armas en la mano y con la ira en el corazón; la sangre corra á torrentes; el fuego consuma la emboscada del enemigo; no endurece la piedad el alma del que hiera, y la viuda no lleve al sepulcro la osamenta del que vuelva la espalda en la pelea; hierva en el corazón el odio y la venganza; y el valor de los héroes acompañe al sepulcro á los guerreros; el Tezmes sea con vosotros.» El Butio dió la señal, y los guerreros se levantaron para seguirme: yo iba rodeado de mis capitanes, como la luna de estrellas en las noches apacibles de la primavera.

Ya me acercaba á la orilla del mar, cuando el alarido de victoria llegó á mis oídos... mi corazón se estremeció de espanto; veloz como el relámpago, me adelanté con mis caciques; sorprendió mi vista el fuego que consumía los bosques, la sábana y la fortaleza de los extranjeros; sus máquinas para lanzar el rayo, permanecían mudas; los guerreros no defendían el hogar invencible donde antes levantaban su orgullosa bandera; ¿quién había osado llegar al recinto protegido por el juramento de los reyes de Hahiti?... ¡ay!... el feroz Caonabo que había jurado el exterminio de los extranjeros...

Apenas restañada la sangre de sus heridas, llamó los caciques, los enfureció con el valor salvaje de sus entrañas, y como la fiera lleva á sus cachorros á devorar la presa, así los condujo á la fortaleza del extranjero para despedazarlo. Tres veces la arremetió como el mar á los arrecifes: las máquinas de lanzar el rayo vomitaron la muerte, abriendo en las espesas falanges anchisimos huecos, sembrando de cadáveres la arena; pero Caonabo enfurecido cada vez mas, como el ángel de la destrucción, desesperado de la resistencia, puso fuego con su propia mano á la selva y con los cuerpos muertos hizo inmensa pira alrededor de la fortaleza, que ardió levantando su llama á las altísimas nubes; el extranjero tembló horrorizado de tan bárbara ferocidad y buscó en la mar su salvación encontrando la muerte en sus salobres entrañas. Todos se anegaron como héroes, todos perecieron: ni uno solo quedaba de los soberbios hijos del sol, cuando mis caciques ordenando las filas en batalla arremetieron con las falanges de Caonabo.

Como enfurecidas chocan sin concierto las espantosas olas, deshaciéndose en espuma y saltando por sobre los peñascos, así se encontraron montones de guerreros,—ni un ay, turbó el rumor de la matanza; las flechas silbaban; el golpe seco de los escudos revelaba la crueldad del encuentro: la sangre corria á torrentes y calentaba el suelo: yo peleaba cubierto de heridas en medio de las filas de mis caciques, cuando Caonabo llegó á mi encuentro: sus ojos despedían fuego, y su mirada era como la del buitre; le arrojé al corazón mi aguda flecha; pero lo protegía el ángel:—su mano clavó en mi seno el dardo de la muerte, y caí á sus ojos bañado en sangre: entonces terminó la lucha; los sacerdotes me levantaron en sus hombros; los guerreros doblaron la rodilla, llenando el aire de lamentos, y Caonabo huyó de la pelea á ocultarse en las profundidades de las cuevas; postrado por la pesadumbre y la pérdida de sangre me llevaron á mi palacio de Marien.

Humeaban los árboles de la selva y las cenizas de la fortaleza aun estaban calientes; cuando en el horizonte divisaron los caciques diecisiete grandes barcos (1) que se acercaban á la orilla, impelidos por el viento: parecía que Colon escuchó en el seno de los mares el lamento moribundo de sus guerreros y corria á vengarlos... mi pueblo huyó á

escondese en la oscuridad de las selvas y en las aberturas de las montañas. Los caciques de Cibao, de Maguana, de Saabana y de Sanica, se retiraron á las orillas de oriente, desconocidas del extranjero: rodeado de mis sacerdotes, oí el ruido de la bombardas que retumbó por dos veces en las playas desiertas, sin que le respondiera otra voz que el eco temeroso de la tierra.

Afligido mandé á mi hermano (1) que saludara al extranjero que llegaba y le contara mis desgracias, la batalla con mis caciques, la quema de su fortaleza y la horrible muerte de sus guerreros;—el almirante al oír las nuevas de mi dolor y la tremenda historia de sus soldados, derramó amarguisimas lágrimas; de su alma se apoderó la desconfianza; creyó que la traición movía la lengua de mi hermano; pero vino á verme al día siguiente y sus manos tocaron mis abiertas heridas;—entonces lloró conmigo el rigor de mis desgracias, me estrechó tiernamente entre sus brazos, me juró que su amistad duraría hasta el último momento de su vida, y á sus palabras sentí revivir el alma.

«Rey Guacanajari, me dijo, te vengaré de tus enemigos porque eres bueno. Caonabo y sus guerreros no profanarán mas el sepulcro de tus padres ni turbarán el sueño de tus ojos.»—Entonces mis sacerdotes le presentaron la corona de oro que labraron mis sábios; los mas grandes pedazos de aquel metal que hasta entonces produjeron las minas, y ochocientos cibas mas relucientes que las estrellas del cielo.—Colon recibió mis dones con la ternura del amigo y me estrechó entre sus brazos; «¿dónde está la extranjera, le pregunté sollozando,»—«en la tierra de sus padres, me respondió, y no volverá nunca á tus playas.» Sus palabras fueron la última herida que recibió mi afligido corazón—yo no habia bajado al sepulcro, porque esperaba volverla á ver: perdida la esperanza, era necesario morir.

¿Quién ha sido entre los hombres el que haya derramado mas lágrimas que yo?... ¿quién ha visto morir de pesadumbre recostada sobre el pecho y herida por la ingratitud, la mujer mas tierna que nació de madre, pura como la luz trasparente de la mañana? ¿quién ha visto desecha su corona y por el suelo pisoteada de sus guerreros, y derramada la sangre de sus venas por la mano de sus propios hijos? ¿quién le arrebató el amor de una extranjera, esposa, patria, hijos y la corona heredada de cien reyes, todas las ilusiones y por fin la vida entre los mas horrendos martirios?... En la infinita historia de los nacidos, habré sido el único rey que haya apurado hasta las heces la hiel de la amargura, sin tener una hora de tregua en el dolor, ni un minuto de consuelo, ni de los hombres ni del cielo...

Y para mayor oprobio, para que mi cuerpo bajara al sepulcro señalado de todas las crueldades inicuas de la desgracia, yo que nací rey de los reyes, que enseñé mis pueblos á conocer y á bendecir á Dios, á amar á su prójimo; que castigue como el mayor de los crímenes, la ingratitud y la traición; yo que le di á los extranjeros con la hospitalidad de mi alma, mis hijos, mis tesoros y todo el amor de mis entrañas; y antes de morir mi palacio destruido por su avariciosa mano; profanado el sepulcro de mis abuelos; vi con los ojos arrasados en lágrimas removida de la piedra mortuoria, la osamenta bendita de la pobre Ainima que dormía el sueño de los ángeles, y yo mismo siendo rey de los reyes y señor de cuanto baña la mar, como un esclavo sin libertad, sin alegría, ultrajado miserablemente por el extranjero, sembré los campos de la patria, regándolos con mis lágrimas para mantener el impío soldado, que abrasaba con fuego y sangre la maldicienda tierra de los reyes de Hahiti... ¡Terrible, muy terrible y desastrosa es la historia de los últimos dias de mi triste vida!...

(1) Antes que llegara el enviado de Guacanajari, se habian acercado algunos indios al lado de la capitana que mandaba Colon, gritando almirante, almirante, y subieron arriba hasta haberlo visto.—Habiéndoles preguntado Colon donde estaban sus soldados; contestaron, que unos se habian muerto y otros se habian internado en el pais.—A la mañana siguiente, bajó á tierra á visitar la fortaleza convertida en ruinas, dirigiéndose á un pozo donde habia prevenido á Arana echara los objetos preciosos que tuviera, en el caso de verse acometido de los indios; nada halló en él; pero dando vueltas, reparó cerca de la fortaleza la tierra removida, hizo escarbarla y se encontró con siete cuerpos que creyó fueran españoles; pero que nada podia comprobar ni que fueran tales; ni si habian muerto de enfermedad ó de heridas, porque hacia mas de un mes habian sido enterrados, la ropa era de españoles, quién sabe si tambien lo serian los cadáveres! Al día despues, llegó un principe de la isla, hermano de Guacanajari, el que dio cuenta á Colon de la conducta imprudente y cruel en Arana, Escobedo, y Gutierrez: los cuales habian dado lugar á que los soldados mismos se insubordinaran, atacando á los caciques, que al fin invadieron las tierras de Caonabo, y éste los habia matado á todos; pero que Guacanajari habia sido fiel á la promesa de mirar sus soldados como á hijos, hasta el punto de haber asistido con los suyos á la defensa de los españoles, en cuyo combate habia recibido las graves heridas que no le dejaban venir á abrazar el almirante.—Colon, con el consuelo de sus capitanes, saltó en tierra y fué á ver á Guacanajari, al cual encontró gravemente herido—aquel generoso principe, le contó lleno de dolor el fin de los españoles y le regaló ochocientos conchas, apreciabilísimas de los indios, cien pedazos, y tres sacos llenos de granos de oro y una corona del mismo metal.

(1) Con este número de naves, entró Colon en Hahiti en el lugar llamado Puerto Real, el 17 de octubre, habiendo salido de Cadix el 27 de setiembre—conducía á bordo de aquellas naves á mil quinientos voluntarios de toda clase de gentes, entre los cuales iban algunos nobles sedientos de gloria; doce sacerdotes presididos por un catalán, superior de la orden de San Benito, el cual iba provisto de un breve de Alejandro VI, que contenía facultades muy extensas, para velar la conducta que se tenia con los indios, impidiendo fueran maltratados.—En las naves se embarcaron caballos, toda clase de instrumentos de hierro, toda especie de granos y legumbres, para sembrar y de provisiones que se aumentaron luego en el puerto de Jomera, donde se proveyó Colon de las cabras, abejas, buyes, pavos, gallinas y polomas que luego procrearon en la isla. En este segundo viaje fue cuando descubrió á Maniglandi, la Guadalupe, Antigua, San Cristóbal, San Juan Bautista y Puerto Rico.

¡Dios mío, grandes fueron mis desventuras, muy extraordinarias y crueles!... de ellas ha nacido la generación maldicida para siempre, que germina en las montañas y llanuras de la desgraciada Hahiti, pero no quieras al despertarme del sepulcro, renovar el dolor de la honda herida que oprimió los días de mi afligido corazón, y que aun estremece mis huesos emblanquecidos por las edades y por el frío inhumano y destructor de los siglos.—Escucha Hahiti, el último de mis tormentos: ahora que el mundo reposa en paz y que tus campos están cubiertos de flores, y tus colinas sembradas de palacios, y que otra raza de hombres puebla la tierra y otra cabeza que no es de la estirpe de Guacanajari sostiene la corona de Vagoniana, escucha Hahiti, el último de mis martirios.

Después de tantas y tan crueles desgracias, la debilidad se apoderó de mis entrañas: la fiebre me ahogaba de día y de noche; solo sabía llorar: mis pueblos huían de mi presencia, y para librarse de tanta crueldad no cultivaban la tierra; hambriento el extranjero, era mas tirano, lo que no destruía el hambre y la enfermedad perecía al filo de su espada: viéndome insensible á tantos dolores, los caciques maldicieron la hora de mi nacimiento, y sobre el altar del Tezmes, escondido en las profundas entrañas de Casibaxajua, juraron mi muerte; Caonabo, Manicote, Anacoana, Boechio, los capitanes de la sierra, los que vivían desconocidos y salvajes en las profundidades de las cuevas, todos juntaron sus falanges, y á mi y al extranjero, nos presentaron terrible y sin igual batalla la mas grande que ha visto el sol: la sed y el fuego, la desesperación y el filo inexorable de la espada acabó la mitad de mis pueblos. Todo quedó destruido; las deshechas bandas de guerreros, no hallando abrigo en las arenas de la patria, á nado se fueron á otras tierras; estaba despoblada Hahiti, y sin embargo, cobardemente tenía aliento para soportar aquella existencia amarga y desesperada; pero en mí se cumplía la voluntad de Dios que castigaba la generación infeliz de los reyes de Hahiti!... ¡en mí se cumplía la maldición del destino!...

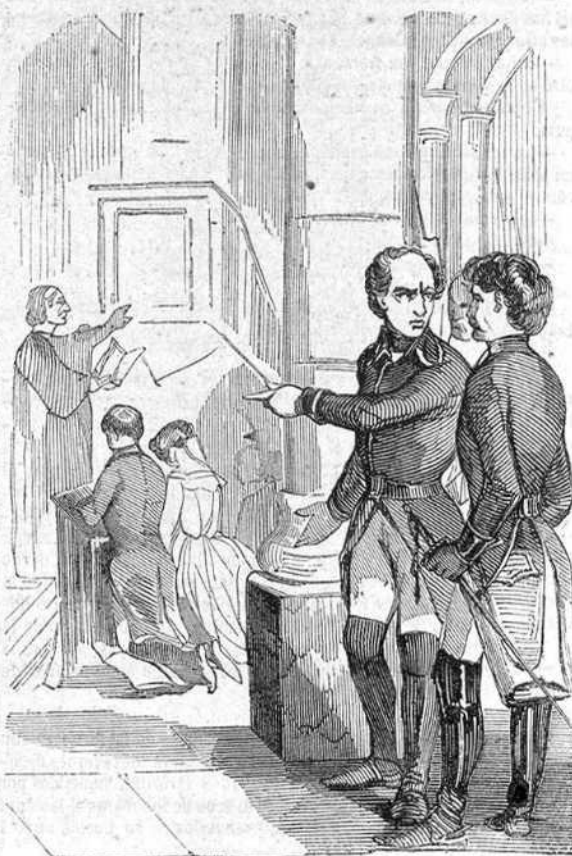
Al fin no pude ir á los combates; los males del espíritu enferman el cuerpo, la fiebre empezó á consumirme rápidamente; ya no tenía lágrimas para llorar: se apoderó de mi alma la insensatez: recoji del sepulcro los huesos de mi pobre Ainaima, era el único tesoro que poseía mi corazón; ya no era rey; me odiaban mis pueblos; el hambre me mataba; nadie me daba alimento: no tenía con que abrigar mis heridas; y estaba sentado á la puerta del extranjero sin que una mano amiga ayudara mi cabeza, que desmayada, apenas podía levantarse de la piedra desnuda. El extranjero, á quien yo di hospitalidad siendo rey de los reyes y señor de cuanto bañaba la mar, me veía morir de hambre en el umbral de su palacio ¡y era sin embargo mío hasta el aire que respiraba!... ¡Triste fatalidad de las cosas humanas! pensaba en Dios y en él solo tenía puesto mi corazón... en aquellos momentos de angustia llegó delante de mí una nube de soldados conduciendo en gran triunfo un cacique cargado de cadenas, mi corazón se estremeció al mirarlo: era el terrible Caonabo (1), el guerrero de las minas de Cibao, que presagió la ruina de la patria, que por salvarla derramó mi sangre con su propia mano, amándome mas que á su vida; el cacique que hacia temblar con su valor á Colon y sus capitanes. Cuando los que le conducían lo arrojaron en tierra, cayó á mis pies. «Rey Guaca-

(1) Decidido Colon á mover guerra á los caciques de la isla, temiendo que sus fuerzas no fueran suficientes para oponerse á su número y ferocidad, discurrió destruirlos por la sorpresa y la astucia.—El mas temible de ellos era Caonabo, que anteriormente habia quemado el primer establecimiento de los españoles, matando á Arana y sus compañeros, y que cada día presentaba una nueva emboscada á los soldados del Fuerte de Cibao: este cacique dió en la simplicidad de enamorarse de la campana de la Isabela, porque creia que hablaba y el sonido que se extendía por los aires, era para él de origen misterioso y celestial. Varias veces ofreció por ella grandes cantidades de oro; Ojeda, comandante de la fortaleza, le dió á Colon con motivo de entablar negociaciones sobre la venta de la campana, que se atrevió á apoderarse del cacique en sus propios estados. Colon admirando el valor de este capitán le dió nueve hombres de á caballo, con los cuales llegó á la habitación del cacique, sin que los indios, viendo tan corto número, pudieran tener la menor sospecha de desconfianza.

Caonabo salió á recibirlo; entonces Ojeda que llevaba un par de esposas de latón tan brillante como el oro, le dió que aquellas eran las insignias de los reyes de Castilla, que para honrarlo sobre todos los caciques se las mandaba Colon: que para poderse las retirar un poco de sus soldados y luego parecería á sus ojos con la majestad de los reyes. El indio no pudiendo creer que nueve hombres fuesen capaces de tan heroico atentado, se retiró, dejó colocar las esposas en sus muñecas: una vez agorrotado, Ojeda saltó sobre su caballo, se le ligó al cuerpo y en medio de las flechas y los gritos de los indios sale rompiendo, hasta llegar triunfante con aquel terrible cacique á la presencia de Colon, que luego lo tuvo encadenado en su casa, sin haber podido domar su altanero valor, hasta tal punto que jamás dirigió ni una mirada ni una sola palabra al almirante, mientras que con Ojeda que lo habia prendido, tenía otra conducta mas apacible. Colon le preguntó una vez por que era aquella diferencia, el indio le respondió: *tú no has osado venirme á prender á mi misma casa, tu capitán ha sido mas valiente que tú.* El robo de este cacique hizo levantar toda la isla: el 10 de marzo de 1496 en las dos carabelas que salieron para España fué enviado con dos de sus hermanos. Por falta de provision el hambre fué grande en las dos embarcaciones, hubo un momento en que estuvo decidido el comercio de los indios terrible idea combatida por Colon. En medio de aquella tribulación, triste y desesperada, viéndose lejos de Anacoana y de la patria, murió de dolor el infeliz Caonabo.

najari, me dió: tú has sacrificado tus pueblos, entregándolos á la crueldad del extranjero: la sangre de tus hijos ha corrido á torrentes, el fuego ha abrasado nuestros hogares y las sagradas selvas; su furor ha reducido á cenizas el altar del Tezmes; las osamentas de los reyes de Hahiti han sido arrojadas del sepulcro; y tú, Guacanajari, enfermo, moribundo, sin aliento para sostener la vida; consumido por el hambre, maldicido de tus infelices pueblos, estás como un esclavo, á la puerta del extranjero, que no tiene compasión de tus dolores—ni apaga tu sed, ni calma tu necesidad... ¡pobre rey! Hahiti no olvidará tu triste nombre; yo te perdono con todo mi corazón: así te perdona la patria,» dió cayendo de rodillas á mis pies anegado en lágrimas:—me levanté á responder al cacique descendiente de la sangre de Vagoniana y hermano de mi desventurada Ainaima: mi corazón estaba ya herido por la flecha de la muerte: «¡Bendito sea el Señor Dios, le dije, que me ha concedido volver á verte antes de encerrarme en la oscuridad tenebrosa del sepulcro!... formidable guerrero de los estados de Maguana, mis hijos los devoró el hambre; á nadie tengo en el mundo que me llame; á nadie que cierre mis ojos, ni que acompañe con sus lágrimas el silencio de mi subterránea noche... cacique de Cibao, toma la corona y las cibas de los reyes; al menos al dar el último suspiro, cuando mis angustiados ojos busquen por última vez la luz, llevaré á la eternidad el consuelo de que mi corona bajará gloriosamente contigo al sepulcro: contigo, que eres fuerte, y no envileciste el corazón, ni vendiste flojamente la patria, defendiéndola con heroicidad hasta el último momento de la vida... me ahogaba el dolor, y viendo llegar mi fin, coloqué trémulamente mi corona sobre su cabeza, cubierta de heridas; tendí las manos temblorosas para bendecirlo; pero en aquel momento, el alma se separó del cuerpo y dormí en el sepulcro, hasta hoy, que el destino quiere que cante por última vez los días de mi triste vida...

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.



AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

No concluyó el rey su frase que se convirtió en un silencio afectuoso que no rompió hasta mucho tiempo después, para decir á Reginald cogiéndole la mano y apoyándola fuertemente contra el cañón

amigo mío, todos tenemos nuestros dolores sordos, ocultos, hayamos nacido en medio de la deslumbradora aureola del trono, en medio de la pobreza ó en la sombra del misterio...

—Como yo, murmuró Reginold, con la frente hundida como la del rey en la borrasca de la noche que envolvía cada vez mas la escuadra el cielo, las aguas y las montañas lejanas de la costa.

—Te he dicho el otro día, añadió el rey, bajando aun mas la voz, cuanto sabia respecto á tu origen, á riesgo de trastornar el brillante edificio de tus sueños... pero mi amistad te debía la verdad en el momento supremo de una crisis que puede arrebatarte mañana ó arrebatarme á mí el primero...

—Gracias señor, no me hacia ninguna ilusion respecto á mi nacimiento... No es eso en lo que únicamente se fija mi pensamiento.

—Por el mal que tal vez te he causado Reginold, prosiguió el rey, te debo decir el que he sufrido... y que ya no sufro.

Esta última parte de la frase confidencial del rey, fué proferida con un tono que daba un mentis al sentido que intentaba expresar. Un suspiro comprimido y una mirada rápida que se perdió en la vasta oscuridad esparció en derredor de la fragata, acabó de matar el resto de sinceridad que el rey creia haber dado á aquella confesion.

Que ya no sufro volvió á decir, haciendo aun alarde de su falsa firmeza. Reginold, puedo decirte ahora que estamos lejos de Stokholm á mas de cien leguas de la ciudad de nuestros errores, de nuestras locuras, lo que produce en mí el efecto de un pasado de muchos años; ¿y en ti Reginold?

—En mí no señor, yo estoy aquí, pero mi corazón...

—El mío está curado, interrumpió vivamente el joven rey, pero prosigo.

En vez de proseguir, bajó el rey la cabeza en silencio mientras que Reginold levantó la suya hacia el cielo ó mas bien hacia la bóveda sombría y confusa que ocultaba el cielo.

Algunos minutos despues continuó así Carlos XII:

—Reginold, tú conoces todas las mujeres de mi corte; entre ellas no has distinguido una que haga dudar aun á los mas indiferentes si las otras son bellas, jóvenes, encantadoras?

—Señor, sucede con frecuencia que lo que uno ve con entusiasmo, otro no lo vé mas que con un simple sentimiento de admiración.

El presentimiento de Reginold no le engañaba... iba á haber disputa.

—La condesa de Koenigsmarck, repuso el rey, ha venido á traer á mi corte seducciones ignoradas, encantos y placeres que no sospechábamos; una vida nueva, no es verdad Reginold?

—Señor, la condesa es bella... ya se sabe.

—Muy bella! Reginold.

—Su gracia... es conocida.

—Perfecta, amigo mío.

—Pues bien Reginold, yo no sé lo que los demás, y tú mismo, habrán sentido á su vista, pero yo...

—No concluyáis, señor, dijo Reginold.

—Por qué? por qué?... tienes razon tal vez en el fondo, ¿á qué renovar esas cenizas aun calientes? déjame concluir... mañana á estas horas tal vez estemos tú y yo en el fondo de este mar, que de minuto en minuto nos conduce bajo las baterías de Copenhague... Oh los dades! traidores! espumadores del reinol... ¿No haré yo pasar la quilla de mis navios sobre sus flotas? No quemaré á Copenhague y tan bien que se perciba desde Stokholm el humo y el fuego, y que se diga... sí, quiero que podáis decir, mis buenos suecos, admirando el incendio, nuestro rey ha arribado á buen puerto. Está bien, pero y si una bala de cañon nos divide en dos?... déjame pues acabar mis confianzas, querido Reginold continuó el joven rey echando amistosamente sus brazos en derredor del cuello del joven favorito.

Reginold intentó vencer su emoción.

—Te decia que todos habiais permanecido indiferentes á la belleza maravillosa de la condesa Aurora, mientras que yo mas loco que todos vosotros he conocido que la amaba.

—Era un capricho real... balbuceó Reginold con una sonrisa de las mas forzadas.

—¡No, era amor!

—Un capricho de príncipe causado de la mesa y de la caza.

—No, Reginold, un profundo amor.

—No hay tal! Señor, no hay tal!

—Te digo que sí, exclamó el rey con la violencia de su temperamento, haciendo volver hacia él bruscamente el rostro de Reginold que Carlos XII no veia mas que de perfil; te digo que sí, un verdadero amor, como hay una verdadera hambre, una verdadera sed, un verdadero sueño. Te digo que era amor. Por otra parte si quieres pruebas mas fuertes, te diré que la amaba hasta el punto que solo de ella hubiera dependido el obtener de mí cuanto hubiera deseado en riquezas y dignidades hasta llegar á ser...

—¿Reina de Suecia?...

—Sí.

—Pero señor.

—No sería la primera vez que un rey sin hacer una cosa indigna, se casase con una condesa.

—Y no ha querido ella.

—Nada me ha pedido.

—Reginold respiró... pero la felicidad que se desliza en los corazones mas ingenuos, le impulso aun á decir:

—Esa modestia por parte de la condesa de Koenigsmarck, proviene tal vez de que no sentia una pasión en el mismo grado que vos.

—Te equivocas Reginold, interrumpió el rey; la condesa... ¿No eres bastante discreto, amigo, para saberlo todo?

—¿Pues bien la condesa?

—Me amaba, Reginold...

—¡Os amaba!

—Mas bajo, mas bajo, Reginold, los centinelas, el timonel, los hombres de cuarto, podrian oirnos. Me obligas á decirte: pues sí, me amaba.

—¡No, no señor, no os amaba!

—No comprendo, replicó el rey, con una risa colérica, tus asombros sin causa, tus perpétuos mentis... Sé que tu incredulidad procede de que no quieres ver debilidad en tu amigo que es rey, que tiene un estado poderoso que gobernar; pero escucha hasta el fin y lo creerás todo si es que nada quieres creer mas que al precio de mi arrepentimiento... de mis pesares... por una debilidad... ¡Ah sí, Reginold, me amaba...

—Respeto vuestra convicción señor, dijo Reginold, con voz sofocada, á la vez por la rabia y por el respeto.

—¿No crees, pues, en el amor de la condesa á mí?

—¡Señor!

—¿Sabes que vas á concluir por herir mi amor propio, Reginold?

—No señor. Son siempre los mejores entre los que aman, los mas amados. ¡Cortesano... te vas enmendando! porque no era el mejor, he sido amado, tiernamente amado...

Levantóse Reginold bruscamente para dejar el sitio que ocupaba... ya no era dueño de sus movimientos, de sus pensamientos, ni de sus palabras... El último instinto de prudencia le dió este consejo... Detúvole el rey.

—Veo, le dijo, que necesitas pruebas de que he sido tiernamente amado de la condesa.

—¿Las tendreis señor? preguntó Reginold.

Su sangre fria en este momento, no era otra cosa que un furor estremado.

El rey respondió con un silencio afirmativo. En este momento aumentó el viento considerablemente, sopló con brascas ráfagas en las velas, alborotó los olas y triplicó la oscuridad. Era lo que los marinos del norte llaman una tempestad seca. Entrando esta eventualidad barométrica en las previsiones del viaje, se vió por un movimiento universal, suspender á todos los navios de la escuadra, de sus mástiles una linterna amarilla. Esto queria decir que iban á guiarse por el navio almirante, por el Carlos XI que marchaba á la cabeza, iluminado igualmente por una linterna de color, pero que era roja en vez de ser amarilla. El efecto de estas linternas amarillas colocándose en una sola linea á fin de que ninguno de los navios que la llevaba se estraviase en medio de la tempestad, era de los mas pintorescos. La fragata El Calmar donde se hallaba Carlos XII izó tambien su linterna amarilla.

Ejecutada esta maniobra, volvió el rey á la confidencia en el punto en que la habia dejado, complaciéndose en prolongar así el intolérable suplicio de Reginold.

—¡He aquí las pruebas ciertas de que era amado de la condesa de Koenigsmarck, incrédulo Reginold. Por lo pronto este retrato recibo en cambio del mío.

—El retrato de la condesa!

—Míralo... asegúrate de ello... además que tiene un gran parecido.

Tomar el medallón que le ofrecia el rey, correr á examinarlo á la luz de la lámpara que iluminaba la brújula, y volver al instante á entregarlo á su rival coronado, fué obra de un instante para la impaciencia nerviosa de Reginold.

—¿Qué tal?

—Pues bien señor, ahora ya no dudo.

—Es una gran felicidad.

—Si ese retrato es el de la condesa Aurora... erais amado... lo sois todavia... os lo devuelvo... ¡qué no pudiera guardarlo para confundirla! Cómo la confundiría con ese testimonio de su falsedad!... Si la volviere á ver a'gun día!... Señor, repitió Reginold, os devuelvo este retrato...

El medallón temblaba en su mano llena de sudor.

—No, ¿qué haria yo de él?... Es el mas dulce... pero tambien el mas acusador de los recuerdos de un pasado que ha estado á punto de

hacerme perder mi trono... todas las debilidades se dan la mano... he roto la cadena de ellas... si la he roto... esa mujer, ese retrato!...

Cogió el rey convulsivamente el retrato de la condesa de Königs-marck como para llevarle á su corazón y á sus labios, pero deteniéndose con un gesto seco y violento dijo: No! no!... Reginold?

— Señor.

— Toma ese retrato...

— Me lo dais, señor?...

— Arrójalo al mar...

— Pero señor?...

— Obedece...

El ruido de un cuerpo que cae en el agua probó á Carlos XII que había sido obedecido.

Reginold había deslizado el retrato de la condesa en el bolsillo y había arrojado su bolsa al mar.

El rey, pues, fué engañado.

— Ya no queda mas que una prueba de esa pasión que no negarás en adelante, continuó Carlos XII.

— Todavía una prueba, señor?

— Mas convincente que el retrato, si es posible.

— No quiero conocerla, exclamó Reginold.

— Imaginándose que Reginold rechazaba aquella última prueba solo por delicadeza y por no aparentar continuamente poner en duda su veracidad, replicó Carlos XII.

— Recorre esas cartas.

— Cartas!...

— De su mano...

— Traición!...

— Qué dices? .. No me ha hecho traición...

— No señor... no es ese mi pensamiento... son... cartas de ella!...

— Yo no la hago traición... la olvido... quiero no saber de ella... No la he conocido nunca...

El rey había deslizado en las manos de Reginold la pequeña cartera en que estaban cerradas las cartas de la condesa.

Durante algunos minutos uno y otro guardaron la misma actitud, el mismo ceño; el rey parecía no poder separarse de aquella cartera que Reginold deseaba y temía poseer de miedo de ver su última esperanza, dar su último suspiro entre sus manos.

Durante algunos minutos hubo cierta indecisión en los movimientos de la escuadra, cuya posición exacta en medio de aquella noche tempestuosa debemos decir

No estaba mas que á veinte y cinco leguas de Copenhague é iba á encontrarse, según los cálculos de los oficiales en una situación difícil pero mas difícil aunque crítica, puesto que estaba prevista. Tres pasos se abrían delante de ella en el punto de navegación á que habían llegado; uno entre la tierra firme y una isla, otro entre esta isla y otra poco mas ó menos de la misma extensión, el tercero entre la segunda de estas islas y el mar. El paseo entre la isla y la tierra firme estaba ocupado por la flota danesa protegida por las formidables baterías de la costa; intentar pasar por allí era hacer pulverizar la flota sueca, de la que ni un solo navio hubiera llegado al día siguiente á vista de Copenhague; en cuanto al segundo paso, el que formaba la aproximación de las dos se reputará siempre para los navios de alto porte; y nunca lo emprendían; decíase que eran doce ó quince leguas de islotes, de escollos ó de rocas á flor de agua.

(Se continuará.)

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

V.

Inesperada sorpresa
el francés monarca siente,
cuando llegó hasta las verjas
con Alarcon que no pierde
ni sus menores miradas
ni sus acciones mas leves.
Espléndida cabalgata
ante sus ojos se ofrece,
mas no abruman armaduras
los indómitos corceles,
ni caparazon de acero
sus pechos robustos tienen,

que en vez de llevar el peso
de los armados ginetes,
mal reprimen su arrogancia
con riendas de seda leve
veinte bellísimas damas
que visten en vez de arneses
trajes de rica labor
sobre brocado luciente,
y perlas en el cabello
y diademas en las sienes.
Pages llevan sus bridones
con lujosas sobrevestes
de los colores que visten
las damas que los sostienen
y sobre el pecho bordados
de su blason los cuarteles.
Odoríferas antorchas
otros delante sostienen,
que á su claridad brillante
hace que vencida quede
de la luna melancólica
la luz azulada y débil.
De Pálanos la condesa
luce allí su tez de nieve
contrastando con la esposa
del gobernador valiente,
en que su africano origen
bien á las claras se advierte
y la señora de Módica
y otras que á ninguna ceden
en blasones de hidalguía
y en virtud, que respandee,
en la belleza que todas
con tipo diverso tienen.
La lujosa comitiva
en la verja se detiene
y al mirar al rey tras ella
que lo que vé no comprende,
la de Cardona discreta
saludóle cortesmente.
— ¿Es quizá tal mi ventura,
(respondióle el rey galante)
que merezca estar delante
de tan perfecta hermosura?
Nunca pude esperar yo
el mirarme tan honrado
que á quien nació desgraciado
siempre la ventura huyó.

LA CONDESA.

— Las nobles de Barcelona
aunque os contemplan vencido,
comprenden que un rey caído
á quien su valor abona,
debe sufrir con la suerte
que el destino le brindará,
y que mejor aceptará
que los honores la muerte.
Mas puesto que cosas son
de los azares de guerra,
de las damas de esta tierra
recibid la admiración:
que si á la lid animamos
los que á combatiros fueron,
hoy que triunfantes volvieron
con vos vencido lloramos.

EL REY.

Por mas que me cause enojos
siempre viviera cautivo,
por lograr ver compasivo
el brillo de vuestros ojos;
y ahora acierto á comprender
el valor de los guerreros
que á mis nobles altaneros
supieron fuertes vencer,
pues animados por vos
en las guerreras campañas,
sus valerosas hazañas
parar debe solo Dios.

LA CONDESA.

Fama teneis de galante
á la verdad que no miento

EL REY.

Tan solo mi pecho siente
que no he de serlo bastante.
La plática comenzada
sostenida se mantiene,
y en tanto Alarcón que á espacio
cuando la verdad comprende
del prisionero monarca
delicado se detiene,
entre las sombras oculto
palpitar su pecho siente
al mirar tanta hermosura
como antes sus ojos tiene,
pues aunque duro en la guerra
contra duros combatientes
delante de las hermosas
es como ante el sol la nieve.

Al fin la empezada plática
oye terminar alegre,
y que vane despidiendo
entre saludos corteses
las damas del caballero
aguijando sus corceles.
En cambio de su vista
su gratitud les ofrece,
el monarca, y que si libre
hasta su patria volviese,
nunca á España tornarían
los ejércitos franceses;
y al tocar á la de Mòdica
despidiéndose de esta suerte
—Que Dios os guarde señor
y que os colme de ventura,
de su madre santa y pura
por el celestial amor.
De Monserrat en el ara
por vos de hoy mas pediré,
y que proteccion os dé
pues que al desgraciado ampara.

Al escuchar Monserrate
como quien recuerdo tiene
grabado en el corazón
de escenas que le conmueven,
dijo el rey á la condesa
que á escucharle se detiene:
—Monserrate: yo escuché
ese grito de victoria
cuando humillada mi gloria
en el combate dejé.
El grito triunfante era,
qué daban vuestros guerreros:
también á los marineros
lo escuché de mi galera,
y cuando al bogar un monte
de varia forma miraban,
cuyos picos destacaban
en el lejano horizonte,
á ese nombre pude oír,
un cántico de alabanza
que perdido en lontananza
iba en la roca á morir.
—Si vierais lo que debemos
á esa Virgen venerada,
comprenderíais la estremada
devoción que la tenemos.
—¡Oh! concededme un favor
dijo al punto el rey cristiano.
—Decid que no será en vano,
pues lo concedo, señor.
—Nada valgo, nada soy,
pues monarca prisionero
ni aun mi espada de guerrero
ofrecerla puedo hoy.
En una lid empeñada

dejé mi corona puesta,
y únicamente me resta
esta sortija adorada.
Fué de mi madre, señora:
ya comprendéis su valor,
pues sabéis todo el amor
que un hijo amante atesora.
Tomadla y en pobre ofrenda
á esa Virgen tan querida
dejádsela en mi partida
de mi cariño coal prenda.
Nada vale: es pobre el don
y de mezquina valía,
mas vá en ella, madre mia
mi cristiano corazón.

Calló el rey: tras breve pausa.
bajó devoto la frente,
y el ángel de las plegarias
batiendo las alas leves
una oración elevó
al Señor Omnipotente.
Dió la sortija á la dama
que conmovida promete
cumplir con lo que desea
apenas el sol se muestre;
y á poco, solo se oían
de los lejanos corceles
el galope acompasado
y el eco que lentamente
cada vez se disminuye,
y cada vez es mas leve,
hasta que del todo al fin
completamente se pierde.

CONCLUSION.

A otro día las galeras
de la ciudad se despiden
y tras breve travesía
pronto á Valencia distinguen
con la brisa adormecida
de sus moriscos jardines.
De allí conducen al rey
á Madrid, que le recibe
con el aparato mismo
cual cautivo de su estirpe;
y aun se conserva la torre
en la plazuela que dicen
de la Villa, donde estuvo
hasta que al fin tornó libre
después de dejar firmados
los tratos que le redimen.
Y es fama que nunca pudo
olvidar la noche triste
que pasara en Barcelona,
ni á la de Mòdica insigne
ni el nombre de Monserrat
donde aun la iglesia subsiste
de la imagen milagrosa
que vió á sus plantas rendirle
tributo y adoración.

Reyes de encumbrado origen
y guerreros vencedores
y santos pobres y humildes.
Y hace poco se veía
de la inesperada efígie
en el dedo la sortija,
cuyo recuerdo sublime,
con la cristiana creencia
que pura en su pecho vive
al trovador ha inspirado
del Anillo de la Virgen.

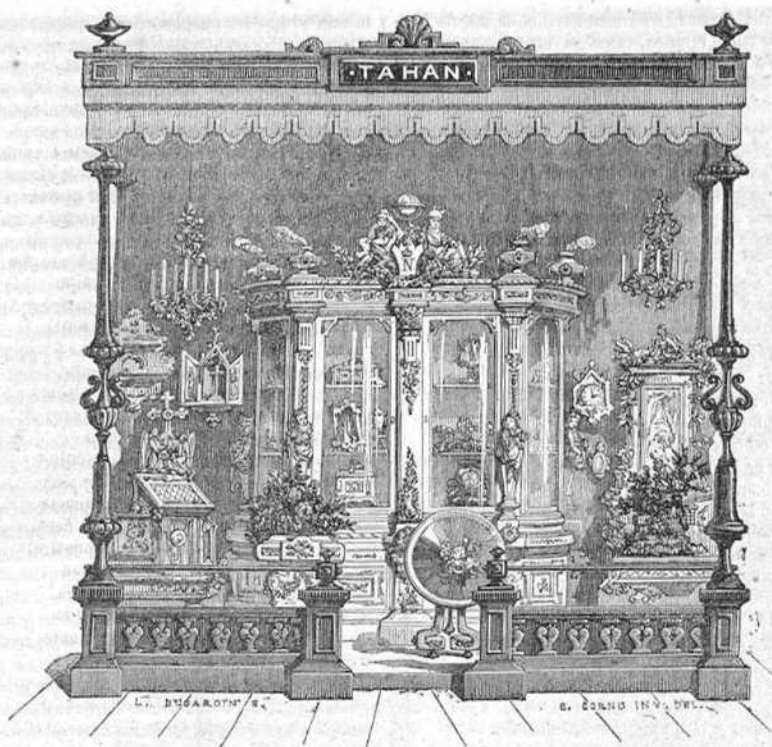
Enero 1835.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Cada oreja con su pareja.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Aparador que contiene objetos espuestos por Mr. Nahat, ebanista del emperador.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.

APARADOR DE MR. NAHAT.

El anterior grabado, es una copia exacta del magnífico aparador de Mr. Nahat, que tan vivamente ha llamado la atención de los visitantes de la exposición industrial de París, en la galería de Napoleón. Si la copia que presentamos no bastare para dar idea de su mérito, se comprenderá con decir, que siendo como es de una manera común, está valuado en la suma de 40,000 francos, cifra fabulosa á que le hace subir el prodigioso trabajo del artista.

EL ANTICUARIO JUAN FERNANDEZ FRANCO.

NUEVAS NOTICIAS SOBRE ESTE ESCRITOR.

En los números 21 y 23 del año pasado de 1834 se halla un artículo en este SEMANARIO firmado por F. L. G., en que se dan noticias de un MS hallado en Coria en 1835, escrito por Juan Fernandez Franco, nombrándolo Juan Alonso Franco, sin duda por error de los copiantes. De este MS. sacó su descubridor varias noticias biográficas, algunas que ignoraron los que en el siglo pasado procuraron indagar las circunstancias de este escritor, otras nada conformes con lo que ya se sabía de él, y otras que convienen exactamente. Se le da por patria á Franco en este MS la villa de Pozoblanco, estando demostrado incontestablemente que fué de Montoro, ambas poblaciones de la provincia de Córdoba: se nombra su primera mujer erradamente Juana Pedriches, á la segunda Ana Maldonado, constando por su testamento y partida de matrimonio que se llamó Marina de Leon, y no se puede decir que casaria tres veces, pues en dicho instrumento no declara mas que dos matrimonios. El autor del citado artículo deduce que el Br. Diego Franco, que allí se menciona, era de su familia; pero ignora que era su hijo. Al principio del primer artículo se dice: «se sabía que Juan Alonso Franco había sido discípulo y colaborador de Ambrosio de Morales; mas sus obras no se conocían, cuando al venir yo en 1835 á la ciudad de Coria ví un libro en folio» etc. Si el autor de los artículos sabía esto, era consiguiente supiese también que el Franco, discípulo de Morales, era de Montoro y no de Pozoblanco. Manifiesta finalmente el autor de los artículos tener noticia por las

obras de Pons y de Cean de otro anticuario llamado Juan Fernandez Franco, natural de Montoro, juzgándolo distinto, en cuyo concepto dice que las obras de Franco no se conocían, sin embargo de que no ignora existe un tomo impreso con el título de *Franco ilustrado*, que dió á luz el cura de Montoro, D. Fernando Lopez de Cárdenas; pero debe de no haberlo leído, pues á no ser así, no hubiera caído en este error. En esta obra hubiera visto el Sr. F. L. G. bien probada la patria del Lic. Juan Fernandez Franco y hubiera conocido que el autor del MS. de Coria es el mismo que el natural de Montoro.

Para rectificar, pues, y aclarar los puntos dudosos que contienen los referidos artículos y completar las noticias de Franco, nos ha parecido conveniente publicar lo que sigue:

El Lic. Juan Fernandez Franco nació en Montoro por los años de 1819, y fué hijo de Juan Alfonso Fernandez Franco y de Isabel Rodríguez. Habiendo resuelto sus padres dedicarlo á las letras, es verosímil que, siendo en aquel tiempo Montoro villa de poca importancia, sujeta á la jurisdicción de Córdoba, pasase á estudiar latinidad y humanidades á esta ciudad. Que nació en Montoro se prueba con la autoridad de Ambrosio de Morales, que lo conoció y trató desde joven, siendo su maestro de retórica en Alcalá de Henares, pues en el discurso general de las antigüedades tratando de los hombres doctos de quienes se valió para la composición de su obra, dice así: «también nombraremos alguna vez al Lic. Juan Fernandez Franco, natural de Montoro, cerca de Córdoba, cuyo testimonio confirma el mismo Franco en las notas que puso al margen de las obras impresas de su maestro, pues tocando este pasaje dice: «me nombra entre D. Diego de Mendoza y Florian de Ocampo, y Antonio de Lebrija, y Fr. Alonso Chacon, y dice allí de mí esto: tambien nombraré alguna vez al Lic. Juan Fernandez Franco, natural de Montoro, cerca de Córdoba.» No habiendo Franco corregido á Morales sobre la naturaleza que le atribuye de Montoro, es claro que asintió á la aseerion de su maestro, lo cual es una confesion tácita de que fué natural de aquella villa. A esta autoridad de tanto peso se agrega la tradicion de los vecinos de Montoro, los cuales han conservado la memoria de que nació allí, y aun señalan la casa en que vivió en la plaza nombrada del Charco. Los que han escrito que fué natural de Pozo Blanco, como se lee en la portada de algunas de las copias que se han sacado de sus obras manuscritas, no han tenido mas fundamento que haber vivido allí sus padres algun tiempo y tambien el mismo Franco en aquella villa, siendo juez de apelaciones del Estado del Carpio, al cual pertenecian entonces las villas de los Pedroches, una de las cuales es Pozo Blanco.

Ignoramos si principió á estudiar Derecho civil en la misma universidad de Alcalá donde cursó retórica, como ya insinuamos, y después pasó á Salamanca á concluir sus estudios, ó si ganó todos los años de Jurisprudencia en esta universidad, pues en 1330 estaba en Salamanca y había recibido el grado de bachiller. Concluida su carrera, se restituyó á su patria, donde ejerció su profesión é hizo traer á ella los restos mortales de su padre que había muerto en 1340, y los de su hermano Pedro Fernando que había fallecido en Granada de 19 años y medio en 1343, para darle sepultura en la iglesia parroquial, donde les puso una lápida de jaspe azul de dos varas de largo y una de ancho, en la que manifestando su gusto en el estilo lapidario, grabó el siguiente epitafio:

MORS. SOLA. PARTVS
VT. QVAE. VITAE. MALA. EXTINGVIT
COOPERIVNTUR. HOC. LAPIDE
IOHAN. ALFONSVS. FRANCVS
ET. PETRVS. FERNANDVS
ADOLESCENS. BACHALAVREVS. F.
ORIS. EXTINGIT. REMOTIS
IOHANNES. FERNANDEZ. FRANCVS
PATRI. AC. FRATRI. AMANTISS.
POSSVIT
AN. SALVTIS. M.D.XL.VII.
EVM. QVI. BENE. VIVIT
DVLCIS. SPES. COMITATVR.

Con motivo de construir mejor iglesia en Montoro se quitaron inconsideradamente las piedras sepulcrales, y entre ellas esta, que debió haberse conservado por respeto á Franco y en consideración á su mérito literario.

Construyéndose en su tiempo la torre de la parroquia, compuso la inscripción que se esculpió sobre la puerta de la sacristía, y lienzo de la torre por la parte que mira á la iglesia, la cual dice así:

DEO. OPT. MAX.

CAROLO V. INVICTISS. CAES. AVG. D. N. IMP. REGE. HISPAN. REGNANTE
ET. HUMANISS. LEOPOLDO. AB. AVSTRIA. EPISCOPO. CORDY. TURRIS. HVIVS
STRVCTVRA. ERIGI. COEPIIT. ANN. A. XPO. NATO. M.D.XL.VIII.

Pero la instrucción de Franco y la elegancia de su estilo se echa de ver mas cumplidamente en la inscripción que hizo para fijarla en el puente que se acababa de construir en Montoro, aunque acaso no se llegó á poner, ó si se puso la quitaron después, pues no se ve en ella, y es conocida por las copias que conservaban algunos literatos, y por haberla publicado después D. Fernando Lopez de Cárdenas en el *Franco ilustrado*. La inscripción es como sigue:

MEMORIE. DICATVM

CVM. VTILITATEM. PVBLICAM. TVTARI
EPORENSI. MVNICIPIO. CORDI. SEMPER. FVERIT
MERITO. HVNC. QVEM. CERNIS. LAPIDEVM
INGENTIVS. PONTEM
BAETIS. FLVIV. RVIVS. INMINENTEM
ET. CVM. TRAIANI. PONTE. CERTANTEM
MAGNA. SVA. IMPENSA
AD. ETERNAM. GRATIAM. ET. MONVMENTVM. RERV. EXCITAVIT
FACILES. ERGO. IAM. VIATORES. HVNT
TANTISQVE. ELIMINATIS. PERICVLIS
RAPIDAS. SVBIECTI. GYRGITIS. VNDAS. CALCANTES
SECVRITATI. PERPETVÆ. GRATIAM. HABEBVNT.

Siendo conocida la grande instrucción del Lic. Franco, así en las Antigüedades como en la ciencia del Derecho, muchos hombres eruditos buscaron su comunicación y correspondencia, y varios señores lo emplearon en los juzgados de letras de sus estados. Entre los primeros se cuenta al maestro Pedraza, en Sevilla, al doctor Blas de Segura en Ubeda, al doctor Agustín de Oliva y al prebendado Pablo de Céspedes en Córdoba, y también al doctor Frias de Talavera, Gonzalo de Argote y de Molina, Luis Valdivieso, de Burgos, etc. Tuvo asimismo correspondencia con el doctor Martín Pérez de Oliva, inquisidor de Córdoba, Juan Ginés de Sepúlveda, Joaquín Hoper, presidente de Flandes, Miguel Ruiz de Azagra, secretario de los serenísimos príncipes de Hungría, y Goffredo Lescaro, gobernador del marquesado de Estepa, á quien dedicó las antigüedades de esta villa.

Fué corregidor en el Estado del Carpio y juez de Espejo, Chillon, Montilla, Baza y Bujalance, y acaso también de Cañete de las Torres, donde se hallaba en 1534. Aunque ocupado en el ejercicio de su profesión, ó en el desempeño de estos juzgados, no descuidaba el cultivo de la Historia, y de las Antigüedades, dedicándose especialmente al estudio de la Geografía hispano-romana, y así cuando no podía por sí

mismo visitar los pueblos para examinar los vestigios de antigüedad y leer las piedras literatas descubiertas, ó que se iban descubriendo, se valía de sujetos inteligentes que le informasen exactamente, y le remitiesen copias de las inscripciones, con cuya afición y diligencia adquirió grandes conocimientos y tanta opinión de erudito en Antigüedades, que era reputado generalmente por el primero en estas materias. Su maestro Ambrosio de Morales le consultaba con frecuencia para la composición de sus obras, y el doctor D. José Vazquez Venegas, canónigo de la iglesia colegial de San Hipólito de Córdoba, conservaba en el siglo XVIII varios papeles y apuntes que fueron de Morales y le remitía Franco, escritos de su mano, de lo que se infiere que le mandaba para su historia cuanto encontraba de Antigüedades, con el juicio que formaba de ellas. Pero oigamos al mismo Morales que en el discurso general de las Antigüedades, inmediatamente después de haber dicho que Franco era natural de Montoro, prosigue diciendo: «así porque su ingenio, letras y amor y juicio de Antigüedad, y mucha diligencia en darle luz, lo merecen como porque yo me he ayudado mucho en todo esto de su diligencia grande que ha hecho en saber de todas las antigüedades de muchos lugares de Andalucía:» Y en el tratado de las Antigüedades de las ciudades y pueblos, hablando de la Beturia y Fuente Avejuna dice así: «el Lic. Juan Fernandez Franco, gobernador del Estado del Carpio, con su gran juicio y diligencia increíble fué el primero que advirtió que claramente decía *Mellariensis* y no *Millariensis*, como todos hasta ahora habían leído. Moviose para mirar é inquirir esto con mas atención, por considerar como era aquella la provincia de Beturia, y que había de estar por allí, conforme á lo que de Plinio entendía, aquel municipio Mellaria, y después que así lo tuvo en limpio sacado y averiguado, por nuestra grande amistad me lo comunicó todo, como otras muchas cosas de las Antigüedades de Andalucía.»

En el opúsculo titulado: «de Cordubæ urbis origine, situ et antiquitate» que insertó Morales al fin de las obras de San Eulogio, hablando de las columnas miliarias que se hallan en Córdoba, para la inteligencia del número de millas espresado en ellas, advierte que la L inversa que presentan vale ciento, por cuanto son dos LL unidas que cada una vale cincuenta, y que esto el primero que lo advirtió, que él supiese, había sido Franco: «quod Francus jurisconsultus, antiquitatis studiosissimus, primus, quod sciam, animadvertit.»

Estando aun Franco en Montoro, antes de la segunda mitad del siglo XVI, y antes de salir á las judicaturas, casó con Juana Pedrique, como consta del testamento de Franco. El apellido de Pedrique es antiguo y peculiar de Montoro. De este matrimonio tuvo dos hijos, que fueron Diego y Juana.

Después del año de 1390 volvió á ser gobernador del Estado del Carpio, pues en 1397 dió posesión jurídica de él á D. Luis de Haro, quien lo continuó en el servicio de su casa, ó en el gobierno de todo el marquesado, con residencia en Pozo Blanco, ó siendo gobernador solamente de las villas de los Pedroches, que entonces pertenecían al Estado del Carpio.

Su madre Isabel Rodriguez falleció en el Carpio, sin duda viviendo en su compañía en 2 de enero de 1373, y su mujer Juana Pedrique en la misma villa en 1.º de octubre del mismo año. Ya de avanzada edad casó segunda vez en Bujalance en 23 de marzo de 1399 con Marina de Leon. En esta villa todavía se quedó entonces, y permaneció hasta su muerte, y en ella otorgó su testamento en 24 de junio de 1601, en que declara sus dos matrimonios y deja por herederos á sus hijos Diego y Juana, la cual había casado en Montoro y estaba viuda. Murió en 23 de setiembre del mismo año y fué sepultado en su iglesia parroquial con entierro cumplido.

Su hijo Diego, que había nacido en 1364, estudió Medicina en Osuna, donde se graduó de bachiller en filosofía en 1384, y después de licenciado en Medicina. Fué médico de Villafranca, de Montoro, y de otros pueblos de esta comarca, y hombre erudito y aficionado á las letras, con cuyo motivo tuvo correspondencia con el racionero Pablo de Céspedes. Murió en Montoro en 3 de julio de 1609 siendo viudo de doña Catalina de N.

Viniendo ahora á tratar de sus obras, haremos mención de ellas según el orden con que las escribió.

Fué la primera un tratado sobre las Antigüedades de Martos, que dedicó á su gobernador el doctor Dávalos de Segura, y acabó en Bujalance en 17 de marzo de 1533.

En 1534 escribió su tratado de Numismas, que dedicó á D. Diego Fernandez de Córdoba marqués de Comares, el africano, señor de Lucena.

En 1535 el Monumento de Antigüedades é inscripciones romanas que había trabajado en Espejo, y lo dedicó á D. Pedro Fernandez de Córdoba, marqués de Priego, y señor del Estado de Aguilar.

Siendo gobernador del Estado del Carpio concluyó la demarcación de la Bética en 20 de setiembre de 1571, la cual contiene al fin un tratado de las Antigüedades de Estepa y diferentes reglas para conocer

las señales y rastros de antigüedad, que dedicó á Gopedo Lescaro, gobernador del Estado de Estepa, sujeto de instrucción y buen gusto. El maestro Florez, en la vida de Ambrosio de Morales, menciona este escrito de Franco, y otro sobre Gracurís que parece escribió por este tiempo, pues dice Florez que este y los antecedentes sirvieron á Morales para su obra de las Antigüedades que imprimió en 1373.

Después de 1377, en que ya estaban publicadas las obras de Ambrosio de Morales, se ocupó en anotar é ilustrar muchos lugares de ellas, escribiendo en las márgenes del ejemplar de su uso, el cual fué comprado por el licenciado Pedro Díaz de Rivas, después de la muerte del licenciado Diego Fernandez Franco, y últimamente paraba en la biblioteca episcopal de Córdoba de donde fué sustraído en 1836.

Memorial de Antigüedades escrito en Bujalance en 1394.

El último opúsculo del licenciado Franco es uno de noticias de la Bética que remitió desde Bujalance al prebendado Pablo de Céspedes en 1601.

Desgraciadamente las obras de Franco no se imprimieron durante su vida, ni después cuidó nadie de darlas á luz, por lo que sacaron algunas copias literales y alicionados á antigüedades. Los originales fueron vendidos después de la muerte de su hijo Diego por su hija Juana, que fué heredera de éste, al Licenciado Pedro Díaz de Rivas, y después de la vida de éste no se sabe el paradero que tuvieron. En Córdoba existían algunos papeles sueltos por los años de 1770 en poder de D. Pedro Leonardo de Villa-Cevallos; y D. Fernando Lopez de Cárdenas en el prólogo del *Franco ilustrado* sospecha que los MSS. de Franco fueron á poder de Luis Valdivieso de Burgos, presbítero de Lucena, sujeto erudito, pues no hallándose ningunos ni en Montoro ni en Córdoba se vinieron á hallar en el siglo pasado en Lucena en poder de D. Gerónimo Roldán, quien los dió á copiar al espresado Don Pedro Leonardo de Villa-Cevallos y después á D. Marcos Dominguez de Alcántara y á D. José Vazquez Venegas, comisionados en el reconocimiento de archivos por S. M. en Córdoba. Por muerte de D. Gerónimo Roldán, el Sr. D. Francisco de Bruna y Ahumada, oidor de Sevilla, logró el cuaderno de Numismas de Franco, y los demás MSS. pasaron al reino de Sevilla donde adquirieron copias de ellos el erudito D. Patricio Gutierrez Bravo y el conde del Águila, quien conservaba otro cuaderno en folio original de inscripciones romanas de la Bética, que acaso sea uno de los tratados que hemos enumerado, el cual estaba dedicado al marqués de Comares, y perteneció á D. Nicolás Antonio. De estas obras sacaron copias Don Manuel Diaz de Ayora natural de Córdoba y vecino de Sevilla, aficionado á antigüedades, y el ya citado D. José Vazquez Venegas, quienes las comunicaron al cura de Montoro D. Fernando Lopez de Cárdenas que publicó en Córdoba en 1773 un tomo en 4.º que contiene la *demarcación de la Bética*, con el título, como ya dijimos de *Franco ilustrado*, porque le añadió copiosas ilustraciones.

Fuó el licenciado Juan Fernandez Franco muy erudito y docto en la historia y antigüedades de los romanos en el rigoroso sentido de esta palabra, en sus leyes, gobierno, religion, familias, establecimientos etc., como tambien en la topografía de España, á que se aplicó con grande estudio, y diligencia, y en la que hizo grandes progresos. Tiene el mérito de haber antecedido á D. Antonio Agustín en el estudio de la Numismática, pues antes que éste escribiese de medallas, ya Franco tenia concluida su esposicion y compendio de Numismas en 1364, pero como hombre no dejó de caer en varios errores. Algunos que es necesario tener por efecto de olvido de especies que no podia menos de haber sabido muy bien, y otros por falta de consecuencia, contradiciéndose por no haber fijado su dictámen resolviendo las dudas que le ocurriesen del modo mas acertado ó probable.

LUIS MARÍA RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

Un baile.

Amadas lectoras: tirad este papel, porque os llevais un gran chasco: no creais ver un baile como esos muchos que frecuentais: os engaños, lo repito: no vais á encontrar bellas descripciones de trajes ni de modas: no, porque estamos á cuarenta leguas de Madrid, en un pueblecillo en que hay sesientos vecinos y un alcalde constitucional, y un cura y su ama y no sé cuantas personas mas.

Una mañana en que dormia profundamente y en que ni me acordaba de fiestas, ni paseos, sino únicamente en descansar de una carcería que la víspera habíamos tenido, sentí pasos en mi alcoba; al pronto sobresaltado me senté en la cama; pero me tranquilizó la voz de mi patrona, que decía:—Señorito, qué buena noche vamos á pasar...—¿Qué está Vd. diciendo? mujer.—Nada, friolera, y va á ir la alcaldesa y la boticaria, y... lo principal del lugar.—Pero ¿adónde?—Levántese Vd. y se lo diré.—Y después que mi castellana abrió un

cofre y sacó de él no sé qué y lo volvió á cerrar, se fué, me dejó solo y me vestí. Pidiendo el chocolate abría la puerta de mi cuarto; cuando mi patrona dijo: le voy á decir á Vd. adónde vamos esta noche; mas yo que no olvido el chocolate por cuanto existe, la contesté que pasara al comedor y que entre sopa y sopa saborearía el buen rato que segun ella iba á tener. Pues señor, esta noche hay baile y han venido á convidar á Vd., á mí y á mi marido.—Sí, pues yo no sé si iré.—¿Cómo que no? Lo tomarán á desaire, y luego Vd., señorito, hará tan buen papel en él...—Gracias por la lisonja; pero dígame Vd., es cosa de ponerse á vestir á las diez de la noche?—Quita, si á esa hora concluirá.—Pues entonces, me decido, voy á bailar.—Momentos después me puse á leer, mas era imposible: entraban, salían, buscaban una llave, y un vestido, y un peine, y una galga, y al poco tiempo viene una vecina y empieza á disertar con mi patrona, sobre si el baile sería de etiqueta ó de medio pelo; yo me echo á reír y mis heroínas á discutir razonadamente sobre el traje que deben llevar. La discusion no bastó para decidir las, aunque fué acalorada, y tan ilustrado consejo decidió ir á consultar al ama del cura, que es mujer muy entendida en eso de etiquetas, de bailes y de iglesias.

A todo esto el marido de mi consejera empezó á templar el violin que debía ser uno de los que componían la orquesta, y al poco rato empezó un concierto de seguidillas, jotas y vales, que me hicieron recordar mi manía filarmónica, con lo cual empecé á destrozar todas las zarzuelas conocidas. Pasamos así no sé cuánto tiempo contando en él, el que invertí en felicitar al profesor; cuando vienen muy apuradas las bellas, diciendo que el baile era de etiqueta y que habia refresco. Entonces empezó un movimiento desconocido, se abrieron los baulles, salió el pañuelo de crespon, el vestido de muselina, un adorno con honores de jardín y no sé cuántas cosas mas. Vistos ya los preparativos suspendí mi observacion y me fui á paseo; pero llegó la hora de comer y luego, como no era cosa de quedar mal, y soy un si es no es coque-ton, empecé á vestirme, aunque modestamente como podreis conocer.

¡Cuán pronto pasa el tiempo! Ya son las siete y media, á las ocho es preciso ir y mi patrona no queriendo que pasase la hora, empieza á llamarme á voces; bajo, la examino, no estaba del todo mal, aunque el adorno hacia un contraste diabólico, la felicité, la dije un par de galanterías y la ofrecí mi brazo, encaminándonos en seguida á casa de la escribana, que era la que daba la funcion, señora de altas campanillas y de no muy baja estatura. ¡Qué grupo! ¿Qué sucede allí? Nada, la gente que no está convidada y viene á ver quién entra al baile. Ya llegamos ¡cuántos curiosos! Se acercan á las rejillas; examinan el local; cuchichean; se admiran. Esto va á estar delicioso, me digo á mí mismo y entramos en el salon. Era una sala cuadrada, modestas sillas y sofás de Vitoria adornan sus costados, y en sus blancas paredes se ven cuatro cornucopias antiquísimas y hasta una docena de pequeños cuadros que contienen la historia del conde de Monte-Cristo. El alumbrado era digno de tan elegante mobiliario; de las cuatro esquinas del techo prenden grandísimos candeleros de cuatro mecheros, que reparten una luz demasiado clara, y difunden una densa nube de humo de no muy grato olor. Pero nadie se acuerda ni de los muebles ni de las cortinas de lienzo blanco y de los clavos dorados en que se recogen; la casa pasa por una de las mejores del pueblo y estamos en una noche en que se ve favorecida cual nunca.

Las señoritas del pueblo estan ya colocadas alrededor del salon y no se ven esos trages característicos de lugar; vemos allí unos remedos de nuestras elegantes, que parecen unas caricaturas; el vestido de muselina á grandes ramos, está á la orden del día, los pañuelos son de crespon y predomina el color encarnado, aunque hay algunos blancos y verdes; los adornos son estrepitosos bien sean de flores, ó cintas y el calzado, es el zapato bajo, de modesta cabra. Las caras son muy medianas, hay dos ó tres muy regulares; pero desprovistas de gracia y de expresion. Los hombres presentan otro cuadro muy distinto; los anchos calzones; la escasa chaqueta y la ceñida faja, se presenta do quiera y se ven en ellos esos tipos camprestres, tostados del sol y curtidors por el aire.—¿Quién son esas elegantes? pregunto á un adltere, viendo llegar á unas señoras que parecían forasteras.—Son de Madrid, me contesta y me dejó en la misma duda que antes; sin embargo, me parece regular acercarme á ellas, estarán como yo, aisladas: las saludo, hablamos un rato y examinamos aquella reunion. Mas ya se oyen los violines y una escena original me hace reír. Vienen los hombres á invitar á las damas; se paran delante, dan un salto y se quedan en una postura académica pasando el brazo derecho desde el hombro izquierdo por encima de la cabeza, hasta dejarle perfectamente estendido y en direccion á su pareja y recogen el izquierdo hasta tocar con las uñas la oreja del mismo lado; despues sin decir una palabra se separan y van á colocarse en medio de la sala. No tardan mucho en oírse unas manchegas, que cantan dos labriegos y acompañan dos violines y una guitarra y las mujeres se levantan y van á colocarse al lado de sus parejas masculinas. El baile empieza, qué de castañuelas; ¡cómo se mueven! ¡qué vueltas! ¡cómo se divierten! Yo continué ha-

blando con mis elegantes madrileñas, y les hago ver lo mucho que disfrutaban aquellas pobres gentes.

Ya concluyó el baile y veo encaramarse á un hombre sobre una silla para despatillar los candiles con sus dedos y dirigirse á mí y á mis compañeras de baile, á mi patrona, á la dueña de la casa y á una señora gruesa y rechoncha, que luego supe, era la ya mencionada ama del cura.—Aquí venimos á pedirle á Vd. un favor, me dicen.—Por Dios, pidan Vds. lo que quieran—Es, que es mucho.—No importa.—Pues bien, quisieramos que bailase Vd. y lo mismo estas señoritas.—Pero si no sabemos.—Vaya: pues salten Vds.—Insisten y protestamos, pero ya no podemos rehusar y acepto mas con la condicion de que luego habian de tocar una polka, fué á lo que invité á una de mis compañeras.

Héme á mí, burlona lectora, al frente del ama del cura, mi pareja, sin poder contener la risa á que escitaba su pequeña figura, su entusiasmo y su orgullo por verse preferida por un madrileño. Yo, que pensaba sacar partido de todo, empecé á elogiarla y á decirle mil sandeces que la pobre mujer aceptaba sin cumplido: todo en ella era motivo de alabanza por mí, y aunque ella alguna vez se queria disculpar, no sabia cómo; creyéndolo conseguir con la frase: se reirán Vds. tanto de nosotras...

Muy larga se me hizo la jota, en que yo lucí mis buenas dotes coreográficas; pero al fin concluyó y momentos después cumplian la palabra que me dieron y se tocaba una polka. Busqué á mi pareja, rodeé su lindo talle con mi brazo, y momentos después girábamos á mas y mejor, formando un buen contraste con la pesadez de los labriegos. Al fin nos paramos; la polka continuaba y nosotros, á fuer de personas de pró, nos entretuvimos en criticar, costumbre adquirida en nuestros aristocráticos salones. Cesa la polka y empiezas á sentir una alegría estrema: ya tenemos el refresco; me levanté para tomar unos vasos de naranja y llevárselos á mis paisanas; pero ¡oh horror! el refresco consistia en una gran bandeja en que habia hasta unos doce vasos de vidrio rayado, una jarra con vino y un porrón con aguardiente; afortunadamente divisé una pequeña bandeja en que habia unos bizcochos y agua y tuve que obsequiar á mi pareja y su familia con tan modesto buffet.

Todo agrada en esta vida: así que daban las once y el baile tocaba á su fin, lo que verdaderamente sentia: de fijo hay lectora que cree me iban interesando mis paisanas: protesto contra esa especie y les diré francamente que lo sentia, porque soy muy observador; me gustan esos cuadros nuevos; desconocidos para mí, y disfrutando en ellos tengo una pérdida cuando se acaban ó concluyo de observar. Mi patrona vino, me cogió del brazo y nos fuimos.—Se ha divertido Vd. mucho, me preguntó.—Mucho, la respondí.—No se habrá Vd. reido poco de nuestras paletadas.—Yo no me burlo, la dije con tono magistral, solo estudio.

Hé aquí, lectora bella, una verdadera fiesta de pueblo, dibujada tal cual la ví, aunque falta aquel colorido que daban los candiles, los bizcochos y el aguardiente. En ella la franqueza brillaba, y el contento se reflejaban en todos los animados rostros que constituian aquel cuadro natural, digno de Goya. Ahora que considero detenidamente aquella noche me pregunto: ¿Quién se divierte mas, aquellos labriegos con su modesto y franco baile, ó nosotros en esos aristocráticos salones en que reina esa fria etiqueta que constituye la buena sociedad? Vosotras, elegantes madrileñas á quien me dirijo, tened la bondad de contestar.

ROMAN DE PENOLISA.

ESTATUA DE DON DIEGO LOPEZ DE HARO,

Señor de Vizcaya.

Dentro del coro de la Catedral de Toledo, y al lado del órgano del Arzobispo, se contempla una estatua de cuerpo entero, arrodillada y en ademan de orar, la cual representa á D. Diego Lopez de Haro, conocido en la historia con el nombre de el Bueno. Fué este caballero el primer combatiente que entró en la batalla de las Navas de Tolosa.

Seguíanle los caballeros de las cuatro órdenes de Santiago, Calatrava, S. Juan, y el Temple, y los concejos de Soria, Logroño y otros muchos pueblos, con el Arzobispo D. Rodrigo, y sus prelados. Estimulado D. Diego por el deseo de la gloria y aguijoneado por la presencia de tantos caballeros, empuñó de tal manera en el combate, que estuvo á pique de morir en la demanda, si no le hubieran socorrido los fregres y el rey D. Alonso VIII, decidiendo de aquella gran jornada, que aseguró para siempre el imperio de los cristianos en la península Ibérica. Nombróle después el rey para que repartiese el botín, cosa que aplaudieron mucho todos los caballeros del ejército, y desempeñó este encargo con tanta imparcialidad y justicia, que mereció las alabanzas de todo el mundo. Agradecido D. Diego á tantas mercedes como habia recibido del cielo, donó á la santa Iglesia Toledana la

villa de Cubilete, con sus molinos y pesquerías, imponiéndole sin embargo la obligacion de tener encendido de día y de noche, durante las horas canónicas, un grueso cirio que conservase por siempre su buena memoria. Deseando el cabildo por su parte dar una prueba de su reconocimiento á tan cumplido caballero, mandó colocar en el lugar en



que existe, su estatua: es esta de regular escultura, perteneciendo indudablemente á la misma época en que se hizo la sillería baja del coro y se labraron las estatuas del respaldo de la capilla mayor.

LOS ZAPATOS Y EL SOMBRERO

La benevolencia divina quiso sin duda hacernos pertenecer al número infinito de esos seres que sobran en todas partes, y que, si es permitido espresarse de este modo, á veces se sobran á sí mismos.

Con tan plausible ó tan no plausible motivo, nos entregamos común y frecuentemente á la tranquila vida del hombre público, es decir, del hombre que vive en público, ó mas bien en la Puerta del Sol. En una palabra, somos casi vagos.

Días ha, y en uno de los breves ratos de que en nuestra ocupada profesion pudimos disponer, sin saber por dónde, cómo ni cuando, vinimos á dar con nuestras moléculas todas (que son bien pocas) en un gabinete de lectura.

Con el aire mas españolamente orgulloso, tendimos el brazo derecho, le doblamos haciendo con él un ángulo agudísimo y en seguida metimos los dedos índice y pulgar de la mano diestra en el bolsillo del chaleco, sacamos nuestro corto capital, y guiados por una inveterada costumbre, pedimos LA ILUSTRACION, ahuecando la voz cuanto nos fué posible.

Íbamos recorriendo con satisfaccion las columnas del periódico, encontrando en ellas recreacion y aprovechamiento, cuando cata ahí que llegamos á distinguir el principio de un artículo titulado: *Un artículo para un sombrero.*

«Aquí está Aimable en todo su esplendor» dijimos para nuestra levita (porque hacia calor y no llevábamos capote.)

Pasamos la vista sobre los primeros renglones y conocimos que no se trataba del célebre sombrerero (porque tambien hay celebridades sombrereras.)

Leimos todas aquellas cosas dichas con gran perfeccion, mas no pudimos menos de esclamar: ¡ah!

Este ¡ah! este lacónico ¡ah! era una contestacion y encerraba en sus dos desamparadas letras toda una bella historia, un poema, casi un cuento de las *Mil y una noches*.

Con efecto, lector carísimo, esa exclamacion traducida al lenguaje vulgar, quiere decir: «Señor articulista, permítame Vd. que me oponga á las deducciones que Vd. hace en su *Revista capital*. Veo con profundo sentimiento que no conoce Vd. la mitad de las causas que obran poderosa y terriblemente en el ánimo del ser racional; y que, sobre todo, le es á Vd. completamente ignota la principal, la mas interesante, la que seca el corazon en brevisimo término.»

No negaré que un sombrero pueda ejercer alguna influencia en la parte espiritual de un individuo. Pero la significacion que tenga un sombrero bueno ó malo es ninguna, si se la compara con el valor moral de unas botas.

¡Las botas!... Ay! qué placer tan pedestre se experimenta cuando van encerrados los pies en un aparato de charol que deslumbra con su brillo á los transeúntes!

A fé que si no fuera por miedo de caernos, levantaríamos entonces nuestras estremidades inferiores á la altura de la cabeza para tener el gusto de mirar con ellas por cima del hombro á nuestros prójimos.

Pero no siempre tiene el hombre la dicha de ser el dueño absoluto y el único poseedor de un par de botas con todas sus incidencias y dependencias.

¡Un par de botas nuevas! Feliz mortal aquel que goza de tan rica propiedad

Las gentes *comm' il faut*, las personas elegantes y de gusto exquisito y delicado, nunca fijan su atencion en el sombrero, al tiempo que siempre calzan ó se hacen calzar esmeradamente.

¿Y por qué? me preguntará el lector. ¿Por qué? Porque un sombrero se arregla, se plancha, etc.... y adquiere cierto aspecto medio decente. Mas unas botas viejas no tienen arreglo, no tienen compostura posible.

Y adviértase que aunque Setanti dice *como cosa siempre admisible*, que «los males envejecidos no se pueden curar sin remedios fuertes» segun mi opinion, á veces ni aun de este modo se curan.

Desdichado aquel pobreton que vé á sus botas ó zapatos (que para el caso es lo mismo) desdichado, repito, el que vé á sus botas perder su primitiva elegante aristocrática y afilada forma para convertirse poco á poco en unos platos horribles.

Nada puede el ingenio humano contra tamaña desgracia. Ni el betun, ni el barniz, ni el charol inglés, ni el unto craso, nada en fin, puede influir en el aspecto público, en la perspectiva del mal aventurado adorno pedestre. Aquellos infieles aparatos brillarán mas, pero siempre serán feisimos, á la manera que ciertas viejas coquetonas que se adornan y se componen y cubren de brillantes que deslumbra con los infinitos resplandores que despiden, pero que siempre aparecen viejas tras de aquellos mares de luz.

Al topar con tan tenaz resistencia el infeliz deszapatado, se halla en el triste caso de discurrir, pensar profundamente y calcular con severa frialdad antes de lanzarse á la calle, mas, mucho mas que un general la víspera de una gran batalla. Y hay una poderosa razon para que esto sea así.

El general, siempre ó casi siempre cuenta con fuerzas bastantes para cubrir los flancos y ejecutar todas las maniobras que imagina, al paso que el misero boti-rotto encuentra siempre un flanco por el que está en descubierto... algun dedo.

¡Ay, señor articulista! Dichoso Vd. si no conoce las amargas que secan el corazon del desventurado que mira incesantemente á sus pies y los vé *mal encapitados*.

Aquel que es dueño absoluto de un sombrero viejo, le queda un gran recurso en medio de su infelicidad. ¿Tiene mas que echarla de pensador, de filósofo?

Quitese el sombrero y llévelo en la mano haciendo creer al público que es tanta la fuerza de sus ideas, que rechaza todo peso sobre el cráneo.

Este es un recurso, un remedio á sus males, por mas que sea forzoso.

¿Pero podrá hacer lo mismo el propietario de unas botas deterioradas?

¿Parecerá bien que las lleve en la mano?

—No, porque todo el mundo le tendria por loco á quien tal hiciera, en lugar de considerarle filósofo ó distraído.

Tiene, pues, que llevar puestas las botas y sufrir impávidamente las curiosas, impertinentes y hasta insultantes miradas de cuantos observan las anticuadas bases sobre que camina

Por Dios, que todo hombre que se halle en tal situacion, debe maldecir los amantes de antigüedades. Hoy mismo les escomulgara yo por necios.

Sufre el pobre paciente esa revista de inspeccion de los curiosos y aun nota alguna maliciosa sonrisa que resbala por los labios de los ricos poseedores... de un buen par de botas.

No le queda el recurso de aparentar distraccion ó aglomeracion y fuerza en las ideas, y por consiguiente se encierra en su casa y discurre algun medio de disimular los estragos del tiempo.

Despues de pensar mas que Newton para la resolusion de un problema difícil, se dirige á una mesa, satisfecho de su inventiva, toma una pluma, la llena de tinta y enderezándola hácia cierta monstruosa raya blanca que se deja columbrar á un lado de una de las botas, embadurna la calceta y consigue disimular aquella risa espantosa de su calzado, risa que le producía sudores y mareos sin cuento.

Lánzase triunfante á la calle... anda veinte pasos... las botas le están anchas... se mueve la calceta... y reaparece la infernal sonrisa mas tenaz, mas sarcástica que nunca.—Nuevos sudores; cree que to-



(Aventuras de un loco coronado.)

dos le miran y conocen el secreto... olvida su modo de andar... apresura el paso y llega de vuelta á su casa con las piernas hechas una trenza... que le cuesta mucho trabajo deshacer. Reflexiona, suspira, se desespera é inventa mil medicamentos, los aplica y siempre obtiene resultados fatales. Por fin, une á la calceta un pedazo de tela negra á favor de algunas puntadas y logra un envidiable triunfo.

Este es el paliativo que como mejor me atrevo á recomendar á cuantos se encuentren en la penosa situacion de los boti-rotos.

—Todas estas desventajas hacen relacion á la vida de calle.

Llegamos á la posicion mas critica y apurada en que puede hallarse un hombre de malos cimientos.

—Señor articulista, un hombre que disfruta un mal sombrero no debe apurarse porque una fuerza insuperable le obligue á hacer una visita de alguna etiqueta.

Deja su mueble de carton sobre una silla y es asunto concluido: puede hablar ya con desenfado y sin el mas mínimo temor.

No así el que use ó por mejor decir *abuse* de un par de malas botas. Este ha de sentarse, y una vez sentado avanzan sus pies mas que el resto de su cuerpo.

Sabido es que por regla general nos llama siempre mas la atencion aquello que se halla á menor distancia de nosotros, y mucho mas si ofrece alguna singularidad á la observacion.

De aquí nace que las miradas de nuestros interlocutores se diri-

jen á donde no quisiéramos. Esto nos obliga á encojernos: despues á colocar delante la bota menos mala y á atrincherar la otra en la sombra que aquella proyecta.

De este modo se salva nuestro honor por un momento.

Se entabla una conversacion que por grados se anima: crece nuestra amabilidad: aumenta nuestro entusiasmo, se quintuplica nuestra distraccion, y cansados del enojoso encojimiento, colocamos una piedad sobre la otra, prosiguiendo el diálogo con absoluta confianza y sin fijar nuestra atencion en las miradas del prójimo.

Así pasa un momento.

De repente el ser desgraciado torna en sí, repara su atrevimiento y vuelve á encojirse, mientras que un sudor frio cubre su encendido rostro y un temblor nervioso hace vacilar á su cuerpo... y á su lengua.

En tanto la señorita de la casa, llena de perspicacia mujeril, ha notado todas sus evoluciones y le mira con el aire mas malignamente burlon que puede imaginarse.

El mancebo se encoje mas, balbucea, corta la conversacion, se levanta y sale de la casa tambaleándose y en un completo desorden, tropezando en cuantos muebles encuentra al paso y produciendo un estrépito sevastopolitano. ¿Pueden darse mayores calamidades? Pues aun hay mas. Un hombre con buenas botas y mal sombrero, puede hacerse amar por una mujer. Un hombre mal calzado, jamás logró hacerse mirar... si no es para sufrir alguna sonrisa epigramática.

Yo tuve un amigo, (y esto no es cuento) tuve un amigo á quien amaba como á un hermano. Era tan desventurado como bueno: tan buen poeta como pobre. Y adviértase que no soy yo quien lo dice; si no la prensa toda.

Pues bien, ese amigo mio, tuvo siempre, desgraciadamente, muy malos zapatos y muy buen corazon. Amó primero á los hombres y despues á las mujeres. Los hombres sabian que Dios le habia dotado de gran talento; y las mujeres tambien lo supieron mas tarde.

Aquellos, no obstante, le miraban á los zapatos rotos y le desatendian. Ellas le observaron los mal vestidos piés y le despreciaron. Hoy un desengaño y mañana un desprecio, secan el corazon y marchitan las flores del alma.

La desesperacion viene detrás.

Mi amigo murió en las cenagosas aguas del canal.

Su último pensamiento fué para su pobre madre tan infeliz como angelical.

Tres amigos le acompañaron en su entierro.

La amable sociedad gozaba aun los locos placeres del carnaval... Veá usted pues, señor articulista, como pruebo hasta con casos prácticos lo que me proponia probar. ¡Y tantos pudiera adicionar!...

Es tanto lo que aun pudiera decir, que seria precisa una larga serie de artículos como este: pero yo en mi *vaguedad* constante, cortaré por lo sano y terminaré, señor articulista, (aunque á mi pesar no tenga el honor y el gusto de conocerle) ofreciéndome siempre como su mas atento y seguro servidor y recordándole que uno de nuestros buenos poetas ha dicho con muchísima verdad, que es mas fácil en el mundo

«vivir sin corazon que sin zapatos.

P. S. Dispénsame usted que no haya contestado antes y examinado uno á uno sus argumentos.

Causas independientes de mi voluntad han ocasionado tal retraso. Otra vez será mas puntual.

Mi natural atolondramiento me disculpa de lo segundo.—Vale.—
LORADUNA.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

Quedaba, pues, el tercer paso, el que se abria entre la segunda de las dos islas y la plena mar. Este era el que naturalmente el almirante sueco habia mandado tomar al salir de Stokolmo, y no se adivina cómo podia manifestarse la menor indecision en el momento de franquearlo. Se va á conocer la estraña, la espantosa causa de esta vacilacion. Conviene no olvidar que la escuadra entera se dirigia con sus linternas amarillas sobre la linterna roja del navio almirante, colocado á la cabeza de la linea.

Sobreponiéndose á la última debilidad, dijo Carlos XII á Reginold lo que le habia dicho ya respecto al medallón.

—Arroja esas cartas al mar, que la carterá vaya á unirse con el retrato, añadió.

Y Reginold se habia conformado con esta segunda inmersión resolviéndose hacerla de la misma manera que habia hecho la primera; en vez de arrojar las cartas se habia desembarazado de su reloj. Nada

era mas fácil que semejante sustitucion en medio de la oscuridad tenebrosa que reinaba en torno de la fragata.

—Ahora! exclamó el rey, que no se apercibía mas que Reginold de la confusion de la escuadra, hénme aquí libre!

Hénos aquí dispuestos enteramente para los trabajos, y las aventuras de la guerra!... Algunas horas mas y los primeros cañonazos habrán limpiado hasta la última buelta de ese amor.

En este momento el capitán del *Calmar*, pálido y tembloroso, corrió á decir al rey:

—Señor, no debo ocultaros lo que pasa.

—Pues qué pasa, capitán? El desorden de vuestras facciones...

—Mirad, señor...

—En efecto, la escuadra ya no está en linea; una mitad sigue una direccion que no toma la otra; la de que nosotros formamos parte...

—Y eso cuando nos encontramos en los *Tres Pasos*. Señor, el acontecimiento va á ser seguido de algun gran desastre.

—Pero por qué se ha dividido así la escuadra? Responded!...

—Señor, eso debe ser cosa de sortilegio.

—Bah! Un marino como vos usar semejante lenguaje!

—Señor, ved por vos mismo si he hecho mal en hablar así... Mis instrucciones eran que todos los navios de la escuadra arbolasen antes de entraren el paso una linterna amarilla en el gran mástil.

—Y no se ha hecho?

—Puntualmente, señor; pero se habia añadido en esas instrucciones que todas esas linternas amarillas se reuniesen en una sola linea detrás del navio almirante que llevaria en el palo mayor una linterna roja.

—Me parece que el navio almirante tiene su linterna roja en el palo mayor.

—Sí, señor, pero dignaos mirar hácia este lado... Qué ve V. M. á la cabeza de la mitad de la escuadra que se ha separado de la otra mitad de que formamos parte?

—Es singular... Si, veo una linterna roja... ¿Hay dos? La que nosotros seguimos y esta? ¿De dónde viene?...

—Sí señor, mientras que no deberia haber mas que una.

—¿Quién, pues, ha elevado en su mástil esa segunda linterna roja, causa de la confusion?

—De seguro, señor, alguno que quiere perder la mitad de vuestras escuadra y que la perderá.

—Oh! los dinamarqueses... es una astucia dinamarquesa, dijo el rey rechinando los dientes.

—Lo ignora, señor; pero lo repito, la mitad de vuestra escuadra está perdida (precisamente la de que formamos parte), si persiste en empeñarse en el peligro. La linterna roja que seguimos es la falsa: la verdadera, que es la del almirante, está en el buen camino, puesto que nosotros estamos en el malo. Señor, hay que tomar un partido pronto, decisivo, instantáneo. Estamos en el punto de los *Tres Pasos*. En el primero no hay que pensar. No, señor, encontraríamos en él nuestra tumba... la escuadra dinamarquesa está acoderada en el bajo el cañon de los fuertes. El segundo paso sabeis que es intransitable, y ahora ya no nos es permitido recurrir al tercero si queremos estar mañana en Copenhague; nos seria preciso bordear mas de dos dias para entrar en él. Aconsejo, pues, á V. M. que se dispare el cañonazo de alarma á fin de prevenir á los navios que nos siguen en cuanto la tempestad lo permita, del peligro comun que nos amenaza, y cuando nos hayan oido decirles que regresen á Suecia.

—Qué demonio nos ha hecho traición y ha descubierto nuestras señales?

—Vos lo habeis dicho, señor, es un demonio. Nunca ha visto el mar semejante superchería, maniobra tan desleal, para obtener sin combatir la destruccion entera de una flota.

—¿Qué hacer? se preguntaban con angustia todos los oficiales de marina.

—Aguardar el dia, decían unos.

—Pero aguardar al dia para tomar un partido, objetaban otros, siempre es hacer que la otra mitad de la escuadra llegue sola mañana por la mañana bajo los muros de Copenhague, y que sea destruida á causa de su aislamiento y su insuficiencia.

—Señor! dijo el capitán con firmeza, vuestras órdenes. Estamos á la entrada de los *Tres Pasos*, ó mas bien de los dos que se nos presentan tan impracticables el uno como el otro. ¿Regresaremos á Suecia, señor?

—Tomad ese paso, dijo el rey con frialdad.

—Pero señor, si por ahí nunca se ha pasado! es el paso cuyos escollos...

—Pues que se pase...

—Pero señor, vuestros navios.

—Que se pase.

—Pero señor, mi deber...

—Que se pase.

— Señor, soy el jefe después de Dios en esta fragata, y respondo de vuestra vida.

— Y yo soy jefe y dueño con Dios del reino de Suecia y vuestras vidas me pertenecen.

— Si señor, gritó la tripulación de la fragata.

— *Dirigid la proa al paso*, gritó con voz conmovida el capitán, cuya fragata fué seguida á poco por los veintitres navios de línea separados de los otros veintitres que llevaban buena dirección.

Luego que hubo dado esta orden funesta, rompió el capitán su espada, arrojó su sombrero al mar y pisoteó sus gloriosas charreteras. Un niño insensato jugaba la vida de diezochocientos mil, la existencia de veintitres navios y enviaba al fondo del mar cien millones. Y sacrificar así la mas hermosa parte de una población, la mitad de un reino, la víspera de una batalla!

El capitán del *Calmar*, lloraba como una mujer cogiendo con las manos crispadas sus cabellos.

En medio del silencio solemne que reinaba en aquel momento supremo, dejóse oír una voz que cantaba con variaciones prodigiosas y suma gracia aquella antigua canción francesa.

« Los años bien pasaron
Tira lira lira
Tira lira lira
Los años bien pasaron, etc. »

— ¡Amable francés!

— ¡Silencio Olof, estais borracho y está el rey ahí!

— ¡Amabilísimo francés, dónde estamos?

— Vamos á pasar un cuarto de hora impertinente que parecerá durar dos horas, y durante el cual tal vez echéis mucha agua en vuestro vino.

— Todavía agua?

— Si, pero salada querido Olof.

Y el caballero Megret repitió con grande asombro de los suecos:

« Los años bien pasaron
Tira lira lira
Tira lira lira
Los años bien pasaron etc. »

Fuó un espectáculo imponente y magnífico á la vez el de aquellos veintitres navios, audaces nadadores, introduciéndose á velas desplegadas en aquel golfo de doce leguas de profundidad, del que hacian una especie de caverna las aguas y los vientos que allí soplaban. A derecha é izquierda las rocas montuosamente enlazadas las unas cortando el aire con sus gigantescos dientes, las otras desgarrándole con sus puntas, aquí deteniéndole bruscamente para obligarle á serpentear con silvidos semejantes á los de un reptil por entre las ballenas de un abanico petrificado, mas lejos abriéndole falsas salidas donde estaba para salir en el momento con el ruido de un mortero que estalla.

(Se continuará.)

A ALEMANIA.

AL AUTOR ALEMAN OEDERLING,

conocido con el nombre de Jowe Ganein (1).

Salve, anciana, que en el templo
de la sacra ciencia moras
y su fuego sacrosanto
en vela eterna custodias.

A tus piés pulso mi lira
sentado en la dura roca,
y por ser lira, aunque mía,
espero que bien la acojas.

Que una lira fué la cuna
de tu libertad gloriosa
que ciñó tu noble frente
con la mas bella aureola.

En tí son verdad los sueños,
pues cuanto la mente loca
en sus delirios propone,
tú lo intentas y lo logras.

Tu cabellera de nieves
con diadema artificiosa
por verte á sus piés, un día
ciñó la ambición de Roma.

(1) El Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch firmó con este pseudónimo su linda comedia titulada *Un sí y un no*.

Mas sacudiste la frente
de otra corona ambiciosa,
y hoy para la muerte helada
cadenas eternas forjas.

Cual águila al cielo vuelas,
y á la tormenta en su cólera
robos de la mano el rayo
para animar á tus obras.

Truena la voz de tus bardos
como en la bóveda cóncava
retumba el rodante trueno
de la catarata ronca;

O al choque de duros cráneos
se abren las tumbas marmóreas,
y van los pasados siglos
adonde un Gote los invoca.

O en mágica melodía
triste baladas entona,
y los velos de las nieblas
su voz anima y colora.

En tus argentadas noches
sus nácares abandonan
las ondinas, y en los lagos
se mecen voluptuosas.

Y los géneos del rocío
que preceden á la aurora
van á aspirar á sus lábios
de sus besos el aroma.

Las Willis abren sus alas
y se exhalan de las rosas,
y brillan en selva oscura
cual llamaradas fósforicas.

Lejano se alza un castillo
como un gigante en la sombra,
brilla su alumbrada ojiva
como ojo de idra celosa.

Allí una virgen pregunta
por su adorado á las horas,
y ellas lloran y se alejan
del castillo silenciosas.

La virgen suspira un himno
al son del arpa sonora,
y el rocío de sus lágrimas
rueda al clável de su boca.

Enváño: Willis y Ondinas
á su adorado aprisionan,
y le matan con sus besos
y sus danzas voluptuosas.

¡Oh Alemania! tú que hermana
de la Iberia poderosa
ceñiste á su altiva frente
con tu dorada corona;

Tú que en su noche de penas
sola sus fortunas lloras,
y para su frente tejes
los laureles de la gloria;

Rosa entre nieves nacida,
perene, esplendente antorcha
de la tierra, urna sagrada
que las ciencias atesoras.

Salve. Si un día de llanto
lejos de España me arroja,
y al espirar sólo veo
su imagen en mi memoria

Recoge tú mis despojos
bajo la pesada losa
y conserva compasiva
mi lira, mi única joya.

CÁRLOS RUBIO.

LAS JAMONAS.

CANTO FESTIVO.

Hibleme de jamon ó de cecina
quien verme quiera tiritar de gusto;
tengo ya de jamon hambra canina
y me produce el bacalao disgusto:

será muy suculenta una sardina,
pero es mejor el salchichon robusto.
¡Guerra á toda sardina, guerra,
y vivan las jamonas de mi tierra!

Por el jamon desde mi tierna infancia
mostré ya una afición estrepitosa:
lágrimas derramé con abundancia
por una loncha al parecer sabrosa:
nunca á los dulces encontré sustancia
y juzgué la cecina apetitosa.
Carne solo mi estómago reclama
y al olor del jamon todo se inflama.

Venid todas á mí, venid jamonas
con ese cuerpo sólido y macizo;
venid todas á mí, gruesas matronas
porque solo con veros me electrizo:
yo á vuestros piés arrojé coronas
y seré con las flacas un erizo.
¡Maldito quien comete la simpleza
de adorar de una flaca la belleza!

Muchos hombres se vé, que con locura
por las niñas de quince se acaloran,
y aunque sean de sal y de hermosura
las de veinte años mas les encocoran.
Odian de una jamona la gordura
y de palos con faldas se enamoran:
por estos gustos, que en verdad son malos,
dirán que hay gustos que merecen palos.

¿Quién es el guapo que ante mí celebra
una jóven delgada como aguja,
que se enroscas y se dobla cual culebra
si alguien tropieza y sin querer la empuja?
¡Una flaca mujer, que pura hebra,
parece el alma en pena de una bruja?
Nadie, nadie publique tal elogio
si aumentar nunca ansió el martirologio.

¿Es posible que exista algun jumento
que las sardinas al jamon prefiera?
¿Es posible que alguno tenga aliento
no para amar, para mirar siquiera,
á una delgada que se lleva el viento
sin que llegue á soplar con saña fiera?
Perdónenme las flacas, no las quiero;
es mejor el jamon para el puchero.

Una flaca se muere cualquier día
por una horrible enfermedad de pecho;
no hay flaca que no esté con pulmonía
todo el invierno en su abrigado lecho:
les coje á lo mejor la muerte fría
si el médico no está siempre en acecho,
y en curarse las toses y catarros
tienen todas que hacer mil despilfarros.

Mas ¡cuán diversa, oh cielos, es la suerte
que tiene una jamona! aun la mas fea
salud y vida á borbotones vierte
y ni un rudo huracan la tambalea.
Desafia impertérrita la muerte
y en los crudos inviernos mas pasea,
porque nada la aflige ni la asusta
gozando en sí constitucion robusta.

Sin pensar que hay ahora mucho tuno,
las jamonas se van con desenfado
por todas partes sin temor ninguno;
porque tienen sabido y olvidado
el que la cuerda, como dijo alguno,
se quiebra siempre por lo mas delgado;
y así aunque entablen doce mil querellas
jamás la cuerda quebrará por ellas.

Al ver una jamona el mas adusto
viejo gruñon á su pesar se hincha,
sin que sepa bailar, baila de gusto

porque el amor sin compasion le pincha:
disfrutando á la vez placer y susto
cual un caballo con furor relincha,
y tambien cual caballo se desboca
y á las jamonas con amor provoca.

La jamona mas fea me encandila
y aun pudiera decir que me *enfarola*; (1)
si me coge de espin, me despavila,
y si alegre me coge, me atortola;
si una sola me ofrecen en Manila
iré á Manila por aquella sola,
y si el demonio me ofreciese ciento
me lanzaba al infierno muy contento.

Pero miro una flaca, y mas que miro
os puedo asegurar que nada veo,
y no brota en mi pecho ni un suspiro,
ni engendra el corazon ningun deseo:
de su esbelta cintura no me admiro,
ni por linda que fuere me mareo.
¡Y encuentro de jamonas un buen tipo,
y me admiro, y me pasmo y me constiplo!

Dicen que cada cual tiene su flaco,
pero no cada cual tiene su flaca,
porque no es un cualquiera tan morlaco
que entrega á una delgada su casaca
y diga lo que guste Horacio Flacco,
la flaqueza en el mundo es una maca,
y el ser gordo es honor que todos quieren
pero que pocos por favor adquieren.

El mismo Dios la robustez aprueba
cuando castiga la flaqueza humana...
Por la que tuvo nuestra madre Eva
de engullirse ¡tragona! una manzana
siglos la humanidad penando lleva.
¡Bien pudo, creo yo, aguantar la gana
que tambien de jamon tengo yo hambre
y lo sufro, y estoy hecho un estambre!

Son los jamones de importancia tanta
por mas que muchos la supongan nula,
que los prohíbe la cuaresma santa
al que carece de la sacra bula:
yo tengo la de Meco, que me encanta
porque permite ejercitar la gula,
y así con gusto, con afán ardiente
en los jamones clavaré mi diente.

¡Cuán feliz seré yo si un día encuentro
de graciosas jamonas cien docenas!
Aquel día estaré como en mi centro
al mirarlas rechonchas y rellenas:
desde entonces mi alma reconcentro
en ellas solas para ahogar mis penas,
y al carnívoro amor de una jamona
juro que he de pasar la vida bona.

Vengan, vengan jamonas, y arda troya
háganse los partidos cruda guerra,
maldiga de este mundo y su bambolla
el infeliz á quien el hado aterra;
que yo, teniendo sustanciosa olla
y una dulce jamona de mi tierra,
por nada de este mundo me aturullo
y vivo sordo al general murmullo.

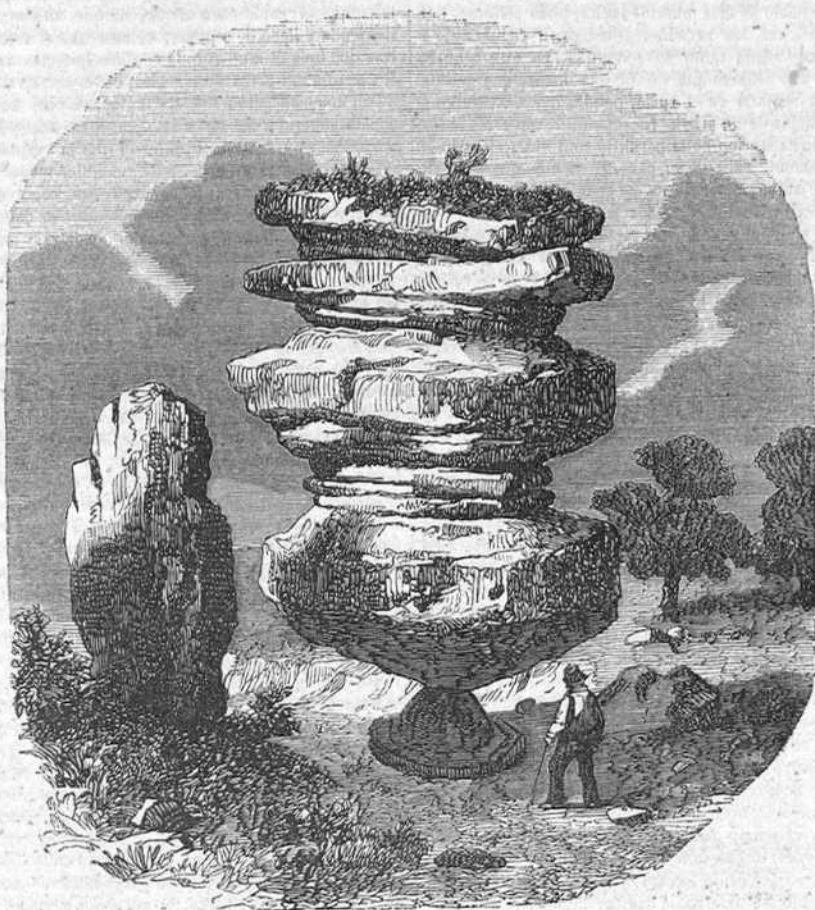
V. MARTINEZ MULLE R.

(1) Recomiendo este verbo á la Academia.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Las rocas de Brinham.

(INGLATERRA.)

En Yorkshire, á algunas leguas de Ripley, sobre el camino que conduce á Patley-Bridge, se ven varios grupos de rocas, de una forma extraña, conocidos con el nombre de Brimham-roks: estos grupos son testimonio evidente de alguna gran conmoción natural. Sin embargo, varios arqueólogos consideran estas piedras colosales como monumentos célticos. Esta hipótesis es no obstante contraria; el hecho generalmente admitido, de que las piedras druidicas han sido trasportadas de larga distancia al sitio en que se encuentran, porque era una condición esencial para que se las consagrara. La que representa nuestro grabado, y en la cual ve M. Hayman Rooke un idolo, reposa sobre un pedestal de unos 12 piés, en forma exagonal. De tiempo inmemorial todos los años el día de San Juan enciendea un fuego cerca de la roca, y esta tradición no es uno de los numerosos indicios que hace valer la arqueología, para atribuir á la Bimham-roks un antiguo destino religioso.

EL GRAN TERREMOTO DE LISBOA

EN EL AÑO DE 1755.

No se puede ver una mañana mas hermosa que la del sábado primero de Noviembre de 1755. El sol alumbraba con todo su esplendor, el cielo estaba enteramente claro y despejado, y no habia el menor indicio de una catástrofe, que redujo una ciudad tan rica, floreciente y populosa, á ser el teatro de tan espantosos acontecimientos y de general consternación.

Entre nueve y diez de la hermosa mañana de tan terrible día, un inglés, autor de la narración, estaba sentado en su despacho acabando una carta, cuando de pronto quedó sorprendido por un movimiento extraño que notaba en la mesa y en el papel, mucho mas que no hacia viento, ni habia en la habitación corriente de aire. Mientras estaba pensando en qué podria consistir, notó que la casa temblaba de arriba abajo; esto tampoco le causó aprension, porque pasaban muchos coches que iban á palacio y podia ser efecto de la vibración del aire, pero al fin sospechó lo que pudiera ser. Debajo de tierra sonaban truenos, como cuando una tormenta viene á lo lejos, y entonces fué cuando se persuadió que todo esto seria el precursor de un temblor de tierra, del mismo modo que se habia hecho sentir en la isla de Madera seis años antes, pero que pasó sin hacer daño. Convenciéndose del hecho, tiró la pluma y se levantó sin saber si debia salir ó quedarse en casa; tanto peligro habia en uno como en otro, y existia la esperanza que todo se pasase sin novedad como en Madera; á los pocos segundos desapareció toda duda, porque de repente se oyó un estrépito tan grande como si todos los edificios de la poblacion se cayesen á la vez. La casa que habitaba nuestro inglés fué conmovida igualmente, en términos que los pisos altos se vinieron abajo, no sucedió lo mismo con el que habitaba; pero se bamboleaba tanto, que todos los muebles se caian y que costaba trabajo el sostenerse en pié. A cada momento veia nuestro amigo la muerte encima, porque las paredes se meneaban de un lado á otro, se abrian y soltaban piedras por las aberturas, mientras que las vigas de los tejados, ya descarnadas, se mantenian aun colgando en el aire. Al propio tiempo, el día que antes habia sido tan hermoso, se oscureció de tal manera, que no se podia distinguir los objetos; parecia una oscuridad egipcia, sea por

7 DE OCTUBRE DE 1835.

causa del inmenso polvo que causaba la caída de tantas casas y palacios, ó por causa de los vapores sulfúreos que salían de la tierra. El autor no decide cuál de los dos motivos era el verdadero; lo que sí asegura es, que por espacio de diez minutos apenas pudo respirar. Por fin, el día se aclaró otra vez, los sacudimientos habían cedido algo y nuestro amigo recobrado algún tanto su serenidad; en esto echó la vista á su alrededor, y lo primero que vio fué una madre que con un niño en brazos estaba sentada en el suelo, pálida, llena de polvo y temblando como las hojas de un árbol. La preguntó cómo se había venido allí; pero su consternación no la permitió contestar; el susto la habría hecho probablemente salir de su casa, y viendo que todo en su contorno estaba en ruinas y por tierra, se refugiaria en la del inglés que encontró abierta; de todos modos no era cosa de perder tiempo en preguntas y respuestas. Lo que sí se acuerda el amigo es que la mujer le preguntó con ansias mortales, si no era ese el indicio del fin del mundo; al mismo tiempo se quejaba de fatiga en la respiración y le pidió un poco de agua. El inglés pasó á una pieza inmediata, adonde tenía una tinaja de agua buena de beber (cosa rara en Lisboa); pero la encontró rota, y así dijo á la mujer que no pensara tanto en beber como en salvar su vida, porque al primer sacudimiento la casa acabaría de caerse y los sepulcrales debajo; la prometió de darle el brazo y de tratar de ponerla en salvo.—Nuestro inglés debió la vida á una de aquellas pequeñas casualidades que no están al alcance de la prudencia humana; no se había aun vestido del todo, y estaba en paños menores; de allí su incertidumbre si salir ó quedar en casa; vestido se hubiera echado fuera, y los edificios que se caían le hubieran matado; los demás vecinos de su casa tuvieron todos esta suerte aciaga. A pesar del peligro que apuraba no quiso aventurarse salir á la calle de bata y en chinelas; de prisa y corriendo se puso una casaca y calzado, y bajó la escalera. Aquí dió el brazo á la mujer y ambos salieron de la casa tomando la dirección del Tajo; la calle estaba toda llena de escombros, y en parajes hasta la altura de los cuartos segundos. Era imposible pasar ó trepar por encima de ellos, y hubo que ensayar otro camino, lo que verificó entre mil peligros. Primero ayudó á la mujer para que pasara sobre un montón de ruinas, y luego la dijo de soltar el brazo para que pudiesen pasar á galas otro montón mas malo que se presentaba en seguida; apenas habían avanzado de este modo como vara y media, que se desplomaron de arriba unas grandes piedras y despachurraron en un instante á la mujer con su criatura. En otras circunstancias una ocurrencia tan aterradora lo hubiera conmovido en extremo, ó acaso le hubiera causado un desmayo; pero ahora el verso espuesto á lo mismo era la idea dominante; además, á su alrededor ocurrían otras y semejantes desgracias, y no le daban, por decirlo así, tiempo de dedicar toda su atención á lo que le pasaba tan de cerca. Nuestro buen inglés tenía que huir por una calle angosta, con casas de cuatro y cinco pisos á ambos lados; estas se estaban viniendo abajo ó se habían venido ya; muertos, moribundos y heridos cubrían los escombros ó estaban sepultados debajo; parecía imposible de poderse salvar, y su único deseo era de quedar muerto, mas bien que lastimado.—A todo esto se daba mucha prisa de avanzar, y por último logró salir de un camino tan fatal, y llegó á la plaza y enterramiento de la iglesia de San Pablo. Pocos minutos antes podía pasar todavía por una obra maestra de arquitectura, adonde pintores y escultores se habían esmerado en adornarla; ahora no se veían mas que montones de piedras, debajo las cuales centenares de personas gemían y daban las últimas boqueadas, habiéndoles cogido la desgracia rezando al pie de los altares. Apenas había tomado aquí nuestro amigo un poco de aliento y cobrado algo de calma, se dirigió por encima de las ruinas hacia las orillas del Tajo, para alejarse todo lo posible de los edificios en caso que viniese otro sacudimiento.—Llegó felizmente al río y se encontró allí con un gran número de personas de ambos sexos, entre ellas muchos sacerdotes con sus albas y ornamentos puestas, porque se habían librado de la patriarcal huyendo á toda prisa, abandonando la misa mayor que estaban celebrando; el terror de la muerte estaba pintado en sus rostros, lo mismo que en el semblante de tantos miles, que incados de rodillas pedían misericordia á Dios. Entre los eclesiásticos se distinguía un anciano respetable; recorría los corrillos de las personas que estaban rezando y sollozando, los confesaba y auxiliaba, y consolaba á todos los que acercándose de rodillas y á rastras, procuraban de besarle la mano ó la falda de sus vestidos.—El inglés, lleno de pavor con este espectáculo, se arrodilló igualmente, rezando con tanto fervor como el primero.—En medio de estas angustiosas lamentaciones vino el segundo sacudimiento, poco inferior al primero, y que completó la ruina de las casas ya rotas ó resentidas.—El grito de ¡Misericordia, mío Dios! fué general y se le oyó tambien de la montaña de Santa Catalina, á pesar de su gran distancia, porque igualmente allí se había refugiado muchísima gente. El golpe del sacudimiento fué tan grande, que no se podía uno sostener de pie, y lo peor es que acto continuo se presentó un peligro nuevo; el mar se había conmovido extraordinaria-

mente, no se oía otra voz mas que la de ¡Somos perdidos! el mar va á inundarnos.—En efecto, el inglés dirigió la vista hacia la embocadura de la ria, y vió cómo las aguas iban engrosando, formando una montaña que se venia para arriba, sin que ningún viento la impulsase. Rugiendo y lleno de espuma, se acercaba el furioso elemento, mientras que todo el mundo huía con precipitación dando gritos y alaridos. Muchos fueron presa de las olas; otros se salvaron por mera casualidad, como sucedió á nuestro inglés, el cual huyendo en la consternación general como todos los demás, se encontró un tronco de árbol, al cual se asió fuertemente, hasta que la avenida, que tardó poco en retirarse, lo dejó en seco.—De cualquier manera tan grande parecía el peligro de ser arrastrado por las aguas, como el de ser aplastado por las casas, y por lo tanto nuestro hombre se determinó de volver á la iglesia de San Pablo, que estando en paraje mas alto, resguardaba mas bien de las avenidas de la ria. Aquí desde los altos presencié un espectáculo imponente. En el mar, hasta donde alcanzaba la vista, había un gran número de embarcaciones que se bambolean y chocaban una con otra, como si hubiese una gran tempestad; algunas hacían el remolineté; barcos menores habían zozobrado. Contemplando todo esto estaba nuestro inglés, cuando de pronto se vino abajo y se hundió el muelle grande del río con toda la gente que se hallaba allí agolpada, contando con su solidez. Los botes y barquichuelos atracados, en los cuales se habían refugiado tantas y tantas personas, fueron, como el muelle, engullidos por las aguas. Un capitán de barco, que escapó bien de tan grande peligro, contó después al inglés que en el segundo sacudimiento, mirando desde su buque á la ciudad, vió que se meneaba y bamboleaba toda entera á pesar de su gran estension; del muelle no quedó señal ninguna, y en el paraje adonde había estado no alcanzaba ya la sonda. Poco después vino una tercer sacudida, pero no tan fuerte; tambien ahora se acercó el mar á la tierra, pero retrocedió mas pronto que la primera vez. La ria hizo estos movimientos varias veces, de cuyas resultas varias embarcaciones se quedaron á secas. Parecía que Lisboa iba á tener la suerte de Lima en el año de 1746; si hubiese estado algo mas cerca del mar, este ciertamente se la hubiera tragado. Para ver cuánto se había extendido el temblor de tierra por el mar, hasta saber que un capitán que se hallaba con su barco á cuarenta millas de la costa, sintió un golpe tan grande, que tuvo miedo de haber dado en un arrecife; no se pudo explicar el caso hasta que llegó al Tajo y vió la devastación. Gente á caballo que se habían encontrado junto á la playa, no pudieron alcanzar las alturas sino á toda carrera; con tanta precipitación avanzaban las aguas.—Amenazado de las avenidas, poco seguro en la Plaza de San Pablo, por si acababa de caer lo poco que había quedado en pie, nuestro narrador resolvió dirigirse hacia la casa de la moneda, edificio muy sólido, de poca altura y que prometía mejor amparo que otros.—Los individuos de la guardia se habían fugado todos, á escepcion de su comandante, joven alférez de 17 á 18 años. La tierra continuaba moviéndose por bajo, y las casas que se veían aun de pie á cierta distancia se bamboleaban de acá para allá. El agua había inundado el patio, y el inglés y el oficial se subieron sobre un montón de ruinas. El inglés no pudo menos que manifestar su admiración á ese joven en vista del valor y de la abnegación con que resistía solo en su solo cabo, no solamente á los elementos, sino tambien á la eventualidad de crímenes, como veremos mas adelante. Encerraba la casa de la moneda algunos millones, y á él se le debe el no haberlos perdido. Cerca de cinco horas estuvo nuestro amigo en su compañía, hasta que al cabo se fué, fatigado del susto, y sumamente rendido y cansado del calor y del hambre; tambien le preocupaba mucho la suerte de un amigo que vivía en el centro de la población y que de consiguiente estaba espuesto al mayor peligro; para ir en busca de éste se despidió del joven guerrero.—Caminaba nuestro hombre por encima de millares de montones de ruinas, por encima de los escombros de un convento que había sepultado á los frailes y á los fieles que estaban oyendo misa, por encima de los del teatro de la Opera y de los del palacio real. En la plaza grande, delante de éste, se veía un cuadro lastimoso; allí había caballos, mulas, coches y carruajes de todas clases. La misa mayor había apenas principiado en la capilla real, cuando se dejó sentir el terremoto; todo el clero y la nobleza desaparecieron en precipitada fuga. Nadie pensó en las riquezas de la iglesia, que estaban espuestas á cualquier mano sacrilega, ni nadie trató de buscar sus carruajes. Así es que los pobres animales estaban enganchados y parados, abandonados á sí solos, pereciendo de hambre; había otros tendidos en el suelo que debajo de piedras estaban acabando.—Con mucho trabajo y entre escenas de dolor avanzaba el inglés poco á poco; nadie tenía lástima de los muertos y moribundos que yacían por todas partes; eran tantos, que costaba trabajo el sentar el pie sin tocar á alguno. Aquí se encontraban coches aplastados, habiendo quedado muertos amos, criados y caballos; mas allá madres con sus niños en brazos. Señoras lujosamente vestidas, frailes, curas, grandes, artesanos y personas de todas clases, todos revueltos, tendidos por el suelo y muer-

los; otros con las piernas rotas, otros con sillares encima del cuerpo. Muchos aun vivos pedían auxilio y socorro, pero no había nadie que se lo prestase. De la casa del amigo que el inglés buscaba no había quedado traza ninguna y toda investigación fué inútil. —Viendo el estado de las cosas, se salió de la ciudad y se fué á un café que un paisano suyo tenía estramuros, para encontrar allí un abrigo, si era posible obtenerle en parajes adonde millares de almas se habían quedado sin pan, sin techo y sin camisa. A pesar de tantos males no habían concluido aquí los sustos del primero de Noviembre. Al acercarse la noche parecía que toda la ciudad era un mar de fuego; había tanta claridad, que se podía leer una carta. En cien partes diferentes subían las llamas á un tiempo y duraron seis días (1), sin que nadie pudiese poner remedio ni se atreviese á ello. Lo que el terremoto no había destruido, lo conmovió el fuego. Aterrados de estupor millares de hombres miraban tamaña destrucción, mientras que mujeres y niños imploraban la protección del cielo y de los Santos. A todo esto la tierra temblaba siempre mas ó menos, y á veces un cuarto de hora sin interrupción. —¿Pero cuál era la causa de ese elemento devorador? —¿cómo es que también él se había conjurado para contribuir á la ruina de la ciudad? —Varias eran las causas que lo pueden explicar. —El primero de Noviembre es el día de Todos los Santos, gran fiesta de los católicos romanos y muy celebrada de los portugueses. Todos los altares, todos los santuarios están en este día llenos de velas y lámparas encendidas; estas comunicaron el fuego á las maderas y colgaduras. En las casas había fogones, en algunas partes chimeneas, y por esto no faltaban motivos de incendios; á esto se agregó la maldad; en la confusión un gran número de criminales se habían soltado; estos malvados, dispuestos para nuevos crímenes, atizaban los fuegos, ó los encendían adonde aun no los había, tanto por hacer daño como para poder robar á mansalva, á pesar que nadie se lo hubiera impedido, porque pasaron muchos días, hasta que la gente se aventuró á reconocer las ruinas. De este modo fué como ardió el palacio real, y un reo, cogido algun tiempo después, confesó todavía en el patíbulo que había tenido la esperanza de quemar á toda la familia real. —Poquito á poco se restableció algun tanto el sosiego; se recibió á informarse de sus habitaciones y de las de sus amigos; las casas mas fuertes eran las que primero se habían caído; mas de seis mil almas habían perecido; muchos millares de familias habían perdido todo, todo en toda la extensión de la palabra. Lo propio sucedió á nuestro buen inglés; no pudo dar después con el sitio que había ocupado su casa; los cadáveres que yacían debajo de las ruinas echaban un tufo tan pestífero, que en una ocasión cayó desmayado, y desde entonces abandonó toda ulterior pesquisa. A lo menos había salvado su vida y el completo uso de sus remos; no tenía tampoco que llorar la pérdida de ningún pariente ni la de ninguna persona aliada á su corazón.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO SÉTIMO.

(Continuación.)

Nos hemos propuesto, como fácilmente lo habrán reconocido los lectores del SEMANARIO, al tomar el epígrafe que encabeza estos artículos, tratar con alguna extensión de la literatura provenzal. Desde luego convenimos en que nos hemos desviado de nuestro primer intento, cual era el considerar el amor como elemento artístico de dicha literatura. Pero como este elemento es sin duda alguna el mas esencial; como constituye la base sobre la cual descansa, en torno al cual gira toda ella; como semejante elemento artístico es al mismo tiempo su síntesis, el resumen de toda su significación é importancia, hemos debido ensanchar el círculo de nuestras ideas, agrandar el horizonte que nos trazaba la naturaleza misma de la materia y hacer, por decirlo así, retroceder y alejarse los límites de nuestro discurso. A este punto capital de nuestro trabajo se adhieren gran número de consideraciones de no escaso interés, y que deben ser la consecuencia lógica de los principios en él asentados; y para darles conveniente cabida no bastaba el espacio ordinario de que podíamos disponer, el término racional que circunscribe toda obra única en sí, exenta de ampliaciones y episodios.

Por otra parte, somos de opinión que todo estudio, sea cual fuere su índole especial, su determinado carácter, ha de hacerse por el método de comparación y analogía. Buenas, á veces felices en sí, son las con-

sideraciones abstractas, las teorías absolutas, las tesis generales; pero como es condición suya, forzosa é ineludible, requerir un estudio preparatorio, un conocimiento preliminar de la materia traída á discusión, á mas de ser necesaria una aptitud especial de nuestro ánimo, hemos creído que, desechando desde luego al iniciar una cuestión cualquiera semejante, árido é infecundo modo de apreciarla, debíamos optar por el medio opuesto de relación y analogía. Por eso, al tratar el interesante, y creemos ameno tema literario, del amor considerado como elemento del arte provenzal, hemos, á guisa de proemio, echado en los tres primeros artículos una rápida ojeada sobre el asunto, cuyo desarrollo nos habíamos propuesto, y pasando luego al terreno, según nuestra particular opinión, mas que otro cualquiera á propósito para su completa esplanación, hemos entrado en el campo de las comparaciones. Somos los primeros en convenir, á fuer de imparciales, y porque no nos ciega el natural amor que á nuestras obras profesamos que, en contra de los preceptos de la lógica y en contra de las leyes de la crítica literaria hemos caminado: pues que si no era nuestra intención ceñirnos solo á la materia anunciada en el epígrafe, no debía serlo tampoco la de separarnos tanto de ella haciendo sendas líneas curvas, á manera de las que describe un juego de luces artificiales, que llegásemos á perderla de vista, convirtiéndola en incidentes y haciéndola pasar de lo esencial á lo accesorio. Y tanto mas convenimos en que hemos escedido nuestras facultades, en que hemos faltado á las leyes de la razón, de la crítica y del buen gusto literario; en que á sabiendas hemos extraviado, ó mejor dicho, perdido el hilo de nuestro razonamiento; en que hemos, como vulgarmente se dice, cambiado los bártulos, tomado el rábano por las hojas, cuanto que habiéndonos acogido al incidente para establecer nuestro sistema de estudios comparados, habiendo echado mano del episodio para el completo desarrollo de la acción principal, hemos otorgado al uno y al otro una latitud exagerada, una extensión inmerecida, un límite fabuloso que nunca debieran alcanzar.

Mas aun que esto hacemos á la presente y nos proponemos hacer en lo sucesivo. Una vez separados del camino, una vez entrados en el terreno del episodio, una vez en fin decididos á perdernos en alas de loca fantasía literaria, con el fin secreto de tocar al centro discurriendo por los ródios del círculo, nos proponemos seguir en nuestro propósito, es decir, continuar vagando á merced de nuestro capricho por el abundoso terreno de las digresiones en que nos encontramos. Por disparatado que sea nuestro intento, por inútil quizás el objeto que no proponemos conseguir, conviene sin embargo, arrancarle á tan dilatadas regiones, traerle á términos que parezcan mas racionales; y ya que no espongamos, como dicen los lógicos, su razón de ser, digamos al menos algo que motive su repentina aparición, que dé á conocer su conveniencia y tambien diremos eficacia.

Soltamos ya, en tiempos anteriores, algunas palabras sobre nuestro repentino cambio de materia. Dijimos, que los que se habían ocupado de la literatura provenzal, incidental ó directamente, habían tocado desde luego, y como si fuese la razón de cuanto iban á esponer, habían tocado la espinosa cuestión de las analogías de esta literatura con la literatura árabe; fundándose en que ambas son inseparables, en que entre ambas median relaciones que mas que el de amistad tienen el viso de parentesco, en que no le es lícito á la crítica literaria dejar de considerar á la primera como derivación de la segunda. A la verdad que para quien abraja tal creencia, es cosa de todo punto imposible separar la consecuencia del principio, el efecto de la causa, la síntesis del análisis. Que han tocado dichos críticos la cuestión de las semejanzas y analogías entre ambas literaturas, es cosa innegable y nosotros lo consignamos reiteradamente. Diremos nuestro pensamiento con mas exactitud. Que los críticos franceses, entre los cuales citaremos con honor á los señores Villemain, Raynouard, Fauriel, Guinguené, Moiradams y otros, y los críticos españoles á quienes no es mengua nuestra colocar al lado de estos; señaladamente si se trata del erudito D. Antonio Conde y el laborioso orientalista D. Pascual Gayangos; que dichos críticos al abordar la cuestión presente, como ahora se dice en estilo ultra-pirinéico, al iniciar tan importante tema literario, lo han hecho como cuadraba á su reconocido talento, como sentaba á su fama de literatos que lo hiciesen. Han llevado á cabo su importante trabajo, han espuesto las razones que les asistían para afirmar tales analogías de origen entre las citadas literaturas, para establecer sus puntos de contacto y semejanza, y hacer visible á todos el hilo misterioso que las une, con tal copia de datos y comprobantes, con tan notable rectitud de intención, y con un celo tan digno y perseverante, que merecen por ello nuestros elogios. Puestos estos escritores en mejores condiciones de acción, afianzados sobre mas sólidas bases, á buen seguro que reales y no aparentes, sólidos tambien y no ficticios, hubiesen sido los resultados de su trabajo, ricas y esplendorosas y no mezquinas y de pálido aspecto, las consecuencias de tan sanos principios. El afán de establecer una hilación forzosa, un enlace necesario, imprescindible, fatal, entre unas y otras literaturas; el

(1) En Moscú sucedió lo mismo en Setiembre de 1812.

deseo de proceder por las vías de una lógica que al corazón humano, fuente de toda literatura, no tiene ninguna aplicación, si bien puede tenerlo á la cabeza, fuente de toda forma literaria; y otras razones diversas, que no es del caso manifestar, han motivado la inexactitud de sus apreciaciones y la irregularidad de sus juicios.

Han hecho esas malhadadas circunstancias que acompañan por lo común á los trabajos mas concienzudos y los hacen como fatalmente estraviarse y tomar un giro extraño, al parecer reñido con la bondad de la causa que defienden; han hecho tan deplorables, á la par que insignificantes circunstancias, pues todo ello no está mas de parte de estos escritores que en haber querido atribuir á causas accidentales, lo que á causas puramente naturales es debido, que su tarea haya sido estéril é infecunda, como lo era la tarea de Tántalo, de Sísifo, Ixíon y otros personajes de la antigua mitología, condenados á no poder lograr jamás el objeto de sus ardientes deseos.

De modo que, en la apreciación de la causa ha consistido tan solo el error de dichos escritores. De que la literatura provenzal se asemeje, bajo muchas de sus fases considerada; á la literatura hispano-árabe, no es lícito inferir, en buena lógica, que se haya originado aquella de esta. En la semejanza respectiva de las fases artísticas de ambas literaturas meridionales no vemos otra cosa mas que la igualdad de causas estéticas que han originado tal semejanza. No hallaremos nosotros jamás en esta, causas accidentales, causas puramente objetivas, cuales son las causas históricas, las causas de tradición, relación, tiempo, lugar y otras parecidas; á las cuales la atribuyen los escritores arriba mencionados. Además de que no son de tal fuerza esas causas históricas á cuyo poder é influjo se atribuye la analogía que existe entre una y otra literatura meridional, y que resumiremos muy bien diciendo, que consisten en las relaciones mas ó menos directas habidas entre ambos pueblos creadores de dichas literaturas; no son de tal fuerza esas razones, puramente incidentales, que nos impulsen á creer que por sí solas han sido capaces de efectuar tal semejanza, sobre todo si se atiende á lo evidente que es esta bajo el doble aspecto de fondo y forma. Razon por la cual, á parte de otras muchas que no es del caso exponer, porque ó lo han sido ya en lugar conveniente, ó no es el objeto especial de nuestro trabajo, razon por la cual decimos que, no vacilamos en desear esas causas históricas, para la explicación de un fenómeno que nada tiene de anómalo y sobre natural, espuestas. En otro lugar hemos hecho ver lo aparente y ficticio de esas causas, supuestamente apoyadas en la historia, toda vez que esta las niega y contradice. Hemos estensa y detalladamente probado cuán efímeras y accidentales, cuán sujetas á interrupción y trastorno debieron ser esas relaciones habidas entre dos pueblos separados por todo el espacio que media entre la Sierra-Morena y la cordillera de los Pirineos, hallándose para estorbarlas, y á veces totalmente impedir las, el gran pueblo español, que se alza, cual irritada sombra de Orestes, para pedir venganza y sacudir las ignominiosas cadenas que sobre sus nobles hombros arroja uno de esos dos pueblos.

Mas que esto decimos aun. Dados por ciertos los motivos sobre los cuales se funda la grande analogía de la literatura que se cultiva en la fantuosa corte de los Abderramanes, con la que divierte las risueñas moradas de los señores feudales de Provenza, habria empero torpeza indisculpable por nuestra parte en admitir que tales insignificantes motivos hayan bastado á ocasionar lo que solo á causas generales é invariables, á causas altamente filosóficas, á hechos sobremanera graves y trascendentales, cuales son las causas y hechos que parten del entendimiento y corazón humanos, debe su existencia. Dénse en dos pueblos, alejados cuanto se quiera uno de otro, colocados en opuestos puntos del globo, las mismas circunstancias de carácter, de ingenio, de educación, de costumbres, de influencias de clima y topografía, de tradición; en una palabra, de cuanto contribuye á formar la inteligencia y corazón del hombre; dénsese dos pueblos ejerciendo y desarrollando su actitud á impulso de semejantes circunstancias, y veráselos caminar paralelamente, aunque á gran distancia uno de otro, y venir ambos á parar al mismo punto.

En tal caso, que no por cierto en otro se encuentran, el pueblo que descansa voluptuoso y poeta á la sombra de las palmeras que orlan las márgenes del Darro y del Guadalquivir, y el que vive gozoso cantando los amores de hermosas damas, cuya hermosura reflejan las rápidas corrientes del Garona y del Ródano. Los laudes de sus poetas se oyen á lo lejos; mas no se conocen uno á otro los que los pulsan. Son dos peregrinos que vienen de distintas tierras á contar á distintos oyentes sus largas aventuras: son dos trovadores que cantan, sin saberlo, las mismas trovas á dos damas que habitan los opuestos lados de un castillo. Las cosas que los peregrinos han visto, las aventuras que les han pasado son las mismas; iguales é idénticos son tambien los sentimientos de amor que hacen latir los sensibles corazones de ambos trovadores al aspecto de encantadoras bellezas. Mas ellos no se conocen uno á otro: no se han visto jamás, ó si se han visto, ha sido sin conocerse; no han podido comunicarse su fuego

amoroso, no han podido hacer que latiera el corazón del uno al ardiente contacto del corazón del otro.

Tal extraño é inexplicable fenómeno no podria suceder: seria quebrantar las mas fuertes leyes de la naturaleza humana. El corazón como la inteligencia son libres: el uno en sus latidos, la otra en sus concepciones; y á impulsos de esta libertad crecen y se desarrollan ilimitados en su acción como el aura que vaga por el horizonte, como la flor que crece en las laderas de la montaña, como el arroyo que hace discurrir sus aguas por la fértil llanura. Con razon á esto desechamos nosotros, como imposible, la imitación de una literatura por otra, tomando de esta palabra *imitación* todo lo que puede encerrar de sentido subjetivo y filosófico. En literatura, como en filosofía, como en arte, como en la ciencia en general, como en religion, como en política, como en costumbres, como en todo lo que nace espontáneamente del carácter é ingenio de un pueblo, de su índole moral é intelectual, la imitación es un absurdo, una aberración, un contrasentido. La enseñanza literaria ó filosófica, el apostolado científico, esa enseñanza doctrinal de individuo ó corporación, de academia ó liceo, tambien lo desechamos nosotros como impropia, como inútil, para desarrollar en un pueblo un elemento de ciencia ó arte que esté reñido con la índole de sus sentimientos é ideas.

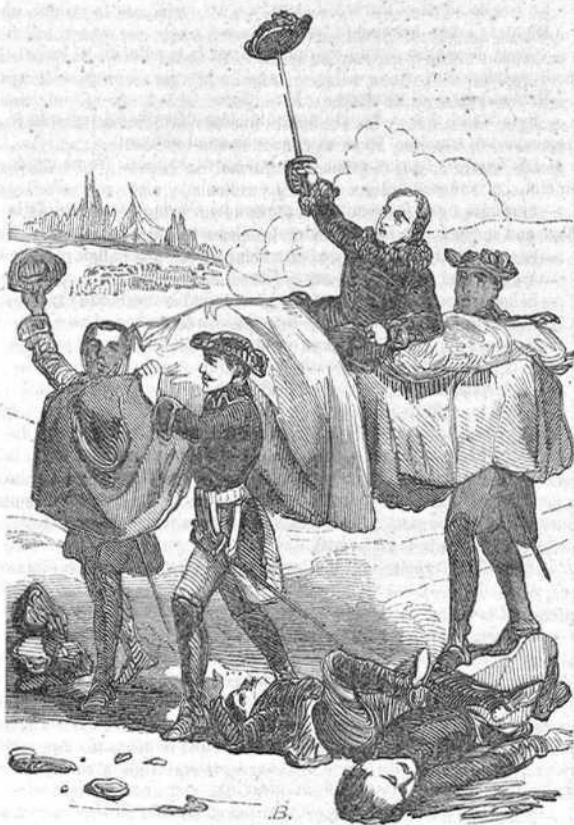
Nosotros, como es la vulgar opinion, admitimos en toda idea literaria, cuya base sea la estética, lo que se ha dado en llamar *el fondo* es decir, su esencia; y los accidentes que la manifiestan, la espresion que reviste; ó lo que ahora se conoce tambien bajo el nombre igualmente romántico que el primero, de *forma*. En cuanto á la imitación del fondo, aquella imitación pueril y ridícula, y mas que todo infértil y desastrosa, que consiste en renegar de su propia espontaneidad y poner á nuestro entendimiento en la misma turquesa en que otros le han puesto antes que nosotros, en vaciar la idea que bulle fecunda en nuestra mente, el pensamiento que acariciamos con maternal amor, en el mismo molde en que ha poco se vació un pensamiento mezquino, si el nuestro es sublime; pobre, si el que nosotros abrigamos es rico; artificial y engañoso, si natural é ingenuo el que nosotros queremos dar á luz; en cuanto á esa extraña imitación que se ejerce de tan infausto modo, nosotros la rechazamos con energia. La creemos un mal muy grande para el espíritu, y le atribuimos los mismos efectos corruptores y disolventes que al veneno para el cuerpo humano. Razon sobrada se dirá que nos asiste para ello, si recordamos cuáles fueron, en la historia literaria de nuestra patria, perteneciente al siglo XVIII, y á semejanza de esta en otras épocas literarias de las demás naciones, los tristes, los funestos y para siempre deplorables resultados de tan odiosa imitación.

Nos lleva, además de este, otro motivo muy poderoso á admitir como un hecho altamente imposible, como cosa utópica é irrealizable, pues está reñida con la naturaleza misma del hombre, esa singular imitación que pretendemos hacer de sus sentimientos é ideas, y que nosotros no tenemos fuerzas bastantes para condenar. Consiste este motivo en que nosotros, que no pecamos por cierto (y librenos Dios de ello) de románticos, ni en literatura, ni en filosofía, ni en ciencia ni en arte, ni aun siquiera en política—el peor de todos los romanticismos;—no admitimos sin embargo otra literatura, otro arte, otra filosofía y otra ciencia que la del pueblo, la de las grandes masas de individuos que le constituyen; la literatura y el arte del mayor número, que es lo que constituye el verdadero pueblo, el verdadero estado, la verdadera nacionalidad. Desechamos toda idea artística ó literaria, moral ó religiosa, científica ó filosófica, individual ó colectiva, que no esté apoyada en tan sólida y anchurosa base. Condenamos enérgicamente, escluimos del gremio de los grandes hechos de la actividad humana, todo lo que no descansa en la idea popular, en la idea del mayor número, que es la idea verdaderamente grande y fecunda, verdaderamente democrática.

Nosotros distinguiremos siempre, pues la confusion en este punto es imposible, nosotros distinguiremos en todo pueblo dos clases de individuos, de personas. Los que piensan libérrima y espontáneamente, conforme á los impulsos de su corazón y siguiendo las sencillas y toscas leyes de la naturaleza; los que piensan y sienten llana é ingenuamente y dicen del mismo modo lo que piensan, sea bueno ó malo, trivial ó sublime; y los que piensan á impulso de ageno pensamiento; los que sienten á compás de sentimientos que no son los suyos; los que mueven su corazón y agitan su mente en dura opresion y férreo yugo; los que arrojan miserables su propia espontaneidad en el camino por donde ha pasado ó ha de pasar otra espontaneidad extraña que ha de hollarla y escarnecerla; los que apagan la luz de la razon que ilumina su alma, se sumen voluntariamente en las tinieblas y ni aun caminan por medio de ellas, mientras una mano fatal no viene á guiar sus torpes pasos; los que no lo ven todo, como el hombre tosco y vulgar, como el hombre injustamente apellidado rudo é ignorante, como lo veia el gran Descartes, en el elocuente libro de la naturaleza y en el sublime santuario de sí mismos, de la razon y

de su conciencia; los que conocedores de lo que otros han dicho y pensado ignoran lo que ellos mismo dicen y piensan; los que satisfechos, finalmente, con una empalagosa y siempre confusa y encontrada erudición, pretenden en todos los actos de la actividad humana sujetar á aquella las eternas y universales leyes que la rigen.

Estas son las dos clases de individuos que reconocemos en toda sociedad, en todo pueblo. Claro y evidente es que siendo una de otra distintas estas clases, á cada una de ellas corresponderán distintos y opuestos sentimientos, distintas y encontradas ideas. De aquí dos muy marcadas y especiales literaturas en su origen, desarrollo, esencia y expresión: de aquí también, y por el mismo motivo, dos clases de ciencia y arte, de filosofía y de religión, de hábitos y costumbres sociales: de aquí, en fin, dos expresiones determinadas y particulares de la actividad humana en cualquiera de sus inmediatos desarrollos. Y si á nosotros nos toca, como es consiguiente, medir su significación é importancia por los grados á que sube cada una de ellas en el dila-



(Aventuras de un loco coronado.)

tado termómetro social, claro es que á la literatura popular, á la literatura del mayor número de individuos, á la que en el elemento democrático se funda, daremos, en este concepto, la preferencia.

Para nosotros, esta literatura en las anteriores líneas caracterizada con respecto á las fuentes distintas de donde mana, de rudo é inculco aspecto, como todas las cosas que se nos aparecen vestidas de natural desnudez, es, á no dudarlo, la verdadera y única literatura, el verdadero y único arte, la ciencia verdadera de un pueblo. Así se explica cómo la verdadera literatura española, esa literatura que forma nuestra preza y honra, que nos dá un carácter de originalidad que ninguna otra nación de Europa posee, esté encerrada en nuestros romances, en nuestros libros novelescos y de caballería, y en nuestro precioso teatro. Así se explica cómo nuestros vecinos hayan completamente carecido de este último elemento de arte, en el sentido propiamente dramático, en los tiempos mismos de su gran período literario, en los fastuosos tiempos de Corneille y de Racine, de Voltaire y de Crébillon, que ponían en la escena francesa personajes griegos y romanos con peluca y calzon corto, enamorados de los ojos azules de las damas, y que repletos de enciclopedismo, discutían sobre política y teología, y lanzaban mordaces indirectas á los curas. No: es menester desengañarse. No es literatura, no

es arte real, sino ficticio, no de fondo, sino de forma, aquel que viene por la memoria, sino aquel que nace de la inteligencia; no el que se aprende en los libros, sino el que se lee en el corazón; no aquel que forman los individuos, sino el que ejecutan los pueblos; no el que se recibe por las lecciones de los maestros, en los claustros de las universidades, en los salones de los liceos y academias, sino el que se ve escrito con grandes, aunque toscos y rudos caracteres, en las obras que los pueblos llevan á cabo. Ahora bien: un individuo, una reunión de ellos, imitan á otro ú otros individuos: mas un pueblo no imita jamás á otro pueblo; una nación no se despoja jamás del precioso manto de su nacionalidad, para echar sobre sus hombros el de una nacionalidad extraña. Esto no lo hacen jamás las naciones, porque las naciones no hacen lo imposible: que imposible es trasformarse una nación, un pueblo entero, en otro pueblo distinto, por meras relaciones científicas ó literarias, políticas ó comerciales. El cambio de naturaleza está fuera de los límites del individuo, de la tribu y de la sociedad. Lo único admisible, en literatura como en filosofía, es la modificación accidental de alguno de los elementos de la actividad humana que están mas en roce con el pueblo de donde proviene la influencia modificadora. La mudanza completa, la trasformación entera y radical de lo que constituye la individualidad y espontaneidad humanas, es un imposible, ya lo hemos dicho, un absurdo, una monstruosísima aberración. Por eso la igualdad de arte y de ciencia, como la igualdad de usos y costumbres, de pasiones y afectos, de clases y condiciones, de lenguaje y forma de gobierno, es una insensatez, una cosa que no se concibe, que solo tiene resistencia en una imaginación exaltada, en un espíritu calenturiento, como el de Piatón ó Aristóteles, el de Thomas Moor ó Campanella, el de Fournier ó Cabot, el de Saint Simon ó Miguel Chevalier, el de Proudhon ó Luis Blanc. Por eso la democracia, como sistema político basado, es la perfecta igualdad social, es la mas estravagante, la mas absurda, lo mas risible de todas las utopías imaginables.

No; no es posible dar á un pueblo sentimientos ó ideas, ni en ciencia, ni en religión, ni en arte, ni en política, que éste rechaza á semejanza de un enfermo cuyo estado de postración y abatimiento le hace arrojar las bebidas que se le suministra. Para conseguir esto sería menester hacer con ese pueblo lo que sus conciudadanos quisieron hacer con el gran rey Sesostris y el elocuente orador Mirabeau. Sacarse la sangre que corría en sus propias venas para alimentar con ella las venas de aquellos á quienes se quería comunicar nueva vida. A quien tal pretendiese verificar podría muy bien pedirsele lo que deseaba alcanzar un cortesano del rey Felipe III «que le prolongase, en el lecho de agonía, la existencia tan sola» por un cuarto de hora.

No se concibe, pues, la imitación en literatura. No se concibe una imitación real y filosófica, una imitación del sentimiento y de las ideas estéticas. Solo puede admitirse una imitación, una copia si se quiere, un calco, en lo que no es literatura ni arte, en lo que nada representa, nada vale ni significa; en lo que no afecta á los hechos propios de la subjetividad de un pueblo dado; en lo que no puede constituir ni su pensamiento, ni su idea literaria, científica, política, religiosa ó de otro cualquier género; en lo que nada se roza directa ni indirectamente con su espontaneidad libre y fecunda. El genio del poeta y el fuego del orador y la sublime inspiración del artista no se imitan ni copian: no se imitan, ni tampoco se copian el espíritu verdaderamente guerrero; verdaderamente caballeresco y religioso de un pueblo: no se imita, por fin, su espíritu amoroso, su culto sincero y leal á la mujer en quien se adora la belleza del corazón y la virtud de la idea que traslucen sus purísimas miradas. No ha podido por lo tanto imitarse la literatura provenzal á la literatura árabe.

Nos detendremos aquí en nuestras consideraciones filosóficas acerca de si es posible ó no la imitación literaria, como otro cualquier género de imitación en el sentido que la mayor parte de filósofos y críticos dan á esta palabra, cual es un sentido real y positivo, de sentimiento ó idea, de concepción y espontaneidad.

Nosotros hemos indicado repetidas veces, en el curso de este y de anteriores artículos, que si existen entre ambas literaturas arábigo-española y provenzal semejanzas y analogías de fondo y forma. Nos reiteramos en ello. En cuanto á las semejanzas de fondo, ya hemos explicado la causa atribuyéndola á la igualdad y paralelismo de comunes circunstancias á ambos pueblos. Como dichas semejanzas no pueden atribuirse, como lo hacen los escritores franceses y españoles ya citados, á causas puramente relativas y accidentales, á circunstancias de tiempo, lugar, relación y otras análogas, es decir, á causas eternas y de mera objetividad, también acabamos de explicarlo en la larga teoría poco há espuesta, acerca de cómo entendemos nosotros la imitación literaria. Cuáles sean esas semejanzas generales de fondo, ó de sentimiento ó idea, entre las dos literaturas de que nos ocupamos, no lo diremos en este artículo, ya demasiado extenso, y si lo reservaremos para el siguiente. En este explicaremos igualmente si, aun en la forma misma de una de las dos literaturas citadas, ha sido nece-

sario para que en la una sea igual á la de la otra, que haya habido imitación de una forma poética estraña.

Terminado que sea este largo incidente crítico-literario, continuaremos en el exámen y estudio comparativo de los elementos que entran en la composición de la literatura, que tiene su asiento en el suelo arábigo-español, y de la que ocupa el territorio que se extiende entre la costa que bañan las aguas del golfo de Leon y la pintoresca cadena de los montes Cévennes.

ANTONIO DE AQUINO.

EL PEREGRINO.

TRADUCIDO LIBREMENTE DE WALTER-SCOT.

¡Oh! abrid la puerta por piedad, el cierzo sopla con violencia, la nieve descendiendo en anchos copos y cubre la llanura; es imposible hallar la senda.

Abrid, que no soy un vagabundo que llama á la puerta del Castillo para buscar refugio despues de haber cazado el gamo del rey, aun cuando en una noche tan borrascosa tendria derecho á ser compadecido el hombre mas villano.

Soy un peregrino fatigado, débil por los largos viajes que he emprendido para hacer penitencia por mis pecados. ¡Oh! abrid por el amor de Nuestra Señora, recibireis la bendición del peregrino.

Traigo indulgencias de Roma y Santas reliquias. ¡Ah! si esto no os mueve, á abrimos, ábridme al menos por caridad.

La liebre está agazapada en su madriguera, el ciervo descansa en su camada al lado de la cierva, y yo misero anciano espuesto á la borrasca no puedo hallar asilo.

¿No escuchais el mugido sordo del Ettrick?: su corriente ha engrosado con las lluvias, y tendré necesidad de atravesar á vado las sombrías olas, sino teneis piedad del pobre anciano.

Aun permanece cerrada la gran puerta de hierro. El corazon del castellano es aun mas duro é insensible, pues escucha sin conmoverse mis dolorosos ayes.

¡Adios, adios! Plegue á la Virgen que cuando dobleis la frente al peso de los años os nieguen el asilo que hoy os pido y no me concedais.

El señor del castillo muellemente recostado en su lecho, desdeñaba su humilde súplica; pero frecuentemente en medio de las tempestades de Diciembre escuchaba de nuevo aquella voz lastimera.

Porque cuando la aurora brilló sobre las ondas del Ettrick descubrieron sus ojos un cadáver entre los saucos de la ribera: aquel cadáver era el del Peregrino.

S. Y. N.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

La única luz de aquel terrible paso era producida por la destimbradora blancura de la espuma que las olas amontonaban al pié de las rocas y lanzaban en seguida como cohetes de nieve y polvo brillante á lo alto de los aires.

Corrian los veintitres navios en la cavidad de aquel embudo, siguiendo siempre á la linterna roja que les conducía á su perdición. Mirábase en silencio, ora subida en la punta de las olas á las nubes, ora sumergida en el abismo, habiéndose tornado menos sombría la atmósfera bajo los esfuerzos del viento que limpiaba el cielo; y habiéndose combinado este accidente con otro efecto de la luz facticia producida por aquel musgo blanco de que estaban tapizadas las rocas, se presentó á las tripulaciones el fantástico navio que así conducía aquel gran convoy fúnebre. A escepcion de la fragata, resignada á hacer la temeraria voluntad del rey, todas las demás tripulaciones lanzaron un grito de espanto.

No era el navio almirante el que tenían á la cabeza. Era... aquí la sorpresa acometió tambien á la fragata montada por Carlos XII... era la goleta que tan insolentemente habia desafiado y burlado á la flota sueca, y completaba la burla con la asechanza; corrió un estremecimiento por todas las tripulaciones de un carácter supersticioso. Aquel encarnizamiento del pequeño contra el grande, aquella audacia no castigada, imposible de castigar, aquella implacable persecucion, cuya causa no tenia el menor misterio, y en fin, aquella victoria próxima á completarse con la destruccion de quince ó veinte mil hom-

bres, hicieron surgir ideas de sortilegio en el ánimo de los marineros tan inclinados á lo maravilloso.

Pareciéronse su fin próximo y cierto. Ya no trabajaban; el miedo habia cortado sus nervios y paralizado sus movimientos. Dejáronse ir como espectadores inertes por la pendiente de la desesperacion en alas de la tempestad furiosa.

—Megret, ya no cantais? le dijo Carlos XII.

—Es porque creo, señor, que los ánades no pasarán.

Reginold, dijo en seguida el rey á su favorito, qué piensas tú de esa hechicera goleta? Crees como esos marineros asustados que lleva á Satán por capitan?

La respuesta de Reginold fué interrumpida trágicamente.

Una galeota de bombas que se habia separado un poco de la línea chocó contra una roca, vació, se abrió, se llenó de agua y desapareció. Un solo grito resonó sobre las olas. Todos los hombres debajo de las olas.

Los ventitres navios pasaron en silencio cerca de aquel fétido sumergido.

En pos de aquellos terrores, otros.

Mientras tanto terminó la noche.

—Fuera de peligro, gritó con una sola voz la tripulacion á los primeros resplandores.

Habian pasado el estrecho.

—Fatalidad! dijo el capitan presentándose delante del rey que le respondió tan tranquilo en la alegría como en el peligro:

—Los hombres fuertes creen en la fatalidad, capitan. Yo he creído en ella... creeré siempre.

—Si señor, nos habeis salvado, porque hé allí la otra mitad de la flota que se encamina hacia nosotros, y Copenhague esta allí.

—Decididamente, dijo el caballero Megret, los ánades han pasado.

—Y la goleta? preguntó el rey.

—Señor, respondió el capitan, despues de haber asertado su antejo á la isla de Zeland, entra en este momento en Copenhague..

—Es preciso que mañana vaya yo en esa goleta.

—Y cómo, señor?

—Apoderándome mañana de Copenhague.

—Es justo, señor.

El rey ordenó para el dia siguiente un desembarco. Durante el dia fué Olof á buscar á Scania, que era la parte mas meridional de la Suecia, nueve mil hombres de tropas de desembarco. Admiró mucho aquella determinacion adoptada por un rey que no habia hecho aun la guerra. Cuatro fragatas, dos inglesas y dos holandesas, se encargaron de proteger aquella tentativa, tan audaz como imprevista.

—Ahora, capitan Megret, dijo en seguida el rey al ingeniero francés, os pertenece á vos indicarme el mejor punto de desembarque. ¿Conoceis la costa?

—Perfectamente, señor. En otro tiempo hice el plano de ella con el mayor cuidado.

—Pues bien, decidnos vuestra opinion.

—Señor, esta es una playa á la que es fácil abordar. El agua es profunda hasta la orilla, y vuestras chalupas podrán acercarse á ella todo lo que querais. No veo ninguna bateria que la defienda. Vuestras tropas, pues, no tendrán mas que saltar en tierra. Dios y su bravura harán lo demás.

—Señor, os pido solo el honor de ir con ellas.

—Os disputo ese honor, dijo el embajador francés Mr. Guiscar, que habia acompañado al rey desde Stokolmo.

—Continuad, Megret, dijo el rey de Suecia, mientras que las tropas de infanteria designadas para el desembarque que cargaban sus armas y se alineaban bajo las órdenes de sus oficiales, continuad, Megret.

—Si el punto que he indicado á V. M. no le conviene, tendré el honor de recomendarle otro.

—Está fortificado? dijo el rey.

—Si señor; pero las cuatro fragatas inglesas y holandesas que ya estan acoderadas habrán apagado el fuego de las baterias flotantes en menos de media hora.

El rey espresó con un movimiento de hombros y de labios que le incomodaba recurrir á fuerzas extranjeras para asegurar el desembarque.

—No teneis ningun otro que proponerme, Megret?

Durante este diálogo entre Carlos XII y Megret, se llenaban buquecitos planos de faginas, cestones, sacos de tierra, picos, palas, azadones, etc.

—No señor... dijo Megret... No veo... Aquí es el mar oleoso, allí temo un lazo.

—Y allá bajo, allá abajo? dijo Carlos XII.

—V. M. me muestra en este momento la aldea de Humblebeck.

—Qué pensais de ella, Megret?

—Pienso, señor, que no debe pensarse ni un instante en desembarcar las tropas en ese punto.

—Y por qué vuestras razones?

—Porque las chalupas cargadas como estan se verían obligadas por falta de fondo á permanecer á trescientos pasos de la ribera. Los dinamarqueses tirarían sobre vuestras tropas como al blanco, ni un hombre llegaría vivo á la playa.

—Así que creis, Megret, que los dinamarqueses nunca han pensado que podría tener lugar un desembarque en Humblebeck.

—Nunca, señor, estarían locos.

—A Humblebeck, gritó el rey, bajando á la primera chalupa, á Humblebeck! repitieron los oficiales de marina y la flotilla de desembarque se alejó remando de la escuadra sueca. Así que los dinamarqueses, cuyas miradas no perdían de vista la escuadra sueca, se apercibieron del movimiento que hacían las tropas de Carlos XII hacia la costa de Humblebeck, se lanzaron en masa sobre aquel punto y elevaron trincheras apresuradamente.

Lo que había previsto Megret, uno de los mejores ingenieros de la época, se cumplió á la letra; las chalupas suecas se encontraron detenidas por falta de agua á trescientos pasos de la ribera, cercada de tropas prontas al combate.

Era preciso retroceder ó arrojar al agua: Carlos XII no podía dudar un instante. Se volvió hacia el embajador de Francia que había querido seguirle en aquella empresa (extraño papel para un embajador) y le dijo con mucha razón: señor embajador, nada teneis que aclarar con los dinamarqueses, no vayais, pues, mas lejos si os place.

—Señor, respondió el conde de Guiscard, el rey mi señor me ha ordenado residir cerca de V. M.; me lisonjeo de que no me arrojaréis hoy de vuestra corte, que nunca ha estado tan brillante.

Dicho esto por una y otra parte Carlos XII con espada en mano se arroja al mar é inmediatamente le siguen M. de Guiscard, Megret, Reginold, Eric y Reuschild y todos marchan hacia la ribera con el agua hasta la cintura. Recibiendo á metrallazos y el rey pregunta al mayor general Stuart:

—Qué rumor es ese que oigo?

—Es el silvido de las balas, señor.

—Bueno! esa será en adelante mi música.

Una nota de aquella música mató en el instante mismo al lado del rey á un teniente y rompió un hombro al mayor Stuart.

La resistencia de los dinamarqueses no fué larga; Olof y Reuschild destrozaron su caballería y sus milicias; los pocos que quedaron fueron á llevar el terror á Copenhague, sitiada solo á siete millas de Humblebeck.

Una hora después, aquella capital tan orgullosa de donde había partido la amenaza de la division de la Suecia, enviaba una diputación solemne para pedir humildemente al vencedor que no la bombardease.

El rey á caballo á la cabeza de su regimiento de guardias recibió aquella diputación, cuyo jefe le presentó las llaves de la ciudad en una bandeja de oro.

La humillante ceremonia estaba concluida, el jefe de la diputación se levantaba para besar la mano al rey, cuando Megret lanzó un grito tan agudo y tan extraño que el rey, el ejército y la diputación quedaron suspensos.

—Señor, escusadme...

—De dónde viene, parecían preguntarle todas las miradas, esa exclamación inconveniente?

De repente el jefe de la diputación, aquel que se había levantado para besar la mano al rey, lanzó un grito casi semejante al del ingeniero Megret.

—Perdonadme, señor, balbuceó á su vez el jefe de la diputación.

—Qué teneis, pues, los dos? dijo el rey.

—Es que ese hombre, señor... intentó decir Megret...

—Es que ese hombre señor... intentó á su vez decir al jefe de la diputación...

—Pues bien, ese hombre interrumpió bruscamente el rey, es el caballero Megret, oficial francés á mi servicio, que ha dejado la Francia donde hubiera sido ahorcado por haber muerto á un baron dinamarqués á consecuencia de una querrela nacida del juego.

Y yo, señor, soy ese baron dinamarqués á quien el caballero de Megret ha muerto. He aquí porque...

—Sí señor, he aquí porque... añadió el ingeniero.

—El señor quería mi nariz.

—El señor quería mi peluca.

—El señor de Megret juega muy mal.

—Parece que el señor baron de Sandel no muere muy bien.

—El señor creía haberme muerto.

—El señor me suponía ahorcado.

—Yo no estaba enteramente muerto.

—Ni yo del todo ahorcado.

—Cuando volví á la vida y á la salud, pedí volver á Dinamarca.

—Yo me enganché al servicio de la Suecia.

—Y os encontráis frente á frente dijo el rey; comprendo vuestro asombro.

—Hasta la vista, dijo Megret, al baron de Sandel, poniendo con una sonrisa fina é imperceptiblemente burlona su dedo sobre la punta de su nariz.

—¡Hasta luego! le respondió á media voz el baron de Sandel sofocando una carcajada burlona, guiñando un ojo é indicándole con afectación su peluca, sin perjuicio de la profunda reverencia que hacía al rey al mismo tiempo.

—Hasta la vista pues, baron.

—Hasta luego pues, caballero.

CAPITULO VII.

LA NAZ DE CABALLERO Y LA PELUCA DEL BARON.

Después de la victoria, el placer. Rogóse á los vencedores que pasasen unos dias en casa de los ricos habitantes de Copenhague, felices por haber obtenido de la humanidad de Carlos XII, el no ser bombardeados. El baron de Sandel, fué uno de los que mas se distinguieron por el fausto de su recepción. Su palacio, el mas elegante y el mejor situado de la capital, se abrió generosamente á los oficiales del ejército sueco, á quienes invitó al tercer dia de su llegada, á una fiesta dada en su honor.

Nada dejó que desear el buen gusto de los vencidos. Los jardines del palacio, rodeados de pequeños arroyos atravesados por puentes de mármol, fueron iluminados como un salon, y los salones adornados como un jardín en los mas hermosos dias del estío. Nada se olvidó de lo que puede hacer una noche del Norte tan radiante como una mañana de Oriente. La música, los perfumes, las luces de las que Luis XIV y los señores de su corte habían empezado á hacer tan delicioso empleo, se combinaron para encantar á los vencedores disfrazados como siempre con el nombre de aliados y para consolar á los vencidos. ¿Quién se divertiría si no existiese la desgracia? La fiesta residía sobre todo en el baile, y un baile de máscaras en que debían mostrarse en toda la coquetería y variedad de sus trajes las damas de Copenhague.

Ha comenzado ya la brillante fiesta; los carruajes blasonados se estrechan en las doradas verjas del palacio; desfilan por delante de la gradería poniendo en las escaleras grupos de caballeros en traje de fiesta, mujeres que se apresuran á asegurar sus caretas con sus manos elegantemente cubiertas de guantes, y oficiales del ejército sueco, á quienes se embriaga con aclamaciones lisonjeras.

Olas de luz iluminan la espléndida multitud esparcida á través de los salones, los gabinetes y las galerías que se abren delante de sus pasos. Divídese la multitud, se vuelve á unir, se rompe todavía al choque de otros veinte que llegan. La música resuena en todas partes; bajo aquellas bóvedas suntuosas las danzas francesas, italianas, españolas, polonesas.

Mas lejos se juega, mas allá se baila, mas allá se juega otra vez. Otra fantasía salda como tantas otras de la magnífica imaginación de Luis XIV; el bufet estaba colocado en una pieza espaciosa donde criados bellos como la felicidad os sirven todo lo que les pedís, sean manjares delicados, frutos raros ó famosos vinos.

Y en todos los puntos del horizonte, bajo aquellas arcadas doradas en el fondo de aquella perspectiva abrasadora y luminosa, detrás de una gasa de plata producida por el resplandor bullicioso de los espejos y la blancura mate de las bujías, se ven pasar mujeres que cambian la frescura de su aliento, los reflejos de sus ojos, el encanto de su sonrisa, con esa felicidad de ser hermosas que les proporciona la noche y el baile esas dos cosas echas para ellas.

Reginold, que por extraordinario, no había seguido al rey, poco deseoso de presentarse en Copenhague, de donde estaba ausente el soberano, estaba pensativo y apoyado contra uno de los pilares del salon del baile sin tomar mas que un placer muy distraído en las alegrías generales. Iba media hora que soñaba y soñaba de amor, (porque en qué puede soñar un joven en medio de un baile?) cuando le despertó un golpecito que le dieron en el hombro.

—Dormir en el baile!

La mano que había tocado á Reginold estaba unida á un brazo blanco y rosado que salía de una manga de seda verde levantada hasta el codo, era el brazo de un busto de Diana cazadora. En cuanto al rostro nada se podía decir; estaba enmascarado hasta la boca; pero tenía veinte años. Era una sonrisa, una flor.

—No duermo.

—¿Soñabais?

—Tal vez.

—Dormiais, pues, Reginold?

—Me conocéis, bella ninfa?

—¿Quién no os conoce?

El amigo, el confidente del joven rey de Suecia, uno de los vencedores á quienes se festeja aquí... Es verdad que parece no tomáis en la fiesta la parte que mereceis. Si el cuerpo se encuentra aquí, el espíritu no.

— Qué sabeis? respondió Reginold, con ese sentimiento de inquieta curiosidad que se experimenta cuando la boca misteriosa de una linda máscara os embroma. Y aquella era ciertamente de las mas lindas.

Hemos dicho que su corpiño era verde, sembrado de pequeñas rosas de Mayo; pero su falda rosa, levantada hasta las rodillas, pero su pierna fina y atrevida, modelada por un escultor de Atenas, pero su pié de armoniosas articulaciones, pero sus manos que tenían un tirso, pero todo aquel trage de ninfa y todo aquel cuerpo de ninfa, quién se atreverá á describirlo?

(Se continuará.)

EL CAUTIVO. (1)

CANCION ARABE.

I.

Mundo halagüeño, mundo engañoso
Por qué has herido mi corazón?
¿Cómo en tu seno tan armonioso
Todo es mentira, todo ilusion?
¡Ay! yo cautivo lloro mi suerte,
Y al son de las cadenas
Llamo á la muerte.

El alma sin recelos
en esta vida,
envuelta en densos velos,
goza dormida.

Solo despierta,
cuando la muerte airada
Llama á su puerta.

II.

Adios del alma gratos colores,
Loca esperanza, dicha ideal,
Adios Arabia, reino de flores,
Adios por siempre gloria inmortal.
Tristes recuerdos nublan mi frente,
Y vanos pensamientos
Cercan mi mente.

En las praderas bellas
nacen mil rosas,
y las auras á ellas
vuelan gozosas,
Y en mis dolores
los céfiros espiran,
mueren las flores.

III.

¡Ay! el sol claro de la ventura
Mi triste vida no alumbrará!
¡Siempre la imagen de la amargura
Sobre mi frente se agitará?
Y entre las sombras del largo olvido,
¡He de buscar en vano
Mi bien perdido?

El prado vá alegrando
Mayo sereno,
y la dicha brillando
vuelve á su seno.

¿No habrá algun día,
en que pura y luciente
vuelva la mia?

JULIO DE EGUILAZ.

MADRID MOJADO.

Embózase el firmamento,
hacen las aguas las nubes,
y el llanto de los tejados
los canalones escupen.

¡Qué hermoso Madrid te pones,
mas reluciente que un hule,
depositando la lluvia
en charquitos por azumbres!

¡Qué hermoso! el sol nos envía
sus casi nocturnas luces,
y á su favor en las calles
¡qué de cosas se descubren!

En las mojadas aceras
los pobres mortales bullen,
temiendo con tantas linfas
llegar á hacerse solubles.

Quien lleva un chico paraguas
que de sombrilla presume;
quien con uno de familia
como con toldo se cubre;

Quien, marchando impermeable
con un gaban que reluce,
besugo al salir del agua
parece con la que escurre.

Las faldas el bello sexo
ya mas, ya menos se sube,
dejando que las botitas
y aun las medias se vislumbren.

Así la cándida enagua
y el calzon acaso lucen,
dando á mil alfeccionados
amorosas pesadumbres.

Eso no todas; que algunas
van tal, que aunque no se ocultan
no hay un hombre que las mire
ni lodo que las ensucie.

Arma es terrible el paraguas,
si una mujer lo conduce
¡oh que de caras rasguña
y que de sombreros hunde!

En tanto corren y brincan,
se atropellan, se confunden
los humildes peseteros
y las carrozas ilustres.

Hay quien temiendo sin duda
perder el brillo del cutis
espera en un portalillo
que un *simon* se desocupe.

Y ¡ay del pobre á quien, abriendo
la portezuela, le ocurre
que asomándose otro prójimo
por la opuesta, le salude!

Ya la nube va pasando,
ya las gotas disminuyen,
y el sol les da mil colores
con los rayos de su lumbre.

Ya cesó: ya solamente
rocián al *transeunte*
los osados canalones
que asoman por las techumbres.

Y los que de orden suprema,
en las fachadas se embuten
bañan los piés al que pasa
al salir de sus estuches.

Las venecianas lagunas
muchas calles reproducen,
y convierte Manzanares
sus lavaderos en buques.

Y empiezan cien barrenderos
á ser funcionarios útiles
fabricando mucho lodo
según antigua costumbre.

Paciencia, Madrid, paciencia;
remángate bien y sufre
cuatro semanas de lluvias
y diez de calles con puches.

José GONZALEZ DE TEJADA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACIÓN, á cargo de D. G. Albarrán

(1) Esta canción ha sido puesta en música por el joven compositor D. I. Nuñez Robres.



La catedral de Mondoñedo.

Debe su fundación esta catedral, á la reina doña Urraca, que trasladó esta iglesia de San Martín de Mondoñedo á esta ciudad por los años de 1114 y 1117.—En una esquina del claustro, grabada en una lápida, se halla la siguiente inscripción que designa la citada fundación:

«A honor y gloria de Dios, de la Virgen Santísima Nuestra Señora, se fundó esta iglesia catedral en Bretoña, cuando las mas antiguas de España, por cuya pérdida se mudó á Rivadeo y á San Martín de Mondoñedo, de donde la trasladó á este sitio con facultad apostólica en los años de Xpo. de 1114 y 1117. La señora reina doña Urraca Alonso, propietaria de Castilla y Leon, dotándola de muchas heredades y jurisdicciones. Continuando el emperador D. Alonso el VII su hijo. Y estando el claustro muy deteriorado, se comenzó á reedificar año de Xpo. de 1656, con donativos de D. Antonio de Valdés, su Obispo, electo de Oviedo, que lo dispuso y con los del cabildo, dignidades capitulares y otros devotos de la ciudad y obispado. Acabóse por abril de 1640, siendo Sumo Pontífice nuestro Stmo. Padre Urbano III, Rey de las Españas y de ambas Indias D. Felipe IV el Grande, nuestro señor Obispo D. Gonzalo de Somoza.»

Está situada en el centro de la ciudad. Es un edificio de piedra berroqueña, de mucha solidez. La fachada principal es de un solo cuerpo; en medio de ella y sobre la puerta principal, se ostenta el precioso espejo de doscientas y tantas pulgadas de diámetro, mandado labrar á mediados del siglo XVI por el Obispo Sotó, que también hizo otras muchas obras, y que por su dibujo abierto en la misma piedra, comunica torrentes de luz á la iglesia. Elévanse sus dos torres á 170 palmos sobre el pavimento, cuyos dos últimos cuerpos difieren bastante del total, por haber sido edificadas muy posteriormente por el Obispo Muñoz, prior que fué del convento de San Lorenzo del Escorial, quien en honor á éste hizo labrar y añadió á la fachada los dos bajos relieves, colocados encima de las ventanas laterales, representando el de la derecha á San Gerónimo y el de la izquierda á San Lorenzo.

El interior está dividido en tres naves de arcos de ojiva, de cuyos claves pendían en otro tiempo sendas lámparas de plata, cuyas, como las demas y abundante plata que tenía, desapareció en la guerra de la Independencia. Su figura es de cruz latina, de 230 palmos de longitud por 148 de latitud. El crucero es muy espacioso, y de buena altura de techo, pende del medio de él unabel la araña de cristal. En él y en la parte del claustro, una preciosa lápida de mosaico traída de Roma, cubre el sepulcro del obispo Cuadrillero, que hizo aquella parte del cru-

tero; en la parte opuesta es donde se coloca el monumento que la ocupa toda. En la parte de la nave de la derecha, junto á el crucero, se halla el enterramiento del citado obispo Muñoz, con una estatua orando que le representa. Tiene 20 altares: el de la capilla mayor, consagrado en 1462, presenta dos cuerpos de orden compuesto, con 15 estatuas, 4 medallones y un lindo tabernáculo; cierra esta capilla una magnífica balla de bronce, que habre paso á una mas pequeña que cierra el paso hasta el coro: tanto sus paredes como su techo y el de la nave del medio del crucero, estan cubiertos de buenas pinturas al fresco, que representan pasajes de la sagrada Escritura. La sillería del coro es de nogal tallado.—En un altar, á espaldas del mayor, se guardan las pocas reliquias que posee la catedral. La sacristía capitular presenta en su nave un perfecto modelo de arquitectura; son notables sus pinturas y calageria, en que se guardan algunas cosas de mérito. La parroquia de Santiago se halla también en la catedral; su altar colocado á espaldas del coro es de un solo cuerpo de orden compuesto; en él se halla una imagen colosal de la virgen llamada Nuestra Señora la Grande, que fué traída por un devoto de la catedral de Londres cuando el cisma de Inglaterra.—El altar de la sacristía parroquial denota á primera vista una remota antigüedad.—Asegúrase que esta iglesia, antes de su reedificación, era convento de Templarios, que se extendía á una manzana contigua, en cuyas casas se nota algun vestigio de lo que fueron otros tiempos.

CASAS CONSISTORIALES DE BURGOS.

Inmediato al paseo-alameda del Espolon y hácia la parte meridional de la plaza mayor de la ciudad de Burgos, levanta su planta atrevida un edificio de cantería de Ontoria, de tres cuerpos, moderno en su construcción y cuyas graciosas proporciones realizan su hermosa fábrica. Data su construcción del año 1788, por D. Fernando Gonzalez de Lara, bajo el modelo y reglas del arquitecto mayor é ingeniero civil D. Ventura Rodriguez.

Este edificio es la casa consistorial de Burgos.

Su decoración exterior nada tiene de notable, y revela suma sencillez. Lo único que merece alguna atención es su linda fachada adornada por seis enormes columnas que abren tres pasillos ó ingresos bajo rotundas bóvedas que comunican con el indicado paseo del Espolon. Las

14 DE OCTUBRE DE 1855.

habitaciones del piso inferior no merecen mencionarse siquiera, pues nada tienen de notable: en cuanto á las del principal, son dignas de atención tres de ellas, á saber: una de diez metros de longitud por siete y medio de anchura, destinada á negocios y reuniones de poca monta, y otra algo mas reducida, reservada para las sesiones capitulares de solemnidad. Este departamento, adornado de hermoso mueblaje, respira un gusto agradable: de sus paredes penden los retratos de Fernán González á la derecha de la presidencia, y del Cid Campeador á la izquierda: al frente, sobre el fondo del testero los de los dos primeros jueces de Castilla, Lain Calvo y Nuño Rasura, cuya silla jurisdiccional existe como una joya histórica envuelta en una tela de seda en uno de los departamentos contiguos. Una escalera suntuosa de piedra de Ontoria, cuyos peldaños son de una sola pieza, arranca de la puerta principal del edificio, para enlazar sus dos pisos superiores con el inferior, trazando graciosos giros, de sólida maestría. Pero lo que merece mas particular atención es el reducido oratorio que hay en el indicado piso principal, de que vamos hablando y en retirado apartamiento, al servicio y cuidado de un capellán regularmente dotado. En este oratorio, pobre y sencillamente adornado, existe un pequeño túmulo que contiene los restos mortales del Cid Campeador D. Rodrigo Díaz de Vivar y de Doña Jimena, su esposa, que fueron trahumados en 19 de Junio de 1842, desde el monasterio de San Pedro de Cardena donde yacían. Están encerrados en una caja de madera primorosamente construida y labrada, en cuyos costados se leen estas octavas labradas con arte:

Noble, leal, soldado y caballero,
Señor, te apellidó la gente mora,
Y tu nombre de Cid llevó tu acero
A los muros de Córdoba y Zamora:
Las márgenes del Tura placentero
Reflejaron tu enseña vencedora,
Y al par de tu Jimena en este asiento,
Hoy tu pueblo te erige un monumento.
Hunde la muerte con su ruda planta
De los tronos y reyes la altivez,
Que á tamaño poder, á fuerza tanta
No hay blasones, ni orgullo, ni grandeza:
Empero del olvido se levanta
Pura, sublime, en su mayor alteza
De los inclitos héroes la memoria,
A embellecer las hojas de la historia:

Es de advertir que Burgos blasona de ser la patria del Cid, á pesar de las aserciones, negativas y controversias suscitadas por los autores en este punto.

El tercer piso del edificio nada tiene de notable, pues se halla destinado para las dependencias de secretaría. Hállase en el archivo un sin número de preciosidades anticuarias, especialmente las notas históricas circunstanciadas acerca del partido decidido que adoptó Burgos en el alzamiento liberal de las célebres comunidades de Castilla, una especial colección de disposiciones clásicas y autógrafas de España, el patron original de la vara de Burgos, el espediente autógrafo instruido por Santa Teresa de Jesus, para adquirir de la municipalidad el terreno donde edificó el convento de su orden, y demas, entre otras mil curiosidades, una serie de crónicas y acuerdos documentados de una gran importancia.

A cada lado del edificio se eleva una torrecilla donde se halla el reloj, cuya esfera es de cristal, un escudo con los cuarteles reales en el centro y otros dos de *caput castello*, (1) sobre el fronton y en el coronamiento de los intercolumnios ó pórticos laterales de la fachada.

El antiguo consistorio municipal, antes de trasladarse al ya mencionado, se hallaba sobre el célebre arco de Santa María, monumento erigido á Carlos V. en desagravio del alzamiento de Burgos contra el sistema imperial en los bandos de las Comunidades, y dá entrada á la ciudad por la parte que corresponde al puente que enlaza las carreteras de Madrid y Valladolid. Luce en su fachada superficial un juego de estatuas y simulacros de pésimo é irregular gusto. Figuran en primer orden dos columnas que sostienen el medio punto del arco de tránsito con orlas, relieves y atributos. La segunda zona está asimismo decorada con seis estatuas en sus correspondientes nichos, divididos por columnas abalaustradas ó estípitas. Estas estatuas representan, según Madoz, á Nuño Rasura, juez de Castilla, al conde Diego Porcellos, repoblador de la ciudad de Burgos, á Lain Calvo, también Juez, á Fernán González, conde de Castilla, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, y en medio de estos dos últimos se alza sobre un pedestal mayor la del emperador Carlos V. Con mucha razón observa Madoz que descuellan a efígie del Cid por su construcción incorrecta, y en verdad que se no-

ta una irregularidad y desproporción en las partes que componen sus formas, que afean el conjunto, churrigueresco y estrafalario del artista.

Un pesado andén ó prescincio que marca la separación de la primera y segunda zona, corre la fachada paralela elevándose sobre su coronamiento las columnas del *Non plus ultra* en el centro, y á sus extremos dos reyes de armas con sus mazas de honor, ostentan el escudo de la ciudad colocado en su delantera. En el arco central del segundo cuerpo figura también una estatua del Angel Custodio tutelar de Burgos. El remate del monumento se halla flanqueado por seis torreones almenados, de piedra de Ontoria, como el resto de aquel.

La soberbia fachada contiene otras particularidades poco notables, que sin embargo forman extraño contraste con el juego de estatuas y sus accesorios, faltos de uniformidad y armonía y que revelan desde luego la poca delicadeza artística del cincel. La esculura viene á rebatir la importancia clásica que las proporciones atrevidas del monumento han impreso en su carácter sólido y severo y que únicamente el capricho exajerado del artífice ha interpretado con grotesco y equivocado sistema.

Prescindiendo de las menudencias arquitectónicas que ostenta dicha fachada, haremos mención de las inscripciones trazadas en ella y que corresponden á las respectivas estatuas que quedan mencionadas, y á la parte inferior de sus pedestales sobre cintas figuradas de piedra en relieve arrolladas por los extremos.

Junto á la del emperador Carlos V. se lee la primera, que dice:

D. CHAROLO V. MAX. ROM. IMP. ANG. GALL. GER.

AFRICANO QUE REGI INVICTUS.

S. P. Q. B. AL. D. C.

En la del Angel Custodio:

TE CUSTODIEM URBIS STATUIT QUI CUNCTA GUBERNAT.

TU TIBI COMIS POPULUM TUTARE PATRESQUE.

En la de Fernán González:

FERDINANDO GONZALVI FORTIS CIVI BELLORUM FULGURI ET FULMINI.

En la del Cid.

CID RUI DIEZ FORTISS. CIVI MAURORUM FAVORI TERRORISQUE.

En la de Nuño Rasura:

NUÑO RASURAL CIVI SAPIENTIS CIVITATIS DIPEO.

En la de Lain Calvo:

LAINO CALVUM FORTIS CIVI GLADIO GALATHE CIVITATIS.

Y por fin en la de Diego Porcellos:

DIAGO PORCELLO CIVI PRAECLEARIS QUIRIO ALTERI.

Y en el escudo que tiene la misma estatua á mano derecha:

CIVITAS QUAL REGES PERPERIT ET REGINARE RECUPERAVIT.

Hasta aquí el exterior de ese vetusto monumento: ninguna particularidad ofrece su recinto, ni se respira ese lujo soberbio, que era el tipo genuino y característico de la edad media, tan fastuosos en alardes de aparato y ostentación: unas piezas desnudas de adornos, algunas labores estacadas, calados y arabescos de un mérito verdaderamente oriental, y afligidos relieves con alicatos y cuadros de mosaico, era cuanto primeros se notaban en este recinto imperial á principios del siglo y que han sufrido luego mutilaciones sin cuento. A fines del pasado siglo se trasladó la municipalidad al edificio nuevo, descrito al principio de este artículo; y el último acto oficial celebrado en el antiguo fué la promulgación del Código de las Cortes de 1820.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

¡VUELVO!

HISTORIA DE UNOS AMORES.

I.

LO DE SIEMPRE.

En medio de unos deliciosos jardines en que brillan las flores mezcladas á los árboles de adorno, en que bulle una fuente de puras y serenas aguas, y sopla un aire embalsamado, se eleva una casa pintoresca por su situación, y agradable á la vista á pesar de su sencillez; no tiene mas adornos que su blanca fachada y tres ventanas cerradas por persianas pintadas de verde.

En una de esas ventanas se distingue desde la estremidad de la alameda de tilos y acacias que á la casa conduce, un bulto, desde esa distancia no me es posible decir lo que es, pero si te tomas lector la molestia de adelantarte un poco, verás una muchacha lindísima, de esas que á ti te gustan y que á mí no me desagradan.

Ahora puedes verla, y dar tu opinión, aunque yo anticipadamente haya dicho que no podía menos de gustarte una muchacha de buenos ojos, de facciones correctas, de simpático rostro y de no despreciable cuerpo.

Hace un buen rato que está allí y nada de lo que por los jardines pasa la distrae; tiene el alma sumergida en mas altas meditaciones

(1) Insignia y distintivo heráldico de la ciudad de Burgos; que data desde el reinado de D. Enrique de Trastámara, el bastardo.

y no es extraño que no haga caso del canto de las aves, del ruido de la fuente que tanto conoce y del murmullo del aire en la arboleda; tampoco logran sacarla de sus meditaciones, los graznidos de unos cuantos patos que vagan cerca de la fuente ni las oleadas del perfume de los tilos que trae el viento de vez en cuando, hasta su ventana.

Está inmóvil, sus ojos fijos en un sitio, su cuerpo parece el de una estatua y como si su frente no fuera el centro de sus pensamientos, no la marca ninguna arruga, ni en ella se pinta ninguna señal de impaciencia.

Y no cabe duda que espera, á pesar de que no desespera, porque si con otro fin estuviera á su ventana, sus ojos distraídos recorrerían indistintamente todos los objetos que á su vista se desarrollan, y no prestaría una atención tan continuada á ninguno de ellos.

Pero la muchacha se ha movido, su cuerpo se ha inclinado mas hácia adelante y sus ojos se han abierto mas, como si quisiera devorar con sus pupilas un objeto que viene á lo lejos á caballo y que no es fácil reconocer por la nube de polvo en que va envuelto.

Ella debe haberle conocido, porque una de esas sonrisas en que toma parte el alma, se ha dibujado en sus labios, se ha llevado maquinalmente la mano al pelo y al cuello y cinta que le rodea, para arreglar algún pequeño deslizo del tocador, ó algún atrevimiento de la brisa que se haya permitido empapar sus alas en el perfume de sus cabellos.

Mientras se ha verificado esta corta escena ha llegado el objeto esperado, ha parado el caballo debajo de la ventana, y con voz dulce y simpática ha dicho:

—Adios Luisa, vida mia... y antes de acabar la frase cariñosa, que sus labios iban á pronunciar, la puerta se abrió y la muchacha se hallaba junto al caballo á quien hacia fiestas con una mano, mientras la otra descansaba entre las del jóven que le montaba; éste se dobló un poco sobre el caballo para escuchar mejor las palabras que le decía la linda niña, mientras un magnifico perro de Terranova que le acompañaba daba saltos en derredor de la muchacha, ó se ponía á perseguir á los patos que huían despavoridos, lanzando esos desagradables y roncós graznidos que tienen por costumbre lanzar estos animalitos.

La conversacion de los jóvenes seguía animadísima, pero tan calladito que lo que es nosotros no pudimos percibir mas que algunas palabras bajas y frases entrecortadas que la brisa prolongaba un poco; tan escasas son estas, que no podemos transmitir cuáles fueron por miedo de una interpretación violenta, ó de que algún académico haga decir á nuestros amigos en vista de ellas, lo que tal vez nunca pensaron decir.

Como cosa de un cuarto de hora duró esto; la muchacha animándose, el muchacho muy contento; Luisa sonriéndose, el mancebo alegrándose hasta que sonó la hora de la despedida, lo cual se verificó imprimiendo él un beso en la mano de ella apretándole las dos, llamándole su vida, su alma, etc., salvando á su perro que no tardó en llegar, recogiendo las bridas al caballo, y volviendo á apretar la mano de Luisa, al tiempo que una de las ventanas de la casa se abría, en ella aparecía la cabeza de una señora que dijo con tono de satisfacción y alegría interior: *Son dos ángeles* y se volvió á meter.

El muchacho partió, Luisa se entró en su casa y el jardín volvió á quedar como estaba en el momento de empezar este capítulo.

II.

UN MANDAMIENTO DE LA LEY DEL HOMBRE.

Reuníanse en la casa de campo que ya conocemos y en una pieza hasta ahora desconocida para nosotros, las tres personas de que hemos hablado en el capítulo anterior, algunos vecinos y un jóven que amigo de la casa iba allí por amistad según unos, y por Luisa según otros.

Sobre varios y diversos objetos giró la conversacion, que no es del caso referir, siendo de notar únicamente que Luisa había mirado mucho al jóven con quien la hemos visto hablar por la mañana, que éste había correspondido á sus miradas con otras tan tiernas y apasionadas como las de la muchacha y que al jóven á quien hasta ahora no conocemos no le habían hecho mucha gracia.

Acabada la conversacion y siendo ya hora de retirarse, los dos jóvenes salieron juntos y agarrados del brazo, empezaron el siguiente diálogo:

—No te puedes figurar amigo Juan lo dichoso que soy?

—Te equivocas Rafael, porque me lo figuras y mas diré, lo he visto, tengo pruebas evidentes y ampliando la cuestion, me das envidia.

—Pues no te lo he dicho con esa intencion, contestó el designado con el nombre de Rafael.

—Luisa es un ángel, añadió Juan, tú la amas, ella te ama y no es extraño que seas tan dichoso.

—¿Ayl yo tambien lo seria si estuviera en igual caso.

—Buen remedio.

—Eso es, buen remedio, que puede uno echarse á buscar amada como el que busca achicorias en un campo; si tan fácil fuera ya tendría yo una mujer á quien amaría mas que á mi vida.

—Y no la tienes? preguntó Rafael.

—No, no la tengo, porque hasta ahora no he visto mas que dos mujeres con quien he simpatizado por completo, la una era Carolina, aquella que iba á las reuniones de la Condesa.

—¿Cómo, qué Carolina?

—Ya sé por qué lo preguntas, interrumpió Juan; porque Carolina estaba casada hacia dos meses; cuando yo la vi por primera vez una noche de baile, me encantó de tal modo que la saqué á bailar, después de haberla dirigido unas miradas capaces de ablandar el bronce, unas miradas puramente platónicas, de esas que tú usas, y yo; henchido de esperanza al sentir su mano entre la mia, creí que iba á ser feliz; la dirigí unas cuantas galanterías de salón, me contestó afable, creció mi ilusion, y por fin me determiné á hacerla mi declaracion.

—Pobre Juan, dijo Rafael, echándose á reir, y ¿qué te dijo?

—Me dijo: Vd. está loco... pues qué ignora Vd. que hace dos meses que me he casado con un hombre á quien adoro mas que á mi vida?

—¿Y tú qué le respondiste?

—Se me achicó el corazon, me retiré á un rincon de la sala de baile y medité:

—¿Y qué resultado te dieron tus meditaciones? preguntó Rafael lleno de curiosidad.

—Este: esa mujer me desprecia, me dije á mí mismo, sin mas razon que porque está recién casada, por que está en la luna de miel, pues procuraré olvidarla y para por si acaso, me propuse dos caminos distintos para domar ó satisfacer mi pasion: ahora me desprecia; pues bien, si no puedo olvidarla, esperaré; la mujer es de suyo caprichosa, algun día se cansará del que hoy hace sus delicias; entonces tendré libre y espedito mi camino; no cedo, no desmayo, y lejos de eso, adopto mi gran palabra favorita. *Vuelvo*, volveré y puede que entonces sea feliz.

—Y has vuelto? preguntó Rafael.

—Hace un mes, y nada...

—Sigue fiel.

—A muerte.

—Entonces has perdido la esperanza.

—No se pierde nunca la esperanza, dijo Juan con tono solemne.

—Y qué has hecho?

—Qué he hecho? decirme á mí mismo: era pronto y repetir mi magnifica palabra, vuelvo.

—Pues si siempre haces lo mismo vas á divertirlo.

—No lo creas, contestó Juan, con las mujeres no debe uno perder nunca la esperanza; son como los niños, lo que hoy les desagrada mañana les agrada y vice-versa, por eso no desespero, quién sabe?

—Pero hombre, dijo Rafael, esas son ideas criminales, no te ha dicho que estaba casada?

—Sí y qué?

—Ah! te es igual? entonces estás en tu derecho.

—Te anuncio que no seré yo el primero, siempre he tenido por horrible deshacer la paz de los matrimonios, viviria con un remordimiento eterno y horrible, pero si por casualidad se desliza, ah! entonces es mia, me pertenece, porque la adoro; entonces pongo en práctica mi palabra, y mi conciencia queda tranquila.

—Famosa moral.

—Si no santa, mas laudable es que la del hombre que me ponga en ese caso haciéndola faltar el primero.

—Me choca tu sangre fria, amigo Juan, y entonces vivirías tranquilo.

—Como un bienaventurado.

—Y creerías no haber faltado á la ley de Dios?

—A medias.

—Cómo á medias, no te comprendo?

—Porque si bien dice un mandamiento: no desearás la mujer de tu prójimo; creo muy bien que se podía haber añadido el undécimo: no enseñarle al prójimo la mujer del prójimo.

Una ruidosa y franca carcajada de Rafael acogió esta frase estraña de Juan, que conservaba su serenidad como uno de esos publicistas que con la mayor calma y buena fé encajan una utopia irrealizable y absurda.

Rafael no sabia ya cómo volver á anudar la conversacion, cuando Juan le sacó de apuros diciendo:

—Te chocan mis máximas; no son puras, pero sin embargo creo que pocos hombres pueden tener la conciencia tan tranquila como yo á pesar de mis teorías que á ti como estás en vísperas de poseer una mujer no necesitas para nada la del prójimo.

—Y la otra porque creo que hablabas de dos?

—Sí, es verdad, pero esa es historia para mas adelante y ya estamos cerca de tu casa, por lo cual renuncio hoy á contártelo y me reservo ese derecho para mas adelante y cuando tengamos mayor espacio.

Rafael se volvió á reír y se despidió de Juan que echó á andar á su casa adonde llegó al poco tiempo algo triste y donde dió rienda suelta á su estrambótica imaginación.

III.

QUIÉN ERA LA OTRA.

Juan como todo hombre, que se fragua sistemas y que se desarrolla en su cabeza teorías mas ó menos ciertas, mas ó menos absurdas apenas quedaba un momento solo, se entregaba á sus meditaciones las cuales solían durar lo bastante para calentarle la cabeza y llevarle de deducción en deducción, de idea en idea á generalizar absurdamente y á sacar de la inocente palabra, vuelvo, un nuevo mandamiento, es decir, como todo en el mundo, que desde lo mas insignificante nos lleva á gigantescas cosas, á frases capaces de asustar al mismo Pudhom, si éste fuera capaz de asustarse.

Acostóse Juan, y á solas con su almohada, que pasa por buena consejera para la mayor parte de los hombres, empezó á meditar despues de apagar la luz y quedarse en un silencio completo, y que no interrumpía mas ruido que el monotonó y pesado que produce la roedora carcoma cuando se posesiona de alguna puerta ó ventana.

Y Juan se decía á sí mismo:

Nuevas esperanzas deshechas como el humo, sueños de oro desvanecidos como un relámpago, como el humo que flota un momento y nadie sabe donde le impele el aire, como el canto que se deshace sin que quede ni aun eleco. Pobre a mi mial! Otra mujer en quien yo loco y amante, fijé mis amores y que no puede quererme porque pertenece á otro, y á un hombre con quien me unen lazos que no son los del prójimo que pueden relajarse, sino los de la amistad que ahogan con voz poderosa cualquier pasión que intempestiva se levante en nuestro cerebro; y horrible consuelo el que queda sin poder decir mas que esa mujer no me pertenece, porque he llegado tarde, porque otro hombre ha tenido la suerte de pensar antes que yo lo que despues he pensado; porque se lo he dicho antes, y porque ha venido á llenar un vacío que estaba destinado á un hombre, y él ha tenido la suerte de ser el primero; gran consuelo ver la felicidad ajena á costa de la mia, todo por dos minutos, ó dos horas ó dos dias; porque si hubiera acudido antes, yo hubiera triunfado, gran pasión la que no tiene mas mérito que el llevar la delantera, amor mas parecido á una carrera de caballos que á otra cosa, amor hoy legitimo, incomparable, inmenso, y que quizás algun dia será pequeño y mezquino como todo lo humano, mujer que hoy halaga al hombre que le ha dicho yo te amo, y mañana sonreirá á otro hombre que llegue á tiempo; pues bien, yo procuraré llegar antes que nadie, yo me presentaré á esa mujer dentro de algun tiempo, antes que la unan á mi amigo vínculos que debo respetar: yo volveré confiado en su inconstancia, yo le aplicaré mi máxima favorita; no desmayo, me queda un gran recurso, el de no olvidar la palabra para poder entrar á competir ese amor al mas mínimo nublado que haya en él, y los hay amenudo, porque es cierto el dicho de un poeta (1).

El amor de las niñas
es como el cielo,
tan azul en verano
como en invierno.
Pero un nublado
le oscurece en invierno
como en verano.

Pesele que lei estos versos en un album, los he creído complemento de mi Vuelvo, yo volveré, yo solicitaré tu amor Luisa hechicera, cuando el ingrato Rafael te olvide, cuando nadie se atreva á calmar tus dolores demiedo, que por despecho ajes su corazón; yo amante reñido, Luisa mia, volveré de nuevo los ojos á tí, y entonces veré coronado tu amor, calmadas tus penas, secas tus lágrimas, y tu corazón renaciendo á la dicha y á la esperanza, con un nuevo amor tan feliz como el cielo, y para cuyo azul no habrá nublado ninguno que lo oscurezca.

Y acabando esta frase dió un suspiro, se acurrucó en la cama, procuró reconciliar el sueño, dejando correr y vagar su imaginación por los espacios vacíos de la ilusión.

IV.

AUN HAY OTRA.

Frecuentaba la tertulia que por la noche se reunía en casa de Luisa una muchacha, que aunque no de una belleza tan perfecta como

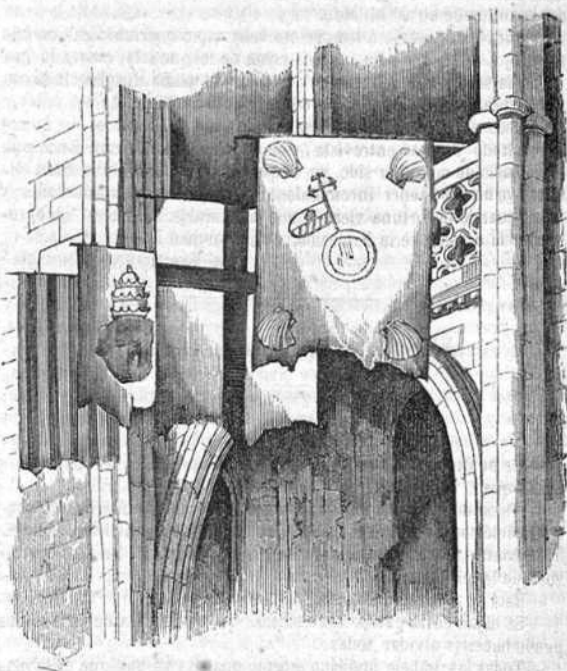
(1) D. Eduardo Gasset.

la de esta, hubiera podido entrar á competir con ella, segura de sacar algunos votos en pró y de obtener mayoría absoluta, sobre todo en los salones donde se baila, se juega, se charla y se ama.

Porque Enriqueta era muy bonita, mas que bonita tenia esa gracia encantadora que anima los ojos y hace esos pliegues tan diminutos y tan divinos en los labios de las mujeres, cuyo principal adorno es la sonrisa.

Enriqueta era bulliciosa, juguetona y maliciosa: habia comprendido en dos dias que Luisa estaba enamorada de Rafael, y aunque algunas veces les habia hecho rabiar, ayudaba cuanto podia á su amiga.

Habia tambien comprendido á primera vista que Juan era un tipo extraño, de esos que se fraguan un mundo en la cabeza al mas pequeño suceso; que tambien le hacia gracia Luisa, solo porque Rafael la amaba, y que se hacia mas desgraciado de lo que era por su modo de ver las cosas; mas de una vez se propuso divertirse á costa de Juan, y aunque no habia realizado ninguno de los proyectos que contra él se habia fraguado, no por eso dejaba de meditarlos de vez en cuando.



Banderas cristianas que se hallaron en la memorable batalla de las Navas de Tolosa.

Nosotros, que tenemos motivos para conocer mas á fondo el carácter de Juan, podemos añadir que la jóven Enriqueta no se habia engañado, y que Juan la hubiera amado á ella tambien si algun dia se hubiera podido sospechar que otro hombre pensaba en aquella mujer.

Quizás Enriqueta deseaba que Juan la dijera algo al contar sus abrigos floridos y al ver marchitarse sus 20 años sin haber oido nunca palabras amorosas, lo cual es muy posible, pero Juan no se habia dado por entendido.

Llegó Rafael á la tarde siguiente del dia en que tuvo el diálogo con Juan al salir de la casa de Luisa, y se halló á esta con su amiga Enriqueta muy en conversacion. Despues de saludarla y de las primeras palabras de costumbre, les contó todo lo que con Juan habia hablado y el maravilloso modo que éste tenia de entender la moral, cuento que se recibió con grandes carcajadas, sobre todo por parte de Enriqueta, á quien hizo mucha gracia el cuento de los amores de Juan.

Apenas se retiró la traviesa muchacha á su casa, se metió en su cuarto y se puso á fraguarse un plan para reirse un poco á costa de Juan y armarle un lío, como suele decirse.

Efectivamente, Enriqueta cogió una pluma, y despues de un rato de meditacion, escribió en medio de algunas risas suyas la siguiente epistola, que se apresuró á mandar á Juan para gozarse cuanto antes en su triunfo: la epistola de Luisa decia así:

«¿Recuerda Vd. una mujer á quien se atrevió Vd. á declararse un baile? Una mujer á quien dijo Vd. en medio de otras frases que le dictaba el despecho por las negativas que habia Vd. recibido? ¿Vuelvo? Pues esa mujer desea hablarle á Vd. hoy á la caída de la

«tarde en la plazoleta del bosque de Castaños, que está al final de la posesión llamada Valdera. Discreción y silencio.»

Hoy 20.

Apenas leyó Juan esta carta, en virtud de la asociación de ideas, se dibujó en su mente la figura encantadora de Carolina, de aquella mujer casada á quien se había declarado en un baile, la que le había dado calabazas á las primeras de cambio, porque hacia dos meses que había contraído matrimonio con un hombre á quien quería mucho, y que hoy se hallaba habitando el campo como él, viviendo quizás á dos pasos de su casa, puesto que designaba por punto de cita la posesión que habitaba Luisa, y en la plazoleta de los Castaños donde había visto á Rafael amar á Luisa, á Enriqueta en quien no había parado nunca la atención, y donde ni aun por casualidad se había hallado con Carolina, y de quien no había oído hablar nunca por aquellos sitios, siendo así que en el campo todo el mundo se conoce.

Pero sin embargo, como la carta tenía esa letra diminuta e incorrecta que caracteriza la de la mujer, como el papel era fino y mas elegante que el que usan los hombres, como tenía un perfume de esos que solo usa la hermosa mitad del género humano, no vaciló un momento en creer de buena fé que solo una mujer como Carolina podía ser la autora de aquel billete.

La leyó y la volvió á leer veinte veces, no queriendo dar crédito á sus ojos de lo que veía, ni á su razón de lo que leía, creyendo que no podía ser él, sin embargo de que solo á él podía dirigirse la carta, el hombre que disfrutara tanta dicha, tanta ventura.

Puedo sin inconveniente presentarme á ella, dijo, sea el que quiera el resultado de esta entrevista, siempre le quedará á mi conciencia el consuelo de no haber sido yo el que ha provocado esta cita; ella falta, yo no debo tener inconveniente en aceptar sus proposiciones; y luego cuando la fortuna viene á uno á buscarle á su casa, no aprovechar la ocasión sería de necios, y se resolvió á ir.

AGUSTIN BONNAT.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

—Os he dicho, replicó la ninfa, que el espíritu no estaba aquí; y añado que el corazón tampoco. Están uno y otro muy lejos.

—¿Pues dónde están, encantadora hada? preguntó Reginold levantando dulcemente la barba recortada de la careta, cuya fría inmovilidad contrastaba de una manera tan estraña con los dos ojos tan vivos que le miraban.

—Está en Stokolmo á orillas del lago Meler.

—Se dejan en la patria tantas cosas que se aman, que un baile no puede hacerlas olvidar todas.

—Todas las habeis olvidado excepto una. Es verdad que es la mas dulce.

—¿Y cuál, dijo Reginold, interesado cada vez mas en aquella conversacion que al principio no creyó que fuese otra cosa que esas habladurias, propiedad de los bailes, como el polvo es propiedad de los caminos reales.

—¿Cuál? ¿Quieres saberlo? preguntó la ninfa familiarizándose hasta pasar su brazo por debajo del de Reginold.

—Sí, quiero saberlo.

—Lo que no has olvidado es tu amor.

—Es mi injuria, dijo impetuosamente Reginold.

—Había, pues, adivinado, ¿pensabas aquí en una mujer?

—Sí... y ya no quiero pensar mas en ella.

—Escelente medio para pensar siempre.

—¡Oh! no, todo se consigue con fuerza de voluntad, y la tendré. Se libró uno de la tiranía de un amor que no es mas que una larga traicion...

—¿Te han hecho, pues, traicion? dijo la ninfa con el tono de compasión mas cómico.

—Sí, pero me vengaré.

—¿De quién? ¿de vuestro rival?

—¡Oh! no... no es imposible... ese rival...

—¿No es como otro cualquiera?

Reginold se calló.

—Así que, replicó la ninfa, ¿aun no te has vengado?...

—Comprendo tu impaciencia.

—Nadie puede comprenderla.

—¡Exageraciones de poeta y de amantel!

—Estado real de mi corazón. Amo mucho al rey, pero creo que daría su amistad por tenerla de mi brazo durante diez minutos como te tengo... daría mi vida, y sin embargo, no quisiera ni por mucho per-

derla antes de haber descubierto un misterio de nacimiento... daría cuantas alegrías hay en mi pasado, cuanta gloria me reserva el porvenir por tenerla aquí durante diez minutos.

—¿Qué le dirías?

—Estaría ella mas pálida y mas muerta que lo está esa careta de cera que cubre tu rostro cuando me hubiese oído.

—Día llegaré en que la vuelvas á ver.

—Un soldado en nada puede esperar con certeza. Me mataron dos caballos el otro día al batirme con los dinamarquenses, otro día matarán el ginete á mi caballo. Y morir sin haberla confundido, humillado, aplastado bajo el peso de sus mentiras!...

—¿Quieres verla?

Tampoco creyó Reginold haber oído que añadió:

—Aun cuando ella debiese morir antes de haber dicho: ¡Perdon!

—¿Quieres verla?

—¿A quién? preguntó con aire estaviado Reginold.



(Aventuras de un loco coronado.)

—A ella.

—¡A ella!... Pero... Reginold se detuvo, iba á pronunciar el nombre de la condesa de Königsmarck... Pero repuso, no te comprendo... ella, ella está muy lejos de aquí...

—¿Quieres verla?

—¿Pero dónde? Partiré al instante...

—¿Quieres verla aquí?

—Pon el precio que quieras á ese milagro: joyas de oro, adornos... las armas del rey están abiertas para mí... Las agotaré. ¿Qué quieres?

—¡Ay! soy rica, respondió la ninfa profundamente afligida por mostrarse incorruptible al oro y los diamantes.

—¿Entonces qué quieres? habla...

—Me has dicho hace un instante que darías tu vida por ver á la condesa?

—¿He dicho la condesa?

—No, pero supongo que es condesa... nada hay de ofensivo en ello... Parado Reginold con aquellas respuesta, dijo á la ninfa:

—Si he dicho que daría mi vida por ver á la condesa...

—Has añadido que no querías, ni por mucho, dejar la vida antes de aclarar un misterio de nacimiento...

—¿Y qué?

—¿Y qué! dime ese misterio... El oro no puede seducirme, pero lo

extraordinario puede todavía aguardarme, añadió la ninfa con un acento de lasitud é indiferencia que supo fingir admirablemente.

—Pero no lo conozco, repuso Reginold.

—Dime lo que sepas de él.

—Pero...

—¿No quieres, pues, verla?

—Te diré todo lo que he sabido... Pero ¡oh! todas estas palabras son bromas del baile que el viento y las danzas llevan lejos, repuso Reginold, son diversiones de un cuarto de hora, plumas locas que se desprenden de los tocados... Vé, encantadora ninfa, vé á recobrar tu puesto tanto tiempo vacío en medio de esos rigodones, donde te echan de menos y te buscan...

—Creía tu amor y tu venganza cosas mas serias, repuso la ninfa, cuyo tono de sinceridad volvió de nuevo á Reginold á su primer asombro.

—Pero serias maga si me hicieses ver aquí á la condesa, y hace mucho tiempo que no habitan las hadas este mundo...

—¿Quieres que te diga lo que ha sucedido durante tu viaje de Suecia á Dinamarca?

—¿Para probarme tu magia? ¡Bonito medio! me dirás que ha hecho viento, que la noche ha sido fría; pudo hablar tanto el primero que ha venido!

—Habeis, sin embargo, experimentado accidentes menos comunes en la travesía... Creo que cierta linterna ha estado á pique de perderos en el transito de los *Tres Pasos*

—¿Sabes eso?

Con pelos y señales.

—Confieso...

—¿Confesas á creer en mi hechicería?

—Después de todo, dijo Reginold, mil personas de la tripulación, dos mil pueden haberte dado los detalles de ese acontecimiento, del cual casi no sé cómo nos hemos escapado. Así es que esa prueba no es convincente... Han pasado durante esa noche memorables hechos mas graves, añadió Reginold arrugando los papeles en su bolsillo, escenas mas terribles para el corazón y el alma que para el cuerpo que esas amenazas de naufragio por mas siniestras que fuesen.

—Hay papeles... ha tocado con rabia unos papeles, pensó la condesa de Königsmarck, porque no se habrá dudado ni un instante que era ella la que hablaba con Reginold, y esos papeles... son cartas...

—Sí, dijo, han debido pasar escenas mas terribles sobre el navio durante esa noche... no me atrevería á hablaros de ellas.

—¿Qué sabéis, señora?

—El cambio de voz de Reginold mostraba que ya estaba trastornado...

—Esas cartas...

—Y qué! señora esas cartas?...

—Se dice que son cartas de la condesa; lo demás es natural.

—Explicaos, señora.

—Esas cartas que parecen prueban...

—Qué prueban señora? ¿que prueban con la mayor claridad el carácter sin fé, sin lealtad...

—Dios mío! estais seguro de que son de ella?

—¿Su letra!...

—¿Cómo si no se falsificasen todas las letras!

—Sus pensamientos!

—Todas las mujeres tienen los mismos pensamientos.

—Pero el que me ha entregado estas cartas es incapaz...

—Sin duda la delicadeza de los reyes en amor se halla bien establecida!

—¿Os he dicho yo que era el rey?

—Nada me habeis dicho... cuidado... soy yo quien os lo digo todo.

—Pues bien, señora consiento en el tratado que me proponeis sin intentar averiguar el interés que teneis en contratar.

—Os he dicho ese interés, la curiosidad; ¿creis que esto no es nada en una mujer?

—Si consiento en ese tratado, sin embargo...

—¿Pues qué! ¿vacilais aun?...

—¿Qué me ha entregado el rey con estas cartas? decid.

—Vaciló la condesa un instante, sin embargo dijo:

—¿Incrédulo!

—Pero decid, decid señora.

—Escéptico!

—Espero, señora, que digais...

La condesa intentaba penetrar...

—¿Qué, dudais que sepa?...

—No dudo, pero hablad.

—¡Eh! ¿Dios mío! el rey al daros esas cartas os ha dado tambien un retrato...

—Basta, señora, basta exclamó Reginold, estoy convencido... Seais

bruja, maga ó no!... firmo bajo palabra de honor el pacto que hacemos aquí... Enseñadme la condesa de Königsmarck y...

—Y me direis todo lo que sabeis sobre vuestro nacimiento.

—Todo... pero vamos! mi impaciencia.

—Aun falta una condicion

—¿Cual? el esperar me mata... por favor, señora.

—¿Os contentareis con ver la condesa á la distancia que os la coloque?...

—¿Pues qué! ¿no he de hablarla?

—Puesto que la vereis...

—Es preciso que la hable señora... pero no me detengais mas ó decidme que todo esto no es mas que un juego...

—¿Teneis aun alguna cosa que pedirme?

—Sí.

—Concedido; pero concluid.

—Aquí hay dos mil luises en dos bolsas...

—¿Qué he de hacer de ellos, señora?

—Seguid la punta de mi tirso: ¿veis allá abajo en la galería lateral mesas de juego?

—Las veo, señora; ¿pero por qué?...

—Veis tambien en derredor de aquellas mesas ocupadas por los jugadores un oficial que con las manos en los bolsillos y aire pensativo, como os he encontrado hace poco, mira ora al cielo, ora al oro reunido sobre los verdes tapices?

—Es un oficial francés, sábio y bravo ingeniero, el caballero Megret...

—Le conozco... tomad esos dos mil luises, ponédlos en vuestro bolsillo y acercaos á él indiferentemente...

—Corriente... ¿en seguida?

No tardará en decirnos que no juega por falta de dinero.

—Ah! si señora, teneis razon en decir que le conocéis.

—Cuando se haya quijado muchas veces de ese modo le ofrecereis algunos luises, después algunos mas aun, y si pierde siempre ofrecedle hasta que haya perdido las cuarenta mil libras en oro que yo os he dado.

—¿Y después?

—Nada mas: la casualidad hará lo demás.

—Me conducireis ahora cerca de la condesa aun cuando siga dandando hasta el último momento que esté aquí?

—Confiad en mí... id lo primero junto al caballero Megret, aguardad que no será mucho, á que os haga comprender que no tiene oro para jugar, prestadli: aguardando á que la partida esté bien empeñada entre él y algun jugador, y en un cuarto de hora (todos estos incidentes no durarán arriba de un cuarto de hora) ireis á la cúpula. La cúpula es la última pieza de la galería grande: es un retrete adornado de espejos; en el fondo hay un sofá... sobre él estará sentada la condesa de Königsmarck...

—Ah señora! en verdad que es preciso amar para creer.

—Y creer para amar...

—¿Pero esto es magia?...

—Quién os ha dicho que no lo sea? Cuando todo lo que acabamos de decir se haya cumplido, vendreis á reuniros conmigo aquí, donde os esperaré... id ahora á encontrar al caballero Megret...

Reginold y la ninfa se separaron.

El baile pasaba de su aurora á su medio dia: las mujeres contentadas al principio como las flores cuando el sol las toca apenas con su luz horizontal se desplegaron radiosas y brillantes al calor de las bugías, al soplo ardiente de la música. Atravesó Reginold todos aquellos parterres animados para acercarse al caballero Megret, á quien encontró en efecto muy pensativo, girando sin cesar como un condenado en torno de las mesas de juego sin poder acercarse á ellas. Cada golpe un poco notable le ponía fuera de sí y su rostro se contraía de alegría y de envidia. Aspiraba las cartas, devoraba con los ojos los dados. Justamente en el momento en que Reginold se le acercaba el huésped espléndido de la fiesta; el baron de Sandel, venia hácia él diciéndole:

—Espero, caballero, que ya no sentireis no haberme muerto.

Sonrióle Megret tendiéndole la mano.

—Al contrario, me complazco en extremo de veros con tan buena salud.

—Vuestra estocada fué ruda.

—La vuestra tambien fué buena, baron.

—Mejor fué la vuestra, caballero.

—Por otra parte, repuso Megret, se forma una union demasiado fuerte entre dos que han comido hierro juntos.

—Esa es mi opinion, caballero. ¡Ah! pero vos estais ahí como un centinela junto á esas mesas de juego? ¿Tendrais acaso miedo de tocarlas?

—No... pero... ya veis, señor baron, el placer del baile me arroba... me basta...

—No quereis jugar un poco?

SEÑOR D. P. DE M.

—Ya no juego, señor baron...
 —Ya no jugais! ¿Es, pues, algun voto hecho á alguna be'la, ansiosa de poseer todo entero?
 —No... no es eso precisamente... pero toda pasion se estingue.
 —La del juego jamas, caballero... me ocultais la verdadera razon de vuestro alejamiento del juego...
 —No... señor baron... que decirle pensaba con rabia Megret.
 —No jugareis una partidita conmigo?
 —Muerte é infierno, murmuró cada diente del caballero; perder tan hermosa ocasion de tomar mi revancha!
 —¿No respondeis?
 —La delicadeza, señor baron...
 —De qué delicadeza hablais? Os he ganado en París todo lo que poseais y temeis ganarme en Copenhague algunos puñados de luises?
 —Veamos... vuestra revancha, caballero... esta mesa está libre...
 Iba Megret á espresar una de las mas dolorosas negativas que haya pronunciado nunca un mártir, cuando Reginold le deslizó cien luises en la mano.
 Anímose de repente el semblante de Megret; sus ojos, empañados, brillaron como los del gato en la sombra; las manos de los jugadores tienen ojos y lábios y conoció que era oro. Dirigió á Reginold una mirada que queria decir: pedidme un día que vaya á matar por complacer al gran turco, é iré al instante.
 —Pues bien, exclamó el caballero Megret con un gesto de abandono perfumado de cortesía, estoy á vuestra disposicion, M. de Saud; sentémonos en esta mesa de juego, á la que me haceis el honor de convidarme.
 —Enhorabuena, caballero.
 —A vuestras órdenes, baron.
 —Os reconozco en fin...
 —¿Qué quereis?
 —Quiero que ganeis.
 —Sois demasiado bueno, señor baron.
 —Vos dais cartas, caballero.

Desde que vió Reginold la partida empeñada entre el baron de Sandel y el caballero Megret, deslizó aún nuevecientos luises sobre las rodillas de éste, que no sabía qué pensar de aquella generosidad fabulosa, y se levantó. Corrió á la cúpula, lugar de la cita que le habia dado la ninfa para ver á la condesa de Königsmark ó al menos á la que él miraba siempre como la condesa de Königsmark.

Cuál no fué el asombro de Reginold cuando separando las cortinas vió una mujer que tomó por la que acababa de dejar apenas hacia un cuarto de hora! El mismo corpiño verde, la misma falda rosa, el mismo peinado; un tirso en la mano. Como las paredes de aquella habitacion estaban adorno de espejos que acompañaban aquella forma singular, la imagen de la persona sentada sobre el sofá se hallaba reproducida muchas veces. Pero á cualquier lado que se volviese Reginold no podia persuadirse de que la ninfa del baile no fuese la de la cúpula.

—Pero, señora, vos no sois la condesa de Königsmark?
 —Os equivocais, respondió Georgina quitándose la careta...
 —Sí, sois vos en realidad! exclamó Reginold... esa semejanza del traje con otra persona ha causado mi error... despues, la casualidad (si la casualidad ha hecho nunca semejantes maravillas) de encontraros aquí cuando os he llamado en Suecia... Pero su ño ó realidad, señora, doy gracias á la suerte que me ha puesto en vuestra presencia para que pueda deciros...
 (Continuará.)

BELLAS ARTES.

Damos cabida con el mayor placer en nuestro periódico á la siguiente carta, que dirige á uno de los escritores de la obra *Recuerdos y Bellezas de España* el dibujante, arqueólogo y editor de la misma D. Francisco Javier Parcerisa, desde la capital del principado de Asturias, donde se hallaba en la época á que la carta se refiere, haciendo estudios y tomando vistas y apuntes de monumentos para el tomo que se está publicando sobre aquella interesantísima provincia. En esta carta se consigna un descubrimiento arqueológico, cuya noticia debe excitar vivamente el interés de los aficionados á escudriñar las huellas del arte nacional en la cuna de la monarquía restaurada. No es en verdad el primero que la historia de nuestras artes debe á la infatigable laboriosidad de los autores de la publicacion referida: ellos han recogido y publicado los preciosos y venerandos fragmentos de aquella encantadora poblacion de Medina Azzahra, cuya existencia se tenia por fabulosa. El descubrimiento de que hoy se trata tiene, aun si cabe, mas importancia para la historia y el arte de la España cristiana.

Oviedo, 31 de agosto de 1833.

Mi querido amigo: Mucho me alegro de los buenos ratos que dice Vd. le proporcionan mis apuntes de viaje; celebre tambien hayan sido tan de su gusto las noticias que le di en mi última sobre la solitaria y casi ignorada abadía de San Antolin de Bedon.

No dudo, pues, atendida su afición á las antigüedades, que la lectura de la presente carta le cause una agradable sorpresa.

Ya recordará Vd. que Fr. Prudencio de Sandoval, en su libro de los cinco obispos, describe el monasterio de San Pedro de Villanueva, detallando menudamente las esculturas de la portada, relativas á la historia ó tradicion de la desgraciada muerte del rey Favila, y llamando además la atencion sobre los notables trajes de las figuras.

No habrá Vd. olvidado asimismo que el P. Florez, en una nota al *Viaje santo de Morales*, tratando de dicho monasterio, dice que de las piedras ó esculturas de que habla Sandoval solo se conserva una, de la cual sacó su dibujo para la estampa del tomo primero de las *Reinas Católicas*: lo que parece indicar que con el trascurso de los siglos se habrian desmoronado ó consumido; no reparando empero, tanto el como muchos que posteriormente han visitado este monumento, una particularidad que salta á los ojos, y es que en toda la portada no se echa de menos piedra alguna, presentándose como acabada de ayer.

Esta observacion, que no se escapó á nuestro amigo Cuadrado en su viaje de 1832, le decidió, como á otros, á negar que hubiesen existido jamás tales esculturas, fundándose asimismo en la poderosa razon de que, en caso de haberse caído ó de que las hubiesen quitado, se conocerian los huecos ó bien los adornos nuevos que en su lugar se hubiesen puesto.

Grandes eran mis deseos de ver con claridad en este caos de contradicciones; llegó por fin el día deseado, vi efectivamente la portada, al parecer intacta, y sin embargo, nada de las tan apetecidas esculturas, exceptuando la indicada por Florez.

Con todo: no pude persuadirme de que el respetable Sandoval, que tan fielmente habia descrito el retablo de San Millán de la Cogolla, hubiese podido faltar á la verdad hasta el punto de detallar minuciosamente y como testigo de vista lo que nunca hubiese existido.

En estas dudas andaba yo fluctuando, cuando llamaron mi atencion algunos sillares de un arco moderno pegado á la misma portada y que sostiene el campanario. Parecióme además que el de la puerta cuajado de labores en todo su grueso, no debia acabar tan mezquinamente como con un simple cordoncillo; esto, unido á otras particularidades, me hizo concebir la sospecha de que, al construir la pesada torre del siglo XVI, debieron cometer algun acto de vandalismo.

Deseoso, pues, de aclarar mis dudas, espúselas al señor cura párroco D. Antonio Carabera, así como el deseo de arrancar y reponer á mi costa algun sillar del arco de la moderna torre, y participando dicho señor de mi curiosidad, no encontró inconveniente en hacerlo, y aun ayudó en cuanto pudo.

No bien habia saltado la primera piedra, cuando se realizaron mis esperanzas, apareciendo en un magnífico capitel las dos figuras abrazadas y besándose, que describe Sandoval; pero bárbaramente roto aquel en su parte inferior para sentar el malhadado sillar.

Animado, pues, por este buen resultado, seguí con mas afán la comenzada tarea, seguro como estaba de que en nada se perjudicaba á la solidez de la mencionada torre; pero lo malo era que detrás de los sillares venia una gruesa pared de cal y canto muy difícil de derribar. Ya comprendiera Vd. que la operacion no era un derribo en regla, sino profundizar en un ángulo una abertura paralela á la linea de la portada.

Por fin, á fuerza de tiempo y paciencia, tuvimos la gran satisfaccion de ver aparecer y de contemplar con nuestros propios ojos un precioso cuadro de relieve con el rey á caballo, el azoren el puño, y la reina á pié abrazada á él como despidiéndose. Los trajes son curiosos, y los verá Vd. en la lámina que voy á litografiar en cuanto regrese á la corte.

En seguida mandé practicar otra abertura mas arriba, á fin de descubrir el remate del arco principal, con la cual pude ver que consistia en una grandiosa greca ó zigs zags, cuyas labores salientes picaron completamente para sentar mas á gusto los modernos sillares.

No dudo, querido amigo, que á la lectura de la presente habré Vd. participado de mi alegría, así como tambien de la satisfaccion de ver renovada y ratificada tan poética tradicion por medio de estas esculturas, ignoradas de todos por espacio de doscientos años próximamente, vindicando al mismo tiempo la buena memoria y veracidad del historiador Sandoval.

Debo decirle que todo lo descrito es un costado de la portada, comprendiéndose fácilmente que en el otro correspondian iguales adornos con los demás pasos que describe el autor últimamente citado. Pero como al arrimar la desgraciada torre no lo hicieron en linea paralela á

la puerta, resultó que de un lado derribaron las labores y buen trozo de muro, empotrando en él uno de los machones, y en el otro no llega este á la pared de la portada con media vara, por lo que lo prolongaron hasta dar con las esculturas, resultando de todo, que el arco de la torre del siglo XVII quedó sirviendo de marco á la linda puerta del XII, detrás del cual quedaron escondidas, mutiladas y aun destrozadas todas las labores que escedieron los límites de tan indecorosa guarnición. Lástima y rabia dá ver tal desacato y profanación por hombres que en su época pasaron por sábios; y que, á fuer de maestros de la escuela llamada del *buen gusto*, destrozaron cuantas poéticas creaciones cayeron en sus manos para ajustarlas á la *buen arquitectura de regla y compás*.

Gracias, pues, que nos dejaron lo que hoy admiramos en dicha portada y no la sustituyeran con la rutinaria decoración de dos ó cuatro columnas, sosteniendo un simple frontoncillo con sus acróteras.

Pobre San Pedro de Villanueva! La reforma de los iconoclastas pelucos no se contentó con el exterior, sino que echó abajo todo el cuerpo de la iglesia, cambiando sus tres naves de sillería por dos desaliñadas y lisas paredes, salvándose únicamente y como por milagro la capilla mayor y las laterales. Por la lámina de este trozo que le incluyo podrá apreciar lo que sería todo el templo. Del claustro bizantino solo dejaron tres arcos interiores, entrada seguramente á la antigua sala capitular, reemplazando dicho claustro con uno de gruesos y bajos pilares con arcos rebajados y un segundo cuerpo por el mismo corte.

Las sepulturas fueron violadas, sirviendo tres grandiosas tapas con relieves bizantinos, de jambas y dintel á la puerta de la antes bodega de los monjes, situada en el mismo claustro. Una antigua pila bautismal regalada al monasterio por los bienhechores Juan y María en el siglo XII, como consta de una inscripción de la misma, despreciada también por los rincones de que *remozaron* el edificio. Esta tuvo la bondad de trasladarla hace algunos años á la capilla de su casa de Cangas de Onís, el señor don N. Cortés, y á esto tal vez se deba su conservación. Podrá Vd. hacerse cargo de ella en el dicho dibujo de la capilla mayor, donde la he colocado como accesorio.

Sin embargo que la presente pasa ya de los límites epistolares, no quiero cerrarla sin indicarle al menos alguno de los chistosos accidentes que pasaron. Atendida la malicia ó sencillez, si se quiere de la gente campesina, y su afán en soñar riquezas, podrá Vd. hacerse cargo de la interpretación que desde luego se dió á nuestras investigaciones. No hubo palabras que pudieran disuadirles de la idea de que buscábamos un tesoro, y á esta voz acudían las gentes como llovidas, pero lo crítico fué el segundo día, pues al ver nuestras demostraciones de júbilo por la aparición de la cabeza del caballo, corrió como un relámpago la voz de *ya han topado un caballo de oro!* Baste decirle que tuvo que tomar parte la justicia de la inmediata villa de Cangas de Onís, ya para desengañar á los visionarios, como para frustrar, según se supo, los planes de algunos que, prevenidos con herramientas, intentaban por la noche, con exposición de un hundimiento, destrozarse el muro, á fin de anticipársenos el botín.

Ultimamente, las buenas razones de dichas autoridades y de algunos vecinos ilustrados, y el mismo descubrimiento visto con mas calma, lograron apaciguar los ánimos, llegando á convencerse y hasta conocer que el hallazgo era en realidad un tesoro, pero no de metal codiciado; sino histórico y de piedra, y aun opinaron y determinaron que no se volvieran á tapar, quedando así á vista de todos.

Basta, pues, por hoy: lo que resta será de palabra. Mañana parto para el monasterio de Obona, donde no sé si encontraré algun resto de los remotos tiempos de su fundador Adelgaster; si he de juzgar por la demolición de cuanto llevo visitado en Asturias, haré lo dudo: ¡cosa rara! En ninguna provincia he visto mas destrozos, al paso que ninguna ha tenido mas medios de conocer y apreciar sus bellezas monumentales, pues como Vd. sabe, los mas selectos escritores de nuestra patria, casi desde los tiempos de la invasión sarracena hasta nuestros días, se han ocupado de su descripción con entusiasmo.

Quedo en escribirle desde Obona; interin, consérvese Vd. bueno y con expresiones á los amigos se repite de Vd. este muy suyo

FRANCISCO PARCERISA.

LETRILLA.

Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Doña Paquita
que es hoy condesa,
en sus principios
fué verdulera;

y aunque á las gentes
con quien alterna,
sus *verdes* años
jamás recuerda,
se apea á veces
por las orejas,
y en los salones
habla de berzas.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

La mojigata
Doña Hemeteria
fué cuando jóven
muy pizpireta;
y hoy por las calles
anda tan seria,
que los muchachos
corren al verla;
pero con todo,
si la requiebran,
de puro gusto
se tambalea.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Cuando era niño
sin experiencia,
grandes consejos
me dió mi abuela:
así, aunque luego
por ir con hembras
hiceme tuno de siete suelas,
recuerdo mucho
sus moralejas
y me arrepiento
de ser tronera.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Mi linda esposa
cuando soltera,
por un alférez
estuvo lela:
llegué yo un día,
miróme tierna
y echó al mocito
de su presencia.
Yo sin embargo
cuando él la encuentra
digo temblando
por mi cabeza:
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

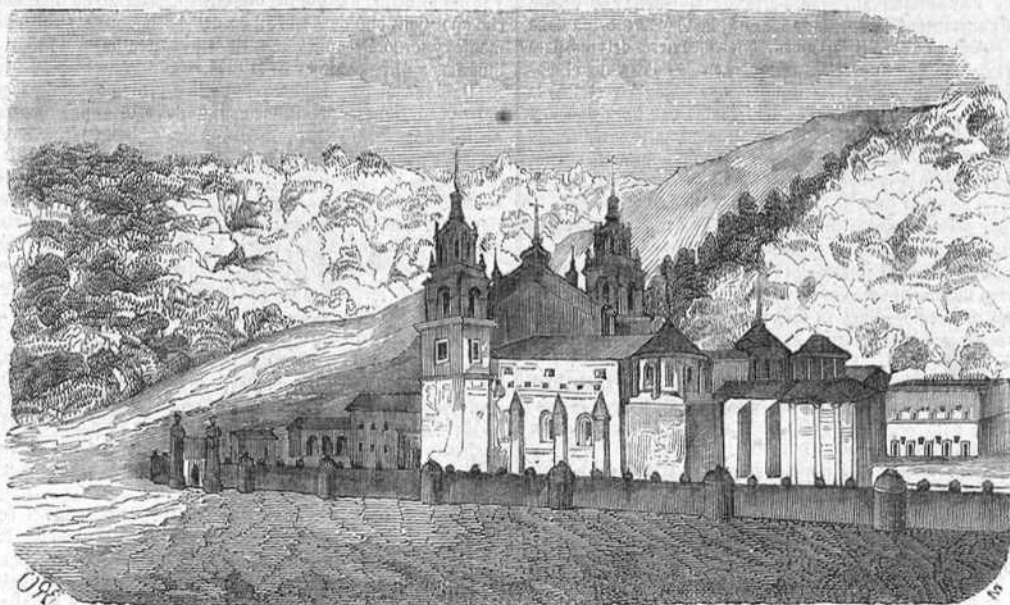
No há muchos años
que Lúcas era
mas dado al vino
que una bodega;
luego á sus padres
hizo promesa
de no probarlo
ni Valdepeñas;
pero aunque el mozo
no va á Crimea,
trajo hace poco
dos *turcas* presas.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

V. MARTINEZ MULLER.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



VISTA LATERAL DEL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

EL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

PARTE HISTÓRICA.

La institución de las profesiones monásticas se comprenden bien, remontándose al estado de la sociedad en aquellos lejanos y tenebrosos tiempos. A contar, pues, desde la irrupción de los pueblos septentrionales que disolvió los estados, que se mantenían a la sombra del Imperio Romano, el occidente fué por mucho espacio de años un campo de trastornos, discordias y tinieblas, donde no quedó mas elemento en pie, como árbitro y absoluto regulador de los destinos humanos, que la faena en todos sus aspectos y aplicaciones. Es una consecuencia natural de aquella gran resolución social y política y moral. Rota la antigua organización del mundo latino, abolidas sus instituciones, corrompida su civilización y oscurecidas hasta sus tradiciones por el torbellino de la conquista, los bárbaros nada traían de sus bosques, para reemplazar el derrumbado edificio, mas que la monarquía feudal, producto íntimo y genuino del derecho de los mas fuertes. Semejante importación no bastaba, ni podía bastar, para responder á las condiciones de aquella heterogénea y solevantada asociación. Porque si bien las tribus escandinavas, esas razas primitivas, á quienes se podía acomodar la férula de la espada, no así las antiguas provincias imperiales, que ya eran pueblos mas ó menos aleccionados, y habían visto algo mas que los reyes de aduar y barones de campamento. Así es, que desde la instalación de los conquistadores Germánicos osciló siglos enteros la Europa moderna en un estado de violencia y anárquica complicación, donde todo se resumía en la fórmula marcial. Fué aquello como una especie de prolija y laboriosa gestación, para producir á su tiempo y con la madurez de los sucesos, la moderna organización. En aquel periodo las leyes eran agrestes y casi nulas; las ciencias se habían huido á Bizancio ante el aspecto feroz de los nuevos señores del mundo; la moral venía ya viciada desde el envilecimiento de Roma en las abominaciones del paganismo; las costumbres, hijas necesarias de aquella, adolecían de la relajación de sus principios; encrudecieron los instintos y sentimientos al choque acre de las vicisitudes, y no había, en suma, incólume y eficaz ninguno de los grandes medios de sociabilidad y régimen público. Pero venía obrando en medio de todo sobre la reconstitución social, y ganando terreno día por día un prin-

cipio soberano, que guardaba en si todos los tesoros del porvenir. El cristianismo sobrevivió á la ruina del Orbe Cesáreo, y fué el cardinal elemento, destinado á reorganizar la humanidad.

Le vemos empezar por apoderarse del espíritu de las nuevas generaciones; plantando la cruz entre las tiendas de la guerra; le vemos salir victoriosamente al paso á los desafueros de la fuerza bruta, y suavizar la crudeza de aquellos selváticos dominadores; y le vemos dar los cánones de Toledo y las capitulares de Carlo Magno, erigiéndose en móvil de las legislaciones y valiéndose de la acción religiosa para dirigir la acción política. No es, pues, extraño que en medio de la oscuridad y agitación de aquel tiempo, algunos hombres, bien por cansancio de los públicos vaivenes, ó gastados por las hondas emociones de una vida feroz; bien por espíritu dulce y poco compatible con el estruendo y dureza de las guerras, ó bien acaso por las aspiraciones misteriosas de una inteligencia superior al siglo, volvieran los ojos ávidos de esperanza y calma, hácia una creencia virgen que llama al hombre á supremos destinos, que venia emancipando, ennobleciendo y civilizando la humanidad, rompiendo las cadenas de esclavitud, igualando á las criaturas, y predicando la concordia, la exaltación de los humildes y la tutela de los débiles. Los que así pensaban, tuvieron necesidad de apartarse de una sociedad, en la que estaban en esencial y absoluto divorcio, y que les arrojaba de su seno mas ó menos directamente. Esta razon característica y psicológica de aquel tiempo, hizo prosélitos á los albergues monásticos, donde la fé recibía á los fugitivos de los desabrimientos mundanales; formaba hombres para su misión, y mantenía residuos de instrucción. Entre los varones distinguidos que se consagraron á la vocación monástica, la figura histórica de San Bernardo descuella en los nebulosos horizontes de la edad media. Y uno de los monumentos de que su influjo y mediación dotaron á la cristiandad, fué el *monasterio de La Espina*, que llegó á ser una de las casas mas poderosas de la órden del Cister.

Reinando el emperador y rey D. Alfonso VII su nieta, la infanta doña Sancha, hija del conde D. Ramon de Borgoña, vivía soltera y abstraída del mundo en cierto sitio real de recreo, que habia pertenecido al patrimonio de los reyes de Leon y Castilla, y que poseía cerca de sus lugares de *San Pedro del Espino* y *Santa Maria de Aborridos*, en medio de las esperanzas de *Torozos*, y parte de sus cordilleras que media entre *Castromonte* y *San Cebrian*. Esta señora hizo romería á Jerusalén, regresando por Roma, donde Inocencio III la regaló un pedazo de la Vera-cruz con otras santas reliquias. Pasó luego á Francia, y conociendo á San Bernardo, le pidió monjes para

14 DE OCTUBRE DE 1855.

fundar en España un monasterio; y habiendo el patriarca accedido á ello, envió con la princesa á su hermano menor San Nibardo, para elegir el sitio, trazar el edificio y dar orden en la erección. Durante su estancia en París visitó doña Sancha la real abadía de San Dionisio, y habiéndola manifestado allí gran parte de la corona de Cristo, traída desde Constantinopla por Carlo Magno, instó á su sobrina doña Constanza, esposa de Luis VII el Joven, que obtuviese del rey para ella algun fragmento de tan preciosa reliquia, en lo cual vino el monarca, haciendo cortar una de las espigas, que escogió y recibió la infanta. Llegado que hubo á Castilla, muy gozosa con tales dones, y ya en su regía morada, trazó San Nibardo el monasterio, conforme al de Claraval (cuya filiación había de llevar) y se dió principio á las obras; siguiendo después la fábrica de lo que está al occidente de la iglesia. Para el efecto la infanta otorgó á San Bernardo donación de la heredad de los espresados lugarejos, con todos sus términos y montes, vasallos, viñas, prados y demás aprovechamientos, á 15 días de las Kalendas de Febrero, era 1183 (3 de Febrero del año 1147) en cuyo documento se lee, entre otras curiosas, que cualquier trasgresor del privilegio *pectet in quotto mille libras aurii purissimi, et insuper sit maledictus, et sicut Datan et Abiron cum terram absorbeat... Amen.*

Y entre las firmas de los testigos se encuentra la de Ruiz Díaz de Vihar, que suscribe con esta gloriosa y sencilla fórmula: *in testis conf.* Este autógrafo dá al acta un valor inmenso á los ojos de los anticuarios y de los críticos.

El primer nombre de la casa fué San Pedro de la Espina, que tomó de sus principales reliquias, y conservó mas de cuatrocientos años. Después se llamó Santa Marina, porque en uno de los pueblecitos del contorno había cierta iglesia, así llamada, y cuando se despobló, fué destruida, y traído aquí su retablo e imagen, que tuvo colocación en el altar del templo monacal. Acabada la edificación del monasterio en dos años próximamente (1148), vinieron á principios del siguiente los monjes enviados de Claraval por San Bernardo, y entre ellos el venerable padre D. Balduino, por primer abad, á quien la infanta entregó el edificio con la donación y posesión de sus pertenencias; que el emperador confirmó á 6 de Abril de 1149, por su real privilegio, redactado en baja latinidad, y del cual tomamos como mas notables los pasajes siguientes:

Dono spontanea voluntate totum quod habeo vel habere debeo in Sancto Petro de Spina et in Sancta Maria de Aborridis, et infra terminos eorum: et isto villam desertam iacentem inter Sanctum Ciprianum de Mozoth et Castromonte. Dono nungam sicut donavit eis soror mea Sancta Infantisa, et determinavit.... in montibus et vallibus et pratis et paramis et in omnibus aliis pertinentis suis, quocumque loco fuerint et eas potuerint invenire.... et ipsas cum edificis quae ibi fecerint, omni tempore, absque aliqua infestatione atque gravamine possideant, et absque omnium hominum contradiccióne.... Si quis vero in posterum de meo vel de alieno genero huius meae donationis pagina sciens, et contraveniat et eam dissipaverit, sit á Deo maledictus, et in inferno cum Iuda traditore sine fine damnatus; et persoleat regia parte tria millia maravitimos, et dupplatam in mende, et restituat prelati monachi quid quid invasserit: facta carta Cemoza octavo idus Aprilis, era M.^a C.^a Lecc. vij.^a

Don Fernando I confirió la donación de su padre D. Alfonso, por privilegio dado en León, año de 1162; y D. Fernando III hizo lo mismo por otro de 1220, expedido en Valladolid; luego por albalá, de 1233 ratifica los privilegios reales y pontificales, y le ratifica en Talavera por el de 1235. La primera bula pontifical fué de Alejandro III.

La segunda época histórica del monasterio fecha desde su reedificación á contar desde 1275. Dió principio á ella el ilustre señor don Martín Alfonso de Albergueiras, por la reconstrucción de la iglesia, siguiendo hasta el de 1283, que falleció en Zamora, faltando aun dos ó tres capillas de la nave mayor. En su testamento dispuso la conclusión de las obras, dejando al efecto las haciendas de Palacios de Meneses y San Cebrian y encomendándola á su sobrino y sucesor el segundo infante de Molina, D. Alfonso que no se curó de su desempeño, porque los bienes destinados para el gasto estaban lejos y se habían de vender; ó, á lo que parece mas verosímil, porque no le daban espacio para ello los cuidados y andanzas de la corte y del gobierno, en que andaba por demás engolfado, como valido y aconsejador de los reyes y árbitro de las cosas públicas. Así es que la fábrica estuvo suspensa mas de cincuenta años, hasta que D. Juan Alfonso, hijo del infante puso manos en ella, tardando diez y nueve años en la terminación del edificio.

Este monasterio fué claustral y de abadía perpétua, y se redujo á la obediencia de Castilla, dejando la dependencia del Cister, en 1485; habiendo tenido desde entonces, hasta su supresión en 1836, ciento diez y seis abades. Los señores de Alburquerque se titularon patronos desde la reconstrucción; pero D. Felipe V. reintegró el monasterio al real patronato, por cédula expedida en Aranjuez á 3 de Abril de 1759. Fué entrado á saco, por fuerza de armas, en 1304, con motivo de las

guerras entre los infantes D. Juan y D. Alfonso, sobre la sucesión del reino, en la minoría de don Fernando IV. Devastado en 1731, por un gran incendio, que le produjo una pérdida valuada en 1.354.333 reales hubo necesidad de proceder á la reconstrucción de la parte destruida; y se dió principio á ella en 1.^o de Agosto hasta 20 de Diciembre de dicho año. Continuó desde 1732 en 16 de Marzo; se suspendió nuevamente y tornó á seguir esa varia alternativa hasta 1735, á costa de limosnas y otros recursos de la casa.

Desde su fundación estuvo el monasterio bien dotado, y fueron prosperando sus riquezas, hasta hacerse uno de los mas opulentos de la orden. Tenía el señorío de los espresados pueblos de San Pedro y Santa María; del de Villafalón ó villa del Abad, Carcarejos y Casasola, y de las granjas de San Juan de Villa-Pilueta, San Andrés de Castanuelos y Mórejas; y su término partía lindes con siete pueblos á la redonda. En el coto ejercía jurisdicción y nombraba alcalde del estado civil, teniendo alzado en sus alcaides el rollo de justicia feudal, simbolo tiránico de los antiguos señores de horca y cuchillo, en aquellas incultas y desasosegadas edades. Luego los monjes fueron haciéndose enemigos á los colonos y desdoblado los lugares, porque aquellos se aprovechaban de los pastos y caza, y se alzaban contra el monasterio. Y quedando solo Villafalón, con pleito contra la casa, vino D. Fray Bartolomé Enriquez, abad y reformador, con valimiento de su sobrino el almirante D. Luis, y llevando gente de Medina de Rioseco, entró á vias de hecho por el lugar, en 1536, y derribó todas las casas, quedándoles yermos. ¡Acto inhumano y bárbaro digao de perpétua reprobación, y mucho mas en un ministro de la religión consagrado á la masedumbre, á la concordia y á la humildad!

Por consecuencia de la esclaustración fué enajenado el edificio con su coto y término que comprende cinco mil y quinientas fanegas de tierra, (mitad larga del bosque) con sus dependencias del caserío de la Granja, antiguo priorato, y el fuerte, donde habitaba el prior del monte en la suma de 3.700.000 rs; que actualmente se halla destinados á los usos de la agricultura.

¡Oh fabula del tiempo!.. (1)

V. GARCIA ESCOBAR.

¡VUELVO!

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

V.

EL BOSQUE DE CASTAÑOS.

Empezaba el sol á hundirse detrás de las colinas que cierran el paisaje en que nos hallamos: de vez en cuando la brisa apacible de la tarde soplabá con grato murmullo por entre las ramas de los castaños, llevándose á su paso las hojas secas que flotaban un momento en el espacio, y venían á confundirse con el torbellino de las que yacían en el suelo separadas del tronco á quien en otro tiempo prestaron adorno y lujo; oíanse los acompasados chirridos de los insectos veraniegos, y por momentos el chillido agudo de los murciélagos, que en bandadas giraban en círculos concéntricos persiguiendo los mosquitos que volaban en torno de los árboles.

Nada turbaba el silencio apacible de aquel bosque sino los murmullos que acabamos de describir, cuando llegó Juan á la plazoleta designada, con el alma un tanto escitada, la mente no muy tranquila, y el corazón palpitando de continuo.

No había nadie; él creyó que sería temprano y aguardó: hacia media hora que estaba allí sentado, solo y meditando en el mismo sitio en que se colocó á su llegada, no habiéndose atrevido ni aun á moverse, de miedo que el ruido de sus pasos le impidiera oír la llegada de la que esperaba, cuando sintió pisar sobre las hojas, y el ruido de pasos muy ligeros. Apretósele el corazón, empezaron á latirle las sienes y á anudarse la garganta, cuando creyó notar que los pasos habían cesado; efectivamente reinaba el mas profundo silencio. Los pasos volvieron á oírse mas cerca, y el ruido cesó al poco tiempo, en el momento en que Juan creía oírlos cerca de sí: los pasos no resonaron, pero se le figuró oír detrás de su asiento que las ramas de las zarzas y helechos del bosque se movían, se levantó maquinalmente, y lleno de júbilo fué á acercarse, y entre los maltralleros vio clara y distintamente una figura de mujer que huía, y bastante de prisa, porque sus pasos se perdían, saltó del sitio donde estaba, echó á correr por donde la figura se había ido, salió al lindero del bosque y no vio nada, escuchó, no se oía ningún ruido.

(1) Rioja, *Itálicas*.

Confuso con esta escena, empezó á recorrer el bosque internándose por sus sinuosas y torcidas calles, y sus pesquisas fueron vanas, como si la mujer que él había visto hubiera brotado de entre las plantas y se hubiera perdido en el espacio: nada demostraba haber pasado por allí mujer alguna, entonces se volvió á la plazoleta muy meditabundo, á esperar el resultado de aquello.

Si Juan se hubiera estado quieto en su sitio, quizás hubiera oído una carcajada comprimida, que sonó aunque débilmente, pero como empezó á internarse por el sitio opuesto en que la mujer aparecida estaba, se llenó la cabeza de ideas vagas, de ilusiones, de ensueños sin poderse explicar lo que tan natural era, y lo que tan fácilmente se explicaba si hubiera obrado con mas prudencia. El hombre se pierde siempre por imprudente.

Al volver á la plazoleta la halló vacía, la noche cubría con sus sombras el bosque, apenas se distinguían los troncos un poco lejanos, porque envueltos en la oscuridad, el resplandor de las estrellas no era bastante para dibujar los contornos, ni para iluminarlos, haciendo se destacaran por claro de la masa confusa de los matorrales del bosque.

Estuvo esperando un rato, pero como ya era de noche y la cita había sido á la caída de la tarde, y ya se oían las notas roncadas y fúnebres del pájaro de las tinieblas, Juan creyó que era prudente alejarse de aquel sitio y esperar mas datos para poder partir con seguridad, y buscar á Carolina, dado caso que Carolina no pudiera buscarle á él.

Se retiró hacia su casa, con la frente baja, el humor no muy risueño, y la mente algo turbada; cuando al cruzar por la calle de acacias y tilos que guiaba como sabemos, desde la casa de Luisa, al camino, oyó hablar por lo bajo, prestó oídos, se acercó al sitio de donde salía el murmullo, y halló á Rafael, á Luisa y á Enriqueta; torció la senda por no ser testigo de aquella felicidad que le molestaba, porque la envidiaba, y halló mas allá á las respectivas familias de las muchachas que acababa de ver.

Todos son felices, dijo y volvió á echar á andar; iba meditando en su desdicha pasada, en la presente, y lamentándose de la futura; cuando notó que por detrás le daba en el hombro una mano con tal suavidad, que solo á una mujer podía pertenecer.

Volvióse murmurando Carolina, cuando se halló con Enriqueta, que como estaba en acecho le había visto pasar y había corrido detrás de él con ánimo de distraerle de sus meditaciones.

—Con que se iba V. sin decirnos nada, murmuró Enriqueta?

—Yo ignoraba que Vds. estuviesen...

—Bien, bien, venga V. y está V. perdonado, quédese V. un rato con nosotros, y se lo llevó, sin que él pudiera negarse á ser testigo de la felicidad de Luisa y de Rafael.

Por eso esclamaba por la noche al hallarse solo en su cuarto. Rafael, qué feliz eres, Luisa, qué ingrata, tu constancia me está matando; pero quién sabe: quizá algún día... y entonces vuelvo yo entusiasmado y feliz. Aquella noche se durmió murmurando sus labios el nombre de Carolina; sin embargo, á pesar de haber sido la última idea que le pasó por la cabeza y de haberse dormido pensando en ella, la olvidó dormido, no se acordó del bosque ni de la aparición de la mujer misteriosa, ni del baile donde conoció á Carolina: aquella noche soñó con Luisa y la vió mas bonita que nunca enamorada de él, y volvió á Rafael esperando á una desconocida en el bosque famoso de los Castaños.

VI.

DATOS Y NOTICIAS.

Juan, á quien los sucesos que hemos descrito tenían sumamente intrigado, resolvió ver á Rafael, y á Luisa y á Enriqueta, y por medio de rodeos y de indirectas averiguar si efectivamente Carolina vivía en el campo, y en este caso averiguar el sitio para cerciorarse de que la carta aquella que había recibido no era una burla, pues el suceso del bosque de los Castaños le había dejado meditabundo.

Así fué que apenas se levantó se encaminó á casa de Luisa, seguro de hallar allí á Rafael, porque sabía que éste iba á paseo todos los días á pie ó á caballo, y que á su vuelta hablaba con Luisa, autorizado por la madre de esta.

Lo primero que Juan halló en el jardín de casa de Luisa, fué á Enriqueta que se entretenía en hacer un ramo de flores, eligiendo como una mariposa las que mas le agradaban, y dejando las demas sin siquiera detenerse á mirarlas.

No le hizo buen efecto á nuestro héroe este encuentro, pero comprendiendo que para lo que él quería, bastaban los noticias que Enriqueta pudiera proporcionarle, tanto mas cuanto que á él le constaba que esta era muy entremetida y curiosa, se acercó á saludarla con amabilidad y cariño, y ayudándola á buscar flores empezaron la conversación.

Enriqueta, que como sabemos era muy lista, comprendió á las pocas frases la idea que Juan se proponía al hacer ciertas preguntas, envolvió sus respuestas en un gran misterio, para hacerle dudar de la carta famosa, y de la cita en el bosque.

Le contó que entre las varias personas que habitaban en las cercanías había una señora recién llegada de la corte, á quien nadie había visto, que no había recibido á nadie, y cuya vida era ignorada de todo el mundo; que los que por casualidad la habían visto, no habían podido distinguir sus facciones, porque no acostumbraba á salir mas que al anochecer y siempre por distintos caminos; que las noches de luna montaba á caballo y la acompañaba un anciano; que andaba siempre sola y que á juzgar por su aspecto exterior y su traje elegante debía ser una señora muy guapa y jóven; que nadie sabía quién era el anciano que la acompañaba, porque tampoco recibía á nadie; que esta salía amenudo á caballo, y que iba con frecuencia á la aldea que estaba á seis leguas de allí, estaba algun tiempo fuera, y volvía á su casa donde se encerraba para continuar la vida que acababa de describir; que vivía en la casita azul que estaba á la izquierda del camino, y que la señora salía casi siempre vestida de blanco.

No necesitó mas datos ni mas noticias Juan, para fraguarse en su pobre cabeza un mundo de cosas y de ilusiones, preguntó si alguno en los alrededores sabía el nombre de esa misteriosa dama, á lo que contestó Enriqueta, que como nadie la había hablado, nadie sabía quién era, ni ella podía dar mas noticias, porque solo la había visto dos ó tres veces por detrás y entre la arboleda, aunque solo podía decir que su figura prevenía en favor suyo y nada mas.

Juan dió torpemente las gracias á Enriqueta, y se retiró á meditar y á coordinar sus ideas y las frases de esta, resuelto á averiguar á toda costa quién era la dama de la casa azul.

VII.

LA CASA AZUL.

Era la misma hora que cuando Juan se dirigía aquella tarde memorable y que no habrás olvidado, lector, al bosque de los Castaños, solo que hoy en vez de dirigir sus pasos á aquel sitio, nuestro amigo se encamina hacia la casa azul, esperando la salida de la dama misteriosa, que él creía en sus adentros sería Carolina.

Largo rato pasó esperando colocado en un sitio donde veía todo lo que por la casa pudiera pasar; allí esperaba el momento en que la puerta se abriera, por ella saldría una señora elegante que se encaminaría al bosque, él la seguiría conociendo en el modo de andar que no podía ser otra que Carolina, se acercaría á ella, se arrojaría á sus pies (eso que este sistema de declaración ya no se usa por clásico) la contaría sus horribles padecimientos desde la fatídica noche en que la oyó tronchar sus ilusiones, su constante cariño que ninguna mujer había podido hacer vacilar (en esta parte se permitía Juan una mentira) lo dispuesto que se hallaba á perdonarla, el amor tan sin límites que la profesaría: él como fiel á su máxima ¡vuelto! había vuelto á pensar en ella, había vuelto á adorarla, había vuelto á soñar con ella, á hacerla su ángel de sus ilusiones y de su felicidad.

Ella entonces le perdonaría, le alargaría la mano para besarla, él imprimirla mil y mil besos ardientes como su deseo, se jurarían constancia y vivirían felices lejos del tirano que se había unido á aquella mujer para sacrificarla, para hacer de ella una víctima de su voluptuosidad, para convertir su amor en odio, para luego abandonarla en una casa de campo al cuidado de un anciano, mientras él viviría como soltero en medio del desorden y de la crápula, rindiendo á otras mujeres el amor que solo podía corresponder á su mujer.

En esto estaba, cuando vió que una mujer vestida de blanco se presentó en la puerta, llamó á uno con el nombre de Valentin, éste entró, la puerta se cerró, se oyó el ruido de un cerrojo, y todo permaneció en silencio.

Juan entonces se acercó cuidadosamente á la casa á escuchar, pero no se oía ni el mas mínimo murmullo; al poco rato una mujer abrió una de las persianas del piso principal y desapareció: Juan entonces se fué á sentar enfrente en un sitio desde donde pudiera verla, y efectivamente vió pasar por delante de la ventana una mujer vestida de blanco con una luz en la mano, que desapareció.

Al poco rato se oyó un piano y un cántico, la voz que cantaba no era muy simpática á pesar de que la canción era una de las magníficas melodías de Schubert, el poeta de los poetas.

Juan escuchó, creía oír lo que nadie había oído, el canto de los silfos, ó una de esas romanzas que los poetas platónicos pretenden canta la brisa á las flores, las flores á las estrellas, y las estrellas á los arroyos; creyó que sus oídos escuchaban el cántico melodioso del cisne que se despidió de la naturaleza, y que pasa al sueño final en las últimas primeras notas de su garganta.

Un mes duró esta historia; á Juan no le volvieron á ver en casa de

Luisa, ni aun Enriqueta; todo el mundo creyó que había desaparecido; su alma estaba tan llena de ilusiones, que no iba más que de su casa á la casa azul, sin que hubiera podido nunca ver más que pasar por delante de la ventana aquella mujer vestida de blanco.

Aunque alguna vez pensó en Luisa, este sueño se desvanecía al momento, cuando recordaba á la dama blanca, y solo consideraba ya á aquella como un recurso, sólo pensaba volver á ella en último caso, y se consideraba dichoso, si alguna vez podía hablar con la desconocida á quien creía Carolina, pero á quien amaría aun cuando no fuera Carolina.

Tanta impresion habia hecho en su alma aquella mujer, que no pudiendo ya sofocar mas tiempo el amor que hacia ella sentia, la escribió la siguiente carta, que echó metida en una piedra por la ventana al cuarto en que todas las noches cantaba la dama blanca:

«He tenido la felicidad de oír cantar con voz de ángel esas deliciosas frases emanadas del corazón de un poeta para cantar sus amores, os las he oído interpretar tan admirablemente, que mi corazón ha simpatizado por completo con el vuestro.

»Soy joven, tengo la cabeza llena de ilusiones, el alma de espe-

ranzas, el corazón de amores; hacedme el favor de permitirme veros mas de cerca para poderos jurar el amor tan grande que os profesos sin conoceros.

»Esperadme mañana al alba en el bosque de los Castaños, me haréis el ser mas dichoso de la tierra.»

Juan esperó todo aquel día con impaciencia; por la tarde recibió una carta.

IX.

RAFAEL Á JUAN.

Querido Juan: como hace un mes que no te se vé en ninguna parte y nadie sabemos dónde paras, te dirijo esta para decirte lo que hay de nuevo por aquí.

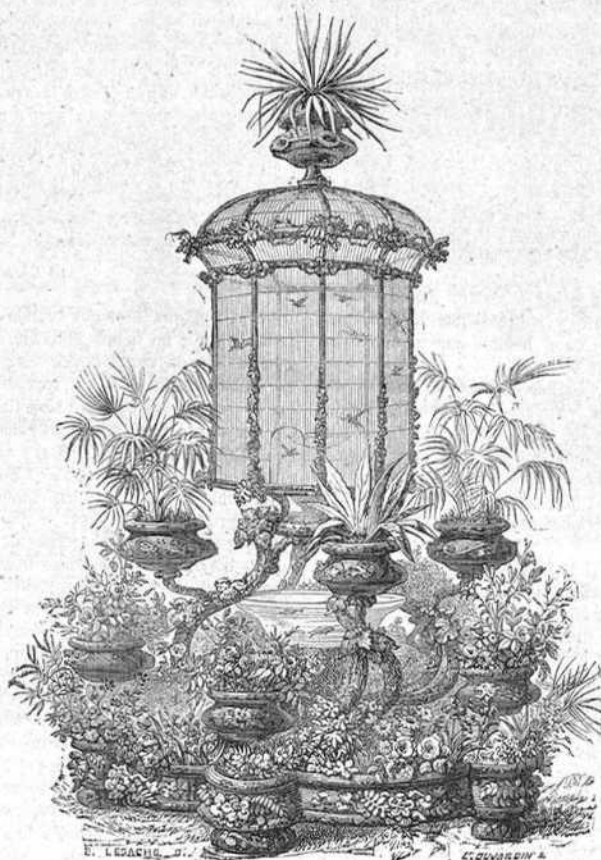
Juan, soy el mas dichoso de los hombres: mañana me caso con Luisa; la ceremonia será á las diez en la ermita de San Estéban; te espero, seguro de que tomarás parte en la felicidad que disfruta tu mejor amigo

Rafael.

X.

!!!HORRIPILACION!!!

Juan se creyó mas feliz que su amigo Rafael; iba á conocer á la



(Jardinería por Mr. Tahan).

mujer blanca, que montaba á caballo las noches de luna, que vivía en una casa azul, que cultivaba laureles en su jardín y que cantaba melodías de Schubert.

Apenas amaneció se encaminó al bosque; hacia una mañana deliciosa de otoño; las brisas no murmuraban, los pájaros trinaban alegremente, el sol naciente doraba las copas de los árboles, las flores iban abriendo sus perfumados capullos, á medida que el sol las iba despertando y el arroyo modulaba una canción sentimental, huyendo por el bosque para estender sus franjas de plata por la pradera.

Juan se quedó en la plazoleta contando los minutos por las pulsaciones de su corazón.

Oyó pasos... las hojas se movieron, las ramas se separaron, una mujer vestida de blanco apareció; Juan se levantó maquinalmente, se acercó, miró... y... retrocedió dos pasos dando un grito... aquella no era mujer, era una vieja. Horror, horror, horror como diría el difunto Shakespeare, una vieja enamorada de la luna, una vieja cantando á Schubert, una vieja vestida de blanco, y una vieja gorda... una vieja que soplabá al andar, y ¡oh colmo del horror! Juan hubiera muerto

si lo hubiera sabido; aquella vieja era un anfibio de la raza humana, era... poetisa.

Entonces sí que dijo, Juan, *vuelvo*, y echó á correr despavorido, sin volver ni aun la cabeza atrás, y se fué del campo y de la ciudad y no volvió á enamorarse de cabeza, sino de corazón.

La vieja no sabemos que fué de ella. De Juan hemos sabido que no pudiendo vencer su inveterada costumbre, dijo *vuelvo* á los tres meses, pero fué para casarse con Enriqueta, que le habia contado el por qué habia hecho todo aquello... porque le amaba.

AGUSTIN BONNAT.

EXPOSICION INDUSTRIAL DE PARIS.

JARDINERIA POR Mr. TAHAN.

El bello mueble que reproduce nuestro grabado, y que ha causado la admiración de cuantos han visitado la Exposición parisien, es de

madera esculpida; se compone de una gran caja octógona, sostenida por cuatro pilares que se apoyan sobre un fondo rodeado de caja d flores bajas. A cierta altura, cuatro vasos contienen plantas de largas hojas que tocan los extremos de la caja. En el espacio que dejan las maderas rústicas, hay un pequeño estanque de cristal, en el cual nadan los peces. Algunos pájaros de brillantes colores, dá vida á este remede de la naturaleza, cuya ingeniosa combinacion y ejecucion delicada, acreditan á Mr. Tahan.

EL REY SE DIVIERTE.

Lo que vamos á contar es estrictamente histórico.

No comentaremos los hechos ni recargaremos los colores.

El suceso es demasiado elocuente por su naturaleza para que necesite reflexiones filosóficas ó matices poéticos:

En cuanto á la exactitud de la narracion, apelamos á todas las memorias, crónicas, historias y monumentos de lo que vá á ocuparnos. Era el año de 1680.

Carlos II de Austria reinaba en España; si reinar esdoblar la frente al peso de la corona.

Este idiota real, este rey siempre niño, esta rama parásita del árbol imperial de Carlos V, deseó á principios de ese año recrear su alma, enloquecida ya en el terror y estragada por las preocupaciones, con la contemplacion de su *Auto general de fé*.

Tenia entonces diez y nueve años.

Era digno nieto de Felipe II.

D. Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Oviedo y de Plasencia, consejero real y de la junta de gobierno, durante la minoria del príncipe, é Inquisidor general del reino, aplaudiendo las buenas disposiciones del joven rey, cuyo celo religioso avivaba el Santo Oficio, quedó en avisarle tan luego como hubiese una respetable cantidad de reos que condenar.

No se hizo esperar esta circunstancia.

Diéronse prisa todos los tribunales del reino, y á fines de Abril habia ya un gran número de causas sentenciadas y un número no menos respetable de prisioneros en las cárceles de la Inquisicion de la corte de Toledo y de otros puntos de la monarquía.

Enterado el rey, y persistente en presenciar el *Auto general*, dispuso que se verificase en Madrid y á su vista, señalando el día 30 de Junio como el mas apropósito por ser la Conmemoracion de San Pablo.

Desde aquel momento empezaron á llegar á Madrid, á la caída de la tarde, unos siniestros coches escoltados por soldados y clérigos.

El pueblo adivinaba lo que iba dentro y se regocijaba anticipadamente con la esperanza del 30 de Junio.

Aquellos carruages trasportaban reos desde los tribunales mas remotos á la gran hoguera que se preparaba al pié del trono de Carlos.

Entre tanto el duque de Medinaceli, primer ministro del reino, era invitado á llevar la cruz verde, cuyo honor aceptaba; disponiase el teatro en la plaza Mayor: se verificaba una procesion solemne para pregonar la proximidad del auto, y concediese indulgencia á los que asistiesen á él...

De modo que en esa misma plaza de Oriente, en esa misma puerta del Sol, en esa misma calle de Atocha donde hoy se pasean los hombres de la ópera, del ferro-carril y la filantropía, veíase á los ministros, á los grandes, á los sacerdotes de Jesus, á los reyes, á los poetas, á todo un siglo, en fin, ocupado, preocupado, entusiasmado por una sola idea.—Quemar hereges.

De esto hace 174 años.

El teatro preparado en la plaza Mayor por D. Fernando Villegas, era soberbio.

Constituíalo:

Un tablado de trece piés de alto, ciento noventa de largo y ciento de ancho:

Dos altísimas escalinatas que bajaban á él:

Doseles para las corporaciones:

Jaulas para los reos:

Mesas para los secretaríos:

Púlpitos y tribunas para los sacerdotes:

Altars para las ceremonias:

Reposterías para los inquisidores que fuesen asaltados por el hambre, y guardias para vigilar á los sentenciados.

¡Cosa extraña! Ni un alarde de fuerza se preparó para intimidar al pueblo.

Dabase por seguro que no protestaría.

Hoy asiste un bata lon entero á la ejecucion de un solo hombre.

Porque se teme una reclamacion del pueblo.

Y si ese pueblo, que ayer no protestaba, reclama hoy contra esos espectáculos, por qué se ha de maldecir la marcha de las ideas que así dió á los corazones el sentimiento de lo justo!

No veis en esto como en todo, que la conciencia pública reprueba ya la pena de muerte?

Prosigamos.

Dispuso un balcon para el rey en la casa del conde de Barajas, que venia á caer en medio del testero principal del teatro.

El *bratero* se preparó en la puerta de Fuencarral, á la vera del camino y á unos treientos pasos del muro.

Podeis buscar el sitio y meditar en él.

A las tres de la tarde de la víspera del gran día salió una solemne procesion que duró hasta las doce; dióse de cenar á los reos y reunióse el santo tribunal para estar en vigilia toda la noche.

Por lo demas, nadie durmió en Madrid.

Presentóse á Carlos II un haz de leña; el rey se lo mostró á la reina, y despues de haberlo tenido largo tiempo ambos esposos, lo dieron



(Aventuras de un loco coronado.)

al duque de Pastrana con recomendacion de que fuese el primero que se echase en la hoguera.

Entretanto se hacia en estos términos la notificacion á los reos.

—«Hermano.—(¡Hermano!)—Vuestra causa se ha visto y comunicado con personas muy doctas de grandes letras y ciencias, y vuestro delitos son tan graves y de tan mala calidad, que para castigo y ejemplo de ellos se ha hallado y juzgado que mañana habeis de morir: prevenios y apercebidos, y para que lo podais hacer como conviene, quedan aquí dos religiosos.»

Esta intimacion se hizo á veinte y tres condenados.

A los que no debian sufrir la muerte se les notificó su sentencia en muy semejantes términos.

De este modo amaneció el 30 de Junio.

A las tres de la madrugada vistióse á los reos.

A las cinco almorzaron.

En seguida se les formó en procesion.

Eran ochenta y seis.

Iban además otros treinta y cuatro en estatua por haber muerto ó estar prófugos.

Las estatuas que representaban muertos llevaban en sus brazos una cajita con los huesos de los mortales que representaban.

En el pecho de todas se leían sus nombres con grandes letras. De los ochenta y seis reos vivos, iban veinte y uno con *coraza* y *sambenito*.

Eran los condenados á *relajar*, esto es, á morir.

Faltaban dos para el número veinte y tres, que anunciaba el programa.

Esta falta consistía, en que aquella mañana habían declarado dos mujeres ciertas cosas, por lo que se les había conmutado la pena.

De los veinte y un reos condenados á la hoguera, doce llevaban esposas y mordazas.

Entre estos mismos veinte y uno, había seis mujeres.

La edad de estas mujeres era: 30, 24, 32, 43, 60, 21 años.

Su crimen ser *judaizantes*.

Hemos dicho que algunas llevaban *mordazas*.

La edad de los hombres era: 26, 23, 52, 63, 59, 53, 34, 55, 56, 24, 38, 53, 58, 27, 28 años.

Algunos eran médicos, la mayor parte comerciantes y casi todos portugueses.

Su crimen ser *judaizantes*.

¿Qué importa que el Evangelio diga: «*Aconsejad pero no violentéis*»?

De estos veintinueve, quemados en persona, habían unos que sufrirían antes la pena de garrote y otros que arderían vivos.

Además debían ser quemadas treinta y dos estatuas de las treinta y cuatro referidas.

Veinte y dos de ellas, representaban fugitivos.

Las otras diez, difuntos.

De estos diez difuntos, siete habían muerto en las cárceles secretas de la Inquisición.

Por eso se habían conservado sus huesos que iban á ser hechos cenizas.

Entre las estatuas, las había de ambos sexos y de edades análogas á las ya espuestas.

Hasta aquí los condenados á *relajar*.

Los sentenciados á vergüenza pública y azotes por las calles, fueron seis.

De ellos, dos eran mujeres, ambas de 34 años.

Los hombres eran: un sastre tullido, que pedía limosna; un joven carpintero; un italiano de 29 años, y un vaquero que se había casado dos veces, por lo cual recibiría doscientos azotes y sería desterrado por diez años, cinco de ellos en galeras, al remo y sin sueldo.

Los condenados á destierro y cárcel perpetua eran veinte.

Entre ellos había doce mujeres:

Sus edades: 18, 59, 40, 40, 34, 50, 14, 23, 50, 76, 17, 23 años.

¡Dos mujeres de 14 años una y de 17 otra, condenadas á cárcel perpetua, irremisible!

Indudablemente morirían en ella... Pero de ¿qué edad?

En pos de los reos iba una numerosa comitiva, compuesta de todas las corporaciones, autoridades, comunidades y órdenes de la corte.

Toda esta procesion pasó por las principales calles de Madrid.

A las nueve llegó á la calle Mayor.

El rey esperaba ya en el balcón de Barajas.

Principiaron las ceremonias.

El rey juró al inquisidor general defender y proteger el santo oficio.

El pueblo juró delatar á todos los enemigos de la fe sin distinción de clase, ni consideración de parentesco.

Al momento se empezó la misa.

¡Hubo sermón!

A las cuatro se acabaron de leer las causas de los relajados, y en seguida los condujeron al brasero.

El rey permaneció en la plaza hasta que se vieron los demás procesos.

Hubo exorcismos, abjuraciones, y conjuraciones.

Después se cantó el *veni creator* etc.

Cárlos II temblaba como una hoja de sauce.

A las nueve y media de la noche concluyó la misa.

S. M. preguntó si aun tenía que permanecer allí.

Se le contestó que no, y se volvió á su palacio.

Había estado doce horas en el balcón, sin comer, sin hablar, sin moverse: como un insensato.

Pero la Inquisición no había terminado todavía.

Empezóse una nueva procesion que duró toda la noche.

Al día siguiente se sacaron reos á la vergüenza pública; se azotaron, se apedrearon, se silvaron y volvieron á ser enterrados para siempre.

En cuanto á los *relajados*, no quedó de ellos otra cosa que un montón de cenizas junto á la puerta de Fuencarral.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

La turbación que reinaba en la voz y en las palabras como en las miradas y todos los movimientos de Reginold, fué también conocida por él mismo, que pasó bruscamente de aquellos titubeos y vacilaciones á una explosión franca.

—Señora, estas cartas escritas al rey, son vuestras... Este retrato también procede de vos...

Una gran palidez se reflejó al instante en el rostro de Georgina y respondió débilmente.

—Si señor.

—¡Lo confesais!

—Sí.

—Pero entonces...

—Yo he escrito esas cartas... yo he dado ese retrato...

—Pero esas cartas, son cartas de amor, ese retrato es una prenda de amor...

—Lo sé.

—Vuestra franqueza me aombra aun mas que vuestra cobarde infidelidad. ¿No me amábais, pues?

—Miró Georgina á Reginold con una ternura tan dulce... tan suplicante, que las lágrimas que corrían de sus ojos llamaron también lágrimas á los de aquel que la agoviaba con reproches.

—Si amábais el rey, por qué no me lo deciais! ¿por qué no me lo haciais comprender?

—Creía que lo hubiérais comprendido todo.

—¿Qué lo hubiese comprendido? ¿que le amábais?

—La sonrisa que apareció en los labios de Georgina fué aun mas triste que su mirada humedecida de lágrimas.

—Es, pues, el rey á quien preferís?

—Alargó Georgina la mano á Reginold, que no se movió del sofá, y la joven se vió obligada á retirar poco á poco su mano suplicante arrastrándola á lo largo de su traje hasta su corazón.

—Pero defendeos, señora.

—Nada tengo que decirlos.

—¿Es pues verdad?

—Todo.

—Todo, hasta esas respuestas favorables á la pasión del rey, hasta esas expresiones, cuya habilidad me admira en una pluma tan poco experimentada como yo creía la vuestra, hasta esa esperanza que concede mas que promete.

—Caballero...

—Cuando Georgina estuvo en pié después de haber lanzado un grito, un solo grito, llenó la pieza en que se encontraba con una magestad de estatua; parecía la divinidad de aquel pequeño templo.

—¿Es eso todo lo que negais, preguntó cruelmente Reginold?

—Georgina volvió á caer sobre el sofá ocultando su rostro con sus manos.

—Pero hablad.

—No puedo.

—Oh! hablar, hablar, qué fuerza misteriosa os cierra la boca?

Arroyaban las lágrimas á través de la claraboya conmovida y rosada formada por las dos manos que ocultaban el rostro bello, soberbio, enternecido y ultrajado de Georgina.

—Señora, en fin, espereis pediros mi perdón ó el vuestro.

Habiendo Georgina alargado aun la mano á Reginold éste le respondió.

—No se toca al bien del rey, señora.

Lanzando un segundo grito de martirio, levantóse Georgina y salió corriendo de la habitación.

Lanzóse Reginold como un loco detrás de ella, pero bien pronto la perdió en medio de la multitud prodigiosa esparcida en el laberinto de los salones; la perdió como un cazador demasiado ardiente deja escapar entre los sembrados el pájaro que persigue; después de vueltas, revueltas inútiles, llegó precisamente al mismo punto en que había encontrado á la condesa de Königsmark disfrazada de Ninfa; creyó haber alcanzado á Georgina.

—En fin, señora, en fin... puedo aun decirlos... esa fuga...

—Pero yo no he huido, caballero.

—Yo os he perseguido, señora.

—Aun? qué decís? Os estoy esperando aquí hace media hora.

—Vamos, señora, cesad de burlaros de mí.

—Vos, caballero, dijo la condesa riendo, sois quien debéis cumplir vuestra promesa. Acordaos de nuestros pactos; debía haceros encontrar á la condesa de Königsmark y vos debíais instruirme confidencialmente de las particularidades de vuestro nacimiento. Yo he cumplido mi palabra; cumplid la vuestra.

—Pero vos sois la condesa...
 —¡Yo!
 —Vos mismo. La persona de la cúpula, y vos no sois mas que una, solo el mismo traje, el mismo peinado... el mismo...
 —¡Ah! es encantador, replicó la condesa continuando riéndose. Veo que es preciso sacaros de vuestra singular ilusión; hizo en seguida la condesa correr una cortina que separaba una pieza de la galería en que estaba ella con Reginold, y le enseñó un rigodon bailado por doce jóvenes vestidas exactamente como ella, disfrazadas de Nin-fas enmascaradas, y bailando con toda la loca alegría que produce el baile.
 —Veis todas esas Ninfas, dijo la joven á Reginold; pues bien, decí-dme por qué no había de ser cualquiera de ellas mas bien que yo la que habeis visto en la cúpula.
 La confesion de Reginold fué completa.
 —Os escucho, replicó la condesa de Koenigsmarck.
 —Pues bien, señora, estoy satisfecho. Hace dieciocho años que principié mi novela y continúa.
 —¿Vuestra familia?
 —No conozco á mi familia.
 —Sin embargo, habeis nacido en Suecia.
 —Las águilas que atraviesan el cielo de nuestros climas, son las que pueden decirlo; pero yo no lo creo.
 La condesa escuchaba con estrema atención.
 —He sido encontrado sobre el hielo.
 —¿Sobre el hielo? pero en qué orilla.
 —Qué interés tan poderoso tendríais, señora...
 —Un interés de curiosidad, ya os lo he dicho, pero proseguid, os lo suplico.
 —Me han recogido en una cuna sobre las playas de Stokolmo.
 —Asegurais que hace dieciocho años.
 —El rey Carlos XII me lo ha dicho, señora.
 —¡El rey! ¿y cómo lo ha sabido?
 —El rey su padre fué quien desde el fondo de su palacio, me vió sobre el hielo y envió á que me cogiesen, me colocó en su corte, y su bondad...
 —¿Eso es todo lo que sabeis?
 —Todo. La bondad de Carlos XI, iba á decirlo que cuidó de mi infancia, de mi juventud... se lo debo todo.
 —¿Y no teníais sobre vos ninguna señal?
 —Ninguna, ninguna...
 Las miradas de la condesa de Koenigsmarck, penetraban su máscara.
 —Permitid ahora, señora, que continúe buscando en este baile á la que ardo en deseos de volver á encontrar.
 —Unas palabras aun.
 —Pero señora...
 —¿Cómo era la cuna?
 —Creo que de madera y atada con correas.
 —Estábais envuelto...
 —En calientes abrigos blancos.
 —¡Príncipe! ¡príncipe! gritó la condesa de Koenigsmarck, arrojándose delante de Reginold... En seguida añadió: ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! y desapareció aun con mas rapidez que la empleada por Georgina en huir de Reginold.
 Una cabeza mas fuerte aun que la de Reginold se hubiera trastornado al choque de tantas sorpresas: ya no dudó que soñaba. A quel baile, aquellas luces, aquellas dos mujeres, aquella revelacion, a quel título de príncipe... Fué á sentarse con el entorpecimiento de un sonámbulo cerca del caballero Megret, á quien habia dejado jugando con el baron de Sandel.
 Llegó en momento oportuno: Megret habia perdido ya novecientos lises y no le quedaban mas que ciento, que se disponia jugarlos de veinte en veinte. Ya murmuraba para consigo mismo:
 —¿Qué extraña nariz, mi dulce señor, tiene este baron de Sandel?
 —Triunfo, caballero.
 —No tengo.
 —Triunfo.
 —No tengo.
 —Veinte lises para mí, dijo el baron.
 Creció el murmullo y se pudo oír distintamente:
 —¡Innoble nariz, otros veinte lises!
 —Acepto, respondió el baron, que tenia las cartas.
 —Oros.
 —Ahí están.
 —Mas oros, caballero.
 —No tengo mas.
 —Oros, oros, oros. He ganado.
 —¡Ah! señor baron, no habeis, pues, aprovechado la lección que os di en París para cambiar de nariz!

—El baron de Sandel ganó otras tres veces, y durante aquellas tres pérdidas sucesivas experimentadas por el caballero Megret, se oyó á éste decir en todos los tonos de la cólera: ¡miserable nariz! ¡nariz abominable! ¡horrorosa nariz! y en fin, en el último golpe que se llevó sus últimos veinte lises, exclamó dando un puñetazo sobre el tapete verde: ¡nariz de copenhagenés!
 El baron de Sandel no habia pronunciado una palabra hasta entonces; pero cuando hubo ganado todo su dinero al caballero, le dijo como en otro tiempo en París y con la misma calma: «queréis que habemos ahora de mi nariz.»
 Reginold deslizo la segunda bolsa de mil lises sobre las rodillas de Megret, pero diciéndole en voz baja: «es la última, pensad en ello.»
 Megret vió en Reginold un dios que bajaba sobre la tierra y dijo: «yo le adoraré mas tarde bajo la forma que le agrade.»
 —No, señor baron, hablaremos de vuestra nariz dentro de algunos minutos. Me habeis ganado mil lises, dadme la revancha en dos veces: aquí están quinientos lises, otros quinientos están aquí en reserva; juguemos; yo doy las cartas, cortad.
 —Triunfo.
 —El caballo de espadas.
 —No tengo ninguna espada que ofrecer á vuestra fraticida nariz.
 —La sota de espadas, caballero.
 —Tendré vuestra paricida nariz; pero no tengo espadas.
 —Otras tres espadas.
 —Será mia vuestra regicida nariz dentro de una hora.
 —¿Jugais los otros quinientos lises, caballero?
 —De una vez, así como de una vez quiero llevaros vuestra nariz.
 —Sabeis que hice saltar vuestra peluca al cielo raso, caballero... Copas.
 —Ahí están, tendré vuestra nariz.
 —Tendré vuestra fea peluca... mas copas.
 —Ahí están... haré de vuestra nariz un apaga-luces.
 —Cuando la tengas.
 —La tendré.
 —Mas copas, caballero.
 —Sirvo; vuestra nariz va á caer.
 —Vuestra peluca vá á volar por la ventana. Dos copas todavía.
 —¡Demonio de nariz! he perdido, exclamó el caballero, cogiendo violentamente la nariz del baron de Sandel, que se tornó roja, morada, negra, lo que no impidió al baron coger la peluca del caballero y arrojarla por la ventana.
 Aquel combate entre la nariz del baron y la peluca del caballero Megret alborotaba ya la sala, cuando entró Olof sable en mano, sumamente borracho diciendo á todos los oficiales sus camaradas: todos sois unos perjuros que jugais y bebeis; ¿y vuestro juramento?
 —Ya no hay guerra, Goliath.
 —Mas guerra que nunca: la flota se dá á la vela. ¡A bordo! ¡a bordo! ¡a bordo!
 —¿Y contra quién vá á batirse?
 —Contra toda la tierra comenzando por los rusos; seguidme.
 Todos los oficiales suecos dejaban apresuradamente el baile, bien adelantado sin embargo, porque el día luchaba ya ventajosamente con la noche. Megret dijo entonces al baron de Sandel:
 —Baron.
 —Caballero.
 —Sabeis...
 —¿Qué?
 —Que os he prometido cortaros la nariz.
 —Ah! es justo, puesto que yo ya he cogido vuestra peluca.
 —Yo la recogeré al salir, pero pretendo ponerlos en estado, señor baron, de que no volváis á encontrar nunca vuestra nariz por mas visible que ella sea.
 —Me proponeis, pues, caballero...
 —La repetición del regalo que os ofrecí en París.
 —Un duelo? con mucho gusto.
 —Esta vez será á pistola, baron.
 —Corriente, caballero: pero cómo haremos si vais á partir?
 —Estad bien seguro de que no partiré, hasta despues de haber arreglado mis cuentas con vuestra nariz.
 —A dónde iremos?
 —Seguidme vos y vuestra nariz, señor baron, os lo suplico.
 —El caballero, despues de haber recogido su peluca en la calle, condujo al baron de Sandel á la playa, y allí en presencia de dos ó trescientos oficiales suecos y dinamarqueses dijo: señores, dejados sitio; el baron de Sandel y yo tenemos que decirnos dos palabras antes de separarnos.
 —Facilmente se comprendió que se trataba de un duelo y no hicieron falta los padrinos.
 —Cargadas las pistolas, se colocaron los dos combatientes á quince pasos de distancia.

—Megret, después de haber saludado con cortesía, tiró el primero.
 —Apunto á la nariz, exclamó.
 —La nariz del baron de Sandel no se menecó ni una línea.
 —Es una nariz encantada, exclamó amargamente el caballero atónito de haber tirado el tiro á quince pasos á un blanco tan visible.
 —Y yo apunto á la peluca, dijo friamente el baron de Sandel.
 —Salió el tiro y cayó Megret, la bala había atravesado la frente del caballero.
 —Sus amigos le arrojaron en una de la barcas que iban á conducirlos á bordo de sus navíos respectivos y al instante se separon de la playa.
 —Al abrir los ojos para volverlos á cerrar al instante murmuró el pobre caballero Megret.
 —Qué nariz!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

(Se continuará.)

EL JUICIO FINAL.

POR

EMILIO BLANCHET.

I.

¿Qué voz es esa que rasgando el viento,
 Al huracán en rapidez supera,
 Y, sembrando el pavor y desaliento,
 En un punto recorre nuestra esfera?
 Los hombres palidecen á su acento,
 El león tiembla por la vez primera,
 En su anchurosa base de diamante
 Se estremecen los Andes un instante.

II.

Mundo! llegó tu postrimera hora:
 Al ángel de esterminio has escuchado!
 Agonia tremenda, aterradora,
 En su justicia Dios te ha señalado,
 Digna de la prision do el alma llora,
 Do su divino ser es degradado
 Cuál diamante riquísimo, admirable,
 Que en un carbon convierte despreciable.

III.

Como bajel do su bandera planta,
 Al cielo y á los hombres desafiando,
 Feroz pirata que se alegra y canta
 Al ver lagos sangrientos humeando;
 Que la inocencia y el pudor quebranta,
 Y ante las canas no se siente blando;
 Vas á ser pasto de las llamas, mundo,
 Oh del espacio escándalo profundo!

IV.

Mas ¡ah! ¿do ha sido, lumbre bienhechora,
 Que difundes la vida y la alegría,
 Tú por quien es la flor encantadora,
 Por quien el mar risueño se reía,
 Por quien la casta luna arrobadora
 Luz derrama inefable y poesía,
 Tú, fuente perenal de la existencia,
 Por quien los mundos giran en cadencia?

V.

Oh sol, en vez de mágicos fulgores,
 Disco negro presentas solamente;
 Y el astro caro á tiernos amadores
 De tantas suaves emociones, fuente,
 Que en misteriosos, célicos fulgores
 Bañar solia el pecho mas doliente,
 Súbita muestra lúgubre esqueleto,
 De compasion y lágrimas objeto.

VI.

Como á la vista de hórrida alimaña
 Por rumbos varios tímidas doncellas
 Reparo buscan de su fiera saña,
 Así corren las fúlgidas estrellas

Sin direccion del éter la campaña,
 Y apagadas al fin sus luces bellas,
 Se pierden en las sombras formidables
 Do se revuelven ruidos espantables.

VII.

Tremenda confusion! rugen los vientos
 Y de llamas incógnitas cargados
 A destruir arrojándose violentos;
 Fuego brotan los cielos desgarrados;
 Estallidos, relámpagos, lamentos,
 Estrépitos, retumbos, van mezclados;
 El gran emperador de las montañas,
 Himalaya, se esconde en las campañas.

VIII.

En inflamada nave pobre gente
 Corre, se afana, lucha, llora, grita,
 Dá tortura á su cuerpo y á su mente,
 Mas fin horrendo no por eso evita:
 Así la humana grey briosamente
 En esfuerzos sin número se agita;
 Mas la garra crúel de muerte horrible
 Dá á su esperanza término terrible.

IX.

En vano, amante, gruta salvadora
 Buscas cargado con tu bello dueño;
 En vano mueves pierna tembladora
 Con brio juvenil, tenaz empeño,
 Huyendo, anciano, tu postrera hora;
 De tus fuerzas, jayán, la ayuda es sueño;
 Fieras, oh madre, tu oracion ablanda,
 Pero estéril, tardía, es tu demanda.

X.

Revuélvese entre horribles convulsiones,
 De modos mil herida la natura;
 De ceniza las selvas son montones;
 El escondido valle, la llanura,
 Del cielo, huyendo, tocan las regiones;
 Roto ya el freno de impotencia dura,
 Vuela el mar á la presa con estruendo
 Por la que estuvo siglos mil rugiendo.

XI.

Lagos, do hierven aguas sanguinosas,
 Súbito, en vez de montes empinados,
 Vense al fulgor de llamas azuladas;
 Soberbios monumentos admirados,
 Muestras del génio humano portentosas;
 Confunden sus despojos calcinados
 Con las arenas do robó el beduino;
 Humo palpable gira en torbellino.

XII.

Créacion, tus fieras convulsiones,
 Las llamas, las tinieblas, el estruendo,
 La confusion de mil horribles sonos
 Con un ímpetu terrífico creciendo,
 El caos de infinitas destrucciones
 En su mas negro horror apareciendo,
 De tu instante postrer señal son ciertas:
 Oh! qué silencio!... la creacion es muerta!..

XIII.

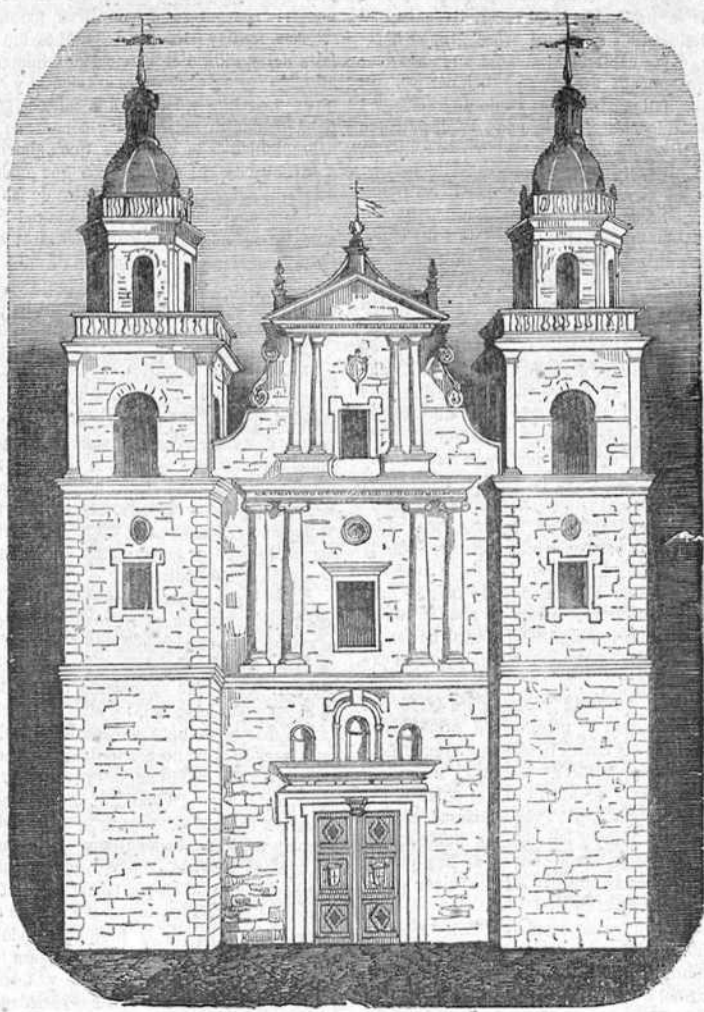
Así en la hoguera que en aciago día
 Logró encender el fanatismo ciego,
 Con lúgubres aullidos se torcia
 El infelice pábulo del fuego;
 Súplicas, maldiciones profería,
 Desesperado forcejaba, y luego
 Cenizas y silencio únicamente
 Contemplaba el fanático inclemente.

(Continuá.)



Director y propietario, D. Angel Fernandez delos Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



FACHADA DEL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

[REAL MONASTERIO DE SAN MILLAN DE LA COGOLLA Ó COGULLA.

El santuario que propiamente vamos á bosquejar, no existe; pero en cambio ahí estan sus ruinas, arrojadas como testimonio vivo de su grandeza pasada. La fábula, la superstición, el fanatismo ó la fé han arrojado sobre ella un manto de poesía ascética que absorbe muchos siglos há las creencias cristianas, y han realizado verdaderamente ese monumento tan elogiado en las crónicas nacionales de la edad media.

Hacia el S. O. de Nájera, y término de San Millan, y hacia la falda de los montes de San Lorenzo y Yubedas se observan unas ruinas post-tradas que se extienden largo trecho por el terreno, y que son restos del primitivo monasterio de Yuso, fundado en el año 537 por San Millan, segun la tradicion, y donde murió el mismo Santo en 574.

En su origen fué simplemente una pobre ermita solitaria, levantada, como queda dicho, por el piadoso anacoreta, y el motivo de la estension que adquirieron luego sus pobres dimensiones se explica suficientemente por una piadoso conseja tradicional, que á continuacion transcribimos.

Un voto religioso de D. Sancho el II de Navarra hizo necesaria la estraccion del cuerpo del Santo en el año 1050, colocándose en el altar mayor, hacia el lado del Evangelio, donde permaneci6 hasta 1053, en que D. Garcia, hijo y sucesor de aquel monarca, dispuso la traslacion del cadáver á Nájera.

Aquel acontecimiento atrajo numerosa concurrencia de fieles, y la ceremonia se ofreció desde luego rodeada de una solemnidad majestuosa. Los obispos de Calahorra, Pamplona y Alava con sus respectivos cabildos, los priores de S. Sergio y de S. Pablo y los cleros de diferentes parroquias comarcanas con sus ternos y paramentos autorizaron juntos con el mismo rey las primeras ceremonias; de que se extendió acta testimoniada y feaciente, y á la cual se agregaron los sellos privativos de la corona y los de los prelados. Terminada la misa y colocado el cuerpo en una arca de cedro sellada con tres llaves que se entregaron á los tres ya mencionados obispos, fué puesta sobre un carro triunfal tirado por dos yuntas de robustos bueyes, que sin embargo solo pudieron conducir aquel peso tan leve un corto trecho, esto es, hasta la hospedería inmediata al santuario, desde cuyo punto fué inútil todo esfuerzo para estimular á los animales, que permanecieron como enclavados en aquel sitio por una fuerza misteriosa.

Hasta aquí la tradicion.

En aquel mismo sitio y por disposicion de D. Garcia III, de quien vamos hablando, se fundó un suntuoso monasterio, cuya fábrica tardó en concluirse trece años y ocho meses, y en el cual fué depositado el cuerpo del santo con gran pompa y solemnidad.

El órden de su construccion pertenecia al género compuestó, y su estension comprendia un área doble de 400 palmos castellanos, inclusa la línea volada que marcaba las dependencias hasta la portería. Como todas las casas abaciales de la edad media, estaba circunvalado este edificio por una tapia ó muro coronado de torreones, que flanqueaban sus ángulos salientes y daban un aspecto bélico al monas-

terio: fuertes canchales, maticanes y almenas, accesorios, hospedería y ermitas de asilo y mendicidad, rodeaban la iglesia que elevaba las agujas de su campanario bizantino, dominando las demás obras y hendiendo sus cruces latinas la profundidad del vacío. Rodeaban al templo galerías arabescas con pretilos apoyados sobre grupos hacinados de columnas miliarias, cuyos capiteles truncados en la apariencia, sostenían el vasto cornisamento triangulado del pórtico. En cuanto al interior de la iglesia, faltos de detalles, solo podremos decir en globo lo que en este sentido hemos averiguado, es decir, que aglomeradas las reglas y sin tipo uniforme, presentaba una mezcla heterogénea de preceptos arquitectónicos, en que la exaltación del artista marchó desenfrenada por el campo de la fantasía sin reglas ni uniformidad; pero que en medio de todo resultaba el orden gótico, ese gusto clásico que prestaba tanta severidad y armonía a las construcciones religiosas de la edad media y que establecen tanta relación entre el materialismo humano y sus tradicionales creencias.

Un incendio que estalló cierta noche a tiempo que la comunidad se hallaba entregada al descanso, destruyó el edificio, cuyo suceso dicen fué obra de una cuadrilla de bandidos que trataron vengarse de esta suerte de las hermandades auxiliares del monasterio que días antes les dieran una sangrienta batalla al mando del porta-estandarte Jofre de Mendibil (*monte de muertos*). Acaeció esto hacia fines del siglo XIII o principios del siguiente, y poco después la munificencia de varios señores, ayudados del erario y de la caridad pública, contruyeron a porfía a fundar el nuevo monasterio, tal cual se halla hoy. Sus proporciones son inmensas, y ostentan una suntuosidad grandiosa, todas sus dependencias y dependencias, en términos que algunos por antonomasia han llamado a este convento el Escorial de la Rioja, en cuya especie hay mucho de exageración. La parte claustral alta y baja no debió satisfacer a Felipe II, que en 1554 mandó darles mayor estension, confirmando al propio tiempo al abad el título honorífico de capellán del rey, de que impropriadamente titulaba anteriormente por una corruptela rutinaria, y aumentando también el catálogo de sus inmunidades forales.

La moderna iglesia restaurada en 1642 y cuya obra tardó dos años en concluirse, es de una estension y uniformidad prodigiosas: comprende tres naves, cada una de las cuales parece una gran iglesia, cuya longitud es de 325 palmos por 150 de anchura, sin incluir las capillas claustrales pertenecientes a distintos órdenes de arquitectura, con bocetos, relieves y figuras grotescas. Doce inmensas columnas de basamento doble sostienen la fábrica del templo, desde cuyos capiteles juega el primoroso enlace de arcos, cuyos medios puntos trazan con arrogante maestría soberbias bóvedas estucadas con perfiles aéreos arquivadados y cornisamentos góticos.

En los claustros inferiores existen varios sepulcros, entre ellos el de D. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, y otros señores y caballeros de la nobleza española. Sobre esas tumbas veíanse en otros tiempos estatuas yacentes de mármol de Carrara, que eran prodigios del arte por su musculatura y proporciones anatómicas, y que han desaparecido por un accidente desconocido hasta hoy. Por último haremos mérito de la torre campanario, cuya altura mide 238 palmos y que es el complemento de ese atrevido santuario.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTICULO OCTAVO.

Es una verdad triste, desgarradora, pero innegable. En vano buscamos restablecido el equilibrio en los hechos del mundo físico, en los hechos del mundo moral ó en los del intelectual. Es una ley necesaria de la naturaleza que así suceda y esta ley no nos ha dado á nosotros quebrantarla. Es á la par una ley histórica y por ella se explica el progreso de las naciones. El mal es la causa del bien y le sigue como la sombra al sol. La existencia del primero lleva consigo la existencia del segundo y es su natural antecedente. Si las naciones y los individuos estuviesen condenados á obrar siempre el bien ó el mal, no habría mérito en las acciones y quedaría suprimida la historia del hombre. Nada revela tanto la existencia de un Ser Supremo; nada encañece con más fuerza la necesidad de una sanción moral; nada explica mejor las leyes que rigen á la humanidad y sus marcha sucesiva; nada prueba en fin con tan grande evidencia la debilidad de sus actos, como la falta de equilibrio que en el mundo se nota. Falta necesaria, indispensable, para que la actividad humana se estimule y

ejerza sin descanso: falta, en nuestro sentir, muy conveniente para que una vez que la humanidad ha puesto los ojos en el término de la vía, no detengan su acción las amenas llaguras y no arredren su marcha las asperezas del empinado monte.

Mas, no hay para que dudarlo, es tan solo aparente, es ficticia, la falta de equilibrio en las acciones humanas. Esta falta no es jamás absoluta, total; es siempre accidental y efímera. Es el brillo de la flor que se marchita y deshoja á la caída de la tarde, y que renace á la mañana siguiente, mas bella y donosa, de su propia semilla. Es el fulgor tañido de la campana que anuncia tristísima agonía, perdiéndose entre los mil sonoros ecos que pueblan el espacio. Es un ¡ay! de dolor que ahogan continuos gritos de febril alegría; es un convidado que desprende la muerte de la sala del festín, sin que su ausencia se note y suspenda la bulliciosa algazara; es una ráfaga de viento que cruza el horizonte, y que no basta á enturbiar la serenidad del día; una mancha que se divisa en el brillante disco del sol, sin que disminuya un punto su luz; una idea mala que toca apenas á la superficie de nuestro entendimiento, sin dejar huella alguna de su nocivo contacto.

El equilibrio en los actos del individuo, como en los actos de las naciones, existe, y muy cierto. Si no es un equilibrio inmediato, es al menos inevitable. No siempre ha de estar sereno el cielo, ni serena tampoco nuestra alma. No siempre hemos de estar envueltos en negro sudario de amargo dolor; ni siempre tampoco la alegría ha de irradiar fecunda en nuestros ojos, ni la risa asomar feliz á nuestros labios. No siempre nuestra inteligencia ha de alumbrarse por esplendorosas verdades, ni tampoco verse envuelta en aterradoras tinieblas. No siempre en fin, nuestro corazón ha de latir presuroso y ufano; á veces también sus latidos han de ser pausados y monótonos, como el lánguido mirar de un ojo que desfallece.

Lo mismo acontece en la vida de las naciones: igual fenómeno se repite en su marcha al través del tiempo y del espacio, en cumplimiento del destino que la idea de Dios les impusiera y su suprema voluntad les señalara. Los pueblos ejecutan, en el gran círculo dentro del cual desarrollan su inmensa y fecunda actividad, lo que ejecutan, en el suyo mas reducido, los individuos y las familias ejerciendo la suya. La marcha de unos y otros está sujeta á iguales leyes. La misma regla preside á los hechos individuales y colectivos, generales y particulares. La ley de la familia es la de la tribu y la de la sociedad. El corazón y la idea del hombre, aisladamente considerado, es el espejo donde se reflejan el corazón y la idea del mundo. Si en aquellos se rompe y trastorna momentánea y circunstancialmente el equilibrio de los hechos humanos, y luego se restablece por completo é igualan los desiguales platillos de la balanza, en este también se trastornan y luego se restablecen los hechos en que aquel se funda. El tiempo es la gran antorcha de la historia. Todo aparece claro y luminoso visto por entre los raudales de inmensa luz que sobre ellos derrama. No es solo el tiempo, la brillante y fecunda antorcha de la historia del individuo, del pueblo y de la sociedad, sino que es á la par su justísima é inapelable sanción moral. Es la explicación mas satisfactoria y grande, aunque á veces tardía, de la influencia santa de la acción de Dios en la tierra. Es, en fin, la línea secreta y misteriosa que si no á los débiles ojos de la carne, al menos á las penetrantes miradas del espíritu, iguala los extremos opuestos de los actos humanos.

En el mundo antiguo, en las sociedades anteriores á la venida de J. C. el equilibrio entre el hombre y la mujer estaba roto. Y estaba en el estrecho recinto del hogar doméstico y en el ancho espacio del pátrio hogar; en el círculo de la familia, y en el círculo de la tribu. No era la mujer, mujer, tal como la ha hecho el cristianismo y tal como ahora las comprendemos. Era un sér sin significación, sin valor, sin importancia. Considerada dentro de la familia, en el sagrado recinto del doméstico hogar, en la modesta sencillez de la idea privada; su noble figura desaparecía por completo y se ponía al nivel del dolorido semblante de la esclava que ocupaba el dintel del aposento. Colocada al lado del marido, contrastaba tristemente su pequeñez, con la talla desmesurada y gigantesca de éste. Puesta en presencia de los hijos no adquirían sus exiguas dimensiones mayor elevación. Carecía de derechos domésticos, como carecía de derechos civiles y á veces también de derechos naturales. Su presencia en la familia era, cuando no un estorbo, un mueble de lujo, un objeto de bazar, una prenda del ropaje de su marido, que se podía vender, cambiar ó trasladar á otro. Retirada en los últimos aposentos de una morada, por lo común de extraordinarias dimensiones, pasábase su vida, triste y melancólica, rodeada de oscuridad, si era pobre, si rica de sumisas esclavas, cuyo continuo llanto estimulaba el suyo y cuyos angustiosos gemidos, esparciéndose por los solitarios espacios de sus aposentos daban mas bien razón de la estancia de una mujer aprisionada, que de una esposa libre. Era el matrimonio un convenio individual y aparente, un trato momentáneo y de circunstancias, un pacto caprichoso ó lascivo que se disolvía y anulaba tan pronto como al marido le era molesto su cumplimiento. Era el amor de éste hacia aquella un amor

grosero y casual, un instinto ciego y desastroso, una pasión brusca y temeraria, un sentimiento abominable é impuro que duraba lo que duran los afectos y sentimientos que lleva encerrados en sus abrasadoras entrañas, ese fuego monstruoso que siente el hombre en quien solo domina el rudo instinto de la naturaleza, al aspecto de la desnuda belleza de la mujer. Desprestigiada y aniquilada esta, tanto en su parte moral é intelectual, como en su parte social, á los ojos del hombre, separada de su trato y familiaridad, y puesta al nivel de una cautiva; aislada en los aposentos mas distantes de los suyos y condenada á vivir en las ocupaciones mecánicas de las cosas domésticas; no teniendo mas roce con el marido que el roce puramente oficial y de tardía etiqueta; no viendo en éste mas que un dueño de su persona, un amo desapiadado é injusto, cuyas tiránicas voluntades y extravagantes caprichos era menester satisfacer y adular; no existiendo, en fin, entre los dos esenciales elementos de la familia, entre los dos fundamentos del edificio doméstico, entre los dos únicos orígenes de la vida privada del individuo, mas que un mutuo y secreto alejamiento, una idea de enemistad y odio, era imposible el equilibrio moral entre el hombre y la mujer de las sociedades antiguas. La vida del hogar doméstico, la vida íntima de la familia, la vida que se pasa, tranquila y serena, dulce y apacible, en el oculto recinto de tan misterioso santuario; esa vida en la cual toman parte comun todos los individuos que componen la reducida sociedad, el diminuto pueblo que se llama familia; esa vida en fin, claro espejo de otra vida pública, mas agitada y turbulenta, era desconocida en los tiempos de que hablamos.

Ya hemos visto lo que en ella hacia la mujer y el puesto inferior, y aun degradante, que le estaba destinado.

Todo lo que la vida de la mujer tenia en a sociedad antigua de oscuro y misterioso, lo tenia la del hombre de público y manifiesto. El hogar doméstico le retenia pocas veces. Abandonábale desde la hora primera del día, como entonces se media el tiempo que tarda el sol en unir ambos horizontes, y volvía á él á la hora última. Aun frecuentemente dejaba se interpusiese la noche entre él y su solitaria morada. Los pueblos de la edad á que puso fin á la era cristiana, daban á la vida nocturna, aun en los hechos públicos, mucho mas tiempo del que nosotros solemos darle. El Foro ó el Agora, el Gimnasio ó el Liceo, la Academia ó los Termas, la vía pública que les servía de paseo ó el Circo, los Templos de los Dioses ó las casas de los cómicos, histriones y mancebas, el teatro ó el campamento, eran los sitios donde se solia mas frecuentemente encontrar al ciudadano romano ó griego. Estos sitios de perpetuo bullicio, eran el lugar mas constante de su acción pública, de su vida colectiva y general. Parecían haber realizado los hombres de Roma y Grecia, como tambien los hombres de las sociedades orientales, con este género de vida en lugares á todos familiares y comunes, las teorías comunistas asentadas en las famosas repúblicas de Platon y Aristóteles. Mas que una sociedad de hombres y mujeres, tal como hoy día la vemos constituida, mezclándose unos con otros en deliciosa, grata y fecunda armonía, parecia aquel singular y exclusivo conjunto de seres masculinos, una sociedad que pretendia ser el reverso de la medalla, el *pendant* verdadero de la sociedad de Amazonas de Oriente.

Todo lo que á formar la vida secreta de la familia puede conducir; todo lo que á borrar distancias y desigualdades entre sus diversos miembros contribuye en la nueva y sublime organizacion que esta tiene entre nosotros; todo lo que á igualar al marido con la mujer y á ambos con los hijos, en un mismo sentido moral y filosófico, se dirige en la legislación cristiana; todo lo que á establecer un lazo de natural, misteriosa é indisoluble union, entre los miembros que componen la familia particular, tipo de la familia general, es considerado necesario, útil ó conveniente; todo esto y mucho mas aun se echaba de menos en la imperfecta y desastrosa organizacion de la antigua familia.

Un hombre y una mujer separados uno de otro por toda la distancia moral que puede calcularse entre la vida pública, agitada y turbulenta del primero, y el reposo forzado de la segunda; separados además por el espacio material, rara vez interrumpido ó acortado, que mediaba entre sus respectivas y habituales moradas, hacian de todo punto imposible que la mujer sintiese cariño hacia el marido, ó que por la mente del hombre se pasase la idea que era menester amar y respetar á la mujer. Y cuando ni el cariño ni el amor existen en la familia, tampoco hemos de hallarlos en la sociedad. En la sociedad antigua, pues, no se conocia el amor verdadero, el cariño leal, afectuoso, tierno, la pasión ingenua y natural, esa pasión serena y tranquila, santa y misteriosa, fecunda en suavísimas dulzuras, en purísimas goces, que los novelistas llaman amor platónico y que nosotros los admiradores del Evangelio, llamamos amor cristiano. De consiguiente, en la sociedad antigua no habia el necesario, el indispensable equilibrio, entre el hombre y la mujer. Era sin embargo menester que le hubiese y le hubo en efecto, cuando el hijo de Dios se hizo hombre y bajó á la tierra.

Ocasión es esta al parecer oportuna para esclamar con Virgilio al

medir la magnitud de la empresa de fundar la ciudad de Roma, águila suprema que debía, andando el tiempo, estender sus vastas alas para cubrir al universo todo.

¡Tante molis erat romanam condere gentem!

Lo que decimos es cierto, muy cierto, tomado en su sentido lato y general. La mujer es un sér envilecido y despreciado en el mundo antiguo, sobre cuyo fondo regular y unido, descuella el hombre, y solo el hombre, como altanero cedro del Líbano se destaca sobre la cima de la montaña.

Lo que decimos respecto á la mujer es un hecho general que se manifiesta por todas partes, y como fúnebre estandarte parece envolver en sus anchos pliegues al mundo entonces conocido. Lo mismo en Atenas que en Roma; lo mismo sobre las floridas márgenes del Iliso, que sobre las sombrías riberas del Tiber; lo mismo en las fértiles llanuras que riegan el Indo y el Ganges, que en los amenos valles circuidos de altas montañas, por do corren majestuosos, ostentando la cristalina pureza de sus olas, el Tigris y el Eufrates; lo mismo en torno á las ruinas de Palmira, de Persépolis y de Ecbatana, que á la sombra de las pirámides de Egipto y bajo los fuegos verticales que abrasan las arenas del desierto de Menon; lo mismo en los sitios donde murió Dido, que en donde fué arrastrado alrededor de inespugnables murallas el cuerpo del valeroso Ilctor; lo mismo, en fin, entre las tribus errantes de los desiertos de Libia que aun no han entregado á Augusto sus sumisos estandartes para que los deposite en el templo de Jano, que entre los pueblos indómitos del Ponto y Capadocia, que pretenden con Mitridates, contener en estrechos diques el impetuoso desarrollo de la pujanza romana; lo mismo en unos que en otros pueblos sujetos al poder del Capitolio, la mujer del mundo antiguo no es mujer, ni esposa, ni madre, tal cual lo es en el mundo cristiano. Es una miserable esclava que ha de darse por satisfecha con una mirada de su señor; un sér despreciable á quien por compasión se otorga la vida para que á otros séres mas felices la venda ó prostituya; es una frágil caña que orla la vía social y que puede romper cualquier pasajero sin temor de escitar ira ni enojo; es la copa que se arroja después de haber saboreado el licor; es la luz que se apaga con el soplo de la embriaguez después de haberse terminado el orgía; es en fin la mujer, en aquella sociedad de placeres lujuriosos y de febriles alegrías, la corona de flores que se desprende de la cabeza de los convidados y cae jeshojada y marchita sobre las losas de la sala del festín.

La mujer se nos presenta en las sociedades antiguas tal cual la hemos bosquejado en un cuadro general y á grandes rasgos. Es la mujer de los tiempos anteriores al cristianismo. Es tambien la condicion de la mujer en Francia, Inglaterra, Alemania y Cataluña y todos los paises donde, en la edad media, edad bajo este punto de vista de execración y odio, domina el feudalismo. Sin embargo, ni conviene ennegrecernos demasiado el cuadro, exagerando las tintas, ni estendamos por todo él, que esto seria grandísima injusticia, el color sombrío del mayor número de sus partes. No en todas, por fortuna, se nos aparece la mujer bajo tan misero, tan lastimero aspecto. No en todas es su estado tan desgraciado, tan triste su condicion, tan malhadada su suerte, tan adversa su fortuna. No por do quier está el horizonte que la rodea cubierto de negras nubes: algun rasgo de luz se divisa á lo lejos, aunque su débil resplandor aparezca como perdido en tan densa oscuridad. No siempre han de circundarla el pavor y el espanto, sin que una alma amiga venga á consolarla. No siempre el abandono é incertidumbre han de acompañarla y formar su pálida sombra en medio de su ruda peregrinacion: á veces ha de ofrecerse á sus entristecidas miradas, en la esterilidad del desierto, un solitario bosque que derrame sobre ella benéfica sombra, un templado oasis que la depare verde fresca y cristalinas aguas.

No siempre el corazon del poeta ha de oprimirse al sentir oprimido el corazon de la mujer antigua; no siempre ha de entristecerse el ingenio del filósofo al contemplar su bella y angustiosa figura descompuesta y aniquilada por los ultrajes de continuo dolor; no siempre el fuego de inspirado orador ha de apagarse al frío soplo que despiden su yerta boca; no siempre, en fin, ha de ser desgarrador, y cual ningun aflictivo espectáculo, el contemplar á la mujer en las sociedades antiguas, sola, abandonada á sí misma, aislada por do quier en el mundo de la idea y del sentimiento, en el mundo de la ciencia y del arte, en el mundo de la sociedad civil y política y en el mundo de la sociedad doméstica.

En medio de tantos pesares, de tantos sinsabores y amarguras como la rodean por todas partes en el mundo romano, en el mundo griego y oriental, grato es á nuestro corazon y consolador á nuestra inteligencia, hacer descansar, un instante siquiera, nuestras afligidas miradas en un rincón del universo que bañan al poniente las aguas del Mediterráneo; á quien sirve de Norte la dilatada cadena de montes del Líbano, do crece orgulloso el alto cedro; á cuyos piés se desarrollan majestuosas las anchas llanuras de la Arabia Feliz y que tiene á Pal-

mira, á Seleucia y á Babilonia, tres ciudades orientales de lujoso aspecto y de estensa mole, para que la preserven de los fuegos abrasadores del sol nascente. Ese rincón de simpático aspecto, do se posa tranquila nuestra abatida mirada, es el sitio que ocupa el pueblo hebreo.

Hay lugares aun mas felices para la mujer, donde con mas dulzura y encanto la admira el historiador, la contempla el filósofo, la estudia el moralista, la canta el poeta y la retrata el pincel del inspirado artista. Sitios de imponente majestad, donde la mirada penetra y queda sumida en profundísimo éstasis; sitios de grandísima estension que se corren, providencial y misteriosa cadena de naturales llanuras y primitivos bosques, desde el mar Caspio al mar Báltico, á lo largo del Danubio, del Elba y del Rhin. Pueblos, á quienes Julio César, Salustio, Tácito, Strabon y los demás historiadores romanos llaman rudos, incultos y salvajes, habitan estos lugares de noble, de tranquilo y sorprendente aspecto. En ellos todo es sencillo é ingenuo, todo tiene un aspecto de primitiva originalidad; el hombre y la naturaleza, el sentimiento y la idea, la ciencia y el arte, el semblante y la palabra. Los nombres de estos pueblos son muchos y muy varios. Llámense Francos los unos; Borgoñones los otros; Lombardos los que hoy ocupan el terreno conocido con el nombre de Baja-Austria y Tirol; Vándalos y Suevos los que asientan sus tiendas de campaña á los alrededores de la desembocadura del Vistula; Alemanes los que las asientan en las faldas de los montes donde nace el Danubio; Anglos y Sajones los que echan los cimientos de las cinco ciudades libres que bañan las aguas del mar de Alemania, punto de embarque de los pueblos germanos de la edad antigua y emporio del comercio del Norte de Europa, que rivaliza con el del Mediodía, con el de Génova, Pisa y Florencia, en los de la edad media. A estos pueblos, de diverso nombre, aunque de comun origen, siguen otros pueblos que la historia conoce bajo el nombre genérico de *Barbaros de Europa*, y que moran en el estenso terreno que se corre desde la cadena de los montes Ourals hasta los mares del Norte y Báltico. Este terreno se llama Germania y Germanos los pueblos ó tribus que sobre él asientan sus tiendas. A estas naciones siguen tambien otras naciones llamadas *Barbaros intermedios*, y á estas otras, y otras, dichas *Barbaros de Asia*, hasta completar la cadena de tan anchos y gruesos eslabones humanos forjada, y que hemos indicado estenderse desde las yertas márgenes del mar Caspio y solitarias riberas del Ponto-Euxino, do llora Ovidio, hasta el nebuloso mar de Alemania, cuya soledad solo de vez en cuando interrumpe algun nauta normando que canta la melancólicas endechas de Odino al siniestro fulgar de boreal aurora.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

VIII.

EN LA FLORESTA.

Iba una hora que el rey y Reginold, galopaban uno al lado del otro sin decirse una sola palabra.

La tierra estaba cubierta de hojas marchitadas, por las lluvias de otoño. El horizonte se estrechaba mas y mas en derredor de ellos, á medida que iban internándose en la floresta de Peipus, que termina en el gran lago de este nombre. Solo se oía de vez en cuando el bufido de sus vigorosos caballos, ó el ruido de algunas piezas de hierro del arnés, sacudido demasiado vivamente por aquella rápida carrera. ¿Dónde iban así en una direccion que no indicaba un gran conocimiento de aquella inmensa floresta, de muy mala reputacion entre los honrados viajeros, libonenses, rusos y alemanes, que la atravesaban para su comercio?

—Señor, dijo Reginold, en la primera parada que se vieron obligados á hacer en una encurujada, creo esta selva poco segura.

El rey, enjugándose la frente con la manga de su vestido de tela azul, contestó:

—¿Se ocultarán ladrones en ella?

—Muchos.

—Atacan de frente.... dejémosles venir.

—Lo que yo temo por vos, es á los que ataquen de costado.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos en guerra, señor.

—Lo sé muy bien, por mi parte.

—Esta floresta está ocupada por los rusos, hay ochenta mil en las cercanías de Narva; podrian muy bien haber llegado hasta aqui, tropas de merodeadores.

—¿Para robar gallinas?

—Vos seriais una bella gallina, señor; valdria todo un gallinero, la que os cogiese por las alas y os llevase á Pedro Alexiowitz. Creo, pues, que seria prudente cargar nuestras pistolas, antes de volver á emprender nuestra carrera.

—Cárgalas, puesto que crees que los rusos que jamás me han visto, podrian reconocerme...

—Señor, repuso Reginold, cargando las pistolas de Carlos XII, y las suyas; los rusos son muy astutos, conocen vuestro génio aventurero tanto como vuestro rostro. Estamos en guerra con ellos, como acabamos de decir. ¿Qué cosa mas natural que el que hayan esparcido sus emisarios; ignoran ellos que vuestra flota, está anclada en Pernaw..?

—Supongo que no.

—¿Qué vuestro ejército ha desembarcado ya?



(Aventuras de un loco coronado.)

—Tampoco. Pero aunque fuesen cien veces mas finos, les desafio á que adivinen que el rey de Suecia, sin otra escolta que la de su fiel amigo Reginold, atraviesa solo en este momento la floresta de Peipus para....

—¿Para qué? señor, porque aun no me lo habeis dicho, preguntó Reginold.

—¿Para qué?... Para satisfacer esa necesidad de espacio que me devora, para complacer á ese desprecio del peligro de que no puedo curarme, para obedecer á ese impulso que experimentaron Alejandro y César, el primero cuando tocó el suelo de la Persia, y el segundo el de las Galias. Su ejército los creyó perdidos.

—Vuestro ejército tambien os creerá perdido, dijo Reginold sin pensar en la lisonja.

—Será la única semejanza que podré tener en mi vida con Alejandro y César, respondió Carlos XII suspirando con tono sincero, porque toda su vida tuvo una modestia que rayaba en pudor. Pero á caballo...

—Apoyaba Carlos XII la punta de su bota en el estribo cuando una bala pasó silvando entre él y Reginold.

—Señor, una bala.

—Sí... las conozco desde mi desembarco en Copenhague..

—¿Querrán vuestra vida?

—Tal vez nuestra bolsa, repuso el rey, viendo y añadiendo: no deshonremos á los ladrones.

—Emprendió de nuevo el galope, pero atravesando una cali ta

estrecha que Reginold no pudo hacer que su caballo siguiese al del rey.

—El confidente estaba muy inquieto desde el tiro de mosquete dirigido á Carlos XII. A aquella ansiedad se unia en él la tristeza de que la caída de la noche vino á cogerles en medio de aquella floresta sobre la que bajaban montañas de nubes sombrías y heladas. Solo se consoló un poco cuando vió que la calle ensanchándose concluyó en una especie de llanura desde donde pudo descubrir el cielo y el horizonte, aun cuando uno y otro estuviesen bien velados por la niebla. En el centro de aquella llanura, deteniendo Reginold su caballo sin orden del rey ó de Carlos XII.

—Señor, os suplico que hagáis cesar mis inquietudes ó que al menos las disminuyáis.

—¿Qué nuevos temores te asaltan?

—Aquel tiro de mosquete ha justificado demasiado mis aprehensiones, otro segundo tiro puede obtener el resultado evitado en el primero.

—¿Sabes algún medio de ponerte al abrigo de las balas?

—Enteramente no; pero si es el rey lo que quieren, quitemos á vuestros asesinos el medio de distinguirse de mí.

—¡Pronto! no distinguirá nada, la floresta se va tornando negra como boca de lobo.

—No importa, señor, por otra parte quien sabe si mañana nos encontramos aun en ella? Si algún guía no nos indica el camino temo que así sea. Permitid señor que os proponga el que cambiemos de vestidos.

—¡Buena! para que te maten en mi lugar... Dejemos eso y sigamos corriendo. De todos modos la tempestad va á estallar... ¿Oyes? La floresta gime, las ramas barren la tierra...

—Señor, no daré un paso mas si no consentís en hacer lo que os propongo.

—Mi voluntad...

—Señor, vuestra vida es antes que vuestra voluntad.

—Reginold, quieres una cosa poco digna de valor.

—Tendréis, señor, otras muchas ocasiones de hacerlos matar sin esta la menos gloriosa de todas...

—Convenzo sin trabajo... Reginold, hagamos un arreglo.

—Con tal que ponga vuestra vida á salvo, lo acepto.

—Dame tu traje y toma el mío. ¿Estás contento?

—Casi.

—¿Cómo? ¿no te basta eso?

—Ahora deseo, señor, que cambiemos nuestras corbatas. Yo la llevo amarilla y vos la lleváis negra...

—¡No! ¡no! dijo el rey; he ahí precisamente el arreglo que yo proponía. Consiento en ponerte tu traje negro y en darte el mío, que es azul, pero quiero conservar mi corbata.

—Señor, no hay nadie en Europa mas que vos que lleve al cuello una corbata negra.

—Pues no me la quitaré. Basta que no tenga ya ese vestido azul para que sedude en reconocermelo...

—Pero no harán mas que dudar...

—Vamos, Reginold mío, no aguardemos la explosión de la tempestad en esta llanura de donde mas tarde nos será imposible salir.

El rey con su nuevo traje habia emprendido de nuevo el galope dirigiéndose hacia un punto de aquel vasto circulo de árboles, trazado en torno de ellos, y que á lo lejos no presentaba salida alguna. Si saldrían de allí no lo sabían, porque bien pronto, uniéndose la noche y la tempestad, hubiera sido difícil á un viajero hábitado á atravesar aquella floresta decir dónde se encontraba.

Conviene decir, sin ir mas lejos, en aquella floresta poco segura, cómo era que Carlos XII y Reginold la recorrian así.

La flota sueca, después de haber dejado á Copenhague, habia entrado en el golfo de Riga, en Libonia, y habia desembarcado en Pernaw dieciséis mil infantes y casi cuatro mil caballos. Aquel ejército estaba destinado á librar la ciudad de Narva sitiada por el Czar de Moscovia, mas tarde Pedro el Grande. Ningun lector ignora que Narva está en Ingria, y que Ingria es una provincia rusa que pertenecía en otro tiempo á los reyes de Suecia.

Apenas desembarcado, se habia lanzado el rey sobre un caballo, y seguido de Reginold habia ganado la floresta de Peipus con aquella fiebre conquistadora de que se habia visto acometido el mismo Napoleón cuando tocó por primera vez el suelo ruso. Es una especie de primera entrevista entre el conquistador y la conquista, cuyo velo quiere ser el primero á levantar. Pero el viento Norte, la niebla gris, el frío redoblaban sus esfuerzos encarnizándose entre sí, y todos contra la floresta removiéndola, levantándola y dejándola caer como un haz de secas ramas. Llovían hojas, pedazos de ramas tronchadas y copos de nieve en abundancia.

(Continuará.)

LELIA.

BALADA.

A mi apreciable amiga la Srta. doña Cristina Arriera.

I.

En un pequeño pueblo de la costa del Mediterráneo se levanta una humilde casita donde habitaban unos honrados pescadores, conocidos con los nombres de Anselmo y Feliciano.

II.

Lelia era el fruto de su entrañable amor. Lelia tenia el semblante de un ángel, sus ojos brillaban como el sol en las nubes de Occidente.

III.

Su tallo airoso como la palma, la ligereza de sus piés en la danza, su habilidad para tañer la cítara y la gracia con que entonaba las canciones marítimas, cautivaban la atención de los ancianos, la admiración de sus jóvenes compañeras y el amor de los festivos pescadores.

IV.

Muchos le ponderaron su cariño, pero Lelia cerraba sus oídos á las frases de amor. Su corazón estaba satisfecho con la ternura de sus amados padres y el cruzar en su barca el espumoso mar al caer de la tarde, sus cantos y sus bailes, distraían su alma brindándole verdadera felicidad.

V.

Entre todos los pescadores se distinguía Julio por el aspecto dulce y melancólico de su semblante, por la expresion de sus ojos y el acendrado amor que profesaba á Lelia.—Mas de una vez le confió con sus tiernas miradas y sus frases los sentimientos que abrigaba, y Lelia al escucharle sentía conmoverse su alma como si escuchara una música ignota, celestial, pero no por eso dejaba de tratarle con desdén.

VI.

El tiempo y la constancia lo pueden todo y Julio vió realizarse su esperanza. Al fin la joven no pudo disimular sus sentimientos y la llama del primer amor encendida en su pecho necesitó de los lábios para arrojar el fuego con que le abrasaba. El corazón de Julio comprendió, el de la joven y los dos se jugaron eterna adoración.

VII.

El pescador Ramiro que escuchó la confesion de los tiernos amantes y que amaba á la hija del venerable Anselmo, sintió arder en su pecho el terrible volcan de los celos y desde entonces comenzó á maquinarse la destruccion de los felices lazos que estrechaban sus corazones.

VIII.

Julio y Lelia, se veían cuando al ponerse el sol la oscura noche desplegaba su encanto sobre el cielo, y la luna que rielaba en el mar era testigo de sus juramentos, depositaria de sus confianzas y protectora de sus amores.

IX.

Los padres de la joven conocieron su pasión acogiéndola con el mayor placer.—Este consentimiento, que llenaba de dicha á los amantes, encendía mas y mas en Ramiro el deseo de venganza.

X.

No dejaba pasar la menor ocasion de turbar la ventura de los enamorados pescadores.—Con mil ardides, aunque encubierto con el manto del misterio, procuraba inspirar recelos á sus ancianos padres.

XI.

Pero todo era en vano: las virtudes de Julio y el entrañable amor que profesaba á Lelia aumentaban cada dia el cariño, que no solo ellos sino cuantos le conocían le profesaban.

XII.

Al ver lo infructuoso de sus planes, busca nuevos recursos y hace llegar á los oídos de Lelia que su amante falta á sus juramentos: para lograr su fin se vale de cuantas tretas puede finjar una imaginación avivada por el huracan de los celos. Mas nada lograron sus infames artificios.—Lelia escucha de los lábios de Julio la expresion de su amor y sus frases son verdaderas, son hijas de su alma, porque así lo manifiestan su sencillez y sentimiento.

XIII.

Su amor crece á medida que el tiempo en su carroza tirada por las horas, camina rápido hácia la eternidad, se aumenta con las dudas que nacen y espiran en los corazones de los dos enamorados.

XIV.

Julio posee dos barcas perfectamente pertrechadas y es además ahijado de una rica señora que le ama como á un hijo.—Julio no tiene padres; los perdió siendo niño y quedó bajo el amparo de su madrina y protectora.

XV.

Mas de una vez le ha aconsejado que trocase el oficio de pescador por la carrera de las armas ó cualquier otro oficio; pero Julio desoía sus consejos. Sus padres fueron pescadores; su herencia eran dos lanchas, y el hijo debía disfrutar la herencia de sus padres.

XVI.

Lelia por otro lado contaba con su pequeño ajuar y algunos ahorrillos que sus padres le destinaban; pero poseía la joya mas estimable, el tesoro mas grande que puede desearse; un alma pura, virtuosa; un alma de ángel, en fin.

XVII.

Julio se decide á pedirla á su padre por esposa. Llega á la habitación en donde están los venerables ancianos, les manifiesta sus deseos y mira con el mayor placer colmarse su esperanza. Los padres de la joven le conceden licencia para sus bodas. Besa el dichoso pescador su mano en señal de reconocimiento y sale presuroso de aquel sitio. Su alegría necesita expansión, aire.

XVIII.

Corre á buscar á su madrina; cuéntale el triunfo conseguido y parte á la ribera donde está su adorada. Lelia no ignora su felicidad. Verse, expresarse sus sentimientos, disfrutar de una inmensa alegría y bendecir á Dios todo en silencio, es obra de un instante. En aquel momento sus almas se tocan mas de cerca... su ventura comienza á ser mayor.

XIX.

La nueva se difunde por el pueblo, llega á Ramiro, y al escucharla tiembla de coraje. No, esclama, no verán realizarse sus deseos, lo juro por mi vida.

XX.

Parte del sitio donde se encuentra, se dirige á la playa, llega, convoca á varios pescadores despreciados de Lelia, refiérelas la union que va á verificarse, enciende en su pecho la hoguera de los celos, inspira les el odio y los apresta á la venganza.

XXI.

Entretanto Lelia y Julio sueñan con el dichoso porvenir que se ofrece á sus ojos, y mil y mil imágenes de ventura deleitan su corazón sencillo y virtuoso.

XXII.

Ramiro acuerda con sus amigos los medios de venganza... sus ojos centellean... su corazón late con violencia; en su rostro se pinta la ansiedad.

XXIII.

Apenas el crepúsculo ostenta sus variados colores, se ven votar al agua algunas lanchas. Una de ellas conduce á Lelia, que sale como siempre á echar la red y buscar el sustento á sus ancianos padres. Otras alegres pescadoras, imitándola, se lanzan á las movibles aguas.

XXIV.

El cielo se ha cubierto de oscuras y preñadas nubes que enturbian los brillantes colores del crepúsculo y ocultan la misteriosa claridad de la luna... La mar crece, el cierzo hinche las velas, impele con mayor celeridad los pequeños esquifes y azota el espumoso oleaje contra las escarpadas rocas.

XXV.

Julio va á lanzar su barquilla; pero la voz de Anselmo le detiene. Corre, hijo mio, dice, corre y devuélvenos á nuestra amada hija. Una de esas tempestades frecuentes en otoño amenaza con intensidad y es poco para resistirlo en el mar una endeble barquilla. Corre y volved al punto.

XXVI.

Julio arroja su esquife á las rugientes ondas y boga con destreza y rapidez. Apenas ha cortado con el timón la espuma cuando resuena

en la celeste bóveda un espantoso trueno y comienza á desprenderse de las nubes una copiosa lluvia que azota el viento con violencia, la barca se vé y se pierde entre las olas, y vuelve á aparecer: Anselmo se cobija bajo el techo de su morada, la inquietud se retrata en su semblante.

XXVII.

Brilla un relámpago á cuya claridad se descubre el espacio del mar. Retumban en la cóncava esfera un trueno y otro trueno, el igneo rayo se precipita desde la etérea cumbre á las revueltas aguas y se sepulta en líquido seno, las centellas serpean, los cabellos del ángel de la tempestad agitados por el aquilon se estenden por el espacio y oscurecen el azulado color del firmamento... Julio boga... Lelia ha torcido el timon de su esquife y se encamina hácia la playa; con la oscuridad no ha divisado la barca de su amante que ha pasado á su lado.

XXVIII.

Cinco barcas siguen con rápido bogar la de la triste Lelia. En tanto sus afligidos padres temen por su tardanza é invocan á la Virgen para que la liberte de la furia del mar.

XXIX.

De pronto el esquife de la amante de Julio encuentra una barrera: no puede adelantar un solo paso; Lelia se estremece, ve saltar á su barca un bulto y reconoce á Ramiro. A su vista no puede menos de lanzar un grito que se pierde entre el rumor de las olas y los vientos. Julio vira el timon de su lancha buscando á Lelia por do quiera, pero Lelia no parece y el enamorado mancebo comienza á inquietarse.

XXX.

Otros tres cómplices del infame Ramiro penetran en la barca y ayudan á Ramiro á llevarla á la suya. Lelia quiere gritar; pero ahogan sus gritos con una cruel mordaza.

XXXI.

Uno de los cinco pescadores ha dejado á sus compañeros, encaminándose á la orilla, y al mismo tiempo que Lelia padecía, llegaba á la morada de sus padres... Llama, y el golpear de su mano en la tosca madera inunda de alegría á Anselmo y Feliciano.

—¡Ya está ahí! ¡ya está ahí! esclama la anciana pescadora corriendo á abrir la puerta. Apenas la abre retrocede; no es su hija; su goce se ha trocado en temor.

XXXII.

—¿Qué quereis? pregunta al pescador.

—Perdonad, le responde; he venido á anunciaros una grave desgracia.

—¿Cuál? decidmela pronto.

—¿Conoceis á Ramiro?

—Sí.

—¿Sabeis que amaba á vuestra hija?

—Sí.

—¿Y que ella no le corresponde?

—Cierto.

—Pues bien, os la ha robado.

—¿A mi hija?

—Sí, la esperó, la arrancó de su barca y los vi desaparecer.

XXXIII.

Aquel pescador era bueno, y aunque impulsado por Ramiro en el momento de perpetrar el rapto, abandonó á su amigo y fué á dar parte á los padres de Lelia. Su conciencia le aconsejó, y pocas veces la conciencia nos engaña en lo que debemos hacer.

XXXIV.

—¡Me la han robado! dijo la tierna madre al escuchar tan infausta noticia; ¡me la han robado! ¡ah! corred, alcanzadla, alcanzadla.

—Me parece escusado; además, la tempestad amenaza consumir las embarcaciones.

Os daremos todo cuanto querais, cuanto poseemos, dice Anselmo que ha escuchado la nueva, pero si no yo iré, yo iré, qué me importa la tempestad, mi hija! mi hija!

XXXV.

El mensajero desaparece.—Anselmo corre á la playa, olvida sus achaques, sus años, lánzase al agua en una lancha y corre presuroso sin saber qué camino ha de tomar; su dolor le da fuerzas, sus remos cortan las ondas con suma rapidez.

XXXVI.

Ramiro conduce en su barquilla á la inocente y desgraciada Lelia, los pescadores sus amigos le abandonan, el acento de la tempestad los

estremece.—La joven está desmayada. El infame raptor voga mar adentro llevándose su presa.

XXXVII.

Las rocas se le figuran otros tantos verdugos dispuestos á castigar su crimen, el ruido de las oleadas le asusta, el trueno le horroriza, quiere apagar con su soplo el resplandor de los relámpagos para que no descubran en su frente el sello de los réprobos.

XXXVIII.

Vuela, vuela, barquilla dice el padre de Lelia.—Vuela, repite Julio, bogando con vigor: los dos caminan cerca el uno del otro, Julio le lleva cien pasos de distancia.

XXXIX.

Lelia, vuelve en sí, rompe las ligaduras que la oprimen y comienza á gritar, sus gritos se confunden con el fragor del trueno, el rumor de las olas y el ruido de la lluvia.—Ramiro quiere sujetarla de nuevo, pero no puede, necesita remar, si cesa su barquilla va á ser juguete de las olas.

XL.

Lelia cobra valor, grita de nuevo y se lanza á las aguas: antes que ser de Ramiro prefiere sepultarse en su seno... El oleage la sostiene, grita y su voz llega á oídos de Julio.—Julio la responde y la anima, el acento de Julio llega á oído de Anselmo. Julio desea hallar á Lelia, Anselmo á Julio.

XLI.

Apenas Lelia se ha lanzado á las aguas, brilla un relámpago y retumba el trueno. Ramiro va á seguirla, pero las voces de Julio le detienen y viéndose perdido se aleja con rapidez de aquel paraje.

XLII.

Julio ha visto con el resplandor á su amada luchando entre las olas á muy corta distancia; llega, la encuentra próxima á perecer, la salva y la conduce en su barquilla; la tempestad se aleja acreciendo enfraigor... la luna asoma temerosa sobre un grupo de nubes.

XLIII.

Julio prodiga á Lelia los mas tiernos cuidados, engaja sus vestidos con una manta y boga hácia la orilla.—Julio ignoraba cuanto habia pasado, no abrigaba en su pecho el menor deseo de venganza y habia salvado la joya de mas precio para él, su triunfo era completo. Julio se consideraba el mas feliz de los hombres.

XLIV.

Su barca se encuentra con la de su padre: Anselmo se precipita en sus brazos... la has salvado, hijo mio, la has salvado. Dios te bendiga, dice, y las lágrimas resbalan por sus mejillas... Lelia estrecha á su padre... la tempestad se oye mas lejana, la luna muestra su claridad con mayor fuerza... los oscuros nubarrones se disipan.

XLV.

—¿Y el infame Ramiro? pregunta Anselmo á su hija.

—Oh! vos sabéis responde... Pude salvarme de sus manos arrojándome al agua... quiso seguirme, mas al oír las voces de Julio tembló y huyó.

Julio estraña las frases de su amada, ella le refiere cuanto le ha sucedido, su semblante se enciende, quiere seguir al malhechor, pero su padre le disuade y los tres se encaminan hácia la playa.

XLVI.

Llegan, su madre los espera, al verse reunidos su alegría es inmensa, póstranse allí sobre la arena y bendicen á Dios... las horas de dolor se truecan en horas de placer.

XLVII.

—Poco despues se celebraban unas bodas en la iglesia del pueblo. Una jóven hermosa caminaba al lado de un gallardo mancebo. Detrás iba un numeroso séquito... Aquellos jóvenes tan felices eran la terna Lelia y su adorado Julio.—Ramiro no volvió á parecer.

XLVIII.

Ramiro habia hallado castigo de la justicia del pederoso. Un rayo le consumió con su barquilla... Todavía cuando ruge la tempestad, se mira alzarse de entre las aguas una sombra que vuelve á hundirse. Los pescadores nunca pasan por el sitio donde aparece y si descubren la sombra desde la playa, retroceden horrorizados y se guarecen en sus albergues. Aquella sombra es el alma de Ramiro condenada á vivir padeciendo eternamente.

S. J. NOMBELA.

EL JUICIO FINAL.

POR

EMILIO BLANCHET.

XIV.

¿Y cómo pudo á fin tan espantoso,
Oh creación, tu autor abandonarte?
La suave luna, el sol esplendoroso,
Las flores con que usabas perfumarte,
El bosque murmurante y majestuoso,
Aves, diestros cantores sin el arte,
La sublime cascada, el claro río,
Un fin no merecian tan impio!

XV.

Mas eras ¡ay! del hombre la morada,
En ti exhaló su aliento emponzoñado,
Y quedó tu hermosura deslustrada,
Y su obra cara vió el Señor airado.
Así rica mansion dejó manchada,
Traidor valiente en lides renombrado,
Y su señor, henchido de nobleza,
Dió á las llamas su espléndida belleza.

XVI.

Oh! qué luz tan hermosa, tan brillante,
La creación de súbito ilumina!
Tu lumbré, oh sol, mas bella y fulgurante
De compararse á esta no era dina.
Jamás caudillo al retornar triunfante
De la empresa mas alta y peregrina,
Con música cual esta tan pomposa
Engalanó su entrada majestuosa.

XVII.

Digna enseña del rey de la dulzura,
Tiende la cruz los brazos bienchoreos
En la región de espléndida hermosura,
Los astros ostentaban brilladores.
Signo un día de opróbio y de tortura,
Solo de un Dios la sangre y los dolores
En árbol convertirla consiguieron,
Do vida y luz los hombres recibieron.

XVIII.

Por fin descendiendo el celestial cordero!
Oh! cuán serena, cuán gloriosamente!
Tal como el astro de la luz venero,
Cuando torna el ocaso refulgente!
En pos descenden los que á un mundo fiero
Mostraron en suplicios su fé ingente,
Y la legion angélica y gloriosa,
Que del triunfo en el júbilo rebosa.

XIX.

Salve, Jesus, oh divinal consuelo,
De la mas dura y borrascosa vida,
Al corazon que postra horrible duelo
Esperanza dulcísima y florida!
Al proletario que no vé en el suelo
Mano auxiliante de piedad movida,
Gozo le das, le infundes fortaleza,
Y el rey le envidia en medio su grandeza.

XX.

¡Salud, infatigable mediadora,
Arca santa de amor y poesia,
O música del alma encantadora,
Emblema del pudor, Virgen Marial
A tu nombre, que mágica atesora,
Se embelesan en cándida alegría
Y se bañan en luz los corazones
Y toda boca exhala bendiciones!

XXI.

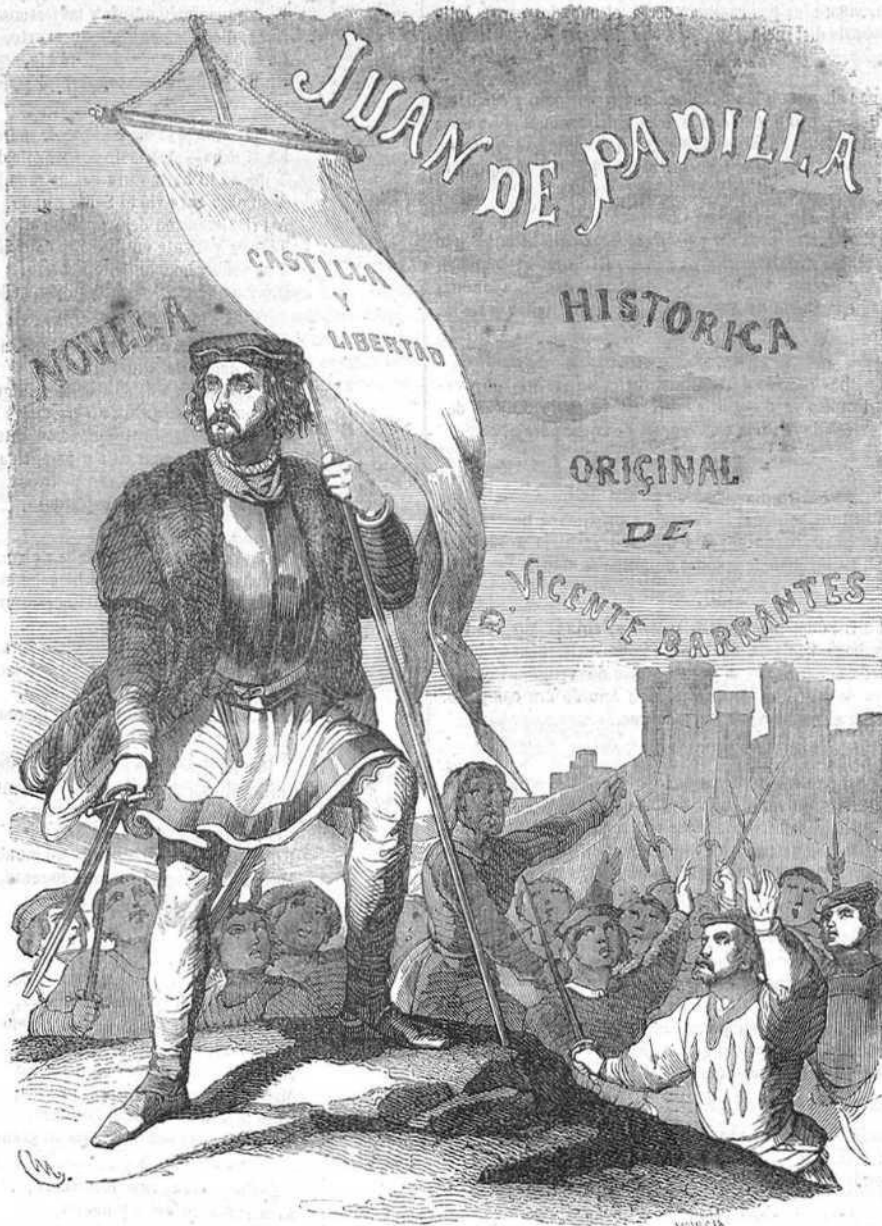
Hierve ya innumerable muchedumbre
De Josafat en el recinto estrecho:
Generaciones mil que en podredumbre
Siglos yacieron en t'reno lecho,
Sus ojos bañan nueva vez en lumbré,
El aire nueva vez llena su pecho,
Y todas por destino inevitable
Vienen á oír sentencia irrevocable.

XXII.

Los que en Babel sin entenderse hab'aron,
 Los que tenaces en Alá creyeron,
 Los que á Cristo entre llamas casalzaron,
 Los voluptuosos que en Sodoma ardieron,
 Los que en naves el mar atravesaron
 Con humo que aguas fértiles codieron.
 Héroes y monstruos, ricos é indigentes,
 El fallo en calma esperan ó trementes.

XXIII.

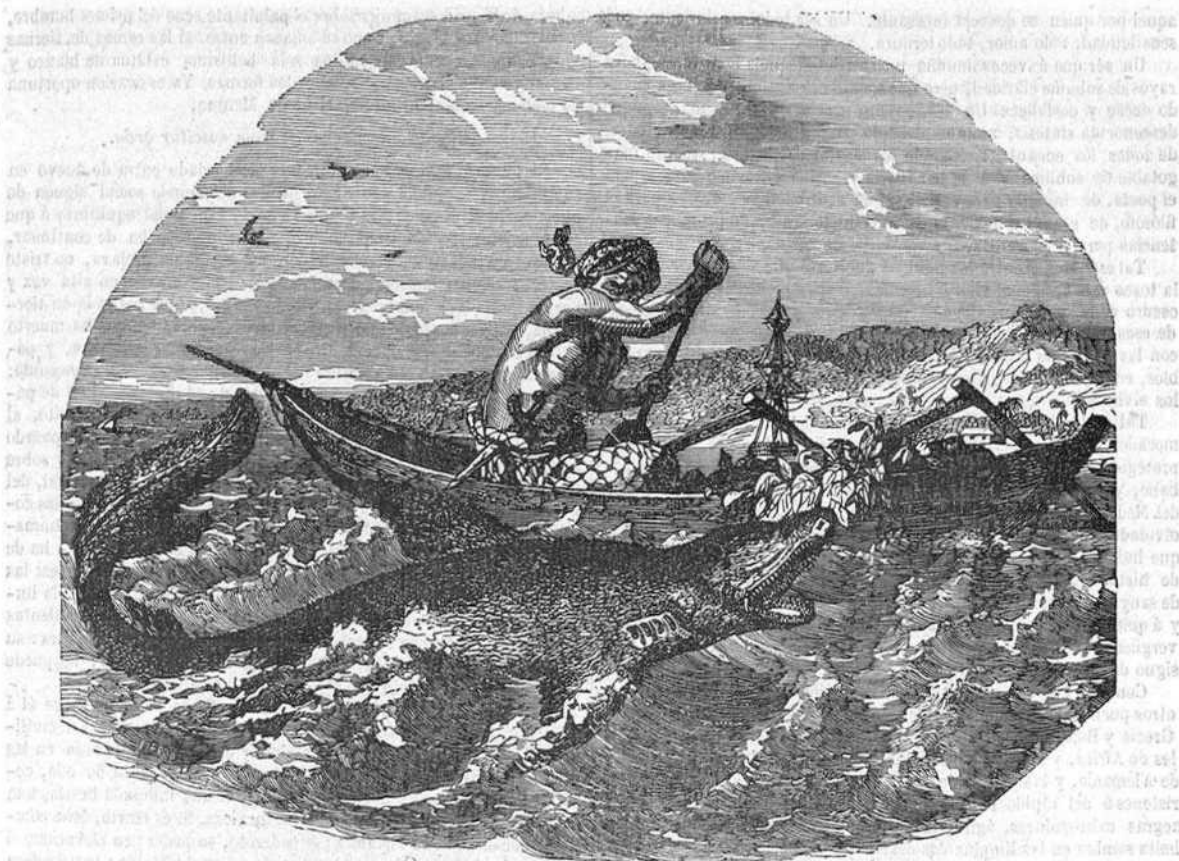
Con faz do brilla júbilo sereno,
 Sutil el cuerpo, á par de luminoso,
 Se ven los héroes que, con pecho lleno
 De entusiasmo sublime y terroroso,
 La justicia acalaron, que en el cieno
 Magullada lanzára el poderoso,
 Y por doblarle humildes la rodilla
 Presentaron el cuello á la cuchilla.
(Se continuará.)



El marasmo de nuestra literatura es un hecho tan notorio como triste, que no por explicarse fácilmente, deja de ser funesto. Cuando la política y las gravísimas cuestiones con ella enlazadas, preocupan todas las inteligencias, es un verdadero acontecimiento la publicación de una obra literaria escrita con la conciencia y elevación propias, de quien cultiva honrosamente las letras, en este caso se encuentra nuestro joven y querido amigo D. Vicente Barrantes, autor de una bellísima novela, que con el título de JUAN DE PADILLA, ha empezado á publicarse.

Nuestra amistad con el señor Barrantes no consiente que dedique-

mos un largo artículo á examinarla, pues aunque la conocemos en su totalidad, creeriase que tratábamos de prevenir la opinión del público, en favor de una obra, que no necesita estrafías alabanzas, porque ella misma es su recomendación. Sin embargo, al anunciar en el SEMANARIO esta linda novela, tenemos el deber de dejar consignado que en ella encontrará el lector exactas y filosóficas apreciaciones del período acaso mas importante de nuestra historia; caracteres admirablemente dibujados; pasiones manejadas con rara habilidad; escenas de infinita ternura; y un estilo fácil y elegante á veces, y á veces enérgico y elevado, y siempre castizo y puro.



CANOA DE JAVA HUYENDO DE UN TIBURON.

Recuerdo, dice John Barrow, haber visto en alguna otra parte del mundo, una cantidad tan considerable de *marrajo* (tiburón) como en la playa de Aujenia, (aldea de Java) donde eran continuamente cazados, porque allí acuden atraídos por los trozos de carne, que arrastra la ría y arroja á las costas.

Un día que me encontraba en aquella rada, lancé un harpon á uno de esos voraces animales desde la galería de popa del navio *Indostan*, y faltó poco para que no me arrastrase al mar. Luego que el animal sintió en sus mandíbulas el hierro, se sumergió tirando con toda su fuerza de la cuerda, que habiéndose enredado en el armazon de la galería, arrebató repentinamente una gran parte de la balastrada.

En la rapidez con que se torció la cuerda, lióse una punta á mi brazo; pero en el momento en que yo iba á ser arrebatado, apareció el cetáceo en la superficie del agua, y alojé la cuerda para que pudiese libertar mi brazo, y salvarme. Confieso que estuve aterrado, pero mas al parecer lo estaba un jóven indigena, que se aproximaba á la popa del navio en una canoa cargada de frutas y legumbres. Su fragil esquiube estuvo en gran peligro de zozobrar, gracias á los colazos y furiosos movimientos del animal. Los esfuerzos que hacia para alejarse del rabioso cetáceo, el temor pintado en sus facciones, ofrecian un espectáculo verdaderamente dramático, del que nuestro dibujante sacó rápidamente una copia. El pobre indigena escapó del peligro, y el cetáceo, preso con un nuevo harpon, fué subido al navio. En su estómago se encontró la cabeza, una ternera y gran número de huesos. Tenia mas de dos pies de longitud.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

(Conclusion.)

En estos pueblos, á quienes llaman salvajes los retóricos romanos y bárbaros los filósofos griegos, no es la mujer una cautiva despreciada, una vil sierva destinada tan solo á procurar pasaje-

ros solaces á su señor, ó á distraer sus vulgares ocios. En estos pueblos, como en el pueblo hebreo, la mujer es mujer, es madre, es esposa, es hija, es lo que debe ser: un ángel protector, de dulcísimo semblante, que se cierne risueño sobre la cuna do reposa la infancia y parece cubrirla, hermosísima paloma, con sus blancas alas, á la manera que cubren las ramas de melancólico sauce la tumba que descansa en la ribera del lago solitario: un ángel tambien, un celestial querube, un ser de indefinible esencia que se nos aparece envuelto en vagos y nebulosos vapores, tan luego como á la infancia sucede la edad juvenil: ser, mas divino que humano, que nos sonríe en esta edad de placer y ventura, que se mece ante nuestras miradas, como fantástica sombra que vaga por el horizonte en medio de serena noche; que llama á sí con fuerza irresistible nuestras primeras ilusiones, y las recoge cariñosas y las agita dentro de su seno como el aura de la tarde agita el áreo nido que pende de frágil rama: ser de celestiales formas, de indecibles encantos, de sobrenatural hermosura, al hombre nó mas á Dios solo comprensible; que nos sublima ó anodada; que roba nuestro corazon y le embelesa ó le atormenta y aniquila; que nos hace á veces suspirar de dolor, lanzar gritos de febril alegría, cual delirantes carcajadas de una mente loca, cual siniestra sonrisa de un semblante cadavérico, cual ¡ay! desgarrador de un pecho convulsivo: sér purísimo y santo, en cuya casta mirada behemus la luz que ilumina nuestra inteligencia y el fuego que alimenta nuestro corazon: ser, en fin, para la vejez grato como el rocío á los campos, como el sol á las flores, como el beso de la madre á la mejilla del tierno infante, como grato al que llora en solitaria torre, el canto nocturno del nauta que guía su nave sobre el lago apacible.

Tal es la mujer en estos pueblos. Una diosa protectora; un ánge consolador, un génio misterioso que guía, con mano cierta, los trémulos pasos de la infancia y vela sobre ella; que eleva y purifica el corazon de la juventud, cuando nó, tempranamente manchado por criminales vicios, y agranda é inspira su mente, cuando nó, lánguida y abatida y por estéril ociosidad devorada. Es un sér de exquisita naturaleza, de sobrehumana sensibilidad, que se adhiere á la ruda fortaleza del hombre, como endeble yedra al robusto tronco del árbol, para templarla y embellecerla. Es un sér siempre amigo, siempre fiel, siempre cariñoso, que no vive para sí sino para los demás, que pide á su inspirado corazon los consejos que ha de comunicar al corazon de

28 DE OCTUBRE DE 1855.

aquel por quien se desvela incesante. Un sér todo sentimiento, todo sensibilidad, todo amor, todo ternura.

Un sér que á veces ilumina nuestra inteligencia con inesperados rayos de sublime claridad, pero que siempre la sostiene y alienta cuando decae y desfallece. Un sér, en fin, preciosa y riquísima, aunque desconocida síntesis, aunque olvidada conjunto de todas las virtudes, de todos los encantos: fecundo manantial de belleza, fuente inagotable de sublime y á la par tierna y melancólica inspiración para el poeta, de ingenio para el artista, de sentimientos elevados para el filósofo, de graves reflexiones para el historiador, de profundas sentencias para el moralista.

Tal es la mujer entre los pueblos del Norte que tienen por morada la tosca cabaña que el viento derrumba ó el estrecho desfiladero de un oscuro valle, y por cielo la sombría espesura de sus incultos bosques: de esos pueblos indómitos que parecen tan solo cambiar sus afectos con las fieras que cruzan los lugares que habitan: de esos pobres pueblos, en fin, á quienes llaman *salvajes* los hombres cultos del Mediodía, los civilizados griegos y los graves romanos.

Tal es también el feliz, el lisonjero estado de la mujer entre los moradores de ese apartado rincón del imperio de Augusto, que parece protegido por la sombra que despiden sobre él los altos cedros del Líbano, y cuyos opuestos límites se confunden con las tranquilas olas del Mediterráneo y las aguas cristalinas del Eufrates. Componen sus olvidados moradores, tan olvidados de las demás naciones como los que habitan las selvas del Septentrion, un pueblo de todosignorado, de historia de todos desconocida, cuyas tristes páginas, coal si fueran de sangre, parecen borradas del libro eterno de las de los demás pueblos y á quienes sus enemigos ó rivales, entonces como ahora, arrojan lodo y vergüenza á la cara y parecen fijarle sobre la enlutada frente, cual signo de infamia, el negro estigma de judío.

Compare ahora quien quiera la condición de la mujer en unos y otros pueblos. Tienen quien para ello tenga alientos una mirada sobre Grecia y Roma, sobre Cartago y Persépolis, sobre los desiertos arenales de Africa, y las feraces llanuras del Asia, sobre las selvas vírgenes de Alemania, y las riberas de eterno verdor orladas del majestuoso Boristenes ó del rápido Tanais, á cuyas aguas conducen los Alanos sus negras cabalgaduras, ágiles las garzas que acuden á reflejar su esbelta sombra en las limpias olas del Nilo; téndala por toda la vasta extensión del mundo entonces conocido, por todo el espacio que abarca en su círculo de yerro el ancho poder de Roma, por todo lo que pueda descubrir desde las gigantescas cumbres del Atlas hasta las heladas cimas del Himalaya; déjala, en fin, extenderse por do quiera y vagar caprichosa por el ámbito inmenso que le traza el orbe y descubrirá quien tal haga, que es triste y muy triste la condición de ese sér de encantadora hermosura, aunque por el pesar anublada, de ese sér de peregrina belleza, aunque por el llanto marchita, que los antiguos llamaban esclava y que nosotros apellidamos mujer. ¡Hallará, quien tal haga, que está roto el equilibrio en la balanza de la consideración social que á la mujer se debe; que sube en demasía uno de los platillos de donde pende, en perjuicio del otro que baja hasta tocar en tierra; que los países en que la mujer es mujer, es madre, es hija, es esposa y no despreciada cautiva, envilecida esclava, inmunda concubina, usual juguete del capricho del hombre, mueble gastado que aleja de su aposento; que esos países en que el hombre tributa á la mujer el homenaje que es debido á su belleza, el respeto que su virtud merece, el cariño con que se alimenta su ardiente corazón, siempre deseoso de amor, siempre hambriento de suaves emociones, en la vasta asamblea de los demás países, están en escasa minoría.

Tal desigualdad, tan marcado desnivel, tan lamentable trastorno, tan grande falta de armonía y equilibrio en los hechos humanos no puede prolongarse por mas tiempo. Harlo ha durado ya esta obra inhumana de siglos de tinieblas, de espíritus malvados, de generaciones corrompidas. Para crimen basta. Basta también para el triunfo de la iniquidad sobre la virtud, del odio sobre el amor, de la repugnante fealdad sobre la seductora belleza. Harlo ha sido hollada, por la ley fatal de los contrastes, la suprema ley de la sanción divina y humana. Harlo ha sido desconocido, roto y humillado, el equilibrio que preside, como la diosa Temis en el templo de la Justicia, á los actos del hombre, de la familia, de la tribu y de la sociedad.

Ya es hora llegada para la mujer de entonar, cual inspirado Yoad por divina luz, cual iluminado Virgilio por natural claridad, el himno de nueva era de paz y ventura. Ya es venido el tiempo por la razón de Dios fijado, por la ley moral de la humanidad requerido, por el orden de los contrastes motivado y por la necesidad histórica, por la necesidad social explicado, de que cese el trastorno total de los hechos de la idea y del sentimiento; de que la ley moral, religiosa, política, social, filosófica y artística se cumpla; de que el equilibrio se restablezca; de que se equiparen, hasta ahora, las muy desiguales entidades del hombre y de la mujer; de que las cosas, en fin, vuelvan á su primitivo estado, del cual nunca debieran salir, cuando inclinada suavemente la

cabaza de la primera mujer sobre el palpitante seno del primer hombre, y enlazados sus brazos, como se enlazan entre sí las ramas de tiernas vides, parecían confundir en una sola bellísima estatua de blanco y fino mármol de Carrara, sus delicadas formas. Ya es ocasión oportuna de esclamar con el inspirado cisne de Mantua,

Magnus ad integrum seborum nascitur ordo.

El impulso está dado: el torrente desbordado entra de nuevo en su antiguo y tranquilo cauce: los hechos del mundo social siguen de nuevo su natural curso: la ley de la proporción y del equilibrio á que están sujetos recobra su perdido imperio: la mujer ha de continuar, de aquí en adelante, siendo mujer, no miserable esclava, no triste cautiva: sus desconocidos derechos han de proclamarse en alta voz y por do quiera haya hombres: su noble estatura, antes postrada en tierra, ha de alzarse ahora imponente, como la sombra del que ha muerto en alevé traición se alza de la tumba para demandar venganza, y ponerse frente á frente á la estatura del hombre y permanecer así erguida: las diferencias han de borrarse para siempre: el nivel social ha de pasar sobre la cabeza de ambos sin torcerse ni inclinarse un punto, al tocar en la cabeza de la mujer: lo que fué ha desaparecido: lo pasado no existe ya: el foso que separaba á uno de otro se ha cegado y sobre él se ha corrido el rastrillo nivelador: la mujer se ha hecho igual, del todo igual, al hombre. Mas aun: la ley del progreso, como todas las cosas humanas, recibe el influjo de las leyes de la proporción: la humanidad camina, el hombre también: lo que hoy es bueno, mañana ha de ser mejor: lo que en otro tiempo ha sido malo, hoy día ya no lo es: las cosas tienden constantemente á su mejoramiento y perfección: la humanidad, cual misteriosa locomotora, camina por medio de violentas sacudidas: el impulso de una rueda hace moverse y andar la otra: su trabajo es un tejido igual al de los eslabones de una cadena: no puede menearse un extremo sin que al punto se menee toda ella.

La mujer colocada al nivel del hombre ha de elevarse sobre él á medida que éste se eleve también en civilización y cultura. La civilización está reñida con la personalidad y el egoísmo y basada en las ideas contrarias. El hombre que siente su fuerza y abusa de ella, como en la antigua sociedad, no es hombre, es una inmundada bestia, una fiera del campo, un monstruo de la naturaleza. Si es fuerte, debe compartir con el débil su fortaleza; si poderoso, su poder; su elevación, si elevado. La belleza de su alma consiste en su hidalguía: la grandeza de sus ideas, en el uso que en favor de otros sabe hacer de ellas: la nobleza de sus sentimientos, en sus actos de generosidad, de virtud y heroísmo. El hombre debe ser, debe creerse y decirse inferior á la mujer, sino en el ancho círculo de la vida social, al menos en la modesta esfera de la vida privada, no por otra razón que porque es hombre, porque es representante de la fuerza, símbolo del poder; porque ejerce el mando, porque es en una palabra síntesis del valimiento social y porque es muy propio de una alma elevada, y porque sienta bien á un corazón hidalgo no hacer alarde de fuerza ante la debilidad. En la lucha social que se entabla entre el hombre y la mujer, cuadra muy bien al primero pretestar ignorancia del arma que maneja y dejarse vencer. El mérito de su derrota está en que podría salir victorioso. El cristianismo, al dulcificar la ruda fiera del hombre antiguo, al templar sus ásperas costumbres y desabridos modales, le dió ideas de generosidad, de hidalguía y caballerismo, antes desconocidas. Le hizo grande, noble, elevado, hidalgo, cumplido caballero, obsequioso galán, respetuoso marido. Hizole pródigo de su persona y de sus sentimientos para con la mujer. Díole de esta la mas alta idea. Enseñóle á respetarla como madre, á quererla como hijo, á adorarla como amante, á divinizarla como esposo. Enseñóle cuán bello era pararse ante la mujer y contemplar estasiado su hermosura, y beber su mirada inspiradora, y respirar su ábito perfumado de eandor y de inocencia, y quedar pendiente de sus labios olorosos cual las rosas del Pestan, y oír su palabra, grata como el susurro del agua, lánguida como el melancólico gemido del arpa eolia que suspira al contacto del viento, y dulce al corazón como grata al paladar, la miel del Híbla.

Dijo, en fin, el cristianismo al hombre, que no puede haber familia, que no puede existir tribu, que es imposible la sociedad, imposible el mundo si no ama, si no respeta á la mujer; si no rinde culto á su belleza; si no tiene en mucho los sentimientos de amor, de dulzura, de cariño, que brotan fecundos de su corazón, cual raudales de luz de un poco luminoso; si no admira la cantidad de sus ideas, la pureza de sus intenciones, la inconstancia misma de sus deseos hija, no de su corazón, sino de sus desengaños; el heroísmo y la sublimidad de sus actos vaciados en el perpétuo molde de la abnegación y del sacrificio; si no la eleva dentro de sí una ara do queme día y noche sabroso incienso en loor de sus celestiales virtudes.

Hé aquí como, de la perfección sucesiva de la inteligencia y de sentimiento del hombre en el mando moderno, nace su progresivo respeto hacia la mujer. Hé aquí como, yendo en aumento este respeto, en aumento también este culto y admiración, debe ser para él la mu-

no un sér igual á su propio sér, no; mas un sér sobrenatural, casi un ángel, una divinidad. Hé aquí, en fin, lo que fué en la primitiva sociedad cristiana, en esa oculta sociedad que tenía por morada las negras catacumbas de Roma sobre las cuales rodaban las carrozas de los Césares; lo que fué en la literatura sagrada de los padres de la Iglesia, en los primeros siglos del cristianismo; lo que fué en la mayor parte de las literaturas de Europa, y sobre todo en la española; lo que también debió ser en la literatura provenzal y lo que desgraciadamente no fué.

No olvidemos una cosa. En la literatura oriental, en la literatura árabe, la mujer ocupa el mismo puesto que en la literatura sagrada, en la literatura de las modernas naciones cristianas. Reiteremos lo que acabamos de manifestar al final de nuestra anterior frase. En la literatura de Provenza no es lo que debiera la condición de la mujer: su estado es un verdadero contrasentido; el puesto que ocupa una irritación, una burla, un sarcasmo. La aguja que recorre la vasta esfera del tiempo ha permanecido inmóvil para ella: en los siglos XI, XII, y XIII, que atraviesa esta literatura en su rápida existencia, cual hada misteriosa que cruza el horizonte en la noche serena, la mujer se encuentra como en Grecia y Roma, cubierto el rostro con el velo del dolor, cual se cubre la estatua del tirano con el velo de ignominia, hinchados los ojos de ardientes lágrimas, desconocida su virtud, hollado su pudor, burlada su belleza, despedazado su corazón de virgen y de madre, y tan solo deseada, vil juguete que se tiene en la mano y luego se rompe, para satisfacer criminales, impúdicos deseos.

Pero no trastornemos el orden de nuestras ideas. No anticipemos detalles que vendrán en su lugar. Haremos luego la historia de la mujer entre los provenzales. Diremos cómo la aman, y cómo cantan himnos de alabanza á sus grandes virtudes. Diremos la fuente impura de donde beben la inspiración, el fuego sacrilego que arde en su pecho, encendido volcán que vomita de sus estrías lavas abrasadoras y luz de siniestro esplendor; la idea infame que dirige hacia la mujer su mirada, seductora serpiente que dormida en la ribera del lago atrae con ayes lastimeros al incauto viajero; y aun reproduciremos también algunos de esos ecos pavorosos que se destacan, lamentos de desesperación, gemidos de sombrío despecho, de su lira ronca y destemplada. Diremos todo esto y cuanto, ramas del tronco que con él se unen, con lo que acabamos de esponer tenga relación. Mas lo diremos en tiempo oportuno. Para comprender bien como cantaron los poetas de Provenza á la mujer, es menester decir antes cómo la cantaron los vates de Oriente, los vates de Grecia y Roma, y los primeros vates que produjo el Cristianismo. Aficionados á los estudios comparativos, no es extraño demos este giro especial á nuestro discurso. Cuando hayamos dicho cómo celebran á la mujer los vates de la literatura provenzal, diremos también cómo la celebran los poetas de la literatura árabe. Volveremos con esto al punto de donde partimos. Nuestros lectores nos perdonarán los rodeos.

ANTONIO DE AQUINO.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

La incomodidad era grande y la noche se oscurecía cada vez mas sobre aquel monton de cosas en desorden. Los caballos no encontraban donde poner el pié, se hundían algunas veces en la nieve hasta las rodillas; otras veces iban á chocar con los troncos de árboles, que como grandes cadáveres se encontraban tendidos en el camino, si camino puede llamarse al sendero casi trazado por el hacha en el corazón de la selva. La nieve se había amontonado de tal manera en derredor de ellos y de sus ginetes, que formaban entre unos y otros dos estatuas ecuestres de mármol blanco. Decididamente Carlos XII y su compañero, pagando cara una temeridad inútil, estaban perdidos. No había salvación para ellos, dirigiéranse á un lado ó á otro: el único partido que tenían que tomar era el de no pararse, á menos que quisieran condenarse á morir de frío en medio de aquella noche, mas oscura cada hora y mas helada.

—Mi hermano Pedro Alexiowitz, dijo el rey, mirando al cielo, me pagará esta carrera en los dominios que ha querido tomarme, porque al fin, aunque el paraje no es hermoso, yo estoy en mi casa.

—Y tanto estais en vuestra casa, señor, que hé aquí á vuestros vasallos, que vienen á rendiros homenaje. ¿Oís sus gritos?

—¿Lobos?

Reginold no tuvo necesidad de hablar mas, porque tres lobos de brillantes ojos lanzaron tres aullidos y tres llamaradas al cortar el camino, con saltos que indicaban que estaban hambrientos.

—Esto se va poniendo sério.

Reginold cogió una de sus pistolas y la amartilló.

—Lo mas tarde posible, amigo mío, porque si no matamos, nos matarán, dijo el rey. Idos al diablo si quereis, añadió en seguida, soltando la brida á su caballo: bastante tiempo os hemos conducido, ahora, conducidnos.

Y los dos caballos fueron abandonados á sus propios instintos: á ellos se confiaba el salvar á sus dueños del peligro común. Los caballos comprendieron: el miedo, sobre todo, aumentó su inteligencia, y corriendo á todo escape sobre la nieve, entre dos filas de lobos, cuya timidez acaso no duraría siempre, llevaron á los dos caballeros al espacio que remolineaba.

—¡Viva la guerra! exclamó el joven príncipe en medio de aquella carrera peligrosa. Es una felicidad que mi reino se gobierne, y que mis pasiones se callen ante la gran pasión de la guerra.

Precipitose un lobo al cuello de su caballo; pero apenas habían rozado sus dientes la piel de la bestia, cuyo cuerpo todo se había estremecido, cuando le abrió la cabeza de un pistoletazo.

Luego repuso tranquilamente:

—¿Qué has hecho en Copenhague durante las fiestas que allí se os han dado, Reginold? Se dice que en las del baron de Sandel había mujeres muy lindas.

—Sí, señor; pero ese lobo...

—No te hablo del lobo, replicó el rey riendo, sino de las mujeres dinamarquesas.

—Sabeis que son muy amables para los extranjeros, y que en general son bastante débiles para con los vencedores?...

—Te encuentro melancólico al decir una cosa bastante alegre, Reginold; ¿me ocultarías alguna pasión que galopase con nosotros en este momento? Mas vale tener cerca lobos, aun cuando sean rabiosos... ¿Ves?

—¡Oh, sí!...

—Decididamente, Reginold, creo que has adquirido el mal que yo he desechado.

—¿Se desembaraça uno de él cómo y cuándo quiere?

—Cómo y cuando puede.

—¿Se puede siempre?

—¿Has hecho como yo? ¿has arrojado al mar las cartas y el retrato de la que amabas? porque veo que has amado, que amas todavía... mala cosa para la guerra. En virtud de un movimiento puramente maquinal producido por el resorte tan poderoso del recuerdo, olvidando Carlos XII que había cambiado su traje con el de Reginold, metió su mano en los bolsillos.

Reginold lanzó un grito... se acordó con un sentimiento indecible de terror que en su celo por ocultar al rey bajo su traje había olvidado que en uno de los bolsillos de aquel traje se encontraban las cartas y el retrato de la falsa condesa de Koenigsmarsk, de Georgina, en fin, cartas y retrato que el rey durante la travesía de Stokholm á Copenhague le había dicho que arrojase al mar.

—¿Qué tienes? preguntó el rey, sacando bruscamente la mano del bolsillo para coger una pistola.

—Otro lobo todavía, señor.

—¿Dónde?

—Allí.

Por un concurso milagroso de circunstancias, que no era sin embargo un milagro, saltaba un lobo desde un foso del camino sobre el rey, que le mató al vuelo.

—Un momento, dijo el rey, cogiendo en seguida un cartucho del bolsillo de su pantalón, donde felizmente no había ni cartas ni retrato... necesito cargar estas armas para otros lobos.

—¡Luz! gritó en el instante mismo Reginold.

—¿Hacia dónde?

—Delante de nosotros, señor, rectamente delante de nosotros.

—Si es una ciudad, es infaliblemente la capital de los lobos. Los caballos no nos han engañado... Vamos, mis bravas bestias, tendreis buena cuadrá, buen pienso y buen sueño, y á fé mia que bien lo habeis ganado. Adelante, adelante.

La felicidad de encontrar un albergue hubiera sido también muy dulce para Reginold, porque estaba helado y quebrantado de fatiga; pero aquella desgraciada imprudencia que había cometido de no sacar aquellas cartas y aquel retrato al prestar su traje al rey... Sembrando este pensamiento bastaría para emponzoñar un diluvio de alegrías.

No hubo necesidad de estimular el ardor de los caballos, porque corrieron por sí propios hacia la cabaña adonde el olor del heno los atraía.

Al acercarse á aquel paraje habitado habían huido los lobos. Nuestros dos caballeros seguían el camino, al extremo del que brillaba aquella lucecita á través de las hendiduras de los matorrales, cuando oyeron en dirección opuesta á la que seguían el ruido de un galope que al principio les pareció un eco del de sus caballos. Pero habiéndolos detenido un instante y continuando el mismo ruido, no dudaron ya de que fuesen también gentes montadas sobre caballos que pasaban cerca de

allí. Prosiguieron su camino, y al cabo de algunos minutos se encontraron en el cercado que rodeaba la cabaña. Pero la luz acababa de apagarse de repente.

—Señal evidente de hospitalidad, dijo el rey.

—Como la bala que hemos recibido hace poco es una señal de amistad, añadió Reginold. Nada bueno auguro de esa oscuridad repentina.

—Ni yo tampoco.

—Veamos, dijo Reginold, llamando a la puerta de la cabaña sin apenarse del caballo. ¡Ola! ¡ehl!

Ninguna voz respondió de la parte de adentro.

—¡Ola! ¡ehl! dijo a su vez Carlos XII llamando mas fuerte. Nada, ninguna señal de vida.

—Somos dos pobres comerciantes que vamos de Pernaw á Tolchef; hace un tiempo muy malo; dadnos hospitalidad por esta noche, si os agrada.

Nadie respondió.

—¡Y cuándo se piensa, murmuró el rey, que esa es la casa de uno de mis súbditos.

Reginold añadió después de algunos segundos de espera:

—Cuando os decimos que somos comerciantes pudiéramos añadir que somos contrabandistas.

—No está mal, dijo el rey; y si después de ese título no abren, no tenemos mas que ahorcarnos.

—O ahorcarles, dijo Reginold con mal humor.

—Dulcemente, Reginold, que esas gentes están en su casa.

—¿Y no estáis vos en la vuestra?...

Durante este diálogo en voz baja entre el rey y Reginold, las personas á caballo que habían oído pasar se encontraron de repente á la puerta de la cabaña. El poco ruido que habían hecho se explicaba por el camino que habían tomado. Sus dos caballos, porque eran dos caballeros, habían atravesado una especie de foso lleno de nieve abierto detrás de la cabaña.

Su presencia súbita causó algun asombro á Carlos XII y á Reginold, que respondió en idioma alemán, lo mismo que el rey, al saludo de los extranjeros.

—Tal vez, les dijo Carlos XII, seréis mas felices que nosotros para con esas gentes honradas que no han querido abrirnos la puerta.

—¡Ah! no han querido abrirnos, dijo el que parecía de mas edad y mas alto de los dos extranjeros. Y dió con su bota un golpe tan violento á la puerta, que toda la cabaña tembló como si hubiera sido de carton.

La voz de aquel extranjero era formidable.

—¡Abrid! gritó con un tono que anunciaba la resolución de pasarse bien pronto sin el consentimiento de los habitantes de la cabaña para abrir su puerta.

—¡Abrid! ¡en nombre del rey.

—Hé aquí uno, pensó Carlos XII, que no me cree tan cerca de él.

—¿De qué rey? preguntó una voz que salió de la única ventana colocada bajo el techo de la cabaña.

—Me gusta la pregunta, dijo Reginold.

Y los cuatro extranjeros se echaron á reír, á pesar del poco deseo que de ello tenían.

—¿Cómo de qué rey?

—Es que nosotros contamos tres en este momento en Livonia y en Ingria; en primer lugar el rey de Polonia, que sitiaba á Riga no hace quince dias; después al Czar Pedro Alexiowicz, etc., que se ha apoderado de la Ingria, y después al rey de Suecia, que viene para recobrarla. Este bien vale por tres reyes.

(Continuará.)

POETAS FAMOSOS.

Antar ó Antara Ebn Xeedad, el Absita.

En la historia de todos los pueblos hay una época lejana y oscura en que los sucesos verdaderos se encuentran mezclados con los cuentos y las fábulas, y que la imaginación del hombre, amiga de lo misterioso y lo desconocido, reviste de cierto carácter ideal y maravilloso. Esta época, que es la primitiva del nacimiento y primer desarrollo de las naciones, rodea con su interés, así á los personajes como á los acontecimientos que la pertenecen, y en ella se ven siempre aparecer señalados héroes, que se engrandecen y aventajan mas por los tiempos que alcanzaron, que por los hechos y proezas personales que llevaron á cabo. Tales personajes son en verdad los que cada pueblo escoge para su epopeya, y aunque mas hijos de la imaginación que de la realidad, obtienen por siempre en él nombre y celebridad imperecedera, porque son como retratos de la época en que empezaron á correr los

destinos de la nación, y personifican su espíritu, tendencias y carácter especial, que nacen con ella misma, y que jamás destruyen por completo los siglos ni las revoluciones.

También en la infancia de la nación árabe se cuenta una época romanesca y fabulosa, y en ella sobresale, entre otros, un héroe, famoso poeta y caudillo al par, á quien si la historia coloca en alto puesto por su ingenio para las letras y su valor en las armas, las tradiciones y espíritu maravilloso y admirador de los árabes le atribuyen hazañas portentosas y casi increíbles. Así en los tiempos de oscura historia, en que tuvo principio la restauración del poder cristiano en España, nuestras crónicas y romances ensalzan y encarecen las proezas inauditas y singulares de Bernardo del Cárpio y del Cid.

Antara Ebn Xeedad el Absita es el héroe de los árabes á que aludimos. Como el ciego de Smyrna á los tiempos fabulosos de la Grecia, el Abul Jawaris (1) del Arabia se remonta á la edad llamada por los adeptos del profeta Alchailia (2) ó del gentilismo. Antara, el caballero de los caballeros (3), no solamente ofrece el tipo del poeta, sino también el del héroe: es al par el Homero y el Aquiles de su nación. Por su vida, al par poética y guerrera, podemos compararle con los Ercillas y Garcilasos españoles, y los Camoens lusitanos; pero su lira es, por decirlo así, mas militar que la de aquellos, porque perteneció á un pueblo altamente belicoso, y que aparte del pastoreo y guarda de sus ganados, no conocia otra profesión que la de acometer escursiones y empresas de armas contra enemigos y extraños. Si hay algun tipo en la historia de otras naciones que ofrezca cumplida semejanza con el árabe Antara, es sin duda el griego Tirteo. Ambos héroes, valerosos, desgraciados, virtuosos, amantes de su patria, manejan para enaltecerla, ya la espada, ya la lira. Cantan, porque el triunfo ó la derrota les arrancan un acento de alegría ó de dolor en los campos de la lid: sus cánticos son el aliento y sosten del que combate, el elogio del vencedor, el consuelo y esperanza del vencido; son, en una palabra, el himno de la guerra. Nuestro héroe, tal como le pintan la historia y las tradiciones, es el tipo primitivo de los caballeros de la edad media: especie de Bayardo árabe, en quien se mira personificado aquel espíritu de honor, de lealtad, de portentoso valor, de adoración al sexo hermoso, que animaba á los árabes, y que con las armas musulmanas se estendió del Oriente á los pueblos de la Europa, ennoblecido y engrandecido luego en ella por la creencia y la moralidad cristiana.

La gloria, que en pos de sí dejó Antara, fué grande como lo había sido su ingenio, como lo fueron las agitaciones y azares de una vida toda de abnegación y heroísmo. Los árabes llegaron á considerarle como el tipo de sus héroes: sus hechos valerosos en la guerra los miraron como el mejor ejemplo que debían proponer á sus soldados y caudillos. Pero todavía Antara llegó á alcanzar otra gloria mas envidiable. En aquellos tiempos de costumbres desenfundadas, en que la venganza, el pillaje y otros mil excesos, nacidos de la falta de leyes y de religion, mancillaban á los árabes, sin que fuesen bastante compensados con la generosidad hospitalaria, y la lealtad y patrocinio para con sus deudos y aliados, únicas virtudes que florecían entre ellos, Antara descolló y se hizo amar por su desinterés, su liberalidad, su moderación y el amparo que concedía al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor, y por todo linaje de nobles prendas. En el poeta Antara despertó para los árabes una brillante aurora de moralidad y civilización. Por eso la historia de la vida y hechos de Antara, monumento levantado por los árabes á la gloria de tal héroe (4), es la epopeya de esta nación. Cuando los árabes en los siglos medios dominaron desde el oriente al occidente, encendiendo una gran antorcha de ilustración en las tinieblas de aquella edad, la fama de Antara corrió desde el Irac, el Nicház y el Yémen, cuna del pueblo árabe, hasta las remotas partes de España. En las obras de Ebn Alcutia (5), Ebn Jacán (6), Ebn Wudzeil (7), Ebn Bedrun (8); Abu Thabib el Rondí (9), y de otros muchos árabes españoles se hace gloriosa mención del héroe del desierto. Antara, en fin, es igualmente grande, ya se le considere como guerrero ó ya como poeta. Como guerrero, su valor y su destreza en las armas y en la gineta son proverbiales entre los escritores árabes de todos los tiempos. Como poeta, sus versos fueron para

(1) El padre de los caballeros, honrosísimo dictado que dieron los árabes á Antara.

(2) Alchailia significa propiamente la ignorancia.

(3) Farezalfawaris el caballero por excelencia.

(4) Este poema es la Sira que mencionaremos después.

(5) Famoso historiador de España y natural de Córdoba.

(6) Celebre literato andaluz nacido en Sajra Alwalda, alquería de la jurisdicción de Alcalá la Real. Murió en el año 529 de la egira 1153 de J. C. Véase el fragmento de sus obras publicado por Dozy en sus *Scriptorum Arabum loci de Abbadidi*. Leiden, 1846 (pág. 37 y sig. del tomo I).

(7) Famoso escritor de arte militar en el capítulo XIX de su obra titulada «Regulo de las almas y clamide de los habitantes del Andaluso M. S. de la Biblioteca del Escorial. Nació en Granada hacia mediados del siglo VIII de la egira XIV de nuestra era.

(8) Literato árabe, natural de Silves, es en Portugal, en su comentario al célebre poema de Ebn Abdun, publicado por M. Dozy en Leiden, 1846 y 47.

(9) Es decir, el rondel; en sus misceláneas de historia y literatura árabe.

los árabes lo que para la nación griega los de Homero, animando á aquellos conquistadores en las primeras expediciones y guerras, que los llevaron á su engrandecimiento. Lo que mas prueba la fama sin rival que goza Antara entre los árabes, es el conocerse desde lo antiguo en el oriente y en Africa ciertos recitadores llamados *Antaríes* (1) cuya única profesion es la de leer y cantar, ya en los aduques, durante las veladas y diversiones nocturnas llamadas *zambra*, ya en los bazares y otros lugares públicos, los versos del poeta guerrero y sus hazañas, tal cual las describe el poema titulado *Sira Antara*. Los árabes formando círculo en torno del recitador, asisten á esta lectura, si, con profunda atencion y religioso recogimiento, mostrando con sus ademanes el vivo interés y admiracion que les inspira el mayor de sus antiguos héroes; así como los capitanes y soldados griegos se agrupaban en derredor de los rapsodas, que les recitaban trozos de la Iliada y la Odisea. Antara alcanzó además el supremo honor, á que podía aspirar un poeta en aquella nacion y en aquellos tiempos, honra que solo alcanzaron siete poetas entre los innumerables que produjo la Arabia en aquella época. Los árabes tributaron á Antara este honor sin par, escribiendo con caracteres de oro uno de sus poemas (2) sobre las paredes de la Caba, templo de Mecca, consagrado por esta nacion á la deidad de la poesia. El mismo Mahoma rindió al caudillo poeta el homenaje de su admiracion con aquellas notables palabras, que han contribuido á acrecentar y extender la reputacion de Antara entre los árabes islamistas. Dijo en cierta ocasion: «Nunca he oido hablar de árabes del desierto á quien haya deseado conocer, sino es Antara».

La vida y hechos de Antara merecen ser examinados muy particularmente, por ser uno de esos géneos marcados visiblemente con el dedo de la Providencia, y que dotados de un poder y fuerza sobrehumana é irresistible, se alzan á pesar de todas las desventajas, obstáculos y contrariedades, á ocupar el puesto y á cumplir la mision que Dios mismo les ha señalado. Aunque los estrechos limites, que nos es forzoso dar á estos artículos, no nos consienten el entrar en copiosos pormenores sobre la vida de nuestro héroe, procuraremos no omitir en nuestro breve relato los hechos y noticias mas importantes, que á este propósito no subministraran, no ya las tradiciones y los cuentos sino los historiadores árabes mas dignos de fé.

Antara (3) hijo de Xeddad y de linaje Absita ó de la tribu de Abs, una de las mas poderosas, que moraban á la sazón en los desiertos de la Arabia, nació por los años de 550 de nuestra era. Aunque destinado á alcanzar alta gloria y renombre, grandes contrariedades y desgracias le rodearon desde su mismo nacimiento. La mayor de todas fué haber nacido de condicion esclavo, porque si bien por parte de su padre emparentaba con lo mas noble de la tribu de Abs, y con el mismo rey Zoheir, su madre era una esclava habisinia, por nombre Zebiba, á quien habia cautivado el caudillo Xeddad en una de sus expediciones guerreras. Gran afrenta era entre los árabes el no encerrar en las venas sangre enteramente libre, y los que incurrian en esta nota, difícilmente lograban la libertad: no debían ceñir espada, ni tomar parte con los guerreros de pura raza en los combates, sino guardar ignominiosamente los ganados de la tribu y servir á los demás. Antara, sin embargo, desde su misma infancia, comenzó á dar notables muestras de valor é ingenio, y á hacer frente con tales prendas y merecimientos á las preocupaciones de su pueblo.

Siendo esclavo y casi niño todavía se ejercitaba en tirar al blanco, en esgrimir la espada y en jugar la lanza, en cavalgar bravos corceles, en perseguir y dar caza á las fieras del desierto y finalmente en componer canciones y poesías, ora amorosas, ora guerreras. La naturaleza, en desgravo sin duda de haberle dado tez atezada y la ruda fisonomia de un etiope, le habia dotado de gran robustez y fuerzas hercúleas. Con tales ventajas logró hacerse temer y respetar, eludiendo en parte las persecuciones y afrentas, que le acarreaaba su humilde condicion.

II.

El amor ocupa una página muy interesante en la historia de Antara. Era costumbre de todo árabe distinguido el tener una dama de sus pensamientos, á quien rendir el culto de su amor, á quien consagrar los trofeos de sus victorias, á quien invocar en los combates, á quien celebrar en sus versos, y finalmente por quien empeñarse en empresas y aventuras (4). La amante de Antara fué Abia. Digna de los afectos que inspiró al héroe, hermosa, pura, amorosa y constan-

te, Abia, en la historia de estos amores ofrece un tiposeductor y celestial de mujer con todos los encantos y el idealismo que debían entusiasmar la imaginacion poética de su amante. Antara, que no repara en imposibles, dáse á conocer en una gloriosa hazaña á esta Abia, doncella noble y hermosa, hija del emir Malic, y enamórase ciegamente de ella. Atrévase á aspirar á su mano, sin pensar en que todavía es un miserable esclavo, porque su mente vé en presentimiento el porvenir de gloria que le espera, y para llegar á alcanzarla, le ha de bastar con un esfuerzo de su ingenio y valor. Esta pasion ardiente y profunda concebida en los dias de su esclavitud, le dió aliento para conquistar su libertad, y lograr puesto y gloria que le hiciesen digno de ella. Su esfuerzo, su rendimiento amoroso, y la heroica abnegacion, con que se arriesga á todos los peligros por merecer su emancipacion y lograr el afecto de la que adora, van ganando el corazon de la tierna y dulce Abia.

El autor del mencionado poema *Sira* consagra parte considerable de su libro á la novelesca relacion de estos amores, mezclando á los trances de las guerras, aventuras, empresas y batallas, los sucesos y escenas de amor entre Antara y Abia. Estas dos grandes figuras del poema y en quienes recae su mayor interés, tan ideales y perfectas cada una en su género, se ven admirablemente reunidas en un cuadro encantador en los siguientes versos de la *Sira*, que forman parte de una cancion que las esclavas de Abia entonaron en su elogio:

«Abia es la gacela, que caza al leon con sus ojos enfermos de amor, pero puros.

«Antara, empero, es el caballero de los caballeros, el leon de la selva, cuando batalla; mas copiosa como el mar es su indulgencia.

«Y nosotras somos flores fragantes, con el perfume de las violas y de la planta del alcanfor.

«Y Abia entre nosotras como una rama del ban (1), sobre la cual se alza la luna ó el sol de la mañana.»

Antara halla al cabo la venturosa ocasion de conseguir su libertad. Los guerreros Absitas le habian rehusado siempre el honor de admitirle consigo en sus expediciones y empresas. Sucedió, empero, que los Benu Thai, sus enemigos, acometieron de sobresalto el real de los Absitas, en tanto que se miraban ausentes la mayor parte de los guerreros. Las mujeres y la hacienda de los hijos de Abs halláronse en grave riesgo de ser presa de los Thaitas; en tal conflicto, Xeddad, uno de los pocos guerreros que habian quedado en los reales, llamó en su socorro á su hijo Antara, que según costumbre, guardaba los camellos de la tribu. «Corre á combatir, oh Antara,» le dijo. «Antara, rehusando en apariencia; le replicó. «El esclavo no es de provecho para pelear contra el enemigo, sino para cuidar del ganado y ordeñar la leche.»—Volvió á llamar su padre, exclamando: «Corre á combatir; de hoy en adelante no eres ya esclavo, sino mi hijo.»—Cuanta fuese la alegría que sintió Antara con estas palabras y el denuedo y valor que al oirlas encendieron su ánimo, escede á todo encarecimiento. Como furioso leon, arrojóse sobre los enemigos, los desbarató, hizo gran mortandad de ellos, y ayudado de los demás Absitas, animados por su ejemplo, rechazó á los hijos de Thai, poniéndolos en vergonzosa fuga.

Libre Antara, miró abrirse ante sus ojos todo un porvenir de gloria. La victoria alcanzada contra los Thaitas no fué sino el preludio de mil triunfos y hazañas, con que se señaló en adelante. Los obstáculos que se oponían á sus altas miras, se disminuyeron, y comenzaron á realizarse sus sueños de grandeza. Sus proezas y su ingenio le acarrearón, al par que admiradores, no menos rivales y enemigos.

Peleando en cierto trance en compañía de los guerreros de su tribu contra los Benu Temim, su valor dió la victoria á los hijos de Abs. Cais, hijo de Zoheir, caudillo de los Absitas, dijo á los suyos con ironía cuando volvieron del combate. «El hijo de la negra ha salvado á los nuestros.»—Antara, á cuyos oídos llegaron las palabras de Cais, dictadas sin duda por la envidia, recitó entonces, entre otros, estos versos notables.

«Yo soy un hombre que tengo de bueno, por mi linaje absita, la mitad de mi persona; pero la otra mitad la defenderé con mi acero.

«Cuando la flor de nuestros ejércitos flaquea y retrocede, y los mas fuertes guerreros toman la fuga, en aquel trance combatí yo por los míos mejor que los que cuentan escelsos é ilustres todos sus progenitores.»

En otra ocasion, altercando con un absita, que le echaba en cara su color negro, y su nacimiento de una esclava, improvisó Antara, para confundirle, el mejor y mas apreciado de sus poemas, que se nombró *Moallaca* y *cassida adzhebia*, porque obtuvo el singular honor de ser escrito con oro y espuesto á la pública admiracion en

(1) Sobre estos recitadores del poema de Antara véase á Niebuhr: viaje á la Arabia. Lamartine: viaje á Oriente, etc.

(2) Este es el poema llamado *Moallaca*, de que hablaremos después.

(3) Antara significa en la lengua árabe la fortaleza y el heroísmo en la guerra, nombre que siendo niño dieron á nuestro héroe, como en pronóstico de lo que llegó á ser.

(4) Ya observamos mas arriba que el espíritu caballeresco, que tanto se extendió en Europa en la edad media, trae su origen de los árabes, y particularmente de nuestro Antara, el padre de los caballeros.

(1) Esta Comparacion es muy usada por los poetas árabes, quienes en el ramo de sobre manera vistoso y flexible de este árbol movido por el viento hallan la imagen de una mujer cuyo tallo esbelto se mueve con gracia.

el templo de la Mecca (1). Este poema se reduce casi todo á elogiar á su amada Abla y á celebrar sus propias hazañas.

No nos estenderemos aquí en la relacion de todos y cada uno de sus gloriosos hechos. Diremos, empero, que á pesar de la contradiccion de los padres y parientes de Abla, que miraban como afrentoso el emparentar con el hijo de la esclava, logró éste al fin su amor y su mano.

Antara tuvo por rival en estos amores al gallardo *Omara* llamado el *Wahhab* (2), hijo de uno los emires ó príncipes mas poderosos de la misma tribu de Abs. Sin embargo, Antara con sus nobles prendas, su ingenio y heroismo, logró inclinarse en favor suyo el corazon de la hermosa Absita.

Las jornadas mas famosas en que se señaló Antara, decidiendo siempre la victoria en favor de su tribu, fueron las de *Daul Morai- quib* (3), *Nabaa* (4), *Alforuc* (5) *Oraer* (6) y otros, cuyos difusos pormenores no caben cumplidamente en el breve cuadro que trazamos.

Después de una vida, llena de mil alternativas, de grandes desventuras y grandes triunfos, de gran humillacion y gran alteza, Antara vió llegar el fin de sus dias con la satisfaccion del que ve realizados sus ensueños de amor y gloria, del que mira cumplirse su destino y mision. La mision de Antara fué la de salvar á sus pueblos en mil ocasiones, la de elevarle á grandeza, gloria y poderío, haciéndole respetar por todos los demas pueblos y tribus del Arabia, fué la de ofrecer á sus compatriotas acciones nobles y heroicas que imitar, la de civilizarlos en fin.

Antara murió hacia el año 615 de nuestra era en edad muy avanzada. En las circunstancias de su muerte no concuerdan los historiadores; pero segun la opinion mas verosímil, fué muerto á traicion por cierto *Wardebu Cháber*, grande enemigo suyo. Los Absitas lloraron amargamente la pérdida de aquel guerrero á cuyas hazañas y generosos sacrificios debían el engrandecimiento de su nacion. La ardiente arena del desierto que tantas veces regó Antara con la sangre de los enemigos de su pueblo, al encerrar en su seno el cuerpo exánime del héroe, sintióse humedecida con las lágrimas de sus amigos y naturales. Cuenta un autor árabe que apenas divulgada la nueva de que Antara había sido herido de muerte, luego las demas tribus cobraron aliento contra la de Abs, como falta de su apoyo y valedor, y contando con hallarla desprevénida, y aun no recobrada de su duelo y quebranto, marcharon contra ella. Adelantáronse á los demas, 50 de á caballo con intencion de descubrir el terreno y tomar lenguas de sus enemigos; pero al llegar á la entrada de un valle llamado de las Gacelas, reconocieron con terror á Antara, que si bien acababa de espirar, aun permanecía sobre su corcel y cubierto de sus armaduras, como si tratara de cerrarles el paso. Desconcertólos encuentro tan inesperado, y si bien les constaba que el bravo campeón había sucumbido á sus heridas, temiendo en aquel cuerpo quedase un soplo de vida, á pesar de ser ellos en tanto número, no se atrevieron á acercársele en todo aquel día ni en la noche siguiente. Al rayar el nuevo día, viendo que Antara seguía allí inmóvil, sostenido por su fiel caballo, no dudando ya de que era muerto, se acercaron á él y le contemplaron no sin espanto y asombro, al ver exánime al valeroso guerrero, en cuya presencia había temblado un día la Arabia entera. Aquellos ginetes se apoderaron de sus armas, como de gran trofeo, mas no pudieron coger á su corcel llamado *Alabchar*, que no sufriendo le cabalgase otro que Antara, huyó á los desiertos. En tanto los Absitas, operciéndose del designio de las otras tribus, mientras sus descubridores se veían detenidos por Antara muerto, lograron ponerse en salvo. (7). Echáronlo de ver los descubridores y se avergonzaron del temor que allí los había detenido, pero antes de partir, uno de aquellos guerreros, conmovido por la desgraciada muerte del héroe, aunque le había contado entre sus enemigos, al par que lloraba sobre su cuerpo sin vida, le arengó así. «Lloré á tí, defensor de tu pueblo, y que aun después de tu muerte le has protegido con el terror que inspira tu aspecto. Que goce tu alma de las venturas eternas! ¡Qué benéfico rocío riegue la tierra de tu sepulcro!»

(1) Añadirémos aquí á lo dicho antes sobre estos poemas *Mallacas* que se venaron en la Caba de la Mecca hasta que Mahoma les hizo borrar el día que entró vencedor en esta ciudad.

(2) El liberal ó el magnífico.

(3) Esta batalla se dió por los Absitas y sus aliados los Beni Abdallah Ebn Gathafan contra los Beni Fezara y Beni Morra hacia el año 571 de J. C.

(4) En esta jornada los Absitas vencieron á los *Drobianitas* sus enemigos, con muerte de su caudillo Nodessa Ebn Bedr, año 576 de nuestra era.

(5) En este lugar, que es un valle situado entre la provincia de Yemama y Bahrein, los Absitas derrotaron á los Beni Sad, poco después de la mencionada batalla de Nabaa.

(6) Nombre de una fuente ó arroyo, en cuyas márgenes los Absitas combatiéron con los Calchitas y les mataron á su caudillo Masud.

(7) Este relato no puede menos de recordarnos la retirada de los cristianos de Valencia con el Gl muerto, y dado que ambos sucesos merezcan entera fé histórica, es notable la semejanza con que terminaron sus destinos en la tierra dos héroes tan apartados en las épocas que alcanzaron, pero que tanto se parecieron en su vida y hechos.

Estas noticias sobre Antara las hemos tomado, entre otros historiadores árabes, del autor del *Qutab alaghani alquebir* ó gran libro de las canciones (1) de *Abulfeda* (2) en su historia ante islámica, de Ebn Bedrum en su mencionado comentario al poema de Ebn Abdún, y particularmente de un antiguo comentario al mismo *Diwan* de Antara ó coleccion de sus poesías (3).

F. JAVIER SIMONET.

EL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

PARTE ARTÍSTICA.

Si en todas las construcciones y monumentos las fisonomías y accidentes de localidad deben estar en correspondencia con el objeto y pensamiento fundamental, las moradas de los monjes de la edad media no podían faltar á esta condicion precisa y cardinal de la filosofía del arte. La índole de la vida contemplativa en las primitivas instituciones, la vocacion de los solitarios, que se consagraban al retiro y á la austeridad, el carácter de los que buscaban acaso la espacion de estravios y desafueros en el seno de la religion, naufragos del mundo llegados al puerto de la calma y de la esperanza, todo esto pues, exijia lugares apartados y de severa, cuanto imponente naturaleza.

Las hondas quebraduras, los montes fragosos, los breñales asperisimos y las selvas seculares donde el paisaje es inculto, formidable y gigantesco, inspiran por su terrible magnificencia ideas enérgicas y poderosas. Porque todas esas decoraciones espontáneas de una vejetacion primitiva producen en la imaginacion impresiones vehementes, disponen el ánimo á cosas graves y tocan con su poesia las fibras de la inspiracion. Los monjes primitivos debían y necesitaban rodearse de objetos y perspectivas, que respirasen rusticidad, dureza y aislamiento, en relacion exacta y directa con la severidad de sus ideas, privaciones y deberes espirituales. El aspecto de las montañas colosales con sus derrumbaderos y asperezas, con su intrusa cabellera de malezas y fragosidades; las hondísimas gargantas, adonde se desgajan los torrentes desde picachos inaccesibles, que apenas permiten divisar un giron del turbio y arrebato celaje; las solitarias playas del mar, entre cuyos sombríos peñascales se estrellan con estrépito las crepusculas al empuje enronquecido del vendabal; los bosques insondables, cuyos centenarios árboles asaltan las nubes, para desafiar el rayo, que surca sus corpulentos troncos, y sobre cuya superficie no hay huella de plantas humana, ni mas rumor que el ruido de las alimñas salvajes; todos estos grandes cuadros de la creacion elevan el alma hacia el autor prepotente de tantas grandezas, favorecen la contemplacion, y hablan con vehemencia á los sentimientos mas íntimos y elevados del hombre, por medio de la fantasia. La Batueca y el hospicio del San Bernardo, son mas elocuentes para los ánimos inspirados que la leccion mas espresiva. Y la *Espina*, asomando sus flechas y cúpulas entre los robledales del despoblado, estaba perfectamente en armonía con lo que debía ser el espíritu verdaderamente escético de los primeros tiempos, para que los monjes se dedicasen á levantar sus pensamientos y exhalarlos á Dios por la abstraccion contemplativa, el desasimiento del mundo y el olvido de si mismos.

Trazó, pues, San Nibardo el monasterio en el fondo y confluencia de dos valles profundos y sombríos, que corren por medio de los montes (á que dió luego su denominacion), y que forman parte de la inmensa ramificacion de *Torozos*. Dominante por todas partes ágrías laderas, cubiertas por recios matorrales de agreste vejetacion. El lugar era muy análogo y característico, y revela tacto en la eleccion.

Los alcázares que había en estos sitios y servían de morada á la infanta, dándoles el nombre de *Palacios de Doña Sancha*, sirvieron de fundamento á la casa monástica, que fué establecida en ellos. Tenian cuatro alas de edificio, un patio y corredores, donde se colocó la habitacion abacial hasta el año 1573, desde la reedificacion de 1280. A su espalda había varios aposentos, que desembocaban sobre el corredor del patio; y además otros para hospederia y alojamiento de la servidumbre. Donde hoy está la portada, existía una torre y un grande arco, con habitacion para los moneros y guarda-bosques, sirviendo como de puesto de guardia y defensa de la mansion; y fué todo destruido en 1574, para construir la actual entrada y la cerca. De modo que únicamente la iglesia fué obra de nueva planta; dado que para los demas usos se aprovechó todo el palacio y sus dependencias. Y solamente así se concibe que en dos años, no mas, quedase terminada

(1) Su autor *Abulfarag Ebn Husein* el Ispanhense, célebre escritor y colector de los monumentos mas importantes de la antigua poesia árabe, que murió en el año 536 de la egira (967 de J. C.)

(2) Famoso historiador y principe de Hama en Siria.

(3) Se halla en un códice de la biblioteca del Escorial, que contiene además los diwan de los célebres poetas *Amrulaia*, *Anabegha*, *Zohair*, *Alcama* y *Tharafa*, con sus comentarios.

la fundación y los monjes instalados en el establecimiento, cuando duró veinte y nueve la reedificación. Lo cual quiere decir claramente que el palacio fué entonces el verdadero monasterio, sin hacer en él mas que las reformas y arreglos precisos á su nuevo destino. Así permaneció sobre ciento y sesenta años, hasta la época de D. Martín Alfonso, que tomó á su cargo la reconstrucción. Y como sin duda la primitiva iglesia era mezquina y hecha ligeramente, empezó las obras por la construcción de su templo costoso y magnífico, que prosiguió y terminó D. Juan Alfonso, y repararon luego los Abades conforme al gusto y conveniencia sucesiva, ganando poco en esto la traza fundamental y la armonía de la fábrica. Su planta es un crucero, cuyo pie forma la nave principal, á cuyos costados corren dos claustros ó naves menores. Toda esta parte es gótico bizantino, de excelente gusto y ejecución. Los arcos ojivos están sostenidos por esbeltos y delicados pilares de columnitas agrupadas, que reciben las soberbias bóvedas de sillería en una considerable elevación. Este trozo y la cabeza del crucero, que conserva igual tipo arquitectónico, con la posición de obra mas antigua, (de 1273 á 1283) exceptuando las naves pequeñas que con las últimas capillas fueron producto de las obras sucesivas, empezadas posteriormente (1340) y terminadas (en 1360) por el infante Alburquerque. Bien se conoce la diferencia del gusto. En estas construcciones ya se encuentran arcos rebajados y bóvedas de junquillos, que hacen conocer lo que habia ganado la escuela gótica en ornamentación y variedad, aunque todavia conservan la reminiscencia del arte lombardo en el corte de la arquería y el perfil de los cascarones.

El centro del crucero le forman tres hemicírculos de orden corintio, que hacen allí un injusto bastardo y absurdo. Débese á cierto abad, que juzgando obscura y pequeña la capilla mayor construida por D. Martín, hizo derribar (1546) reemplazándola con la actual y destruyendo el conjunto artístico del templo. También se hicieron entonces las capillas colaterales de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, y el cimborrio del crucero, terminándose todo en 1538. La iglesia no obstante era suntuosa y bella; y esos lunares de estilo desaparecieron ante el bizarro goticismo de la perspectiva general, con la gallardía de las haces, la ligereza de las ojivas y líneas elípticas y el efecto grandioso de la decoración.—Siguió en orden á las obras de reconstrucción la bella capilla titulada de los *Vegas*, para enterramiento de familia, y que es de una ornamentación rica y bien ejecutada, por los años de 1395.

En esta ocasión fué construido también el retablo mayor, que era obra notable por ser de alabastro, con grandes medallones, de alto relieve, bien ejecutados en aquel magnífico material. También se construyeron entonces los sarcófagos para la fundadora y reedificadores, con estatuas y urnas de piedra y sendo cuerpo de arquitectura. El de la infanta Doña Sancha, de bulto sobre el presbiterio, al lado de la epístola la hermana de D. Martín Alfonso, y D. Martín Gil y al del evangelio la de D. Juan Alfonso de Alburquerque y su esposa Doña Isabel de Meneses. La coronación es de gusto plateresco: pero las esculturas deben tener mayor antigüedad por su escaso mérito. Consagróse esta nueva obra por el obispo de Salamanca en domingo á 28 de Mayo de 1560.—La capilla para las reliquias y custodia de la Santa Espina fué construida por el monasterio, y tuvo de gasto la suma de 200,000 rs. Su estilo de arquitectura recargado y decadente, como el arte en aquella época, no tenia mas mérito que su inmenso coste material. La colocación de las reliquias en ella tuvo lugar á 29 y 30 de Abril y 1.º de Mayo de 1653.

La fábrica del monasterio duró muchísimos tiempos, y puede muy bien decirse que no cesó hasta mediados del siglo pasado. Los monjes continuaron su casa, desde el estado en que la dejaron los Alburquques, con infatigable perseverancia; y cada prelado como que hacia punto de honra en dejar recuerdo de su administración. Vastísimo es por consecuencia el edificio, y falta de unidad y carácter artístico. Lo mas notable que tiene en su interior son dos patios de sillería y de formas greco-romanas, y que son construcciones posteriores al Renacimiento. Constan cada cual de dos cuerpos, en el uno ambos dóricos, y en el otro toscano el inferior y jónico el superior; y hacen un claustro bajo abierto por una serie de arcos, cuyos claros están corridos por un barandaje, y un corredor alto, con balconaje y arquería respectivamente. Su planta es cuadrada; las fachadas están guarnecidas con pilastras, columnas y demas constitutivos de composición. La vista exterior de la iglesia situada sobre el ingreso de la casa, es obra muy moderna y de bastante buena traza y perspectiva. Compónese de un frente dividido en tres cuerpos que flanquean dos torres iguales. El segundo y tercero constan relativamente de un alzado de columnas resaltadas, con basamentos corridos, sin mas diferencia que ser el primero jónico y el segundo corintio, que está sobre-puesto por un frontón triangular y sostenido por castelas sencillas. ¡Lástima que le hayan recargado con un adorno superfluo, que trasciende á barroquismo, como algun otro adinámico. Las agujas se alzan sobre cuerpos

con ribetes almohadillados; componiéndose luego de tres tramos dóricos; el primero cuadrangular, y el segundo octógono resaltado por medias pilastras, calados por medios puntos, y coronados por balaustradas; con flanceros, y cubierto el mas alto por una campánula ó cimborrio, sobre el cual monta la linterna, rematada en graciosa pirámida.

El aspecto exterior del monasterio con sus cercas almenadas, con sus cubos, que las resaltan en torno; con su portada al simil de torreado baluarte, presenta el carácter feudal de la edad media, cuando las abadías señoriales hacían frente con las fuerzas á su orden y sueldo mantenidas, contra las guerras y banderías de aquellos intrincados y turbulentos tiempos.

VENTURA GARCIA ESCOBAR.

EL JUICIO FINAL.

(Conclusion.)

XXIV.

Oh! cuánto la sonrisa es inefable
De los nobles é intrépidos varones
Frios del malo al ceño formidable
O á sus caricias y soberbios dones,
Que de raza vencida y miserable
Templaron con afán las aflicciones,
Por ella pertinaces abogaron,
A los reyes por ella desafiaron!

XXV.

Suave, hechicera, la aureola brilla
De las puras, tiernísimas mujeres,
Altos modelos de virtud sencilla,
Que desdeñando aliños y placeres,
Los sitios buscan do maltrata, humillas
Dolencia cruel á los humanos seres,
Y do el jay! es mayor, mas la tortura,
Mayor es el afán, mas la dulzura!

XXVI.

Con ellas vese multitud gloriosa
De modestos y heroicos misioneros,
Que de Jesus por la moral preciosa
Truecan la muerte con salvajes fieros;
Los que la luz de caridad hermosa
Entre abismos encienden placenteros,
Del bien los generosos campeones,
Los que vierten verdad á las naciones.

XXVII.

Lívido el rostro que trastorna el miedo,
De rabia intensa henchida la mirada,
Nótanse allí los que el divino dedo
Ha de mandar á la infernal morada,
Como florido, luminoso, ledo.
Brilla un islote en mar alborotada,
Tal la hueste de justos venturosos
En la de malos multitud odiosa.

XXVIII.

¡Cómo tiembla el perjurio libertino
Al contemplar rameras asquerosas
Virgenes do brilló pudor divino
Ahogado en sus caricias licenciosas!
¡Cómo preven y lloran su destino
Los que con torpes páginas, odiosas,
Las almas de pureza y fé privaron
Y de toda inmundicia las colmaron!

XXIX.

Amigo hueco con afán buscando,
Espeluznados, locos de pavora,
Hieren la vida los que en gozo infando
Se inchieron al manchar la niñez pura.
En seres viles ángeles trocando
Que Dios miró con especial ternura,
Te preparabas, ó fatal ralea;
La mayor pena que el infierno crea.

XXX.

Turbia la vista con vapor sangriento
Ven reyes cien ciudades abrasadas,
Campos y campos do su vil sustento
Hallan en hombres cuervos á bandadas,
En sangre tinto el líquido elemento,
Ay! en cenizas mieses mil trocadas,
Huérfanos, viudas que enlutó la guerra
Porsu ambicion de un palmo mas de tierra!

XXXI.

Vertos de espanto aguardan tu sentencia
Los que, de furia insana arrebatados,
En tu nombre, precepto de clemencia,
Reinos, Jesus, dejaron asolados,
Encadenaron á la augusta ciencia,
Y entre hogueras y muertos hacinados
Rieron con estúpida alegría:
Tambien cual "nunca Satanás reia!

XXXII.

¡Con cuánta angustia ven los opresores
Victimas solo, victimas sin cuento!
Contemplan por do quier acusadores,
Por do quier imposible el salvamento
Así infeliz que entrega á los furios
Del Océano borrascoso viento,
Do quier se vuelve con anhelo fuerte
Olas y olas sin fin no mas advierte!

XXXIII.

¿Qué lengua podrá dar ni leve idea
Del múltiplo dolor con que el judío
Mide por fin su culpa enorme y fea,
Dios reconoce á quien clavara impio?
Ruje, y Satan, que en llantos se recrea,
Aun tenaz en su ciego desvario,
Al contemplarse ante Jesus postrado,
Ruje tambien, de furia arrebatado.

XXXIV.

En refulgente trono deslumbrante
El hijo de María al fin se sienta:
Dos ángeles se muestran al instante
Y cada cual un libro le presentan.
Risueño del primero es el semblante
Como jardín que su riqueza ostenta;
Templo que alumbra sol ya moribundo
Trae á lá mente el rostro del segund.

XXXV.

Abre Jesus las páginas de vida
Que luz exhalan deliciosa, suave,
Como el falgor que encuba la florida
El matutino sol derramar sabe.
La mano que en el Gólgota fué herizada
Hojea de la muerte el libro grave,
Y campo, como en sangre enrojecido,
Se desprende con lúgubre crujido.

XXXVI.

Cual un señor en mieses opulento
Ve como sus activos labradores
De paja vil, á llamas alimento,
Presto separan granos bienhechores,
Mira el hijo del rey del firmamento
Cuál sus ángeles, fieles servidores,
A los justos congregan á su diestra,
De los réprobos forman su siniestro.

XXXVII.

Almas felices que de amor bendito
Probasteis las delicias divinales,
Dilataos con júbilo infinito:
Vais á vivir unidas, inmortales!
Amantes que impelisteis al delito
Mujeres harto tiernas y leales,
Solo en idea aterra vuestro duelo:
A caros séres arrancais el cielo!

XXXVIII.

Habla Jesus: blandisima dulzura
Su voz envia al alma y los sentidos:
«Vosotros que templasteis mi hambre dura,
Me abrigasteis los miembros ateridos,
Doliente me asocorristeis con ternura,
O de Jehová dichosos escogidos,
Venid, venid á su mansion riente
A gozar de su vista eternamente.

XXXIX.

«Hijos de la soberbia y la dureza,
Que negasteis oído á mi lamento,
Y de noche invernal en la crudeza
A mis helados miembros aposento,
Los que rehusasteis con brutal fiera
A mis ansiosos lábios alimento,
Y tú, Iuzbel, enjendrador de males,
Id por siempre á las llamas infernales».

XL.

«¿Cuándo, Señor, tan venturosos fuimos,
(Esclama la lejon bendita) cuando,
Que á tus reseco lábios agua dimos,
Y á tus miembros cansados lecho blando,
Ni placenteros sonreir pudimos
Tus desnudas espaldas abrigando,
O á los furios de tu cruel dolencia
Nuestros desvelos dieron resistencia?

XLI.

«Mi dulce grey, el Redentor contesta,
Al presentar apoyo al desvalido,
Caridad noble haciendo manifiesta,
Yo el conhorto, el alivio he recibido.
Vil multitud, cuando crueldad funesta
Tu pecho heló y dejaste enhambruido
Al hijo mio que sin pan veias,
A mí, perversa, en tu ceguera herias.»

XLII.

Súbito aullando de manera horrible,
De fétida calijne cercada,
Al abismo de lágrimas terrible
Derrumbase la chusma condenada
Tal un día, á la voz irresistible
De Jesus, á demonios entregada,
Multitud de alimañas asquerosas
Abismóse en las ondas procelosas.

XLIV.

Hosanna! Hosanna! el juicio ha terminado!
Entre música y voces de victoria,
De lumbré tan espléndida cercado
Cual nadie vió en su vida transitoria,
De santos y querubes rodeado,
Sube Jesus á la mansion de gloria,
Y comienzan los himnos de alabanza
En éxtasis de eterna bien andanza!

EMILIO BLANCHE

Matanzas,—Cuba.) Abril 16 de 1853.

FABULA.

Cien onzas en el juego
perdió un bellaco,
y porque una era falsa
salió bailando.

Crean los necios,
que aminoran su daño
con el ageno.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario, D. Angel Fernandez delos Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO A ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LAMARTINE.

LA GRANJA DE SOMONTE,

(vulgo) La caseta de Don Ventura

Singular es por cierto la aversión que los habitantes de *Campos* tienen al arbolado. Debida á una preocupacion absurda, produce por sí misma graves inconvenientes, y es obstáculo á las benéficas influencias de la vegetacion. Piensan los moradores agrícolas, que los árboles atraen á su abrigo los pájaros, que destruyen las sementeras, y les contemplan por ende tan enemigos de la reproduccion cereal como á las calandrias, gorriones y demas aves, que hacen á su cosecha guerra mortal. Poseídos de tan estraña, como tenaz idea, los labradores rutinarios, no solamente dejan en abandono la arboricultura, sino que se complacen en talar las plantaciones, y en estropear cuantos árboles vienen á ocasion de su mala voluntad. Solamente bajo el influjo de tan craso error se comprende que un ramo tan importante de la agronomía se halle aquí en la mas honda postracion; y que los *campesinos* renuncien á las utilidades y beneficios, que ofrece á la economía rural y á la produccion de los frutos. Y precisamente sucede esto en un país, donde la aridez del suelo, la aspereza del clima, y la monotonía topográfica hace mas necesaria la arborizacion en grande escala, para modificar favorablemente aquella circunstancia de la naturaleza. De ahí viene el aspecto tristísimo y duro de esas vastas llanuras, donde no hay un árbol que ofrezca sombra al fatigado pasajero; esos páramos interminables, en los cuales se pierde la vista, sin hallar donde posarse, á manera de una avejilla perdida en la inmensidad del desierto, y sobre cuya pardusca planicie nada corta la pesada inmovilidad del horizonte; y esos blanquecinos alcores, sin sombra ni verdor. Y así será, en tanto que la añeja aberracion de la ignorancia no ceda el puesto á los adelantos de la ciencia y al ejemplo de otras comarcas florecientes. Es verdaderamente desconsolador y agreste el espectáculo de una campiña, cubierta, no mas por téntricos é inacabables barbechos, sin bosques, sin alquerías, sin cisternas. Y si en medio de tan prosaico panorama se recuerdan los campos de países vecinos, menos fértiles que nuestro suelo afortunado, pero donde la industria borda los caminos con setos frondosos, y alfombra las colinas con vistosas plantaciones, y alegra las heredades con pintorescas quintas, y rústicas florestas... Hay que cerrar los ojos á tanta incuria, á tanta ingratitud con la naturaleza. Es cosa que seca la imaginacion, y abru-

ma los sentidos. Y pone grima al ánimo, ver los raquíticos plantíos que á impulso de la accion administrativa, hicieran algunas poblaciones, y que abandonados al día siguiente de su formacion, ofrecen una imagen desolada de esterilidad y melancolía. Y no digan que el país es poco idóneo para este género de cultivo. Porque vamos á presentarle un ejemplo incontestable, de que el talento y laboriosidad, pueden aquí conseguir tan bellos resultados, como en donde quiera que se emplean con asiduidad y acierto.

Como el Oasis fresco en medio de los desiertos abrasados, as aparece la *caseta de Somonte*, entre las áridas llanuras de *Campos*. El ánimo fatigado y endurecido con el aspecto téntrico de su desnudo terrazgo se refresca y espárcese, al contemplar el frondoso cuadro de amenidad y lozanía, que presenta tan pintoresca posesion. Hermosa por sí mismo, lo es mucho mas por el contraste que forma con las comarcas desapacibles del confin. Inmensas sábanas de terreno seco, tan tosco, incolosa y desapacible, que apenas inspira palabras para su propia descripcion; páramos silenciosos cubiertos de escabroso pedregal; laderas peladas que en sus vertientes hendidas por infecondos cárcabos; sendas solitarias, que con cuatro gotas setruncan en negro y fangoso lodazal; eso encuentra el pasajero por la estension de este país. Nada que le distraiga, nada que hable á su alma, ni produzca una impresion. Allá entre las lontananzas de un llano dilatadísimo acierta á divisar la humilde torre de una aldea obsidada, cuyo gris y mezquino caserío apenas se destaca de la superficie en los calurosos días del estío, cuando el sol vertical, sin proyeccion de sombras prolongadas, amalgama la uniformidad de su colorido, y presenta á los ojos un mar inmóvil y mudo de aridez y soledad, que abraza el rigor del cuerpo y disea las fuentes del ánimo. Lleguemos despues á tan melancólicas jornadas á un paisaje rico de frescura, frondosidad y encanto, y el contraste tiene que ser vivísimo y fascinador. Parece, pues, que en un panorama, donde no veíamos mas que aspereza, inercia y monotonía, se rasga súbito la escena, para dejarnos ver una decoracion deslumbradora y riquísima, con arroyos y sombras, flores y enramados, murmullos y cantares. Reservada estaba esta obra ejemplar al talento y á la laboriosidad. Cuando se emprendió, todos la creían imposible y quimérico; porque creían que tenía por contrario terrible á la naturaleza. Este pensamiento feliz tuvo igual suerte que todas las concepciones superiores. Se combatieron la rutina, la apatía y la preocupacion. Pero la inteligencia triunfa de todo; y la obra tuvo cima feliz, para contestacion positiva á rancios errores agrícolas,

4 DE NOVIEMBRE DE 1855.

y para ejemplo generoso de lo que puede dar de sí el país, explotado con aplicación, perseverancia y espíritu de progreso. La casa de Somonte es una finca deliciosa, y que no tiene rival en el país.

Figuraos una hermosa mañana del apacible Octubre. El otoño desplega todos sus encantos. Dorado el sol, alegre el cielo, y placida la naturaleza, impresionan dulcemente la imaginación y solaza los sentidos. Emprendamos la ruta á la vega del Juncal. Siento en mí las mas gratas predisposiciones. Ya estamos en el campo. Los viñedos amarillos se extienden ante los ojos. Es la alegre estación de la vendimia. ¡Qué animación. Los vendimiadores en bulliciosas cuadrillas entonan plácidas tonadas y distraen su faena con fiestas propias de la ocasión y del tiempo. Los cazadores gritan alborozados á la liebre fugitiva. Cruzan la vereda desordenadas comitivas de gente moza, que van á gastar el día en campestre gira. El paisaje desarrolla sus variadas perspectivas. Ya estamos en Somonte. Ya estamos á la vista de la pintoresca granja que asoma por entre las matizadas arboledas. ¡Cuál se destacan sus amarillos muros entre la sombra de la oriental acacia, que la cubija con sus ramas á guisa de ondulante pabellón! ¡Ni Virgilio, ni Teócrito concibieron cosas mas bucólicas, mas risueñas! Su situación es la mas amena del contorno. Bien revela la buena imaginación del autor! A un lado el solitario convento de Valdescopezo, con su frondosa huerta, sus torres sombrías, y su agreste severidad; que trocados hoy en pálidas ruinas son en recuerdo de pasados tiempos y desolado panteón de la grandeza mundanal. Mas allá el montecillo de Sardonado levanta sus cumbres vestidas de oscuro verdor, esmaltado por el argentino follaje de los álamos. En seguida Valdenebro, la villa rebelde de Alfonso VII, sin murallas ni fortaleza, como testimonio de su desafuero y humillación. A la otra banda corren las colinas de Valdecuevas, y las vertientes blanquizas del Mosén. ¡Otra fatal memoria! En esos páramos se lidió por la patria y la libertad. El 14 de Julio de 1808 está escrito con sangre leal y heroica sobre esos solitarios campos. Las osamentas blanquean las llamas de la Cañuela! ¡Anatema en el Corso usurpador! Allí, al fondo de la cañada, Palacios, con su torre aislada, único vestigio de su castramentación. Los Comuneros clavaron tambien sobre ella el estandarte Castellano. Los seides de la tiranía volvieron la espalda ante esos reducidos paredones. ¡Donde quiera alimento para la imaginación...!

Penetremos en la alquería por el blasonado portón á la placeta de acacias y almendros, de rosales y arbustos circuida. Al frente el paseo central, por bóveda de fructíferas ramas entoldado, donde rozagantes parras cuelgan transparentes cortinajes, y aéreos festones. Aquella vereda que serpea entre hileras de árboles y enmarañadas vides, dejando á sus lados el perfumado jardín, y el bosquecillo de enanos frutales, conduce al soto y al estanque, y á la fuente que riega con sus manantiales, el vicioso césped de variadas florecillas y adorna gramina recamado. Aquí hay sombra fresca, y calma apacible; aquí murmuran las aguas y canta la oropéndola escondida en el plateado ramaje de la alameda; y las madreselvas perfuman el ambiente, y habla al alma esta lujosa y espléndida vegetación. ¡Mirad, mirad! Avejillas que agitan sus matizadas alas; vientos suaves que juegan en las hojas; abejas doradas que vagan de flor en flor. Visitad luego la linda y esmerada casa de placer. ¡Qué vistas! ¡Qué variadas perspectivas! En torno se dilatan las praderas, las enramadas, los vastísimos viñedos, (4) cargados de copiosa y rica fruta. Allí apacenta el ganado de cándido vellón, y revolotean los ansares y cruzan las palomas en agitada muchedumbre. Junto á la fosa fructífera sonríe poético el verjel. Y si en aquella se mezclan en varia confusión, la rubicunda hoja del guindal, con el verde brillante del albaricoquero, el follaje bronceado, que cubija la delicada poma, con las amarillentas ramas del manzano; y si la blancuecina copa del álamo, descuellan sobre el oscuro matiz de los negrillos; aquí la alfombra de copiosas flores, borda los vistosos cuadros, los jarrones floridos se mecen sobre altos pedestales; y la rutilante alberca, esmalta la verdura con líquidos aljófares. Ven, pasajero, ven; y el franco huésped te brindará con sabrosa miel de tomillo, suculenta leche, tiernas frutas de todas las estaciones, y tortas, que ofrenda al vellón candelal. Y si has leído á nuestro dramático Rojas, te acordarás de aquellos deliciosos pasajes de García del Castañar; cuando Blanca describe al rey su rústico festín. Pues el generoso dueño de esta grata mansion, decía siempre como el afortunado labrador, gozándose en su obra feliz;

«que aqueste es el Castañar,
»y mas lo estimo, señor,
»que cuanto hacienda y honor
»los reyes me pueden dar.»

La construcción de la granja de Somonte, se debe al SEÑOR DON VENTURA GARCÍA DE FONSECA, cuyo celo por la arboricultura de esta

comarca fué tan distinguido, como su inteligencia y desinterés. En medio de la antipatía del país á las plantaciones, cuando todos creían á este suelo incapaz de tan útil cultivo, su genio superior á todo concibió y llevó á cabo en la última decena del siglo próximo pasado, tan bello y fecundo pensamiento, con enormes gastos é infatigable actividad. La quinta un día, llegó á ser, y es, la envidia de los hombres de gusto y el ornamento de la campiña. Bien que su celo se extendía á mas. Puesto al frente de los montes y plantíos del distrito, promovió la afición á las árboles, y combatió con su influjo y pericia la preocupación y la rutina contra ellos pronunciada. Aun recuerdan los pueblos con gratitud y honrosa mención su benéfica y desinteresada administración. Mejorada y embellecida, la preciosa finca, por su digno sucesor y nuestro buen padre D. ANTONINO GARCÍA GONZÁLEZ, que cada día la vé prosperar con su celoso manos, LA CASETA DE DON VENTURA, como la titulamos vulgarmente, ó la casa de Somonte por otra denominación, merece un lugar apreciable en las páginas pintorescas del país; y la damos á luz, para honrar la memoria de nuestros mayores y satisfacer á nuestro corazón.

Medina de Rioseco: 1854.

V. GARCÍA ESCOBAR.

NOTA. La parte de viñedo se divide en tres porciones ó majuelos, titulados, el Grande, el Pequeño ó de la Vega, ambos cercados con cercas de piedra, y el de la Señoría, plantados todos á línea, de excelentes vides, y con toda la perfección del arte, ascendiendo al número de noventa mil cepas próximamente. (E. A.)

EL DIA DEL AÑO EN CHINA.

El primer día del año, ó sea el día año nuevo, ó lo que es lo mismo y hablando mas lacónicamente, el día del año, es en todas partes un día señalado que se celebra con fiestas públicas y regocijos privados, con la sola diferencia que pueden establecer las distintas creencias religiosas y la diversidad de costumbres. Vamos hoy á decir de qué manera los chinos celebran el día del año; pero como no hemos tenido el gusto de visitar el Celeste Imperio, nos vemos precisados á tomar las siguientes noticias del inglés Mr. David y de la obra que con el título de *Siete años en China*, publicó Pedro Dobel y tradujo del ruso el príncipe Galitzin.

Segun Dobel, los chinos valúan su año sobre la luna, de lo cual resulta que aunque este año consta como el nuestro de doce meses, nunca la cuenta de los días dá un resultado exacto, lo que obliga á los chinos á llenar el déficit ó vacío añadiendo al fin del año cierto número de fiestas y contando en cada diez y nueve años uno de trece meses, á la manera que nosotros aumentamos en un día mas el mes de Febrero en los llamados años bisiestos.

«Luego que se acerca el fin del año, continúa M. Dobel, los chinos ricos ó pobres abandonan sus negocios para no pensar en otra cosa que en frecuentar los templos y los espectáculos, y en hacer una buena comida. Está dispuesto que todos los negocios civiles se han de arreglar de concierto y á satisfacción de las partes la víspera de año nuevo, época en la cual el poder de los mandarines queda suspenso durante algunos días, lo que produce á veces algunos desórdenes á causa de la facultad que tienen entonces los particulares de arreglar sus asuntos conforme á sus antiguas costumbres.»

«No hay tal vez en el mundo un pueblo que tenga menos fiestas que los chinos, dice M. David; la principal y casi la sola época de recreo universal es la de año nuevo. Entonces puede decirse que todo el Imperio está fuera de sí ó poco menos. Diez días antes de año nuevo quedan cerradas todas las administraciones, y los mandarines guardan tambien sus insignias hasta el vigésimo de la nueva luna. El último día del año todo el mundo vela hasta media noche, á cuya hora comienza un interminable estrépito de petardos, cohetes y hogueras, siendo tan prodigioso el número de fuegos artificiales, que la atmósfera queda cargada de nitro. Desde la media noche hasta el amanecer cada cual se entrega á los ejercicios religiosos del país, ó prepara su casa para solemnidad del primer día del año en el que una muchedumbre inmensa inunda los templos desde muy temprano.»

«Soon Nin, añade M. Dobel, es el nombre de las solemnidades del día del año que se celebran en cuatro templos situados á los cuatro ángulos de la población, y cerca de los cuales se construyen de antemano teatros de cañas para representar en ellos comedias ó misterios en honor de la divinidad del templo á que corresponden. Entonces cada casa se provee de nuevos faroles, se empapela de encarnado la puerta ó ángulos de la casa donde están colocados los penales, renuévase el mueblaje, y toda la familia se engalana con sus mas elegantes trajes. Esta última circunstancia es obligatoria, porque un chino se

creería condenado á la miseria por todo el año, si el primer día de este no anduviera bien vestido; y así cada cual emplea todos los medios que están á su alcance para observar este precepto hasta el punto de robar vestidos el que no se halla en disposición de comprarlos.»

«Las fiestas de año nuevo deben durar diez días según la ley, pero por lo común se prolongan al doble.»

«El primer día se llama Kay-Yat (*día de las aves*). Esta festividad está destinada á recordar á los hombres que el animal volátil es uno de sus mejores alimentos: durante este primer día está aconsejada la abstinencia de carnes, y los rigoristas observan un severo ayuno.

La fiesta del segundo día se nombra Kow-Yat (*día de los perros*). Porque los chinos tienen tal veneración por los perros, que hay obreros encargados especialmente de fabricarles cajas de muertos, fundando esta veneración en la creencia que tienen de que uno de sus más ilustres hombres fué preservado de la muerte por un perro que devoró al asesino de aquél. Y sin embargo, por una singular inconsecuencia, los chinos comen la carne del perro.»

«El día tercero es Chen-Yat (*día de los cerdos*). Esta solemnidad tiene bastante analogía con la precedente. Los chinos veneran la memoria de uno de estos animales que, según dicen, salvó un precioso manuscrito en un incendio: así también se abstienen de comer cerdo durante este día.»

«El cuarto día se llama Yao-Yat (*día de las ovejas*). Este está consagrado á Pun-Kvon-Venga, pastor que vivió pobre, alimentándose solo de legumbres y sin otra tela para vestirse que la corteza de los árboles; pero que enseñó todo el partido que se puede sacar de la lana de las ovejas.»

«Nómbrese el quinto día New-Yat (*día de las vacas*). Parece que uno de estos animales dió de mamar á un niño cuyos padres habían muerto y el cual habiendo llegado con el tiempo á ser mandarin, erigió un templo á su nodriza. Tal es el origen de esta fiesta, y durante ella los chinos se abstienen de comer carne de vaca: algunos renuncian completamente á ella á la edad de 40 años, sin lo cual creerían su salvación seriamente comprometida.»

«El sexto día es el de Ma-Yat (*día de los caballos*). Fiesta instituida para inspirar al pueblo respeto hacia este útil cuadrúpedo.»

«El séptimo día le toca al hombre y se llama Yen-Yat, siendo Pon-Tso la divinidad de este día por haber sido Pon-Tso el que enseñó á los chinos á emplear como alimento el arroz, el trigo y la carne.»

«También el octavo día llamado Ko-Yat (*día de los cereales*), está dedicado á Pon-Tso que enseñó á sacar partido de los granos.»

«Por último, Pon-Tso es también la divinidad del noveno día, y el que quiera alcanzar la felicidad, debe apresurarse á llevarle alguna ofrenda en este día llamado Mo-Yat ó día del Lino.»

«Así como los europeos, los chinos se hacen visitas y regalos el primer día del año, remitiéndose tarjetas de felicitación adornadas con un grabado en madera que representa las tres principales felicidades que el hombre puede disfrutar en la tierra según ellos, á saber: una herencia, un empleo público, ó ascenso, y una larga vida. Estos tres deseos están indicados por las figuras de un niño, un madarin y un anciano acompañado de una cigüeña, emblema de la longevidad.»

UNA CRONICA DEL SIGLO X.

Cumpliendo nuestro propósito de popularizar los muy preciados escritos de los antiguos tiempos, que son la fuente de nuestra historia, tan romanesca y rica en grandes hechos, ofrecemos hoy á los lectores del *Semanario* la versión del cronicón que dejó escrito el obispo de Astorga *Sampiro*. Su interesante relato comprende los sucesos ocurridos desde el año 866 hasta el de 982, y sirve de continuación á otro que anteriormente publicamos, atribuido por unos á la pluma de Sebastián, obispo de Salamanca, y por otros á la del rey Alfonso el Magno. La ventaja de tener á mano y en lengua vulgar esta clase de instrumentos, es reconocida por todos los que se dedican al estudio de la historia y por los amantes de nuestros monumentos literarios y el lugar mas conveniente para darlos á conocer, son sin duda las páginas del mas antiguo de los periódicos españoles, de aquel que desde los primeros días de su larga vida fué el cuidadoso conservador de recuerdos gloriosos y venerandas tradiciones de nuestra patria. El nombre del autor á quien debemos esta notable crónica, aparece con multitud de variantes en los escritos de aquel siglo y en los modernos, pues en algunos se lee *Sanphirio* ó *Zofrio*, y en otros *Samphirus*, *Sanctus Pirus* ó *Sampiro*, que es el mas usado y de pronunciación mas suave. Los que se internan en el enredado laberinto de las etimologías están divididos en la de este nombre desconocido en estos tiempos, pues á la vez que se pretende sea *Sampiro*

sinónimo de *Sancho Perez*, otros, á nuestro modo de ver mas razonablemente, lo derivan de cierto lugar situado no lejos de Orense, llamado á la sazón *Sampir*, y que existe aun hoy con el nombre de *Sampil*. A este, pues, se atribuye el honor de ser la patria del tal historiador, el que por una escritura (1) que él mismo dictó y confirmó consta era presbítero en 990. Otra redactó en 1018, y por ella se vé (2) era *notario real*, cargo de importancia en aquella época, y que se confiaba frecuentemente á los eclesiásticos. Siendo, pues, *Sampiro* notario del rey Alfonso V escribió el cronicón de que nos ocupamos, que comprende el espacio de 116 años, y al que pudiera haber dado mas extensión, pues alcanzó tiempos muy posteriores; mas sin duda el laborioso escritor del siglo X conocía, como los de nuestros días, los obstáculos con que tropezaría si se dedicaba á la embarazosa tarea de historiar los sucesos contemporáneos. Por los años de 1019 fué elegido obispo de Astorga en lugar de *Jimeno*, y gobernó esta iglesia hasta los años de 1044 en que se cree aconteció su muerte. Todos los eruditos que se ocuparon de este cronicón, al mismo tiempo que reconocen su importancia, convienen en que fué algun tanto adulterado por el obispo D. Pelayo de Oviedo, el que escribió en el siglo XII otro que se enlaza con él, pues se advierten á primera vista algunas interpolaciones en el texto primitivo, como las dos cartas del papa Juan, las actas de dos concilios celebrados en Santiago y Oviedo y la dotación de esta última iglesia (3). Según nuestra costumbre, hicimos esta traducción tan literal como nos fué posible, con objeto de conservar en su pureza esta antigua y apreciable crónica.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Cronicón escrito por Sampiro, Obispo de Astorga, por los años de 1000.

ADEFONSO III DICHO EL MAGNO.

Año 866.—1. En la Era DCCCCIV Adefonso, hijo del señor Ordonio, le sucedió en el reino. Era un varón guerrero y dotado de grandes prendas. Al subir al trono tan solo contaba de edad 14 años, y un hombre perdido llamado Froila Veremundez vino de las partes de Galicia y se apoderó del reino á que no tenía derecho. Por esto el verdadero rey Adefonso hubo de retirarse á la parte de Alava, hasta que el malvado Froila fué muerto por el senado de Oveto. Tan luego llegó á oídos del rey este suceso, se restituyó á su corte, donde fué muy cariñosamente recibido, y trasladándose en seguida á Legion, pobló (4) á Sublancium, á quien ahora llaman vulgarmente Sublancia, y á Cejam (5), ciudad admirable. Ocupábase el rey en estas obras, cuando vino un mensajero á noticiarle que los alaveses se habían sublevado contra él. Oída por el rey esta nueva, dispuso dirigirse desde luego contra los rebeldes, los que poseídos de terror con su rápida venida, se sometieron en el instante á la autoridad real, doblaron la cerviz implorando perdón, prometieron para lo sucesivo fidelidad y obediencia en cuanto se les ordenase, y Alava quedó sometida al imperio del rey. Eylon, que parecía ser su conde, fué cargado de cadenas y conducido á Oveto. Al mismo tiempo las huestes ismaelitas acudidas por los dos duques lamundar y Alcantel intentaron apoderarse de la ciudad legionense; pero obligadas á retirarse, huyeron, habiendo sufrido grandes pérdidas. No mucho después contrajo el rey alianza con toda la Galia y con los de Pampilona á causa del parentesco que con estos adquirió por su enlace con una mujer de su prospaña llamada Xemena (de la que tuvo cuatro hijos: Garseano, Ordonio, Froilano y Gundisalvo, que fué arcediano de la iglesia Ovetenense.)

2. Con el esfuerzo de su ejército, y á favor de sus repetidas victorias, logró dilatar los términos de su reino sobre el territorio de los enemigos. Apoderóse de la ciudad de Deza, llevándose cautivos muchos de sus habitantes y entregándola á las llamas, y también de Atenza por capitulación. (Mandó derribar la iglesia que de piedra y barro hiciera construir provisionalmente el señor rey Adefonso el Grande (6) sobre el cuerpo del beato apóstol Jacobo de Compostella de Galicia, que era un pequeño edificio, y lo alzó de nuevo de cal y piedra de sillaría, adornándole con hermosísimas columnas de mármol construidas sobre bases en la Era DCCCCX. Hizo también otras muchas iglesias y multitud de castillos, á saber: en el territorio legionense Luna, Gordon y Alva: en Asturias. Tutela, Gauson; dentro de Oveto el castillo y el palacio que está contiguo; Palacios en el valle de

(1) Véase Lobera en la vida de san Froilan, pág. 115.

(2) Véase Sandoval sobre el monasterio de Sahagún, pág. 32.

(3) Las interpolaciones del obispo D. Pelayo, van en letra bastardilla.

(4) Aquí debe entenderse que reedificó.

(5) Este era Alfonso el IV. Con uno y otro dictado aparece en las crónicas de aquel tiempo.

(6) Sabido es que los Cronistas de aquel tiempo, designaban con este nombre tan solo al país que dominaban los Moros.

Boidis: en Cultrois, término de Gegion, la iglesia de Santa María y un palacio: en Vellio la iglesia de San Miguel).

3 Por este tiempo, según dicen, un hermano del rey llamado Froilano, convencido de premeditación de la muerte del rey, huyó á Castilla. Mas el señor rey Adefonso, ayudado por Dios, le prendió y le mandó quitar los ojos, como igualmente á los hermanos de Froilano, que eran Nunio, Veremundo y Odoario. No obstante, Veremundo, aunque ciego, logró sigilosamente huir de Oveto y llegar á Astorica, donde se mantuvo independiente por siete años. Con la ayuda de los árabes y capitaneando un ejército de getulos, se dirigió contra Graliare. Noticioso el rey Adefonso, salió á su encuentro y los esterminó á todos. El ciego hubo de huir á los sarracenos. Entonces el rey se hizo dueño de Astorica y Ventosa, y obligó á los enemigos á levantar el cerco de Coimbría que sometió á su dominio. Igualmente se apoderó á la sazón con las armas de otras muchas ciudades de Hispania.

4. También por entonces se acrecentó la iglesia, pues fueron restauradas, y pobladas de nuevo por cristianos, las ciudades Portugallense, Bracarense, Vesenense, Flaviense, y Ancense, reinstalándose en ellas los correspondientes obispos según las leyes canónicas, y se repobló y cultivó todo el país, hasta el río Tajo. Así mismo durante este reinado fué hecho prisionero un duque llamado Abohalit, que era proconsul en Hispania y llevado á la presencia del rey, se rescató por cien mil sueldos.

5. Por aquel tiempo el ejército Cordubense al que debía reunirse el ejército de la ciudad Toletana y de las demás ciudades de Hispania, vino sobre Legion y Astorica para destruir la iglesia de Dios, pero apercibido el prudentísimo rey por medio de exploradores, y con la ayuda de Dios, desvarató sus intentos, pues dejando á su espalda al ejército Cordubense, salió al encuentro del que venía en pos de él. Confiando los guerreros en su multitud, despreciaron á su contrario y se dirigieron á Polvoraria. Entonces el gloriosísimo rey, situándose en un bosque, cayó sobre un flanco del enemigo, y le acometió en el referido lugar de Polvoraria, cerca de un río llamado Urbico. Causó al enemigo una pérdida de 12,000 hombres, y el otro ejército Cordubense huyó al valle de Mora. Persiguió el rey, logró alcanzarlo y lo pasó á cuchillo. Tan solo se salvaron unos pocos, que envueltos en sangre quedaron confundidos con los cadáveres.

6. Poco después los Agarenos enviaron legados al rey Adefonso para pedirle la paz: el rey se la concedió por tres años y humillada así la audacia de los enemigos se regocijó la iglesia, y alegre por demás aquel con tan señalados triunfos, despachó á Roma en el momento, á sus presbíteros, Severo y Sibirico, con cartas para el papa Juan, los que volvieron después acompañados de Rasualdo doméstico del señor papa que traía las epístolas que siguen y licencia para consagrar la iglesia del Beato apóstol Jacobo y celebrar concilio con los obispos hispanos.—La carta traída de la ciudad Romana por los dos presbíteros Severo y Sivenio en el mes de Julio Era DCCCXIX fué esta.

7 Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, al cristianísimo rey Adefonso, y á todos los venerables obispos, abades y ortodoxos cristianos. Ya que la sempiterna Providencia nos hizo sucesores del beato Pedro, príncipe de los apóstoles, en el gobierno de toda su cristiandad, á nos tocan también aquellas palabras que, á manera de privilegio, dirigió Nuestro Señor Jesucristo al beato apóstol Pedro, diciendo: *Tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y á ti daré las llaves del reino de los cielos.* Y también aquellas otras que le dirigió el Señor poco antes de su gloriosa pasión: *Yo he rogado por ti, para que nunca falte tu fe; y una vez tú convertido, confirma en ella á tus hermanos.* Por tanto, habiendo llegado hasta nos la noticia de vuestra fama, con admirable olor de bondad, y por medio de estos hermanos los presbíteros Severo y Sinderico que vinieron á visitar los umbrales de la casa de los apóstoles: os amonestamos con paterno amor que, con la gracia de Dios, perseveréis en las buenas obras comenzadas, para que siempre os ampare la abundante bendición de vuestro protector el beato Pedro y la nuestra; y sabed también, hijo carísimo, que siempre y cuando viniere, ó no fuere enviado alguno de los vuestros de los últimos confines de Galicia, de los que el Señor y nos os dimos, el gobierno, con todo el placer del corazón y la alegría de nuestro ánimo os recibiremos como hijos nuestros, y mandamos que vos y todos los vuestros esteis sujetos á la iglesia Ovetense, que con vuestro consentimiento y á instancia vuestra hemos erigido en metropolitana, y concedemos á la sobredicha sede que le quede perpétuamente seguro, firme y estable como lo mandamos, todo cuanto los reyes y otros fieles le hubiesen justamente donado hasta ahora, ó con la voluntad de Dios le donaren en lo futuro; os rogamos, por último, tengais por recomendados á los portadores de estas nuestras letras.—*Salud.*

8 La otra epístola del papa romano, dirigida por su comensal Rinaldo en el mes de Julio, Era DCCCXIX, decía así:

Juan, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestro predilecto

hijo Adefonso, glorioso rey de las Gallecias. Hemos recibido vuestra devota carta, y os damos repetidas gracias porque por ella vemos cuánta devoción profesáis á nuestra santa iglesia, y rogamos al Señor que fortalezca vuestro reino y os conceda victoria de vuestros enemigos. Por esto, hijo carísimo, continuamente elevamos á Dios nuestras preeces para que gobierne vuestro reino, y os libre, guarde y proteja ensalzándoos sobre todos vuestros enemigos. Haced que sea consagrada la iglesia del beato Jacobo, apóstol, por los obispos hispanos, y con ellos celebrad concilio; sabed al mismo tiempo, glorioso rey, que como á vos, también á nosotros nos acosan los paganos, y que de día y noche tenemos que pelear con ellos; pero el Dios omnipotente nos concede el triunfo sobre ellos. Por esto pedimos y rogamos encarecidamente á vuestra benignidad que porque, como hemos dicho, nos oprimen en gran manera los paganos, nos envíeis algunos caballos moriscos, armados, de los mas útiles y mejores, de los que los hispanos llaman alfarcas; por cuyo recibio alabaremos al Señor, os daremos á vos las gracias, y por el portador de ellos os remuneraremos con las bendiciones de San Pedro.—*Salud amabilísimo hijo y carísimo rey!!*

9 Recibió el rey las cartas con la mayor alegría. Señaló desde luego el día en que debía consagrarse la sobredicha iglesia, y el en que había de celebrarse en Oveto el concilio de todos los obispos que estaban en el reino. Eran estos: Juan, Aucense; Vicente, Legionense; Genadio, Astoricense; Hermenegildo, Ovetense; Euladio, Salmaticense; Jacobo, Cauriense; Nausto, Conimbricense; Argimiro, Leineense; Federico, Vesenense; Gumado, Portugallense; Argimiro, Bracarense; Didaco, Tudense; Egila, Auriense; Sinsando, Triense; Retaredo, Lucense; Teoderinto, Britoniense, y Eleca, Cesaraugustano. En el día señalado y con el auxilio del Señor, vino el rey con su esposa, sus hijos, los citados obispos, y todas las potestades, y entre ellas los condes aquí nombrados: Alvaro, conde de Luna; Veremundo, conde de Legion; Sarracino, conde de Astorica y Verizo; Veremundo, conde de Torrens; Beroto, conde de Deza; Hermenegildo, conde de Tude y Portugale; su hijo Arias, conde de Emilio; Pelagio, conde de Bregancia; Odoario, conde de Castilla y Auea; Silo, conde de Prucias; Ero, conde de Lugo, y con estos todo el pueblo católico, reuniéndose una multitud inmensa para vivir allí y oír la palabra de Dios. (El primer día, que era de las Nonas de Mayo, año de la Encarnación del Señor, Era DCCCXXXVII, Feria segunda, año tercero del siglo lunar, Luna XI.) Consagróse el ya dicho templo por los referidos pontífices por el orden siguiente: primeramente consagraron un altar en honor de nuestro Salvador Jesucristo, y el que estaba á la derecha fué consagrado en honor de los apóstoles Pedro y Pablo; y luego el de la izquierda en honor de San Juan Apóstol y Evangelista; mas en el altar que estaba sobre el cuerpo del beato Jacobo, apóstol, y que había sido consagrado por sus siete discípulos que tenían por nombres Calocero, Basilio, Pio, Grisogono, Teodoro, Atanasio y Máximo, no hicieron los sobredichos obispos mas que orar y cantar misa. Al otro día de la dedicación, los referidos pontífices fueron, por orden del rey, á la otra parte del río Ulla, á un monte que los antiguos llamaban Ilcinario, y allí consagraron una iglesia en honor de San Sebastian, mártir; desde cuyo día tomó aquel monte el nombre de Sagrado que aun permanece hoy. Terminado esto, se retiraron todos muy gozosos.

10 Trascurridos once meses, el referido rey con su esposa é hijos y los referidos obispos, condes y potestades, vinieron á Oveto, celebraron concilio con autorización del señor papa Juan, y por consejo del gran príncipe Carlos. Así, pues, los renombrados obispos, presente el rey y reunidos en concilio universal de Hispania, por acuerdo de todos, eligieron la ciudad Ovetense para sede metropolitana, y consagraron por arzobispo á Hermenegildo, y luego digeron: las incursiones y persecuciones de los gentiles, fuera de los montes de Asturias, han espulsado enteramente de sus sedes á algunos prelados, y á todos nosotros nos inquietan de tal manera en las nuestras, que para libertarnos del furor del enemigo, hemos debido acogernos á la casa del Señor y Nuestro Salvador Jesucristo. Fortalecidos con su amparo y para mayor gloria suya, hemos constituido archiepiscopum (arzobispo), que nos presida; y reunidos en el presente concilio, y habiendo precedido un ayuno de tres días, ordenamos: que cada uno de nosotros gobierne con pastoral vigilancia, y según las instituciones canónicas, el pueblo que le está encomendado. Para esto, con consejo del rey, optimantes del reino y toda la iglesia, elegimos arcedianos varones de buen nombre que visiten dos veces al año los monasterios, iglesias parroquiales; celebren sínodos, extirpen la cizaña, siembren en el rebaño del Señor la semilla de la buena palabra, y dispongan de tal modo los dichos monasterios é iglesias, que pueda rendirsenos de todo cuenta fiel. Si alguno tratase indignamente, ó con engaño este negocio, estará sujeto á la sentencia que imponen los cánones. Despues, añadió el referido rey: roguemos, pues, á Nuestro Señor Jesucristo que á todas

»las sobredichas sedes, tanto las pobladas, como las que permanecen destruidas, las restaure con su piadosa misericordia, y les conceda tales obispos, que le agraden y tengan la metrópoli y amparo en su sede Ovetense.

11 »Continuaron los referidos obispos: ahora, pues, sean convocados al concilio todos los obispos de las mencionadas sedes y señálese á cada uno en Asturias su determinada mansión de la que posee la sede de San Salvador, para que tengan allí situadas rentas, y no carezcan de lo necesario cuando hayan de acudir á concilio. Pues es tan dilatada la tierra de Asturias, que no solamente permite señalar mansiones á los veinte obispos, si que también como nos lo significó el gran príncipe Carlos por medio del obispo Teodulfo, podrán los lugares de aquellos distritos suministrar á cada uno de los veinte lo suficiente para subsistir, siempre que hubiesen de concurrir á concilio. Dijo entonces el rey; vosotros, venerables pontífices, restaurad las sedes assoladas y poned en ellas prelados; pues el que edifica la casa de Dios, edifica para sí mismo. Y como dice el profeta Daniel: los que enseñan á muchos la justicia, resplandecerán como estrellas en las perpétuas eternidades. Y el Señor dice en el Evangelio: dad de gracia lo que de gracia os dieren. Dios circuló á Asturias de montes firmísimos, y el Señor es su custodia y el amparo de su pueblo, ahora y para siempre; en el espacio que estos montes circuyen, y que apenas podrían recorrerse en diez jornadas, pueden muy bien señalarse á los obispos las veinte mansiones que les hemos asignado de la sede de San Salvador; de modo que las sedes que están fuera, se hallen debidamente proveídas.

12 »Entonces contestaron los sobredichos pontífices: También en Roma, edificada por los hombres, existen igualmente muchos obispos que no tienen allí sus sedes, á las que presiden, y á quienes sin embargo, se suministra allí lo necesario, residiendo en la ciudad, y sirviendo al romano pontífice, por mandato y consejo de cuyo romano pontífice Juan, nos congregamos nosotros en concilio en Ovet. Y si en este lugar, fortalecido por la mano de Dios y con grandes montañas, nos hemos juntado con verdadera humildad, y fiel devoción, en la casa de nuestro Señor y Salvador, y de su gloriosa madre la Virgen María y de los doce Apóstoles á quienes el mismo Señor envió á predicar el Evangelio, y á congregar su iglesia por todo el orbe de la tierra; de la misma manera que el Espíritu Santo descendió sobre los dichos apóstoles en forma de fuego, y les enseñó á publicar las grandezas de Dios, en diversas lenguas, así también vendrá sin duda sobre nosotros el mismo Espíritu Santo para enseñarnos, é infundirá en nuestros corazones su sagrado fuego, destruirá á los que nos persiguen y nos guiará al reino de los Cielos. Si alguno, pues, de nosotros se sustrajere de la unión de este concilio, sea segregado de la verdadera íntima compañía de los santos, y anatematizado como Judas y considerado perpetuamente con el diablo y sus ángeles. Ahora, nosotros los obispos y demás sacerdotes acatamos y ofrecemos sostener fielmente y en cuanto podamos la Sede Ovetense que Dios nos ha elegido por metropolitana; pondremos según lo ordenado, buenos y fieles administradores en los lugares que se nos señalen en Asturias y por la misma Sede y concurriremos á Ovet á concilio. Con este señalamiento que se halla al fin del libro, todos los obispos que tenemos fuera de aquí nuestras Sedes, podremos trabajar con comun acuerdo en esta ciudad de Asturias, que Dios ha fundado con tanta fortaleza, restableciendo nuestras casas, y peleando unánimes contra los enemigos de la santa fé. Ya que nuestro Señor y Salvador quiso hacer tan firme esta ciudad para que sirviese de refugio á los fieles y de estable fundamento á su iglesia, si perseveramos todos en ella unidos con el vínculo de la caridad, podremos con su auxilio resistir á nuestros adversarios y defender este territorio, para que de él podamos sacar nuestro mantenimiento. Pues está escrito: la concordia entre los ciudadanos, es la victoria contra los enemigos.—Levantándose entonces Hermenegildo, arzobispo de la iglesia Ovetense dijo: ahora reverendos obispos mandad escribir con diligencia, todos estos decretos junto con las epístolas de Roma y hacerlo leer en los concilios que celebremos. Si no lo hicierais y dejarais de cumplir nuestro precepto, guardaos de incurrir (que no suceda) en el juicio del Señor.

13 »Concluido esto, levantóse el rey y con aprobación de todos los que asistían al concilio, así eclesiásticos como seglares, donó perpetuamente á la iglesia de Ovetense lo siguiente. En Galicia, Suarna, con las posesiones de San Martín y Santa María de Villa-Avoli (Villalba) con todas sus dependencias y Valle-Longo con las posesiones de Santa María y todas sus dependencias. Neyra con las posesiones de San Martín de Esperella, y de Santiago de Covas con todos sus agregados: Layora y la posesión de San Martín de Perellinos con todas sus dependencias: Toda Sarria con las posesiones de Santa María de Corbella, con todas sus dependencias: Páramo hasta el río Mineo. Todo Lemos con Undio, Verosino, Savinna y Froiane hasta el río Silo. Toda Limia con las iglesias de Petrayo, que estén edificadas y ya ó se edificaren en adelante entre el río Arnoia, y el Silo desde la

»falda del monte Naron, signiéndolo la corriente del Zora, hasta el preámbulo de Arnoia, y siguiendo luego la corriente del río Mineo: En Vera hasta el puerto de Benati, las iglesias de Sallar entre Arnoia y Silo, las iglesias de Barrosa del Castellano, y las posesiones de San Salvador de Ilbasmosas, Cusanca, Barbantes, Avia, Avion, Asma, Caniba, Aviancos, y las posesiones de la iglesia de Santa Cruz, de Soto del Senador, con todas sus dependencias, y además de esto añadió el rey ratificamos y confirmamos á la sobre dicha Sede, cuanto heredó de nuestros predecesores y le concedieron los reyes vándalos. Entonces cuantos estaban en el concilio á una voz dijeron: Nos place, nos place á todos. Después trataron algunas cosas que tocaban á Jesucristo Señor Nuestro, y otras al comun provecho de todo el reino de Hispania. Disolvióse el concilio y todos los concurrentes se retiraron gozosos. Concluyóse este concilio á XVIII de las kalendas de Julio Era DCCCCLV.

14. Reuniendo un grande ejército, tres años después en la Era DCCCCLVIII, hizo poblar el rey algunas ciudades desiertas ó abandonadas por los antiguos, como Zemora, Septimancias, y Doninas y todos los campos de los godos. Atauró la dió á su hijo Garseano para que la poblase. En tanto en la Era DCCCCLXIX un numeroso ejército de árabes se aproximó á Zemora, llegó á oídos del serenísimo rey, y juntando grande huestes, peleó con ellos, y alcanzó por la divina clemencia derrotarlos completamente con muerte de Alehaman que se decía su profeta, y así quedó en paz la tierra. Utilizando luego aquellos días á propósito para entrar en campaña, se encaminó el rey con su ejército á Toledo, y los toledanos le pagaron un cuantioso rescate; á su regreso se apoderó á la fuerza de un castillo que se dice Quimitia Lubel, pasando á cuchillo á parte de sus moradores, y haciendo cautivos á los demás; pasó en seguida á Carrion, y allí mandó ajusticiar á un esclavo suyo llamado Adamni y juntamente á sus hijos porque habían conspirado contra la vida del rey.

15. Encaminóse luego á Zemora, y mandó prender á su hijo Garseano y llevarlo cargado de hierros al castillo de Gauzon. Munio Freddinandi, suegro de éste, había preparado una rebelión. Conjurarónse todos los hijos del rey, y espulsaron del reino á su padre, en la villa de Boides, en Asturias. El rey destronado fué en peregrinación á Santo Jacobo, desde donde volvió á Astoria, y allí pidió á su hijo Garseano que le permitiese pelear contra los sarracenos, y al frente de un fuerte ejército les hizo muchos estragos, y habiendo conseguido una gran victoria, regresó á Zemora donde murió de enfermedad, (y fué sepultado juntamente con su esposa la señora Xemena, en Astoria, rogamos al padre de las misericordias que así como le dió un reino en la tierra, le conceda otro en la morada celestial. Traslado ahora á Ovet en unión de su esposa la reina Xemena, tiene un sepulcro en la capilla de Santa María madre de Dios. Reinó XLIII años. Era DCCCCLVIII.) (Año 910.)

GARSEAS.

16. Muerto Adefonso, su hijo Garseano sucedió en el reino. En el primer año de su reinado, reunió grandes fuerzas para guerrear contra los árabes.—Con la ayuda del Señor, alcanzó victorias, taló, incendió, é hizo muchos cautivos. Después de haber apisionado entre otros al rey Aiola, logró éste huir en un lugar llamado Altemulo, por la negligencia de los que le custodiaban. Este rey, verdaderamente reinó tres años y un mes, y murió de enfermedad natural, (fué sepultado con los otros reyes en Ovet). Era DCCCCLII. (Año 914)

ORDONIO II.

17. Muerto Garseano, su hermano Ordonio vino de las partes de Galicia y obtuvo el reino. Una numerosa hueste vino desde Corduba con un alcaide llamado Ablapaz, y llegó á un castillo situado en la ribera del Dorij, que dicen San Esteban. Apenas llegó á noticia del rey Ordonio que era hombre muy belicoso, reunió un grande ejército, y se dirigió allí con presteza: travése el combate, y el Señor concedió el triunfo al rey Católico, que derrotó completamente á sus enemigos salvándose de estos muy pocos, y al referido alcaide le fué cortada la cabeza.—También fué muerto cierto rey nombrado Almotarrap á quien denominaban el gordo; y después de tan gran triunfo, regresó el rey á su silla Legionera. (En aquel tiempo la sedeiscopal de esta ciudad, que tenía la advocación de los santos apóstoles Pedro y Pablo, estaba situada en las afueras; y dentro del espacio que circunvalaban los muros, existían tres casas que habían sido termas de los Paganos, y desde el tiempo del cristianismo, convertidas en palacios reales: el ya sobre dicho Ordonio movido de misericordia, mandó al obispo Legionense llamado Frumio, que con los obispos de la provincia, hiciese trasladar la referida sede, á las renombradas casas, que servían de palacio real. En la primera casa, consagraron un altar en honor de santa María Virgen y de todas las santas Virgenes. En la segunda casa, dedicaron otro altar en honor de nuestro Salvador y de todos sus Apóst-

toles y Santos Discípulos. En la tercera casa, se edificó otro altar en honor de san Juan Bautista y de todos los mártires y santos confesores. Terminada la dedicación, mandó el rey dar de su tesoro los ornamentos de oro y plata, para los dichos tres altares, y de los bienes de su patrimonio dotó aquella sede con muchas villas é iglesias).

18. Sucedió por entonces, que el rey Cordobense unido con otros reyes Agarenos, formó un numeroso ejército de sarracenos, y viniendo contra el señor rey Ordonio, llegó al lugar que llaman Mindonia, y empeñándose allí la batalla, sucumbieron muchos de los nuestros, pues como dice David, son varios los sucesos de la guerra. Tres años después, vinieron innumerables fuerzas Sarracenas al lugar que dicen Mohis, lo que oído por Garsea, rey de los Pamplonenses, hijo del rey Sanctio, pidió con toda premura al señor rey Ordonio le diese ayuda contra las huestes de los Agarenos. Marchó nuestro rey con numerosas fuerzas en busca del enemigo, á quien hallaron en el valle que dicen Juncana, pero los muchos pecados de los nuestros, les impidieron triunfar, muriendo muchos de ellos, y siendo presos y conducidos á Corduba, dos obispos Dulcidio Salmanticense, y Hermagio Judense. En rehén de este obispo Hermogio vino á Corduba un sobrino suyo llamado Santo Pelagio. Este fué entonces encarcelado y despuespadeció el martirio. El rey Ordonio recobró, pues, vivos á los citados obispos. Deseoso el referido rey de vengar la anterior derrota, juntó un grande ejército y dispuesto á pelear, penetró en la tierra que dicen Sintilia, en la que hizo muchos estragos talando el país, y apoderándose á viva fuerza de muchos castillos. Entre estos, fueron Sarmaleon, Eliph, Palmacio, Castellion, Magnancia y otros muchos, cuya enumeración sería larga, y con tan buen suceso en todo que con una jornada mas de camino hubiera llegado hasta Corduba. Después de tan gran triunfo, retrocedió á Zemora, donde encontró difunta á la señora reina Numan (de la que había tenido por hijos á Adefonso y Ranimiro,) desvaneciéndose así el gozo del triunfo, con la tristeza que causó la muerte de la reina. Tomó segunda esposa en Galicia, llamada Aragonta, que después repudió porque no le agradaba, y posteriormente hizo por esto, digna penitencia.

19. Mas adelante el rey Ordonio, que era muy cuerdo y previsor, envió á llamar á los condes que gobernaban á la sazón la tierra de Burgos, y que se habían revelado. Eran estos Nunnio Fredenandi, Albolmondar Albus, su hijo Didaco y Fredinando Ansures, los que vinieron al palacio real, en un lugar llamado Tejiare, junto al riachuelo que nombran Carrion, donde como que el Señor tiene en su mano el corazón de los reyes, y el curso de las aguas, según escribe el agiografo, mandó el rey aprisionarlos y llevarlos á la sede régia Legionense encadenados; y sin consultar el caso mas que con sus mas privados consejeros, dispuso fuesen allí encarcelados y ajusticiados en la misma prision. También por este tiempo recibió nuestro rey un mensajero del rey Garseano pidiéndole fuese en su auxilio para combatir las ciudades de Nájera y Veguera que ocupaban los alevosos. El rey con grueso ejército se puso en marcha, y atacó la referida ciudad de Nájera, que antiguamente llamaban Tricio, apoderado de ella la entregó al saqueo y después de haber tomado una esposa llamada Sancio, regresó victorioso á su Sede. Reinó en paz nueve años y seis meses, y llegado á Zemora, murió de enfermedad, y fué sepultado en la capilla de santa Maria, siempre virgen de la sede Legionense. Era DCCCCLXII. (Año 924.)

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Bribon, en nombre del Czar dijo el mas alto de los cuatro extranjeros.

—Encuentro bastante original, dijo Carlos XII en voz baja á Reginold, que ese extranjero invoque la autoridad del Czar en un país que me pertenece.

—Yo no abro en nombre del Czar, respondió el extraño leñador porque ¿qué otra profesion se le había de suponer?

—Muy bien, añadió mentalmente el rey Carlos, está por nosotros. Me acordaré de él.

—¿Y por qué no abres, señor insolente, en nombre del Czar?

—Porque puede ser batido bien pronto por el rey Carlos XII como acaba de serlo el rey de Dinamarca.

Calló el extranjero por un instante y su compañero prosiguió.

—No se le bate al Czar.

—No digo que no... pero...

Carlos XII reia en silencio encorvado sobre la cin de su caballo que avanzaba siempre el hocico hácia el tabique de tablas porque adwinaba muy bien que allí estaba la buena provision.

—Tiene ochenta mil hombres

—No digo que no... pero...

—Pues bien, en nombre de Carlos XII interrumpió el rey de Suecia ábrenos la puerta.

—No la abriré ya, respondió el dueño de la cabaña.

—Cómo que no la abrirás ya.

—No.

—Carlos XII, que como has dicho acaba de batir á los dinamarqueses....

—Sin duda.

Carlos XII asegurado de hacer lo mismo con los rusos á un cuando no tenga consigo mas que veinte y cuatro mil hombres á lo mas....

El que acompañaba al extranjero de alta estatura, dejó oír una risa de duda, pero su compañero le cogió vivamente del brazo, y la señal desdeñosa se detuvo.

—Puede ser batido á pesar de ser Carlos XII, y no quiero comprometerme abriendo mi puerta á sus partidarios.

Llegó su turno al extranjero, que había llegado el último, de reir, pero lo hizo sin ruido.

—No se bate á Carlos XII, exclamó Reginold, hendidor impertinente de troncos, sabe esto de mí. No se bate mas que á tu Czar, se le batirá como se le ha batido siempre.

—Vais demasiado pronto, señor extranjero, interrumpió con mal humor el compañero del caballero alto.

—El Czar, no ha experimentado todavía la superioridad de Carlos XII.

—La experimentará.

—Es posible, pero hasta entonces, os ruego...

—¿Es ruso el caballero?

—No señor, soy alemán, pero el caballero es sueco.

—No señor, también soy alemán.

—Ni uno ni otro tienen el acento de su país, pensó el singular leñador.

—¿Entonces sino sois ruso por qué tomáis tan acaloradamente la defensa del Czar?

—Y vos sino sois sueco para qué haceis prevalecer tan parcialmente al rey de Suecia que es un loco?

—Cómo si el Czar no fuese un borracho.

—Cómo si Carlos XII no fuese un niño testarudo que merecería que le azotasen porque no le han azotado antes.

—Se dice que el Czar no es muy valiente, que tiembla cuando pasa un puente por el ridículo miedo de que hay debajo agua.

—Se ha curado de ese miedo, mientras que Carlos XII, no se curará nunca de su ambición que le llevará lejos.

—Con tal que le lleve á Moscou.

—Si, detrás del carro triunfante del Czar.

—No, llevando el Czar atado á la cola de su caballo de victoria.

—Basta, señores, basta: dijeron á una los dos caballeros que habían permanecido testigos silenciosos, pero no indiferentes de aquella escena.

—Y tú, en nombre del diablo, exclamó el mas alto de los dos, vas á darnos tu cabaña, ya no te pedimos que la abras.

Y los dos vigorosos extranjeros, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se apoyaron con fuerza contra la puerta, la empujaron, se dobló, volvió en seguida, y apremiada segunda vez, estayó, se hundió y cayó en dos pedazos á la cabaña.

—Si desde luego os hubiérais expresado así, dijo el leñador que había vuelto á encender la lámpara á toda prisa, os hubiera abierto mucho tiempo hace, pero tan pronto me decís que sois comerciantes, tan pronto me ordenáis que abra en nombre del rey, y todas esas mentiras me asustaban... Hubierais concluido por decirme que érais el uno el rey de Suecia y el otro el de Moscovia, pero felizmente, habeis cambiado de sistema.

—Hemos hundido la puerta y vamos á hundirte las costillas, si no metes esos cuatro caballos en la cuadra.

—Al instante, caballeros.

—Y dales avena.

—En abundancia, caballeros.

—Y heno.

—En grande cantidad, señores.

—Y en seguida vendrás á darnos de comer, oyes?

—Eso será mas difícil, caballeros.

—Anda.

—Voy.

Mientras que el leñador conducía los cuatro caballos á la cuadra, los cuatro extranjeros encendían fuego en el ático, y se arreglaban para disfrutar algun reposo después de las vicisitudes de una noche pasada entre la nieve. Mientras se sucedían, se observaban de arriba á bajo con mucha atención. Aquel de los dos viajeros que había guardado silencio mientras que Reginold disputaba con su compañero,

era de una estatura muy alta y noblemente desembarazada, su boca era grande, pero espresiva, su frente dura y desarrollada sobre dos cejas feroces y movibles, coronaba dos ojos de un extraordinario poder de mirada y de penetración. Los huesos maxilares y los músculos de su rostro estaban siempre en acción, señal de una grande sensibilidad nerviosa. Tenía el cuello libre, los hombros finos pero llenos, el pecho levantado. Sus manos anunciaban la fuerza, sus piernas el vigor primitivo que solo se encuentra en los cazadores de las montañas. Una tez de finura feroz cubría aquel aparato enérgico hecho para luchar, no solo con los hombres, sino también con los elementos. Toda su superioridad se resumía en la fuerza sin mezcla de otras cualidades. Miraba con fuerza, hablaba con fuerza, y pensaba con fuerza. Su persona, si es lícito espresarse así, rompía el aire en medio del que respiraba. En cuanto á su compañero de viaje, sin ser tan alto como él, tenía una estatura muy aventajada: por lo demás, era mucho mas joven. Parecía no tener arriba de veinte y cinco años. Veíase en él la belleza serena y fria del norte, la belleza eslava en toda su exuberancia y toda su molición. Parecía tan adicto á su compañero como Reginold á Carlos XII. Su amistad á su señor, si aquel hombre era su señor, se notaba en sus miradas, á la vez afectuosas y respetuosas, en sus menores movimientos y en todas sus palabras.

Veía con pena, que aquel á quien así rodeaba de cuidados, tomase parte en las fatigas de una hospitalidad tan mal ofrecida, que rompiera las ramas secas para alimentar el fuego, que arreglase en el suelo una especie de lecho con la silla de su caballo y con su capa.

Volvió el leñador de la caballeriza, y entonces Reginold le dijo:

—¿Qué nos darás de comer?

Bien quisiera daros pan, pero no tengo mas que harina; quisiera daros vino, pero no tengo mas que aguardiente que quema como el fuego.

—Si crees por esas malas razones, verte libre de nosotros, le dijo el extranjero que parecía merecer el respeto de su compañero, te equivocas. Amigo mio, sabremos hacer pan y pasteles con tu harina y algunos huevos que veo sobre aquella tabla. Manos á la obra camarada.

Y el segundo de los dos extranjeros comenzó su obra con una destreza maravillosa.

—En cuanto á tu aguardiente, repuso el que ya habia hablado, nunca será bastante fuerte para impedirnos beber, ¿no es verdad caballero?

—Yo no bebo aguardiente, respondió Carlos XII á quien acababa de dirigirse el otro.

—¿Pues qué bebes, vino?

—Ni vino tampoco, ni yo ni mi compañero, añadió Carlos XII.

—Si no bebes ni vino ni aguardiente, entonces no bebes nada.

—Bebemos agua.

—Agua... Ah... agua... Os burlais y está mal hecho entre gentes que se ven por la vez primera.

Durante esta disertación sobre las bebidas, había puesto el leñador sobre la mesa un cántaro de aguardiente que inclinaba con esfuerzo sobre la copa del extranjero, enemigo del agua y sobre la de su compañero.

—Si no fuérais un marchante como yo, repuso Reginold, admirando el saber y la destreza del extranjero en meter en el horno y sacar de él ya los pasteles, os diría, á fé mia, que érais un pastelero disfrazado.

—¿Y por qué se habia de disfrazar un pastelero: repuso éste con un movimiento visible de amor propio herido.

—No os incomodeis, continuó Reginold, se puede ser pastelero y digno de aprecio. Ignorais que el general Menchicoff, el bra o derecho del Czar Pedro Alexiowit, es hijo de un pastelero, y que él mismo ha sido pastelero en Moscow?

El pastelero improvisado se calló al instante, sea que no quisiese prolongar el incidente, sea que encontrase el ejemplo de un general salido de un pastelero, rehabilitaba su posición momentánea.

Después de haber echado aguardiente para los dos extranjeros, habia ido el leñador á buscar en un jarro agua para los otros dos. Volvió con la fria bebida, cuando el extranjero alto, deteniendo el brazo de Carlos XII que alargaba ya el vaso de plomo, le dijo:

—¿Tal vez no sepais una cosa?

—No... ¿Cuál?

Voy á deciroslo, camarada. Es que no hay mas que vos, vuestro compañero, y Carlos XII, que heban agua en toda la Alemania, la Rusia y la Suecia.

—Entonces, á la salud de Carlos XII, respondió el rey de Suecia, mucho menos cortado que su compañero Reginold, al oír hacer aquella observación.

El leñador, cuya fisonomía aun no hemos diseñado, no llevaba precisamente sobre sus facciones el carácter brutal é ingenuo de las gentes de su profesión.

Era un hombre joven todavía, de pequeña estatura, rubio, pero firme y dispuesto en sus piernas, en el tallo y en todo su aire; sus ojos eran vivos, penetrantes, y se hubiera notado, si se hubiera temido algunas dudas sobre él, que todos sus esfuerzos tendían á moderar y disminuir su fuego y su acción incisiva. Aunque parecía dedicarse por completo á sus huéspedes, tenía sin cesar el oído listo y el ojo avizor. Muchas veces se habia aumentado, y precisamente en aquel momento habian resonado silbidos en el bosque. Ninguno de los cuatro extranjeros habia observado aquellos movimientos y aquellos ruidos misteriosos que parecían señales.

—Nos diréis ahora, mal educado leñador, por qué te obstinabas en no abrirnos la puerta?

—Vos sabeis como yo, que el país está trastornado con la guerra.

—¿Y qué tienes tú que perder con la guerra, tú que no tienes nada? repuso el extranjero alto, aquel cuyo compañero habia cesado de hacer tostar los pasteles para venir á beber sendos vasos llenos de aguardiente.

—¿Qué tengo que perder? respondió el leñador, mucho.

—¿Pues qué es lo que tienes?

—Aun cuando no fuese mas que la vida....

—¿En tanto, pues, la aprecias, imbécil?

La palabra dura, atrajo una respuesta dura.

—Sí, la aprecio, pero no tanto como el Czar Pedro en este momento, respondió el leñador herido.

—¿Qué es lo que te hace decir eso, grandísimo hablador, que el Czar Pedro aprecia en este momento la vida mas que tú?

(Continuará.)

LA DONCELLA DE ARMENGOL.

¿Adónde vais caballero

caballero vencedor

del torneo mas brillante

que sol alguno alumbró?

No me detengas un punto

que harto mi pecho esperó

hasta calzar las espuelas,

hoy premio de mi valor.

—¿Quedamos solo esta noche!

—No me detengo mas, no.

Que me quede ó que me vaya

¿qué te importa, trovador?

¿Qué me importa?... ¿De mis cantos

no sois el héroe vos?

Vente conmigo, y tus trovas

empleo hallarán mejor.

—¿Vais acaso á otro torneo?

—Voy á un torneo de amor.

Dos años ha que ofrecido

me tiene su corazón

para cuando calce espuelas

la doncella de Armengol.

—Vine ayer de su castillo;

antes de ayer se casó.

—No puede ser, que su mano

cuando partí me ofreció:

si tornaba caballero

y ya caballero soy.

—El himno de desposada

de mis labios escuchó.

—¿Si me engañarás, villano?

dijo, y al trote partió.

—¿Qué buscáis en el castillo?

dejad goce su señor

la ventura que himeneo

sobre su lecho esparció.

—¿Tiene dueño este castillo?

—Cuatro dias ha con hoy.

—¿Se ha casado su señora?

—¿Quién lo ignora sino vos?

Triste quedó el caballero;

triste... muy triste quedó:

pero despues de un instante

dijo:—Alenta corazón,

que si te falta una dama

te quedan tu espada y Dios.

JOSÉ S. DE BIEDMA.

ANUARIO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.

PRIMERA PARTE.—ALMANAQUE PARA 1856.
SEGUNDA PARTE.—NOCIONES DE ESPAÑA.
TERCERA Y CUARTA PARTE.—ANUARIO DEL
CIUDADANO ESPAÑOL.

Las tres primeras partes se repartirán reunidas en
el mes de Noviembre. La cuarta se irá dando en
el curso de 1856.



1.ª PARTE.

Almanaque para 1856.

Epocas célebres: cómputo eclesiástico: fiestas móviles: cuatro temporadas: días que se
saca ánima: CALENDARIO PARA 1856: astronomía: la tierra: el sol: la luna: eclipses hasta
1860: mareas: meteorología: niebla: nube: lluvia: nieve: piedra: relente: rocío: escarcha: arco
iris: truenos: exhalaciones: mudanzas de tiempo, deducidas de la atmósfera: de los cuerpos
terrestres: de los animales: agricultura: horticultura: jardinería: trabajos correspondientes á
cada mes: higiene, consejos para cada mes: historia para cada mes.



2.ª PARTE.

Reseña de España.

Nociones topográficas: posición astronómica: confines: dimensiones: islas: cabos: monta-
ñas volcanes: valles: mares: golfos: estrechos: manantiales: ríos: lagos: clima: minerología:
botánica: zoología: colonias: estadística: nociones históricas: cronología de los reyes: de la
dinastía reinante.



3.ª PARTE.

Anuario del ciudadano español.

De las leyes fundamentales de España: Constitución de 1835.—GOBERNACION DEL REI-
no.—Legislación vigente sobre división territorial: correos: telégrafos: sanidad: beneficencia:
cementos: cárceles: presidios: guardia civil, etc.—CULTO.—Legislación vigente sobre di-
visión eclesiástica: comunidades religiosas.—ADMINISTRACION DE JUSTICIA.—Legislación vi-
gente sobre división judicial: tribunal supremo: audiencias: juzgados: códigos: reglamento
de juzgados: aranceles: abogados: escribanos, etc.—HACIENDA PÚBLICA.—Legislación esta-
blecida sobre Tesoro: dirección de contabilidad: de la deuda: clases pasivas: bienes naciona-
les: propios: beneficencia: maestrazgos: baldíos: rentas: aduanas: hipotecas: tabacos: sal:
lanzas y medias anatas: loterías: resguardos, etc.—COMERCIO.—Legislación establecida:
tribunales y juntas: sociedades económicas: moneda: caminos.—AGRICULTURA.—Legislación
establecida sobre enseñanza de la agricultura: veterinaria: riego: caza: pesca: cría: caballar:
sociedades anónimas.



OBRAS PUBLICAS.

Legislación establecida sobre caminos: ferro-carriles: canales: puertos: espropiación por
utilidad pública.—EJÉRCITO.—Legislación vigente sobre división militar: tribunal supremo
de Guerra y Marina: plazas fuertes: ordenanzas: estado mayor: administración militar: san-
tidad militar: vicariato del ejército: colegio general militar: alabarderos: artillería: ingenieros:
caballería: infantería: cuerpo de veterinaria militar: oficiales: sargentos: revistas: retiros:
bibliotecas: militares: reemplazo del ejército: quintas: reserva del ejército: milicias provin-
ciales: exenciones físicas, etc.—MARINA.—Legislación vigente sobre la división de la ma-
rina: ordenanza: cuerpo general de la armada: colegio naval militar: cuerpo de pilotos de
la armada: guardias marinas: constructores hidráulicos: cuerpo de administración de la
armada: vicariato: sanidad: dirección general de la armada: fuerzas navales: navios: fra-
gatas: bergantín-goletas: vapores: corbetas: goletas, etc.—RELACIONES ESTRANJERAS.—
Tratados: cuerpo diplomático español y extranjero.—COLONIAS.—Censo: división judicial
y eclesiástica.

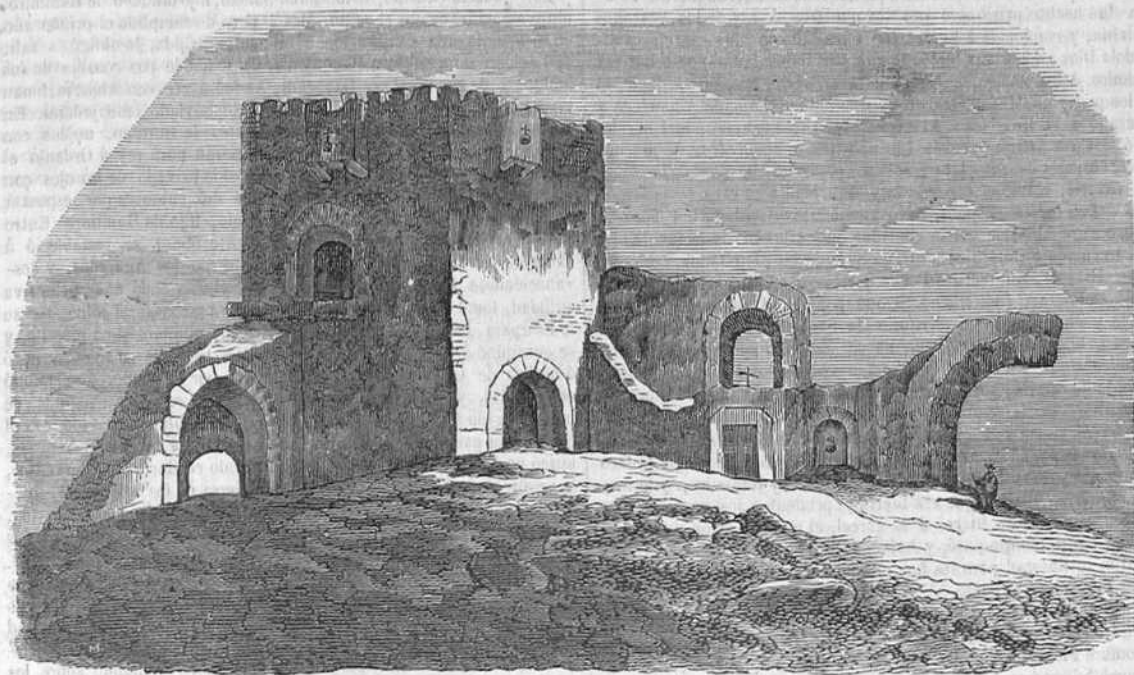


4.ª PARTE.

Se irá dando á medida que se publique la legislación que ha de comprender: ley de rela-
ciones entre los cuerpos colegisladores: ley electoral: ley de gobierno y administración provin-
cial y municipal: ley de imprenta: ley de mili-
cia nacional: todas las leyes orgánicas, en su-
ma, y las variaciones que hagan las Cortes esta-
bleciendo la legislación que haya de regir sobre ór-
den público: responsabilidad ministerial: rentas
públicas: presupuestos generales y provinciales:
enjuiciamientos: procedimientos: aranceles: bol-
sas: bancos: instrucción pública: teatros: colonias
agrícolas: pósitos: postas: cabildos eclesiásticos:
seminarios conciliares: sociedades mineras: in-
quilinos: hospitalidad de extranjeros: clasificación de
empleados: derechos y obligaciones de empleados
civil etc., de cuyas materias omitimos hacer men-
ción por ser sumamente transitoria la legislación
porque se rigen en la actualidad.

Estará de venta el 24 de Diciembre. Precio pa-
ra los suscritores á La Ilustración, 3 reales.





EL CASTILLO DE ORCE.

Cronicon escrito por Sampiro, Obispo de Astorga, por los años de 1000.

(Conclusion.)

FRUILANO II.

20. Muerto Ordonio, su hermano Froilano sucedió en el reino, (el que tomó por esposa á la señora Mania, de la que tuvo por hijos á Adefonso, Ordonio y Ramiro, además de otro llamado Azenarez, que le nació fuera de legitimo matrimonio.) Como fué corto su reinado, no alcanzó victorias aunque algunas veces peleó; es fama que mandó ajusticiar sin culpa á dos hijos de cierto noble llamado Olmundo, por lo que Dios por sus justos juicios, le privó del reino; también desterró sin causa al obispo Legionense, llamado Fronimio, no contento con haber muerto á sus hermanos, (sin recordar que al emperador Domiciano, permitió Dios le diese muerte el Senado Romano por haber desterrado al beatísimo Juan Apostol y Evangelista. Tampoco respetó aquellas palabras de David: No toqueis á mis ungidos, ni os ensañeis contra mis Profetas) por esto fué muy breve su reinado y brevísima su vida, que acabó lleno de lepra. (Fué sepultado junto su hermano en Legion.) Reinó solamente un año y dos meses (el sobredicho Obispo recobró su Obispado.) Era DCCCCLXIII, (año 923.)

ADEFONSO IV.

21. Muerto Froilano, Adefonso hijo del señor Ordonio, empuñó el cetro paterno, (el que tomó por esposa á Xemena de la que tuvo á Ordonio el Malo.) Quiso después dejar el reino, y retirarse al claustro y para realizarlo, envió mensajeros á su hermano Ramiro, que se hallaba á la sazón en la parte de Virci manifestándole que quería renunciar en su favor el reino. Vino Ramiro con presteza á Zemora con todo su ejército, y sus magnates y tomó el reino. Su hermano se apresuró á retirarse al Monasterio que llaman de los Señores Santos, situado á orillas del río Ceia, y allí se hizo monge. Ramiro movió su ejército en persecucion de los árabes, y á poco de llegar á Zemora, le vinieron mensajeros avisándole que su hermano Adefonso, dejando el monasterio se había apoderado de nuevo, del reino de Legion. Movido de ira el rey con tales nuevas, y mandando tocar las bocinas, y

preparar las armas, retrocedió apresuradamente á Legion, donde el tuvo sitiado noche y dia, hasta que se apoderó de su persona y lo encerró en un calabozo. Entonces todos los magnates Asturienenses enviaron mensajeros al referido principe Ranimiro, el cual sin embargo penetró en Asturias y prendiendo á todos los hijos de Froilano, hermanos del señor rey Ordonio, á saber: Adefonso, Ordonio y Ranimiro, se los llevó consigo, y reuniéndolos con su referido hermano Adefonso el que estaba ya en la cárcel, les hizo quitar los ojos á todos en un mismo dia. Había reinado el tal Adefonso siete años y siete meses. Era DCCCCLXIX. (Año 931.)

RAMIRO II.

22. Reinando ya seguro Ranimiro, consultó con todos los magnates de su reino, por dónde podría hacer entrada en tierra de los Chaldeos, y juntando su ejército, se dirigió á la ciudad que llaman Magerit (1) de la que se apoderó á viva fuerza en un dia de Domingo, y después de destruir sus muros, y causar grandes estragos, logró con la ayuda y clemencia de Dios regresar á su casa, en paz y con victoria. Estando aquí en Legion, recibió un mensajero que le enviaba Fredinando Gundisalvo, con la noticia que se dirigía contra Castilla un grande ejército: oído por el rey, movió sus tropas, y salió á encontrarle en un lugar llamado Otoma, é invocando el nombre del Señor, ordenó sus haces y dispuso á sus soldados para el combate. El Señor por su clemencia y ayuda divina, le dió la victoria: dejó tendidos en el campo la mayor parte de los contrarios, y llevándose consigo muchos miles de cautivos, volvió á su corte con tan gran victoria. Poco después, juntó otra vez su ejército y se dirigió á Cesaraugusta. Su rey sarraceno llamado Aboiahia, se sometió al gran rey Ranimiro, y le cedió todas las tierras que nuestro rey había subyugado. Faltando pues á lo que debía á su rey Abderrachman de Corduba, prestó obediencia al rey católico con todos los suyos. Nuestro rey empleó entonces todas sus fuerzas y poderío contra los castillos que se habían sustraído de la obediencia de Aboiahia, y habiéndolos ganado se los entregó á éste, y volvió victorioso á Legion. Aboiahia, sin embargo, faltó de nuevo al rey Ranimiro, y por medio de mensajeros hizo las paces con Abderrachman. (Por esto vinieron los sarracenos Cordubenses, y se apoderaron de Soutos Covas.) Después el rey Cordubense Abderrachman con un grueso ejército, marchó contra Septimancas. (Esto lo

(1) Esta es la primera vez que en la historia se menciona á Madrid.

anunciara Dios con terribles señales en el cielo, convirtiendo el sol en tinieblas en todo el universo mundo por espacio de una hora.) Apenas oído por nuestro católico rey, dispuso sus numerosas huestes para salir á su encuentro, y empeñado el combate, concedió el Señor la victoria al rey católico un lunes, vispera de la fiesta de los santos Justo y Pastor, quedando muertos en aquella jornada 80,000 moros. También fué hecho prisionero por los nuestros el rey de los Agarenos Aboahia, y conducido á Legion fué encerrado en una cárcel; castigándolo Dios así por sus terribles juicios por haber faltado al señor rey Ranimiro. A los pocos que lograron salvarse con precipitada fuga, el rey los persiguió, dióles alcance en una ciudad llamada Alhandega y allí acabó de exterminarlos. El mismo rey Abderrachman, mal herido, logró salvarse á duras penas. Los nuestros se apoderaron de muchos y ricos despojos de oro, plata y vestidos preciosos. Después de tan señalada victoria, volvió el rey en paz y seguridad á su casa.

23. Dos meses después, llevó su ejército á la ribera del Turmi y dispuso se repoblasen varias ciudades que estaban desiertas. Entre estas lo fueron Salmantica, antigua Sede de los castellanos, Letesma, Ripas, Balneus, Alhandega, Penna y otros muchos castillos que sería prolijo enumerar. (Al mismo tiempo poblaba el conde Roderico, á Amaya y en Asturias el territorio de Santa Juliana, (1) y el conde Didaco poblaba á Burgos y Ovierna por mandato del rey; otras de las poblaciones que se llevaron á cabo á la sazón con el auxilio de Dios, fueron la de *Rauda*, por el conde Nunnio Munionis, la de Oxoma por Gundisalvus Telliz, la de Auca, Churia y Sancto Stefano por Gundisalvo Fredinandez y la ciudad que llaman Septem publica por Ferdinando Gundisalvo.) Este referido Ferdinando Gundisalvo, y Didaco Munio, se levantaron luego contra el señor rey Ranimiro, y le movieron guerra. El rey que era fuerte y prudente, los apresó é hizo conducir cargados de hierro á la cárcel, al uno á Legion y el otro á Gordon. Largo tiempo pasó, y habiendo jurado obediencia al rey, recobraron su libertad pero les fueron confiscados todos sus bienes. Entonces fué cuando Ordonio, hijo del rey, tomó por esposa una hija de Ferdinando Gundisalvo llamada Urraca, á la razón que el buen re-Ranimiro (que había tenido ya por hijos de la reina Tarasia por sobrenombre Florentina, además del dicho Ordonio á Sanctio y Geloira y consagró á Dios á su hija Geloira).

24. En nombre de esta, edificó dentro de la ciudad legionense y muy cerca del palacio Real, un grandioso monasterio en honor del Santo Salvador. Otros dos monasterios construyó en la ribera del río Ceia con advocación de San Andrés Apóstol y San Cristóforo mártir: luego otro á la orilla del Dori, dedicado á Santa María siempre virgen, y finalmente fundó otro monasterio en honor de San Micael Arcangel, en una heredad propia que tenía en el valle de Ornia y que se nombraba Destriana. En el XIX año de su reinado, reunió de nuevo su ejército, y marchó á Elbora, ciudad de los Agarenos, que ahora se llama vulgarmente Talavera, y empeñándose la batalla, fueron muertos doce mil agarenos, y se llevó siete mil cautivos, con lo que regresó victorioso y dirigiéndose á Oveta, cayó gravemente enfermo. Volvióse á Legion, y allí rodeado de todos los obispos y abades que le exortaban, hizo su confesion la vispera de la aparición del Señor, (la Epifanía); abdicó el reino, y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré á la tierra. Sea el Señor en mi ayuda, y nada temeré á lo que pueda hacer el hombre.» Fué su reinado feliz en la tierra, y como amaba á los hombres de su reino, así será amado por los ángeles en el cielo. Murió naturalmente, y fué depositado en un sacófrago en el cementerio que está junto á la iglesia del Santo Salvador que había construido para su hija la señora Geloira. Reinó por diecinueve años, dos meses y veinticinco días. Era DCCCLXXXVIII. (Año 930)

ORDONIO III.

23. Muerto Ranimiro, su hijo Ordonio, empuñó el cetro paterno. Era varón muy prudente, diestro y ejercitado en las armas. Conjurados su hermano Sanctio, su tío Garseamo, rey de los Pampilonenses, y Fredinando Gundisalvo, conde de los Burgenses, se aproximaron con sus ejércitos á Legion, con objeto de oprimir á Ordonio, y dar el reino á su hermano Sanctio. Llegando á oídos del rey Ordonio, reunió sus tropas, y dirigiéndolas con su acostumbrada pericia, logró defender sus ciudades y conservar su reino y cetro. (Entonces repudió á su esposa que tenía por nombre Urraca, que era hija del citado conde Fredinando.) Luego que se retiraron los rebeldes, tomó por mujer á Geloira, de la que tuvo al rey Veremundo, que adeoleció de gota. El mismo rey Ordonio, con un poderoso ejército, se dirigió á Galicia, á la que sometió, y llegó hasta saquear á Olibona y regresó después en paz y con victoria á la Sede real, cargado de despojos y llevando consigo gran número de cautivos; esto obligó al que había sido su suegro, el referido Fredinando, á sometersele y allanarse á su servicio.

Reinó cinco años y siete meses, y murió de enfermedad en la ciu-

dad de Zemora, siendo sepultado en Legion junto á la iglesia del santo Salvador, al otro lado del sacófrago de su padre el rey Ranimiro. Era de DCCCLXXXIII. (Año 935).

SANCIO I.

26. Muerto Ordonio, su hermano Sanctio, hijotambién de Ranimiro, obtuvo pacíficamente el reino. Mas á poco de cumplido el primer año de su reinado, una conjuración hábilmente dirigida, le obligó á salir de Legion y refugiarse en Pampilonia, desde donde por consejo de sus amigos y de su tío el rey Garneani, se fué á ver con Abderrachman rey de los Cordubenses después de haberle enviado embajadores. En tanto se pusieron de acuerdo los magnates de su reino, unidos con Fredinando conde de los Burgenies y eligieron para rey á Ordonio el Malo, hijo del rey Adefonsi, el que había sido privado de los ojos con sus hermanos. El tal conde Fredinando, le dió entonces por esposa á su hija la que fuera repudiada por Ordonio, hijo de Ranimiro. Entre tanto el rey Sanctio, que era escesivamente obeso, se restableció á causa de ciertas hierbas que le suministraron los Agarenos, y desvaneciéndose la hinchazón de su vientre, y volviendo á su primitiva agilidad, tomó consejo de los sarracenos para recobrar el reino que se le usurpara. Para esto salió de Corduba con numerosísimo ejército, y se encaminó á Legion: mas apenas pisó la tierra de su reino, y llegó á noticia de Ordonio, huyó éste de Legion por la noche, y se refugió en Asturias, y quedó Sanctio posesionado de su reino. En seguida de haber llegado á Legion, sometió á los que se habían levantado con el reino de su padre. El referido Ordonio espulsado á su vez de Asturias, buscó un asilo en Burgos, pero no queriendo recibirlo los Burgenses, le arrojaron de Castilla, y se dirigió á la tierra de los Sarracenos, quedando solo con su mujer Urraca, la cual tomó después otro marido. Viviendo Ordonio entre Sarracenos, hubo pues de llorar sus pasadas culpas, (sufriendo la maldición del Señor ya que rechazó su bendición. Al mismo tiempo el rey tomó esposa llamada Tarasia de la que tuvo un hijo llamado Ranimiro.) Mas adelante el rey Sanctio de acuerdo con su hermana Geloira, y con la reina, envió mensajeros á ciudad de Corduba para recoger el cuerpo del Martir San Pelagio, que sufrió el martirio en los días del príncipe Ordonio, y reinando sobre los árabes Abderrachman Era DCCCLXIII.

27. En tanto estaban de camino los legados enviados para tratar de la paz, y de la entrega del cuerpo de San Pelagio, con los que iba Velasco, obispo Legionense. Salió el rey Sanctio de Legion y se dirigió contra Galicia sometiéndola toda hasta el río Dori. Oído esto por Gardisalvo, que era el duque de la otra parte del río, reunió un g neso ejército, y trató de resistirle á la orilla del mismo río; mas luego cambiando de plan, y maquinando una traición, le envió mensajeros mostrándole dispuesto á satisfacer el debido tributo, por las tierras que poseía, al mismo tiempo que para lograr por malas artes la muerte del rey, le envió veneno en una manzana; cuando el rey la gustó, sintió su corazón herido de muerte, y desfallecido y silencioso, emprendió apresuradamente la vuelta á Legion: pero al tercer día de viaje acabó su vida, (y fué sepultado en Legion muy cerca de su padre en la Iglesia de San Salvador.) reinó XII años. Era MV. (Año 967).

RANIMIRO III.

28. Muerto Sanctio, su hijo Ranimiro, de edad de cinco años, sucedió en el reino de su padre, gobernado por los consejos de la reina y de su prudentísima tía la señora Gelvira que estaba dedicada á Dios. Tuvo paz con los Sarracenos, y de ellos recibió el cuerpo de San Pelagio mártir que depositó en un túmulo en la ciudad Legionense, acompañándole en este acto, varios religiosos obispos.

En el segundo año de su reinado, llegaron á las ciudades de Galicia cien naves de Nortmandos con su rey llamado Gunderedo, y causaron muchos estragos en el territorio de Santo Jacobo Apóstol, dieron atrocidad al obispo llamado Sisnando y saquearon toda la Galicia hasta llegar á los montes Alpes de Ecebrari. Mas Dios, á quien nada escapa, y que nada deja impune, les dió el castigo merecido cuando ellos regresaron á su país, pues así como redujeron á la miseria cautividad al pueblo cristiano, y dieron muerte violenta á muchos, así también ellos hubieron de sufrir calamidades sin cuento, antes de abandonar los confines de Galicia. (Entretanto el rey Ranimiro tomó esposa llamada Urraca la que está sepultada en Oveta.) Al mismo tiempo el conde Guadialvo Sancionis en nombre del Señor; y en honor de Santo Jacobo Apóstol, cuyas tierras habían devastado, salió contra ellos con numeroso ejército y los combatió. El Señor le concedió la victoria, y logró pasarlos á cuchillo y exterminarlos á todos juntamente con su rey, y luego, con la ayuda de la Divina clemencia, dió fuego á sus bajeles.

29. El mismo rey Ramiro, que era soberbio, mentiroso é ignorante, comenzó á maltratar de obra y de palabra á los condes de Galicia, Legion y Castilla. Entonces estos condes resentidos, se conjuraron y proclamaron por rey á un tal Veremundo, lo que se verificó en la Sede de Santo Jacobo Apóstol en los Idus de Octubre Era MX

(1) Las Asturias de Santillana.

Sabido esto por Ramiro, partió de Legion y se dirigió á Gallecia. El mism rey Veremundo salió á su encuentro, y en Portella de Arenas, se travó encarnizadamente el combate. El éxito quedó indeciso, y se separaron sin poderse unos ni otros atribuirse el vencimiento. Ramiro retrocedió á Legion; y allí murió naturalmente siendo el año XV de su reinado cuando acabó su vida, fué sepultado en Destriana. En tanto el rey Alcorrexí con numerosas fuerzas de Agarenos, penetró en Gallecia por Portugalense y se adelantó hasta Compostella dejando aislada toda la tierra. Mas intentando osadamente llegar hasta la iglesia y sepulcro del Beato Jacobo les infundió Dios tal terror que les obligó á retroceder; no quiso sin embargo nuestro rey celestial, quedasen impunes tantos desmanes cometidos contra el pueblo cristiano; y para castigarlos, envió á los agarenos tal enfermedad de vientre que murieron todos sin que uno solo quedase con vida para regresar á su patria.

N. C. C.

LA SEÑA.

Hé aquí la esplicacion que dá un periódico de Málaga de la significacion de cada uno y todos los actos de esta ceremonia religiosa:

«La ceremonia de la Señá tuvo su principio en la gentilidad. Cuando moria algun capitán principal que habia triunfado de sus enemigos, sacaban el estandarte de la Victoria, y postrados en tierra los soldados, el cabo mas digno lo batía sobre todos en señal de sentimiento. Así la Iglesia en la muerte de Nuestro Redentor hace sentimiento sacando el estandarte real de la Santa Cruz con triunfo del enemigo del género humano, quitándole la presa que de él habia hecho por el pecado, cantando el himno *Veni vili regis*, y dando á entender los misterios de su significacion en las demostraciones que ejecuta.

El ser negra la bandera, significa las tinieblas y oscuridad que padeció la tierra en la muerte de Cristo Nuestro Señor.

La cruz roja en la bandera, denota que por la sangre que derramó se lavaron nuestras manchas contraidas por la culpa.

El ponerla en el altar delante del Sagrario, significa el Verbo Eterno en el seno del Padre, dispuesto para bajar á redimirnos.

El salir los señores prebendados del coro cubiertos desde la cabeza á los piés, significa la oscuridad que tuvo el mundo, desde la cabeza de Adán hasta sus hijos.

El salir el signifero del cuerpo del cabildo en el mismo traje, significa el Verbo Eterno que, vestido de nuestra naturaleza, salió á redimirnos.

El bajar el estandarte del altar, significa la venida del Verbo saliendo del seno del Padre al mundo á padecer.

El hincarse de rodillas los señores prebendados y todos los capellanes y demás que se hallan presentes, significa la reverencia con que se debe venerar su venida.

El tocar primero el estandarte el ara del altar, significa que del ara de la cruz tuvo el mundo su remedio.

El tocar con el estandarte los dos lados del Evangelio y Epistola, significa el llamamiento á los pueblos hebreo y gentil.

El tremolar delante del altar primero, significa la noticia de su venida por los profetas y sibilas.

El tocar sobre los hombros el signifero la bandera, significa cargar sobre los suyos Cristo Nuestro Señor nuestras culpas.

El volverse al pueblo desde la superior grada del altar y tremolarla ó batirla allí, significa el llamamiento al pueblo hebreo por milagros y señales, dándose á conocer, y no lo quisieron recibir.

El bajar la grada y llegar á los señores prebendados, significa apartarse del pueblo hebreo y venir al gentilismo.

El postrarse en tierra los señores prebendados, poniendo las espaldas debajo de la bandera, significa la obediencia con que recibieron sobre ellos el yugo suave de su ley; el levantarse y descubrirse, quitándose el capez, significa que por medio de haberlo recibido se levantó el género humano caído por culpa y desterrando las tinieblas en su ceguedad les alumbró la luz del Evangelio.

El ser cinco las Señas que usa esta santa Iglesia, significa las cinco edades que tuvo el mundo sin el conocimiento claro é intensivo de Cristo Nuestro Señor: la primera desde Adán hasta Noé; la segunda desde Noé hasta Abraham; la tercera desde Abraham á Moisés; la cuarta desde Moisés á David, y la quinta desde David hasta el nacimiento de Cristo Nuestro Señor, y las cinco llagas que como fueron purísimas, lavaron las culpas de los cinco sentidos.

EL GRUPO FOSIL.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.

La historia de los monumentos es la de los Estados; la historia de un hombre es alguna vez la de un pueblo, y cuando los libros no cuen-

tan las revoluciones que han trastornado los imperios, pedazos de columnas esparcidas por una y otra parte, enterrados bajo la movediza arena; revelan al arqueólogo las cosas y los sucesos que encubren las tinieblas de las edades.

Indudablemente el siglo XV es uno de los que han señalado mas su paso con el estrépito de grandes catástrofes y la conquista de Méjico, es quizás el mas memorable acontecimiento de aquellos tiempos de audacia y crímenes, que nos han legado tantos nombres célebres y pueblos subyugados.

El dorado, que no era todavía una ficción, arrastró una parte de la Europa á cruzar el Atlántico; pero los corazones de acero, para los que la muerte era una consecuencia inevitable de la vida, fueron á buscar otra cosa diferente que la juventud y la fortuna en el país de los incas y caciques, tan despoetizado en nuestros días....

Peligros y gloria ambicionaban los Alfonso de Alburquerque, los Alvarez Cabral, los Gama, Diaz de Solis; la necesidad sobre todo Francisco Pizarro, el intrépido aventurero á quien desvelaban los nombres de Cristóbal Colon y Américo Vespucio, y grande es la epopeya en que representó el papel principal, él, jefe de una banda indisciplinada de unos centenares de hombres, que iban á luchar contra numerosísimas y fanáticas gentes.

No quiero yo contar la historia casi fabulosa, de todos conocida, que devoró en pocos meses los hombres, edificios y tesoros acumulados que poseía la América; pero cuando un episodio interesante de aquella sangrienta lucha se ofrece espontáneamente á la pluma del escritor atento, su deber es recogerlo y ofrecerlo á la meditación de los que tienen en sus manos la suerte de los pueblos; lo pasado es el profeta de lo venidero, y no hay nada inútil en el estudio de los días que pasaron ó de las ciudades gastadas por el roce de los siglos.

¿Quién era Francisco Pizarro? ¿quiénes sus compañeros de armas, todos lo sabían... Los incas, vencidos con la espada, el bronce, los corceles y los perros, abandonaron sus riquezas y sus capitales.

Pocos meses después de la conquista del Perú, ejecutada en aquellos tiempos bárbaros con la crueldad que condenan los presentes, la antigua religion de aquellos buenos pueblos ecuatoriales pereció, y los tesoros de los templos fueron presa y botín codiciado del vencedor.

¿Pero qué se habían hecho las vírgenes que los curacas habían consagrado al sol? Los soldados de Pizarro lo hubieran podido decir entonces y los que estudian la historia después, con el valor que es preciso para buscar, en provecho de las generaciones futuras, la triste verdad que envuelven los horrores inseparables de la guerra.

Entre estas, si se ha de dar crédito al manuscrito mutilado que tenemos á la vista, la mas hermosa era Kalida, á quien el inca mismo queria hacer su compañera. En medio del asalto del templo sagrado, que la ocultaba de las miradas profanas de los peruanos, cayó ella en poder de un jóven oficial castellano, caballero de honradas y dulces inclinaciones. Llamábase Juan Torrijos; Kalida se arrojó implorando misericordia, pero apenas levantó los ojos hacia su vencedor, dió las gracias, y se consoló... ¡Oh! fué uno de esos amores castos y piadosos que ennoblecen y tranquilizan; amáronse sin decirselo; el hermano respetaba á la hermana, pero la hermana conocía que podía haber en el corazón de la mujer otro sentimiento que esta santa amistad que ocupaba su vida, pero que no la llenaba.

Jamás me paro delante de este grupo fósil que los sábios estudian con indiferencia, sin que las lágrimas asomen á mis ojos; toda una época se me representa, época triste y sangrienta, en que el mundo se ensanchaba, en que las malas pasiones, juntas con las heroicas, corrian en alas del viento, con los navegantes; y al tocar con el dedo estas dos elocuentes figuras, busco al niño pulverizado que ha dejado una señal tan dramática en el seno de su madre.

Aun veo en las faldas de estas cordilleras nevadas, que se estienden del Sur al Norte de América, estos desgraciados, perseguidos, por orden de Pizarro, y del Inca, su prisionero. El primero queria coger á Torrijos, cuyo brazo é inteligencia habían sido tan útiles en la conquista, sin perjuicio de apoderarse de Kalida; el otro pedía con calor la jóven y hermosa peruana, cuyo recuerdo le era mas grato todavia que el de la libertad.

¡Ay! léanse, como yo lo he hecho, estas páginas elocuentes, dictadas por el dolor y la desesperacion, y se podrá juzgar de las angustias y tormentos de los dos fugitivos de Quito, después del incendio de esta capital.

Un país desconocido, llanuras desiertas, selvas impenetrables, montañas áridas levantando hasta el cielo sus orgullosas frentes; añádanse á estas calamidades, y á la riqueza fatal del suelo, torrentes soberbios, fieras que combatir ó evitar, reptiles venenosos que venian algunas veces á compartir el lecho de los dos amantes, y se comprenderá tal vez, por qué he seguido con tanto interés á mis dos héroes— cortados hoy en piedra— en quienes la sed y el hambre ha debido con frecuencia helar el valor sin entivar su cariño.

Quito está sobre el nivel del mar tanto como las mas altas cumbres

de los Pirineos, y sin embargo, los fugitivos se dirigieron todavía á regiones mas aéreas. El alma se purifica en las regiones celestes, y como los filones en que se extraen el oro se hallaban al rededor de estas colinas, parecia natural el creer que los soldados de Pizarro, ávidos de riquezas, no escalarían las cordilleras que ofrecían tantos peligros. Torrijos no había pensado mas que en los hombres; pero los elementos tienen tambien su cólera, y contra ella iba á verse precisado á luchar.

Aunque bajo la línea, Quito tiene sus noches de nieve, su primavera é invierno. Torrijos y Kalida se apercibieron de ello muy pronto, y fácil es conocer las angustias que debieron sentir, cuando en medio de las tinieblas se vieron envueltos por la nieve, que en copos crecidos caía sobre sus cabezas, y cubría los precipicios que costean.

¡Oh! esta parte de la narración de los dos desgraciados está sellada con el mas doloroso terror; y si sus caracteres recuerdan el génio español, se ve tambien que una mujer la ha dictado... Pobre Kalida! ¡tal vez sabia ya que llevaba en su seno una prenda de amor, mas fuerte que la cólera celeste!

Hélos allí, sosteniéndose mutuamente, y dispuestos á desaparecer á cada paso en los hondos precipicios que los rodeaban. La tormenta bulle á sus piés y sobre sus cabezas... el torbellino caprichoso burla todos sus esfuerzos, el valor solo servirá para prolongar su agonía.

—Parémonos aquí un poco, dice Kalida con voz débil: el último suspiro del hombre debe ser un pensamiento dirigido á Dios; el reposo únicamente nos permite llegar á él...

Sobre esa roca, prosiguió, lanzaremos nuestro último suspiro... ¡Qué nuestras almas, Torrijos, se confundan en un mismo adiós!

Sentáronse en una piedra, que el huracán había limpiado de la nieve, y allí, solos, abrigados el uno con el otro, aguardaron su redención, es decir, la muerte.

Todo estaba blanco en torno suyo: era como un sudario funeral que se perdía en el horizonte, como si quisiera envolver al mundo en la misma catástrofe... Escuchad, escuchad... un ruido sordo, lúgubre, fatal, resuena como una amenaza celeste, semejante á las olas irritadas del mar, como un concierto satánico.

¿Son las roncadas voces de los leones americanos, que giran á veces alrededor de las caravanas aventureras? No, porque no penetran en regiones tan glaciales. Las serpientes callan tambien al furor de los elementos conjurados. ¿Qué era, pues, aquel ruido que estremecía la roca, que guarecía á los desterrados del mundo, haciendo oír como los sonidos de un siniestro destino?

Era la avalancha que preparaba su obra devastadora; era la frente de la montaña que iba á colmar el valle. ¡Héla allí! ¡héla allí, se levanta, grita, abre su seno, estiendo sus brazos, sube, baja, se balancea, y parte...

La roca sola la resiste; todo lo demas es arrastrado, destruido en su marcha gigantesca, árboles seculares, nerviosas lianas, piedras bituminosas, pájaros perdidos en el espacio, buitres enormes, cadáveres de cuadrúpedos y reptiles, todo se confunde, se mezcla en la red destructora, todo es devorado por las rápidas aspiraciones del terrestre meteoro. El caos vuelve á empezar, y cuando la montaña se estremece en sus cimientos, Kalida y Torrijos aguardan el desenlace del drama con imperturbable tranquilidad.

Mas tarde sabremos quizás si esta avalancha se contentó con llevar de despojos la barranca adonde iba á espirar su rabia; oiremos á los mas verídicos exploradores del país, sobre el que Dios ha derramado sus mas ricos dones, y mas desoladora pobreza...

Sigamos ahora á los amantes ante los hombres, los esposos ante la divinidad, y veamos si, despues de tantas fatigas y peligros, descubrirán un lugarillo indio, una familia nómada que les dé asilo, lumbré, algunas frutas y algun consuelo.

«¡Qué fatal te es mi amor! decía Torrijos á su valerosa compañera, que llevaba los piés descalzos, destrozados por la aspereza del camino; ¿no es verdad que lo maldices, querida Kalida de mi alma?... Di, ángel consolador, di, sin temor á quien no quiere la vida sin ti, que esperabas mas de tus fuerzas y tu ternura; dile que el arrepentimiento ha penetrado en tu corazón, y en el mismo instante rodará mi cuerpo hasta lo profundo de este abismo.»

Kalida, por toda respuesta, dirigió á Torrijos una de esas miradas bañadas en lágrimas que son juntamente una queja y un consuelo: un beso ardiente fué la prenda de una paz eterna... De este modo crecía su energía con los obstáculos, y tal era su heroica resolución, que desafiaban el destino, queriéndole probar que su rabia se estrechaba contra la firmeza incontrastable de su amor!

¡Ah! el cielo les sonreía, el sol los calentaba, un paisaje que les anima la esperanza, uno de esos frescos y risueños oasis que el Omnipotente ha colocado en medio de sitios escabrosos y áridos, capaces de espantar á las bestias feroces, los rodea.

En una vallecito delicioso, que surca un riachuelo, donde se reflejan plantas odorosas, cuyo perfume delicado consuela al viajero perdido en aquellas soledades; numerosos pájaros se regocijan saltando

de rama en rama, haciendo resonar en el aire su alegre canto, sus quejas y suspiros... Allí no hay serpientes escondidas entre las flores, ni el fiero jaguar con sus barras negras, la pupila encendida, las uñas afiladas, los movimientos tan rápidos y sueltos que puede llamársele el reptil de los cuadrúpedos; y como si el Criador de todas las cosas hubiera querido decir al hombre de las selvas ó de las ciudades: ¡detente ahí!... las colinas escalonadas que rodean este encantador Eldorado desfilan á las cumbres mas elevadas á que lleven hasta su último asiento un solo resto de los estragos periódicos con que parece que se deleitan las terribles y eternas avalanchas.

En presencia de un paraíso terrestre tan imprevisto, Torrijos y Kalida se postraron de rodillas, é hicieron subir hasta la frente de Jehovah las mas fervientes acciones de gracias.

—Gracias te doy, Dios mio, dijo Kalida: él solo puede poner á nuestros piés tantas riquezas, y tanta alegría en nuestro corazón.

—Démosle gracias por dos, respondió Torrijos.

—Por tres, añadió con viveza Kalida, con las pupilas bañadas en lágrimas.

—¡Que Dios le conceda dias felices!

—Roguémoselo, Torrijos; lo llamaremos Juan, puesto que este es tu nombre, que tienes una patria, ¡y yo no la tengo!

—¿Es posible? preguntó el español á la peruana, cogiéndola el brazo con amor frenético; ¡oh! en tal caso, tú eres mi patria, mi cielo, mi Dios, que ha criado el tuyo, este hermoso sol, que fecunda tantas riquezas desplegadas ante nosotros... Ven, Kalida, esta será nuestra patria; aquí nuestra felicidad, aquí nacerá el primer vástago de Torrijos y Kalida.

Bajo un cielo siempre azul, en un suelo jóven y fértil, ¿qué le hace falta al hombre que posee una dulce compañera, que sigue sus pasos y participa de sus sentimientos?... Agua, algunas frutas, la salud, una mirada, este poder eterno que dá aliento al mas tímido, esperanzas al condenado...

Torrijos, pues, era feliz en este alegre valle, cuya opulencia describe tan poéticamente; lo era doblemente, porque veía al despertar una sonrisa consoladora en los labios entreabiertos de Kalida, que iba á ser muy pronto madre.

—Así se forman las colonias, le decía la hermosa peruana con voz persuasiva; primero uno, despues dos, tres; luego el acaso trae al desierto un viajero extraviado... Se le tiende la mano, se le recibe, se le guarda, y la familia necesita un campo mayor, una cabaña mas espaciosa, un petate mas ancho.

—¿Te cansa la soledad? le preguntó tristemente el español.

—No, amigo mio, pero el porvenir debe ocuparnos un poco: vas á ser padre, Torrijos; tu hijo tendrá una alma como la tuya, yo daré la mia á mi hija, porque no es cierto que nuestros pensamientos estén en la cabeza.

—¡Qué noble eres, ángel mio! Y bien, ¿sabes tú lo que me inspira tu discreta prevision?

—Habla, amigo, tu palabra es dulce, aun cuando regaña; apuesto á que vas á tener razon contra mí que creo siempre tenerla.

—Escucha; aquí somos tan felices, lejos de curaceas y españoles, que la idea de explorar mas allá del circo de lava que nos rodea, no se ha presentado á mi imaginación. Tal vez estemos cerca de alguno de esos pueblecillos que pintan tan felices las tradiciones de tu país; tal vez vivimos en medio de un mundo habitado... ¿Quieres que suba á las crestas que nos dominan, y tienda la vista por los valles que las separan? La inocente felicidad no es egoísta, y si hay cerca de aquí pueblos y hombres que los habitan, creo que seria humano decirles que nuestro país es rico, los frutos sabrosos, las aguas siempre frescas y cristalinas, y nuestro imperio bastante vasto para una parte de los necesitados. ¿Quieres, Kalida?

—Tu proposición es un reproche, respondió la india, presentando una mano pequena y húmeda á su esposo inquieto, pero la acepto sin murmurar: únicamente, si tú partes, yo voy contigo; tus fatigas deben ser las mías, tus peligros serán los míos.

—¿Y tu hijo? exclamó Torrijos alarmado: aquí tenemos flores siempre brillantes, césped verde, árboles robustos y protectores... No se necesita un sepulcro, y tú lo sabes, tu último suspiro será tambien el mio.

El circo estaba aun envuelto en el crepúsculo, pero las cimas de los montes tomaban un color púrpura con los primeros rayos del sol, los pájaros saltaban entre el follaje, y las mariposas les disfrutaban alegremente el imperio del aire. Un hombre jóven y fuerte, una mujer fuerte y jóven como él, escalaban las cuestas de esta parte de los Andes americanos, tan poco estudiada todavía. No se hablaban, y sin embargo ambos estaban preocupados con siniestros pensamientos, como si fueran dos culpables que van á presentarse ante sus jueces. Si hubieran pronunciado una palabra, de fijo hubieran retrocedido; pero como el silencio podia inspirar una esperanza al otro, prosiguieron su enosa marcha á través de senderos naturales, abiertos por la lava en

la montaña, y que indicaban en cierto modo la época de las erupciones.

Sin embargo, las fuerzas hacían traición al esfuerzo de la joven peruana, á quien su dulce carga paralizaba el paso: así, apenas había llegado al primer descanso de una colina, deseó reposarse un poco: este momento fué el de la meditación y el de las tiernas quejas.

—¡Ah! no debíamos haber abandonado el feliz asilo por una esperanza que puede ser una desgracia, pensaba Torrijos; los amigos verdaderos son raros en la tierra, y aunque el corazón sea ciudadano del universo, solo se fija por egoísmo é interés.

—No es verdad, decía Kalida con el codo apoyado en las rodillas de su noble compañero, que está muy lejos de aquí el valle á que nos dirigimos?

—Bastante, respondió Torrijos, comprendiendo el sentido de la pregunta, para que casi renuncié á mi proyecto.

(Continuará.)

DEL TRAJE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA,

DEL GUSTO Y DE LAS ARTES.

A la par de la historia de los hechos, tan henchida de gravísimos ejemplos, y llena también por desgracia de omisiones, dudas, oscuridad y mentiras, existe otra que no ha tenido interés de desfigurar el espíritu humano, y que ofrece á la curiosidad de los eruditos un pasto abundante y provechoso. Es esta la historia de las costumbres, de los trajes, del lenguaje y de todos los signos con que cada generación nos revela sus tendencias materiales y morales, su grado de civilización, sus intereses sociales y su nivel intelectual.

Hay en esta historia secundaria un capítulo tan importante como ameno, el cual vamos á examinar hoy, reservándonos para otro día un asunto de mas trascendencia y gravedad. No será el capítulo de los sombreros, que un cómico francés ha intercalado burlescamente entre las obras de Aristóteles, sino el que trata del traje nacional y de sus variaciones.

No nos faltarán documentos para tan curioso estudio: existen por do quiera, en las crónicas, en los cantos populares, en las admirables estampas de los antiguos misales manuscritos y en las groseras viñetas de los primeros libros impresos. Además de estos manantiales originales, hay otros muy numerosos, en los que ha resumido la ciencia todo lo mas elocuente y extraño que puede satisfacer á la curiosidad de nuestros antepasados y de nuestros contemporáneos. No teneis mas trabajo que hojear el catálogo de los libros publicados en Londres durante el último año, para encontrar entre ellos tres colecciones de diferente asunto y aspecto, que tratan del punto en cuestion. Lo han apurado bajo un punto de vista distinto dos anticuarios y una mujer. La ilustración, explotada en esta ocasion con utilidad, les ha ayudado en su empresa, y ha dado una claridad particular á los anales de la moda; de modo que no tenemos que hacer mas que tomar notas y compaginar fechas, para extraer de todas esas interesantes obras una historia compendiada del traje, si no nos hubiera parecido esencialísimo poner de manifiesto uno de los lados de la cuestion que apenas han indicado nuestros tres autores. Ellos se han limitado á repetir todo lo que se ha dicho sobre las variaciones sucesivas del traje nacional; pero nosotros intentaremos estudiarlas en sus relaciones con las nociones é ideas del arte moderno, completando de este modo la misión de críticos, de que nos hallamos dignamente encargados.

No obstante, nos aprovecharemos del libro de M. Fairholt para seguir la transformación sucesiva del traje introducido por los romanos en la isla conquistada por César. M. Fairholt es nimio y escrupuloso, como verdadero sabio, y no se ha atrevido á remontarse mas allá de la conquista sajona, porque no encontraba autoridades respetables para la descripción exacta de los siglos anteriores á esta época. Efectivamente, cuando los escritores griegos ó romanos de los siglos III y IV describen los usos y trajes británicos, no recurren jamás á apuntes contemporáneos; se contentan con copiar lo que habian escrito los historiadores y los geógrafos 500 ó 400 años antes; y este método, que tan usado es aun en nuestros días, les esponía á gravísimos errores, de que es forzoso desconfiar cuando se lleva por norte en un trabajo el mérito de la exactitud.

Es muy posible presumir que, según hacían todas las tribus bárbaras mas ó menos sometidas á los proconsules romanos, trocarían también los habitantes de nuestras islas sus pintadas pieles por la toga italiana; y que cuando se trasladó la corte del imperio á Bizancio, dejarían sin duda alguna este manto tan pesado, tan majestuoso, tan incómodo y difícil de llevar, para vestir el elegante *pallium* de la raza griega.

Somos de parecer de que el traje de los sajones, imitado en un todo

del que se usaba en el Bajo Imperio, sufrió notables transformaciones antes de la conquista normanda. Gurt y su señor Cedric irían vestidos poco mas ó menos como los porquerizos bizantinos y los cortesanos de Comneno. Por otra parte interesaba muy poco, según parece á los anglosajones, la forma de sus vestidos, y gustaban con predilección de broches y hebillas incrustadas ó cinceladas para abotonar sus vestidos cortados á capricho. Envolvía su cuerpo una túnica sencilla que bajaba hasta la rodilla, y se adaptaba y ceñía á la cintura por medio de una banda de la misma tela, ya con un cinturón adornado de varios dibujos.

Algunas veces se veían ricas bordaduras en los bordes de la misma túnica: consistían en hojas esparcidas en trozos de iguales dimensiones ya cuadradas, ya redondas, pero sin mas artificio: los mas ricos llevaban estas hojas bordadas con hilo de oro: la túnica tenía una abertura sobre el pecho en ambos lados, empezando desde las caderas, y se parecía mucho á las modernas camisas. Llevaban sobre ella una capa corta de diversos colores, ajustada por medio de un broche sobre el hombro derecho, sino lo estaba tan bien sobre el mismo pecho, dejando entonces á la capa separarse en pliegues iguales y volver á caer desde los brazos que levantaban, hasta encima de la pantorrilla.

Las personas distinguidas y los ancianos llevaban encima de esta corta capa otra mucho mas larga, y que sería sin duda alguna una imitación de la toga romana. Jamás deja de estar representado Dios en los manuscritos de la época sin este atributo de la nobleza y de la ancianidad.

La capa corta servía con frecuencia para preservar la cabeza de la inclemencia de las estaciones, porque en la época en que hablamos eran muy escasos los adornos de la cabeza. Se vé no obstante, que ciertos hombres privilegiados llevaban sombreros ó gorros cónicos, recordando con su figura los cascos guerreros y los gorros frigios, puestos los unos sobre los otros. Se usaban los cabellos desmesuradamente largos, divididos por enmedio de la frente, y puestos detrás de las orejas, desde donde caían en libertad sobre las espaldas; la barba, ya estuviera en forma de collar, ya cayera sobre el pecho á la longitud de algunas pulgadas, terminaba en dos puntas. Los escritores sajones hacen muchas veces mencion del *brech* y del *hose*. El *brech* (del que se deriva la palabra breeches) abrazaba estrechamente la pierna, no tenía mas adorno que unas rayas trasversales en torno de los muslos, las cuales no pasaban de la pantorrilla. El *hose* (de que se deriva la palabra francesa *houzeaux*) era de cuero ó de piel sin curtir; solo llegaba hasta la rodilla; los zapatos estaban por lo comun teñidos de negro y abrazaban el pié hasta el tobillo. Aunque las pinturas del tiempo no indican si estaban sujetos por correas ó hebillas, no puede negarse la certeza de esta circunstancia.

Las damas anglosajonas rivalizaban en sencillez con sus maridos; sus largos vestidos caían sobre sus piés en pliegues rectos; llevaban encima una túnica que apenas llegaba á la rodilla, y que según parece, estaba ajustada al talle por medio de un cinturón cualquiera; una larguísima capa ocultaba su rostro á todas, y el *coverchief* ó capucha acababa de hacer casi invisible á la casta esposa de los nobles sajones. El complemento del tocado femenino era esta capucha puesta en torno de la cabeza que caía con bastante gracia sobre el hombro derecho, y la mujer del pueblo iba vestida en cuanto á este adorno lo mismo que la reina, la cual debía llevar su toca encima de la corona. Sus cabellos, casi siempre ocultos, eran tan cortos, que formaban con ellos una especie de rollo al rededor de la cabeza: solo estaban sujetos con una cinta de muy poco lujo.

El azul, el encarnado y el verde eran en aquella época los colores adoptados con mas frecuencia, tanto por los hombres como por las mujeres. También se usaban el de carmesí y el de violeta, pero no tanto. El traje blanco era muy raro y jamás usado, circunstancia que explica de un modo conveniente el clima de la Gran-Bretaña.

(Continuará.)

COSTUMBRES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.

EL PADRINO NUMEN.

Este espíritu sea ángel ó demonio, es sumamente amable como todos los que dan gratuitamente, y en cambio de esta generosidad se contenta con un pequeño reconocimiento. Dicen que se cierne en los aires una vez al año, precisamente en la noche que precede á la aurora del día 1.º de Enero, y con mano invisible prodiga generoso á los niños mil deliciosos dulces y numerosas chucherías: es el dios Mercurio de los aguinaldos, si no es la misma divinidad en persona.

Esta lejana reminiscencia, reformada del politeísmo, se halla establecida en el cristianismo, y jóvenes secuaces, fervorosos neófitos, que se suceden sin interrupción, entonan balbucientes las candorosas alabanzas de la inocencia. Mas sin embargo, este como los demás cultos tiene también sus hipócritas, y la devoción aparente al Silfo del año no prosede siempre de una fé pura, porque hay chiquillos as-

tutos que no creyendo en él, fingen admirablemente su creencia para sacar mejor partido.

Este géneo benéfico es muy conocido en las regiones de París, bajo el nombre de Enero, ó un viejo jóven que simboliza lo presente lo pasado y el porvenir. En Lorena, Alsacia, Alemania, Polonia, España é Inglaterra se llama Navidad, y según la explicación de las madres, es un ángel refrigilante y lleno de atractivos, que baja siempre con las manos llenas para visitar á sus amigos, los angelitos de la tierra; pero tal como lo vió y describió Dickens en la obscuridad de las negras nieblas del Támesis, sería un espíritu de primer orden y mas varonil que infantil. En algunos otros puntos del globo este géneo se representa en el mismo niño Dios en medio de una nube celestial.

En nuestras provincias del Sudeste, en Saboya, en las inmediaciones de Lyon, y en la antigua y excelente Bresa, tan invariable como la Bretaña, *Enero-Navidad* se ha convertido en el *PADRINO NÚMEN*, calificación singular de un ser ideal que demuestra la sencillez de los aldeanos.

Sea el que fuere su nombre, sexo, procedencia y atributos paganos ó cristianos, este personaje simbólico, griego, romano ó escandinavo, es una ficción cosmopolita que todos los tiempos y países arreglan á su modo.

Hay razones que inducen á creer que en otro tiempo se llamó en Roma *Strena*. Mucho ha cambiado desde entonces con respecto al vestido y sus modales, pero siempre se le conoce por sus costumbres á pesar de sus disfraces, y en vano cada pueblo la transforma imponiéndole su idioma y hábitos. Véase lo que dice Dickens: «Navidad está cubierta con una túnica de color verde oscuro, guarnecida de blanco armiño: tiene la cabeza coronada con un ramo de acebo interpolado de bayas coloradas, resplandeciente de brillantes, con tordos y agrialdes helados: su cabellera suelta ondea; su vista está complacida, su mano abierta, su voz alegre y su frente tranquila. Pende de su pácifico cinturón una antigua vaina de espada vacía y cargada de orín; sacude su antorcha haciendo llover enrededor suyo sus dones generosos, los tesoros del cariño y la amistad, las delicias del paladar, del apetito, de la alegría, etc.»

Después de haber observado esta figura tan llena de vida, vigor, é ilusión poética, es menester descender y colocarse al nivel de lo ideal como se entiende en Bresa. Allí el *Padrino Númen* deriva mas bien de Sancho Panza, ó del rey de Ivetote, que de la Navidad inglesa, y de un buen hombre pequeño que corre montado en un asno, á guisa de un molinero que va á la boda, recorriendo todo el pueblo, por encima de los tejados deja caer por el conducto de las chimeneas sus regalos, destinados á los chicos que se conducen bien y son aplicados. Este tipo no brilla por su forma ni por su colorido; pero es sencillo como las gentes honradas de aquel buen país, y tal cual es, basta para llenar el objeto y complacer á los chicos de Bresa, á cuyos ojos el famoso caballo del paladín Rolando, ó el Bayardo de Reinado, tan conocidos en las veladas, no podrían compararse con un hermoso burro cargado de juguetes, chucherías y dulces. En toda la comarca la idea de la munificencia, de la generosidad y de la bondad es inseparable del nombre venerado de Padrino: y si en París el tío pasa por un tesorero dispensado por la naturaleza, aquel es allí el monopolista de las estrenas, el proveedor jurado de las golosinas y los juguetes; pero ¡qué dulces y qué juguetes...! Siempre es rico el que se contenta con poco.

Así, pues, Enero-Navidad es en aquellos países el padrino general y en atención á su esencia maravillosa y sobrenatural, le han declarado el *Padrino Númen*. Esto es cuanto queda en Bresa del géneo que la sabiduría de la antigüedad presentaba al principio del año como móvil de los sentimientos de reconciliación y amistad, todo ha quedado reducido al pequeño ordinario del 31 de Diciembre por la noche con su pollino imaginario: ¡célebre jumento, digno hombrecito! ¡Qué exactitud inspira la confianza! En la noche del día de San Silvestre, no hay chico que antes de acostarse, y si ha sido educado en el respeto debido al Padrino Númen deje de colgar de la campana del hogar, una madreña, una calceta, cualquiera cosa á falta de cesta y al día siguiente así que se despierta, si es que ha podido dormir, encuentra quien un bonito juguete, quien confites, y aun los menos afortunados corren la contingencia de hallar nueces, higos, ciruelas, en fin, cada cual lo que puede esperar.

Muy pronto llegó el día en que me declararon en la edad del nicio, demasiado grande para seguir los lances de este juego, á fuer de sencillo, lleno de emociones. No concedo siquiera un recuerdo á los más ricos agnaldos de mi juventud, y hasta me sorprende de la fé que en otro tiempo acordara al Padrino. Algunos, dije, que prolongaban la suya mentida, encubriendo mayor ambición, pero estos suelen obtener un desengaño solemne. ¡Ah! si el Padrino tuviera la noche menos pensada la feliz ocurrencia de tirar desde los techos biñetes del banco, acciones de los caminos de hierro, aunque no fueran mas que luses de oro, ó cruces de honor; conozco mas de un

viejo chico, de espíritu fuerte que se apresuraria á poner sus medias bien abiertas en el cañón de la chimenea, ó sus zapatos, y s necesario fuera hasta el sombrero mas elegante de madama!...

—Madre, dice algunas veces el niño; ha visto usted alguna vez al Padrino?—No, porque está siempre muy ocupado y pasa de prisa.—¡Es exacto, porque tiene tantos niños que contentar!...—Madre, ¿no le parece á usted que el Padrino puede equivocarse de chimenea? porque Periquito ha recibido ricas almendras garapiñadas, ¡y yo no he encontrado sino avellanas!—Calla, niño; el Padrino odia á los envidiosos; y si desearas la parte que ha correspondido á otro, podrías encontrarte el año que viene con un nido de largatijas, ó con confites de yeso... ¡Cuidado!... No pocas veces el chico terrible vuelve á la carga.—Madre, ¿cómo los dos serones de un borrico pueden contener tantas cosas bonitas, para tantos millones de niños? Al oír esto, se confunde la madre, y realmente fuera mas acertado dar el encargo de distribuir á un diestro ciudadano que á un pequeñísimo aldeano, pues los serones de aquel se podría decir que eran como la botella inagotable de Hamilton, como el sombrero de Bosco, un cuerno de abundancia sin fin, un pozo de chucherías en el cual, cuando dicen que nada queda, hay todavía mucho.

(Continuará.)

UN CASAMIENTO AL VAPOR.

I.

EL ALMUERZO.

En medio de los placeres que rodeaban la corte de Versalles en tiempos de Luis XV, tampoco faltaban desazones provocadas por ese juego de intrigas que se agita sordamente en aquella grandeza corrompida; las costumbres estragadas del monarca, todo lo admitían cuando se trataba de lujo, sensualidad y disolución, llegando la depravación moral al mayor grado imaginable.

Luis XV, ese príncipe libertino por antonomasia, habia ya llegado hasta la saciedad, y se fastidiaba en medio de la crápula y desórden que reinaba en su casa, escándalo de las cortes contemporáneas de Europa. Ya no le halagaban las caricias de sus innumerables queridas, ni el fausto esplendoroso que le rodeaba, por mas que los mas apuestos y poderosos señores, doblaban la rodilla y le saludaban con el dulce título de *muy amado*. Esta frase, puesta en una boca encantadora de sus mujeres, tenía un doble sentido mágico y respetuoso, que producía á veces una conmoción eléctrica en el corazón del príncipe, corazón vacío de ilusiones, eso sí, aunque lleno de realidades.

Lo que mas atormentaba á Luis XV, era el recuerdo del pasado ese recuerdo que, luchando con su régio estoicismo, mostraba á su conciencia una serie implacable de víctimas de su mismo libertinaje, fantasmas sombríos, que tan pronto halagaba su memoria con un grupo de hechiceras imágenes, como lo precipitaba al limbo del remordimiento, cuando se cambiaba ese grupo, por una súbita metamorfosis, y le mostraba en lontananza objetos lúgubres, sombras perdidas en el páramo triste de la desolación mas cruda.

Solo que, esas víctimas, ese fantasma, esas mismas sombras, no eran objetos quiméricos é incorpóreos, creaciones espiritualizadas por la fantasía, no; pertenecían á la misma realidad material é indubitable, eran sus propias queridas, flores agostadas por el soplo del vendabal, pobres criaturas, ajadas prematuramente y cuyas pálidas, aunque hermosas facciones, acusaban al mismo rey los delitos del libertino.

Esto, pues, debía tener un término; Luis XV, herido en lo mas vivo de su alma, por estas miradas elocuentes y resignadas en medio de su misma amargura, tuvo un pensamiento salvador; era menester dótár á aquellas pobres jóvenes, que eran hermosas todavía, y darles marido digno de aquellas mismas horas que formaran en otro tiempo las delicias de su harem. Fué esta una idea feliz, y el viejo mariscal de Richelieu, brindó por esta ocurrencia, en cierto almuerzo que la duquesa de Noailles, disfrazada de amazona, sirvió á S. M. en el palacio de Compiègne.

—Majestad, exclamó la hermosa duquesa algo picada al oír la extravagancia del cortesano, ¿qué decis vos á eso?

—Digo, replicó algo cortado el rey, que el mariscal es hombre de muy buen humor, pero al mismo tiempo, bastante imprudente.

Richelieu, impasible al parecer, vertió una sonora carcajada y se preparó á apurar otra copa. Aquella risa era histérica, y la copa tembló en la mano del duque. Una mirada al soslayo del rey demostró á éste que se habia escedido, y cayó como una ardiente llamarada que encendió su rostro amoratado.

—Señor, balbuceó con mal reprimida turbación, confieso que ha sido una impertinencia mia, una inoportunidad si se quiere...

Richelieu, hábil cortesano, sabia hallar recursos en sus mismos apuros; así es que halló una salida oportuna y se lanzó á ella.

—Esto no quita que S. M. tenga en cuenta sus excepciones, repuso en tono de broma el astuto anciano, y devolvió al propio tiempo una mirada encantadora y sutil á la vez al rey, que se mordió los labios y posó en la dama otra mirada burlona. Richelieu gozaba entonces de la plenitud de su triunfo, y devoraba un volcán de odio á la altiva duquesa, que prevalecía del afecto del monarca, le había hecho pasar por el sonrojo, á él, hombre de mundo, caballero de aventuras, y político refinado, á pesar de sus setenta y pico cumplidos.

El secreto de esto, era que Margarita de Hauteville, á quien había dado en llamarse duquesa de Noailles, en perjuicio del legítimo poseedor de este título, tío suyo, y con quien tenía empeñado pleito de mejor derecho acerca del mismo, era una de las queridas predilectas de Luis XV, y que se horrorizaba cada vez que éste, por simple complacencia en atormentarla, la amenazaba con casarla *de real orden*. Y cuando sucedía esto, tenía lugar una escena que renunciábamos á describir.

Las facciones del mariscal recobraron su malignidad cáustica, y parecían destellar relámpagos de odio hacia la joven duquesa, que por su parte se ocupaba bien poco del galante anciano. Nada tiene de extraño esto, si añadimos que había sido despreciado por ella. Sobre estas repulsas, existía un plan, del que Richelieu solo era cómplice.

El almuerzo tuvo un desenlace frío y desagradable. Margarita no supo disimular sus temores, el mariscal se hallaba en una posición algo difícil, y Luis XV, bajo su glacial sonrisa absorbía las miradas de entansambos, revolviendo allá en su interior un proyecto extraño.

II.

EN EL PECADO LA PENITENCIA.

Los jardines de Versalles eran pocos días después el centro de animación de la bulliciosa corte de Francia. A uno de estos días de fiesta, tan celebrados entonces, y que nos ha transmitido la historia engalanados con ese lujo y accesorios, dignos de aquellos tiempos, sucediera una noche lóbrega, á pesar de las mil estrellas que tachonaban el firmamento: las calles de arbolado, los parterres y laberintos estaban espléndidamente iluminados, y resonaban las músicas de trecho en trecho. Parejas de cortesanos discurrían bajo las bóvedas de follaje, los cenadores formados por capas de hojaranzos y abetos, y las galerías artificiales de acacias con espirales de musta y estatuas de Carrara y Paros, con sus pedestales de bronce incrustados de alegorías mitológicas.

Corrían, por no decir volaban, comparsas de Locustas disfrazados de náyades, ninfas y coros de musas, grupos de amazonas y tronos de diosas con su bullicioso séquito de Cupidos y amorcillos con alas, círculos, ciclópeos y emblemáticas gerarquías del Olimpo, agitando sus blancas y perfumadas alas, envueltas en diáfanos y transparentes velos flotantes; y en medio de aquel juego de figuras impúdicas; animadas todas de un furor lascivo, deslizábanse algunos jóvenes Mercurios, que eran los mensajeros de otras tantas intrigas amorosas que se urdían de concierto en aquellas noches de amor, de voluptuosidad y de crímenes de cierto género.

La noche era ya muy avanzada, y las mil luminarias del jardín apagaban su pálido destello; en varios puntos se habían extinguido completamente; algunas estrellas brillaban á través de las verdinegras frondas, y brotaban del centro tenebroso, como otras tantas chispas inflamadas.

Un hombre vestido de jardinero marchaba con paso recatado, y se deslizaba á través de las tinieblas: aquel hombre era Luis XV. Seguiéndole dos bultos, uno de los cuales era un abate, á juzgar por las ropas tálares y el sombrero peculiar de esa clase religiosa en aquellos tiempos. Todos tres parecían ir de concierto; á pesar de la separación proporcionada que observaban, y el misterioso recato de sus pasos indicaba que se disponía algún suceso de importancia por parte del rey.

Efectivamente, no tardaron en emboscarse en uno de los laberintos del parque, y se detuvieron junto á una cortina de yedra, que ocultaba el ingreso á un pabellón reservado. El rey prestó oído y creyó percibir suspiros y caricias, frases amorosas y una especie de lucha jadeante.

Luis XV, impetuoso é irreflexivo, rasgó aquella cortina flotante y se precipitó al pabellón. Una tenue claridad lejana alumbraba aquella cabaña artificial, cruzada por un surtidero de mármol, rodeada de estatuas con pretils y escalinatas de jaspe. Sobre un banco de muelle césped yacía una ninfa en lánguida y voluptuosa postración: á su lado un génio de doradas alas rodeaba con su brazo derecho el talle medio desnudo de aquella, que envuelta en sus velos transparentes de gasa, provocaba al deleite con una gracia encantadora. Ambos tenían el rostro cubierto con un velo; sin embargo, el rey que venía en pos de aquella pesquisa, reconoció á ciencia fija en la venturosa pareja á la hermosa duquesa de Noailles y al viejo mariscal de Richelieu.

Ambos personajes sufrieron una profunda sorpresa, porque también habían reconocido en aquel pretendido jardinero al gran rey Luis XV de Francia.

Margarita, toda trémula, y sorprendida *in fraganti*, se contó perdida, sin recurso, y se arrojó por un movimiento espontáneo á abrazar las rodillas del rey, que la repelió dulcemente y dió á besar la mano á Richelieu, que no podía prever el desenlace de la aventura.

—Basta, señora, exclamó el príncipe, esa gracia solo se puede obtener de un modo, y es casándose.

—Pero señor...

—Es cierto, comprendo lo que vais á replicarme, pero ved que me he anticipado á vuestros deseos, y os juro que mi voluntad vá á ser cumplida.

Luis XV sonó un silbo de plata, y como por ensalmo aparecieron los dos compañeros que componían su séquito en el bosque.

—Ea, preparaos á dar la mano de esposa á ese caballero, dijo el rey con un signo imperativo de autoridad.

—No os comprendo, balbuceó la duquesa.

—¡Oh! esto es demasiado, exclamó el rey, que se iba irritando por grados, y cuya explosión amenazaba muy próxima: se trataba de un casamiento, como el único medio de evitar un escándalo que mañana imprimiría en vuestra frente un sello de ignominia, y que solo puede conjurar un tálamo legítimo.

—¡Un matrimonio clandestino! replicó Margarita, en cuyo ánimo se reveló el orgullo de la mujer ofendida, y enderezándose como una serpiente; ¡ligarme yo á un yugo que siempre he reprobado!... yo, la querida del rey de Francia... imposible.

Luis XV, pálido, todo convulso, llevó la mano al pomo de su daga con ánimo de herir á la cortesana; pero esta, por un impulso incomprensible y súbito, dijo:

—Me someto á vuestro alvedrío, y puesto que así lo queréis, sea. Traed testigos.

—Todo sobra donde está el rey de Francia, exclamó éste. En cuanto á padrinos, aquí está el señor de Monteville que se prestará gustoso á tan singular como honorífico lance.

Y el compañero del abate, á quien se había dirigido el discurso del rey, se adelantó, inclinándose con una profunda reverencia.

Margarita, juzgando, aunque tarde, que era una descortesía permanecer de incógnito en la presencia del rey, quiso arrancarse la máscara, pero éste se apresuró á impedirlo, diciendo:

—Señora, el rey sabe respetar los disfraces, porque le ha enseñado á ello la experiencia, además de que con ello aprenderéis la reciproca, respetando en lo que vale la realidad del jardinero.

—He aquí una alusión soberbia, murmuró allá á sus adentros el mariscal con su habitual sutileza, al oír la oportunidad de las frases del rey.

Al punto, y venciendo sus vacilaciones, la duquesa dió su mano al mariscal, que se apresuró á oprimirla en medio de espumantes besos: el abate pronunció la fórmula sacramental é hizo descender la bendición sobre aquel extraño consorcio.

—Ahora ya es tiempo, dijo el rey, dando á besar su mano á la duquesa; vuestro honor y el mío se han salvado, y el rey os recomienda la salud del mariscal.

En efecto, Richelieu separaba el antifaz y mostraba á su bella esposa su rostro maltratado por los años, pero en cuyos ojos brillaba una pupila de fuego.

—Conque no sois vos.... exclamó Margarita cruelmente engañada.

—¡Ah señora! dijo el anciano duque, no os pese: mañana seréis monja.

—Es la verdad, murmuró el rey; no debía tener otra solución el problema: en el pecado lleváis ambos la penitencia.

Todo esto se realizó al pie de la letra, y Margarita de Hauteville fué con el tiempo abadesa de las Ursulinas, á despecho de los conatos de Richelieu, que pedía á vivas instancias su secularización al Parlamento de París.

JOSE PASTOR DE LA ROCA.

MEMORIAS DEL VERANO.

Hechiceras madrileñas,
salid, salid de la cama,
que ya dora los tejados
la luz naciente del alba.

Con cuidadoso descuido
vestid la ondulante falda,
vuestros cabellos cubriendo
con frescos tules y gasas.

Abrid la sombrilla leve

de colores matizada,
porque al sol no den envidia
los soles de vuestra cara,

Y corred á los pensiles
que á Madrid en torno esmaltan,
y que sus gracias esperan
aumentar con vuestras gracias.

Dios ayuda al que madruga;
por eso ya visteis cuantas
por madrugan en verano
en el otoño se casan.

Dios os dará un buen marido
si procuráis imitarlas,
que á vosotras las solteras
es lo que os hace más falta.

Ya miraros me parece
lucir matinales galas
en las verdes alamedas
de la *fuerza Castellana*.

O en el ameno Retiro
cruzar entre espesas ramas,
y en el florido Botánico
respirar dulce fragancia.

Por donde quiera las flores
el puro ambiente embalsaman,
y reverencias os hacen
al impulso de las auras.

Himnos y jotas y duos
al sol los pájaros cantan,
y el arroyuelo murmura
porque le tienen sin agua.

¡Qué frescura! ¡qué alegría!

¡Cuán hermosa es la mañana!
sudando el quilo la corte
se despuella por gozarla.

No en sus trajes nos demuestra
la esplendidez cortesana,
sino con grata frescura
sencillísima elegancia.

Allí pasean los niños,
con sombreros de alas blandas,
y vestidos de una tela
desde la frente á las plantas.

Allí en fáciles conquistas
á todas os avasallan,
y tan solo con miraros,
el corazón os arrancan.

Aquí un doguitto rechoncho

con una pareja rancia,
monton de carne y de huesos
semejante á dos tinajas.

Allá, sentado en un banco,
saca á un libro la sustancia
uno que estudia en paseo
y se pasea en su casa;

Acullá en busca de fuentes,
con iguales pasos anda
otro que higiénica juzga
la medicina hidropática.

Mirad como al pié del chorro
las claras linfas escancia,
y, vaso á vaso, un estanque
á su estómago traslada.

Envuelto en nubes de polvo
allí un char-á-banc se lanza
donde un marqués, de cocheró
en el noble arte se ensaya,

Mas ya el sol *tifus* reparte;
por hoy de paseos basta,
y hácia la *Casa de Cmpo*
iremos juntos mañana.

Escuchareis en «sus bosques»
las discusiones que entablan
los ruseñores artistas
y las tórtolas románticas.

Y ciñendo de personas
un cinturón ó guirnalda
vereis una fuentequilla
que todo diz que lo sana.

¡Con qué afición cada uno
sus férreos jugos se tragal
¡y saben como las linfas
con que escribo estas palabras!

Ved cómo tienen de rojo
las piedras por donde pasan:
si los probais, lo mismito
se pondrán vuestras gargantas.

¡Huid, huid de esos campos!
y si mis versos os cansan
vereis que pronto de un golpe
paseo y romance acaban.

Que yo también, madreñeas,
de dejaros tengo gana;
que es por Dios mucho negocio
llevar á paseo á tantas.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

PELIGROS DE MADRID.



Las puertas se abren con requiebros.—El amor es un instrumento para los ladrones.



Estátua ecuestre de Pedro el Grande.

LA ILUSTRACION.

Esta revista de actualidad ilustrada, entra con el año de 1856, en el octavo año de su existencia: vencidas las dificultades consiguientes á una publicación semejante, y regularizada su marcha, LA ILUSTRACION se prepara á introducir grandes mejoras, así en sus magníficas láminas, cuya colección no tiene rival en España, por el número, por el tamaño y por la ejecución, como en el texto abundante y variado.

LA ILUSTRACION dará en el año entrante numerosos grabados españoles, consignando todos los sucesos importantes del interior y multitud de artículos originales firmados por nuestros primeros escritores. Los primeros números del año entrante, hablarán por nosotros mas aun que los del actual, y que sin embargo son el mejor prospecto de nuestro periódico.

LA ILUSTRACION, LAS NOVEDADES combinadas, tienen reunidas menos precio que el de un solo periódico político de grandes dimensiones.

UN PARAISO CONTEMPORÁNEO.

Hoy que llama tanto la atención todo lo que se refiere á la California y á los países cuya constitucion social está modificando tan rápidamente el descubrimiento de aquellos vastos depósitos de oro, creemos que serán leídos con interés los siguientes ormenores auténticos de un pedazo del territorio americano que fué en otra época posesion de España, y donde, con nuestra religion y nuestra lengua, se conservan costumbres que son nuestras tambien, aunque singularmente doble-

gadas á la influencia del clima y de las circunstancias especiales del territorio.

Muy cerca de la playa oriental del Pacífico existe una isla pequeña llamada Taboga que parece realizar la fabula del jardin de las Hespérides. Es un verdadero paraíso terrenal; y sus habitantes son tan felices y tan inocentes, á lo menos en apariencia, como la pareja origen de nuestra raza. Por desgracia en este paraíso contemporáneo, la fruta prohibida se halla ya madura y no tardará en ser cogida; la antigua serpiente levanta ya la cabeza; y dentro de un par de años probablemente este Eden del mundo moderno se convertirá en camino real del comercio, y el pequeño pueblo que le sirve de capital, se verá transformado en un puerto de mar sucio, repugnante, teatro de la embriaguez, del desorden, de los excesos que traen consigo los que van á buscar el oro de las Californias. Este es su destino, y no por culpa de la corrupcion de sus habitantes, ni por su sed de ganancias, porque en realidad, siendo, como lo son, muy felices, no se tomarían el trabajo de aspirar á ser ricos si les fuese lícito evitarlo. Pero Taboga se encuentra en medio del cauce de esa inundacion mercantil que vamos á ver precipitarse de uno á otro océano: su posicion geográfica le ha marcado su destino, y ea cuanto esté concluido el ferro-carril de Panamá, los productos del Oriente y del Sur, se cruzarán en sus puertos con los del mundo occidental. Conviene, pues, describir á Taboga y á sus habitantes con el aspecto que presentan en este año tan preñado de grandes cosas, y hacer el retrato de este paraíso momentos antes que deje de existir.

Digamos sin embargo, por via de prólogo, que la trasformacion no ha de verificarse con la rapidéz que un cambio de escena en una comedia de magia, puesto que ya se han visto algunos de sus preparativos; ya se ha visto flotar en su tranquilo puerto uno que otro casco

negro y gigantesco, jadeando y bufando á impulsos de la maravillosa máquina de Fulton, monstruos marinos que parecen haber venido á examinar la rica presa para dar noticia de ella á los compañeros que han de venir á devorarla; y ya se han visto ojos semi-salvajes y ardientes, fijarse con avidez en ese pueblo sencillo y feliz, al través de sus bosques de naranjos. Estos ojos de aves de rapina pertenecen á los peregrinos de California á que van ó vienen; aventureros de todas las estremidades del globo que van en busca del metal dorado, y que no llevan al principio mas capital que una azada, una botella de aguardiente, y un cuchillo con honores de puñal. ¡Qué tentación no se presenta á estos espíritus inquietos cuando entran en la bahía y parecen resbalar mansamente por las aguas de ese lago encantado que se encuentra en la embocadura de un verde valle entre dos elevadas colinas!

No hay en Taboga pueblo en la significación estricta de esta palabra; sino aquí ó allí, según el capricho del propietario, una pequeña choza de cañas cubierta con hojas de palmero. El número de estas casas, si tal pueden llamarse, llega á un centenar. El lazo de unión, por decirlo así, es una pequeña iglesia blanqueada y limpia. Las casas se asoman con cierta coquetería al través de los grupos de cocoteros en la parte baja, ó se encaraman en la cúspide de alguna de las rocas de la orilla, ó se enseñorean sobre el puerto, ó se agrupan al margen del agua, donde las olas vienen á murmurar á sus puertas mismas cuando sube la marea. Esta playa es el punto de desembarco para los buques del puerto, y el lanchon pesado del buque, aprovechando la ola que avanza, se arroja orgulloso á la orilla, donde queda barado, mientras que la canoa indígena, auxiliada tan sólo por un golpe indiferente del remo, salta completamente fuera del agua como un pez.

Por la tarde los naturales se reúnen á la orilla del mar, donde se forman en pequeños grupos, y aspiran la templada brisa al través de los cigarros que fabrican con el excelente tabaco que la isla produce. Las mujeres entretanto se pasean alrededor de los grupos de hombres refrescando sus desnudos pies en las húmedas arenas, mientras los niños se divierten persiguiendo á la ola que se retira y huyendo con grande algazara y gritos de la que avanza. Estas gentes descienden de varias razas. Unas son españolas, otras africanas, otras indias, pero aunque conservan en su fisonomía, sus respectivos rayos característicos, la índole de todos es idéntica y es ingenuamente tabogana. El clima del país lo somete y lo funde todo en una masa única. La atmósfera cálida y húmeda pule las asperezas de todos los temperamentos y el reposo de la placida bahía se apodera del alma mas inquieta. Todo contribuye á producir esta soñolienta y dulce tranquilidad. No hay allí la necesidad del trabajo, no hay concurrencia; no hay lucha, no hay cuidados que inspire el porvenir; no hay ninguna de aquellas causas que en otros países surcan la frente con arrugas prematuras y emponzoñan el corazón. Nada de esto existe en aquella isla encantadora. La inagotable naturaleza proporciona el pan de todos los días. En un clima de primavera perpetua hasta la construcción de una choza de cañas parece un trabajo superfluo; y á no ser por la implacable tiranía de la moda, ¿de qué serviría el vestirse donde no existe la necesidad de luchar contra el frío? Y sin embargo los hombres construyen chozas que parecen juguetes, y cultivan alrededor de ellas pequeños plantíos de maíz y yucas, y escavando los troncos de los árboles penetran en el mar para añadir algún pescado á su banquete de vegetales. Otro alimento exquisito se les presenta sin que lo busquen: no exactamente como las aves de un paraíso situado en otro punto y donde es fama que andan ya asadas y con un cuchillo y un tenedor clavados en los costados, diciendo á todo el que quiere oír «comedme» sino en forma de una clase particular de cangrejo que en cierta estación del año baja de las colinas, y que casi voluntariamente se coloca en la cazuela. La cantidad de estos bichos, que constituyen un alimento agradable y sano, es incalculable. Parecen cubrir toda la superficie de la isla. Oyese un ruido como si fuese el goteo de la lluvia, y entonces se ve avanzar esa inundación de seres animados que va á bucar las aguas del Pacífico, en cuyas arenas depositan incalculables millones de ovas de donde salen nuevas legiones para la inundación de la estación siguiente. El tabogano hace entonces una provision ilimitada. La iguana, que es un lagarto enorme, proporciona otro bocado exquisito, y ofrece además los placeres y las emociones de la caza que se verifica con perros en los bosques.

Y el pueblo se divierte y engorda, porque nada tiene que hacer sino es gozar del placer de no hacer nada.

Los habitantes son indolentes, pero no perezosos, porque cuando quieren saben trabajar, y despliegan mucha fuerza y mucho vigor. Pero ¿á qué molestarse trabajando? Su somnolencia está llena de gracia y de epicurismo. Parecen vivir y gozar embriagándose con la dulce y perfumada atmósfera que respiran, y escuchando la música de la brisa cuando juguetea entre las sinuosidades de aquella magnífica vegetación.

Las formas de las mujeres son hermosísimas, sus movimientos sueltos y naturales, su mirada suave y tranquila, y sus ojos grandes, negros y dormidos. Gustan para vestirse de colores brillantes, tan brillantes como los de los esmaltados insectos de la isla, cuyos camuflajes verdes, rojos y amarillos reflejan los rayos del sol. Deben sus galas á la galantería de los hombres, que llevan á Panamá de cuando en cuando un bote cargado con la fruta que se pudre en la isla, y obtienen en cambio los productos mas vistosos de los telares de Manchester. Pero las mujeres ostentan rara vez sus galas fuera de sus habitaciones. Cuando no tienen nada que hacer, que es la mayor parte del día, se columpian blandamente en sus hamacas, ó machacan el maíz que han de comer, ó hacen canastos con la hoja del palmero. He aquí un retrato que nos da un viajero de una de esas mujeres, retrato á que no se puede añadir un rasgo mas sin echarlo á perder: la mujer mas hermosa de la isla es Dolores. Tendida todo el día en su hamaca, saliendo solo al amanecer ó en la fresca tarde para bañarse en el riachuelo de Taboga, alimentándose con el exquisito maíz y el arroz y las delicadas frutas de la isla, su cutis ha adquirido toda la blancura y toda la suavidad, y sus formas toda la morbidez de las hermosas circasianas con que el sultan adorna su serrallo. Sus facciones tienen una expresión soñolienta é indiferente: pero la frescura y la voluptuosidad de su hermosa boca española y el fuego que centellea en sus ojos negros, le dan un brillo y un interés incomparables. Su pelo es negro como el azabache, y cae en espesas trenzas sobre sus redondas espaldas, que el traje caído permite descubrir en toda su blancura deslumbradora y en su completo y proporcionado desarrollo. Sus manos y sus pies son pequeños y blancos como los de casi todas las españolas. Todos se enamoran de Dolores, pero ella es muy coqueta, y bueno es hacer esta advertencia á los futuros viajeros.

Pero toda advertencia es inútil. Nadie puede dejar de querer á Dolores; y en cuanto á su coquetería forma una parte esencial de sus encantos. Es el estímulo que conserva el movimiento de la vida en Taboga, que impide que las dulzuras de la isla produzcan hastío, y que este dulce reposo se convierta en profundo sueño.

En este país los rasgos distintivos, aun de los animales inferiores son la gordura, la satisfacción y la lentitud en los movimientos. Los pelicanos, encumbrados en su roca, con el estómago repleto contemplan con ternura el mar, como un gloton satisfecho que contempla bocados exquisitos de que por ahora no puede hacer uso. Los peces que les suministran el alimento, están tan gordos como ellos. No existe en toda la isla un solo insecto ó reptil venenoso; y si alguno tiene veneno, está demasiado bien alimentado y disfruta en su pereza de demasiado buen humor para hacer uso de él. Los únicos charlatanes ruidosos que existen en este encantado recinto, son los pintados guacamayos, que ahogan en los bosques la dulce voz de la tortola, y el grillo, cuyo agudo grito resuena en el timpano como el silbido remoto de la locomotora. Entre las flores que embalsaman la atmósfera, se distingue el *santo Espíritu* por su belleza y por el sentimiento religioso que lo santifica. Sus pétalos tienen la forma de una paloma, y casi reciben culto de los sencillos habitantes como símbolo del Espíritu Santo. Conviene además citar especialmente el *jaboncillo*, que es el jabón de la isla, y que no necesita mas preparación que meter las hojas en agua para producir una espuma tan suave como la de los mejores jabones de la perfumería europea. Las mujeres hacen mucho uso de esta planta en sus baños, y le atribuyen la suavidad de su cutis y la magnífica abundancia de su pelo.

Pero el lector artista nos dirá que nos olvidamos de colocar las convenientes sombras en el cuadro que acabamos de trazar; que la misma Dolores no es mas que la mas elevada expresión de la hermosura, de la indolencia y de la coquetería de la isla, y que todo ello se coloca en el nivel monótono de la mar en calma. La crítica es prematura, porque Taboga tiene una excepción que interrumpe la monotonía de su tranquilidad y de su calma uniforme. Los demás habitantes sea cual fuere su origen, ya proviniesen de Oriente, Occidente, del N. ó del S., no pudieron oponer resistencia al espíritu de la localidad. Todos se amalgamaron en esa atmósfera suave, húmeda y perfumada que borró para siempre su identidad. Pero doña Juana, la médica, fué una excepción desde el primer instante y lo sigue siendo hasta el día. Ni el mas antiguo habitante sabe cómo, cuando, ni por dónde vino á pararse Taboga. Allí estaba, y allí está, y esto es todo lo que se sabe. Alta, seca, huesosa, arrugada, de mirada terrible, de áspera voz y de genio irritable, con una cabellera del mas indudable color rojo, doña Juana se burlaba de las influencias locales. Existe en el pueblo un pie de moro del Mediterráneo, cuyas salvajes fantasías se han convertido en soñolientas aspiraciones, y cuyos afectos vacilan entre Dolores y un asado de iguana; pero doña Juana se monta en su toro, única cabalgadura en aquella region, mas tiesa que un palo, y arroja una mirada entre cólerica y desdeñosa al mundo que se agita á sus pies. Guía y conduce al toro. Su marido, uno de los blandos naturales de la isla, y ambos animales están gordos y ambos son obedientes y de

mirada tímida. Doña Juana es una escocesa que nadie sabe cómo ha ido á parar á aquella region desde las ásperas y áridas breñas de su país natal. Es temida y admirada por el toro, por el marido y en general por todos los isleños. Su destreza en el arte médica se considera casi como cosa sobrenatural. Ni un ángulo de su cara ha sido redondeado, ni suavizado un acento de su voz por la venigña influencia del clima. Le gusta el desaseo tanto como si no hubiese salido jamás de entre las montañas que la vieron nacer. Acurrucada en su choza, la mas baja, la mas sucia del pueblo, rodeada de botellas y papeles sucios, que contienen drogas nada limpias, parece en realidad una bruja. Por este retrato se conocerá que, bajo el punto de vista artístico, doña Juana es indispensable en esta agradable region de indolencia, de calma y de sueño.

Taboga puede considerarse como el puerto de Panamá, que no tiene fondeadero seguro y al cual no pueden acercarse buques de mucho porte. Como Taboga tiene un fondeadero magnífico, uno de los mejores del mundo y que parece una dársena obra de colosales trabajos humanos, inútil es decir lo que será de la tranquilidad de la isla cuando con el ferro-carril pase por el istmo de Panamá el comercio del mundo entero. El paraíso que nos hemos complacido en describir con sus verdaderos colores, será entonces un *paraíso perdido*, á quien deseamos por cantor, porque lo merece, un nuevo Milton.

DEL TRAJE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA,

DEL GUSTO Y DE LAS ARTES.

(Conclusion.)

Las modas sajonas siguieron usándose mucho tiempo sin sufrir modificaciones, como sucede siempre en naciones pobres y austeras. Bajo este aspecto se diferenciaban también muy poco los normandos, cuando desembarcaron del pueblo que acababan de conquistar. También se notaba en sus vestidos, lo mismo que en los de los sajones, el reflejo de las tradiciones romanas; pero iba á inaugurarse una nueva era en que fueron muy rápidos los progresos de lujo, y en la que subió de punto el espíritu de invención, hasta trocar poco á poco el aspecto de las dos razas, lentamente amalgamadas.

Para formarse una idea de todos los caprichos que invadieron paso á paso este lujo mal dirigido, todavía es preciso leer las vehe- mentes sátiras que contra él se escribieron.

Mientras subsistió feudal, hubo en cada país de Europa dos clases enteramente distintas y separadas por un insondable abismo: el refinamiento de la elegancia y los caprichos del traje pertenecían exclusivamente á la clase que disfrutaba todas las riquezas, la ociosidad y los institutos de pompa; y la clase media, como mas pobre, mas modesta, mas fiel á sus tradiciones, se opuso mucho tiempo á las innovaciones costosas, y se limitó á imitar de cuando en cuando algunos adornos económicos y los caprichos ó superfluidades de escaso valor y de indisputable comodidad. Los aldeanos apenas participan en el día del movimiento que les transmiten las clases mas acomodadas despues de haberlo recibido de las de elevada esfera, las cuales disfrutaron por mucho tiempo la iniciativa; de manera, que el labrador del siglo XVI vestía con poca diferencia como en tiempo de los sajones. Los normandos empero, y en especial sus compañeros, habían innovado de un modo muy notable el grande é interesante arte del adorno individual.

Señala esta nueva era la invención de los corsés, con la cual forma M. Fairholt un punto de partida, una especie de égira. Indica desde esta solemne fecha las alteraciones sucesivas que experimentó el traje de las damas, como por ejemplo, las de las mangas, que prolongándose de día en día llegaron hasta el puño, y siguiendo su progresivo movimiento acababan por caer mas abajo que el mismo vestido, y se llegaron á hacer de diferente tela y de otro color que el resto del traje. No se paró hasta ajustar estrechamente el cuerpo con el vestido para dar mas brillo y realce á las proporciones y relieves del talle. Hemos visto una caricatura de la época (*Cotton Collection*, Neró, c. 4.) que nos muestra á Cristo tentado por Satanás, el cual va vestido con el traje de una hermosa dama. Su talle está admirablemente ajustado; y se estrecha todavía mas con los esfuerzos de los cordones que le aprietan; sus mangas desmesuradamente largas están atadas sobre los brazos de esta estraña coqueta, y su saya, abierta por la cadere derecha, se anuda también en torno de sus pies. Las damas normandas habían dejado crecer sus cabellos imitando á sus señores y esposos, y formaban con ellos luengas trenzas que llegaban algunas veces hasta los pies; por lo regular las ataban á la altura de las caderas, y caían desde esta parte en numerosos rizados; mezclaban entre ellos piedras preciosas de diversos colores, y algunas veces los ocultaban en fundas de seda.

El traje anglo-normando se hizo mucho mas rico y variado durante el reinado de Enrique II, y desde esta época se distinguen y conocen con mas exactitud los cambios de la moda, pues han llegado hasta nuestros días las estatuas de bronce con que se adornaban los monumentos funerarios, á pesar de las mutilaciones de los iconoclastas, protestantes ó republicanos. Desde el rey Juan las modas reflejaron de un modo sorprendente el carácter político de cada reinado. Fueron frívolas y alegres en el reinado del débil Enrique II; mas sencillas y varoniles en el de Eduardo I, y degeneraron en extravagantes mientras su hijo gobernó tan loca y desalentadamente el reino. Apenas fueron bastantes el hambre, la peste y todos los desastres públicos que afligieron el reinado de Eduardo III para contener los suntuosos excesos á que se habían acostumbrado sus vasallos, y que volvieron á aparecer con una especie de furor en el de Ricardo II y anunciaron la caída de la dinastía.

Hemos hallado en los escritos de un monje desconocido el exceso de vanidad que por tan las damas de los tiempos de Eduardo I en llevar mas larga que todas las demas la cola de sus vestidos.

He oído hablar, dice este sencillo religioso, de una mujer orgullosa que llevaba un vestido blanco de tan desmesurada longitud, que le arrastraba hasta levantar el polvo de los templos. Cierta día al salir de uno de ellos tuvo que alzar tan largo colgajo para atravesar una balsa de la calle, y un santo hombre que se hallaba en aquel sitio vió un demonio que se estornillaba de risa. Habiéndole preguntado por qué se reía de aquel modo, el diablo le respondió con estas palabras: «Se hallaba sentado sobre la cola de esa mujer uno de mis camaradas, sirviéndose de ella como de un carro que lo conducía; pero cuando la levanté de pronto, el infeliz ha caído de espaldas y se ha embaldonado con el cieno todo su cuerpo. Esta ocurrencia es lo que me hace reír con tanto gusto.»

M. Fairholt cita otra historia donde se ve cómo recibían las gentes sensatas las nuevas modas que se querían introducir en Inglaterra al terminar el reinado de Eduardo III, entre otras la del traje que acababa de ser imitado de Alemania.

Dos hermanos, llamados el uno sir Raoul y el otro sir Pedro de Luge, se vanagloriaban de reprimirse en todas las cosas contrarias al decoro.

Un día asistió sir Pedro á un gran banquete, adonde llegó antes de haber tomado nadie asiento en la mesa, un joven escudero que saludó á los convidados. Llevaba éste un raro sayo á la moda alemana, y acercándose de esta suerte hacia los caballeros y las damas, hacia repetidas reverencias. Cuando le vió sir Pedro, le llamó en alta voz delante de todos los circunstantes y le preguntó dónde tenía su viola, (*cyllie*, *hildie*) ó su rabel (*ribble*) ó el instrumento de que se sirviera como juglar. «Señor, respondió el escudero, ninguno de esos instrumentos pertenece á mi carrera ni á mi ciencia.—Sir, replicó el caballero, no me es posible dar crédito á lo que acabais de decir, pues vuestro arreo y vuestro traje son propios de un verdadero trovador. Yo he conocido á todos vuestros antepasados los caballeros y escuderos de vuestro linaje, que eran valientes y esforzados; pero no he visto á ninguno tan estravagantemente disfrazado ni con el traje que os cubre.» El escudero respondió entonces al caballero diciendo: Sir, si os disgusta mi vestido, pronto voy á despojarme de él.» Y llamó á un paje á quien entregó su sayo, poniéndose en su lugar otro traje, y toda la concurrencia anudó tan acertada enmienda.

El traje de los hombres aumentó en riqueza y afeminación de un modo muy notable desde el fin del reinado de Ricardo II hasta el de Enrique V. Se necesitaria el auxilio del grabado para describirlos anchos vestidos y las mangas de encaje que usaban los elegantes de aquella época. Apenas podrá hacerse notar una débil reacción hacia la sencillez de los trajes durante el reinado de Enrique IV, y esta reacción fué seguida en el de Eduardo III de un desbordamiento en sentido opuesto. Todo el siglo XV tuvo un carácter uniforme de fanfarronada exterior y de suntuosidad. El lujo invadió hasta los mismos sirvientes.

Oceleva compuso sobre este asunto un poema satirico, donde se desencadena contra el orgullo de los criados, la insolente riqueza de sus vestidos, su descaro en llevar mantos de escarlata de doce varas de longitud, con mangas que barren el suelo, y que están forradas por encima de los puños con pieles que valen mas de 20 libras; el buen poeta pregunta cómo podrían defender á su señor si fuese acometido repentinamente, yendo vestidos de aquel modo, y siendo así que sus brazos tienen bastante trabajo con sostener unas mangas tan desmesuradas.

«Mejor defensa podrían hacer las mujeres,» continúa amargamente el poeta; y preguntándose en seguida para qué pueden servir semejantes criados, acaba por encontrar su verdadera y única utilidad: «No habrá ya necesidad de escobas para barrer el cieno de las calles, porque bastarán para quitarlo, ya esté húmedo, ya seco, las mangas flotantes de esos insolentes y desvengonzados lacayos.»

COSTUMBRES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.

EL PADRINO NÚMEN.

(Conclusion.)

En sustancia, todo esto no es mas que una broma, último vestigio de una fábula que renace todos los años por la propensión de los niños a todo lo que parece maravilloso. Algunos paritinos condenan estas costumbres lo mismo que los cuentos de las brujas; pero la tradición prevalece sobre la severidad del buen sentido, y lo que se hizo en tiempos inmemoriales en las familias, se continuará practicando todavía por muchos siglos.

No obstante, bajo la idea de este juguete tan decantado por los niños, se encubre un antiguo germen de superstición, imperdonable por lo que respecta a los adultos. En el departamento del Ain, principalmente en la comarca de Ger, las jóvenes van al amanecer a la cocina no para recoger las estrenas, que saben encontrar en otra parte, sino para observar el piso del hogar. Según la disposición en que se halla la ceniza, amontonada, estendida, desparramada o en forma de embudo, se pronostica un nacimiento, un matrimonio, una muerte. Este oráculo que cae por la chimenea durante la noche, no parece dejar duda en las viejas, al paso que se ríen de la credulidad de sus pequeños nietos. Con razón puede decirse en este caso: *Nadie se burle de sus semejantes*.

Dos jóvenes bresanos, bachilleros nuevos, desembarcados de Pollat y Curtafond, vivían en París en la mas estrecha comunidad de ambición, estudio y miseria. El uno pretendía eclipsar al presidente Favre, y el otro envidiaba a Bichat. Un antiguo cocinero de Pont-de-Veyle, que pasó a jefe o mayordomo de la casa del príncipe Ghe, les había proporcionado en las habitaciones de familia del vasto palacio de su amo, cerca del tejado, un malísimo desván amueblado de mala manera; y un ajuste muy módico aseguraba a los estudiantes una buena porción de las sobras de la mesa del príncipe; vivían bien, sus comidas eran muy arregladas; pero no se juntaban nunca. Esta compañía, consolidada por la amistad, hacía menos dolorosa la escasez permanente de dinero.

Una noche, víspera de año nuevo, habían trabajado hasta muy tarde; el aire cortaba la epidermis, y los dos compañeros, inseparables, para evitar la corriente, que mucho les molestaba, habían transformado sus dos inmensos cofres vacíos en una especie de barraca ó garita, en la que estaban algo mas resguardados, pero cometieron la torpeza de acurrucarse delante de la chimenea, porque calentaba frescamente desde que se quemó el último pedazo de madera del haz de leña postrero, y hasta la vela agonizaba. Cada cual en su garita se soplaban las yemas de los dedos: el futuro médico silbaba como un tordo, mas al fin prorumpió. — ¡Qué suerte tan perversa es la nuestra! Alojados como peones de albañil, alimentados de restos como lacayos, estamos en vísperas del día primero de Enero, condenados a las estrenas forzosas, ¡sin recompensa y sin nada en el bolsillo!... El amigo de este descontento, que estaba dotado de una gran resignación, profesaba, para el mejor servicio de la comunidad, una porción de teorías consoladoras. — A nuestra edad, el ilustre Ampère, dijo, ¡no tenía un cuarto ni una blanca; y no sabía nada! Así, pues, nosotros le aventajamos. J. J. Gail, el primer helenista de nuestra época, que posee a esta fecha veinte mil francos de renta, ha sido alternativamente pordiosero y criado. Menos exigente que nosotros, se consideraba muy dichoso en recibir en el hospicio Montaigu las sobras de judías y lentejas, que fueron su alimento hasta la edad de diez y seis años, y entonces pasó a mozo mandadero de un director de colegio de París. Este hombre honrado, habiendo conocido las disposiciones extraordinarias de su criado para la lengua griega, le hizo pasar de la antesala a los escaños de la cátedra. Lo demás tú lo sabes, y estos pormenores hasta ahora inéditos, respondo de que son verídicos. — Todo eso es excelente y bueno, querido optimista, pero no remedia las necesidades de mañana: por mi parte no sé a qué santo encomendarme, y me parece que Dios y el diablo se han vuelto sordos, por lo menos con respecto a nuestras súplicas.

— ¡Ingrato; impío, todo lo has perdido, todo! hasta la religiosidad de la memoria. El año que concluye ya no existe; el que viene no ha llegado todavía: están dando las doce: en este momento sube al cielo nuestro viejo amigo el Padrino Númen. — Por Dios, que tienes razón... ¡Si yo le invocara!... — Si tú le invocas, alargo mi gorra sin miedo de que se quemé, porque el hogar está helado como la tumba; y por mi parte no pretendo menos de veinticinco luises de oro.

El estudiante de medicina hizo con sus manos una vocina, y arrodillado delante de la boca de la chimenea, gritó: *¡Buen día y mejor año, gentil Padrino, Padrino Númen, dones abundantes a los verdaderos creyentes!*... La brisa sola respondió. El estudiante de derecho

colocó respetuosamente su gorra sobre los morrillos, y habiéndose concluido la vela, los dos pobres bresanos retrocedieron a tientas hasta sus miserables hamacas, para conciliar el sueño con el ruido lejano de las alboradas militares.

Al día siguiente, no recordando la invocación de la noche, el mas vigilante de los dos amigos vió en la gorra al levantarse... ¡acertad qué!... una grande esponja: cogéla, examinéla, enseñársela a su compañero, fué lo bastante para celebrar el año nuevo con un duo jovial de carcajadas. — ¡Regalo singular! nada le falta, dijo, ni la carta de remisión. — En efecto, en el centro de la esponja había una cortadura, y en ella estaba colocado un pequeño cañuto de papel; era precisamente lo que llaman los ingleses un cheque, que había sido cortado de un libro de billetes de banco, y en su canto y en la filigrana se veía impreso el nombre de Santiago Lafitte. Desde el Cénit de 1.º de Enero de 18... recibido de M. Santiago Lafitte la suma de mil francos en dos cartuchos de veinticinco luises, — firmado — *el Padrino Númen*. Un poco mas abajo: — *al portador*. — ¡Qué diablos es esto? dijo el uno. — Una broma, respondió el otro; estamos mistificados: sin duda alguno se mofa de nuestras miserias; me haré dar razón, y a fin de aprovechar nuestros dulces deseos, voy a prepararme para inspeccionar la chimenea. — Un momento, repuso el abogado, este mandato diabólico está anotado: *Hoy 1.º de Enero la caja se cierra a las diez; entre paréntesis: ¡La fé es la que salva!*

Mientras el estudiante de medicina se disponía a subir por el ahumado cañón de la chimenea, el abogado en ciernes dando un puntapié a la esponja y cogiendo la gorra, tomó el trote y se presentó antes de las diez en la casa de Lafitte; el cajero estaba de guardia. — ¡Paga usted esto? preguntó con desenvoltura el estudiante. — Hay aviso y fondos, respondió el cajero, despachémonos, porque hoy es fiesta. — Esplíqueme usted... — Nada tengo que decir, sino que estoy pronto a pagar en plata, en billetes de banco, hasta en oro, si usted lo exige. — Estoy por el oro, respondió el estudiante. Al instante le fueron contados los cincuenta luises, y al recibirlos le temblaba la mano, como si estuviese azogado. Corrió flechado a su casa, y encontró al amigo de un humor pésimo, negro de hollín y de desolladuras, jurando como un desdichado, porque en poco estuvo que no reventara en el conducto de la chimenea, que ciertamente era demasiado estrecho para un limpia-chimeneas de su especie y corpulencia.

Después que hubo visto bien y palpado mejor las moneditas de oro, que se obstinaba en creer que eran flechas de metal, prestó al fin crédito, y su alma y sus ojos se dilataron.

— ¡Esto, amigo mío, parece muy positivo!... — Bien se deja conocer, respondió el compañero; el Padrino sin duda no tenía moneda, y nos ha dado un bono contra su banquero. En este momento llamaron a la puerta: el oro se ocultó al momento, y los jóvenes abrieron la puerta, y se encontraron con el mayordomo, vestido de gala, que iba a felicitarlos por el año nuevo, y a convidarles de parte del príncipe a comer con él aquel mismo día. Cien observaciones que les facilitaba su mal guarda-ropa, lo poco acostumbrados que estaban a la sociedad, algunos compromisos anteriores y otras excusas improvisadas é inconexas, nada sirvieron, porque el príncipe quería a toda costa comer solo con ellos. Después de mil evasivas, y de una resistencia obstinada, el mayordomo ganó su pleito, y a eso de las cinco los dos estudiantes, vestidos de fiesta, se presentaron en los estrados del príncipe.

Había éste determinado estar muy amable; la comida fué alegre, el misterio que estaba bastante claro se descubrió completamente durante los postres. Era el príncipe de Ghe... un astrónomo distinguido, y había hecho construir un elevado mirador de hierro, cerrado con cristales, en el cual había establecido su observatorio, y se subía a él desde su habitación por una escalera de caracol, de la que nadie mas que él se servía. Una estufa dispuesta científicamente comunicaba a aquella elevación una temperatura, que permitía pasar allí las noches de invierno sin sentir el frío.

Por una mera é imprevisita casualidad, los tubos caloríferos y los conductos respiratorios inmediatos del cañón de la chimenea contigua, habían establecido de arriba abajo una comunicación acústica, que hacía que el príncipe fuese confidente involuntario de los dos estudiantes, cuantas veces estos se arrimaban a la mezquina chimenea.

Cediendo el príncipe a la complacencia de satisfacer un voto tan justamente motivado, había puesto un bono en una esponja, que por incidencia cayera bajo su mano, la cual por sus condiciones podía caer sin hacer ruido, y encontró el medio de tirarla a tiempo y en paraje a propósito, y de prevenir oportunamente al cajero como se ha visto.

Tuvo el talento de hacerse perdonar su liberalidad algo atrevida; pero tanta fué su amabilidad en ofrecer su protección, que no hubo modo de resistir. Los dos amigos ocupan hoy en el mundo culto puestos muy elevados y distinguidos, que sin duda deben a su mérito,

como tambien al favor constante del Padrino Númen que tan oportunamente invocaron.

MARTIN REY.

EL GRUPO FOSIL.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL PERÚ.

(Conclusion.)

—Tú no irás mas allá, Juan, ó bien haremos el viaje juntos; dejarte por unahora, es superior á mis fuerzas, y comprendo que carezco de ellas lejos de tí... El odio del hombre concluye, solo nuestro amor es eterno aquí abajo. Si, Juan mio, velaremos por nuestro querido hijo y el día que digamos adiós á la vida, señalaremos con el dedo á nuestros hijos el camino que hemos seguido para venir de Quito hasta aquí. El hijo plantará una cruz en nuestro único sepulcro, y mostrándosela á españoles y curacas, les contará nuestro infortunio con una elocuencia filial tan persuasiva, que le perdonarán su nacimiento y sus lágrimas.

—¡Qué triste porvenir te he abierto, amiga mia! exclamó Torrijos golpeándose la frente con violencia, perdona mi amor, que solo ha consultado su interés en esta resolución. Tú me has enseñado, Kalida, que la vida de aquel que ama, se encierra entera en la mujer amada. Un pensamiento tuyo vale más que todos los que encierra mi cabeza y mi corazón, y si algún día...

—¡Calla, calla! dijo la peruana, medio levantándose; ¿no has oído un suspiro, un quejido?

—Lo creo, lo temo...

—¡Tú ves, pues, que todo ser viviente es nuestro enemigo, puesto que lo tememos!

—Yo no temo sino por tí.

—¿Somos dos desde que nos conocemos? dijo Kalida sintiéndose madre y esposa á la vez. Un peligro nos amenaza, lo veo, vamos hacia él, Torrijos, afrontémoslo unidos el uno con el otro. Ven, ven...

Una Peña enorme, en cuyas endaduras se veían vigorosas lianas, semejantes á serpientes dormidas, separaba á nuestros amantes del punto de donde creían que habia partido el ruido: con el puñal en la mano, avanzan con precaucion, pasos mesurados, ojo inquieto y mirada atenta.

¡Era un jaguar acurrucado junto á su hembra muerta!

Kalida cayó de rodillas y palideció. Iba á ser madre: la sorpresa, el espanto apresuraban el momento de librar; pero valerosa consigo, temblando por su hijo, resistía al dolor, y no exhalaba un quejido; mientras que Torrijos, sin atreverse á preguntarla, la sostenía con el brazo izquierdo, siguiendo con mirada amenazadora la mirada suplicante del jaguar, tendido sobre el cadáver de su compañera.

Si el tigre real tiene su ternura, el jaguar de América tambien la tiene, y el cuadrúpedo muerto casi de hambre, no habia querido ir á buscar lejos víveres, que no podía partir con la compañera de sus devastaciones. El aguardaba la muerte, y delante de él, á pocos pasos, un niño recibía la vida.

¿Qué hacer?

El sol habia recorrido la mitad de su carrera; Kalida, casi sin fuerza, apenas se sostenía, y el jaguar, cuyo fatal instinto podía despertarse pronto ó tarde, no permitía la indecision en el ánimo del español.

—No te muevas, dijo á la peruana, uno de los cuatro sobra, déjame matar al tigre, y despues, yo tengo bastante fuerza para llevarte á tí y á tu hijo hasta nuestra cabaña, no te muevas.

Y marchaba con la daga en una mano, y la pistola en la otra.

—Parece que p de misericordia, dijo Kalida con voz apenas inteligible, no lo mates, sufre, y además, si tú sucumbes, la madre y el hijo morirán sin sepultura.

Torrijos aspiraba ya el aliento fétido del jaguar, apenas estaba á cuatro pasos de él, apunta, y va á hacer partir el tiro. La bestia feroz se echa y aguarda. El español ha visto la herida de bala que ha causado la muerte á la hembra del jaguar, aparta la punteria, los compañeros de Pizarro no pueden estar lejos, el silencio, pues, y el aislamiento pueden solo salvar á Kalida y á Torrijos, permitiéndoles retroceder.

—Valor, amiga, valor, le dijo, el jaguar no es nuestro mas temible enemigo, valor, noble hija de los Incas, ó caemos bajo los golpes de nuestros opresores.

Era preciso alejarse de aquel campo de batalla, que iba tal vez á convertirse en campo mortal. Torrijos cogió en brazos á la peruana, y siguió lentamente el sendero que habian atravesado por la mañana; pero la energia del hombre tiene limites. El infeliz se vió obligado á detenerse no lejos del jaguar abandonado: hizo con la capa una cama, donde colocó á Kalida y su hijo, y aguardó que la noche e-trellada del rópico, pasara para volver al risueño valle.

La fatiga lo adormeció: su compañera dormía á su lado. Al despertarse, eran cuatro bajo la roca protectora. Parecido á un dogo domesticado, el jaguar agradecido, habia seguido al español, y habia venido á tenderse junto á él.

—Ya lo ves, dijo Kalida sin turbarse al abrir los ojos, la generosidad da amigos; este tigre no tiene dientes ni uñas contra nosotros, tiene un corazón. Levantémonos, y si nos acompaña, bien venido sea.

Los dos pobres desterrados su pusieron en marcha, y el jaguar los siguió como un perro dócil. Apenas habian dado la vuelta á la Peña que les sirvió de abrigo, cuando el fogoso cuadrúpedo brincó y rugió á la vez. Araña la tierra, agita la cola, ruge y pasea su lengua áspera y encarnada alrededor de los labios febrilmente contraidos: sus ojos, antes apagados y frios, lanzan vivas centellas, y parece que buscan un enemigo á quien devorar. Torrijos se puso en ademán de matarlo.

—Detente de nuevo, le dijo Kalida, el jaguar no está rabioso contra nosotros; su rabia nos protege, mira, mira, nos persiguen.

Un ruido sordo y prolongado, semejante á la voz de lejána catarata, llegó hasta los fugitivos. Torrijos, sin volver á pensar en la rabia del jaguar, se dirigió á un montecillo, desde el cual podía examinar el terreno.



(Aventuras de un loco coronado.)

—¡Allí están, gritó, allí están! son los españoles, nuestros enemigos; se dispersan, nos han visto, han visto al tigre, y lo dejarán por nosotros... Ven, Kalida, no les demos el placer de matarnos; los conozco, la tortura precede la muerte.

—A los ojos de tu Dios y á los del mio, el suicidio es un crimen, dijo la peruana con voz sumisa; la tortura es el martirio, y el martirio da el cielo.

—¡Buena! sea, dijo Torrijos precipitando la marcha de su desgraciada compañera. Busquemos un asilo en el que nuestros enemigos no puedan alcanzarnos; subamos á la cima mas escarpada que nos domina; quizás nuestras divinidades reunidas nos librarán del peligro que nos amenaza.

Kalida siguió á Torrijos, y como si Dios los hubiera oído, descubrieron cerca de ellos, sobre su cabeza, la abertura de una gruta, donde segun las apariencias, no vendrían á burcarlos.

¡Ah! ¿quién puede sonar los decretos del Eterno!

El jaguar, por su parte, no abandonaba su puesto, y seguía con su pupila amarilla los movimientos de los españoles, próximos ya al cuadrúpedo herido por ellos.

Una bala silba, y se aplasta en la roca, que sirve de muro á la mansion de Torrijos y Kalida. Toda resistencia es imposible: levantan los ojos al cielo, y se deslizan encorvándose dentro de la gruta misteriosa.

Nuevos tiros de fusil se oyen: el enemigo no está lejos; el jaguar lo espera.

Mientras que los ginetes buscan fácil paso para sus caballos, no acostumbrados á tan difíciles ascensiones, algunos ágiles peones trepan por las agudas peñas de la montaña, y llegan cerca de la bestia feroz. Lo que el tigre no hubiera hecho por él, lo hace por los que lo han protegido. Sin atender al peligro, sin contar el número de los enemigos, se lanza sobre el mas temerario de los españoles, y rueda con él sobre el césped mezclado de abrojos. Ya hay un adversario menos: una presión de la quijada le ha quebrantado el cráneo y como el olor de la sangre estimula al cuadrúpedo parte otra vez, y se encuentra en presencia de dos combatientes unidos para luchar: una bala silba; la espaldilla del jaguar la recibe; el cazador es derribado igualmente, y cuando el cuarto enemigo se presenta, el tercero no puede ya serle útil, porque su cuerpo no tiene movimiento, y la sangre corre por veinte heridas. La fiera no aparta la vista de un peruano que habia hasta entonces guiado la marcha de los vencedores; el animal se dispone á saltar de nuevo pero otra bala le entra por el pescuezo, y lo derriba en tierra; se agita, ruge, hace un esfuerzo para volver á vengarse, sus músculos se dilatan, anda hacia atrás, y va no por instinto, sino por gratitud, á ponerse de centinela ante la gruta de Torrijos y de Kalida, ¡y allí espira!

Los españoles lo han seguido. Sus enemigos no tienen escape, las pisadas de los fugitivos han quedado señaladas en la tierra húmeda; allí están, y si su energía los tiene allí cautivos, quizás pasarán siglos sin que se encuentren sus huesos emblanquecidos.

—Os hemos seguido, gritó un soldado con voz estentórea; Pizarro os perdonará: venid, ó no volvereis á ver la luz.

El silencio respondió á la amenaza repetida del soldado, y pronto, como la noche avanzase, como el sol bañaba solo la cima de las montañas con sus pálidos rayos, como los ginetes no podían llegar hasta allí, una vez satisfecha su venganza, los españoles, dóciles á las órdenes de sus jefes, hicieron rodar algunas peñas, y las colocaron, obstruyéndola delante de la boca de la cueva.

—Esta es vuestra tumba, dijo una voz solemne.

—Aceptamos nuestra tumba, respondió una voz lúgubre.

Y el silencio se extendió por la montaña, y no se oyó ni el paso de los caballos, ni el rugido lastimero del tigre, ni el último suspiro de los cautivos.

Hoy, cuando el hombre estudioso visita estas comarcas desiertas, ve con estupor profundo, en la falda del Capaio, rocas sólidas representando, como el pincel del estatuero, cabezas, brazos torsos, los unos junto á los otros; además formas humanas esparcidas por el suelo, semejantes á las esfinges solitarias, que la ciencia descubre en la arena, cerca de las ruinas de Ménfis en la tumba.

Y ahora, armaos de valor, si queréis ver sin emoción aquí, cerca de vosotros, en el curioso gabinete de historia natural del Museo el grupo tan dramático que os señalo con el dedo.

Un hombre, una mujer, amarillos como pergamino viejo, desplomados sobre sí mismo, aquel con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre la manos; esta con la rica y negra caballera que arrastra por el suelo, extendiendo los brazos para proteger un niño, cuyas tiernas carnes no han podido resistir al roce del tiempo, pero que ha dejado impresa su señal, en el costado consumido de su desgraciada madre.

¡Cuánto dolor en estas dos figuras sin movimiento! El hambre, la sed, el tormento de un impotente alivio del objeto amado; la desesperación comprimida, el heroísmo del sacrificio, la mas santa ternura maternal, el mas celestial martirio... Los dientes son hermosos, brillantes... habia juventud; los músculos se marcan perfectamente... habia en ellos fuerza y una naturaleza privilegiada.

Poned el dedo en esta hija de los Incas; tocad con la mano el ancho pecho español; allí debajo han latido, hace siglos, corazones enérgicos, que solo pudo helar la nieve amontonada del Capaio.

¡Paz á Torrijos! ¡paz á Kalida!

F. B.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Es que cuando se tiene un ejército de ochenta mil hombres bajo las murallas de Narva no se le deja como él acaba de hacer hace veinte y cuatro horas.

—¿Quién te ha dicho eso? gritó el extranjero alto enderezándose en toda la elevación de su talla.

—¿Qué? ¿Pedro Alex'owitz no está con su ejército? exclamó casi con la misma energía Carlos XII.

El compañero del extranjero alto, habia palidecido y perdido su serenidad á pesar de la cantidad de aguardiente que habia bebido.

—¿Qué nos importa á los cuatro, añadió sin embargo, que Pedro Alex'owitz haya dejado ó no su ejército?

—Al hecho! que nos importa, repuso el leñador, mas y mas convencido de que aquellas gentes tanto eran mercaderes como él leñador.

—Ah! ha dejado su ejército, murmuraba Carlos XII riendo en su rincón de la chimenea y calentando la suela de las botas.

—Un ejército de ochenta mil hombres volvió á decir el leñador.

—Pero se dice, repuso el extranjero, acercando un vaso de aguardiente á sus labios á fin de impedir que se viese la espresion convulsiva de su semblante, que no le ha dejado mas que para ponerse á la cabeza de otro cuerpo de ejército de cuarenta mil hombres.

—¿Qué! repuso Carlos XII volviendo un poco su rostro del fuego: ¿no tenia bastante con ochenta mil hombres y necesita aun cuarenta mil para batirse con un ejército seis veces menos fuerte que el suyo?

—Vamos! decididamente tiene miedo á Carlos XII, dijo el leñador examinando el rostro de los cuatro huéspedes.

Medos! exclamaron á la vez los dos extranjeros que habian bebido aguardiente. Has mentido!...

—Pues bien! será por escasez de valor, si queréis, el que se vaya la vispe a del día en que su ejército debe dar la batalla....

—¿Quién te ha dicho, dijo Carlos XII al leñador, que el Czar ha partido y dejado su ejército?... ¿Las pruebas?...

—Me preguntais mucho, huéspedes míos....

—Si te oblige á responder gritó el extranjero dando un puñetazo sobre la mesa que le hendió en toda su longitud.

—Me obligarais en ese caso á hacer suposiciones.

Hubo un silencio general en la cabaña.

—Escucha, dijo en seguida Carlos XII al leñador dulcificando mucho su voz.... Tengo algun interés en esta guerra.... aquí tiene una moneda de oro y dime.... qué hay de verdad en lo que nos has dicho... puedes hablar delante de estas gentes que son como nosotros mercaderes alemanes....

El leñador que estaba muy lejos de creer que aquellos fuesen mercaderes alemanes, aparentó no haber oído la proposición.

—He aquí otras diez monedas de oro... ¿hablarás?

El mismo silencio por parte del leñador que se convenció mas que nunca de que aquellos no eran mercaderes.

—Te doy ciento, exclamó Carlos XII, que estaba mas interesado que nadie en saber si era verdad ó no que Pedro, su rival, hubiese dejado su ejército la víspera del combate.

—Cien monedas de oro, pensó el leñador, no me equivocaba: tan o son ellos comerciantes como yo....

—Doscientas, añadió Carlos XII.

El leñador sonreía.

—Mil, replicó Carlos XII.

—Al fin qué os importa? preguntó el extranjero á Carlos XII cuando le vió pagar de aquella manera exorbitante.

—Y á vos.

—A mí!

—Sí.

—Mirad, dijo el leñador mirándoles á los dos de lado.

—Ahora sé quiénes sois uno y otro.

Los cuatro extranjeros con un mismo movimiento llevaron precipitadamente sus manos á su cintura para coger sus pistolas.

—¿Queréis que os lo diga?

No, respondieron al mismo tiempo Reginold y el compañero del extranjero alto, mientras que éste y Carlos XII guardaban silencio; no, es inútil.

—Por qué? exclamó Carlos XII, colorándose contra la puerta pronto en todo caso á hacer frente al peligro de una revelación que iba á descubrir á dos partidarios encarnizados y singularmente vigorosos de Pedro Alex'owitz.

Quiero hablar respondió el leñador que habia saltado tambien sobre su hacha; pero vos me habeis prometido mil monedas de oro.

Y designaba á Carlos XII.

—La tendrás, respondió éste.

—¿Quién me responde de ello?

—Mi palabra.

—¿Palabra de comerciante?

—No.

—¿De quién?

Carlos XII, despues de haber permanecido un instante como cortado, replicó, metiendo la mano en lo que él creia el bolsillo de su traje: Toma, ahí tienes por lo pronto mi bolsa.

Un retrato rodeado con un círculo de diamantes, rodó por el suelo.

Bajóse el leñador para recogerlo.

Cárlos XII, en vez de arrojar su bolsa había cogido en el bolsillo de su casaca de Reginold que él llevaba, el primer objeto que le había venido á la mano.

Su sorpresa le descubrió; su prudencia no estuvo bastante pronta para impedirle esclamar:

—El retrato de la condesa de Koenigsmarck!

—De la condesa de Koenigsmarck; repitió el extranjero acercándose al falso leñador, que examinaba el retrato á la vacilante luz de la lámpara.

—Cuando yo le creía en el fondo del Báltico! pensó Cárlos XII. ¿Qué quiere decir?...

Reginold hubiera querido estar en el fondo de aquel mar borrascoso.

Y las otras cuatro personas que ocupaban la cabaña miraron con sentimientos muy diversos aquella imagen que tenía en sus manos el leñador.

El primero que rompió el silencio despues de aquella larga contemplacion fué el extranjero alto.

—Ese retrato, dijo, no es seguramente de la condesa de Koenigsmarck.

—Os equivocais, replicó Cárlos XII; ese retrato es el suyo.

—Algunas apariencias falsas de semejanza tal vez; pero no es ella.

—Yo afirmo que es ella, dijo Cárlos XII.

—Yo afirmo lo contrario, sostuvo el extranjero.

—Yo la conozco, añadió el rey de Suecia.

—Tambien la conozco yo, caballero.

—No tanto como yo.

—Mas que vos, caballero.

—Amigo, dijo Cárlos XII á Reginold, con una sonrisa que parecia decir: las esplicaciones entre nosotros vendrán mas tarde: atestigüad que ese retrato es el de la condesa de Koenigsmarck.

—Lo atestigüo por la salvacion de mi alma.

—Pues bien: vuestra alma no gustará las dulzuras de la salvacion, porque yo sostengo contra vos, como he sostenido contra este caballero, que ese retrato no es el de la condesa de Koenigsmarck.

—Pues si tiene el mayor parecido; protestó Reginold.

—Es que entonces, prosiguió el extranjero, se parece á alguna otra persona mas que á la condesa de Koenigsmarck.

—No se parece mas que á ella sola, y cuando mi compañero y yo lo afirmamos contra vos, que no teneis mas que vuestra opinion aislada, deberiais callaros y adheriros á nuestra opinion.

—Ni lo uno ni lo otro; objetó el extranjero, poco dispuesto á hacer aquellas dos concesiones: vais á ver por lo pronto que mi opinion no es aislada, camarada.

Y se dirigió á aquel que habia preparado los pasteles.

—Camarada, con la mano sobre vuestra conciencia, decid quién de nosotros tiene razon.

—Vos. Ese rostro no fué nunca el de la condesa de Koenigsmarck lo juro.

Cárlos XII y Reginold se miraron. Ante aquellos dos testimonios tan firmemente sostenidos, comenzaban á sentirse un poco desconcertados. Sin embargo, nunca se resignaron á creer que aquel retrato, cuya semejanza le era dudosa, no fuese otro que el de la condesa de Koenigsmarck.

—Pues bien, camarada, ¿estais convencidos ahora? preguntó el extranjero á Cárlos XII y á Reginold.

—No; no lo estaremos jamás, porque ¿quién habia de ser esa mujer?

—Lo ignoramos.

—¿Cómo se llama?

—Como os agrade, excepto condesa de Koenigsmarck.

Al fin y al cabo no sono mas que dos, contra dos, añadió Cárlos XII, que queria pruebas y que no las aceptaba.

—Tres contra dos, dijo entonces el leñador, que hasta entonces no habia tomado parte en la discusion.

—¿Y á qué partido perteneces tú? preguntó Cárlos XII.

—Contra vos.

—Qué, ¿tú sostienes tambien?...

—Que este retrato no es el de la condesa de Koenigsmarck, y que es ignorancia ó locura pretenderlo.

—Pero tú la conoces? preguntó Cárlos XII al leñador.

—Sí.

—Pero cómo?

—¿Qué os importa? respondió el falso leñador, poniendo el retrato en el bolsillo.

Arrancóselo Reginold de las manos... y lo devolvió al rey.

—Se me ha dado por mil monedas de oro, dijo el leñador.

—Aquí las tienes, dijo Reginold.

—A las mil maravillas.

—Ahora vais á hablar, añadió Cárlos XII, que mas pronto volveria de la muerte que de una temeridad. Por otra parte, aun cuando le importase mas que nunca saber si Pedro Alexiowitch habia ó no dejado su ejército, deseaba mucho conocer quién era aquel hombre, tan instruido en las casas del mundo en medio de sus bosques.

—Habla ó cuenta con un pistoletazo en la cabeza, si no hablas.

—Pues bien, voy á deciros quiénes sois todos cuatro.

—Hablarás.

—Pues bien, sois... cuatro espías... vosotros dos, espías de Pedro de Rusia; vosotros dos, de Cárlos XII.

—No sabemos nada, pensaron los cuatro extranjeros.

—¿Es eso? preguntó en seguida el espía.

Los dos extranjeros guardaron silencio.

—Y tú, ¿quién eres? preguntaron á la vez Cárlos XII y el extranjero de elevada estatura, al leñador, cogiéndole vigorosamente por los hombros y levantándole como para aplastarle.

—Ya os lo he dicho: un leñador.

—Mientes!..

—Salvaos! gritaron á la vez en aquel momento Reginold y el compañero del que estrechaba al leñador.

—Esta cabaña arde... mirad...

El extranjero y Cárlos XII, saltando al leñador, se vieron en efecto obligados bien pronto á pensar en su salvacion. El fuego estaba en la cueva de la cabaña, y las llamas penetraban ya el piso. El espía habia abrasado los toneles de aguardiente que se encontraban allí para consumir en pocos minutos el observatorio donde habia establecido su espionaje.

—A caballo, gritó Cárlos XII á Reginold.

—A caballo, dijo el extranjero á su compañero.

Todos cuatro se lanzaron á través de la floresta en dos direcciones opuestas.

A la luz del incendio escribió el espía con lápiz sobre un papel: «Señora, el rey de Suecia y el Czar de Moscovia, acompañado el primero de Reginold, y el segundo del general Menzicoff, han pasado una parte de la noche en mi cabaña. El Czar teme encontrarse en la batalla bajo los muros de Narva, y el rey Cárlos XII, vá á presentarla con menos de 15,000 hombres contra 80,000.»

Puso el espía en seguida lo que habia escrito en el agujero de un árbol, dió un silbido y desapareció en lo mas espeso del bosque.

CAPITULO IX.

LOS DOS PRISIONEROS.

Despues de muchas carreras peligrosas en la floresta de Peipus, Cárlos XII y su compañero Reginold se reunieron al ejército sueco muy inquieto por su suerte. La presencia del rey era tanto mas deseada de las tropas y de los generales, cuanto que el Czar de Moscovia atacaba á la ciudad de Narva con mas de ciento veinte mil hombres. Treinta mil estaban colocados á una legua de la ciudad, obstruian mas lejos el camino al rey de Suecia. La vanguardia moscovita no contaba menos de cinco mil hombres. Añadid un campamento de mas de ochenta mil hombres. Cárlos XII, sin tomarse siquiera tiempo para reunir su ejército nueva ó diez veces menor en número, avanzó con cuatro mil peones y cuatro mil caballos solamente. Vé con que fuerzas tan formidables tiene que habérselas.

Otro hubiera renunciado á medirse con semejante ejército; hubiera buscado su salvacion en una retirada prudente; él ordena el ataque; destruye los cinco mil hombres de la vanguardia; arroja los veinte mil que huyen hacia el campamento, y llevan á él el espanto; preséntase delante del campamento de los ochenta mil hombres con sus cuatro mil ginetes y sus cuatro mil peones, llenos de fatiga y heridos la mayor parte, á pesar de su bravura, ó mas bien, á causa de su increíble bravura. Uno de sus oficiales le dijo cuan peligroso era combatir con probabilidades tan desiguales, y le respondió: «Que, ¿dudáis que con mis ocho mil bravos suecos no paso por encima del cuerpo de ochenta mil moscovitas? En seguida, arrepintiéndose de aquellas palabras un poco fanfarronas, se apresuró á añadir: ¿no sois, pues, de mi opinion? ¿no tengo dos ventajas sobre los enemigos? la una, que la caballeria no podrá servirles; y la otra, que siendo el lugar estrecho, su gran número no hará mas que incomodarles. Así que en realidad, seré mas fuerte que ellos.»

Ordenó, pues, el ataque; la señal era dos cohetes, y la palabra de orden en alemán, con la ayuda de Dios.

Olvidaba Cárlos XII la tercera ventaja al medirse con aquel ejército que renovaba los de la antigüedad; olvidaba la nieve que caia en abundancia, y daba en la espalda á sus tropas, y el viento, al dirigirse á ella, la enviaba al rostro de los rusos, que se encontraban ciegos con ella.

Se batieron furiosamente en medio de aquel torbellino, á través de

que pateaban, marchaban, tropezaban caballos, soldados, balas, de cañon y bombas. Una bala fria hirió al rey en el cuello, arrancóle los pliegues de su corvata, he iba á deslizarla en el pecho, cuando su caballo fué muerto.

—Señor, tomad el mio, le dijo Reginold.

Saltó el rey sobre aquel caballo de refresco, y dijo riendo á Reginold.

—Te doy esta bala en pago.

Pero en el instante mismo, diez dragones rusos penetran por en tre la confusion, y creyendo llevarse á Carlos XII, se apoderaron de Reginold. Engañados por la sencillez de su traje, le habian confundido con el rey, cuya apariencia, mas que sencilla, le designaba tanto y mas que un brillante penacho.

A pistoletazos y sablazos rompe el rey el círculo que se habia formado en torno de su favorito; á quien se lleva, mata, separa, hiere; por fin consigue salvar á Reginold. La batalla de Narva duró tres horas. Ocho mil suecos vencieron aquel día á mas de cien mil rusos mandados por un alemán, el duque de Crj. Es verdad que á los suecos los conducía un loco, y que aquel día nevaba.

Hé ahí cómo suceden las grandes cosas y cómo se cumplen los mas grandes acontecimientos del mundo.

La historia no ha explicado nunca de una manera satisfactoria la ausencia del Czar de aquella batalla, una de las mas considerables de los tiempos modernos.

La victoria de Narva fué cien veces mas gloriosa para Carlos XII que la bajada á Dinamarca. ¡Haber hecho rendir las armas á mas de cien mil hombres!

Carlos XII, rey guerrero como era, quiso pasar la noche bajo su tienda, aunque el frio se hizo muy vivo á causa de la gran cantidad de nieve que habia caído. Hubiera podido entrar en Narva libertada por él, y donde le aguardaba para bendecirle una poblacion exaltada. Prefirió su tienda. Esto, además, pensaba él que era propio de un buen general, el no abandonar tan pronto el campo de batalla; ¡Cuántas victorias, por haber querido gozar de ellas demasiado pronto, no han sido seguidas de derrotas! Envuelto en la capa de guerra, se tendió sobre algunas pieles estendidas en el suelo, y después de haber felicitado á sus principales oficiales Reuschild, Milius, Eric, jóvenes á quienes educaba en su ruda escuela, retuvo cerca de sí á Reginold. Cuando estuvieron solos, le dijo:

(Continuad.)

A UNAS FLORES MARCHITAS.

RECUERDOS DE ELISA.

ROMANCE.

Floreillas, que habeis sido gala del vergel un dia, y hoy confidentes discretos de mi amor y mis desdichas: por Dios que mucho me duele el contemplaros marchitas; pues sois en mi pensamiento dulces memorias de Elisa.

Prendas del amor ardiente que alimenta el alma mia, y aunque de esperanza falto, eterno en ella se anida, compañeras de mi pena, vend conmigo á partir, recordándome en su ausencia la hermosa imagen de Elisa.

Menos bellas que mi amada, pero menos que ella esquivas, no os negueis, marchitas flores, á mis amantes caricias: dejad que os diga el secreto que nunca osaré decir, que pues bellezas son flores, miro en vosotras á Elisa.

Venid, flores, á acordarme su belleza peregrina, la dulzura de su acento, de sus labios la sonrisa, y aquella hermosa mirada, que ora tierna y ora altiva, un cielo de dicha y gloria pinta en los ojos de Elisa.

Simbolos de mi esperanza, y de mi dolor amigas, no os apartéis de mi pecho, aromosas florecillas, ni recordeis los vergeles, cuya espesura florida, os criará para ofrenda á la hermosura de Elisa.

Ni la aurora en que os abristeis á su tibia luz benigna, que en el vergel de mi pecho, aunque secas y marchitas, por mi mano cultivadas, viviereis lo que yo viva; pues solo podrá la muerte borrar de mi seno á Elisa.

Ni la gota del rocío, que os bañaba fresca y limpida, ni el aura de la mañana, que vuestro tallo mecía, lloreis, flores, pues os riegan las tiernas lágrimas mías, tristes lágrimas que vierto al verme ausente de Elisa.

Ni los brillantes matices que vuestras hojas teñían, ni vuestras suaves esencias lloreis, flores, por perdidas; que en vosotras hebo el ambar, y admiro las frescas tintas, que os dejaron al tocaros las bellas manos de Elisa.

Acompañadme en mi duelo, inocentes florecillas, y no os quejeis por miraros cuál mi corazón marchitas; que, aunque muertas, en mi pecho gozareis de eterna vida, pues que yo viva es forzoso para adorar á mi Elisa.

F. JAVIER SIMONET.

Madrid.—Febrero de 1854.

EL MINISTRO.

FABULA

TRADUCIDA DEL ALEMAN.

Eligió ministro

El Leon al Toro

Y se alborotaron

Sus vasallos todos.

Ese, le gritaban,

Perderá tu trono:

Teme los errores

De un ministro loco.

Bien, dijo el monarca:

Elegid vosotros:

El que se me indique,

Desde luego tomo.

Ya, le replicaron

Los del alboroto,

Ya te le daremos

Adecuado y propio.

Júntase la turba,

Trátase el negocio,

Y un propuesto logra

General el voto,

Y era el favorito

Del congreso docto

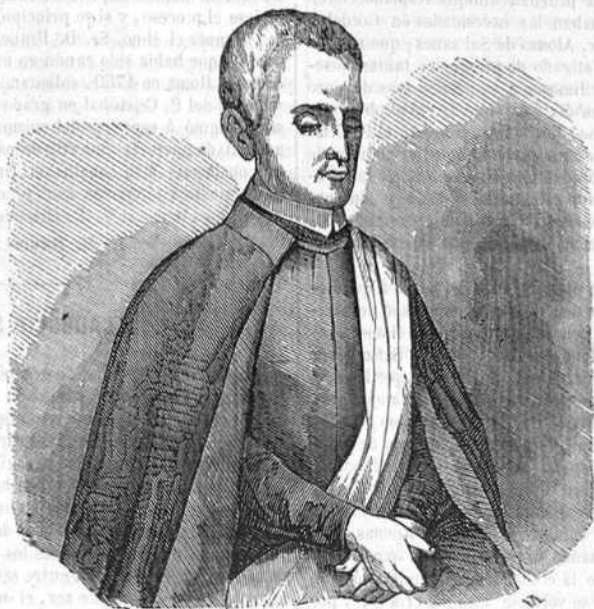
Un borrico tuerto,

Matalon y cojo.

J. E. HARTZENBUSCH.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albarran.



EL V. P. CRISTÓBAL DE SANTA CATALINA.

BIENHECHORES DE LA HUMANIDAD.

El Venerable Padre Cristóbal de Santa Catalina, Presbítero.

El V. varón, objeto de este artículo, aunque dignísimo de ser contado entre las personas que mas se han distinguido por su heroica caridad y beneficencia, de alguna de las cuales se ha tratado en este *Semanario*, apenas es conocido mas que en la provincia de Córdoba, por lo que nos ha parecido muy conveniente publicar, aunque breve y sucintamente, la noticia biográfica que sigue:

El V. P. Cristóbal de Santa Catalina nació en la ciudad de Mérida el día 23 de Julio de 1638, y fueron sus padres Juan Lopez de Valladolid y Juana de Orca, de ejercicio labradores, y sujetos de honestas y piadosas costumbres. El niño Cristóbal no manifestó cosa alguna extraordinaria en su puericia; mas era modesto, obediente y bien inclinado. Habiendo llegado sus padres á extrema pobreza, se ejercitaba con sus hermanos en buscar por el campo plantas comestibles para alimentarlos. Ya algo mayor, dió mues ras de crecer en las virtudes cristianas, y se llegó á descubrir que usaba de alguna mortificación. Entonces se acomodó en un hospital para servir á los pobres, y notando el rector la mucha virtud del jóven Cristóbal, le propuso abrazar el estado eclesiástico, como lo hizo; y ya ordenado de sacerdote, fué capellan de un tercio de tropas que militaba en la guerra de Portugal, en cuyo empleo manifestó un celo infatigable y una ardiente caridad para asistir á los soldados, especialmente cuando heridos en el campo de batalla, necesitaban los auxilios espirituales; por lo que era el consuelo universal del tercio. Dejó el ejército con motivo de una enfermedad, y volvió á su patria para restablecerse; y estando en ella, le ocurrió el pensamiento de retirarse á un desierto para hacer una vida mas perfecta; mas por mucho tiempo permaneció indeciso, hasta que al fin se resolvió, y se dirigió á la sierra de Córdoba y sitio nombrado el Bañuelo, donde en aquel tiempo había un heremitorio, y allí vivió sin manifestar al principio que era sacerdote, hasta que al fin, creyendo justamente que no obraba bien en no ejercer su ministerio, lo manifestó y desde entonces se hizo el padre de aquellos anacoretas.

En este desierto hizo una vida penitentísima: y aunque tan retirado del comercio del mundo, no pudo estar oculta su virtud; pues se señalaba con sus palabras, edificaba con sus obras, y ya se vieron algunos milagros con que quiso Dios confirmarla.

Habia ya por este tiempo en Córdoba un hospital con el título de San Juan y San Jacinto para recoger enfermos que padeciesen dolencias incurables; pero muchas mujeres que por ancianidad ó accidentes estaban impedidas, morían en la mayor miseria y abandono. Llegó á noticia del P. Cristóbal la situación de estas desgraciadas, y resolvió poner los medios para remediarlas. Dejó el desierto, bajó á

la ciudad, y buscando edificio donde formar recogimiento, halló una ermita dedicada á San Bartolomé, en la cual se daba culto á Jesus Nazareno, la que tenia algunas habitaciones; pidióla á la hermandad á que pertenecía, y se la concedió sin dificultad.

Dió principio á la obra y fundacion del hospital en 11 de Febrero de 1675, y buscando pobres por las calles y casas los llevó á él, ayudando las personas caritativas con los efectos que podían. Formó dos comunidades de hermanos y hermanas; personas virtuosas y benéficas que, no por interés sino por vocacion, asistiesen á las enfermas. A estas comunidades hizo establecer una vida penitente y austera bajo la regla de la V. O. T. de San Francisco, y les prescribió un método de vida en que ejercitasen todas las virtudes. Aunque el hospital no tenia mas caudal que las limosnas, no permitia el P. Cristóbal que se pidiese hasta que asomase la necesidad, y habiendo ocurrido ocasiones en que ésta fué urgentísima, premió Dios la firmísima confianza que el P. Cristóbal tenia en su providencia, haciendo admirables prodigios, hasta multiplicar el dinero visiblemente para pagar los albáñiles que trabajaban en el hospital; el trigo, en términos de durar 50 fanegas el tiempo de mas de tres años; y el aceite, teniendo no solo para el gasto del hospital, sino tambien para dar á otra casa religiosa.

No es posible hallar un corazon mas compasivo y misericordioso que el del P. Cristóbal. Tenia por suyas las necesidades ajenas, y las socorria como propias. No contento con asistir á las pobres de su hospital, que eran numerosas; socorria cuantas necesidades podia en toda la ciudad, y solía juntar muchos niños pobres que algunas veces llegaron á 200, y después de haberlos hecho cantar algunas sencillas alabanzas á Dios, les repartía el sustento que necesitaban. Esto ocurría en años que la ciudad de Córdoba padecía grandes carestias. Consolaba á los enfermos, dábales consejos saludables, y aun el alimento con sus propias manos, siendo estas las únicas ocasiones en que no escaseaba las palabras. Fueron muchos los que, tanto en el hospital como en las casas particulares, debieron la salud milagrosamente á las oraciones del P. Cristóbal, pues se hallaban en tal estado, que no era posible la hubiesen conseguido por los medios naturales.

Para con Dios y para con sus semejantes era su caridad ardiente, su celo infatigable, su humildad profunda, su paciencia en los trabajos admirable, su pobreza rigurosa, su castidad perfecta, su oración continua y sublime, y sus palabras contenían con el mayor lacónismo, los mas importantes documentos de la vida cristiana. Su aspecto revelaba as altas virtudes que adornaban su alma. Su semblante era modesto y bajos sus ojos sin afectacion, sus palabras medidas y apacibles, sus acciones moderadas y sin encogimiento, compuestos sus pasos y sin presuncion, sus vestidos humildes y viles sin singularidad.

Pero entre las eminentes virtudes del P. Cristóbal sobresalían la confianza en la providencia de Dios, y la mas heroica humildad, de

que toda su vida fué una continua prueba, aunque resplandecieron mas en algunas ocasiones. Continuaban las necesidades en Córdoba; un día fué á visitar al obispo D. Fr. Alonso de Salazar, que aunque muy benéfico y limosnero, estaba fatigado de presenciar tantas miserias; pues acudían diariamente por limosna á su palacio mas de cinco mil pobres, y á la sazón estaban en él; y así que le vió el obispo, le dijo: ¿qué quiere? ¿viene á pedirme? No, señor, contestó el P. Cristóbal, sino á que si V. S. I. quiere, me envíe al hospital algunos de estos pobres y yo los cuidaré. Quedó admirado el obispo al oír tal ofrecimiento de un hombre que, en tiempo de tanta carestía y sin mas caudal que una talega al hombro, no desconfiaba mantener tantísimos pobres, además de los que socorría en su hospital, que solían ser mas de 130.

Digno es asimismo de referirse para dar idea del punto á que llegaba su humildad, el suceso que le ocurrió con el arzobispo de Sevilla. Determinó partir á esta ciudad con el objeto de pedir limosna para el hospital, y el obispo de Córdoba D. Fr. Alonso de Salazar le dió una carta de recomendación para aquel prelado en que le decía que el portador era un sacerdote de gran virtud y de vida ejemplar. Llegó á Sevilla el P. Cristóbal, entregó la carta al arzobispo, leyóla, y para tentar los quilates de su virtud, lo despreció, lo trató de hipócrita, y le mandó que al punto saliese de la ciudad sin pedir limosna. El P. Cristóbal bajó su cabeza, y sin replicar salió de la presencia del arzobispo, y derechamente sin ver á nadie ni despedirse de la casa en que estaba hospedado, tomó el camino de Córdoba. Apenas salió del palacio, cuando el arzobispo mandó á un criado que tomase una mula y le siguiese, y que si salía de la ciudad, donde quiera que lo alcanzase, le dijese de su parte que se volviese. Salió el criado, y por pronto que lo hizo, no lo alcanzó hasta un cuarto de legua de Sevilla, y le dijo: «el arzobispo, mi señor le manda á Vm. que vuelva á la ciudad.» Al punto que oyó el mandato, cuando volvió para Sevilla. Llegó al palacio donde le aguardaba el arzobispo, el cual se dirigió á él con los brazos abiertos, y le dijo: «abrázame, hijo mío, y estése en la ciudad el tiempo que tubiere menester, que yo le ayudaré en todo lo que se le ofreciere.» Tal era la humildad del P. Cristóbal, virtud, puramente cristiana, y que para ejercitarla es necesario, no como algunos con poca piedad han dicho, ser de un ánimo vil y bajo, si no por el contrario, poseer un alto grado de magnanimidad y de fortaleza para reprimir los violentos ímpetus de la naturaleza humana, grado sin duda superior á cuantos ejemplos de estas virtudes nos ha conservado la antigüedad y la filosofía del paganismo.

Falleció de una muy breve enfermedad el 24 de Julio de 1690, á los 52 años de edad y 17 de haberse dedicado al alivio de los pobres. Así que se extendió por la ciudad la noticia de la muerte del P. Cristóbal, fué profundo el sentimiento de sus habitantes, y un gran concurso acudió al hospital para tocar el cuerpo y ver si podían adquirir alguna reliquia de sus vestidos.

Su cuerpo fué sepultado en la sacristía de la ermita del hospital, donde permaneció, hasta que en 21 de Setiembre de 1694, á petición del cabildo eclesiástico y del ayuntamiento, el Emmo. Sr. cardenal Salazar, obispo de Córdoba, dispuso trasladarlo á la iglesia y colocarlo delante del altar de Jesus Nazareno, donde permanece cubierto con una losa en que se lee el siguiente epitafio:

«Aquí yace el V. P. Cristóbal de Santa Catalina, presbítero, fundador de esta santa casa de Jesus Nazareno, que nació en Mérida en 25 de Julio de 1636 y murió en esta casa en 24 de Julio del año de 1690.»

Consérvase su retrato que solo se pudo hacer despues de muerto; pues en vida jamás lo hubiera permitido.

Así que falleció el P. Cristóbal, se creyó generalmente que el hospital se llegaría á extinguir, mas no fué así: el monumento erigido por la caridad de este insigne y virtuoso varón permaneció, y dura con muchos aumentos y en muy floreciente estado, habiéndose conservado en él el espíritu de su santo fundador.

Sirviendo este hospital de modelo, se han fundado siete en la provincia de Córdoba y Villar de Pozo-Blanco, Hinojosa, Montoro, Baena, Rambla, Luque y Castro del Rio, y otros fuera de ella, como en Málaga, Ecija y Mérida, de cuyas fundaciones se principiaron algunas en vida del P. Cristóbal, y por su dirección.

Dejó el P. Cristóbal tanta opinión de santidad y milagros, que desde luego principió á clamor por la formación del proceso para su beatificación; y en efecto, el cabildo eclesiástico, movido de estos clamores, pidió en 1695 al Emmo. Sr. cardenal Salazar, obispo de Córdoba, promoviese de oficio la formación del expresado proceso; pero ignoramos por qué causa esta solicitud no tuvo efecto. Despues no se han extinguido los deseos de ver aprobada por la iglesia las virtudes del P. Cristóbal; y el Emmo. cardenal D. Luis de Belluga y Moncada que lo trató siendo canónigo lectoral de la Santa Iglesia de Córdoba, escribió al rector y comunidad del hospital á que promoviesen este negocio, hallándose en Roma en 1741. En efecto, el rector

D. José de Capilla suplicó al obispo D. Pedro de Salazar y Góngora, hiciese el proceso, y si se principió, hubo de quedar en aquel estado.

Despues el Ilmo. Sr. D. Francisco Javier Delgado, obispo de Canarias, que habia sido canónigo magistral de Córdoba, escribió á la corte de Roma en 1759, solicitando la formación del proceso de las virtudes del P. Cristóbal en grado heroico, al que se dió principio y se prosiguió á expensas del mismo Sr. Delgado, y llegó á estar muy adelantado; pero la muerte de este prelado y otras causas, hicieron que no llegase á su conclusion. En el día, segun tenemos entendido, se ha vuelto á promover este proceso, y en nuestros dias acaso, se vea en los altares al V. P. Cristóbal de Santa Catalina.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

CADENCIA SOSTENIDA.

La infinita diversidad de organizaciones y caracteres, de giro distinto que á mas que otros ha dado la educación, los sucesos, la lectura, la experiencia y otra porción de causas que sería prolijo enumerar, hace que la manera de sentir sea diferente en cada individuo de la gran familia de locos que se agita sobre este átomo de la creación que llamamos mundo. Hay quien halla consuelo en una desgracia recordándose de todos los recuerdos que pueden reproducir su imagen mas á lo vivo, y quien procure alejar de su vista todos los entes materiales, y de su imaginación todos los morales para conseguir igual resultado; cada cual adopta entre estos dos sistemas el que juzga mas adecuado á su manera de ser, el uno procurando la insensibilidad con el uso repetido de sus estimulantes, el otro narcotizándose con la inercia de su sensorio. No es nuestro ánimo, ni menos pensarlo, el entrar aquí en una serie de reflexiones filosóficas que pudieran conducirnos demasiado lejos internándonos en tan intrincado dedalo, que á buen seguro no habíamos de encontrar Ariadme capaz de sacarnos de él. Queden para mas atrevidos zeseos tan peligrosos ensayos, para mas competentes jueces tan difíciles deliberaciones, que nosotros hemos decidido no meternos en honduras y hacer lisa y llanamente un articulo de variedades, uno de esos platos de la comida francesa de mas vista que alimento, mas cuidada en sus formas que en su esencia. Pero como es preciso justificar el preámbulo que dejamos estampado en las anteriores líneas, diremos á nuestros lectores que aquellas reflexiones y otro millon mas de que les hacemos gracia nos vienen asaltando el magin cada vez que se presenta á nuestra memoria el recuerdo del mas suceso que ha venido á tener el *Buen Suceso* de nuestra coronada villa. Con perdon sea dicho de la utilidad y ornato público, la opinión general viste luto por ese antiguo y famoso monumento, por ese vástago arquitectónico, que deforme y mal pergeñado, era sin embargo el idolo de los descontentos de la ballena. La Puerta del Sol sin el Buen Suceso es el espacio sin sol, es el cuerpo sin alma. Todos sin distinción los que reconocen la inconveniencia y los que niegan la utilidad de semejante mediata, ven con desconsuelo desaparecer una tras otra las diferentes partes de aquel todo; el grito de dolor lanzado por las seculares estatuas arrancadas de sus nichos, ha resonado en todos los corazones, la postrer oscilación de la péndola de su reloj, último suspiro de su existencia oficial, ha dejado un triste recuerdo en todas las memorias. Esta calamidad general impuesta por la utilidad pública, ha sido sentida de una manera uniforme; todo el mundo evoca sus recuerdos, que son el pasto de las conversaciones. La cuestión de Oriente y la de la Puerta del Sol, han echado sin ventajas por espacio de mucho tiempo en nuestra sociedad madrileña, y menester ha sido que las legiones del Czar, semejantes á un desbordado torrente, inundasen los principados amenazando la independencia europea para que los ánimos salieran del estupor en que les habia sumergido de muerte dictado contra el Buen Suceso y consortes. La historia de ese bisecular monumento queda al cargo de los cronistas anticuarios, y mientras ellos leen en cada escombros una de las mil glorias y vicisitudes que han cambiado su escuela y su forma, nosotros desentendiéndonos de la parte monumental, iremos á buscar en su crónica mimada una de esas tristes historias de que cada edificio ha sido teatro, y que le identifican con su existencia prestándole un colorido mas ó menos poético debido al hecho en si mismo y á la pluma mas ó menos bien cortada de su narrador. Como la nuestra no tiene grandes pretensiones, renunciaremos de buen grado al papel de cronistas, y trasladaremos al papel el manus rito de un antiguo portero del edificio del Buen Suceso, tal como ha llegado á nuestras manos, y sin mas alteraciones que las necesarias para no desenmascarar el anónimo de los héroes de nuestra historia.

Héle aquí:

Corre el primer tercio del presente siglo y la vigésima primavera de Maria. Era Maria una morena de negros y rasgados ojos, de nacarados y menudos dientes, de esbelto y flexible talle, de luengo cabe-

llo y cortísimo pié. Revelaba su mirada todo el fuego de un corazón meridional templado únicamente por un baño de profunda tristeza que llamaba la atención de cuantos la veían.

La historia de María era la historia de tantas otras pobres criaturas que vienen al mundo sin tener un nombre que llevar, ni una mano protectora que sienta circular por sus venas la misma sangre que corre por aquel tierno corazón. María fué encontrada en los umbrales del Buen Suceso por un anciano y caritativo sacerdote que tuvo lástima de la débil flor, y la guardó en su humilde morada con el propósito de que la embalsamase un día con la fragancia de su virtud y de su hermosura. Pero como el hombre propone y Dios dispone, Dios no permitió que se realizasen las esperanzas del buen sacerdote, y se lo llevó á mejor vida cuando la niña apenas podía mostrar su agradecimiento ni apreciar los paternales cuidados de su generoso protector.

Los últimos momentos del buen anciano fueron consagrados á su hija adoptiva, sus últimas oraciones invocaron la protección del Rey de reyes para aquella pobre niña á quien legaba todo su haber, es decir, sus hábitos y su breviario. El ama del difunto creyó hacer un buen negocio vendiendo ambas prendas en diez ducados que entregó religiosamente á María, regalándole además por su parte media docena de sillas, una mesa y dos ó tres cuadros de santos, con cuyos enseres alhajó una reducida buhardilla del Buen Suceso, donde dejó instalada á la niña abandonada á su buena ó mala estrella. El ama que no tenía por su parte medios de subsistencia, se acogió al amparo de una parienta lejana que vivía en Toledo, para cuya ciudad se puso en camino á los pocos días de la muerte de su señor.

Hé aquí á María dueña de su persona á los diez años de edad; sola, en medio de una ciudad populosa que no conocía, obligada á entrar en relaciones con una sociedad corrompida que le era enteramente extraña. La desgracia es una admirable maestra, y era María una preciosísima discípula; así fué que aprovechando los pocos conocimientos que había adquirido al lado del ama de su difunto protector, dióse tan buena maña, que á los pocos meses habíase asegurado la subsistencia con una industria que hoy pertenece únicamente á la historia y poesía, un establecimiento público en un portal de la calle del Cármen, donde se dedicaba á componer medias de seda. Verdad es que al verla tan niña pocos parroquianos se arriesgaban á encomendarla obras de consideración; verdad es que los validos de sus pocos años algunos de ellos remuneraban mezquinamente su trabajo ó se negaban á pagarlo, ni poco ni mucho; verdad es que mas de una vez se retiró la niña con las lágrimas en los ojos, sin llevar á su pobre buhardilla el dinero suficiente para comprar un panecillo con que cenar aquella noche; pero aun así la orgullosa hija de Madrid se creía dichosa en medio de su independencia, y miraba con una especie de desdenosa compasión á las niñas de su edad que vivían al amparo público por no saberse buscar la vida.

A fuerza de ver finas medias y aristocráticas y elegantes piés, María llegó á hacer comparaciones con los suyos, y hallóse un día con que podían entrar en competencia con los mas bien formados de todas sus parroquianas; probóse una media de seda y un zapatito de raso blanco; arregló cuidadosamente las negras trenzas de su pelo, y salió á la calle con su mejor vestido, mirándose con placer en la sombra que proyectaba su cuerpo; pues los vidrios de las antiguas tiendas no podían como hoy reproducir las formas de nuestras bellas compatriotas. La niña tenía entonces quince años; los pronósticos del buen sacerdote se habían realizado en parte: María estaba radiante de hermosura. Tanto se complacía en mirar sus diminutos piés aprisionados en el brillante zapato con tan vanidosa ostentación, hacia gala de los complicados dibujos de su ceñida media, que llama alabó la atención de un desocupado transeúnte. Este, después de admirar no menos que su dueña las lindas medias y el ajustado zapato, y de hacer la apreciación del contenido por el continente, pasó de los piés á la cintura, y de la cintura al rostro, donde halló los dos mas hermosos ojos que había visto en su vida; y como no tenía por el momento cosa mejor en que ocuparse, dió tras la niña por esas calles siguiéndola como su sombra, y haciendo en su majín mil proyectos para poseer aquella preciosa alhaja. Era el mozo sombrerero de oficio y no de los mas lerdos en él; de manera que calculadas todas las eventualidades y dado caso que la virtud de la niña le llevase al altar, tenía en sus diestras manos medios para soportar los gastos de la vida conyugal. La niña, al cabo de recorrer Madrid en todas direcciones, volvió á la Puerta del Sol, levantó sus ojos, y viéndolo en el reloj del Buen Suceso que era llegada la hora de comer, dirigió á su perseguidor una mirada en que se revelaba mas satisfacción que enojo, salvó de un salto el umbral de su puerta y de cimientos los cien escalones que conducían á su buhardilla, donde entró embriagada de gozo, y sintiendo no tener un espejo bastante grande para mirarse de los piés á la cabeza. Pasado este primer deseo, tributo pagado á la vanidad femenina, asaltó su imaginación otro no menos ardiente, pero de mas probable cumplimiento; abrió la ventana de su buhardilla, y asoman-

do su cabeza por encima del caballete del tejado, fijó sus ojos en la acera de enfrente; á pesar de la distancia, María reconoció al primer golpe de vista á su tenaz perseguidor, que contando sin duda con la curiosidad innata del bello sexo, esperaba ver asomar á su hermosa perseguida. Las miradas de ambos jóvenes se encontraron; María tuvo un momento de enojo; su amor propio se resentía de aquella primer derrota del orgullo; pero hallaba tal encanto en dejarse admirar, que solo apeló á la fuga cuando el calor de su rostro le anunció que sus mejillas se teñían de púrpura. Cerró la ventana, comió sin apetito, pensó mucho aquella tarde, y durmió poco por la noche.

A la mañana siguiente se situó en su portal como de costumbre, pero no corrió apenas. La viveza de sus pensamientos enervaba la agilidad de sus manos, la inquietud de su espíritu quitaba el tino de sus dedos.

María, después de infructuosos ensayos, dejó la enojosa labor y levantó la cabeza. A dos pasos de ella, inmóvil como una estatua, hallábase el joven del día anterior, pálido tambien como María para dedicarse al trabajo que había abandonado como ella después de infructuosas tentativas.

(Continuará.)

ARIOSTO Y TASSO.

Todos los que están un poco versados en la literatura italiana, saben las ruidosas conmociones sucedidas en el Parnaso italiano á la aparición del *Gofredo* que saltó á disputar la primacía al *Furioso*, por el hasta entonces con tanta razón poseída. Sábese cuán inútilmente hicieron gemir las prensas los Pellegrinis, Rossis, Salvais, y otros cien campeones del uno y otro bando. El pacífico Horacio Ariosto, descendiente del ilustre poeta, se empeñó entonces en vano en poner de acuerdo á los combatientes, diciendo que los poemas de estos dos ingenios divinos eran de género tan diverso que no admitían comparación: que el Taso se había propuesto no abandonar jamás la sublimidad de la época (hablamos á los clásicos) y lo había portentosamente ejecutado; y que Ariosto había tratado y conseguido agradar á los lectores con la variedad de estilos, entreverando agradadamente lo heroico con lo festivo. Que el primero mostró de lo que es capaz la maestría en el arte; y el segundo, cuanto puede el libre proceder de la naturaleza: que el uno, no menos justamente que el otro, alcanzaban con razon los aplausos y admiración universal, llegando ambos á lo sumo de la poética gloria aunque por diferente camino y sin rivalidad alguna. Hizose tambien entonces aquella famosa distincion, mas brillante que sólida, de que el *Gofredo* es mejor poema, pero que Ariosto es mayor poeta. A pesar de todo, y después de tantos y tan empeñados choques literarios, la cuestión permanece aun indecisa, y no sé yo el que ahora *ex cathedra* trate de decidirla. Pero ya que mi timidez llegue á ese punto, referiré históricamente los efectos que me ha hecho sentir la lectura de estos insignes poetas.

El espectáculo que presenta la *Jerusalén* de una grande y sola acción, propuesta con lisura, conducida con maestría, y concluida perfectamente: la magia de un estilo siempre puro, sublime, sonoro y poderoso para revestir con su propia nobleza los objetos mas comunes y humildes: la verdad y consecuencia de los caracteres; todo esto no puede menos de interesar y deleitar sobremanera á los lectores del Taso: no puede menos de encubrir á sus ojos la lima demasiado manifiestamente empleada en sus versos, algunos conceptos inferiores á la elevación de su mente y la superabundancia retórica en sus pensamientos amorosos.

Arrastrarán siempre en el Ariosto la variedad de tantos sucesos, que reproducen y enriquecen la acción, el colorido vigoroso con que compara y describe, la seductora evidencia con que narra y persuade, la fuerza portentosa de ingenio, que lejos de debilitarse, como sucede comunmente en todo prolongado trabajo, se aumenta en él admirablemente hasta el último verso. Falta de decencia alguna vez, descuidada lima, una que otra chocarrería indignas de un gran poeta, sobrada naturalidad en los pensamientos amorosos, hé ahí los lunares que no hermocean, por cierto, la belleza del Ariosto.

Pero todo esto, se dirá, no hace á nuestro propósito. Se quiere saber solamente á cuál de esos dos poemas se debe la preeminencia. He hecho ver desde un principio mi repugnancia á decidir sobre el caso, y solo he expuesto los sentimientos que despertaron en mi ánimo esos dos poetas. Pero si yo fuese poeta, y mi destino y mi talento me llevasen á escribir un poema, antes quisiera para ello la lira de Ariosto que la de Tasso.

No soy de la opinion de aquellos que han ensalzado al *Orlando Furioso*, no solo sobre *Gofredo*, sino hasta sobre la *Olisea*; pero es cierto que culpable Ariosto de los vuelos de una ardentísima imaginación, ha sabido templarlos con la verdad de las alegorías, con finisimas sales, con el conocimiento profundo del corazón humano, y con las gracias todas del arte cómica. Los inteligentes admirarán siempre en

el *Orlando* la facilidad con que su autor pasa de lo festivo á lo sério y sublime, y de lo apacible á lo horrible y tremendo: apenas se concibe cómo sin ser interrumpido ni un instante en las delicias que esperimentan todas las facultades intelectuales, pueda el lector, encantado con voluptuosas pinturas, hallarse arrebatado de repente por aquellas pinceladas divinas, que deben llenar su alma de terror. El número y diversidad de los héroes del *Orlando*, la multiplicidad increíble de las ideas, sentimientos y pasiones que escita, la poca verosimilitud de varios incidentes, aunque bellísimos, la cantidad de los episodios, que parecen extraños á su argumento, formarían una crítica sin réplica, si estos errores no los hubiese cubierto en bellezas, el inimitable cantor con arte maravilloso. Ariosto posee como nadie aquella ciencia encantadora, con la que, en la misma variedad, en los digresiones, y por decirlo así, en los errores de su imaginación, no solo deleita, sino constantemente arrebató á sus lectores.

Estas son las causas de mi especie de preferencia al Ariosto. Además, la fecundidad y lozanía de su imaginación, encantada siempre y encantadora, debe subyugar, con preferencia al Tasso, el sentido español que tanto convenia con poetas de ese temple. Y aun por eso, en nuestros épicos, y en todos ellos sin duda, se hallan mas versos, mas incidentes, mas cosas, que nos recuerdan cierta imitación del *Furioso*: mientras que no se le vé ninguna semejanza con el *Gofredo*.

El ilustre Valbuena, por ejemplo, no solo se le asemeja en sus artificios en lo principal de la acción de su poema, mas aun en sus episodios ó digresiones. No hay fábula en que antes de mostrar su fin no ponga al lector en las manos los principios de otra, de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado y el deleite mas empeñado en lo porvenir: artificio poderoso á llevar entretenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entrare. ¿No hace lo mismo Ariosto?

Nuestro Valbuena, como Ariosto, refiere ingeniosamente los casos maravillosos por tercera persona. Con este arte deja todo lo admirable, y al autor no fuera de lo verosímil. Porque si no le es que Gravinia se convirtiese en árbol y Estordian en gusano de sedas, lo es, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinión que los oían. De este modo tejió mejor las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas.

No menos que en Valbuena encuéntranse en Ercilla, y desde la primera octava, recuerdos del *Furioso*.

Ni podía ser menos, pues que la imaginación y el brio de nuestros poetas, que no empuen á su profundidad y filosofía, se adaptan mas al género del Ariosto. Este poeta tiene además el mérito singularísimo de describir con mucha propiedad de vocablos las usanzas caballerescas, sin que este mérito le abandone jamás en todo su poema. Las palabras *palafren*, *destroire* y otras mil demostrarían esta si fuese propia de este lugar semejante cuestión filológica. El tino de nuestros poetas antiguos no desconoce ó este mérito del poeta italiano: estudiaronle por lo mismo con ahínco, como lo demuestran las varias traducciones españolas hechas desde el siglo XVI, las felices imitaciones que se encuentran en el *Tesoro de varias poesías de Padilla* y en otros libros nuestros. Y ahora mas que nunca parece necesario el estudio entre nosotros de un poeta romántico y caballeresco en alto grado, que tan bien sabe excitar el terror y la compasión en las narraciones trágicas y lastimosas, y que en todo el tejido de sus mágicos cantos muestra una erudición y un saber profundos en cuanto pertenece á los usos caballerescos y á los hábitos de la edad media. No hay una vez, repetimos, que no pruebe y pueda demostrar nuestro ventajoso aserto respecto del Ariosto. Su poema, pues, debe ser el diccionario enciclopédico de nuestros románticos, y el asunto de una parte de sus meditaciones predilectas. Y si á este estudio se añade el del *Orlando* de Boyardo, reformado por Berni, resaltará mas el mérito de su continuador el Ariosto.

Las expresiones de este poeta, y cien veces debiera repetirlo, no están puestas al acaso, ni elegidas por un risible capricho: su romanticismo es siempre de buena raza, ya en la erudición, ya en el arte de conmover los afectos: ni estriba solo en el uso de ciertas palabras técnicas, lúgubres, dolorosas, que ahora hace ridículas la profusión con que se prodigan.

Ariosto era estudiado ya y tenido por un gran poeta entre nosotros, cuando se tuvo en alto aprecio por todas partes el saber español, y cuando nuestros mayores se entregaban á los severos y graves estudios.

Pero de este vacío que hay en nuestra patria, de este fastidio de logomaquias, de un cierto deseo de cosas útiles y verdaderas, hay todavía muestras en ella; y las da en ese desprecio que hace todo escrito vacío de doctrina y desnudo de ciencia, que aspira á deleitarla,

con la vana pompa de los adornos; mientras ella pide á voces en sus poesías y prosas alguna cosa mas que deleite, y se vuelve en lo posible á las ciencias físicas y morales, tanto de hecho como de razonamiento, para participar de sus inmensos progresos.

Esta inclinación general, conocida ya de hoy mas por todos aquellos que estudian el adelanto moral de los pueblos, debería servir de norma á los escritores de nuestra edad para dirigir y reunir sus diversas opiniones hácia un noble y grande fin. Sirvanos de ejemplo esa misma Italia, la patria del Ariosto, que despues de cinco siglos de incertidumbre, ha vuelto á los estudios sobre Dante, ahora que una crítica filosofía comienza á alumbrar con la luz de la filología aquellas tinieblas que ofuscaron desde su nacimiento el divino poema. Y valga la verdad; los mismos coetáneos del gran poeta, interpretándole con su dialecto, no le entendieron, sino que equivocaron su generosa y sublime índole con el empeño que tuvieron en aplicar á extrañas y desusadas significaciones aquellas voces que él tomaba de las fuentes primitivas de todas las lenguas romanizadas. Si el lector no tirase al suelo sin leerlo este mal razonado artículo, yo me estendería otra vez al hablar de nuestros poetas anteriores al siglo XV sobre esta materia interesante. Ahora debo dejar esta pesada digresión.

El Ariosto finalmente, y por lo que llevo dicho, tiene el mérito para nosotros sobre el Tasso, de sernos un libro mas útil y por consiguiente mas interesante. El gusto lamido de los clásicos nos dijo, como ya se ha visto, que el *Gofredo* era mejor poema, y que Ariosto era mayor poeta; pero la depurada crítica dirá ciertamente que el mayor poeta es siempre el mejor y el que mejores poemas puede cantar. La buena lógica vale mas que un dicho brillante.

Mas no quiero, continuando, quitar al lector un tiempo que con mas utilidad y deleite, empleará en recorrer el poema del *Furioso*, donde hallará la razon de haber acabado yo este artículo porque

*Par che tutti s'allegriño ch'io sia
Venuto á fin di così lunga via.*

Nuestro Quevedo emprendió la parodia del *Orlando*, y creemos que esta habria oscurecido la obra de Ariosto, si hubiera sido concluida; tal es la gracia con que el gran poeta español se propuso ridiculizar los cuadros mejor imaginados por el célebre poeta italiano. Merecen citarse algunos versos de aquellos en que describió Quevedo las enormes figuras de los gigantes de la fábula.

Rascábanse de lobos y de osos
Como de piojos los demás humanos,
Pues criaban por liendres de bellosos
Herizos, y lagartos y marramos.

Jugaban, vez que fuerza tan ignota,
Con peñascos de plomo á la pelota.

Y luego se asomaron cuatro patas
Que dejan legua y media los zancajos,
Y cuatro picos de narices chatas
A quien los altos techos vienen bajos.
Despues por no caber entran á gatas,
Haciendo las portadas mil andrajos,
Cuatro gigantes que aunque estaba abierta
Sin calzador no caben por la puerta.

También es digna de recordarse esta comparación con que nuestro poeta ridiculiza las valientes descripciones que abundan en el italiano, y sobre todo la del cuerno de Astolfo.

Estremeciósse el monte encima á encima,
El sol dicen que dió diente con diente.
Al bronco retuñar de la bocina, etc.

Pero desgraciadamente Quevedo no terminó este curioso y festivo trabajo que para nosotros es tan superior al del Ariosto, como este poeta es superior al Tasso. Diremos, por último, que Ludovico Ariosto nació en Reggio en 1474, dejando muchísimas composiciones con que consolidó su bien adquirida fama, si bien el *Orlando* ha sido mirado con razon como su obra maestra.

Tasso, el rival de Ariosto en la poesía épica italiana, nació en 1514 y murió en 1593 agoviado, según se dice, por las persecuciones de sus enemigos. La posteridad, que lejos de hacerse cómplice de las pasiones con que el mundo atormenta por lo común á los grandes hombres mientras viven, sabe vengarlos despues proclamando la inmortalidad de sus obras.

ENTREGA DEL PUERTO DE LARACHE

A LOS ESPAÑOLES EN 1610.

La fuerte ciudad de Larache está situada en la costa de Africa sobre el Océano Atlántico y pertenece al reino de Fez. Los romanos la llamaron Lixa, y J. Solino, Tolomeo y Marmol la mencionan con diferentes nombres.

Los reyes de Portugal y de España desearon apoderarse de esta plaza para seguridad de sus armadas, y por último los españoles al principio del siglo XVII aprovecharon la ocasión que se les ofreció de hacerse dueños de ella. Muley Jeque, que sucedió á Muley Hamet, con motivo de algunas alteraciones que se suscitaron contra él en su reino, se vió precisado á implorar el auxilio del rey D. Felipe III, para lo cual pasó á España, y por orden de este monarca fué hospedado en la ciudad de Carmona. Arreglados sus negocios, en remuneración del auxilio y gastos con que lo había favorecido el rey católico para ponerlo en posesión de su reino, se convino en cederle la plaza de Larache quedando en Ceuta y Tanger dos hijos de Muley en rehenes para seguridad del tratado. Entonces mandó el rey D. Felipe que D. Juan de Mendoza, marqués de San German, capitán general de la Artillería de España saliese de Cádiz en las galeras que mandaba D. Antonio Colona, conde de Elda, para entregarse de Larache. Marchó allí el marqués, y así que se tuvo en España noticia de haber tomado posesión de ella se publicó una relación del suceso en una hoja suelta, que era el único medio usado entonces para comunicar al público los acontecimientos importantes, la cual escrita al parecer por D. Antonio Colona era del tenor siguiente:

«El rey Muley Jeque envió á decir á los moros de Alarache que fuesen á Alcazarquivir, que les quería pagar todo el sueldo que les debía y con esta nueva partieron luego. No quedaron en el castillo sino algunos viejos impedidos y el alcaide que se llama Garni. Habiendo avisado al marqués que fuese á tomar la tenencia partió luego con las galeras y en llegando á la entrada de la barra, se alargó á la banda del poniente á una caleta de aquel cabo del castillo de Ginoveses, y mandó al sargento mayor Bastajo que 200 arcabuceros y mosqueteros saltasen en tierra y fuese á Alarache, y que en nombre de S. M. pidiese las llaves y coló luego al punto, y cuando llegó al castillo le dijo al alcaide Garni estas palabras: mande vuestra señoría entregarme las llaves de la fortaleza, que así lo manda S. A. del rey Muley Jeque; y el alcaide alzó los ojos al cielo y dijo: ¡Ala! y entregó las llaves; y luego envió los cien soldados al un castillo con otro sargento mayor, y él se quedó en otro castillo y entraron dentro, y alzaron estandarte en nombre S. M.

Llegó luego el marqués con el resto y se apoderó de todo. Esto fué sábado, día de San Esteban 20 de Noviembre. Luego partieron las galeras á entrar por la barra: fué tan grande el temporal, y marea, que hubo, que estuvieron á pique de perderse. Entró la capitana y le entró un golpe de mar, y le llevó una banda con daño de muchos soldados, marineros y forzados, quebradas piernas y brazos, y algunos muertos.

Lunes 22 de este mes fui á entrar con mi navio á la barra, y nos dió un golpe de mar que por poco estuvimos á pique, fué Dios servido que pasamos la barra tocando cuatro veces con el arena.

Ahora estamos fortificando y haciendo trincheras y estacadas, por que no les ofenda la caballería: al castillo de tierra le han puesto por nombre Santa Maria la Mayor, y al de mar San Antonio, y á la mezcquita han señalado por iglesia mayor, y otro sitio para San Francisco, y una casilla que era entierro de un moravito que está entre los dos castillos, que era entierro de los moros, le han señalado á San Agustín: en el circuito que queda cercado se puede hacer una ciudad mayor que Cádiz: coje de un castillo al otro.

En ambas fuerzas se han hallado mas de setenta piezas, la mayor parte de bronce y algunas reventadas: mucha pólvora, cuerda y balas de hierro colado, hasta los aparejos de cabalgar. Son los encabalgamientos malos, que es menester echarlos otros nuevos.

El rey moro envió á decir al marqués que ya había cumplido su palabra, que supiese guardar su fuerza, y que le diese un castillo en que recogerse, y el marqués le respondió, que él la defendería, y que no podía dar castillo sin orden del rey de España.

El alcaide Garni no se atreve á salir fuera de Alarache de temor no le maten los moros: aquí está con toda su casa muy arrepentido, el marqués le dió cuatro mil reales de á ocho. El sitio de aquesta tierra es muy fuerte: mucho mas de lo que se decía. El castillo de la mar está sobre la misma barra, que con piedras pueden matar á quien quisiere entrar en él. Tiene un grande foso y puente levadizo, no puede ser minado porque está sobre peñas. Deste han hecho castellano á Don Pedro de Vicuña, capitán de la armada real. El castillo de tierra tambien es fuerte con un grande foso fabricado en triángulo;

la entrada del castillo tiene tres vueltas y las murallas altas, de forma que en el uno y en el otro no son de provecho escalas ni bitardas. El lugar está entre los dos castillos cercados con malas murallas, caídas y maltratadas, fácil de tomar: será tan grande como lo que está cercado en la villa de Cádiz: en saliendo el Sol le dá de frente. Cada casa tiene su jardín, una higuera, una parra, y un bancalejo para hortaliza: las casas son unos malos aposentos de barro y piedras, cubiertas algunas con tejas y otras con palmas y ramas, como casillas de cortijos: hay una larga ribera de huertas á orillas del rio, y los puerocos, jabalies vienen hasta las propias casas: hay muchos y muchas bellotas. El primer presente que hicieron al marqués fueron bellotas. Están hechas las paces por treinta años; que puedan los cristianos contratar en el reino de Fez, los moros en los reinos de Castilla. Los moros están aquí con nosotros y traen á vender leche, manteca, y gallinas, carne, bellotas, y todo lo venden tan caro que vale mas barato en España. Muchos moros que echaron de España están aquí, y dicen que son cristianos; con todo eso se han retirado la tierra adentro con su casas etc.—*Deo gracias.*—»

Tal es la relación de la toma de Larache.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.



(Aventuras de un loco coronado.)

FABRICACION

DE LOS CHALES DE CACHEMIRA.

La materia que sirve para fabricar los chales de cachemira, es una especie de vello parecido á la seda, que se halla mezclado entre el pelo de las cabras de aquella parte del Asia tan celebrada por la inimitable delicadeza de sus tejidos, que no han podido igualar hasta ahora todos los esfuerzos de los países mas industrioses de Europa.

El gran mercado de aquella materia, á la que muy impropriamente se da el nombre de lana, se halla en Kilghet, ciudad situada á 20 dias de marcha de las fronteras de Cachemira. En ella se vende lana de dos clases, la una blanca que se presta mucho á la tintura, la otra cenicienta que se tiñe con mucha dificultad. Esta última se elabora comunmente en su estado natural. Cada cabra da al año unas dos libras de lana de cada clase. Separado con mucho cuidado el pelo con

que está mezclada la lana, se lava esta repetidas veces con agua de almidón de arroz, cuya operación se ha reconocido ser de la mayor importancia para su preparación.

Los habitantes de Cachemira atribuyen la belleza inimitable de los productos de sus fábricas a la calidad de las aguas de sus valles.

La mejor y mas hermosa lana en bruto se paga en Kilghet á una rupia (unos nueve reales y medio vellón) la libra. Cuando ya está lavada y espurgada, ha perdido una mitad de su peso, y por fin, después de hilada se vende á razón de una rupia por una cantidad de hilo equivalente al peso material de tres rupias en dinero.

Los chales que se fabrican en Cachemira son de distintas formas y de varias dimensiones. Sus guarniciones se elaboran por separado, para que puedan adaptarse al gusto de los diversos mercados adonde se destinan. Además de los chales largos ó cuadrados, se hacen con la misma lana muchos artículos de lujo, como son: telas rayadas, medias negras ó de colores, guantes, cinturones y otros. Los chales que se envían á Turquía son por lo general los mas selectos y esquisitos por su finura y excelente calidad. Con el pelo de las mismas cabras y las partes mas ordinarias de la lana, hacen alfombras, mantas, etc.

De algunos años á esta parte no tienen los chales tanto consumo como antes. Las principales causas á que se atribuye su menor demanda, son la destrucción de los genizaros, entre los cuales eran de uso general: la extinción de los reyes y corte de Caboul; la bancarrota de Luckerondec.

En tiempo de los emperadores de Mogol, la provincia de Cachemira podia tener en actividad 30,000 telares de chales. Este número fué reducido á 18,000 bajo el imperio de los príncipes Afghans. En el día apenas llegan á 6,000 los telares que están en movimiento. Poco puede haber influido en esta notable decadencia la rivalidad de los chales fabricados en Inglaterra. Al principio de estos últimos aparecieron en la India, deslumbraron á los indigenas con la elegancia de sus dibujos y el brillo de sus colores, y muchos indios de la clase rica se apresuraron á comprarlos; pero muy pronto se disgustaron de ellos, reconociéndolos por muy inferiores á los de su propio país, en cuanto á la delicadeza del tejido y de su consistencia.

No hace mucho tiempo que un especulador inglés que habia llevado á Delhi una partida de chales fabricados en su país, bastante crecida para formar la carga de un camello, se decidió á venderlos en almoneda pública para despacharlos con mas facilidad. A duras penas llegó á vender dos ó tres chales, porque el precio ínfimo á que se pregonaban, en vez de estimular á los indios, les retraía de comprarlos. Tan cierto es que un objeto de puro lujo como un chal de la India, pierde mucho de su mérito á los ojos de los ricos consumidores, cuando por circunstancias particulares se abarata su precio hasta el punto de ponerse al alcance de las facultades de la clase media.

El valor de las clases que se exportan anualmente de Cachemira se calcula en 18 laigs de rupias ó sean unos 13 millones y medio de reales vellón.

El soberano actual de Cachimira, Runjeet Sing, percibe cerca de dos terceras partes de esta suma á cuenta de la renta ó tributo de aquella provincia, que paga unos 20 millones de reales. La cuarta parte de aquella cantidad de chales sirve para el uso particular del soberano, ó para hacer regalos á sus cortesanos. El resto se vende, y su producto va á aumentar el tesoro del príncipe.

Estos chales y los que son propiedad particular de los habitantes de Cachemira, se exportan como sigue: Bombay y la India occidental reciben por valor de unos 6.000.000 de reales: el reino de Onda y el resto del Indostan consumen por valor de unos 2 millones y medio de reales, y por fin Calcuta, Caboul, Herat y Balk por un millon y medio de reales.

Los derechos que los príncipes indios imponen sobre los chales, aumentan considerablemente el valor de estos; pero aun lo hacen subir mas los que les hacen pagar los ingleses, que son unos 332 reales vellón por cada chal.

LA CORNETA DE LLAVES

Querer es poder.
(Palabras de un ex-músico mayor).

I.

- D. Basilio, toque Vd. la corneta y bailaremos.
- Si, si... D. Basilio, toque Vd. la corneta de llaves!
- Traedle á D. Basilio la corneta en que se está enseñando Jonquin!
- ¡Poco vale!... ¡La tocará Vd., D. Basilio?
- No.
- ¿Cómo que no?

- Que no.
- ¿Por qué?
- Porque no sé.
- ¿Que no sabes... ¡Habrás hipócrita igual!
- Sin duda quiere que le regalemos el oído...
- Vamos... ya sabemos que ha sido Vd. músico mayor de infantería...

—Y que nadie ha tocado hasta ahora la corneta de llaves como usted...

—Y que le han oído en palacio...

—Y que tiene una pensión...

—Vaya, D. Basilio...

—Pues señor... es verdad. He tocado la corneta de llaves; he sido una... una *especialidad*, como dicen Vds. ahora... Pero tambien es cierto que hace doce años regalé mi corneta á un pobre, y desde entonces no he vuelto... ni á tararear.

—¡Qué lástima!

—¡Otro Rossini!

—Oh, pues esta tarde ha de tocar Vd...

—Aquí, en el campo, todo es permitido...

—Y hoy, que es mi día, sobre todo...

—¡Viva! viva! ¡Ya está aquí la corneta!

—Si; ¡que toque!

—Un wals...

—No... una polka...

—¡Polka!... ¡Quita allá!... ¡Un fandango!

—Si... si... ¡fandango! ¡Baile nacional!

—Lo siento mucho, hijos míos; no puedo tocar.

—Vd. tan amable...

—Tan complaciente...

—Se lo suplica á Vd. su nietecito...

—Y su sobrina...

—¡Dejadme por Dios! He dicho que no toco.

—¿Por qué?

—Porque lo he jurado.

—¿A quién?

—A mi mismo, á un muerto y á tu pobre madre, hija mia!

Todos los semblantes se entristecieron súbitamente al escuchar estas palabras de D. Basilio.

—¡Oh!... si supierais á qué costa aprendí á tocar la corneta... añadió el viejo.

—¡La historia! ¡la historia! exclamaron los jóvenes; contadnos esa historia.

En efecto, dijo D. Basilio; es toda una historia. Escuchad.

Y sentándose bajo un árbol, rodeado de una curiosa tropa de muchachos, contó la historia de sus lecciones de corneta.

No de otro modo, *Mazzeppa* el héroe de Byron, contó una noche á Carlos XII, debajo de otro árbol, la terrible historia de sus lecciones de equitación.

Oigamos á D. Basilio.

II.

—Hace diecisiete años que ardía en España la guerra civil.

Carlos é Isabel se disputaban una corona, y los españoles, divididos en dos bandos, derramaban su sangre en las batallas por satisfacer una ú otra ambición.

Tenia yo un amigo, teniente de cazadores de mi mismo batallón, el hombre mas cabal que he conocido... Nos habíamos educado juntos; juntos salimos del colegio; juntos peleamos mil veces y juntos deseábamos morir por la libertad... ¡Oh! él era, si se quiere, mas liberal que yo.

Pero hé aquí que una injusticia cometida por un jefe en un asunto de mi amigo Ramon; uno de esos atentados á la ley que disgustan de la mas honrosa carrera; una arbitrariedad, en fin, hizo desear al teniente de cazadores abandonar las filas del ejército, al amigo dejar al amigo, al liberal pasarse á la facción, al subordinado matar á su coronel... ¡Buenos humos tenia Ramon para aguantarle una injusticia ni al lucero del alba!

Todas mis instancias fueron inútiles para disuadirle de su propósito; era cosa resuelta; cambiaria el chaqué por la boina, odiando como odiaba mortalmente á los facciosos.

A la sazón nos hallábamos en el Principado, á tres leguas del enemigo.

Era la noche en que Ramon debía desertar, noche lluviosa y fria melancólica y triste, vispera quizá de una batalla.

A eso de las doce entró Ramon en mi alojamiento.

Yo dormía.

—Basilio... murmuró en mi oído, sacudiéndome con una mano.

—¿Quién es?

—Soy yo... adiós!

—¿Te vas ya?

—Sí, adiós.

Y me tomó una mano.

Oye, continuó, si mañana hay, como se espera, una batalla y nos encontramos en ella...

—Ya lo sé; somos amigos.

—Bien: nos damos un abrazo y nos batimos en seguida. Yo moriré mañana regularmente, pues pienso no abandonar el campo hasta que mate al coronel. En cuanto a ti, Basilio, no te espongas mucho. La gloria es humo.

—¿Y la vida?

—Dices bien: hazte comandante, exclamó Ramon; la paga no es humo... sino ron, tabacos, muchachas. Chist, todo eso se acabó para mí.

—Jesús, qué idea, dije yo muy afectado; mañana sobreviviremos los dos a la batalla.

—Pues emplacémonos para mañana a la noche.

—¿Dónde?

—En la ermita de San Nicolás, a la una de la noche: el que no asista será porque habrá muerto. ¿No es así?

—Asimismo. Con que adiós.

—¡Adiós!

Abrazámonos tiernamente, y Ramon desapareció en las sombras de la noche.

III.

Como temíamos, ó mejor dicho, como esperábamos, los facciosos nos atacaron al otro día.

La acción fué reñidísima y duró desde las tres de la tarde hasta el anochecer.

Una sola vez vi á Ramon.

Su cabeza estaba adornada con la ancha gorra del carlista.

Ya era comandante.

Había matado á nuestro coronel.

Yo no fui tan afortunado.

Los facciosos me hicieron prisionero.

IV.

Era la una de la noche la hora de mi cita con Ramon.

Yo estaba encerrado en un calabozo de la cárcel de..., pequeño pueblo ocupado por los carlistas.

Pregunté por Ramon y me dijeron:

—Es un valiente, ha matado á un coronel. Pero habrá perecido.

—¿Cómo?

—¡Sí, no ha vuelto del campo!

¡Ah! ¡cuánto sufrí aquella noche!

Una esperanza me quedaba.

Que Ramon me estuviese aguardando en la ermita de San Nicolás, y que por esta razón no hubiese vuelto al campamento faccioso.

—¿Cuál será su pena al ver que no asisto á la cita! meditaba yo; ¡me creará muerto! Y por ventura, ¡tan lejos estoy de mi última hora! Los facciosos fusilan siempre á los prisioneros. Mañana debo morir. Pero Ramon volverá antes. ¿Y si ha muerto hoy? ¡Dios mío! ¡sacadme de esta incertidumbre.

Así amaneció al día siguiente.

Un capellan entró en mi prision.

Todos mis compañeros dormían.

—¡La muerte! exclamé al ver al sacerdote.

—Sí, respondió éste con dulzura.

—¡Ya!

—No: dentro de tres horas.

Un minuto después habían despertado mis compañeros.

Mil gritos, mil sollozos, mil blasfemias llenaron los ámbitos de la prision.

V.

Un hombre que va á morir suele aferrarse á una idea cualquiera y no abandonarla mas.

Pesadilla, fiebre ó locura, esto me desquició á mí.

La idea de Ramon, de Ramon vivo, de Ramon muerto, de Ramon en el cielo, de Ramon en la ermita, se apoderó de mí de tal modo, que me quedé inánime, estúpido, como un idiota.

Quitáronme mi uniforme de capitán y me pusieron una gorra y un capote de soldado.

Así marché á la muerte con mis veinte compañeros.

Uno solo se libró del patíbulo, porque era músico.

Los carlistas perdonaban la vida á los músicos, tanto porque no les hacían daño en la lid, cuanto porque tenían necesidad de bandas de música para sus batallones.

—¿Y era Vd. músico, D. Basilio? ¿Se salvó Vd. por eso? preguntaron todos los jóvenes á un tiempo.

—No, hijos míos, respondió el veterano; yo no era músico; yo no sabía una nota de música.

Formóse el cuadro y colocáronnos en medio...

Yo hacía el número diez; es decir, yo moriría el décimo.

Entonces pensé en mi mujer y mi hija; en ti y en tu madre, hija mía.

Empezaron los tiros.

Aquellas detonaciones me enloquecían.

Tenia vendados los ojos y no veía casi á mis compañeros.

Quise contar las descargas para saber un momento antes de morir que se acercaba la mía.

Pero antes del tercer golpe de tiros perdí la cuenta.

¡Oh! aquellos fusilazos tronarán eternamente sobre mí.

Ya creía oírlos á mil leguas de distancia; ya los sentía reventar dentro de mi cabeza.

Y las detonaciones seguían.

—Ahora, pensaba yo.

Y crugía la descarga, y yo estaba vivo.

—Esta es... me dije por último.

Y sentí que me cogían por los hombros, y me sacudían, y me daban voces en los oídos.

Caí.

No pensé mas.

Entonces soñé que había muerto fusilado.

(Continuará.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

El monumento de Pedro el Grande.

En el precedente número del SEMANARIO han visto nuestros lectores la hermosa estatua ecuestre del esclarecido Czar que indica nuestro epigrafe. El conde de Hloerden, promovedor decidido de las artes en la Silesia, mandó fundir al célebre estatuario bronceista y cincelador C. Honsch de Breslan la estatua de Pedro el Grande, copiando el original que se halla en San Petersburgo, coronando un peñasco que pesa 12,000 quintales y fué trasportado desde Finlandia á la capital del imperio. Encabritase el caballo y con el pié de atrás pisa una serpiente. Sobre el costado izquierdo de la peña se lee la siguiente inscripcion.

PETRO PRIMO

CATHARINA SECUNDA

MDCCCLXXX.

LAS NAVES A PIQUE.

Escúchame por tu vida,
Valeroso castellano;
Así Dios con bien te vuelva
Venturoso al suelo pátrio,
Donde tus ojos admiren
Tus fecundísimos campos,
Las paredes de tu aldea
Y su altivo campanario.
Escucha, y el cielo quiera
Que tornes pronto á los brazos
De los que niño en la cuna
Tu puro sueño arrullaron.
¿Qué nuevas traes de la guerra?
¿Qué nuevas traes de los bravos
Que allende los mares lidian
Nuevo mundo conquistando?
¿Qué dices de aquel caudillo
Tan valiente como ingrato
Que por amor de la guerra
Mis amores ha dejado?
¿Vive?... ¿Le adora su gente?
¿Le respetan sus contrarios?

¡Conserva en su noble pecho
 La banda que le he bordado?
 ¿Sabes si de mí se acuerda?...
 ¡Si viera cuánto le amo,
 Si viera cuánto le lloro
 Pronto volviera á mi lado!
 Dime, y perdona si necia
 Te estoy enojando;
 ¿Has velado tú su sueño?
 ¿Le has estrechado la mano?
 ¿Le has sujetado el estribo
 Para subir al caballo?...
 ¿Has sentido algunas veces
 Deslizarse por sus labios
 El nombre de Catalina,
 O ya no me nombra acaso?...
 ¡Oh!... si algo sabes contesta,
 Contesta, joven bizarro,
 Y así te espere tu dama
 Con el amor que yo aguardo.
 —Por Cristo, noble señora
 Que me aflige vuestro llanto,
 Pues por su abundancia dice
 Del alma que está manando.
 Ese caudillo valiente
 Que es de los indios espanto,
 Cerró el camino á su patria
 Echando á pique sus barcos.
 —Dios mío, no, no, te engañas
 Dime que te han engañado.
 —Pluguiera el cielo, señora,
 Mas yo lo estuve mirando.
 —¿Tú lo viste?... Madre mía;
 ¡Y yo que le amaba tanto!...
 —Se amotinaron los suyos
 En pro del Adelantado,
 Y quitóles la esperanza
 Quemando velas y palos.
 —Dime como fué y no tiembles,
 Que aunque ves mi rostro pálido,
 Aun tengo sangre en las venas
 Y valor para escucharlo.
 —Pues oíd. Era de noche
 Y en medio de un cielo claro,
 Amarillenta la luna
 Se columpiaba brillando.
 Todo en silencio yacía,
 Todo estaba solitario,
 Y de la playa serena
 En el tranquilo regazo,
 Blandamente se mecía
 Toda la flota de Hernando
 Y en tanto los capitanes
 Se entregaban al descanso,
 Porque siempre el sueño ha sido
 De los crímenes amparo,
 Como sombras fugitivas,
 Como espectros funerarios
 A las cubiertas subieron,
 Los fieros amotinados
 Con antorchas encendidas
 Y las dagas en las manos.
 En medio de ellos andaba
 Juan Díaz el licenciado
 Despertando á los dormidos
 Y la discordia atizando,
 Diciendo: «Viva Velázquez,
 Torced el rumbo á Santiago»
 A tales voces sacuden
 Ligero el sueño los cabos
 Y acorren á las cubiertas
 De pies á cabeza armados,
 Con las celadas corridas
 Por cubrir el sobresalto.
 Al ver airada la chusma
 Con criminal aparato,
 De prudencia revestidos
 A los ruegos apelaron,
 Porque á veces las razones
 Cambian del todo los ánimos.

Promesas, súplicas, ruegos,
 Amenazas, todo es vano,
 Que la atormenta arreciaba
 Causando tales estragos,
 Que ya andaba la licencia
 Respetos atropellando.
 De pronto en medio de todos
 Alza su gigante brazo
 El valeroso caudillo
 Con brio tan soberano,
 Que al silbido de su espada
 Que bajó el viento cortando,
 Rauda como la centella,
 Destructor como el rayo,
 La cabeza de un rebelde
 Fué por las tablas rodando.
 No en el revuelto Diciembre
 Brama ron tal furia el ábrego,
 Como su acento terrible
 Retumbó por el espacio.
 —«Fuera esas armas; traidores,
 Sus, de rodillas, villanos,
 O ancha tumba es para todos
 El mar en que nos hallamos.»
 Dijo: y con un pistolete
 Puesto el cañon hacía abajo,
 A Santa Bárbara apunta,
 Y altivo esperó el amago.
 Así como con un dedo
 Calma Dios el Oceano
 Que osadamente subía
 Al cielo en ondas hinchado,
 Y luego manso se arrulla
 A sus pies como un esclavo.
 Así Hernán calmó la furia
 De sus rebeldes soldados
 Que de miedo confundidos
 A sus plantas se arrojaron.
 —¡Perdon!...

¡Hola!... ¡Al fin vencidos
 Estáis á mis pies temblando!...
 ¡Aquí de mis capitanes!
 Valiente Lugo Alvarado,
 Cortad el cuello á los jefes
 Que han promovido este caso,
 Que es justo que con la vida
 Paguen delito tamaño:
 Y á ese fraile que atrevido
 La traición ha predicado,
 Atadlo á una lancha presto,
 Y en medio del mar dejadlo,
 Que ya cuidarán las ondas
 De conducirlo á Santiago.
 Ora vosotros, traidores,
 A la playa desarmados
 Que para siempre de España
 Voy á cerrar el paso.
 Y recogiendo las picas,
 Arcabuces y venablos,
 Libres los dejó en la playa
 Tristemente castigados.
 A poco de este suceso
 Torrentes de luz brotaron,
 Y en las llamas se envolvieron
 De las naves los pedazos.
 Yo temeroso, señora,
 Cogí una lancha, y al cabo
 De mil penas y fatigas
 Aquí llego por milagro.»

—
 Calló el mozo y Catalina
 Sin cuidarse del recato,
 Partiendo el aire en suspiros
 Tornó la espalda llorando.

ANTONIO HURTADO.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albarrán



DON ALFONSO EL SABIO.

PURÍ Y LA FIESTA DE ROTH EN 1849.

« ¡Qué hombre en el mundo no conoce á Purí (1)! ¡Purí, cuyo templo toca en las nubes y sirve de faro á los navegantes! ¡Purí, el lugar de reunion de los pueblos, la antigua residencia de las poderosas divinidades! Venid á Purí, venid allí maravillas sin cuento: ¡es la ciudad de los dioses y de los milagros!» Así van gritando los sacerdotes viajeros hasta las tribus mas lejanas de la India.]

Un conjunto raro de casas miserables, de shalas, abrigos destinados á los peregrinos, de monasterios, vastos edificios de conchas verandas (2), murallas adornadas de figuras, callejuelas estrechas, tortuosas y sucias, interceptadas con pozos de piedra y montones de escombros, una calle de ciento cuarenta piés de anchura, que desemboca en la plaza del templo y por donde pasa el carro del idolo. ¡Este es Purí! ¡la gran ciudad! ¡la ciudad de las maravillas!

Mas lejos, y sobre vastos arrabales de arena, aparecen las casas de los europeos y de los oficiales del gobierno. Desde allí se oye incesantemente el sordo mugido del mar, cuyas enormes olas cubren á lo lejos la playa con blanca espuma.

En medio de estas comarcas sagradas se eleva esta ciudad sagra-

da, donde estan los *puños* estanques sagrados, vastos receptáculos rodeados de escalones de piedra, uno de los cuales, mas célebre que los otros, tiene el nombre de Gange-Blanc, porque dicen que es hijo de Gange. Entre los otros lugares sagrados están el templo de Loknath con su famosa imagen de Lib; el gran cementerio de Purí en las arenas, llamado Svorgo Dwar ó puerta del cielo; el Norok Dwar ó puerta del infierno, á cuya orilla llegó el idolo reverenciado de Jogonnath; por último, el Chokrotirho, arroyuelo que desemboca en el Océano. Pero el principal objeto de la veneracion pública es el templo del idolo. Por cualquier parte que se llegue, se encuentra cortado el paso por un muro de veinte piés de alto, que rodea una plaza de seiscientos veinte piés de ancho. A cada una de las cuatro partes de este muro hay una ancha puerta, abierta á la multitud. La mejor, la mas venerada y frecuentada es la de los leones, llamada así porque tiene á los lados colosales leones: por ella pasan los dioses, y allí termina el Boro Dando (1). En frente y á alguna distancia, se eleva en medio de la calle una columna de mármol negro, de unos cuarenta piés de altura, y en cuya cima está el dios Hormaman (2). Ligera, graciosa, acanalada, forma esta columna singular contraste con todo lo que la rodea: es un monumento griego en medio de monumentos indios.

Al entrar en la plaza descubre el peregrino, no uno ni dos templos, sino mas de cincuenta, dedicados, no á todas las divinidades de la India, sino á las mas célebres. El mas notable de todos es el Boro Dwar, ó gran templo, imponente torre de doscientos piés de altura y cuarenta y dos de fachada. Allí, sobre una ancha plataforma toda

(1) Ciudad de 50,000 habitantes, situada á 100 leguas de Calcuta, al lado de la provincia de Orissa.

(2) Especie de galerías ligeras cubiertas de lona. Las verandas de estos monasterios se elevan algunos piés sobre la calle, y por lo regular estan adornadas con un pequeño modelo del templo de Jogonnath, en cuya cima se ve el tulsi, árbol sagrado.

(1) Gran calle.

(2) Dios mono.

de mármol, y llamada Botnosinghason ó trono de las alhajas, residen de edad en edad tres divindades, Jogonnath, su hermano y su hermana. Tres edificios piramidales completan este templo: el Mukhsala, el Bhog Mondop y el Jogomohou, mas pequeño que los otros dos y colocado en medio.

Al Chog Mondop es donde llevan todos los días los sacerdotes el alimento destinado á los peregrinos, y en el Jogomohou (delicias del mundo) es donde las jóvenes bayaderas regocian con sus bailes á los dioses y á los sacerdotes.

Todo el edificio, tanto en lo interior como en lo exterior, está cubierto de diversas figuras: elefantes, grifos y monstruos de todas especies.

En la espalda de la estatua, aseguran los indios que existe un talisman. Segun unos es un hueso de Krishno ó un Salgan (1), segun otros es una caja de plata viva. Dicen que siempre que se hace un idolo nuevo, eligen un joven de las cercanías de Puri para trasladar el el precioso tesoro desde el antiguo idolo al nuevo, y que hecha la operacion muere el niño en el cuño.

El establecimiento que depende del templo inmenso, comprende treinta y seis clases principales de dependientes del idolo: mas seiscientas cuarenta personas no tienen mas ocupacion que servirle. El Khatsay le hace la cama, el Pasaparok le despierta por la mañana, el Mukh le presenta el mondachito y agua para enjuagarse, el pintor le coloreo los ojos, otro le prepara el arroz, otro le presenta los platos, el Dhna lava los manteles, el Changras toma el inventario de las ropas, el Chhattarna le lleva la sombrilla, el Khuntia le avisa la hora en que empieza la adoracion. Para tanta gente y tan grandes dios son indispensables sacerdotes cocineros; se cuentan cuatrocientas familias de esta clase. Era preciso tambien sacerdotisas bailarinas, hay unas ciento veinte; llega pues el número total de sacerdotes de Jogonnath á unos tres mil.

Se pueden dividir los sacerdotes de Jogonnath en dos clases: en sacerdotes sedentarios y viajeros. Los primeros viven en Puri y jamás salen de allí; los segundos, llamados Paudas, van á reanimar el celo de las poblaciones indias, y enviaban á cada fiesta millares de adoradores; célebres por la naturaleza de sus funciones, han dado su nombre á sus compañeros, y los peregrinos solo conocen á los sacerdotes, sean sus funciones las que quieran, bajo el nombre de Paudas.

Este ejército con templo é idolo ha sido puesto por el gobierno inglés bajo la inmediata vigilancia del bajá de Khurdan. Este príncipe es el dueño absoluto de todo aquello, y el terror de los sacerdotes.

Los sacerdotes tienen mil industrias que les proporcionan considerables sumas; hay una que por sí sola bastaría para enriquecerlos; es el comercio de la comida sagrada, preparada por los sacerdotes cocineros; y presentada al idolo que la santifica, es vendida despues como santa á la muchedumbre que creería un crimen el comer otra cosa en Puri, que lo que ha sido vendido por el idolo. Pero mas de cien mil peregrinos toman parte en el banquete, y lo que los sacerdotes compran por dos aunas (una octava parte de rupia), lo venden por una rupia.

Cada año se celebran doce fiestas en Puri, las cuatro primeras son: el *Dol*, el *Chorndon*, el *Suan* y el *Roth Jatra*.

En el *Suan Jatra*, los sacerdotes para purificar á los dioses de las manchas que puedan haber adquirido por el contacto y mirada de tantos miles de pecadores, los colocan en un alto terrado, y los aspergean á vista de la multitud; y en el *Roth Jatra* ó fiesta de los carros, salen los dioses del templo, suben sobre los carros, y van á pasar algunos días al templo de Gondicha, que está á dos millas de distancia, al extremo Norte de Bow Dando.

El *Both Jatra* empieza el segundo día del mes bengalés de Asar, en la época en que es mayor el calor á la entrada de la estación de las lluvias.

Entonces aparecen tres carros, cuyas colosales dimensiones reclaman respeto de la multitud; estos son los carros cuya reputacion se extiende mas allá de los mares, y cuyas ruedas han aplastado á tantos fanáticos. Adornados con unos paños con rayas encarnadas, verdes y amarillas, parecen de lejos de una magnificencia sin igual, y hieren la imaginacion de los pueblos; pero de cerca no son mas que masas estravagantes, miserablemente adornadas.

El carro de Jogonnath tiene cuarenta y cinco pies de alto y rueda sobre diez y seis pesadas ruedas de siete pies de diámetro; sobre la plataforma en que acaba se coloca la divinidad. Los otros dos carros no difieren mas que en la forma, pero son un poco mas bajos. Así como el primero están rodeados de una galería de ocho pies de anchura, que recorren los sacerdotes delirantes, que provocan por sus gestos violentos ó por sus arengas el entusiasmo de la multitud, y reciben las ofrendas que les echan de todos lados.

En el día señalado, despues de las oraciones y diversas ceremonias,

(1) Piedra sagrada.

se hacen salir á los dioses del templo de una manera poco adecuada á su pretendida dignidad. El idolo hermano es llevado á fuerza de brazo; pero Jogonnath y su hermano aparecen en la puerta de los leones con cordeles al cuello. En tanto que unos sacerdotes tiran de estas cuerdas, otros procuran poner derechas á las divindades, ó los empujan de una manera tan impropia y con gestos tan cómicos, que se diría que su único objeto es divertirse y divertir á los espectadores.

Despues de esta aventura, llegan los dioses á los carros. Entonces nuevos trabajos; los carros son altos y es preciso subirlos; hay una especie de puentes que bajan desde lo alto de los carros hasta el suelo, y facilitan la ascension de las divindades; tiran de ellas, las empujan, y suben por fin á su trono.

Entonces se deja oír un clamoreo atronador, el delirio de la muchedumbre llega á su colmo, todos pueden ver y saludar á los dioses; ¿y qué son estos dioses? Troncos de seis pies de altura, Jogonnath el de los grandes ojos, nariz puntiaguda, cuerpo informe; Jogonnath el jorobado en una palabra. Su hermano es tan horrible como él, y su hermana, verdadero monstruo, cuya estremidad apenas ofrece algunos rasgos de semejanza con una cabeza humana.

Puestos ya en los carros, ponen á Jogonnath pies, manos y orejas de oro, y despues, con los gestos mas ceremoniosos, le ciñen una faja de color de grana. Entonces recibe los homenajes del rajá, que rodeado de toda su pompa, y armado de un magnífico talisman, llena con orgullo las funciones de Chondal ó sacerdote del dios. En seguida corren vandas numerosas de aldeanos llamados Kolabetias, que deben ayudar á los habitantes de Puri á llevar á los dioses. Además del honor que este acto les reporta, queda exenta de impuestos una parte de sus tierras. Estos Kolaberias vivaquean al rededor de los carros, y al dar la señal convenida se precipitan sobre los enormes cables que están atados á ellos, y arrastran con su ejemplo á la muchedumbre, y bien pronto las pesadas máquinas hacen temblar la tierra bajo su peso.

La frenética alegría que se manifiesta en todos los rostros, el aspecto de las caras, templos, árboles y calles donde hormiguea la entusiasta muchedumbre, el ruido de mil tamtams, el chirrido de los carros, los gritos de *Flori Bord* que se elevan incesantemente en medio del trueno continuado de la fiesta; el rajá, su deslumbrador aparato, sus sombrillas sagradas, sus anchos abanicos, su imponente guardia; los diez elefantes del idolo con retumbantes campanillas y mantillas de grana entrelazada con pagitas de oro; los Paudas con sus gestos, aullando y cantando en la galería de los carros; el peso pesado y uniforme de una muchedumbre que se va haciendo paso entre otra multitud; toda esta pompa y todas estas miserias, el conjunto, en fin, de tan estraña escena, lastima el alma y hace una impresion que no es fácil describir.

La rapidez de los carros varia segun el estado de las calles: tardan por lo regular tres ó cuatro días en llegar al templo del Gondicha. Allí descansan algunos días los dioses, despues vuelven á sus tronos móviles, y regresan á sus dominios. Hé aquí toda la fiesta del Roth.

Los adoradores que reúne Puri pertenecen á todas las tribus de la India; allí se ven siaks (1), maharathas (2), indostanes, telingas (3), malabones (4), oritias, y sobre todo bengaleses.

Las mujeres componen por lo menos las dos terceras partes de la asamblea. Estas desdichadas, viudas en la mayor parte, se contentan con escapar á la esclavitud que pesa sobre ellas en la familia de sus difuntos maridos; y estas familias, es preciso decirlo, son bastante bárbaras para animarlas á emprender una peregrinacion de que se espera que no han de volver. ¿Cómo resistir entonces á las magníficas promesas que vienen á hacerles los viajeros sacerdotes, y no dejarse deslumbrar por las invitaciones que les hacen para contemplar tantas maravillas? Segun ellos, los peregrinos que tiran del carro de Jogonnath no son mas que una simple guardia de honor. Este carro rueda por sí solo impelido de una fuerza interior, emanada del mismo Jogonnath. El dios devora todos los días mil libras de alimento; tiene sobre el hogar de su cocina nueve grandes vasos, uno sobre otro, y ¡cosa admirable! aunque el calor es tan estraordinario, solo en el último se cuece la comida; la que hay en los ocho restantes queda cruda. No hay sombra en el templo, y no se oye el ruido del mar aunque resuena en el pórtico, etc., etc.

El número de peregrinos varia todos los años; se cuentan desde ochenta mil á doscientos mil y mas.

En 1849 ningún peregrino se echó bajo las ruedas de los carros;

(1) Nación del Payub, célebre por las sangrientas batallas que ha dado á los ingleses.

(2) Los maharathas, en la superficie del Decan, guerreros entusiastas é intrepidos, antes temidos en toda la India y aun por los ingleses. Su imperio no se destruyó definitivamente hasta 1848.

(3) Los telingas ocupan el centro oriental de la costa del Decan.

(4) Pueblo mercantil y navegante en la costa occidental del Decan.

el fanatismo de la antigua edad va desapareciendo; y desdichados los sacerdotes si tratasen de reanimarlo. El gobierno inglés les ha hecho responsables de la sangre que se derrama. Pero hay otro sacrificio que se renueva impunemente todos los años; el de millares de hombres que vienen á perecer en las calles y plazas de la ciudad santa; este número infinito de almas inmortales que envilece un culto degenerado.

LOS BAÑOS MINERALES DE EMS.

Las termas de Ems pertenecen á los baños minerales mas antiguos de Alemania, y fueron ya conocidas por los romanos en la antigüedad mas remota. Las legiones romanas de Augusto y Tiberio tenían ocupadas las alturas del Taenus, y dedicaban su cuidado y atención á las fuentes termales de Ems. Muchos monumentos del tiempo de los romanos nos prueban hasta la evidencia que Ems habia gozado ya entonces de gran estimación é importancia, pues Ems es una fuente abundante de antigüedades romanas. Despues de la caída del imperio romano desaparecen por mucho tiempo todas las noticias sobre esta ciudad y sus manantiales, y no antes que en el siglo XII llegó á entrar bajo el dominio del conde de Nassau, dando el arzobispo de Colonia en 1535 al conde Juan de Nassau el pueblo de Eimetz con sus baños calientes en feudo. Mas tarde se presentaron como co-posedores de Ems los poderosos condes de Katzenelnbogen. Despues de la estincion de esta casa cae su parte en posesion á las landgraves de Hesse, que quedaron hasta 1803 en comun posesion de Ems con la casa de Nassau-Orange, en cuya época y á consecuencia del convenio de Ratisbona pasó Ems en esclusiva posesion de la linea de Nassau.

Hesse y Nassau-Orange habian hecho ya mucho por Ems en el siglo pasado: sin embargo, los magníficos establecimientos que han elevado á este pueblo á uno de los principales baños de Europa, deben su creacion únicamente á aquel tiempo en que Nassau, siendo único poseedor suyo, pudo empezar y concluir sin trabas la obra de su embellecimiento. En los últimos tiempos se han empleado considerables cantidades para quitar lo antiguo, fundar, ensanchar y hermosear lo nuevo.

Por cualquiera parte que sea que uno se aproxime á estos célebres baños, subiendo ó bajando el Lahn, se abre una magnífica perspectiva sobre el valle encantador del rio y sobre el alegre pueblo de Ems, que se apoya pacíficamente contra el pie de las altas montañas que lo rodean. Con alegría recorre la vista el ameno escenario de este paisaje, que justamente en esta parte ha adornado la naturaleza con los encantos mas variados. Casas de baños y fondas semejantes á palacios, alegres jardines, alamedas y grupos de árboles umbrosos adornan agradablemente las diferentes localidades. Los alrededores encantadores de Ems ofrecen una abundante materia para pasar semanas enteras una verdadera vida idílica. En todas partes se han establecido cómodos alojamientos, y aun las exigencias mas exageradas de bienestar confortable y comodidad suntuosa se hallan completamente satisfechas. En ningún concepto Ems se ha dejado arrebatrar la palma ni aun por los mas célebres baños de Europa, y permanecerá en la altura de su florecimiento, mientras la ciencia anuncie el poder hechicero de sus manantiales.

Al lado de los muchos edificios nuevamente construidos, en su mayor parte por particulares, se eleva orgulloso el salón de sociedad ó descanso levantado hace pocos años. A sus agradables proporciones exteriores corresponde un rico adorno interior. La gran sala de baile con sus columnas y pilastras de mármol rojizo, sus pinturas al fresco y sus espejos gigantescos ofrece un aspecto imponente, sobre todo de noche, cuando al brillo de una magnífica iluminación se reúnen los variados grupos de la sociedad para conversar ó pasar el tiempo alrededor del tapete verde. El pasaje abovedado que une la sala de sociedad á la casa de baños, es una obra completa del arte y de la técnica, y constituye un sitio sumamente animado; pues siendo al mismo tiempo un bazar, contiene todo lo que la industria puede ofrecer á la necesidad y al lujo.

El número de los manantiales en Ems pasa de veinte; pero en la casa de baños y sus inmediaciones solo son quince los que brotan de las hendeduras de los peñascos. Al lado opuesto se ha encontrado el nuevo manantial sumamente abundante, que tiene una temperatura de 58° Reaumur, la fuente del Caldero 37°, la del Príncipe 28° y la del Kráhnchen 25°. El agua es límpida y clara, su sabor algo salado ó alcalino, pero agradable. Al lavarse ó bañarse obra de un modo sumamente agradable sobre los nervios tangibles de la piel. Mientras que la primera de las fuentes citadas solo sirva para bañarse, se aprovechan las últimas tres principalmente para beber. En casi todas las aguas termales de Ems han arrojado de sí los ensayos científicos los resultados de

que todas concuerdan esencialmente en sus principales partes de composición, y que únicamente en el contenido del libre ácido carbónico y en las proporciones de su temperatura, es en lo que difieren un tanto. El elemento principal de que se componen es el bi-carbonato de sosa, y discrepa muy poco, pues contiene en 10 onzas cerca de 14-16 granos, mientras la suma de todas las sólidas partes integrantes es de 26-27 granos.

El arreglo actual de los baños no deja nada que desear; el mueblaje y ajuar de los baños corresponde á las exigencias actuales mas elevadas, á fin de que el establecimiento asegure tambien para el porvenir la fama adquirida ya desde mucho tiempo há. Las bañeras se hallan en la casa de baños, en la casa maestra, en la columnata nueva cerca de las cuatro torres, y en la nueva casa de baños al otro lado de Lahn. En todo hay ciento cuarenta y ocho bañeras, de modo que seiscientas ó mas personas pueden bañarse diariamente. El orden mas conveniente y puntual reina en todas partes.

Dos veces al día se reúnen todos los visitantes de Ems en el bonito jardín que se extiende desde la casa de baños hasta el salón de recreo; bellas señoras, elegantemente vestidas de casi todas las naciones dan á este cuadro animado que aqui se presenta, un carácter sumamente interesante. Una banda de música toca con maestría las piezas mas escogidas, mientras que el mundo fashionable se pasea debajo de umbrosos árboles y entre los cuadros de flores que hermosas brillan á veces con un esplendor inusitado. ¡Qué deleite! Cuando despues de un día caloroso de verano estiende la tarde sus sombras sobre el valle, los últimos rayos del moribundo sol doran las cúspides de las inmediatas montañas y sus peñascos llenos de musgo y rodeados de un vapor purpúreo brillan elevados sobre el oscuro verde de los bosques. ¡Qué impresiones para un alma sensible! Por un lado príncipes, princesas y el mundo elegante de casi todas las partes de Europa, y por otra la serena y silenciosa naturaleza en toda la magnitud de su esplendor.

Si ya hemos mencionado al hablar de los alrededores mas cercanos de Ems, el que los sacrificios hechos para atraer la concurrencia se han visto recompensados con abundancia, no podemos menos de conceder gustosos esta ventaja igualmente á los sitios algo mas apartados. Nassau, con sus ruinas de Nassau y Stein, Brambach, Lahnstein, Stolzenfels, Coblenza, Ehrenbreitstein, Engers, Sain y Neuwied forman una serie de puntos de excursiones, cuyos principales encantos no nos permiten los límites de este reducido artículo esplanar.

Los efectos de los baños de Ems son muy grandes, aunque diferentes. Obran despacio, pero profundamente, sobre el organismo, sin escitarlo, pues penetran en los jugos del mismo y lo cambia de un modo químico y dinámico. La suave terma que se introduce casi furtivamente en todo el organismo (pues estas son las palabras de eterna verdad del ponderado Diel, á quien nadie ha dejado de citar al decir algo de Ems), es la sosegada amiga de la vida vegetativa, de la fuerza plástica y penetrando en las membranas mas finas y mezclándose del modo mas íntimo con toda la masa de los humores, es claro que estas aguas tan sustanciosas deben variar la forma de vida en la anatomía patológica de la sangre. Las aguas de Ems son un remedio de suave pero radical efecto, que ha ejercido frecuentemente un influjo salutar en las enfermedades de las membranas mucosas (en todos los catarros crónicos) de los vasos y las glándulas linfáticas, de las escrófulas y sus formas múltiples en las afecciones de los riñones, del bazo, del hígado, de la piel, etc.; no hablando de su ventajosa y conocida aplicación contra las enfermedades crónicas del pecho, á lo cual debe Ems su principal fama. Con respecto á la curación de varias enfermedades del pecho, es Ems único en su clase: muchos enfermos que padecían de una ronquera continuada, de catarros inveterados, de una bronquitis crónica del asma, etc., han sido curados aqui. En particular recomendamos aun su gran efecto contra la gota y el reumatismo, contra acedia del estómago, dispensa é inclinación á las afecciones interiticas. En este concepto es Ems el Caribab en sentido mas suave.

Para el conveniente uso de los baños, que debe dirigir un entendido y cuidadoso médico, siempre que se quiere lograr un resultado deseado, es menester guardar la correspondiente dieta, observar un rígido método de vida, y continuar por largo tiempo el uso de las aguas. El enfermo debe evitar cuidadosamente las escitaciones de Vénus, las emociones morales y los excesos dietéticos á fin de que no se interrumpa el efecto de la curación, el baile, juego, los goces de la mesa, las pasiones echan frecuentemente á perder lo que las aguas habian remediado. En su lugar podrán indemnizarse con excursiones en el país, con ejercicios corporales, cambios de aire y de residencia, nuevos conocimientos, el goce de nuestras hermosas tardes, descanso de trabajos penosos, el dulce *farniente*, el destierro de cuidados domésticos etc., todo lo cual contribuye de seguro al logro de la salud.

Ems es muy frecuentado. Mientras que en los años de 1520-1830 el número de los enfermos era solo de mil doscientos, subió en los de 1830 en adelante ya á tres mil, alcanzó el de cuatro mil en 1840, y

en 1832 llegaron á cinco mil los forasteros que buscaron la salud en sus manantiales. Se vé por lo tanto que Ems obtiene cada vez mas aceptación. Pero también el gobierno por su parte contribuye en todo lo posible para hacer á los forasteros su estancia tan agradable como útil. Así es que se quitaron los antiguos baños que no correspondían á toda la comodidad que ahora se exige, y se levantó una nueva y grandiosa casa de baños que hace poco ha sido abierta al público; así es que se levantó un puente de hierro sobre el Lahn, que se ensancha el salón de bebida en el Krahnchen y se construyó una presa en el Lahn para elevar á mas altura el nivel del agua, lo que se hace por consideraciones higiénicas á fin de proporcionar á nuestro pueblo, ya muy sano, aun mas salubridad. Asimismo se aumentó en uno el número de los médicos que habia hasta ahora, componiendo por consiguiente el de cinco, no bastando los cuatro que habia á causa del aumento de extranjeros que habia tenido Ems en los últimos años.

En vista, pues, de un estímulo tan activo de todas partes, no es de extrañar que Ems entrase en el período de su mayor brillo y estendiera su fama hasta los países mas remotos.

LA MANO ROJA,

POR NATHANIEL HAWTHORNE.

En la segunda mitad del siglo pasado vivía un sabio muy entendido en todos los ramos de la física. Poco antes de la época en que comienza nuestra historia habia sentido la influencia de una alitud moral, mas poderosa que todas las afinidades químicas. Es decir, que habia abandonado su laboratorio al cuidado de un ayudante, borrado de su bella fisonomía todas las señales del fumo de su hornillo, lavado las manchas que los ácidos habian impreso en sus manos y persuadido á una encantadora jóven á casarse con él.

En aquellos tiempos en que el descubrimiento comparativamente reciente de la electricidad y otros misterios de la naturaleza, análogos á este, parecia que abrian el camino de una region llena de milagros, no era extraño que el amor de la ciencia rivalizase en intensidad y energía absorbente con el amor de la mujer. El entendimiento, la imaginación, el corazón mismo encontraban un alimento simpático en investigaciones que, según lo creían algunos de los que se dedicaban á ellas, debían hacerlos subir, uno tras otro, todos los escalones que conducen al poder, y darles por fin el secreto de la fuerza creadora, hasta tal punto, que todo físico podría crearse para sí mismo nuevos mundos.

No sabemos si Aylmer poseía tal grado de fé en el próximo imperio del hombre sobre toda la naturaleza; pero sea como quiera, se habia consagrado muy sinceramente al estudio de las ciencias, para que ninguna otra pasión pudiera apartarlo de ellas para siempre. Podría acontecer, sin duda, que el amor de su mujer fuera el mas fuerte; pero era preciso para esto que se confundiera en cierta manera con su amor á la ciencia, y sacase de este último fuerzas que lo fortificasen.

Efectuóse, pues, esta union, acompañada de consecuencias notables, propias para causar una profunda impresion. Poco tiempo después de su matrimonio, Aylmer estaba un día sentado junto á su mujer. Su turbación era cada vez mayor, y vióse por fin obligado á hablar.

—Georgiana, dijo él, ¿no os ha ocurrido jamás la idea de que podría hacerse desaparecer esa señal que teneis en la mejilla?

—No, ciertamente, respondió ella sonriéndose; pero observando su aire inquieto y preocupado, un color encendido le cubrió el rostro, y añadió:

—A decir verdad, tantas veces la han llamado una belleza, que hasta ahora he sido bastante simple para creerlo.

—En cualquiera otra fisonomía tal vez, pero no en la vuestra. No, querida Georgiana; vos habeis salido tan hermosa de las manos de la naturaleza, que ese defecto tan leve (no sabemos todavía si se debe llamar defecto ó belleza) me choca, porque es la señal visible de la imperfección terrestre.

—¿Qué os choca, decís? replicó Georgiana profundamente ofendida. Ruborizóse en seguida de despecho, y después, prorumpiendo en llanto, continuó:

—¿Por qué, pues, haberme arrancado de los brazos de mi madre? Vos no podeis amar lo que os choca.

Para explicar esta conversacion necesitamos decir que Georgiana tenia una señal particular en medio de la mejilla izquierda. Cuando no alteraba ninguna emoción la tez sonrosada de su rostro, la señal de un matiz un poco mas oscuro, se confundía casi con el color que la circundaba. Cuando Georgiana se encendía, aun era mas difícil el percibirla, y concluía por desaparecer en medio del tinte de sangre que venia á colorar sus facciones. Pero cuando algun movimiento de sorpresa ó embarazo la hacia palidecer, la señal reaparecia, mancha roja

sobre la nieve, y Aylmer sentia entonces una impresion casi de espanto. Su forma era la de una mano, pero una mano de la especie mas pequeña de pigmeo. Los adoradores de Georgiana decían que una hada habia tocado con su mano diminuta la mejilla de la criatura el día que nació, y que la señal habia quedado como un testimonio de los dones mágicos que habrían de asegurarle el imperio de todos los corazones. Muchos mozaletes desahuciados hubieran arriesgado su vida por lograr el privilegio de oprimir con sus labios esta mano misteriosa. Pero no debemos ocultar, sin embargo, que la impresion producida por esta señal de hada variaba extraordinariamente según el carácter de los que la veían. Ciertas personas descontentadizas,—pero todas del sexo de Georgiana,—sostenían que la sangrienta mano, como se complacían en llamarla, destruía completamente el efecto de su belleza, y aun hacia horrible su fisonomía. Pero tan razonable sería decir que una de las pequeñas betas azuladas, que se encuentran á veces en el mármol mas blanco, convertían la Eva de Powers en un monstruo. En cuanto á los observadores del otro sexo; si la señal de nacimiento no aumentaba su admiración se contentaban con desear que desapareciese, á fin de que el mundo poseyera un modelo vivo de la belleza perfecta sin la sombra de un defecto. Después de su matrimonio,—porque antes no se habia ocupado de ello,—Aylmer reconoció que formaba parte de esta categoría.

Si Georgiana hubiera sido menos hermosa, si el demonio de la envidia hubiera hallado otra cosa que criticar la gracia de esta mano en miniatura, tan pronto dibujada confusamente, tan pronto borrada para reaparecer con mayor viveza, según las diversas emociones que hacían palpitar su corazón, hubiera contribuido á aumentar el amor de Aylmer. Pero viendo á su mujer tan perfecta, este defecto único le era de día en día mucho mas insoportable. Aquella era la marca fatal de la humanidad, que la naturaleza graba de una manera indeleble bajo una ú otra forma sobre todas sus producciones, para indicar que todas son temporales y finitas ó que su perfección debe obtenerse con el trabajo y el sufrimiento.

La mano roja era el emblema del inevitable abrazo que da la muerte á las mas nobles y mas hermosas criaturas de la tierra, para rebajarlas al nivel de las infimas, al nivel del mismo bruto; todos los cuerpos vuelven al polvo de donde salieron. Reconociendo en esta señal el símbolo de la esclavitud de su mujer al pecado, á la pena, á la decadencia y á la muerte, la sombría imaginación de Aylmer no tardó en considerar aquella mano pequeña como un objeto terrible, que le causaba mas tormentos y horror que le habian causado placer la belleza espiritual y corporal de Georgiana.

En aquellos momentos que debían de ser los mas dulces, sin quererlo, y á despecho de sus propósitos firmes, recaía siempre en tan desagradable asunto. Por indiferente que le pareciera esto al principio, aquella mano se ligó de tal modo con una multitud de ideas, que concluyó muy pronto por ser el punto céntrico de todas ellas. Desde el crepúsculo de la mañana, Aylmer, al abrir los ojos, reconocía en la figura de su mujer el símbolo de la imperfección; y cuando estaban sentados por la noche junto á la lumbre, sus miradas se dirigían furtivamente á la mejilla de Georgiana, y apercibía en ella, vacilante como la llama de la leña que ardia, la terrible mano que escribía muerte en las facciones de aquella á quien él hubiera casi adorado. Georgiana aprendió muy luego á temblar bajo el influjo de estas miradas. Una ojeadita era bastante, con la espresión que la figura de su marido tenia con frecuencia, para cambiar las rosas de sus mejillas en una palidez mortal, en medio de la cual la mano roja se destacaba netamente como un bajo relieve de rubies sobre el mármol mas blanco.

Una noche, tan tarde ya que la claridad de la lámpara se habia debilitado hasta el punto de hacer visible apenas la señal de la mejilla de la pobre mujer, ella misma abordó por la vez primera y voluntariamente este asunto.

—¿Recordais, mi querido Aylmer, dijo, procurando sonreírse, recordais lo que habeis soñado la noche pasada acerca de esta odiosa mano?

—¡No, no, absolutamente nada! respondió Aylmer estremeciéndose. Y en seguida añadió con tono seco y glacial, para ocultar su profunda emoción:

Pero es muy posible que haya soñado con ella, porque esa marca me ha preocupado vivamente antes de dormirme...

—Si, habeis soñado con ella, continuó Georgiana con precipitación, temiendo que las lágrimas vinieran á interrumpir lo que quería decir. ¡Era un sueño terrible! Me admira que hayais podido olvidarlo. ¿Es posible olvidar estas palabras? *Llega hasta el corazón... y sin embargo, es preciso estirparla!*

Reflexionad, amigo mio; yo quería que recordáseis este sueño. Muy malo está el espíritu cuando el sueño no puede retener sus fantasmas en la region oscura de su imperio, y los deja huir para turbar nuestra vida con secretos que pertenecen quizás á otra existencia.

Aylmer recordó su sueño. Se había imaginado que con su ayudante Aminadab ensayaba una operación para arrancar la marca de nacimiento. Pero cuanto más penetraba el escalpelo, más se hundía la mano fatal, hasta que por último apareció grabada en el corazón de Georgiana, de donde el inexorable marido estaba; á pesar de todo, resuelto á estirparla.

Cuando este sueño se reprodujo en su memoria con todos sus detalles, Aylmer permaneció sentado en presencia de su mujer con la confusión de un culpable. La verdad se envuelve muchas veces en el manto del sueño para llegar á nuestro espíritu, y entonces nos habla con implacable claridad de cosas, sobre las cuales erramos sin saberlo cuando estamos despiertos. Hasta entonces no había conocido la influencia tiránica que ejercía esta idea en su imaginación, y del largo camino que tenía que andar para volver á encontrar la tranquilidad perdida.



(Aventuras de un loco coronado.)

—Aylmer, dijo Georgiana con tono solemne, no sé lo que puede costarnos el borrar este signo fatal. Tal vez una deformidad incurable será el resultado de vuestras tentativas, tal vez esta marca está ligada íntimamente á mi existencia. Por la última vez, ¿conocéis algún medio para hacer desaparecer á cualquier precio esta mano pequeña que, por decirlo así, se ha apoderado de mí antes de nacer.

—Querida Georgiana, mucho tiempo he meditado sobre este asunto interrumpido con precipitación Aylmer, y estoy convencido de la posibilidad de hacerla desaparecer.

—Si existe esa posibilidad, ensayad, cualquiera que sea el riesgo que yo pueda correr. El peligro no me amedrenta, porque la vida, —mientras que este signo odioso me haga aparecer á vuestros ojos como un objeto de disgusto y horror,— la vida es para mí carga insostenible, y con alegría me libraré de ella. Quitadme esa mano terrible ó quitadme esta vida desgraciada. Sois un gran sabio; el mundo entero ha sido testigo de las maravillas que habéis hecho. ¿No podéis arrancar esta mano pequeña que bastan á ocultar las estrecheces de dos dedos? ¿No está en vuestro poder el asegurar de ese modo vuestra propia tranquilidad y el salvar á vuestra mujer de la locura.

—¡Noble, querida y tierna amiga mía! exclamó Aylmer lleno de gozo. No dudeis de mi poder. Ya he consagrado á este asunto mi más seria atención, atención que hubiera bastado casi para crear un ser

menos perfecto que vos. Georgiana, vos me habéis hecho penetrar más profundamente en el corazón de la ciencia. Me siento con toda seguridad capaz de hacer esa querida mejilla tan perfecta como su compañera, y entonces, ¡cuál será mi triunfo cuando haya corregido la imperfección que la naturaleza había dejado en su obra más hermosa! Pígalion mismo, al animarse su estatua, no sintió transportes más grandes que los que sentiré yo en tal momento.

—En ese caso, está decidido, dijo Georgiana con débil sonrisa. Y no me tengáis compasión, Aylmer, aun cuando veáis que la marca se refugia en mi corazón.

Su marido la besó afectuosamente la mejilla... la mejilla derecha... no aquella que llevaba el sello de la mano roja.

Al día siguiente Aylmer dió parte á su mujer de un plan que había concebido y que le permitía consagrar todo su tiempo y atención á operación tan interesante, mientras que Georgiana gozaría del reposo indispensable para el buen éxito. Debían retirarse á las habitaciones que habían servido de laboratorio á Aylmer, y en las que durante su laboriosa juventud, había hecho descubrimientos que habían escitado la admiración de todas las sociedades científicas de Europa. En el silencio y tranquilidad de este laboratorio había estudiado el pálido físico, los secretos de las más elevadas regiones de las nubes, y de las minas más profundas; allí se había cerciorado de las causas que encienden y alimentan los volcanes; allí había sondeado los misterios de las fuentes y manantiales, y averiguado por qué las unas brotan del seno negro de la tierra tan brillantes y tan puras, al paso que vienen otras tan cargadas de ricas cualidades medicinales. Allí también, en época más antigua, había estudiado las maravillas del cuerpo humano, intentando explicar de qué modo se asimila la naturaleza á todas las preciosas influencias del aire y de la tierra y el mundo espiritual, para criar y desarrollar al hombre, su obra maestra.

Sin embargo, mucho tiempo hacía que Aylmer había abandonado esta última investigación, reconociendo involuntariamente esta verdad, contra la que vienen á estrellarse mas pronto ó mas tarde todos los curiosos, á saber, que nuestra madre, la gran creatriz, á pesar de entretenernos, fingiendo trabajar á la luz del día, no deja de guardar con mucho cuidado sus secretos, no señalándonos, á pesar de su fingida franqueza, mas que los resultados. Es verdad que nos permite destruir, pero raras veces, reparar, y nunca hacer, celosa como si fuera un inventor con privilegio. Esto no obstante, Aylmer emprendió nuevamente sus investigaciones, ya casi olvidadas, no ya con la esperanza que había concebido antes, sino porque encerraban muchas verdades fisiológicas, y porque se encontraban en la dirección que él debía seguir para la operación de Georgiana.

Georgiana tembló al atravesar los umbrales del laboratorio. Aylmer la miró con ojos alegres para tranquilizarla, pero se asustó tanto al ver cómo brillaba el signo de nacimiento sobre sus pálidas mejillas, que no pudo reprimir un estremecimiento convulsivo. Su mujer se desmayó.

—¡Aminadab! ¡Aminadab! gritó Aylmer golpeando violentamente el suelo con los pies.

Al punto apareció un hombre de estatura pequeña, pero de formas vigorosas, con una cabellera larga y áspera que servía de marco á sus facciones emnegrecidas por el humo del hornillo. Este personaje había servido de ayudante á Aylmer durante toda su carrera científica. Su prontitud maquina y la habilidad con que ejecutaba todos los detalles prácticos de la experiencia de su maestro, sin comprender un solo principio, hacían de él el más útil instrumento. Con su fuerza herética, su desordenada cabellera, su cara ahumada y el carácter indeciblemente material que lo cubría como con una corteza, representaba la naturaleza física del hombre, mientras que la talla esbelta de Aylmer, su rostro pálido y lleno de inteligencia, ofrecían un tipo menos perfecto de su elemento espiritual.

—Abrid la puerta del gabinete, Aminadab, dijo Aylmer, y quemad una pastilla.

—Sí, señor, respondió Aminadab, mirando atentamente el cuerpo inanimado de Georgiana, y después dijo entre dientes:

—Si fuera mi mujer, no procuraría yo borrar esa señal.

Al recobrar Georgiana el conocimiento, sintió un perfume penetrante, cuya dulce influencia la había hecho volver en sí. La escena que tenía ante sus ojos le pareció una mansión encantada. Aylmer había convertido los cuartos sombríos y ahumados, en que había pasado sus mejores años buscando las causas ocultas, en una habitación digna de aposentar á una mujer hermosa. Las paredes estaban cubiertas con telas magníficas, que comunicaban al gabinete el aire de grandeza y elegancia que no puede dar ningún otro adorno; y al caer desde alto abajo, los anchos pliegues de aquellos pesados tapices, ocultando los ángulos y las líneas rectas, parecía que ocultaban un espacio cogido en el seno de lo infinito. Georgiana podía imaginar que se hallaba en un pabellón en medio de las nubes. Aylmer, al deterrar los rayos del sol, que hubieran estorbado sus operaciones químicas, los había reem-

plazado con lámparas perfumadas, que producían llamas de diversos colores, refundiéndose todas en una dulce claridad de púrpura. En aquel momento estaba de rodillas junto á su mujer, contemplándola con interés, pero sin alarma, porque confiaba en su saber, y se sentía capaz de trazar al rededor de ella un círculo mágico, que ningún mal pudiera penetrar.

—¿Dónde estoy?... ¡Ah! ¡ya me acuerdo! dijo Georgiana con voz débil y trémula. Y al mismo tiempo llevó la mano á su mejilla para ocultar á los ojos de su marido el signo terrible.

—¡No temáis nada, amiga mía! contesto él. No tembleis en mi presencia. Creedme, Georgiana, estoy contento con esta única imperfección, porque me ocasionará la dicha de hacerla desaparecer.

¡Oh, perdon, perdon! repuso tristemente su mujer. Os lo suplico, no volvais á mirar este signo. No puedo olvidar ese estretemecimiento de disgusto.

Para calmar á Georgiana, y para aliviar, hasta cierto punto, su imaginación del peso de las cosas actuales, Aylmer le enseñó algunos secretos entrenidos que había descubierto en el camino de la ciencia. Imágenes aéreas, ideas absolutamente privadas de cuerpo, formas de insustancial belleza vinieron á danzar ante ella, y las huellas de sus pasos ligeros parecía que se imprimían por un momento en los rayos de luz. Aunque tuviese una idea vaga del modo como se producían esos fenómenos de óptica, sin embargo, la ilusión era casi bastante perfecta para justificar su creencia en el poder que ejercía su marido en el mundo espiritual. Luego, cuando deseó ver lo que pasaba fuera de allí, al punto, respondiendo á su pensamiento, la procesion de la vida exterior desfiló ante su vista en un bastidor. La escena y los personajes estaban perfectamente representados, pero con la diferencia seductora é inesplicable que hace siempre una sombra, una imagen, un cuadro, mas atractivos que el original. Cuando Georgiana se cansó del espectáculo, Aylmer la rogó que mirase una vasija llena de tierra. Ella obedeció, al principio sin interés, pero muy pronto se vió agradablemente sorprendida viendo romper la tierra á un germen de planta; en seguida se levantó un tallo débil... las hojas se desplegaron gradualmente... y en medio de ellas aparecía una fresca y preciosa flor.

LA CORNETA DE LLAVES

(Conclusion.)

• VI.

Luego soñé que estaba tendido en una camilla, en mi prision. No veía. Llévame la mano á los ojos para quitarme la venda, y me toqué los ojos abiertos, dilatados.

Era que la prision se hallaba llena de tinieblas.

Oí un doble... y temblé.

Era el toque de ánimas.

—Son las nueve... pensé; pero de qué día?

Una sombra, mas oscura que el tenebroso aire de la prision, se inclinó sobre mí.

Parecía un hombre.

Y los demás? Y los otros veinte?

Todos habian muerto fusilados.

Y yo?

Yo vivía, ó deliraba, dentro del sepulcro.

Mis lábios murmuraron maquinalmente un nombre, el nombre de siempre, mi pesadilla....

—Ramon....

—Qué quieres? me respondió la sombra que habia á mi lado.

Me estremecí.

—Dios mío! exclamé, estoy en el otro mundo?

—No, dijo la misma voz.

—Ramon, vives?

—Si.

—Y yo?

—Tambien.

—Dónde estoy? Es esta la ermita de San Nicolás? No estoy prisionero? Lo he soñado todo?

—No, Basilio; no has soñado nada. Escucha.

VII.

—Ayer maté al coronel en la batalla.... Estoy vengado!... Despues me cegó el furor, y maté... maté... hasta despues de anohecido....

hasta que no habia un cristiano en el campo.... Estaba muy cansado cuando salió la luna y me acordé de tí. Entonces enderecé mis pasos á la ermita de San Nicolás con intencion de esperarte.

Eran las diez de la noche: la cita era á la una; la noche antes no habia pegado los ojos.... Me dormí.

Al dar la una, lancé un grito y desperté.

Soñaba que habias muerto.

Miré á mi alrededor y me encontré solo.

Y tú?

Dieron las dos... las tres... las cuatro... Que noche de angustia!

Tú no parecías.

Sin duda habias muerto....

Muerto! Muerto!

Este pensamiento me desesperaba.

Amaneció.

Entonces dejé la ermita y me dirigí á este pueblo en busca de los facciosos.

Llegué al salir el sol.

Todos creian que yo habria perecido.

Al verme me abrazaron, me colmaron de distinciones y me dijeron que iban á ser fusilados veinte y un prisioneros.

Un presentimiento se levantó en mi alma.

—Será Basilio uno de ellos?

Corrí.

El cuadro estaba formado.

Oí unos tiros....

Habian empezado á fusilar.

Tendí la vista.... pero no veía....

Me cegaba el dolor; me desvanecía el miedo.

Al fin te distingo....

Ibas á morir fusilado!

Faltaban dos victimas para llegar á tí....

Qué hacer?

Me volví loco: di un grito; te cogí entre mis brazos; y con una voz ronca, desgarrada, tremebanda exclamé:

—Este no! este no, mi general!!!

El general, que mandaba el cuadro y que ya me conocia por mi comportamiento de la vispera, me preguntó:

—Pues qué? Es músico!

Aquella palabra fué para mí lo que seria para un viejo ciego de nacimiento ver de pronto el sol de un día de verano.

La luz de la esperanza brilló á mis ojos tan... súbita, tan intensa, tan desbordada, que los cegó.

—Músico! exclamé.... sí.... sí.... mi general; es músico; un gran músico!

Tú entretanto yacias sin conocimiento.

—Qué instrumento toca, preguntó el general.

—El... la... el... sí... justo!... eso es!... la corneta de llaves!

—Hace falta un corneta de llaves? preguntó el general volviéndose á la banda de música.

Cinco segundos, cinco siglos, tardó la contestacion.

—Sí, general, hace falta, respondió el músico mayor.

—Pues sacad á ese hombre de las filas, y que siga la ejecucion al momento, exclamó el jefe faccioso.

Entonces te cogí en mis brazos y te conduje á este calabozo.

VIII.

No bien dejó de hablar Ramon, cuando me levanté y le dije, con lágrimas, con risa, abrazándolo, trémulo, y no sé como:

—Te debo la vida!

—No tanto, respondió Ramon.

—Cómo es eso? exclamé.

—Sabes tocar la corneta?

—No.

—Pues estás fresco.

—En efecto, me quedé frio como una piedra.

—Y música? preguntó Ramon.

—Un poco, muy poco, ya recuerdas lo que nos enseñaron en el colegio.

—Poco es, ó mejor dicho nada. Morirás sin remedio... y yo tambien, por traidor, por falsario. Dentro de quince dias estará organizada la banda de música á que has de pertenecer.

—Quince dias!

—Ni mas ni menos. Y como no tocarás la corneta... porque Dios no hará un milagro, nos fusilarán á los dos sin remedio.

—Fusilarte, exclamé, á tí por mí, por mí, que te debo la vida! Ah! no, repliqué, no lo querrá el cielo. Dentro de quince dias sabré música y tocaré la corneta de llaves.

Ramon se echó á reir.

IX.

Qué mas quereis que os diga, hijos míos?

En quince dias, oh poder de la voluntad! en quince dias con sus quince noches: pues no dormí ni reposé un momento en medio mes, asombráos! en quince dias aprendí á tocar la corneta!

Qué dias aquellos!

Ramon y yo salíamos al campo y nos pasábamos el dia con un músico que venia de un lugar próximo á darme lección.

Escapar! leo en vuestros ojos estas palabras: escapar era imposible; yo era prisionero y me vigilaban; Ramon no queria escapar sin mí.

Y yo no hablaba, yo no pensaba, yo no comia.

Yo estaba loco.

Mi monomania era la música, la corneta.

Queria aprender, y aprendí.

Y si hubiera sido mudo hubiera hablado.

Y paralítico, hubiera andado.

Y ciego, hubiera visto.

Porque queria.

Oh! la voluntad suple por todo.

QUERER ES PODER.

Queria, hé aquí la gran palabra.

Queria... y lo conseguí. Niños, aprended esta gran verdad!

Me salvé, pues, la vida.

Pero me volví loco.

Y loco, mi locura fué el arte.

En tres años no solté la corneta de la mano.

Do-re-mi-fa-sol-la-si; hé aquí mi mundo.

Mi vida consistia en soplar.

Ramon no me abandonaba.

Emigré con él á Francia, y en Francia seguí tocando la corneta.

La corneta era yo: yo cantaba con la corneta en la boca.

Mi demencia era la de *Donnizetti*.

Los hombres, los pueblos, las notabilidades del arte se agrupaban para oírme.

Yo era un pasmo, una maravilla.

La corneta se doblegaba entre mis dedos, se hacia elástica, gemía, lloraba, gritaba, rugía, imitaba al ave, á la fiera, al sollozo humano. Resolvía problemas de interminables sostenidos. Mi pulmon era de hierro.

Y así viví otros dos años mas.

Al cabo de ellos bajó Ramon al sepulcro.

La vista de su cadáver me hizo recobrar la razon.

Cogí la corneta... y no sabia tocarla.

Quereis ahora que os haga son para bailar.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

HIMNO AL SOL.

Levanta, rey del mundo y de los astros!
Tu cabeza de rayos coronada;
Extiende sobre el mundo tu mirada,
Y restituye el celestial calor:

Que el dardo de tu luz la sombra densa
Rasgar no pudo en las tinieblas frio,
Y helarse vió las gotas del rocío
En los rígidos cálices la flor.

Alzate ¡oh sol! En las mayores cumbres
Ya tu rielante ráfaga prendia,
Y aun el caos de las sombras envolvía
La falda y llano en vaga oscuridad.

Y un momento pasó, y endió vibrando
La distancia inferior tu rayo de oro,
Y fué la tierra un ancho metéoro,
Y sonrió gozosa tu deidad.

Alzate, ¡oh sol! El ruiseñor del bosque
Tu presencia en los cielos solemniza:
El aura blanda que su pluma riza,
Canta en himnos alegres tu ascension.

El pino ondeando su gentil plumero,
Se inclina en tu presencia reverente,
Y en su cauce de rocas el torrente
Se despeña clamando: ¡Bendición!

Hasta las ondas de la mar se elevan
Cuando en las cumbres del Oriente rayas;
Y revosando en las turientes playas,
Se adelantan gozosas ante ti.

Palpita el orbe. Cielos, tierras, mares,
Que en la luz esperada se coronan.
El himno excelso de tu gloria entonan,
Y el mundo clama: ¡Contempladle allí!

¡Oh inagotable engendrador del día!
¡Manantial de la luz, trono del rayo!
Ven, y del torpe y frigidísimo desmayo
Alanza con tu fuego la creacion.

¡Guerrero inmenso del escudo de oro,
Como al bardo Osian apareciste!
Ven, y al imperio de las sombras triste
Precipita el flamíjero brido.

¡Oh! ¡Cuán hermo-o entre los mundos eres
Con eterna y magnífica hermosura!
La omnipotencia se cifró en tu hechura;
Dios á sí mismo se admiraba en tí.

Corre, corre, ¡alto sol! Ya por los montes
Tu derramada cabellera ondea:
Que yo en tu hermosa plenitud te vea,
Y el rayo sienta de tu lumbre en mí,

Tal vez el cielo se cubrió de nubes;
Sonó la voz de las tormentas bravas;
Tú como espectro lívido velabas
La faz opaca y triste en la extension:

Reflejándose rápido en tu espejo,
Yo vi ancho bulto en majestad sombría;
Y era Dios, y era Dios que conducía
La carroza veloz del aguilon.

¡Dios, Dios, eterno sol! Tú eres su imagen:
La luz y la verdad son una esencia:
De admiracion hendido en tu presencia,
Yo siento en mí tu fuego celestial.

Mas no apareces iracundo ahora,
La tempestad señoreando. El velo
De las sombras cayó; y ardiendo el cielo,
Abre ante tí su pabellon triunfal.

¡Oh! ¡Cómo el universo palpitante,
Al claro despuntar de la mañana,
La rica veste que fulgura engrana,
Ostenta ardiendo en celestial fulgor!

¡Oh! ¡Cuál la tierra, al parecer del día,
Con virgínea pureza resplandece,
Y en su alma frente recibir parece
El ósculo primero del Criador!

¡Cómo, sonando en melodiosos cantos,
Del claro templo del naciente día,
Arpa inmortal de célica armonía,
Que pulsa el mas hermoso querubín!

¡Cómo del ser la multitud confunde
En una adoracion la varia esencia;
Y el cántico sin fin de providencia
Entona el mundo, y de placer sin fin!

El te saluda, ¡oh sol! Al eco blando
Despierta el aura que la luz aspira;
Y bate el ala temblorosa, y gira,
Y espasme en torno el natural humor.

Oyese al léjos el bramar del toro;
Vaga, cual aérea flor, la mariposa;

Liba la abeja el néctar de la rosa:
Bala el cordero; alégrase el pastor.

Por todas partes resonar se escucha
La voz del campo, el plácido ruido,
Que habla por siempre el corazón dolido,
Íntimo acento de inocencia y paz.

Do quier el ansia de admirar se embebe,
Y aduerme el sentimiento de las penas;
Vagan do quier imágenes serenas
De quietud melancólica y solaz.

¡Dichosos climas que en su eterno encanto
Mas cercanos del cielo estar parecen!
¿Dónde con tal viveza resplandecen
Tus rayos de záfiro y de arrebol?

Natura se alza del nocturno lecho,
Resplandeciendo en líquido rocío,
Y abierto el seno blandamente frío,
Como á un esposo te recibe, ¡oh sol!

Pura, feliz, voluptuosa, rica
De aromas, de colores, de frescura,
Rebosando abundancia de hermosura
Su alma regazo, templo del placer;

Contempla tú desde el radiante sólio
Los campos de la hermosa Andalucía;
En vano busca en su carrera el día
Mansion mas bella en que su luz verter.

La vista se reposa en las llanuras
Sobre ramos de rosa y esmeralda;
Cíñenla en torno su feraz guirnalda
Bosque de mirto y laure arrayan:

Suaves colinas por do quier se ofrecen
Al ojo inquieto en movimiento blando,
Que al horizonte diáfano ondulando,
Cual si la tierra palpita están.

Ceñida allá de iluminadas brisas,
En la margen sonora reclinada,
Tendiendo por sus campos la mirada
Entre raudales de infinita luz;

Alza la frente, arábica Sevilla,
De mil ciudades imperial matrona;
La perla mas brillante en la corona
Del imperio magnífico andaluz:

Y arrollando á sus plantas vencedoras
El gran tributo del raudal lejano,
Que se adelanta el dios del Oceano
En su concha marina á recibir;

Bajo un dosel de retemblantes bosques
Donde se enlaza el tauro al sicomoro;
Sus olas vuelca de diamante y oro
Sobre alfombras de flor Guadalquivir.

¡Oh sol! ¡gran sol! Hé aquí la encantadora
Region de los suavísimos placeres:
Aquí se nace amando; aquí á los séres
Les falta vida para tanto amor.

Y esta Vénus del mundo á sí levanta
De un lecho de deleites su semblante
Como á un amante mas, como á un amante
Que la estás prodigando tu esplendor.

¡Ay! Siento yo bajo tan dulce clima
Letargo ardiente, enamorado sueño;
Y busco en ansia eterna un halagüeño
Rostro y un seno que doblan mi sien.

Lleva el amor las horas de mi vida;
Ora me arranco de sus dulces brazos,

Preso en la red de seductores lazos,
Que llaman ¡ay! felicidad y bien.

Mas al sentir tu influjo soberano,
Vaga ambicion en mi alma se despierta,
Dormida siempre, pero nunca muerta,
En la inercia fatal del corazón.

¡Oh! sol! ¡oh excelso sol! Tú eres muy bello
Bajo el cielo feliz de Andalucía;
Pero ansio verte yo, ¡padre del día!
Desde lejana neógita region.

En donde enciende el trópico su antorcha,
En la plaga hirporbórea de la tierra,
De cuanto grande el universo encierra,
Corre á mi vista el puro manantial.

Al corazón cansado de sí mismo,
Patria será la inmensidad del mundo;
Huya de mí por siempre este infecundo
Goce que engendra tras del tedio el mal.

¿No hay mas felicidad que un cerco impuro
De enervantes y estúpidos placeres?
¿No hay en el mundo ya sino mujeres,
Que hagan tambien del hombre una mujer?

¿Dará alimento de emociones grandes
La tediosa inaccion al alma inquieta?
¿Es un alma inmortal la que vegeta
Tan pequeña mañana como ayer?

Corre, ¡gran sol! Lo mismo que las flores
Renszo yo á tu luz, vivo y me aliento;
Hervir instintos poderosos siento
En mi frente, en mi pecho, aquí y aquí.

Al alma llega tu infinito rayo,
Y me enseña el horror de su vacío;
La luz es el espíritu, y el mio
Recibe altos estímulos de ti.

Corre; corre, ¡gran sol! Corre, y mis ojos
Te siguen al Zenit. Yo me figuro
Que al levantarme de este suelo impuro
A la patria suprema é inmortal;

Tenderá á tus espléndidas regiones
Mi alma inmortal el infinito vuelo,
Y en tú árdua hoguera á conquistar el cielo
Se purgará del polvo terrenal.

¡Antorcha de los tiempos y los orbes!
¡Luz de la inmensidad! ¡De Dios espejo!
El coro de los astros tu cortejo,
El hombre tu incesante adorador.

Mi arpa y mi voz conciertos melodiosos
Esparcen á las auras matutinas;
El alma, no los ojos, ilumina,
¡Astro inmortal! de tu feliz cantor.

Y ojalá, ojalá que roto un día
El eslabon que el ánima encadena,
Océanos sin fin de agua ó de arena
Atravesando en honda soledad;

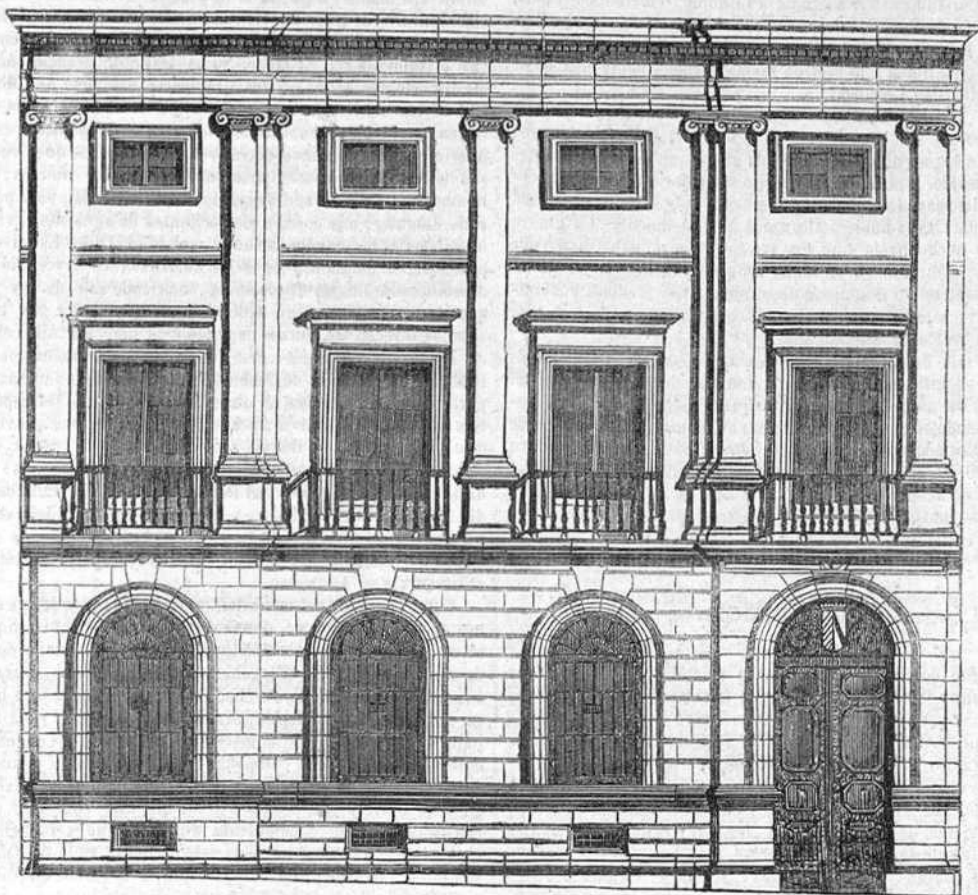
Desde la cumbre de lejanos montes,
De la cumbre del mar á ti se eleve
Mi acento, ¡oh sol! y el cántico te lleve
De entusiasmo, de gloria y majestad.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Construcción moderna; casa del Sr. Isla Fernandez, en la Plazuela de San Martín.

CARLOS XII.

Cárlos XII, rey de Suecia, hijo de Cárlos XI, nació en 1682. Los ejercicios militares fueron sus primeros juegos, y era todavía un niño cuando manifestaba ya la ambición de un conquistador. Traduciendo un día á Quinto Curcio le preguntó su preceptor cuáles eran los pensamientos que tenía sobre Alejandro: «Pienso, respondió Cárlos, que quisiera parecerme todo á él.» Pero tened en cuenta, advirtió prudentemente el preceptor, que tan grande hombre no vivió mas que treinta y dos años. «¡Ah! se apresuró á interrumpir el príncipe: ¿y no es bastante cuando á esa edad se han conquistado ya tantos reinos?»

Aconsejado su padre por la prudencia, dispuso en su testamento que el nuevo rey no se declarase mayor de edad hasta cumplir los diez y ocho años, pero él lejos de prestar obediencia á semejantes disposiciones, se hizo proclamar mayor de edad á los quince años, arrancando la corona de manos del arzobispo Upsal, y poniéndosela él mismo sobre la cabeza con tanta espresion de dignidad y grandeza que impuso á la multitud, haciéndola prever que se preparaba un reinado belicoso.

La juventud de Cárlos XII dió audacia á los reyes sus vecinos, que se prepararon á esplotarla en provecho propio. Federico Augusto, rey de Polonia y elector de Sajonia, Federico IV, rey de Dinamarca, y Pedro el Grande, Czar moscovita, formaron una liga contra él, y resolvieron acometer su reino por diferentes puntos.

El primer efecto de esta secreta alianza fué caer sobre el duque de Holstein, cuñado del rey de Suecia, contra el cual empezó las hostilidades el rey de Dinamarca. Aquí es donde el joven rey empieza á desplegar sus grandes talentos, (que le colocaron poco después entre los primeros capitanes de su siglo. Ayudado por la Inglaterra, la Holanda y los príncipes de la casa de Lunebourg, se precipita sobre Dinamarca, sitia á Copenhague, y fuerza á los dinamarqueses en sus atrincheramientos, haciendo decir á Federico que si no hace justicia al duque de Holstein, va á destruir á Copenhague, y pasar á fuego y sangre todo su reino. Ante esta amenaza se alarma el rey de Dinamarca y se prepara á entrar en negociaciones con el duque de Holstein.

Esta guerra, llevada á cabo con la velocidad del rayo, duró seis semanas. Pero incansable el joven Cárlos y ansioso de vengar las injurias recibidas de sus enemigos, se arroja á batirse con los rusos que en número de cien mil sitiaban á Narwa. Era un número inmenso comparado con el de los suecos, que no pasaba de nueve mil, y que sino hubiera sido tan excesiva la diferencia, podría haberse equilibrado la falta numérica con la disciplina y el valor real, porque los rusos eran tropas indisciplinadas, y no tenían la experiencia y la sabia táctica de los suecos. Apenas llegó Cárlos cuando se lanzó lleno de coraje sobre ellos: les forzó en sus atrincheramientos, causándoles una espantosa carnicería. Treinta mil fueron muertos y ahogados, veinte mil pidieron cuartel, y el resto se dió á la fuga. Cárlos tuvo la fortuna de no contar de los suyos mas que dos mil entre muertos y heridos.

Esta victoria, que le dió una prodigiosa reputación en Europa, 9 DE DICIEMBRE DE 1855.

puede decirse que fué luego la causa de todos sus infortunios, pues dándole mucha confianza é inspirándole sobrado atrevimiento, no le hizo soñar mas que con guerras y conquistas.

Vencido el Czar, dirige Carlos sus armas contra Augusto: pasa el río Duna, bate al mariscal de Strehan que le disputa el paso, fuerza á los sajones en sus puestos, gana una señalada victoria, atraviesa vencedor la Curlandia, se apodera de la Lithuניה, somete todo el país, y se hace dueño de Varsovia desposeyendo á Augusto del reino.—Pérsiguese aun á este desgraciado príncipe, gana la batalla de Chissan, pone de nuevo en huida á la armada sajona, y coloca sobre el trono de Polonia á Estanislao Leczinski.

Reducido Augusto al último extremo, se vió obligado á pedir la paz, la que obtuvo con la condición de reconocer á Estanislao por rey de Polonia. Carlos se contentó solo con la gloria que tantas conquistas le habían obtenido, y la Europa le admiró tanto por este desinterés como por sus victorias. Indudablemente era esta la ocasión de hacer una paz general que Carlos hubiera alcanzado muy fácilmente. La guerra que él había hecho hasta aquí era tan justa que no había nadie que le acusara por ello; pero ya se había vengado suficientemente de los que habían pretendido despojarle de su reino, venciéndolos y humillándolos, y las batallas que dió de aquí en adelante no tuvieron otra causa que su ambición desmesurada.

En 1707 salió de Sajonia con un ejército de cuarenta mil hombres con el que adquirió desde luego una infinidad de ventajas, ganó un gran número de combates, obligó á los rusos á abandonar á la Polonia, persiguiéndolos hasta Moscov. Pero aquí empieza á abandonarle la fortuna, pues poco después pierde la famosa batalla de Pultava en julio de 1709. Ocho mil suecos quedaron en el campo de batalla y Carlos tuvo que acogerse á Turquía. De aquí en adelante la vida de Carlos es una continua sucesión de desastres, que á pesar de sus esfuerzos no le evitaron el ridículo título del Quijote del Norte. Murió en 1718.

El Marañon.

El gobierno del Perú está haciendo laudables esfuerzos, muy dignos de llamar la atención de Europa, para atraer á las regiones que posee, una parte de los emigrados que salen anualmente de esta parte del mundo. Su objeto es poblar y cultivar la porción que le pertenece en el curso del Marañon ó río de las Amazonas.

Es sabido que el Marañon es el río mas grande de las cuatro partes del mundo. Sus afluentes, entre los cuales se cuentan ríos muy caudalosos, vienen de muy lejos, del Norte al Mediodía, á reunirse para formar la arteria principal que corre del Oeste al Este, describiendo varias curvas. Su cuenca ocupa casi todo el espesor del continente americano en un punto en que es estremadamente ancho; con efecto, las fuentes del Marañon están á treinta ó cuarenta leguas del Océano Pacífico, y van á desembocar en el Océano opuesto. Esta cuenca ó valle representa groseramente un cuadrado largo, cuyo costado tendrá por la parte mas larga 5,350 kilómetros, y por la mas corta 2,800. La superficie de la Francia no formaría mas que un cuadrado de 750 kilómetros de costado, aunque encierre los cinco valles del Sena, Loira, Garona, Ródano y una parte del Rin. El valle, pues, del río de las Amazonas constituye quince veces la superficie de la Francia. En su curso baña países muy fértiles, en los cuales podrían cultivarse con buen éxito todos los productos naturales. Se puede creer que llegará día en que se desarrollen allí pueblos inmensos, y suponiéndoles la densidad de población que tiene actualmente el francés, aquel río vería fácilmente á sus márgenes quinientos millones de habitantes.

Tal es el porvenir, que se puede prever sin exageración, para una época muy remota indudablemente, pero que es permitido juzgar que puede tener su brillante aurora á los ojos de las generaciones presentes. Bastaría en efecto con la vida de un hombre, con tres cuartos de siglo poco mas ó menos, para que el valle del Marañon ofreciese por todas partes ciudades florecientes y cultivos admirablemente productivos, si se trasportasen allí desde ahora un millón de hombres; y una emigración semejante no es imposible; la prueba la ofrecen las Californias y la Australia.

Mientras llega ese porvenir misterioso, y en verdad, incierto, sucede, que, por un fenómeno muy extraordinario, ese valle gigantesco se halla casi desprovisto de habitantes, y extraño á los mas simples elementos de la civilización, excepto en un pequeño número de puntos del valle, en el Perú, el Ecuador y Bolivia. Todo lo que allí se encuentra á largas distancias, son algunas tribus salvajes, sumidas en la mayor ignorancia, é incapaces de hacer producir al fértil suelo que huellan. Los viajeros europeos que han penetrado en aquellas regiones, se han visto espuestos á muchas privaciones y peligros. La mayor parte de ellos han hallado la muerte ó la este-

nuación en medio de las fieras ó los salvajes, en los espesos bosques, ó insalubres pantanos. Una prueba de esto la tenemos en la expedición que hizo y dirigió por aquellas regiones con tanto valor como habilidad el intrépido M. de Castelnau, y en la cual halló la muerte su colega M. Oserie.

Y no obstante, hay mil razones que debieran decidir á la aventurera raza blanca, depositaria hoy de la civilización, á colonizar el Marañon. No se trata de tierras condenadas por el frío de los polos á forzosa esterilidad; por el contrario, este río se estiende á derecha é izquierda del Ecuador. No se trata de arenales áridos como los desiertos de África, ó una gran parte del curso del Missouri, en la América del Norte, sino de una red de innumerables valles que bañan inagotables manantiales. No se trata de montañas escarpadas, puesto que mas de nueve décimos de la superficie que ocupa el valle son llanuras espaciales. Ciertamente que aseasean los caminos, porque el hombre civilizado no se ha establecido allí todavía; pero por una fortuna singular, una porción de corrientes de agua son navegables, y hacen fáciles las comunicaciones casi todo el año. La misma arteria principal, el Marañon ó río de las Amazonas, es navegable desde su desembocadura hasta Tomepanda, en donde sale de las montañas, que es una extensión de 4,000 kilómetros. Entre sus tributarios, algunos ofrecen un curso navegable de unos mil kilómetros.

La mayor parte del curso del río de las Amazonas pertenece al Brasil, que posee su desembocadura, ancha como un mar, pero la parte superior pertenece á otros tres Estados, á las repúblicas del Ecuador, Perú y Bolivia, y aun él constituye sus provincias mas estensas. El suelo de Bolivia se reduce casi á la cuenca ó valle del Beni y del Madeira, afluentes á la derecha del Marañon. Al Oriente de la cresta de los Andes, el Perú se compone del valle del Ucayali, del Apurimac, del Huallaga, y de la parte superior del valle del mismo Marañon. La ciudad de Cuzco, célebre en los fastos de la conquista, y renombrada por la riqueza de su suelo, está situada entre el Ucayali y el Apurimac.

Como poseedor del nacimiento del Marañon, y de sus dos márgenes en una extensión de doscientas leguas, el gobierno peruano ha celebrado en Octubre de 1831 con el Brasil un tratado de limitación de ambos territorios. El gobierno del Perú, que desea colonizar aquel vasto país, ha aprovechado esta circunstancia para hacer aceptar al brasileño, que había cerrado hasta ahora el río á la Europa, imposibilitando así todo comercio y colonización, un compromiso, en virtud del cual una compañía mista, brasileña y peruana, tendrá derecho de establecer vapores en todo el curso del Marañon, desde su origen hasta el Océano. Parece que esta compañía se halla ya constituida, y por consiguiente la barrera que por el Oriente ó por el Océano Atlántico condenaba este inmenso valle del Marañon á la soledad y á la aridez, ha desaparecido, á lo menos en principio y de derecho.

Dado este paso, el gobierno peruano, constante en su discreto anhelo de poblar y colonizar, y comprendiendo que le correspondía á él el allanar el obstáculo que se ofrecía del lado del Occidente ó del Océano Pacífico, ha promulgado el 15 de Abril último un decreto, cuyo objeto es hacer conocer á los emigrados europeos las ventajas que pueden obtener allí.

Una ley anterior, del 17 de Noviembre de 1849, había concedido á los buques y empresarios de colonización una prima de 50 piastras por cada emigrado, fuera hombre ó mujer.

El decreto del 15 de Abril añade otros beneficios en favor de los mismos emigrados. Este decreto está dado en la suposición de que los emigrados desembarquen en la costa del Perú.

Una vez en un puerto del Perú, un navío del Estado los trasportará al de Huanchaco, provincia de la Libertad, lindante con el nacimiento del río. Trujillo, capital de la provincia, y ciudad importante, solo dista dos leguas de Huanchaco.

El gobernador civil de la provincia, bajo cuya inspección se hará el desembarco, los enviará á su destino, á costa del gobierno, dándoles todos los medios necesarios. Al fin de su viaje recibirán gratuitamente tierras en diversa cantidad desde 4 á 80 hectáreas, y serán provistos de instrumentos aratorios, útiles y sementes por cuenta del gobierno.

Sus tierras estarán exentas de la contribución territorial indefinidamente. No pagarán ninguna contribución personal durante los veinte años primeros. Del mismo modo estarán exentos perpetuamente del pago del diezmo, ó otra prestación cualquiera para el clero, contribuciones que en la América del Sud son bastante crecidas. Los derechos del papel sellado no los pagarán tampoco. Al mismo tiempo tendrán derecho de administrarse ellos mismos municipalmente, y en lugar de estar sujetos á los tribunales del país, elegirán ellos sus jueces. En fin, para dar salida á los productos de su cultivo, se concluirán los caminos, decretados y comenzados el año de 1843, que les permitirán el ir al cerro de Paseo, centro importante de la

explotación de las minas de plata, cerca del cual se hallan abundantes minas de carbon de piedra, y que está llamado á mucha prosperidad.

Todo parece bien dispuesto para el éxito feliz de la empresa. Un funcionario distinguido, que ha estudiado la cuestion profundamente, está colocado en el centro del país para colonizar con el título de gobernador general, y tiene poderes muy ámplios para evitar el tener que acudir al gobierno de Lima cuanto sea posible.

Muchos barcos de vapor han sido mandados hacer en los Estados-Unidos por el gobierno del Perú, y se emplearán en recorrer y explorar todos los rios importantes que afluyen al Marañón.

El gobierno peruano, á cuya cabeza se halla el general Echenique, se señala por el celo constante con que trabaja para afirmar la tranquilidad y desarrollar la prosperidad pública. Su hacienda está en el mejor orden, y de ese modo tiene recursos para llevar á cabo el proyecto que ha concebido y revelado á la Europa. En un país donde hay muchísimo que hacer, donde todo estaba atrasado, el gobierno comprendió que era preciso acclimatar las artes y el ingenio europeos, como el único medio de evitar la absorcion que amenaza por parte de los Estados-Unidos á todo el nuevo continente.

Persuadido de que una de las mejoras mas indispensables y mas urgentes era dotar al país con medios de trasporte, de que hasta el presente carecía, ha hecho ir últimamente de Francia algunos ingenieros notables por su experiencia y su saber. La tentativa de colonización á que se dedica en este momento, se anuncia en tales términos, que no puede dejar de ofrecer buenos resultados, si persevera en el camino en que se ha lanzado, y es muy probable que cierto número de colonos franceses vayan allí á establecerse.

LA MANO ROJA,

POR NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusion.)

—¡Ciertamente es una cosa mágica! exclamó Georgiana. No me atrevo á tocarla.

—¡Cortadla, dijo Aylmer, cortadla, y respirad su perfume hasta que lo conserve. La flor va á marchitarse al momento, sin dejar mas que un grano negruzco que podrá perpetuar este género efímero.

Pero apenas la hubo tocado Georgiana, la planta entera se marchitó, y sus hojas se volvieron negras como el carbon, como si las hubiera quemado el fuego.

—Mi estimulante era demasiado fuerte, dijo Aylmer distraídamente.

Para reemplazar esta abortada experiencia, propuso á su mujer el hacer su retrato por medio de un procedimiento de su invencion. Este retrato debía reproducirse en una placa de metal bruñido, á influjo de los rayos solares. Georgiana consintió en ello espontáneamente.... Pero al contemplar el resultado, se asustó viendo sus facciones confusas y ennegrecidas; en vez de la mejilla solo se percibía una manecita. Aylmer cogió la placa de metal, y la echó en una basija llena de un ácido corrosivo.

Pero pronto olvidó estas desgraciadas experiencias. En los intervalos de sus estudios y operaciones, venia encendido y cansado al lado de Georgiana, junto á la cual parecia animarse de nuevo, hablando con calor de los recursos de su arte. Contóle la historia de la dinastía de los alquimistas, que pasaron tantos siglos buscando el disolvente universal, que debía dar por resultado la extraccion del oro de las mas viles y bajas materias. Aylmer creia, que, de acuerdo con la simple lógica de la ciencia, estaba en los limites de lo posible el hallar este medio tanto tiempo hacia buscado; pero añadia, que el fisico que fuera bastante hábil para adquirir este poder, tendria tambien la sublime discrecion de no rebajarse hasta ejercerlo. Su opinion acerca del elixir de la vida no era menos singular. Decia, que no necesitaba mas que querer para componer un licor que prolongase la vida muchísimos años — quizá indefinidamente; — pero que esto acarrearía tal desorden á la naturaleza, que todo el mundo, y especialmente el bebedor del elixir de inmortalidad, tendria motivo de maldecirlo.

—¡Hablaís seriamente, Aylmer? preguntó Georgiana, mirándolo con una admiracion mezclada de temor. ¡Terrible es poseer semejante poder, ó solamente soñar que se posee!

—¡Oh! no tembleis mi dulce amiga. Yo no quiero prolongar nuestra vida en la tierra á riesgo de tantos trastornos. Pero, pensad cuánto mas fácil me será hacer desaparecer esa manecita.

Al mencionar el signo fatal, Georgiana tembló, como si un hierro candente le hubiere tocado la mejilla.

Aylmer volvió á sus trabajos. Aunque separada de él por muchas

piezas, Georgiana oía las órdenes que daba á Aminadab, cuya voz respondia desde el hornillo, ronca, extraña, y mas parecida al gruñido de un bruto, que al lenguaje de un hombre. Despues de algunas horas de ausencia, Aylmer volvió á proponer á su mujer que visitara el gabinete donde habia reunido sus productos químicos mas raros, y diversas muestras de los tesoros arrancados del seno de la tierra. Entre los primeros, le enseñó un frasquito, en el cual, decia él, habia encerrado un perfume suave, pero muy poderoso, puesto que era capaz de impregnar todos los vientos que soplan en la estension de un vasto reino. Esta esencia era de un precio inestimable; esparció en el aire algunas gotas, y llenó la habitacion de un olor delicioso y fortificante.

—¿Y qué es esto? preguntó Georgiana, señalando á un globo de cristal que contenia un licor de color de oro. Tan hermeso es, que estoy por creer que es el elixir de la vida.

—Mejor direis, el elixir de la inmortalidad. Ese es el veneno mas precioso que se ha compuesto en la tierra. Con él, podría yo fijar la duracion de la existencia de cualquier hombre que me designarais. La cantidad de la dosis determinaria si habia de apagarse con lentitud, ó morir de repente. Ningun monarca sentado en su trono; y rodeado de su guardia podría conservar la vida, si supiera yo, en mi humilde posicion, que dependia de su muerte el bienestar de millones de criaturas.

—¿Para qué conservais tan terrible veneno? preguntó Georgiana horrorizada.

—No desconfiéis de mí: su virtud benéfica es aun mayor que su destructor poder. Pero mirad este cosmético. Algunas gotas en un vaso de agua bastan para quitar las manchas rojas. Una infusion mas fuerte absorberia la sangre de las mejillas, y dejaria á la beldad mas bermeja, tan pálida como una fantasma.

—¿Vais á lavar mi cara con esta composicion? preguntó Georgiana con inquietud.

—¡Oh! no, respondió su marido, porque solo obra superficialmente, y vuestro caso exige un remedio, cuya virtud penetre muy adentro.

En sus entrevistas con Georgiana, Aylmer averiguaba siempre con escrupuloso cuidado las sensaciones que experimentaba, y si esta vida de reclusion y la temperatura de aquella atmósfera la convenian. Sus preguntas eran tan singulares, que Georgiana comenzó á creerse sometida á ciertas influencias medicinales que respiraba con el aire embalsamado, ó que absorbía en sus alimentos. Imagínose tambien, — tal vez era una vana imaginacion, — que sentia cierta excitacion en toda su economía, una sensacion extraña, indefinible, que circulaba por sus venas, produciéndola cierto hormigueo en el corazon, juntamente agradable y doloroso. Sin embargo, cuando tenia valor para consultar su espejo, se veía siempre pálida, como una rosa blanca, con la mano roja grabada en la mejilla. ¡Oh! en aquel momento, Aylmer mismo no odiaba tanto como ella la marca fatal.

Para disipar el fastidio de las horas que su marido consagraba á sus procedimientos de combinacion y de análisis, Georgiana ojeó los volúmenes de su biblioteca. En muchos sombríos y viejos libros encontró capitulos romancescos y poéticos. Eran las obras de los fisicos de la edad media, tales como Alberto el Grande, Cornelio Agrippa, Paracelso, y el monje famoso que inventó la profética cabeza de bronce. Todos estos naturalistas marchaban delante de su siglo, conservando, no obstante, cierta dosis de la credulidad de su tiempo, de modo que creian, tal vez tan firmemente como el vulgo, que á fuerza de estudiar la naturaleza, habian adquirido un poder sobrenatural, y el imperio sobre el mundo de las inteligencias. Los primeros volúmenes de las *Transacciones de la sociedad real* eran casi tan curiosos, porque los miembros de esta sociedad, conociendo poco los limites de lo posible, no habian cesado de registrar milagros, ó de proponer medios de hacerlos.

Pero el volumen que mas la interesó, fué un gran infolio, en que su marido habia escrito de su propio puño todos los experimentos de su carrera científica, con el objeto que se habia propuesto en su origen, los elementos para conseguirlo, su buen ó mal éxito, y las causas á que atribuía uno y otro. Este libro era, al mismo tiempo, la historia y el emblema de su vida ardiente, ambiciosa, imaginativa, práctica y laboriosa á la vez. Trataba de las cosas materiales, como si no tuviera nada fuera de ellas; y sin embargo, las espiritualizaba, y evitaba el materialismo con su viva y fuerte aspiracion hacia lo infinito. En su mano, el átomo mas pequeño revestia un alma. A medida que leia, Georgiana respetaba y amaba á Aylmer mas que nunca, aunque con menos confianza que antes en la infalibilidad de su juicio. Por grandes que fueran las cosas que él habia hecho, no podia prescindir de observar que sus mas brillantes triunfos eran casi derrotas, comparadas con el ideal que se habia propuesto. Sus mas hermosos diamantes eran solo viles guijarros al lado de la inestimable pedrería que exis-

tía fuera de su alcance. Este volumen, enriquecido con los descubrimientos que habían labrado la reputación de su autor, era, por otra parte, el diario mas triste que haya trazado jamás la mano del hombre. Era la mortificante confesión y la prueba continua de la impotencia humana, —este espíritu encerrado en barro y trabajando la materia,— y de la desesperación que asalta á la naturaleza superior contemplándose tan miserablemente contrada por la parte terrestre. Tal vez todo hombre de genio, cualquiera que fuera su esfera, hallaría en el diario de Aylmer la imagen de su propia existencia.

Estas reflexiones afectaron tan profundamente á Georgiana, que inclinó la cabeza sobre el libro, y prorumpió en llanto. En este estado la encontró su marido.

—Es peligroso leer los libros de un mago, dijo sonriéndose, aunque su fisonomía reveló inquietud y descontento. Georgiana, en ese volumen hay páginas que me es difícil leer sin perder un poco la razón. Tened cuidado, no sea que os hagan mal.

—No han hecho mas que haceros mas estimable á mis ojos.

—Aguardad el éxito de este experimento; despues me honraris si gustais. Casi me creeré digno de ello, cuando la victoria haya coronado mis esfuerzos... ¡Pero yo he venido para gozar del encanto de vuestra voz, mi querida amiga!

Al punto hizo ella brotar la líquida música de su voz para apagar la sed de su alma. Dejola él despues con la exuberante alegría de un niño, asegurándole que su reclusion seria breve, y que estaba seguro del buen resultado. Apenas se había alejado, cuando Georgiana se sintió irresistiblemente impelida á seguirlo. Había olvidado el hablarle de un sintoma que, dos ó tres dias antes había comenzado á llamar su atencion. Era, que en el punto de la marca fatal, notaba una sensación, no precisamente dolorosa, pero que derramaba en toda su existencia una vaga inquietud. Corrió, pues, detrás de su marido, y penetró por la vez primera en su laboratorio.

El objeto que atrajo primeramente sus miradas fué el hornillo, este trabajador ardiente y febril, con el color encendido de su lumbre, que parecia arder por espacio de muchos siglos, á juzgar por el hollín de sus paredes. Un aparato destilatorio funcionaba en aquel momento. Al rededor de la habitacion se veían tubos, redomas, cilindros, crisoles y otros instrumentos de química. Una máquina eléctrica estaba preparada en caso de necesidad. La atmósfera era pesada, sofocante, llena de gases estraidos, con mucha pena, de materias atormentadas por la ciencia. La severa sencillez de la pieza, las desnudas paredes; el piso enladrillado, extrañaba á Georgiana, acostumbrada á la elegancia fantástica de su retrete. Pero lo que mas le llamaba la atencion era el mismo Aylmer.

Estaba éste pálido como un cadáver, inquieto, absorto, é inclinado hácia el hornillo, como si dependiera de su vigilancia que el licor que destilaba se convirtiera en un brebaje de felicidad eterna, ó de eterna desgracia. ¡Cuán diferente del aire libre y confiado que afectaba para animar á Georgiana!

—¡Atencion, ahora, Aminadab! ¡Atencion, ó máquina humana! ¡Atencion, ó hombre de barro! murmuró Aylmer, mas bien como quien habla consigo mismo, que dirigiéndose á su ayu lante.

Una idea de mas, ó de menos, bastaria en este momento para perderlo todo.

—¡He, he! dijo entre dientes Aminadab; ¡mirad, señor, mirad!

Aylmer levantó apresuradamente los ojos, se ruborizó al pronto, y se puso mas pálido que nunca, viendo á Georgiana. Lanzóse hácia ella, y cogió su brazo con tal violencia, que dejó señalados los dedos en su sonrosada carne.

—¿Por qué venis aqui? ¿no teneis confianza en vuestro marido? exclamó impetuosamente. ¿Quereis comunicar á mi trabajo la mancha de vuestra fatal marca? Eso no es justo. ¡Retiraos, curiosos... retiraos!

—No, Aylmer, dijo Georgiana con la noble firmeza de que estaba dotada; no teneis derecho para quejaros ¡Desconfiais de vuestra mujer! Meñabeis ocultado la ansiedad con que proseguis el curso de vuestro experimento; ¡No tengais tan mala opinion de mí, esposo mio! decidme todos los riesgos que corremos, y no temais que tiemble; ¡los mios son mas pequeños que los vuestros!

—No, no, Georgiana, repuso Aylmer: ¡no puede ser!

—Me someto, replicó ella con calma. Beberé todo lo que me ofrezcáis, Aylmer; pero como beberia un veneno que me presentarais.

—¡Noble esposa mia! dijo Aylmer, profundamente conmovido. Hasta ahora no he conocido toda la grandeza de vuestro carácter. Nada os ocultaré ya. Sabed que esa mano roja, por superficial que parezca, se ha grabado en vuestro ser con una fuerza de que yo no tenia ninguna idea. Ya os he hecho tomar agentes bastante poderosos para todo, excepto para alterar vuestra constitucion. Un medio solo me queda por ensayar. ¡Si falta, somos perdidos!

—¿Por qué habeis dudado en decirme lo?

—Porque es peligroso, Georgiana, respondió Aylmer en voz baja.

—¡Peligro! no hay mas que uno, ¡el de que esta horrible marca quede sellada en mi mejilla! exclamó Georgiana. Borrada á toda costa... ó los dos nos volveremos locos.

—Dios sabe que vuestras palabras son demasiado ciertas, dijo Aylmer tristemente. Ahora, amiga mia, retiraos á vuestro gabinete. Dentro de poco haremos nuestra postrera tentativa.

Acompañóla á su habitacion, y despidióse de ella con una ternura grave que espresaba mejor que las palabras la importancia de lo que se preparaba. Georgiana se abandonó á sus imaginaciones, despues que se hubo retirado. Pensó en el carácter de Aylmer, y le hizo mas justicia que antes. Su corazon estaba conmovido y lleno de orgullo viendo que no se conformaba él con un objeto imperfecto, y que no podia contentarse con una naturaleza menos etérea que la que se había imaginado. Comprendia cuanto mas precio tenia este amor que el sentimiento vulgar que hubiera soportado la imperfeccion en la mujer amada, y que se hubiera hecho culpable de traicion contra el amor santo, rebajando su ideal al nivel de la realidad terrestre. De esta manera, oró con toda su alma para que se realizara, aunque no fuera mas que por un instante, su noble y sublime convicción. Bien sabia ella que esto no podria durar mas que un instante, porque el espíritu de Aylmer, siempre en movimiento, se elevaba siempre, y á cada instante pedia alguna cosa que no había descubierto en el momento anterior.

El ruido de los pasos de su marido puso fin á sus pensamientos. Venia con un vaso de cristal que contenia un licor tan claro como el agua, pero bastante brillante para ser una bebida de inmortalidad. Aylmer estaba pálido, mas á consecuencia de una grave agitacion del espíritu, que por efecto de la duda ó del temor.

—La destilacion se ha verificado perfectamente, dijo respondiendo á la mirada de Georgiana. Si toda mi ciencia no es una ilusion, el buen éxito es seguro.

—Sino por vos, querido Aylmer, me seria igual el librarme de este signo, despojándome al punto de mi envoltura mortal. La vida es un goce muy triste para los que alcanzan el grado de desarrollo moral á que yo he llegado. Si fuera mas débil ó ciega, la vida podria hacerme feliz. Si fuera mas fuerte la soportaria con la esperanza. Pero viendo tal como me siento, creo que estoy, entre todas las criaturas mortales, la mas dispuesta á morir.

—Mereceis ir al cielo sin sufrir la muerte. ¿Pero por qué hablar de morir? La bebida es omnipotente. ¡Mirad su efecto en esta planta!

En el alfeizar de la ventana había un geráneo que tenia todas sus hojas salpicadas de manchas negruzcas. Aylmer vertió algunas gotas de su licor en la tierra que lo alimentaba. Al cabo de algunos momentos, apenas tuvieron las raices de la planta el tiempo suficiente para absorber la humedad, las manchas desaparecieron y fueron reemplazadas por el mas fresco verdor.

—No tenia necesidad de prueba alguna, dijo tranquilamente Georgiana. Dadme el vaso. Todo lo arrostró contenta, fiada en vuestra palabra.

—¡Bebe, pues, ó noble criatura! exclamó Aylmer con ardiente admiracion. Tu espíritu es perfecto y tu cuerpo lo será tambien muy pronto.

Georgiana bebió y devolvió á su marido el vaso vacío.

—¡Qué licor tan delicioso! dijo con apacible sonrisa. Parece agua cogida en celestial fuente, á juzgar por el perfume dulce y delicado que contiene. Con ella acaba de apaciguarse la sed ardiente que me devoraba hace dias. Ahora, amigo mio, dejadme dormir. Mis sentidos se repliegan á mi alma, como se repliegan al corazon los pétalos de una rosa al ponerse el sol.

Con cierto esfuerzo pronunció estas últimas palabras como si necesitara mas energia que la que pudiera reunir para articularlas. Apenas salieron de sus labios, se quedó profundamente dormida. Aylmer se sentó junto á ella, contemplándola con la emoci6n de un hombre cuya existencia depende de lo que va á pasar. Se veían sin embargo en él algunos vestigios de esa investigacion filos6fica propia de un sábio. Ningun sintoma podia pasar desapercibido de él. Un rojo mas vivo en la mejilla, una lijera irregularidad en la respiracion, un movimiento de la pupila, un estremecimiento de todo el cuerpo, tales eran los detalles que apuntaba en su infolio. Cada una de las páginas de este volumen encerraba un pensamiento absorbente, pero en esta página final se hallaban concentrados los pensamientos de un gran número de años.

No obstante, Aylmer no dejaba de mirar de cuando en cuando la mano roja, aunque no sin cierto terror involuntario. Pero una vez no pudo prescindir, por un impulso extraño é inexplicable, de acercarse á ella sus labios. Al mismo tiempo su corazon se sublevó, Georgiana se agitó con inquietud en medio de su profundo sueño, y pronunció cierto murmullo de queja. Aylmer siguió, no en vano, su vigilia. La mano roja, al principio tan distinta sobre la palidez marmórea de la mejilla de Georgiana, comenzó á oscurecerse. Georgiana continuaba

tan pálida como antes, pero la marca palidecía también. La presencia de esta mano había sido terrible, su desaparición fué mas terrible todavía. Como desaparece el arco iris del cielo, así desapareció este emblema misterioso.

—¡Ah! ¡ya se ha borrado completamente! dijo Aylmer con indecible trasporte. Apenas la distinguo ya. ¡Victorial! ¡victoria! La manecita ha perdido su color encendido, y la menor animación de su mejilla la haría desaparecer completamente. ¡Pero Georgiana está tan pálida!

Descorrió las cortinas de la ventana y dejó que bañara la luz del día la mejilla de su mujer. En este instante llegó á sus oídos una risotada ronca y grosera, expresión para él muy conocida de la alegría de Aminadab.

—¡Ah, arríllala! ¡ah, material! dijo Aylmer riendo con cierto delirio. ¡Tú me has servido bien! El espíritu y la materia, la tierra y el cielo han tenido parte en este triunfo. ¡Ríe, pues, material ríe, porque tienes derecho para hacerlo.

Estas exclamaciones pusieron término al sueño de Georgiana. Abrió lentamente los ojos y se contempló en el espejo que su marido le presentaba. Una leve sonrisa asomó á sus labios, observando que la mano roja, poco há tan brillante para eclipsar su felicidad, casi era ya imperceptible. Pero muy pronto buscaron sus miradas las de Aylmer con una turbación y ansiedad que no podía éste comprender.

—¡Mi pobre Aylmer! murmuró Georgiana.

—¡Pobre! ¡no, rícol! ¡dichoso! exclamó Aylmer. ¡Mi incomparable belleza, he triunfado! ¡ya sois perfecta!

—¡Mi pobre Aylmer! repitió ella con ternura. Vuestro objeto era sublime! Habéis obrado noblemente. No sintais, pues, si con un sentimiento tan puro y elevado habéis echado de la tierra lo mejor que esta os ofrecía. ¡Aylmer! ¡querido Aylmer, me muero!

¡Ay! ¡por desgracia era demasiado cierto! La fatal mano roja estaba enlazada misteriosamente con su vida; era un espíritu angélico encerrado en mortal materia. En el momento en que la última tinta sonrosada del signo de nacimiento—esta única señal de imperfección humana—desaparecía de su rostro, el último suspiro de la mujer, ya perfecta, se desvanecía en la atmósfera, y su alma, después de haber vagado un instante al rededor de su marido, se remontó á los cielos. Otra carcajada ronca y grosera volvió á oírse. De este modo celebra la fatalidad terrestre su triunfo sobre la inmortal esencia, que aspira en esta oscura esfera á la perfección de una existencia superior. Pero si Aylmer hubiera sido mas discreto, no hubiera malogrado la dicha que le hubiera ofrecido días semejantes á los celestiales. Desgraciadamente no pensó mas que en lo presente. No dirigió sus miradas mas allá de los sombríos dominios del tiempo; y no sabiendo vivir de antemano en la eternidad, no pudo hallar en lo presente la perfección de lo futuro.

LA MONTAÑA MAGNÉTICA DE SANTO DOMINGO.

¡Qué fijos y arraigados permanecen en la memoria los cuentos de nuestra infancia! Ni los primeros deberes de la vida, ni las penas ó goces de este mundo pueden borrar en nosotros las imágenes de aquel dichoso tiempo. Aun me acuerdo de la impresión que produjo en mi imaginación infantil el cuento de la montaña encantada.

Al decir de mi nodriza, esta montaña se elevaba solitaria y escarpada del seno de la mar, y todos los buques que navegaban al rededor á cierta distancia, eran atraídos por una fuerza irresistible hacia esa roca continuamente golpeada por las olas. En cuanto el buque que debía perderse llegaba cerca, la fuerza magnética que entonces se desprendía era tan grande, que los clavos y todo el hierro de la embarcación se escapaban (entonces no se usaban todavía los buques forrados de cobre); luego se soltaban las tablas, los palos caían en la mar, y la tripulación perecía en medio de las ondas, en tanto que la nave se sumergía con un estrépito que daba miedo.

Este cuento me vino á la memoria cuando en mis escursiones por el territorio de Santo Domingo, me hablaron de una montaña formada de piedras imantadas. A la verdad, esta montaña no se hallaba situada cerca del Océano, sino á las orillas del río de Guna, que corre hacia el Oeste, y que en los tiempos de sequía tiene una corriente mansa que se cambia en invierno en un furioso torrente.

Escitaba mi curiosidad: quise subir á la montaña.

Justamente en el mes de Mayo último se me ofreció una buena ocasión para ello. El 15 salí de Bonao, que en tiempo del descubrimiento se hallaba habitada por un poderoso cacique de este nombre, donde Colon fundó una ciudad en el año 1494. El cielo estaba encapotado, y ni la mas ligera brisa movía las hermosas palmeras que adornaban el valle. Llegamos á Piedra Blanca, habitación aislada á la falda de la montaña, á la orilla izquierda del Maymon. I a posición de esta morada en un desfiladero montañoso, tenía algo de pintoresco.

Su dueño, que era un anciano, la había construido con sus propias manos; las paredes eran de palma, y el techo de *sabal ó caña*.

Delante de esta *buhia* había un jardincillo con un bonito cercado de rosales.

Un senderillo estrecho, aunque muy practicable, sobre las riberras escarpadas de Maymon, nos condujo á una aldea que lleva este último nombre. Salimos del bosque para entrar en una sábana encajonada en medio de las ramificaciones de una montaña cortada á pico, llamada Peguera, en cuyos picos se descubrían algunos pinos. Yo bajé para admirar la belleza de aquel cuadro, y para coger al mismo tiempo un ramo de flores; pero un fuerte aguacero que sobrevino, me impidió salir adelante con mi propósito.

Nos íbamos acercando á un arroyo que en el curso de los tiempos había logrado hacerse una madre de 40 á 50 pies de profundidad. La cuesta que llevaba el arroyo se había puesto muy resbaladiza por la lluvia, de modo que no salí de allí sin que mi caballo diera algunos tropezones.



(Aventuras de un loco coronado.)

Llegamos en fin á las habitaciones diseminadas en el campo que formaban la aldea de Maymon, célebre en tiempo de los españoles por la riqueza de sus minas de cobre. Las casas eran todas *buhias*, menos una que se distinguía de las otras por la elegancia de su construcción y por el crecido número de árboles frutales que había en ella. Un molino desmantelado que estaba cerca, indicaba que antiguamente se había cultivado allí la caña de azúcar. Al lado vi cañas de bambú de una altura extraordinaria; varias de ellas eran de 150 á 200 pies de altas.

Por séptima y última vez atravesamos Maymon, pero había allí tantos caminos, que no sabíamos cuál elegir entre ellos. Felizmente nos encontramos con algunas muchachas que nos sacaron del apuro, y bien luego llegamos á las orillas del Inna. El sol estaba ya en la mitad de su carrera, y la sombra de las *habillas* nos convidaba al descanso. En efecto, nos apeamos á tomar un bocado, y un negro anciano que pasó por allí, nos dijo que el hatillo de Maymon al pie de la montaña magnética estaba mas lejos de lo que yo creía, de modo que no podríamos llegar sin ser de noche.

El camino real que debíamos seguir, atravesaba la montaña de Sing, cuyo suelo ha sido hollado por muy pocos viajeros. El camino iba hacia abajo, de modo que cuando nos sorprendió allí una fuerte tempestad, nuestra posición era de las mas criticas. Los árboles se doblegaban con la furia del viento, y los bejucos eran llevados por el aire como una paja; á cada paso se espantaban los caballos. La dificultad del camino, la espesura de la selva, la oscuridad que reinaba, los silbidos del viento, todo esto me produjo una impresión que no olvidaré fácilmente.

Por fin, la tormenta se apaciguó y el sol resplandecía en el hori-

zante despejado de nubes, cuando llegamos á la orilla del bosque. El camino se abría sobre una pradera donde estaban pastando bueyes y caballos. En la falda de una colina, al Nordeste, vimos una casta pintada de verde y blanco, cuyo tejado se veía alumbrado por los últimos reflejos del sol en el Ocaso, y que presentaba la imagen de la calma después del tumulto de los elementos. Era el hatillo de Maymon, á la falda de la montaña magnética. El dueño de esta granja, D. Adrian Vazquez, nos recibió con la mayor amabilidad. Este digno colono había adquirido á fuerza de actividad y de trabajo una posición de bastante importancia, pues se extendía á muchas millas sobre las riberas del Ozana.

La montaña magnética era la que naturalmente tenía para mí un vivo interés en aquellos sitios. Esta montaña ó cerro tiene unos sesenta pies de altura, y en su cúspide se eleva una magnífica palmera. Del Norte al Sur tiene una longitud de seiscientos pies, y al Oeste se halla bañada por las aguas del río de Inna; la parte septentrional se halla cubierta de piedras negruzcas de tamaños diferentes, pues las hay como huevos de paloma, y otras tienen de peso hasta una tonelada. Todas estas rocas grandes ó pequeñas tienen propiedades magnéticas.

Sobí por fin la colina acompañado del señor Vazquez. En las piedras, que como acabo de decir, difieren de volumen, son negras algunas á causa de la oxidación, y presentan una superficie brillante, y otras tienen matices mas ó menos rojos. Con el anteojo de aumento se descubre que los cristales tienen la forma de octaedros, aunque hay algunos romboides. Parece increíble la influencia que ejerce esta piedra sobre la aguja imantada. Yo empleé en mis experiencias una brújula prismática de Cary y otra de bolsillo de Tronington y Simon. La aguja cuando se la acercaba al suelo experimentaba violentas agitaciones; en otros casos volvía con la mayor rapidez, hasta que al fin se detenía, y con su punta Norte indicaba la dirección del Sur. Llevándola sobre otras piedras, los movimientos eran menos rápidos, pero siempre los palos quedaban al revés. Cuando se alzaba poco á poco la brújula sobre la peña, la influencia magnética disminuía, y cesaba enteramente á una distancia de tres ó cuatro pies. Sin embargo, la desviación no era fija. La brújula de Cary difería del verdadero punto Norte, de un grado y medio hasta cuatro grados Este. La piedra atrae con la mayor facilidad las agujas ordinarias, y posee una piedrecilla de aquellas de dos pulgadas de alta, cinco de circunferencia, y dos granos de peso, que levanta una llave de hierro que pese treinta y dos. El señor Vazquez me contó que el mineralogista alemán, A. G. Netto, hizo excavaciones, y encontró que la masa de piedras imantadas, se halla considerablemente disminuida á seis pies de profundidad. Cerca de Cotuy se hallan también otras piedras que atraviesan por el camino real, pero estas tienen pocas propiedades magnéticas. En cuanto al valor del mineral diré que M. Netto lo coloca en la misma línea que el de Danemora en Suecia, y el de Arendahl en Noruega. Además, si se considera que el río de Inna riega la falda de la montaña, y que las alturas vecinas se hallan cubiertas de árboles, se comprenden al punto las ventajas que se podría sacar de la explotación de esta mina.

La parte meridional de la colina es toda calcárea. Allí las piedras que se hallan expuestas al aire, presentan muchos hoyos en su superficie tersa como si estuviera pulimentada; en otros sitios las piedras ofrecen caprichosos contornos. A poca distancia de esta colina hay otra que contiene mármol blanco, y cerca de ésta se halla jazpe con vetas. De lo alto de la montaña imantada se disfruta de una agradable perspectiva.

El terreno es muy fértil, sobre todo en la parte calcárea; el lado septentrional ó magnético fué cultivado antiguamente; ahora está cubierto de *solanums*. A unas dos millas hacia el Sud-Oeste hubo en otro tiempo una mina de cobre famosa, que explotaron los españoles. El mineral daba además del cobre un 8 por 100 de oro. El profesor Meiner, según cuenta el mineralogista Haupt, obtuvo de cada quintal de mineral de Maymon media onza de oro, onza y media de plata, y 43 por 100 de cobre.

EL EJERCITO DE LA CHINA.

Generalmente la estadística presenta datos inciertos y variables cuando se refiere á países lejanos, por cuya razón no extrañamos la diversidad que se observa en los cálculos hechos por los europeos acerca de las fuerzas militares del celeste imperio. Hay quien ha hecho subir el ejército chino á un millón de soldados de infantería y ochocientos mil de caballería: otros reducen el número de dichas armas casi á la mitad; pero todos los que han tenido ocasión de examinar las cosas de cerca, convienen en que la infantería no baja de 830,000 hombres, que la caballería sube á 410,000, y suponen que la marina consta de 30,000 al menos, lo que da un total de un millón doscientos noventa

mil hombres, fuerza respetable, aunque no desproporcionada para un imperio que cuenta trescientos millones de almas.

A pesar de estas fuerzas considerables y de la célebre muralla con que aquel imperio ha querido guarecerse de toda invasión, la China es una débil nación militarmente considerada: en el siglo XVII fué conquistada por los tártaros, cuya dinastía domina aun, y no hace muchos años que los ingleses arrollaron sin dificultad, casi sin combatir, á los tártaros y chinos reunidos.

Hay, pues, tropas chinas y tropas tártaras, aunque generalmente unos y otros suelen militar bajo una misma bandera para la defensa de las plazas fuertes. Solo quedan escluidos los chinos de la guardia imperial, que consta de 25,000 hombres de infantería y 3,000 de caballería, en cuyo servicio se emplean únicamente los tártaros.

El ejército chino está repartido en ocho divisiones, que se distinguen por el color de sus banderas, siendo amarillo el de la primera división, que es la imperial. La bandera de la segunda división es blanca, la de la tercera encarnada, la de la cuarta azul, y las cuatro restantes solo se diferencian de las primeras en algun adorno ó bordado de distinto color. Cada división tártara se compone de 10,000 hombres.

Los grados militares, lo mismo que los civiles, se dan en concurso, verificándose exámenes anuales para las promociones; de modo que un simple soldado, mostrando habilidad para manejar el arco, servirse de la lanza ó montar á caballo, puede aspirar á ocupar uno de los puestos principales de la milicia. Tiénesen también en cuenta para esto la fuerza muscular y no se desatiende el temperamento del individuo, siendo generalmente preferidos los hombres robustos á los demás en iguales circunstancias, porque parece que los chinos, sean militares ó paisanos, miran con marcado respeto á los hombres gordos.

También son ascendidos los soldados que se distinguen por su valor en los combates, y si muere en campaña, tiene el consuelo de lograr para sus familias una pensión, y que sus nombres se inscriban en los libros sagrados, probablemente para ser recompensados en el otro mundo.

Un soldado se puede retirar á la edad de sesenta años, disfrutando desde entonces medio sueldo. Este es diferente para los chinos y los tártaros, de los cuales los últimos vienen á tener unos treinta reales al mes además del rancho, y los primeros un duro sin la comida. Unos y otros estiman mucho la paga, pero esta no influye nada para que ellos se batan con mas entusiasmo. Verdad es que apenas conocen la disciplina, pues suelen ir agrupados alrededor de sus banderas en confusos pelotones, siendo los oficiales á caballo los que primero entran en la pelea, y á pesar de esta falta absoluta de táctica, la ordenanza es tan rígida, que no concede la posibilidad de la derrota, lo que hace que se desfiguren siempre los hechos, presentando siempre los generales chinos sus descalabros como victorias. Una anécdota que vamos á referir prueba la importancia que entre los chinos se da á la resistencia. Había un general inglés intimado á un mandarin chino la orden de evacuar un fuerte, y el tal mandarin, que no tenía medios ó valor para desobedecer al enemigo, vino al campo de éste á decirle desocupar el fuerte con la condición de que por una y otra parte se tirasen cañonazos, aunque sin bala, durante una hora. El general inglés permaneció en su puesto sin acceder á semejante farsa; pero el mandarin, vuelto al fuerte, armó durante una hora tal ruido de cañonazos que cualquiera hubiera creído hallarse en una de las batallas mas sangrientas de los tiempos modernos. Después de esta farsa, los chinos abandonaron el fuerte, y nadie duda que el mandarin sería altamente recompensado por su heroica resistencia.

El traje de los soldados es un vestido encarnado con bordadura blanca ó azul y pantalón de algodón azul. Cada soldado lleva en la espalda el nombre de su regimiento, y generalmente la palabra *young* que significa *intrepidez*. Luego que han cumplido su servicio se quitan el vestido y la gorra, únicas insignias militares, y quedan vestidos de paisanos. Por esta razón cuando los ingleses se posesionaron de las ciudades de *Nippo* y *Amoy* se vieron en la imposibilidad de perseguir á los soldados, porque estos tirando la gorra y el uniforme se habían mezclado al resto de la población.

Los mandarines llevan una espada corta y estrecha con muchos adornos en la vaina, y se la cuelgan al costado derecho para que no tropiece con la aljaba que tienen al lado izquierdo. Esta aljaba es de cuero, mas ó menos adornado según la graduación. Las flechas son de varias dimensiones y terminan por una bolita agujereada que produce cierto silbido en el aire, lo cual tiene por objeto aterrar á los enemigos. Empleanse en ella plumas de vistosos colores, tales como las del faisán, principalmente para los mandarines.

Los soldados simples ó rasos llevan broqueles, fusiles, lanzas, arcos, flechas y sables de dos hojas. El broquel suele ceder á la bala, pero resiste bien al choque de las lanzas y de los sables, y tiene en la parte exterior una figura rara, tal como un dragón, un tigre ó un diablo para causar miedo al enemigo. Y si es verdad que los chinos son los primeros que han hecho uso de la pólvora, es preciso conve-

nir en que han progresado muy poco, puesto que hasta para los fusiles emplean la mecha. Hay lanzas de varias formas; las unas son picas y las otras se parecen á nuestras alabardas. Generalmente la hoja es larga y ancha con un solo corte ó filo; de manera que sería un arma temible si no fuera tan difícil de manejar. El arco es el arma favorita de los chinos: este es de una madera sumamente dura y elástica, y su cuerda de un tejido de hilo y seda bastante sólido. El sable de doble hoja es un arma muy singular pero poco temible, aunque no ha podido apreciarse debidamente su valor en la guerra de los ingleses por la razón de que los chinos nunca se han batido de cerca. ¿Qué significan en efecto los sables de dos hojas ante las bayonetas y las balas de los europeos?

Los tártaros son muy hábiles en el manejo del arco, y se dan premios á los que mayor destreza manifiestan. Así en la última campaña, de que ya hemos hecho mención, se prometió como recompensa á los que pusieran la flecha en el blanco, que verían la cara del Emperador; premio extraordinario en un país donde al pasar el soberano, á quien llaman hijo del cielo, todo el mundo debe prosternarse hundiendo la cara en la tierra.

La administración general del ejército y de la marina militar se halla centralizada en Pekín y ejercida por uno de los seis grandes consejeros que dirigen los negocios del imperio. Si se examina el mecanismo del gobierno en su organización teórica, no deja de sorprender la clasificación regular que se advierte en todas las ruedas y en todos los rangos de la administración. Pero bajo el punto de vista de la práctica ya es diferente: las ambiciones hacen valer sus maquinaciones allí como en Europa; las intrigas y la corrupción hacen prevalecer la injusticia en los concursos, y así el consejo de guerra de Pekín se vería incapacitado de organizar un cuerpo de defensa en caso necesario. Comparando la pólvora china con la inglesa, se observa que una y otra están compuestas de los mismos elementos y casi en iguales proporciones. La inglesa tiene 75 partes de salitre, 15 de carbon y 10 de azufre; la de los chinos consta de 75,7 partes de salitre, 14,4 de carbon y 9,9 de azufre. El salitre se encuentra con abundancia, y el consumo de la pólvora es grande, pues no hay fiesta en que los chinos no la empleen con prodigalidad. En las márgenes del río de Canton hay una ciudad de 500,000 almas, donde se oyen frecuentes detonaciones en los crepúsculos de la aurora y de la tarde. No hay buque que á su entrada ó salida del puerto no sea saludado por numerosas descargas, y hasta las flotas de pescadores hacen ruido á porfía para alcanzar el favor de las divinidades. Desgraciadamente para los chinos, la pólvora no les sirve mas que para hacer ruido en sus fiestas nacionales y ceremonias religiosas; pero muy poco para resistir las agresiones de un ejército disciplinado.

Hemos hablado ya de los fusiles chinos, que habiendo de descargarse con la ayuda de la mecha, son mas peligrosos para los que se sirven de ellos que para los enemigos; pero aun no habíamos dicho nada de sus cañones, que no valen mucho mas que sus fusiles. Háblase (y esto prueba la antigüedad de la pólvora) de un sitio en el año 757 en el cual los tártaros hicieron uso del cañón y de la mina, y el P. Gaubil en su *Historia de la dinastía mongola* cuenta que durante otro sitio sostenido en 1272, lanzaban los chinos bombas muy semejantes á las que hoy conocemos. «Eran, dice el autor, unas piezas de hierro en forma de ventosas que estaban por dentro llenas de pólvora, de modo que cuando se inflamaba producían un ruido parecido al trueno. El punto en que caían quedaba ennegrecido, estendiéndose la señal del fuego á mas de dos mil piés, y si este fuego tocaba á una coraza de hierro la hacia trizas.» No se puede dudar, pues, que los chinos han conocido la pólvora y hecho uso de los proyectiles desde tiempos muy remotos; pero han sido siempre tan torpes en la artillería, que el mismo emperador, convencido de su impotencia en los principios del siglo XVII, aceptó los servicios de los portugueses para resistir á los tártaros. Los ingleses cogieron algunos cañones á los chinos y los hallaron inútiles para la guerra, no solo porque son pesados sino porque revientan con mucha facilidad.

En cuanto á las fortificaciones se observa el mismo olvido de las reglas del arte. La fortificación es elegante y presenta de lejos un aspecto imponente; las murallas tienen cierta solidez, pero sus troneras están dispuestas de tal modo, que los cañones solo pueden tirar de frente. Además la mayor parte de los fuertes están defendidos solamente por un lado. Basta por consiguiente desembarcar á algunos pasos del fuerte y hacer una ligera conversión para tomarlo, como lo hicieron los ingleses con grande asombro de los chinos que no habían siquiera sospechado tan sencilla maniobra.

Vemos, pues, por los detalles que preceden la poca significación militar del celeste imperio: la organización de sus tropas, la imperfección de sus armas, la disposición y medios de defensa bastan, en fin, á explicar las victorias de los ingleses. Algunos regimientos europeos harían la conquista de la China en breve tiempo si solo tuvieran que luchar contra los hombres.

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.

Entre los primeros franceses que visitaron el interior de América, uno de los mas conocidos es Pedro Blondeau, que después de haber aprendido el oficio de barbero con uno de los mejores de París, salió á correr el mundo con un fraile dominico, llamado el padre Francisco, que lo habia recibido en clase de criado y de compañero de viaje. El famoso proverbio que dice: «como el amo es el criado,» no tenia aplicación en este caso, porque jamás se vió pareja mas discordante; el monje era muy fino y delicado, y el barbero lo que se llama vulgarmente un buen diablo, un hombre á la pata llana.

El amo era sério, austero y grave; el criado era ligero, revoltoso, hablador como un papagayo, alegre como unas castañuelas; siempre cantando, bebiendo, bailando y tocando la flauta; el amo deploraba la depravación del siglo y la perversidad del corazón humano; el criado creía que este era el mejor de los mundos posibles, y que no se podía jamás divertirse con exceso; amaba á todos los hombres, y particularmente á los que le convidaban á beber; adoraba á todas mujeres, pero sobre todas á Anita, con quien debía casarse al volver á Francia. Amo y criado se parecían sin embargo en que los dos procuraban corregir los defectos de su prójimo; pero el bueno del fraile corregía los defectos del corazón, el barbero los del peinado; el primero libraba á las almas de sus vicios, el segundo desembarazaba las mejillas de una vegetación importuna y superflua. El padre Francisco quería á Pedro porque conocía su buen natural; y Pedro amaba al padre Francisco porque veía en él el mejor y mas indulgente de los amos y de los confesores.

De vez en cuando solían tener sus disputas. Pedro quería tener siempre razón. El fraile lo escuchaba con sangre fría, y cuando Pedro reconocía su error, su buen amo no le negaba nunca el perdón, que recibía el barbero derramando abundantes lágrimas; pero al día siguiente se repetía la escena que concluía con la misma reconciliación.

Estos séres tan diversos partieron para América, y desembarcaron en la Nueva-Orleans para dirigirse al Illinois, adonde habían penetrado todavía pocos europeos. Al sacerdote lo llevaba el deseo de predicar en aquel país el Evangelio para convertir á los salvajes y hacer cesar los sacrificios humanos; el criado tenia curiosidad de ver la fuente de Jonvence (1), los cisnes de cabeza de toro, los lobos blancos y las jóvenes de tez roja.

Pedro habia hecho la barba en Francia á mas de una fisonomía testada por el sol de la Luisiana; él habia tenido entre el pulgar y el índice mas de una nariz que habia aspirado los dulces perfumes de la Florida, la tierra de las flores; habia oído maravillas de aquel país; minas de oro donde este metal se encontraba en barras de treinta y cuarenta libras; lagos cuyas aguas rejuvenecían á los que se bañaban en ellas. Todo esto le parecia perfectamente creíble; pero no podia concebir que las jóvenes fuesen rojas en un país donde los lobos eran blancos; ni que los bisontes (2) tuvieran barba, cuando los hombres no la tenían. El ejemplo de tanto aventurero convertido en gobernador ó príncipe, estimulaba su ambición.

No dudaba que él lograría tambien descubrir alguna region desconocida, y ya se consideraba como otro Colón, añadiendo á la corona de Francia muchos millones de súbditos. Ya se veía colmado de títulos y honores; el rey le creaba duque y par; el primer ministro le ofrecía su hija en matrimonio; pero él rehusaba la oferta, aunque fuese brillante, para guardar fidelidad á su querida Anita.

Anita, en verdad, no tenia fortuna, pero ¿qué importa? ¿No era él rico como Crespo ó los Fúcares? El enriquecerá á Anita; él la cubrirá de joyas, él la pondrá tan alta como las damas principales, y la tará digna de él.

Así discurría Pedro, y nada en el mundo hubiera podido destruir sus brillantes ilusiones. Esperando él ser un gran señor, continuaba manejando la navaja y los peines; él afeitaba semanalmente á toda la tripulación del buque que lo llevaba á América; y cuando la mar estaba en calma, bañaban los marineros al son de su flauta.

Hélo en la capital de la Luisiana, al borde de su paraíso terrenal. Por desgracia los placeres de este paraíso tienen algunas espinas; el suelo de este Eden está sembrado de serpientes de cascabel, la atmósfera está cubierta de mosquitos, y la fiebre amarilla se lleva á un hombre en veinte y cuatro horas, sin que nadie haga caso. Esto despetino un poco el entusiasmo barberil, pero no encenó su fé en sus futuros elevados destinos.

Desde los primeros días de su llegada á la Nueva-Orleans, el padre Francisco habia tratado con mercaderes de pieles y con cazadores que debían remontar el Misisipi hasta el país de los Illinois. La es-

(1) A la que se le atribuía el prodigio de rejuvenecer.

(2) Toros.

pedición partió en lo mas fuerte del estío; el viaje fué largo y agradable. Por la noche se amarraban las barcas á los árboles de la orilla; erigíanse tiendas en el bosque; se hacían hogueras; se comía caza muerta á dos pasos, en las selvas todavía vírgenes.

Los indios, sorprendidos con el color de los europeos, aterrados por sus armas, los consideraban como á seres sobrehumanos, y les ofrecían votos como á Dioses; ó bien los consideraban como demonios, y huían á su aproximación dando señales de espanto y miedo.

La naturaleza de América desplegaba á la vista de nuestros viajeros toda su magnificencia. El profundo río, tan claro como el cristal, corría con un movimiento lento y casi imperceptible, que no dificultaba la navegacion; los innumerables árboles que guarnecían las márgenes ofrecían grata sombra á los barcos, preservándolos del ardor del sol; el cisne bogaba pacíficamente sobre el espejo azul que reflejaba la nieve de sus alas; el parlero papagayo, el ave juguetona saltaba de rama en rama y parecía que celebraban la venida de los extranjeros que visitaban su retiro favorito.

Mil árboles cargados de frutas mojaban sus ramas en el río, y la salvaje vid, abrumada bajo el peso de sus racimos, parecía que escitaba la codicia del viajero. Gamos y ciervos de graciosos cuernos enredaban sus cornamentas en las ramas de los árboles; los toros bajaban á beber en la límpida onda; nubes de pajarillos guarnecían la playa ó surcaban el cielo.

Cuando llegaron al Illinois entraron en un pueblo donde fueron recibidos con las mayores muestras de la mas cordial hospitalidad. El sachem, rodeado de sus consejeros y guerreros abigarrados de brillantes colores, y con plumas en la cabeza como signo de paz, les salieron al encuentro y fueron convidados á comer y á alojarse en el palacio del primero, palacio que era una cabaña de tierra y de cañas. Sirviéronse una comida compuesta de jorobas de búfalo, colas de castor, cabezas de ciervo y perrillos asados con grasa de oso. El padre Francisco tan sensible á los placeres de la mesa como á los de la beneficencia, no dejó de honrar tan espléndida comida; pero por no perder el hábito de predicar, dirigió á sus huéspedes, en tanto que probaba sus manjares, un sermón contra la incontinencia, después del cual procuró hacer comprender al rey y á su corte que, para que las viandas sean esquisitas, es menester ponerlas pimienta, sal y otros ingredientes de que no tenían noticia estos pueblos primitivos.

Pedro alabó mucho la comida, excepto los perrillos. No podía él concebir que se comiera un animal que, por su inteligencia, está tan cerca del hombre; á sus ojos era casi tan malo ser comedor de derros como de hombres. El hubiera preferido un cochinillo ó un conejo, y al efecto los recomendó á la atención del cocinero de la corte.

Después de la comida, los salvajes ofrecieron á los dos franceses diferentes presentes, entre otros plumas de pintadas aves, pieles de zorro y de marta, de cocodrilo y de culebras, y una docena de jóvenes de quince á diez y ocho años. El buen fraile aceptó los cocodrilos y las serpientes, y rehusó las docenas; el barbero hubiera hecho ha haberse atrevido, todo lo contrario, pero una mirada de su señor le recordó su deber.

—Dos siquiera, dijo Pedro, me contento con dos solas.

—Ni una, repuso el inexorable misionero, con gesto imperativo.

—Es por mera curiosidad, dijo Pedro, para enseñarlas en París.

—Si tal es tu deseo, dijo el fraile, toma un loro, un búfalo, una culebra de cascabel ó cualquiera otro animal que te acomode; yo te lo permito, pero las muchachas, no.

Concluidas las exhortaciones del padre Francisco, fué conducido éste á un cuarto donde se reclinó sobre pieles de bisonte para hacer la siesta. Mientras dormía, algunas mujeres le hacían aire con plumas de cisne, y espantaban los mosquitos con colas de ardillas.

Cuando nuestro misionero se creyó dueño del afecto del rey y del pueblo, intentó hacerles conocer el objeto de su viaje, y ensayó el orientarlos sobre las ventajas de la civilización; enseñóles la luna á través de un telescopio, y les explicó el uso del reloj y de la brújula. Los illinois tomaron aquellos instrumentos por animales, y trajeron provisiones para alimentar aquellas fieras, desconocidas en el país.

Las lecciones de astronomía los divertían mucho, pero mientras el padre les enseñaba el curso de los astros, aquellas gentes le desocupaban los bolsillos con la destreza de los mas hábiles rateros de Europa.

—Este pueblo, decía Pedro, no está por lo visto tan atrasado como suponíamos; casi está civilizado.

Al día siguiente por la mañana Pedro fué á llevar el auxilio de su arte á los jóvenes de la ciudad que se vestían en el bosque, á orillas de un riachuelo. El adorno de los del illinois consistía en picarse la piel y pintársela de diferentes maneras, y en engalanarse con plumas de ave. Pedro peinó á los hijos del rey con un gusto que maravilló á toda la corte; luego los pintó con una riqueza de colores, sin ejemplo

en aquel país. Hechas estas operaciones y la de la barba, les permitió contemplar cuanto quisieron sus navajas, sus peines, su espejo y demás útiles. Desde aquel momento consideraron á Pedro como un gran sachem, y si no lo colocaron del todo á la altura del padre Francisco, por lo menos juzgaron que era su profeta.

(Continuará.)

CELLOS.

BALADA.

I.

De un arroyo en la orilla
creció una rosa,
toda amor y pureza,
gala y aromas.
Miróla ufana
el arroyo y de gozo
viró sus aguas.

En su líquido seno
copió su imagen,
y acarició su tallo
con beso amante.
Y en su ternura,
salpicó su corola
de linfa pura.

De Estío una mañana,
el Sol ardiente
vió á la flor dando besos
á la corriente.
Ardió celoso,
y abrasó con sus rayos
al claro arroyo.

Cerró la flor su cáliz
nevado y puro,
y del arroyo amante
cesó el murmullo.
Gimió de celos,
y al espirar la tarde
estaba seco.

II.

Ligera y blanca nube
baja, y gozosa
la flor enamorada
tiende sus hojas.
Su cáliz besa,
y ella, en blandos suspiros,
le da su esencia.

Pero del Sol la llama
brilla en Oriente,
y el nevado celaje
se desvanece.
Al cielo se alza,
y al cáliz de la rosa
deja una lágrima.

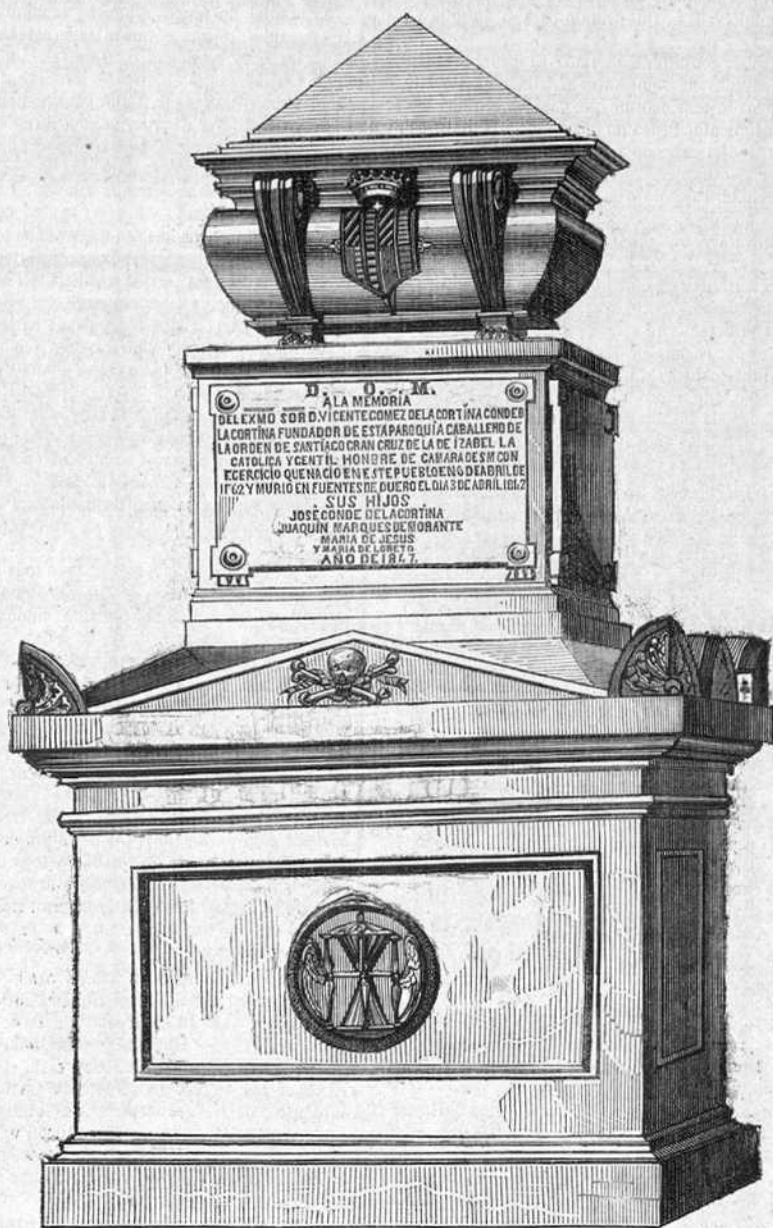
De la flor en el seno
brilla el rocío,
cuando dora las cumbres
el Sol de Estío.
Que entre las flores,
el rocío es el llanto
de los amores.

Cerró su cáliz puro
triste la rosa,
mientras el Sol doraba
sus blancas hojas.
Vivió aquel día;
y al otro, el Sol ardiente
la halló marchita.

JUAN A. VIEDMA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



SEPULCRO ERIGIDO EN MADRID, AL CONDE DE LA CORTINA.

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.

(Conclusion.)

El ruido de su habilidad llegó á oídos del rey. Este príncipe quiso ver los utensilios de Pedro; el espejo llamó mucho su atención. Su hija que se llamaba Estrella de la Mañana, se quedó estupefacta y no pudo prescindir de echarse á los piés del poderoso mortal que poseía tan prodigioso talisman. El rey se complacía de tal suerte en mirarse en aquel cristal plateado, que significó á Pedro que le daría á su hija en cambio del espejo.

—¡Viejo necio! dijo Pedro.

Pedro no se decidió en seguida. La oferta le lisonjeaba; no se le figuraba muy indigna de él; veía con gusto que el rey había sabido apreciar su mérito, pero no podía olvidar á Anita.

—¿Qué será de ella, decía él, si sabe que me caso? morirá de des-

esperación, y será mi décima, mi duodécima víctima. La conciencia me remuerde mucho...

Reflexionando de este modo se fué á la cama y se durmió. La almohada es buena consejera. Cuando se levantó había mudado de parecer. Había calculado que al cabo Anita no era mas que una costurera, y que él podía casarse con la hija de un rey; que quizá no regresaría á Francia; que aun en tal caso tendría necesidad de renunciar á la mano de Anita; y que un matrimonio salvaje en último apuro no era valedero al otro lado del Atlántico. Además, cuando fuese yerno de un rey, podría llamar á Anita á su lado, colmarla de riquezas, y casarla con alguno de su servidumbre.

Otras razones lo impelían á aceptar la mano de la princesa. Por este matrimonio abría la América central á los europeos, y en particular á sus compatriotas; ponía á su disposición los tesoros de aquellas regiones, las minas de Eldorado, la fuente de Jouvence, los lobos blancos, los cisnes de cabeza de toro: en fin, podía secundar al padre Francisco en su obra de conversión, y abolir la costumbre del país de

25 DE DICIEMBRE DE 1855.

ir desnudo y comer perrillos. Ya consideraba á los del Illinois vestidos á la francesa, con zapato de hebilla, calzon de seda, la casaca de terciopelo y las pelucas empolvadas. ¡Qué triunfo para la filosofía y las uces!

Pero antes de todo quiso consultar á su amo. El padre Francisco se escandalizó con el proyecto de semejante matrimonio. Declaró á Pedro que no conocía pecado mas enorme que casarse con una pagana, y le negó su consentimiento. Pedro no hizo caso, y el matrimonio se verificó al día siguiente. La ceremonia nupcial fué breve y sencilla. El rey entregó su hija al extranjero, después de lo cual los grandes de la corte dieron al novio un capiroto en la nariz. Hecho esto, Pedro insinuó á su compañera que desearía dar un paseo con ella por el bosque, y la rogó que lo llevara á una mina de oro, porque tenía curiosidad de verla.

La joven le hizo un signo de asentimiento, y tomó saltando y riendo el camino del bosque. Como galante caballero, Pedro le ofreció el brazo, pero la graciosa princesa echó á correr á través de las zarzas y matorrales, dando saltos por encima de los árboles caídos, sacudiendo alegre su larga y flotante cabellera. El enamorado barbero la seguía lo mejor que le era posible, admirando á lo lejos su ligereza, comparable á la del corzo, su alegría inagotable. Pedro era vigoroso, listo y vivo como un joven de veintidos años, y durante algun rato rivalizó en agilidad con su esposa, de pies de gacela. Pero como no estaba habituado á este ejercicio, tropezando en troncos y piedras, no tardó en sentirse fatigado. Cuando su mujer lo veía sentado, detenía un poco su carrera; ella le enseñaba el mejor camino, pero sin acercarse á él, y cuando éste quería apoderarse de ella, paraba como una flecha; mirándolo por encima del hombro, y riéndose al verlo apretar el paso. El barbero empezaba á juzgar la chanza un poco pesada; el sudor le corría por el rostro; maldecía su ambición, y se acordaba de su espejo. Ya iba á plantar á la hermosa y á volverse como pudiera á la capital de su reino, cuando vió de repente aclararse la selva, y aparecer una llanura interminable. Pedro no había visto savanas; por la vez primera vió una pradera americana con su terrible intensidad. Ni un árbol, ni una roca interrumpía la monotonía de aquel océano de verdura; solo se veía yerba de seis pies de alta, ondeando al viento como un mar agitado.

En este momento, el sol, en el término de su carrera, iba á desaparecer del horizonte que aun iluminaba con sus tibios y dorados rayos. Pedro creyó que aquella pradera, agostada por el sol del verano, formaba el límite de la tierra habitable; se figuró que se hallaba en el cabo del mundo. «Felizmente, dijo, he venido con un guía; sino por eso, me hubiera perdido.»

En tanto que así soñaba, descubrió en el lejano horizonte espesas columnas de humo que parecía que venían hacia él. Señaló el fenómeno á su novia, sentada sobre la yerba á algunos pasos de él, y le preguntó que significaba aquello; pero no sabía bastante el illinois para comprender la respuesta de la joven, y se quedó con su incertidumbre. Como continuaba sus preguntas, y su turbación crecía en la proporción que la masa del humo, la bella princesa se levantó y tomó la dirección del Oeste. Caminaron durante una hora. Pedro se puso serio y dejó de hablar; su compañera pareció conformarse á este deseo, y se puso también pensativa. El le había cogido la mano sin que ella hiciera la menor resistencia. Marchaban á la par y silenciosos por el inmenso desierto, ella con los ojos bajos, él mirando con un ojo á su hermosa, y con el otro el singular espectáculo que despertaba sus sospechas y cuya causa no conocía.

El sol se había puesto, la brisa se había acallado, una calma mortal reinaba en la pradera. Pedro era preso de diversas sensaciones todas penosas. Aunque naturalmente atrevido, experimentaba un secreto terror, hubiera querido retroceder, pero juzgaba que era imposible. El incendio que tenía ante la vista le parecía el fuego del infierno que quería devorarlo; su princesa era un demonio enviado para seducirlo y para castigarlo por haber desobedecido los consejos de su amo.

Las sombras de la noche eran cada vez mas espesas. Habían subido á una eminencia por una pendiente tan suave, que no se apercibieron de ella hasta que se vieron en la cima, desde donde se apercibía un extenso horizonte. El velo de la noche no ocultaba los objetos, pero los confundía; el ojo no distinguía ya ninguna de las ondulaciones de la llanura. Pedro tenía delante un espectáculo sin igual; la savana brillaba con resplandor sobrenatural, mientras que, en primer término, se hallaba envuelta en una oscuridad profunda. Un frío glacial circuló por las venas del pobre barbero; miró á su compañera y vió una sonrisa burlona en los labios de la joven. Entretanto el fuego era cada vez mas vivo, y el humo mas denso y negro. El fuego había encendido todo el horizonte, las llamas brotaban y se extendían ocupando mas de la mitad, y se lanzaron hacia arriba con la rapidez de un torrente irresistible.

Pedro no había oído hablar nunca de los incendios que devastan

las praderas de América en el otoño, y no tenía bastantes conocimientos para atribuir á una causa natural este fenómeno.

El océano de fuego avanzaba siempre por el océano de verdura. Llamas azules, rojizas y amarillas serpenteaban sobre el suelo ó formaban en los aires columnas ó espirales. Un ruido sordo, un rechinar terrible se oía en toda la llanura, como si la tierra viera destrozadas sus entrañas por algun volcan en erupción.

Pedro creyó ver el infierno abierto ante él. Distinguía en las llamas demonios, espectros, cocodrilos, serpientes gigantescas bailando y abriendo su enorme boca para tragárselo. Uno de aquellos seres fantásticos pareció que se arrojaba sobre él extendiendo sus largos brazos de brasa y haciendo vibrar su triple lengua encendida. Pedro creyó ver á Anita, cuya imagen amenazadora iba á castigarle su perjurio. Dió un grito espantoso, bajó precipitado la colina, y se puso á correr con la ligereza de una antilope. El miedo le había restituido la agilidad á sus piernas; sin embargo, tal prisa tenía de huir de aquel lugar, que le parecía que tenía plomo en los pies.

La india palmoteó y echó á correr riendo á carcajadas. Aquella risa, que lo alegró por la mañana cuando penetraron en el bosque le producía el efecto de una amarga ironía. Corría como si tuviese alas; la joven lo seguía con dificultad. Saltaba como un gamo troncos y piedras; salvaba los zarzales como un corzo: las espinas se le clavaban en las carnes, los guijarros se metían en sus zapatos, pero por eso no mitigaba su marcha. Por último, faltarle de aliento, herido, estropeado, chorreando sudor y sangre, llegó á la capital de su imperio. Entró en la primera barraca que halló abierta, tendióse en el suelo y se durmió.

La joven india se quedó á su lado toda la noche. Puso bajo su cabeza un cón de pluma, lo cubrió con una piel, y ahuyentó los insectos de su frente. En una palabra, cuidó á su marido como una mujer afectuosa y solícita.

Cuando Pedro se despertó, su fatiga había desaparecido, pero su terror duraba todavía. Levantóse como un furioso, y resistiendo los abrazos de la princesa, corrió á la playa con ánimo de ver si podía salir de un país tan maldito. Sus camaradas, irritados con su matrimonio y alarmados con su súbita desaparición, habían abandonado la costa y se habían embarcado en sus barcos, que vagaban á velas tendidas cuando el barbero se presentó en la orilla. Gritó para que lo recogieran; pero como no lo escuchaban, se arrojó á nado, llegó á un barco y subió en él con todas las muestras del mas profundo pesar. Refirió á sus compañeros que había visto el infierno, el lago de fuego, á Satanás y los condenados, al padre Francisco, á Anita, y que solo por milagro se había librado de la muerte. Los viajeros creyeron que era una traición de los del Illinois, y se juzgaron felices de poder alejarse sin embarazo.

El desdichado barbero guardó cama todo el tiempo que duró la navegación del Misisipi. Tenía una calentura fuerte que no se le quitó hasta que se halló en el Océano á bordo de un buque que se daba á la vela para Francia. Entonces recobró sus sentidos y alegría. Pero había perdido sus ilusiones. Ya no creía en la fuente de Jouvence, ni en las minas de oro. Ya no pensaba en hacerse marqués ni rey. Estaba harto de las grandezas. Cuando se le hablaba de los proyectos antiguos se callaba y se ponía melancólico. Recobró la afición á su oficio de barbero, tan desdénado por él poco hacia, y en vez de pensar en la hija del primer ministro, se contentaba en tener por mujer á la modesta costurera Anita.

Pero Anita no podía ser ya suya. Cansada de aguardar al caprichoso barbero, Anita había dado su mano, y su corazón á un discípulo de Vatel. Habían puesto una pastelería que contaba ya con bastante parroquia, gracias á la buena mercancía y al donaire de la pastelera. Pedro recibió esta noticia con la firmeza de un hombre que tiene el corazón acostumbrado á los golpes de la fortuna severa. «¡Preferir á un marmítón! exclamó. ¡Así son las mujeres! ¡Al fin, yo la había sacrificado por una princesa!» Trató la infidelidad de Anita tan mal como merecía serlo, y se fué á comer pastelillo á su tienda.

Pero su viaje á América le fué muy útil. Todo el mundo quiso ser afeitado por el barbero que había viajado tanto y había sido yerno de un *sachem*. La narración de sus aventuras encantaba á sus parroquianos. No se le olvidaba nunca el contarles y describirles los horrores y estragos del lago de fuego, añadido desde entonces á la lista de las maravillas naturales del Nuevo-Mundo.

Estrella de la Mañana siguió á su marido hasta la orilla del río y lo vió partir con sentimiento. Ella acompañó con la vista los barcos de los europeos cuanto pudo, y después que desaparecieron en uno de sus recodos, se sentó sobre el césped, y ocultó la cabeza entre sus manos. Sus compañeras respetaron su dolor, la dejaron sola, y ella prorumpió en llanto por su vergüenza y abandono. Ella había sido vendida á la faz de toda la tribu; su esposo la había engañado y huido de su lado con horror y disgusto. No sabía á qué atribuir la conducta del extranjero. Por mas que examinaba la suya respecto de él, no descubría en

ella nada que justificase semejante perfidia. Ella lo había amado; ella lo amaba todavía; él aparentaba corresponderle, y la había abandonado!

Herida en su honor, en su dignidad, en sus más tiernas afecciones, la hermosa salvaje no pudo soportar la vista de sus parientes ni de sus amigas. Traslada moribunda al palacio de su padre, vivió todavía en él algunos meses en la soledad, el llanto y el duelo, y bien pronto un montecillo de césped cubrió los restos de la interesante y preciosa amante de Pedro. El montecillo se llama hoy todavía por el nombre de la princesa, el *Montecillo de la Estrella de la Mañana*.

UNA VELADA EN TRIANA.

Era la víspera del 26 de Julio, día de la señora Santa Ana, patrona del barrio de Triana en Sevilla, cuya población parecía bajar en masa á rendir su homenaje á la abuela del Redentor, cruzando el vetusto puente de diez barcas, que con sus oscilaciones sube orgulloso en las crecidas y se humilla dócil en la calma hasta el abismo de las aguas. Sus banderas y gallardetes, sostenidos por las figuras de los emperadores y reyes que sucedieron á Trajano, de quien es fama nació Triana, heredera de la famosa Itálica; los pabellones y banderas que izan los buques, surtos en el puerto; la animación de las gentes que en tropel atraviesan el puente, la premura con que otros flotan lanchillas para surcar más pronto el Guadalquivir, y la hermosa perspectiva que desde el centro del puerto presentan ambas orillas colmadas de pueblo, que ó quieren embarcarse ó gozar de ese panorama que se presenta á su imaginación, forman una pintura vespertina, cuyo interés crece por momentos, según la noche se acerca. Por un lado se presenta la erguida torre del Oro, testimonio de la antigüedad y de la historia contemporánea del real alcázar, desde el cual se comunicaba á aquella por una magnífica galería cerrada, igual á la que principia en su recinto actual, y cruzando por la puerta de Jerez se enlazaba con la torre, á la cual venían los reyes moros á fletar sus galeras y vigilar sus aguas. Don Pedro y doña María Padilla posteriormente á exhalar los suspiros de sus amores, y don Carlos V y sucesores á esperar las flotas, cuyos productos la dieron otro nuevo nombre. Aislada hoy y elevada entre hermosos paseos, todavía conserva su belleza y nombradía, y si bien ni alberga reyes ni tesoros, permanece de enseña de los navegantes, de consuelo á los enamorados, y de recreo á los amantes de las glorias sevillanas. Situada en la misma margen del Bétis, asemeja una diosa circundada de diversidad de naves que apuestan elevar sus pabellones y banderines á la altura de sus almenas, y siempre quedan más bajas que el erguido castillo de los moros.

Por el lado setentrional del puente se divisa la extensión del río, que dobla á la vista de una cordillera sembrada de olivares y viñedos, entre los cuales se nota la blancura de sus pueblos y la belleza de sus torres árabes. Descuella á corta distancia la Cartuja de las Cuevas, antiguo monasterio, cuya iglesia guarda los sepulcros de los duques de Alcalá, con multitud de mármoles y jaspes que constituyen un museo de preciosidades. Hoy se ostenta allí la fábrica de loza, cuya hermosura ha competido con la inglesa; abastece ya á toda España, y ha creado en otras provincias casi fabricación, casi desconocida anteriormente.

Nada más atractivo que la travesía al hermoso barrio de Triana por su puente de barcas; las vistas que le circundan, el banaleo de aquellas al sentir el peso de las gentes y los carruajes; la suavidad de su pavimento; los asientos laterales en las proas y popas de las barcas; el ruido y bullicio del pueblo, y el sonido de las olas, forman un conjunto difícil de describirse. En la víspera de su patrona se halla también rodeado de vendedores que embellecen su tránsito, y que siguen á uno y otro lado en hileras iguales por la calle Larga, y cuatro laterales hasta llegar á la parroquia de Santa Ana.

Confúndense en su templo las gentes, las edades y los sexos: la risueña y agradable sevillana, con su larga y tendida mantilla, su vestido negro henchido por su miniatura, y su ajustado y apuesto calzado, único resto de su antiguo traje; la graciosa y voluble gaditana, con su vestido más ceñido y ostentador de sus contornos; las serranas, enjaezadas con sus perlas y collares, desfigurando con la imitación de las modas de las ciudades, la hermosura que poseerían superior á la de aquellas; las cigarreras, multitud baja de Sevilla, con sus trajes de moda, con pañolón en todo tiempo, puesto con tal arte que nada tape; pero conservando los antiguos adornos de cabeza y calzado, que tanto embellecen á las andaluzas; las gitanas, en fin, de color de cobre, nariz aguilena, cara larga y expresiva, ojos rasgados y centelleantes, su pañuelo terciado y su brazo en jarras; el señorito andaluz, con bigote y perilla, pecho alto, presencia erguida y traje soberbio; el sevillano con su marsellés madrileño de alamares

de plata, su pantalón corto, su botín ondulado y su sombrero enmadrado de terciopelos; el jerezano, descubriendo su esbelta forma con el pantalón de punto azul y bien ajustado; el gaditano, casi dispuesto á presentarse en la lid á menudear el vicho; el gitano, con su ropaje variado, sus formas decadas, su limpieza bien diferente á la de ellas, y su mirar sagaz y avizor; todos allí deponiendo su genio, gracias y carácter, rinden su gratitud á la santa patrona que celebra la antigua Trajana.

Había acabado ya el predicador su sermón, en que después de enumerar la antigüedad del culto que á nuestra Señora Santa Ana profesa el arrabal de Triana, igual á la de este, que considero más antiguo que Sevilla, y que conoció la gloriosa Itálica, madre de emperadores romanos, con la que parte su fama, atribuyéndose serlo de Trajano, vino á referir los beneficios que la patrona ha hecho repetidamente á los 15,000 vecinos de Triana, y especialmente los milagros obrados en la inundación del Guadalquivir de 1626, en la peste de 1673, en los terremotos posteriores en que hasta la Giralda se bamboleó, y en la arriada de 1796, concluyendo con los favores que tiene prodigados á sus devotos feligreses. Una gran orquesta de innumerables voces y escogidos instrumentos hinchó las naves del templo, y dejó oír los cantos y composiciones con que un día enriqueciera á Sevilla el ya célebre maestro Esclaba, que llenó de discípulos su patria, y á su nación de fama musical. Al salir del templo cubría ya el horizonte el crepúsculo con que el astro solar se despidió de los mortales, y estos parecía que le disputaban sus resplandores con otros que su genio hacía suplir á la falta de aquel, al cual, si bien no podían reemplazar, lograban al menos deslumbrar su vista con tan radiantes y multiplicadas luminarias.

Las hileras de puestos mercantiles, simétricamente colocados en las anchas calles que hemos referido, aparecen con su candilón colgado en alto delante de su mercancía, despidiendo fragante llama, y la multitud y armonía de estas, la dilatada vista que á lo largo presentan y la extraordinaria perspectiva que á bastante distancia ofrece, son pinturas mejor para concebidas que para descritas. Después de recorrer en esta forma las tres mas anchas y hermosas calles de Triana, otro panorama más variado deleita la vista y presta en aquel día un ornamento á Sevilla y su arrabal. La calle Larga del muelle, iluminada del mismo modo por sus ambulantes mercaderes, refleja sus resplandores sobre la corriente del Bétis, en cuyo seno se ve brillar los mismos fulgores de su orilla, formando la más deliciosa perspectiva que imaginarse pueda. Allí los torrones y jaleas de todas clases y países, el cascajo que tanto se encomia en navidades; las frutas y dulces de todo género y estaciones, y el arroz con leche en grandes fuentes vendido por menor, colocado todo en blancos y hermosos manteles y con la mayor limpieza, son objetos tan dignos de notarse como la multitud de gitanas que con sus sartenes y barreños fabrican redondos, nutridos y pequeños buñuelos, con que convidan á los transeúntes ofreciéndoselos en bancos, de que se hallan graciosamente rodeadas. Vestidas de blanco las hijas de Egipto, con sus aderezos, zarcillos y pulseras, pregonan el precio de su fabricación, interin las mas jóvenes, interpoladas en el paseo, convidan á los transeúntes con las mas alambiradas frases: «Zaleroso, ¿no toma Vd. para estas bellas ninfas una librita de buñuelos? «Hermosa mía, ¿no conquista Vd. á ese alma de Dios, para que la regale un par de libritas?» Y no deja de ser frecuente, que abrazando á los convidados, los conducen á los bancos de su deidad, entre la algazara de los concurrentes, estando bien recibido aun de las personas de tono.

La vista del puente iluminado es el objeto principal de adorno de la festividad. Una fila de faroles á nivel de la barandilla del puente, otra de color en las guirnalda, suspendidas sobre él, y otra en la bandera de cada uno de los diez barcos, forman una luminaria brillante, de mucha simetría, y de gran efecto. Empavesada cada barca con mas de cien farolitos entre gallardetes y banderolas, elevando á proa y popa su bandera nacional, sin contar las luces simétricas de las barandillas, reflejan miles de iluminarias, colocadas en armonía, una brillantez capaz de eclipsar la del mismo sol. Pasado el puente se presenta al mejor punto de vista de todo aquel sorprendente cuadro, desde la alameda de Sevilla. Una enorme y brillante ascua parece el arrabal de Triana, ó un volcán cuyo cráter es todo Triana, y cuya lava se vierte á la misma puerta de Sevilla.

Eran las nueve de la noche, hora propia de gozar la velada. Las gentes que volvían de la festividad religiosa, cedían al lado izquierdo del puente á los que de la ciudad bajaban á la fiesta nocturna. Estos, reunidos en familias, unos con guitarras, otros con flautas ó violines, y algunos formando orquesta, mostraban en su traje, ligero, blanco las mujeres, y chaqueta y chambergo los hombres, que llevaban tela cortada para no volver en toda la noche; algunos traían en cestos la prevención ventricular, otros la buscaban en los refinados y montañeses, y no pocos, ya prevenidos, solo esperaban la buñolada con que todos concluirían su empresa.

Aposentándose cada círculo en las plazas ó calles anchas, ó en las orillas del Bétis, atronaban los aires con sus músicas, sus alborotos, sus cantares y sus gracias, y la media noche se deslizaba entre el estruendo de las bacanales. Llegaba ya la hora del pueblo egipcio, y cada puesto de las gitanas se veía rodeado de los adoradores de ellas y sus buñuelos, que sentados en círculos y cuadros animados, discurrían acaloradamente sobre las bellezas de la naturaleza. La alegría, el alborozo y la confusión llegan á su término, y las caras mitades de aquellas diosas, que no habían dejado verse antes de hora tan avanzada, descienden á manadas de sus albergues setentrionales de Triana. A la vista de los gitanos toman mas cuerpo los bailes, músicas y canciones que ellos animan; nadie guarda ya su puesto, todos se confunden; las gitanas levantan sus campamentos, se susurra la falta de pañuelos, abanicos, sortijas ó algún reloj, si había allí quien lo llevase; y se escurre toda la concurrencia, desapareciendo como el humo, y quiera Dios que sin dejar algún rastro de sangre humana.

Repléganse los que no han quedado derrotados á las casas particulares de Triana, en las que prosiguen los vinos y saraos, los dulces y refrescos, el vino, el gazpacho y los buñuelos hasta hacerse de día, en que cada uno prepara á su cuerpo el descanso que mas le conviene.

Otra vez se reproduce la misma fiesta día y noche del siguiente, en que se obsequia á la santa patrona, y en que el barrio de Triana pone en circulación muchos miles de reales; siendo esta velada la mejor, mas lucida y celebrada de las de Sevilla.

JUAN MIGUEL DE LOS RÍOS.

LAS NOTABILIDADES.

La vanidad es, á no dudarlo, la pasión mas honda del corazón humano; se desarrolla con la infancia, é intenta traspasar los límites de la muerte; perpetúa las desigualdades sociales hasta en la morada de los que ya no son, y ha impulsado siempre al hombre á buscar la celebridad por cuantos medios han estado á su alcance. Pero esta hermosa pasión, que ha convertido tantas veces la tierra en un lago de sangre, que ha inventado los títulos y las jerarquías, que mueve al pavo real á desplegar á su vistosa cola, á caracolear al caballo, enjaezado, y al hombre á cubrirse el pecho de cintajos y á no contestar á los saludos de sus semejantes, ha llegado á ser la pasión dominante de nuestra buena sociedad: nunca las gentes se han resistido mas tenazmente á convencerse de que es muy raro poseer un gran talento y un corazón elevado; que la mayor parte nacen honradas medianías; que las puertas de la inmortalidad se abren solo á los verdaderamente grandes y que aunque nada mas fácil que vestirse como los grandes hombres, andar como ellos, reproducirse del mismo modo y hasta tener su misma estatura, nada mas difícil tampoco que ejecutar sus grandes hechos y escribir obras inmortales, aunque todo el mundo tenga la cabeza colocada sobre los hombros y el corazón puesto en su lugar. Y sin embargo, esta tendencia del hombre á descolgar entre sus hermanos, este achaque eterno de la humanidad, se ha desarrollado entre nosotros de una manera espantable de algunos años á esta parte: nada mas raro ya que encontrar un niño que no se críe para genio: las calles están obstruidas por los grandes hombres, y toda la península hierve en *notabilidades*. ¿Pero de dónde este contagioso afán de ser famosos, esta pueril ambición que contaminó hoy todas las clases de la sociedad? ¿Será que nuestras eminencias sociales carezcan de verdadera grandeza, y que su pequeña talla haya despertado hasta en los mas enanos el deseo de medirse con ellas? ¿Es que careciendo de hombres verdaderamente grandes; sea lo que quiera, contemos el hilo de nuestras reflexiones y bosquejemos alegremente la grotesca fisonomía de esa muchedumbre de *notabilidades* que ha puesto la grandeza y la celebridad al alcance de los lacayos y de las rameras.

Jorge, es una notabilidad: diez años hace que vive con un fausto de príncipe, contrayendo deudas sobre deudas y haciendo perecer en la indigencia las familias de sus acreedores. Es imposible engañar con mas ingenio: ¡qué hombre! Ayer falsificó con tanta gracia y oportunidad una letra de cambio, que despues de contener con ella la turba insolente de sus proveedores, le sacó á uno de ellos dos mil duros mas con el precioso documento. Es lástima que un hombre como él tenga que marcharse al extranjero por no encontrar ya quien le preste un real. En este país no pueden vivir los hombres de su talento: los acreedores favorecidos por la justicia se atreven á pedirle á uno lo que le han prestado.

Por allí viene Luis; no conozco un hombre mas digno de admiración: su vida es una verdadera novela; ¡pero qué mucho, si él es todo un carácter! todas las mujeres se enamoran de él: es el espanto

de los padres y de los maridos. Pocos hombres han sabido aprovecharse mejor de la hermosa presencia y del fino talento con que le ha dotado la naturaleza: su historia íntima es un tejido de escenas sangrientas y graciosas. Ve una mujer bella, joven ó rica, y se decide con alma y vida á conquistarla: si no lo logra, la deshonra por medio de la calumnia ó de las apariencias: si triunfa de su virtud, la entrega á la miseria ó á la desesperación despues de explotar su amor, sus riquezas y sus influencias en provecho de su lujo y de su celebridad. Entre otras muchas, dos de sus aventuras son graciosísimas: necesitando una vez romper los lazos que le unían con una mujer casada á quien había empobrecido, pero cuya deshonra permanecía oculta, la dió una cita: escribió en seguida una carta á su marido, y cuando la infiel esposa se arrastraba á los pies de su seductor, llama á la puerta de la habitación el engañado esposo: Luis huye por un balcón y abandona su víctima indefensa al furor del burlado marido. Fué aquel un lance que hizo reír mucho á todos sus amigos.

Una joven había resistido todos los ataques de su obstinada seducción, porque estaba enamorada de otro: habíase cruzado una apuesta sobre la virtud de aquella mujer, y Luis debía quedar con honor: la hermosa recibe una carta de su verdadero amante, que atraviesa de una estocada, quiere verla antes de morir: Zelia huye de la casa paterna; vuela á la del amigo donde debía hallarse su adorado Fernando: una criada la conduce á una habitación secreta, y Luis entra á poco seguido de varios camaradas con copas y luces en la mano. Vamos, decididamente nuestro Luis es toda una notabilidad. ¿Quién es aquel hombre gordo que tiene el pecho cubierto de condecoraciones, el rostro cejijunto, el andar pausado, la mirada despreciativa y el hablar monosilabo? ¡Ah! es D. Serapio; ¡es una notabilidad política! Es un personaje verdaderamente respetable: jamás ha pronunciado un discurso en las Cámaras: nunca ha hecho la oposición á ningún gobierno: no ha escrito nada; no ha prestado ningún servicio importante; pero tiene una incapacidad tan perfecta y una facilidad tal de doblegarse á la voluntad de los demás, que únicamente á estas dotes y á su encopetada figura, ha debido el sentarse dos veces en la poltrona ministerial. Con él viene el celeberrimo D. Blas; ese sí que ha llegado insensiblemente á la inmortalidad. Empezó su carrera de periodista haciendo una oposición tan enconada al ministerio, que se vió éste obligado á sacarle diputado de la mayoría: D. Blas sabe hablar de corrido con tanta insolencia como falta de talento y de instrucción: el ministerio que le había colmado de honores y riquezas cayó en su última crisis, y era necesario que D. Blas le mostrase su agradecimiento: pronuncia un discurso furibundo contra los ministros agonizantes, y la oposición recibe con los brazos abiertos al valiente apóstata. D. Blas entra á formar parte del nuevo gabinete que había nacido para vivir muy poco: conócelo nuestro hombre, presenta su dimisión antes de que estalle la crisis, y vuelve á rehabilitarse en la opinión pública. D. Blas ensayando desde entonces su sistema, ha convertido su frac en un cuadro heráldico: desarrolla sus planes económicos con sus inmensas rentas, y fabrica el pedestal de su gloria con los vitores de sus numerosos amigos. Los hombres de talento se rien de D. Blas; los hombres honrados le desprecian; pero cuando él abre sus salones acuden en tropel las gentes mas famosas de la corte. ¿Qué es esto? Hablando con nuestras dos celebridades viene tambien una de nuestras notabilidades literarias: es D. Antolin, ese escritor famoso que ha dado tantas obras á la estampa. ¿Qué talento el de D. Antolin! Nadie ha sabido sacar tanto provecho como él del estudio de los idiomas extranjeros: D. Antolin ha llegado á poseer el arte de escribir como no le poseyeron los antiguos y modernos: él traduce los pensamientos, traduce los argumentos, traduce el estilo, las palabras, y sin embargo, todas sus obras son originales. D. Antolin es además un hombre completo: solo le falta una cosa que no ha querido traducir de ninguna parte, la vergüenza.

Pero ¿quién no conoce al famoso Ricardo, ese pálido y melencólico joven, que tiene el corazón tan gastado como su traje, el rostro de suicida y el hablar necio y melancólico? Ese no es un literato, ni un político, ni un hombre, es un *genio*. Sus padres, creyéndole formado como todos los humanos, le dieron una carrera y él la abandonó: sus amigos le socorrieron en los días de desgracia, y él les pagó con la ingratitude y el desprecio; viéndose entonces abandonado de todos, miserable, roto, ignorante, sin un oficio, sin ingenio, sin mas recurso ya que su vanidad y sus melenas, no pudiéndose dedicar á nada, se metió á genio. ¿Qué injusta es la sociedad con ese grande hombre! No comprende sus colosales pensamientos, únicamente porque no se los ha revelado á nadie: escribió una comedia, y todo el mundo corrió á silbarla solo porque era mala. ¡Pícaro sociedad! ¿por qué no crees en ese genio? ¿Es porque no ha escrito nada? Los genios no necesitan escribir: ¿es acaso porque desprecia á Calderón sin leerle, y no le satisface Cervantes á quien ha leído? Los genios lo desprecian todos; los genios no son como los demás hombres; son únicamente genios. Además de la turba inmensa de nuestras notabilidades cuyos re-

tratos no podríamos acabar nunca, ha producido hoy la manía de la fama otro linaje de celebridades de mas baja esfera, que son las especialidades. La especialidad es una inmortalidad de segundo orden que nuestra sociedad ha puesto al alcance de todas las gentes. Como todo hombre ha nacido para ser famoso, el que no puede hacerse notabilidad se hace especialidad, y ya tiene además de su apellido otra cosa que dejar á sus herederos. El número de los hombres notables es inmenso; pero el de los especiales es infinito. Juan es una especialidad para ponerse los guantes; Pedro, para dejarse deshonrar de su mujer; Antonio, para hacer zapatos; D. Cosme, para votar siempre con el gobierno; Joaquín es famoso por su falta de educación; nadie sabe quedar tan mal como él en todas partes; es una especialidad. D. Manuel ha hecho su carrera á fuerza de amabilidad; tiene la boca desgastada de tanto sonreír; es una especialidad para lamer las plantas de los poderosos. ¿Quién no es especialidad para algo en este país de especialidades? ¿Pero qué es esto? ¿Qué amor es este tan desenfrenado que se ha desarrollado hoy por la celebridad de los apellidos, por esas cuatro ó cinco sílabas que hemos heredado de nuestros padres? ¿Notabilidades y celebridades! ¿ignorais que la mayor parte habeis nacido para vivir confundidos con esa muchedumbre de honradas gentes que usan solamente su cabeza para ponerse y quitarse el sombrero? ¿A qué esta comezon de inmortalidad! El que no pueda creer en la inmortalidad de sus hechos, que crea en la inmortalidad de su alma. ¡Todo es creer! Dichoso el que en épocas como la presente logra andar por todas partes sin ser señalado por el dedo de la opinion como hombre notable!

M. O. P.

CADENCIA SOSTENIDA.

(Conclusion.)

María dió un grito, quiso levantarse, pero una fuerza desconocida la mantuvo clavada en la silla. El joven se retiró en silencio, y se fué á situar delante de la casa de María. Al día siguiente la misma escena muda: al tercero la sorpresa fué menor y mediaron algunas palabras: quince días despues el sombrerero volvió á sus faenas mas tranquilo, la niña cosió sus medias con mas acierto, y todo esto efecto de una conversacion en la que despues de varias explicaciones se llegaron á convencer de que todo aquello era amor y nada mas, de que el remedio para aquella enfermedad no lo encontrarían en la botica sino en la parroquia, y lo propinaria el cura mejor que todos los doctores del mundo. Hasta allí todo marchaba á las mil maravillas, pero el diablo que siempre anda listo, dispuso que el padre del sombrerero llegase á brujular los trapicheos de su hijo, y que tomase informes de la muchacha; estos informes le dieron por resultado la averiguacion del origen de la mediera, origen que seguramente no convenia á la noble prosapia del adobador de pieles de castor. Hizolo entender así á su hijo, y éste, aunque con repugnancia, renunció á sus proyectos de felicidad conyugal, al menos por entonces. Pero este golpe era demasiado cruel para el orgullo de María que hasta entonces no habia echado de menos la falta de un nombre. María devoró su afrenta jurando vengarse de ella, como se v engu una pobre niña abandonada, es decir, luciendo á los ojos de su infiel amante las galas compradas al precio de su virtud.

Un año despues de estos sucesos, un lujoso carruaje se paraba delante de una tienda de la calle Mayor. Dentro del carruaje iban dos personas. La una, joven, hermosa y ricamente ataviada, era María, María que iba á gozar de su triunfo confundiendo á su primer amante con una mirada de desprecio; la otra persona, con un caballero de edad, cuya reputacion numeraria corria parejas con la fama de su conducta licenciosa y desenfrenada. La pobre María pensó en el fin únicamente y no se paró en los medios.

Apeóse del carruaje el caballero, y ofreciendo la mano á su compañera entró con ella en la tienda á comprarse un sombrero. Detras de aquel mostrador y con la plancha en la mano estaba el amante de María, que al cabo de una dolorosa lucha habia logrado olvidar á la que el mundo condenaba á la afrenta y la deshonra. María clavó sus ojos en el sombrerero, que lleno de asombro se negaba á creer lo que sus ojos veían; pero aquella mirada de indignacion le reveló todo el misterio. María se habia vengado. En mucho tiempo no se volvió á saber de ella, decíase que habia marchado á viajar por el extranjero con su rico protector.

Al cabo de tres años una pobre mujer con una niña en brazos subia los cien escalones de la buhardilla de que ya tienen noticia nuestros lectores. Conociase aun en su rostro la primitiva belleza, pero la horrible palidez de sus mejillas, sus facciones desencajadas, y el estravio de su feroz mirada habia desfigurado enteramente la fisonomia de la pobre madre. Llegó á la puerta de la humilde estancia,

metió la llave en la cerradura, quedóse un momento contemplando el polvo de cuatro años que cubria el modesto moviliario, y dió un grito arrancado por el remordimiento y la desesperacion. Eran las diez de la noche.

María, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, vistió á su niña cuidadosamente con las misma envoltura con que habia sido ella encontrada por el anciano sacerdote; bajó precipitadamente la escalera, depositó á su hija en los umbrales del Buen Suceso, y desapareció en las tinieblas.

A la mañana siguiente circuló la noticia de haber sido encontrado en las aguas del Canal el cadáver de una mujer miserablemente vestida. Nadie supo la procedencia de aquella infeliz, y á los dos dias fué olvidada de todo el mundo. Un pobre sacristan del Buen Suceso recogió la niña, encontrada en sus umbrales y la cuidó durante los primeros años. Es fama que cierto dia pasando una gitana por la Puerta del Sol y consultada sobre la suerte de la niña por la mujer del caritativo sacristan, la tranquilizó completamente diciéndola que viviria tanto tiempo como la iglesia del Buen Suceso. La niña llegó á ser mujer y lo mismo que su madre echó de menos en cierta ocasion la falta de un apellido.

El mismo dia en que el reloj de la iglesia del Buen Suceso suspendió su curso y en que la destructora piqueta de los lujos empezó á desmoronar el edificio elevado por la piedad de los padres, las aguas del Canal arrojaron una nueva victima. En los periódicos del día siguiente se leía esta chistosísima gaceta:

UN RASGO ROMANTICO.—Ayer fué estraído del Canal el cadáver de una mujer joven, que desdeñada sin duda por alguno de nuestros modernos lovelaces determinó poner fin á sus dias buscando líquida tumba en las aguas del Canal.

Otro periódico mas grande, despues de algunas reflexiones filosófico-morales, daba los siguientes pormenores.

«Inmediatamente que fué estraído el cadáver, se reconoció por el hábil doctor en medicina y cirugía D. N., quien con su pericia proverbial reconoció que la victima se habia arrojado al Canal con los primeros sintomas de parto. Acto continuo este distinguido profesor procedió á la estraccion de la criatura, operacion que ejecutó con el acierto mas científico y el mas satisfactorio resultado, salvando un sér á quien un momento mas de tardanza hubiera privado de la existencia.»

La nieta de María era una niña sin nombre, que podrá gozar de las delicias de la vida, gracias á los cuidados científicos del doctor D. N.

José BRAVO Y D.

EL RUISEÑOR DEL HAREM.

Desde Stambul al paraíso. ¡Bendito sea el poderoso Alá que por vivienda lo ha dado á los predilectos hijos de Ismael! Hasta esa abigarrada turba que obstruye sus bazares, llena sus cafés é inunda con sus káiques y tartanas las apacibles ondas de su espléndido golfo, es feliz en medio de la estrechez de su forzosa esclavitud. Bástale conservar algunos instantes, al menos abrumados de los trabajos, para ver siempre llena su taza de barro ó de porcelana de Nankin, y jamás vacía su larga pipa de cerezo. Por el mas leve servicio, las piastras y aun los cequíes pasan con la mayor facilidad de la cintura del abortivo extranjero, á sus profundas bolsas de negra piel. El moka vigoroso, y el humo de la fragante yerba turca, aspirando con voluptuoso deleite por todo el resto del día bajo la fresca sombra de los plátanos y terebintos, resacén ámpliamente el momentáneo esfuerzo de su proverbial pereza. ¡Ay de los desheredados hijos del Septentrion con sus eternas brumas y abalanchas, su carne de animal inmundado, y el maldito veneno de la vida! Por Mahoma y su éjira, que Stambul es la perla del Oriente, y la grave raza osmanli la mas afortunada del Universo mundo.

Ciertamente que es una gran cosa vivir en un espléndido palacio, lleno de oro y perfumes, resplandeciente de luz y fresco, sin embargo como una enramada del valle de Kachemir en la hora en que las Péris revolotean entre la ténue bruma de la encantada fuente de Chindara. Rudos y atezados son los servidores que circundan al feliz mortal que por señor reconocen; brillantes armas centellean en su cintura; sus ojos lanzan rayos cuando la cólera hace temblar su lábio de animal carnívoro, ¿pero qué importa? Ni sus manos de ébano manchan, ni sus gúmitas ofenden, ni su innata ferocidad les impide tender el cuello cuando un capricho del amo exige que se corte á cercen. La voluntad del que los compró á tanto por cabeza, es su última ley; su solo Dios, y sea cual fuere, instantáneamente la ejecutan, porque oír es obedecer, y al que obedeciendo cae en los brazos de rosa de las huris, lo levantan para trasportarlo al paraíso, donde á su vez señor, goza eternamente; lo que á la muerte hu-

mana ni aun vislumbrarle es dado. Así está escrito en la tabla de las luces.

Verdaderamente es una gran cosa llamarse Moamad, creer que no hay mas Dios que Dios, que Mahoma es su profeta, y sosegadamente dormirse sobre el mullido musnud al son voluptuoso de la sirinda, harto de delicias, y en lo mas secreto de un harem, tan único en la tierra, como el solo adornado por cada pais del mundo con la mejor de sus flores.

Mohamad vivía en Stambul, la de los pies de mármol, la sultana siempre pura del Bósforo, y era soberano y califa de los buenos creyentes. Por la Cáada santa que así como sus visires le llamaban el mas grande, debía ser tambien el mas venturoso de los circuncisos, y aunque no constantemente, lo era en efecto. Cuando heredaba, con violencia ó sin ella, ó sus mudos del serrallo le traían la cabeza de algun bajá caído en desgracia, ó sus tataros la de los que despues de haber ahorcado sus mudos con el cordon que les estaba destinado, se habían atrevido á resistir. Fuera de estos instantes se le veía horas y horas negligentemente reclinado en sus cojines de Bagdad, sin llevar siquiera á la boca el tubo de su enroscada pipa, ó errante y sin objeto, al través de un laberinto vastísimo y luminoso de interminables y solitarios salones, mudos como la turba, bollandos con igual desden desde las mas ricas alfombras de Turquía hasta las mas sencillas esteras del Cairo. En urnas de plata y peveteros de oro, ardian constantemente el albeo y el sándalo. Mengua del gas nazareno; aromáticas haces de antorchas de Thivet que braban en la hora de los misterios sus torrentes de luz sobre los limpios arabescos de las suntuosas bóvedas; transparentando el liquido tesoro de mil y mil fuentes, deslumbrador asombro de la mirada. Todo era en vano. Ni el lujo de sus infinitos peces le entretenía por su variedad espléndida y prodigiosa, ni los flexibles y perfumados hilos del comorin lograban atraerle hacia las aladas tribus que tan holgadamente aprisionaban. En valde erguía su satinado cuello el pichon azul, pájaro sagrado de la Meca, amenazando con su pico de ébano al del paraíso: arrogantes oropéndolas de la India, melodiosos zorzales del Indostan, aves sin fin de exquisita beldad y magnético canto, todo le sobraba. Sin duda es la riqueza un peso mas para el que solo tiene ojos para las incurables úlceras de su corazon. Pero no; decir que lo era para el del magnífico señor y califa, sería calumniarle. Ni en su cuerpo de hipopótamo habia una sola cicatriz, ni una sola gota de abinto en su alma de caiman. El granito concluye por abrir paso hasta sus entrañas al miserable hilo de agua que sin reposo le cae encima. A fuerza de uso de piedra, eran ya las imperiales pupilas para todo aquel orbe, tan suntuoso y único. Mientras el buen Mohamad vagaba á la ventura, ó se entretenía en dar de comer á sus cisnes negros en su fisco del lago, ó á su pantera de Ceilan, ó por pura fórmula pasaba revista á un nuevo cargamento de esclavas, ó ejercía finalmente cualquiera de sus imprescriptibles funciones soberanas, ya sus visires y favoritos cuidaban de expedir los necesarios firmanes, segun creían y entendían que debía hacerse para mayor gloria y provecho de S. A., y de sus peculios respectivos, usando cuerda y mas del cauterio que borra y perjudica, sin fustas dilaciones, que del apacible dictamen reaccionario y enervante.

Mohamad se creía enamorado, y en vez de los ojos árabes de Kila, solo contemplaba cierta tarde en derredor de sí semblantes de hierro de la mas estúpida inmovilidad. ¿Qué era del ruiseñor del Harem? Temididad la fiesca de las flores para la que marchó al campo, ya debía tenerla allí con su beldad de virgen kachemira, su voz de hada y guzla de sándalo; ora magnetizándole con el fuego de su pupila negra; ora con sus cantares del Aduar, bien al frente de sus compañeras lavadiendo todo como una banda de alegres golondrinas, ya sola, ya con su gacela favorita, pero siempre convirtiendo en un eden de predestinados las marmóreas crugias de su palacio de Stambul. Y esto sin habersele ocurrido nunca á la aérea Kila alentar en lo mas mínimo la formidable llama de su macizo señor. Robada de la encantadora isla de Kenar por el mas diestro de sus arracces turcos, y puesta á su disposición muy en breve, segun uso y costumbre, no solo se dignó encontrar muy de su gusto el presente, sino que fué tan allá en la recompensa, que hizo mayor merced á su esclavo de la que él se acertaría á desear, aunque el perro del arrac lo fué en tal grado, que sin duda por ambicionar mas, se vió muy luego sin un cequí en la bolsa y con un muy hermoso cordon de seda, á guisa de corbata: mientras tanto ponía el jefe de los eunucos á los pies de Kila, de orden de S. A. el puñal de piedras preciosas, distintivo de las sultanas, escoltado y seguido de preseas y galas sin fin, que á tiro de venablo y desde el cabello al pié por favorita la proclamaban ante los mismos ojos de la Oda entera, de su ventura envidiosos. Pero Kila con el mas gracioso moin que puede imaginarse, rechazó con su piel de niña todas aquellas preciosidades, y guardó el puñal en su cintura, declarando luego á las barbas del estupefacto Mohamad, que se lo clavaria sin vacilar con solo vislumbrarle en el rostro la mas leve

intencion de acercarse á ella. S. A. en el primer arrebatado de su mala voluntad, y para manifestarla sin duda con quien se las habia, desnudó su cimitarra de Damasco, y con no vista furia rompió unas cuantas lunas venecianas que valian un caudal, y varias otras bagatelas del Japon, de no menor precio. Desgraciadamente acudieron al ruido sus esclavos mas próximos y menos discretos, arrojando al paso al mas querido edano de su señor, el cual dió ríciamente contra las reales rodillas, tiñendo despues con la inocente sangre de su descalabrada el inmaculado arminio de la imperial almalafa. Aquí de Alá y su profeta.

El terrible enojado comenzó por volver las cosas á su antiguo ser, es decir, por guardar en su corva vaina de oro y marfil su preciosa virgen damasquina; despues para todos hubo. Con quinientos go'pes de bambú en las plantas de los pies escaparon los mas retraídos de la temeraria turba: los del centro perdieron únicamente las orejas: ¡pero ay de los mas próximos á la real persona! Cabalgando en el agudísimo palo con sendas balas de cañon atadas á los pies, segun las leyes del equilibrio exigen, ni uno solo dejó de espirar suspendido como estando de bajá turco sobre los muretes y cúpulas de la soberbia Stambul. En cuanto al enano, iba ya á ser despachado por el tigre mas hermoso y retozon que jamás pudo salir de las revueltas espesuras de Bengala, cuando la intervencion de Kila lo salvó arrancándole á sus feroces guardianes. Con lo que ya mas sosoado el demente Mohamad salió de caza, llevando atraillados delante de sí sus cien lebreros helesnos de collar de oro y ligereza de antilope. ¿Y Kila? Desde entonces es la sultana del Harem, por orden terminante de su señor, que no perdona medio para hacerse amar del ruiseñor del valle deleitoso, aunque un Dervis le ha predicho solo poseerá de ella sus gorjeos, y estos por unas cuantas lunas solamente.

Sin embargo, las horas trascurren con ligereza, y la encantadora sultana parecia manifestar á la vista de su barbudo amante, sino mas hastio, por lo menos mas impaciencia que de costumbre. Ni visires ni effendis pestañeaban. Los eunucos de todos colores, negros, blancos y azafrañados se la temían. El icoglan juraba en sus adentros, sin quitar ojo del tapiz de entrada. Solo el Tártaro adusto y el Albanés de pintoresca veste y ademán impávido, osaban mirar de frente la régia tormenta, tan formidable como el Sinum, y aunque de bríos menos robustos, suficientemente mortales, no obstante, para esterminarlos á todos con una rapidez muy parecida á la del tirano del desierto.

Afortunadamente el eunuco en jefe de los de S. A. compareció al fin y despues de las mil y mil zalemas y genuflexiones de uso, aguardó tendido á los pies de su amo á que éste se dignara dirigirse su temida palabra. Dignóse en efecto, y Akuffa el etiope tuvo la honra de hacerle saber que la Oda entera, previo el ceremonial de costumbre, quedaba ya sin quebranto alguno á todo su talante y voluntad bajo los arabescos cerrojos de su Imperial Harem, y lo que era cien veces infinitamente mejor, que la fantástica rosa de Kachemir, Kila, luz y gloria de aquel lugar terrible, no solo consentía en recibirle como á su señor y dueño, sino que llevaba su atrevimiento hasta suplicarle iluminase lo mas pronto posible el perfumado camarín de su esclava con los augustos rayos de su imponente resplandor. El señor de los augustos rayos y resplandores imponentes empezó por pensar que soñaba, y acabó por pedir mas amplios detalles al primer ministro de sus regios placeres. El buen Akuffa, concienzudo conocedor de su terreno, repitió su mensaje, sin la añadidura de una tilde; no bastando lo ordenó en respuestas con la precision mas envidiable, y cuando creyó suficientemente discutido el punto, se e-tilpó sin estrépito, seguido en breve de su amo, mas estupefacto que nunca.

Azrael no pliega sus alas de azabache cuando deja á la entrada del puente fatal las ligeras almas de los hijos de Mahoma ó Alí. Para una que se hunda en el fuego, sabé que mil y mil serán infaliblemente recibidas por los ángeles blancos, terminada la prueba. Pero al conducir las de su raza maldita, ó Gaur, se detiene siempre, porque sus hermanos los ángeles negros no bastan á veces para colocar debidamente en el inmenso Segin tan copiosa muchedumbre de reprobos. ¡Venturosos Muslimes! No conocen ni el rostro de la mujer agena ni el significado de la palabra prójimo. ¡Ay del fogoso franco, conocedor de entrambas cosas! Olvidadizo por naturaleza, muy difícil le será acertar con la salvadora senda de la peligrosa puente, por mas que sus ardientes ojos hayan visto escrito mas de una vez en el divino libro:—No codiciarás la mujer de tu prójimo.—Bajo la égida protectora de su santa ley, penetra denodado el buen creyente en el Harem misterioso, y oir es obedecer, su imperio el solo acatado. ¡Ay! el ruiseñor simpático de Mohamad era una hermosa escepcion, y éste no se atrevia á destrozár el árbol para saborear su fruto, dado que lo obtuviera sin lesion sensible de sus reales puños.

Guardias, mudos, eunucos y odaliscas, participaron muy en breve de la estupefaccion de su poderoso Sultan y Califa. Por la primera vez en su vida dió de mano á toda etiqueta. Ni al jefe de sus negros permitió anunciar su visita al Harem, ni al de sus eunucos blancoe

que respetuosamente alzase el primer tapiz exterior. S. A. tuvo á bien atropellarlo todo, hasta posesionarse de uno de sus mil y quinientos divanes de Persia, incrustado de piedras preciosas, teniendo muy buen cuidado de amenazar antes con la mas feroz de sus indignaciones al temerario que osase bajo cualquier pretexto ponerse delante mientras que con su esclava departía. Esta guardó reposadamente en su diminuta jaula de oro y nácar su colibri mas querido, y tendiendo despues á su amo un pequeño ramillete de enanas rosas y violetas azules de Alejandria.—Toma, le dijo, con su voz fresca y armoniosa, cada pétalo ha servido de lecho á una Piri en las últimas horas de la luna postrera. Tu esclava no tiene otro don que ofrecerte.—Mohamad tomó las flores, las llevó á sus labios, y no ocurriéndosele por lo pronto contestacion oportuna, se entregó á sus reflexiones, sin apartar sus reales narices del perfumado presente.

Kila, sin curarse mas de él, tomó su guzla de sándalo, tocó y cantó como las hadas del valle feliz hasta que cierto sonido extraño, lleno, sonoro, y discordante vino á anunciarla, sobreponiéndose á sus melodiosos ecos, que por aquella vez todo estaba ya dicho. El gran jefe de los creyentes dormía pegado á sus flores con mas decision y estrépito que el último de los rameros de sus dorados kaikes.

Entonces la dulce niña dejó caer su guzla sobre la sedosa alcatifa, se acercó al lustre dormido, y principiando por tirar ligeramente de su almafa, concluyó por sacudirle en todas direcciones, con mas vigor que reverencia. Todo era inútil: Mohamad continuaba en el paraíso ni mas ni menos que si hubiera previamente paladeado el Haschid maravilloso de Avengor. Kila tembló de júbilo, despues batió palmas y saltó y corrió como una loca, sin cesar de repetir:—No me ha engañado, no. ¡Bendito sea por los ángeles buenos el sábio Dervir, que me vendió esas plantas libertadoras! Duermes, tirano, duermes, y quieran Alá no despiertes hasta que Nafir me ciña la corona de los desposados bajo los sicómosos de Kenar.—Y diciendo y haciendo así de un magueado cofrecillo, se envolvió en su velo, y arrancando el ramillete de las calenturientas manos del sublime señor, desapareció como un pájaro de su dorada cárcel.

¿Y despues?—Lo que sucede siempre en tales casos. Llegó sana y salva á los brazos de su amante, que en la desierta calle la aguardaba, dándose ya á todos los diablos, como era natural, y

Allá están en Kachemir,
Felices como ninguno,
Nuestra Kila y su Nafir.—

—¿Pero cómo llegó? No digo tan lejos, sino á la calle, á esa calle sin gente donde el otro la esperaba, sin duda con muy buenas razones para hacerlo...—Mas que suficientes me parecen las de ser su amante desde la infancia, haberla seguido sin mas equipaje que su fiel kanjiar á un lado de su cintura, y una bolsa de diamantes al otro, hasta la misma Stambul, donde á fuerza de valor, paciencia y malos ratos logró sobornar á éste, infundir miedo al de mas allá, y avanzando hoy una linea y mañana diez, salir por último con su empresa adelante, á despecho y pesar de cuantos malandrines se la estorbaban. En cuanto á la fácil y tan feiz huida de la ex-sultana, nada mas natural. Poseia...—¡Ah! si; ya caigo. El encantado anillo de Salomon. Aquel señor Dervir que la vendió las flores narcotizadas, se lo prestó sin duda por momentos, y siendo así, como no puede menos, no hay por qué cansarnos...—Todo sobraba á existir el tal anillo:—Entonces no comprendo.—Pues no es difícil. El Sultán en cuestion llevaba el suyo, y siendo conocido el sello imperial desde el primer visir hasta el último esclavo del género neutro, y habiendo tenido la doncella muy buen cuidado de llevárselo, hé aquí cómo pudo llegar sin tropiezo, no solo á la calle, sino hasta la adusta presencia del primer araez de uno de los veleros de S. A., obligarle á zarpar y hacerle poner la proa, mal que la pesase, no digo hacia Kenar la encantadora, como la puso, sino hacia donde mas su voluntad le viniera.—Pero no se dice de otro modo; cualquiera echará de menos en esta historia...—Permitame usted, no es historia; es un simple cuadro.—Pero, sea lo que quiera, yo creo que...—Amigo mio, dejémonos de peros; ¿disgusta á usted mi obra? Pues pase V. su inteligente esponja sobre el malhadado lienzo, llénelo V. de nuevo, tomándolo mejor que yo sus medidas, trágalele V. cuando ya nada falte, y por todos los millones de alas del ángel Legion, le juro que oirán maravillas sobre su trabajo cuantos effendis, turcos ó nazarenos á mi opinion se remitan.—

JUAN DE SALDUBA.

RICARDO DIGBY,

LEYENDA AMERICANA POR NATHANIEL HAWTHORNE.

En los antiguos tiempos de tinieblas é intolerancia religiosa, vivia Ricardo Digby, el mas sombrío y mas intolerante de una secta aus-

tera. Su sistema de salvacion era tan estrecho, que semejante á una tabla en medio del mar, no podia servir mas que para un solo pecador. Por eso se agarraba á ella triunfante, y lanzando anatemas á los desgraciados que veia luchar contra las olas de la eterna muerte. A su modo de ver, era el mas abominable de los crímenes,—y con efecto es una locura—el fiarse en sus propias fuerzas, ó el agarrarse á algunos restos del naufragio, excepto á su pequeña tabla, que procuraba por otra parte apartar cuanto podia de sus hermanos. En otros términos, como su creencia no se parecía á la de los otros hombres, y como estaba muy satisfecho de que la Providencia no habia confiado á nadie mas que á él solo el tesoro de la verdadera fé, Ricardo Digby resolvió retirarse á un punto en que pudiera gozar de su dichosa suerte.

—Verdaderamente, pensaba él, yo considero como una condicion principal de la proteccion que me dispensa el cielo el no vivir entre esa multitud de seres que Dios ha lanzado lejos de sí, condenándolos á perecer. Quizá si me detuviera bajo las tiendas de Cedar me privaria de su gracia, y me veria sumergido en el diluvio de cólera, ó consumido por la lluvia de fuego y azufre, ó sepultado bajo alguna nueva ruina, preparada por Dios contra la perversidad de la generacion presente.

Ricardo Digby, pues, tomó una hacha para abrir en el desierto un espacio donde colocar su tienda. No olvidó otros utensilios necesarios, tales como una espada y una escopeta, para herir ó matar á quien penetrara en su santuario; hecho lo cual, se internó en la espesura del bosque. Pero antes se detuvo al borde para sacudir el polvo de sus pies, en el pueblo que habia habitado, y pronunciar una maldicion contra la casa de oracion que miraba como un templo consagrado á ídolos del gentilismo. Tambien tenia curiosidad de saber si lloveria el fuego del cielo, una vez puesto en salvo el único hombre justo. Viendo por fin que el sol alumbraba las cabañas y los campos, que los hombres trabajaban, que los muchachos jugaban y que no habia presagios de un castigo próximo, se alejó un poco disgustado. Pero cuanto mas andaba, mas solo se sentia, mas juntos parecian los árboles del camino, mas espesa era la oscuridad, mas contento se ponía Ricardo Digby. Conversaba consigo mismo; leia la Biblia sentado bajo los árboles, y como las hojas le ocultaban el cielo, iba casi á decir por la mañana, el mediodía y la noche, se dirigía á sí mismo sus oraciones. Este género de vida era tan conforme á su carácter, que se reia consigo mismo, y se enojaba cuando el eco repetia sus carcajadas.

Así viajó tres dias y dos noches, y la del tercero llegó á la boca de una caverna que á primera vista le recordó la de Elias en el monte Horeb, aunque se semejava quizá mas á la sepultura de Abraham en Nachpelah. Esta caverna penetraba en el corazon de una colina de roca. Delante tenia un velo de follaje tan espeso, que nadie sino un amante del mas sombrío retiro hubiera descubierto el arco bajo que le servia de puerta, ni osado entrar en su oscura bóveda, donde tal vez podia descubrir los ardientes ojos de una pantera. Si la naturaleza destinaba tan triste mansion al uso del hombre, solo podia ser para sepultar en sus tinieblas á las victimas de una peste, tapiar la boca con piedras y huir para siempre de aquel funesto lugar. En sus cercanías no habia nada alegre, si se exceptúa un manantial murmurante, que Ricardo Digby honró con una de sus miradas. En seguida metió la cabeza en la caverna, se estremeció, y se felicitó por su hallazgo.

—¡El dedo de la Providencia me ha señalado el camino! exclamó, y el antro fúnebre le respondió con un eco siniestro, como si algun ser invisible se burlara de él.—Aquí vivirá mi alma en paz, porque los malos no me encontrarán. Aquí leeré la Escritura sin ser contrariado por interpretaciones falsas. Aquí haré oraciones aceptables, porque mi voz no se confundirá con las súplicas de una multitud culpable. ¡Oh! ¡sí, el único camino que conduce al cielo pasa por la estrecha entrada de esta caverna,—¡y yo solo la he hallado!

Respecto de ella, es menester decir que la bóveda, por lo que la luz permitia examinar, estaba tapizada de objetos que se parecian á hielos opacos, porque la humedad, rezumándose sin cesar, habia formado cristales tan duros como el diamante, y todas las cosas que habia bañado aquella agua se habian convertido en piedras. Las hojas y ramas que el viento habia enviado á la caverna, y las plantas pequeñas que se veian á la entrada, no estaban mojadas con rocío natural, sino que se habian conservado por este maravilloso procedimiento. Y esto me recuerda que antes de que dejara Digby el mundo, al decir de ciertos médicos, habia contraído una enfermedad que su ciencia no podia remediar. Se formaba en su corazon un depósito de partículas redondas producidas por una obstruccion en la circulacion de la sangre, y á menos de un milagro, era de temer que la enfermedad se extendiera á todo el órgano y petrificara el corazon. Muchos creian que esto habia casi sucedido. Pero Digby no quiso creer jamás en ello, y cuando vió las ramas convertidas en mármol, su pecho no latió mas fuertemente á la vista de la comparacion que le ofrecian aquellos objetos antiguamente débiles y delicados. Tal vez esta insensibilidad era efecto de su padecimiento.

(Se continuará.)

EL RUISEÑOR.

Oculto entre las hojas
Y trémulo de amor,
Sus tiernas congojas
Canta el ruiseñor.
Y sé, mas no sé cuando
Ni donde aprendí
Que el ruiseñor cantando
Dice en su idioma así:

Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

Ya rompe la aurora la niebla ligera,
¡Qué hermoso es el campo, qué hermosa es la luz!
¡Qué hermosa es la dicha del alma que espera!
¡Dulce compañera!
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cruzo los espacios;
Las copas de los árboles me sirven de palacio:
Mi madre es la armonía,
Mi padre es el amor:
Yo soy, vida mía,
Pájaro y flor.
Envidian las aves
Mis trinos suaves,
No saben cantar.
Envidian las flores
Mis tiernos amores,
No saben amar.

¡Qué ave en el mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.
Tus alas suaves
Tiende sobre mí;
Envidiennos las flores y las aves,
Yo canto para ti.

Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

La palma y el sauce se mecen en calma,
Las ondas se tiñen de nácar y azul;
¡Qué hermoso es el río y el sauce y la palma!
Alma de mi alma,
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cuando canto vivo;
Es un raudal de música mi corazón altivo;
La luz es mi alegría,
Mi espíritu el calor:
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Tenemos un nido
De plumas tejido,
Que oculta en sus hojas gracioso laurel;
Tú velas en tanto,
Que al son de mi canto
Piando se duermen mis hijos en él.

No saben
En donde
Se esconde
Este tesoro que el amor nos dió.
¡Ay! es un secreto
Que oculto en los ramos
Guardamos
Tú y yo.
¡Qué ufanos, que bellos
Reposan allí:
Vela tú mi vida, vela tú por ellos;
Yo velo por ti.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

Ya ocultan las flores sus cálizos rojos,
Inundan los cielos torrentes de luz;
Busquemos la sombra si el sol te da enojos
La luz de mis ojos,
Mi vida, eres tú.

Suavisima es mi pluma,
Mi voz es la del céfiro que gime entre la espuma;
Es mi contento el día,
La noche mi dolor;
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Altiva es el águila,
Tierna la paloma,
Gallarda y ligera
La garza real;
Mas tú eres mi espíritu,
Para mí en el mundo,
Gentil compañera,
No tienes igual.

¡Cuán rico tesoro
Me ofreces, bien mío,
Temblando de placer;
Cuando bebo en tu pico de oro,
La gota de rocío
Que templó mi sed.
Mis hijos alegres
Se miran en ti;
A amarte tus hijos
Aprenden de mí.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

¡Ay! ya se levanta del valle sombrío
La tarde vestida de blanco y azul:
¡Qué triste está el cielo, los montes y el río!
Dulce dueño mío,
¡Qué triste estás tú!

Las brisas sosegadas
Arrastran en sus círculos
Mis notas apagadas,
Mi última armonía,
El último suspiro de mi amor;
Yo muero con el día,
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Vén al ramaje espeso
Que oculta nuestro nido;
Quiero morir en él,
Dame el último beso;
Que recojan mi último gemido
Las hojas del laurel.

¡Qué ave en mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.

Hará tu llanto
Que mis hijos bellos
Se acuerden de mí:
Ensénalas las notas de mi canto,
Tú vive por ellos,
Yo muero por ti.

Pobre el ruiseñor
Se muere de amor.

José SELGAS Y CARRASCO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



ALAGON.

ADVERTENCIA.

El retraso en que estaba la publicación del SEMANARIO, por causas independientes de nuestra voluntad, y la circunstancia de haber repartido cuatro números en esta semana, por ponerle al corriente, ha hecho imposible la confección del índice, con la oportunidad debida para distribuirle hoy. Muy pronto repartiremos el *Índice, portada y cubierta* del tomo que hoy concluye.

Debemos advertir, para evitar equivocación, que por un error de imprenta, se puso á los números 41 y 42 la fecha del 14 de Octubre, habiendo seguido por esta causa el retraso de una semana en las fechas, hasta el número 51, en que notada la equivocación, se restableció la exactitud de la fecha. La numeración, sin embargo, que es lo mas importante, está bien en todo el tomo.

ALABONA.

La antigua villa de *Alabona* (hoy Alagon) se encuentra situada á cuatro leguas de distancia de Zaragoza, por la parte del O. Ya fué tomada de los moros con el nombre de Alagon por el rey D. Alonso el Batallador en el año 1119; esto es, uno mas tarde de la conquista de Zaragoza por el mismo. Refiere la tradicion, que habiéndolo observado D. Alonso una gran claridad en medio de las negras sombras de la noche, se dirigió al punto de donde al parecer el resplandor partia, acompañado de algunas de sus tropas, cuya luz les guió á la villa de Alagon; y habiendo llegado al castillo donde los moros estaban, hallaron dormidos los centinelas; así que no les fué difícil la entrada: de tal modo el espanto y turbación se apoderaron de los infieles al ver dentro de sus muros á los cristianos, que se pusieron en precipitada fuga dejando una bandera, que hasta principios del presente siglo se ha conservado suspendida en la bóveda del altar mayor de la iglesia, erigida en el mismo sitio bajo la advocación de Nuestra Señora del Castillo, en memoria del suceso, y cuya patrona es de la villa.

Alagon era villa de las que tenían voto en Cortes; y aun estas se

reunieron en ella mas de una vez. El día 24 de Agosto del año 1156, tuvo lugar una entrevista en la misma, por los reyes D. Alonso VII de Castilla y D. Ramiro II de Aragon, á fin de ajustar ciertas diferencias que entre ellos existian: en ella convinieron que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon, y que por D. Alonso quedase la villa de Alagon, Calatayud y demás pueblos que se hallan á la derecha del Ebro.

Hallándose el rey D. Jaime el *Conquistador* en la villa de Alagon el año 1224, trataron de apoderarse de su persona, el infante D. Fernando, D. Guillen de Moncada y D. Pedro de Ahones, persuadiéndole al efecto á que fuese á Zaragoza so pretexto de exigirle la tranquilidad del país.

En 1283 pasó á Alagon el rey D. Alonso III llamado el *Liberal*, descontento de las intenciones que los de la *union* habían manifestado en las Cortes de Zaragoza; pero deseando calmar aquellas turbulencias, volvió á convocarlas en dicha villa: tambien D. Jaime II el *Justo* celebró cortes en la misma. Antes de la muerte del rey D. Fernando el *Calólico* acaecida en 1516, fué señalada como por prision al conde de Aranda y á 7 de Marzo del siguiente año fué en Alagon donde el arzobispo de Zaragoza ordenó su despacho á Antonio Moreno para pasar á Flandes, y suplicar al rey viniese á España. En 1525 fué la última población en que residió el consistorio de diputados, que por la epidemia de Zaragoza estaba fuera de aquella ciudad. El 2 de Abril de 1767 la villa de Alagon fué testigo del mas solemne y delicado golpe de Estado que quizá se haya dado en España; debido á la sagaz política del rey de D. Carlos III, y á la no menos inteligente de su secretario el conde de Aranda, descendiente del que hemos hecho mencion. A las once de la noche sonó un clarín con voz preventiva, y dos alda bonazos dados en la porteria del colegio de padres Jesuitas resonaron con eco tembloroso en el interior de aquellos vastos y solitarios claustros y galerías: un destacamento de caballería había rodeado el edificio y tomado todas sus avenidas: advertida y presente toda la comunidad, el gefe de la escolta intimó la rendición al superior y demás subordinados en nombre del REY. Los motivos que pudieron inducir al monarca á medida tan rigurosa se ignoran: á lo menos sobre este asunto se hicieron

muchos comentarios, aunque no sea difícil entrever las causas que lo produjeron. Los jesuitas fueron inmediatamente embarcados y deportados a Italia.

El acontecimiento mas reciente y digno de notarse acaecido en la villa de Alagon, tuvo lugar el 14 de Junio del año de 1808: roto el dique al sufrimiento del pueblo español con motivo de los tristes sucesos del memorable 2 de Mayo, Zaragoza habia sacudido tambien su yugo y puesto á las órdenes de su jóven caudillo D. José Palafox y Melci: noticioso éste de la derrota sufrida por su hermano el marqués de Laza en la batalla de Tudela, salió el referido día de Zaragoza con quinientos soldados de linea, varias cuadrillas de paisanos mal armados, cuatro piezas de artillería, sobre doscientos caballos del regimiento de dragones del Rey y varios gefes y soldados sueltos. On'e franceses que fueron hechos prisioneros por los primeros que llegaron de Zaragoza, á la que fueron conducidos; lo que sirvió para excitar mas el entusiasmo de los españoles. El general Palafox arribó á Alagon sobre las once de la mañana en medio de aquella gente tan llena de buen deseo, y colocó en la izquierda de la villa los quinientos hombres de tropa, y los doscientos caballos: en el centro los paisanos con escopetas, sostenidos por otros emboscados en los olivares de la derecha: una de los cañones se puso en el puente de Jalon, dos en la Jarea (hera del pueblo), y el otro en las inmediaciones. Palafox se hallaba en las bóvedas de la iglesia de San Pedro, cuya elevacion le permitia dominar el campo, y desde donde daba sus disposiciones: observado por el enemigo, bien pronto dirigió sobre aquel punto dos certeros tiros de bala rasa, cuyas huellas pueden verse hoy día.

Los franceses venian en tres divisiones y por tres distintos caminos: los voluntarios españoles llevados de su entusiasmo principiaron el ataque, y las tropas de la izquierda sostuvieron el fuego con bastante teson, hasta que comenzó á obrar contra ellos la artillería y caballería enemigas: continuaba el fuego de las guerrillas, y al ver que las grandes masas no cargaban, sospecharon que podian cortarles la retirada, así que advertidos de este peligro en los momentos mas criticos, principiò la dispersion á tiempo que los franceses casi se hallaban á las puertas de Alagon.

Desde este momento todo se convirtió en confusion y aunque se trató de retirar las piezas de artillería, ya era tarde; de modo que todo hubo que abandonarlo: los que pudieron ponerse á salvo apelaron á la fuga (incluso Palafox) tomando veredas hasta llegar á Zaragoza, jadeando y agoviado por la derrota y el cansancio, pero con sobrado aliento en el corazón. Los franceses luego que se desvaneció la muchedumbre, entraron en Alagon donde cometieron todos género de excesos, asesinando y robando cuanto pudieron haber á las manos. Así terminó aquel día que no era mas que el preludio de la batalla llamada de las heras, acaecida en Zaragoza en el inmediato día 15, cuya heroica accion quedará grabada con letras de oro en las páginas gloriosas de la historia de nuestra independencia!

La villa de Alagon está situada en una espaciosa llanura entre la ribera derecha del Ebro, y la izquierda del Jalon y á distancia de una hora, escasa de la grande obra llamada la muralla en el Canal Imperial, testimonio vivo del génio audaz del inmortal Pignatelli: alcanza un cielo alegre y una atmósfera sumamente despejada. Tiene una iglesia parroquial bajo la advocacion de S. Pedro Apostol, siendo su fábrica de arquitectura gótica, además hay la de S. Antonio el Real, patrono del pueblo, la cual padeció muchísimo durante la dominacion de los franceses, y perteneció anteriormente al estinguido colegio de PP. Jesuitas. La de la Virgen del Castillo, patrona igualmente de la villa desde tiempo inmemorial sostenida por una cofradía de hidalgos: Habia un convento de PP. Agustinos y otro de religiosas franciscas: el primero se cerró cuando la esclaustracion en 1833, y el segundo ha sido últimamente abandonado por las monjas que habia en el número de seis, con motivo de la reduccion de estas órdenes mandadas por el gobierno, habiendo preferido el dejarlo espontáneamente, á verse en la necesidad de admitir en su seno otras compañeras de religion, ó ser ellas mismas trasportadas á otro convento.

A los vecinos de Alagon se les suele llamar por los de los pueblos inmediatos, los del Salmon por un chascarrillo asáz curioso, que dicen sucedió en esta villa, aunque na lie fija la época en que tal acaeciese. Cuéntan que habiendo llegado á la posada un arriero con dos cargas del referido pescado, en ocasion que en Zaragoza escaseaba este género de comestible, á los de Alagon se les antojó el probarlo á toda costa: al efecto hicieron el arriero abrir una de las cargas, y despacharla, obligándose los de Alagon á pagarlo al precio mas elevado que en Zaragoza se vendiese. Al dia inmediato marchó el arriero á la capital, y contando su cuita en la plaza y llegado á noticia del regidor que se hallaba de semana en el peso, este hizo que el arriero vendiese una onza de Salmon, teniendo la humorada de abonar por ella una onza de oro en una pieza. El arriero vendió muy pronto á buen precio la carga y tomando el correspondiente testimonio de cómo en

Zaragoza se habia pagado la onza á 520 rs., marchó por la tarde á Alagon, donde se presentó con su documento en reg'a reclamando á igual precio el valor de la carga que habia dejado (que por cierto pesaba algunas arrobas). Aquí fueron los apuros de los de Alagon, que como al presente no tuviesen para satisfacerle, convinieron en darle cierta cantidad y se obligaron á pagar un censo anual con lo que el arriero quedó satisfecho y volvió contento á su casa.

Este cuento, así como el del barbo de Oteho, la Salsa de Villamayor, la balsa de la culada en Almodovar y otros se ha conservado hasta nuestros dias, y nosotros así lo trasmitimos deseosos de distraernos un rato y emborronar unas cuantas lineas en las páginas de SEMANARIO.

EXTRACTO DE UN ENSAYO INÉDITO

SOBRE LA SÁTIRA LATINA.

Sátira quidem tota nostra est, dijo Quintiliano, envanecido de encontrar por fin un género de poesia nacional entre sus compatriotas. Y en efecto, aunque el espíritu satírico haya sido propio de todos los tiempos, no se ha aplicado á las letras bajo la forma concreta de la sátira, hasta que estuvo bien avanzada la civilizacion de Roma. Y un es de notar que despues de Juvenal, rebasó otra vez del cauce latino, despárramindose al llegar á los tiempos modernos en multitud de ramificaciones, en poemas como la *Durna Commedia*, en drama como el *Hipócrita*, en novelas como el *Quijote*, en tanto que Boileau, Pope y los demas secuaces de la tradicion romana, los que pretendieron conservar limpias de toda contaminacion las máximas escolásticas, solo acertaron á producir juguetes académicos sin importancia social ni influencia de ninguna especie. El autor de las *Instituciones* asentó, pues, una verdad todavía mas absoluta que él presumia. La sátira es produccion de Roma que tiene sus gérmenes en Grecia y se pierde en la edad moderna, como un rio que formado de diversos manantiales, recorre majestuosamente su camino y toca su término, mezclándose con las aguas del Océano.

Acotado de esta suerte el terreno, cumple á nuestro propósito parangonar los tres satíricos latinos cuyas obras se conservan enteras, á saber: el muelle Horacio, el rígido Persio y el impetuoso Juvenal á quien sus mismos contemporáneos (los envilecidos súditos de los siete últimos Césares), aplicaron el honroso sobrenombre de Juvenal el Eleuco. Así averiguamos cuál de ellos correspondió mejor á las necesidades de su época y á exigencias del género en que trabajaba.

Mas, ya que no entremos á definir cuáles sean estas, detengámonos primero á fijar bien su importancia moral, puesto que si la sátira goza el privilegio de interesar, y conmover al público mas hondamente que ningun otro escrito, es objeto de prevenciones injustas, y tiene la triste compensacion de excitar el menosprecio ó el encono contra sus autores.

Hombres de buena voluntad, que se ruborizarían de baldonar los mas escandalosos estravios de la especie humana, presumen de hacer gran servicio á la sociedad denostando á los escritores satíricos. Anticipase á todas las protestas el anatema de las almas cándidas, el estupor de los corazones fácilmente asustadizos. Para ellos el acto de desenmascarar el vicio solo corresponde á la vil mordacidad, quien tal hace, ó es un ente venenoso, casi penable por los tribunales, ó un sé. degradado aunque útil, á la manera de los ejecutores de justicia.

Timidos y benévolos, ellos son los que preparan la atmósfera para el alborotador clamoreo que contra la sátira va propagándose de siglo en siglo.

Acordados de la hija de Licambo, dicen sinceramente alarmados. Ofendió el amor propio de un hombre con su honesta esquivaza; pero era poeta ese hombre y esgrimió en venganza sus armas formidables. Vuelt el jambo arqueológico de boca en boca, y en medio de la general algazra, precipita en el suicidio á la infortunada doncella y á su padre.

Ved al divino Sócrates vertiendo entre la juventud los benéficos gérmenes de su moral que ennoblece el espíritu y purifica el corazón. Pero allí en el Acrópolis de Atenas se congrega la gente á presenciar muy diverso espectáculo: la mano de Aristófanes, sangrienta y juguetona como la del tigre, arrastra allí á la vergüenza al venerable maestro, lo revuelca en cizañas inmundicias, y los espectadores se rien. Entonces cae Sócrates en manos de sus jueces y bebe la cicuta.

A favor de este pánico, asoman despues todos los que ven en la sátira un digno opuesto á sus demisias; vienen detrás los sacerdotes que profanando el arma, vengadora de la justicia, la convierten en instrumento de sus bastardos propósitos. Pueblan los unos en dañao

enjambre el campo que personas timoratas les dejan franco; y el látigo de Némesis que solo debieran blandir manos generosas, óscila empuñado por la perversidad y la locura. Los otros, los que á la malicia reúnen la impotencia, atizan con hipócrita grito la indignación común, vomitando denuestos contra el arma que les hiere.

—Temednos como á la peste, claman los unos. Estraviaremos, si nos place, á la sociedad hasta conjurarla en vuestro daño; si, os acosaremos con el azote, hasta que vengados de la desesperación, os entreguen vosotros mismos al brazo de las furias. Cuenta con acatar nuestros caprichos. Recordad las palabras de un hombre que lo entendía, «Nadie es feo, si tiene buenos dientes.»

A lo cual contestan la maldad impotente y la randidéz rutinaria con nuevos y mas desaforados alaridos. —¡Hé ahí á los autores de sátiras! ¡Todos son lo mismo!...

¿No predicó Horacio la cobardía, no escandalizó los oídos cautos y enseñó la molice? ¿Perdonó siquiera á su antecesor y maestro Ennio?

¿Y Pétrico, el que se envanecía de su virtud, no se atrevió á hacer escarnio de los defectos corporales? ¿No aduló Marcial en cambio al despreciable Domiciano? ¿No vilipendió Cesto al culto Cicerón, y Ameral al delicado Virgilio?

¿Qué objeto respetable se ha salvado de sus diatribas? el mismo Milton ¿no mojó en hiel la pluma para zaherir á un rey infortunado? ¿No se han hecho sátiras contra los Papas? ¿No compuso Aretino sonetos contra las santas indulgencias? ¿No encubrió otro con el título de la *Cristiada* un inmundo poema?

La sociedad rechaza á esa gente de su seno.

Buscad en la historia la huella dejada por los individuos de tan ponzoñosa y abominable secta. Sin salir de Grecia, vereis unos asesinados (1) otros muertos de hambre (2), otros lanzados al mar (3), otros privados de la vista (4), otros despedados (5), crucificados, apedreados ó quemados vivos (6).

Athenas misma proscribió las comedias de Aristófanes; Roma en los primeros albores de su cultura, suprimió los versos femeninos. No hay pueblo medianamente legislado que, si consiente el ejercicio de la sátira, no lo sujete á una inspección gubernativa y á una corrección penal, como las mas viles y peligrosas profesiones.

¿Qué mas? Al tratarse de la sátira, se ha dejado de juzgar al escritor por sus obras, buscando en razones personales y bastardas la explicación de su conducta. ¿Podía formular el autor alguna queja contra la naturaleza ó la sociedad? ¿Gran descubrimiento para negarle competencia y buena intención! ¿A qué atribuir sino al despecho y á la envidia las frases de dos miserables libertos, como Horacio y Juvenal de un artesano, como Teofrasto, de un vil cómico como Moliere? ¿Qué benevolencia podía tener para el género humano un contrahecho como Esopo, un ciego como Milton, un eunuco como Boileau, un manco como Cervantes, un zambo como Quevedo, un estevado como Pope, un cojo como B. ron?

No descendemos á repeler citas con citas; no nos empeñaremos en la refutación de sofisticas acusaciones que tememos haber espuesto con harta prolijidad. A los que disputen á la sátira su derecho de existir y comprendan cómo una noble indignación puede hacer versos, les presentaremos el cuadro siguiente.

Cien años permaneció tendido sobre el mundo el cetro de hierro de los emperadores romanos conocidos con el nombre de los doce Césares. No existe en memoria de hombre un periodo de tan portentoso abatimiento, una muestra tan palpable de los extremos á que puede llegar la naturaleza humana por las vías de la corrupción como aquella ominosa época.

Julio César había dominado por el prestigio del talento y de las armas. Su sucesor Augusto, el primero que osó arrojarse de por vida la dignidad imperial, quiso asentar su mando sobre mas vulgares bases, é hizo de la habilidad y la seducción sus dos medios de gobierno. Ganó en ello el mundo una paz octaviana; pero perdió los restos de su malparada dignidad porque á la opresión se añadió el envilecimiento. Al peso de la espada se unió el de las cadenas; la sangre se mezcló con lodo. Muerto Augusto, fructificó el terreno por el preparado; pues no hay ejemplo en la historia de haberse malogrado jamás la germinación de vicio las semillas; solo las convulsiones producidas por el exceso del mal en pueblos enfermos, tienen fuerza suficiente para obligarlos á administrarse el remedio.

Así es que en tiempo de los Domicios y de los Flavios, el pueblo romano, cuna de la libertad y emporio de la civilización, yacía sumido en la peor de las esclavitudes y en la mas repugnante de las barbaries; cuerpo decrepito, estragado, reducido á la idiotéz por el abuso de los deities, había caído al nivel del embrutecimiento primitivo. Al pasar la vista, á distancia de mil ochocientos años por los fastos de aquellos reinados, embarga el ánimo una impresión de estupor que ni da tiempo al estudio ni concede siquiera campo á la mera inteligencia de los sucesos. Un sentimiento de invencible repugnancia es cuanto hoy dejan tras si las admirables páginas de Tácito y de Suetonio. Se ha perdido la clave de aquellos dramas cruentos y nauseabundos: no tiene el hombre cristiano y civilizado del siglo los suficientes puntos de contacto con tan singulares personajes para explicarse su fisonomía. Semejante á un cadáver sometido á la acción galvánica, la sociedad cesárea nos ofrece un espectáculo fuera de los terrenos naturales, una serie de actos contradictorios, una amalgama de vida ó muerte, de afirmaciones y negaciones, llena de horribles contrastes.

Allí la inmortalidad llevada á sus últimos límites en las altas regios es del estado es señalada por la inmortalidad de las clases inferiores; la mas vergonzosa degradación se pone al servicio del mas desenfrenado despotismo, y nunca se pudo decir con testimonios mas irrefragables que los gobernantes de un pueblo son en todos tiempos dignos de sus gobernados; que son tan buenos ó tan malos como la sociedad en que viven los merece. Basta recordar que, aunque después d'asesinado, monopolizó Neron por largo tiempo las simpatías de la gente romana, y que el prestigio de su nombre dió sucesivamente aliento á tres impostores para reclamar el imperio á favor de una semejanza de facciones con el tirano difunto; triple evocación del sepulcro y muestra de amor póstumo que solo ha obtenido hasta ahora Neron el incendiario, el adúltero, el incestuoso, el esopo y la esposa de sus esclavos, el sacrilego, el parricida.

Dijérase que la naturaleza misma, contagiándose con la universal corrupción, tomaba interés en la partida y multiplicaba sus fuerzas para producir monstruos, pues exceptuando á Othon, Vespasiano y Tito, apenas es lícito dar el nombre de humanos á los extraordinarios seres que fueron trasmitiéndose la diadema de los Césares desde Tiberio hasta Domiciano. Cuando el puñal atajaba los desmanes del uno, se encontraba ya dispuesto en el Capitolio, en el foro ó en el Campo pretoriano un sucesor capaz de igualarle ó sobrepujarle; si quiera fuese cogido al acaso, si quiera al buscar monarca, se le encontrase oculto bajo un mueble, como aconteció con Claudio. Muerto Tiberio, hubo un Caligula que lo reemplazara y á mayor abundamiento, Neron nació á los nueve meses; como si la tierra no hubiera querido holgar en la procreación de otro tirano tiempo mas largo que el que necesitó una mujer para llevarlo en su seno.

En medio de aquella atmósfera de sangre y podredumbre se vive con la frivolidad y el descuido propios de pueblos cuya máquina de gobierno funciona con cabal concierto; los mas feroces asesinos son los mas afeminados; aquellos mismos que insultan diariamente la naturaleza y prostituyen la dignidad humana, llevan al mas subido punto ese amor á lo bello que enaltece el alma y suaviza las costumbres. Todo es discorde, disparatado absurdo. Hay un senado que eleva la lisonja al nunca visto grado de la amenaza, ordenando en términos airados al príncipe lo que sabe que el príncipe desea. Hay vacones virtuosos que se suicidan, maldiciendo la tiranía, y al hacerlo legan al tirano sus cuantiosos bienes. Las causas y los efectos se presentan siempre en tan abierta pugna, y es para desesperar de las reglas comunes del raciocinio, el palpar de tal manera su insuficiencia para conducir al conocimiento de los hombres y de las cosas.

La encanecida cabeza de Tiberio, el lujoso, es hermosa, venerable, augusta, cuando se corona de laurel; su voz, cascada por la edad, suena dulce y armoniosa cuando ordena una ejecución ó encomienda á suslictores el rapto de alguna doncella. Neron no es una fiera, sino un artista: por amor á los grandes espectáculos incendia á Roma y canta mientras Roma se hunde; por culto á las formas bellas desnuda el cadáver de su madre y se ceba en la contemplación del vientre que le dió la vida. Claudees un imbécil, pero adora la severa belleza de la musa histórica; es un cobarde, pero ejercita su pluma en escribir las azañas de Antbal (Suel); no tiene amor á la sangre, pero á fuer de príncipe arqueólogo, mata á sus súbditos por el deseo de renovar suplicios que han caído en desuso. Y para cerrar esta asombrosa serie viene Domiciano, enemigo de los músicos, de los poetas, de los matemáticos, de los filósofos, y de los astrólogos á quienes proscribió; de los historiadores á quienes crucificó; enemigo de todo sér que escribe ó habla, salvo á los delatores á quienes declara sagrados: Domiciano, que prohíbe llorar; que se hace dar gracias en pleno senado por cada muerte que dispone; que ocupa sus ocios en taladrar morcas con un punzon; ente inesplicable, obediencia

(1) Alceo por órden de Pitaco: Eúpolis el cómico que murió á manos de Alcibiades.

(2) Anaxandrides.

(3) Sócrates.

(4) Stesichores, según algunos.

(5) Esopo.

(6) Zoilo.

solo á la voz de su estúpido egoísmo, y que sin embargo depones su tético ceño cuando ve de lejos un niño, le atrae á su lado, gusta de darle formales consejos, y parece rivalizar con él en la sencillez de sus afecciones y en el candor de sus palabras.

A vista de tanto desquiciamiento se sobrecoje el alma como ante la contemplación del caos; solo se comprende que es necesaria una voluntad mas que humana para crear el orden en tan universal perturbación. Entonces el pensamiento se levanta á Dios y los espíritus religiosos prorumpen en cánticos de adoración mas fervorosos que nunca, recordando cuán á punto se dignó el Salvador ofrecer á nuestra naufraga raza el puerto de su celestial doctrina.

¿Hay por ventura un corazón entero y amante de lo bueno que no hierva en sentimientos de cólera, de dolor y hastio; allí donde aparecen la maldad triunfante y la humanidad ultrajada? Ese es el único que puede, sin inconsecuencia, negar su origen legítimo á la sátira.

Si á tan larga distancia nos arranca todavía palabras de indignación el espectáculo de una sociedad pervertida, con doble razón deberemos honrar á los que, respirando sus infectos miasmas y condenados á morir en medio de ellos, no solo supieron preservarse del común contagio, sino que arrojando positivos peligros tuvieron valor para formular contra esa sociedad elocuentes protestas.

Y en cuanto á lo demás, ¿puede el abuso de un género literario significar nada que lo haga inaceptable? Ningun poeta inepto ó mal intencionado ha conseguido hasta ahora la *Eneida* ni la *Eneida*.

Que hombres bajos y cobardes se han servido de la sátira para torcidos fines, es una triste verdad. Pero si rasgos de valor y altos ejemplos de moralidad hacen falta para abonar el género, desafiámos á que se cite algo capaz de destruir la enérgica y satírica elocuencia del hecho siguiente:

Había escrito Anaxarco no sabemos que invectivara contra Nicocreonte de Chipre, y el tirano le daba tormento.

—Descoyunta cuanto quieras, clamaba el filósofo; no por eso quebrantarás mi alma.

—Calla ó haré que tesaquen la lengua.

—¡No harás tal cosa, afeminado!...

Y cortándole Anaxarco con sus propios dientes; se la escupió á la cara.

EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.

RICARDO DIGBY,

LEYENDA AMERICANA POR NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusion.)

Sea como quiera, Ricardo Digby estaba contento con su caverna sepulcral. De tal manera amaba aquella mansión simpática, que en lugar de ir á beber á la fuente, apagó la sed con las gotas de agua que sudaba la bóveda, y que, á caer fuera de su boca, se hubieran convertido en piedrecitas. Para un hombre predispuesto á la petrificación del corazón, aquel licor era muy mal sano. Sin embargo, pasó allí tres días, manteniéndose con hierbas y raíces, bebiendo su propia perdición, y juzgando tan horrible género de vida, casi igual á la felicidad celeste, casi superior, porque en el cielo los ángeles se la hubieran turbado. Al fin del día tercero estaba sentado á la boca de su habitación, leyendo la Biblia en voz alta, porque nadie podía aprovecharse de su lectura, y leyéndola á tropezones, porque los rayos del sol de Occidente no podían llegar hasta las páginas del sagrado libro. Pero de repente una débil claridad cayó sobre el libro, y levantando los ojos Digby, vé una joven en pie á la entrada de la caverna, y su vestido bañado por los rayos del sol, parece que brilla con una claridad que le es propia.

—Buenas tardes, Ricardo. Desde muy lejos vengo á buscarte.

Ricardo Digby reconoció al punto la gracia esbelta y la dulce amabilidad de aquella joven. Llamábase María Goffe, y los sermones de Ricardo la habían convertido en Inglaterra, antes de entregarse al exclusivo fanatismo que pesaba sobre él ahora como una mano de hierro, sin que ningún otro sentimiento pudiera hacer en su corazón. Al partir el peregrino para América, ella se había quedado en el hogar paterno, pero había sin duda atravesado el Océano detrás de él, impelida quizá por la misma fé que hizo emigrar á tantos otros, y quizá también por un amor tan santo como esta fé. Y había sido necesario el amor unido á la fé. Para sostener aquella frágil criatura en su viaje á través de la selva, con su cabellera dorada que se enredaba en las ramas, y sus pies injuriados por las espinas. Por fatigada que estuviera, á pesar del horror que le causó aquel antro, contemplaba al solitario con aire lleno de dulzura y compasión, con el aspecto con que

miran los ángeles á un mortal afligido. Pero Ricardo, frunciendo el ceño, le hizo un signo para que se retirara.

—¡Vé! exclamó, yo estoy santificado, y tú eres una pecadora. ¡Vé!

—O Ricardo, dijo ella con voz suplicante, yo he hecho este penoso viaje porque he sabido que te ha atacado el corazón una enfermedad grave, y un médico muy sabio me ha comunicado el medio de curártela, y no hay otro remedio que el que te traigo. No me despidas, pues, no rechaces mi medicina, porque esta triste caverna sería tu sepultura.

—¡Vé! replicó Digby con aire amenazador. Mi corazón está en mejor estado que el tuyo. Déjame, criatura terrestre, porque el sol vá á ocultarse, y cuando no llega la luz á la puerta de mi caverna, comienza mi oración.

Por grande que fuera la fatiga de María Goffe, no pidió ella abrigo y protección á aquel hombre de corazón de piedra; no, nada pidió para sí misma. Su celo no tenía otro fin que el bien de Ricardo.

—¡Vuélvete conmigo! le dijo ella juntando las manos, vuelve al lado de tus semejantes, porque ellos te necesitan, y tú los necesitas á ellos diez veces. No te quedes en este antro, porque el aire es aquí glacial, la humedad mortífera, y quien quiera que muera en este sitio, no hallará jamás el camino del cielo. Sal de aquí, sal por el amor de tu alma, porque ó esta bóveda vá á desplomarse, ó alguna otra destrucción te amenaza.

—¡Mujer perversa! respondió riéndose fuertemente, (porque sus instancias excitaban en él una amarga alegría) yo te digo que el camino del cielo pasa directamente por el estrecho portal en que estoy sentado. Y en cuanto á la destrucción que anuncias, no amenaza á esta bienaventurada caverna, sino á las habitaciones de todos los mortales que pueblan la tierra. ¡Véte muy pronto á fin de que recibas la parte que te toca!

Diciendo esto, volvió á abrir la Biblia, resultó á apartar sus pensamientos de aquella niña, hija de la cólera y el pecado, y á no consumir por ella un soplo de su santa vida. En esto, la sombra era tan densa en torno suyo, que se equivocaba muchas veces leyendo, y cambiaba las palabras de misericordia en anatemas de venganza contra toda criatura, excepto él mismo. Entre tanto, María permanecía apoyada en un árbol junto á la caverna, llena de tristeza, pero con cierta cosa celestial y etérea mezclada á su dolor. Todavía la hacia resplandecer el sol de Occidente, y reflejando débilmente su luz en el oscuro antro para revelar tinieblas tan terribles, que la joven temblaba por aquel que lo había escogido para su morada. Después, observando era limpio manantial que se hallaba cerca, corrió á él y cogió agua en una taza de corteza de abedul. Algunas lágrimas cayeron en la taza, dando quizá toda su eficacia á la pocion. María volvió á la entrada de la caverna y se arrodilló á los pies de Digby.

—Ricardo, le dijo con calor y dulzura juntamente, te suplico por tu esperanza del cielo, y si no quieres permanecer siempre en esta tumba, que bebas de esta agua santificada, aunque no sea mas que una gota. Después déjame sentar á tu lado; juntos leeremos una página del libro sagrado; por fin, arrodillate á mi lado, y oremos los dos. Haz esto, y tu corazón de piedra se volverá mas tierno que el de un niño de pecho, quedando todo bien.

Pero Digby, á quien esta proposición había horrorizado, arrojó la Biblia á sus pies, y miró á María tan fija y sombríamente, que parecía su mirada la de una estatua, trabajo de algun escultor melancólico que se hubiera propuesto reproducir en una figura humana el triste estado de su imaginación. Y á medida que la mirada de Ricardo tomaba un tinte mas diabólico, María se ponía mas afligida, mas dulce, mas compasiva, mas semejante al ángel del dolor. Pero cuanto mas celestial era su aspecto, mas odiosa le parecía á Digby, que levantó por fin la mano y derribó la copa de agua santificada, rechazando así el único remedio que hubiera podido curar su corazón de piedra. Un suave perfume llenó por un momento la atmósfera, y se dispuso un instante después.

—¡No me tientes mas, mujer maldita, exclamó con su acento de mármol, ó haré contigo lo que con la copa! ¿Qué tienes tú que ver con mi Biblia?... ¿En mis oraciones? ¿En mi cielo?...

Apenas pronunció estas terribles palabras, cesó su corazón de latir.

Respecto de María Goffe, la leyenda dice que se desvaneció con los últimos rayos del sol, y que subió desde la caverna sepulcral al cielo. Porque hacia muchos meses que María Goffe había sido enterrada en Inglaterra. ¿Era su sombra la que visitó aquel bosque salvaje, ó bien un espíritu, tipo de la religión pura?

Cerca de un siglo mas tarde,—la selva, impenetrable en tiempo de Ricardo Digby, hacia largo tiempo que estaba sembrada de colonias,—los hijos de un grangero de las cercanías jugaban al pie de la colina. A causa de las desigualdades del terreno, los árboles no habían sido nunca cortados en su cima, y tan espesos estaban, que apenas deja-

ban ver algunas prominencias peladas. Un muchacho y una niña jugando al escondite con sus compañeros, habían penetrado hasta el sitio mas sombrío, donde no solo los negruzcos pinos, sino un monton de plantas rastreras impedían penetrar mas que mediana claridad al mediodía, reinando el resto del día una oscuridad casi completa. Allí se habían ocultado los muchachos, gritando y repitiendo sus gritos á intervalos hasta tanto que los que los buscaban, llegando y separando el follaje, dejaron entrar una dudosa claridad. Pero al mismo tiempo dieron un grito de terror simultáneo los muchachos, y bajaron á todo correr de la colina, dirigiéndose á casa sin volver á mirar por segunda vez el objeto que los asustó. Su padre, no pudiendo comprender lo que los había aterrorizado, cogió su hacha, derribó uno ó dos árboles, arrancó las plantas rastreras, y sacó á luz el misterio. Había descubierto la entrada de una caverna semejante á un sepulcro, en el que había sentado un hombre, cuyo gesto y actitud mandaban retroceder; su rostro tenia la espresion de una amenaza implacable.

Aquel personaje áspero parecia cortado en la piedra oscura que formaban las paredes y la puerta de la caverna. Despues de un atento xámen se descubrieron defectos que hacían dudar si era realmente una estatua, producto del arte, un poco maltratada por el tiempo, ó un capricho de la naturaleza, que había querido imitar en piedra su obra de carne. La idea menos estravagante sugerida por aquel extraño espectáculo, era quizá esta, que la humedad rezumada poseía una virtud petrificante que había contribuido á conservar en tal estado aquel terrible cadáver.

Había cierto no se qué horrible en el aspecto de aquel hombre de piedra, que el grangero, una vez repuesto de la fascinación que sufrió de pronto, comenzó á amontonar piedras á la entrada de la caverna. Su mujer, que lo acompañó, unió sus esfuerzos en los de su marido. Hasta los niños se acercaron cuanto les permitió el miedo, y con sus manecitas llenas de guijarros, aumentaron la obra de sus padres. Los intersticios se taparon con tierra, y todo fué cubierto de céspedes.

Así desaparecieron todos los vestigios de aquel descubrimiento. Solo quedó una leyenda maravillosa, cada vez mas singular, conforme pasaba de generacion en generacion, de tal modo que pocas gentes creen hoy en la existencia de una caverna y una estatua donde no se vé mas que una pendiente llena de céspedes en el costado de la sombría colina. Sin embargo, los ancianos se apartan de aquel paraje, y los niños no van ya á jugar en él. Que la amistad, el amor y la compasion, y todas las simpatías del cielo y de la tierra se mantengan lejos de aquella caverna escondida, porque ella es y será siempre, á no ser que un terremoto haga desplomar la bóveda sobre su cabeza, la mansion de Ricardo Digby, en la actitud de un hombre que repele á toda su raza, no lejos del cielo, sino de la horrible soledad de su frio y sombrío sepulcro!

EL CALDERERO DE PUERTA-CERRADA.

Hay en Madrid una puerta que nunca se abre ni se cierra por la sencilla razon de que no es puerta, lo cual no impide que lleve el nombre de puerta, y lo que es mas, de Puerta-Cerrada.

Verdad es que para esto de puertas sin puertas no hay otro Madrid en el mundo, pues en esta además de la susodicha Puerta-Cerrada, otra que se titula Puerta de los Moros, sin que se encuentre por allí señal alguna de puerta, ni de moros, aunque hablando francamente, tampoco tienen las mayores trazas de cristianos los que frecuentan aquel sitio; y despues de la Puerta de los Moros, ó si se quiere antes que esta y que Puerta-Cerrada, goza de cierta celebridad la Puerta del Sol, que tiene tanto de puerta como de ventana. Las tres indicadas puertas son tres plazas irregulares que se diferenciaban tambien por la rueda de habitantes á que sirven de eje cada una.

No hablaré de la Puerta del Sol, porque ya lo ha hecho mi amigo D. Antonio Flores. En cuanto á la Puerta de los Moros, diré que es un punto inmediato á la Plazuela de la Cebada, donde está el mercado mas abundante de la capital, y esto basta para deducir la clase de habitantes que debe abrigar en su seno y en sus inmediaciones. Una observación haré aun que puede darnos luz acerca de la etimología del nombre que lleva dicha plaza llamada Puerta de los Moros. No lejos de dicho punto hay un barrio solitario como el desierto, sujo como un pantano, y de tan difícil tránsito por la desigualdad del terreno que ocupa como cualesquiera de los mas escarpados lugares del monte de San Bernardo. A este barrio se le conoce con el extraño nombre de la Morería, lo cual indica el origen árabe de aquella parte de Madrid que debía terminar en la plaza ó Puerta de los Moros. Lo mas que sobre este particular puedo yo decir, es que si dicho barrio no estuvo habitado por los moros, fué el asilo de los moriscos hasta

su espulsacion en tiempo de Felipe III. No será, pues, una estravagancia el suponer que alí donde había una puerta se hizo una plaza para dar mas ensanche á la población, y que dicha plaza conservó como el barrio de la Morería, la denominación alusiva á los desgraciados moriscos, que despues de abjurar la religion de Mahoma, fueron lanzados por un rey Católico á las costas africanas, donde los degollaban por haberse bautizado. Lo que ayuda á probar mi asercion es que todo el barrio, de que la Puerta de los Moros puede considerarse como centro, es acaso el mas industrioso de la capital, como si sus actuales moradores representasen la actividad tradicional de los moriscos, los cuales, segun la historia, suscitaron la persecucion de que fueron victimas por su laboriosidad. Allí, como he dicho, está el gran mercado de la Plaza de la Cebada; allí cerca se halla el Rastro, de cuya industria solo se tiene un remedo en el Temple de París; allí, no muy distante, en fin, está Puerta-Cerrada, donde vivía la notabilidad que sirve de epigrafe y de asunto á nuestro artículo presente.

Puerta-Cerrada es el centro de otro laboratorio industrial; allí están generalmente los comercios de obras metálicas, desde el humilde clavo hasta el brillante perol: desde el cuchillo como á la afilada lanceta; desde las tijeras mas ordinarias que puede usar un esquilador, hasta las mas delicadas que puede desear una remilgada bordadora. Así, ya se sabe, el que quiere comprar en España buenos cuchillos, buenas tijeras, buenos clavos, buenas herraduras ó buenos calderos, en arga estas cosas á Madrid, y no solo á Madrid, sino á los comercios de Puerta-Cerrada. Allí es donde naturalmente debía residir y residía el personaje de que voy á decir algo, y hablo en pretérito porque el sujeto en cuestion murió hace ya mas de doscientos años.

¿Quién era este hombre, este calderero, esta persona que á pesar de su humilde condicion suscita todavía un recuerdo al cabo de doscientos años, atravesando por decirlo así el dintel de ese templo de la inmortalidad á que vanamente aspiran muchos otros ayudados por las alas de un elevado nacimiento? ¿Acaso el talento de hacer buenos calderos vale la pena de lanzar un nombre á la posteridad? Sin duda alguna se puede contestar afirmativamente, si el mencionado calderero hubiese trabajado el laton con tanto primor como el señor Manolito Gazquez el de Sevilla, de quien voy á referir una anécdota.

Parece que en cierta ocasion paseaba cierto personaje á caballo por las calles de Sevilla sin hallar obstáculo alguno á su paso, hasta que llegó á la puerta del señor Manolito, donde el caballo, árabe por mas señas, se detuvo de repente como si hubiera encontrado una barrera. ¡Caba el caballero, y sacudía el látigo de lo lindo sin que su caballo quisiera dar un paso, y sin que él pudiera esplicarse la razon de este raro fenómeno; visto lo cual por el señor Manolito, salió á la puerta de su casa, quitó un velon que tenía de muestra, dirigió al caballero la palabra en estos términos: «Pase su señoría» y el caballo pasó inmediatamente.

¿Por qué pasó el caballo luego que había desaparecido el velon? Porque el velon tenía entre otros adornos un leon de bronce tan bien hecho, que sin duda el caballo debió tomarlo por un leon del desierto, y esto es lo que le impedía pasar adelante. «Ya se ve, decía el señor Manolito, ¡como yo hago las cosas tan á lo vivo!....

Ahora bien, insisto en lo que llevo dicho. Si el calderero de Puerta-Cerrada hubiera trabajado en su oficio con tanto primor como el célebre velonero de Sevilla, claro es que habría alcanzado la fama póstuma sin otra habilidad que la de hacer calderos; pero no era por este camino donde el destino quiso lanzar á la posteridad la reputación de nuestro calderero, aunque este hizo buenas calderos y buenas calderas, sin hacer jamás una tan soberbia como aquella de que se trata en el cuento que voy á referir.

Reuniéronse en Madrid dos grandes embusteros, uno gallego y otro andaluz, de los cuales el uno suponía tener estraordinariamente larga la vista, y el otro espantosamente delicado el oído.

—Yo, decía el gallego, veo desde aquí á la mujer del campanero de la catedral de Toledo que está bordando en el tejado de la torre de dicha catedral.... Por cierto, añadió, que se la ha caído la aguja.

—En efecto, contó el andaluz, yo he sentido el golpe.

Despues de ponderar uno y otro sus gracias personales, pasaron los dos embusteros á encarecer las cosas estraordinarias de sus provincias respectivas.

—En mi tierra, dijo el gallego, hay una col, bajo cuyas hojas puede acuartelarse un ejército como el de Napoleon, sin que á ningún soldado le falte sombra.

—Allá, en Andalucía, respondió el otro, no hay coles tan grandes, pero en cambio las artes han llegado al mas alto grado de esplendor. Ahora mismo se está construyendo en Granada una caldera de tales dimensiones, que trabajan en ella mas de veinte mil hombres, y están tan separados los unos de los otros, que ninguno alcanza á oír los martillazos del operario mas cercano.

—¿Para qué diablos hacen tan enorme caldera? preguntó el gallego.

—Para cocer la col de tu tierra, contestó el andaluz.

El calderero de Puerta-Cerrada no hacía tan colosales obras, ni pasaba tal vez de ser una medianía en el arte de hacer calderos, pero en cambio.... ¿lo creerán Vds.? Este calderero era un excelente poeta, era tan buen poeta, que aunque vivía en el siglo de Oro de nuestra poesía, esto es, en el reinado de Felipe IV, tenía menos rivales dignos de él en el arte de hacer versos que en el de hacer calderas.

Esto sería incomprensible en Francia, pero es muy natural en España, patria de los poetas, y lo que es mas, de los improvisadores, donde hasta la gente mas ignorante del campo hace versos, y aun buenos versos, sin duda por lo que ayuda á esta facilidad el privilegio de la lengua castellana tan rica de gala y de armonía, en una palabra, tan nutrida de aquellas condiciones que la colocan en primer término entre las lenguas poéticas, aunque por esta misma razon dista mucho de las filosóficas.

Diré entre paréntesis que el pueblo español no es solo poeta por el privilegio de su magnífica lengua, sino por la riqueza de su imaginación y por los sentimientos delicados que germinan por lo comun en los corazones meridionales.

Volvamos al calderero. Este buen hombre tenía tal facilidad para la versificación, y emitía pensamientos tan originales en sus versos, que pronto la fama de su número pasó de la vecindad á otras personas de buena posición social, de estas á Calderon, Lope de Vega, Quevedo y otros grandes poetas de la época, y por último al rey Felipe IV, que como es sabido, era apasionado de las musas.

Contábase en la corte muchas ocurrencias que probaban el talento particular del calderero para la improvisación, ocurrencias que merecían la aprobación del monarca, hombre competente en la materia, porque cultivaba la poesía tambien, y los elogios de los eminentes poetas que brillaron en el reinado y corte de Felipe IV. Decíase entre otras cosas como presentándose en casa del calderero dos vecinos suyos, herrador el uno y cirujano el otro, y habiéndose estos anunciado con estas palabras: «Dos maestros diferentes,» contestó inmediatamente el calderero con esta epigramática redondilla:

¡Tierra! ¿cómo los consientes?
¡Trágalos por una pata!
¡Uno hierra... y otro mata!...
Dos maestros diferentes.

En otra ocasión, hallándose el calderero de broma con varios amigos suyos, bebió tanta limonada, que se embriagó. Para que muchos no se estrañen al oír decir que un hombre se achispó bebiendo limonada, explicaré la diferencia que hay de la limonada al agua de limon, y esta es tan enorme, como que el agua de limon, ello mismo lo dice, es limon con agua, y la limonada es vino con zumo de limon.

Generalmente en los pueblos de Castilla, y lo mismo debía suceder entonces entre los madrileños de humilde condición, la limonada es el alma de toda broma, y para disponer el paladar á esta bebida de suyo agradable, puesto que se compone de buen vino, limon, azúcar y canela, suelen comer con abundancia pan y queso. Esto es lo que aconteció en la broma á que me refiero. El calderero comió tanto pan y tanto queso, que necesitó remojar á menudo el paladar con limonada, y bebió tanta limonada, que tomó esa cosa conocida en nuestro lengua por todos estos y otros varios nombres que no quiero recordar: borrachera, chispa, lobo, carpanta ó mona.

—¡Válgame Dios! dijo uno de los cómplices de la broma. Ahora es cuando yo quisiera ver brillar la vena poética de nuestro consocio.

—Sí, sí, dijeron los demás. ¡Que improvise! ¡que diga algo bueno!

El calderero había bebido mucho, pero no había matado la sed; de manera, que se negó abiertamente á improvisar si no le dejaban comer y beber de nuevo. Esta condición no fué aceptada por los demás que temían con fundamento causar algun estrago en la salud del calderero si le daban lo que pedía, por lo cual trataron de distraerle nuevamente obligándole á improvisar. Pero el hombre continuaba cada vez mas con su tema, y esto produjo una especie de transacción.

—Está bien, dijo uno de los concurrentes; nosotros te daremos mas tarde lo que pites, pero es necesario que improvises ahora alguna cuarteta.

—Venga un pié, contestó el calderero.

El individuo que había propuesto la transacción se apresuró á dar como pié para la cuarteta este octosílabo, alusivo á las circunstancias del momento:

Queso, pan y limonada.

El calderero se detuvo un instante á pensar lo que debía decir, y

luego que hilvanó un poco sus ideas, glosó de esta manera el mencionado verso:

Una mona tengo atada,
Y no la quiero soltar
Si no me vuelven á dar
Queso, pan y limonada.

Estas y otras muchas ocurrencias que no han sobrevivido aumentaron hasta tal punto la popularidad del poeta calderero, que el rey Felipe IV quiso conocerle, y mandó á Quevedo que se lo presentase al día siguiente, como en efecto se verificó, pues Quevedo tenía ya el gusto de conocer al calderero.

Por desgracia en aquellos dias ocurrió la sublevación de Portugal, pérdida de un reino en que el célebre Olivares suponía que el rey ganaba un ducado; se temía de un momento á otro la insurrección de Andalucía; estaban inquietos los ánimos en Cataluña, y todas estas cosas hicieron que el rey no estuviese de bastante buen humor para recibir al calderero. Este se presentó sin embargo acompañado de Quevedo á tiempo que el rey iba á salir de palacio para dar un paseo, de modo que Felipe IV le concedió una corta audiencia, en la cual comprendió bien el monarca que no le habían engañado los que le habían elogiado el número poético del calderero.

—Y bien, dijo el rey, dirgiendo este verso al humilde poeta.

Dicenme que viertes perlas.

El calderero contestó sin detenerse:

«Si señor; mas son de cobre,
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja á cogerlas.»

Como verán mis lectores, la contestación del calderero es algo mas que una respuesta aguda, es toda una obra de filosofía: es una de las réplicas que hubieran bastado á engrandecer á un hombre en los tiempos en que florecía Atenas por la excelencia de sus ingenios. Buenos versos, oportunidad, analogía, elevación de pensamiento, gala de dicción, todo brilla en la respuesta á la par que el orgullo del hombre que no se cree debidamente recompensado por la sociedad en que nace condenado á vivir y morir.

El rey Felipe IV se retiró complaciéndose de la pequeña compensación que daba el destino á su reciente pérdida. La nación en que reinaba tenía un poeta mas y una provincia menos. El poeta es el que no tuvo mas recompensa que la de ver su vanidad lisonjeada por la aprobación del monarca y de otros hombres eminentes; pero ¿qué digo? ¿por ventura no logró con tan pocos versos pasar á la posteridad? Sin duda que sí, pues aunque se ignora su nombre, no se ignora que existió un hombre de mérito, cuyo nombre y apellido ignoramos y á quien por esta razon tenemos que llamar simplemente: el calderero de Puerta-Cerrada.

J. M. VILLER GAS.

ESPANTO EN MÉJICO.

Méjico, emporio de reyes,
Ciudad soberbia y famosa,
Regalo de emperadores,
Como en nuestro mundo Roma;
Méjico, la hermosa villa,
Perla de la indiana zona,
Cuyas torres son de plata
Y sus paredes de aljófar;
Méjico, cuna de bravos,
Emperatriz cuya pompa
El brillo del sol desluzca,
La gala del cielo asombra,
Ora por la vez primera
De su orgullo se despoja,
Y tiembla como una esclava
Envilecida y sin honra.
A las puertas del palacio
Donde Moteczuma mora,
Emperador mas valiente
De cuantos eñen corona,
La muchedumbre del pueblo
Con negra angustia se agolpa,
Y como enjambre de avispa
Zumba, chilla y alborota.
En vano la guardia régia
Al silencio les exorta,
Que do la paciencia falta
El respeto está de sobra.
Mujeres, viejos y niños

Gritan; se afligen y lloran,
Mientras los fuertes varones
Dan rienda suelta á su cólera;
Porque ha esparcido la fama
Con los ecos de sus trompas
De Hernán Cortés y su gente
Las hazañas y victorias.
Al cabo á los miradores
Del régio alcázar asoma
Un mago que á las estrellas
Los altos secretos roba,
Y al verlo el pueblo, su espanto
Por aquel momento ahoga,
Y en súbita y honda calma
Cierra su millon de bocas;
Bien así como en intervalo
De tempestad horrorosa,
Sus alas el viento pliega
Sobre las dormidas olas.
—«Mejicanos, dijo el mago,
Cuando la luz de la aurora
Con rojas tintas se viste
Sangre y destrucción denota;
Cuando el agua de los ríos
Triste murmura á deshora,
Las perlas que se deslizan
Son de llanto precursoras.
Cuando las pintadas aves
Calladas el aire cortan,
Es porque espantadas huyen
De alguna desdicha próxima.
En fin, cuando las estrellas
No relucen en la sombra,
Y por el cielo la luna
Camina pálida y sola,
Es porque densos vapores
Su luz purísima borran.
¿Lo oís? Pues bien, mejicanos,
Estas señales se notan
En ese cielo sin término
Que os cubre como una bóveda.
Ancho libro misterioso
En cuya azulada hoja
Sus pensamientos los dioses
Con ricos diamantes bordan.
No esperéis, pues, bienandanzas,
Porque ha llegado la hora
En que negras profecías
Su negro velo descorran.
Sabed, valientes guerreros,
Que han llegado á nuestra costa,
En alas de la fortuna
Sobre gigantes canoas,
Hijos del sol encubierto,
Bajo nuestra misma forma.
Su padre les dió los rayos
Que el Dios de los truenos forja,
Y cuando airados los lanzan
Campos y pueblos asolan.
Por esto á su récio empuje
Tabasco sus armas postra,
Y se humillan Zempoala
Y Quieslaban con su tropa,
Y los héroes de Tlascala
Como pájaros se azoran.
¡Ay de la ciudad invicta!...
¡Ay de la imperial matrona,
Si esos dioses orientales
A su enojo se abandonan!...
Entonces serán tus torres
Diamantes que el agua enloda,
Turbillones de ceniza
Que el récio huracán arrolla.
Charcos serán tus lagunas
Donde caerá gota á gota
La sangre de esos valientes
Que en tu recinto atesoras.
¡Ay de ti, madre de reyes,
Ciudad soberbia y famosa,

Regalo de emperadores,
Perla de la indiana zonal
Si el enojo de tus dioses
Con harta sangre no borras,
De las iras celestiales
Escarnio será tu pompa.»

—
Calló el mago, y ronco ahullido
Que el inmenso espacio asorda
Lanzó la audaz muchedumbre
Confundida y temblorosa.
Bien así como el torrente
Que encuentra la valla rota
Y por la estensa llanura
Rebramando se desborda.

ANTONIO HURTADO.

A LOS LECTORES

DEL

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

El SEMANARIO, cuyo primer número vió la luz pública en Abril de 1836 y de cuya dirección me encargué en Junio de 1846, pasa á otras manos desde 1.º de Enero de 1856.

Diez años, de los 20 que lleva de vida, he tenido la honra de hallarme al frente de esta publicación, tan apreciada del público, de tan gratos recuerdos para mí, que cuento unidas á sus páginas, dulces impresiones de mis mejores años, alegres reflejos de mi juventud, memorias placenteras de horas tranquilas, que forman el mas grato periodo de mi vida.

El SEMANARIO fué desde su fundación mi lectura amena, lo cual vale tanto como decir que ha sido mi mejor amigo, casi desde la niñez: el SEMANARIO dió publicidad á las primeras cuartillas, que lleno de desconfianza y ocultando mi nombre con un pseudónimo, me aventuré á lanzar al público con las misteriosas precauciones del que comete una acción reprobable: el SEMANARIO fué quien hizo la revelación de mi oscuro nombre, bautismo literario que tantos y tan penosos esfuerzos cuesta á la juventud: el SEMANARIO, en fin, ha sido la base de una fortuna modesta y laboriosa, el fundamento de un vasto establecimiento literario, que ha procurado con algun éxito propagar la civilización, y la fuente de que han brotado otros periódicos que se hallan hoy en pleno goce de las simpatías del público.

La pluma que hace diez años dedicaba una página de esta publicación á pedir la ayuda necesaria para la noble empresa de restaurar el SEMANARIO, necesita escribir hoy algunas frases, mas penosas en verdad, para trazar una despedida que atestigüe su gratitud al público su cariño á esta publicación, á la cual se reconoce deudora de la influencia que hoy pueda tener.

Siete años, hasta 1845, contaba el SEMANARIO bajo la dirección de su distinguido fundador el Sr. Mesonero Romanos y mas de 3,000 lectores habían llegado á formar su clientela, cuando este periódico pasó á ser propiedad de otra persona, para sufrir tres trasposos en tres años.

Cuatrocientos sesenta y dos suscritores y un pronóstico de muerte, consignado en la última página del tomo de 1845, eran los elementos que acompañaban al SEMANARIO, cuando el autor de estas líneas recibía el encargo de salvarle, del triste porvenir á que parecía destinado, en vista de los funestos síntomas de muerte próxima que en él se advertían, y de este tristísimo diagnóstico que se leía al final del último volumen:

«Cuando á principios del año que espira», decía la despedida de la anterior empresa «echamos sobre nuestros débiles hombros la pesada carga, de prolongar la existencia de un periódico caduco ya, no se nos ocultó la imposibilidad de llevarlo á los primeros años de su vida» y mas adelante «el buen deseo que nunca nos abandonó, nos impulsó á invitar á los antiguos y primitivos fundadores del periódico para que lo estableciesen y animasen con sus respetables firmas. Por razones confidenciales, que no son del caso esponer, se negaron estos señores á complacernos, interin el *Semanario* llevará este título, sin consideracion á empresas, ni á ruegos de amistad». Despues de otras frases igualmente desconsoladoras cerraba este saludo final á los suscritores la siguiente sentencia: «La segunda época de un periódico, es siempre la transición de la juventud á la ancianidad.

Año y medio despues, en Enero de 1848, los 462 suscritores se habian convertido en 5,480; los antiguos colaboradores del Sr. Mesonero, que habian cedido á autores anónimos las columnas del SEMANARIO, le enriquecian con sus escritos y dibujos, y nuestras primeras reputaciones literarias y artisticas, alejadas de este periódico mucho tiempo hacia, le consagraba sus trabajos con tanta ó mas predilección que en su primera época.

Al público que así premió mis esfuerzos para salvar el SEMANARIO, á los escritores que así respondieron á mi llamamiento, debo esta solemne declaracion de mi profunda y eterna gratitud, por apoyo tan decidido, sin el cual hubieran sido inútiles los ardiendes deseos que yo tenia, de devolver su carácter propio, su índole especial á esta publicacion, verdadero monumento de las letras y las artes españolas contemporáneas; enciclopedia especialísima que no reconoce rival en España; archivo de datos importantes que forzosamente ha de consultar todo el que concienzudamente haya de hacer algun estudio sobre nuestro país; una de las pocas obras de nuestros tiempos, que sin otros elementos que los de su propio plan, sin otra proteccion que la del público, está destinada á sobrevivir, á esta época en que tanto se publica, pero que tan poco ha de legar mas allá de nuestros dias.

Seis años he consagrado un trabajo asiduo á la direccion de este periódico y tales como son, seis volúmenes, los de 1847 á 1852, me preció de haber llevado á las bibliotecas de los lectores del SEMANARIO, dignos en mi concepto, de las antiguas tradiciones que de sus mejores tiempos habia dejado ántes de mi época.

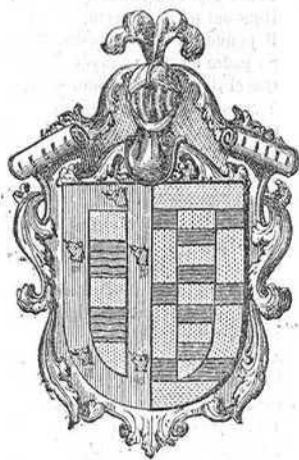
Circunstancias que no son del caso, fueron distrayendo mi atencion y rebajando un tanto el interés de este periódico; una larga série de complicadissimos sucesos, alteró la índole de mis tareas y me lanzó de lleno en ocupaciones menos tranquilas y harto mas áridas y penosas que la direccion del SEMANARIO: sus últimos tiempos se han resentido de este cambio en mi vida, debo confesarlo aquí lealmente, y esta es la razon que

me ha determinado á enagenar mi trabajo predilecto, bien que cuidando de confiarle, á quien tenga las condiciones necesarias para enaltecer antes que permitir decaiga esta publicacion tan justamente estimada.

Todas las reune su nuevo director y propietario el Sr. D. Eduardo Gasset, que como antiguo colaborador del SEMANARIO, tiene en sus páginas buenos precedentes para sus lectores; á él pues queda confiada desde hoy, la continuacion de esta obra, que no tiene fin mientras haya un monumento que sacar del polvo ó salvar de la ruina; un español célebre que levantar de su tumba y que ofrecer como ejemplo, un escritor ambicioso de gloria, que quiere estampar dignamente su nombre, en un periódico donde han consignado el suyo, todas, absolutamente todas las mas altas reputaciones literarias y artisticas que ha tenido España, en los últimos 20 años.

No cerraré estas líneas, sin dedicar una palabra de despedida á la prensa de todos géneros, que en los diez años en que el SEMANARIO ha estado bajo mi esclusiva direccion, solo ha tenido para él elogios, tanto mas gratos para mí, cuanto que *ni uno solo* ha sido resultado de cierto sistema de escesiva confianza que muchos autores y editores, han llegado á poner en moda en estos últimos tiempos. Por último: lo inofensivo y modesto de mi tarea de diez años, á que pongo fin con estas líneas, no escusa que haga la declaracion solemne de que ahora y siempre, aceptaré la responsabilidad de todos los artículos míos, que anónimos ó suscritos con alguna inicial ó con mi firma, han aparecido en el SEMANARIO durante mi época; ni estorba que manifieste, que en todo tiempo responderá mi corazon con latidos de gratitud, á la benevolencia que he debido á los ilustrados lectores de este periódico y que contaré toda mi vida, como uno de mis mas lisongeros títulos, haber formado 10 tomos del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

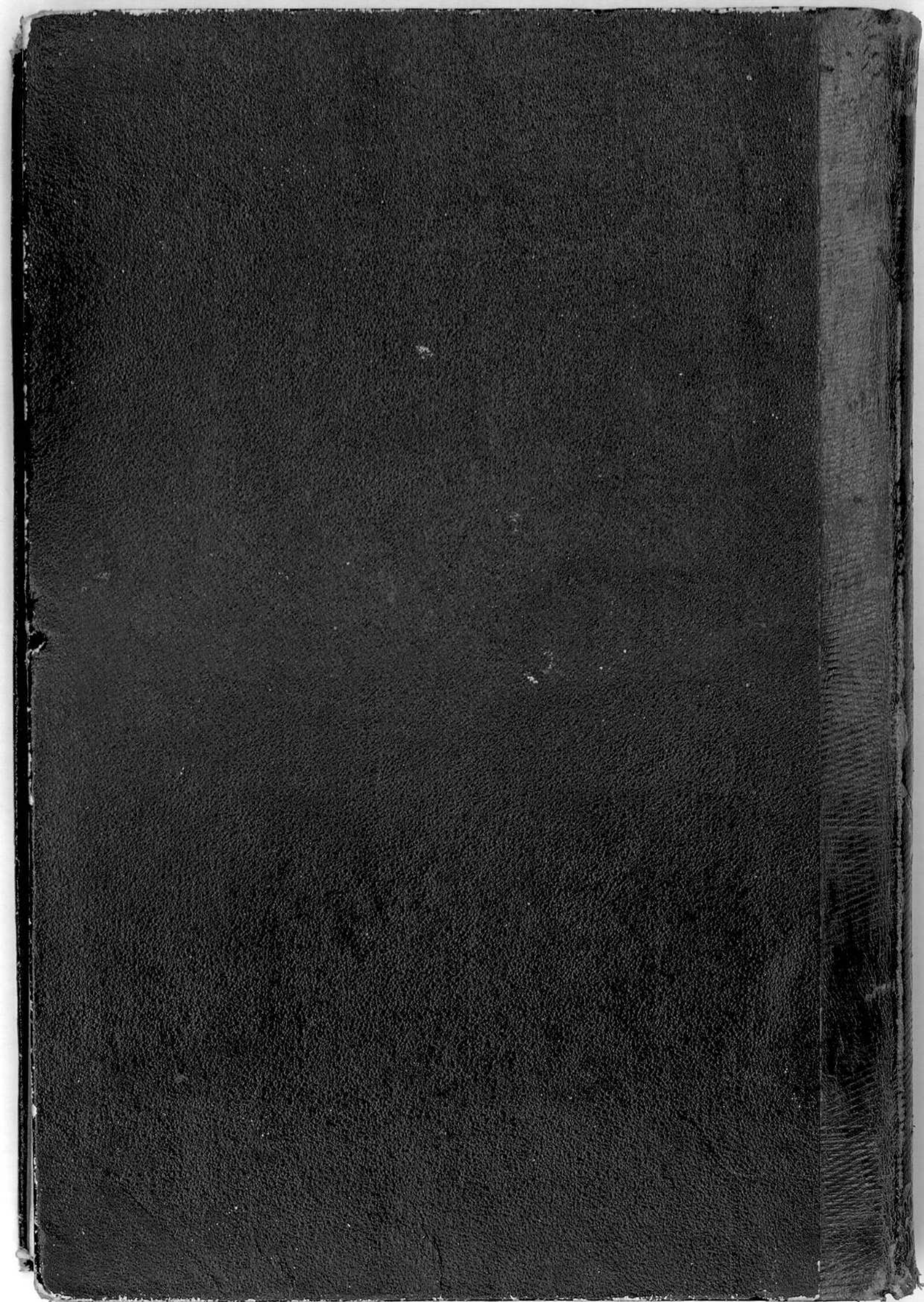
Angel Fernandez de los Rios.



FIN DEL TOMO XX.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL



1855



J. M. Y.

